

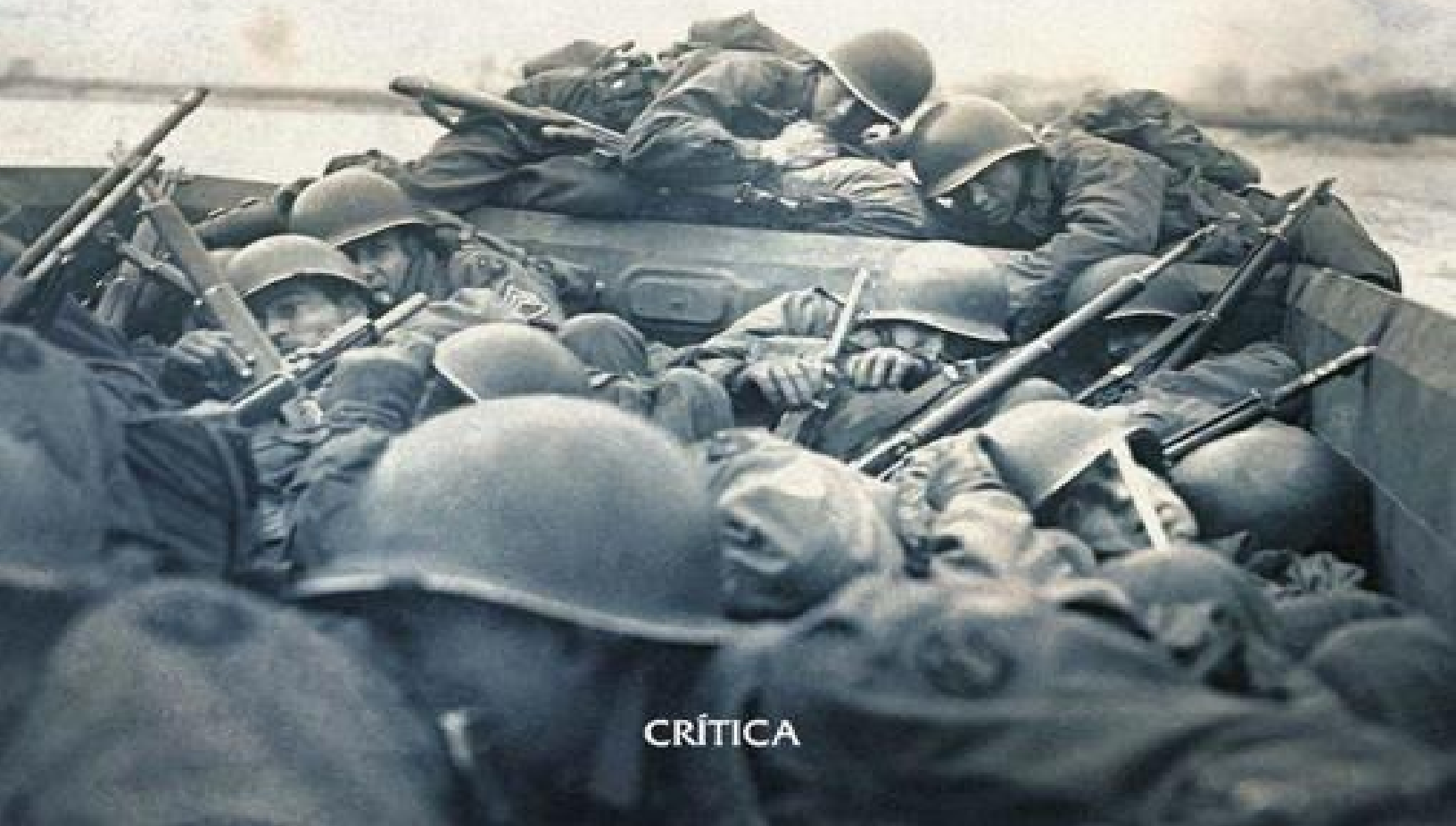
RICK ATKINSON

Premio Pulitzer

Autor de *Un ejército al amanecer* y *El día de la batalla*

LOS CAÑONES DEL ATARDECER

La guerra en Europa, 1944-1945



CRÍTICA

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Lista de mapas

Leyendas de los mapas

Cadena de mandos aliada

Prólogo

Primera parte

1. La invasión
2. El afianzamiento
3. La liberación

Segunda parte

4. La persecución
5. Frente al muro occidental
6. Los bosques implicados

Tercera parte

7. El batir de alas
8. Una sombra invernal
9. Las Ardenas

Cuarta parte

10. Los argonautas
11. Travesías
12. Victoria

Epílogo

Notas

Bibliografía selecta

Agradecimientos

Fotografías

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A aquellos que ni os conocieron ni me conocieron,
pero que, en cualquier caso, sufrieron
por todos nosotros.*

Pero todos vosotros, nobles espectadores, perdonad
al genio sin llama que ha osado llevar
a estos indignos tablados un tema tan grande.
Este circo de gallos, ¿puede contener los vastos
campos de Francia?

WILLIAM SHAKESPEARE, *La vida del rey Enrique V*
(Acto primero, entrada del Coro).

Lista de mapas

1. El ataque a Normandía, junio de 1944.
2. La operación Overlord: plan definitivo, 6 de junio de 1944.
3. Playa de Omaha, 6 de junio de 1944.
4. El avance hacia el interior, 6-30 de junio de 1944.
5. Operación Goodwood, 18-20 de julio de 1944.
6. Operación Cobra: ataque principal, 24-27 de julio de 1944.
7. Ataque alemán contra Mortain, 7 de agosto de 1944.
8. La bolsa de Falaise, 16-21 de agosto de 1944.
9. La liberación de París, 23-25 de agosto de 1944.
10. Operación Dragón, agosto de 1944.
11. Persecución por el Ródano, 29 de agosto-14 de septiembre de 1944.
12. Persecución hasta la frontera alemana, 26 de agosto-11 de septiembre de 1944.
13. Operación Market Garden, 17-26 de septiembre de 1944.
14. Batalla de Aquisgrán, 7-21 de octubre de 1944.
15. Batalla del bosque de Hürtgen, 2-9 de noviembre de 1944.
16. III Ejército en Metz, 8 de noviembre-2 de diciembre de 1944.
17. Conquista de Estrasburgo y estancamiento en Alsacia, 26 de noviembre de 1944.
18. Campaña de la línea Sigfrido, 11 de septiembre-15 de diciembre de 1944.
19. Las Ardenas: ataque del VI Ejército Panzer, 16-21 de diciembre de 1944.
20. Las Ardenas: ataque del V Ejército Panzer, 16-19 de diciembre de 1944.
21. Bastoña, 21-26 de diciembre de 1944.
22. Frente Occidental, 3 de enero de 1945.
23. La bolsa de Colmar, 20 de enero-5 de febrero de 1945.
24. Sobre el Ruhr: Operaciones Veritable y Grenade, febrero-marzo de 1945.
25. Travesía del Rin, marzo de 1945.
26. Operación Varsity Plunder, 24-28 de marzo de 1945.
27. La ocupación de la cuenca del Ruhr, 28 de marzo-14 de abril de 1945.
28. Victoria en Europa, 8 de mayo de 1945.

Leyendas de los mapas

	Río/torrente	EJE	ALIADOS
	Carretera nacional		Línea del frente
	Carretera principal		Lanzamientos paracaidistas
	Carretera secundaria/Camino		Avance
	Línea ferroviaria		Retirada
	Zona boscosa		Infantería
	Zona pantanosa		Blindados
	Terreno rocoso		Mecanizados
	Colina/montaña		Caballería blindada
	Ciudad/pueblo/aldea con zona urbana		Acrotransportados
	Capital		Ingenieros
	Aeródromo		Planeadores
	Punto de referencia		
	Enfrentamiento		
	ESTADOS UNIDOS	I	Compañía
	REINO UNIDO	II	Batallón
	CANADÁ	III	Regimiento
	ALEMANIA	X	Brigada
	FRANCIA	XX	División
	URSS	XXX	Cuerpo
		XXXX	Ejército
		XXXXX	Grupo de ejércitos

Cadena de mandos aliada

Fuerzas de asalto, Operación Overlord, 6 de junio de 1944

Comandante supremo aliado: *Eisenhower*
Vicecomandante supremo: *Tedder*
Jefe de estado mayor del Cuartel General Supremo
de la Fuerza Expedicionaria Aliada: *Smith*



Prólogo

A mediados de mayo de 1944, Inglaterra se vio azotada por una helada mortal que causó graves daños a los ciruelos e impidió el desarrollo de todo tipo de baya. Por raro que parezca, eran días de gran sequía, y los hoteles colocaban avisos junto a las bañeras de sus habitaciones: «El VIII Ejército cruzó el desierto con una pinta al día. Tres pulgadas solo, por favor». Los periódicos británicos informaban de que incluso al rey le bastaba «un baño a la semana en una bañera llena hasta un punto que él mismo había marcado» para asearse «decentemente». Los temporales procedentes del norte obligaban a la mayoría de los bombarderos aliados con base en East Anglia y los Midlands a permanecer en tierra, aunque, de manera ocasional, a veces podían observarse flotas de Fortalezas Volantes dirigiéndose al continente y dejando tras de sí estelas de condensación que se extendían como largas plumas de avestruz.¹

Casi cinco años de guerra habían convertido las ciudades británicas en lugares tan «sucios, descuidados y desatendidos como las dentaduras cariadas», según cuenta un visitante americano, que observó que «la gente hablaba de “antes de la guerra” como si se tratara de un sitio en concreto, no de una época». El país estaba impregnado de fuertes olores, a humo acre y a carbón barato, y era víctima de la extenuación. Las flores silvestres echaban raíces en terrenos bombardeados, desde Birmingham hasta Plymouth: las cerrajas, las margaritas y el laurel de San Antonio, que con su largo tallo y sus pétalos morados parecía preferir la catástrofe. Mucho menos bucólicos resultaban los millones de ratas que atestaban los casi cinco mil kilómetros de alcantarillado londinense; los exterminadores distribuyeron sesenta toneladas de salchichas envenenadas con fosfato de zinc y pan duro impregnado de carbonato de bario.²

El país también sufría privaciones. Los británicos podían comprarse una camisa nueva solo cada veinte meses. Las amas de casa convertían las escobillas utilizadas para limpiar las pipas en horquillas para el pelo. Hacía tiempo que las verjas de hierro y las alambradas habían sido destinadas al esfuerzo de guerra; hasta los cementerios se habían visto privados de sus cercas. Resultaba difícil adquirir una pluma o una alianza para casarse, y también sábanas, peladores de patatas y hortalizas y cordones de zapatos. Los carteles publicitarios invitaban al ahorro con imágenes del «Squander

Bug» [«Bicho del despilfarro»], personaje que caricaturizaba a un roedor salpicado de marcas en forma de cruz gamada. En los anuncios clasificados de periódicos como el *Times* londinense aparecían peticiones solicitando «dentaduras postizas» y donaciones económicas para salvar los caballos de guerra rusos que habían resultado heridos. Un anuncio de una empresa de servicios del hogar, Chez-Vous, aseguraba «limpiar alfombras y tapizados bombardeados».³

Otros letreros publicitarios gubernamentales advertían de que «La comida es munición. No la malgastes». El racionamiento había comenzado en junio de 1940 y no acabaría definitivamente hasta 1954. La cantidad mensual de queso era en aquellos momentos de apenas sesenta gramos por persona. Muchos niños no habían visto nunca un limón; la vitamina C la proporcionaba «el agua de nabos». El Ministerio de Alimentación promovía «el pan de la austeridad», con un toque de serrín, y «el café de la victoria», elaborado con bellotas. Del «Woolton pie», un mejunje de zanahorias, patatas, cebollas y harina, se decía que sentaba como una losa de «cemento sobre el pecho». Para los que tuvieran pocos remilgos y un estómago a prueba de bomba, el racionamiento no tenía límites en lo concerniente a las cabezas de cordero, a las anguilas pescadas en los embalses locales o a los cormoranes rustidos, fibrosos sustitutos de otras aves como el pollo y el pato.⁴

Desde 1940 habían perecido a causa de las incursiones aéreas alemanas más de cincuenta mil civiles británicos, muchos de ellos durante el llamado «Baby Blitz» iniciado en enero de 1944, azote que justo en aquellos momentos empezaba a disminuir su intensidad. Los aviones de reconocimiento de la Luftwaffe iluminaban los objetivos lanzando numerosas bengalas con paracaídas que envolvían los edificios y las nubes bajas de una luz amarillenta antes de comenzar a caer las bombas. El 10 de mayo, un hombre escribió en su diario que «los reflectores», como «enormes espadas implacables», trataban de dirigir su haz de luz hacia los aviones enemigos mientras los fragmentos de los proyectiles disparados por la artillería antiaérea caían como granizo sobre los tejados. Incluso el club de tenis de Wimbledon había sido atacado hacía poco en el curso de un bombardeo que abrió numerosos cráteres en su pista central; uno de los encargados de su mantenimiento recompuso las redes rotas sirviéndose de cordeles. Decenas de miles de personas se refugiaban en el metro por la noche, y los catres dispuestos en filas en los andenes de las setenta y nueve estaciones elegidas olían tan mal que el escultor Henry Moore comparaba la vida durante la guerra en aquellas colonias subterráneas con «el confinamiento en las bodegas de un barco de esclavos». Se decía que algunos niños pequeños —tal vez los mismos que no habían visto un limón en su vida— no habían dormido nunca en su propia cama.⁵

Incluso durante aquellas cortas noches de verano, el apagón de luz obligatorio, que a mediados de mayo en Londres empezaba a las 22:30 y terminaba a las 05:22 del día siguiente, se llevaba tan a rajatabla que un autor escribió que la ciudad quedaba envuelta en «la más absoluta oscuridad, como un estado mental». La oscuridad también servía para ocultar la concupiscencia, propia del final del mundo, de unos tres millones y medio de soldados que en aquellos momentos estaban concentrados en un país más pequeño que el estado de Oregón. Cuando caía la noche, Hyde Park y Green Park, según un soldado canadiense, parecían «un gran campo de batalla del sexo». Un capellán contaba que los soldados y las prostitutas callejeras a menudo copulaban de pie, arropados y ocultos por una gabardina, posición conocida como «estilo Marble Arch». «Piccadilly Circus es una casa de locos al anochecer» —decía un teniente americano en una carta dirigida a su madre—, «y un hombre no puede pasear sin verse asaltado por docenas de mujeres.» Las mujeres de la vida —los «comandos de Piccadilly»— acosaban a los hombres en la oscuridad y se fijaban en los galones indicativos de su rango que llevaban en el hombro o en la manga antes de proponer un precio: diez chelines (dos dólares) a los reclutas y una libra a los oficiales. O al menos eso es lo que se decía.⁶

Cual bastión de la civilización, la orgullosa Albión resistía, incluso en medio de las indignidades de la guerra. Frente al hotel Cumberland un organillo sonaba *You Would Not Dare Insult Me, Sir, If Jack Were Only Here* mientras en Oxford Street una multitud entonaba con entusiasmo esta canción. Ese mismo mes, los cines del West End londinense proyectaban *¿Por quién doblan las campanas?*, película protagonizada por Gary Cooper e Ingrid Bergman, y *Destino Tokio*, con Cary Grant. Los aficionados al teatro podían ver a John Gielgud interpretando a Hamlet, o *Un espíritu burlón*, de Noel Coward, que por aquel entonces ya llevaba tres años en cartel en el Duchess. En Ascot, el domingo 14 de mayo, miles de personas fueron pedaleando en sus bicicletas hasta el hipódromo para ver a Kingsway, «un potro de primera clase», superar al galope a Merchant Navy y a Gone. Con relación a la ola de frío que se vivía en aquellos días, la Royal Geographical Society patrocinó una conferencia sobre «la formación de hielo en lagos y ríos».⁷

Pero nada proporcionaba mayor esplendor al gris paisaje en tiempos de guerra que los brillantes uniformes que en aquellos días podían verse en todos los pubs y en todas las calles de la ciudad, el exótico plumaje militar de noruegos e indios, belgas y checos, de los soldados de Yorkshire y Gales, y de más estadounidenses que los que vivían en toda Nebraska. Desde Londres, un observador describiría aquel variopinto despliegue de color en los siguientes términos:

Marineros franceses con sus pompones rojos y sus camisas a rayas, policías holandeses con sus uniformes negros y sus galones gris plata, los birretes parecidos al de los dragones de los oficiales polacos, el elegante gris de las unidades de enfermeras canadienses, las boinas rojo cereza y los adornos azul celeste de los nuevos regimientos paracaidistas... las gorras de campaña de alegres colores de todos los demás regimientos, el forro escarlata de las capas de nuestras propias enfermeras, el azul eléctrico de las fuerzas aéreas de los Dominios, los chambergos color arena y los turbantes leonados, el azul habitual de las Reales Fuerzas Aéreas, unos pocos uniformes verdes de los rusos.⁸

Los sastres de Savile Row ofrecían especialistas en todo tipo de prendas de un uniforme hecho a medida, desde guerreras hasta pantalones, y un oficial con dinero también podía adquirir una gabardina militar inglesa en Burberry o una petaca de plata en Dunhill. Incluso los soldados que acaban de llegar de la zona del Mediterráneo añadían una patética nota de color, debido a las pastillas contra la malaria que daban a su piel un matiz anaranjado.⁹

El lunes, 15 de mayo, por la mañana, no había un lugar en el que los uniformes fueran más impresionantes como a lo largo de Hammersmith Road, en el oeste de Londres. Allí, en el día 1720 del gran conflicto armado, se reunió el mayor cónclave militar angloamericano de la segunda guerra mundial para ensayar el golpe mortal con el que se pretendía destruir el Tercer Reich de Adolf Hitler. Un gran número de almirantes, generales, mariscales de campo, especialistas en logística y genios del Estado Mayor bajaban de sus automóviles y entraban en un edificio de estilo gótico de ladrillo rojo y terracota, donde la policía militar americana —los llamados «Snowdrops» («campanillas de invierno») por sus cascos blancos, sus cinturones, sus polainas y sus guantes— comprobaba minuciosamente las 146 invitaciones y los pases de seguridad que habían sido distribuidos hacía ya un mes. Seis guardas uniformados acompañaban a los invitados, descritos posteriormente como «grandes hombres envueltos en una aura de notoriedad», hasta una sala, la llamada «Model Room», un frío y oscuro auditorio, con columnas negras y bancos duros y estrechos, diseñados supuestamente para mantener despiertos a los jóvenes alumnos. Hacía tiempo que los estudiantes de St. Paul's School habían sido evacuados a Berkshire, en el campo —las bombas alemanas habían destruido setecientas ventanas del recinto escolar—, pero quedaban muchos fantasmas en este tabernáculo de la Inglaterra de clase alta: entre los paulinos más celebrados destacaban varias figuras, como, por ejemplo, John Milton, el poeta; Edmond Halley, el astrónomo; John Churchill, el primer duque de Marlborough, que supuestamente se sirvió de un libro de la biblioteca del colegio para adquirir los rudimentos de estrategia militar; y Samuel Pepys, el célebre diarista inglés que decidió hacer novillos para asistir a la decapitación de Carlos I en 1649.¹⁰

Los planos y mapas secretos llenaban en aquellos momentos la Model Room. Desde enero la escuela era la sede del cuartel general del XXI Cuerpo de Ejércitos británico, y en ella se había gestado la planificación detallada de la Operación Overlord, la invasión de Francia por parte de los Aliados. Como muchos altos oficiales tenían que sentarse en los bancos de las filas comprendidas entre la B y la J, algunos extendieron mantas sobre sus piernas o se abrocharon el abrigo para protegerse del frío. La fila A, catorce sillones pegados unos a otros, estaba reservada para los más poderosos de los poderosos, que enseguida comenzaron a ocupar sus asientos. El primer ministro, Winston Churchill, vestido con una levita negra y fumando su habitual puro habano, entró con el comandante supremo aliado, el general Dwight D. Eisenhower. No fueron recibidos con vítores y aplausos, pero los allí reunidos sí se levantaron inmediatamente cuando el rey Jorge VI bajó por el pasillo para tomar asiento a la derecha de Eisenhower. Churchill saludó al monarca inclinando la cabeza, y luego siguió fumando su puro.¹¹

Mientras aguardaban que comenzara la sesión en cuanto dieran las diez de la mañana, esos grandes hombres con aire de eminencia tenían buenas razones para regocijarse en sus victorias conjuntas y esperar que en el futuro se produjeran otras todavía más importantes. Prácticamente todos aquellos comandantes habían servido juntos en el Mediterráneo —se autodenominaban «mediterránitas»—, y compartían con Eisenhower el sentimiento de que «siempre llevaré en la sangre el teatro de guerra del Mediterráneo». Allí se habían manchado realmente de sangre, empezando con la invasión del norte de África en noviembre de 1942, cuando fuerzas angloamericanas barrieron de la región a los defensores franceses del régimen de Vichy, para luego dirigirse al este, a través de las montañas del Atlas, hasta llegar a Túnez. A ellas se sumó el VIII Ejército británico, que había avanzado hacia el oeste desde Egipto tras conseguir una victoria importantísima en El Alamein, y juntos combatieron contra legiones de alemanes y de italianos durante cinco meses hasta que a mediados de mayo de 1943 unos 250.000 soldados del Eje se rindieron para convertirse en prisioneros de guerra.¹²

Los angloamericanos saltaron a Sicilia dos meses después, conquistando la isla en apenas seis semanas antes de emprender la invasión de la Italia peninsular a comienzos de septiembre. El régimen fascista de Benito Mussolini cayó, y el nuevo gobierno de Roma renunció al Pacto de Acero de las potencias del Eje para hacer causa común con los Aliados. Pero al sur de Nápoles, en Salerno, una lucha a muerte presagiaría otra durísima campaña de invierno cuando tropas aliadas se esforzaran por avanzar poco más de trescientos kilómetros hacia el norte, en lo que acabaría siendo una serie tras otra de encarnizados combates contra recalcitrantes soldados alemanes

atrincherados en lugares como San Pietro, Ortona, el río Rapido, Cassino y Anzio. Encabezados por Eisenhower, muchos mediterránicas habían puesto rumbo a Inglaterra en plena campaña para comenzar la planificación de la Operación Overlord, y en aquellos momentos solo podían esperar que la ofensiva de primavera —iniciada en 11 de mayo con el nombre secreto de «Diadema»— lograra acabar con el estancamiento al que se había llegado en la línea Gustav, en Italia central, y permitiera a las tropas aliadas, ya exhaustas de tantas penalidades, llegar a Roma y seguir con el avance.¹³

En el resto del mundo sometido a aquella conflagración global, la hegemonía aliada en 1944 permitía confiar en la victoria final, aunque nadie dudaba de que las futuras batallas fueran incluso más espantosas que las pasadas. El dominio del mar estaba garantizado en gran medida por las armadas y las fuerzas aéreas de los Aliados. Un doble ataque lanzado por los americanos en el centro y el suroeste del Pacífico había obligado rápidamente a los japoneses a ceder terreno conquistado; la recuperación de las islas Gilbert y las Marshall permitiría en verano el asalto a las Marianas —Saipán, Tinian y Guam— y que las líneas de avance estadounidenses convergieran en las Filipinas, convirtiendo los aeródromos capturados en bases de las nuevas Superfortalezas B-29, cuya gran autonomía de vuelo facilitaría el bombardeo de las islas del archipiélago nipón. La ofensiva lanzada con éxito por los japoneses en China se había visto ensombrecida por un ataque fallido desde Birmania, a través de la frontera con la India, contra el sur de Assam. Puede decirse que, con la presencia en el Pacífico de la mayoría de los navíos de la armada estadounidense, junto con casi una cuarta parte de las divisiones del ejército de tierra americano y las seis divisiones del Cuerpo de Marines, había comenzado la caída del enorme imperio nipón.¹⁴

La caída del gran imperio germano en Europa oriental estaba muy avanzada. Alemania había invadido la Unión Soviética en 1941 con la ayuda de más de tres millones de hombres, pero a comienzos de 1944, sus bajas superaban los tres millones y medio, aunque las de los soviéticos multiplicaban por cuatro esta cifra. Las tornas habían cambiado, y en aquellos momentos predominaba el rojo de la URSS: las campañas soviéticas para reconquistar Crimea, Ucrania occidental y la región comprendida entre Leningrado y Estonia mermaban las fuerzas de los alemanes. El Tercer Reich disponía en aquellos momentos de 193 divisiones en el Frente Oriental y el sureste de Europa, mientras que en Italia tenía 28, en Noruega y Dinamarca 18, y en Francia y los Países Bajos 59. Casi dos terceras partes de sus fuerzas de combate seguían destinadas en el este, aunque la Wehrmacht aún contaba con casi dos mil tanques y otros vehículos blindados en el noroeste de Europa. Pero el Reich era más vulnerable que nunca a los ataques aéreos: en mayo de 1944 los aviones aliados con

base en Gran Bretaña llevarían a cabo numerosos ataques contra objetivos del Eje, en el curso de los cuales lanzarían setenta mil toneladas de bombas detonantes, más del cuádruple del tonelaje mensual de hacía un año. Aunque habían tenido que pagar un elevadísimo precio en aviones y tripulaciones, la RAF y las fuerzas aéreas del ejército de los Estados Unidos dominaban los cielos de Europa. Por fin, tras acabar con la superioridad alemana en el aire y en el mar, los Aliados podían considerar plausible el éxito de una invasión en el continente emprendida por las fuerzas terrestres que en aquellos momentos se concentraban en Inglaterra.¹⁵

En 1941, cuando Gran Bretaña, los Estados Unidos y la Unión Soviética crearon su gran alianza contra las potencias del Eje, «el único plan consistía en perseverar», como diría Churchill. La perseverancia los había llevado a aquel momento decisivo: a la oportunidad de enfrentarse al enemigo y destruirlo en su fortaleza europea, cuatro años después de que este ocupara Francia y los Países Bajos. Durante largo tiempo los americanos habían sido partidarios de enfrentarse lo antes posible con los principales ejércitos alemanes, una agresividad inflexible que los estrategas británicos censuraban calificándola de «típica del que le gusta repartir leña», unos estrategas cuya preferencia por mermar gradualmente las fuerzas del enemigo atacando los territorios circundantes de las potencias del Eje había provocado dieciocho largos meses de combates en el Mediterráneo. En aquellos momentos, cuando se acercaba la gran hora, el escenario de la batalla iba a trasladarse al norte, y británicos y americanos repartirían leña juntos.¹⁶

Y llegó la hora, y llegó el hombre: a las diez en punto de la mañana de aquel lunes, Eisenhower se levantó para dar la bienvenida a los ciento cuarenta y cinco compañeros que iban a dirigir el asalto a la «Fortaleza Europa». A sus espaldas, en aquel sector de la Model Room, había un gran mapa de yeso en relieve de la costa de Normandía, donde el río Sena desemboca en el Atlántico. Con unos nueve metros de ancho y colocado en una plataforma inclinada, en él se representaban en vivos colores y a una escala de seis pulgadas/una milla los ríos, pueblos, playas y zonas montañosas del que iba a ser el campo de batalla más famoso del mundo. Un general de brigada, en posición de vista al frente y con un puntero a modo de arma al pecho, estaba allí, con unos calcetines antideslizantes, preparado para indicar unos lugares que muy pronto resultarían sumamente familiares: Cherburgo, Saint-Lô, Caen o la playa Omaha.¹⁷

Mostrando solo un atisbo de su famosa sonrisa, Eisenhower habló brevemente, mostrándose como un hombre «en paz con su alma», en opinión de un almirante estadounidense. «En la víspera de una gran batalla», saludó al rey y a sus compañeros

indistintamente, dándoles la bienvenida al examen final de un anteproyecto de invasión que llevaba dos años elaborándose. Una semana antes había elegido el 5 de junio como Día D. «Considero que es un deber que quien detecte cualquier fallo en el plan lo indique sin vacilar», dijo Eisenhower con voz grave y profunda. «No me gustan los que no toleran las críticas, independientemente del rango que ostenten. Estamos aquí para obtener el mejor resultado posible.» El comandante supremo estaría preocupado durante algunas semanas con las exigencias navales y aéreas de la Operación Overlord, así como con algunos asuntos políticos de diversa índole, pero ya había delegado la planificación y la dirección de aquella titánica batalla terrestre en Normandía en el soldado que en aquellos momentos iba a revisar su plan de batalla.¹⁸

Una figura menuda, enjuta y fuerte, vestida con un uniforme de batalla immaculado y calzada con un par de zapatos reforzados, dio un golpe de tacón mientras sostenía un puntero con una de sus manos. Su rostro alargado y vulpino era uno de los más conocidos del imperio, una cara con la que uno podía cruzar la mirada en Claridge's y quedarse boquiabierto, o en la calle Strand y sentir un gran regocijo. Pero antes de que el general Bernard L. Montgomery pudiera pronunciar una palabra, se oyó un golpe seco. Aquel sonido se intensificó; un policía militar americano abrió la puerta de la Model Room: había llegado el teniente general George S. Patton, Jr., el robusto, belicoso dios de la guerra americano, que, tras visitar a uno de los artesanos de la costura de Savile Row, aparecía vestido con una gabardina hecha a medida, unos pantalones hechos a medida y unas botas también hechas a medida. Siempre dispuesto a hacer una gran entrada, Patton se había paseado por Londres en un enorme Packard negro, adornado ostentosamente con insignias con tres estrellas y luciendo dos bocinas de autobuses Greyhound. Sin prestar atención al ceño fruncido de Montgomery, fue a sentarse en su puesto, situado en la segunda fila de bancos, ansioso por participar en una guerra que condenaba, sin demasiada convicción, calificándola de «maldita putada». «Ser famoso resulta bastante gratificante», había escrito a su esposa Beatrice. «Probablemente malo para el espíritu.»¹⁹

Dando en el aire un golpe seco con su puntero, Montgomery se colocó junto al gran mapa. Acababa de regresar de pasar unos días de vacaciones paseando y pescando en los Highlands, durmiendo todas las noches en su tren privado, el *Rapier*, y tratando en vano de capturar algún salmón en el Spey. Aun así, según uno de sus admiradores, estaba «tan afilado y preparado para el combate como una punta de sílex». Al igual que Milton y Marlborough, había cursado estudios en St. Paul's School, aunque distinguiéndose solamente como jugador de fútbol y de rugby, y sin pasar del rango de soldado en el cuerpo de cadetes. Cada mañana, durante cuatro

años, había ido a aquella sala para escuchar plegarias en latín; su despacho ocupaba en aquellos momentos las dependencias del decano, a las que, según decía, no había sido invitado nunca en sus tiempos de estudiante.²⁰

Sin dejar de mirar sus anotaciones —veinte puntos, escritos con su pulcra caligrafía en papel blanco—, Montgomery empezó su charla con aquella voz aflautada que lo distinguía, pronunciando cada sílaba con la misma precisión que tenía aquella raya tan perfecta de sus pantalones. «Hay cuatro ejércitos a mis órdenes», dijo; dos comprendían las fuerzas de asalto en Normandía, y los otros dos serían los encargados de aprovechar la cabeza de playa.

Debemos abrirnos camino en la costa con contundencia y asentarnos sólidamente antes de que el enemigo pueda hacer llegar reservas suficientes para expulsarnos. El Día D, las columnas de blindados deben penetrar lo máximo posible en el interior, y con la mayor rapidez. Esto descolocará al enemigo y lo mantendrá a raya mientras nosotros nos hacemos fuertes. Debemos ganar espacio rápidamente, y asegurar con firmeza el terreno conquistado en el interior.²¹

La bahía del Sena, al alcance de los cazas de unos doscientos aeródromos ingleses, había sido designada el lugar de inicio de la invasión hacía más de un año por sus anchas playas de arena y su proximidad a Cherburgo, puerto de suma importancia para proporcionar pertrechos y provisiones a las hordas asaltantes. Es cierto que la costa del paso de Calais estaba más cerca, pero había sido descartada por considerarla «estratégicamente inapropiada», debido a que sus pequeñas playas, además de estar expuestas a las tormentas propias del canal de la Mancha, se habían convertido en el territorio más y mejor defendido de Francia. Bajo la supervisión del preparadísimo teniente general británico Frederick E. Morgan, los planificadores habían estudiado otros posibles puntos de desembarco, desde Bretaña hasta Holanda, viendo en todos ellos deficiencias. Las misiones secretas para inspeccionar las playas de la Operación Overlord, emprendidas desde pequeños submarinos durante las oscuras horas de la noche en lo que la Marina Real denominaba «reconocimientos descarados», despejaron las dudas acerca de la existencia de pantanos con arenas movedizas y otros peligros. Como prueba, las fuerzas especiales trajeron muestras de arena normanda en cubos, tubos de ensayo y preservativos de la marca Durex.²²

Cinco meses antes, a su regreso de Italia, Montgomery había ampliado la zona de asalto prevista por la Operación Overlord de los cuarenta kilómetros iniciales a ochenta. En vez de tres divisiones transportadas por mar, serían cinco las que comenzarían el asalto —dos americanas por el oeste, dos británicas y una canadiense por el este—, precedidas, siete horas antes, por tres divisiones aerotransportadas para asegurar los flancos de la cabeza de playa y colaborar en el avance hacia el interior de las fuerzas mecanizadas. Esta Operación Overlord de mayor envergadura requería

doscientas treinta embarcaciones adicionales, entre barcos de apoyo y naves de desembarco, como, por ejemplo las enormes LST (para el desembarco de carros blindados), que habían sido tan útiles durante los asaltos a Sicilia, Salerno y Anzio. Reunir una flota de semejantes dimensiones en Italia había supuesto tener que trasladar a comienzos de junio la invasión de Normandía prevista para el mes de mayo, así como posponer indefinidamente la invasión del sur de Francia programada para aquellos mismos días.²³

Mientras exponía su plan, Montgomery iba deambulando por las playas de yeso y los diminutos pueblos normandos, con la cabeza inclinada, lanzando miradas, con las manos cogidas detrás de la espalda, salvo cuando se pellizcaba la mejilla izquierda en un gesto característico de meditación, o cuando hacía hincapié en una cuestión en concreto dando una palmada. A menudo se repetía para remarcar algo, levantando la voz en esa repetición. Era, según un oficial del Estado Mayor, «básicamente didáctico por naturaleza, y quería un público cautivado». Nunca había habido un público tan embelesado: los oficiales estaban obligados a permanecer sentados en aquellos incomodísimos bancos, arropados con mantas y estirando el cuello para poder ver. Solo Churchill lo interrumpía con comentarios en voz baja acerca de un exceso de vehículos en las brigadas de asalto a expensas de un número muy bajo de feroces soldados a pie. Luego el primer ministro preguntó si era cierto que aquella gran fuerza incluiría dos mil oficinistas para llevar los informes.²⁴

Montgomery siguió adelante con lo suyo. El llamado Muro Atlántico de Hitler estaba en aquellos momentos bajo el mando de un viejo adversario, el mariscal de campo Erwin Rommel. Desde octubre, los alemanes habían doblado prácticamente el número de sus divisiones en Europa occidental, pasando de treinta y siete a casi sesenta, razón por la cual Montgomery había insistido en la necesidad de una fuerza invasora de mayor tamaño. Y a continuación dijo:

El pasado mes de febrero, Rommel asumió el mando de la zona comprendida entre Holanda y el Loira. En estos momentos no cabe la menor duda de que su intención es impedir cualquier penetración. La Operación Overlord debe ganarse en las playas... Rommel es un comandante enérgico y decidido. Ha cambiado un mundo de cosas desde que asumió el mando. Lo que sabe hacer mejor es sorprender, atacando al enemigo cuando está preparando una ofensiva; su fuerte es sembrar el caos... Hará todo lo posible para repetir lo de Dunkerque: no querrá librar la batalla de blindados en un terreno de su elección, sino que tratará de evitarla totalmente impidiendo que nuestros tanques desembarquen mediante un despliegue de los suyos en posiciones muy avanzadas.²⁵

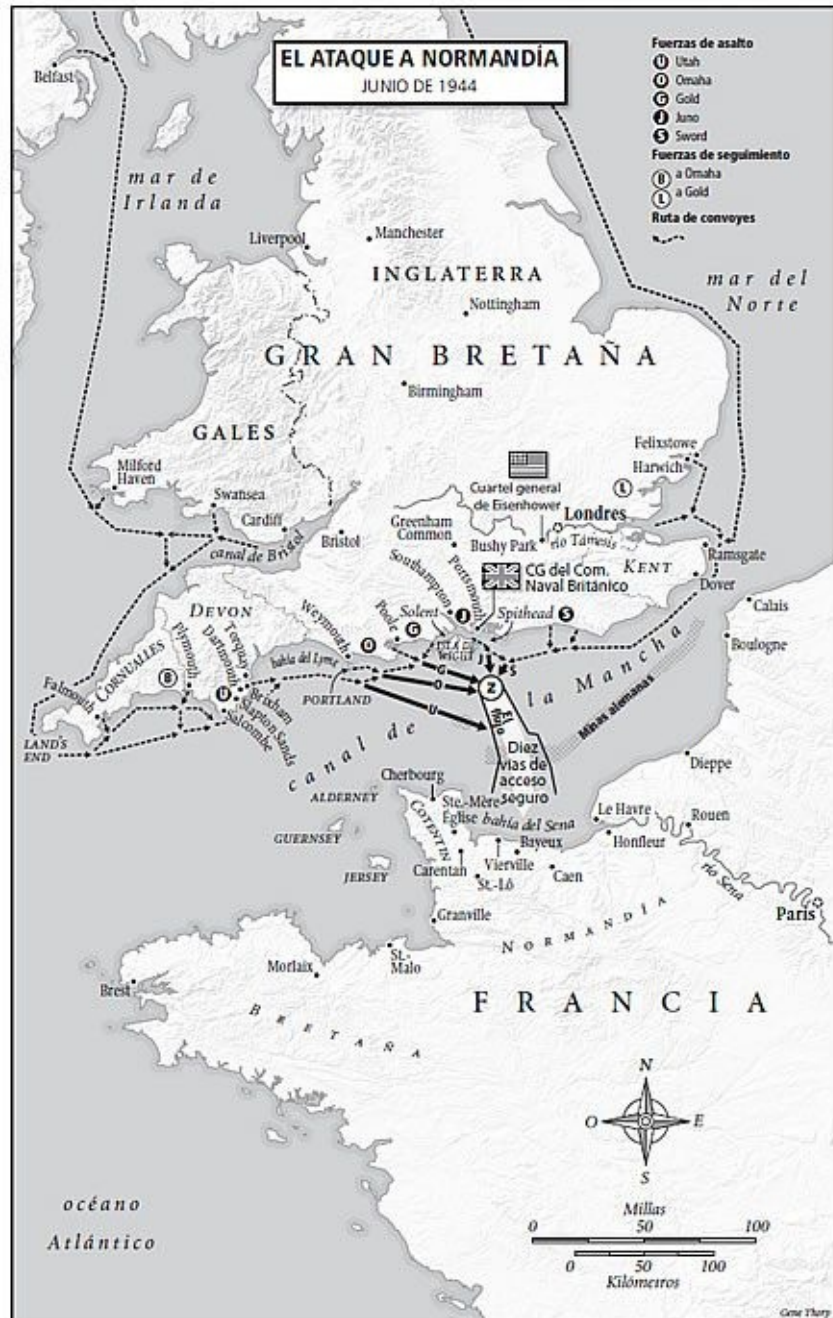
Algunos oficiales del Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada (SHAEF, por sus siglas en inglés) de Eisenhower creían que la resistencia alemana tal vez se derrumbara por una cuestión de debilidad interna, permitiendo que las unidades militares de la Operación Overlord se convirtieran rápidamente en una

fuerza de ocupación. Montgomery no estaba de acuerdo con esta idea, e insistía en que el enemigo iba a contraatacar con contundencia. Cinco divisiones alemanas, incluida la 21.^a División Panzer, se enfrentarían a los invasores el Día D; al anochecer, otras dos divisiones blindadas podían unirse al combate, reforzadas por dos más antes de que finalizara el día siguiente, el segundo de la invasión, lo que haría un total de nueve divisiones alemanas contra ocho de los Aliados en la costa. «Después de un viaje por mar y un desembarco en unas playas extrañas, siempre se produce una falta de cohesión», dijo Montgomery golpeándose la palma de la mano para hacer hincapié en este punto. Una lucha a muerte por amasar poder de combate iba a determinar el rumbo de la batalla: la Operación Overlord requería el desembarco diario de unas tropas de refuerzo equivalentes a una división completa más un tercio de división, pero al cabo de poco más de una semana de combate, dos docenas de divisiones alemanas podían intentar perfectamente echar de vuelta al mar dieciocho divisiones aliadas.²⁶

Montgomery imaginaba una batalla al otro lado de las playas en la que el II Ejército de británicos y canadienses por la izquierda combatiera con la fuerza principal de los defensores alemanes, mientras el I Ejército estadounidense por la derecha se lanzaba sobre Cherburgo. Al cabo de aproximadamente tres semanas del desembarco inicial, el III Ejército de Patton se adentraría en Francia, cruzaría Bretaña para capturar más puertos y luego, unos tres meses después del comienzo de la invasión, daría la vuelta para dirigirse al río Sena. París probablemente pudiera ser liberada a mediados de otoño, dando a los Aliados un alojamiento entre el Sena y el río Loira desde el que poder organizarse para el ataque definitivo y mortal contra Alemania.²⁷

Incluso para los clarividentes oficiales del SHAEF resultaba sumamente difícil predecir con exactitud cómo se desarrollaría esa titánica batalla final. Los jefes del Estado Mayor Conjunto —los superiores de Eisenhower en Washington y Londres, a los que llamaba en privado los «Charlie-Charlies»— habían dado la orden de dirigirse al noreste desde Normandía, hacia el valle del Ruhr, centro neurálgico de la industria germana. El SHAEF pensaba que la pérdida del Ruhr «sería fatal para Alemania»; así pues, un ataque contra la zona daría lugar a una batalla decisiva de aniquilación, obligando al enemigo a actuar en defensa de la región. Eisenhower también veía con buenos ojos un avance aliado hacia el valle del Saar, una segunda zona industrial situada más al sur; como había telegrafiado al Departamento de Guerra a comienzos de mayo, un ataque a dos bandas «obligaría al enemigo a extender sus fuerzas». Con el fin de acumular el máximo potencial ofensivo para emprender ese último avance definitivo en Alemania central, más o menos unos nueve meses después del Día D,

aproximadamente a comienzos de marzo de 1945, se contaría con alrededor de cuarenta y cinco divisiones aliadas y once grandes depósitos de provisiones y pertrechos meticulosamente distribuidos a lo largo de un frente que, desde el sur de Amberes recorriera, a través de Bélgica, el este de Francia.²⁸



Pero todo eso era para un futuro lejano; de lo que se trataba en aquellos momentos era de llegar al otro lado de la costa. Si la Operación Overlord era un éxito, el asalto de Normandía quedaría reducido a un simple episodio de la historia global de

la liberación de Europa. Si terminaba en fracaso, toda la empresa aliada corría el riesgo de derrumbarse de manera abyecta. Todo debía empezar con «un desapacible charco llamado canal de la Mancha», como diría la historia oficial del ejército de los Estados Unidos. Conocido por Ptolomeo con el nombre de *Oceanus Britannicus*, y por los cartógrafos holandeses del siglo XVI con el de *Engelse Kanaal*, este brazo de mar, de apenas treinta y tres kilómetros de anchura en su punto más estrecho, había sido cruzado en globo por primera vez en 1785, por un vapor de pasajeros en 1821 y por un hombre a nado en 1875. Pero durante casi un milenio, los ejércitos invasores que habían decidido enfrentarse a una costa hostil al otro lado del canal habían encontrado más dolor que gloria. «La única solución —había dicho con sarcasmo un planificador británico— es remolcar hasta aquí las playas ya asaltadas.» El Departamento de Guerra de los Estados Unidos había incluso barajado la idea de abrir un túnel por debajo del lecho del mar: un estudio minucioso calificó el proyecto de «factible» si se disponía de un año de tiempo y de quince mil hombres para excavar la galería y extraer cincuenta y cinco mil toneladas de tierra. Los expertos más preclaros cuestionaron sus complejidades «estratégicas y funcionales», como, por ejemplo, la probabilidad de que todo el VII Ejército alemán estuviera allí esperando a que asomara la cabeza el primer excavador. El estudio fue archivado.²⁹

Montgomery concluyó la exposición con el vigésimo y último punto de sus notas. Los ojos le chispeaban. «Tenemos que conseguir que nuestros soldados se pongan en marcha llenos de rabia y furor», dijo. «Nada debe detenerlos. Si los enviamos a la batalla así, el triunfo será nuestro». Semejante bravata le recordó al teniente general Hastings Ismay, jefe de estado mayor de Churchill, la víspera de la batalla de Agincourt en *La vida del rey Enrique V* de William Shakespeare: «Que puede retirarse el que no vaya con corazón a esta lucha».³⁰

Nadie se movió. En una rápida sucesión, otros jefes militares fueron exponiendo el plan naval de la invasión, los planes aéreos para la zona de la batalla y para los territorios del Reich, el plan logístico y el proyecto de asuntos civiles para el gobierno de Normandía. Los oficiales de estado mayor iban y venían entre presentación y presentación, colgando mapas nuevos y cambiando gráficas y cartas de navegación. A la una y media del mediodía, la sesión de interrumpió para almorzar en el comedor del St. Paul's. Patton se sentó frente a Churchill, que le preguntó si recordaba su último encuentro en el Mediterráneo. El general americano asintió, y el primer ministro quiso obsequiarle con un vaso de whisky en conmemoración de aquella reunión. Un compañero diría a propósito de Patton: «Da la impresión de estar esperando su momento». En efecto, ya había manifestado su ansiedad en una de las últimas cartas

dirigidas a su esposa: «Temo que la guerra se acabe antes de que pueda actuar con libertad. Pero ¿quién sabe? El destino y la mano de Dios siguen dirigiendo la mayoría de los espectáculos».³¹

A las 14:30 los señores de la guerra se reunieron de nuevo en la Model Room para escuchar más exposiciones, mirar más mapas y ver a más gente ir y venir por los territorios pintados de Normandía. Era el turno de comandantes encargados de la supervisión de los desembarcos, entre otros, el teniente general Omar N. Bradley, principal especialista táctico del ejército de los Estados Unidos en la Operación Overlord. Cuando todos acabaron, Eisenhower se levantó para pronunciar unas cuantas palabras de agradecimiento, añadiendo que Hitler había «perdido su única oportunidad de acabar con todo el alto mando de las fuerzas aliadas con una sola bomba lanzada con precisión». Churchill dio un breve discurso de despedida, sin dejar de cogerse las solapas de su abrigo con las manos. «No crean que todo vaya a desarrollarse según el plan. La flexibilidad de ideas será uno de los factores decisivos», dijo. «Hay que correr riesgos.» Y les deseo todo tipo de bendiciones. «Cada vez estoy más seguro de esta empresa. Repito, ahora empiezo a tener fe en esta empresa.»

No llegarían a estar nunca tan unidos ni tan decididos. Se pusieron de pie, sacando pecho, y abandonaron la sala para dirigirse a sus automóviles que los esperaban en Hammersmith Road para conducirlos a los distintos puestos de mando que había repartidos por Inglaterra. Tenían por delante la empresa más prodigiosa de toda la historia de la guerra.³²

Poco después de las seis de la tarde, mientras aspiraba profundamente un cigarrillo, Eisenhower cruzaba Londres en dirección al suroeste en un Cadillac conducido por su chófer. En aquella época de tanto estrés, solía fumar unos ochenta cigarrillos Camel al día, lo que no hacía más que agravar las infecciones de garganta y pulmón que venían afectándolo toda la primavera. También tenía la tensión alta y sufría dolores de cabeza y de oído; había empezado incluso a colocarse compresas calientes en sus ojos inflamados. «Ike parece exhausto y agotado», comentaría a mediados de mayo Harry C. Butcher, su asistente naval. «La presión hace mella en él. Desde que lo conozco, nunca lo había visto con un aspecto tan envejecido.» El comandante supremo tenía cincuenta y tres años.³³

Mientras los lúgubres suburbios iban quedando atrás, la confesión final del primer ministro en St. Paul's no paraba de dar vueltas en la cabeza de Eisenhower. *Ahora empiezo a tener fe en esta empresa.* El vacilante compromiso y las dudas implícitas tal vez resultaran muy fastidiosos, pero lo cierto es que Churchill no había

ocultado nunca ni su negativa a correr el peligro de que un ataque al otro lado del canal de la Mancha acabara en desastre ni su disgusto por la aleccionadora experiencia de Anzio, donde, cuatro meses después de emprender aquella invasión, una gran fuerza americana seguía atascada, y sometida a los bombardeos diarios del enemigo, en una cabeza de playa de la que parecía no poder salir.³⁴

Pero en lo concerniente a la Operación Overlord, la suerte ya estaba echada, dictada por una concisa orden de apenas treinta palabras de los Charlie-Charlies a Eisenhower: «Usted entrará en el continente europeo y, junto con las demás naciones de la alianza, emprenderá operaciones contra el corazón de Alemania para destruir sus fuerzas armadas». Había llegado la hora, como señalaría Eisenhower, de «colocarnos bien los estribos».³⁵

¿Y cómo conseguir entrar con éxito en el continente europeo? Durante cuatro años había estado formulándose esta misma pregunta, primero en calidad de planificador del Departamento de Guerra, más tarde, en la primavera y el verano de 1942, como máxima autoridad militar americana en Londres, luego como general encargado de la supervisión de aquellas otras invasiones en el norte de África, Sicilia e Italia continental, y en aquellos momentos en calidad de comandante del SHAEF. No había nadie que pudiera conocer mejor todos los peligros. Y no había nadie que fuera tan plenamente consciente de que en tres ocasiones los alemanes habían estado a punto de frustrar los desembarcos aliados (en Sicilia, Salerno y Anzio).³⁶

Los planificadores habían acuñado incluso un acrónimo para el asunto que tenían entre manos: PINWE, «Problems of the Invasion of Northwest Europe» («Problemas de la invasión del noroeste de Europa»). Muchas cuestiones PINWE habían salido a relucir en St. Paul's, pero otras muchas estaban pendientes de una solución. Algunas eran insignificantes —«bobadas», las llamaría Eisenhower—, pero exigían la atención del comandante supremo: por ejemplo, el general George C. Marshall, jefe de Estado Mayor del ejército de los Estados Unidos, se había quejado recientemente de que la filmación de la invasión podía favorecer injustamente a los británicos si se efectuaba bajo la supervisión de un comité cuya creación se había propuesto: la «Comisión angloamericana para la planificación de filmaciones». Aunque en la larga lista de PINWE había otras cuestiones de mayor calado: un plan con el nombre secreto de CIRCON establecía la detención por parte de la policía civil y militar de cientos de soldados ausentes de sus unidades, y sin permiso, que vagaban por Gran Bretaña; o un «dispersor de niebla», inspeccionado personalmente por Eisenhower, que lanzaba llamas al aire para despejar la bruma de las pistas de aterrizaje británicas, pero consumía sesenta mil galones de gasolina cada hora; y también la sustitución, por parte de los militares, de los operarios civiles contratados para el ensamblaje de unos

aparatos sumamente importantes para el éxito de la invasión, los planeadores. Los civiles habían hecho tantas chapuzas que de los primeros sesenta y dos planeadores, cincuenta y uno fueron considerados «no aptos para el vuelo»; otros cien, que habían sido mal amarrados, sufrieron graves daños provocados por las fuertes corrientes.³⁷

Cada vez que se solucionaba un PINWE, aparecía otro nuevo. En Oxford, los oficiales estudiaban en aquellos momentos las construcciones de las ciudades y pueblos de Normandía para determinar «qué partes arderían mejor», un conocimiento muy útil cuando se dispone de muy pocos equipos contra incendios. Los oficiales del servicio de inteligencia estaban compilando una lista de dieciocho «destacadas personalidades militares alemanas que se hallan en Francia [y cuyo] asesinato es particularmente posible», entre otros, el mariscal Rommel. En vista de las férreas medidas de seguridad con las que se protegían a estos importantes personajes, en una orden secreta del SHAEF se daba prioridad a la destrucción de las redes de transporte enemigas por medio del «asesinato de los altos funcionarios alemanes de ferrocarriles». Una minuciosa lista de objetivos, con direcciones y números de teléfono, se haría llegar a grupos de la Resistencia, con la orden de «concentrarse en ese tipo concreto de individuos».³⁸

A medida que se acercaba el Día D, el nerviosismo aumentaba. Una fuente de los servicios de inteligencia informó que los pilotos alemanes planeaban el lanzamiento en ciudades inglesas de miles de ratas infectadas de peste bubónica; las autoridades decidieron ofrecer entonces una recompensa a quien trajera ratas muertas para poder someterlas a análisis. En Francia, otro agente secreto comunicó que los científicos alemanes estaban produciendo toxina botulínica en una planta de remolacha de azúcar, adaptada para ese fin en Normandía como parte de un proyecto de guerra biológica. Un oficial recientemente enviado a Londres por el general Marshall informó a Eisenhower del Proyecto Manhattan, un plan secreto para la fabricación de la bomba atómica, así como de nuevos rumores que hablaban del posible uso, por parte de Alemania, de «venenos radiactivos» contra la Operación Overlord. En consecuencia, el SHAEF empezó a hacer acopio de contadores Geiger en la ciudad de Londres; a comienzos de mayo, ya se había solicitado a los médicos militares que informaran de cualquier «película fotográfica o placa de rayos X nublada o ensombrecida sin causa aparente» y que vigilaran la aparición de «enfermedades epidémicas... de etiología desconocida», con síntomas como, por ejemplo, náuseas y una bajada brusca de leucocitos.³⁹

Lo que probablemente no fuera tan descabellado era el temor de que Hitler utilizara gas venenoso en el momento en el que las tropas aliadas iban a ser más vulnerables: en los puertos de embarque o en las playas de Normandía. Aunque en el

SHAEF todos coincidían en que «es harto improbable que Alemania comience una guerra química», nadie había olvidado la lúgubre experiencia vivida en la primera guerra mundial, cuando las potencias beligerantes —empezando por Alemania y su ataque con cloro en Ypres en abril de 1915— utilizaron más de veinticuatro tipos distintos de gas para infligir un daño enorme: más de un millón de bajas.⁴⁰

Mil quinientos civiles británicos habían sido entrenados en prácticas de descontaminación. Solo los Estados Unidos habían almacenado ciento sesenta mil toneladas de municiones químicas para su uso potencial en Europa y el Mediterráneo. Un plan secreto del SHAEF, que únicamente podía activarse con la autorización de Eisenhower, hablaba del lanzamiento de bombas cargadas de gases venenosos (fosfeno y mostaza) por parte de la aviación aliada en ataques de represalia. Una lista de objetivos, calificados de «peligrosos para la población civil», incluía centralitas telefónicas desde Saint-Lô hasta Le Mans, diversos pueblos franceses fortificados utilizados como guarniciones alemanas e importantes enlaces ferroviarios, como el de Versalles, Avranches y otros lugares. En una segunda lista, confeccionada para minimizar el número de bajas entre la población civil, aparecían seis cuarteles generales del enemigo y numerosos puentes del noroeste de Europa. Los depósitos fortificados de dos aeródromos británicos contenían en aquellos momentos un millar de bombas cargadas de gas mostaza, y otro medio millar de gas fosgeno.⁴¹

«La gente cada vez está más y más de los nervios», había escrito hacía poco Eisenhower en una carta dirigida a un amigo en Washington. «El sentido del humor y una fe enorme, o si no, una falta absoluta de imaginación, son fundamentales para el proyecto.» Solo podía hacer de tripas corazón, y colocarse mejor los estribos.⁴²

Treinta minutos después de salir de St. Paul's, el Cadillac del comandante supremo pasó despacio por delante de una garita de centinelas y cruzó una de las verjas que se abrían en el muro de piedra de tres metros de altura que rodeaba Bushy Park, un antiguo coto de caza real protegido por un meandro del Támesis. Un paseo de majestuosos castaños conducía hacia el palacio de Hampton Court en un paisaje diseñado por Christopher Wren, con elementos que no hacían más que evocar el patriótico poema «Rule, Britannia!», como, por ejemplo, el Recinto de los Ciervos, el Parque de los Faisanes y el Estanque Triangular. Un batallón de camuflaje atendía las necesidades del lugar con redes y pintura verde, pero las desvencijadas cabañas con cubiertas de lata que había en los muelles de ladrillo y un laberinto de refugios antiaéreos atrincherados resultaban difíciles de esconder. Con el nombre secreto de «Widewing», el complejo constituía el centro de operaciones del SHAEF.⁴³

Sus cientos de oficiales de Estado Mayor, incluidos un sinnúmero de coroneles con condecoraciones de la primera guerra mundial y descritos por un observador como unos tipos «gordos, grises y avejentados», trataban de resolver los PINWE grandes y pequeños. Las ventanas de plástico, el linóleo agrietado y las estufas que funcionaban con madera o carbón no casaban bien con la humedad de la zona; la mayoría de los oficiales llevaba calzoncillos largos y dos pares de calcetines. Un comedor para altos oficiales en el Bloque C ofrecía amenidades a los generales de división y de rango superior. Para otros, unas clases de lengua francesa en una escuela nocturna vecina ofrecían la esperanza de un día mejor en un clima más cálido.⁴⁴

El despacho de Eisenhower, denominado C-1 y vigilado por la policía militar, disponía de una chimenea, un par de butacones de piel, una alfombra de color marrón y un escritorio de nogal con fotografías enmarcadas de su madre, su esposa, Mamie, y su hijo, John. Su bandera de cuatro estrellas estaba junto a una pared, al lado de la del Reino Unido y la de los Estados Unidos. Las visitas se lo encontraban a veces moviendo una pelota de golf imaginaria por el suelo, pero en aquellos momentos estaba sentado en la silla giratoria de su escritorio. Una bandeja, llena de papeles y documentos, y el libro de registro de piel granate con los mensajes y los informes de los servicios de inteligencia lo mantendrían ocupado hasta el atardecer, mientras el general no paraba de fruncir el ceño, y el montón de colillas crecía y crecía en el cenicero.⁴⁵

La luz crepuscular propia de los días de primavera iba apagándose por el oeste cuando por fin Eisenhower permitió que su automóvil lo condujera por Kingston Road hasta una casa de estilo Tudor con cinco dormitorios y el tejado de pizarra. La finca, de cuarenta mil metros cuadrados, disponía de un refugio antiaéreo junto a la puerta de entrada, donde un veterano manco de la Gran Guerra vigilaba el paso. Aquel lugar, llamado «Telegraph Cottage», era el único del Reino Unido en el que Ike Eisenhower podía relajarse y calzar las sandalias de paja que tenía desde sus tiempos de joven oficial en Manila a las órdenes de Douglas MacArthur. Allí jugaba al bridge y al bádminton, u hojeaba su anuario del Abilene High School, promoción de 1909. En el vecino Richmond Park, entre los purpúreos rododendros y en medio del canto de los cuclillos, daba de vez en cuando un paseo a caballo, acompañado de Kay Summersby, su hermosa conductora y secretaria irlandesa. Esas salidas provocaban comentarios tan maliciosos que la joven hablaba irónicamente de ella misma llamándose «una mujer mala». Aquella tarde, un montón de novelas del oeste aguardaba a Eisenhower en la casa; los relatos de forajidos y pistoleros le encantaban, decía a Summersby, porque «no tengo que pensar».⁴⁶

Pero qué difícil era *no* pensar, sobre todo por la noche, tras una jornada larga y agotadora. «¡Cuántos muchachos se han ido para siempre!», había escrito Eisenhower el pasado abril en una carta dirigida a Mamie. «Un hombre debe aprender a hacerse duro.» Las bajas del Imperio británico en la guerra ya superaban el medio millón; las dieciséis divisiones que iban a estar a las órdenes de Montgomery, incluyendo a canadienses y a polacos, equivalían a las últimas unidades de reserva de Churchill. Las previsiones de bajas británicas, calculadas con una fórmula llamada *Evetts' Rates* («Índices de Evett»), establecían tres niveles de combate: Tranquilo, Normal e Intenso. Pero la posibilidad de que se produjera una carnicería en Normandía había llevado a los planificadores a añadir un nuevo nivel: Doblemente Intenso. Según un estudio británico, el fuego enemigo barriendo una franja de playa de doscientos metros por cuatrocientos durante dos minutos podía provocar un número de bajas equivalente a más del 40 % de los efectivos de un batallón de asalto, un derramamiento de sangre comparable con el de la batalla del Somme de 1916.⁴⁷

Las bajas americanas, calculadas según una compleja fórmula denominada *Love's Tables* («Tables de Love»), podrían representar perfectamente el equivalente al 12 % de los efectivos de las fuerzas de asalto del Día D, o un porcentaje aún mayor si el gas aparecía en los combates. La 1.^a División de Infantería, punta de lanza en la playa Omaha, calculaba que, en condiciones «extremas», podrían ser baja un 25 % de los hombres, de los cuales prácticamente un tercio sería por muerte, captura o desaparición. El almirante al mando de las fuerzas de bombardeo en la playa Utah diría a sus capitanes que «debemos tener en cuenta que pueden perderse entre un tercio y la mitad de nuestros barcos». Las previsiones de muerte por ahogamiento en combate de soldados estadounidenses en el mes de junio, solo entre las tropas paracaidistas, indicaban, con tétrica precisión, una cifra concreta: 16.726. Para seguir la pista a muertos, heridos y desaparecidos, la sección de bajas a las órdenes del general encargado de las cuestiones administrativas del SHAEF aumentaría hasta contar con trescientos hombres; tan complejos eran los cálculos que fue entonces cuando comenzó a entrar en funcionamiento la versión primitiva de una computadora en la que se utilizaban fichas perforadas.⁴⁸

Los últimos ejercicios y simulacros difícilmente podían inspirar optimismo a Eisenhower. Desde enero, en calas y estuarios de toda Gran Bretaña, los soldados veían haciendo prácticas en los bancos de arena, «tratando de mantener nuestras partes más vulnerables fuera del agua», como explicaría un capitán. Un oficial británico de nombre Evelyn Waugh escribiría más tarde: «A veces estaban en la playa, pegando puñetazos a defensores imaginarios en las colinas; a veces, desde las colinas, a invasores imaginarios en la playa... A veces, simplemente chocaban con rivales

imaginarios por la utilización de la carretera principal, y se los sacaban de en medio de un puñetazo». Con mucha frecuencia, en ejercicios que llevaban nombres como *DUCK* («pato»), *OTTER* («nutria») y *MALLARD* («ánade real»), los puñetazos resultaban torpes e inapropiados. «El ejercicio *BEAVER* [«castor»] ha sido una decepción para todos los participantes», indicaría una valoración secreta. «Todos... La marina, el ejército de tierra y la fuerza aerotransportada se han confundido.» Cuando los 529 paracaidistas de veintiocho aviones regresaron a sus correspondientes aeródromos sin saltar durante un simulacro, se les amenazó con llevarlos ante un tribunal militar por «mala conducta en presencia del enemigo», por mucho que aún faltara tiempo para encontrarse realmente con el enemigo.⁴⁹

Los puñetazos imaginarios fueron verdaderamente reales en el ejercicio *TIGER* («tigre») del 28 de abril. Por una «serie de errores y malentendidos», como concluirían más tarde los investigadores, el convoy de tropas T-4 quedó prácticamente sin protección cuando navegaba hacia Slapton Sands, en la costa meridional de Devon, un lugar elegido precisamente por su parecido con Normandía. A las 02:00, nueve torpederos alemanes lograron infiltrarse en aguas de la zona sin ser vistos por un buque escolta británico que se encontraba a veinte kilómetros de la costa, y dispararon contra tres LST de la marina americana con tanta violencia que hasta los marineros de las demás embarcaciones creyeron que los habían alcanzado. El incendio «se propagó rápidamente de un lado a otro», contaría un testigo. Dos embarcaciones se hundieron, una de ellas en siete minutos, desmintiendo aquella bazofia de que los torpedos pasarían por debajo de una LST gracias a su poco calado.⁵⁰

En las balsas de salvamento, en cuanto aparecieron los primeros rayos de sol, los supervivientes se pusieron a cantar *Oh, What a Beautiful Mornin!* («¡Oh, qué hermosa mañana!»), cosa que la luz del alba también vino a desmentir. En el agua, vestidos con traje de combate, flotaban cientos de cadáveres, que siguieron yendo a la deriva, movidos por la marea, hasta que los equipos de rescate lograron sacarlos del mar. Cuarenta camiones trasladaron a los muertos a un cementerio cerca de Londres, donde veintitrés embalsamadores británicos titulados —su profesión no estaba muy difundida en el Reino Unido— aceptaron preparar los cuerpos en un bosque de cedros, detrás de una cortina de lona alquitranada, antes de proceder a su sepultura.⁵¹

Durante semanas, las olas siguieron arrastrando cadáveres de soldados hasta las playas; al final, el número de muertos rondó los setecientos, y un equipo de buceadores inspeccionó las naves hundidas hasta que pudo confirmar la muerte de doce oficiales desaparecidos, calificados como «*Bigot*», lo que significaba que

estaban al tanto de los planes secretos de la Operación Overlord. Las autoridades militares decidieron que, por el momento, el desastre de Slapton Sands se mantuviera en secreto.⁵²

Eisenhower lloró la pérdida de tantos hombres, y también la de las LST: sus reservas de ese tipo de embarcación de transporte tan vital eran cero. «No hay ni un momento de descanso», escribiría a Marshall.⁵³

El comandante supremo solía citar la definición de un genio militar según Napoleón: «el hombre que puede hacer cosas normales cuando todos los que lo rodean se vuelven locos». Apenas dieciocho meses atrás, antes incluso de la catástrofe del paso de Kesserine en Túnez, Eisenhower había abrigado la esperanza de ser relevado del mando, tal vez recuperando su rango permanente de teniente coronel. La ecuanimidad había contribuido a mantenerlo en su puesto desde entonces. Cada vez con más aplomo y altura moral, había pasado a ser el hombre indispensable, y había alcanzado tal popularidad que un agente de Hollywood acababa de ofrecerle 150.000 dólares por los derechos de su biografía (más 7.500 para Mamie, para su madre y para su familia política). «Tiene un carácter generoso y encantador —escribiría Montgomery en su diario antes de comenzar la invasión— y me fiaría de él hasta las últimas consecuencias.» Otros compañeros lo consideraban sociable, buen orador y profundamente honesto. Uno de sus subordinados, el almirante sir Bertram H. Ramsay, comandante en jefe de la fuerza expedicionaria naval aliada, afirmaríase sencillamente que «es un hombre de una talla excepcional». Franklin D. Roosevelt lo había elegido para dirigir la Operación Overlord, pues «es el mejor político entre los militares. Es un líder natural, capaz de convencer a otros de que lo sigan».⁵⁴

Pero Eisenhower no había convencido a todo el mundo de que él era un gran capitán, un comandante con la capacidad de ver el campo de batalla tanto desde el punto de vista espacial como temporal, intuyendo los planes del enemigo y subordinando toda resistencia a una voluntad de hierro. Montgomery, cuyo sentido de infalibilidad personal y cuya ambivalencia ante el generalato de Eisenhower no harían más que intensificarse, lo criticaba y lo elogiaba en privado: «En lo concerniente a la guerra, Ike no sabe distinguir entre Navidad y Pascua». Y la misma noche en la que Eisenhower hojeaba ensimismado las páginas de sus novelas del Oeste en Telegraph Cottage, el mariscal de campo sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial, confesaba en su diario la impresión que le había causado el comandante supremo en St. Paul's:

¡No he visto a un verdadero director de ideas, planes, fuerzas u objetivos! Solo a un simple coordinador: un hombre que sabe combinar, un defensor de la cooperación interaliada, y en este sentido pocos pueden superarlo. Pero ¿acaso basta eso? ¿O es que no podemos encontrar en un solo hombre todas las cualidades de un comandante?

Eisenhower percibía esas dudas, unas dudas que tal vez también le asaltaran a él. En su propio diario lamentaría la descripción que hacían de él los periódicos británicos, que lo consideraban más un administrador que un verdadero comandante de guerra. «Les disgusta pensar que yo no haya tenido nada que ver con campañas. No utilizan palabras como “iniciativa” y “audacia” cuando hablan de mí», escribiría. «Me preocupa que me consideren un apocado, cuando he tenido que hacer cosas tan peligrosas que rayaban la locura. Pero bueno.»⁵⁵

Necesitaba dormir. Al día siguiente le esperaba una jornada frenética, empezando con las reuniones matutinas en Bushy Park, y acabando con otro viaje de inspección en su *Bayonet*, el vagón de tren blindado que utilizaba para los desplazamientos más largos. (En dos furgones, llamados *Monsters*, iban cinco automóviles, dos jeeps y un pequeño arsenal de ametralladoras ligeras Bren con soldados británicos; y en el coche comedor podían sentarse treinta y dos personas.) Su intención era haber visitado más de veinticuatro divisiones antes de acabar el mes, y un número similar de aeródromos, así como un sinfín de buques de guerra, de depósitos militares y de hospitales. Con suerte, encontraría a otro soldado de Kansas (esas casualidades siempre le hacían sonreír).

Era verdad que había corrido peligros, grandes peligros, pero todavía correría muchos más. Eisenhower no era ni un filósofo ni un teórico militar. Pero creía que muy pocos comandantes sabían lidiar con lo que él denominaba «cuestiones que tocan el alma humana: aspiraciones, ideales, creencias profundas, afectos, odios». Sería en unos terrenos tan resbaladizos como esos donde se pondrían a prueba su capitanía y su causa durante las semanas y los meses que estaban por venir. Pues más que cualquier otra empresa humana, la guerra ponía de manifiesto el coraje del alma humana.⁵⁶

A decenas de millares llegaban a Gran Bretaña las almas vestidas de verde militar. Desde enero, el número de soldados se había multiplicado por dos. En aquellos momentos había un millón y medio de efectivos, una cifra muy distinta de aquella cantidad insignificante de cuatro mil a comienzos de 1942. De las ochenta y nueve divisiones del ejército estadounidense, veinte estaban en el Reino Unido, y otras treinta y siete venían de camino o ya estaban destinadas al teatro europeo. Llegaban por Liverpool, y por Swansea, Cardiff, Belfast, Avonmouth o Newport. Pero la mayoría lo hacía por Glasgow y la vecina Greenlock. Solo en abril llegaron más de cien mil hombres, quince mil de golpe a bordo de las dos reinas —el *Queen Elizabeth* y el *Queen Mary*—, capaces cada una de transportar una división entera y de alcanzar mayor velocidad que los submarinos alemanes, y que efectuaban la travesía desde Nueva York en cinco días.⁵⁷

Los soldados bajaban de los barcos por las planchas, pisando fuerte, mientras un oficial, lista en mano, iba llamándolos por su nombre. Llevaban su casco, su guerrera y un enorme distintivo de diferentes colores que indicaban la sección de la nave en la que se habían alojado durante el viaje. Llevaban cuatro mantas cada uno para dejar espacio en las bodegas de carga. Por su parte, los oficiales, completamente desconcertados, se veían obligados a cargar con su silla plegable, su almohada y sus raquetas de tenis. Una banda de música y los gaiteros escoceses les daban la bienvenida en el puerto; los niños alzaban la mano haciendo con los dedos la señal de «V» de victoria. Los pilotos de combate que habían cumplido con el cupo de misiones que les correspondía, y estaban esperando para embarcar y volver a casa, gritaban: «¡Regresad antes de que sea demasiado tarde!» o «¿Cuál es el número de teléfono de tu mujer?». Cada unidad que llegaba se anotaba en un registro denominado el «Libro de Hierro», y en otro manifiesto, el de los «Destinos previstos», se indicaba en qué lugar de Gran Bretaña acamparían momentáneamente las distintas compañías. Cuando los muchachos abandonaban el puerto marchando en columnas de cuatro en fondo para dirigirse a sus correspondientes trenes, nadie necesitaba una previsión para saber que su destino final era un lugar peligrosísimo.⁵⁸

«Pero eres algo de lo que hay millones», había escrito el poeta Randall Jarrell sin exagerar ni una pizca. Más de ocho millones de hombres habían sido inducidos a alistarse en el ejército y la marina de los Estados Unidos durante los últimos dos años, esto es, once mil al día. Tenían de media veintiséis años, esto es, habían nacido el año en el que había terminado la guerra que había de acabar con todas las guerras, pero la necesidad de hombres en este conflicto global hacía que estos fueran cada vez más jóvenes: de ahí que prácticamente la mitad de los soldados americanos que llegaban a Europa en 1944 fueran adolescentes. Uno de cada tres solo tenía el título de graduado escolar, uno de cada cuatro el diploma de bachillerato, y poco más de uno de cada diez había cursado un semestre de estudios superiores. El Panfleto 21-13 del Departamento de Guerra les garantizaba que eran «los soldados mejor pagados del mundo». Un soldado raso ganaba cincuenta dólares al mes, y un sargento noventa y seis. Todos los valientes condecorados con una medalla de honor recibirían dos dólares más al mes.⁵⁹

El soldado medio tenía una altura de un metro setenta y tres escaso, y un peso de poco más de sesenta y cinco kilos, pero los parámetros físicos habían sido modificados para aceptar defectos que en otro momento habrían impedido a muchos jóvenes vestir el uniforme. Un hombre con una visión de 20/400 podía verse obligado a efectuar el servicio militar si este problema de la vista era corregible hasta al menos 20/40 en un ojo; con este fin, las fuerzas armadas encargarían 2, 3 millones de gafas

para sus efectivos. Se había hecho realidad el viejo chiste de que el ejército ya no examinaba los ojos, sino que los contaba. Un individuo podía ser reclutado si tenía solo un ojo, o sordera total en un oído, o había perdido las dos orejas, o le faltaba un pulgar o tres dedos en cada mano, incluido el dedo con el que solía dispararse. A comienzos de la guerra, el recluta debía tener al menos doce de los treinta y dos dientes originales, pero en aquellos momentos podía estar completamente desdentado. Al fin y al cabo, el gobierno había reclutado a un tercio de los dentistas civiles de los Estados Unidos; en conjunto, estos profesionales extraerían quince millones de dientes, colocarían otros sesenta y ocho millones, y fabricarían dos millones y medio de dentaduras postizas, permitiendo que todos los soldados cumplieran con el requisito fundamental de «poder masticar la ración del ejército». ⁶⁰

También estaba estudiándose una revisión de los parámetros mentales y psicológicos. En abril de 1944, el Departamento de Guerra decretó que los candidatos solo necesitaban tener una «probabilidad razonable» de ajustarse a la vida militar, aunque se solicitó a los examinadores psiquiátricos que tuvieran en cuenta veinticuatro tipos de «alteración de la personalidad», como, por ejemplo, la risa tonta, el mal humor, el rechazo de la disciplina y otras características similares que aparentemente habrían incapacitado a todos los adolescentes de los Estados Unidos. Además, el ejército empezó a reclutar a obsesivos-compulsivos «moderados», así como a tartamudos. Los hombres con tumores malignos, lepra o un tipo de psicosis «certificable» seguirían siendo calificados de «no aptos», pero a comienzos de 1944, eran reclutados cada mes unos doce mil individuos con enfermedades venéreas, la mayoría sifilíticos, que se volvían aptos para el servicio gracias a un nuevo medicamento milagroso llamado penicilina.

¿Y qué decir de su alma, de su espíritu? ¿Qué ocurría con aquellos ideales y aquellas arraigadas creencias que preocupaban a Eisenhower? Pocos confesaban sentirse unos guerreros, ni siquiera unos soldados normales y corrientes. En su mayoría, eran «unos aficionados que veían la vida militar como algo que tenía para ellos claramente una fecha de caducidad», comentaría un oficial. En abril se llevó a cabo en Gran Bretaña una encuesta de opinión preguntando a los soldados qué dudas plantearían a Eisenhower si les dieran la oportunidad de hacerlo; al menos la mitad quería saber lo que ni siquiera el comandante supremo podía aclararles: ¿Cuándo podremos volver a casa? Un paracaidista de la 101.^a División Aerotransportada escribió: «Nunca lograré acostumbrarme a que otra persona piense por mí. Después de todos estos largos meses, sigo siendo un civil en lo más profundo de mi corazón». Y por esta razón moriría, al cabo de unos meses, en Holanda. ⁶¹

El escepticismo y la ironía, esos dos objetivos gemelos de la consciencia moderna, ayudaban a analizar la vida militar. Un soldado de infantería estadounidense que había asistido a una representación de *Como gustéis* en Stratford-on-Avon pegó en su cuaderno una cita del acto segundo, escena primera: «Dulces son los frutos de la adversidad; semejantes al sapo, que, feo y venenoso, lleva, no obstante, una joya preciosa en la cabeza», y a continuación escribió: «resume mi postura ante el ejército». Semana tras semana, la jerga de los soldados, como siempre tan reveladora, iba enriqueciéndose, resultando cada vez más profana. «SOL» significaba *shit out of luck* («mierda sin suerte»); el cuerpo de oficiales de las fuerzas estadounidenses se había convertido en «el circo de Sam»; los soldados de infantería eran simplemente «los pies»; y «SFA» —tomado prestado de los australianos— quería decir *sweet fuck-all* («dulce jódelo todo»). La fuerza anfibia era la «farsa ambigua». Como escribiría un oficial, «si no hay ironía, no hay guerra». La mayoría trataba de contener su cinismo. «Esperaba que el Ejército [de los Estados Unidos] fuera corrupto, ineficiente, cruel, derrochador, y resultó ser así, como todos los ejércitos, aunque menos de lo que pensaba antes de ingresar en él», escribiría un soldado de comunicaciones y novelista llamado Irwin Shaw. Otro soldado y novelista, Vernon Scannell, observó que entre los veteranos que habían combatido en el norte de África o en Sicilia «solía estallar una especie de hilaridad salvaje... tan irracional que rayaba la locura». ⁶²

«La guerra es un gran primer plano cuando estás en ella», comentaría Samuel Hynes, piloto de cazas. Incluso los soldados que percibían que «la historia se hace más cercana y más grande», en palabras del soldado de infantería aerotransportada y poeta Louis Simpson, compartirían sin duda la sensación de este de que «con la misma claridad que un esclavo egipcio cargado con su capacho puedo ver las pirámides de las que mis ladrillos formaran parte». Pocos manifestaban entusiasmo por otra intervención americana en el noroeste de Europa, «ese continente beligerante», como decía un soldado en una carta dirigida a los suyos. Un sondeo llevado a cabo recientemente por el ejército estadounidense en Inglaterra indicaba que más de un tercio de los soldados americanos dudaba a veces de que mereciera la pena luchar en aquella guerra, una cantidad que se había multiplicado por dos desde julio de 1943, pero que dejaría de aumentar. ⁶³

Es evidente que los muchachos confiaban los unos en los otros. La camaradería constituía un baluarte frente a lo que Scannell denominaba «este mundo de color caqui», con su «aburrimiento, su frío, su cansancio, su escualidez, su falta de intimidad, su monotonía, su fealdad y una angustia enervante y continua por el futuro». Como los que habían combatido en Kasserine y en Cassino —y, de hecho, también en Gettysburg y en la ofensiva de Meuse-Argonne— lo arriesgarían todo para

ser considerados dignos de sus compañeros. Un soldado americano de origen nipón que había luchado en Italia, y que volvería a empuñar las armas en Francia, contaría a su hermano: «me he visto muy afectado por la fuerza del amor, del odio, de los prejuicios, de la muerte, de la vida, de la destrucción, de la reconstrucción, de la traición, del coraje, de la camaradería, de la amabilidad y por el poder invisible de Dios». Todas esas eran, en verdad, las cuestiones del alma.⁶⁴

Así pues, en columnas de cuatro en fondo, aquellos soldados llegaron a los trenes que iban a conducirlos a 1.200 campamentos y 133 aeródromos repartidos por las Islas Británicas. «Este país me recuerda constantemente a Thomas Hardy», escribiría un teniente de gran cultura a su madre, pero en realidad era una tierra de cisnes blancos y de gente de campo que iba en bicicleta a antiguas iglesias, «pedaleando con soltura y, sin sonreír, tocaba su sombrero en señal de saludo», como observaría el periodista Eric Sevareid en uno de sus artículos. En las puertas de las parroquias seguían colgados los carteles de 1940 en los que podía leerse una súplica a Dios: «Salvad nuestra amada patria de una invasión, ¡oh, Señor!». Pero la Guardia Nacional ya no esperaba librar una batalla contra los teutones en Dover con fusiles obsoletos o con las picas entregadas a los que carecían de armas. Incluso algunas señales viales, quitadas de las carreteras al estallar la guerra para confundir a los paracaidistas enemigos, habían sido colocadas de nuevo en su sitio después de que los americanos se quejaran de que los conductores de sus camiones se perdían y gastaban mucha gasolina.⁶⁵

Se habían montado unos 400.000 barracones prefabricados y unas 279.000 tiendas de campaña para alojar a las hordas yanquis. Estos complejos habían sido complementados con los 112.000 edificios prestados por los británicos y unos dos millones de metros cuadrados como espacio de almacenaje. Los soldados estadounidenses llamaban a ese nuevo mundo «Spamland», pero el olor que prevalecía venía de las incineradoras de la Escuela de Higiene del Ejército de los Estados Unidos en las que se quemaban los excrementos. Aunque se mejoró la logística, la confusión y los errores seguían siendo permanentes: la máquina americana incluía veintitrés millones de toneladas de material y equipamiento, en su mayoría trasladadas a través del Atlántico por buques de carga que llegaron días, si no meses, después de las rápidas «reinas» utilizadas por las tropas para efectuar la misma travesía. Los conductores de los camiones fueron separados de sus vehículos, las bandas de música de sus tambores y los capellanes de sus cálices. Miles de objetos llegaron con conocimientos de embarque indescifrables o sin otra dirección de envío más que GLUE (el código para el sur de Inglaterra), BANG (Irlanda del Norte) o UGLY (desconocida). El Ministerio de Transporte destinó ciento veinte puntos de

ataque a barcos de la marina estadounidense, pero habían llegado treinta y ocho más. A pesar de las negociaciones que entablaron incluso la Casa Blanca y Whitehall, casi la mitad del cargamento de esos barcos huérfanos quedó amontonado en varios puertos, incluidas cinco mil toneladas de cacahuets y cincuenta mil unidades de radios portátiles; más tarde todo se perdió «debido a su exposición a la intemperie». Los bromistas aseguraban haber visto al ejército americano cortar cinta roja, longitudinalmente.⁶⁶

Ninguna alianza de la guerra era más necesaria y más sólida que la de los pueblos de habla inglesa, pero aquel campamento descomunal de los americanos estaba poniendo en peligro sus fraternales lazos de unión con los británicos. «Tal vez los veáis como casacas rojas enemigas —decía un panfleto del Departamento de Guerra que se entregaba a cada soldado a su llegada—, pero ahora no hay tiempo ni para volver a librar viejas batallas ni para recordar viejas rencillas.» Una serie de glosarios minuciosos traducían términos ingleses al inglés: *chemist/druggist*, *geyser/hot wáter*, *tyre/tire*. La desigualdad que las pagas provocaba resentimiento; un soldado estadounidense ganaba el triple que su homólogo británico, y la paga de noventa y seis dólares de un sargento americano de Estado Mayor equivalía al salario mensual de un capitán británico. Los americanos intentaron disimular esa diferencia pagando a sus hombres dos veces al mes. Pero la penuria británica era tan evidente como la de los pubs en los que los clientes se veían obligados a llevar su propia jarra de cerveza, o la escasez de jabón que hizo que los soldados estadounidenses hablaran de Gran Bretaña llamándola «Goatland» («país de cabras») por la poca higiene, o el hecho de que los oficiales de intendencia ingleses dispusieran solo de 18 tallas de zapato, y el ejército americano de 105. Las autoridades estadounidenses instaban a mostrar tolerancia y gratitud. «Siempre es de muy mala educación criticar a tus anfitriones», señalaba *A Short Guide to Great Britain* («Breve guía de Gran Bretaña»). «Desde el punto de vista militar, es totalmente absurdo insultar a tus aliados.» Y lo más importante, la producción de Gran Bretaña permitía a los Estados Unidos llenar sus despensas y sus almacenes de provisiones con 110.000 toneladas de patatas, 1.000 moldes de cocina, 2, 4 millones de estacas, 15 millones de preservativos, 260.000 lápidas mortuorias, 80 millones de paquetes de galletas y 54 millones de galones de cerveza.⁶⁷

Los británicos se mostraban pacientes, aunque los sondeos indicaban que menos de la mitad de la población veía con agrado a los americanos. «No hay palabras para expresar cuánto me exasperan», se lamentaría un ama de casa. «Gritones, pomposos, fanfarrones, creídos, moralistas de corral, hipócritas.» Un manual publicado en Londres, *Meet the Americans* («Conoce a los americanos»), incluía capítulos con

títulos como «*Drink, Sex and Swearing*» («Alcohol, sexo y palabrotas») o «*Are They Our Cousins?*» («¿Son nuestros primos?»). Un ensayo escrito para el ejército británico por la famosa antropóloga Margaret Mead pretendía explicar «¿Por qué los americanos parecen infantiles?». George Orwell se quejaba en un artículo compuesto para un periódico de que «Gran Bretaña es actualmente un territorio ocupado». ⁶⁸

Algunos comportamientos inapropiados ocasionales vinieron a reforzar el estereotipo del yanqui grosero y vulgar. Cerca de Newcastle, unos soldados americanos se zamparon los cisnes reales del palacio de verano del rey, ¡maldito Thomas Hardy! Paracaidistas de la 101.^a División Aerotransportada utilizaron granadas para pescar en un estanque privado; y, a veces, los soldados que se aburrían prendían fuego a los almiarés con balas trazadoras. A pesar de la insistencia del Departamento de Guerra en que «los hombres que se contienen de realizar el acto sexual suelen ser más fuertes, debido a que conservan mayor energía», eran tantos los soldados americanos que dejaban embarazadas a mujeres británicas que el gobierno de los Estados Unidos aceptó traspasar a los tribunales locales la jurisdicción para juzgar los casos de «paternidad no reconocida»; se estableció una pensión para los recién nacidos de una libra esterlina semanal hasta que el menor angloamericano cumpliera trece años, momento en que la compensación pasaba a ser de entre cinco y veinte chelines a la semana. En las carreteras se colocaron carteles avisando: «A todos los soldados estadounidenses: por favor, conduce con cuidado, ese niño puede ser tu hijo». ⁶⁹

Tanto en el frente como en la retaguardia, las relaciones transatlánticas seguirían siendo, en palabras de un general británico, «una delicada planta de invernadero que debe ser atendida primorosamente para que no se marchite». De ellas dependía nada más y nada menos que la civilización occidental. Mientras los campamentos de *Spamland* seguían llenándose de un sinfín de soldados americanos llegados de ultramar, un comandante británico, hablando en nombre de sus paisanos, comentaría: «Eran los muchachos que necesitábamos... No habríamos podido ganar la guerra sin ellos». ⁷⁰

Las operaciones de carga de los navíos invasores que debían llegar al otro lado de la costa habían empezado el 4 de mayo y se habían intensificado a medida que el mes iba avanzando. Siete mil tipos distintos de material tenían que alcanzar las playas normandas en las cuatro primeras horas, desde tijeras quirúrgicas hasta proyectiles para los lanzacohetes. A esta primera tanda de suministros se sumarían decenas de miles de toneladas más en los días sucesivos. La responsabilidad de los embarcos recaía en tres instituciones burocráticas militares, cuyos acrónimos recordaban los

nombres de los hermanos Marx: MOVCO, TURCO y EMBARCO. Recluidos en un sótano londinense cerca de los grandes almacenes Selfridges, un grupo de capitanes de la marina mercante preparaba la planificación de las operaciones de carga sirviéndose de unos planos del puerto extendidos en mesas enormes; una serie de dados de madera representaban cada uno de los jeeps, de los obuses y de los contenedores incluidos en el proyecto, y eran movidos de un lado a otro, como piezas de ajedrez, para comprobar que todo encajara. En los campamentos, los soldados practicaban la carga y descarga de vehículos y cañones en unas réplicas de los muelles construidas a tamaño real.⁷¹

En veintidós puertos británicos, los estibadores conducían las paletas a las bodegas y tendían redes de carga, embarcando radios de Pensilvania, grasa de Texas o fusiles de Massachusetts. Para la Operación Overlord, el ejército estadounidense había reunido 301.000 vehículos, 1.800 locomotoras, 20.000 vagones de tren, 2, 6 millones de armas pequeñas, 2.700 piezas de artillería, 300.000 postes telefónicos y 7 millones de toneladas de combustible, aceite y lubricantes. El SHAEF había calculado un consumo diario en combate de 18.584 kilos por soldado. En esta cantidad se incluía desde las balas hasta el combustible, pasando por la goma de mascar. Sesenta millones de raciones K, suficientes para alimentar a las fuerzas invasoras durante un mes, fueron embaladas de 500 en 500 toneladas. Unos furgones enormes del ejército americano, llamados plataformas de guerra, transportaban los tanques y los bulldozer hasta el puerto; por su parte, las montañas de municiones eran apiladas en los transbordadores con bodega para automóviles que habían sido requisados en Boston, Nueva York y Baltimore. El fotógrafo Robert Capa, que llegaría a la playa Onaha con la segunda oleada, contemplaría cómo aquellos «juguetes gigantes» eran subidos a bordo. «Cualquier cosa parecía una nueva arma secreta —escribiría—, «especialmente desde la distancia.»⁷²

Desde los centros de cartografía hasta los muelles, unos guardias armados escoltaron 3.000 toneladas de mapas solo para el Día D, los primeros de los 210 millones de planos que serían distribuidos en Europa, la mayoría impresos a cinco colores. A las bodegas también fueron a parar 280.000 mapas hidrográficos; planos detallados de Cherburgo y Saint-Lô; parte de aquel millón de fotografías aéreas de las defensas alemanas, tomadas desde aviones de reconocimiento volando a menos de ocho metros de altura; y acuarelas representando el aspecto de las playas a las que deberían dirigirse los tripulantes de las embarcaciones de desembarco. Unos atlas de Francia señalaban los monumentos y los tesoros culturales del país, e incluían la orden de Eisenhower de «contención y disciplina», esto es, de no causar estragos. En la Operación Overlord, el plan de batalla del I Ejército de los Estados Unidos era más

largo que *Lo que el viento se llevó*. Solo para la 1.^a División de Infantería, la Orden de Campaña n.º 35 tenía quince anexos y dieciocho apéndices, incluido el recordatorio de «conducir por la derecha de las carreteras». Un número ingente de palabras en código daba inicio a la Lista Rosa, válida desde la hora «H» hasta las dos de la mañana del llamado Día D+1, momento en el que entraría en vigor la Lista Azul. Si la Lista Azul se veía comprometida, se utilizaría la Lista Blanca, pero únicamente si se decía por radio la palabra «swallow». Los soldados solo podían suspirar.⁷³

Día tras día, noche tras noche, el material de guerra llegaba a los muelles y embarcaderos, un catálogo verdaderamente homérico por su magnitud y su variedad: miles de osciladores de cristal, cientos de palomas mensajeras, un centenar de Estrellas de Plata y trescientos Corazones Púrpura —los llamados «medallas a la puntería en el tiro al alemán»— para ser concedidos por los generales de división a quien lo mereciera, y diez mil «sacos Hagensen», unas bolsas de lona —cosidas por veleros en diversas instalaciones repartidas por Inglaterra— llenas de explosivos plásticos. Una empresa contratada para la fabricación de diez mil cruces de metal no había podido cumplir el plazo de entrega; por esta razón las unidades encargadas del registro de las sepulturas tendrían que improvisar colocando indicadores de madera. Se habían comprado sábanas de algodón para utilizar como mortajas, calculando una por cada 375 hombres al día en Francia, estimación que resultó excesivamente optimista. En julio, como iban menguando las reservas, los oficiales de intendencia no tuvieron más remedio que mandar cincuenta mil más.⁷⁴

Fueron preparados cuatro buques hospital, «blancos como la nieve... con muchas cruces rojas recién pintadas en el casco y en la cubierta principal», observaría la corresponsal Martha Gellhorn. Cada LST dispondría también de dos médicos como mínimo y de veinte marineros encargados de la evacuación de los heridos, con salas de operaciones construidas en la cubierta de tanques al aire libre —una «trampa perversa y sucia», en palabras de un oficial— y calentadores para esterilizar bidones de veinte galones de agua. En total, la Operación Overlord exigiría la participación de ocho mil médicos y la utilización de seiscientos mil dosis de penicilina, cincuenta toneladas de sulfamidas y ochocientas mil pintas de plasma, diferenciando escrupulosamente entre donantes blancos y donantes negros. Mil seiscientas paletas, con un peso de media tonelada cada una de ellas, concebidas para ser arrastradas por las playas, estaban cargadas de suficientes suministros médicos como para pasar quince días sin problemas de escasez.⁷⁵

Un nuevo *Manual terapéutico* incluía las duras lecciones de medicina de combate aprendidas en el Mediterráneo. Había otras lecciones que aún no habían sido asimiladas, como, por ejemplo, la manera de evitar el envenenamiento por morfina,

tan habitual en Italia, y el funesto error que cometían algunos anestesiistas cuando confundían los bidones de dióxido de carbono británicos con los de oxígeno americanos —ambos pintados de verde—, equivocación que había acabado con la vida de al menos ocho enfermos. Especialmente conveniente era el reconocimiento de que la sangre complementaba el plasma a la hora de reavivar a los heridos más graves; los planificadores sanitarios trataron de reunir tres mil pintas para la fase inicial de la Operación Overlord, esto es, una pinta por cada 2, 2 soldados heridos, casi cuatro veces más que la cantidad utilizada en Sicilia.⁷⁶

Pero la sangre se conservaba dos semanas como mucho. La última semana de mayo estaba a punto de concluir, y era evidente que el Día D se aproximaba. La sangre —en grandes cilindros claramente marcados— había llegado.⁷⁷

El martes, 23 de mayo, una enorme ola migratoria de tropas de asalto se dirigió hacia la costa de Inglaterra, repartiéndose por doce zonas de concentración —los estadounidenses en el suroeste, y británicos y canadienses en el sur—, donde empezaría la fase final. El plan previsto exigía que cada convoy recorriera cuarenta kilómetros en dos horas, con una distancia de seis metros entre vehículos, con una parada de diez minutos cada hora en punto. Los policías militares, que llevaban unos brazaletes tratados especialmente para detectar gas venenoso, dirigían el tráfico en los cruces y en pueblecitos de casas con cubiertas de paja. No sin nerviosismo, los soldados se partían de risa cuando leían las nuevas señales de tráfico que decían «sentido único». «Nos detuvimos en lo alto de una colina y vimos abajo en los valles una docena de carreteras embotelladas por miles de vehículos, hombres y equipamiento dirigiéndose al sur», escribiría el sargento Forrest C. Pogue, especialista en historia militar. Pogue recordaría la descripción que había hecho Arthur Conan Doyle de los soldados camino de la batalla; un «tropel de individuos que tomaba el antiguo sendero cubierto de una neblina de polvo blanco desde Winchester hasta el canal de la Mancha».⁷⁸

Junto a los bordillos de las aceras, las madres levantaban a sus hijos para que vieran pasar a las tropas. En las afueras de Londres, un hombre «encorvado como un bumerán» que empujaba un carro gritó: «¡Buena suerte a todos vosotros, amigos míos!», según contaría un capitán inglés. En los tanques y en los camiones, añadiría el mismo capitán, los muchachos escribieron con tiza los nombres de las novias que habían dejado atrás, de modo que prácticamente todos los vehículos tenían a «una chica como santa patrona», o tal vez como patrona pecadora. De manera casi repentina, Londres empezó a perder color a medida que los vistosos uniformes militares iban abandonando la capital. «Los restaurantes y los clubes nocturnos

estaban medio vacíos, y encontrar un taxi resultaba milagrosamente fácil», dice un relato de los hechos. Un pub utilizado anteriormente por los oficiales americanos para sus citas secretas fue rebautizado con el nombre de Whore's lament («el lamento de la puta»).⁷⁹

A finales de semana, todos los campamentos de concentración de tropas quedaron cerrados al exterior, vigilados por unos centinelas que tenían la orden de disparar contra cualquiera que intentara salir. «Manténganse alejados», decían unos carteles colocados en las vallas, «La población civil no puede hablar con el personal del ejército». Algunos soldados americanos, que vestían uniformes nazis capturados y llevaban armas alemanas, se paseaban por el campamento para que las tropas fueran acostumbrándose al aspecto del enemigo. La invasión comenzaba a parecer «una pieza teatral ensayada hasta la saciedad», escribiría en tono quejoso el corresponsal Alan Moorehead. Corrían rumores de todo tipo, algunos realmente fantasiosos, como, por ejemplo, que los comandos británicos habían tomado Cherburgo, que Berlín trataba de firmar una paz, que una unidad concreta iba a ser sacrificada en un ataque de diversión, que la Wehrmacht disponía de un rayo mortal capaz de reducir a cenizas muchos metros cuadrados de terreno en un instante y de un enorme aparato refrigerador para crear grandes icebergs en el canal de la Mancha. El periódico militar *Stars and Stripes* intentó tranquilizar a los soldados más asustadizos con un artículo prometiendo que «la conmoción impedía que los heridos sintieran mucho dolor». En otra columna avisó de lo siguiente: «No os sorprendáis si un hombre francés se abalanza hacia vosotros y os besa. No significa que sea un sarasa. Quiere decir simplemente que es un tipo emotivo».⁸⁰

La seguridad seguía siendo primordial. El SHAEF consideraba que la Operación Overlord tenía pocas probabilidades de éxito si el enemigo se enteraba de lo que iba a ocurrir tan solo cuarenta y ocho horas antes de su inicio, «y si tiene noticia antes de ese plazo, la derrota es segura». En respuesta a las peticiones de Churchill en el sentido de que las medidas de seguridad fueran «importantes, grandes y abundantes», el gobierno británico decretó a comienzos de abril una prohibición para mantener alejadas de la costa del mar Negro, el canal de Bristol y el canal de la Mancha a las 600.000 personas que solían visitar esas zonas cada mes. Dos mil agentes de los servicios de contraespionaje del ejército velaban para que no se produjeran filtraciones. Un equipo de censores, que dominaba veintidós lenguas, entre ellas el ucraniano y el eslovaco, se dedicó a inspeccionar con la ayuda de un cúter exacto las cartas de los soldados para comprobar que no dijeran indiscreciones. Su actividad se prolongó hasta el 25 de mayo, cuando toda la correspondencia saliente fue retenida durante diez días como medida de precaución añadida.⁸¹

Los inspectores de los sistemas de camuflaje viajaron por todo el sur de Inglaterra para comprobar que el aparato de la invasión seguía siendo invisible para los aviones de reconocimiento alemanes. Miles de toneladas de carbonilla y de aceite aglutinado ennegrecían los nuevos desvíos de las carreteras. Grandes redes ocultaban tiendas de campaña y barracones —solo los británicos utilizaron un millón de metros cuadrados—; incluso a las camillas sanitarias y a los contenedores quirúrgicos se les aplicó una espesa capa de «pintura de un tono más claro», o bien el *Standard Camouflage Color 1* (marrón oscuro), o bien el *SCC 15* (verde militar). Cualquier vehículo que hiciera una parada de más de diez minutos debía ser cubierto con una red «perfectamente ajustada al chasis». ⁸²

Las operaciones de diversión fueron un complemento de los sistemas de camuflaje. El engaño más grande de la guerra, llamado originalmente «Apéndice Y» y al que más tarde se impuso el nombre secreto de Operación Fortitude («Fortaleza»), tenía por objetivo «inducir al enemigo a llevar a cabo un despliegue estratégico de sus fuerzas totalmente equivocado», como solicitaron los jefes del Estado Mayor Conjunto. Quince mil simuladores aliados utilizaron mensajes de radio falsos para sugerir que un ejército ficticio de ocho divisiones en Escocia lanzaría un ataque contra Noruega en coordinación con los soviéticos, tras lo cual una fuerza mucho mayor emprendería a mediados de julio la invasión de Francia por el paso de Calais, esto es, a unos doscientos cuarenta kilómetros al noreste de las playas previstas por la Operación Overlord. El 20 de mayo se dio inicio a un meticuloso despliegue de más de doscientas *Bigbobs* —falsas embarcaciones de desembarco creadas con lonas y barriles de combustible— alrededor del estuario del Támesis. El engaño continuaría con mensajes por radio que hablaban de un fantasma: el I Grupo de Ejércitos de los Estados Unidos que, con una fuerza de 150.000 efectivos, en teoría estaba preparado para atacar la playa equivocada en el mes equivocado. ⁸³

El genio británico en el arte de la diversión no se detuvo allí: en otra fantástica estratagema, se pasó información falsa a través de más de una docena de agentes alemanes, todos ellos descubiertos, todos ellos detenidos y todos ellos reclutados aparentemente por los servicios de inteligencia británicos. Una red británica de agentes dobles con nombres secretos como «Garbo» o «Triciclo» vino a complementar el engaño, y unos quinientos informes falsos fueron transmitidos por radio desde Londres a los jefes del espionaje enemigo en Madrid, para que de allí las noticias llegaran a Berlín. La Operación Fortitude había servido para provocar alucinaciones entre los alemanes: los analistas enemigos tenían detectadas en aquellos momentos setenta y nueve divisiones aliadas reunidas en Gran Bretaña, cuando en verdad no había más que cincuenta y dos. A finales de mayo, la inteligencia aliada,

ULTRA incluida, y la habilidad de los británicos a la hora de interceptar y descifrar la mayoría de los mensajes codificados de los alemanes, permitían asegurar que no había evidencia alguna que indicara «que el enemigo haya determinado con precisión la zona en la que tendrá lugar nuestro primer asalto», como fue comunicado a Eisenhower, para alivio del comandante supremo. En una última acción fraudulenta antes de dar inicio a la invasión, el teniente Clifton James, del cuerpo de finanzas del ejército británico, voló a Gibraltar el 26 de mayo —tras pasar un tiempo estudiando los gestos y las costumbres del general Montgomery, con el que guardaba un parecido sorprendente—, y luego a Argel. Luciendo una boina negra, se dejó ver en público en estas ciudades durante varios días con la esperanza de que Berlín creyera que el ataque al otro lado del canal no era en absoluto una acción inminente si Monty estaba paseando por el Mediterráneo.⁸⁴

Cuando mayo estaba a punto de acabar para dar paso a junio, los preparativos de la invasión entraron en una dinámica febril. Todos los vehículos que iban a desembarcar en la costa de Francia tuvieron que superar una prueba de resistencia al agua a una profundidad de ciento doce centímetros con un pegajoso compuesto de grasa, cal y fibras de asbesto; una chimenea vertical del tubo de escape «se elevaba como la cola de un pájaro troglodita» para evitar que el motor se inundara. Un solo tanque Sherman requería trescientas horas de trabajo de un hombre para estar preparado y superar la prueba, y mantenía ocupada a una tripulación de cinco individuos durante una semana. El 29 de mayo, el SHAEF ordenó también que los once mil aviones aliados llevaran tres grandes rayas blancas en cada ala para ser debidamente identificados. La búsqueda frenética de cien mil galones de pintura blanca y veinte mil brochas exigió la movilización de toda la industria británica del sector, cuyos obreros trabajaron sin parar hasta el fin de semana de Pentecostés. Algunas tripulaciones utilizaron escobas para pintar las rayas.⁸⁵

Los soldados necesitaban pastillas contra el mareo, bolsas para vomitar y flotadores, circunstancia que elevó el peso medio de la carga que debía soportar un fusilero a 31, 25 kilos, cantidad muy superior a los 19, 5 kilos recomendados para las tropas de asalto. En Dorset, el jefe de una compañía del 116.º de Infantería, cuyo destino era la playa Omaha, contaría que sus muchachos «daban vueltas rebuznando por el campamento con las mochilas en la espalda, diciendo que si los cargaban como burros también podían rebuznar como burros». El 2 de junio, los hombres tuvieron que vestirse con «pieles de mofeta», esto es, unos uniformes rígidos y malolientes completamente impregnados de una sustancia contra el gas venenoso.⁸⁶

«Ahoyá ya estamos preparados, más preparados que nunca», escribiría el 30 de mayo el general de brigada Theodore Roosevelt, Jr., en una carta dirigida a Eleanor, su esposa. «El pájaro negro le dijo a su hermano, si esta es la última canción que vas a cantar, cántala bien, pues tal vez no vuelvas a cantar otra.» Todos los soldados colocaron sus efectos personales en una caja de intendencia de treinta centímetros de largo por veinte de ancho y diez de fondo que sería depositada en un almacén de Liverpool. Como si mudaran de piel o se desprendieran de una vida pasada, las tropas destinadas a Francia llenarían todas las semanas, durante el resto de la guerra, quinientos vagones de tren con esos objetos personales de un tiempo de paz.⁸⁷

«Soy un hombre libre, y no me muerdo la lengua», escribiría en su diario un artillero británico, miembro de la tripulación de un tanque Sherman. «Me he ganado mi lugar.» Los guerreros comenzaron a cantar, y cantaban bien. Un soldado cuyo canto se extinguiría en Normandía escribió a su familia las siguientes líneas: «Si no salgo de esta, quiero que los míos (especialmente mi padre) sepan que di toda mi fuerza y toda mi energía, hasta la última gota, por lo que creo que estoy luchando». Otro joven capitán, que sí viviría para hacerse viejo, dijo a sus padres a su regreso a Waco: «El destino de la vida es difícil de entender».⁸⁸

El viernes, 2 de junio, Eisenhower abandonó Bushy Park para dirigirse a su campamento de guerra, cuyo nombre secreto era *Sharpener*. Caravanas y tiendas llenaban Sawyer's Wood, una zona boscosa en la que abundaban las perdices, los rosales silvestres y las dedaleras, situada a ocho kilómetros al noroeste del puerto de Portsmouth. La «caravana de circo» privada de Eisenhower disponía de una litera y un escritorio, con el habitual montón de novelas del Oeste y tres teléfonos, incluido uno rojo que comunicaba directamente con Washington y otro verde que lo hacía con la sala de mapas de Churchill en Whitehall. A un kilómetro y medio de distancia, tras recorrer un sendero de tierra, había una mansión georgiana de tres pisos con una fachada redondeada y columnas jónicas. Confiscada originalmente por la Marina Real para convertirla en una escuela de navegación —en las estanterías seguía habiendo un montón de almanaques náuticos—, Southwick House era en aquellos momentos el cuartel general del almirante Ramsay y un reducto ideal desde el que el comandante supremo podía observar cómo iba desarrollándose la Operación Overlord.⁸⁹

«El peso de la carga», como confesaría Eisenhower en su diario, no había hecho más que aumentar durante la última semana. El 3 de junio, Harry Butcher comentaría que su jefe tenía «el nerviosismo propio de los días previos a la invasión». Había muchas cosas por las que estar nervioso. Cada mañana, los servicios de inteligencia estudiaban minuciosamente las nuevas fotos aéreas tomadas en vuelos de

reconocimiento y enviaban a Southwick House los resultados de su trabajo, y detallaban los obstáculos colocados por el enemigo en las playas de la costa normanda, con todos los búnkeres y todos los campos de minas perfectamente indicados en un mapa a gran escala. Más alarmantes eran los informes de Ultra que hablaban de que otra división alemana había reforzado el extremo occidental de la zona de invasión. Un memorándum de fecha 26 de mayo elaborado por el personal de operaciones del SHAEF señalaba que tres divisiones germanas ocupaban en aquellos momentos la importantísima península de Cotentin, junto con sesenta tanques y un regimiento paracaidista, y tal vez otra división entera atrincherada en Cherburgo.⁹⁰

Una fuerza de semejante tamaño, en una posición ideal para tender una emboscada a las dos divisiones aerotransportadas americanas pobremente armadas que debían llegar a la península, también asustaba al mariscal, y jefe del Aire, sir Trafford Leigh Mallory, principal responsable de las fuerzas aéreas de la Operación Overlord. Descrito por un oficial británico como «un tipo pomposo y bobalición», y por otro como un hombre con «un talento especial para irritar a todo el mundo», Leigh-Mallory pidió a Eisenhower el 29 de mayo que cancelara los lanzamientos de la 82.^a y la 101.^a División Aerotransportada, pues se corría el riesgo de perder a la mitad de los paracaidistas y un tercio de los planeadores como poco. Al día siguiente, hablando cara a cara, el mariscal del aire subió la apuesta, advirtiendo al comandante supremo de que «esta operación tan especulativa» podía suponer la pérdida del 70 % de la fuerza de planeadores en lo que definía como una «carnicería inútil», y añadió: «Si usted pone en marcha esta operación, tirará por la borda dos divisiones aerotransportadas».⁹¹

Era una empresa peligrosa que rayaba la locura, una de esas empresas por las que Eisenhower percibía que no era valorado. Se retiró solo a una tienda para fumar un cigarrillo tras otro y reflexionar sobre lo que él denominaba una «cuestión que te tortura el alma». Abortar el lanzamiento aerotransportado suponía cancelar también el desembarco en la playa Utah, o condenar a las fuerzas de asalto de este sector a una más que posible aniquilación, pues la misión de los paracaidistas era impedir los contraataques alemanes en las playas del este de la península de Cotentin el Día D. La desgracia que había acompañado a las fuerzas aerotransportadas en el norte de África y en Sicilia había provocado que algunos oficiales se mostraran escépticos ante la llamada «guerra paracaidista», pero Eisenhower seguía creyendo en la capacidad de conmoción de un ataque vertical, sobre todo si había una mejor concentración de tropas. En los últimos días, las zonas de lanzamiento de la 82.^a División

Aerotransportada habían sido desplazadas unos veinte kilómetros más al este, junto al sector asignado a la 101.^a. Esta unión permitiría reunir una fuerza de trece mil efectivos de seis regimientos paracaidistas mucho más cerca de la playa Utah.⁹²

Tras abandonar su refugio de lona, Eisenhower dio una serie de órdenes dignas de un capitán en el campo de batalla. Después de telefonar a Leigh-Mallory, dictó su decisión: no había «otra alternativa» que seguir con una operación que llevaba dos años planificándose, aunque ordenó a los comandantes que revisaran «hasta el más mínimo detalle cada uno de los aspectos que puedan favorecer una disminución de los peligros. En la región, un ataque contundente de las fuerzas aerotransportadas es esencial para el éxito de toda la operación». Y añadió: «Debe llevarse a cabo».⁹³

La cima frondosa de una colina próxima a Southwick House ofrecía una vista sorprendente de la flota de mil navíos que ya estaba preparada para cruzar Spithead y el Solent, el estrecho que separa la isla de Wight de Inglaterra. Miles más —la armada de la Operación Overlord tenía casi siete mil buques, incluidas las embarcaciones de desembarco y las barcasas— llenaban los amarraderos de todos los puertos desde Felixstowe, en el mar del Norte, hasta Milford Haven, en Gales, y había otros atracados en el Humber, el Clyde y Belfast Lough. Volvía a hacer aquel calorcillo propio de finales de primavera, y blancas nubes algodonosas sobrevolaban los grises malecones y las torres de las iglesias. El olor a mar y a la creosota de la madera lo traía una fresca brisa que hacía ondear las banderas de los barcos y movía con fuerza las amapolas que había cerca de los muelles. A los veteranos les recordaba Túnez. Los buques hacían señales a la costa con sus luces, y desde la costa se hacían señales con luces a los buques. Formando una barrera, los globos plateados flotaban suspendidos en el aire sobre las zonas de amarre, solo en Falmouth había sesenta y cinco, y varios destructores iban de acá para allá, surcando el plácido mar en el que dejaban estelas estáticas de blanca espuma.⁹⁴

Los soldados, rebuznando y quejándose aún bajo el peso de su carga, subían a las naves por las planchas, o entraban por las rampas a las LST varadas en plataformas de hormigón a orillas del agua. «¡Que os divirtáis, muchachos!», gritaban los rudos estibadores. Otros se amontonaban en las gabarras para efectuar el corto y húmedo viaje a los barcos de transporte de tropas que ya empezaban a levar anclas. «Muchachos, si alguno de vosotros se acerca más», exclamó un soldado, «tendrá que casarse conmigo». Los soldados británicos calentaban chocolate y sopa de rabo de buey en las cubiertas; el comandante de una sección se maravilló cuando le sirvieron «pan blanco de verdad, que no habíamos visto en años». En Plymouth, donde Drake había jugado a los bolos antes de embarcar para luchar contra la Grande y Felicísima

Armada española, y de donde zarpó el *Mayflower* para poner rumbo al Nuevo Mundo, había tantos barcos amarrados regala con regala que «cualquiera habría podido saltar de una cubierta a otra, caminando un kilómetro por encima del río Tamar», contaría un teniente americano. A bordo del buque estadounidense *Clara Barton*, los marineros terminaban de pintar varias figuras femeninas muy pechugonas que adornaban el mascarón de proa; un oficial de artillería anotaría en su diario: «No pregunté cuál de ellas era Clara».95

Como siempre cuando tierra y mar se encuentran, el ejército de los Estados Unidos y la marina de los Estados Unidos encontraron motivos para pelearse. Uno y otra habían asignado números distintos a las LST, de modo que cualquier soldado, perplejo, podía embarcarse en la LST 516 y en la LST 487, que eran la misma nave. Un manual de sesenta y una páginas, *Preparation for Overseas Movement: Short Sea Voyage*, indicaba que todas las unidades debían entregar cuarenta copias de las listas del personal embarcado, requisito que la mayoría se saltó, como era de esperar. Dieciocho naves anfibas de asalto para el desembarco de tanques, o LCT, tenían tal exceso de carga que en el último minuto los oficiales de la marina solicitaron aligerar el peso. Los marineros explicaban pacientemente a los soldados que una LST se hundía dos centímetros y medio por cada treinta y tres toneladas de peso; cargar la nave con ochocientas toneladas de peso en vez de un máximo de quinientas obligaría a las tripulaciones a desembarcar los vehículos en una zona de la costa en la que el agua cubriría unos veinticinco centímetros más de lo previsto. Esto podía provocar que los motores se llenaran de agua y que algunos hombres se ahogaran. No obstante, las naves fueron cargadas con exceso de peso. El VII Cuerpo, destinado a la playa Utah, intentó embarcar seiscientos hombres en unas LST construidas para transportar cuatrocientos.96

El peso muerto incluía el que representaban los cuarenta corresponsales de guerra que iban a bordo de las naves, «una pandilla de pesados y enigmáticos gitanos errantes», como diría el periodista Don Whitehead hablando de su propia tribu, reunida con el máximo secretismo en diversas tabernas londinenses. El más célebre de ellos era sin duda Ernie Pyle, un tipo «canoso, con poco pelo, de facciones agradables, aunque expresaban cansancio, siempre con una gabardina que parecía que iba a engullirlo», en palabras de Forrest Pogue, «un espantapájaros de poca estatura y pies muy grandes». En su petate llevaba once botellas de licor, todo tipo de amuletos, una máquina de escribir portátil de la marca Remington y el comunicado del premio Pulitzer que le había sido concedido un mes antes por el brillante trabajo llevado a cabo en el Mediterráneo. «Todo lo que hago es beber, trabajar y esperar», había escrito en una carta dirigida a un amigo. Ahora la espera estaba llegando a su final.

Omar Bradley, al que Pyle había hecho famoso en Sicilia, le había ofrecido una litera en el *Augusta*, el buque insignia del alto mando estadounidense. Pyle prefirió evitar «tanto jefazo» y embarcó en el puerto de Falmouth en la LST 353, haciendo las delicias de los artilleros de la batería de popa, donde estampó su autógrafo con pintura en un cañón antiaéreo.⁹⁷

«Lo único que me satisface es estar con los soldados en el campo de batalla», confesaría. Y añadiría: «Si oigo a otro jodido soldado decir “jodido” otra vez, me rebanaré el jodido cuello». Pyle, que ya tenía espantosas pesadillas y acostumbraba a firmar sus cartas con el nombre de «el Guerrero Infeliz», asistió a una reunión donde se informó del plan de ataque de la Operación Overlord; luego se acostó sin poder dormir, con los ojos bien abiertos hasta las cuatro de la madrugada. «El compromiso ya estaba adquirido», escribiría luego. «Ya era demasiado tarde para retirarse, aunque el corazón te hubiera abandonado.»⁹⁸

Las tropas, que iban como sardinas en lata, se las arreglaron como pudieron en unas bodegas claustrofóbicas o en cubierta a la intemperie. «Me encanta tener cerca a mis compañeros —escribiría un pobre soldado en su diario—, pero no a montones.» En todos los barcos de la flota podía oírse el ruido de los dados al caer y el de las cartas al ser barajadas, incluidas las de «una larga partida de un juego salvaje inspirado en el póker, llamado *high low rollem* en el que se utilizaban billetes de invasión por un valor de cinco francos como dinero en las apuestas», informaría el corresponsal A. J. Liebling. A bordo del *Augusta*, los marineros cantaban *When Irish Eyes Are Smiling* alrededor de un piano, mientras que en el comedor de oficiales parece hartamente improbable que estuvieran viendo la película *Náufragos* de Alfred Hitchcock. Sin más fanfarria que alguna que otra señal de semáforo repetida por las naves, los convoyes que tenían un viaje más largo por delante zarparon y se adentraron en alta mar. Para los que habían estado en África, Salerno o Anzio, el sonido penetrante y continuo de las hélices en funcionamiento provocaba lo que un veterano definiría como «esa sensación ya familiar de desasosiego».⁹⁹

Había más de quinientas estaciones meteorológicas repartidas por todo el Reino Unido. La mayoría de ellas emitían sus boletines informativos cada hora. Ocho navíos americanos también efectuaban labores de observación sinóptica en el Atlántico occidental, y diversos aviones provistos del instrumental adecuado llevaban a cabo misiones de reconocimiento desde sus bases en Escocia, Cornualles y Gibraltar. En sus cincuenta y cinco centros de observación, los servicios de vigilancia del tiempo en las playas británicas comprobaban tres veces al día, durante un intervalo de tres minutos, la altura que alcanzaban las olas al llegar a la costa; luego enviaban la

información a la sección de predicciones de oleaje. En Inglaterra, seis reconocidos meteorólogos hablaban dos veces al día por teléfono para discutir, a menudo con mucha vehemencia, los misterios de los vientos, las nubes, las olas y las marejadas.¹⁰⁰

Cada una de las operaciones de asalto de la invasión aliada tenía sus propios requisitos meteorológicos. Las fuerzas anfibas necesitaban un viento en la costa no superior a fuerza 4 —entre veinte y veintinueve kilómetros por hora— durante tres días consecutivos, así como una marea en consonancia. Los pilotos de los aviones de transporte requerían cielos despejados al menos hasta los setecientos sesenta metros de altitud, con una visibilidad no inferior a cinco kilómetros, y los de los bombarderos pesados una nubosidad dispersa no superior a 5/10. Por su parte, los paracaidistas necesitaban vientos constantes —de menos de treinta y dos kilómetros por hora— en superficie, y que el cielo estuviera iluminado como mínimo por la mitad de la luna a una altura de treinta grados. Las probabilidades de que se dieran todas estas condiciones en la costa normanda durante setenta y dos horas en el mes de junio eran de uno sobre treinta.¹⁰¹

Eisenhower no había sido nunca muy afortunado con el tiempo, por mucho que frotara con fervor las siete monedas de la suerte que llevaba siempre en un bolsillo. Las tormentas habían puesto en grave peligro las invasiones de Marruecos y Sicilia, y en aquellos momentos otra podía frustrar la Operación Overlord. Las perturbaciones ciclónicas se extendían hasta lugares tan distantes como las Montañas Rocosas. Cuatro núcleos de bajas presiones, situados a unos dos mil trescientos kilómetros de distancia y que, según las previsiones, eran «muy amenazadores», habían comenzado a desplazarse hacia el este a través del Atlántico. Las altas presiones alrededor del Círculo Ártico producían corrientes de aire frío procedente del norte. «La previsión del tiempo es mala», escribiría en su diario Kay Summersby el sábado, 3 de junio. «E. está muy deprimido.»¹⁰²

A las 04:30 del domingo, 4 de junio, en la biblioteca de Southwick House, aquella mansión georgiana de techos altos, E., con el semblante serio, estaba reunido con Montgomery, Ramsay, Leigh-Mallory y otros seis altos oficiales, sentados todos en dos sofás y varios butacones. Al otro lado de unas cristaleras cubiertas con cortinajes oscuros, había un mapa inmenso del sur de Inglaterra y Normandía que ocupaba la pared, con convoyes y divisiones representados por chinchetas de colores y símbolos cabalísticos, que dos ayudantes uniformados ajustaban periódicamente con la ayuda de una escalera de mano. De pie, nervioso, frente al comandante supremo, se encontraba un oficial de elevada estatura que tenía una protuberancia en el pecho, el rostro alargado y un hoyuelo en la barbilla. El capitán de grupo J. M. Stagg,

especialista en campos magnéticos terrestres y radiación solar, lamentaba comunicar en su calidad de jefe de los servicios de meteorología del SHAEF que debía modificar sus sombrías previsiones para peor.¹⁰³

«Una serie de depresiones en el Atlántico avanzan rápidamente hacia el este», dijo Stagg. «Esas depresiones producirán perturbaciones en el canal de la Mancha y en la zona de asalto.» Los mapas meteorológicos reproducían condiciones más propias de mediados de invierno que de comienzos de verano; la depresión L5, que en aquellos momentos se dirigía hacia las islas Shetland, iba a producir la presión atmosférica más baja registrada en Gran Bretaña en un mes de junio en lo que se llevaba de siglo. En pocas horas los cielos del sur de Inglaterra se cubrirían completamente de nubes a partir de los quinientos metros de altitud, y soplarían vientos del oeste de fuerza 6 (hasta cuarenta y ocho kilómetros por hora). Las condiciones meteorológicas previstas para el Día D ya no eran «muy poco favorables», sino «imposibles».¹⁰⁴

Eisenhower quiso escuchar la opinión de sus lugartenientes. «Todo el plan de apoyo aéreo sería impracticable», exclamó Leigh-Mallory. Incluso Ramsay, cuyo rostro de marinero estaba curtido por las tempestades, pensaba lo mismo; con un viento de fuerza 6, las olas podían alcanzar una altura de dos metros o más. Eisenhower asintió con la cabeza. «Necesitamos toda la ayuda que pueda proporcionarnos nuestra superioridad aérea», dijo. «Si la aviación no puede actuar, debemos aplazar el ataque.» Solo Montgomery estaba en desacuerdo. Las condiciones podrían ser desfavorables, pero no imposibles. Él, por su parte, estaba dispuesto a jugársela.¹⁰⁵

En ese preciso instante se fue la luz. Enseguida entraron unos asistentes con velas encendidas, cuyas llamas iluminaron el rostro de Eisenhower, revelando su exasperación. «¡Joder!», exclamó mirando a Montgomery, según el relato de los hechos que haría más tarde E. J. Kingston McCloughry, vicemarliscal del aire. «Se ha pasado los últimos tres o cuatro meses diciéndonos que debe tener una cobertura aérea apropiada y que las operaciones aerotransportadas son vitales para el ataque, y ahora nos dice que se las arreglará sin ellas. ¡No, ni hablar! Vamos a aplazar veinticuatro horas la Operación Overlord.» La reunión terminó, y Eisenhower regresó a su caravana para leer los periódicos del domingo y echar alguna cabezadita, pero sin llegar a dormir a pierna suelta.¹⁰⁶

A media mañana, el cielo quedó encapotado por unos grandes nubarrones grises. Enseguida se puso a llover y a soplar un viento racheado que sacudía las copas de los árboles y los globos de la barrera de protección. En Southampton, «el fuerte vendaval erizaba el mar en toda la rada», contaría un oficial médico a bordo del *Princess*

Astrid, y la isla de Portland se convirtió de repente en «un caos de gigantescas olas que no paraban de crecer». El mensaje codificado transmitido por radio para comunicar que la operación había sido aplazada un día —*HORNPIPE BOWSPRIT*— llegó a muchas de las naves de transporte de tropas antes de que levaran anclas. Los barcos que habían zarpado de Falmouth acababan de cruzar la zona de redes antisubmarino cuando las señales de luz emitidas frenéticamente desde la costa los obligaron a regresar.¹⁰⁷

Pero las escuadras de bombardeo de Belfast y el Clyde tuvieron que dar marcha atrás cuando ya estaban en las tenebrosas y turbulentas aguas del mar de Irlanda. Sin embargo, la cosa fue todavía peor para las naves de la Fuerza U —Utah— que habían partido de Cornualles y Devon la noche anterior para dirigirse hacia el este por el canal de la Mancha. De una cubierta a otra fue pasando el aviso de que soplaban un «viento, valor tres cuartos», expresión cuyo significado desconocían los pobres marineros de agua dulce, pero que enseguida se dieron cuenta de lo que indicaba, cuando los convoyes se encontraron a babor con las fauces de un mar violento y encrespado. Por muy miserables que se sintieran los hombres que estaban a la intemperie en las frías cubiertas, lo cierto es que tuvieron más suerte que los que viajaban en las bodegas, obligados a soportar la pestilencia de los vómitos verdosos y de los retretes atascados. El convoy U-2A, cuyos 247 barcos avanzaban a una velocidad de seis nudos, no oyó la señal de llamada, y no dio media vuelta hasta que dos destructores enviados desde Plymouth lo alcanzaron cuando ya estaba camino de Francia. No sería hasta las nueve de la noche cuando los últimos rezagados consiguieran surcar con el viento en contra aquel mar encrespado para refugiarse en la bahía de Weymouth. Según un informe de la marina, la Fuerza U había quedado «desperdigada y un poco fuera de control».¹⁰⁸

Cuando se echaron anclas y se apagaron los motores, la tensión y el nerviosismo no tardaron en provocar disputas y unas cuantas peleas entre los hombres. Los oficiales trataron de mantenerlos ocupados, distribuyendo entre ellos una *Guía de bolsillo de Francia*, publicada por el Departamento de Guerra para explicar la importancia de la nación que iban a liberar. Los soldados también aprendieron que «Normandía guarda un gran parecido con Ohio», que un hectolitro equivalía a veintidós galones y que los franceses eran «buenos conversadores y magníficos cocineros». Los que estudiaban un librito del ejército con palabras y frases traducidas al francés recitaban en voz baja expresiones tan deseadas como *Encore une verre du vin rouge, s'il vous plaît, mademoiselle*, término este último que solían pronunciar *mama-oiselle*. Muchos soldados estadounidenses asistieron a los servicios religiosos celebrados el domingo en el interior de los barcos. En la misa principal a bordo del

Bayfield, soldados y marineros entonaron el himno *Holy God, We Praise Thy Name*; y en Weymouth, un capellán eligió como texto un versículo de Romanos 8: «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?», una inquietante presunción teológica para un momento como aquel. Volvieron a aparecer los dados y las barajas de naipes. Un cirujano del ejército contaría que se jugaba «a la veintiuna por veinte dólares cada carta con los oficiales del cuartel general de la compañía. Voy a por todas; o me forro o me quedo sin blanca. ¿Qué más da?». Un soldado de la 1.^a División que leía el *Cándido* de Voltaire comentaría en tono quejoso: «Voltaire utiliza el mismo chiste con demasiada frecuencia. Los personajes son siempre asesinados, y luego resulta que nadie los ha matado». Los paracaidistas británicos vieron una película, *Stormy Weather*, con Lerna Horne y Fats Waller, y una unidad de artillería aerotransportada americana al director de bandas de jazz, Ted Lewis, en *Is Everybody Happy?*¹⁰⁹

Por su parte, los zapadores estuvieron discutiendo sobre el significado de la «D» en la expresión «Día D»: ¿acaso significaba *death*, muerte en inglés?¹¹⁰

Aquel extraño y tempestuoso domingo se hizo aún más extraño y tempestuoso. A las cuatro y media de la tarde, los centinelas de la Marina Real que custodiaban la entrada de Southwick House se cuadraron al ver aparecer al primer ministro, que irrumpió en la mansión echando pestes del general Charles A. J. M. de Gaulle, al que calificaba de «saboteador obstruccionista». El malhumor de Churchill también tenía su explicación en el «gran número de copas de whisky» que había tomado con la pretensión de tranquilizarse.¹¹¹

Los tristes hechos eran los siguientes: el general De Gaulle, líder del autoproclamado gobierno provisional francés en el exilio, acababa de llegar a Londres desde Argel, y aquella misma mañana había sido trasladado a Droxford, en el norte de Portsmouth, donde Churchill había aparcado su tren privado en una vía muerta para estar cerca del lugar en el que iban a desarrollarse los grandes acontecimientos. Aunque recibió a pie de tren al general con los brazos abiertos y luego le ofreció un elegante almuerzo en su vagón, el primer ministro percibió el resentimiento del francés por lo que este consideraba los desaires continuos de los angloamericanos, en especial por su exclusión de la planificación de la invasión y por la negativa de Washington a reconocer su gobierno en el exilio. La conversación fue subiendo de tono: Churchill, del que se decía que hablaba el francés «notablemente bien, pero lo entiende muy poco», amenazó a continuación con enviar a De Gaulle «de vuelta a Argel, encadenado si es preciso». De Gaulle, que con su metro noventa y ocho de altura sobresalía por encima del primer ministro incluso cuando estaban sentados, tachó a su anfitrión de «gánster».¹¹²

Apenas unos minutos después de Churchill, llegó a Southwick House el mismísimo general De Gaulle. *Deux Mètres*, como lo llamaban los americanos por su imponente altura, estaba «colocándose bien los galones de las hombreras de su guerrera, semejantes a una patata frita». Solo vagamente consciente de lo ocurrido, Eisenhower recibió a sus visitas en la sala de operaciones, donde informó por primera vez a De Gaulle de los lugares, el plan de batalla y la fecha —en aquellos momentos aplazada al menos veinticuatro horas— de la Operación Overlord. El general francés se sintió aún más ofendido al tener que enfrentarse a unos hechos consumados, fenómeno por lo demás típico de su país. Se opuso a «sus billetes de mentirijillas» — el papel moneda creado por los Aliados para la invasión, y que en aquellos momentos corría en las partidas que jugaban los soldados en las cubiertas de los barcos de transporte de tropas—, que calificó de «dinero falsificado» y de «violación de la soberanía nacional, una humillación a la que Francia no se había visto sometida ni tan siquiera durante la ocupación alemana». También se negó a permitir que varios cientos de oficiales de enlace franceses embarcaran con los invasores aliados hasta que quedaran claramente especificadas sus responsabilidades y se estableciera una cadena de mandos. Tampoco estaba dispuesto a grabar un mensaje radiofónico instando a los franceses a obedecer a sus libertadores, sobre todo después de enterarse de que Eisenhower ya había grabado su mensaje de la liberación —en holandés, flamenco, noruego y danés, y también en francés y en inglés— sin reconocer la legitimidad soberana de De Gaulle. Tras exclamar: «No puedo seguir a Eisenhower», el general galo abandonó furibundo la mansión y regresó en automóvil a Londres. *Deux mètres* de cólera y resentimiento viajaron plegados en el asiento trasero de aquel coche.¹¹³

Churchill, ignorando su propia máxima de que «en la guerra no tienen cabida los despechos, los resentimientos o los rencores», regresó a su tren sintiéndose ultrajado por semejante «traición en el momento más álgido de la batalla» y componiendo mentalmente comentarios maliciosos para incluirlos en lo que llamaba su «Expediente Gabacho». Un testigo británico observaría que desde hacía tiempo la dieta de De Gaulle había consistido básicamente en devorar la mano que le daba de comer. «Recuerde que en este hombre no hay ni una pizca de generosidad», escribiría el primer ministro al Foreign Office. En su diario, Eisenhower lamentaría aquel «follón tan penoso». Había abrigado la esperanza de que De Gaulle se hubiera liberado de su «complejo de Juana de Arco», pero en aquellos momentos dijo a los miembros de su Estado Mayor: «¡Al diablo con él! Y si no atiende a razones, haremos tratos con otro».¹¹⁴

A las nueve y media de la noche, el comandante supremo volvió a reunirse con sus lugartenientes en la biblioteca, donde podía oírse el crujir del fuego de la chimenea. Allí se presentó Stagg con su último parte meteorológico, que supuso un verdadero alivio después de una jornada tan sombría. «Se han producido cambios repentinos e inesperados», dijo. El *Hoste*, una fragata británica que estaba navegando a unos mil cien kilómetros de la costa occidental de Irlanda, había transmitido varios mensajes secretos que hablaban de un aumento constante de la presión atmosférica en la superficie. Las perversas depresiones del Atlántico, incluida la lúgubre L5, se habían desplazado con más rapidez que lo que se había previsto en un primer momento, lo que indicaba que cabía esperar tiempo estable a partir del día siguiente, y hasta el martes. «Estoy prácticamente convencido de que mañana, cuando haya pasado este frente, el tiempo mejorará», añadió Stagg.¹¹⁵

Eisenhower quiso conocer la opinión de sus subordinados una vez más. Otro aplazamiento probablemente supusiera tener que retrasar la invasión unas dos semanas, cuando las mareas volvían a ser las idóneas. Leigh-Mallory seguía mostrando su escepticismo. Los bombardeos serían «aleatorios», y la localización de objetivos desde las baterías navales resultaría sumamente difícil. Ramsay dijo: «No tengo ninguna duda». El jefe de Estado Mayor del SHAEF, el teniente general Walter Bedell «Beetle» Smith, exclamó: «realmente es toda una apuesta, pero no podemos apostar por otra cosa». Eisenhower miró a Montgomery que, vestido con pantalones de pana y su grueso jersey, estaba muy atento. «¿Ve alguna razón para no ponernos en marcha el martes?», preguntó. Monty respondió inmediatamente: «Yo digo que adelante».¹¹⁶

Durante un largo minuto la sala quedó sumida en el más absoluto silencio. Solo se oía el ruido de la lluvia en las cristaleras. Eisenhower miraba con gesto ausente, pasándose una mano por la cabeza. «La cuestión es cuánto tiempo podemos dejar colgada esta operación, poniéndola en peligro, sin decidimos a actuar.» En su rostro podía percibirse la tensión. «Estoy bastante seguro de que debemos dar la orden», dijo. «No me gusta, pero ahí está. No veo que podamos hacer otra cosa.» Volverían a reunirse antes del amanecer del lunes, 5 de junio, para oír el último parte de Stagg, pero la orden se mantendría. «¡Bien!», exclamó Eisenhower. «¡Adelante!»

Ya fuera de la biblioteca, el comandante supremo miró a Stagg y le dijo con una gran sonrisa: «No vuelva a traer malas noticias».¹¹⁷

En todos los barcos de la flota se oyó, majestuoso, el grito de guerra: «¡Levar anclas!». En medio del tenebroso e inquietante amanecer, desde todos los puertos y estuarios de Inglaterra se pusieron en marcha las procesiones de la liberación, desde

Salcombe hasta Poole, desde Dartmouth hasta Weymouth, dejando una profusión de estelas tras salir del Támesis y a su paso por el Black Deep y los Whalebone Marshes, para converger todas en las agitadas aguas del canal de la Mancha: casi 200.000 marineros y marinos mercantes tripulando 59 convoyes que transportaban 130.000 soldados, 2.000 tanques y 12.000 vehículos. «Los navíos cabeceaban entre las grises olas del mar», escribiría Alan Moorehead. Los primeros rayos de luz de aquel lunes iluminaron un sinfín de lanchas, corbetas, fragatas, cargueros, transbordadores, remolcadores, buques cisterna y cazasubmarinos; barcos para indicar el camino, para tender cables y para producir humo; naves para refrigerar, para remolcar y para avituallar. Desde el mar de Irlanda las escuadras de bombardeo bordeaban Land's End formando aguerridas columnas de cruceros, acorazados, destructores e incluso algunos *dreadnoughts* a los que se les había dado una segunda oportunidad, como, por ejemplo, el viejo *Nevada* estadounidense, reconstruido después de lo de Pearl Harbor, y el monitor británico *Erebus*, destinado en la Gran Guerra a bombardear las fortificaciones alemanas con dos cañones de 381 mm de dudosa fiabilidad. En el mástil del *Erebus* ondeaba el estandarte izado por Nelson en la batalla de Trafalgar: «Inglaterra espera que todos los hombres cumplan con su deber». El crucero pesado estadounidense *Tuscaloosa* contestaría: «Estamos llenos de vigor», y los marineros del *Bayfield* se pusieron a animar a los muchachos de la Marina Real que iban a bordo del *Hawkins* y el *Enterprise*, cuando, a poca distancia del faro de Eddystone, pasaron cerca de ellos.¹¹⁸

A media mañana, el cielo encapotado comenzó a despejarse, y el viento a amainar, cambiando el color gris acero del mar por un azul zafiro. Un espléndido arcoíris, del que se dijo que parecía «tropical por sus colores», apareció sobre los húmedos y verdes campos ingleses, y a ratos el sol iluminaba los acantilados de roca caliza de Kent, convirtiéndolos en blancos cortinajes. Un oficial de la marina de los Estados Unidos a bordo del *Quincy* escribiría: «La guerra, creo, debería enseñarnos a apreciar más la belleza, del mismo modo que debería conseguir que la paz fuera más duradera». Agarrado a un palo de proa, un gaitero interpretaba una canción, *The Road to the Isles*, mientras su barco se deslizaba por el Hamble, río abajo, y en el Solent los soldados, apoyados en las barandillas de los buques, no paraban de vitorearlo y de saludarlo. Nada levantó tanto los ánimos como los boletines informativos de la BBC, transmitidos en todas las naves de la armada, en los que se comunicó que Roma, por fin, había caído.¹¹⁹

Por delante de la flota estaba llevándose a cabo la operación de barrido de minas más grande de la historia naval. Unas 255 embarcaciones empezaron a despejar el Sector Z, una zona circular próxima a la isla de Wight que, con un diámetro de

dieciséis kilómetros, enseguida comenzó a conocerse con el nombre de Piccadilly Circus. Desde allí, los dragaminas navegaron por ocho corredores que evitaban un campo de minas alemán existente en medio del canal, donde una semana antes lanchas de la Marina Real habían colocado en secreto sonares sumergibles a treinta brazas de profundidad. Dormidos hasta el domingo, estos instrumentos electrónicos condujeron a los dragaminas hasta la entrada de diez canales de entre cuatrocientos y mil doscientos metros de anchura; esos canales serían barridos a lo largo de cincuenta y seis kilómetros hasta llegar a cinco playas en la bahía del Sena, en Normandía. Olas de más de dos metros y una corriente en la zona intermareal de casi tres nudos complicaban hasta extremos insospechados la labor de los timoneles, que luchaban contra viento y marea para mantener la posición del barco. A medida que los dragaminas cumplían con su cometido, las naves que los seguían iban colocando una boya cada kilómetro y medio a uno y otro lado de cada canal, roja a estribor y blanca a babor. Aquello, en palabras de un periodista, parecía una serie de «avenidas de farolas que conducían a Francia».¹²⁰

A medida que los convoyes invasores iban acercándose al Sector Z, las inhóspitas aguas del canal de la Mancha ponían a prueba la solidez de cada una de las naves de desembarco de la armada. Las LST, con su fondo plano, demostraban su «capacidad para balancearse de un lado a otro y de un extremo a otro sin parar», y las LCI (para el desembarco de tropas de infantería), con un tamaño más reducido, ponían de manifiesto por qué se las llamaba sarcásticamente *Lousy Civilian Idea* («funesta ocurrencia civil»). Pero aún peor resultaban las LCT, que no podían superar una velocidad de seis nudos en aguas tranquilas, y apenas alcanzaban los tres nudos con viento contrario. Incluso la marina reconocería que «la LCT no es una embarcación para navegar en océanos, pues es poco marinera, su velocidad es muy limitada y tiene deficiencias estructurales»; esta última característica incluía su montaje en tres secciones ensambladas con pernos, de modo que la nave «daba la horrible impresión de que fuera a combarse en el medio». Los desdichados pasajeros se pasaban unos a otros remedios contra el mareo y la náusea, como cuando un marinero aconsejó para no vomitar, «tragarse una chuleta de cerdo atada a un cordel, para luego tirar de él».¹²¹

Para los hombres del 16.º Regimiento de Infantería capaces de comer, se sirvió, efectivamente, chuletas de cerdo y helado. A bordo del *Thomas Jefferson*, los muchachos del 116.º de Infantería, que también se dirigían a la playa Omaha, comieron lo que un oficial describió como «panceta y huevos a punto de pasar a la eternidad». Los soldados preparaban sus granadas, afilaban sus cuchillos y comprobaban el estado de sus fusiles, una vez más; un médico de la marina

recomendó lavarse bien con una esponja para eliminar las bacterias de la piel, «por si paráis una bala». Algunos yanquis cantaban «Un feliz Día D, te deseamos querido Adolf, un feliz Día D», al ritmo de *Cumpleaños feliz*, pero los ingleses preferían *Jerusalem*, el poema de William Blake, con partitura de Hubert Parry, que dice: «Traed mi arco de oro ardiente». Los marineros preparaban las banderas de combate, revisaban los puentes para que estuvieran a punto y convertían las mesas de los comedores en teatros operacionales. En los compartimentos estancos del *Nevada*, la tripulación de este acorazado resucitado almacenaba «uniformes de gala, porcelana, cristalerías, libros de lectura, ropa de mesa, archivos, escobas, espejos». Un teniente de la Guardia Costera escribiría en su diario: «Órdenes dadas a gritos por megafonía, mandando que el señor *Whozits* informe al señor *Whatzits* en el camarote del señor *Wherezits*» (los señores «Quiensea», «Quesea» y «Dondesea»). El contraalmirante Morton L. Deyo, a bordo del crucero pesado estadounidense *Tuscaloosa* en calidad de comandante de la escuadra de bombardeo de la playa Utah, golpeaba un saco de boxeo en su camarote.¹²²

Para animar a los hombres, los oficiales leían con ardor los mensajes enviados por Eisenhower y Montgomery; luego, hablaban de sus previsiones y ofrecían consejos. «Las primeras seis horas serán las más duras», declaró el coronel George A. Taylor del 16.º de Infantería a los periodistas que viajaban a bordo del *Samuel Chase*. «No dejarán de lanzar todo tipo de cosas a las playas hasta que ocurra algo. Ese es el plan.» El general de brigada Norman D. Cota, que el martes por la mañana iba a ser el oficial de más rango en la playa Omaha, dijo a sus ayudantes a bordo del buque estadounidense *Charles Carroll*:

Vais a encontrar mucha confusión. Las embarcaciones de desembarco no llegarán a la hora prevista, y la gente será desembarcada en lugares equivocados. Algunos ni siquiera desembarcarán... Tendremos que improvisar y seguir adelante sin perder la cabeza. No podemos añadir más confusión.¹²³

El comandante de un batallón de tanques fue mucho más sucinto: «El gobierno ha pagado cinco billones de dólares por esa hora. Id de una puta vez allí y empezad a luchar». De pie en el castillo de proa del *Augusta*, Omar Bradley, «solo y claramente visible», en palabras de un coronel, hizo la señal de victoria a cada una de las LST, antes de retirarse a su camarote y sentarse en un sillón para ponerse a leer *A Bell for Adano*.¹²⁴

«Estamos empezando la gran empresa de esta guerra», escribiría Ted Roosevelt desde el *Barnett* a su esposa Eleanor. «Los hombres se hacinan en las bodegas o están tumbados en las cubiertas. Muy pocos han entrado en acción». Roosevelt, que a sus cincuenta y seis años sería el oficial de más edad y mayor graduación en la playa Utah

durante las primeras horas, estaba suficientemente curtido —había servido en Francia durante la última guerra y había participado en los desembarcos de Orán y Gela— como para tener premoniciones:

Hemos disfrutado de una vida maravillosa, y espero que siga siendo así. Pero si la suerte no lo quiere, al menos podremos decir que a lo largo de estos años que hemos compartido hemos vivido suficientes experiencias para llenar diez vidas corrientes. Hemos sabido lo que es la alegría y el dolor, el triunfo y el desastre, todo lo que se ajusta al patrón de la existencia humana... Nos hemos movido por grandes salones, y no hemos enterrado nuestro talento en un pañuelo.

Regresó a cubierta y dijo a los muchachos del 8.º de Infantería: «Nos vemos mañana por la mañana a las seis y media, en la playa».¹²⁵

Lejos de allí, en más de una docena de aeródromos repartidos a lo largo y ancho de Inglaterra, también estaban preparándose unos veinte mil hombres, entre paracaidistas y tropas aerotransportadas. Los soldados de la 6.ª División Aerotransportada británica se pintaban de negro el rostro con el hollín de las teteras y dibujaban con tiza chicas pechugonas y otras cosas en los fuselajes de los aparatos mientras esperaban la orden de subir a los aviones. «Pegué un buen taconazo en el suelo, junto a la pista», contaría un soldado.¹²⁶

Los paracaidistas americanos se untaban la piel de aceite de coco y de linaza o con el carbón de las hogueras que había en las pistas de rodaje. Unos cuantos payasos de la compañía imitaban a Al Jolson cantando piezas del género *minstrel* y bromeaban acerca del inminente «salto de diez mil dólares» (la cantidad máxima que las pólizas de seguros del gobierno pagaban en caso de muerte). Cuando un capellán de la 101.ª División empezó a rezar en voz alta, un soldado exclamó: «Yo no pienso morir. ¡Corta este rollo macabeo!». Todos los hombres iban cargados con exceso de peso. Llevaban desde tiras de arpillera cosidas a la red del casco hasta un puñal —cuyo mango era un puño de acero— colocado en la bota, y también el paracaídas, el paracaídas de emergencia, el chaleco salvavidas «Mae West», una pala, raciones de comida, granadas de fragmentación y de humo, cargas explosivas, cartuchos de dinamita, una brújula de bolsillo, una chicharra metálica de baratillo, un impermeable, una manta, bandoleras, un fusil, un cartón de cigarrillos y jeringas desechables con su dosis de morfina («una para el dolor, dos para pasar a la eternidad»). Las palomas mensajeras fueron introducidas en calcetines —sus cabezas asomaban por unos agujeritos que habían sido abiertos en el extremo de la pieza—, que se prendían a los trajes de salto con imperdibles. Algunos oficiales recortaron los márgenes de sus mapas para poder llevar más munición.¹²⁷

«Parecemos un montón de bolsillos, todo son bolsillos y pantalones abombados. La única parte visible que se nota que es humana son las dos manos», escribiría Louis Simpson, el poeta y soldado aerotransportado. «Los que adoran escribir cartas han vuelto a ponerse manos a la obra —añadía— con la cabeza inclinada sobre sus plumas y sus hojas de papel.» Entre los que escribían y los que recortaban sus mapas se encontraba un hombre de treinta y siete años, el general de brigada James M. Gavin, segundo al mando de la 82.^a Aerotransportada, que confesaba en una nota dirigida a su joven hija que «he intentado dormir un poco esta tarde, pero ha sido en vano». El inminente lanzamiento sería probablemente «una de las cosas más difíciles a la que nos hayamos enfrentado», seguía diciendo Gavin, cuyas hazañas en Sicilia figuraban entre las más celebradas del Mediterráneo. En su diario, sería mucho más explícito: «Esta misión de la 82.^a División será o bien el episodio más glorioso y espectacular de nuestra historia o bien otro Little Big Horn. No hay manera de saberlo ahora... Será un vuelo muy malo y desagradable». ¹²⁸

La perspectiva de «otro Little Big Horne», sobre todo para las dos divisiones aerotransportadas americanas enviadas a Francia a pesar de las continuas advertencias de Leigh-Mallory, atormentaba a Eisenhower en aquellas horas previas al gran asalto. Tras asistir en el puerto de South Parade de Portsmouth al embarco de las tropas británicas en los LCI, había regresado a *Sharpener* para pasar el tiempo jugando a *fox and hounds* con Butcher, y más tarde se puso a redactar una nota de contrición, asumiendo sus responsabilidades, por si acaso. «Nuestros desembarcos en la zona de Cherburgo-Le Havre no han conseguido el objetivo de establecernos de manera satisfactoria en la región, razón por la cual he ordenado la retirada de las tropas», escribió. «Toda la responsabilidad de esta empresa es sola y exclusivamente mía.» El hecho de que datara el comunicado con una fecha equivocada, el «5 de julio», parece sintomático de su cansancio y su angustia. Luego guardó la nota en su cartera para utilizarla si fuera preciso. ¹²⁹

Poco después de la seis de la tarde, Eisenhower subió a su Cadillac, con Kay Summersby al volante y con la insignia de las cuatro estrellas del parachoques cubierta. A la cabeza de un convoy de tres automóviles, Summersby condujo durante noventa minutos en dirección norte por estrechas carreteras llenas de camiones militares. «Es realmente durísimo mirar a un soldado a los ojos cuando piensas que tal vez lo estás enviando a una muerte segura», dijo el comandante supremo a su fiel colaboradora. En el aeródromo de Greenham Common, en los Berkshire Downs, a las afueras de Newbury, ciudad del siglo XI, tomó una cena rápida en el comedor del cuartel general de la 101.^a Aerotransportada, y a continuación fue a visitar los hangares. Con las manos en los bolsillos, dio una vuelta por la zona en la que estaban

aparcados los C47, en los que se acaban de pintar las rayas blancas. Los soldados con el rostro ennegrecido y la cabeza afeitada o un corte de pelo al estilo mohicano se colocaban los arneses y tomaban una última taza de té. «El truco consiste en tirar para adelante. Si te paras, si empiezas a pensar, pierdes el objetivo. Te desconcentras», diría Eisenhower a un joven soldado de Kansas. «Lo ideal, lo perfecto, es seguir para adelante.»¹³⁰

Al pasar ante el avión número 2.716, se detuvo para estrechar la mano del comandante de la división, el general Maxwell D. Taylor, que se preocupó por ocultar la cojera provocada por una tendinitis que se había hecho jugando al squash el día anterior. Eisenhower le deseó la mayor de las suertes, regresó a la mansión en la que se había instalado el cuartel general de la división y subió al tejado para ver por última vez a sus hombres. «En sus ojos brillaba la luz de la batalla», escribiría a George Marshall. «Quiera Dios que yo sepa lo que estoy haciendo», diría a Summersby.¹³¹

Las luces de navegación rojas y verdes parpadeaban en las onduladas colinas cuando el sol se puso a las 22:06. En la oscuridad crepuscular se oían voces que entonaban cánticos —«Give me some men who are stout-hearted men / Who will fight for the right they adore»—, acompañados a veces por un ruido gutural de los paracaidistas que, cuchillo en mano, estaban dispuestos a matar. Los hombres se subían, no sin dificultad, a los aviones, algunos con la ayuda de un empujón. Muchos se arrodillaban en el suelo para colocar su voluminoso equipamiento en un asiento, con el rostro bañado por el tenue resplandor de sus cigarrillos encendidos y las luces rojas de la cabina. «Dame agallas», suplicaba un paracaidista. «Dame agallas.» Los motores se pusieron en marcha, las hélices empezaron a girar y los jefes de grupo cerraron las puertas dando un golpe seco. «Bate tus alas, maldito pájaro culón», exclamaría un soldado.

Por el oeste llegaba el último destello de un día que se extingüía, provocando algunos reflejos en los fuselajes de aluminio. «Quédate, luz —susurró un joven soldado—, quédate para siempre, y no iremos nunca a Normandía.»¹³²

La luz se desvaneció por completo, y con las últimas sombras despegaron los aviones. Lejos, en pleno canal de la Mancha, cincuenta y nueve convoyes se colocaban en formación de batalla después de dejar atrás aquellas largas filas paralelas de boyas, rojas a estribor y blancas a babor. «Nuestro puente de mando está en absoluto silencio», escribiría el almirante Deyo a bordo del *Tuscaloosa*. En el *Quincy* un oficial comentaría: «es como intentar meterse en una habitación en la que todos duermen».¹³³

Las embarcaciones pequeñas luchaban contra el viento y las agitadas aguas. «Hombres mareados, las olas saltan sobre la cubierta», indicaría el cuaderno de bitácora de una LCT. «El hornillo ha desaparecido, nada que comer, explosivos mojados que no se han secado.» El mar encrespado partía las cuerdas de arrastre, inundaba las salas de motores y el agua llegaba hasta los compartimentos en los que viajaban las tropas. Algunos timoneles tenían que mantener el timón con un giro de treinta grados para no perder el rumbo. Varios barcos que no paraban de cabecear transmitían el mismo mensaje, un mensaje de una sola palabra: «Mareados. Mareados. Mareados».¹³⁴

Avanzaban por los diez canales, dos para cada una de las fuerzas cuyo destino eran cinco playas: Utah, Omaha, Gold, Juno y Sword. En el agua dejaban estelas que se entrelazaban y volvían a entrelazarse. La luna llena, formando un disco plateado, apareció a babor entre una acumulación de nubes cada vez menos densa, y empezó a oírse el cántico del mar mientras las onduladas aguas mecían aquellas naves con rumbo a un mundo mejor. Aleluya, cantaba el mar. Aleluya. Aleluya.

Primera parte

La invasión

La lejana costa

La costa de Normandía estaba cada vez más cerca, y comenzaron a cesar los cánticos. Las estrellas iluminaban con su luz plateada una larga columna de ochocientos aviones que conducían a trece mil paracaidistas americanos a la batalla. Volaban bajo, en dirección sur, casi rozando las profundas aguas del canal de la Mancha, para luego virar rápidamente hacia el este y remontar el vuelo entre las islas de Guernsey y Alderney. Ante ellos, bajo la luz de la luna, se extendía la península de Cotentin, famosa por su ganado y atestada de alemanes. Para hacerse oír por encima del rugir de los motores, los jefes de salto gritaron a sus hombres que se prepararan. Con un portentoso *click* fueron abriéndose los paracaídas de los dieciséis o diecisiete hombres que saltaban de cada compartimento, formando líneas estáticas suspendidas en el aire. Poco después de la una de la madrugada del martes, 6 de junio de 1944, un capitán, de pie junto a la puerta abierta de su avión azotada por el viento, asomó la cabeza y, contemplando cómo las olas golpeaban la playa, exclamó: «¡Salud a Francia!». Se encendieron unas luces rojas que avisaban de que en cuatro minutos iban a llegar a las zonas de lanzamiento: tres precisos sectores de forma ovalada en el caso de la 101.^a División Aerotransportada que iba a la cabeza, y otros tres en el de la 82.^a que la seguía.¹

De pronto Francia desapareció. Un enorme banco de nubes grises, inesperado y tan denso que los pilotos apenas podían ver las puntas de las alas de sus propios aparatos, engulló los aviones, escuadras enteras de aviones. Las formaciones se desintegraron cuando los Dakota C-47 empezaron a elevar el vuelo y a bajar en picado para no colisionar. Oscuros pedazos de tierra aparecían en medio de aquellas tinieblas para luego desaparecer rápidamente, y fue entonces cuando las baterías

antiaéreas alemanas comenzaron a abrir fuego apuntando hacia las nubes. La luz de los reflectores y de las bengalas de magnesio iluminaba las trincheras, deslumbrando a los pilotos inexpertos que viraban bruscamente hacia la izquierda y hacia la derecha a pesar de haber recibido la orden de evitar los bandazos. Los proyectiles trazadores del enemigo dejaban una estela «suficientemente densa para caminar por ella» y abrían caminos en un cielo salpicado de los destellos del fuego antiaéreo, como contaba un paracaidista, y las bombas impactaban en los caparazones de aluminio como si «alguien arrojara cincuenta kilos de clavos contra un lado del avión». Tres soldados perecieron cuando en el fuselaje de su aparato se abrió un humeante agujero de setenta centímetros de diámetro; otros doce formaron un lío tan grande tras resbalar en los vómitos que cubrían el suelo de su avión que tuvieron que regresar a Inglaterra sin saltar.²

Incluso cuando el banco de nubes comenzó a disiparse por el este, las tripulaciones, desconcertadas, confundían una y otra vez un pueblo por otro. Algunos de los paracaidistas encargados de marcar el camino que habían saltado una hora antes o bien cayeron en un sector distinto del que se suponía que debían iluminar — valiéndose de transmisores electrónicos y siete luces señalizadoras dispuestas en forma de T— o bien se encontraron con grupos de soldados enemigos que infestaban la zona. En cualquier caso, la luz verde que indicaba el momento de los lanzamientos empezó a encenderse en las cabinas de los aviones. Algunas lo hicieron demasiado pronto o demasiado tarde, provocando que los paracaidistas cayeran en el mar. En algunos casos, los cargamentos bloqueaban las portezuelas de los aparatos, circunstancia que retrasó el salto de los paracaidistas, obligándolos a caer a tres kilómetros o más de distancia del lugar previsto. En otros casos, los aviones no consiguieron descender lo suficiente para volar a los ciento cincuenta metros de altitud recomendados para los lanzamientos o no lograron disminuir su velocidad hasta bajar a los ciento setenta y cinco kilómetros por hora; los paracaídas se abrían con tanta violencia debido a la fuerza G que «todo lo que llevaba en los bolsillos simplemente salió volando después de que se reventaran las costuras reforzadas de los pantalones», recordaría un paracaidista. Mientras caían, las raciones de comida, las granadas y la ropa interior se mezclaban con palomas arrulladoras en medio de la noche. El fuego de los cañones se intensificó hasta crear «una especie de muralla de llamaradas». En lugar de medio minuto, «el viaje de descenso duró mil años», comentaría más tarde un soldado a su familia. Un paracaídas se enganchó en un estabilizador vertical, arrastrando con él a su usuario; otro soldado cayó

precipitadamente bajo una campana de seda en llamas. Los hombres cuyos paracaídas habían fallado en el momento de abrirse caían en tierra haciendo un ruido parecido, según un soldado, al de «un melón cuando cae de un camión».³

«Encogí las piernas para convertirme en un objetivo lo más diminuto posible», escribiría un hombre del 507.º Regimiento de Infantería Paracaidista. «Tiré de las bandas suspensorias para tratar de evitar los proyectiles.» La cabina de un C-47 en llamas era pasto del fuego mientras los soldados, desesperados, saltaban por la puerta del avión antes de que este se inclinara hacia la izquierda, luego perdiera velocidad y acabara estrellándose. La mayoría de los paracaidistas logró sobrevivir, pero no la tripulación del aparato. Un edificio en llamas próximo a Saint-Côme-du-Mont proporcionó a los defensores alemanes suficiente iluminación para alcanzar fatalmente a un comandante de batallón, a su segundo al mando y al comandante de una compañía antes de que cayeran en suelo francés. Otros tres comandantes de compañía fueron capturados.⁴

La Operación Albany, la misión de la 101.ª División Aerotransportada, tenía por objetivo capturar cuatro pasos elevados, cada uno de ellos a aproximadamente un kilómetro y medio de distancia del siguiente, que unían la playa Utah con el interior de la península de Cotentin. Los planificadores americanos tenían conocimiento de que los ingenieros alemanes habían inundado las marismas situadas tras las dunas — llegando a alcanzar el agua dos y hasta cuatro metros de altura— después de haber embalsado ocho riachuelos con la ayuda de cantos rodados y de ramas de árboles para dejar aislada a cualquier fuerza invasora que llegara a la costa. Pero los planificadores americanos no sabían que las inundaciones provocadas por el enemigo tenían, en realidad, unos objetivos mucho más ambiciosos. Los canales, los embalses y los diques del sureste de Cotentin, algunos de los cuales se remontaban a los tiempos de Napoleón, drenaban las cuencas de los ríos Douve y Merderet, creando tierras de pasto para las famosas vacas de la región. Ya a finales de 1942, las fuerzas de ocupación alemanas habían cerrado unas compuertas y abierto otras, permitiendo que la acción de las mareas creara un mar interior de más de quince kilómetros de longitud y de hasta tres metros de profundidad. La vegetación y los cañaverales de la zona eran tan espesos que ni tan siquiera el millón de fotos aéreas tomadas por los vuelos de reconocimiento de los Aliados habían revelado el alcance de las inundaciones. Nadie quedó más sorprendido que los numerosos paracaidistas que, desconcertados, a su llegada a la costa de Francia, se habían quitado en el avión los chalecos salvavidas simplemente para verse arrastrados por su pesado equipamiento a unas tumbas salobres.⁵

A las cuatro de la mañana, mientras miles de paracaidistas desorientados y desperdigados deambulaban perdidos en medio de la noche, llegaron los primeros cincuenta y dos planeadores «cual bandada de cuervos», según un comentario alemán. Eran, en su mayoría, aparatos Waco de quince metros de longitud, todos ellos tan endebles que «podían ser atravesados por una flecha», como reconocería un capitán, y carecían de las partes frontales reforzadas que habían sido solicitadas en febrero, pero que aún no habían llegado. Cuando se soltaron de los aviones remolcadores, comenzaron a planear hasta aterrizar; los pilotos con poca o ninguna experiencia en vuelos nocturnos intentaban tocar tierra mientras las balas acribillaban el armazón cubierto de tela del aparato, produciendo un sólido parecido, en palabras de un oficial de vuelo, al de «una máquina de escribir cuando repica en un papel mal colocado». Algunos pudieron encontrar la zona de aterrizaje en las inmediaciones de Bloisville, otros chocaron con muros, con troncos de árboles, con animales que dormitaban o con las perniciosas estacas clavadas en el suelo para obstaculizar el aterrizaje de planeadores, las llamadas «espárragos de Rommel». Los ocho integrantes del equipo quirúrgico de la 101.^a División Aerotransportada resultaron heridos en un accidente. Un Waco, que llevaba un enorme «1» pintado en la nariz, se precipitó por una colina resbalando en la hierba húmeda, recorriendo doscientos cincuenta metros antes de colisionar con un enorme sicomoro: el piloto se rompió las dos piernas, el copiloto falleció, y en la cabina de carga, sentado en su jeep como si estuviera echando un sueñecito, encontraron al segundo al mando de la 101.^a Aerotransportada, el general de brigada Don F. Pratt, muerto con el cuello roto. Los supervivientes lograron salir del planeador rompiendo la tela que recubría el armazón del aparato —«salieron por aquel agujero como abejas que abandonan su panal», comentaría un testigo— y, ya en suelo normando, pusieron a salvo el pequeño bulldozer, los cañones antitanque y los botiquines médicos.⁶

De los más de seis mil paracaidistas de la 101.^a División Aerotransportada que fueron lanzados aquel martes a primera hora de la mañana, apenas mil aterrizaron en los objetivos marcados para la hora H o cerca de ellos. De los aproximadamente mil quinientos que habían caído muy lejos de aquel sector de unos ciento sesenta y cinco kilómetros cuadrados en el que se concentraban las zonas de lanzamiento de la división, casi todos o bien perecerían o bien acabarían siendo capturados; unos pocos lograrían salvarse con la ayuda de los mapas que los campesinos franceses arrancaron de los listines telefónicos locales para que les sirvieran de guía. Fue imposible recuperar más de la mitad de todos los equipamientos, que acabó en el fondo de diversas vegas, provocando la devastadora pérdida de radios, de morteros y de once

de los doce obuses desmontables de 75 mm. Un sargento encontró en el interior de un granero a un grupo de «hombres entre la paja, envueltos en paracaídas manchados de sangre, con el rostro ennegrecido y vendajes sucios».⁷

Pero aquellos hombres resolutos, aquellos valientes conmemorados en los cancioneros, consiguieron reunirse para continuar el avance. Un oficial que llamó a la puerta de una granja para que le dieran unas indicaciones, anunció en su mejor francés: «L'invasion est arrivé»; desde la ventana del segundo piso una voz replicó, «Très bien». El comandante de la 101.^a, el general de división Taylor, estuvo vagando en medio de la oscuridad de la noche, medio cojo, haciendo sonar una chicharra metálica de baratillo para reunir a los paracaidistas que se habían perdido. Cortésmente declinó el ofrecimiento de un campesino francés que, entregándole un viejo fusil, le dijo: «Allez me tuer un Boche». Vaya, y mate por mí a un alemán. Con los primeros destellos anaranjados del alba, Taylor reconoció la silueta de la iglesia del siglo XI de la localidad de Sainte-Marie-du-Mont, cuyas gárgolas sobresalían de su impresionante torre. Mientras los paracaidistas y los alemanes intercambiaban disparos en el campanario y junto al confesionario, Taylor decidió enviar una pequeña fuerza al este, a Pouppeville, para aplastar a la guarnición enemiga casa por casa y capturar la salida situada en el extremo sur de la playa Utah. Unos cinco kilómetros más al norte, el 3.^{er} Batallón del 502.^o Regimiento de Infantería Paracaidista hacía lo mismo con las dos salidas del sector septentrional de dicha playa.⁸

Cinco horas después de su llegada a Normandía, los paracaidistas ocupaban las colinas de arena que daban a las marismas inundadas situadas tras las dunas, a la espera de que apareciera por el mar la Fuerza U.⁹

En junio de 1940, capitaneadas por oficiales a lomo de caballos, las primeras tropas alemanas habían llegado a la localidad de Sainte-Mère-Église cantando *Wir fahren gegen England*. Aunque al final no habían proseguido con su viaje a Inglaterra, la vida en calidad de invasor de Normandía resultaba bastante placentera. Los relojes ajustaron su hora a la de Berlín, y se emitieron cartillas de racionamiento para la población local, garantizando mucha mantequilla y nata para la raza dominante. Una enorme bandera con la cruz gamada ondeaba ante el ayuntamiento, junto a una fuente considerada milagrosa otrora por los peregrinos. Después de cuatro años de ocupación, los campesinos seguían acudiendo los días de mercado para pesar su lana y su trigo bajo los castaños y los tilos situados enfrente de la antigua iglesia, con sus ventanales góticos y su barandilla con tréboles de cuatro hojas esculpidos. Una pequeña guarnición de artilleros austríacos tenía su campamento en las inmediaciones. Conducía camiones a gasógeno, y se contaba que su viejo comandante

había sido en otros tiempos crítico musical para un periódico vienés; por lo visto, en aquellos momentos todo su interés se centraba exclusivamente en un buen vaso de vino. No obstante, la preocupación cada vez mayor que tenían los alemanes ante la posibilidad de que se produjera una invasión podía ser percibida en la construcción enfebrecida de espárragos de Rommel la pasada primavera, así como en las cuantiosas multas impuestas por sintonizar la BBC.¹⁰

Para los seis mil hombres de la 82.^a División Aerotransportada que arribaron a Normandía una hora después de la 101.^a no había un objetivo más importante que Sainte-Mère-Église. Las carreteras de los cuatro puntos cardinales convergían en esta localidad, y el cableado de comunicaciones que iba de Cherburgo, en el norte, a Carentan, en el sur, pasaba por Sainte-Mère. Si no conseguía ocupar el pueblo, la 82.^a no tenía «prácticamente ninguna posibilidad de llevar a cabo operaciones ofensivas al otro lado del río Merderet y en el oeste de la región», indicaba un informe militar. Así pues, cuando a finales de mayo se procedió de repente a cambiar las zonas de lanzamiento de la división, se optó por agruparlas alrededor de esta encrucijada de caminos medieval, una apacible población de alrededor de mil almas.¹¹

Por desgracia, en los lanzamientos de la Operación Boston reinó aún más el caos que en los de la Operación Albany. Los paracaidistas cayeron a unos veinticuatro kilómetros al norte de las zonas previstas, y a unos cuarenta kilómetros al sur; los que fueron lanzados muy lejos al este y al oeste desaparecieron en aguas del Atlántico. De los planeadores que los seguían, menos de la mitad aterrizaron en un radio de dos kilómetros de la zona establecida, y muchos sufrieron graves percances, con la consiguiente pérdida de equipos muy necesarios, como los cañones antitanque y otras máquinas pesadas. El general de brigada Jim Gavin, que había temido que se produjera otro Little Bighorn, fue a parar a un manzanar y pasó las primeras horas del 6 de junio con un fusil M-1 en mano, obligando a empujones a las fuerzas dispersas a dirigirse hacia los importantes puentes del Merderet a su paso por La Fièvre y por Chef-du-Pont. Los soldados se desnudaron en plena noche para bucear en las zonas pantanosas en busca de los equipos. Un tren alemán que fue capturado en la estación de Chef-du-Pont solo sirvió para proporcionar queso normando y botellas vacías. Un enfrentamiento en el Merderet llegó a ser tan intenso que los paracaidistas no solo abatieron soldados enemigos, sino que también acabaron con los animales que había en un establo. A su paso por una carretera sin asfaltar, un teniente al frente de una patrulla mató a bayonetazos a tres alemanes heridos; «consideraba que no podía cargar con prisioneros —indicaba un informe de la unidad—, de modo que los despachó». En los corazones ya había empezado a despertar el lobo.¹²

De los tres regimientos de infantería paracaidista de la división, solo el 505.º realizó un buen aterrizaje al noroeste de Sainte-Mère. Un incendio, provocado tal vez por una silbante bengala, había despertado a la población y a la guarnición alemana de la localidad. Mientras un sacristán hacía sonar las campanas de la iglesia, los hombres y las mujeres del pueblo formaban una cadena humana desde la bomba situada en el mercado del ganado hasta la villa que ardía al otro lado de la plaza de la iglesia y se pasaban unos a otros cubos de lona llenos de agua para sofocar el incendio. Fue entonces cuando, sin avisar, los C-47 aparecieron rugiendo en el cielo, como un enjambre, soltando paracaidistas que, despavoridos, tiraban de las bandas de sujeción de sus arneses para alejarse de las llamas y de los artilleros alemanes que respondían a la señal de alarma.¹³

Unos cuantos americanos perecieron en pleno lanzamiento, incluido un joven paracaidista que quedó colgado de las ramas de un árbol «con la mirada fija, como si estuviera contemplando los orificios que las balas habían abierto en su propio cuerpo», según contaría el alcalde de Sainte-Mère. Pero centenares de ellos consiguieron llegar a tierra sanos y salvos después de que los pilotos dieran media vuelta en medio del fuego de la artillería enemiga para encontrar la zona de lanzamiento correcta. El comandante del 3.º Batallón, el teniente coronel Edward C. Krause, apodado *Cannonball* [«Bala de Cañón»], consiguió reunir a una cuarta parte de sus hombres. Conducidos a través de las sombras de los setos vivos por un francés ebrio que eligieron como guía, los estadounidenses entraron sigilosamente en Sainte-Mère por el noroeste, saltando de un portal a otro con la orden de no abrir fuego y de utilizar exclusivamente puñales, bayonetas y granadas. Diez alemanes perecieron en la defensa de la localidad que habían ocupado durante cuatro años, pero la mayoría huyó y unos cuantos dormilones fueron capturados en sus literas. A unos cuatrocientos metros de la plaza de la iglesia, Krause cortó personalmente el cable de comunicaciones con Cherburgo. Las patrullas levantaron barricadas en las afueras con minas antitanque y explosivos plásticos (granadas de mano Gammon). Se creó un grupo de enterradores para bajar de los árboles a la media docena de paracaidistas muertos que todavía colgaban de las ramas de los castaños.¹⁴

Enfrente del ayuntamiento, Krause sacó de su macuto la misma bandera estadounidense desplegada en Nápoles después de que el batallón entrara en esa ciudad el 1 de octubre de 1943. La izó en un asta poco firme, luego, cuando ya eran las cinco de la mañana, envió a uno de los hombres más rápidos —pocas radios habían sobrevivido al lanzamiento— con un mensaje para el comandante de la división, el general Matthew B. Ridgway: «Estoy en Sainte-Mère-Église». Al cabo de

una hora, un segundo hombre se encargó de llevar corriendo una posdata: «He asegurado Sainte-Mère-Église». Los estadounidenses acababan de liberar su primera localidad francesa.¹⁵

Al amanecer, ochocientos dieciséis aviones y cien planeadores habían dejado en el continente a más de trece mil soldados; únicamente veintiún aparatos habían sido derribados, una cifra muy inferior a la augurada y temida por el mariscal del Aire Leigh Mallory. Pero solo uno de los seis regimientos había sido lanzado en la zona prevista, y era el único regimiento capaz de combatir como una fuerza de tres batallones sólida y unida, aunque a medio gas. Los comandantes del Aire no habían enviado un avión de inspección para comprobar las condiciones meteorológicas, un avión que habría podido avisar de la presencia de bancos de nubes bajas, por lo demás habituales en Normandía en el mes de junio; este fallo fue una muestra de negligencia, por no decir de irresponsabilidad. La dispersión mermó la capacidad de combate de una fuerza armada con poco más que fusiles y granadas. Pero, como en Sicilia, aquel desorden «no fue un mal que por bien no viniera», como señalaría la historia oficial del ejército: la dispersión confundió al enemigo como a los dispersos. Por toda la península de Cotentin pudo oírse el chirrido metálico de los cables telefónicos y telegráficos al ser cortados por los paracaidistas. Los alemanes capturados fueron obligados a tenderse en el suelo boca arriba en círculo tocándose los pies, a la espera de ser evacuados a un campo de prisioneros. Otros muchos que sufrieron emboscadas simplemente perecieron.¹⁶

Poco antes del amanecer, un bombardero ligero americano llevó a cabo la primera misión nocturna de reconocimiento aéreo en Europa, iluminando el paisaje normando desde una altura de casi 2.500 metros con una lámpara eléctrica de doscientos millones de bujías que se encontraba en la bodega de bombas abierta del aparato como si fuera un sol diminuto. Tras efectuar ciento ochenta fotografías, el avión dio media vuelta y puso rumbo a Inglaterra, donde los analistas estudiarían la película, imagen por imagen, en busca de tanques alemanes avanzando hacia la península de Cotentin para emprender el inevitable contraataque.¹⁷

Unos ochenta kilómetros más al este, los primeros efectivos de la 6.^a División Aerotransportada británica habían empezado a cruzar la costa de Francia, ávidos de venganza después de cinco años de guerra. Con la esperanza de alcanzar a algún alemán dormido, lanzaban todo tipo de objetos por las puertas abiertas de sus aviones de transporte: ladrillos en los que habían escrito obscenidades, un balón de fútbol

pintado para que pareciera el rostro de Hitler y una cabeza de alce disecada robada en un pub de Exeter. Entre paracaidistas y soldados que iban a aterrizar en planeadores, unos cinco mil hombres los seguían.¹⁸

Dos brigadas paracaidistas tenían el cometido de asegurar el flanco izquierdo de la Operación Overlord capturando los puentes sobre el Orne y su canal al noreste de Caen, y volando los del río Dives, que discurría más o menos paralelo a unos ocho kilómetros más al este. Muchas de las vicisitudes vividas por sus camaradas americanos en la península de Cotentin también las sufrieron los británicos: más de la mitad de los hombres encargados de marcar el camino aterrizaron en el lugar equivocado, y sus transmisores electrónicos y sus focos señalizadores acabaron dañados, se extraviaron o fueron imposibles de ver desde el aire después de ser colocados de manera inoportuna entre las largas espigas de trigo. Las maniobras evasivas desequilibraron a algunos paracaidistas, retrasando sus saltos; de un conjunto de noventa y un aviones, solo diecisiete sobrevolaron la zona correcta en el momento de los lanzamientos. Una bomba antiaérea abrió un boquete en el fuselaje de un aparato, provocando que un comandante de la 3.^a Brigada saliera disparado al exterior. Con una línea estática enrollada alrededor de la pierna, permaneció colgado bajo el avión durante media hora hasta que pudo ser rescatado e introducido de vuelta a la cabina. Regresó a Inglaterra y más tarde, el mismo 6 de junio, volvió a Francia en planeador, confundido pero ileso.¹⁹

Peor suerte corrieron los hombres que cayeron en el Atlántico o en el valle inundado del Dives. Un general de brigada, mojado de la cabeza a los pies, tardó cuatro horas en vadear el río cerca de Cabourg, echando a perder los sesenta saquitos de té que se había cosido al uniforme. «Podíamos ver dónde había caído un paracaídas por los círculos de seda que flotaban en el agua», informaría un oficial. Durante los cincuenta años siguientes seguirían apareciendo cadáveres en los lodazales del Dives.²⁰

En medio de tantas calamidades, sin embargo, hubo algo que celebrar. Seis enormes planeadores Horsa, un aparato bautizado con este nombre en honor de un rey sajón, pero llamado comúnmente «la Morgue Voladora» por su tendencia a desintegrarse en aterrizajes difíciles, se encargaron del transporte de ciento ochenta y un hombres a las órdenes del comandante John Howard, un antiguo policía de Oxford. Animados por grandes cantidades de té con buenas dosis de ron, también habían entonado sus cánticos —*It's a Long Way to Tipperary* y *Cow Cow Boogie*— hasta que los pilotos gritaron, «¡Desenganchamos!», y las dos sogas de remolque se soltaron de los bombarderos Halifax que volaban delante de ellos. Durante unos tres minutos Howard y sus hombres permanecieron sentados en silencio. El viento golpeaba los

aleros produciendo un sonido ensordecedor, y los soldados, todos cogidos del brazo, apretaron los puños. Tres Horsa encabezados por el *Lady Irene* se deslizaron zigzagueando hacia el oeste hasta que un piloto divisó su objetivo y exclamó de repente: «¡Hostia, ahí está el puente!». Y luego: «¡Preparados para el impacto!». Haciendo un ruido parecido, según un soldado, al de «una sábana gigante que se desgarra en pedazos», los planeadores chocaron en suelo francés a una velocidad de ciento sesenta kilómetros por hora, dando bandazos y rebotando en el aire, y perdieron las ruedas para finalmente estabilizarse sobre los patines, provocando unas estelas anaranjadas de chispas tan fulgurantes que los americanos las confundieron con balas trazadoras alemanas. Confusos, pero ilesos, Howard y sus hombres salieron precipitadamente del aparato por los agujeros abiertos en el fuselaje, llevando a rastras sus subfusiles Sten y cubos de lona repletos de granadas.²¹

Allí, a apenas cincuenta metros de la maltrecha nariz del *Lady Irene*, se encontraba el achaparrado puente de Bénouville sobre el canal de Caen. Un centinela atónito dio media vuelta y salió huyendo, dando la señal de alarma. Una bengala Very se elevó hacia el cielo, iluminando las oscuras aguas, y cincuenta soldados enemigos —la mayoría originarios de Europa oriental integrados en las Osttruppen— se dirigieron corriendo hacia la rampa oeste del puente, mientras comenzaban a silbar balas desde las vigas y las barandillas. Pero ya era demasiado tarde: los hombres de Howard se abrieron paso a fuerza de tiros y de granadas, gritando «Able», «Baker» y «Charlie» para preservar intactas las tres secciones. «Disparábamos contra todo lo que se movía», reconocería más tarde un soldado británico.²²

El jefe de una sección fue abatido por el fuego enemigo, pero en menos de un cuarto de hora el puente estaba en poder de los británicos. El comandante alemán fue capturado cuando su automóvil, cargado de lencería y perfumes, se precipitó en una zanja: para expiar su deshonrosa conducta, pidió en vano que lo mataran. Tres tanques franceses desvencijados, pilotados por alemanes, avanzaron hacia el puente, pero fueron recibidos con una lluvia de proyectiles perforadores lanzados por las armas antitanque PIAT. Dos huyeron, y el tercero estuvo ardiendo durante una hora después de que su tripulante lograra abandonarlo, aunque fatigosamente, tras perder las dos piernas. El comandante Howard enseguida tuvo noticia de que la otra mitad de su unidad había capturado otro puente cercano, el del río Orne a su paso por Ranville. Ordenó que aquella alentadora nueva fuera comunicada en un mensaje de radio codificado, y luego se atrincheró a la espera de refuerzos y de un contraataque más contundente del enemigo.²³

En las llanuras inundables del Orne y del Dives cayeron en picado otros planeadores tras colisionar en el aire debido a los traicioneros vientos cruzados, y algunos tuvieron que realizar aterrizajes forzosos, con los consiguientes daños en el tren de aterrizaje. Un Horsa se estrelló contra una casa y salió por el extremo opuesto, llevándose por delante una cama de matrimonio en la que seguía acostada una pareja de franceses. Los cuernos de caza y las cornetas resonaban en la noche mientras los oficiales intentaban recomponer sus compañías dispersas. Tras un intenso tiroteo, un joven paracaidista empezó a gritar completamente trastornado: «¡Han alcanzado a mi compañero! ¡Han alcanzado a mi compañero!». Los compañeros cayeron, pero también lo hicieron los puentes: los del Orne fueron capturados, y cuatro del Dives fueron volados.²⁴

Probablemente la misión más peligrosa recayera en el 9.º Batallón del Regimiento Paracaidista, cuyas órdenes eran destruir una batería costera en Melville considerada capaz de alcanzar con sus disparos la playa Sword, la más oriental de las cinco previstas para el desembarco en Normandía. Rodeados por una cerca, campos de minas, espesas alambradas y nidos de ametralladora atrincherados, los grandes cañones y sus doscientos artilleros estaban protegidos por un sistema fortificado de hormigón armado con puertas de acero, cuyos muros tenían casi dos metros de espesor, y que estaba cubierto por unos cuatro metros de tierra. De los setecientos cincuenta paracaidistas lanzados para llevar a cabo la hazaña, solo ciento cincuenta cayeron cerca de la zona prevista. Y de los sesenta pedazos de torpedo Bangalore —tubos metálicos empaquetados con explosivos para la destrucción de alambradas—, solo se habían encontrado dieciséis a eso de las tres de la madrugada.²⁵

Pero poco importó. Los Bangalore abrieron dos agujeros en vez de los cuatro planeados. Los paracaidistas pasaron por ellos y avanzaron a rastras para desactivar con sus propias manos las minas y las trampas cazabobos. Mientras se dirigía un ataque de diversión contra la puerta principal, los equipos de asalto mataron a todos los alemanes que encontraron, y neutralizaron los cañones inutilizando sus culatas. Un oficial de comunicaciones envió una paloma mensajera a Inglaterra con la noticia. Aunque los cañones eran menos numerosos y más pequeños de lo imaginado —dos en lugar de cuatro, y solo de 75 mm—, la peligrosa batería de Merville había caído. No obstante, se había pagado un alto precio: «Entré con ciento cincuenta [hombres] —informaría el comandante del batallón— y cuando salí solo sesenta y cinco seguían en pie».²⁶

Para las fuerzas aerotransportadas la cuenta de la carnicería había sido realmente elevada en uno y otro flanco del núcleo de la invasión. Menos de la mitad de los cuatro mil ochocientos soldados británicos que en aquellos momentos había en

Francia estaban suficientemente cerca o suficientemente sanos y salvos para unirse a los combates el 6 de junio formando unidades consistentes; sin embargo, esta fuerza superaba en número a la de los americanos en el oeste. Pero ese día sería célebre antes de que saliera el sol, sobre todo gracias a aquellos hombres resolutos que llegaron al escenario de la batalla por aire. A pesar de los infortunios y a pesar del caos, hicieron prácticamente todo lo que les habían pedido. Y a partir de aquel momento el futuro de la operación ya dependía de los que llegaban por mar.

La primera oleada

Un barco tras otro, un convoy tras otro, las flotas de la Operación Overlord fueron llegando a la amplia y oscura bahía del Sena. Una fuerza de vanguardia formada por dragaminas trazó un intrincado laberinto de canales despejados, demarcados por boyas que brillaban en las fosforescentes aguas del mar. Los marineros y los soldados quedaron sorprendidos al comprobar que el faro de Barfleur seguía en llamas al este de Cherburgo: era uno de los más altos y visibles del mundo, pues su doble haz de luz podía ser divisado desde una distancia de cincuenta kilómetros. Enfrente tenían la tenebrosa costa en la que, según se contaba, otrora los piratas normandos colgaban fanales de los cuernos de los bueyes para imitar las luces de los barcos y atraer así a los navegantes hacia los arrecifes con la finalidad de provocar el naufragio de las naves y arrancar luego los anillos de los dedos de los pasajeros que hubieran perecido ahogados. Lejos, a estribor, podían verse destellos dorados y rojizos sobre la península de Cotentin, y también lejos, a babor, sobre el Orne: parecía evidente que las tropas aerotransportadas habían entrado en combate como pretendían. El piloto de un Mustang F-51, contemplando aquel despliegue naval en el ancho mar, reconocería un viejo secreto obscuro: «En estas condiciones la guerra se convierte, durante un breve período de tiempo, en algo magnífico».²⁷

Abajo los barcos cabeceaban, y en las cubiertas de los buques la magnificencia brillaba por su ausencia. Desde los alerones del puente de dos viejos vapores del Canal, el *Prince Baudouin* y el *Prince Leopold*, los fusileros observaban atentamente las aguas, más allá del oleaje producido por la proa al surcar el mar, en busca de minas. «El miedo —comentó un guardacostas a bordo de la embarcación de asalto anfibia LCI-88— es una pasión como cualquier otra.» Un médico del *Bayfield* confesó haber tomado «tanto café que cada cuatro o cinco latidos mi corazón se aceleraba». Un sargento veterano de Virginia que viajaba en el *Samuel Chase* dijo: «La espera es siempre lo peor. El hombre puede dejar correr su imaginación». La

expectación de la batalla hacía salir al filósofo que todos llevamos dentro. «Mac, cuando una bala te alcanza, ¿te atraviesa completamente?», preguntó a un compañero un joven soldado del 16.º de Infantería. Un capellán observó cómo un oficial de la Marina Real leía las *Sátiras* de Horacio: «Si quid forte jocosius hoc mihi juris cum venia dabis dixeris». «Si, pues, libre o festivo hablo de un hecho, debes dejarme usar este derecho». ²⁸

A las dos de la madrugada, los altavoces del buque estadounidense *Samuel Chase* interrumpieron una partida de póker e invitaron a los soldados a acudir a desayunar al comedor, donde los muchachos encargados del servicio de comidas, vestidos con chaquetas blancas, sirvieron tortitas y salchichas. En otros comedores más pequeños, las tropas tomaron emparedados fríos o carne de buey enlatada de Uruguay. En el puente del buque británico *Danae*, un oficial compartió unos tragos del «mejor brandy de 1812, procedente de una botella guardada por mi bisabuelo en 1821». Un oficial del ejército británico a bordo del *Empire Broadsword* dijo a los muchachos de los Comandos de la Marina Real: «No os preocupéis por si no lográis sobrevivir al asalto, pues disponemos de muchas tropas de refuerzo que entrarán en combate después de vosotros». ²⁹

Lo que el enemigo sabía realmente de las flotas que se aproximaban seguía siendo una incertidumbre. La red de radares alemana, que se extendía desde Noruega hasta España y que en las costas del mar Negro y del Canal contaba con un centro importante cada quince kilómetros, había sido bombardeada durante el mes anterior. En los últimos días, ciento veinte instalaciones de cuarenta y siete centros situados entre Calais y Cherburgo se habían convertido en el objetivo de los cazabombarderos y de los ataques electrónicos más pertinaces que se habían lanzado hasta entonces; el sistema de alarma precoz de los alemanes había quedado reducido a aproximadamente un 5 % de su capacidad. Varias operaciones de diversión habían contribuido también a ello, incluido el empleo de tres docenas de globos con reflectores de radar para simular la presencia de buques invasores en aguas en las que nadie navegaba. Cerca de Calais, donde deliberadamente se había dejado que un centro de radares alemán siguiera en funcionamiento, los aviones aliados soltaron confeti metálico, el llamado *Window*, en el aire para imitar la firma electrónica de varias formaciones de bombarderos dirigiéndose hacia el norte de Francia. Al oeste de Le Havre y de Boulogne, unos aviones, que surcaron el cielo en formación oblonga cuidadosamente calculada, también esparcieron suficiente *Window* para simular el avance de dos grandes flotas navales —cada una ocupando una zona de quinientos dieciocho kilómetros cuadrados— hacia la costa a una velocidad de ocho nudos. ³⁰

Las flotas utilizadas realmente en la Operación Overlord tenían unos niveles de sofisticación electrónica sin precedentes, presagio del arte de la guerra del siglo XXI. Contaban con seiscientos tres dispositivos electrónicos para burlar los radares de búsqueda y de control de tiro de las baterías costeras enemigas, incluidos los doscientos cuarenta transmisores que llevaban a bordo las lanchas de desembarco de tanques (en adelante LCT, por sus siglas en inglés) y otras embarcaciones pequeñas utilizadas para alcanzar la playa, las ciento veinte contramedidas electrónicas de gran potencia que servían para proteger los grandes buques de guerra. Los ataques electrónicos habían comenzado a las nueve y media de la tarde, cuando los primeros barcos llegaron a las aguas de una zona situada a veinticuatro kilómetros de aquel resplandeciente faro de Barfleur.³¹

Una cosa que preocupaba particularmente eran las bombas planeadoras lanzadas desde los aviones y guiadas por los pilotos alemanes utilizando una palanca de mando y un transmisor de radio. Utilizadas por primera vez por la Luftwaffe en agosto de 1943, las bombas planeadoras —especialmente las del modelo denominado Fritz X— habían hundido el acorazado *Roma*, buque insignia de la flota italiana, y dañado gravemente el crucero ligero estadounidense *Savannah* frente a la costa de Salerno. Hitler había hecho acopio de bombas guiadas Fritz X y de otras similares, como las Hs 293, para responder a cualquier invasión; Ultra reveló que ciento cuarenta y cinco bombarderos con sistemas de radiocontrol habían despegado de aeródromos franceses. Pero los barcos aliados ya no estaban tan indefensos como lo habían estado en el Mediterráneo, donde, exasperados, los capitanes de los navíos habían ordenado encender las maquinillas de afeitar eléctricas con la esperanza de provocar interferencias en los mensajes radiados por la Luftwaffe. En aquellos momentos las doce contramedidas electrónicas distintas que estaban en funcionamiento en la bahía del Sena incluían dispositivos concebidos para actuar específicamente contra las bombas planeadoras. En los estrechos castillos de proa del buque norteamericano *Bayfield* y de otros navíos, los operadores de los osciloscopios observaban fijamente sus pantallas en busca de alguna reveladora firma electrónica de una bomba planeadora: «una señal fija, que permanecerá allí clavada tiesa y firme como el pene en erección de un hombre», según la elocuente descripción de un marinero. Tras determinar la frecuencia exacta del enemigo, en menos de diez segundos podía activarse una serie de contramedidas. O al menos eso es lo que se pretendía.³²

Los bombardeos aliados se habían intensificado a medianoche. «Cada vez que nos despertaban en plena noche, alguien exclamaba: “¡Es el Día D!”. Pero nunca lo era», escribiría Bert Stiles, piloto americano de un B-17. «Pero luego, el 6 de junio, lo fue.» Más de mil bombarderos pesados británicos atacaron baterías costeras y otros

objetivos del interior en las primeras horas del día, abriendo enormes cráteres en el litoral normando. El fuego antiaéreo se elevó como una cortina de perlas, y el cielo se cubrió de llamas procedentes de los aviones aliados dañados que intentaban regresar al Canal. Un piloto canadiense comunicó por radio que estaba perdiendo altura, y poco después envió un último mensaje antes de caer en territorio francés: «Pedirme un té para luego». Hipnotizados, los hombres a bordo del *Augusta* contemplaron cómo un bombardero que había sido alcanzado, con los cuatro motores en llamas, se precipitaba sobre su barco antes de virar a la derecha para acabar chocando contra las olas a unos dos kilómetros de popa.³³

Tras los británicos venía prácticamente toda la flota de bombarderos americana, compuesta de 1.635 aviones. Las tripulaciones de los B-26 Merodeador, conscientes de que en la península de Cotentin los paracaidistas trataban de avanzar hacia los pasos elevados del extremo oriental de la región, volaban paralelos a la costa por debajo de los mil ochocientos metros de altura para lanzar 4.414 bombas con encomiable precisión a lo largo de la playa Utah.³⁴

Menos precisa fue la fuerza principal americana, compuesta por 1.350 bombarderos pesados (entre Fortalezas Volantes B-17 y Libertador B-24) de la 8.^a Fuerza Aérea, que salió de Inglaterra a través de un enorme corredor de más de quince kilómetros de anchura, conducida por aviones guía. Para indicar el camino, estos aparatos lanzaban cada kilómetro y medio una serie de bengalas que se convertían en luminosas migas de pan. Los objetivos de la expedición incluían cuarenta y cinco fortificaciones costeras —en su mayoría a tiro de fusil desde la línea de pleamar—, situadas entre la playa Sword por el este y la Omaha por el oeste. Debido a la falta de precisión de los bombarderos pesados desde una altura de cinco mil metros —con las condiciones perfectas, ni la mitad de sus bombas tenían la probabilidad de caer a menos de cuatrocientos metros del objetivo deseado—, lo que básicamente se pretendía no era pulverizar las defensas enemigas, sino sembrar el desánimo entre los alemanes con una lluvia de metal.³⁵

Las condiciones climatológicas no eran precisamente las perfectas. En las playas el cielo estaba encapotado cuando las formaciones divisaron tierra, seis escuadrones volando a la misma altura, siguiendo una ruta perpendicular a la línea del litoral. Una semana antes Eisenhower había accedido a llevar a cabo un descoordinado «bombardeo a ciegas» en caso de necesidad, utilizando radares H2X para determinar el límite de la costa y la localización aproximada de los objetivos. La noche del 5 de junio autorizó otro cambio repentino solicitado por la 8.^a Fuerza Aérea: para no

alcanzar accidentalmente a la flota de invasión que se aproximaba, los bombarderos soltarían sus cargas explosivas entre cinco y treinta segundos después de sobrevolar la zona de lanzamientos prevista.³⁶

Durante una hora y media, tres mil toneladas de bombas acribillaron el paisaje normando en un paroxismo de explosiones y polvaredas enormes. Los campos de minas, los tendidos de cable telefónico y los depósitos de cohetes del interior fueron destruidos, pero menos del 2 % de todas las bombas cayó en las zonas de asalto, y prácticamente ninguna alcanzó la línea de la costa y las fortificaciones de las playas. Las repetidas advertencias de que había que evitar cualquier acción fratricida «tuvieron un efecto: el exceso de cautela en las mentes de la mayoría de los hombres que formaban parte de las tripulaciones de los bombarderos», concluiría posteriormente un estudio de la 8.^a Fuerza Aérea; algunos añadieron «muchos segundos» al medio minuto de retraso ya establecido para el «lanzamiento de las bombas». Casi todas las cargas fueron soltadas a un kilómetro y medio o tres de la costa, y algunas incluso a una distancia mayor. Se malgastaron muchos miles de bombas; los defensores no fueron expulsados de sus guaridas de hormigón. Solo las primeras tropas invasoras podrían averiguar cuando llegaran a las playas si el enemigo se había desmoralizado o no ante las llamas y el ruido apocalíptico que los había rodeado.³⁷

A lo largo y ancho de la bahía, se oía el traqueteo de pesadas cadenas deslizándose por los escobenes; las anclas, una tras otra, golpeaban con fuerza el mar y desaparecían de la vista para hundirse en sus oscuras aguas. Una voz angustiada gritaba desde la cubierta de un barco: «¡Por Dios! ¿Por qué demonios no enviamos un telegrama a esos malditos alemanes para decirles que ya estamos aquí?». Otra voz exclamaba: «¡Señor, anclaje a diecisiete brazas!».³⁸

A bordo del *Princess Astrid*, a diez kilómetros de la playa Sword, el llamamiento por un altavoz —«¡Tropas a formar! ¡Tropas a formar!»— hacía subir a la caótica cubierta a los hombres que integraban las unidades de asalto. En los barcos que se encontraban a once kilómetros de la playa Omaha, los soldados del 116.º de Infantería avanzaban en hilera a través de una cortina doble para subir a la cubierta de intemperie. Las lanchas de desembarco, descritas como «enormes cajas de zapatos metálicas», colgaban de los pescantes, a la espera de llenarse de soldados; otras serían arriadas vacías, chocando en su descenso contra los cascos de acero de los buques, para que en ellas embarcaran los soldados que iban a bajar por las redes de carga que en aquellos momentos los marineros soltaban a uno y otro lado de los navíos. Un teniente de los guardacostas a bordo del *Bayfield* observaba cómo las tropas «se

ajustaban los petates, armaban las bayonetas y fumaban un cigarrillo como si fuera el último de su vida. Reinaba un silencio absoluto». En su diario garabatearía a continuación el siguiente comentario: «Uno tiene la sensación de dirigirse hacia un gran abismo».39

El 6 de junio, el crepúsculo náutico matutino se produjo en Normandía a las 05:16, cuando el sol ascendiente se situó a doce grados por debajo del horizonte. Durante los siguientes cuarenta y dos minutos, hasta la salida del sol a las 05:58, el día que amanecía reveló lo que no habían indicado los radares enemigos. Para un soldado alemán que se encontraba en las inmediaciones de Vierville, la flota se materializó «como una gigantesca ciudad» flotante; y en Grandcamp, un muchacho francés se asomó a la ventana y vio «más barcos que mar».40

Los dragaminas navegaban cerca del litoral, despejando rutas de acceso a las playas, y ciento cuarenta buques de guerra se preparaban para cubrir de bombas la costa. A tan solo tres kilómetros de las playas de los británicos, dejándose llevar solo por lo apariencia, los rastreadores enviaron mensajes comunicando que no se percibía actividad alguna del enemigo, y Omaha también parecía tranquila. Pero a las cinco y media de la mañana, cerca de Utah, las oscuras aguas del mar saltaron bruscamente sobre las cubiertas de los cruceros *Black Prince* (de la Marina Real) y *Quincy* (de la armada estadounidense), acompañadas por el lejano rugido de baterías costeras. A cinco kilómetros de la playa de guijarros, dos destructores fueron alcanzados por el fuego enemigo, y un dragaminas tuvo que buscar refugio mar adentro, perseguido por grandes bombas lanzadas desde Saint-Vaast. A las 05:36, después de dar un margen de tiempo suficiente para que los aviones de reconocimiento Mustang y Spitfire localizaran los fogonazos de la artillería alemana, el almirante Deyo dio la orden: «Abran fuego de contrabatería».41

Inmediatamente, ochocientos cañones navales crearon una línea de fuego de ochenta kilómetros. Los marineros se taponaron los oídos con algodón; el rastro de los cañonazos hacía ondular sus uniformes: «El aire vibraba», escribiría el periodista Don Whitehead. Desde los almacenes subían los vehículos con las municiones. Su ruido resultaba cada vez más ensordecedor. A él se sumaban los golpetazos que daban las bombas al ser colocadas en las bandejas de carga antes de pasar a la recámara. Como si se encararan con el continente, las torretas giraban para mirar a tierra con un dramatismo amenazador. Dos ensordecedores zumbidos eran la señal de ¡Preparados!, y uno la de ¡Fuego! «Hacia el cielo se elevaban amarillentas nubes de humo de cordita», escribiría A. J. Liebling tras contemplar el acorazado *Arkansas* desde la LCI-88. «Había algo de leonino en su color, y en los rugidos que las acompañaban.» Los proyectiles de los cañones de 306 y 360 mm de dos peligrosos

reyes del mar, los acorazados *Arkansas* y *Texas*, sonaban «como trenes impulsados hacia el cielo», escribiría Ernest Hemingway, que en su calidad de corresponsal de guerra observaba la acción con la ayuda de unos prismáticos Zeiss desde el navío británico *Empire Anvil*. La pintura saltaba de los humeantes cañones de las baterías del *Nevada*, dejando al descubierto el pavonado, y los marineros arrojaban al mar las cubiertas de corcho de los proyectiles y la seda chamuscada de los sacos de pólvora. A bordo del buque norteamericano *Tuscaloosa*, David K. E. Bruce, un agente de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS por sus siglas en inglés) que más tarde sería nombrado embajador de los Estados Unidos en tres capitales europeas, escribiría en su diario:

Los cañonazos son constantes, también desde la costa... El aire está lleno de pólvora y provoca irritación, y cae una lluvia de tacos desintegrados, como si fueran cenizas de lava... La cubierta tiembla bajo nuestros pies, y las juntas de la estructura del buque se estiran y crujen... Los continuos cañonazos han hecho saltar los tornillos [y han] roto las bombillas en mil pedazos.⁴²

Los proyectiles alemanes sobrevolaban la bahía dibujando parábolas rojas como el fuego. «El arco y su zénit parecen indicar que caerá sobre el *Quincy*», escribía un oficial viendo cómo se aproximaba una bomba. «Me he equivocado. Felizmente, me he equivocado.» Los barcos viraban a un lado, y luego a otro, y volvían a virar, dejando tras de sí una espumosa estela blanca, y sus banderas de combate chasqueaban ondeando en el aire. Los marineros más veteranos podían calibrar el tamaño de un proyectil enemigo por la altura de la columna de agua que levantaba al impactar en el mar, incluidos los lanzados por los tres cañones de 210 mm de la batería de Saint-Marcouf, sin duda los más destructivos para cualquier buque. «Es terrible y monstruoso tener que disparar contra nuestra propia patria —dijo a su tripulación el almirante francés del crucero *Montcalm*—, pero en el día de hoy os pido que lo hagáis.» En su casa, cerca de la costa, una francesa escribiría en su diario: «Llueve acero. Las ventanas estallan, el suelo tiembla, y el olor a pólvora es asfixiante». Cargó los colchones en un carro tirado por caballos, cogió a sus hijos y huyó hacia el interior.⁴³

Los aviones aliados envolvían en humo blanco las trayectorias de las bombas para ocultarlas a los artilleros alemanes. El destructor estadounidense *Corry*, que había disparado cuatrocientos proyectiles en apenas una hora, tuvo que ralentizar momentáneamente la actividad para que los marineros pudieran refrigerar sus cañones de 127 mm, que ardían como brasas. Fue entonces cuando la brisa dispersó la cortina de humo lo suficiente como para que desde Saint-Marcouf fueran lanzadas cuatro bombas en línea que cayeron a ciento cincuenta metros de babor. El capitán del *Corry*

acababa de dar la orden de cerrar el timón a la banda, con una velocidad de veinticinco nudos, cuando una sorprendente explosión tiró al suelo a todos los miembros de la tripulación, a muchos por la borda.⁴⁴

«Nos pareció que saltábamos por los aires, alejándonos del agua», recordaría más tarde un marinero. «Una enorme grieta atravesaba la cubierta principal y recorría todo el casco de la nave.» La explosión partió el destructor en dos, como si fuera un huevo, abriendo una brecha de tres palmos de anchura a través de la quilla y entre los conductos de humo. La sala de calderas y la sala de máquinas se inundaron, y varios marineros que trabajaban en la primera murieron quemados por el vapor que soltó una caldera al estallar. Los mamparos se vinieron abajo y, con otros restos, dejaron atrapados a otros hombres, impidiéndoles la salida a cubierta. Sin energía eléctrica, el timón quedó atascado. Tanto la cubierta de popa como la proa comenzaron a elevarse, mientras se hundía la estructura central de la nave: el *Corry* estaba partido por la mitad. La tripulación transmitió un mensaje: «Este barco necesita ayuda».⁴⁵

La mayoría de los hombres del destructor creyó que una salva de los cañones alemanes de la costa había infligido el golpe mortal a su nave, pero informes posteriores culparían de la catástrofe a una mina en el mar. Ochenta dragaminas rastrearían los accesos a la playa Utah, encontrando al final unas doscientas minas; nadie, sin embargo, había descubierto aún la presencia de esos explosivos en el banco de arena de Cardonnet. Un mensaje «Ultra» advirtiendo de la existencia del campo de minas había sido trasladado a altos oficiales de la Marina de los Estados Unidos, «que, al parecer, no hicieron caso de él», concluiría posteriormente una investigación abierta por los servicios de inteligencia británicos.⁴⁶

Ocho minutos después de la primera explosión, con la cubierta principal inundada, el capitán del *Corry*, con el agua hasta las rodillas, ordenó el abandono de la nave. Los manuales de codificación fueron arrojados por la borda en sacos cargados con pesos para que se hundieran. Durante dos horas, hasta que llegaron los barcos de rescate, los supervivientes tuvieron que mantenerse a flote en aguas que no superaban los doce grados centígrados de temperatura; un alférez moribundo intentó atarse a una balsa con la corbata del uniforme. Las bombas alemanas convirtieron aquel naufragio en un infierno: volaron el generador de humo del *Corry*, hicieron estallar los proyectiles de 40 mm y acabaron con la vida de más hombres. El buque se hundió a seis brazas de profundidad: en marea baja, la proa y el palo mayor —en el que aún ondeaba una bandera estadounidense— serían visibles a tres kilómetros de la costa. El trágico percance se saldó con veintidós muertos y treinta y tres heridos. En los días siguientes, otros cinco barcos serían hundidos, y veinticuatro resultarían dañados, cerca del banco de Cardonnet.⁴⁷

Las experiencias vividas en el Pacífico sugerían que cualquier bombardeo naval contra unas defensas costeras sólidas debía prolongarse durante días, o incluso semanas. Pero había un gran abismo entre atacar una isla y bombardear, desde las aguas poco profundas del canal de la Mancha y sin apenas espacio, un larguísimo litoral con líneas interiores que permitían al enemigo reforzarse con rapidez. La empresa resultaba aún más ardua porque las casamatas alemanas eran de hormigón y sus cubiertas alcanzaban casi los cuatro metros de espesor. En consecuencia, el bombardeo preliminar de las playas americanas de la Operación Overlord duró apenas una hora y media para iniciar lo antes posible los desembarcos. El 6 de junio, los buques aliados dispararon ciento cuarenta mil proyectiles, pero pocas casamatas enemigas fueron destruidas. De las doscientas dieciocho bombas pesadas y las casi mil de 152, 4 mm lanzadas contra la batería de Houlgate, solo una hizo diana. De las veintiocho baterías que con sus ciento once cañones tenían a tiro la playa Utah, ninguna fue completamente destruida durante el bombardeo del amanecer. Y a pesar de ser martilleada por tres acorazados, un crucero pesado y otros barcos de menor envergadura, aquella maldita batería de Saint-Marcouf resistiría hasta el 12 de junio. Como con el bombardeo aéreo, solo poniendo pie en tierra se averiguaría hasta qué punto los defensores alemanes se habían amedrentado ante la lluvia de proyectiles navales.⁴⁸

El general de brigada Theodore Roosevelt Jr. pretendía ver con sus propios ojos, a pesar de su ligero estrabismo congénito, cómo habían quedado las defensas enemigas y comprobar su solidez.

Las variaciones del nivel del mar provocadas por las características mareas del canal de la Mancha exigían escalonar los desembarcos de las cinco playas en el espacio de una hora; Utah, la más occidental, sería la primera, y Roosevelt iba a ser el primero entre los primeros, desembarcando con las veinte lanchas de asalto iniciales de la 4.^a División de Infantería. Tras una breve discusión a bordo del buque estadounidense *Barnett* por un salvavidas —«ya le he entregado tres», exclamó exasperado un asistente—, el general pasó torpemente por encima de la húmeda barandilla del barco, tocándose la funda de la pistola. «Llevo mi pistola, mi cartuchera y mi bastón», anunció con su vozarrón. «Eso es todo lo que supongo que necesitaré.» Cuando un soldado se acercó para ofrecerle una mano desde la lancha de desembarco, Roosevelt hizo un gesto rechazándola. «Apartaos de mi camino. Puedo saltar sin ayuda de nadie. Sabéis que puedo hacerlo tan bien como cualquiera de vosotros.» Tras acceder a la lancha salvando una distancia de un metro y medio, mantuvo el equilibrio apoyándose en el bastón. Acto seguido, los chirriantes tornos arriaron la embarcación

hasta las movidas aguas oceánicas. Unos marineros desengancharon los grilletes, mientras Roosevelt bromeaba con los muchachos empalidecidos que tenía a su lado porque, como había dicho en una carta a Eleanor, «surgen las sombras cuando se ponen a pensar».⁴⁹

«Todas las embarcaciones en marcha», gritó alguien desde arriba. Las gélidas aguas habían dejado completamente empapados los tobillos de treinta soldados, que ya estaban temblando y vomitando: metidos en aquel casco de apenas once metros de longitud parecían arenques en una lata. Un timonel encendió el motor diésel, dirigiendo la redondeada proa de la lancha hacia el oleaje: Ted Roosevelt regresaba a la guerra.⁵⁰

No puede decirse que fuera considerado un precursor, por mucho que en Orán y en Gela hubiera desembarcado con las primeras tropas de asalto, por mucho que en la primera guerra mundial y por algunas proezas contra los tanques alemanes en El Alamein hubiera sido condecorado con cruces por Servicio Distinguido, y por mucho que, como aseguraba A. J. Liebling, fuera «tan valiente como pueda llegar a serlo un hombre». De baja estatura, desgarrado y patizambo, parecía, en opinión de un soldado, «un viejo sargento tozudo y acabado». En 1918 había sufrido en Cantigny las consecuencias del gas tóxico en los ojos y los pulmones, y más tarde, en Soissons, un disparo lo había dejado cojo. Hacía relativamente poco que había sido hospitalizado tres semanas en Inglaterra tras regresar del Mediterráneo con una pulmonía. Le gustaba citar *El progreso del peregrino*, obra de la que siempre llevaba un ejemplar en su macuto: «Conmigo llevo mis cicatrices y heridas». Pero no había revelado a nadie los dolores en el pecho que lo atormentaban bajo los galones.⁵¹

Su mayor ambición era, en palabras de su madre, «estar a la altura de su padre», el vigésimo sexto presidente de los Estados Unidos, cuyo gran momento de gloria en el campo de batalla —vestido con su uniforme de caballería confeccionado por la prestigiosa sastrería Brooks Brothers de Nueva York, y con una docena de anteojos de metal de repuesto, había participado en la carga lanzada por el ejército norteamericano contra las tropas españolas en las lomas de San Juan, durante la guerra de Cuba—, parecía perseguir los momentos de gloria de su hijo. Si bien era hartamente improbable que Ted se uniera a Theodore en el Monte Rushmore, sus hazañas eran impresionantes por sí solas, pues consiguió con mucho esfuerzo graduarse en Harvard para ponerse inmediatamente a trabajar como operario en una fábrica de alfombras de Connecticut. A los treinta años había amasado una fortuna considerable en el mundo de la banca y las inversiones. Había servido como secretario adjunto de la marina de los Estados Unidos, presidente del consejo de administración de American Express, gobernador general de Filipinas y gobernador de Puerto Rico, donde aprendió español, atacó los

problemas endémicos de la isla y contribuyó a evitar una situación de pánico financiero depositando cien mil dólares de su propio bolsillo. Escribió varios libros, entre otros *Three Kingdoms of Indo-China*, y Hemingway incluyó uno de sus relatos sobre la primera guerra mundial en *Men at War: Best War Stories of All Time* («Hombres en guerra: los mejores relatos bélicos de todos los tiempos»). Mantenía correspondencia con figuras tan dispares como Irving Berlin y Robert Frost o Rudyard Kipling, Orville Wright y Babe Ruth. La carrera política de Roosevelt se estancó cuando en 1924 perdió las elecciones para gobernador de Nueva York en beneficio de Al Smith; la otra Eleanor de la familia, la esposa de su primo lejano Franklin, había hecho campaña en su contra, recorriendo el estado en un camión con una gran tetera sobre la cubierta, implicándolo descaradamente en el escándalo de Teapot Dome («la colina de la tetera»). De hecho, se probó su inocencia.⁵²

«¿Qué hombre con carácter no siente envidia de ti?», había escrito Theodore en 1917 a su hijo en Francia. Como comentó uno de sus admiradores, la vida militar se revelaría «desde un principio el mejor destino» para Ted. En 1941 volvió a vestir el uniforme, siendo nombrado segundo al mando de la 1.^a División de Infantería, pero su tolerancia ante los actos de indisciplina y los alborotos en una unidad muy dada a desmandarse chocó con Omar Bradley: Roosevelt y el comandante de la división, Terry de la Mesa Allen, fueron destituidos hacia el final de la campaña de Sicilia. Roosevelt lloró amargamente por esa «dolorosísima» decisión, pero enseguida se puso a buscar un nuevo destino militar. «Mientras pueda combatir en el frente — escribí—, seguiré siendo un hombre.» Tras importunar una y otra vez a Beetle Smith, jefe de Estado Mayor de Eisenhower, pidió a su esposa que presentara una petición a George Marshall, pues consideraba que no había «nada de malo en tocar todas las cuerdas... si lo que quieres es que te den un trabajo más peligroso que el que tenías». Como no logró concertar una entrevista personal con Marshall, Eleanor insistió enviando una nota: «¿Es tan grave el asunto en cuestión que no se le va a dar otra oportunidad de ponerse al frente de las tropas?».⁵³

El jefe del ejército capituló: Roosevelt se unió a la 4.^a División a comienzos de la primavera, e inmediatamente hizo todo lo posible por encabezar el asalto a la playa Utah. Tras recibir dos veces la negativa del comandante de la división, el general Raymond O. «Tubby» Burton, el 26 de mayo Roosevelt volvió a intentarlo presentando un memorándum de seis puntos en el que decía que «el modelo de comportamiento para todos puede establecerlo por los que participan primero». Y añadía: «Creerán que si un general los acompaña, la empresa no puede ser tan ardua». Barton también había cedido, y en aquellos momentos, a las 06:30, la rampa de la

embarcación bajaba a unos cien metros de la costa. Calado hasta los huesos, helado de frío y más contento que unas pascuas, Roosevelt avanzó hacia la orilla con el agua que lo cubría hasta la cintura. Ya estaba en Francia.⁵⁴

Había llegado a la playa equivocada. Las enormes polvaredas producidas por los bombardeos navales y aéreos habían ocultado los pocos puntos de referencia existentes en aquella costa tan llana, y las dos lanchas guía que iban a la cabeza de la flotilla de pequeñas embarcaciones habían tenido que retirarse, una por un problema con una hélice, y la otra porque en el banco de Cardonnet chocó con una mina que le abrió un agujero a babor. En vez de desembarcar al frente a la Salida 3 de la playa con su paso de acceso hacia el interior a través de los pantanos inundados, Roosevelt y su punta de lanza de seiscientos hombres lo habían hecho unos dos mil metros más al sur, cerca de la Salida 2. Y aún peor, ocho LCT (embarcaciones anfibas para el transporte de tanques) con sus treinta y dos carros de combate Sherman, provistos de hélices y de unas estructuras de lona hinchables que les permitían flotar hasta alcanzar la costa, habían sufrido un retraso tras el choque de un barco con otra mina. «Se eleva en toda su longitud —escribiría el almirante Deyo a bordo del *Tuscaloosa*—, gira lentamente, con la popa hundida, y choca en el fondo de la bahía.» Con él se hundieron cuatro tanques, y veinte hombres encontraron la muerte. En vez de llegar justo después de las tropas de asalto, como estaba previsto, los demás tanques lo hicieron veinte minutos más tarde.⁵⁵

Por muchos problemas de vista que tuviera, lo cierto es que Roosevelt se dio cuenta perfectamente de la gravedad de la situación. Se adentró en las dunas, cojeando, y observó que al norte, a lo lejos, había un molino de viento y otras construcciones. «No estamos donde deberíamos», dijo al comandante del 8.º de Infantería, el coronel James A. Van Fleet, que había llegado a las siete de la mañana. «¿Ve ese edificio de ladrillos que hay ahí enfrente, a nuestra derecha? Aparecía en todas las fotografías aéreas, pero siempre a la izquierda... Estoy convencido de que estamos un kilómetro y medio o tres más al sur.»⁵⁶

La playa a la que habían llegado por equivocación parecía un lugar afortunadamente plácido, con pocas fortificaciones, con pocos obstáculos y con poquísima artillería enemiga; los defensores alemanes parecían efectivamente aturridos por los bombardeos aéreos y navales. Una tras otra, fueron llegando las sucesivas oleadas de embarcaciones de desembarco, llenas de soldados en pie que, a ojos de Hemingway, parecían «piqueros medievales». Roosevelt comenzó a deambular por la orilla, «con el bastón en una mano, un mapa en la otra, caminando arriba y abajo como si estuviera observando una finca», recordaría un sargento.

Algunas bombas enemigas estallaron en las dunas, provocando un ruido que Hemingway comparó con el de «un puñetazo con un pesado guante de goma». Pocas cayeron con precisión.⁵⁷

«Muchachos, ¿qué os parece la playa?», exclamó Roosevelt cuando llegaron las tropas del 12.º de Infantería. «¡Es un día fantástico para ir de caza! ¡Me alegro de que lo hayáis conseguido!» Los ingenieros se distribuyeron por la playa y empezaron a volar todos los obstáculos. Los equipos de demolición colocaron cargas explosivas en las brechas del malecón. Esperaban despejar las playas en doce horas; sin embargo, noventa minutos después de que Roosevelt pisara la arena de la costa, la flota recibió el aviso de que todas las embarcaciones podían dirigirse a tierra sin temor «de quedar encalladas en algún obstáculo».⁵⁸

Entre las dunas y a lo largo de la carretera de la playa, varios miles de soldados —los primeros de un total de treinta y dos mil de la Fuerza U— se encargaron de los nidos de resistencia con la ayuda de granadas, de subfusiles Thompson y del fuego de los tanques. El cadáver de un alemán, atrapado bajo la oruga de un Sherman, yacía «completamente chafado, plano como una figura de una revista de viñetas», según contaría un oficial de Estado Mayor, con «las mangas de su uniforme gris formando ángulo recto con su abrigo; las botas negras y las piernas eran tan planas y delgadas que parecían que las habían recortado de una hoja de cartulina sucia». Cuatro caminos que llevaban al interior de Cotentin serían ocupados y aprovechados el 6 de junio, incluido uno que estaba cubierto de un palmo y medio de agua. Para no atascar los estrechos caminos, los soldados del 12.º de Infantería formaron parejas de nadador y no nadador para cruzar los campos inundados. «Hice una señal con el brazo —contaría el comandante del regimiento— y tres mil muchachos con sus pesadas cargas entraron en aquel lago construido por la mano del hombre.»⁵⁹

Los silbidos de los proyectiles se oían a lo largo de un frente de unos cuatro kilómetros; las balas trazadoras saltaban en el agua como piedras ardientes y encendidas. Los soldados agitaban pedazos de tela de color naranja, dirigiéndose hacia el oeste entre la neblina con la esperanza de divisar otros pedazos de tela de ese mismo color, agitados por los muchachos de la 101.ª División Aerotransportada. Cerca de la Salida 1, en el extremo sur de la playa, el teniente de un tanque se apeó de su Sherman para ayudar a un paracaidista herido, pero pisó una mina que le voló los pies; su tripulación puso a salvo a los dos desgraciados arrastrándolos con cuerdas. El cadáver de un alemán fue hallado desnudo hasta la cintura, con la crema de afeitar aún en el rostro. Otros soldados enemigos fueron abatidos o capturados, incluidos cincuenta artilleros con tres cañones de 88 mm arrastrados por caballos. Un alemán quemado por un lanzallamas fue evacuado a la playa, completamente chamuscado y

lleno de ampollas, pero respirando aún. «Cuesta muchísimo matar a un alemán», confesaría un teniente de los guardacostas en su diario. Los soldados arrancaban los distintivos de los uniformes del enemigo y los entregaban a los analistas de los servicios de inteligencia militar.⁶⁰

Al este de Pouppeville, un pelotón de la 101.^a División Aerotransportada se reunió con gran sigilo, al otro lado del camino elevado, con un grupo de exploradores de la 4.^a División. «¿Dónde está la guerra?», preguntó un soldado del 8.º de Infantería con el fusil al hombro. Un paracaidista hizo un gesto indicando hacia el interior. «En cualquier sitio a partir de aquí.» A su debido tiempo, Roosevelt se adentró en la zona montado en su jeep recién desembarcado, el *Rough Rider*. Al oír unas salvas de artillería, gritó a un oficial: «¡Oye, muchacho, están disparando por allí arriba!» Entonces se echó a reír a carcajadas y se dirigió al lugar de donde venía todo aquel ruido.⁶¹

A unos dieciocho kilómetros de la costa, a bordo del buque estadounidense *Bayfield*, el comandante naval de la Fuerza U, el contraalmirante Don P. Moon, envió a las 09:45 un esperanzador informe: quince de las veintiséis oleadas habían llegado a tierra; los obstáculos habían sido eliminados; los vehículos se adentraban en la zona. El mensaje optimista de Moon ocultaba una gran ansiedad e inquietud: la pérdida del Corry y de otras embarcaciones en el banco de Cardonnet lo había obligado a posponer siete oleadas de tropas de asalto, y en aquellos momentos había decidido interrumpir completamente los desembarcos hasta que los dragaminas pudieran peinar minuciosamente las aguas de las zonas poco profundas.⁶²

A sus cincuenta años de edad, el contraalmirante Moon era proclive a agitarse rápidamente. Hijo de un abogado de Indiana, en 1916 se había graduado en la academia naval de Annapolis como el mejor de su promoción en logística, armamento e ingeniería militar; sus estudios de balística en la Universidad de Chicago le permitieron realizar con éxito diversas pruebas de campo a bordo de los acorazados *Maryland* y *Nevada*. Escribió algunos relatos breves, registro la patente de una «maquinilla de afeitar» y estuvo al mando de una escuadra de destructores durante la invasión de Marruecos, demostrando «una conducta ejemplar y una gran capacidad de liderazgo bajo el fuego enemigo». Tras pasar un año en Washington en calidad de oficial del Estado Mayor y ser ascendido a contraalmirante, Moon asumió el mando de la Fuerza U cuando se decidió extender la Operación Overlord a cinco playas en lugar de tres. Sus subordinados lo consideraban un hombre «muy trabajador, severo y sin sentido del humor», que en ocasiones preguntaba a los oficiales más jóvenes: «¿En qué destacas? ¿Qué sabes hacer?». La muerte de setecientos hombres ante sus ojos

durante el Ejercicio Tiger a finales de abril había estado a punto de dejarlo completamente trastornado —«Moon se vino totalmente abajo», informaría un oficial del estado mayor—, y estaba firmemente decidido a que en la bahía del Sena no se reprodujera ninguna tragedia como aquella.⁶³

En su sala de reuniones a bordo del *Bayfield*, Moon comunicó de repente su idea de interrumpir los desembarcos al comandante del VII Cuerpo de Ejército, J. Lawton Collins. Este general de división, apodado *Lightning Joe* y que se distinguía por sus cabellos rubios y su aspecto juvenil, era un veterano de Guadalcanal y estaba encargado de la supervisión de todas las operaciones en la península de Cotentin después de que la Fuerza U llegara a las playas. Collins quedó sumamente consternado, aunque no sorprendido, pues ya había detectado en Moon «una tendencia al exceso de cautela»; a mediados de mayo ya había escrito el siguiente comentario en una carta dirigida a su esposa: «Es el primer contraalmirante que he conocido que lleva botas de agua en un día de lluvia cualquiera». Con suavidad y energía a la vez, Collins empezó a desgranar las razones por las que había que seguir con los desembarcos: poca resistencia en Utah, con menos de doscientas bajas en la 4.^a División; las tropas inactivas y aburridas en el interior, unas pérdidas navales dolorosas, pero moderadas, y lo más importante: la 101.^a División Aerotransportada necesita recibir urgentemente refuerzos, y no se sabía nada de la 82.^o División Aerotransportada.«Tuve que mostrarme firme y plantarme para convencer al almirante», comentaría Collins más tarde.⁶⁴

En efecto, Collins lo convenció. Moon cedió, no sin cierto recelo. Más tarde adoptaría una aguerrida postura en el curso de unas breves y pomposas declaraciones a los periodistas que viajaban en su buque insignia. «Es para nosotros una suerte, la suerte que siempre acompaña a los que planifican bien las cosas, que la Fuerza U haya desembarcado con el éxito esperado —dijo, para luego añadir—: En la acción inicial, la victoria ha sido nuestra».⁶⁵

La playa del infierno

A unos veinticinco kilómetros al sureste de Utah, el llano litoral normando se elevaba ligeramente para formar junto al mar una meseta denominada La Côte du Calvados por el arrecife en el que, según la leyenda, un galeón español de la Armada Invencible, el *San Salvador*, se incendió durante un combate en 1588. En varios planes aliados la *plage* situada a los pies del promontorio había sido denominada de distinta manera: playa 46, playa 313 o playa X; en aquellos momentos ya había

recibido el nombre con el que sería conocida para siempre, Omaha. De unos ocho kilómetros de longitud, compuesta de arena compactada mezclada con guijarros de diversos tamaños, fruto de la acción de las tormentas, la playa contaba con solo cinco salidas a través de una escarpa de más de treinta metros de altura, cada una de ellas siguiendo un estrecho cauce o rambla que conducía a cuatro aldeas de casas con gruesísimos muros, situadas tierra adentro, a aproximadamente un kilómetro y medio de la costa. En junio lo habitual era que el viento soplara del sur, pero aquella tensa mañana lo hacía del noroeste y alcanzaba rachas de veinte nudos, agitando las aguas del mar y acelerando de dos a tres nudos las corrientes, que se dirigían hacia el este o hacia el oeste, dependiendo de la marea.⁶⁶

Aquella marea normanda constituía una fuerza primordial, nunca vista en otros desembarcos anfibios. En pleamar las aguas alcanzaban una altura de siete metros, inundando dos veces al día la playa y todo lo que hubiera en ella a una velocidad de treinta centímetros cada ocho minutos, para luego retirarse a una velocidad de casi treinta centímetros por segundo. La pleamar dejaba normalmente al descubierto unos cuatrocientos metros de playa, pero al cabo de seis horas esa marca de la marea baja quedaría cubierta por más de seis metros de agua. Para aprovechar de la mejor manera posible estos fenómenos en el desembarco de los treinta mil soldados de la Fuerza Operacional O, seguido por el de los veintiséis mil de la Fuerza B, los planificadores optaron por emprender el asalto el 6 de junio cuando la marea comenzara a cubrir la playa. Con ello pretendían que las lanchas de desembarco dejaran a las fuerzas de ataque lo más cerca posible de tierra firme, pero sin correr el peligro de que las embarcaciones encallaran cuando las aguas comenzaran a retirarse. El 6 de junio, iban a desembarcar diez efectivos del cuerpo de ingenieros con los soldados de infantería, como señala el historiador Joseph Balkoski, pero los primeros zapadores dispondrían únicamente de media hora para volar los obstáculos de la playa y abrir vías de acceso para las lanchas antes de que la marea alta los engullera.⁶⁷

La Operación Overlord establecía que noventa compañías de infantería atacaran simultáneamente en una playa dividida en cuatro sectores: Dog, Easy, Charlie y Fox. Pero se habían cometido tres errores que ya auguraban que en Omaha iba a tener lugar una tragedia: uno de estos errores es atribuible principalmente a la marina, y los otros dos al ejército.⁶⁸ Para minimizar los riesgos del fuego que pudieran abrir los alemanes desde la costa, los capitanes de la armada habían anclado sus buques de transporte a unos dieciocho kilómetros de distancia: con esta medida era evidente que factores como el viento, las corrientes y la desorientación afectarían negativamente el desembarco de las distintas unidades. En su apuesta por el efecto sorpresa, los comandantes del ejército de tierra habían insistido en reducir el bombardeo naval a

apenas treinta y cinco minutos, tiempo suficiente para asustar a los defensores, pero insuficiente —sobre todo en vista de la poca precisión de las fuerzas aéreas aliadas— para someterlos. El ejército también había optado por asaltar las angostas salidas de la playa, donde las fortificaciones eran mucho más sólidas, en vez de realizar sucesivas infiltraciones a través de los riscos para rebasar los puestos fortificados del enemigo.⁶⁹

Las defensas alemanas eran temibles. Ochenta y cinco nidos de ametralladoras, que pronto serían conocidos como los «agujeros asesinos», cubrían Omaha: esto es, una cantidad que triplicaba la de las tres playas británicas juntas. A diferencia de los obstáculos presentes en Utah, muchos de los 3.700 pilotes de madera y barreras de hierro incrustados en la llanura mareal de Omaha tenían minas acopladas; «como arándanos», en palabras de un oficial naval. La escarpa, inexistente en las otras playas, permitía el fuego de arriba abajo y el fuego rasante. Treinta y cinco fortines y ocho enormes búnkeres —algunos tan grandes «como el ayuntamiento de una localidad de Nueva Inglaterra», escribiría un periodista— defendían las cinco salidas de la playa, y ocho puestos de armas antitanque, seis de lanzacohetes *Nebelwerfer* y cuatro posiciones de artillería cubrían el resto de la playa. Los cañones enfilaban prácticamente todos los granos de arena de la playa Omaha, y desde el mar resultaba imposible verlos, pues permanecían ocultos tras unos escudos de hormigón y en trincheras que las misiones de reconocimiento fotográfico aéreo no habían logrado localizar. Gracias a la pólvora sin humo y a la prohibición de los alemanes de utilizar balas trazadoras en la zona, los puestos fortificados en los que se ocultaban los cañones seguían siendo, como admitiría un informe naval, «increíblemente difíciles de detectar».⁷⁰

Otro elemento inesperado que pasó inadvertido a las tropas de asalto fueron los refuerzos alemanes. A mediados de marzo, Rommel había ordenado el traslado a la costa de la 352.^a División de Infantería que se encontraba en Saint-Lô, unos treinta cinco kilómetros tierra adentro, colocando dos regimientos al otro lado de las playas Omaha y Gold junto otros dos regimientos de una división menos enérgica, la 716 de Infantería, mientras que un tercer regimiento, el 352.^o, era destinado a Bayeux como fuerza de reserva. Ni Ultra ni los servicios de inteligencia convencionales observaron estos movimientos; el 4 de junio llegaron al cuartel general del I Ejército de Bradley informaciones en ese sentido, pero ya era demasiado tarde para alertar a las flotas que navegaban dispersas y con las radios apagadas. Los trece mil soldados del 352.^o —con gran capacidad de movimiento, peligrosos y tan jóvenes que los oficiales de la Wehrmacht habían ordenado requisar leche de las granjas francesas para fortalecer sus huesos— habían pasado las últimas semanas transportando madera del bosque de Cerisy en carros para reforzar el Muro Atlántico. Casi la mitad de las fuerzas de

infantería de la división —incluidos dos batallones montados en bicicleta— había sido trasladada antes del amanecer al sur de Cotentin con la orden de enfrentarse a unidades de supuestos paracaidistas. Algunos de esos invasores no eran más que «muñecos que estallaban»: centenares de falsos paracaidistas de trapo aerotransportados que llevaban una carga explosiva y un simulador de disparos de fusil. Estos muñecos fueron lanzados junto con un equipo especial de soldados británicos cuya misión consistía en engañar al enemigo lanzando bengalas y poniendo grabaciones discográficas que reproducían el fuego de cañones y morteros.⁷¹

Si bien las defensas de Omaha habían quedado reducidas a tres simples batallones por culpa de esa trampa, lo cierto es que seguían siendo mucho más letales que aquel regimiento inmóvil repartido a lo largo de un frente de ochenta kilómetros que la mayoría de soldados aliados esperaba dispersar. En vez de una proporción de tres a uno a favor de los atacantes en su asalto al enemigo atrincherado, algunas unidades que en aquellos momentos se dirigían a tierra se verían en desventajas de tres a cinco. La playa que en un principio había sido suficiente con llamarla con una sucesión de códigos, y luego con un nombre secreto que resultara familiar, iba a ganarse otros epítetos que pasarían a la historia, como, por ejemplo, «la sangrienta Omaha» o «la playa del infierno».⁷²

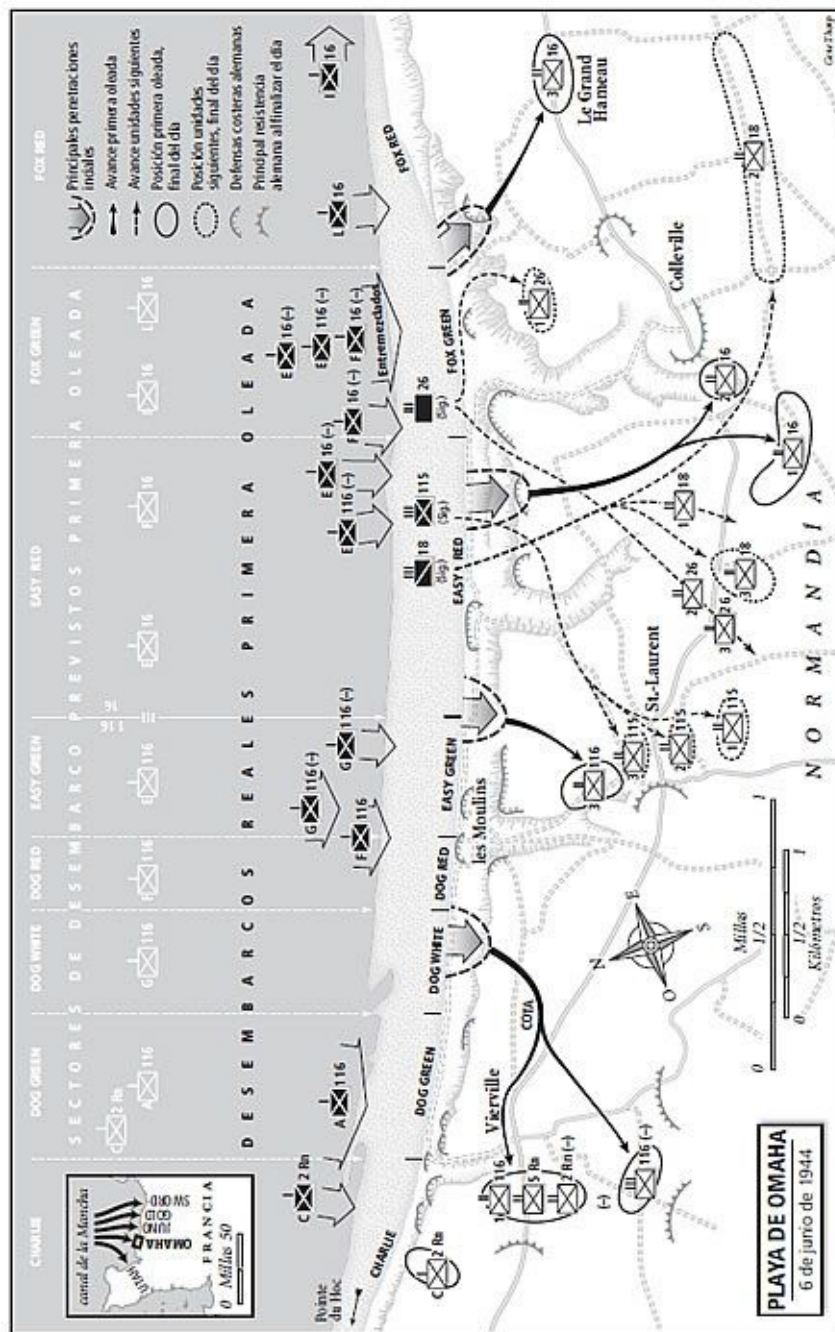
Para los que aquel día sobrevivieron, para los que lograron sobrevivir a este episodio crucial, a este gran honor del destino, aquellos desgarradores recuerdos perdurarían lo mismo que la propia playa. Recordarían cómo las olas golpeaban los cascos de las embarcaciones, y cómo las bombas de sentina se atascaban con los vómitos de los hombres mareados que hacían «ruidos absolutamente monstruosos» bajo sus impermeables. Cómo el agua verdosa saltaba por encima de las regatas mientras los timoneles esperaban que el impulso de la marejada les permitiera saltar los obstáculos antes de bajar las rampas con un fuerte sonido metálico y despedirlos con una bendición: «¡Adelante, es todo vuestro! ¡Tomadlo!».⁷³

Recordarían el rojizo destello de las bombas al estallar en el fondo de aquel mar poco profundo y las balas de las ametralladoras saltando sobre las aguas como «granizo impulsado por el viento» antes de acribillar las barcas que llegaban a tierra, de modo que, como señalaría un sargento, «los hombres las abandonaban en tropel, como mazorcas de maíz saltando de una cinta transportadora». Fragmentos de mortero, según cuentan del tamaño de una plancha de pala, volaban por toda la playa segando brazos, piernas y cabezas. Los matabanes mataban. Los cartuchos metálicos levantaban nubes de arena «como si fueran pequeños seres malvados», escribiría un periodista, o sobrevolaban las cabezas «zumbando como un enjambre de insectos», en

palabras del soldado y novelista Vernon Scannell. Los soldados que habían cantado «Feliz Día D, querido Adolfo» en aquellos momentos buscaban un lugar en el que refugiarse como animales asustados. Abrían desesperadamente grandes boquetes en aquella playa de gujarros con la ayuda de su cuchara y de sus manos desnudas. Boquiabiertos, en un gesto de asombro, trataban de evitar que las salvas de la artillería les rompieran los tímpanos.⁷⁴

Recordarían a aquellos hombres valientes avanzando como si «caminaran con un violento viento en contra», según la descripción de Forrest Pogue, todos con la misma expresión de inquietud dibujada en el rostro hasta que una ráfaga de balas silbantes los derribaba. Entre el estruendo de la batalla, recordarían los gritos de los compañeros con el cuerpo desgarrado, que a veces se fusionaban en un único aullido, descrito por David Howarth, enviado de la BBC, como «un largo y horrible gemido de muerte que parecía expresar no solo miedo y dolor, sino también sorpresa, consternación e incredulidad». Y recordarían a los muertos informes, esparcidos por la playa como manchas de barro divino, o como restos de un naufragio arrastrados por la marea, revolviéndose en el agua, con los salvavidas ajustados aún al cuerpo. Todos estos recuerdos tendrían de la zona de batida llamada Omaha.⁷⁵

Los zapadores del ejército y de la marina, con sus veintiocho toneladas de explosivos, tenían previsto desembarcar tres minutos después de la punta de lanza de la infantería para abrir dieciséis corredores, cada uno de cincuenta metros de anchura, a través de los obstáculos de la zona intermareal dispuestos en tres cinturones defensivos. Casi todo salió mal: algunos ingenieros desembarcaron demasiado pronto y solos, otros demasiado tarde, y en su mayoría se desviaron, llegando hasta un kilómetro y medio a la izquierda, esto es, al este, del sector de playa asignado, debido a las corrientes y a errores de navegación. Un cañón de 88 mm alcanzó la embarcación del Equipo 14, arrojando al timonel por la borda y acabando con todos los miembros de la cuadrilla de demolición: las piernas y el tronco inferior de un hombre que la explosión había partido en dos «asomaban en el agua como una lastimosa “V” de victoria», contaría un marinero. En el Equipo 11 siete perdieron la vida cuando los proyectiles impactaron en su bote inflable; de los catorce hombres que integraban el Equipo 15, solo cuatro sobrevivieron sin sufrir heridas. Una bomba de mortero sorprendió al Equipo 12 cuando estaba activando la carga explosiva, matando o hiriendo a diecinueve zapadores en una explosión tan violenta que volaron por los aires los «erizos checos» de tres brazos y cayeron como si fueran «los barrotes de una cerca», contaría un superviviente.⁷⁶



3

Los encargados de las demoliciones trepaban pilotes o se subían a las espaldas de un compañero para retirar las minas y colocar sus cargas explosivas, lanzando granadas de humo violeta para avisar de la inminencia de una detonación. Los disparos hacían saltar las espoletas con la misma rapidez con la que los zapadores podían manipularlas, y también los estallidos como el que se llevó por delante la espoleta y los dedos de la mano del que la preparaba. Soldados de infantería aterrorizados buscaban refugio detrás de los obstáculos enemigos, «como si fueran enjambres de abejas», a pesar de que los zapadores les gritaban, les pegaban patadas y

los amenazaban con detonar las cargas aunque no se movieran de allí. A eso de las siete de la mañana, cuando la marea empezó a engullir los obstáculos, solo seis de los dieciséis corredores habían quedado despejados a través de los tres cinturones. Por todo ello se pagaría un precio muy elevado: al mediodía más de la mitad de los zapadores estarían muertos, heridos o desaparecidos.⁷⁷

Los fracasos se multiplicaron. Los tanques anfibios Sherman, con el aspecto claramente naval que le daban sus estructuras de lona hinchables y sus dos hélices propulsoras, empezaron a entrar en el agua desde las rampas de sus embarcaciones de desembarco «como sapos saltando desde los márgenes de un estanque ornamental», en palabras del historiador John Keegan. Pero los tanques tenían apenas tres metros de francobordo en un estanque con olas de dos metros; de los treinta y dos Sherman de un batallón, veintisiete se hundieron mientras intentaban recorrer seis mil metros en aguas abiertas, con la consiguiente pérdida de nueve oficiales y ciento treinta y siete soldados. «Había una cierta gallardía», observaría Howarth, el corresponsal de la BBC. «Los comandantes del segundo, el tercer y el cuarto tanque [de todas las LCT] podían ver cómo se hundían los que iban a la cabeza; pero habían recibido la orden de lanzarse, y se lanzaban.» Más al oeste, un teniente de la marina comprendió perfectamente que tanto oleaje no era apropiado para un tanque anfibio de treinta y tres toneladas de peso, de modo que, en vez de los carros de combate, envió a tierra parte de otro batallón blindado a bordo de las LCT. Ocho tanques Sherman se perdieron cuando sus barcos fueron alcanzados por el fuego enemigo, pero otros veinticuatro lograron alcanzar la costa.⁷⁸

Los artilleros también tuvieron que esforzarse mucho para llevar a tierra sus cañones. Los doce obuses de 105 mm del 111.º Batallón de Artillería de Campaña fueron cargados en camiones anfibios DUKW. En cada uno de estos vehículos iban, además, catorce hombres, cincuenta bombas y un parapeto protector consistente en dieciocho sacos de arena, lo cual convertía a los DUKW en «no aptos para la navegación», como reconocería, aunque demasiado tarde, el propio ejército. Ocho enseguida hicieron agua y zozobraron, y otros tres se perdieron o bien a causa del fuerte oleaje o bien por el bombardeo enemigo antes de alcanzar la costa. «Todavía puedo oír entre el estruendo los gritos de aquellos hombres pidiendo ayuda», recordaría más tarde un sargento.⁷⁹

Dos regimientos de artillería, pertenecientes a las dos divisiones de asalto que formaban el V Cuerpo, llegaron a la playa del infierno impulsados por las olas. Al oeste, el 116.º de Infantería —hombres de los campos de Virginia, curtidos en la gloria del ejército confederado, herederos de aquellos héroes de la Brigada «Stonewall» de 1861— había recibido adiestramiento en Gran Bretaña durante veinte

meses como parte de la 29.^a División de Infantería, un tiempo suficientemente largo como para ganarse con justicia su apodo: «los de Inglaterra». Los oficiales ordenaron a los hombres que se dirigían a la costa a bordo de las embarcaciones de desembarco que no asomaran la cabeza, como contaría un teniente, «para que no vieran la playa y se vinieran abajo». Pero no tardaron en ver lo que allí ocurría. En el flanco derecho de la zona de invasión, los artilleros alemanes convirtieron de repente la playa Dog Green en un matadero. Según se cuenta, la Compañía A, «paralizada y sin líder» en apenas diez minutos, no pudo disparar ni un solo tiro; al cabo de media hora, dos tercios de sus hombres habían perecido, entre otros el sargento Frank Draper, Jr., que cayó cuando un proyectil antitanque le arrancó el hombro izquierdo, dejando expuesto su corazón, que siguió latiendo hasta que al final murió desangrado. Draper, uno de los veintidós hombres de Bedford, una pequeña localidad de Virginia, caídos en Normandía, «no llegó a matar a nadie», como más tarde lamentaría su hermana. Un oficial que logró sobrevivir contaría que sus hombres cayeron «como heno segado con la guadaña».⁸⁰

Las ametralladoras alemanas —cuyo traqueteo un soldado compararía con el ruido que hace «una persiana subida bruscamente»— acribillaron la playa, matando a los heridos y rematando a los muertos. Los treinta y dos soldados de una embarcación, la LCA-1015, perecieron junto a su capitán. Un teniente que había sido alcanzado en la cabeza, siguió dirigiendo sus tropas hasta que, según contaría un superviviente, «se sentó y, sosteniéndose la cabeza con la palma de la mano, cayó muerto». Los heridos se inyectaban ellos mismos morfina o entre grandes dolores pedían la ayuda de los médicos, uno de los cuales utilizó unos imperdibles para cerrar la herida de una pierna. «Un muchacho que me precedía fue alcanzado en el cuello, y otro en el corazón. Yo seguí corriendo», recordaría más tarde un superviviente. Sentado en la playa, un soldado, completamente trastornado, sollozaba y tiraba piedras al agua: «Esto es una debacle», exclamaba un oficial.⁸¹

Unos dos kilómetros más al este, el 16.^o Regimiento de Infantería —compuesto por veteranos de la 1.^a División de Infantería, una de las unidades desembarcadas en África y en Sicilia— vivió su propio desastre. Todos los efectivos que formaban parte de la primera oleada fueron conducidos al este del sector asignado. El simple acto de alcanzar la orilla supuso para la Compañía L que sus 187 hombres quedaran reducidos a 123. Los médicos comprobaron que «la mayoría de los muertos habían fallecido de un disparo en la cabeza»; oficiales y sargentos comenzaron a cubrir de arena mojada los distintivos de sus cascos para confundir a los francotiradores. «El fuego venía desde todas las direcciones, tanto los proyectiles pequeños como los más grandes», recordaría un soldado de la Compañía E. Movido por el simple afán de hacer un

cómputo de aquel fuego demencial, un sargento calculó que en la playa se vivió un tiroteo de «al menos veinte mil balas y bombas por minuto». En Easy Red, Robert Capa, tras sacar la cámara Contax que llevaba protegida bajo su impermeable para hacer las fotografías más memorables de la segunda guerra mundial, se agazapó detrás de un Sherman en llamas y murmuró una frase aprendida durante la guerra civil de España: «Es una cosa muy seria».⁸²

Frente a la línea que dividía los sectores Easy Red y Fox Green, habían comenzado a descender los soldados por la rampa izquierda de la LCI 85 cuando las bombas enemigas de 47 y 88 mm alcanzaron la bodega frontal de esta embarcación de cuatrocientas toneladas de peso, matando a quince hombres e hiriendo a cuarenta y siete. Los guardacostas que tripulaban la nave dieron marcha atrás y se dirigieron hacia el oeste, recorriendo varios cientos de metros solo para volverse a ver sometidos a un intenso fuego cuando se detuvieron para continuar con el desembarco. Más de dos docenas de bombas impactaron en la nave, desatando un incendio en los compartimientos de las tropas y dejando las cubiertas empapadas de sangre. Entre el humo revoloteaban las vendas blancas de una unidad médica que había sido acribillada. En el puente, contaría el timonel, «podíamos oír los gritos de los muchachos a través del tubo acústico». Sin dejar de escorar, el LCI 85, sangrando y en llamas, puso rumbo hacia el horizonte, donde los heridos y los cadáveres de los muertos pudieron ser rescatados antes de que la nave zozobrara y se hundiera en las profundidades del mar.⁸³

A eso de las ocho y media de la mañana se interrumpió el asalto a la playa Omaha. La marea alta enseguida invadió la estrecha franja de playa liberada, ahogando a los que habían quedado inmovilizados por las heridas y por el miedo. Sin espacio para poder desembarcar más vehículos, un jefe de playa de la marina detuvo las operaciones de descarga en buena parte de la costa. «Boca abajo, hasta donde alcanzaba la vista y en todas direcciones», escribiría más tarde un cirujano del 16.º de Infantería, «yacían acurrucados los cuerpos de hombres vivos, heridos y muertos; todos apiñados, como puros en una caja».⁸⁴

Dos embarcaciones grandes fueron pasto de las llamas en las aguas poco profundas del sector Dog White. Los depósitos de combustible de la LCI 91, que transportaba doscientos soldados, fueron alcanzados por una bomba, desatándose un incendio en la cubierta de pozo. Más de veinte hombres murieron quemados. Otros saltaron por la borda, incluido uno convertido en antorcha humana que se lanzó al agua mientras las llamas consumían las suelas de sus botas. Poco después, la LCI 92, chocó a babor contra una mina mientras trataba de esconderse entre el humo de su nave hermana. La explosión hizo volar por los aires a dos hombres, que salieron

disparados por una escotilla como si fueran tapones de una botella de champagne, y dejó a más de cuarenta atrapados bajo cubierta. «Desde la bodega número uno se levantó una gran llamarada de casi diez metros de altura justo frente al castillo», contaría un soldado. «El pánico se apoderó de mí.» Los artilleros alemanes no tardaron en calibrar el alcance de los disparos para hundir definitivamente la nave. Un superviviente reconocería más tarde haber alcanzado la orilla nadando como un perrito, no como un oficial de infantería dispuesto a entrar en combate, sino como el «superviviente desarmado e indefenso de un naufragio».⁸⁵

El asalto de primera hora de la mañana solo resultó esperanzador a unos siete kilómetros al oeste de Omaha, allí donde la escarpa se convertía en acantilado. Tres compañías del 2.º Batallón Ranger escalaron hasta la cima para llegar a Pointe du Hoc, primero sirviéndose solo de las manos a pesar de la lluvia de granadas, y luego de cuerdas trenzadas y anclajes lanzados con la ayuda de tubos de mortero. Sus compañeros proporcionaron fuego de cobertura desde unas escaleras prestadas por los bomberos londinenses y transportadas en camiones anfibios DUKW. Tan azotado por el viento como Troya, el promontorio había quedado reducido a lo que un oficial calificaría de «montón de tierra desgarrada» por la acción de las doscientas cincuenta bombas disparadas por los cañones de 356 mm del acorazado estadounidense *Texas*. Los rangers alcanzaron la cima, utilizaron granadas termita para destruir cinco cañones que habían sido sacados de sus casamatas y luego se escondieron en un pomar. Su victoria duró poco: enseguida se vieron rodeados por un número cada vez mayor de alemanes que pasaron las treinta y seis horas siguientes intentando expulsarlos de la escarpa y arrojarlos por el acantilado.⁸⁶

Mientras tanto, en la playa del infierno varios miles de soldados temblorosos también topaban con diversas fortificaciones hostiles, y esperaban que se produjera un contraataque desde los riscos que los empujara de vuelta al mar. «Se lanzarán en tropel contra nosotros», murmuró Don Whitehead. Un teniente, que estuvo observando cómo los hombres avanzaban empapados en plena marea, más tarde escribiría: «Después de volver la vista atrás un par de veces, decidimos que no podíamos seguir mirando atrás». Entre los que iban apiñándose en la playa se encontraba el capitán Joseph T. Dawson, un tipo guasón de ojos oscuros, veterano de la Compañía G del 16.º de Infantería. Una hora antes, Dawson había saltado de la embarcación de desembarco que lo transportaba a Easy Red en el mismo momento en el que una bomba de artillería alcanzó la nave, acabando con la vida de los treinta y tres hombres que iban detrás de él. «Las limitaciones de la vida se ponen claramente de manifiesto», escribiría a su familia en Texas. «Nadie es indispensable en este mundo.»⁸⁷

Desde la cubierta grisácea del buque insignia del alto mando americano, el *Augusta*, no podía apreciarse lo que estaba ocurriendo. Una especie de miasma parduzco de polvo y humo envolvía la costa francesa por el sur; un miasma que parecía misterioso e impenetrable salvo por las estelas rojo carmesí que dejaban las bombas de los acorazados en su trayectoria hacia objetivos del interior. En la cubierta de popa del crucero pesado se había construido una estrecha sala de operaciones, de tres metros por seis, con una puerta de lona, un mapa de Francia de ediciones Michelin colgado a una de las paredes metálicas y un reloj cuya tapa de cristal había sido debidamente protegida contra los golpes. En otros mapas se indicaban las supuestas localizaciones de las unidades enemigas, marcadas en rojo, y el despliegue de las baterías costeras alemanas con pequeños círculos concéntricos. Con la ayuda de sus auriculares, los encargados de las comunicaciones escuchaban los mensajes transmitidos por radio, que luego copiaban tecleando en una máquina de escribir. De Omaha solo habían llegado fragmentos incoherentes de noticias que hablaban de hundimientos, inundaciones y fuego intenso. Un informe captado por otro barco que había en las inmediaciones advertía alarmado: «Nos están matando como a cerdos».⁸⁸

Junto a una mesa trazadora situada en el centro de la sala de operaciones estaba sentado un individuo alto, con gafas, casco, chaleco salvavidas «Mae West» y una guerrera con tres estrellas. Una vez más preguntó: «¿Qué está pasando?», y una vez más obtuvo por respuesta un simple encogimiento de hombros como pidiendo disculpas. En sus tiempos de joven oficial, Omar Bradley había estudiado en diversas ocasiones la batalla de Galípoli, la desastrosa campaña emprendida en 1915 por los británicos para capturar Constantinopla, y más recientemente había examinado los informes de las operaciones en Anzio. Lo que enseñaban principalmente estos dos ataques anfibios era, en su opinión, la importancia que tenía «llegar a tierra lo antes posible». ¿Qué estaba ocurriendo en Omaha? Y otro encogimiento de hombros por respuesta. Bradley había confiado en que a eso de las ocho y media de la mañana los dos regimientos de asalto ya hubieran conseguido avanzar hacia el interior, adentrándose al menos un kilómetro y medio, pero en aquellos momentos dudaba incluso de que hubieran podido poner pie en territorio francés. Empezaba a considerar sus opciones si las tropas no lograban salir de la playa. No solo se sentía preocupado, sino también un poco ridículo: esa mañana el comandante del ejército lucía una enorme venda en la nariz para cubrir un furúnculo que le habían abierto con una lanceta en el dispensario del buque. A los fotógrafos les habían prohibido hacerle fotografías.⁸⁹

Tras comandar con éxito un cuerpo en África y en Sicilia, Bradley había disfrutado de una cobertura mediática en la que se idealizaba enormemente su figura. Hacía poco que había sido portada de la revista *Time*, donde se le calificaba de personaje «Lincolnesco... un hombre sencillo, familiar y formal con mucha cabeza y carácter». Ernie Pyle escribiría que «hablaba con tanto tacto y discreción que una persona no podía oírlo si estaba muy lejos». Por su parte, Liebling lo describiría en los siguientes términos: «El cráneo prominente y redondeado, prácticamente calvo con la excepción de unos pocos cabellos grises; la mandíbula potente, casi con prognatismo; y los ojos hundidos, con la vista cansada, asomando por debajo de las oscuras cejas con una expresión de curiosidad devoradora, pero benevolente». El hecho de que siguiera llevando una gorra en la que se leía «Teniente Coronel O. N. Bradley» escrito con tinta en el forro era considerado emblemático de su humildad; en efecto, el de teniente coronel era su rango permanente.⁹⁰

Pocos podían superar su currículum. Hijo de un maestro de escuela rural de Misuri que ganaba cuarenta dólares al mes, se casó con una de sus alumnas y falleció cuando Omar tenía trece años, Bradley había disputado partidos de fútbol americano con un equipo imbatido del ejército que se ganó grandes titulares en la prensa, como, por ejemplo, «Para el [equipo de] West Point, el Notre Dame es presa fácil». También entabló amistad con un compañero que en aquellos momentos era su jefe y su más ferviente admirador: «Ice-in-hower», como pronunciaba Bradley, con su voz nasal propia de los hombres de campo, el nombre del famoso general. En sus tiempos de teniente, había sido trasladado a Montana para mantener abiertas las minas de cobre a punta de bayoneta frente a los agitadores; posteriormente enseñó Matemáticas en West Point, combinando esta actividad con la de obrero de la construcción en el tendido del puente colgante del Hudson en Bear Mountain. Se saltó el rango de coronel y fue el primero de los cincuenta y nueve hombres de la promoción de 1915 de la Academia Militar en obtener las estrellas de general. Abstemio convencido hasta los treinta y tres años, Bradley raras veces tomaba alcohol; había guardado la pinta de whisky y los dos frascos de brandy que le fueron entregados cuando embarcó en el *Augusta* junto con el lote que había recibido en Sicilia y que seguía sin abrir. Orgullosa de su puntería —«Si hay un pájaro a tiro, seguro que no fallo», comentó en una ocasión a un periodista—, abrigaba también la idea de estar protegido por Dios desde que en cierta ocasión, en Túnez, pasó con su jeep por encima de una mina que no estalló. «Creo que en cierta manera Dios me guió», comentaría posteriormente. «Sentí que estaba predestinado a desempeñar un papel fundamental en la guerra... Me salvó un milagro.»⁹¹

Tal vez fuera así. Pero lo cierto es que unos cuantos se preguntaban si sabía lo que estaba haciendo, si había ascendido más allá de sus verdaderas posibilidades, si una parte de él seguía siendo el «Teniente Coronel O. N. Bradley». En septiembre de 1943, Patton, que había sido su comandante en el Mediterráneo, y que sería su subordinado en Francia, había catalogado a Bradley como «excelente» en todas las categorías del generalato, mientras que en privado lo definía como «un tipo sumamente mediocre». En su diario añadiría con la ambivalencia que lo caracterizaba: «Tiene una mandíbula potente, habla mucho y dice poco. Lo considero uno de nuestros mejores generales». El plan de Omaha había sido concebido en gran medida por Bradley, incluida la idea de un fuego de apoyo limitado por parte de la Marina. Además, el general había hecho caso omiso de las predicciones que anunciaban graves pérdidas, calificándolas de «tonterías». ⁹²

En aquellos momentos comenzaban a asaltarle las dudas. Los mensajes que llegaban de la cabeza de playa seguían siendo poco claros, como, por ejemplo, «Obstáculos minados, avance lento». Un ayudante enviado a la costa a bordo de una lancha torpedera regresó al cabo de una hora totalmente empapado y desolado para comunicar que las tropas estaban acorraladas; un oficial de la marina volvió con una valoración mucho más descriptiva: «¡Dios mío! ¡Es una verdadera carnicería!» Tras enterarse de que el almirante Moon estaba sumamente inquieto ante las posibles pérdidas navales, Bradley comentó a Collins, su comandante del VII Cuerpo, que «debíamos seguir con la concentración [de fuerzas] en tierra aunque ello supusiera sembrar de buques el fondo de este maldito canal». Estaba previsto el desembarco en Omaha de otros veinticinco mil soldados y cuatro mil vehículos en la segunda oleada. ¿Acaso había que desviar estas oleadas a Utah o a las playas de los británicos? ¿Representaría semejante decisión abandonar a su suerte a los que en aquellos momentos ya se encontraban en tierra? ⁹³

El hombre que en sus tiempos de estudiante aparecía descrito en el anuario de su clase como «calculador» abandonó la sala de operaciones y subió al puente del *Augusta* para observar la tenebrosa costa con los ojos entrecerrados mientras meditaba cuáles eran sus posibilidades.

Pasarían aún varias horas hasta que Bradley tuviera conocimiento de que poco antes del mediodía las perspectivas en Omaha habían mejorado considerablemente, empezando por el sector Dog White. En esta zona el general de brigada Norman Cota (apodado «Dutch», esto es, «el holandés»), hijo de un telegrafista ferroviario francocanadiense emigrado a Nueva Inglaterra, había llegado al malecón de madera de un metro y medio de altura situado unos ochocientos metros al este de la salida de

la playa que conducía a Vierville. Los soldados que, a gatas, pudieron avanzar más rápido que la marea permanecían agrupados como percebes en aquella zona más resguardada de la costa, abrazándose a los espigones de madera que sobresalían del malecón.⁹⁴

«Tenemos que improvisar, adelante, no perdáis los estribos», había dicho Cota a sus oficiales del 116.º de Infantería cuando se dirigían a Normandía. En aquellos momentos el general improvisaba. Con un puro sin encender en la boca, Cota, un hombre enérgico que se caracterizaba por una mandíbula prominente, sus ojos claros y una nariz aguileña, empezó a avanzar, no sin apuros, hacia el oeste siguiendo los espigones. Pistola en mano, recitaba entre dientes las letras de algunas canciones que iba improvisando. Cuando topó con un grupo de soldados apiñados e inmóviles, les dijo: «¿Qué unidad es esta? ¡Maldita sea! ¡Si sois rangers, levantaos y abrid camino!... Sé que no vais a dejarme tirado... Tenemos que conseguir que estos hombres salgan de esta condenada playa». Un torpedo Bangalore atravesó el escudo que formaba una doble alambrada, abriendo una brecha para acceder a la carretera de la playa que había al otro lado del malecón. El fuego de las ametralladoras abatió al primer soldado que intentó pasar por ella —«¡Un médico! ¡Me han dado!, gritó antes de morir pidiendo por su madre—, pero otros, incluido Cota, escabulleron el peligro, cruzando los pantanos en llamas para llegar al camino asfaltado.⁹⁵

Subieron a lo alto del promontorio, en fila de a uno, marcando las minas con cinta blanca de zapador, cigarrillos y restos de una caja de comida. El humo los ocultó de los tiradores alemanes, pero los hizo llorar hasta que se colocaron las máscaras antigás. Las bombas de mortero mataron a tres soldados que acompañaban a Cota e hirieron a su operador de radio; tirado en el suelo, pero ileso, el general volvió a ponerse en pie y siguió a aquella columna serpentina que se dirigía a la cima, dejando atrás a los prisioneros alemanes tumbados en el suelo. Luego avanzaron rápidamente hasta lo alto de la colina, dejando atrás los pequeños pinos y el trigo sin segar, mientras Cota gritaba, «¡Veamos ahora de qué estáis hechos!» Con las cartucheras enrolladas al cuello, los soldados que transportaban una ametralladora MG-42 capturada al enemigo abrieron fuego contra las trincheras alemanas y los hombres que huían despavoridos hacia el interior.⁹⁶

A las diez de la mañana, la pequeña localidad de Vierville había caído, aunque todavía quedaban en ella algunos francotiradores. Frente a una zapatería yacían los cuerpos inertes de unos caballos con sus correas, que seguían atadas a un carro de provisiones de la Whermacht. Algunos civiles se asomaban a hurtadillas por las ventanas de sus casas para comprobar, aterrorizados, que las calles estaban llenas de

escombros. Cuando otra compañía de fusileros que avanzó hasta Vierville se encontró con Cota, este exclamó mientras hacía girar su pistola alrededor de un dedo: «¿Dónde demonios estabais, muchachos?».97

En el resto de la playa Omaha, más hombres desesperados encontraron otras maneras de sortear la escarpa, en lo que un testigo calificaría de «una demostración final de valentía y tenacidad humana». «Caminaba lentamente —recordaría un soldado de la 29.^a División—, arrastrando conmigo mi espíritu reluctante». A medio camino de la cuesta, un soldado al que le faltaba la mitad inferior de la pierna estaba sentado fumando un cigarrillo y jugueteando con el torniquete que le comprimía la rodilla. «¡Cuidado!», dijo en tono de advertencia. «Por aquí hay minas antipersonas.» El capitán Joe Dawson de la Compañía G decidió utilizar los cadáveres de unos soldados a modo de pasaderos para cruzar un campo de minas. «Parece que el fuego nos rodea», escribió un comandante en un sobre utilizado como diario. «He rezado varias veces.» Cuando un alemán fingió rendirse y, con una de las manos que tenía levantadas, arrojó una granada contra sus captores americanos destripando a un teniente ranger, enfurecidos, los hombres del oficial caído no solo mataron al asesino, sino que, según se cuenta, cada uno de ellos «disparó seis u ocho veces a su cadáver» al pasar frente a este cuando reemprendieron la marcha.98

Una docena de destructores —algunos tan próximos a la playa que sus cascos rozaban el fondo— hostigaron los puestos situados cerca de la costa, disparando contra los objetivos marcados por las balas trazadoras y los disparos de los tanques del ejército. Un soldado que contempló aquel arco dibujado por las bombas al sobrevolar el promontorio comentaría que «cualquiera que estuviera allí sentía como si pudiera alzar los brazos y cogerlas al vuelo con las manos». Cuando un observador de artillería alemán fue localizado en lo alto de la torre de la iglesia románica de Colleville, el *Emmons*, de la marina estadounidense, tuvo que efectuar doce salvas antes de determinar la distancia exacta, pero con la décimo tercera derribó la torre, que se derrumbó sobre la nave del templo y el cementerio adyacente. Una indicación similar para abrir fuego contra la iglesia de Saint-Laurent provocó el derrumbamiento del campanario con la primera bomba. Tras la sonora andanada del *Texas*, un piloto de la RAF, encargado de localizar objetivos para este acorazado, exclamó desde la cabina de su Spitfire: «¡Oh! ¡Simplemente, todo un campeón!».99

A media mañana se habían abierto en la línea enemiga seis brechas «que se consolidaron aleatoriamente», como más tarde señalaría la historia oficial del ejército. Dos regimientos recién llegados, el 115.^o y el 18.^o de Infantería, invadieron el sector Easy Red antes de que bajara la marea a pesar de sufrir la pérdida de muchas embarcaciones de desembarco por culpa de las minas y otros infortunios. Más tarde

fue el 26.º de Infantería el que recibió la orden de dirigirse a tierra, lo que supuso que todo el complemento de infantería de la 1.ª División volviera a pisar suelo francés por primera vez desde 1918. A media tarde, unos cinco mil soldados de infantería habían escalado el promontorio, por fin libres de los disparos del enemigo desde posiciones elevadas, aunque los alemanes seguían acosándolos con fuego de enfilada y rasante, directo e indirecto. La flota comenzó a recibir noticias fragmentarias, como, por ejemplo, el mensaje enviado por un coronel desde un camión anfibia DUKW: «Los muchachos nos creían en lo alto... Las cosas parecen ir mejor». Pero no fue hasta la una de la tarde cuando Omar Bradley, que deambulaba nervioso por el puente de mando del *Augusta*, supo por un mensaje del V Cuerpo que la jornada se había salvado, por no decir ganado: «Las tropas anteriormente acorraladas en los sectores Easy Red, Easy Green y Fox Red avanzan por las colinas situadas detrás de las playas».¹⁰⁰

Cota siguió con su día de suerte. Desde Vierville se echó a caminar por el angosto barranco que conducía a Dog Green, obligando a cinco prisioneros capturados en unas trincheras a guiarlo a través de un campo de minas. «¡Bajad aquí, hijos de puta!», gritó a unos francotiradores apostados en la ladera de la colina. En las marismas de la playa los ingenieros utilizaron más de cuatrocientos cincuenta kilos de dinamita para demoler un largo muro antitanque de unos tres metros de altura y dos de espesor, provocando un violento géiser de cascotes. Los bulldozer blindados retiraron los escombros de la hondonada de Vierville, abriendo así otra puerta de acceso para los tanques, los camiones y las demás fuerzas mecanizadas que serían necesarias para liberar primero Normandía, luego Francia y por último los territorios del continente situados al otro lado de la frontera.¹⁰¹

Por otro lado, británicos y canadienses lucharían por tres playas situadas más al este. Varias modificaciones tácticas beneficiaron al trío de divisiones de asalto del II Ejército: las embarcaciones de desembarco solo tuvieron que recorrer once kilómetros para llegar a la costa, en vez de los dieciocho del sector americano; el bombardeo de la Marina Real duró cuatro veces más que el de la estadounidense; y seis artilugios, a los que los yanquis renunciaron por considerarlos demasiado novedosos o poco apropiados para los sectores que tenían asignados —como, por ejemplo, un lanzallamas blindado o un equipo de cadenas barreminas que se colocaba en la parte frontal de un tanque—, fueron de gran utilidad en diversas fases de la batalla.¹⁰²

En otros aspectos, «las zorras», el apelativo utilizado por los británicos para referirse a las playas Gold, Juno y Sword, poco se diferenciaron de Utah y Omaha, aunque fueron menos benignas que la primera y menos traumáticas que la segunda.

Algunos tanques anfibios Sherman, otra genialidad británica, se hundieron en medio de la agitación del mar, y la sala de máquinas de muchas LCT se inundó debido a filtraciones y al bajo francobordo. Las embarcaciones de desembarco que transportaban los tanques Centaur no resultaron más idóneas para la navegación que los DUKW con sus sobrecargas de obuses americanos; muchas zozobraron. El flanco oriental de la Operación Overlord era considerado especialmente vulnerable, razón por la cual dos acorazados y un monitor martillearon el territorio con sus cañones de 381 mm desde una distancia de veinte mil metros, apoyados por cinco cruceros y quince destructores. Miles de cohetes lanzados desde embarcaciones de desembarco debidamente modificadas volaron hacia el interior de la zona de invasión «como grandes bandadas de aves gallináceas dirigiéndose hacia la siguiente localidad con la ayuda de un viento fuerte bajo sus colas», como contaría un general de brigada. Aquella franja costera de cuarenta y cinco kilómetros estaba defendida por noventa cañones y ocho batallones alemanes formados por muchos hombres reclutados en Polonia, Chequia y Ucrania, cuya fidelidad al Reich era harto dudosa. Más tarde se descubrió que los bombardeos aéreos y navales de los británicos habían destruido uno de cada diez morteros, una de cada cinco ametralladoras y uno de cada tres cañones pesados del enemigo, a los que se sumaron las piezas abandonadas por los artilleros de las unidades alemanas que huyeron aterrorizados. No obstante, se cuenta que la infantería de asalto británica se sintió decepcionada, pues esperaba «encontrar a los alemanes muertos y no simplemente desorganizados». ¹⁰³

Durante el trayecto hasta la costa fue inevitable que algunos hombres se pusieran a recitar pasajes de *Enrique V*, levantando la voz por encima del rugir de los motores diésel y de los cañones que disparaban salvas sin cesar. No eran pocos los que se sentían desventurados tras haber ingerido buenos tragos de ron, «tan denso y oscuro como el jarabe», en palabras de un zapador británico; miles de «bolsas de vómito» utilizadas flotaban en la estela dejada por las embarcaciones. En las lanchas de desembarco que navegaban entre el vaivén de las olas podían oírse emotivos fragmentos de un himno, *Jerusalem*, y por el altavoz de una lancha motora sonaba muy fuerte una canción, *The Beer Barrel Polka*. ¹⁰⁴

¡Adelante, adelante nobles ingleses! Cerca de Omaha se encontraba Gold, con una barricada de dos mil quinientos obstáculos dispuestos a lo largo de sus cinco kilómetros y medio de extensión. Los zapadores solo pudieron abrir para las embarcaciones dos vías de acceso a la playa durante la marea alta, y las sólidas fortificaciones de Le Hamel resistirían hasta bien entrado el día, después de conseguir reducirlas con la ayuda de bombas de mortero y de granadas. «Quizá estemos molestando», murmuró un soldado. «Parece una playa privada.» Los marines

británicos que se lanzaron contra Port-en-Bessin, un pueblo de pescadores colindante con el sector de Omaha, sufrieron más de doscientas bajas durante las cuarenta y ocho horas que necesitaron para expulsar a los defensores más tenaces. Pero a primera hora de la tarde del 6 de junio, las cuatro brigadas de la 50.^a División habían llegado a tierra. Se dirigían hacia el interior y amenazaban con rodear a los alemanes por el flanco.¹⁰⁵

En el extremo oriental de la cabeza de playa aliada, la 3.^a División británica llegó a Sword con la esperanza de abrirse paso rápidamente hasta Caen, a unos quince kilómetros tierra adentro. «¡Bajen rampa! ¡Todos afuera!», gritaban las tripulaciones de las embarcaciones; «¡Adelante! ¡Adelante!», decían los sargentos. Las ametralladoras y los morteros del enemigo respondían a la intrusión, y los zapadores británicos de la primera oleada no pudieron despejar de obstáculos la playa. «Con los hombros encorvados como boxeadores listos para el combate», los soldados de Su Majestad se encontraron en medio de la espuma de las olas, en palabras de un corresponsal del *Daily Mirror*, «pisando una alfombra de invisible de hombres retorciéndose». Un sargento de las fuerzas especiales informaría que las aguas del mar teñidas de rojo «daban la impresión de que los hombres se ahogaban en su propia sangre», y un teniente del Regimiento del Rey (Liverpool) escribiría en su diario: «Playa un desastre. Cadáveres por todas partes... Phil muerto». El viento de noroeste hizo que la línea de pleamar subiera hasta situarse a menos de nueve metros de las dunas, dejando aquella estrecha playa atestada de hombres. Esta circunstancia alteró tanto la programación de los desembarcos que una brigada de reserva tuvo que permanecer en alta mar hasta bien entrada la tarde. Aun así, un gaitero escocés, con su característico kilt y un puñal atado a la pierna, el sargento Bill Millin, llegó hasta la orilla tocando *Highland Laddie* a pesar de las advertencias de sus compañeros, que gritaban: «¡Échate al suelo, idiota! ¡Harás que nos descubran!». Al son de *Blue Bonnets over the Border*, Millin marchó a continuación al frente de los comandos, «como si de un desfile en una plaza de armas se tratara», en busca de las fuerzas aerotransportadas británicas que habían tomado los puentes del Orne.¹⁰⁶

La marea impulsada por el viento y una fuerte corriente perjudicaron también a la 3.^a División canadiense en Juno, playa situada entre las dos británicas. Casi un tercio de las trescientas embarcaciones de desembarco sufrió daños o se perdió, y solo seis de los cuarenta tanques alcanzaron la orilla. En el puerto de Courseulles estallaron combates en las calles, y desde las casas fortificadas que se hallaban detrás del malecón de casi cuatro metros de altura de Bernières se impidió que la artillería y los vehículos de los canadienses pudieran salir de las playas. Las palomas mensajeras

que llevaban las noticias de Reuters enviadas desde Juno volaron hacia el sur en vez de cruzar el Canal, lo que provocó gritos de rabia, tachándolas de «¡Traidoras! ¡Malditas traidoras!».¹⁰⁷

A pesar de estos reveses y de un millar de bajas canadienses —aproximadamente la mitad de lo que se esperaba—, a media mañana los Fusileros Reales de Winnipeg y Regina habían avanzado más de tres kilómetros. Una vez que las tropas lograron abrirse paso a través de las defensas costeras, al otro lado de la cabeza de puente anglocanadiense quedaron muy pocas unidades alemanas para bloquear los cruces de carreteras de los pueblos. A las dos de la tarde, el gaitero Millin y los comandos a las órdenes del general de brigada lord Lovat —con su boina verde, su jersey blanco y su porra— cruzaron con paso firme el puente de Bénouville capturado por el comandante John Howard y su fuerza aerotransportada; por fin, las fuerzas llegadas por mar y las llegadas por aire quedaban unidas en los dos flancos de la invasión. Unos veinticuatro kilómetros más al oeste, cerca de Villiers-le-Sec, los cazabombarderos aliados atacaron a mediodía un regimiento de contraataque alemán de dos mil quinientos efectivos con veintidós cañones de asalto. A las tres de la tarde, los soldados británicos que desde Gold avanzaban a toda prisa remataron la derrota, acabando con la vida del comandante nazi y destruyendo toda la columna enemiga.¹⁰⁸

Los periodistas habían sido informados de que se esperaba poderles ofrecer una rueda de prensa por parte de oficiales británicos a las cuatro de la tarde en Caen. Pero ya nadie hablaba de esa rueda de prensa: la punta de lanza de la 3.^a División, hostigada por las minas y el fuego intenso del enemigo, se había detenido a unos cinco kilómetros al norte de la ciudad. Los hombres del Real Regimiento de Warwickshire que habían recibido bicicletas con la orden de «pedalear como locos detrás de los tanques Sherman que se dirigen a Caen» se dieron rápidamente cuenta de que esos vehículos «no eran en absoluto el accesorio ideal» para avanzar bajo el fuego de los morteros. La ciudad y la carretera que la unía a Bayeux seguían en manos de los alemanes, un inconveniente tan enojoso como significativo.¹⁰⁹

Pero no parecía un día perdido. Las tropas canadienses habían avanzado unos diez kilómetros o más, y se había recibido la noticia de que soldados británicos ya se encontraban en las afueras de Bayeux. A pesar de los disparos de los francotiradores desde un bosquecillo que había en las inmediaciones, al finalizar el día los zapadores empezaron a construir en Crépon una pista de aterrizaje de tierra compacta de unos trescientos setenta metros. Los prisioneros caminaban penosamente hacia sus encierros en la playa, sosteniéndose los pantalones a los que les habían sido arrancados los botones para disuadirlos de cualquier intento de fuga. Las francesas salían de los sótanos de las casas y no dudaban en mancharse de hollín y de aceite de

linaza con tal de poder besar a sus liberadores. Las preguntas formuladas por algunos oficiales en un francés básico de colegio —«Ou sont les boches?»— provocaban a menudo indicaciones en todas las direcciones y un torrente de palabras incomprensibles en dialecto normando. Pero lo que no daba lugar a equívocos eran los estridentes compases de *La Marsellesa* que una muchacha hacía sonar una y otra vez frente a su casa con su viejo gramófono con bocina de latón: «Allons enfants de la Patrie, le jour de gloire est arrivé!». ¹¹⁰

Un paraíso del conquistador

Como si fuera a la caza del sol poniente, un Horch negro descapotable se dirigía hacia el oeste a través de Francia desde la frontera alemana. Cruzó el valle del Marne desde Reims para luego pasar a la margen derecha del Sena al norte de París. Desde comienzos de mayo, los cazabombarderos aliados habían empezado a demoler los veintiséis puentes que atravesaban el río entre la capital francesa y la costa, convirtiendo el bucólico viaje a Normandía en un tortuoso circuito. Aquel Horch, con sus líneas puras, su ornamento cromado en lo alto del radiador y sus dos ruedas de recambio colocadas sobre los guardabarros delanteros, suscitaba miradas de asombro a su paso por apacibles aldeas y pueblos de la Francia rural. Pero lo que más llamaba la atención era uno de sus ocupantes, en concreto el oficial alemán con abrigo de piel que viajaba en el asiento del copiloto con un mapa extendido sobre sus rodillas: aquella cara aplanada, con su frente estrecha e inclinada y sus carrillos poco marcados, pertenecía al mariscal de campo más joven, pero más famoso, de Hitler. Resultaba familiar incluso a los campesinos franceses, que, cuando el automóvil descapotable pasaba frente a ellos a toda velocidad, reconocían el rostro y se decían los unos a los otros: «C'est Rommel!». ¹¹¹

Sí, era Rommel. El día antes había emprendido un viaje a su casa de Herrlingen, en el suroeste de Alemania, con un par de zapatos de ante gris de París con los que pretendía sorprender y obsequiar a su esposa, Lucie-Maria, en su quincuagésimo cumpleaños. Había previsto entrevistarse luego con el Führer en su retiro alpino de Berchtesgaden con la intención de expresarle sus quejas ante la escasez de hombres y de material para la defensa del Muro Atlántico. Sin embargo, la gravedad de los informes que hablaban de desembarcos aliados en Normandía el martes por la mañana lo había obligado a cancelar su plan y a regresar precipitadamente a Francia. «Tempo!», dijo a su chófer en tono apremiante. «Tempo!» A continuación, girando la

cabeza para dirigirse a un ayudante que viajaba en el asiento trasero, añadió: «Si yo fuera el comandante de las fuerzas aliadas en estos momentos, sería capaz de poner fin a la guerra en apenas dos semanas». ¹¹²

A las nueve y media de la tarde, cuando ya faltaba poco para que concluyera aquel largo día de verano, los centinelas vestidos con capas de camuflaje saludaron al flamante Horch a la entrada de La Roche-Guyon, un pueblo a orillas del Sena, con características casas de tejado rojo, situado a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de París. Después de dejar atrás la iglesia de Saint-Samson y dieciséis tilos recortados en forma de cuadrado, el automóvil giró a la derecha, cruzó una verja de hierro forjado y se detuvo dando un frenazo en un patio de piedra. El castillo de La Roche-Guyon había presidido este espléndido recodo del Sena desde el siglo XII, y desde comienzos de marzo era el cuartel general del Grupo de Ejércitos B de Rommel. Sujetando su bastón de mando con empuñadura de plata, el mariscal de campo subió los escalones que conducían hasta la puerta principal, decidido a salvar lo que pudiera tras la catástrofe sufrida aquel día. ¹¹³

«¡Cuán apacible parece el mundo! —había escrito en su diario a finales de abril—, ¡pero cuánto odio hay hacia nosotros!» Si Francia parecía «un paraíso del conquistador», como afirmaba un general alemán, La Roche-Guyon era el rincón privado de Rommel en aquel paraíso. Magníficos campos de amapolas y lirios acompañaban al Sena cerca del puente colgante del siglo XIX, que en aquellos momentos se encontraba en ruinas con una parte en el fondo del río. Tanto Cézanne como Renoir habían pintado juntos allí durante el verano de 1885, siguiendo los pasos de Camille Pissarro y antes de que lo hiciera Georges Braque, quien en 1909 realizó diversos bocetos del castillo utilizando el color arena y el azul de su paleta. Doscientos cincuenta escalones empinados conducían a una crestería en lo alto de un torreón circular, desde donde Rommel, después de cazar alguna liebre o de dar un paseo con sus dachshunds, contemplaba a veces por las tardes cómo las barcazas cargadas de combustible y de municiones se deslizaban por el río. ¹¹⁴

En los riscos de caliza desde los que se dominaba la margen derecha del río y los tejados gris antracita del castillo había una serie imponente de baterías antiaéreas; sin dañar ni el invernadero de los duques ni la cripta en la que estaban sepultados los antiguos nobles propietarios del palacio, se habían abierto galerías profundas para albergar a las tropas alemanas. El titular del ducado en aquellos momentos, un aristócrata alto y delgado simpatizante de los nazis, permanecía en la residencia sin sentirse particularmente incómodo, y la duquesa había regalado cuatro botellas de un delicioso vino de Burdeos para celebrar el cumpleaños del Führer el 20 de abril. La Sala de los Antepasados, con su magnífico techo de madera y los retratos al óleo de la

familia, había sido concedida al Estado Mayor de Rommel para que la utilizara como salón de pingpong. Desde el dormitorio del mariscal de campo, con una majestuosa cama con dosel, se accedía a través de unos grandes ventanales de casi cinco metros de altura a una terraza llena de perfumados rosales y con una vista espléndida sobre el río.¹¹⁵

Podía oírse el repicar de las máquinas de escribir y la música de Wagner que reproducía un fonógrafo mientras Rommel subía por la gran escalera y pasaba por la sala de billar para llegar al salón en el que tenía instalado su despacho. El suelo de parqué crujía bajo sus botas. Hacía poco que cuatro magníficos tapices en los que aparecía representada Esther, la heroína de los judíos, habían sido retirados y enviados al almacén, pero el techo de casi ocho metros seguía pintado de nubes algodonosas, y la mesa de despacho de marquetería en la que en 1685 había sido firmada la revocación del Edicto de Nantes era en aquellos momentos para el uso personal de Rommel. El mariscal prefirió quedarse de pie, con las manos cogidas detrás de la espalda, escuchando, mientras los oficiales de Estado Mayor intentaban comprender lo que había ocurrido aquel 6 de junio. «Parece muy tranquilo y sosegado», escribiría un oficial de artillería. «Con el semblante serio, como cabe esperar.»¹¹⁶

Había muchas razones para tener un semblante serio. Debido a las interferencias de los Aliados y a la caída de las líneas telefónicas, poco se sabía con seguridad. Miles de navíos habían conseguido cruzar el canal de la Mancha sin ser detectados. La Luftwaffe no había llevado a cabo vuelos de reconocimiento durante los cinco primeros días de junio, y el 5 de junio habían sido suspendidas todas las operaciones de patrullaje en la costa normanda debido a las condiciones meteorológicas. Un mensaje de radio descodificado —interceptado más o menos cuando la 101.^a Aerotransportada había salido de Inglaterra— indicaba la posibilidad de una invasión en menos de cuarenta y ocho horas. Pero un comunicado del *Oberbefehlshaber West* u *OB West* (Comando del Ejército Oeste), el cuartel general alemán para Europa occidental, recibido el lunes por la tarde informaba de que «no hay todavía indicios de una invasión inminente». Además de Rommel, dos de los cuatro jefes militares alemanes destacados en el oeste habían estado ausentes de su puesto de mando el martes por la mañana, y varios altos oficiales presentes en Normandía habían marchado a Rennes, en Bretaña, para estudiar posibles estrategias. Cerca del paso de Calais, el XV Ejército ya se encontraba en estado de alerta desde antes de la medianoche, pero el segundo componente principal del Grupo de Ejércitos B, el VII Ejército destacado en Normandía, no hizo sonar la alarma general hasta la una y media de la madrugada, a pesar de los informes recibidos que hablaban de la

presencia de tropas paracaidistas cerca de Caen y en la península de Cotentin. No obstante, a las 02:40 el *OB West* seguía en sus trece: «No se trata de una acción de envergadura». ¹¹⁷

La verdad no se hizo patente hasta que aquella fantástica armada se materializó apareciendo entre la bruma. Durante las horas posteriores la marina alemana siguió sin reaccionar; lo mismo ocurrió con las fuerzas aéreas. Según los planes establecidos, se suponía que los pilotos de la Luftwaffe debían llevar a cabo cinco salidas diarias para frustrar cualquier posible invasión, pero lo cierto es que en los cinco últimos meses los alemanes habían perdido más de trece mil aviones, en su mayoría en accidentes y por otras causas ajenas a los combates. La III Flota Aérea, responsable del oeste de Francia, tenía solamente trescientos diecinueve aparatos en servicio para enfrentarse a casi trece mil aviones aliados; el Día D, realizarían una salida por cada treinta y siete de sus adversarios. De los doce cazabombarderos que llegaron a la zona de invasión, diez soltaron sus bombas prematuramente. Con una fuerte dosis de humor negro, los soldados alemanes comenzaron a decir, bromeando, que los aviones americanos eran grises, los británicos negros y los alemanes invisibles. ¹¹⁸

Sin embargo, el VII Ejército se pasó buena parte del día confirmando que al menos una parte de los desembarcos aliados habían sido frustrados en las mismísimas playas. «El enemigo, en su intento de penetrar nuestras posiciones, ha sido empujado de vuelta al mar», informaría la 352.^a División de Infantería a las 13:35. La ilusoria pompa de jabón no tardó en explotar: a las seis de la tarde la división reconoció «progresos desfavorables», entre otros, las infiltraciones de las tropas aliadas en el interior y la existencia de puntas de lanza blindadas en dirección a Bayeux. ¹¹⁹

La expresión seria del rostro de Rommel se hizo aún más grave. Allí, en Normandía, había hecho méritos para ser calificado de «animal de combate», en palabras de uno de sus biógrafos, tras conducir en apenas cuatro días a su 7.^a División Panzer a lo largo de más de trescientos veinte kilómetros para tomar la guarnición francesa de Cherburgo en junio de 1940. Poco después, ya en África, el animal de combate había adoptado forma vulpina, convirtiéndose en el audaz Zorro del Desierto, aunque no lograra impedir la victoria de los Aliados en Túnez. En aquellos comentarios, comentó a un compañero, esperaba «volver a alcanzar una gran fama en Occidente». ¹²⁰

La decisión tomada por Hitler en noviembre de 1943 de reforzar el Muro Atlántico para impedir «un desembarco anglosajón» había brindado a Rommel esa oportunidad. En su calidad de comandante del medio millón de efectivos del Grupo de Ejércitos B, responsable de la línea costera que se extendía desde Holanda hasta la desembocadura del Loira, el mariscal de campo se había entregado a la construcción

del llamado «Cinturón de Rommel», un conjunto formado por veinte mil fortificaciones costeras, quinientos mil obstáculos en playas y seis millones y medio de minas colocadas en lo que él mismo denominaba «la zona de la muerte». El 19 de mayo escribiría una carta a Lucie con el siguiente comentario: «El enemigo se enterará de lo que es bueno cuando ataque, y al final fracasará». Hitler coincidiría con su opinión, declarando: «Una vez derrotado, el enemigo no se atreverá nunca más a lanzar una invasión».¹²¹

Por muy seguro que se sintiera en aquellos momentos para regresar a su casa con motivo del cumpleaños de su esposa, lo cierto es que Rommel abrigaba pocas esperanzas. No había olvidado nunca la cantidad ingente de material de guerra americano de primera calidad que había tenido la oportunidad de inspeccionar durante la batalla del paso de Kasserine; por aquel entonces el ejército estadounidense se había tambaleado, pero el mariscal era perfectamente consciente de que pronto iba a volver con toda su maquinaria de guerra. Dos largos años de campañas en África le hacían confiar plenamente en las minas terrestres, pero no pedía seis millones, sino doscientos. Algunas divisiones estaban formadas por hombres demasiado mayores y también por muchos individuos de origen no alemán: de hecho, los carnés del ejército había sido emitidos en ocho lenguas distintas precisamente para los ciudadanos soviéticos que en aquellos momentos servían en la Wehrmacht. El Grupo de Ejércitos B contaba con sesenta y siete mil caballos como medio de locomoción; en todo el frente apenas había quince mil camiones. En Normandía, un comandante del cuerpo se quejaría en los siguientes términos: «Posiciones sin armas, depósitos de munición sin municiones, campos de minas sin minas y un gran número de hombres uniformados entre los que apenas hay soldados».¹²²

Pero había algo todavía peor: la clara superioridad aérea y naval angloamericana, una circunstancia terriblemente desequilibradora que Rommel había vivido en primera persona en el Mediterráneo. Los oficiales alemanes cuya experiencia en el campo de batalla se limitaba al Frente Oriental valoraban equivocadamente las ventajas que favorecían al enemigo en Occidente. «Nuestros amigos del Este no pueden ni imaginarse lo que ocurre aquí», había advertido Rommel a mediados de mayo; luchar contra un enemigo con superioridad aérea era como permanecer «clavado en el suelo». Además, setenta y una mil bombas aliadas ya habían destruido el sistema de transporte alemán en el oeste. En el conjunto de Francia, el tráfico ferroviario había disminuido un 60 % desde marzo —dato que constituye un testimonio de aquellos puentes del Sena demolidos, de los que casi la mitad eran para el paso de los ferrocarriles—, y en el norte de Francia concretamente aún más. Las incursiones de los cazas aliados resultaban tan mortales, que el 26 de mayo se

prohibió el tránsito ferroviario alemán en Francia durante el día. Además de los cuarenta y cinco mil ferroviarios armados que llegaron de Alemania para prevenir los actos de sabotaje, unos treinta mil obreros dejaron su trabajo en el Muro Atlántico para dedicarse a reparar la red de ferrocarriles. Algunos comandantes, comentaría Rommel refunfuñando, «no parecen haberse dado verdadera cuenta de la gravedad del momento». Seis semanas antes había advertido a sus subordinados en los siguientes términos:

Lo más probable es que el enemigo intente desembarcar de noche y bajo el amparo de la niebla, tras un bombardeo tremendo por parte de su artillería y su aviación. Empleará cientos de embarcaciones y naves que transportarán vehículos anfibios y tanques sumergibles resistentes al agua. Debemos cortarle el paso en el mar, no solo contenerlo... El enemigo debe ser aniquilado antes de que pueda alcanzar nuestro principal campo de batalla.¹²³

Esta directriz olía a lo que un general alemán calificaría de «controversia entre gallos de pelea». Durante meses, el alto mando había estado discutiendo sobre la mejor manera de frustrar una posible invasión aliada. Rommel sostenía que «la principal línea de batalla tiene que ser la playa», con reservas blindadas posicionadas cerca de la costa. «Si conseguimos empujar de vuelta al mar al enemigo en menos de veinticuatro horas —decía a los oficiales de Normandía—, estaremos en el comienzo del final.» En marzo había propuesto que todas las unidades blindadas, mecanizadas y de artillería presentes en el oeste fueran puestas bajo su mando, y que él asumiera parte del control del I Ejército y del XIX Ejército destacados en el sur de Francia.¹²⁴

Esta impertinencia no fue bien acogida ni en Berlín ni en París. El comandante del *OB West*, el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, que llamaba a su subordinado «el cachorro por formar» y «el muchachito mariscal», insistía en que la dispersión de una gran fuerza de contraataque a lo largo de casi tres mil kilómetros de costa abierta en el Atlántico y el Mediterráneo era toda una temeridad. En su opinión, lo mejor era concentrar cerca de París una reserva móvil central, capaz de actuar como un puñetazo en cuanto llegaran tropas invasoras. Como indicó un comandante de tropas acorazadas, mejor seguir las directrices de Napoleón: «S'engager, puis voir». Primero enfréntate al enemigo, luego ya se verá.¹²⁵

Hitler no sabía qué hacer, y al final impuso una solución de compromiso que no gusto a nadie. Las fuerzas del frente en la costa debían luchar «hasta el último hombre» —esa expresión que los que están lejos de las trincheras suelen utilizar con tanta facilidad—, y el Grupo de Ejércitos B estaría al frente de tres divisiones blindadas de las diez presentes en el Frente Occidental. Otras tres fueron destinadas al sur de Francia. Y las cuatro restantes, controladas por Berlín, fueron concentradas cerca de París, formando una unidad estratégica que recibió el nombre de Grupo

Panzer del Oeste. Ni Rundstedt ni Rommel podían dar órdenes a las fuerzas navales y aéreas, que fueron invitadas a cooperar con los comandantes de tierra. «En el este hay *un enemigo*», diría quejoso un oficial en París. «*Aquí todo es demasiado complicado.*» Apenas unos días antes, Hitler había trasladado tropas del *OB West* a Italia y al Frente Oriental. No es de extrañar que, cuando aquella mañana llegaron a Berlín y a Berchtesgaden mensajes suplicando el envío de las reservas blindadas, pasaron más de ocho horas hasta que los tanques recibieron la orden de emprender el largo y tortuoso viaje a Normandía. Rommel tachó aquel retraso de «locura», añadiendo: «ni que decir tiene que ahora llegarán demasiado tarde». *S'engager, puis voir.*¹²⁶

Anochece en el valle del Sena. Las golondrinas sobrevolaban el río, y la última luz del día iba extinguiéndose en los riscos de caliza desde los que se dominaba el castillo, donde los artilleros de las baterías antiaéreas estaban en constante tensión, alertas al zumbido que anunciara la llegada de aviones. Los teléfonos no paraban de sonar en la gran sala de operaciones, y los ordenanzas iban y venían con las últimas noticias, mientras el parqué crujía bajo sus pies.

En Berlín había corrido el rumor de que Rommel sufría el llamado «mal de África» —pesimismo—, a lo que el mariscal solía responder: «Der Führer vertraut mir, und das genügt mir auch». El Führer confía en mí, y eso me basta. En palabras de un colega, continuaba siendo «el mariscal del Führer», un hombre fiel a su manera, cuya atracción por Hitler era similar a la de las limaduras de hierro por un imán. La guerra y los nazis lo habían beneficiado: era un apasionado coleccionista de sellos que había podido añadir a sus álbumes ejemplares importantes obtenidos de manera harto dudosa, y la hermosa villa de la localidad residencial de Herrlingen en la que había entregado los zapatos a Lucie había sido confiscada a una familia de judíos deportada a Theresienstadt. Hitler era un baluarte contra el bolchevismo, había dicho a sus oficiales de Estado Mayor; si la invasión era repelida, tal vez Occidente «cambiara de postura y comenzara a luchar codo con codo con una nueva Alemania en el Frente Oriental». El ataque contra el Muro Atlántico iba a ser «la batalla más decisiva de toda la guerra», había pronosticado unas semanas antes. «Lo que está en juego es el destino del pueblo alemán.» Y también lo estaba el suyo.¹²⁷

En Normandía, los combates dependerían en gran medida del esfuerzo de la única unidad blindada que, por su proximidad a las playas de la invasión, podía lanzar rápidamente un contraataque, la 21.^a División Panzer. Con una fidelidad y una resistencia demostradas en África, esta división había quedado destruida en Túnez, pero luego había sido formada de nuevo con dieciséis mil efectivos —algunos de los cuales seguían vistiendo restos de sus uniformes tropicales— y ciento veintisiete

tanques. Durante su viaje de regreso a Francia aquella tarde, Rommel se había detenido incluso a mitad de camino para efectuar una llamada telefónica y asegurarse de que la unidad se hubiera puesto inmediatamente en marcha para entrar en acción. En aquellos momentos la verdad se manifestaba con toda su crudeza: las órdenes, las contraórdenes y el desorden habían hecho tanta mella en la división como el fuego de la aviación y la artillería de los Aliados. Y, para colmo de males, se hallaba temporalmente ausente el general al mando de la división, quien, al parecer, había pasado las primeras horas de aquel 6 de junio en un burdel parisino. El batallón antiaéreo de la división había sido pulverizado por el fuego naval en el norte de Caen, y el regimiento de tanques por el de la aviación aliada y el de la artillería británica. Aquella tarde un regimiento *Panzergranadier* que avanzaba hacia la playa Sword por una brecha de más de tres kilómetros existente entre las formaciones canadiense y británica había estado a punto de alcanzar la costa. Luego, justo antes de las nueve de la noche, alrededor de otros doscientos cincuenta planeadores británicos escoltados por cazas habían conseguido llegar al valle del Orne, doblando así el número de efectivos británicos aerotransportados presentes en Francia y amenazando con dejar a los granaderos acorralados en la zona del litoral.¹²⁸

A las 22:40, el general Friedrich Dollmann, que estaba al frente del VII Ejército desde 1939, hizo una llamada telefónica a La Roche-Guyon para dar noticias funestas. El «gran ataque lanzado por la 21.^a División Panzer se ha visto frustrado por la llegada de nuevas tropas aerotransportadas», comunicó Dollmann. La contraofensiva había fracasado. Se habían perdido casi dos tercios de los tanques de la unidad. El enjambre de aviones enemigos impedía cualquier movimiento, incluso por la noche. Con dos docenas de cañones de 88 mm, los granaderos se retiraban precipitadamente de la costa para esconderse en posiciones defensivas situadas en las colinas de las inmediaciones de Caen.¹²⁹

Rommel colgó el teléfono. Con las manos cogidas de nuevo detrás de la espalda, se puso a estudiar el mapa que había en la pared. Aquella importante encrucijada de caminos que era la ciudad de Caen seguía en manos alemanas, y no había ningún lugar en el que pareciera que las fuerzas angloamericanas se hubieran adentrado más que unos pocos kilómetros. La 12.^a División SS-Panzer y la División Panzer-Lehr empezaban por fin a dirigirse hacia Normandía a pesar de levantar en su avance reveladoras nubes de polvo que atraían a los cazabombarderos como aves rapaces en busca de su presa. «No podremos resistir en todas partes», confesaría Rommel a su jefe de estado mayor. Habían pasado prácticamente veinticuatro horas desde el

desembarco, pero quizá no estaba todo perdido. El mariscal se volvió hacia uno de sus ayudantes y, como si estuviera recordándose a sí mismo, exclamó, «Hasta hoy, casi siempre he salido victorioso». Era, más que nunca, el mariscal del Führer.¹³⁰

Una gran luna llena iluminaba la cabeza de playa en la que ciento cincuenta y seis mil soldados aliados se las componían lo mejor que podían para descansar al menos una hora. Rommel estaba en lo cierto: no podía decirse que la presencia de los Aliados en Francia estuviera a todas luces consolidada, pues su avance había sido de unos diez kilómetros desde las playas Gold y Juno y de apenas dos mil metros desde la playa Omaha. Una rudimentaria pista de aterrizaje había sido inaugurada en Utah a las 21:15: el primero de los doscientos cuarenta y un aeródromos que los americanos iban a construir en Europa occidental en los once meses siguientes. Pero a medianoche solo habían llegado a la costa cien toneladas de provisiones y pertrechos, en vez de las dos mil cuatrocientas previstas para los depósitos de Omaha. Los paracaidistas, particularmente los de los diecinueve batallones aerotransportados que se encontraban en el flanco occidental americano, combatían como bandas dispersas en una veintena o más de confusos enfrentamientos a la desesperada. Todos los que habían sobrevivido aquel día ya sabían a ciencia cierta que, como escribiría un paracaidista, «estábamos allí con un objetivo, matarnos los unos a los otros».¹³¹

La 21.^a División Panzer no había podido cumplir la orden de Rommel de obligar al enemigo a volver al mar en menos de veinticuatro horas, pero sí *había* logrado impedir la conquista de Caen, puerta de acceso a la región de colinas que conducía a París. «Caen debe ser mía», había dicho tres semanas antes en el colegio de St. Paul el comandante del II Ejército británico, el teniente general Miles Dempsey. Pero no iba a caer en sus manos ese día, ni ninguno de los siguientes, en parte porque sus fuerzas no estaban preparadas para enfrentarse tan pronto a los blindados del enemigo. No obstante, como escribiría un capitán británico, «no estábamos insatisfechos con nosotros mismos».¹³²

La población civil de Caen fue la que más sufrió el fracaso de ese avance truncado. Los sicarios de la Gestapo fueron a la cárcel de la ciudad y asesinaron a ochenta y siete presos franceses tras formar con ellos grupos de seis. Entre las víctimas había un hombre que gritó «¡Esposa mía! ¡Hijos míos!», antes de caer abatido en un patio de la prisión. Caen era una de las diecisiete localidades normandas que el 6 de junio habían sido avisadas por medio de panfletos lanzados desde aviones aliados de la llegada —a menudo en apenas una hora— de flotas de bombarderos. A eso de la una y media de la tarde, una serie de bombas detonantes e incendiarias, destinadas a los enlaces ferroviarios y otros objetivos que podían facilitar el refuerzo

de los alemanes, también cayeron en el centro medieval de Caen, provocando incendios cuyas llamas se mantendrían vivas durante once largos días. Miles de personas buscaron refugio en las canteras del sur de la ciudad, las mismas que habían proporcionado las piedras utilizadas por los reyes normandos para la construcción de la Abadía de Westminster y la Torre de Londres. En medio de aquella devastación, los quinientos ataúdes almacenados en una casa de pompas fúnebres quedaron reducidos a cenizas. «No tendremos ni un solo ataúd con el que enterrar a nuestros muertos», confesaría el primer teniente de alcalde en su diario.¹³³

En total, tres mil normandos perderían la vida entre el 6 y el 7 de junio por culpa de los bombardeos aéreos y navales y de otras acciones igualmente mortales; se unieron a los quince mil civiles franceses que habían perecido durante los meses de bombardeos previos a la invasión. Algunos de los que lograron sobrevivir tuvieron que desinfectar sus heridas con calvados, el aguardiente local elaborado a partir de manzanas. «La liberación —escribiría el periodista Alan Moorehead— conlleva normalmente excesivas penalidades durante los primeros meses.»¹³⁴

En cuanto a los liberadores, las ocho divisiones de asalto que ya estaban en tierra habían sufrido doce mil bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos, y no podían dar cuenta de varios miles más, la mayoría de los cuales simplemente se había perdido en medio de tanto caos. La aviación aliada perdió en la invasión ciento veintisiete aparatos. Las 8.320 bajas estadounidenses del Día D incluían los primeros de los casi cuatrocientos mil hombres que resultarían heridos en el teatro europeo, las primeras de las siete mil amputaciones, las primeras de las ochenta y nueve mil fracturas. Muchas fueron provocadas por balas de 9,6 gramos que volaban a una velocidad de entre 610 y 1.220 metros por segundo, o por metralla que salía volando con mayor rapidez aún: estos fragmentos de acero podían destruir un mundo, célula a célula. A bordo del navío estadounidense *Samuel Chase*, los muchachos del comedor, que aquella misma mañana habían servido el desayuno con su impecable uniforme blanco, estaban en aquellos momentos completamente manchados de sangre, como jiferos de un matadero, después de haber cosido los sacos en los que iban introduciéndose los cadáveres de los fallecidos. Un médico británico que pasó la tarde del martes en la playa Sword contaría que, en lo concerniente a la inmensa mayoría de los heridos, «nada pudo hacerse por ellos, pues no había plasma ni sangre, y tuvieron que permanecer allí, toda la noche expuestos a las bombas y a los proyectiles de las ametralladoras». En Utah, a los muertos se les cubrió la cara con pañuelos, pues, como reconocería un oficial de la marina, «parece que impactan menos con el rostro cubierto».¹³⁵

Ni que decir tiene que Omaha fue la peor playa. Con las manos llastadas, los camilleros transportaban a muchachos destrozados a través de los riscos hasta Easy Red —apodada en aquellos momentos Dark Red— y descubrían, para su sorpresa, que el batallón médico que había desembarcado traía consigo máquinas de escribir y archivos, pero no material quirúrgico ni morfina. Las mantas eran arrebatadas a los muertos o recuperadas del agua en medio del estruendo de los estallidos de las bombas alemanas. Por miedo a las minas y al violento oleaje, la mayoría de las naves de desembarco se negaban a recoger a los heridos de la playa después del anochecer. Una sola ambulancia con faros reflectores corría por las dunas, trasladando a los heridos hasta las trincheras de reunión. Una vez allí, los médicos limpiaban las heridas provocadas por la explosión de las minas, extrayendo los pedazos de cuero de bota militar que se había incrustado en ellas. Escuchando el revelador chisporroteo de la gangrena gaseosa, callaban a los desgraciados que solo pedían que les dispararan un tiro en la cabeza. Un soldado que tuvo que regresar a Omaha en busca de munición encontró a muchos compañeros «fuera de sí. Había hombres llorando, hombres gimiendo, y había hombres gritando».¹³⁶

Otros ya no podían chillar. Los caídos se amontonaban formando pilas de «sacos grises hinchados», en palabras de un periodista. «Caminé lentamente, contando cadáveres», escribiría Gordon Gaskill, el corresponsal de guerra que había logrado alcanzar la playa el martes por la tarde. «Tras dar cuatrocientos pasos, la cifra era de 221.» En Omaha reunirían más del doble de esta cantidad —exactamente 487—, formando con los muertos filas perfectas como si estuvieran pasando revista. «Uno se topaba con ellos de golpe, y quería mirarlos fijamente —contaría un oficial de la Marina—, pero tenía esa sensación de que mirar fijamente era una falta de educación.»¹³⁷

Los equipos de registro de difuntos ataban una etiqueta de urgencias médicas #52B a cada cadáver para su identificación, luego los envolvían en sábanas que sujetaban con imperdibles. Habían sido elegidos dos emplazamientos del interior para convertirlos en cementerios, pero estaban aún en zona de fuego, de modo que hubo que cavar unas tumbas provisionales a los pies del acantilado. Con la ayuda del brandy, los grupos de enterradores sepultaron rápidamente a sus compañeros.¹³⁸

Así concluyó el día, un día que marcó una época y que no tardaría en ser legendario. En efecto, un día que tal vez sea, como indica la historia oficial de la RAF, «el más trascendente de la historia de la guerra desde que Alejandro Magno partiera de Macedonia». Al sur de Inglaterra llegaron en calidad de prisioneros a bordo de una embarcación de asalto anfibio «los primeros elementos de la Raza Superior», como

escribiría Martha Gellhorn, que también observaría a los «pequeños hombres desaliñados vestidos de gris... para tratar de ver en aquellos rostros lo que había ocurrido en el mundo». Un teniente americano gravemente herido, que había sido evacuado en una camilla junto con un alemán con lesiones en el pecho y las piernas, murmuró: «Lo mataría si pudiera moverme».¹³⁹

Esta determinación tan sanguinaria iba a ser imprescindible en las semanas y los meses que estaban por venir. Por el momento, los Aliados saboreaban su triunfo. «Nunca más nos veremos obligados a desembarcar bajo el fuego enemigo», escribía el 7 de junio un oficial de la marina en una carta dirigida a su esposa. «Es el final de Alemania y Japón». Aunque pecara de optimismo —iban a tener lugar más operaciones de asalto con desembarcos en el sur de Francia y en diversas islas del Pacífico de triste recuerdo—, lo cierto es que, en esencia, no andaba equivocado. Durante cuatro años Hitler se había dedicado a fortificar esa costa, encomendando recientemente la tarea a su general más carismático, pero las tropas aliadas habían necesitado menos de tres horas para abrir una brecha en el Muro Atlántico y adentrarse en la Gran Fortaleza de Europa. Aunque lejos de haber concluido, la batalla había sido ganada.¹⁴⁰

«Hemos llegado al momento por el que nacimos», decía el miércoles por la mañana el editorial del *New York Times*. «Avanzamos con paso firme hacia la prueba suprema de nuestras armas y de nuestras almas.» Los oficinistas de la compañía ya habían empezado a clasificar el correo, anotando «fallecido», «herido» y «desaparecido» en misivas y paquetes. Los caídos en acción aparecerían en las listas del personal bajo el epígrafe «repertorio de muertos». Aunque seguían tendidos sobre la arena de las playas de Normandía iluminadas por la plateada luna creciente, con el rostro vuelto hacia las estrellas, los vivos los llevarían siempre consigo. «Nunca olvidaré esa playa», escribiría a su familia de Nueva York el cabo William Preston, que había desembarcado al amanecer a bordo de un tanque anfibio. Tampoco olvidaría a un soldado muerto que había atraído su atención en particular. «Me pregunté quién era —añadía Preston—, qué planes tenía que nunca se cumplirán, qué destino lo trajo a ese lugar en aquel preciso momento, quién aguardaba en casa su llegada.» El destino también los había clasificado, y volvería a clasificarlos una y otra vez, hasta que pasara aquel momento por el que habían nacido.¹⁴¹

El afianzamiento

«*Esa delgada y larguísima línea de angustia personal*»

El miércoles 7 de junio por la mañana lloviznaba en Portsmouth cuando Eisenhower cruzó una poterna de piedra para acceder al astillero que había junto a Broad Street. En el muelle situado al otro lado de King's Stairs, de donde durante siglos muchísimos lobos de mar ingleses habían partido para la guerra, un minador rápido de la Marina Real, el *Apollo*, lo esperaba con sus tres chimeneas humeantes y una bandera roja con cuatro estrellas blancas ya izada. En cuanto el general embarcó, a las ocho de la mañana, la tripulación levó anclas. El comandante supremo no estaba mejor informado en lo concerniente al Día D que el cabo Preston en su tanque, y ansiaba ver con sus propios ojos lo que iba a deparar a sus hombres el Día D + 1 en la costa de Normandía.¹

Tras pasar por el este de la isla de Wight, el *Apollo* atravesó el canal en apenas tres horas. Se cruzó con convoyes que regresaban y dejó atrás otros que se dirigían a Francia. En su camino, también encontró una cantidad alarmante de barcazas, barcas y naves de desembarco hundiéndose o abandonadas, yendo a la deriva. «Esta escena de gran confusión ha resultado impactante», escribiría en su diario el almirante Ramsay que acompañaba a Eisenhower. «Una situación angustiosa.»²

Las minas seguían causando estragos en el fondeadero. Las sembradas en la zona del letal banco de Cardonnet se llevaron al dragaminas estadounidense *Tide* a media mañana, levantándolo dos metros del agua, matando al capitán y enviando la nave, completamente hecha añicos, al fondo del mar. No muy lejos de allí, el navío de transporte americano *Susan B. Anthony* acababa de anclar con dos mil trescientos soldados a bordo cuando se produjo una explosión debajo de la bodega 4. «El barco se elevó y se arqueó, y luego cayó y zozobró», contaría un pasajero. Los soldados

recibieron la orden de colocarse a babor para corregir un desequilibrio de ocho grados de escora a estribor, pero nada pudo remediar que en la sala de máquinas estallara un peligroso incendio y entrara el agua a raudales. A las nueve de la mañana, el agua ya cubría la cubierta principal, Mientras tanto, los barcos de rescate trataban de apagar aquellas llamas con mangueras y evacuaban a los asustados pasajeros por la proa. Una hora después, el capitán del *Susan B. Anthony* saltó por la borda y empezó a nadar, alejándose de su moribundo navío. A las 10:10, el buque «levantó la nariz de su casco y comenzó a hundirse lentamente», escribiría A. J. Liebling, «como una dama que se deja caer en un sillón. En veinte minutos había desaparecido de la vista». Cabe destacar que todos los soldados a bordo de esta nave fueron rescatados sanos y salvos.³

Los dreadnought aullaban y bramaban. Grandes espiras de humo gris salían por la boca de sus cañones. Poco antes del mediodía, el *Apollo* pasó junto al *Augusta* frente a la playa de Omaha, mientras Eisenhower, que se encontraba junto al pasamanos de la borda, observaba cómo una lancha Higgins navegaba entre las olas para llegar a una escalerilla que habían tendido a un lado del minador. Omar Bradley, con la nariz aún vendada, subió a cubierta y extendió la mano, pero cuál fue su sorpresa cuando Eisenhower, furioso por la falta de noticias de la cabeza de playa, lo recibió exclamando: «¿Por qué diablos no nos ha informado del desarrollo de la operación?». «¡No recibimos ninguna noticia hasta última hora de la tarde, ni una sola palabra! ¡No sabía nada de usted!» Bradley replicó protestando: «¡Les hemos transmitido por radio toda la información que nos iba llegando!». Luego, todavía rabioso por la reprimenda, siguió a Eisenhower hasta la cabina de mando de Ramsay. No fue hasta más tarde cuando se enteró de que los informes que había ido enviando cada hora se habían amontonado en la sala de comunicaciones de Montgomery, donde el personal encargado de la codificación, abrumado por el trabajo, llevaba un retraso de doce horas en el descifre de mensajes.⁴

Haciendo de tripas corazón, Bradley intentó calmar los ánimos y empezó a contar a Eisenhower en detalle todo lo que sabía. La Operación Overlord había «arraigado firmemente en Francia»; aquella misma mañana había desembarcado en el sector Dark Red para comprobar personalmente cómo iban las cosas; se había dirigido incluso a lo alto del acantilado subido en el estribo de un camión. El fuego en las playas había perdido intensidad. Los soldados enemigos capturados, especialmente los polacos y los rusos, colaboraban en la construcción de su campo de prisioneros. Más de un tercio de los obstáculos de la playa desaparecería con la marea baja de la tarde, y casi todos los demás lo harían al día siguiente. Los refuerzos seguían llegando: con la ayuda de las cortinas de humo y las contramedidas electrónicas, los

nueve barcos de transporte de militares que el martes por la tarde habían llegado al mar por el Támesis se habían convertido en los primeros buques aliados de gran envergadura que lograban cruzar el estrecho de Dover en los últimos cuatro años. El mapa hallado junto a un observador de artillería alemán hecho prisionero indicaba no solo las baterías enemigas situadas cerca de las playas de la invasión, sino también todas las posiciones de los batallones, los regimientos y las divisiones que en aquellos momentos ya estaban siendo bombardeadas por los cazabombarderos, los cañones navales y la artillería de los Aliados.⁵

Pero el I Ejército aún no había cumplido la mayoría de los objetivos del Día D. Solo se había procedido al desembarco de una cuarta parte de las provisiones previstas y de apenas la mitad de los catorce mil vehículos que aguardaban frente a la costa. El avance del V Cuerpo al otro lado de Omaha era cada vez más rápido, pero la 29.^a División seguía estando lejos del río Aure, situado a unos diez kilómetros en el interior y que Bradley había esperado alcanzar el martes. La 1.^a División no había llegado mucho más lejos. En Pointe du Hoc, menos de un centenar de rangers seguían luchando en una zona situada a apenas doscientos metros del borde del acantilado; solo el fuego de un destructor y la determinación de los rangers habían conseguido mantener a raya al enemigo.⁶

Al otro lado de la playa Utah, la confusión seguía estando a la orden del día. La 101.^a Aerotransportada se dirigía precipitadamente hacia el río Douve y Carentan, la importante encrucijada de caminos. Tras andar perdida durante veinticuatro horas, la 82.^a Aerotransportada mandó el miércoles por la mañana a un oficial atiborrado de pastillas de Benzedrina a establecer contacto con los comandantes de la 4.^a División que avanzaban hacia el interior; fue entonces cuando se enviaron tanques ligeros y cazacarros para reforzar a los paracaidistas. Más tarde, el general Roosevelt entraría el pomar que hacía las veces de puesto de mando de la 82.^a División, con el casco colocado hacia atrás y haciendo señales con el bastón desde su *Rough Rider*, «como si aún no se hubiera fabricado la bala que podía matarlo», en palabras de un testigo. «¡Chicos!», exclamó Roosevelt: «¿Dónde está la fiesta?».⁷

En aquellos momentos la 82.^a Aerotransportada ocupaba en la península de Cotentin una zona triangular, cada uno de cuyos lados era aproximadamente de unos diez kilómetros. Dos batallones resistían en Sainte-Mère-Église, repeliendo los pequeños contraataques que lanzaban los alemanes por el norte y por el sur, pero varios miles de paracaidistas seguían esparcidos sin orden por la zona, y no se había establecido ninguna verdadera cabeza de puente al oeste del río Merderet. El general Collins, comandante del VII Cuerpo, había desembarcado por la mañana para encargarse de una cabeza de playa de más de once kilómetros de profundidad. Entre

su unidad y el V Cuerpo en Omaha seguía habiendo una brecha de casi diecisiete kilómetros; y entre las fuerzas americanas y las británicas, otra de unos ocho kilómetros. Cerrar esas grietas antes de que Rommel pudiera aprovecharse de ellas sería una de las máximas prioridades en los días venideros.⁸

Concentrado en el estudio de un mapa, Eisenhower apenas dijo nada en respuesta al informe de Bradley. «Bradley vino, habló de la situación y no hizo nada por aliviar mi ansiedad», escribiría Ramsay en su diario. «La cabeza de puente sigue siendo poco profunda. Sin cañones en la playa». Tras una sucesión de saludos en la cubierta, Bradley abandonó el barco bajando por la escalerilla y regresó al *Augusta*, enfurecido por lo que consideraba «una enojosa interrupción sin sentido alguno».⁹

Los cielos empezaban a despejarse con la llegada de la tarde, y el *Apollo* se dirigió hacia el este para observar desde la distancia las playas británicas, pero no desde una distancia suficiente. Un bandazo, y Eisenhower y otros hombres cayeron en el suelo de la cubierta; el barco había chocado con una barrera de arena. «El mástil se agitaba violentamente, todo el barco daba sacudidas, crujía, incluso rebotaba... al final conseguimos salir de la barrera y volvimos a navegar», escribiría Harry Butcher. Pero el daño estaba hecho: las hélices y el eje de transmisión habían quedado lo suficientemente torcidos como para tener que enviar el minador al dique seco cuatro meses para ser reparado. Ramsay, que había embarcado por primera vez en 1898 a la edad de quince años, y del que se decía que transpiraba «un aura de vinagre», se sintió mortificado ante aquella exhibición de técnicas náuticas de la Marina Real, aunque Eisenhower asumió todas las responsabilidades por haber antepuesto la precipitación a la prudencia. El *Apollo* fue cruzando la bahía con dificultad, a una velocidad de seis nudos, hasta que un destructor británico recogió al comandante supremo y lo trasladó de vuelta a Portsmouth.¹⁰

«Hemos empezado», escribió en una breve nota dirigida a Mamie. «Solo el tiempo dirá cuán importante será nuestra victoria.»¹¹

Ni siquiera la guerra podía ensombrecer el esplendor de una mañana de junio en Normandía. Dos batallones de la 50.^a División británica avanzaron el miércoles hacia Bayeux, guiados por muchachos franceses que les gorroneaban cigarrillos. En los huertos proliferaban las flores blancas, y las ventanas estaban adornadas con tiestos desde los que asomaban los geranios. Los rosales trepaban por los postes de una cerca situada junto a una pared que tenía pintado un anuncio de «Dubo... Dubonn... Dubonnet». Las vacas sin ordeñar mugían en sus establos. Los campesinos, vestidos con batas azules y calzados con zuecos de madera, daban la bienvenida a los británicos, algunos haciendo el saludo fascista. Los carros con toneles de vino bajaban

por la rue Saint-Jean, donde las tiendas vendían productos que hacía tiempo que no se veían en Londres: servicios de mesa de porcelana y de plástico, muebles nuevos, cuarenta mil quesos Camembert. (El famoso y valioso tapiz de Bayeux, un gran lienzo bordado del siglo XI que cuenta la gesta de aquella invasión anterior al otro lado del canal de la Mancha, había sido trasladado hacía tiempo a la zona de Le Mans como medida de seguridad.) Al parecer, el último alemán en aquel pueblo de siete mil habitantes se había quitado la vida, y una viuda que vivía por allí contaría en su diario que los demás habían huido a través de los campos de colza «sin abrigo, sin ropa interior, sin navajas de afeitar».¹²

Los tanques Sherman, llevando aún sus estructuras anfibia, entraron en el pueblo; «enormes, polvorientos, rodeados de gigantescos flotadores», como diría un testigo. Las tripulaciones salían de los carros de combate para preparar el espeso té conocido como «fuego de cañón». Llegó un destacamento de asuntos civiles para imponer el toque de queda y detener a los colaboracionistas. «A simple vista —comentaría quejoso un oficial exasperado— resultaba imposible diferenciar entre los franceses amigos de los nazis, los favorables al régimen de Vichy y los verdaderos patriotas.» Otro informe reconocía que «los saqueos por parte de las tropas son bastante habituales». Los periodistas instalaron un centro de prensa en el Lion d'Or, un hotel destartado que se distinguía claramente por sus toldos de lona de colores. Este establecimiento servía estofado de cordero, un pan moreno arenoso y, en palabras de Alan Moorehead, «un vino blanco seco a quince chelines la botella... La mujer que dirigía el burdel que había en lo alto del hotel bajaba a comer con sus chicas». Quedaban por liberar treinta y seis mil municipios franceses, y pocos disfrutarían de una emancipación tan benigna como la del hermoso pueblo de Bayeux.¹³

A tiro de piedra podían observarse, por supuesto, los devastadores efectos de las bombas de mortero. Tras contemplar casas y granjas vecinas, reducidas a «simples cascarones con el interior derrumbado», escribiría Moorehead, «uno tenía la impresión de que la batalla llevaba librándose desde hacía tiempo, desde hacía semanas, incluso meses». Más cerca de Caen los disparos eran incesantes. Un comandante británico de la 50.^a División recordaría su oración diaria que repitió el 7 de junio: «¡Oh, Señor! ¡Por favor, detén las bombas! Si las detienes, seré bueno por siempre». Un soldado que se refugiaba temeroso del fuego de las ametralladoras alemanas exclamó: «Lo que no logró comprender es cómo esos jodidos no se quedan nunca sin munición». Cuando las descargas de la artillería empezaron a disminuir de intensidad, añadió: «Te acurrucas en posición fetal salvo por las manos, que las colocas protegiéndote los genitales. Este instinto de defender el lugar de la procreación ante las fuerzas de la aniquilación [es] universal». Además añadió:

«Montgomery no protege a los que son sus sables, pero, juro por Dios, que yo protejo el único sable que tengo». En Périers-sur-le-Dan, entre la playa Sword y caen, un francesa escribiría: «Los pitidos y los silbidos que vienen de arriba hacen que te encojas más y más... ¿Dónde hay seguridad? Probablemente en ninguna parte, o tal vez en los imponderables que se salvan».¹⁴

Unos cuarenta kilómetros al oeste, el autodenominado «guerrero infeliz» de Indiana también ponderaba los imponderables. Ernie Pyle había desembarcado en Omaha a primera hora del miércoles, como señalaría el ayudante de Bradley, «con un aspecto de individuo indefenso e insignificante... ocultando, como siempre, sus verdaderas emociones».¹⁵ Pasó varias horas peinando la línea de pleamar, mientras compilaba un inventario:

Calcetines y betún, sets de costura, biblias, granadas de mano. Aquí están las últimas cartas de casa, todas con la dirección perfectamente borrada (una de las medidas de seguridad impuestas antes de que los muchachos embarcaran). Aquí hay cepillos de dientes y cuchillas de afeitar, y fotos de parientes que te miran fijamente desde la arena. También hay libros de bolsillo, espejos de metal, pantalones de repuesto, y zapatos ensangrentados abandonados... Cogí una biblia en la que aparecía escrito el nombre de un soldado, y la guardé en mi chaqueta. Caminé un kilómetro y medio o dos, y volví a depositarla sobre la arena de la playa. Todavía no sé por qué.

Pistolas, cantimploras de lona, hojas de papel en las que nunca habrían de escribirse cartas de amor, naranjas, una raqueta de tenis con el tensor puesto y «sin ninguna cuerda rota»: todo esto constituía lo que Pyle denominaba «esa delgada y larguísima línea de angustia personal». Pyle regresó a la *LST-353* para pasar la noche y para sufrir más pesadillas. Parecía «muy cansado y muy triste», señalaría un oficial. Pyle confesaría a otro periodista: «Con el paso de los años, cada vez me cuesta más acostumbrarme a esto».

Un mundo de artilleros

Decenas de miles de soldados enemigos iban llegando a Normandía. Sudaban a través de sus camisas gris militar y sus guerreras negras, y entonaban baladas románticas del estilo preferido de los ejércitos germanos desde los tiempos de la guerra de los Siete Años. Por tren y en camiones se dirigían al oeste y al norte, y también a pie y en bicicleta y en viejos autobuses franceses cubiertos de ramas de árboles. Carretas, camionetas y carros tirados por caballos formaban serpenteantes procesiones que avanzaban ruidosa y lentamente.¹⁶

No había tiempo que perder, como insistía Rommel una y otra vez, pero lo cierto es que el caos, la indecisión y las incursiones de la aviación aliada hicieron perder unos minutos, unas horas y unos días preciosos. En su avance por cinco polvorientas carreteras desde Chartres, a unos ciento setenta kilómetros al este de la zona invadida, los quince mil hombres de la *Panzer Lehr Division* habían sido hostigados por los pilotos enemigos desde el martes por la tarde. La localidad de Argentan, toda en llamas, sería descrita por un oficial alemán como una «jaula abrasadora», con las calles bloqueadas por cascotes e incendios mientras «los bombarderos sobrevolaban las carreteras». Tras recibir el 7 de junio la orden de ponerse en marcha en plena luz del día, y con una velocidad media de poco más de nueve kilómetros al día, el comandante de la división tendría que informar de la pérdida de cuarenta camiones cisterna, noventa camiones de transporte, cinco tanques y ochenta y cuatro cañones semioruga y autopropulsados. Esta división blindada no entraría seriamente en acción hasta el 9 de junio, por partes y ya herida.¹⁷

Seis batallones antiaéreos que se dirigían a la cabeza de playa sufrieron graves ataques que se saldaron con la pérdida de doscientos hombres antes de que pudieran abrir fuego. Ninguna expedición sería de tan infame recuerdo como la de la 2.^a División SS-Panzer, llamada *Das Reich*, que el 7 de junio recibió la orden de avanzar hacia el norte desde Toulouse. El traslado de una división acorazada alemana requería normalmente al menos sesenta trenes, pero el único puente ferroviario que quedaba en pie para cruzar el Loira era tan frágil que hubo que hacer pasar los vagones uno a uno. El material y las tropas de *Das Reich* que se desplazaron en tren tardarían diecisiete días en recorrer poco más de setecientos kilómetros, un viaje que solía efectuarse en unas setenta y dos horas.¹⁸

Los soldados que hicieron este trayecto en los camiones de la división se movieron un poco más rápido, a pesar de detenerse en el camino para llevar a cabo asesinatos en serie en represalia de las acciones de los maquis de la Resistencia francesa. En Tulle, al oeste de Lyon, noventa y nueve individuos seleccionados al azar para vengar la muerte de varios hombres de la SS tuvieron que oír de un sacerdote del lugar las siguientes palabras: «Amigos míos, vais a aparecer ante Dios». Los colgaron en farolas y en balcones, y sus cadáveres fueron arrojados en el vertedero de la localidad. El 10 de junio tropas de la SS entraron en Oradour-sur-Glane, un pueblo agrícola en plena campaña de vacunación infantil. El pregonero hizo sonar su tambor para convocar a toda la población en la plaza mayor. Las mujeres y los niños fueron encerrados en la iglesia, a la que los alemanes prendieron fuego con granadas y otros proyectiles. A gritos, los soldados nazis condujeron luego a los hombres hasta distintos almacenes y cobertizos, donde los ejecutaron sin piedad antes de quemar el

pueblo sirviéndose de paja, broza y correaes para extender el incendio. Más de seiscientos cuarenta inocentes perecieron en Oradour. Como escribiría un historiador oficial británico, *Das Reich* supo «ganarse un lugar propio en el libro de la iniquidad». ¹⁹

La vileza también fue de la mano de la 12.^a División SS-Panzer, que recorrió los ciento doce kilómetros que separaban Évreux de la costa a una velocidad de casi siete kilómetros por hora. Llamada *Hitlerjugend* —Juventud Hitleriana—, esta unidad estaba compuesta por adolescentes fanáticos capitaneados por veteranos del Frente Oriental. Su batallón de tanques Panther llegó a las inmediaciones de Caen el 7 de junio, pero sin el combustible suficiente para entrar en acción. Esa misión recayó en el regimiento de granaderos acorazados que lo acompañaba a las órdenes del coronel Kurt Meyer, un antiguo minero y policía robusto y fornido que se había unido al partido nazi en 1930 a los diecinueve años de edad. Condecorado por sus gestas en Polonia, Grecia y Rusia, «Pantermeyer» —un apasionado de las motocicletas cuya temeridad le había provocado diecinueve roturas de huesos en varios accidentes—era conocido por su afición a lanzar granadas de mano a los pies de los soldados más tímidos para obligarlos a avanzar. El miércoles por la tarde, Meyer subió la escalera de caracol de un torreón esquinero de la abadía de Ardenne, construcción del siglo XII situada a unos tres kilómetros al noroeste de Caen, para espiar a las tropas canadienses que desde la playa Juno se dirigían hacia el sur, en dirección a la vecina localidad de Authie, a través de los campos de trigo y los pomares. ²⁰

Como un enjambre de avispones, los granaderos avanzaron a través de un kilómetro y medio de campo abierto antes de que la artillería naval y los cañones de campaña pudiera tenerlos al alcance; los observadores avanzados canadienses estaban atrapados cerca de la playa debido a la congestión de tráfico que se había producido. Los proyectiles enemigos arrasaron el regimiento de los North Nova Scotia Highlanders, y a las 17:30 la luz blanca de una bengala señaló la posesión alemana de Authie. Los supervivientes trataban de escabullirse en medio de una densa nube de humo mientras las tripulaciones de los carros de combate nazis examinaban los veintiún tanques capturados a los canadienses en busca de chocolate, cacahuets y latas de carne. ²¹

Aunque tarde, los cañonazos de los buques de guerra anclados frente a la costa y un contraataque blindado hicieron mella en la unidad de Meyer, que el miércoles acabaría perdiendo más de treinta carros de combate. Pero los canadienses habían sido obligados a retroceder más de tres kilómetros, cediendo un terreno que tardarían un mes en recuperar. «El fuego de la artillería y los morteros es prácticamente constante noche y día. El ruido es tal que solo podemos comunicarnos haciendo gestos con las

manos», contaría un miembro del regimiento de infantería de los Cameron Highlanders de Ottawa. «Nadie se atreve a ponerse en pie, nos movemos a rastras.» Los observadores de artillería encaramados a los árboles o subidos a los tejados «duran un par de días, un par de horas, un par de minutos». Los pelotones tomaban tragos de ron jamaicano, y los oficiales se fortalecían bebiendo ginebra o whisky escocés Teacher's Highland Cream. Caen era pasto de las llamas y seguía en manos de los alemanes.²²

Sin embargo, «Panzermeier» carecía de la fuerza necesaria para aprovechar sus ganancias. Al caer la noche, sus tropas seguían estando a unos diez kilómetros de la costa, y las más de cien bajas de las SS sufridas en Authie hacían que reinaran el mal humor y la irritación en su regimiento. El primer asesinato probablemente fuera el de un soldado canadiense herido y pasado a cuchillo por un hombre de la SS que maldecía a su víctima mientras le clavaba la bayoneta. En Authier se ordenó a otros ocho prisioneros que se sacaran el casco para ejecutarlos. Sus cadáveres fueron arrastrados hasta la carretera donde las orugas de los tanques se encargaron de aplastarlos; un aldeano francés recogió los restos con una pala. Seis más fueron introducidos a la fuerza en una cocina, donde les pegaron un tiro en la nuca. El capellán de los fusileros de Sherbrooke fue apuñalado en el corazón.²³

Otros prisioneros canadienses fueron conducidos a la abadía de Ardenne. Se cuenta que Meyer exclamó: «¿Por qué trasladáis prisioneros a la retaguardia? Solo sirven para acabar con nuestras raciones de comida». «De ahora en adelante que no deben hacerse más prisioneros.» Los hombres capturados entregaron su registro de pagas; luego los mataron de una paliza o de un disparo en la cabeza. El jueves, 8 de junio, las matanzas continuaron. A los condenados, encerrados en un establo utilizado como prisión, se les llamó uno a uno. Todos ellos fueron despidiéndose del resto de sus compañeros con un apretón de manos antes de subir unos escalones y girar a la izquierda para dirigirse a un hermoso jardín donde se les ejecutó. Cuarenta prisioneros reunidos en un campo cerca de la carretera de Caen a Bayeux recibieron la orden de sentarse mirando hacia el este; aparecieron unos soldados de las SS con pistolas ametralladoras Schmeisser que se desplegaron formando una línea de escaramuza y abrieron fuego, matando a más de treinta hombres. Varios de los que salieron corriendo fueron capturados de nuevo y trasladados a campos de prisioneros. La 12.^a División SS-Panzer, conocida ya como la División Asesina, sería acusada de haber matado a ciento cincuenta y seis hombres indefensos, casi todos ellos canadienses, en poco más de una semana, provocando un ciclo de atrocidades y represalias que se prolongó durante todo el verano. «El alemán que hoy día intenta rendirse es un hombre de gran coraje», comentaría un soldado escocés. «Nos limitamos a dispararles

sobre el terreno, por mucho que se presenten brazos en alto.» El jefe de un pelotón británico anotó el siguiente comentario al pie de las órdenes del día: «NHP rango inferior comandante»: No Haced Prisioneros a individuos de rango inferior al de comandante.²⁴

Durante la primera semana de la Operación Overlord los canadienses sufrieron alrededor de tres mil bajas, con más de mil muertos. Una ocurrencia inspirada por la dureza de los hechos vividos en Italia decía que si los términos «joder» y «frontal» desaparecían del vocabulario militar, el ejército canadiense se quedaría sin habla y sin capacidad de ataque. En apenas cinco años ese ejército expedicionario había quintuplicado sus fuerzas, pero seguía demostrando poca profesionalidad.²⁵

Pero la 3.^a División canadiense, con un complemento de artillería que doblaba el habitual, demostraría en aquellos momentos toda su valía, en una batalla descrita por un cabo como «un intercambio puro y duro de disparos, en el que los dos bandos se atacaban el uno al otro tanto de día como de noche... Lanzándose en aquella empresa como verdaderos jugadores de hockey». A la *Hitlerjugend*, repelida por una gran potencia de fuego, le resultó imposible repetir el éxito obtenido en Authie, incluso después de verse reforzada con la llegada de elementos de la 21.^a División Panzer y de la División Panzer-Lehr. Los ataques torpes e improvisados de la División Asesina fueron contestados con grandes ráfagas de obuses y con los disparos de los cañones de los tanques y de las armas antitanque; el 9 de junio, al mediodía, un solo Sherman Firefly destruyó cinco carros Panther con cinco proyectiles antitanque lanzados por su cañón de 76, 2 mm. «Habría podido gritar de rabia y de dolor», escribiría un oficial de las SS. Demostrando la constante utilidad de las fricativas, un comandante de artillería canadiense comentaría más tarde: «Los alemanes creyeron que éramos unos jodidos rusos. Cometieron estupideces, y nosotros acabamos con muchísimos de aquellos bastardos».²⁶

Entre los bastardos que el 9 de junio observaban el desarrollo de los combates desde el torreón de la abadía ocupada por Panzermeyer figuraba un destacado general, el barón Leo Geyr von Schweppenburg, comandante del ejército blindado de reserva del Führer, el llamado Grupo Panzer del Oeste. Geyr von Schweppenburg, un hombre alto y cosmopolita del cuerpo de caballería que anteriormente había servido como agregado militar de Alemania en Londres, Bruselas y La Haya, había abrazado más que nadie el principio napoleónico de *S'engager, puis voir*. Después de haber presenciado y comprobado cómo la aviación y la artillería de los Aliados destruían las formaciones de las SS, murmuró, «Mi querido Meyer, la guerra solo puede ganarse

ahora por medio de la política». Al día siguiente, a última hora de la tarde, tras hablarlo con Rommel, pospuso el lanzamiento de un ataque contra las tropas británicas al norte de Caen y ordenó que sus tanques se reagruparan.²⁷

Al cabo de unos minutos, a las 20:30 h, el barón salió fuera del castillo que había convertido en su centro de mando en las inmediaciones de La Caine, población situada unos veinte kilómetros al suroeste de Caen. Los remolques, las tiendas de campaña y cuatro grandes camiones de control de comunicaciones ocupaban la totalidad de un huerto adyacente; la destrucción de las líneas telefónicas a lo largo y ancho de Normandía había obligado a los comandantes alemanes a depender cada vez más de las radios, a pesar de que se trataba de un medio vulnerable a la descodificación de sus mensajes y a la localización de sus centros de transmisión. En aquellos momentos, los escuchas británicos llegaban a interceptar ellos solos diecisiete mil mensajes al día, entre otros los que proporcionaban información detallada sobre los niveles de provisiones y los movimientos de tropas. De hecho, aquella mañana las descodificaciones de Ultra pudieron establecer en dos ocasiones que La Caine era el cuartel general del Grupo Panzer del Oeste. La segunda interceptación permitió determinar su localización exacta.²⁸

De repente, Geyr von Schweppenburg aguzó el oído: el zumbido de los motores delataba la llegada de unos aviones. Otros oficiales se unieron a su comandante mirando hacia el cielo con sus prismáticos a medida que el ruido iba intensificándose. En un abrir y cerrar de ojos, cuarenta aparatos Typhoon de la II Fuerza Aérea Táctica de la RAF sobrevolaron la zona en tres oleadas, lanzando sus cohetes. Poco después, setenta y un bombarderos Mitchell martillearon el huerto con 436 bombas de 227 kilos, convirtiendo La Caine en un verdadero infierno.²⁹

El barón logró escapar con heridas leves, pero su cuartel general fue destruido. Su jefe de Estado Mayor y otros treinta hombres más perdieron la vida, todo el personal de operaciones fue aniquilado y el equipo de comunicaciones quedó seriamente dañado. Los muertos fueron enterrados en un cráter de bomba, bajo una enorme cruz de roble pulido, adornada con una esvástica y un águila. Geyr von Schweppenburg y otros supervivientes huyeron a París un par de semanas para recuperarse, dejando gravemente descabezada la fuerza de ataque blindada de Normandía.³⁰

Otras decapitaciones de ese mismo calibre vinieron a mermar el liderazgo de los alemanes en el campo de batalla. Varios días más tarde, la bomba lanzada desde un acorazado británico estalló en medio de las ramas de un árbol en el valle del río Odon, matando instantáneamente al general al frente de la *12. SS-Panzer-Division*, que falleció por el efecto de la metralla clavada en su rostro; Kurt Meyer lo sucedería

como líder de la División Asesina. Otros tres jefes de división y el comandante de un cuerpo, el general Erich Marcks, también caerían a mediados de junio. Marcks, un tipo delgado y austero, que había prohibido la nata en su mesa «mientras nuestro país siga pasando hambre», había quedado desfigurado durante la Primera Guerra Mundial. Ya había perdido un ojo, una pierna y el uso de la mano derecha, y también a dos hijos en esta guerra. Y en aquellos momentos ya lo había perdido todo. Tras ser advertido de los peligros que comportaban los desplazamientos por carretera a plena luz del día, Marcks dijo a un oficial de su estado mayor, «Ustedes están constantemente preocupados por su insignificante vida». La pierna ortopédica de madera le impidió arrastrarse hasta una zanja cuando su automóvil fue atacado cerca de Carentan el 12 de junio. Marcks y los demás forman parte del grupo de 675 generales alemanes que perdieron la vida en el curso de la Segunda Guerra Mundial; entre ellos se incluyen los 223 muertos en acción, los 64 que se suicidaron y los 53 que fueron ejecutados, unos por el propio Reich y otros por los Aliados al término de la contienda.³¹

«El VII Ejército se ve obligado a actuar a la defensiva en todas partes», fue el comentario que se anotó el 10 de junio en el diario de guerra del *OB West*. El mariscal de campo Gerd von Rundstedt ordenó ese mismo día la «destrucción total del puerto de Cherburgo como primera medida», un mandato inspirado por la política de «tierra quemada» que fue interceptado por Ultra. Antes de partir para París, Geyr von Schweppenburg recomendó convertir un tercio de todos los carros de combate en cañones antiaéreos autopropulsados. La red ferroviaria estaba tan congestionada que, de las dos mil trescientas toneladas de alimentos, combustible y municiones que necesitaba a diario el VII Ejército, solo cuatrocientas llegaban al frente. Un intendente tuvo que tomar prestadas quince ametralladoras del gobernador militar de Francia para la defensa de Cherburgo.³²

También Rommel estaba muy nervioso. En una especie de confirmación de la nota escrita por von Rundstedt el 10 de junio, antes aún de que se produjera aquella calamidad en el cuartel general del Grupo Panzer del Oeste, describió el «efecto destructivo y paralizador» de la superioridad de la aviación aliada, con sus aproximadamente 27.000 salidas diarias. (Esta cifra triplicaba en realidad el número real de salidas.) Además, temía que tuviera lugar otro desembarco aliado de mayor envergadura en el paso de Calais, y advertía lo siguiente: «El equipamiento material de los americanos... es, de lejos, muy superior al nuestro». Durante un paseo de dos horas por los jardines de La Roche-Guyon comentó a un subordinado que la mejor

solución sería «detener la guerra mientras Alemania siga conservando algún territorio con el que negociar». Hitler, en completo desacuerdo con esta idea, exigió al VII Ejército que «todos los hombres luchen hasta el final o mueran en el intento».³³

«La batalla no va en absoluto bien para los nuestros —escribiría Rommel el 13 de junio en una carta dirigida a Lucie— debido principalmente a la superioridad aérea del enemigo y a los cañones pesados de sus buques de guerra.» Y, como cambiando de tema, añadía: «A menudo te imagino en nuestra casa».³⁴

El lamento de Rommel habría hecho las delicias del general Montgomery si este hubiera tenido conocimiento del mismo. Con frecuencia, el comandante del XXI Grupo de Ejércitos trataba de penetrar en la mente de sus adversarios para ver los combates del modo que ellos los veían. En las paredes de su caravana personal, confiscada a un mariscal de campo italiano que había sido capturado en Túnez, Montgomery había clavado con tachuelas no solo una invocación de Enrique V —«¡Oh, Dios de las batallas! ¡Reviste de acero los corazones de mis soldados!»—, sino también las fotografías de algunos destacados comandantes militares. Más tarde, un individuo que visitó el campamento de Montgomery contaría «tres de Rommel, una de Rundstedt y unas treinta de Monty».³⁵

Dos días después del Día D había llegado a casa, a Normandía, la tierra ancestral de los Montgomery, entre otros, la de un antepasado que en 1559 mató accidentalmente al rey Enrique II, clavándole una lanza en el ojo en el curso de una justa. Su puesto de mando se hallaba en la finca de una imponente mansión con tejados inclinados y seis chimeneas, junto a Creullet, a poco más de seis kilómetros de la playa Gold. Un cartel colgado de la imponente puerta de hierro forjado de seis metros de altura decía: «Conduzcan por la izquierda» (un pedazo de Inglaterra importado a Francia). Montgomery también se había traído su querido «libro de apuestas», un volumen con encuadernación de piel en el que había ido anotando a lo largo de los años un sinfín de pequeñas apuestas —¿Cuándo caerá Roma? o ¿Cuándo terminará la guerra?— con su pulcra caligrafía; las ya resueltas aparecían marcadas con la palabra «saldada». Y sus mascotas: «Actualmente tengo seis canarios, un periquito y dos perros», escribiría más tarde, haciendo referencia a estos dos últimos, un fox terrier llamado Hitler y un cocker spaniel de nombre Rommel, e indicando que «reciben una zurra cuando la merecen». A toda esta fauna no tardaron en sumarse una vaca, diez gallinas y cuatro gansos; las aves de corral le proporcionaban huevos para sus tortillas. Los servicios religiosos celebrados en el jardín de Creullet eran

retransmitidos por radio en Gran Bretaña. Montgomery —un tipo «delgado, enjuto, enérgico, con aspecto de halcón», en palabras de un oficial de la RAF— se encargaba de leer las escrituras a los oficiales sentados entre las flores.³⁶

«El camino a la fama es sumamente duro», escribiría al término de la guerra. «Te ves obligado a sufrir y a convertirte en blanco de las envidias y de las críticas de los ignorantes. Te sientes solo.» Y solo estaba, pero los frutos de la fama le encantaban: los recién nacidos bautizados con el nombre de Bernard, las propuestas de matrimonio de mujeres desconocidas, la moda de las boinas en Nueva York y el hecho de que la bandera de su VIII Ejército del Mediterráneo se hubiera vendido por 275 guineas en una subasta, cuyos beneficios iban destinados a la Cruz Roja. Era un «maestro» para sus ayudantes, «esa figura cromwelliana» para Churchill, «Dios *Almonty*» (en un juego de palabras entre *Almighty* —Todopoderoso— y su apodo, Monty) para los canadienses, «el monito» para Patton y, para un general británico compañero suyo, «una mierdecita eficiente». La esposa de Churchill lo consideraba «un personaje provocador e interesante... con el mismo tipo de presunción que leemos que tenía Nelson»; por su parte, el médico del primer ministro decía que «Monty quiere ser un rey». Eisenhower llegó a la conclusión de que «Monty es un buen hombre para estar a su servicio, un hombre difícil con el que servir y un hombre imposible cuando está sometido al servicio de alguien». Esta máxima describiría perfectamente el alto mando aliado en Europa.³⁷

El general Bernard Law Montgomery había llegado por segunda vez en esta guerra para dirigir una batalla que simplemente *había* que ganar —El Alamein fue la primera— y como líder de lo que un historiador denominaría «el último gran ejército de tierra que la Gran Bretaña imperial enviaría a la batalla», una fuerza bautizada oficialmente con el nombre de Ejército Británico de Liberación. Su mando incluía una dosis igual de americanos, aunque la paridad no tardaría en traducirse en una preponderancia de los yanquis a tres bandas en el continente; este desequilibrio estaba cargado de tensiones y agravios.³⁸

Pocos podían negar las virtudes de Monty: «la capacidad de ganarse simpatías sin dejar de comunicar energía», cualidad atribuida también a Marlborough; la convicción de que las bajas gratuitas eran imperdonables; la sensación de que sabía cuál era el camino de vuelta a la patria. Omar Bradley, que más tarde llegaría a aborrecerlo, creía que en Normandía Montgomery fue «tolerante y juicioso», un modelo de «sabiduría, paciencia y comedimiento». Aunque estuviera «más tenso que una trampa para ratones», en opinión de Moorehead, podía mostrarse encantador, generoso y optimista. George Bernard Shaw admiraba la manera en la que «concentra todo el espacio en una zona reducida como un espejo ustorio».³⁹

«Evito todos los detalles. Es lo que debo hacer», decía Montgomery a su Estado Mayor. «No examino documentos, ni expedientes. Mando llamar a los altos oficiales del Estado Mayor; su obligación es contarme los problemas que hay en menos de diez minutos.» Cuando quería tomar una decisión, presionaba a los demás inquiriendo: «¿Están de acuerdo? ¿Están de acuerdo? ¿Están de acuerdo?» Su perspicaz oficial de inteligencia, el general de brigada Edgar T. Williams, escribiría más tarde: «Uno quedaba impresionado por su gran talento, su organización, su lucidez y, sobre todo, su firmeza». Hombre de costumbres y disciplina, Montgomery había sido despertado después de las 21:30, la hora en la que solía acostarse, solo en dos ocasiones durante la guerra, las dos veces en África, y no tenía la más mínima intención de que eso volviera a repetirse. No había venido a Francia para perder la batalla, ni para perder la guerra, ni siquiera para perder horas de sueño. Y ni que decir tiene que no había venido para perder una reputación ganada al pie del cañón, una reputación a la que ya estaba encadenado.⁴⁰

Por desgracia, «muchas de sus mejores cualidades se veían ensombrecidas por los disparates o los juicios equivocados», como escribiría su biógrafo Ronald Lewin. Era «un hombre nacido para ser malinterpretado, uno de esos «cuyas cualidades se intensifican en vez de expandirse a lo largo de la vida... Como Bottom, podía hacer el papel del burro sin darse cuenta de su metamorfosis». En el mediterráneo, su arrogante y presuntuoso solipsismo ya había sacado de sus casillas a diversos generales tanto americanos como británicos. Si, como postulaba Churchill, un caballero era «alguien que solo es maleducado cuando quiere», entonces Montgomery no podía ser considerado tal. Tanto a sabiendas como sin proponérselo, era capaz de ofender, hacer daño o enfurecer al prójimo. Este defecto, que difícilmente podría ser considerado un fallo tremendo por un subalterno peleando con brío en las trincheras, tuvo unas consecuencias funestas en aquella guerra de coalición, en la que los matices políticos y las sensibilidades nacionales podían ser cuestiones más explosivas que la mismísima pólvora.⁴¹

Siempre fue «muy infantil», en palabras del especialista en historia militar B. H. Liddell Hart, marcado por una madre fría, rígida y gruñona que no paraba de repetir: «Averigua qué hace Bernard y dile que pare». (Montgomery se negó a asistir a su funeral.) Famoso por su actitud de matón durante los años de estudio en St. Paul's y en Sandhurst, en realidad nunca dejó atrás al muchacho deportista que podía volverse díscolo y pendenciero si no lo nombraban capitán del equipo. «Mientras sean correctas el 51 % de tus decisiones —había indicado a Shaw hacía muy poco—, tienes el éxito asegurado.» En verdad, para que le concedieran el grado de general tuvo que aportar un porcentaje de aciertos bastante mayor, pero, por lo que a él

respectaba, con muchísima frecuencia el plan brillante era suyo, la gran victoria era suya, los laureles de la gloria eran suyos, y todo era suyo, suyo y suyo. El general de brigada Williams propuso un lema para Montgomery: «Yo solo lo hice».⁴²

«Estoy disfrutando muchísimo de la vida —escribió el 13 de junio a su cuartel general de retaguardia en Portsmouth—, y resulta sumamente divertido volver a librar batallas después de pasar cinco meses en Inglaterra.» Varios miles de hombres habían muerto, y mucho miles más habían quedado mutilados. He aquí el hombre que había nacido para ser malinterpretado.⁴³

La planificación de la Operación Overlord *era* en gran medida obra suya, y en aquellos momentos Montgomery tenía la intención de que diera sus frutos. Ya a comienzos de mayo había empezado a abrigar la idea de atraer el grueso de las fuerzas enemigas hacia su flanco izquierdo, en el que actuaban las divisiones británicas y canadienses, para permitir que por el derecho los americanos capturaran Cherburgo y luego avanzaran rápidamente por el sur de la península de Cotentin. El 11 de junio, reiteró esta propuesta al mariscal de campo Brooke en Londres: «Mi política general consiste en atraer al enemigo hacia el II Ejército para facilitar que el I Ejército se expanda y se extienda con mayor rapidez». Para ganar espacio de maniobra en la cabeza de playa, había solicitado «contundentes ataques de fuerzas blindadas» por el flanco derecho y por el izquierdo ya desde primera hora de la tarde del Día D, y se había mostrado dispuesto a sacrificar cuatro brigadas de tanques a cambio de disponer de más espacio.⁴⁴

Sin embargo, al cabo de una semana, la cabeza de playa seguía siendo un espacio comprimido y atestado de soldados y material. Habían desembarcado treinta y cuatro batallones blindados y más de trescientos mil efectivos aliados, con sus dos mil tanques, pero no tenían dónde ir. Por la izquierda, el II Ejército había neutralizado el contraataque alemán sin por ello ganar fuerza ni despejar el paso. La tentativa de ataque directo contra Caen había fracasado, y la propuesta de lanzar tropas británicas aerotransportadas al otro lado de la ciudad había sido rechazada por el jefe del aire de Eisenhower, Leigh-Mallory, que temía que se produjeran importantes pérdidas de aparatos. «Es un maricón sin agallas que no quiere arriesgarse», exclamó Montgomery enfurecido a su jefe de estado mayor el 12 de junio. «No me sirve para nada.»⁴⁵

El 13 de junio empezó un ataque por los flancos al oeste de Caen cuando la 7.^a División Blindada británica —la famosa unidad de las «ratas del desierto» de África — capturó Villers-Bocage, dejándose guiar en las calles de la localidad por gendarmes y exultantes civiles. Pero entonces ocurrió una calamidad: en el otro

extremo del pueblo, el fuego de unos tanques Tiger barrió la columna de cabecera británica; en apenas quince minutos, quedaron completamente inutilizados más de doce tanques británicos y otros tantos camiones, la mayoría por la acción de un solo comandante alemán de gran audacia, el capitán de la SS Michael Wittmann. Expulsados de Villers-Bocage, con unas pérdidas que superaban los cincuenta vehículos acorazados, los británicos vieron cómo su torpe ataque había sido en vano. Escarmentadas, las ratas del desierto se retiraron, mientras ciento sesenta cañones angloamericanos y mil setecientas bombas de la RAF convertían aquel pueblo en un agujero humeante.⁴⁶

«En tierra todo es un verdadero cacao», anotaría el 14 de junio Leigh-Mallory en su diario. «Los teutones nos han echado de Villers-Bocage, y nada parece indicar que vaya a haber un avance, ni la posibilidad de que éste se produzca». Con las líneas del frente totalmente estáticas —los ingleses no volverían a pisar las calles en ruinas de Villers-Bocage hasta el mes de agosto—, los combates no tardaron en convertirse en una guerra de desgaste de francotiradores y cortinas de fuego de la artillería, en lo que Moorehead calificaría de «un mundo de artilleros». «Maldita matanza, la gente yace muerta», escribiría el comandante de una compañía. «Uno de mis pelotones salió corriendo y fue obligado a regresar a punta de pistola... El mismo pelotón volvió a salir corriendo». Y he aquí lo que anotó en su diario un cabo británico durante tres días consecutivos de mediados de junio:

18 de junio: Día infernal. Contraataque.

19 de junio: Día infernal. Contraataque.

20 de junio: Día infernal. Avanzamos. Contraatacan.⁴⁷

Para los americanos en el oeste, los progresos resultaban un poco más alentadores. El V Cuerpo y el VII Cuerpo, partiendo de Omaha y de Utah respectivamente, formaron un solo frente tras conquistar Carentan y repeler un furioso contraataque lanzado el 13 de junio por la 17.^a División SS-Panzergranadier. «Piojosos, menudos, asquerosos y sucios —escribiría un zapador en su descripción de un grupo de prisioneros—, con el cabello grasiento, la boca ancha y el cuello corto.» Cuatro días de intensos combates por parte de la 82.^a Aerotransportada para asegurar una cabeza de puente al otro lado del Merderet dieron por fin sus frutos, aunque más de mil paracaidistas seguían desaparecidos, y la 101.^a Aerotransportada no podía dar cuenta de otros tres mil aproximadamente. Una vez más, quedó un paisaje desolador («Cuando vi por primera vez Isigny, con muros derribados y todo en llamas —comentaría un oficial—, me vino a la mente Cartago»), pero casi toda la población

civil parecía gente agradable incluso en medio de tanta ruina. «Son personas amistosas y nos llaman liberadores», anotaría en su diario un sargento del 18.º de Infantería.⁴⁸

Ese mismo 13 de junio, pero más tarde, Bradley interrumpió el avance del V Cuerpo a Saint-Lô; con los británicos detenidos alrededor de Caen, temía que sus flancos se convirtieran en puntos vulnerables si el saliente de los americanos comenzaba a crecer sin las debidas garantías. También modificó su plan original de seguir simplemente adelante en dirección a Cherburgo. En lugar de ello, decidió partir primero la península de Cotentin lanzando tres divisiones al oeste, hacia el mar, bloqueando la llegada de refuerzos alemanes y sellando las posibles vías de escape. La 4.ª División, con Ted Roosevelt, seguiría abriéndose paso hacia el norte, en dirección al puerto.⁴⁹

«Estoy sentado en un pequeño castillo normando de piedra gris», escribiría Roosevelt a Eleanor desde un lúgubre campamento situado a unos veinticinco kilómetros de Cherburgo. *Rough Rider* estaba allí, oculto bajo una red de camuflaje, con el parabrisas resquebrajado debido al impacto de un pedazo de metralla.⁵⁰

No creo que aquí haya ningún hombre de treinta años, pero parecen viejos... A mis espaldas hay un campo por el que se ha luchado con gran dureza... Los muertos yacen en el suelo adoptando todo tipo de posiciones. Sus uniformes están sucios y rotos; sus rostros, sin afeitar, parecen de arcilla amarilla. Están cubiertos de manchas marrones de sangre seca... Hoy ha sido uno de esos días de batalla en los que los nervios están en orden.

Nadie mostraba un interés tan patriótico por el campo de batalla normando como el adusto francés al que llamaban *Deux Mètres*. A las 05:40 del miércoles, 14 de junio, Charles de Gaulle y quince compañeros abandonaron el hotel Connaught de Londres en seis automóviles, incluida una furgoneta que transportaba veinticinco millones de francos franceses. Escoltada por dos policías motorizados, la comitiva se dirigió a Kings Stairs, en Portsmouth. Poco antes de las nueve de la mañana, el destructor galo *La Combattante*, enarbolando una bandera tricolor bordada con las iniciales de De Gaulle —«lo que no puede decirse que estuviera de acuerdo con la normativa», como señalaría un oficial sumamente meticuloso— levó anclas y puso rumbo a Francia.⁵¹

A su manera, De Gaulle había mejorado sus relaciones con Churchill tras el incidente ocurrido en un vagón de tren diez días antes. Había rescindido su prohibición de asignar oficiales de enlace franceses a las unidades aliadas, y, contaría, «escribí al Señor Churchill para curar las heridas que se había infligido». En aquellos momentos, con el uniforme abrochado con un cinturón, su guerra de piel y su quepis con dos estrellas, miraba hacia el horizonte con unos prismáticos para volver a ver el país del que había tenido que huir en 1940 tras ser condenado a muerte por el régimen

de Vichy. «¿Se ha dado cuenta, mi general —exclamó uno de sus ayudantes a bordo del *Combattante*—, de que hoy hace cuatro años que los alemanes entraron en París?» Arrugando las nupias, De Gaulle replicó: «Cometieron un grave error». ⁵²

Montgomery había autorizado una visita de De Gaulle acompañado de dos de sus fieles subordinados; sin embargo, una comitiva de diecinueve individuos se dirigió a la costa a bordo de un DUKW, desembarcando en Courseulles, en la playa Juno, poco antes de las dos del mediodía. Tras declinar una invitación para cenar —«No hemos venido a Francia para comer con Montgomery», contestó el general galo a un emisario del XXI Grupo de Ejércitos—, De Gaulle se dirigió en jeep a Creullet para mantener una breve y tensa entrevista de compromiso con Monty. Según un diplomático británico, «era evidente que [el general francés] consideraba las charlas un vicio», y la conversación «fluyó como el pegamento». Un oficial inglés destacado en Creullet contaría que De Gaulle, «sin duda olvidando cuánto le disgustaba a Montgomery que la gente fumara... fumó un cigarrillo tras otro por todo el famoso remolque» del británico. Montgomery solo pudo hablar de las fotografías de Rommel que tenía colgadas. «Se me escapó en África —dijo a De Gaulle—, pero espero echarle mano esta vez.» ⁵³

Luego el grupo se dirigió a Bayeux, donde desde los altavoces de un camión se anunció que «el general De Gaulle hablará esta tarde a las cuatro en la Place de Château». El militar galo bajó por la rue Saint-Jean —«una figura rígida y lúgubre», en palabras de Moorehead—, precedido por unos gendarmes que saludaban desde sus inseguras bicicletas. La gente tiraba peonías a su paso y gritaba «*Vive De Gaulle! À bas les boches, à bas les collaborateurs!*». Varios miles de personas aguardaban su llegada bajo los tilos de aquella plaza tan verde. «Al ver al general De Gaulle», escribiría más tarde en sus memorias —refiriéndose a él mismo, como solía hacer, en tercera persona—, «los habitantes de aquel lugar quedaron como extasiados, luego unos comenzaron a gritar “bravo”, y otros estallaron en lágrimas... Las mujeres sonreían y sollozaban». Bajo la azul Cruz de Lorena, De Gaulle proclamó la resurrección de la República Francesa, allí en la que llamaría «nuestra gloriosa y mutilada Normandía». Sus delegados —y el baúl que contenía veinticinco millones de francos en billetes— iban a quedarse para reconstruir un gobierno, con Bayeux como capital hasta que París fuera liberada. «El sendero de la guerra es también el camino que conduce a la libertad y al honor», dijo ante la multitud extasiada. «Ésta es la voz de la madre patria». ⁵⁴

Tras cantar a pleno pulmón *La Marsellesa*, De Gaulle quiso dirigirse a Isigny y a Grandcamp. Pero Montgomery montó en furia cuando se enteró de que el francés había reservado catorce habitaciones en un hotel de Bayeux, y le ordenó regresar

inmediatamente a Inglaterra, amenazando con detenerlo y deportarlo personalmente. A las 20:30 el general galo embarcó a regañadientes en *La Combattante*, convencido de que «Francia viviría, pues ella era capaz de superar su sufrimiento», mientras en privado se preguntaba: «¿Cómo puede esperarse que uno gobierne un país que tiene doscientos cuarenta y seis tipos distintos de queso?».⁵⁵

Montgomery escribió a Churchill contando que la acogida dispensada a De Gaulle «fue claramente tibia, carente de verdadero entusiasmo». Pero no era cierto. De hecho, De Gaulle se había adelantado a los angloamericanos, demostrando su legitimidad popular y su principio de que una Francia liberada solo podía ser gobernada por franceses y no por otro régimen militar de ocupación. «Bendito sea — escribiría André Gide— aquel por el que nuestra dignidad fue restaurada.»⁵⁶

Solo se vence un terror con otro terror

En tiempos pasados más felices, cuando el Reich estaba en su apogeo y la conquista de Gran Bretaña parecía un hecho inevitable, Hitler había ordenado la construcción de un complejo puesto de mando desde el que llevar a cabo la invasión de Inglaterra en 1940. Oculto en un recóndito valle cerca de Margival, a ciento veinte kilómetros al noreste de París, Wolfsschlucht II, o W-II, era uno de los más de doce elaborados cuarteles generales contruidos en la Europa ocupada por una fuerza de veintiocho mil hombres y con un millón de metros cúbicos de hormigón. W-II se extendía sobre una enorme parcela de diez kilómetros cuadrados, con sus cientos de oficinas, dependencias para las guarniciones y cuartos de invitados, equipados de gruesas alfombras y flamantes muebles de madera de arce. Grabados saqueados en las galerías de arte parisinas adornaban sus paredes, y en todos los armarios había un sacabotas. Las alacenas estaban repletas de carne enlatada y de cerezas, azúcar y espárragos en conserva. Un sistema de camuflaje ocultaba el complejo; las vías de tren que llevaban a un túnel ferroviario estaban pintadas de rojo oxidado para simular un estado de abandono. Falsos graneros, granjas y porquerizas, así como un bosquecillo de árboles artificiales, escondían una serie de baterías de artillería en unos montes adyacentes. Una sala de té que pasaba desapercibida, situada en lo alto del búnker privado del Führer, ofrecía una espléndida vista de la catedral de Soissons, a unos ocho kilómetros al sur.⁵⁷

Aunque W-II no había sido utilizado nunca, las gentes del lugar lo consideraban «el sitio más prohibido de Francia», y fue allí donde Hitler ordenó que Rundstedt y Rommel se reunieran con él para celebrar una conferencia secreta sobre Normandía.

El Führer y su séquito partieron de Berchtesgaden en cuatro aviones Condor Focke-Wulf rumbo a Metz, desde donde se trasladaron en automóviles blindados hasta Margival, localidad situada a unos 280 kilómetros. (Aventurarse a llegar por aire más al oeste parecía realmente temerario en un momento en el que incluso los soldados de la SS habían empezado a referirse a los predadores cazabombarderos aliados llamándolos «moscas de la carne».) A las 09:00 del sábado, 17 de junio, Hitler recibió a los dos mariscales de campo en un vestíbulo de imponentes muros y con una chimenea de baldosas verdes.⁵⁸

Se trataba de la primera visita de Hitler a Francia desde 1940, y el aspecto del líder nazi parecía el de un hombre que estaba a punto de perder una guerra mundial: los ojos enrojecidos e hinchados de no dormir, la piel cetrina, su bigotito desaliñado. Sus ayudantes contaban que había perdido hasta su pasión por la música. «Es una verdadera tragedia que el Führer se haya aislado tanto de las cosas de la vida, y que esté llevando una vida tan poco saludable», escribiría su ministro de propaganda, Joseph Goebbels. A menudo él mismo se tomaba el pulso, como si esperara la muerte; un curandero apodado «el Maestro de Inyecciones del Reich» le administraba frecuentemente sedativos y un mejunje glandular. Evitaba a toda costa las luces brillantes, y llevaba una gorra con la visera más grande de lo habitual para protegerse los ojos. «Tengo constantemente la sensación de que me inclino hacia la derecha», decía en tono quejoso. Hablaba de retirarse, de una vida dedicada a la lectura y a la meditación o de dirigir un museo. Sus comandantes lo habían decepcionado en la batalla, y de los dieciocho mariscales de campo y los cuarenta generales que lo servían, se pelearía con más de la mitad de ellos antes de que aquella calamidad llegara a su fin. En Berlín se rumoreaba que tenía la intención de asumir personalmente el mando en el oeste.⁵⁹

Hitler se sentó encorvado en un taburete de madera, moviendo nervioso entre los dedos sus lentes y un puñado de lápices de colores. Rommel abrió la sesión con un informe de los progresos realizados sumamente sombrío. Los Aliados habían desembarcado en Normandía al menos veinte divisiones, esto es, medio millón de hombres con setenta y siete mil vehículos. El VII Ejército alemán se enfrentaba a ellos con el equivalente de catorce divisiones, unas unidades que ya no llegaban a los once mil efectivos a diferencia de unos años atrás, cuando disponían de casi diecisiete mil. Las bajas alemanas eran ya más de veintiséis mil, incluidas las de más de cincuenta altos oficiales. Los cañones de la armada aliada podían alcanzar tanques alemanes que se encontraban a más de veinticinco kilómetros de la costa, y la superioridad del enemigo en lo concerniente a equipamiento y material era al menos tan contundente como lo había sido en África.⁶⁰

Los aviones de guerra angloamericanos hostigaban el campo de batalla adentrándose en él hasta ciento cincuenta kilómetros o más; las marchas a la luz del día con buenas condiciones meteorológicas eran un suicidio. Los trenes solo podían llegar a doscientos kilómetros de la cabeza de playa: acercarse más era una misión imposible. Los ataques aéreos inmovilizaban en aquellos momentos casi trescientos trenes al día. Los refuerzos de la aviación alemana caían abatidos a una media de tres docenas de aparatos al día, mientras que otros se extraviaban en el camino, se quedaban sin combustible o eran destruidos por las propias baterías antiaéreas alemanas; de los cincuenta y cinco cazas que partieron de Wiesbaden rumbo a Évreux, solo tres llegaron a su destino. El miércoles, al anochecer, aviones británicos habían lanzado sobre el puerto de Le Havre mil doscientas toneladas de explosivos, entre otras bombas «Tallboy» de seis toneladas, y el jueves siguieron atacando. Setecientas casas francesas habían sido destruidas en esta ciudad, pero también sesenta y tres naves alemanas, incluidas diversas embarcaciones de asalto y dragaminas.⁶¹

Rommel iba señalando en un gran mapa. Justo esa misma mañana los tanques americanos habían cruzado la carretera que iba de Cherburgo a Coutances; la península de Cotentin no tardaría en quedar dividida, dejando atrapados a catorce mil efectivos y augurando la pérdida de Cherburgo. Si los angloamericanos lograban salir de la cabeza de playa, ya fuera por el sur de Caen o bordeando Cotentin, el camino a París estaría abierto, y Bretaña podría quedar aislada.⁶²

Hitler no paraba quieto en su taburete. «No lo llame una cabeza de playa, sino el último pedazo de territorio francés en manos enemigas», dijo con parsimonia. Luego añadió: «Hay que conservar Cherburgo a toda costa».⁶³

Rundstedt apenas hablaba, taciturno como siempre, vestido con su pulcro uniforme gris cuya banda roja en los pantalones indicaban el rango de general de estado mayor. Si Rommel era un cachorro en plena formación, a Rundstedt —que a sus sesenta y ocho años era el mariscal de campo más viejo de Alemania y llevaba medio siglo como soldado prusiano— lo llamaban *der alte Herr* (el viejo señor) y *der schwarze Ritter* (el caballero negro). Heredero de una familia noble de la elite Junker y de ocho siglos de antepasados militares, Rundstedt había servido como comandante de un grupo de ejércitos y más tarde como gobernador militar en Polonia. Tras recibir su bastón de mariscal en 1940, llegó a Francia para colaborar en la planificación de la Operación León Marino, la invasión abortada de Inglaterra. Durante el ataque lanzado posteriormente contra la Unión Soviética, estuvo al mando de seis ejércitos de tierra,

ocupó Ucrania y luego, a finales de 1941, se retiró después de tener una trifulca con Hitler, reincorporándose a la vida militar activa poco después, al ser nombrado comandante en jefe del Ejército Occidental.⁶⁴

Atormentado por el reumatismo, por un corazón delicado y por lo que un general denominaría «resignación psíquica», Rundstedt vivía en el suburbio parisino de Saint-Germain-en-Laye, donde se acostaba tarde, leía novelas del Oeste de Karl May y conversaba con las visitas en un buen francés o inglés. Le disgustaba tanto el teléfono como la «suciedad parda» del matonismo nazi; aunque leal a Hitler, era capaz de ridiculizarlo llamándolo «el cabo bohemio», o de protestar por las órdenes del Führer con su exclamación favorita, «Quatsch!» ¡Absurdo! «Habría sido muy feliz si Prusia se hubiera quedado sola —comentaría más tarde su jefe de Estado Mayor— como antes de 1866.» Prefería mandar desde un mapa a escala 1: 1 millón en el que la cabeza de playa —o, mejor dicho, ese último pedazo de Francia ocupado por el enemigo— difícilmente pareciera más grande que un naipe. Era sumamente pesimista, y los últimos diez días no habían hecho más que aumentar su abatimiento.⁶⁵

En aquellos momentos, Rundstedt daría un paso adelante para apoyar al muchachito mariscal. Una defensa rígida de la península de Cotentin estaba condenada al fracaso, explicó. En su opinión, era mucho mejor replegar a las fortificaciones de Cherburgo las fuerzas alemanas expuestas. Hitler asintió, pero consideraba que también había que defender los accesos al puerto por el sur. «La fortaleza debe resistir el mayor tiempo posible —dijo—, si puede, hasta mediados de julio aproximadamente.» Con anterioridad, había trazado con un lápiz rojo una línea a través de la península por debajo de Cherburgo, exclamando: «¡Tienen que resistir aquí!».⁶⁶

¿Y si tienen lugar otros desembarcos aliados?, preguntó el Führer. Rundstedt creía probable que se produjera otra invasión. Desde Gran Bretaña, los servicios de inteligencia indicaban que otras cincuenta divisiones habían ido concentrándose para lanzar un segundo ataque más contundente. Por esta razón, el XV Ejército alemán solo había enviado una división a Normandía, dejando las otras veintiuna en el paso de Calais, oteando el horizonte desde la costa. Sin embargo, aunque había podido contenerse momentáneamente el avance de la fuerza aliada en Normandía, Rundstedt coincidía con el mariscal Rommel en que resultaría «imposible resistir» en todos los frentes. Los dos militares abogaban por evacuar el sur de Francia y replegarse al río Loira, reduciendo así las líneas alemanas para formar una reserva móvil de alrededor de dieciséis divisiones con la que defender la línea del Sena.⁶⁷

Hitler descartó la idea —«Deben permanecer donde están»—, y luego cambió de tema. Estaban por venir grandes cosas, dijo, cosas mágicas. Nuevos aviones a reacción dominarían pronto los cielos. Nuevas minas marinas, detonadas por la presión del oleaje provocado por el paso de las naves y casi imposibles de barrer, ya habían hecho estragos en algunos barcos aliados. Pero acababa de aparecer el arma secreta más importante. Hasta entonces, el Reich no había tenido una manera de responder a los bombarderos angloamericanos que devastaban la madre patria; una sola ciudad alemana podía absorber más bombas en veinticuatro horas que las que habían caído en Gran Bretaña a lo largo de todo 1943. Y eso estaba a punto de cambiar.⁶⁸

En otros tiempos, Hitler había despreciado los cohetes, calificándolos de «locura de la imaginación», pero en septiembre de 1943 sus científicos habían empezado a producir una bomba autopropulsada en una fábrica de Volkswagen. Fallos técnicos y treinta y seis mil toneladas de explosivos aliados soltadas sobre enclaves sospechosos de ser verdaderas plataformas de lanzamiento habían retrasado el programa, pero los ingenieros alemanes se dieron cuenta de que un simple equipamiento móvil utilizando poco más que una ligera rampa metálica bastaría para que el proyectil despegara. El arma era un torpedo volador de apenas ocho metros de largo, provisto de alas cortas, un motor de reacción y una ojiva de una tonelada. Podía cruzar la costa de Inglaterra veinte minutos después del lanzamiento; cuando el combustible se agotaba, el motor se detenía y la bomba caía. Hitler los llamaba «huesos de cereza».⁶⁹

El primero de ellos, lanzado desde el oeste de Francia el martes a primera hora de la mañana, había sido un fracaso: en la Operación Rumpelkammer —«Cuarto Trastero»— solo cuatro de las diez bombas iniciales llegaron a Inglaterra, y solo una provocó algunas bajas. Pero otros lanzamientos llevados a cabo posteriormente parecieron mucho más prometedores. Al mediodía del 16 de junio, de un total de 244 lanzamientos, setenta y tres «huesos de cereza» alcanzaron el llamado «Objetivo 72», esto es, la ciudad de Londres. Esa misma mañana el arma sin nombre fue bautizada con el de *Vergeltungswaffe* —«Arma de Represalia»—, o V-1. «Solo se vence un terror con otro terror», solía decir el Führer. «Lo demás son bobadas.»⁷⁰

Rundstedt sugirió utilizar el V-1 contra aquel medio millón de soldados que en aquellos momentos se concentraban en la cabeza de playa. Rommel era de su misma opinión. Hitler mandó llamar a un experto militar, quien explicó que la escasa precisión de las bombas volantes dificultaba un impacto certero en objetivos cuyas dimensiones fueran más reducidas que las de la ciudad de Londres: los V-1 habían sido dirigidos contra el Puente de la Torre sobre el Támesis, pero el margen de error

podía ser de quince kilómetros o más. Martillear constantemente el Objetivo 42, dijo Hitler a sus mariscales de campo, «facilitaría alcanzar una paz». El pánico iba a paralizar Gran Bretaña, provocando el caos psicológico y político.⁷¹

Interrumpieron la reunión para almorzar. Fue una comida triste que se desarrolló en silencio. Dos guardias de las SS permanecieron de pie detrás de la silla del Führer mientras este tomaba un plato de arroz y verduras —previamente degustado por un catador—, acompañado de pastillas y de tres copitas de jarabes de distintos colores. Un aviso repentino alertando del acercamiento de sesenta aviones aliados hizo que Hitler y sus mariscales de campo se dirigieran rápidamente a un refugio antiaéreo, donde permanecieron una larga hora hasta que sonó la señal de que el peligro había pasado.⁷²

A eso de las cuatro de la tarde, Hitler acompañó a Rommel hasta su automóvil, prometiendo visitarlo en La Roche-Guyon a la mañana siguiente. «¿Qué piensa realmente de nuestras posibilidades de seguir con la guerra?», preguntó Rommel con su descaro habitual. ¿No había llegado la hora de considerar un entendimiento con Occidente, tal vez haciendo causa común contra los bolcheviques? «Ese es un asunto que no es de su competencia. Tendrá que dejarlo en mis manos», respondió secamente Hitler. «Preocúpese de su frente de invasión.»⁷³

Con su característico laconismo, Rundstedt resumiría más tarde aquella conferencia con tres palabras: «Fue un fracaso». En vez de acudir al cuartel general de Rommel, Hitler marcharía de repente para Baviera después de que un V-1 errante volara hacia el este en lugar del oeste y estallara cerca del búnker de Margival; apenas se produjeron daños, pero se abrió una investigación en busca de posibles asesinos. Tras llegar a Berchtesgaden, el Führer empezó a deplorar el pesimismo de Rommel. ¿Acaso el Zorro del Desierto había perdido su gallardía? «Solo los optimistas pueden conseguirlo todo hoy día», comentó Hitler a sus cortesanos.⁷⁴

En realidad, Rommel se sentía esperanzado. El amo al que servía había vuelto a seducirlo. No era «capaz de escapar a la influencia del Führer», escribiría uno de sus ayudantes en una carta a los suyos. El sábado, después de cenar, dio un paseo por los jardines del castillo con su principal asesor naval, el vicealmirante Friedrich Ruge, para hablar de lo ocurrido durante el día mientras contemplaba el paisaje anacarado con el río Sena como telón de fondo. Con frecuencia se proyectaban películas en la pared de una cueva situada detrás del castillo, y la brisa de la noche traía el sonido de las carcajadas de los oficiales del estado mayor que estaban viendo una comedia. Ruge estaba leyendo *Lo que el viento se llevó*, y Rommel disfrutaba con los entresijos

de esta novela. En Escarlata, Rhett y la maldita Confederación, el almirante detectó «un sinfín de paralelismos con nuestros tiempos» y una confirmación de que «la reconstrucción después de una derrota total era posible».75

Rommel se retiró a sus dependencias. Pasó bajo el antiguo rastrillo y cruzó la sala de curiosidades con sus cajas de cristal llenas de insectos clavados con alfileres y su halcón disecado. Por la mañana, escribiría una nota a su «queridísima Lu», contándole lo ocurrido en Margival y la nueva campaña con los V-1. «Las acciones de largo alcance han supuesto un verdadero alivio para todos nosotros», le decía. «El Führer se mostró muy cordial y estuvo de buen humor. Se da cuenta de la gravedad de la situación».76

Incluso el domingo por la mañana, a lo largo y ancho del Objetivo 42 los encargados de las baterías antiaéreas ocuparon sus posiciones, prepararon sus cañones y escudriñaron los cielos del sureste a la espera de que aparecieran lo que muy pronto llamarían «bomba volante», «perro de los infiernos», «cañón cohete», «jinete sin cabeza» o, simplemente, «eso». Aquella semana, unos artilleros habían estallado de júbilo tras abatir lo que creían que eran unos bombarderos alemanes, pero que en aquellos momentos ya se sabía que se trataba de bombas guiadas por pilotos automáticos y concebidas para caer del cielo. Ese domingo era 18 de junio, el Día de Waterloo, y los devotos llenaban de par en par las iglesias londinenses para conmemorar la victoria de la armada británica sobre Napoleón en 1815 y para invocar una vez más la ayuda divina.77

En la Capilla de la Guardia de los cuarteles Wellington, en Birdcage Walk, al otro lado de unos antiguos prados y casa de cura para leprosos que actualmente se conocen con el nombre de St. James's Park, la multitud allí congregada cantaba a pleno pulmón el *Te Deum*, y se preparaba para tomar la comunión de la mano del obispo de Maidstone. «Los ángeles todos, los cielos y todas las potestades te honran», decía el himno. A las 11:10 empezó a oírse, cada vez más fuerte, un perturbador rugido proveniente de aquellos mismos cielos. Ernest Hemingway pudo oírlo desde su suite del hotel Dorchester, donde estaba preparando unas tortitas con harina de trigo sarraceno y bourbon; miró por la ventana para ver si se divisaba la reveladora «estela candente» de un motor de reacción. En Parliament Square, los peatones oyeron el ruido y se echaron al suelo, cubriéndose la cabeza. Clementine Churchill, esposa del primer ministro, lo oyó en Hyde Park, donde se encontraba visitando una batería de artillería en la que su hija Mary trabajaba como voluntaria. La multitud congregada en la Capilla de la Guardia también lo oyó, pero siguió cantando.78

Luego se hizo el silencio, el más aterrador de todos los sonidos, cuando el motor se detuvo, la estela se apagó y aquel artilugio negro cruciforme cayó. Fue a impactar contra el tejado de hormigón armado de la capilla antes de detonar en un brillante estallido que derrumbó muros, columnas y pilares, y que dejó sin hojas las ramas de los plátanos de St. James's Park. Una columna de humo se elevó quinientos metros por encima de la maltrecha nave del templo, cuyos bancos quedaron sepultados bajo tres metros de cascotes, aunque en el altar seguían consumiéndose seis cirios, y el obispo había salido ileso. Ciento veintiuna personas perdieron la vida, y muchas más resultaron heridas. Dos mil placas conmemorativas reunidas por los regimientos de la Guardia durante los largos años de guerra quedaron pulverizadas, aunque un mosaico donado por la reina Victoria permanecía intacto: «Pruébate fiel hasta la misma muerte, y yo te daré la corona de la vida».⁷⁹

Clementine Churchill fue corriendo a casa para avisar al primer ministro, que seguía revisando papeles desde la cama de su dormitorio en el n.º 10 de Downing Street. «La Capilla de la Guardia ha sido destruida», dijo a su esposo. Winston Churchill se dirigió inmediatamente a Birdcage Walk, donde pudo ver cómo los equipos de salvamento rescataban los cadáveres de las víctimas. Entre otros, varios músicos de la banda del regimiento de guardias Coldstream fueron hallados en una galería lateral, sosteniendo aún sus instrumentos, como si fueran figuras de cera, sin duda fieles hasta la misma muerte. Churchill no pudo contener las lágrimas.⁸⁰

Aquella tarde su automóvil lo condujo a Bushy Park, donde pidió a Eisenhower que redoblara los esfuerzos para acabar con las bombas volantes. En un memorándum redactado el domingo por la tarde, el comandante supremo ordenó que los objetivos con el nombre en código de *Crossbow* («Ballesta»), en los que estaban incluidos los depósitos de provisiones y pertrechos, las zonas de lanzamiento de los V-1 y otros lugares similares, «tienen la máxima prioridad, después de las necesidades más urgentes de la batalla». Pero en los últimos seis meses, de acuerdo con la llamada Operación Crossbow, los aviones aliados habían despegado más de treinta mil veces para lanzar una cantidad de bombas con un peso equivalente al de cuatro torres Eiffel, en un esfuerzo por acabar con un proyecto de cuyo desarrollo tenía conocimiento la inteligencia aliada. Algunas zonas de lanzamiento fueron martilleadas cuarenta veces o más, hasta que por fin los analistas se dieron cuenta de que los V-1 podían ser disparados desde escurridizas plataformas móviles. La opinión pública comenzó a aportar ideas para poner fin a las bombas voladoras: arpones disparados desde dirigibles debidamente amarrados a tierra; enormes cazamariposas; proyectiles llenos de ácido carbólico. Un patriota se ofreció a echar una maldición contra los alemanes encargados de los lanzamientos.⁸¹

Durante las semanas siguientes, las contramedidas adoptadas en virtud de la Operación Crossbow fueron más convencionales, pero irregulares en cuanto a eficacia. Se colocó una barrera de dos mil globos alrededor de Londres con la esperanza de que sus cables de amarre derribaran las bombas en vuelo; los ingenieros alemanes respondieron ajustando a las alas del V-1 *Kuto-Nasen*, esto es, hojas afiladas para cortar los cables. Los pilotos de los cazas se aficionaron a derribar las bombas con cañones de 20 mm —volando a más de 600 kilómetros por hora, el Tempest de la RAF podía alcanzar los V-1—, y algunos aprendieron incluso a utilizar las alas de sus aparatos para crear suficientes turbulencias como para dejar una bomba moviéndose en espiral fuera de control. Aunque se consideraba ocho veces más difícil derribar desde tierra un V-1 que un bombardero alemán, más de mil cañones antiaéreos —junto con veintitrés mil artilleros, sesenta mil toneladas de munición y diversos equipos de radares— fueron trasladados de la zona de Londres a la costa del sureste del país para que dispusieran de mejores campos de tiro. En esa región de Inglaterra, Sussex y Kent pasaron a denominarse «el callejón de las bombas».⁸²

El edicto de «máxima prioridad» de Eisenhower supuso un varapalo para sus comandantes de las fuerzas aéreas, que eran partidarios de atacar continuamente las ciudades, los depósitos de combustible y otros objetivos estratégicos alemanes. La orden se mantuvo: durante los dos meses siguientes, una cuarta parte de todas las misiones aéreas consistirían en atacar los objetivos previstos en la Operación Crossbow, y las tripulaciones lanzarían setenta y tres mil toneladas de bombas, esto es, un peso equivalente al de otras ocho torres Eiffel. Esta gran diversión de bombarderos tuvo poco impacto en los disparos de torpedos voladores del enemigo; invariablemente, siguió lanzándose cada día un centenar de bombas V-1 contra el Objetivo 42. Pocos dudaban que la mejor solución fuera la ocupación por parte de los ejércitos aliados de lo que ya se denominaba la Costa del Lanzacohetes del noroeste de Francia. «Debemos reconocer al enemigo el mérito de haber desarrollado una de las mejores armas de la guerra», se reconocería en el diario de guerra de las Fuerzas Aéreas Estratégicas de los Estados Unidos. «La gente está empezando a ponerse un poco nerviosa, y pega un salto al oír un portazo».⁸³

Un estudio británico calculó que, «de media, el londinense» podía esperar encontrarse a menos de un kilómetro de la detonación de un V-1 una vez al mes, una probabilidad que «no parece excesivamente alarmante». Pocos londinenses lo veían así. Las explosiones de los V-1 hacían que la gente saliera despedida por las ventanas de sus puestos de trabajo, quemaban vivas a madres en los colmados y destripaban a los pensionistas en los bancos de los parques. Un teniente, que estaba recuperándose en un hospital que fue alcanzado por una bomba voladora, escribiría a su esposa

contándole que la onda expansiva provocada por la explosión «atravesó las paredes y nos envolvió, nos engulló, nos penetró y nos echó a un lado». Y confesaría haber pasado «más miedo del que haya podido tener nunca en toda mi vida». ⁸⁴

En poco tiempo, los autobuses de la ciudad empezaron a circular con las ventanas rotas. Decenas de miles de casas quedaron completamente arrasadas. «Lo más horrible era el sonido de la madera en llamas», comentaría un testigo, «ese crujido malicioso, ese sonido similar al de una risilla perversa». En una carta dirigida a Mamie, Eisenhower se lamentaría de haberse visto obligado a acudir a un refugio antiaéreo de Bushy Park diecinueve veces en una sola mañana. Cuando en el curso de una función en el teatro St. James se oyó el zumbido de un V-1 aproximándose, entre el público se escuchó a uno de los asistentes murmurar, «¡Qué sórdido sería morir durante la representación de esta asquerosa farsa». ⁸⁵

Cada vez eran menos los que estaban dispuestos a resignarse a aquel peligro. En agosto, un millón y medio de londinenses —muchos más que durante el *Blitz*— evacuarían la ciudad. De los 10.492 V-1 que al final se dispararon contra Gran Bretaña, alrededor de 4.000 fueron destruidos por cazas, globos y baterías antiaéreas, y muchos se desviaron de su curso o se estrellaron prematuramente. Pero unos 2.400 alcanzaron la ciudad de Londres, matando a 6.000 personas e hiriendo de gravedad a otras 18.000. (Ningún V-1 logró impactar contra el Puente de la Torre.) Fue, según una historia oficial de Gran Bretaña, «un suplicio, probablemente el más duro, que tuvieron que soportar los londinenses durante la guerra». ⁸⁶

Cuán fácil es crear un fantasma

Al oeste de Bayeux, la región montañosa normanda mostraba el perfil dentado con el que habían estado familiarizados los agricultores celtas antes incluso de que los romanos invadieran la Galia. A lo largo de los siglos, habían ido formándose un sinfín de parcelas de pasto entre la roca caliza y el esquisto precámbrico, rodeadas de congostos no más anchos que un carro tirado por bueyes, y cercadas por setos —de la altura de un hombre— de raíces de espino, frambuesos, altramuces, violetas y barro resbaladizo. El término rústico local para indicar este tipo de terreno —«*bocage*», bosque definido como arboleda, o «un agradable bosquecillo frondoso y sombreado»— ocultaba la claustrofóbica realidad de lo que un soldado de infantería denominaría «el Getsemaní de los setos». Para los veteranos del Pacífico, como, por ejemplo, el general Collins, esta selvática región de Francia guardaría un gran parecido con Guadalcanal. ⁸⁷

«No podía imaginarme el *bocage* hasta que lo vi», comentaría Omar Bradley al término de la guerra. Esta falta de imaginación no era más que el reflejo de una falta de mando: los generales aliados habían sido ampliamente avisados e informados, y hasta Julio César había escrito sobre los setos que «forman una fortificación como una muralla que era imposible no solo atravesar físicamente, sino también penetrar con la vista». Más recientemente, un estudio militar de agosto de 1943 sobre topografía francesa había incluido dos docenas de fotografías de «*bocage* normando»; a mediados de abril, un informe del I Ejército había descrito «los campos entre terraplenes y matorrales», advirtiendo de que las tácticas de combate «en el *bocage* deberían ser objeto de un análisis minucioso». Las fotografías aéreas de una zona de trece kilómetros cuadrados habían revelado la existencia de unas cuatro mil parcelas cercadas por setos. Sin embargo, como en los asaltos anfibios del norte de África y Sicilia, los planificadores, cuyo desvelo era poder consolidar la ocupación de las costas hostiles, apenas estudiaron cuál era la mejor estrategia de combate que debía adoptarse al otro lado de las dunas. «Fuimos entrenados sin descanso para atacar las defensas de las playas —escribiría más tarde el comandante de un batallón—, pero no se dedicó ni un solo día al tipo de terreno que había al otro lado de las playas, que presentaba las mismas dificultades y los mismos peligros.»⁸⁸

En aquellos momentos ese terreno difícil y peligroso alteraba gravemente el programa del I Ejército. Como había presagiado Rommel, las tropas americanas cortaron en dos la península de Cotentin a primera hora del 18 de junio, después de que dos regimientos de la 9.^a División de Infantería embistieran hacia el oeste, en dirección al mar, y llegaran a Barneville. A continuación, tres divisiones del VII Cuerpo de Collins empezaron a avanzar a la par hacia el norte, en dirección a Cherburgo, a unos veinte kilómetros de distancia. En el sur, el comandante de la 29.^a División informó el 17 de junio: «Presiento que llegaremos a Saint-Lô muy pronto». Por desgracia, no fue así: aunque se encontraba a apenas ocho kilómetros de la línea de los americanos, ese estratégico enclave seguiría estando fuera de su alcance durante un mes más.⁸⁹

Las compañías de blindados ya empezaban a informar de que avanzar dos mil quinientos metros exigía invariablemente diecisiete toneladas de explosivos para abrir brechas a través de más de treinta setos, todos ellos defendidos como el parapeto de una fortificación. «Cada uno de ellos era una muro de fuego», escribiría un soldado de la 30.^a División de Infantería, «y los campos abiertos que los separaban eran llanuras de fuego». Un oficial comentaría que «el enemigo puede encontrarse a tres metros de nosotros sin ser detectado. Puede abrir fuego desde muy cerca». Tanta proximidad neutralizaba la superioridad de la aviación y la artillería de los Aliados. «Había

francotiradores por todas partes —informaría Ernie Pyle—, en los árboles, en los edificios, entre los montones de cascotes, entre la hierba. Pero sobre todo se colocaban entre los grandes y frondosos setos.» Una escala ascendente de premios aguardaba al buen francotirador alemán, según un documento del SHAEF: «10 cadáveres: 10 cigarrillos —20 cadáveres: 20 días de permiso— 50 cadáveres: Cruz de Hierro de 1.^a Clase y un reloj de pulsera, obsequio de Himmler».⁹⁰

El fuego feroz de los tanques, la artillería y las armas pequeñas del enemigo hacía que el oeste de Normandía fuera más aún más letal. El poeta y soldado de infantería Louis Simpson describiría «las breves y suaves ráfagas» de las pistolas ametralladoras alemanas, y añadiría: «El ronroneo de las balas resulta perverso». Un soldado, que había tenido sus dudas a la hora de cruzar un campo abierto para alcanzar una granja, escribiría: «Estaba echado en la hierba, pensando en arriesgarme o no. Sí, no, sí, no». En esa «tierra de grandes peligros», como la llamaba Pyle, no había un arma más temida que el mortero, descrito por un soldado como «un suave silbido, que se eleva en el aire, como un alondra distante, o una especie de flauta dulce, con su sonido delicado y tenue, cuando cae». Los fragmentos de mortero fueron la causa de más del 70 % de las bajas de las divisiones de infantería estadounidenses en la batalla de Normandía; los radares capaces de seguir a la inversa el vuelo parabólico de los proyectiles hasta la boca de los cañones que los habían disparado no estarían preparados para la batalla hasta varios meses después. El combate cuerpo a cuerpo hizo que se desarrollaran todos los sentidos; como otros muchos fusileros, Simpson rastreaba el aire con el olfato en busca de lo que «habíamos aprendido a identificar como Alemania: un mezcla de olor a salchichas y queso, a ropa mohosa y a ideas. Algunas ideas apestan. Los alemanes transpiran por cada uno de sus poros... el olor de su filosofía».⁹¹

Los civiles franceses, agitando trapos blancos para que no les dispararan, iban corriendo a sus gallineros durante las treguas para recoger los huevos que luego vendían a los soldados aliados por un precio equivalente a ocho centavos la unidad. En poco tiempo, hasta los gallineros quedaron hechos añicos, con las aves «empotradas en las paredes como pelotas de barro». Casi cuatrocientos mil edificios de Normandía acabarían arrasados o severamente dañados. Se perderían, entre otros animales, más de cien mil vacas; los bulldozer las enterrarían a montones, tan rígidas como muñecos de madera. Muchos pueblos y aldeas fueron reducidos a cenizas, «como si alguien los hubiera segado de cuajo», según una descripción; los pilotos hablaban de humo teñido de rojo por los ladrillos pulverizados. En Saint-Sauver «no

quedó un edificio en pie», comentaría Don Whitehead. Un médico escribió a su familia en Indiana sobre un pueblo arrasado, «desierto y en absoluto silencio. Pero no el silencio que conocéis, sino uno más profundo y deprimente». ⁹²

Cada localidad en disputa, como cada seto en disputa, no hacía más que aumentar el número de muertos, de heridos y de desaparecidos. En la primera quincena de la Operación Overlord este hecho significó solo para el I Ejército estadounidense una media de 1.800 bajas al día, o lo que es lo mismo, una cada cuarenta y siete segundos. Una enfermera francesa hablaba en su diario de hombres heridos «blancos como el papel, con los orificios nasales tensos y los ojos en blanco. Grandes heridas sangrantes, extremidades hechas añicos, hemorragias internas, rostros desfigurados». El aumento sorprendente de los casos de fatiga de combate — término acuñado en Túnez para sustituir el nombre inapropiado de «conmoción por bombardeo»— reflejaba perfectamente el estrés que suponía combatir en el *bocage*; a mediados de julio, estas patologías neuropsiquiátricas las sufrirían una de cada cuatro bajas de infantería del XXI Grupo de Ejércitos; las más severas hacían que los soldados «se quedaran acurrucados como animalitos aterrorizados» en los centros de primeros auxilios de los batallones. A comienzos de agosto, el I Ejército también investigaría los casos de más de quinientos soldados sospechosos de haberse infligido ellos mismos sus heridas, normalmente de un disparo en el pie o en la mano. «Una excelente división fue aniquilada en la conquista de la localidad de La Haye-du-Puits», escribiría un teniente coronel. «Hay un centenar de localidades como esa entre el lugar en el que nos encontramos y París. ¿Acaso disponemos de cien divisiones para gastarlas en su conquista?» ⁹³

Pero no había más remedio que seguir adelante. «Las cosas siempre resultan confusas y misteriosas en tiempos de guerra», escribiría Pyle. «Ahí estaba yo agachado, un simple muchacho desconcertado vestido de marrón que formaba parte de una delgada línea de más muchachos desconcertados.» El capitán Keith Douglas, veterano británico del norte de África y probablemente la voz poética más incisiva de la segunda guerra mundial, había escrito sobre el hecho de acabar con la vida de soldados enemigos: «Cuán fácil es crear un fantasma». Y cuán fácil era convertirse en un fantasma: Douglas cayó al sur de Bayeux, herido de muerte por un fragmento de mortero tan pequeño que su cuerpo parecía incólume. «Lo enterré cerca del seto junto al que había fallecido», escribiría un capellán. «El hecho de estar prácticamente solo mientras celebraba el funeral junto a su sepultura me afectó profundamente.» ⁹⁴

Solo el ojo más acostumbrado a percibir cambios meteorológicos habría notado una pequeña variación en el barómetro el domingo, 18 de junio, por la noche. A pesar de un frente frío que descendía desde Islandia y una depresión atmosférica en el Mediterráneo, los meteorólogos del SHAEF pronosticaron varios días de cielos serenos y mar tranquilo en la costa de la invasión, todo en concordancia con el tiempo benigno propio de la inminente estación estiva. *Channel Pilot*, una biblia para los marineros que navegaban por la costa de Normandía, dijo que la posibilidad de que se produjera un temporal aquel mes de junio era prácticamente cero. Otro estudio sobre el desarrollo de tormentas que venía llevándose a cabo desde la década de 1870 señalaba una probabilidad de 300 contra 1.⁹⁵

En aquellos momentos, más de doscientos barcos surcaban todos los días las aguas del fondeadero de la invasión. Aunque hombres y máquinas llenaban las playas, lo cierto es que las 218.000 toneladas de pertrechos y provisiones desembarcadas desde el Día D eran un 30 % menos de las previstas. El caos reinaba en los puertos británicos completamente atascados al otro lado del canal, donde los capitanes de navío anclaban a menudo frente a la playa equivocada, los manifiestos se extraviaban, y petulantes oficiales iban en su lancha de barco en barco exigiendo conocer el contenido de todo lo que había en las bodegas. Se cometían todo tipo de excesos: en un almacén de intendencia se informaría de la recepción de once mil escobas, trece mil fregonas, cinco mil cubos de basura y treinta y tres mil resmas de papel para mimeografiar. Se oyó a un oficial suplicar: «¡Por favor! ¡Por favor! ¡Paren de enviarme material que no necesito!»⁹⁶

Pero la escasez era el fenómeno más habitual, y había falta tanto de brújulas y redes de casco como de palas. Las unidades de Bradley necesitaban desesperadamente otros seis mil lanzagranadas M-7. Se desembarcaron de diecinueve barcos miles de toneladas para encontrar urgentemente unos pocos centenares de paquetes con mapas. No había nada más necesario en el *bocage* que las municiones de los morteros de 81 mm. El hecho de que no logran encontrar suficientes proyectiles en los barcos del fondeadero provocó la confiscación urgente de casi toda la munición, de todo tipo, en el Reino Unido: en poco tiempo se reunirían 145.000 toneladas frente a las playas. Las tropas hurgaban en todas las cajas en busca del tipo que precisaban, aunque, de todos modos, se acotarían estrictamente el número de disparos que podían efectuar los soldados de ocho divisiones. El 15 de junio, el I Ejército había impuesto también severas restricciones en el número de salvas de la artillería, después de que algunas baterías, que supuestamente no podían disparar más de 125 proyectiles diarios, hubieran multiplicado por cuatro esta cifra en apenas doce horas.⁹⁷

La salvación llegó por el mar frente a las playas de Omaha y Gold cuando un par de gigantescos «puertos sintéticos» tomaron forma tras dos años de planificación en el más absoluto secreto. En lo que cabría calificar de uno de los proyectos de construcción más ambiciosos emprendidos por Gran Bretaña, veinte mil operarios habían estado trabajando en los componentes a un coste de cien millones de dólares estadounidenses; otros diez mil se encargaban en aquellos momentos de abrirse paso a través del canal junto con aquellas piezas, con la ayuda de cadenas de arrastre, guindalezas y 160 remolcadores. Cada uno de los dos puertos artificiales, el Mulberry A y el Mulberry B —el americano y el británico respectivamente—, tendrían la misma capacidad portuaria de Gibraltar o Dover. Entre otras curiosidades, setenta y cinco barcos derrelictos lastrados con sacos de arena habían zarpado de puertos escoceses rumbo a Normandía en lo que fue calificado de «un último viaje de autoinmolación»; la insólita flota incluía anticuados buques mercantes, viejas embarcaciones de vapor y acorazados ya obsoletos como el *Centurion* británico y el *Courbet* francés, en el que ondeaba una enorme bandera tricolor. Después de hundirlos a tres brazas de profundidad en paralelo a la costa, los buques formaron una especie de diques o escolleras llamados *Gooseberries*.⁹⁸

A esta flota suicida se sumaron 146 grandiosas estructuras de hormigón en forma de caja, cuyo peso llegaba a alcanzar las seis mil toneladas. Remolcados como edificios flotantes a través del canal de la Mancha, dichas estructuras fueron hundidas cerca de los *Gooseberries* para crear más escolleras. También fueron trasladados a la costa normanda más de quince kilómetros de muelles flotantes y sus correspondientes cabezas de muelle, montados sobre unos pilares que subían o bajaban en función de las mareas. En total, dos millones de toneladas de material de construcción fueron empleadas para crear los Mulberries, incluida una cantidad de hormigón que multiplicaba por diecisiete la utilizada en la década de 1920 para levantar el estadio de los Yankees de Nueva York. Los más escépticos ponían el grito en el cielo —«Una tormenta los barrerá», avisaba el contraalmirante John L. Hall, el lobo de mar más veterano que había en la playa Omaha—, pero las operaciones de descarga ya habían comenzado en Mulberry A el 16 de junio por la noche. Los buques «Liberty» y otros similares ya podían efectuar las operaciones de estibación a un kilómetro de la costa, y las LST quedar vacías en menos de una hora. Por fin, las playas de la Operación Overlord eran un lugar en el que las cosas se desarrollaban de manera racional y correcta.⁹⁹

Y fue entonces cuando los dioses montaron en cólera, como si su deseo fuera reprender a los que pretendían dominar los mares. Aquel barómetro con ligeras variaciones bajó bruscamente: grandes nubarrones grises y un viento en aumento

comenzaron a levantar un gran oleaje contra la costa de sotavento, desatándose una de las peores tempestades de junio de los últimos ocho años. El lunes, 19 de junio, a media mañana, las operaciones de descarga se suspendieron; al mediodía, el buque británico *Despatch* registró vientos de fuerza 8 —casi sesenta y cinco kilómetros por hora—, y las olas eran de dos metros. Las anclas se hacían pesadas y se atascaban, las cuerdas de amarre se rompían, los artilleros de las baterías antiaéreas fueron evacuados de las plataformas de los cañones de los puertos Mulberry después de que las olas se llevaran por delante las barandillas y las pasarelas. El martes la cosa fue aún peor, con olas de más de tres metros que avanzaban desde el canal. El combustible desparramado por los *Gooseberries* no sirvió ni para calmar el mar ni para templar los ánimos. «La tempestad no amaina, sino que empeora», escribiría un teniente británico. «Y el riesgo de que acaba barriéndonos es considerable.»¹⁰⁰

Y estaban siendo barridos, muelle por muelle, y una cabeza de muelle detrás de otra, con el estrépito del acero chocando contra el acero en medio de un viento huracanado. Los barcos trataban de escapar, chocando contra los muelles de pontones, por mucho que desde el Mulberry A los marineros gritaran maldiciones e incluso dispararan. De treinta y seis estructuras flotantes de acero —cada una de más de sesenta metros de largo por casi cuatro de ancho—, veinticinco se soltaron, moviéndose a la deriva por el fondeadero frente a la playa Omaha. El violento oleaje partió por la mitad siete buques en el *Gooseberry* de Omaha, entre otros el venerable *Centurion*, y muchos bloques de hormigón se rompieron. Las llamadas de angustia bloqueaban todos los canales de radio, y los pitidos lastimeros de las sirenas de un centenar de barcos se sumaron a aquel estrépito. «Estamos viviendo una maldición», escribiría el miércoles, 21 de junio, el almirante Ramsay en su diario.¹⁰¹

Al cabo de ocho horas, la maldición empezó a romperse. «Aquel griterío perdió intensidad para convertirse en un profundo suspiro de alivio», escribiría un testigo. «Por el oeste, comenzó a abrirse un claro en el cielo». Siguió soplando un viento de fuerza 7 hasta la media tarde del miércoles, pero la gran tempestad había amainado, aunque el caos había hecho estragos. «Ni siguiera una incursión de mil bombarderos habría podido causar tanto daño», comentaría un oficial de salvamento de la marina. Ochocientas embarcaciones, de todo tipo y tamaño, habían sido arrastradas hasta la costa, incluido un pequeño buque cisterna que acabó en medio de las dunas, y otras muchas habían ido a pique. Todas las salidas de Omaha, desde Fox Red hasta Dog Green, habían quedado obstruidas. Y en alta mar se habían perdido más de tres kilómetros de muelles articulados de acero que estaban siendo remolcados desde Inglaterra cuando se desató la tormenta.¹⁰²

El Mulberry A se perdió por completo. Barridas por las olas, sus estructuras acabaron desperdigadas por la playa o balanceándose, como los restos de un naufragio, en las aguas de la bahía del Sena. Algunas pudieron recuperarse para ser utilizadas en la reconstrucción del Mulberry B, que había salido mejor parado porque estaba protegido por bancos de arena y —según los británicos— porque los *Gooseberries* habían sido colocados con más cuidado que los de los americanos. Fuera como fuere, lo cierto es que Ramsay criticó los puertos Mulberry, calificándolos de «un fracaso aún más estrepitoso de lo que yo ya había pronosticado»; por su parte, el almirante Hall los llamaría «el mayor derroche de mano de obra, de acero y de equipamientos... de toda la segunda guerra mundial». ¹⁰³

Al final, el Mulberry B sería de utilidad: a finales del verano, casi la mitad de las provisiones y pertrechos de los británicos llegaban a Francia por ese puerto artificial, cuya construcción terminó a mediados de junio y pasó a llamarse «Puerto Winston». Pero, mientras tanto, el desastre había impedido la llegada a Francia de 140.000 toneladas de suministros y veinte mil vehículos. El 22 de junio, por la tarde, Montgomery calculó que la concentración de fuerzas aliadas llevaba «un retraso de al menos seis días», una demora que no se vería compensada hasta finales de julio. El II Ejército tenía desembarcadas tres divisiones menos de lo previsto, lo que obligaba a posponer un nuevo ataque contra Caen, y Rommel había sabido aprovechar el mal tiempo para reforzar las defensas en la cabeza de playa. Eran tan agudos los gritos pidiendo munición, que se enviaron cajas de granadas de mano en aviones. Y Bradley ordenó varar adrede ocho barcos de cabotaje para poder abrir agujeros en sus cascos y efectuar las operaciones de descarga con mayor rapidez. ¹⁰⁴

Con las playas sumidas de nuevo en el caos, la conquista de Cherburgo parecía más urgente que nunca. Un estudio del I Ejército había advertido que si el puerto no era capturado rápidamente, no podría prestarse apoyo a más de dieciocho divisiones aliadas, un menoscabo que permitiría al enemigo «arrollarnos». Se consideraba que Cherburgo podía ella sola convertirse en centro de suministros de hasta treinta divisiones en combate. No es de extrañar que en cuartel general de Eisenhower la calificara en aquellos momentos de «la ciudad portuaria más importante del mundo». ¹⁰⁵

Grandes desgracias habían caído sobre Cherburgo a lo largo de los siglos. Su emplazamiento, tan cerca de Inglaterra, trajo el pillaje del enemigo hereditario en 1295, 1346 y 1418. En 1758, una flota inglesa incendió todos los barcos franceses del puerto y destruyó las fortificaciones. La ciudad fue recuperando lentamente su importancia y prosperidad. En 1840, los restos mortales de Napoleón Bonaparte

habían llegado hasta Cherburgo desde la isla de Santa Elena en su traslado a París, inspirando un movimiento para rebautizar la ciudad con el nombre de Napoleonville. Al final, solo fue erigida una estatua ecuestre del emperador francés. Las galernas invernales de la región frustraron incluso a Vauban, el gran ingeniero militar, cuando quiso agrandar el puerto con un rompeolas; no lo consiguió hasta el tercer intento, después de utilizar gigantesco bloque de granito unidos con cemento hidráulico. En abril de 1912, el *Titanic* zarpó rumbo a Cherburgo en su fatídico viaje inaugural. Una posterior expansión del puerto, financiada con las reparaciones de guerra de Alemania al término de la primera guerra mundial, supuso la creación de los amarraderos utilizados por otros grandes buques transatlánticos en el período de entreguerras. Saboreando la venganza, Rommel y su división capturaron esos muelles y el resto del puerto en 1940.¹⁰⁶

En aquellos momentos Cherburgo volvía a estar sitiada. La noche del 21 de junio, tres divisiones del VII Cuerpo de Collins empezaron a roer las fortificaciones de hormigón y los refugios que había incrustados en las escarpadas colinas que rodeaban la ciudad. Los campesinos franceses tiraban rosas a las tropas aliadas que llevaban una barba de dos semanas y los uniformes completamente sucios. Esos soldados «tenían un aspecto terriblemente patético», escribiría Ernie Pyle, «pistola en mano, subiendo sigilosamente por una calle que olía a muerte, en una ciudad extraña y destruida de un lejano país, y en medio de una lluvia intensa». Por los altavoces de los camiones del ejército estadounidense sonaban vales de Strauss para provocar un sentimiento de nostalgia entre las filas enemigas, mientras se repetían llamamientos a la rendición, una táctica denominada «reclamo para cerdos». Los opúsculos incitando a deponer las armas, llamados *bumpf* por la expresión *bum fodder* («papel higiénico» en inglés), prometían mucha comida, e incluían ayudas fonéticas para pronunciar palabras o frases en inglés, como, por ejemplo, *Ei sörrender (I surrender, me rindo)*, *Wen ken ai tek a bahs? (When can I take a bath?, ¿cuándo podré tomar un baño?)*, *Sam mor koffi, plies (Some more coffee, please, un poco más de café, por favor)* o *Senks for se siggarets (Thanks for the cigarettes, gracias por los cigarrillos)*.¹⁰⁷

Un ultimátum de los americanos expiró sin obtener respuesta alguna el jueves, 22 de junio, a las nueve de la mañana, justo cuando la gran tormenta empezó a amainar. Poco después de las doce del mediodía, quinientos cazabombarderos aliados ametrallaron y bombardearon la ciudad desde una altura de apenas cien metros; a continuación, cuatrocientos bombarderos medios complementaron la labor, martilleándola durante una hora. Los tanques Sherman se encargaron de los recalcitrantes fusileros enemigos, y el viernes las tres divisiones estadounidenses ya habían penetrado en la ciudad por el este, el oeste y el sur, abriéndose paso con la

ayuda de fósforo blanco, cargas satchel y lanzallamas. Un caballo fue espantado para que entrara en la ciudad con el cadáver de un soldado alemán atado a la silla de montar con una nota que decía: «¡Todos vosotros, hijos de perra, vais a acabar de la misma manera!».108

En unos mensajes de radio descifrados por Ultra, el general al mando de la guarnición, un disciplinado militar de carrera llamado Karl-Wilhelm von Schlieben, comunicaba a Rommel que sus veintiún mil soldados se veían obligados a soportar la carga que suponían dos mil heridos «extremadamente agotados» y con «parálisis de búnker». Cherburgo disponía aún de provisiones para dos meses, incluidas unas cinco mil vacas que habían sido confiscadas y conducidas a la ciudad, pero el plan de trasladar ocho toneladas de munición a bordo de cuatro submarinos había sido abortado. La respuesta de Rommel, enviada a la una del mediodía del domingo, 25 de junio, no fue precisamente un alivio: «Usted continuará luchando hasta el último cartucho siguiendo las órdenes del Führer».109

Las desgracias se multiplicaron para Schlieben. Justo cuando llegó la contestación de Rommel, tres acorazados aliados, cuatro cruceros y once destructores, encabezados por una flotilla de dragaminas, aparecieron por el horizonte. En un mar espejado, y bajo una suave brisa, la fuerza de bombardeo se dividió en dos escuadras. Entonces, por primera vez desde la batalla de Casablanca de noviembre de 1942, la flota aliada comenzó lo que los marineros denominaban «¡Venga! ¡Dispara, Flanagan!» contra unos cañones enemigos de peso y alcance similares. Avanzando de este a oeste con unos destructores que soltaban humo, el crucero *Quincy* llegó a situarse a menos de once kilómetros de la costa creyendo erróneamente que la mayoría de las baterías enemigas ya habían sido silenciadas. El brillante centelleo del fogonazo de un cañón indicó lo contrario, y treinta segundos después una bomba de 150 mm impactó en el agua cerca del barco para confirmarlo.110

Enseguida comenzó un estruendoso intercambio de salvas, «el fuego más concentrado contra y desde una playa que hubiera podido imaginar jamás», comentaría un oficial. Quince proyectiles o más cayeron alrededor del *Quincy*, levantando grandes columnas de agua verdosa que cubrieron su castillo de proa, mientras la nave y sus hermanas no paraban de zigzaguear creando un torbellino de espumosas estelas blancas y grandes olas de proa. Unas veinte bombas alemanas cayeron también alrededor del *Nevada*, aquel furioso espectro de Pearl Harbor; dos dieron en la superestructura del barco, aunque apenas arrancaron parte de su pintura. Un Spitfire en misión de reconocimiento para el crucero británico *Glasgow* no pudo localizar ni una batería enemiga debido a las nubes de humo y polvo que cubrían la zona, pero los artilleros alemanes sí vieron el navío con la suficiente claridad como

para alcanzar su hangar y otras partes exteriores del navío, obligándolo a retirarse brevemente para poder lamerse las heridas. Las tres horas que duró aquel furioso intercambio de cañonazos provocaron más ruido que destrucción, aunque el capitán y el oficial ejecutivo del buque británico *Enterprise* resultaran heridos por fragmentos de bomba. Unos trescientos proyectiles de 152, 4 mm lograron por fin aplacar la furia de la batería alemana más combativa al oeste del puerto, pero sin acabar con ella.¹¹¹

A unos diez kilómetros al este de Cherburgo, un cuarteto de cañones de 280 mm de la Batería Hamburgo ocupaba la plaza fuerte más poderosa del enemigo en la península de Cotentin, con un alcance de cuarenta kilómetros. La segunda escuadra de ataque se había situado a apenas diecisiete kilómetros de la costa cuando unas bombas enemigas alcanzaron inesperadamente los destructores americanos *Barton* y *Laffey*, en la sala de máquinas y en la proa (a babor) respectivamente; por fortuna, ninguno de los dos proyectiles estalló. Menos suerte tuvo el navío estadounidense *O'Brien*, donde, justo antes de la una del mediodía, cayó una bomba de la Batería Hamburgo que detonó en su centro de mando, matando o hiriendo a treinta y dos hombres. Las salvas se intensificaron. El acorazado *Texas* fue alcanzado en la proa, luego en la popa, y después en la cabina blindada del piloto por un proyectil asesino de 280 mm que acabó con la vida del timonel e hirió a otros once hombres. El *Texas* respondió disparando más de doscientas bombas de 365 mm. A las tres de la tarde, habían caído ochocientas descargas sobre la Batería Hamburgo.¹¹²

Pero cuando la flota aliada se retiró, adentrándose en el canal de la Mancha, solo uno de los cuatro cañones enemigos había quedado inutilizado. A pesar de «un bombardeo naval de una ferocidad nunca vista hasta ahora», como comentaría un diario de guerra alemán en su descripción de aquel intercambio de salvas, la fortaleza de Cherburgo no pudo ser reducida desde el mar. Habría que tomar el puerto con un ataque terrestre.

Y a ello estaba dispuesto el general Collins. Con Ted Roosevelt muy cerca, observó el desarrollo de la acción naval el domingo por la tarde en un reducto capturado al enemigo al este de la ciudad, a una altura de unos ciento veinte metros desde la que podía admirar las torres de la iglesia y las casas de piedra gris con tejados rojos. «Desde aquí, la vista de Cherburgo es magnífica», escribiría un día después en una carta dirigida a su esposa:

Pudimos ver el humo de los disparos dirigidos al Fort du Roule, principal bastión de las defensas alemanas, en un elevado promontorio desde el que se domina la ciudad. Más allá, a la derecha, estaban los dos rompeolas, el interior y el exterior, con sus dos antiguos fuertes franceses controlando el acceso desde el mar... [Cherburgo] está situada en una cuenca en la que se elevaban grandes columnas de humo allí donde los alemanes estaban destruyendo los depósitos de combustible y munición.¹¹³

Joe Collins estaba en el lugar en el que siempre había querido estar: en lo más alto. Desde las alturas, solía decir a sus subordinados, «puedes conseguir que el otro se avenga». Con su mechón de cabellos rebeldes bien repeinado, sus dotes persuasivas y su despreocupación por las bajas, era, a sus cuarenta y ocho años, el más joven de los treinta y cuatro hombres que iban a estar al frente de un cuerpo del ejército estadounidense en la segunda guerra mundial. Gavin lo consideraba un tipo «escuchimizado, engreído, presuntuoso, hasta el punto de hacerse pesado»; para los oficiales del Estado Mayor del I Ejército era «Mostaza Picante». El décimo de once hijos de un emigrante irlandés que iba vendiendo de puerta en puerta clavos, perdigones y pienso de unos grandes almacenes de Nueva Orleans, Collins se había graduado en West Point en 1917, siendo asignado a un regimiento de infantería. A los veintidós años, había comandado un batallón en Francia al término de la Gran Guerra, y se había labrado un nombre en el Pacífico Sur, donde contrajo la enfermedad de la malaria que seguía produciéndole convulsiones. «Todas las tácticas que puedan necesitarse», insistía, podían aprenderse con el estudio de la campaña del general Winfield Scott de Veracruz a la ciudad de México. Superarse a diario seguía siendo la aspiración de su vida, y en los meses que estaban por venir efectuaría diversos pedidos a una librería de Washington: *Moby-Dick*, *Moll Flanders*, *Santuario* de William Faulkner, *Naná* de Émile Zola y otras muchas novelas. También compilaba aforismos. Uno de sus favoritos era: «Una orden no es más que una aspiración, la esperanza de que lo solicitado se haga realidad». Las virtudes que le había atribuido el anuario de West Point veinticinco años antes describían perfectamente su manera de mandar: «primero, concentración y determinación; segundo, actuación rápida y entusiasta». ¹¹⁴

En aquellos momentos, Cherburgo era prácticamente suya: las colinas, la cuenca y lo que había entre unas y otra. Fort du Roule cayó mientras él observaba la operación, aunque los zapadores tendrían que pasar un día más tratando de persuadir en los subterráneos a los enemigos más reticentes, vertiendo fósforo blanco por los respiraderos y bajando dinamita por medio de un cable para hacer saltar por los aires las troneras de los cañones. Los soldados americanos tomaron el puerto con la ayuda de granadas, bayonetas y proyectiles de 155 mm disparados a bocajarro por el Boulevard Maritime. ¹¹⁵

El general von Schlieben ya se había retirado a un laberinto de galerías excavadas en una cantera de piedra al oeste de Fort du Roule. Más de ochocientos alemanes se hacinaban en aquellas fétidas cámaras, «en las que no cabía ni un alfiler». El 26 de junio, a las tres de la tarde, Schlieben envió por radio un último mensaje a Rommel: «Documentos quemados, códigos destruidos». Apenas dos horas después,

desde una distancia de trescientos metros, una unidad de cazacarros disparó veintidós salvas contra la entrada del túnel. «Ha sido muy bueno», comentó un artillero tras oírse la última descarga.¹¹⁶

Al cabo de unos minutos apareció un soldado alemán portando una bandera blanca del tamaño de una sábana, seguido por una columna de soldados tambaleantes con las manos en alto, y por el general von Schlieben, con su imponente estatura, el rostro sucio y su abrigo manchado de barro y de polvo. En uno de sus bolsillos se encontró el menú de una cena celebrada en su honor en la ciudad de Cherburgo unas semanas antes: langosta con salsa holandesa, paté de foie gras, cordero al horno, melocotones y champaña. En aquellos momentos, en el cuartel general de la 9.^a División, le ofrecieron queso de una ración K y brandy, mientras Robert Capa y otros fotógrafos giraban a su alrededor. Cuando Schlieben se quejó, *auf Deutsch*, «estoy cansado de tanta fotografía», Capa bajó su cámara suspirando de manera histriónica y replicó, también *auf Deutsch*, «yo estoy igualmente cansado. Tengo que hacer fotografías de muchísimos generales alemanes capturados».¹¹⁷

Según el informe de un oficial del SHAEF, Cherburgo se convirtió en un «paraíso para el saqueador». En Fort du Roule, se encontraron grandes cantidades de «todo tipo de cosas, desde espuma de afeitar hasta torpedos», además de telas de seda, puros, radios y paquetes de jabón sin enviar, destinados a familiares en Alemania. El hotel Atlantique tenía montones y montones de papel carbón, sobres y zapatos, tanto de madera como de piel; y el armario de Schlieben en la Villa Meurice estaba lleno de lengua de ternera, panceta, alcachofas y pulpo en lata. Los soldados también encontraron diez mil contenedores de cemento —utilizado para la construcción de las rampas de los V-1—, más de dos mil trescientos metros cúbicos de madera y, lo más importante, unos tanques de combustible intactos con los que conseguir más de seiscientos mil barriles. La policía militar enseguida se hizo cargo de los almacenes que contenían miles y miles de cajas de champaña, coñac, vino y whisky americano. Bradley decretó que, a su debido tiempo, cada soldado de Normandía recibiera dos botellas de vino y tres de licor, pero muchos decidieron no esperar a que les entregaran el lote: el VII Cuerpo brindó por la captura de Cherburgo con un montón de botellas de Hennessy y de Benedictine. «El ejército de los Estados Unidos cogió una bien gorda», contaría un capitán de marina. «Se oían voces ebrias cantando, disparos de fusil toda la noche... con explosiones frecuentes de granadas de mano.»¹¹⁸

Los que habían inspeccionado el puerto no estaban para tantas celebraciones. En un principio, los planificadores del SHAEF habían previsto capturar Cherburgo siete días después del Día D para volver a abrir el puerto al cabo de unas setenta y dos

horas; al final, la ciudad cayó veinte días después del día D, el puerto no empezó a estar operativo hasta tres semanas después, y los zapadores aliados pasarían meses reparando unas instalaciones de las que en Berlín se diría con orgullo que habían quedado «totalmente arrasadas». Aquel genio alemán para la destrucción, perfeccionado con prácticas en Bizerta y en Nápoles, producía lo que un coronel americano denominaría «un trabajo magistral, sin duda la demolición más completa, intensiva y mejor planificada de la historia». Con sus grandes cargamentos de explosivos, los germanos habían provocado más daño del que los Aliados hubieran podido imaginar jamás. Las centrales energéticas, incluida la eléctrica, fueron demolidas, junto con la estación ferroviaria del puerto y los puentes, los edificios y los *U-Boot-Bunker* (fortificación portuaria para la protección de submarinos). Las dársenas y los diques secos quedaron bloqueados por un montón de grúas volcadas y por más de un centenar de embarcaciones hundidas, desde barcas de pesca hasta un ballenero de ciento setenta metros de eslora. Unos quince mil metros cúbicos de cascotes obstruían la *Darse Transatlantique*, donde otrora habían atracado buques como el *Queen Mary* y el *Normandie*. Uno de los embarcadores presentaba nueve agujeros de quince metros de diámetro, y en los grandes muelles se habían abierto cráteres de treinta metros por veinte.¹¹⁹

Aquellas ruinas estaban sembradas de trampas cazabobos, y más de cuatrocientas minas de seis tipos distintos serían halladas o detonadas en la rada. Algunos de esos explosivos permanecían dormidos durante casi tres meses antes de estallar, de modo que cada mañana, en lo que quedaba de verano, hubo que efectuar barridos magnéticos y acústicos del puerto. Apenas unas horas después de la detención de Schlieben, empezó una reconstrucción tediosa y peligrosísima, a pesar de las dificultades para conseguir buzos, remolcadores y equipos de ingeniería de Gran Bretaña. Al final, Cherburgo consumiría más de quince mil toneladas de material al día, al menos el doble de lo previsto por el SHAEF, pero no sería hasta mediados de julio cuando la primera barcaza pudiera entrar en el puerto, no sería hasta mediados de agosto cuando amarrara en sus muelles el primer buque de clase Liberty y no sería hasta mediados de octubre cuando el estado de las dársenas permitiera la llegada de los grandes cargueros. «Es imposible no darse cuenta —reconocería un informe del ejército— de que las cosas no fueron según lo planificado.» Cherburgo evitó que los ejércitos aliados en Francia perdieran fuelle y se disiparan, pero la ingente tarea de reconstrucción, engrandecimiento y aprovisionamiento de esa anfitriona atormentaría a Eisenhower durante el resto de 1944.¹²⁰

Por el momento, los conquistadores podían saborear lo que Churchill llamaba «esta victoria tan significativa»: la captura del primer objetivo de la Operación Overlord, una conquista que el VII Cuerpo había pagado con veintidós mil bajas. El 27 de junio, enfrente del Hôtel de Ville, cerca de la estatua ecuestre de Napoleón, Collins dio un breve discurso en francés, con muchos errores de pronunciación, y obsequió al alcalde una bandera tricolor hecha con pedazos de tela de paracaídas americanos. La población civil recibió la orden de consignar las armas de fuego y las palomas —para impedir que mandara mensajes al enemigo— y de recluirse en casa todos los días al anochecer. Una banda tocó varios himnos nacionales a compás lento antes de que el metal del ejército desfilara por la Place Napoleón para felicitar a sus sucios y ojerosos soldados, uno de los cuales musitó: «Abrid paso a los jodidos generales».¹²¹

Después de haber entregado sus pertenencias —cuchillos, encendedores, documentación—, un montón de prisioneros desfiló ante los franceses que no paraban de escupirles y de mofarse de ellos, «inventando nuevos insultos» con los que humillarlos, como informaría Alan Moorehead. Esos alemanes, que seguían cantando baladas de la guerra de los Siete Años, dejarían sus celdas de confinamiento para subir a bordo de unas LST y de otro tipo de embarcaciones de transporte que los trasladarían a Gran Bretaña para ser internados en campos de prisioneros. Hitler se puso tan furioso por la caída de Cherburgo que amenazó con llevar ante un tribunal militar al comandante del VII Ejército, el cual falleció repentinamente el 29 de junio, por lo visto de un ataque al corazón, aunque muchos sospecharon que él mismo se había envenenado.¹²²

Los soldados también clasificaron los efectos personales, incluida una pila de sacos de dormir con los nombres de los soldados caídos en combate y amontonados junto a un muro de piedra cerca del hospital Louis Pasteur. Los oficiales de intendencia separaron los equipamientos militares de los artículos personales, llenando un gran número de cajas de cartón con fotografías de muchachas sonrientes, armónicas y libros a medio leer. Una biblia de bolsillo tenía escrita la siguiente frase en una de sus guardas: «A Alton C. Bright de mamá. Léela y sé bueno». El sargento Bright, natural de Tennessee, ya no podía ser bueno porque estaba muerto.¹²³

En un hospital decimonónico de la marina francesa que había en las inmediaciones, probablemente por la falta de suministro de luz y de agua durante la última semana, los médicos encontraron una morgue llena de cadáveres de alemanes, franceses y americanos en estado de descomposición. En sus salas de operaciones y en sus pasillos, un montón de extremidades amputadas se pudrían en cubos y papeleras. «Había instrumentos sucios por doquier, y ropa de cama sucia», escribiría

una enfermera del 12.º Hospital de Campaña. Los pacientes «apestaban a sangre y a excrementos». Un corresponsal de la revista *Life* escribiría, «Tal vez tendría que haber más hombres que supieran lo que es el sacrificio de la guerra, pues ésta no es una buena manera ni de vivir ni de morir». Y a renglón seguido añadía: «La guerra en el oeste no ha hecho más que comenzar».¹²⁴

Enseguida se abrieron dos burdeles en Cherburgo. Ambos funcionaban de dos de la tarde a nueve de la noche, y en uno de ellos colgaba el cartel de «solo blancos». La policía militar se encargaba de mantener el orden en las largas colas de soldados que se formaban a sus puertas. *Les tondues*, mujeres a las que rapaban la cabeza por *collaboration sentimentale* con el invasor alemán, eran exhibidas en un camión llamado «la camioneta de los colaboracionistas». Las de Cherburgo fueron las primeras de las aproximadamente veinte mil a las que cortarían el cabello en Francia aquel verano; los montones de pelo se quemaban en una hoguera, y el olor podía percibirse a kilómetros de distancia.¹²⁵

Esos olores nauseabundos se pegaban a la nariz, y acompañarían a los soldados más allá de Cherburgo, más allá de los campos de batalla: el olor a gas del tubo de escape de los vehículos diésel, el olor a cordita, a yeso mojado, a montones de estiércol y a los cuerpos putrefactos de los animales que los habían dejado antes morir por culpa de una bomba. Un soldado de infantería llamado John B. Babcock haría más tarde una lista de todos aquellos desagradables olores: «el Cosmoline, utilizado para prevenir la oxidación de los fusiles y pistolas, el aceite empleado para limpiar las armas, el cloro del agua potable, los polvos antiparasitarios, la resina de ramas de pino recién cortadas, la tierra recién cavada». Y a eso había que añadir: «el jabón amarillo del ejército y el humo grasiento» de las cocinas de campaña, así como los penetrantes olores alemanes a col fermentada y a centeno, a «lana empapada en sudor rancio, [y] a tabaco basto». Aunque la guerra en el oeste no había hecho más que empezar, ya podía percibirse el aroma de la liberación.¹²⁶

La liberación

Una monstruosa fábrica de muerte

A comienzos de julio, habían desembarcado en Normandía un millón de soldados, aunque la invasión recordaba cada vez más el estancamiento que se había producido en Anzio o, lo que era aún peor, la guerra de trincheras estática de la primera guerra mundial. Las tiendas de campaña habían desaparecido para ser sustituidas por laberínticas madrigueras cubiertas de tablones de pino y sacos de arena. «Nos siguen machando con morteros», anotaría el teniente Orval E. Faubus en su diario. «Es un mundo inimaginable para un civil.» Aunque Cherburgo había caído, el 1 de julio la cabeza de playa apenas tenía diez kilómetros de profundidad en muchos lugares. Caen y Saint-Lô seguían en manos de los alemanes, y las bajas diarias en Normandía superaban a las de la fuerza británica de Flandes durante la tercera batalla de Ypres de 1917, en la que habían tenido lugar los sanguinarios combates de Passchendaele. Un general alemán que había participado en las dos guerras mundiales describiría en aquellos momentos la lucha en Normandía como «una monstruosa fábrica de muerte, algo que yo jamás he visto en once años de guerra». Omar Bradley comentaría compungido: «No aguanto estar aquí. He perdido a mis mejores muchachos. Son los que primero se atrevían a asomar la cabeza entre los setos para que se la volaran». ¹

Los planificadores de Eisenhower no habían pensado mucho en las alternativas de los Aliados si la Operación Overlord entraba en una fase de estancamiento. Habían considerado unas pocas opciones, como, por ejemplo, emprender otro ataque aerotransportado y anfibio fuera de Normandía. Pero la única solución factible, según un estudio del SHAEF, era seguir adelante costara lo que costara: «concentrar todas las fuerzas aéreas y terrestres disponibles para lanzar, desde la zona capturada, una ofensiva con la que abrir una brecha en las filas enemigas». ²

El nerviosismo del comandante supremo aumentaba cada vez que le entregaban las listas con las nuevas bajas. Aunque había cambiado de marca de tabaco, y en aquellos momentos fumaba Chesterfield, seguía consumiendo diariamente un montón de cigarrillos, lo que no contribuía precisamente a mejorar su presión arterial, que estaba en 176/110. Un médico del ejército le prescribió «reducir la actividad»; pero el zumbido en los oídos siguió atosigándolo. Comía poco y dormía mal, sobre todo porque los ataques de los V-1 a menudo lo obligaban a dirigirse a un refugio antiaéreo recién restaurado en Bushy Park, donde el fuerte olor a pintura le provocaba dolor de cabeza. El 1 de julio, una bomba volante estalló a doscientos metros del despacho de Eisenhower, rompiendo las ventanas y arrancando un pedazo de la cubierta. En una agenda de piel roja, el comandante supremo anotaba breves comentarios de desazón: «El ataque de Bradley en el sur queda pospuesto ahora al 3 de julio. ¡Cómo sufro!... He intentado jugar una partida de bridge. Horrible». Durante una visita a la cabeza de playa a comienzos de julio, se alojó en el cuartel general de Bradley, donde por la noche paseaba sigilosamente en pijama rojo y zapatillas; una tarde se subió a la trasera de un Mustang P-51 del que habían sacado la radio, y durante cuarenta y cinco minutos estuvo volando hacia el oeste, luego hacia el sur y a continuación hacia el este, en dirección a París para observar desde el aire el campo de batalla. «Marshall se pondría hecho una furia si se enterara de lo que he hecho», reconocería. Cuando le comunicaron que un oficial alemán capturado en Cherburgo se negaba a revelar los lugares en los que habían colocado minas, Eisenhower exclamó, «¡Pegadle un tiro a ese bastardo!»; una orden que en realidad no pretendía que se cumpliera, y que no se cumplió.³

Montgomery llevaba mucho tiempo contemplando la idea de librar una batalla de desgaste —lo que él denominaba una «pelea de perros»—, después del ataque invasor y antes de avanzar desde la cabeza de playa. En cualquier caso, Eisenhower perdió la paciencia, y el 7 de julio, en una nota que empezaba diciendo «Querido Monty», escribió:

Conozco su plan de resistir firmemente con su ala izquierda, atrayendo a ella todas las fuerzas blindadas enemigas, mientras su ala derecha se abre paso hacia el sur de la península para amenazar la retaguardia y el flanco del contingente enfrentado al II Ejército británico... Debemos utilizar toda la energía posible en un decidido esfuerzo por evitar que se produzca un estancamiento... Le respaldaré al máximo en cualquier esfuerzo que decida llevar a cabo con el fin de evitar que lleguemos a un punto muerto.⁴

La respuesta enviada un día después por Montgomery demostraba una absoluta despreocupación por las mil doscientas bajas que había sufrido aquel mismo día solo la 3.^a División canadiense, incluidos trescientas treinta muertos. «Personalmente,

estoy bastante satisfecho de la situación... ahora ya empiezo a ver la luz», escribió, añadiendo a continuación:

Creo que la batalla va muy bien. El enemigo está siendo atacado con contundencia a lo largo de la línea, y estamos matando a muchos alemanes. De una cosa puede estar seguro: no habrá estancamiento alguno.⁵

Ya había empezado el problema. Este intercambio de mensajes de trabajo exponiendo claramente los puntos de vista ocultaba en realidad una falta total de sintonía que ya afectaba al alto mando aliado, y que no haría más que empeorar. En su diario, Montgomery se quejaría de que Eisenhower «no puede parar de “entrometerse” y de hablar, ¡¡siempre vociferando!!... Me cae muy bien, pero no podría vivir nunca en la misma casa con él; no sabe hablar con calma y tranquilidad». Montgomery pretendía pasar una tercera parte de las horas del día «asegurándome de que no me destituyan» y otra tercera parte inspirando a las tropas, lo que solo «me deja un tercera parte de mi tiempo para derrotar al enemigo». ⁶

En el SHAEF, la insistencia del «Jefe Gran Vendaval» —como llamaban a Montgomery en privado— en que la batalla se desarrollaba según lo previsto provocaba entre malestar y rabia, particularmente en los comandantes aéreos británicos. Montgomery se había convertido en «una especie de dictador y una especie de místico», según la opinión de uno de ellos. «Era difícil localizarlo y conseguir una entrevista con él.» A finales de junio, el ayudante de Eisenhower, el mariscal sir Arthur W. Tedder, jefe del Aire, comunicó a Churchill que menos de la mitad de los ochenta y un escuadrones previstos volaban desde Normandía porque solo habían sido construidas trece pistas de aterrizaje. «El problema es Monty, que no puede ser ni destituido ni obligado a entrar en acción», confesaría Tedder en su diario. Las constantes lluvias no hacían más que empeorar las cosas. Leigh Mallory, frunciendo el entrecejo, daba compulsivamente golpecitos en su barómetro portátil, que siempre parecía estar bajando. «La cosa está muy fría ahora —se quejaba— y puede incluso congelarse.»⁷

Churchill también estaba cada vez más irascible. Temeroso de que la contribución británica se viera infravalorada a medida que aumentaba la preponderancia estadounidense, el primer ministro pidió que los muertos y heridos canadienses fueran «incluidos en las publicaciones británicas de bajas, pues de otro modo todos los considerarían bajas estadounidenses. Se trata de una cuestión primordial, con consecuencias para el Imperio». Los ataques contra Londres con los V-1 lo exasperaban, y parecía considerar la posibilidad de dar una respuesta o bien con armas biológicas —ántrax podía ser una de ellas— o bien con una campaña más

convencional en la que se hiciera pública una lista de cien pequeñas ciudades alemanas mal defendidas, que serían borradas del mapa «una a una con bombardeos».

8

Ninguna de sus dos ideas fue bien acogida por el alto mando británico, sobre todo por razones pragmáticas, pero el 6 de julio Churchill volvió a insistir en que «se valorara fríamente» si el gas venenoso de los Aliados acortaría la guerra, sirviendo de paso para atacar los objetivos previstos por la Operación Crossbow. «Sería absurdo anteponer cuestiones morales en este tema, cuando todo el mundo lo utilizó en la última guerra sin que se quejaran los moralistas o la Iglesia», sostenía Churchill. También señalaba que el bombardeo de ciudades había sido prohibido en la Gran Guerra, pero «en la actualidad todo el mundo efectúa este tipo de ataque... Es simplemente una cuestión de modas, como las faldas largas o cortas de las mujeres». Los planificadores de estrategias en Londres contestaron que el gas «probablemente solo tendría un efecto hostigador» en el Tercer Reich, pero desataría una guerra química generalizada, incluyendo ataques contra Londres. Cuando Eisenhower se enteró, enseguida puso fin a la discusión —por el momento—, con una lacónica nota dirigida a Beetle Smith, su jefe de Estado Mayor: «No estoy dispuesto a participar en la llamada represalia o utilización de gas. Por el amor de Dios, no perdamos de vista lo que nos interesa, y utilicemos un poco más de sentido común». 9

El plan de batalla de Montgomery requería una gran embestida por parte del I Ejército de los Estados Unidos para dar mayor profundidad a la cabeza de playa, y en este sentido su decepción era máxima. Con muchas esperanzas, pero poca imaginación, Bradley ordenó el avance de tres contingentes para lanzar el 3 de julio una ofensiva en el sur, en tres carreteras macadamizadas. En el extremo occidental de la línea aliada, el VIII Cuerpo, con tres divisiones en un frente de veinticuatro kilómetros, sufrió diez mil bajas en doce días para avanzar a duras penas seis kilómetros y medio a través de los pantanos y del *bocage*. Llenos de picaduras de mosquitos, en aquella absurda marcha «todos nos sentíamos más o menos confundidos», informaría una unidad.¹⁰

Más allá de la playa Omaha, en el flanco izquierdo del sector americano, el XIX Cuerpo logró cruzar en botes de goma el río Vire y un canal vecino. Pero un avance hacia las colinas del oeste de Saint-Lô se vio frustrado por la congestión, el fuego amigo y el contraataque de blindados alemanes con pitidos de sirenas. En el centro del sector americano, al VII Cuerpo no le fueron mejor las cosas. «Eso es precisamente lo que *no* quiero», exclamaría Joe Collins después de una acción fallida. Se perdieron, entre otros, mil cuatrocientos hombres de la 83.^a División en su primer día de combate. Un regimiento acabó con cinco coroneles en una semana, y más campos

normandos quedaron sembrados de lo que Hemingway denominaba «las carcasas». En su descripción de la guerra en Normandía, un oficial escribiría simplemente la siguiente frase: «Su miseria siempre me acompaña». En el I Ejército, las aptitudes para el combate resultaban dudosas, empezando por la interpretación de mapas y acabando por la colaboración entre las fuerzas blindadas y las de infantería. La capacidad de liderazgo de los oficiales no era precisamente la esperada: en el espacio de dos meses, Bradley relevaría del mando a nueve generales, incluidos dos comandantes de la 90.^a División.¹¹

La desventurada 90.^a División estaba a punto de recibir un nuevo comandante, aunque este aún no lo sabía. Durante la campaña de Sicilia, Bradley había calificado a Ted Roosevelt de «muy blando para asumir el mando de una división», pero, tras reconsiderar su opinión, lo había recomendado a Eisenhower para ocupar el puesto. Roosevelt había estado atareadísimo como gobernador militar de Cherburgo; también había ayudado a la 4.^a División a salir del paso tras haber perdido a cinco mil hombres desde el Día D. La compañía de fusileros con la que había desembarcado en la playa Utah se había quedado con apenas el 20 % de efectivos, escribiría Ted en una carta dirigida a Eleanor, y con solo cinco de sus seis oficiales originales. «Nuestros mejores muchachos mueren», decía. «Esperemos que tanto sacrificio sirva de algo.» Se acercaba su 57 aniversario, y confesaba sentirse «desesperado y agotado»; y en una carta de fecha 10 de julio dirigida a los suyos se quejaba de que había estado «lloviendo Dios sabe cuántos días. Y todavía no ha parado». Pero, añadía, «ahora tengo un pequeño hogar en un camión capturado a los alemanes... y he colocado en él un escritorio y una cama. Por dentro, está pintado de blanco». Como siempre, encontraba alivio en *El progreso del peregrino*: «Tal vez me duelan los pies y el camino sea duro... pero debo seguir adelante... La paz de mi alma depende de ello». ¹²

Tras celebrar una conferencia con Collins el miércoles, 12 de julio, por la tarde, Roosevelt recibió una sorpresa a las 19:30: la visita de su hijo Quentin, oficial de la 1.^a División. Durante más de dos horas «estuvimos hablando de todo» en el camión alemán remodelado, escribiría Quentin, «de casa, de la familia, de mis proyectos, de la guerra». Apenas una hora después de que marchara su hijo, Roosevelt sufrió una grave trombosis coronaria. El comandante de la 4.^a División, Tubby Barton, recibió la noticia a las 23:30. «Cuando entré en su camión, respiraba, pero estaba inconsciente —escribiría a Eleanor unas horas después—; me senté desconsolado, viendo cómo expiraba el soldado más valiente y el caballero más exquisito que haya podido conocer jamás... El espectáculo debe continuar. Así lo habría querido él, y nosotros nos encargaremos de que sea así.»¹³

El viernes, día de la Bastilla, un semioruga del ejército trasladó los restos mortales de Roosevelt al lugar en el que iban a ser enterrados. Pasó por delante de casas de cuyos alféizares colgaban banderas americanas cosidas a mano y ante un cartel que decía, «*Merci à Nos Libérateurs*». La banda de la división tocó *The Son of God Goes Forth to War* antes de que dos cornetas, alternándose la una con la otra, interpretaran la pieza más emblemática de las fuerzas armadas de los Estados Unidos: *Taps. Rough Rider* volvió al parque móvil, donde le dieron una capa de pintura para borrarle el nombre antes de ir a su nuevo destino. El espectáculo debía continuar.¹⁴

Roosevelt nunca supo de su nombramiento como jefe de división, en el que solo faltaba la firma de Eisenhower para ser realidad, ni de la Medalla de Honor con la que sería condecorado por su heroísmo en la playa Utah. Eisenhower y Bradley se mostraron partidarios de reducir la propuesta de Barton a una Cruz por Servicio Distinguido, pero George Marshall se aseguró de que su viejo compañero de la primera guerra mundial recibiera el más alto honor. «Tenía las cualidades propias de la época isabelina», escribiría un amigo de la familia a Eleanor. «Las montañas, la buena poesía, la nobleza de ánimo encontraban una respuesta enardeciendo su espíritu. No creo que haya en el mundo mucha gente así.» Y a partir de entonces habría una menos.¹⁵

Karl Baedeker, el autor alemán de guías turísticas, había descrito Saint-Lô como «un lugar antiquísimo», fortificado por Carlomagno y «situado de manera pintoresca en la ladera de un monte de la margen derecha del Vire». Aunque saqueado por los vikingos, por los reyes de la dinastía Plantagenet y, en 1574, por los católicos reaccionarios que pasaron a cuchillo a los calvinistas apóstatas, Saint-Lô había logrado siempre recuperar su encanto, hasta el 6 de junio de 1944, cuando los aviones aliados redujeron el pueblo a cenizas. A la mañana siguiente del Día D habían perecido ochocientos habitantes, y los bombarderos regresaron todos los días, durante una semana, para seguir pulverizando las vías de acceso a la cabeza de playa que pudiera utilizar el enemigo. Familias enteras quedaron sepultadas bajo los escombros; otras consiguieron huir, y en aquellos momentos no había más de diez habitantes en un pueblo otrora de once mil.¹⁶

Ocho carreteras y una línea ferroviaria seguían saliendo de Saint-Lô, convirtiendo aquel terreno en la zona principal del I Ejército y en el segmento defendido con más arrojo a lo largo de un frente de ochenta kilómetros. La artillería y «bombas de las grandes», en palabras de un corresponsal, volvieron las colinas de los alrededores en una «manta blanca comida por la polilla. El humo cubriendo los campos orlados de rocas recordó a un observador del ejército americano los grabados

en los que aparecían los campos de batalla de la guerra de Secesión. Durante más de una semana, los soldados estadounidenses se las vieron y se las desearon para poder avanzar apenas quinientos metros al día, a través de pomares destrozados y de montes chamuscados, defendidos por paracaidistas alemanes vestidos con sus holgados trajes grises. El 11 de julio, Bradley había dado por hecho que el enemigo estaba «en las últimas», y se ordenó lanzar un último ataque decisivo a lo largo de dieciséis kilómetros. La 29.^a División de Infantería, mártir de la playa Omaha, pondría rumbo a Saint-Lô a las órdenes de un general belicoso y enérgico llamado Charles Hunter Gerhardt, Jr.¹⁷

«En él todo era explosivo: la manera de hablar, los movimientos, el carácter», escribiría un comandante. «Sabía detectar y erradicar el letargo.» Compañero de curso de Collins y de Ridgway en West Point, Gerhardt era llamado «Rienda Suelta», por su manera de montar cuando jugaba al polo, y «General Tiquismiquis» por sus manías. Quería que incluso los oficiales de mayor graduación estuvieran preparados para responder cinco cuestiones, como, por ejemplo, «describe cómo se resucita a un hombre ahogado». En los Estados Unidos, al mando de una división, Gerhardt había exigido que todos sus hombres se broncearan exponiéndose al sol cada día sin camisa durante quince minutos (siete y medio de cara, y siete y medio de espalda), y seguía ofreciendo una recompensa de diez chelines a cualquier tirador que lo venciera con la pistola o la carabina. Un subordinado lo describiría como un tipo «duro, exigente, agresivo, que emana vitalidad», mientras que otro lo consideraría «totalmente desquiciado. El prototipo del guerrero indio aguerrido». Había acuñado el lema de la división —«¡Veintinueve, en marcha!»—, pero más tarde incluso algunos de sus admiradores comentarían en broma que Charlie Gerhardt comandaba un cuerpo de tres divisiones: una estaba en el campo de batalla, otra en el hospital, y la tercera en el cementerio.¹⁸

El 15 de julio, a última hora de la tarde, atacando desde el norte y el este, las puntas de lanza de la 29.^a División se colocaron a tres kilómetros de Saint-Lô. Varios grupos de combate se infiltraron en el *bocage*: en cada campo un pelotón de infantería comenzó a avanzar con un solo tanque Sherman moviéndose lentamente en señal de máximo sigilo. A continuación, los zapadores abrieron brechas en los setos con dinamita y nitrato de amonio para que los fusileros pudieran pasar. Las salvas repentinas de la artillería alemana empezaron a derribar a los hombres, que caían «sobre sus espaldas como si alguien tirara de ellos con una cuerda», escribiría un oficial. La respuesta de los cañones americanos convirtió a los paracaidistas enemigos en un montón de pedazos «difíciles de identificar» con un cuerpo humano. Las balas trazadoras atravesaban la espesura del bosque como agujas candentes, y el rugido de

los disparos se intensificó hasta que aquello comenzó a «parecer el final de todo», contaría un soldado de primera. «Nadie recordaba haber vivido antes un momento como aquel, bajo el fuego enemigo». Un soldado que hubiera resistido tres días en el frente ya era considerado todo un veterano.¹⁹

El lunes, 17 de julio, antes del amanecer, Gerhardt ordenó que sus nueve batallones de fusileros se lanzaran al ataque. El 3.^{er} Batallón del 116.^o de Infantería — con menos de la mitad de sus efectivos, esto es, apenas cuatrocientos hombres, pero que seguía siendo el más fuerte de los nueve— entró en medio de la niebla, formando columnas por compañías, en la localidad de La Madeleine, situada al este de Saint-Lô, a un kilómetro y medio. Justo después de las ocho de la mañana, los alemanes respondieron con fuego de mortero, matando al nuevo comandante, Thomas D. Howle, y a sus dos radiofonistas. Solo la artillería y el bombardeo en picado de los Thunderbolt P-47 pudieron evitar que los tanques enemigos acabaran con el batallón; los soldados estadounidenses marcaron la línea del frente con camisetas y humo amarillo, y luego se pusieron a buscar entre los setos las bolsas de plasma lanzadas por los Piper Cub. Vestidas con sus nuevos uniformes de color verde militar, las tropas de relevo se dirigieron rápidamente a primera línea. Del guardamonte de sus fusiles aún colgaba la etiqueta de intendencia: «una escena tremendamente lamentable», como recordaría más tarde un joven oficial.²⁰

Pero las defensas alemanas iban desvaneciéndose. El 18 de julio, a las seis de la tarde, «Dutch» Cota, aquel enérgico general de la playa Omaha, condujo desde el noreste una fuerza operacional hasta Saint-Lô, llegando a un cementerio en el que la cripta de la familia Blanchet, con sus muros de mármol de cuarenta y siete centímetros de espesor y un sarcófago de piedra ideal como mesa en la que colocar los mapas, se convirtió en centro de mando. «Allí, entre los muertos —escribiría Don Whitehead—, era el lugar más seguro de todo Saint-Lô.» Después de haber pasado semanas en el *bocage*, las tropas entraron en el pueblo, saltando de alegría por la *rue de Bayeux*, «con toda la felicidad de una banda de claustrofóbicos liberados del laberinto en el que se encontraban», añadiría A. J. Liebling. La artillería alemana seguía disparando desde las colinas del sur —por la punta de los dedos de Cota goteó la sangre cuando un fragmento de bomba impactó en uno de sus brazos—, pero los soldados americanos enseguida aseguraron diecisiete reductos. Por orden de Gerhardt, los restos mortales de Howie llegaron a Saint-Lô al anochecer en un jeep. Envuelto en una bandera, el cadáver fue depositado sobre el montón de escombros de lo que había sido la iglesia abacial de Sainte-Croix.²¹

Resultaba casi imposible encontrar trazas de aceras y de pavimento en las calles de Saint-Lô. «Ya no se podía identificar nada», escribiría el poeta Jean Follain. «La persistencia de los objetos duraderos había sido derrotada rotundamente.» Los fragmentos de casas de piedra con postigos pintados levantaban diques en el Vire, informaría la corresponsal Iris Carpenter. «En ese lago flotaban tablones del suelo, pedazos de madera del techo, muebles, colchones..., y una diversidad de caballos, vacas, gatos y perros muertos. Todo era gris.» Un soldado añadiría: «Sin duda desatamos un infierno en aquel lugar». El escritor irlandés Samuel Beckett, que llegaría allí en calidad de voluntario de la Cruz Roja, calculó que 2.000 de los 2.600 edificios de la localidad habían sido «totalmente arrasados» en la que él describía como «la capital de las ruinas». En una lista de cosas susceptibles de ser transformadas en trampas cazabobos se incluyeron «las estacas de las cercas, las tazas de té, los timbres de las puertas, las navajas, los bolsos, los cajones, los interruptores de la luz, los botones de arranque de los automóviles, las cortinas, los tinteros». A todo ello se sumaron los primeros cadáveres de alemanes convertidos en trampas cazabobos, a menudo con una granada preparada para estallar en cuanto se tirara de algún objeto para quedárselo de recuerdo, como, por ejemplo, las pistolas Luger o las plumas de escribir. Los soldados americanos fueron advertidos de que «los cadáveres que se recojan en el campo de batalla deben ser arrastrados primero con una cuerda de al menos sesenta metros de largo». ²²

La captura de Saint-Lô puso fin a la ofensiva de Bradley de mediados de julio. En conjunto, fue una decepción: a cambio de la desorbitante cantidad de cuarenta mil bajas, doce divisiones habían podido avanzar solamente entre cinco y once kilómetros. «Si era verdad que había un mundo al otro lado de aquel laberinto de setos», escribiría un superviviente, «nadie esperaba vivir para verlo». Muchos descubrieron, como diría el jefe de un batallón, «la sensación deprimente de que la derrota del ejército alemán iba a exigir mucha más destrucción». ²³

Pero Saint-Lô no fue una victoria pírrica. La ofensiva, en palabras de Montgomery, les había «comido las agallas a los defensores alemanes», y había privado a Rommel de una red de carreteras vital para moverse hacia el este y hacia el oeste. Una carta sin acabar encontrada en el cadáver de un soldado enemigo del 9.º Regimiento Paracaidista contaba cómo el muerto y los compañeros del muerto masticaban los cigarrillos y mordían la tierra llenos de pavor. «Pensábamos que era el fin del mundo.»²⁴

En un verde prado normando cerca de La Cambe, Gerhardt sería el primero en cantar junto a los supervivientes «*Nearer, My God, to Thee*», mientras los casi dos mil muertos de la división eran honrados bajo cruces y estrellas de David de madera de

color blanco. En voz alta, un oficial leía la lista de los caídos, y con cada nombre podía oírse a uno de los compañeros vivos contestar, «¡Presente!». Luego, mientras la banda de la división interpretaba *Beer Barrel Polka*, los soldados profirieron su grito de guerra —«¡Veintinueve, en marcha!»— y regresaron al campo de batalla.²⁵

El lunes, 17 de julio, Rommel se levantó como siempre al salir el sol. Como medida de precaución ante las incursiones de los bombarderos aliados, solía dormir con el resto de su Estado Mayor en unas dependencias divididas por paneles que se encontraban en los túneles excavados en las colinas desde las que se dominaba La Roche-Guyon. Uno de sus dachshunds, Elbo, dormía debajo de un estante para el equipaje; un buen perro, diría Rommel a Lucie, «capaz de hacer que te olvides de los problemas». Tras tomar un desayuno rápido en el castillo, bajó la escalinata de piedra que conducía al jardín y se subió a su Horch, ocupando el asiento delantero. Su ayudante, un sargento y otro oficial se sentaron detrás, mirando hacia el cielo desde las ventanillas para ver si aparecía algún caza enemigo mientras el automóvil descapotable cruzaba la verja de entrada y giraba hacia el oeste, en dirección a Givegny, donde, ya mayor, Claude Monet había pintado sus nenúfares. El mariscal de campo tenía previsto inspeccionar dos divisiones en Falaise y luego visitar dos puestos de mando de su unidad cerca de Caen.²⁶

Tenía muchos problemas, y ni su perro ni el concierto de Brahms que había escuchado por la radio la noche anterior podían borrarlos de su mente. Aventurarse a ir más allá de La Roche-Guyon constituía un verdadero peligro, incluso para un mariscal de campo como él, acostumbrado a recorrer más de trescientos kilómetros al día para visitar a los comandantes de sus tropas en el campo de batalla. En aquellos momentos, todos los convoyes motorizados alemanes y la mayoría de los vehículos que se desplazaban solos viajaban exclusivamente durante las cortas noches propias de mediados de verano; desde Normandía hasta Holanda, en las cunetas de las carreteras se habían excavado cada sesenta metros los llamados «fosos del pánico», esto es, unos puestos atrincherados en los que el conductor de un vehículo y sus pasajeros podían refugiarse si se veían atacados por el fuego de las ametralladoras de la aviación enemiga.²⁷

«Los asuntos militares van francamente mal», había escrito en una carta dirigida a Lucie. «Debemos estar preparados para acontecimientos muy graves.» Al final, Caen había caído el 9 de julio, después de que los aviones británicos descargaran sobre la ciudad seis mil bombas de quinientos kilos en apenas cuarenta minutos. «No podía verse nada —contaría un testigo—, solo más polvo.» En aquellos momentos, unos ocho mil refugiados abarrotaban una escuela y la enmohecida Abadía de los

Hombres, fundada por Guillermo el Conquistador como penitencia por haber contraído matrimonio con su prima Matilde. Las tropas alemanas seguían resistiendo en los suburbios del sur de Caen, pero los efectivos de infantería de la 12.^a División SS-Panzer equivalían a los de un simple batallón. La División Asesina había sido aniquilada, al menos en parte.²⁸

Cualquier día, el Grupo de Ejércitos B podía sufrir tantas pérdidas como las del *Afrika Korps* de Rommel en todo el verano de 1942. Solo habían llegado diez mil reemplazos para compensar las cien mil bajas sufridas por los alemanes en Normandía durante las últimas seis semanas. El 10 de julio, en Caen, un bombardeo británico con ochenta mil proyectiles de artillería había sido contestado por los germanos con cuatro mil quinientas bombas, todas las disponibles. Rommel había visto al comandante de un batallón a lomos de un caballo por la falta de vehículos y de combustible. «Las divisiones están desangrándose», dice su diario de guerra. Berlín preveía 1, 6 millones de bajas alemanas en todos los frentes entre junio y octubre, muchas más de las que la madre patria podía soportar.²⁹

Aquel derramamiento de sangre se había intensificado con la ofensiva de verano lanzada por los soviéticos el 22 de junio, con cerca de dos millones de soldados del Ejército Rojo, 2.700 tanques y 24.000 cañones de campaña. En menos de dos semanas, un gran ataque en pinza había borrado del mapa veinticinco divisiones alemanas, abriendo en el frente un agujero de cuatrocientos kilómetros. Ese mismo lunes, decenas de miles de prisioneros alemanes desfilarían humillados por las calles de Moscú formando una interminable columna encabezada por los generales de la Wehrmacht capturados.³⁰

La desafección de Rommel crecía día a día. Hitler «luchará sin la más mínima consideración por el pueblo alemán hasta que no quede una casa en pie en Alemania», comentaría a su amigo y confidente, el almirante Ruge. El mariscal de campo sabía que se habían entablado conversaciones, peligrosas conversaciones, para la firma de una paz separada en el Frente Occidental, y tal vez para dar un golpe de estado; se oponía a hacer de Hitler un mártir, pero estaría dispuesto a asumir el mando de las fuerzas armadas si fuera necesario. A comienzos de julio, Rundstedt había sido relevado del cargo de comandante en jefe en el oeste, supuestamente después de alegar una salud precaria y una edad avanzada, pero lo cierto es que había aconsejado a Berlín que se pusiera «fin a toda la guerra». Hitler le concedió una medalla y una gratificación de 250.000 marcos para que fuera a recuperarse a Bad Tölz. «Yo seré el siguiente», pronosticaría Rommel.³¹

El sucesor de Rundstedt, el mariscal de campo Günther von Kluge, llamado «el taimado Hans», había estado al frente de un grupo de ejércitos en el este durante dos años, y llegó a Francia con una reputación de innovador tenaz e intrépido. En su primera entrevista en La Roche-Guyon, acusó a Rommel, tachándolo de «obstinado impenitente», pero al cabo de una semana coincidiría con él en que «la situación no podría ser más lúgubre». El 15 de julio, Rommel elaboró un memorándum de tres páginas para el alto mando, en el que escribió: «La situación en el frente de Normandía empeora día a día, y ahora está a punto de producirse una grave crisis. El combate desigual está llegando a su fin». Kluge dio el visto bueno al informe en una nota adjunta enviada a Berlín.³²

Unos huevos fritos y una copa de coñac aguardaban a Rommel el lunes, a media tarde, cuando su Horch pasó por debajo de una red de camuflaje del puesto de mando del 1.º SS-Panzerkorps en Saint-Pierre-sur-Dives, a unos treinta y dos kilómetros al sureste de Caen. Nada de lo que había visto durante sus viajes de aquel día había aliviado su pesar, incluidos los camiones de la Wehrmacht ametrallados, quemándose junto a las cunetas de la carretera. Cuando Kurt Meyer, comandante de la 12.ª División SS-Panzer, suplicó el apoyo de la Luftwaffe, Rommel replicó lleno de frustración, «¿Con quién cree que está hablando? ¿Cree que viajo por el país con los ojos cerrados?»³³

Durante una conferencia en Saint-Pierre con el otrora aprendiz de carnicero y barullero de cervecería que estaba al mando del *Panzerkorps*, el general Sepp Dietrich, Rommel avisó de que era probable que se produjera un «ataque a gran escala» aquella misma noche. En el valle del Orne se había visto y oído una gran concentración de blindados y equipos británicos, a pesar de los esfuerzos por ocultar el ruido con salvas de artillería. Rommel sugirió que las defensas antitanque, con sus quince kilómetros de profundidad, podían mitigar el ataque y evitar que la cabeza de puente aliada se uniera a una segunda fuerza invasora, cuya llegada seguía esperándose en el paso de Calais.³⁴

Dietrich admitió que el ataque parecía inminente: la piedra caliza del subsuelo de la llanura de Caen actuaba como una caja de resonancia, amplificando los sonidos de los tanques enemigos a cualquiera que colocara una oreja contra el suelo. «Usted es el jefe, *Herr Feldmarschall*», dijo con su acento bávaro. «Yo solo lo obedezco a usted, sea cual sea su decisión.»³⁵

Justo después de las cuatro de la tarde, Rommel volvió a subir en el Horch y extendió un mapa sobre sus rodillas. Malas noticias de Saint-Lô exigían su regreso a La Roche-Guyon. «me he ganado a Dietrich», comentó a su ayudante.

A toda velocidad, el automóvil tomó la carretera D-4 en dirección al este, dejando atrás carros de bueyes en los que ondeaban banderas blancas y campesinos que saludaban tocándose la gorra. En las afueras de Livarot, el conductor tomó un atajo para luego, a unos cinco kilómetros al norte de Vimoutiers, reincorporarse a la carretera principal. De repente, por el norte, aparecieron en el horizonte seis aviones enemigos acercándose como libélulas.³⁶

El sargento que viajaba en el asiento trasero gritó asustado: dos aparatos Spitfire habían visto el Horch y se aproximaban por la espalda, rozando la copa de los árboles. Tras dar un acelerón, el conductor a punto estaba de alcanzar un angosto paso situado al otro lado de una alameda cuando pudo apreciarse en las alas del caza perseguidor el destello de las primeras ráfagas a una distancia de quinientos metros. Las balas taladraron el lado izquierdo del Horch, hiriendo de muerte al conductor que fue alcanzado en la espalda y en el brazo. El automóvil se precipitó colina abajo, chocando contra el tronco de un árbol antes de ir a parar a una zanja. Tras golpearse contra el parabrisas y salir del coche, Rommel se arrastró por la carretera, quedando tendido a unos veinte metros del maltrecho Horch.³⁷

El mariscal de campo estaba gravemente herido: sangraba por las orejas debido a una fractura en la base del cráneo y a otras dos en la sien izquierda, se había roto un pómulo y tenía el ojo izquierdo dañado y rasguños en el rostro y alrededor de la cabeza. Tras ser trasladado a la casita de un guarda que había en las inmediaciones, fue conducido a Livarot después de que tardaran cuarenta y cinco minutos en encontrar otro automóvil. El farmacéutico de la localidad, al que encontraron tomando su última copa de calvados en un bar de la plaza del pueblo, curó las heridas del mariscal, le puso una inyección de alcanfor y éter para sedarlo y lo desahució. Todavía consciente, Rommel fue trasladado en otro automóvil del Estado Mayor al hospital de la Luftwaffe en Bernay, situado a unos cuarenta kilómetros de distancia.³⁸

En este centro sanitario lograría sobrevivir, recuperándose lentamente en la habitación n.º 9 hasta recobrar las fuerzas suficientes para trasladarse a su casa en Herrlingen, junto a su esposa Lucie. Pasarían semanas hasta que la propaganda del Reich decidiera anunciar que el mariscal había resultado herido en un accidente de tráfico, omitiendo el papel desempeñado en todo ello por los cazas aliados. Para Erwin Rommel, el mariscal del Führer, la guerra había terminado.³⁹

Rommel no se equivocaba en lo concerniente al ataque aliado: a las 05:00 del martes, 18 de julio, en una mañana soleada y radiante, mil bombarderos Lancaster cruzaron el canal de la Mancha, volando a una altura de novecientos metros, en lo que sería la primera tanda de un total de 4.500 aparatos que aquel día se dedicarían a martillar un

estrecho corredor al sureste de Caen. «Los aviones se aproximaban sobrevolando las aguas del mar y formando un gran abanico en medio del rojizo cielo crepuscular», escribiría Leigh-Mallory en su diario tras contemplar aquel espectáculo desde la cabina de una avioneta. «Enseguida no se vería nada más que una gran cortina de humo y polvo.» Uno de los tripulantes de un tanque alemán vio cómo «unos puntitos se soltaban de los aviones, tantos puntitos que se nos ocurrió una idea descabellada: ¿no serán octavillas?... A continuación comenzaron las horas más aterradoras de nuestra vida». ⁴⁰

Solo la primera oleada de bombarderos lanzó seis mil toneladas de bombas. Sobre algunos objetivos ya se había calculado que cayeran más de once kilos de explosivos detonantes por metro cuadrado, en lo que un capitán describiría como «un continuo estruendo» que dejó sordos a los supervivientes alemanes. Los «puntitos» no paraban de caer, y también cayeron algunos aviones en llamas, pero al final las formaciones regresaron a casa con «una dignidad monstruosa, imperturbable», como diría un soldado británico. A las 07:45, el grito de guerra se oyó entre las formaciones blindadas concentradas a lo largo del Orne —«¡Ahora! ¡Adelante!»—, empezando así la batalla de tanques más impresionante que libraría Gran Bretaña en el curso de la segunda guerra mundial.⁴¹

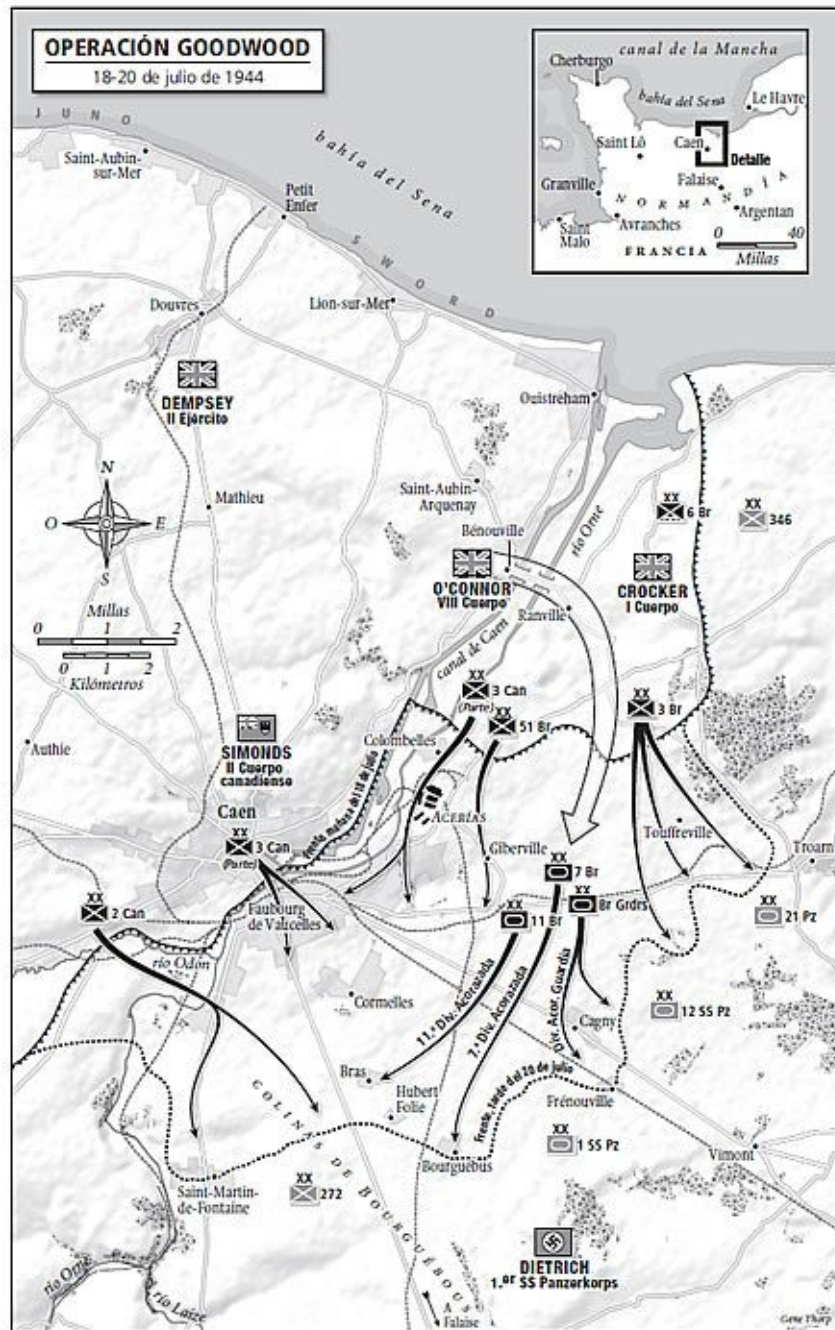
La Operación Goodwood reunió tres contingentes de fuerzas británicas y canadienses —unos 76.000 efectivos y 1.370 tanques— para avanzar hacia el sur, lanzándose contra cinco divisiones alemanas con 230 tanques y 600 piezas de artillería, entre cañones y morteros pesados. El VIII Cuerpo británico encabezaría el ataque con los 700 tanques de tres divisiones acorazadas. Montgomery, que disponía de muchos carros de combate pero de pocas reservas de infantería, dijo a sus subordinados que el objetivo consistía en «atraer el grueso de las fuerzas enemigas hacia nuestro flanco oriental... para que las cosas resulten más fáciles en el flanco occidental». ⁴²

Este plan de batalla simple y factible —entretener a Rommel con el II Ejército británico para que el I Ejército estadounidense pudiera avanzar desde la cabeza de playa— se vio alterado por complicaciones tácticas y conceptuales. Hacía tiempo que había quedado demostrado que lanzar tanques sin la suficiente protección de la infantería contra defensas antitanque perfectamente atrincheradas podía ser no solo peligroso, sino realmente ruinoso. Montgomery también dijo al general Miles Dempsey, comandante del II Ejército, que obligara «a los blindados alemanes a entrar en acción, “reduciéndolos” a un estado que haga que carezcan de valor como elemento fundamental de la batalla», esto es, que atacara al enemigo hasta aniquilarlo. Las puntas de lanza de los blindados británicos debían «abrirse paso hacia el sur, en

dirección a Falaise», a unos treinta kilómetros de Caen, provocando en todo momento «desconcierto y pesimismo» entre las filas enemigas. Al mariscal de campo Brooke, en Londres, Montgomery le pronosticó «una verdadera “confrontación” en el flanco oriental... Con 700 tanques en el S. E. de Caen, y vehículos blindados operando mucho más lejos, puede ocurrir cualquier cosa». Los corresponsales de guerra pensaban que un ataque «a la rusa» podía permitir al II Ejército un avance de ciento cincuenta kilómetros o más, llevándolo a las puertas de París.⁴³

Montgomery había puesto demasiada carne en el asador. Muchos de sus subordinados, y al menos unos cuantos superiores suyos, pronosticaron una batalla titánica de consolidación y persecución. Eisenhower, informado por Montgomery de que «todo el flanco oriental estallará en llamas», prometió a cambio que los yanquis seguirían «combatiendo como diablos, veinticuatro horas al día, para proporcionar la oportunidad que espera su contingente de blindados». En un telegrama, el comandante supremo añadió: «Contemplo las perspectivas con el mayor entusiasmo y optimismo. No me sorprendería en absoluto que usted obtuviera una victoria que haga que algunas de las “grandes batallas de la historia” parezcan escaramuzas entre patrullas... Perdóneme si le parezco un exaltado». ⁴⁴

Para conseguir aquellos cuatro mil aviones de guerra de los escépticos comandantes de las fuerzas aéreas, Montgomery no dudo en «pintar el panorama con colores bastante brillantes, y magnificar, e incluso exagerar hasta lo inconcebible, el resultado que iba a obtenerse», comentaría Dempsey una vez terminada la guerra. «Con esta actitud demostró poca confianza en Eisenhower.» El general Williams, jefe de los servicios de inteligencia británicos, añadiría que Montgomery «tenía de mostrar siempre un exceso de confianza para lograr que la gente estuviera dispuesta a morir».



5

¡Ahora! ¡Adelante! Sí o sí, los tanques no tuvieron más remedio que ponerse en marcha «como una flota levando anclas», mirando al frente y siguiendo las cintas blancas que les indicaban el camino a través de los campos de minas. La 11.^a División Acorazada iba a la cabeza, seguida por otras dos divisiones blindadas, la de la Guardia y la 7.^a. Las tres empezaron a cruzar al otro lado del Orne por sus respectivos puentes a una velocidad de un vehículo cada veinte segundos: una coreografía sorprendente que enseguida se rompería. Avanzaban por densos trigales que cubrían casi hasta el cuello, en una zona aparentemente tranquila, con sus casas de piedra y sus árboles

frutales, en la que la inclinación hacia el sur del terreno permitía al enemigo oculto controlar perfectamente la situación y disponer de un amplio campo de tiro. Unos 760 cañones de la artillería británica entraron en acción, y las bombas comenzaron «a volar y a rugir en el aire como mujeres enfadadas saliendo de una habitación», escribiría un capitán. La cortina de fuego avanzaba a una velocidad de ciento cincuenta metros por minuto, en lo que el tripulante de un tanque describiría como «un sólido muro gris de explosiones... Costaba creer que alguien pudiera seguir con vida allí». Pero esa cortina de fuego no tardó en alejarse demasiado de los escuadrones de tanques, que, tras recorrer unos tres kilómetros, tuvieron que aminorar la marcha al encontrarse con un terraplén, y los alemanes, ensordecidos, pero no desquiciados, por un bombardeo aéreo menos apocalíptico de lo previsto por Montgomery, recuperaron sus facultades.⁴⁶

Violentas llamaradas de fuego de flanco llegaron desde Cagny, una localidad ya arrasada, situada a la izquierda del corredor de ataque. Allí, a las diez de la mañana, el teniente coronel Hans von Luck, un acólito de Rommel que seguía vistiendo el uniforme de gala después de pasar tres días de permiso en París, había encontrado una batería intacta de la Luftwaffe, compuesta de cuatro cañones antiaéreos de 88 mm. Pistola en mano, Luck obligó al comandante de la batería a apuntar hacia un pomar —«¡Usted atacará a los tanques!»—, y empezaron a llover bombas «como torpedos» en los trigales. La 11.^a División Acorazada informaría de «la gran dificultad para averiguar de dónde procedía el fuego», y en un abrir y cerrar de ojos, dieciséis tanques Sherman ardían en medio de los largos tallos de aquel campo de trigo. Cagny resistiría hasta última hora de la tarde, un problema realmente grave.⁴⁷

No tardaron en ser pasto de las llamas otros tanques más al sur, después de cruzar un segundo terraplén situado frente a la línea principal de la artillería enemiga junto a las colinas de Bourguébus, o «Buggersbus» como decían los angloamericanos. El bombardeo de saturación apenas había causado estragos en las colinas y entre las tropas de refuerzo alemanas, pues para los pilotos de los cazabombarderos resultaba casi imposible localizar las trincheras enemigas camufladas que utilizaban pólvora sin humo y sin destellos. Los defensores alemanes permanecieron agazapados cuando las avanzadillas británicas exploraron la zona; por lo que «los informes de no resistencia en la zona de Bourguébus enviados en los vehículos de los equipos de reconocimiento estaban equivocados», explicaría más tarde el comandante de la 11.^a División Acorazada. «Una cortina de fuego violenta e infranqueable» cayó a continuación sobre la flota blindada, y en poco tiempo solo se veía en «el horizonte tanques Sherman en llamas», contaría un teniente del Regimiento de la Guardia Coldstream.⁴⁸

«Las tripulaciones de algunos tanques salen envueltas en llamas, rodando por el suelo en un intento por librarse de la ropa», escribiría el artillero John M. Thorpe en su diario. «En estos momentos todos los tanques que tenemos delante están ardiendo violentamente... No hace viento, y desde sus torretas se elevan hacia el cielo grandes bocanadas de humo.» Otro soldado británico contaría que «no paraban de salir hombres quemados y heridos entre las espigas de trigo. Les dábamos agua y les decíamos que siguieran adelante». Un cabo describiría aquellas laderas arrasadas de Bourguébus como «un horrible cementerio de tanques en llamas». ⁴⁹

Montgomery lo vio de manera distinta. «Las operaciones de esta mañana han sido un gran éxito», comunicó al mariscal de campo Brooke en un telegrama enviado justo después de las cuatro de la tarde. «La situación es muy prometedora, y resulta difícil saber qué puede hacer el enemigo en el momento presente.» A Eisenhower le añadió: «Estoy muy satisfecho de los combates de hoy en el flanco oriental. Sin duda, hemos pillado al enemigo desprevenido... El II Ejército tiene ahora tres divisiones acorazadas operando en campo abierto». A estas divisiones les atribuyó un emplazamiento que era pura fantasía: el VIII Cuerpo apenas había podido arañar diez kilómetros a un frente cuya profundidad difícilmente superaba la anchura de la hoja de un cuchillo, pagando, además, por ello un precio elevadísimo: doscientos tanques. Confundido tal vez por alegres mensajes enviados precipitadamente desde el escenario de la batalla, Monty también emitió un comunicado oficial que llegó a tiempo para ser transmitido por la BBC en su boletín de noticias de las 21:00: «El II Ejército ha atacado y se ha abierto paso. El general Montgomery se siente plenamente satisfecho». El miércoles, 19 de julio, por la mañana, el principal titular del periódico londinense *Times* —«El II Ejército avanza»— solo se vería superado por el del *Daily Mail*: «Los blindados arrasan a campo través». ⁵⁰

El alegre convencimiento de Montgomery hizo que Bushy Park estallara de júbilo, júbilo que se convirtió en vinagre en la boca cuando fue evidente cuál era el verdadero mapa de la campaña. El miércoles Kay Summersby escribiría una nota para su diario en el calendario de mesa: «E está preocupado porque Monty se ha detenido. E no se siente bien, tiene la tensión muy alta». Los acontecimientos del día solo servirían para que E se sintiera aún peor. Se informó de que las colinas de Bourguébus «crujen con la llegada de tropas enemigas», incluidos los refuerzos antitanque que incendiarían más tanques Sherman en la llanura de Caen. En los flancos, a los dos contingentes a las órdenes de Dempsey, el I Cuerpo británico a la derecha y el II Cuerpo canadiense a la izquierda, las cosas no les fueron mucho mejor: los ataques repetidos del primero contra Troarn fracasaron, y el segundo logró llegar a las afueras

del sur de Caen después de verse obligado a repeler un feroz contraataque germano. En una brigada que se vio atrapada, según un relato canadiense de los hechos; «los hombres que seguían vivos permanecieron ocultos en los trigales» hasta que, moviéndose a gatas, pudieron ponerse a salvo. El martes, con los primeros rayos de luz, los británicos ocuparon por fin la localidad de Bourguébus, pero sin ir más allá. A las cuatro de la tarde se desató una tormenta «con una violencia tropical», la primera fase de dos días de lluvias torrenciales que pondrían punto final a la Operación Goodwood. Los sargentos repartían raciones de ron mientras los soldados se arrastraban por el campo de batalla para recoger a los muertos.⁵¹

La ofensiva había liberado otros ochenta y ocho kilómetros cuadrados de Francia, además del resto de Caen; esta circunstancia ensanchaba la cabeza de playa lo suficiente como para enviar a Normandía la vanguardia del I Ejército canadiense, pero no puede decirse que representara el avance esperado por el SHAEF. Habían sido capturados más de dos mil alemanes, y, como preveía Montgomery, el ala derecha de los Aliados estaba atrayendo a más fuerzas blindadas. Pero Sepp Dietrich había perdido solo setenta y cinco tanques y cañones de asalto, lo cual distaba mucho de aquella aniquilación de fuerzas acorazadas alemanas tan ansiada por Montgomery. La llamada carga de la muerte de las divisiones blindadas costó más de cuatro mil bajas del II Ejército y más de cuatrocientos tanques, esto es, alrededor de un tercio de las fuerzas acorazadas británicas presentes en el continente. Y la aviación lamentaría haber gastado «siete mil toneladas de bombas para poco más de diez kilómetros». ⁵²

Después de casi siete semanas, la Operación Overlord había colocado treinta y tres divisiones aliadas a lo largo de un frente de ciento treinta kilómetros, pero sin adentrarse en Normandía más de cincuenta kilómetros, y eso había costado 122.000 bajas. «Estamos en una situación más dura que la que hubieran podido imaginar los más pesimistas durante la fase de planificación», escribiría el 22 de julio el general de división Everett S. Hughes, amigo y confidente de Eisenhower, en una carta dirigida a su esposa. El ingenio de algunos periodistas dio lugar a titulares en tono sarcástico —«Montgomery sentado en su Caen»—, pero el *New York Herald Tribune* supo captar el pesimismo reinante: «Los Aliados empantanados en todo el frente de Francia». En Londres, el *Times* corrigió su entusiasmo por la Operación Goodwood: «El término “avanza” utilizado en anteriores titulares tiene en realidad un sentido limitado». Leigh-Mallory confesaría en su diario: «Nuestro error se debe, básicamente, a una cuestión de mandos». ⁵³

El descontento y las críticas se intensificaron en el seno del alto mando aliado. ¿Sería Montgomery destituido? Los rumores corrían, y los agitadores no paraban de agitar. Tras ser informado de que las plataformas de lanzamiento de los V-1 no iban a

poder destruirse rápidamente, el mariscal del aire Tedder habló con «Beetle» Smith, y la conclusión fue: «En ese caso, hay que cambiar a nuestros líderes por hombres capaces de llevarnos hasta ellas». Él, Eisenhower y otros «habían sido tomados por mamones», se quejó Tedder. «No creo que hubiera la más mínima intención de avanzar decididamente». Peor aún, diría a Eisenhower, era el hecho de que no se había sabido aprovechar un intento por parte de autoridades militares alemanas de asesinar a Hitler con una bomba el 20 de julio; con el campo de batalla normando en un momento de total estancamiento, Hitler podía dedicarse a tomar represalias y a apuntalar su régimen. El asesino frustrado, el coronel Claus von Stauffenberg, y al menos otros doscientos individuos, serían ejecutados (unos fusilados, y otros ahorcados, decapitados, envenenados o estrangulados, a veces incluso filmando su muerte), y cientos de personas más acabarían en la cárcel. Aquel mismo mes, los oficiales de la Wehrmacht se verían obligados a demostrar su lealtad saludando siempre con el brazo en alto al grito nazi de *Heil!* en vez de utilizar el gesto militar clásico.⁵⁴

«E no está satisfecho de los progresos que se han hecho», escribiría Summersby. Aunque estaba decepcionado, Eisenhower también estaba decidido a no ser presa del pánico y a no precipitarse en sus actos. Optaría por presionar a sus comandantes, directa o indirectamente. Una noche, tras ser despertado por una llamada telefónica de Churchill, preguntó al primer ministro, «¿Qué piensa vuestra gente de la lentitud con la que se desarrollan las cosas aquí?» Quizá Winston fuera capaz de «persuadir a Montgomery de que había llegado la hora de que se montara en su bicicleta y empezara a pedalear».

A Montgomery, el comandante supremo le envió una nota clara, seria y concisa. «El tiempo es vital», decía. «Debemos atacar con todo.»

Creí que por fin lo teníamos y lo íbamos a hacer rodar. Pero eso no ocurrió... Al final, las fuerzas terrestres americanas tendrán que ser mucho más numerosas que las británicas. Pero mientras haya igualdad de tamaño, debemos avanzar codo con codo, compartiendo igualmente honores y sacrificios.

No perdería la fe, ni en el plan de batalla, ni en sus comandantes ni en la causa común que los unía. Probablemente su madre fuera la única persona a la que podía contar lo preocupado que estaba. «Si pudiera ir a casa —escribiría el 23 de julio en una carta dirigida a su progenitora, Ida Eisenhower, en Kansas—, sería capaz de tumbarme en el césped del jardín de la entrada y quedarme allí una semana sin moverme.»⁵⁵

El día despejado se oscurece

Enfundado en el batín de West Point que lo había acompañado a Túnez y a Sicilia, Omar Bradley solía observar antes de que amaneciera el enorme mapa de dos metros y medio que en aquellos momentos llenaba toda una tienda de campaña del ejército en Vouilly, a unos siete kilómetros al sureste de Isigny-sur-Mere. Él tampoco podía conciliar el sueño, a pesar de tomar pastillas para dormir. Casi todas las noches, hasta altas horas de la madrugada, podía vérselo en la tienda —próxima a su remolque— en la que se encontraba el mapa. Podía oírse caminar por el suelo de madera mientras miraba una y otra vez lo que había denominado «el temible territorio que tenemos por delante». La media luna iluminaba el campamento del cuartel general del I Ejército, y una brisa nocturna traía un olor nauseabundo a vaca muerta. Al final, cantarían el gallo, y por el este asomarían los primeros rayos de luz nacarada. Y Bradley seguiría observando el mapa, trazando en él líneas fronterizas o marcando provisionalmente algunas carreteras. Luego, utilizando una larga rama de haya a modo de puntero, volvería a preparar mentalmente el siguiente ataque con el que pretendía poner fin a aquel estancamiento y obtener la victoria en la batalla de Normandía. «Quiero que sea la cosa más imponente del mundo», diría a su Estado Mayor.⁵⁶

La Operación Cobra, la cosa más imponente del mundo, era un plan de Bradley, aunque no exclusivamente suyo. Por una vez, Montgomery se había mostrado partidario de asestar un golpe contundente en un frente más estrecho que el que los americanos acostumbraban a preferir; parecía una idea sensata, planteada hábilmente. «Tómame todo el tiempo que necesites, Brad», había insistido el comandante británico, señalando con dos dedos juntos un punto en un mapa. «Si yo estuviera en tu lugar, creo que yo de ti concentraría mis fuerzas un poco más». Joe Collins, cuyo VII Cuerpo actuaría como punta de lanza, había elegido el lugar exacto en el que atacar: un bosquecillo del *bocage*, situado al oeste de Saint-Lô, junto a la antigua calzada romana que conducía a Périers. Quince divisiones estadounidenses —seis integradas en el VII Cuerpo de Collins— lanzarían una embestida a través del campo de batalla para poder llegar a Avranches, a unos cincuenta kilómetros al sur, y abrir el camino hacia Bretaña y los importantísimos puertos de la región. «Consiga cualquier ventaja —había dicho Eisenhower—, con un ardor que raye lo temerario.»⁵⁷

Aquella ventaja dependía principalmente de la aviación, sobre todo porque seguía habiendo escasez de munición de artillería. Un solo bombardero pesado podía soltar una carga explosiva equivalente a la de más de cien obuses disparando simultáneamente, y Bradley quería mil quinientos de esos aparatos pesados para lanzar sesenta mil bombas de 45 kilos en menos de una hora sobre una zona rectangular de ocho kilómetros de longitud por dos de anchura, esto es, un proyectil cada cinco metros. Durante una semana había estado hablando con su compañero del

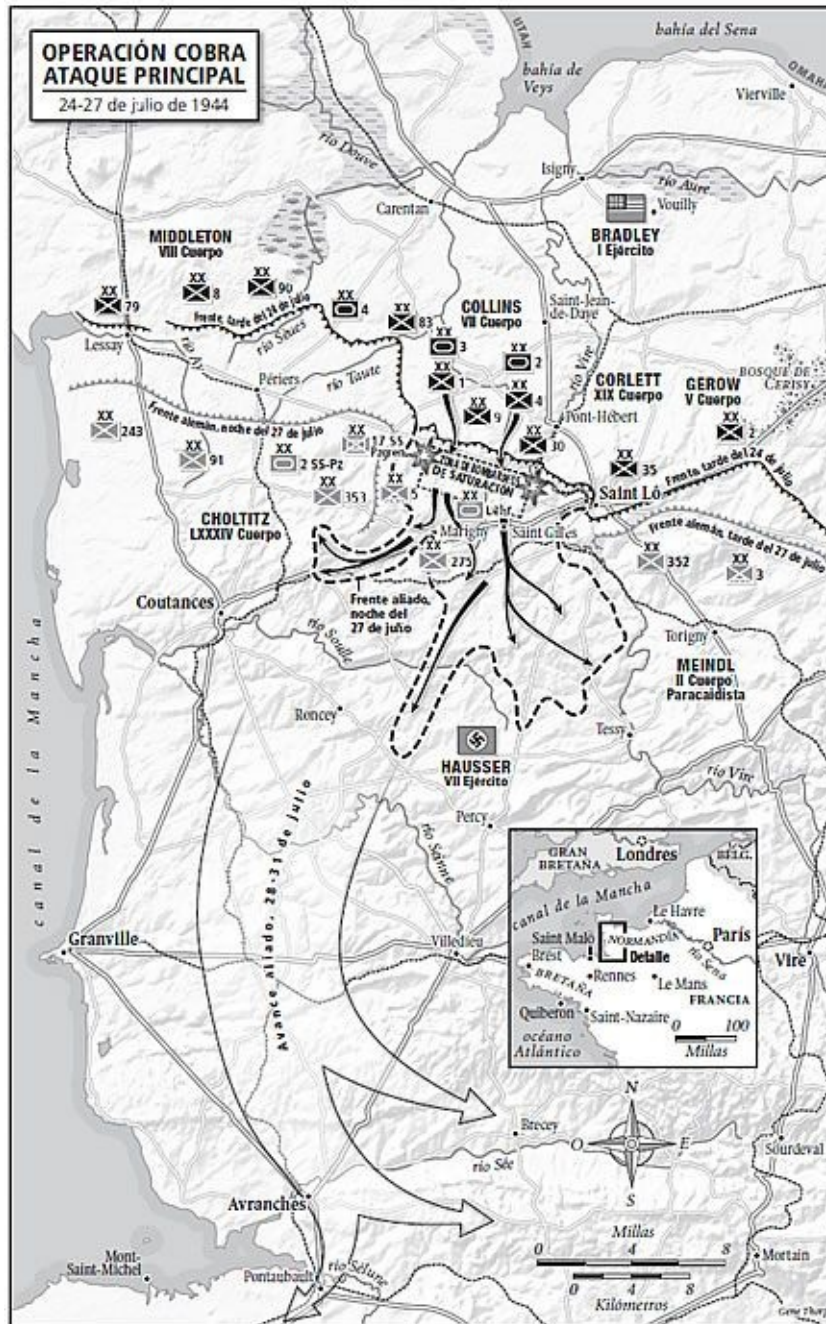
aire sobre el tema, visitando incluso el cuartel general de Leigh-Mallory en Stanmore, Middlesex, el 19 de julio, cuando la Operación Goodwood se deshilvanaba. Bradley sostenía que la utilización de bombas pequeñas con detonadores instantáneos impediría que se abrieran en la tierra los grandes cráteres que habían obstaculizado el avance de los tanques en Cassino y en Caen tras haber efectuado en estas dos zonas un bombardeo de saturación. Para actos fratricidas, las flotas de bombarderos volarían paralelas al frente, guiándose por la carretera completamente recta que unía Saint-Lô y Périers. Como medida de precaución, los batallones de asalto del ejército retrocederían unos ochocientos metros para evitar cualquier bomba errante, circunstancia que no les impediría avanzar rápidamente antes de que el enemigo recuperara sus facultades, como, al parecer, había ocurrido durante la Operación Goodwood.⁵⁸

La idea de Bradley no pareció muy sugestiva a los hombres del aire. El «Manual de bombarderos» de las Fuerzas Aéreas del ejército contenía 125 páginas dedicadas, entre otras cuestiones incomprensibles para los profanos, a temas como coeficientes balísticos, ángulos de lanzamiento y probabilidades de Williamson, todos los cuales sugerían que el plan de ataque propuesto por el general era impracticable. Mil quinientos aviones no podían volar juntos por un único corredor de poco más de un kilómetro y medio en cuanto lo indicara el I Ejército, y luego bombardear la zona en menos de una hora, antes de dar inicio al ataque terrestre; semejante acción requeriría prácticamente unas tres horas. A esto se sumaban otros problemas de carácter técnico, como, por ejemplo, la dificultad que suponía soltar bombas en medio del viento de costado existente y tener que volar sobre una zona con sólidas defensas antiaéreas. Solo si los aviones atacaban perpendiculares a la línea del frente —llegando por el norte y sobrevolando las tropas americanas—, podían soltar varios miles de toneladas de bombas en una hora. Además, aunque el cielo estuviera despejado y la misión se efectuara en plena luz del día, las tropas atrincheradas debían distanciarse más de la zona de bombardeo, respetando un margen de seguridad de al menos tres mil metros. Una distancia menor, por pequeña que fuera, equivalía a lo que un comandante del aire denominaba «bombardear entre las piernas del ejército». ⁵⁹

Bradley accedió a que sus batallones de asalto retrocedieran mil doscientos metros en vez de ochocientos, pero se negó a hacer más concesiones. Tras ser advertido de que un 3 % de las municiones —unas 1.800 bombas— probablemente cayera a los lados de la zona prevista, aceptó asumir ese riesgo. Al fin y al cabo, si morían soldados, estos no eran «más que instrumentos para ser utilizados en beneficio de la misión», escribiría más tarde. «La guerra no tiene ni el tiempo ni el corazón para

preocuparse de cada individuo y de la dignidad del hombre». Como había comentado en una ocasión a Ernie Pyle: «me he pasado treinta años intentando desarrollar una mentalidad que acepte este tipo de hechos». ⁶⁰

Pyle pasó la noche del lunes, 24 de julio, en un pomar cerca de Pont-Hébert, envuelto en una manta entre los maltrechos árboles heridos por las balas. Después de la campaña de Cherburgo había entrado en un estado de depresión y aletargamiento, como aquel que se da cuenta de estar agotando «su pequeño cupo personal de probabilidades de sobrevivir». Había estado en la retaguardia de la cabeza de playa, escribiendo sobre las tropas de intendencia que se dedicaban a restaurar los fusiles oxidados con papel de lija y disolvente. Para los veteranos, los soldados de la retaguardia eran «ellos», y su mundo era «su zona». Pyle se había sentido culpable quedándose en «su zona». ⁶¹



6

En aquellos momentos volvía a estar en el frente, su destino inevitable, y el martes por la mañana se encontraba detrás de la casa de piedra de una finca en cuyas tierras se habían cavado fosos y pequeñas trincheras. Los oficiales de la 4.^a División de Infantería estudiaban las fases mimeografiadas de la secuencia de los bombardeos de la Operación Cobra, que mostraban dónde debían soltar sus cargas los B-17 y los B-24, complementados por bombarderos medios y cazabombarderos. A unos quinientos metros al sur, columnas de humo rojo procedentes de los botes disparados por la artillería cada treinta segundos se elevaban a intervalos de un kilómetro y

medio de distancia a intervalos de un kilómetro y medio a lo largo de la carretera que iba de Saint-Lô a Périers para perfilar la línea de bombardeo. Unos paneles de identificación color cereza cubrían el suelo como alfombrillas en llamas, y todos los vehículos habían sido repintados con el distintivo de la estrella blanca de los Aliados, adoptada por primera vez dos años antes, después de varias pruebas para determinar cuál era el diseño geométrico que resultaba más visible desde el aire y por tierra.⁶²

A las 09:38, los primeros de los 350 cazabombarderos empezaron a martillar posiciones alemanas a lo largo de un corredor de trescientos metros, paralelo a la carretera. Apiñados bajo los árboles, los soldados americanos gritaban alborozados, «como niños en un partido de béisbol», en palabras de un teniente. Pyle levantó la mirada al cielo, haciéndose visera con las manos para poder ver mejor, mientras oía «el traqueteo constante de las ametralladoras de los aviones y el ruido agudo y ensordecedor de sus descensos en picado». ⁶³

La Operación Cobra no estaba desarrollándose todo lo bien que se esperaba. Programada en un principio para completar la labor iniciada por la Operación Goodwood, había tenido que ser aplazada debido a una sucesión de días lluviosos con cielos encapotados, mientras Bradley se desesperaba y miraba con angustia los tres barómetros que guardaba en su puesto de mando. Luego Leigh-Mallory fijó el ataque para las doce del mediodía del lunes, 24 de julio, rechazando la petición de los americanos de esperar un día más, o al menos a la media tarde del lunes, cuando los partes meteorológicos anunciaban la aparición de claros.⁶⁴

El lunes, Leigh-Mallory embarcó en un vuelo que partió de Stanmore y fue a visitar a Bradley en su cuartel general de Vouilly, adonde llegó a las 11:20, para descubrir que las nubes seguían encapotando el cielo de Normandía, los aviones ya estaban de camino y no había manera de contactar con los pilotos a no ser que se transmitiera por radio a Inglaterra un mensaje urgente ordenando abortar la misión. Demasiado tarde. Aunque muchos pilotos decidieron cancelar los lanzamientos debido a la mala visibilidad y a las órdenes explícitas de no «bombardear sin precisión, pues la ruta de penetración se encuentra directamente sobre tropas amigas», algunos soltaron por equivocación sus cargas —uno de los tripulantes de un avión se sobresaltó cuando haces de *chaff* cayeron sobre la nariz del aparato y activó sin querer la apertura de la bodega de bombas—, y otros intentaron efectuar lanzamientos de precisión entre las nubes menos densas. De los 350 aparatos pesados que descargaron casi mil toneladas de proyectiles, solo un 15 % de ellos dio en el blanco; varios bombarderos medios también erraron los lanzamientos, efectuándolos incluso a más de diez kilómetros de distancia del lugar indicado, y algunos P-47 identificaron mal los objetivos y atacaron a seis kilómetros y medio de la línea de bombardeo.

Veinticinco soldados americanos perdieron la vida y ciento treinta y uno resultaron heridos, casi todos pertenecientes a la 30.^a División de Infantería, cuyo segundo al mando comunicó al I Ejército que, «esta operación, como fiasco, no ha podido ser más brillante». ⁶⁵

Bradley se puso hecho una furia. Leigh-Mallory cogió un avión de vuelta a Inglaterra; en sus oídos todavía resonaban acusaciones de falta de honestidad y mala fe. A las 22:30 telefoneó a Bradley para confirmarle que los atacantes habían volado perpendiculares a la línea de objetivos en lugar de paralelos, y que habían sido lanzadas muchas bombas con un peso superior a los cuarenta y cinco kilos. Era evidente que Bradley había entendido mal lo acordado durante la conferencia celebrada en Stanford el 19 de julio, y Leigh-Mallory, que debía acudir a otra cita, había abandonado aquella reunión antes de que quedaran aclarados todos los detalles de la misión. El martes por la mañana podía volver a lanzarse otro ataque según lo previsto en la Operación Cobre, añadió Leigh-Mallory, pero solo si se volaba siguiendo la ruta perpendicular desde el norte. Con las previsiones meteorológicas indicando todavía tiempo adverso, Bradley aceptó a regañadientes la propuesta, y Collins trabajó toda la noche para que sus desconcertados hombres fueran de nuevo a sus posiciones y lo intentaran una vez más. ⁶⁶

Desde su reducto en la casa de campo, Pyle estuvo viendo durante media hora cómo los cazabombarderos atacaban efectuando movimientos rápidos y vertiginosos. Las nubes negras que creaban las bombas de la artillería antiaérea alemana al estallar salpicaban el cielo. De repente, empezó a oírse un ruido distinto, «profundo y atronador, sin notas que marcaran una cadencia; y a lo lejos, una oleada gigante que sonaba a destrucción». Por el norte se acercaban los B-17 y los B-24, surcando los cielos en majestuosas formaciones. Volaban a cinco mil metros de altura, y desde abajo parecían pequeños crucifijos de plata «abriéndose paso como si la paz reinara en el mundo». Boquiabiertos, los soldados inclinaban hacia atrás la cabeza hasta que se les caía el casco.

Las primeras detonaciones en el sur de la zona recordaron a Pyle «el crujir de las palomitas de maíz». Los campos se llenaron de humo y polvo, y «poco a poco, el día empezó a sumirse en tinieblas». Entonces, inexplicablemente, las bombas comenzaron a caer cada vez más cerca, pues fuertes ráfagas de viento desestabilizaban a los aparatos, y la imponente lluvia de bombas empezó a caer sobre los árboles. Pyle se refugió debajo de un furgón que había detrás de la casa de piedra, «esperando a que oscureciera», mientras las ondas explosivas le golpeaban el pecho y los ojos en lo que

calificaría de «la cosa más horrible e interminable que haya experimentado jamás». Al final, cesó el estruendo, y entre aquella gran polvareda apareció un coronel chasqueando los dedos y refunfuñando: «¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!». ⁶⁷

Para otros la cosa fue bastante peor. Esa mañana del martes, la desventurada 30.^a División sufrió más bajas por culpa de las fuerzas aéreas del ejército que las que le causaría el enemigo en todo un día a lo largo de la guerra. «Luego vino aquel horrible viento racheado», diría un informe para la historia de la unidad, «aquel ruido espantoso parecido al de unas semillas cayendo sobre la tierra árida y seca». Las bombas sepultaron a los hombres en las trincheras, o los destriparon como bueyes. Las bombas arrasaron los puestos de mando, empotraron vacas en los árboles y sacaron a los muertos de sus tumbas en los cementerios de la zona. «Parecía como si alguien estuviera aporreándote», contaría un oficial hablando del impacto de las ondas expansivas. Otro sintió un golpe seco en las nalgas, pero no fue provocado por la onda expansiva, sino por un pedazo de cuerpo humano. Se oyó a muchos hombres llamar a gritos a los médicos y maldiciendo a la «Luftwaffe americana». ⁶⁸

Unos mil quinientos bombarderos pesados soltaron dos mil toneladas de explosivos detonantes y una cantidad algo mayor de bombas de fragmentación; treinta y seis de ellos soltaron sus cargas sobre tropas americanas, una acción fratricida a la que sumaron cuarenta y dos bombarderos medios. Las nubes altas habían obligado a algunos pilotos a descender varios cientos de metros, rompiendo las formaciones y obligando a las tripulaciones a recalcular a toda prisa los datos que debían introducir en el sistema de su visor. El humo rojizo señalizador se confundía fácilmente con los destellos de los cañones de artillería al disparar, y la carretera que iba de Saint-Lô a Périers enseguida quedó oculta bajo las densas nubes de humo provocadas por la explosión de las bombas y movidas por un viento de cinco nudos que soplabá desde el sur. Un 2 % de las bombas cayó a un kilómetro y medio o más de distancia del objetivo señalado, matando a 111 soldados e hiriendo a 490. Estas bajas hay que sumarlas a las sufridas el día anterior. Entre los fallecidos figuraba el teniente general Lesley J. McNair, comandante de las Fuerzas Terrestres del Ejército de los Estados Unidos, que había venido de Washington para visitar la zona y se había integrado rápidamente en un batallón de asalto de la 30.^a División; con picos y palas, se inspeccionó minuciosamente el cráter en el que había sido visto por última vez, sin encontrar rastro de él. Al final, su cuerpo fue hallado a unos veinte metros del lugar. Estaba totalmente irreconocible, y fue identificado por la chapa, los galones de las hombreras y los emblemas de su rango. «Le advertí una y otra vez que no corriera

peligros innecesarios», diría Eisenhower en un telegrama dirigido a Marshall. En un manifiesto se especificaron todos los efectos personales que había dejado para su esposa: «6 estrellas de teniente general, deslustradas; falta el cierre en dos de ellas». ⁶⁹

Cuando el último bombardero medio emprendió el vuelo de regreso a las 12:23, alrededor de 2.500 aviones habían soltado cinco mil toneladas de bombas, una gran cantidad de fósforo blanco y una nueva sustancia a base de gasolina gelatinosa llamada napalm. En la zona delimitada de los objetivos, donde debían atacar primero los blindados del ejército, cada kilómetro cuadrado absorbió unas once mil toneladas de bombas en lo que fue una de las mayores concentraciones de potencia asesina de la historia de las guerras. En cuanto a los caídos y a los soldados moribundos que se vieron atrapados en el lado equivocado de la línea, Pyle escribiría con el lacónico fatalismo que en aquellos momentos lo acongojaba: «Cualquiera puede cometer errores». ⁷⁰

El martes por la tarde, Eisenhower voló a Vouilly, donde estuvo reunido unas horas con Bradley, y luego regresó a Inglaterra totalmente abatido, jurando no volver a utilizar nunca más bombarderos pesados en ataques tácticos. «Ese trabajo le corresponde a la artillería», exclamó. «Esta vez les di luz verde. Pero les prometo que ha sido la última.» Bradley siguió despotricando de Leigh-Mallory y de otros, pasando por alto el hecho de que él era el responsable de que las tropas se hubieran posicionado tan peligrosamente cerca de la zona de bombardeo. ⁷¹

A primera hora de aquella misma tarde, el ataque terrestre de la Operación Cobra ya llevaba un tiempo desarrollándose. Al principio, pareció que las columnas de asalto progresaban poco: después de recorrer unos cuatrocientos metros, una columna de la 30.^a División encontró una férrea resistencia del enemigo, interviniendo incluso tanques Panther. «¡Dios mío! —gritó por radio un soldado americano desde su tanque ligero—, he disparado tres proyectiles, y los tres han rebotado.» El contraataque de los blindados alemanes destrozó al sargento de una sección. «Allí solo quedaron las piernas y la cadera», escribiría uno de sus compañeros. «Un brazo, con el reloj de pulsera, fue a parar cerca de la casa.» Al caer la noche, tras cruzar la carretera de Sain-Lô-Périers, el VII Cuerpo apenas había avanzado un kilómetro y medio y no había hecho ni tan siquiera trescientos prisioneros en total. La incesante lluvia de bombas alemanas indujo a un oficial de inteligencia a concluir que «la artillería enemiga había salido indemne de nuestro bombardeo». ⁷²

Los veteranos de África como Eisenhower y Bradley habrían debido recordar un par de versos de Kipling célebres en Túnez: «El hombre lo ignora, pero Alá sabe cuánto daño se ha infligido al otro bando». En efecto, las defensas alemanas habían

sido reducidas a ceniza: el enemigo estaba gravemente herido, herido de muerte. El principal contingente que se enfrentaba al VII Cuerpo, la División Panzer, ya había sido considerada anteriormente una unidad «acabada» por el alto mando alemán después de siete semanas de intensos combates; el «bombardeo táctico sistemático» del martes había resultado devastador para la debilitada división, que había perdido tanques, radios y su propio cuartel general. Su comandante, el general Fritz Bayerlein, otrora jefe de Estado Mayor del Afrika Korps a las órdenes de Rommel, hablaría de «soldados medio locos saltando por los cráteres de un paisaje lunar, corriendo en círculo... No había más que tierra quemada y desolación». Según sus cálculos, el 70 % de sus hombres acabaron muertos, heridos o completamente inertes «con una sensación de impotencia, debilidad e inferioridad». Las órdenes solo podían transmitirse por medio de mensajeros en motocicleta que se veían obligados a abrirse camino entre montones de escombros. Cuando le llegó la noticia de que el mariscal de campo Kluge mandaba que retuviera a toda costa el corredor de Saint-Lô-Périers, Bayerlein replicó: «Decidle al mariscal de campo que la Panzer Lehr ha sido destruida. Solo los muertos pueden seguir resistiendo». ⁷³

Satisfechos con el ataque abortado del lunes, los comandantes alemanes se habían visto sorprendidos por el volumen real de las fuerzas intrusas. Como pretendía Montgomery, dos tercios o más de los tanques del VII Ejército seguían combatiendo a los británicos en el este, y las reservas del XV Ejército germano continuaban concentradas en el paso de Calais, a la espera de las treinta divisiones aliadas que, según creían, estaban reuniéndose en Inglaterra para lanzar una segunda invasión. El VII Ejército no disponía de suficientes reservas blindadas para abrirse paso por la península de Cotentin, y el liderazgo en el campo de batalla parecía brillar por su ausencia. Desde el cuartel general de Kluge se enviaría a última hora del lunes en siguiente comunicado a Berlín: «El frente, por decirlo de alguna manera, ha estallado. Hay una brecha de entre dos y cinco kilómetros de profundidad en un frente de entre siete y ocho kilómetros de amplitud. Hasta ahora, ha sido imposible sellarla». ⁷⁴

Y seguiría siendo imposible. Collins había reunido 120.000 efectivos en un frente de ocho kilómetros a lo largo de la carretera de Saint-Lô a Périers, además de quince mil zapadores para encargarse de las minas y enterrar ganado muerto. Sus seiscientas piezas de artillería, con unas provisiones de 140.000 proyectiles, superaban de largo la potencia de fuego de los otros tres cuerpos del I Ejército juntos. Los tanques Sherman ya llevaban acoplados unos «cortasetos» para abrirse paso a través del *bocage* (una especie de resistentes colmillos diseñados por los soldados americanos y fabricados con las escuadras de hierro de los obstáculos alemanes de las playas). Los Aliados habían enviado a Normandía un gran número de soldados y

prácticamente todos los cilindros de oxígeno-acetileno de Inglaterra para crear una cadena de montaje en Saint-Jean-de-Daye de la que saldrían en dos días trescientos «cortasetos», todo ello mantenido en el más absoluto secreto antes de poner en marcha la Operación Cobra. Igualmente innovadora fue la idea del general de división Elwood «Pete» Quesada, jefe de tácticas aéreas, de incluir oficiales de enlace con radios VHF en todas las columnas de blindados para establecer comunicación directa con los cazabombarderos en el aire, colaboración que resultaría valiosísima en lo que los aviadores denominaban «aturdir al teutón». ⁷⁵

Collins no tenía pensado lanzar sus fuerzas de consolidación —la 1.^a División de Infantería y dos divisiones blindadas, la 2.^a y la 3.^a— hasta que los batallones de choque de la 4.^a, la 9.^a y la 30.^a División de Infantería no hubieran abierto claramente una brecha segura a través de las defensas enemigas. Pero el martes por la tarde, la ausencia del típico contraataque alemán pareció indicar que reinaba el caos entre las debilitadas filas enemigas, aunque los americanos todavía no hubieran emprendido una ofensiva en formación escalonada contra la retaguardia del enemigo. A las 17:45, Collins ordenó que la siguiente oleada de soldados atacara a la mañana siguiente, el miércoles 26 de julio. Aquella noche, los fusileros se adelantaron sigilosamente para localizar trampas cazabobos, desactivar minas y aguzar el oído para asegurarse de que no llegaran tanques enemigos. ⁷⁶

Con el nuevo día, la ofensiva americana cobró intensidad, como si los dos ejércitos rivales hubieran empezado a deslizarse a través de un territorio inclinado hacia el sur. Los americanos se dirigieron a la batalla «a la rusa», subidos a los tanques, de los que bajaban para regar con fuego devastador la maleza y la espesura. De media, los soldados de la 1.^a División tardaron menos de tres minutos en despejar un seto, tarea que había requerido varias horas apenas unas semanas antes. En el lado oriental de la brecha, la conquista de una angosta carretera que conducía a Saint-Gilles se saldó con setecientas bajas de la 30.^a División, pero a media tarde los tanques entrarían en esa localidad sin encontrar apenas oposición. Marigny cayó en manos de la 1.^a División, la 9.^a División cruzó la carretera de Périers, adentrándose casi cinco kilómetros en la zona, y a las 16:00 el VII Ejército alemán informaba de que los americanos estaban infiltrándose a través de siete brechas abiertas en un estrecho frente. El intento del enemigo de lanzar dos divisiones hacia el oeste, al otro lado del río Vire, para cerrar aquel cuello de botella se vio frustrado cuando el XIX Cuerpo americano impidió la jugada. La escasez de combustible forzó la retirada de dos compañías de tanques Panther de la 2.^a División SS-Panzer, y una patrulla estadounidense mató al comandante de la *Das Reich*, pequeña pero satisfactoria

ración de venganza por las matanzas de Tulle y Oradour. Kluge comunicó a sus subordinados que no contaran con más tropas de refuerzo al menos durante una semana.⁷⁷

El jueves, al caer la noche, la brecha ya era de ocho kilómetros y por ella estaban pasando unos cien mil americanos; las columnas de tanques habían llegado a Coutances; y el mapa de Bradley mostraba cada vez más posiciones enemigas con indicadores en los que se leía «Rem», esto es, *remnants*, «restos» en inglés. «Este agujero se ha hecho verdaderamente grande», diría el comandante de la 30.^a División a Collins.⁷⁸

Los campesinos franceses iban y venían por el campo de batalla cogiendo los zapatos y las guerreras de los soldados alemanes muertos. Los americanos capturaron una tienda de campaña en cuyo interior había una mesa de comedor vestida de blanco y adornada con flores marchitas, revistas pornográficas muy manoseadas, ejemplares de *Life* y un damero con las piezas colocadas, abandonado en plena partida. Un teniente de tanques, que vio a un alemán soltar su fusil y echar a correr, contaría: «Entonces me di cuenta de que tenía la cabeza agujereada. Se estampó contra un manzano. Corría estando muerto, como una gallina». ⁷⁹

El viernes, las fuerzas enemigas se replegaron a la retaguardia a lo largo de un frente de más de treinta kilómetros, presionadas por el VII Cuerpo de Collins y el VIII Cuerpo del general de división Troy Middleton que avanzaban rápidamente por un corredor desde la península de Cotentin. Las emboscadas, los contraataques aislados y la confusión permitieron a buena parte de las tropas enemigas escapar de la trampa de Cotentin. Aun así, las acciones de acoso contra los alemanes en fuga tuvieron efectos devastadores. Los pilotos que sobrevolaban Roncey informaron de que aquello era «un paraíso para los cazabombarderos», con el enemigo atascado en medio del tráfico y moviéndose a paso de tortuga. Durante seis horas los aviones aliados martillaron las columnas de soldados, y al final también se unieron a ellos la artillería, los tanques y los cazacarros hasta conseguir que más de un centenar de *panzer* y otros 250 vehículos quedaran inutilizados o fueran pasto del fuego; los supervivientes huyeron a pie mientras su silueta se recortaba en un fondo de llamas. Los teutones habían recibido un duro castigo.

Coutances cayó el sábado, 29 de julio, por la mañana. Las tripulaciones de los barcos alemanes en Granville destruyeron sus baterías costeras antes de emprender la huida. «Parece que las cosas en nuestro frente marchan realmente bien», escribiría con satisfacción Bradley en una nota dirigida a Eisenhower. Más adelante aguardaba Avranches, una de las ciudades más antiguas de Normandía, el lugar al que un rey inglés, Enrique II, descalzo y con la cabeza descubierta, se había dirigido para

arrodillarse y hacer públicamente penitencia por el asesinato de Thomas Becket en 1170. Situada en lo alto de una colina granítica desde la que se domina Mont-Saint-Michel, Avranches constituía la puerta de entrada a la región de Bretaña y los puertos bretones tan deseados por los responsables de la logística aliada. El domingo, a última hora de la tarde, una punta de lanza de la 4.^a División Acorazada entró en la ciudad sin encontrar resistencia. Los franceses, llenos de júbilo, les dieron la bienvenida ondeando la bandera tricolor.

Las tropas alemanas se dieron cuenta demasiado tarde de lo que les venía encima. A toda prisa, marcharon hacia Avranches en camiones y carros tirados por caballos. Contraatacaron al amanecer, pero fueron repelidos con fósforo blanco y el fuego de las ametralladoras de los P-47 y el de los cañones de los tanques Sherman. Las tripulaciones de los blindados y los fusileros aliados no tardaron en hacerse con el importantísimo puente sobre el río Sélune, situado a unos seis kilómetros al sur de Pontaubault, que, increíblemente, estaba intacto. En pocas horas se pudieron asegurar otros tres puentes del río. Desde esta zona salían carreteras en todas las direcciones de la brújula, incluidos los puertos bretones. Solo el 31 de julio, los campos de prisioneros del VIII Cuerpo recibieron siete mil alemanes capturados, muchos de los cuales habían sido simplemente desarmados y enviados a la retaguardia sin ningún tipo de escolta. «Nos enfrentamos a un enemigo derrotado —dijo el general Barton a sus subordinados de la 4.^a División de Infantería—, un enemigo con la moral por los suelos y terriblemente confundido.»

Aquel lunes, a las diez y media de la mañana, en el curso de una llamada telefónica efectuada desde Le Mans a su jefe de Estado Mayor en París, Kluge se echó a reír cuando le informaron de una orden de Berlín exigiendo que se creara otra línea defensiva en Normandía.

Esto es un manicomio. No pueden imaginarse lo que es... No te queda otra que estallar en carcajadas. ¿Acaso no leen nuestros despachos? ¿No han sido advertidos? Viven en la luna... Alguien tiene que decirle al Führer que si los americanos se abren paso en Avranches estarán fuera de peligro y podrán hacer lo que les plazca.

El Führer sabría muy pronto cuánta razón tenía Kluge. Con sorprendente agilidad y rapidez, apoyado por las diez mil salidas de la aviación en misiones tácticas, el I Ejército había avanzado cincuenta kilómetros en menos de una semana para rebasar el flanco izquierdo de los alemanes y entrar en Bretaña. El agujero se había hecho efectivamente grande. Había comenzado, por fin, la guerra de movimientos.⁸⁰

Los ministros de tu castigo

Llegaron pesadamente por carreteras de gravilla y por caminos rurales, columnas de jeeps y de tanques y de camiones de dos toneladas y media serpenteando por los campos recién trillados y los huertos cargados de frutos. Motociclistas de la Policía Militar se abrían paso entre los soldados, reprendiendo a los remolones. De las solapas de las guerreras colgaban granadas, «como si fueran broches de Cartier». Llevaban la cara sucia y el cabello blanquecino de polvo calcáreo. «Lo suyo era la guerra —escribió el periodista gráfico Lee Miller— y seguían adelante marchando cuesta arriba.»⁸¹

Seguían adelante marchando hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste: pasando ante graneros de piedra y mulas que acarreaban la leche en cántaras de cobre; ante comercios que seguían ofreciendo frascos de perfume y pañuelos de seda; ante colaboracionistas con esvásticas pintadas torpemente en sus cabezas rapadas. Cuando los camiones se detenían un momento y los soldados bajaban a orinar por turnos, montones de hombres retorciéndose en los arcones de las carreteras, los civiles corrían hacia ellos para pedirles cigarrillos llevándose un par de dedos a los labios, además que Forrest Pogue describiría como el gesto nacional de saludo de los franceses. Otros ofrecían ramilletes de flores con la enseña tricolor, hechos de hortensias azules, rosas rojas y asteres blancos. «¡Hiip, hiip, whuu-rey!», gritaban los franceses, repitiendo expresiones aprendidas de los soldados americanos una generación antes. «I speeg engless. Jeess-Christ, cot-dam!» Los soldados respondían en francés de niño de colegio o con frases hechas publicadas en *Stars and Stripes*, entre otras la traducción de «Mi mujer no me comprende». El grito de *Vive la France!* lanzado por un americano propiciaba la aparición de jarras de calvados y brindis por el espíritu de Lafayette o chillonas denuncias contra los *boches*, llamados por los yanquis *Krauts*, *Jerrys*, *Grises*, *Piojos*, *Hunos*, o *Cabezas Cuadradas*.⁸²

Los carteles turísticos de Alemania seguían colgando de las paredes de las escuelas, y los restos de las clases de alemán —todo eso del *Umlaut* y los sustantivos escritos en mayúsculas— podían verse todavía en las pizarras sin borrar. Pero kilómetro tras kilómetro los únicos enemigos que se encontraban eran prisioneros, que eran invitados a rendirse en el dialecto de la soldadesca llamado «alemán de Milwaukee», o cadáveres, a menudo enterrados bajo un cartel improvisado marcado con epitafio sucinto, un simple nombre, también en mayúsculas: «Un Alemán». La retirada de la Wehrmacht tenía «un aspecto napoleónico», reconocía un oficial del Grupo de Ejércitos B. A comienzos de agosto Kluge dijo a sus superiores: «Por muchas órdenes que se den, las tropas no pueden, no son capaces, no son lo suficientemente fuertes para derrotar al enemigo». ⁸³

En campamentos montados a toda prisa, las sucesivas oleadas de columnas se detenían a pasar la noche, engullendo sus raciones K o calentando la sopa en sus propios cascos sobre una lata de Sterno: la coronilla del casco chamuscada, con el lustre azulado del acero quemado, delataba a los veteranos con tanta seguridad como un Corazón Púrpura. El anochecer era también la hora de los breves oficios conmemorativos. «La vida de un hombre se mantiene en equilibrio gracias a un trocito de metal más pequeño que el dedo de una persona», escribiría un soldado. Un capellán que rezó una oración por los muertos citó al poeta irlandés Charles Wolfe: «Lo enterramos oscuramente en plena noche... lo dejamos solo con su gloria». ⁸⁴

A finales de julio los planificadores del SHAEF calculaban que Alemania podría ser derrotada rápidamente si se añadían otras nueve divisiones a las setenta y cinco asignadas ya a la Operación Overlord. Por desgracia, con las poco más de tres decenas de divisiones que había en esos momentos en Francia, casi sin ninguna unidad adicional británica, pues ya no quedaban, y con los refuerzos norteamericanos llegando a Francia a un ritmo de menos de una división a la semana, la cifra de ochenta y cuatro que se necesitaban para ganar la guerra no estaría disponible en el continente hasta agosto de 1945. Por el momento, los Aliados tendrían que conformarse con la entrada en escena de un hombre al que un periodista describía como «un cometa belicoso lanzando rugidos», y del que un compañero de curso de West Point decía que era «un gallo de pelea pura sangre con cerebro». ⁸⁵

Para muchos soldados la primera visión del teniente general George S. Patton, Jr., se produjo en Avranches, donde saltó de su jeep para meterse en una garita de la policía cubierta con una sombrilla y sin más ni más se puso a dirigir el tráfico de los convoyes en una rotonda congestionada de camiones durante noventa minutos. Destinado por Bradley para supervisar la ofensiva hacia el sur del VIII Cuerpo, Patton había ayudado a dar el empujón definitivo que se necesitaba para que siete divisiones pasaran Avranches en setenta y dos horas, mordisqueando un puro mientras mascullaba ante la ocasional aparición de algún merodeador de la Luftwaffe: «Esos malditos cabrones, ¡me cago en Dios! ¡Esos infectos hijos de puta! ¡Nos los vamos a cargar!». Cuando un subordinado llamó por teléfono para que comunicara su posición, Patton rugió: «¡Cuelga y sigue adelante!». En medio de aquel paisaje normando de vehículos destrozados, prados ardiendo, y cadáveres calcinados de alemanes, añadió: «¿Puede haber algo más magnífico? Comparadas con la guerra, todas las demás formas de actividad humana quedan reducidas a meras insignificancias. ¡Por Dios, cuánto me gusta!»⁸⁶

El martes 1 de agosto a mediodía, nació oficialmente su III Ejército estadounidense, formado por nueve divisiones integradas en tres cuerpos. En ese mismo instante, Bradley ascendió a comandante en jefe del nuevo XII Grupo de Ejércitos, que venía a complementar al XXI Grupo de Ejércitos, aunque siguiera subordinado a Montgomery. El anterior lugarteniente de Bradley, el teniente general Courtney H. Hodges, lo sucedió al mando del I Ejército. «Avanzamos sin parar», dijo Patton a su Estado Mayor. «De aquí en adelante, hasta que vencamos o muramos en el intento, seremos siempre audaces.» En su diario anotó: «Estoy muy feliz». ⁸⁷

«Aparentemente hay dos tipos de soldados triunfadores», había dicho recientemente Patton en una carta a su hijo. «Los que triunfan sin hacerse notar y los que triunfan haciéndose notar. Yo soy de este segundo tipo.» Cosa bastante cierta, aunque durante casi un año había sido relegado casi al anonimato. Abofetear a dos soldados hospitalizados en Sicilia, al parecer por fingirse enfermos, casi le costó a Patton sus estrellas; se le negó la posibilidad de desempeñar papel alguno en las primeras fases de la Operación Overlord y de ocupar el mando del grupo de ejércitos que ahora ostentaba Bradley, más joven que él y antiguo subordinado suyo. En el mes de abril, una pequeña indiscreción, no por ello menos insensata, cuando dijo a un club social británico que «indudablemente nuestro destino es dominar el mundo; los americanos, los británicos y por supuesto los rusos», casi lo llevó a perder el mando del III Ejército. «Patton ha vuelto a desmadrarse», dijo Eisenhower en una carta a Marshall tras el incidente. «Al parecer, es incapaz de utilizar razonablemente la sensatez.»⁸⁸

Consiguió ser perdonado, aunque por los pelos, y pasó la primavera y las primeras semanas del verano haciendo de señuelo para confundir a los servicios de inteligencia alemanes respecto a un presunto segundo desembarco aliado. Se dedicó a hacer compras en Inglaterra, concretamente escopetas de caza y sillas de montar, a escribir unas poesías espantosas, y a jugar al bádminton y al golf; se compró un bull terrier blanco llamado Willie y ofreció a Eisenhower 1.000 dólares por cada semana de adelanto que le concediera para salir de Inglaterra y trasladarse a Francia. Un periodista lo consideraba «neurótico y sanguinario». A su esposa, Bea, que no solo era su confidente, sino también su alma gemela —en cierta ocasión sobornó a un barquero egipcio para que la hiciera entrar de tapadillo en un salón de tatuajes en un intento fallido de que le decoraran todo el pecho con un clíper con las velas desplegadas— le había escrito una carta a primeros de julio diciendo: «No puedo soportar el tiempo que pasa entre una guerra y otra». ⁸⁹

Reflexionó también profundamente sobre el generalato y el gigante perseguidor que iba a tener bajo su mando. En su petate llevaba los seis volúmenes de la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*, de Edward Augustus Freeman, que estudió atentamente para entender el uso que había hecho Guillermo el Conquistador de la red de carreteras de Francia. Patton llegó a Francia decidido no solo a redimir su reputación, sino también a encontrar la gloria. «Estoy castigado, como si me hubieran mandado a la perrera», dijo a Joe Collins. «Tengo que hacer algo espectacular.» Bradley le había advertido secamente: «Sabes, George, no pedí que vinieras». Pero no tardó en sentirse impresionado por aquel hombre que parecía más «juicioso, más razonable y agradable que el del Mediterráneo». A sus soldados, Patton les prometió que el enemigo «se levantaría sobre sus patas traseras gritando: “¡Me cago en Dios, ahí está el III Ejército y ese hijo de puta de Patton otra vez!”». ⁹⁰

Y ahí estaban, desparramándose hacia Bretaña con los flancos al descubierto y una retaguardia vulnerable. «Tenía que repetirme constantemente: “No te dejes aconsejar por tus miedos”», anotó en su diario el 1 de agosto. Y en una carta a Bea decía que el combate «siempre me asusta y me atrae, como las carreras de obstáculos». Encargó que le enviaran mapas de batalla plastificados, como los que había llevado a Túnez y a Sicilia, de veinticinco por cincuenta centímetros cada uno, a una escala de ocho millas por pulgada. Cuando se los entregaron, frunció el ceño: «¡Pero si por el este solo llegan hasta París!», exclamó en tono de queja. «¡Yo voy a ir a Berlín!»⁹¹

Primero tenía que ir a Brest, y no hacía falta ningún mapa especial para comprobar que Brest estaba al oeste, mientras que París y Berlín estaban al este. Solo la conquista de una cabeza de playa en Normandía era considerada por los planificadores de la Operación Overlord superior en importancia a la captura de Bretaña y sus puertos: Saint-Malo, Saint-Nazaire, Lorient, Brest, y la bahía de Quiberon, en la que se preveía instalar otro grandioso puerto artificial. Los retrasos en librarse de la incumbencia de Normandía, así como la lección que deberían haberles enseñado el desastre del Mulberry A y la política de tierra quemada y demoliciones de Cherburgo, no enfriaron los ardores de Eisenhower y sus responsables de logística. El ejército de Patton debía conquistar Bretaña.⁹²

Pero el hundimiento del ala izquierda alemana dio un respiro a Montgomery y ya el 27 de julio empezó a sugerir que la campaña de Bretaña quizá requiriera únicamente un solo cuerpo de ejército. Ni Bradley ni Patton se dieron por aludidos. Patton, cuya condición de castigado lo llevaba a tener cautela y a no desafiar los planes de Eisenhower, se apostó cinco libras con Montgomery a que los soldados

americanos estarían en Brest antes del sábado por la noche. Afirmando que tenía «un sexto sentido gracias al cual siempre puedo saber con una certeza moral lo que va a hacer el enemigo», Patton insistía en que «no hay más que diez mil *Krauts* en toda la península [de Bretaña]». Se equivocaba por lo menos en un factor seis. No obstante, el 1 de agosto, su 6.^a División Acorazada recibió una orden que se limitaba a solo dos palabras: «Tomad Brest». ⁹³

Ese mismo día, otra punta de lanza del III Ejército, la 4.^a División Acorazada, avanzó a toda velocidad casi sesenta y cinco kilómetros al sur de Avranches hasta las inmediaciones de Rennes, la capital de Bretaña y nudo de diez carreteras troncales. Allí el general John S. Wood, el hombre de espesas cejas que comandaba la unidad, tuvo una visión. Llamado P. —de «Profesor», pues había dado clases particulares a sus compañeros de curso en West Point-Wood—, había entrado en la academia para jugar al fútbol después de graduarse en la universidad de Arkansas, donde había estudiado química. Aficionado a la jardinería y al cultivo de las rosas, además de apasionado lingüista, que había leído a De Gaulle y al genio de los blindados alemanes, Heinz Guderian, en versión original, Wood a menudo pasaba en vuelo rasante sobre el campo de batalla en un Piper Cub con banderines rojos ondeando en la punta de las alas, para que sus hombres pudieran reconocerlo.⁹⁴

«Vamos a ganar esta guerra de la manera equivocada», declaró Wood. «Deberíamos estar yendo hacia París.» La capital francesa estaba solo a noventa y tantos kilómetros más lejos de Rennes que Brest; Bretaña era un callejón sin salida, mientras que París conducía al Reich. Wood ordenó a dos columnas de la 4.^a División Acorazada flanquear Rennes y cortar siete de esas diez carreteras; la ciudad cayó el 4 de agosto. Wood envió un mensaje por radio a Patton proponiéndole llegar a Chartres —unos 240 km más al este— en dos días: «Querido George... Confío en poder dar media vuelta y seguir derechos en la dirección correcta». Sin embargo, fue enviado al oeste, al interior de Bretaña, para emprender el sangriento asedio de Lorient.⁹⁵

Bradley tardó en cambiar de opinión y aceptar la idea de Montgomery de que «lo principal está al este». El 3 de agosto, dijo a Patton que despejara Bretaña con «una fuerza mínima». Patton decidió girar hacia el este con su XV y su XX Cuerpo, dejando tras de sí al VIII, una fragmentación del ejército que llevaba tiempo y que condenaba a dos divisiones acorazadas, la 4.^a y la 6.^a, a llevar a cabo cada una por su lado una guerra de asedio estática, en vez de dejarlas libres para encabezar la carga a través de Francia.⁹⁶

La campaña de Bretaña no tardó en revelarse inútil. Ninguno de los puertos sería especialmente útil, en parte debido a la distancia a la que estaban del campo de batalla principal —más de ochocientos kilómetros separaban Brest de la frontera alemana—

y en parte porque Hitler ordenó que las diversas fortalezas costeras resistieran «hasta el último hombre, hasta el último cartucho». Esa obstinación neutralizó a 280.000 defensores alemanes a lo largo del litoral europeo, pero también impidió que varios puertos importantes estuvieran a disposición de los responsables de la logística aliada durante semanas, si no todo el tiempo que duró la guerra. El sitio de Saint-Malo tuvo entretenidos a veinte mil soldados estadounidenses durante quince días y supuso la destrucción del puerto; En cuanto a Brest, con setenta y cinco fortines y murallas que alcanzaban los siete metros y medio de espesor, supuso un hueso particularmente duro de roer, y costó diez mil bajas entre los setenta mil americanos que atacaron la ciudadela durante más de un mes en una lucha medieval con escalas y ganchos. Aunque Bradley insistiría más tarde en que la guarnición de Brest era demasiado peligrosa para dejarla intacta en su retaguardia, la diversión de cinco divisiones a Bretaña reflejaba un apego al pie de la letra al plan inicial de la Operación Overlord. «Debemos tomar Brest para mantener la ilusión de un hecho incuestionable, a saber que el ejército de los Estados Unidos no puede ser derrotado», dijo Bradley a Patton, que ponía en tela de juicio su opinión.⁹⁷

La guerra terminó sin que ni un solo mercante ni un solo buque de transporte de tropas amarraran en Brest, que el medio millón de bombas y proyectiles americanos dejaron convertida en un montón de ruinas. El puerto artificial de la bahía de Quiberon no llegó a construirse nunca. P. Wood, cuya 4.^a División Acorazada fue relevada finalmente de las labores de asedio de Lorient a mediados de agosto para salir pitando hacia Nantes y el sudoeste del país, consideró el desvío a Bretaña «una de las estupideces más colosales de la guerra». Pero como a mediados de agosto la mayoría de las legiones de Patton finalmente avanzaban ya lanzando aullidos en dirección al este, el giro inicial hacia el oeste y el hecho de que no materializara las ambiciones estratégicas de la campaña de Bretaña parecían una bagatela. «Nos hemos quitado los grilletos que nos tenían atados», dijo Montgomery a sus lugartenientes:

Sea lo que sea que quiera hacer el enemigo, no tendrá la menor importancia para nosotros. Avanzaremos sin parar y rápidamente con nuestros planes hacia su destrucción... Nuestra situación general es muy buena; la situación del enemigo dista mucho de ser buena... Ahora es el momento de presionar con audacia y de asumir grandes riesgos.⁹⁸

El plan de Montgomery era muy sencillo y muy bonito: tres ejércitos vapulearían directamente a los alemanes mientras que un cuarto —el III de Patton— giraría a la derecha, hacia París, para atrapar al enemigo tambaleante junto al Sena antes de que los puentes del río pudieran ser reparados. Mientras Patton enviaba a su XV Cuerpo hacia Le Mans, donde estaba el cuartel general del VII Ejército alemán, Montgomery arrastraría al grueso de las fuerzas aliadas hacia adelante a lo largo de un frente de

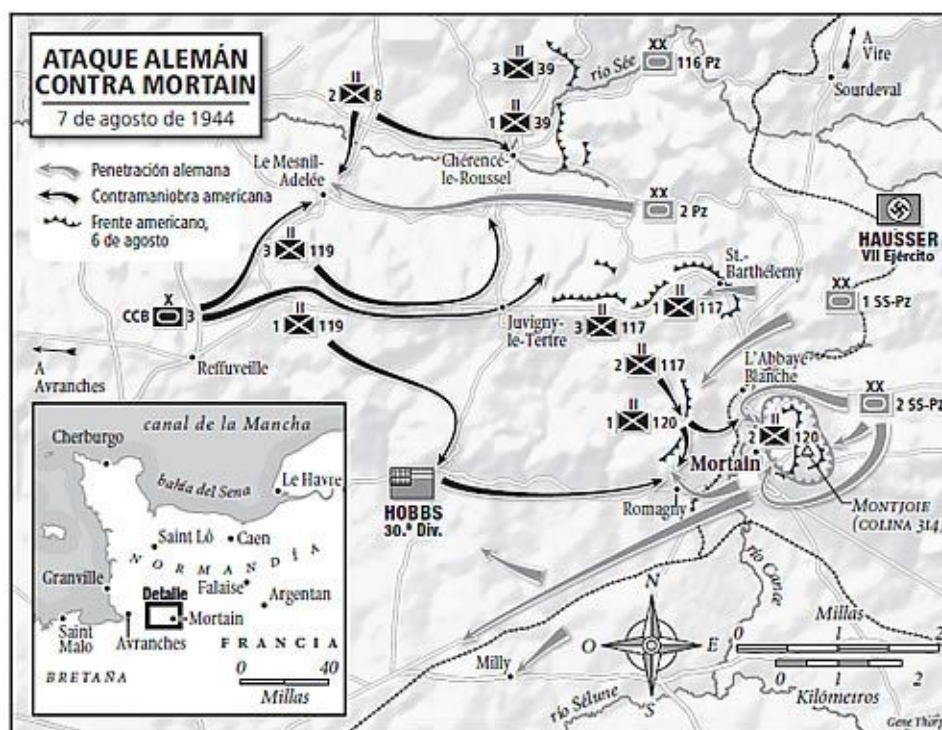
casi cien kilómetros desde Avranches hasta Caen. El I Ejército canadiense a la izquierda y el II Ejército británico por el centro hicieron algunos modestos avances frente a la preponderancia de los blindados alemanes, que incluían dos cuerpos SS-Panzer. Los ingleses tomaron por fin Villers-Bocage, convertido en un montón de ruinas, el 4 de agosto y recorrieron a marchas forzadas quince kilómetros en dirección a Vire, codo a codo con el V Cuerpo del I Ejército norteamericano. Pero aquello no fue una carrerita de cincuenta kilómetros antes de almorzar detrás de otra: la 28.^a División de Infantería, que anteriormente había formado parte de la Guardia Nacional de Pensilvania, sufrió 750 bajas en su primer día de combate, mientras que la 29.^a División de «Rienda Suelta» Gerhardt perdió otras mil en su intento de recorrer quince kilómetros hacia Vire.⁹⁹

Según dijo en cierta ocasión el historiador Bruce Catton, la guerra a veces «sigue ella sola un guión equivocado», plantando su bota sobre cualquier lugar anónimo o imprevisible como Shiloh Church o Kasserine o Anzio o Sainte-Mère-Église. Uno de esos lugares fue Mortain, una localidad de 1.300 habitantes, a unos treinta kilómetros al este de Avranches, en medio de un terreno escarpado denominado la Suiza Normanda en un triunfo de la grandilocuencia de oficina de turismo sobre la realidad de los datos geográficos. Se decía que el nombre de la población procedía de *Maurus*, en alusión a los moros que formaban parte del ejército romano; famosa por sus cubiertos, primero de peltre y luego de acero inoxidable, Mortain se había convertido también últimamente en un centro minero y comercial, que unía las localidades del interior y las de la costa. Desde el 6 de junio, habían ido llegando miles de refugiados de la zona de invasión, entre ellos niños provistos de chapas de identificación con las direcciones de los parientes con los que había que contactar en caso de que murieran sus madres.¹⁰⁰

El último ocupante alemán de Mortain había sido fusilado el 3 de agosto por un policía francés armado de un fusil del siglo XIX con una sola bala. Unas horas después llegó la 1.^a División de Infantería, que sería trasladada el 6 de agosto, para dar paso ese mismo día, un domingo cálido y soleado, a la 30.^a División. La población civil vitoreó a los recién llegados y les tiró flores cuando pasaron en sus camiones chirriantes por delante de los cafés y los hoteles atestados de gente. Llamada Old Hickory por sus raíces en la Guardia Nacional de Tennessee y las dos Carolinas, la 30.^a División todavía estaba lamiéndose las heridas sufridas en el curso de la Operación Cobra, incluido el bombardeo fratricida del que había sido objeto. Dos de los nueve batallones de infantería de la división habían sido enviados a otro destino; el resto avanzaba lentamente a lo largo de un frente de unos diez kilómetros.¹⁰¹

De particular interés era Montjoie, localidad emplazada en un lugar rocoso y escarpado, que domina Mortain por el este y cuyo nombre se debe a que desde allí los peregrinos, llenos de gozo, divisaban por primera vez el Mont-Saint-Michel, situado a poco más de cuarenta kilómetros. Para los soldados americanos aquella escarpadura de kilómetro y medio de longitud era simplemente la Colina 314, así llamada por la medida de su altitud en metros; setecientos hombres del 2.º Batallón del 120.º Regimiento de Infantería ascendieron resoplando hasta la cresta aprovechando las someras obras de fortificación dejadas por la 1.ª División. Con ellos iba el teniente Robert L. Weiss, un observador de primera línea de artillería, bajito, delgado, de solo veintiún años, que llevaba la misma camisa de sarga que su padre, inmigrante húngaro, había llevado en la Primera Guerra Mundial. Además de tener que acarrear unos binóculos armados en un trípode, Weiss cargaba con una radio SCR-610 de más de quince kilos en un maletín de cuero encerado; la FM sintonizada tenía un alcance de unos ocho kilómetros, suficiente para que llegara hasta las baterías de obuses atrincheradas al oeste. Recientemente había escrito una carta a su madre, en Indiana, en la que decía: «Espero tener ocasión de hacer unos cuantos disparos yo solito los próximos días». Sus compañeros, agotados, esperaban solo poder descansar un poco.¹⁰²

No lo conseguirían. La valoración que hacía Montgomery cuando afirmaba que «la situación del enemigo dista mucho de ser buena» era indiscutible, y precisamente esa vulnerabilidad hacía que los alemanes estuvieran desesperados. Desde su cuartel general en Prusia oriental, mil quinientos kilómetros más al este, Hitler detectó «una oportunidad única, que no volverá a presentarse... de meternos en una zona enemiga enormemente expuesta». Por orden suya, un contraataque en forma de punta de lanza de cuatro divisiones Panzer debía colarse a través de Mortain hasta Avranches, separando el III Ejército de Patton del I Ejército de Hodges y, si no lograba echar a patadas a los invasores obligándolos a volver a sus barcos, reimpondría al menos la guerra estática de comienzos del verano. «Digan a Kluge —añadía Hitler en un mensaje enviado a través del alto mando— que debe tener la vista fija en el frente y en el enemigo sin mirar nunca hacia atrás.»¹⁰³



7

El mariscal Kluge contestó que «un ataque como ese, si no tiene un éxito inmediato», corría el riesgo de incurrir en el envolvimiento y la aniquilación. Aunque la cabeza de lanza llegara a Avranches, aquella fuerza sería demasiado débil para retener el terreno ganado frente a la aviación, la artillería y los blindados de los Aliados. Ocho divisiones alemanas ya habían sido borradas del mapa durante el mes de julio combatiendo en la península de Cotentin, y otras dos estaban inmovilizadas en Bretaña y en las aisladas islas del Canal. Recientemente habían llegado a Normandía seis divisiones de reemplazo procedentes del sur de Francia y del paso de Calais, que habían permitido una especie de reorganización: la *Panzergruppe West* había sido rebautizada V Ejército Panzer, con una docena de divisiones repartidas en cuatro cuerpos, y el VII Ejército contaba con dieciséis divisiones. Pero aquella hueste era frágil y estaba desanimada.

Hitler rechazó todos aquellos reparos. El ataque se efectuaría, tal como se había ordenado, temerariamente hasta el mar, sin importar los riesgos». ¹⁰⁴

Remolinos de niebla subieron y bajaron como el telón de un melodrama durante las balsámicas horas de la madrugada del 7 de agosto. Poco después de la una, unos piquetes americanos informaron de estallidos de fuego de fusil, seguidos del característico gruñido de los *panzer* cuando estaban de cacería. Luego, en sucesivas ráfagas violentísimas, el ataque se cebó en el frente de la 30.ª División: 26.000

alemanes en la primera oleada, con 120 tanques tripulados por hombres vestidos con uniformes negros que recordaban a la vieja caballería imperial. Las ametralladoras se pusieron a cacarear y el ensordecedor estruendo de los cañones principales de los tanques barrió la línea de arriba abajo. Respondió el ladrido de los obuses americanos, tirando a corta distancia contra sombras agazapadas a escasos mil metros de distancia. Los soldados corrían de una posición de tiro a otra para simular que eran más numerosos de lo que eran en realidad; aquí y allá fueron quedando aisladas algunas bolsas en lo que un soldado describió una «sensación de se ha acabado todo». Los heridos gemían en medio de la noche.¹⁰⁵

En el ataque alemán no salió casi nada bien. Un cazabombardero aliado averiado se estrelló contra el tanque de cabeza de la 1.^a División SS-Panzer, bloqueando al resto de la columna durante horas. Solo tres de las seis cabezas de lanza enemigas lograron avanzar según el horario previsto. El ala derecha, ocupada por la 116.^a División Panzer, apenas pudo moverse; su comandante en jefe sería destituido por ejercicio del mando «poco inspirado o negativo». De los trescientos cazas de la Luftwaffe prometidos para el combate, no apareció en el teatro de operaciones ni uno solo.¹⁰⁶

Donde más se dejó sentir el peso de los alemanes fue en Saint-Barthélemy, una encrucijada a unos tres kilómetros al norte de Mortain. Apuntando al lugar en el que veían los destellos del cañón, los tripulantes de un cazacarros estadounidense destruyeron un tanque Panther con un proyectil de 76 mm a escasos cincuenta metros, y luego a otro a treinta; los dos quedaron torcidos en medio del camino, ardiendo con violentas llamaradas blancas. En una barricada los soldados americanos dejaron que pasaran los *panzer* y luego masacraron a los granaderos arrastrándose tras ellos. El 1.^{er} Batallón del 117.^o Regimiento de Infantería sufrió 350 bajas y se retiró a la ladera de una colina unos mil metros al oeste de Saint-Barthélemy, pero la ofensiva alemana se había retrasado seis horas, y al cabo de poco tiempo había cuarenta panzer inmovilizados. Mientras tanto, en la Abbaye Blanche, un montón de piedras del siglo XII situado justo al norte de Mortain, un pelotón de sesenta y seis hombres con bazookas y artillería repelió a todo un regimiento de SS. Los soldados americanos resistieron a los tanques, a los lanzallamas y a las granadas. Más de sesenta vehículos enemigos serían noqueados, uno tras otro.¹⁰⁷

El amanecer, despiadado delator de las necesidades de cada uno, desenmascaró la precaria situación de los alemanes. En cuanto se levantó la niebla, cuatro divisiones acorazadas —de norte a sur, la 116.^a Panzer, la 2.^a Panzer, y la 1.^a y la 2.^a SS-Panzer— quedaron expuestas brillando a la resplandeciente luz del sol. «La primera concentración verdaderamente grande de tanques enemigos que se veía desde el Día

D», informó una patrulla de la RAF. Los cazabombarderos Typhoon no tardaron en caldear a los soldaditos alemanes con dos mil cohetes de 60 libras y bombas de cañón de 20 mm del tamaño de las estacas de una tienda de campaña. Seguidos por sucesivas oleadas de Thunderbolt y Hurricane, los aviones estuvieron atacando hasta el anochecer con una furia de tiburones hambrientos.¹⁰⁸

«Centenares de soldados alemanes empezaron a bajarse de los vehículos y a abandonar la carretera para salir corriendo en busca de los campos y los setos», comunicó el piloto de un Typhoon. Solo unas decenas de tanques y camiones fueron destruidos realmente desde el aire, y más de varias escuadrillas se lanzaron erróneamente contra los parapetos americanos. Pero muchas decenas más de vehículos fueron abandonados en la refriega o fueron destruidos por la artillería de campaña: una docena de batallones —144 cañones— barrieron las dos carreteras que se dirigían al oeste desde Saint-Barthélemy. El cuartel general de un cuerpo Panzer describía los ataques como «prácticamente insoportables», y el 7 de agosto el VII Ejército reconocía que «el ataque propiamente dicho lleva en punto muerto desde las 13:00 horas». ¹⁰⁹

Las únicas excepciones a aquel «comienzo excepcionalmente pobre», como describía el VII Ejército la ofensiva, fueron el pequeño avance de unos siete kilómetros que pudo llevar a cabo la 2.^a División Panzer por el norte, y la captura de Mortain por la 2.^a División SS-Panzer, Das Reich. Esta unidad se lanzó al asalto a las tres de la madrugada del lunes en tres columnas, superó una barricada por el sur, capturó los cañones antitanque por el norte, y se infiltró a través del 120.^o Regimiento de Infantería con la ayuda de dos guías franceses traidores. Unas figuras fantasmales con el típico *Stahlhelm* se lanzaron como flechas por las calles del pueblo, abriendo las puertas de las casas a patadas y colándose en los sótanos. Treinta oficiales y soldados que estaban en el puesto de mando del 2.^o Batallón se escabulleron por la puerta trasera del Hôtel de la Poste para esconderse en una casa situada a cuatrocientos metros de distancia. La mayoría, incluido el oficial al mando del batallón y un soldado armado solo con un hacha, serían capturados más tarde por los alemanes cuando intentaban escabullirse de nuevo, aunque media docena consiguieron no ser detectados durante una semana, sobreviviendo gracias a las verduras de una huerta y la comida robada de la despensa del hospital de la localidad. La pregunta que hizo por radio el cuartel general de la 30.^a División, a unos diez kilómetros al oeste —«¿Qué situación tenéis ahí abajo?»— recibió una respuesta muy escueta: «Infernal». ¹¹⁰

También era infernal vista desde la Colina 314, pero al menos allí el panorama era majestuoso. Provisto de sus prismáticos de campaña y de su radio del Cuerpo de Comunicaciones, el teniente Weiss había llamado a las seis de la mañana informando de su primera misión y de que estaba disparando a corta distancia con arreglo a las coordenadas de los mapas desde que los centinelas le avisaran de que cuatrocientos soldados enemigos intentaban trepar por la ladera este. Desde un afloramiento de piedra en el extremo sur de la colina, rodeado de matorrales de pino y de la fragancia animal de los pastos de verano, Weiss enseguida divisó las columnas de soldados alemanes que avanzaban por la llanura situada a sus pies, incluidas algunas tropas en bicicleta con los fusiles colgados al hombro. Murmuró algunos conjuros más por el equipo de radio. Unos instantes después empezaron a caer a toda velocidad bombas que al impactar levantaban violentas salpicaduras de fuego, mientras se oía el silbido de los fragmentos provenientes de las piezas que los artilleros llamaban el «Hierro Grande». Respondieron las bombas de los morteros y los cañones de 88 mm de los alemanes, que se cebaron en los flancos rocosos de Montjoie. A última hora de la tarde Weiss comunicó por radio: «Enemigo por el norte, por el sur, por el este y por el oeste». Durante una breve pausa, escribiría después un soldado norteamericano, comprobó que «no había pájaros cantando. No se movían las hojas. No soplaba el viento». ¹¹¹

Pero los alemanes no ganaban terreno. Las cortinas de fuego dirigidas desde la Colina 314 paralizaron a la División Das Reich, impidieron que la 17.^a División SS-Panzer Grenadier escalara la colina y frenaron el hundimiento del flanco sur de la 30.^a División. Las bombas de fósforo blanco obligaban al enemigo a salir a campo abierto, intentando frenéticamente quitarse las llamas de la piel y de los uniformes, y luego las bombas detonantes los hacían pedazos. Al anoecer, la ofensiva alemana se había estancado por completo; cinco divisiones habían sido incapaces de abrirse paso a través de una sola división norteamericana que tenía menos de seis mil soldados de infantería. «¡Ojalá los alemanes sigan atacando en Mortain unos días más!», decía Montgomery en un cable enviado a Brooke esa noche. «Me parece que no podrán escapar.»¹¹²

En eso el enemigo le hizo caso. Las posiciones cambiaron poco el martes, 8 de agosto, otra jornada clara, ideal para seguir matando desde el aire o mediante fuego de artillería registrado. Los cañones estuvieron funcionando las veinticuatro horas del día. «Les ha hecho mucha pupa», comunicó Weiss por radio al término de una acción que levantó una columna de humo visible a varios kilómetros de distancia. Pese a estar convencido de que la ofensiva había fracasado, Kluge dijo a sus lugartenientes: «Tenemos que arriesgarlo todo». ¹¹³

Durante otros cuatro días, la Colina 314 siguió siendo lo que un oficial alemán llamaría «una espinita clavada en el corazón». El 9 de agosto Hitler volvió a exigir que «el frente de la invasión aliada sea revertido», con una nueva ofensiva contra Avranches llevada a cabo por una fuerza de choque al mando del general Heinrich Eberbach, comandante en jefe del V Ejército Panzer. Cuando llegó al campo de batalla prácticamente solo con un camión provisto de emisora, Eberbach dijo a Kluge que la misión era imposible y «muy desagradable». A las 18:20 h de la tarde del miércoles, un oficial de la SS escaló la colina de Montjoie con una bandera blanca para exigir a los americanos que se rindieran en el plazo de noventa minutos o los harían «volar por los aires». Los soldados heridos, que estaban refugiados en unas cuantas trincheras someras, gritaron: «¡No, no os rindáis!», y el oficial de mayor graduación en la colina, el teniente primero Ralph A. Kerley, un tejano alto y delgado, envió de vuelta al emisario colmándolo de una sarta de improperios. Cinco batallones de artillería frustraron un posterior ataque de los alemanes que se presentaron aullando y lanzando ráfagas de ametralladora y granadas de mano. Kerley repelió una ofensiva contra su propio puesto de mando. La marea de uniformes grises retrocedió.¹¹⁴

En la Colina 314 cada noche había más soldados muertos que eran guardados en depósitos de cadáveres improvisados entre las rocas, después de ser debidamente registrados en busca de comida y municiones. Los oficiales esperaban que retirando los muertos de la vista lograrían levantar la moral de sus hombres, pero Montjoie apestaba a humanidad convertida en carroña. Cada día el teniente Weiss colocaba las baterías de su preciosa radio en una base de piedra y las dejaba allí para que el sol las recargara un poco. Los encargados de buscar comida llenaban las cantimploras en una cisterna cubierta de verdín y localizaron nabos, coles y unos cuantos conejos en una jaula. El intento de lanzar pertrechos médicos a la guarnición apostada en lo alto de la colina en bombas de humo vacías fracasó: la fuerza de gravedad hizo añicos las jeringuillas de morfina y las botellas de plasma, e incluso convirtió los rollos de esparadrapo en discos completamente planos. El 10 de agosto a las 16:30 h unos diez o doce C-47 lanzaron raciones de comida y otros suministros en unos paracaídas de color azul y anaranjado, pero la mitad de los paquetes cayó en tierra de nadie, fuera del perímetro ocupado por los americanos. El día 11 por la noche, el jefe de Estado Mayor de la 30.^a División, lleno de frustración, declaró: «Quiero que Mortain sea demolida, incendiada de modo que no quede nadie vivo en ella». La artillería asoló la población como si fuera azufre.¹¹⁵

Y entonces acabó la batalla. El propio Hitler reconoció su inutilidad. «El ataque ha fracasado —dijo en tono ominoso— porque el mariscal von Kluge ha querido que fracasara.» En La Roche-Guyon, ante una mesa con un mapa desplegado encima, Kluge dio unos golpecitos con el dedo en el punto correspondiente a Avranches y dijo: «Ahí es donde voy a perder mi reputación como soldado». El 12 de agosto, antes del amanecer, las columnas alemanas se escabulleron en dirección al norte y al este. Un regimiento de relevo de la 35.^a División trepó hasta lo alto de la Colina 314 a recoger a los 300 muertos y heridos; otros 370 hombres bajaron de la cima por su propio pie, entre ellos los tenientes Weiss y Kerley. En los seis días de lucha por Mortain la 30.^a División había sufrido ella sola 1.800 bajas, y a ellas había que añadir casi otras tantas de otras unidades. Los supervivientes recibieron comida y condecoraciones y volvieron al combate. La artillería americana había demostrado una vez más la potencia asesina que había hecho de ella la reina de las batallas desde que el librero de Boston Henry Knox se hiciera artillero durante la Revolución. De nuevo aquí el ejército estadounidense había reafirmado su dominio del campo de batalla —con potencia de fuego, tenacidad, y un despliegue creíble de competencia en el uso de armas combinadas—, dominio que no haría más que incrementarse a lo largo de los ocho meses siguientes, en los que la campaña en Europa se intensificaría más todavía.¹¹⁶

Cuando regresó a Mortain y la encontró convertida en ruinas, la población civil francesa «permaneció en pie llorando y balanceándose hacia delante y hacia atrás, como si estuviera rezando», comentó un testigo. Los soldados hacían juegos de palabras sobre si había alguna otra ciudad que hubiera sido liberada u «ob-liberada». El 13 de agosto el teniente Weiss, hijo amantísimo, encontró un momento para sentarse a escribir una carta a su madre. «No tengo mucho que contar de aquí», le decía. «Vosotros sabéis más que nosotros acerca de lo que está pasando». ¹¹⁷

Las grandes orejas de Ultra habían proporcionado al alto mando aliado una idea muy clara de cuáles eran las intenciones de los alemanes antes de que diera comienzo la ofensiva de Mortain el 7 de agosto. Las transmisiones por radio descifradas no habían llegado con suficiente antelación ni habían sido lo bastante detalladas como para avisar a la 30.^a División, pero los mensajes interceptados no tardaron en revelar cuáles eran los planes de batalla de Kluge y los obstáculos para su ejecución. Un mensaje descodificado el 10 de agosto desveló que probablemente al día siguiente empezaría un nuevo ataque contra Avranches. La orden de Kluge contenía una clarísima nota lastimera: «El embate decisivo *debe* conducirnos al éxito». ¹¹⁸

Animado por Eisenhower, Bradley ordenó que la mayor parte del III Ejército continuara galopando hacia el este, en dirección a Le Mans, convencido de que la aviación y el VII Cuerpo de Collins frustrarían la ofensiva alemana aunque el «embate decisivo» lograra casi apoderarse de Mortain. Durante una rueda de prensa cerca de Colombières, Ernest Hemingway preguntó a Bradley acerca de un rumor que corría sobre una apuesta de cien dólares que había hecho con Patton a ver quién llegaba antes a París. Sorprendido, Bradley contestó: «Yo soy el oficial al mando del general Patton y no creo que fuera muy honrado por mi parte hacer semejante apuesta. Por lo demás, seguramente comprenderá usted que no estamos todavía en condiciones de hablar de París». ¹¹⁹

Lo que sí estaban era pensando en ella. Las fuerzas aliadas ocupaban en aquellos momentos una décima parte del territorio de Francia y dominaban las principales carreteras que conducían a la capital francesa desde el oeste. Cuanto más tiempo «se obstinaban» los alemanes, según la expresión de Churchill, mayor sería la ocasión de cercar a dos ejércitos alemanes enteros, formados por más de 100.000 hombres. El 7 de agosto, desde su flanco izquierdo, Montgomery había lanzado al I Ejército canadiense en una ofensiva por el sudeste hacia Falaise con una fuerza de choque que incluía mil quinientos bombarderos y setecientos cincuenta tanques. Los proyectiles trazadores de los cañones Bofors marcaron el eje del ataque por medio de polvo y de humo, y al rebotar en las nubes bajas los reflectores lograron crear un efecto de luz de luna artificial. La ofensiva permitió ganar unos quince kilómetros antes de frenarse debido a la confusión a medio camino de Falaise, «el ciego que guía a otro ciego», según la apreciación de un coronel. Los cañones antitanque de 88 mm castigaron duramente a los blindados atacantes, y una nueva irrupción fratricida de la aviación causó trescientas bajas a los Aliados, muchas de ellas pertenecientes a la nueva 1.ª División Acorazada polaca. Tropas de la SS azuzaban a los defensores a punta de pistola al grito de: «¡Atacad, perros!»¹²⁰

Mientras se desarrollaban estos sucesos, Bradley seguía estudiando atentamente los mapas en su remolque, ahora cada vez más nervioso. El 8 de agosto, durante un almuerzo al borde de la carretera a base de raciones K cerca de Coutances, en compañía de Eisenhower, que estaba recorriendo el campo de batalla en un Pickard Clipper conducido por Kay Summersby, Bradley propuso reducir la gigantesca operación de envolvimiento emprendida por Patton. En vez de eso, el I y el III Ejército debían poner rumbo al norte; Patton tenía que dar un brusco giro a la izquierda en Le Mans, recorriendo casi cien kilómetros hasta Alençon y Sées. Los

canadienses debían continuar avanzando otros treinta y cinco kilómetros por Falaise y Argentan para reunirse con sus primos estadounidenses, cerrar la bolsa y atrapar en ella a más de veinte divisiones alemanas.¹²¹

Un Eisenhower exultante siguió a Bradley hasta su puesto de mando, donde tras una rápida llamada por teléfono consiguió el apoyo de Montgomery. Patton se mostró más reticente, defendiendo al teléfono, aunque sin demasiado entusiasmo, continuar hacia el este con una operación de envolvimiento más audaz que pillara al enemigo entre el río Sena y París y el río Loira y Orleans. En vista de la insistencia de Bradley, Patton capituló, ordenando a su XV Cuerpo que girara hacia el norte desde Le Mans. «De haber sido por mí —escribió a Bea—, habría corrido más riesgos de los que ahora se me permite correr.»¹²²

Montgomery hizo pública una directiva oficial ordenando a los canadienses asegurar Falaise. «Se trata de una prioridad primordial, y tiene que llevarse a cabo con rapidez». En un mensaje que pretendía insuflar ánimos a «los Ejércitos Unidos en Francia», rogaba al Todopoderoso: «Haznos ministros de tu castigo». ¹²³

Bradley seguía relamiéndose de gusto al ver la terquedad de los alemanes en Mortain, «la metedura de pata táctica más gorda de la que se ha tenido noticia nunca». Según dijo a un visitante, se trata de una ocasión que no se le presenta a un comandante más de una vez en un siglo. Estamos a punto de destruir a un ejército enemigo entero». ¹²⁴

Raras veces una batalla sigue las bonitas flechas dibujadas en el mapa o trazadas en la imaginación de un general. La durísima lucha por la bolsa de Falaise no fue ninguna excepción. Varios factores impidieron la aniquilación del enemigo prevista por el alto mando aliado, incluidos varios errores de cálculo, y la confusión y la torpeza de algunos generales. Y entre las variables que intervinieron no fue la menor la renuencia de los alemanes a ser aniquilados.

Por el sur, el avance del III Ejército comenzó bastante bien con el XV Cuerpo del general Wade Haislip. Dos divisiones acorazadas por cada lado iban a la cabeza de otras tantas divisiones de infantería, encontrando una resistencia intermitente. El 12 de agosto la 2.^a División Acorazada francesa, equipada con tanques del ejército estadounidense, capturó intactos los puentes de Alençon. Con Argentan como objetivo de la jornada, pese a encontrarse a casi veinte kilómetros de distancia dentro del sector correspondiente al XXI Grupo de Ejércitos británico, Haislip ordenó a su comandante en jefe francés, el general Jacques Philippe Leclerc, que girara al oeste. Esta acción tenía por objeto liberar la carretera situada al norte de Sées para la 5.^a División Acorazada estadounidense, que daría mayor empuje al ataque aliado.

Haciendo gala de un singular *je-m'en-foutisme* —pasotismo—, Leclerc se desplegó por todas las carreteras a su alcance, bloqueando el paso de los camiones de aprovisionamiento de combustible de la 5.^a División Acorazada y dando así a los alemanes seis horas para acumular sesenta *panzer* provenientes de Mortain en un sector ocupado antes por una compañía de panadería de retaguardia.¹²⁵

Patton se irritó muchísimo, pero no se dejó amilanar. Con el XV Cuerpo al frente de trescientos tanques, veintidós batallones de artillería y un predominio aéreo absoluto, ordenó a Haislip atravesar rápidamente el bloqueo alemán, y luego «reducir la marcha hasta contactar con nuestros aliados» cerca de Falaise. Patton llamó por teléfono a Bradley el domingo 13 de agosto a primera hora de la tarde para comunicarle sus progresos. «¿Seguimos adelante y echamos a los ingleses al mar para un segundo Dunkerque?», preguntó dando muestra de un humor de lo más grosero.¹²⁶

Pero Bradley vio quién sabe qué fantasmas. Dio entonces la orden más controvertida de su larga carrera. «No hagas nada», dijo a Patton. «No pases de Argentan. Quédate donde estás y concentra tus efectivos en ese flanco.» Por el norte, el extremo canadiense de la pinza no había logrado hacer ningún avance y Bradley creía erróneamente —basándose en los informes incompletos de Ultra y en su propia intuición, que le falló— que al menos diecinueve divisiones alemanas habían salido en estampida hacia el este para escapar de la trampa de los Aliados. De ser así, el Cuerpo de Haislip corría el riesgo de ser destruido si continuaba avanzando hacia el norte con el flanco izquierdo al descubierto. También Montgomery se sentía inquieto por la vulnerabilidad de los americanos, pero como luego escribiría Bradley, «no consulté con Montgomery. La decisión de detener a Patton fue solo mía». Patton protestó en vano, y luego escribió en su diario que Haislip habría podido «avanzar fácilmente hacia Falaise y cerrar completamente la bolsa... Esta parada ha sido un gran error». Un oficial de Estado Mayor del III Ejército anotó: «El general está fuera de sí». ¹²⁷

Las dificultades de los canadienses trastornaron todavía más los planes de los Aliados. Hasta el 14 de agosto el I Ejército canadiense no consiguió reunir sus cuatro divisiones con las que debía efectuar un ataque contra Falaise. El desprecio de Montgomery por el comandante en jefe del ejército canadiense, el general Harry D. G. Crerar, fumador empedernido, aquejado de tos seca y disentería recurrente, no había hecho más que intensificarse en las últimas semanas. «Me temo que se cree que es un gran soldado», había dicho Montgomery recientemente en una carta a Brooke. «Asumió el mando el 23 de julio a las 12:00 h. Cometió su primer error a las 12:05, y el segundo después de almorzar.»¹²⁸

Peor aún. El 13 de agosto los alemanes habían encontrado todos los detalles del plan de batalla en el cadáver de un oficial canadiense muerto al meterse equivocadamente dentro de sus líneas; de ese modo, advertido de antemano, el enemigo pudo desplazar decenas de cañones antitanque a la principal vía de ataque. El martes 15 de agosto por la tarde el asalto a Falaise se había convertido en «un baño de fuego derretido», como registraría el diario de guerra del Regimiento Escocés de los canadienses. Los soldados volvieron a ser víctimas de acciones fratricidas: hasta después de mucho tiempo no se dio cuenta nadie de que el humo amarillo utilizado por los canadienses para marcar las posiciones amigas era del mismo color que utilizaba el Mando de Bombarderos británico para señalar sus objetivos. «Cuantas más bengalas amarillas encendían los soldados para señalar sus posiciones —dice la historia oficial británica—, con más fuerza los bombardeaba la aviación despistada.» Las cuatrocientas bajas consiguientes, sumadas a la desigualdad del terreno y a un «polvo como no lo había visto nunca en mi vida», según comentaría luego en tono de queja un alto mando, supusieron que los canadienses no llegaran a Falaise hasta el miércoles. Pero incluso entonces seguía habiendo más de veinte kilómetros que los separaban de los americanos.¹²⁹

En realidad ninguna división alemana había intentado todavía escapar; Hitler no había dado aún su permiso. Con el fin de reforzar una operación de envolvimiento amplio hacia París —la propuesta original de Patton—, Bradley debilitó el envolvimiento más corto que él mismo había diseñado. Tampoco confiaba demasiado en su plan. «Por primera y única vez en toda la guerra —confesaría más tarde—, aquella noche me fui a la cama preocupado por una decisión que ya había tomado.»¹³¹

Los dos altos mandos aliados de mayor rango en campaña, Montgomery y Bradley, se habían hecho un lío. Ni uno ni otro reconoció que las fuerzas a las que se enfrentaban los contingentes bisoños de canadienses y polacos eran más formidables que las que tenían ante ellos los americanos, pues estas habían quedado debilitadas por la Operación Cobra y los acontecimientos de Mortain. Mortain no reforzó a Crerar con las legiones británicas veteranas que tenía a su disposición; y tampoco hizo demasiados esfuerzos por asegurarse de que Bradley y él se entendían del todo. Desde el zoológico en miniatura de su puesto de mando cerca de Vire, entretenido con los «gorjeos y las modulaciones» de los canarios en sus jaulas, Montgomery puso de manifiesto su sangre fría, pero no demostró ni sentido de urgencia ni la omnisciencia del alto mando. «Estos días están siendo estupendos», escribió el 14 de agosto a un amigo. «Naturalmente algunos [alemanes] escaparán, pero no sé cómo van a poder aguantar y volver a luchar en serio a este lado del Sena.»¹³²

Bradley no tardó en censurar a Montgomery por varios pecados, entre otros por no haber trasladado la frontera de los dos grupos de ejércitos al norte de Argentan, así como por haberse descuidado y no haber pedido ayuda a los americanos para cerrar la bolsa. Pero él también había sido muy reacio a ofrecer esa ayuda y se había hecho el escurridizo para no revelar la orden de diversión hacia el este que había dado al XV Cuerpo. Bradley, que había leído recientemente la obra magistral de Douglas Southall Freeman *Lee's Lieutenants*, aseguraba que «la única cualidad que tienen en común todos los grandes generales era la inteligencia». Pero esa clarividencia en el campo de batalla, que de vez en cuando había demostrado como comandante de un cuerpo de ejército en Túnez y en Sicilia, a menudo se le escapó como comandante de todo un grupo de ejércitos. El historiador Russell F. Weigley lamentaría más tarde «la falta de previsión y planificación operacional sostenida por parte de los dos principales aliados». ¹³³

Tampoco prestó mucha ayuda Eisenhower. El comandante supremo se había revelado un mariscal mediocre en Túnez, en Sicilia y durante la planificación de Anzio; ahora, en Falaise, perseveró en ese defecto, contemplando pasivamente el panorama durante más de una semana sin reconocer ni rectificar las deficiencias de mando de sus dos principales lugartenientes. Había cuatro ejércitos —el II británico,

el I canadiense, y el I y el III americano— que no parecían estar muy bien acoplados. «Ike [estaba] elegantemente arreglado y bronceado con sus zapatos de ante egipcio, y Kay iba vestida de modo parecido, haciendo que el resto pareciéramos torpes y sucios en comparación», escribió un oficial del cuartel general de Bradley tras la visita que les hicieron a mediados de agosto. Más tarde un general británico llegaría a la conclusión, con más pesar que censura, de que «realmente nunca tuvo la sensación de lo que es una batalla». ¹³⁴

Independientemente de cuáles fueran las deficiencias que aquejaban al alto mando aliado, quedaron en nada comparadas con el fiasco de los alemanes. Decenas de tanques, cañones de asalto y piezas de artillería permanecían inmóviles por falta de combustible. El general Eberbach dijo el 14 de agosto a Kluge que tres de sus divisiones acorazadas disponían solo de setenta tanques y que la 9.^a División Panzer «tiene la fuerza de una compañía». Incluso las tropas de las SS se hacían las remolonas. «Semejante cansancio», comentaría más tarde un alto mando alemán, «causaba alucinaciones». Por cada cinco bajas alemanas sufridas en el oeste desde el 6 de junio, solo llegaba un reemplazo. El cuartel general de Kluge advirtió al alto mando: «Faltan cinco minutos para la media noche». ¹³⁵

Y entonces Kluge desapareció. El 15 de agosto, tras celebrar una entrevista con Sepp Dietrich cerca de Bernay, el mariscal se marchó en su Horch a las diez de la mañana para reunirse con Eberbach y otros mandos de campaña en Nécy, a diez kilómetros al sur de Falaise. No llegó a su destino. «Descubran el paradero de Kluge», exigió el cuartel general de Hitler. «Comuniquen los resultados cada hora.» Berlín preguntó descaradamente si el mariscal había desertado. ¹³⁶

Poco antes de la media noche apareció en el cuartel general de Eberbach al oeste de Argentan, desaliñado y sucio. Aquella mañana unos cazabombarderos habían atacado a su Horch y a dos coches radio, obligándolo a permanecer escondido en una zanja hasta el anochecer, y cuando había reanudado la marcha, se había visto metido en un embotellamiento de tráfico. Eberbach le dijo que Hitler quería que lanzaran un nuevo contraataque, una quimera absurda. «La gente esa vive en otro mundo y no tiene ni idea de cuál es realmente la situación», dijo Kluge, señalando vagamente hacia Berlín. Volvió a La Roche-Guyon en un coche prestado y el miércoles 16 de agosto a las 14:40 h ordenó al Grupo de Ejércitos B que iniciara la retirada de Normandía. Hitler confirmó su decisión dos horas más tarde. ¹³⁷

Aquella sería la última orden de Kluge. El jueves, sin previo aviso, llegó a La Roche-Guyon un oficial bajito, de mejillas caídas, dotado de un magnífico ojo táctico enmarcado por un monóculo, con una carta de Hitler autorizándolo a sustituir a

Kluge. El mariscal Walter Model, hijo de un director de música prusiano, se titulaba a sí mismo «el bombero de Hitler»: durante sus tres años de servicio en el Frente Oriental se construyó una fama de soldado capaz de estabilizar una campaña después de varias derrotas y retiradas. Hombre cáustico, luterano ferviente, dotado de una memoria infalible, aficionado al vino tinto francés, y con una fe ciega en el uso pródigo del pelotón de fusilamiento para los remolones, Model era lo bastante audaz como para preguntar en cierta ocasión ante el entrometimiento de Berlín: «¿Quién manda el IX Ejército, *mein Führer*, usted o yo?» La intimidación a la que sometía a sus subordinados llevó a Rundstedt a comentar que tenía «las cualidades de un buen sargento». Incluso Hitler había murmurado un día: «¿Ven esos ojos? No me gustaría tener que servir a sus órdenes». ¹³⁸

Ahora estaba al mando Model, y ni un solo oficial de la Wehrmacht lo dudaría. Sus máximas favoritas eran: «¿No se puede hacer más deprisa?», y un verso del *Fausto* de Goethe que dice: *Den lieb'ich, der Unmögliches begehrt*, «Amo a aquel que aspira a lo imposible». En una reunión en el cuartel general del V Ejército en Fontaine-l'Abbé, Model dijo a sus comandantes: «Tengo la intención de retirarme detrás del Sena». Mientras se aceleraba la retirada por todo el frente de Normandía, dos divisiones SS-Panzer girarían al sudoeste del río para asegurar un pasillo cerca de Trun por el que pudieran evadirse las fuerzas que corrían el riesgo de quedar rodeadas en Falaise. Víctima ya de la acción devastadora de la artillería y la aviación, una gran parte de las huestes alemanas se encontraba amenazada. Había llegado la hora de aquellos que aspiraban a lo imposible. ¹³⁹

Cuenta la leyenda que una fatídica mañana de 1027, al volver de una cacería, el joven heredero al trono del ducado de Normandía, Roberto el Magnífico, de solo diecisiete años, vio a la hermosa hija de un curtidor con las faldas levantadas mientras lavaba la ropa en un arroyo a los pies de las murallas del castillo de Falaise. Fruto de la inmediata cita secreta entre los dos jóvenes fue un hijo, Guillermo el Bastardo, que sobrevivió a varios intentos de asesinato y gobernó Normandía durante más de medio siglo, ganándose otro sobrenombre más ilustre tras ampliar sus dominios hasta Inglaterra en 1066. El 17 de agosto de 1944, casi mil años después, la ciudad natal de Guillermo el Conquistador había quedado tan maltrecha que las tropas canadienses no podían distinguir ya el trazado de las calles; las excavadoras se limitaban simplemente a abrir una franja de cuatro metros de anchura entre las ruinas. Los agujeros de las balas afeaban el vetusto torreón del castillo, aunque la estatua ecuestre de bronce de Guillermo seguía incólume. La noche anterior habían salido los últimos tanques Tiger de entre las ruinas de la catedral y habían abandonado la ciudad por el sudoeste, pero

hasta el viernes 18 de agosto por la mañana no serían eliminados los últimos sesenta defensores a ultranza de la 12.^a División SS que se habían hecho fuertes en la École Supérieure. Los únicos supervivientes fueron dos adolescentes, escogidos al azar, que lograron escabullirse para informar de que la ciudad había caído.¹⁴⁰

El nombre de bolsa de Falaise se extendía en aquellos momentos a una zona de treinta kilómetros de oeste a este, y tenía más o menos quince kilómetros de anchura. Ultra había descifrado la orden de retirada de Kluge, corrigiendo la falsa idea que tenía Bradley de que el enemigo ya había huido y permitiendo por fin a Montgomery pedir a los americanos que atacaran a unos doce kilómetros al nordeste de Argentan, en dirección a Chambois y Trun, hacia donde se dirigían los polacos y los canadienses por el noroeste con la esperanza de cortar las dos únicas carreteras que aún tenían abiertas los alemanes.¹⁴¹

Bradley se vio obligado a confesar entonces que había enviado a la mayor parte del XV Cuerpo de excursión mucho más al este. Ordenó al general Leonard T. Gerow, al mando del V Cuerpo, integrado en el I Ejército, que improvisara un ataque utilizando las divisiones que se había dejado Haislip, que en aquellos momentos iba camino de Dreux. Con tres jeeps, nueve oficiales y una radio rota, Gerow recorrió casi cien kilómetros bajo una lluvia torrencial para llegar después del amanecer del 17 de agosto a su nuevo puesto de mando en el Hôtel de France de Alençon. Allí se encontró al general Hugh J. Gaffey, jefe de Estado Mayor del III Ejército, dispuesto a atacar en una hora tras recibir de Patton la orden de formar un cuerpo de ejército provisional exactamente con las mismas tropas a cuyo mando esperaba ponerse Gerow. Después de mucha confusión y no pocas discusiones, el general Gerow rechazó el plan de batalla del general Gaffey y aplazó el ataque hasta el viernes por la mañana a la espera de que llegara más artillería.¹⁴²

La situación no era ni mucho menos napoleónica. Montgomery dijo a Brooke el mismo 17 de agosto a las once de la noche: «La bolsa ya está cerrada». No era verdad. A Churchill le dijo: «El enemigo no va a poder escapársenos». Tampoco era verdad. En una carta a un amigo escribió: «Tengo a unos 100.000 alemanes casi rodeados en la bolsa». Eso era más cierto, pero los *casi* no ganan las batallas y mucho menos las guerras. Por fortuna, a pesar de los tropezones de los altos mandos aliados, la reducción de la bolsa a manos de la infantería y la aviación había empezado en serio. Los Spitfire, Typhoon, Mustang, Lightning y Thunderbolt efectuaron entre mil quinientas y tres mil salidas diarias en sanguinarios relevos desde la primera hasta la última luz del día. «Como los transportes se atascaban a veces en filas de a cuatro —explicó un jefe de escuadrilla de la RAF—, los consiguientes ataques de los cohetes y los cañones resultaban relativamente fáciles.» Un oficial canadiense capturado que

después logró escapar contó lo que había visto el 18 de agosto: «Por todas partes había filas de vehículos, tanques y vehículos remolcando cualquier cosa que pudieran. Los daños sufridos eran inmensos, y los transportes en llamas y los caballos muertos eran dejados en medio de la carretera mientras sus ocupantes continuaban la marcha apresuradamente a pie». ¹⁴³

El viernes las tropas canadienses lograron entrar en Trun, calificada luego como «un infierno de ruinas incandescentes». «Disparad contra *todo* lo que veáis», les dijo Montgomery. Al día siguiente los americanos del 359.º Regimiento de Infantería entraron en Chambois, que también era pasto de las llamas, y que fue rebautizada *Shambles*. Un oficial informó que la sangre «corría a chorros bastante grandes por las cunetas de las calles». Los alemanes que huían se habían convertido «ni más ni menos que en carbones con forma humana» o en «vértebras a las que las moscas dispensaban sus cuidados»; un conductor muerto colgado de un armón de artillería seguía sujetando las riendas de cuatro caballos, que también yacían muertos. Entonces los yanquis divisaron a unos polacos del 10.º Regimiento de Dragones. «Un capitán americano vino corriendo hacia mí —recordaría luego un soldado polaco— y corriendo todavía me agarró y me levantó por los aires como si fuera un niño.» Compartieron cigarrillos y chocolate y brindaron todos juntos. ¹⁴⁴

Con las carreteras que iban al este cortadas, los restos de diecinueve divisiones alemanas se vieron obligados en gran parte a seguir caminos de herradura o a escapar a la carrera campo a través guiándose por la brújula. Tres mil cañones aliados apuntaban a la zona de muerte, y el oficial al mando de un batallón de artillería de la 90.ª División anotó en su diario:

La bolsa que rodea a los alemanes tiene forma de cuenco y desde las colinas nuestros observadores tienen una visión perfecta del valle situado debajo... Todo ser vivo o todo vehículo en movimiento es observado constantemente. No puedo entender por qué nuestros observadores de primera línea estaban tan histéricos. Hay mucho campo para disparar. ¹⁴⁵

Con las indicaciones proporcionadas por los localizadores aéreos, los artilleros seguían de punta a punta el paso de los efectivos enemigos lanzando bombas de fósforo blanco y detonantes. «Siempre le dábamos a algo», decía un piloto. Un general alemán comunicó que muchos de sus hombres iban «sin casco, sin cinturón o descalzos. Muchos incluso no llevaban nada en los pies». Un oficial de Estado Mayor añadía: «Fuerte tiroteo abajo en la carretera. Un tanque dio la vuelta inmediatamente y atropelló a varios hombres nuestros... Alguien por detrás empezó a ondear una bandera blanca atada a un palo. Le pegamos un tiro». Lo que las baterías de artillería observaban, lo encontraban los cazabombarderos: los pilotos no tenían más que fijarse en las columnas de polvo que se levantaban a lo lejos o en el elocuente destello del

vidrio debajo de las hayas y los carpes. «Vi a los tripulantes de unos camiones sentados en los escalones de la entrada de una casa de campo, mirando desolados los restos ardientes de sus vehículos en la carretera», contó el piloto de un Spitfire. «Así que disparé también contra ellos.» Un campesino francés que escapó de la carnicería explicó: «Parecía como si estuviera en el escenario actuando en el último acto de *La Valkiria*. Estábamos rodeados de fuego por todas partes». ¹⁴⁶

Dos luchas a muerte se desarrollaron dentro del apocalipsis general de la batalla. En Saint-Lambert, una aldea cruzada por el río Dives, entre Trun y *Shambles*, se produjeron feroces contraataques de unos «hombres vestidos de gris lanzando gritos» contra los bravos soldados de la 4.^a División Acorazada canadiense el sábado 19 y el domingo 20 de agosto. Se levantaron columnas de llamas procedentes de unos camiones cisterna cargados de gasolina que empezaron a arder ensuciando el cielo; cadáveres de hombres y de animales y pertrechos achicharrados obstruían la corriente del Dives formando un «montón horrible» debajo de un puente violentamente disputado. «Estuvimos disparando hasta que la ametralladora se recalentó y tuvimos que tirarla», contó un artillero canadiense. Los alemanes improvisaron algunos grupos de combate que se abrieron paso a tiros y cruzaron el cordón de seguridad que rodeaba Saint-Lambert, sacando no solo sus *panzer* —con los granaderos montados a horcajadas en el chasis «como si les hubieran salido propágulos»—, sino también a todo el grupo de mando del V Ejército Panzer y a varios generales, entre ellos a Eberbach, que no tardaría en recibir el mando del VII Ejército. ¹⁴⁷

Cinco kilómetros al nordeste, mil ochocientos hombres de la 1.^a División Acorazada polaca lograron escalar el viernes por la tarde una escarpadura llamada Colina 262 que ellos bautizaron *Maczuga* —«maza»—, por la forma que tenía en el mapa. El domingo por la mañana, tras una noche muy productiva desbaratando una columna alemana a la que sorprendieron marchando camino de Vimoutiers por la carretera situada al pie de la colina, los polacos soportaron el feroz ataque de la 2.^a y la 9.^a División SS-Panzer, traídas por Model desde el Sena como «fuerza de irrupción» encargada de sacar de la bolsa a los supervivientes. Aprovechando que las nubes impidieron despegar a los aviones durante parte del día, los alemanes treparon en manada por las laderas cubiertas de árboles «procedentes de todos los rincones del mundo», diría un polaco. Los tanques Panther y Sherman abrieron fuego a quemarropa unos contra otros mientras los soldados, enemigos hereditarios, se mataban a golpe de bayoneta y arrojándose granadas en la noche y luego a lo largo de toda la mañana siguiente; mientras tanto los alemanes en fuga pasaron en masa por delante la colina. Un observador de artillería franco-canadiense, que se había encaramado a la *Maczuga* con dos radios y doscientos cañones apuntando, construyó

un anillo de troncos de pino alrededor del reducto, como había hecho el teniente Weiss en Mortain. Cuando la 4.^a División Acorazada canadiense logró llegar a la cima el lunes por la tarde, 325 polacos yacían muertos en la *Maczuga* y otros mil más se encontraban heridos. Los *panzer* ardían por toda la colina como si fueran montones de heno, y los cadáveres de los SS se freían entre la hierba que era pasto de las llamas provocadas por los proyectiles trazadores.¹⁴⁸

Durante un día más los alemanes rezagados murieron intentando vadear el Dives o escabullirse en las sombras. Otros se rindieron al grito de *Merde pour la guerre*, «mierda para la guerra». «Fue más una ejecución que una batalla», diría un artillero canadiense. El lunes varios centenares de alemanes provistos de carros blindados y cañones de 20 mm cargaron a través de los trigales hacia Trun; una línea canadiense de ocho ametralladoras Vickers «los acribillaron en manada», contó un soldado. «Duró media hora o así.» A los muertos les quitaron las pistolas Luger, los puñales, los relojes de pulsera, y los francos manchados de sangre que llevaban encima los extendieron al sol para que se secaran. Un viejo francés que iba empujando una carreta dio una patada al cadáver de un alemán, escribió la periodista Iris Carpenter, y se echó a reír de alegría mientras meaba encima «con el mayor cuidado y deliberación, repartiendo por todos las facciones de la cara cérea una misma proporción de vileza». Sí, *merde pour la guerre*.¹⁴⁹

Por fin callaron los cañones. El campo de batalla se parecía a «uno de esos cuadros de Waterloo o Borodino», escribió Alan Moorehead, que en un cable enviado al *Daily Express* decía: «Creo que desde aquí estoy viendo el fin de Alemania». La distancia puede resultar engañosa en la guerra, y la desaparición de Alemania estaba más lejos de lo que él y otros pensaban. La persecución y la aniquilación de un enemigo derrotado es una de las artes militares más difíciles de dominar, como había quedado demostrado desde Gettysburg hasta El Alamein; y las derrotas sufridas en Rusia, en el norte de África y en Italia habían enseñado a la Wehrmacht a retirarse. Precisamente un año antes, 110.000 alemanes e italianos habían escapado de una destrucción aparentemente segura en Messina.¹⁵⁰

«Todas las formaciones alemanas que crucen el Sena serán incapaces de combatir durante los meses venideros», prometió Montgomery a Londres. También aquellas palabras eran demasiado optimistas, y lo cierto es que cruzaron el río más tropas enemigas de las que habrían debido. Por desgracia, ningún *corps de chasse* fue pisando los talones a los alemanes desde Vimoutiers hasta el río.¹⁵¹

Tras liberar Orleans y Chartres el 16 y el 18 de agosto respectivamente, el III Ejército recibió la orden de torcer hacia París y cruzar el Sena al este de la capital, camino ya de la frontera alemana. La escasez de combustible exigía desde hacía algunos días la utilización diaria de un puente aéreo de emergencia desde Inglaterra, pero Eisenhower había ordenado a sus lugartenientes adelantar al enemigo, ya camino de casa. De las legiones de Patton, solo el XV Cuerpo se había desplazado al norte, cruzando el Sena el 20 de agosto en barcas, balsas, puentes de pontones, y por una estrecha pasarela colocada sobre una presa cerca de Mantes, a unos cincuenta kilómetros al oeste de París. Las fuerzas alemanas de bloqueo frustraron los esfuerzos de los soldados norteamericanos que intentaban avanzar siguiendo el curso del río por la orilla, pero no pudieron impedir que tomaran La Roche-Guyon lanzando fuego de mortero y de lanzagranadas contra el patio; Model y su estado mayor habían escapado a Margival, donde Rommel, Rundstedt y Hitler se habían reunido dos meses antes.¹⁵²

La victoria de los Aliados, aunque extraordinaria, fue incompleta. A pesar de la «confusión inabordable», según la expresión de un general alemán, y de los «fusilamientos, amenazas y medidas violentas» de los energúmenos de las SS que controlaban muchos de los sesenta puestos de cruce del Sena, la mayoría de los que lograron salir de la bolsa de Falaise lograron también salir de Normandía. Unas dos docenas de transbordadores improvisados, escondidos de día en los brazos muertos del río, cruzaron unos 25.000 vehículos a la orilla este entre el 20 y el 24 de agosto. Los soldados que no pudieron reservar pasaje confeccionaron balsas clavando unas cuantas barricas de sidra, o puertas arrancadas de sus goznes y las pusieron a flote con bidones de combustible vacíos. Otros ataron unos cuantos troncos de árbol con cable telefónico o se agarraron al cadáver hinchado de alguna vaca muerta que bajaba a la deriva por el río. Los servicios de inteligencia británicos calculaban que el 95 % de las tropas alemanas que llegaron al Sena consiguieron también pasar a la otra orilla. Los cálculos del número de hombres que escaparon de la trampa de Falaise oscilan entre los treinta mil y los más de cien mil; entre los que salieron estaban los comandantes de cuatro de los cinco cuerpos de ejército, doce de los quince oficiales al mando de una división, y muchos valiosos oficiales de estado mayor. Decenas de miles de soldados más que no habían estado nunca en la Bolsa se unieron a sus camaradas a lo largo de toda Francia.¹⁵³

Se mire como se mire, en cualquier caso la derrota de Falaise había sido gravísima. Tal vez diez mil alemanes yacían muertos y otros cincuenta mil habían sido hechos prisioneros. Los Thunderbolt vigilaban los caminos y dirigían hacia las columnas de prisioneros a los hombres a los que divisaban ondeando banderas blancas. «La vida en las jaulas es muy dura», escribió en su diario un oficial

americano el 24 de agosto. «Oí a un soldado decirle a otro que el agua se vendía a 300 francos la cantimplora.» Entre los muertos habría que contar al mariscal Kluge: cuando iba camino de Berlín tras ser relevado por Model, hizo un alto a las afueras de Verdún; extendió una manta en la hierba en medio de un bosque y se tragó una cápsula de cianuro. «Cuando lea estas líneas, ya no estaré aquí», decía a Hitler en una nota de despedida. «Es tan indecible lo que ha sufrido el pueblo alemán que ya es hora de poner fin a este horror.» El Führer pronunció su epitafio: «Quizá no viera otra salida... Es como una película del Oeste». ¹⁵⁴

Los investigadores aliados contaron cerca de setecientos tanques y cañones autopropulsados averiados o abandonados entre Falaise y el Sena. No había transbordador capaz de cruzar un tanque Tiger, y los panzer fueron barrenados o carbonizados en los muelles de Rouen y en otros lugares. Habría que mencionar también los millares de piezas de artillería y los dos mil quinientos camiones y automóviles perdidos. Model dijo a Hitler que sus divisiones Panzer y Panzergrenadier tenían una media de «entre cinco y diez tanques cada una». Las divisiones del V Ejército Panzer disponían solo de tres mil hombres por término medio, y apenas un tercio de su equipo. El Grupo de Ejércitos B había sido aniquilado, sumándose a la destrucción del Grupo de Ejércitos Centro que había tenido lugar en Bielorrusia en junio, aunque numerosas divisiones mostrarían una singular capacidad de recuperación. Como escribió después el historiador Raymond Callahan, «es evidente que el notable resurgimiento del ejército alemán durante el otoño se debió en una proporción que no podrá cuantificarse nunca a la victoria imperfecta de los Aliados en Falaise». ¹⁵⁵

Eisenhower efectuó una gira rápida por la bolsa, desplazándose de Falaise a Trun y por el nordeste hasta Vimoutiers. A unos tres kilómetros de Chambois, bajó del coche oficial y caminó un rato en medio de la carnicería que habían llevado a cabo sus ejércitos. «Horror y destrucción indescriptibles», escribió un teniente coronel que formaba parte de su séquito. «Cañones alemanes, camiones y carretas, decenas de cadáveres tumefactos esparcidos por doquier.» Algunos fueron enterrados a las orillas de la carretera, con sus cartillas de intendencia atadas a una tosca cruz. Un capellán canadiense contó que otros cinco mil fueron arrojados a una fosa común abierta por una excavadora en Saint-Lambert. Los cadáveres calcinados de los panzer incendiados fueron calificados de «monumentos de carbón» por las tropas polacas. Unos soldados británicos encendieron botes de Sten para evacuar los gases que contenían otros cadáveres antes de quemarlos en una pira. Un oficial alemán apareció en el asiento trasero de una limusina junto a su amante elegantemente vestida, ambos

mueritos por la metralla de una bomba de cañón que les había atravesado el pecho. «Era como si un ángel vengador hubiera barrido toda la zona destruyendo todo lo alemán», dijo un oficial.¹⁵⁶

Las tropas encargadas de limpiar la Bolsa llevaban máscaras antigás para soportar lo que pasó a llamarse el «olor de Falaise». El hedor de la descomposición llegaba hasta las cabinas de los pilotos de los Spitfire a mil quinientos pies de altura. «Todo está muerto», escribió Ernie Pyle, que había llegado a la zona el 21 de agosto. «Hombres, máquinas, animales... y solo habéis quedado vivos vosotros». Un ejecutor canadiense armado con una pistola recorría la orilla de un arroyo en la que había decenas de caballos heridos «que aguardaban pacientemente a morir en el agua». La labor de limpieza y retirada de ocho mil caballos sacrificados y las incontables vacas muertas mantuvo ocupadas a las excavadoras hasta el mes de noviembre; los administradores aliados declararían el Dives «zona insalubre» y durante meses el suministro de agua potable tuvo que hacerse por medio de camiones. Hasta 1961 los coleccionistas de metralla estuvieron recogiendo los últimos restos de la batalla en las huertas y los campos de grano de la zona.¹⁵⁷

Los escolares normandos cantaban en inglés a los soldados canadienses: «Gracias por liberarnos». El mercado de valores estadounidense se desplomó adelantándose a la llegada de la paz y la caída de los beneficios de las empresas. Las noticias procedentes del sur de Francia indicaban que la invasión francoamericana en la costa del Mediterráneo había obligado al enemigo a poner pies en polvorosa. Muchos se acordaban de noviembre de 1918, cuando el ejército alemán se había desintegrado de repente. «Es el principio del fin del guerra», declaró Montgomery.¹⁵⁸

Eso sí era verdad.

La historia más hermosa de nuestros tiempos

El jueves, 24 de agosto, al amanecer, una cálida lluvia de verano caía sobre las variopintas legiones de la liberación, mientras tres columnas de la 2.^a División Acorazada francesa se preparaban para entrar en acción a unos treinta kilómetros al suroeste de París. Cargadas con pucheros de café y bandejas llenas de huevos fritos y bocadillos, las mujeres del lugar iban por el campamento sirviendo el desayuno. Después de afeitarse, los soldados, con una precisión ritual, cargaron con las armas y empezaron a formar, «resonando como avetoros por todo el bosque», como escribiría más tarde un coronel americano, «hinchando pecho y gritando, “En avant!”». ¹⁵⁹

Banderas tricolores ondeaban en los tres mil vehículos bautizados con victorias napoleónicas o con nombres de ciudades francesas que ya habían sido liberadas de sus cadenas, como, por ejemplo, Cherburgo y Caen. Todos los tanques y todos los vehículos de reconocimiento llevaban como emblema una silueta blanca de Francia con la cruz de Lorena. Los doce mil efectivos comprendían no solo soldados regulares franceses, sino también marineros de ultramar, zapadores libaneses cristianos y fusileros senegaleses que habían pisado la Francia europea por primera vez hacía apenas tres semanas. También incluían españoles republicanos, gaullistas, monárquicos, judíos, musulmanes, católicos conservadores, animistas, anarquistas, antipapistas, comunistas, socialistas, librepensadores y cuáqueros devotos.¹⁶⁰

Un gran número de «*warcos*» —*war correspondents*, esto es, corresponsales de guerra en inglés— comentaban animados los últimos rumores, incluido uno que corría sobre un absurdo informe disponiendo que cualquier desfile por las calles en París tendría que ser aplazado hasta la llegada de Franklin Roosevelt. Entre los periodistas se encontraba Pyle, con una boina que hacía que guardara un gran parecido con Montgomery. También formaba parte de ese grupo Hemingway, en calidad de enviado de la revista *Collier's*, pero que estaba al frente de una comitiva de matones franceses a los que había equipado con subfusiles Thompson y pistolas, y que se dirigían a él llamándolo «coronel» o *grand capitaine*. Cuenta Robert Capa que a estos milicianos podía vérselos «imitar sus andares de oso mariner o espetar breves comentarios por la comisura de los labios, sin apenas abrir la boca», mientras Papa tomaba tragos de calvados y acariciaba la granada que llevaba en la guerrera, «por si acaso». También había cientos de combatientes de la Resistencia, incluido un grupo de tiradores experimentados que entre ellos se silbaban el santo y seña del día —«París» y «Orleans»— y soñaban con ondear una bandera tricolor en el Arco del Triunfo después de cuatro años de apestosas cruces gamadas.¹⁶¹

En medio de la carretera que salía de Limours, con unas gafas protectoras de caballería sujetas a su quepis y empuñando la vara de ratán que lo había acompañado a lo largo de la guerra, permanecía de pie el comandante de esta heterogénea cabalgata, Philippe François Marie, vizconde de Hauteclouque, que había adoptado el nombre de guerra de Jacques Philippe Leclerc para evitar que su esposa y sus seis hijos fueran víctimas de una represalia. Vástago de una familia de la nobleza rural de Picardía, Leclerc, un hombre esbelto y de voz profunda, con ojos azules y nariz aguileña, cultivaba un halo de misterio: «Cual Pimpinela Escarlata, se cuenta de él que ha sido visto aquí, allí y en todas partes», escribiría David Bruce, el agente de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, por sus siglas en inglés) que formaba parte del excéntrico grupo de tenientes que acompañaba al general francés ese jueves por la

mañana. Siendo capitán de caballería, Leclerc había caído herido en junio de 1940. Tras ser capturado por los alemanes, logró escapar en bicicleta al sur de Francia, para luego pasar a España y llegar a Portugal con un pasaporte que había sido falsificado con la ayuda de un juego de imprenta infantil. A continuación viajó hasta Londres, de donde fue enviado por De Gaulle a África central con la misión de incorporar los territorios bajo el control del régimen de Vichy a la causa aliada. Una vez conseguida la adhesión de los cameruneses y el Chad a la Francia Libre, expulsó a la guarnición italiana de Kufra, en el sur de Libia, y cruzó el continente con cuatro mil hombres y un cuerpo de camellos, en lo que cabría calificar de expedición militar «kiplingesca», para ponerse al servicio de Montgomery en Trípoli en enero de 1943. Posteriormente organizó la 2.^a División Acorazada en Marruecos, antes de desembarcar en la playa Utah el 1 de agosto con la que sería la vanguardia de un ejército francés renacido. Católico devoto de comunión diaria, siempre y cuando lo permitieran los combates, Leclerc también demostraba una obstinación que desconcertaba a sus superiores, como cuando confundió las carreteras en Argentan. Tras ser informado de que los servicios de inteligencia americanos habían detectado un contingente de cinco mil efectivos de las SS dispuestos a morir por París, Leclerc, señalando al cielo con el dedo índice, dijo: «No temáis, los aplastaremos». ¹⁶²

En avant, pues, en avant. Lentamente, una tras otra, las columnas se pusieron en marcha a las siete de la mañana, escoltadas por «una curiosa mezcla de automóviles particulares, camiones, motocicletas y bicicletas», informaría Don Whitehead. Veteranos de la guerra franco-prusiana observaban atentamente el desfile desde las cunetas y hacían el saludo militar. La población civil vitoreaba a aquellos soldados, les tiraba flores, manzanas y tomates y les ofrecía jarras de «cerveza y de sidra, vino blanco y tinto de Burdeos y de Borgoña, champaña, ron, whisky, coñac, armañac y calvados», contaría David Bruce, «en cantidades suficientes para acabar con uno». ¹⁶³

O tal vez suficientes para que uno olvidara cuáles eran sus límites en la guerra. En contra de la orden del general Gerow de entrar en París por el oeste a través de Versalles, Leclerc dirigió el grueso de sus fuerzas hacia el sur de la capital para atacar una vez cruzado Arpajon, rebasando a su artillería de apoyo y cayendo, sin saberlo, en la zona rodeada por más defensas alemanas. La columna más ligera, que avanzaba por la izquierda, se abrió paso hasta Saint-Cyr para llegar a un puente intacto sobre el Sena, el Pont de Sèvres, que se encontraba a unos pocos kilómetros de la torre Eiffel; la fuerza Arpajon, tras progresar brevemente a una velocidad de ochenta kilómetros por hora, tuvo que aminorar la marcha debido a los obstáculos que bloqueaban la carretera y las emboscadas que sufrieron en las calles de Massy y Fresnes, ya cerca de

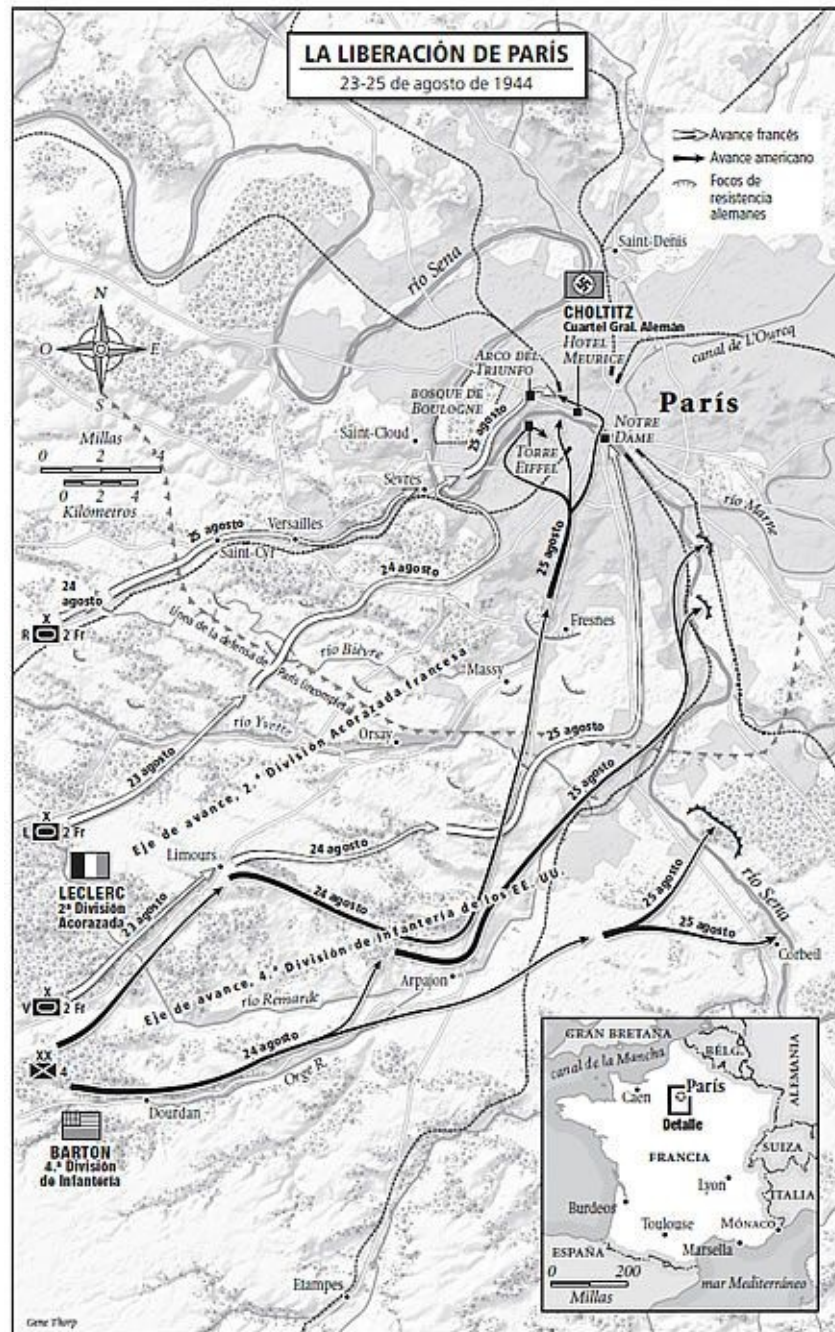
la capital. El jueves por la tarde, la punta de lanza seguía detenida a ocho kilómetros de la Puerta de Orleans, y a unos trece del centro de París. Leclerc había sufrido más de 300 bajas y la pérdida de 35 tanques y 117 vehículos motorizados.¹⁶⁴

Gerow, airado, se quejó por radio a Bradley de la actitud de Leclerc, al que acusaba de haber ido «bailando hacia París», «con los tanques avanzado en columna de a uno». Igualmente furioso, Bradley ordenó que la 4.^a División de Infantería americana rebasara las formaciones francesas y «se lanzara» sobre la ciudad por el sureste. Leclerc hizo que un avión de reconocimiento dejara caer una nota en el centro de la capital. El mensaje decía: «Tenez bon. Nous arrivons». Manteneos firmes. Estamos llegando.¹⁶⁵

Eisenhower hacía tiempo que había planeado no entrar en París para evitar posibles refriegas callejeras y porque los responsables de logística del SHAEF indicaban que abastecer de alimentos a la ciudad sería como «avituallar a ocho divisiones» en combate. Pero los acontecimientos lo habían obligado a cambiar de idea. El 11 de agosto empezó un período de huelgas: la primera fue la de los trabajadores del metro y el personal ferroviario, y luego vino la de la policía, tres mil de cuyos agentes ocuparon el 18 de agosto la *préfecture*. Varias patrullas de la Wehrmacht sufrieron emboscadas en distintas zonas de la ciudad; los convoyes con las raciones de comida fueron asaltados mientras iban de un depósito ferroviario a otro. El 19 de agosto, 125 parisinos perdieron la vida en el curso de varios tiroteos por las calles de la capital. Y el 15 de agosto había salido de París con destino al este el último tren con deportados judíos.¹⁶⁶

De Gaulle, que llegó a Cherburgo el 20 de agosto, temía que París se convirtiera en otra Varsovia: tras la sublevación de los polacos el 1 de agosto, anticipándose de manera descontrolada a la llegada del Ejército Rojo, los alemanes habían comenzado un proceso sistemático de destrucción de la ciudad. En la región de París había unos 35.000 guerrilleros de la Resistencia que formaban parte de una organización clandestina llamada Fuerzas Francesas del Interior, o FFI, pero en su arsenal no había más que 570 fusiles y 820 pistolas. Además, De Gaulle creía que una sublevación serviría para reforzar a los comunistas franceses, uno de los cuales, un trabajador del sector metalúrgico llamado «coronel Rol», proclamaba que «París bien vale 200.000 vidas». Eisenhower había prometido una y otra vez a De Gaulle que serían tropas francesas las que liberaran la capital cuando llegara el momento; *Deux Mètres* no solo invocaba en aquellos momentos ese juramento, sino que también hacía alarde de su genio para «las rabiets, las caras largas, los insultos, los gestos, el silencio, las

muestras de indiferencia propias del que se siente superior, el farisaísmo político, [y exhibir] una superioridad moral hipócrita», como diría más tarde el historiador John Keegan.¹⁶⁷



Parecía que la cosa estaba a punto de estallar. Los actos de insurgencia eran cada vez más numerosos, y de la capital habían llegado mensajes augurando una catástrofe si los Aliados no entraban pronto. Se produjeron cientos de escaramuzas antes de que se pactara una tregua intermitente que fue ampliamente ignorada tanto por las SS

como por los comunistas. Aislados en ciertos enclaves, los defensores alemanes construyeron fortines y desplegaron cañones antitanque de 88 mm en los accesos a la ciudad. Los parisinos resucitaron las barricadas típicas del siglo XIX, utilizando adoquines, tapas de registro del sistema de alcantarillado, camiones alemanes volcados e incluso una *pissotière* con cinco meaderos. En poco tiempo había repartidos por la ciudad más de cuatrocientos de esos reductos, incluidas algunas barricadas con retratos de Hitler colgados en lo alto para hacer diana en ellos. «Los cuadros de Delacroix y Daumier no habían sido estudiados en vano —se diría en un relato de posguerra—, y algunos [parisinos] se exhibían con un pañuelo atado al cuello y la camisa desabrochada para mostrar el pecho». Los insurgentes cosían brazaletes de las FFI y producían en masa cocteles Molotov con botellas de champaña; algunos heridos leves se hacían los cabestrillos con bufandas y pañuelos de Hermès. «Por cada parisino, un *boche*», decían los carteles comunistas. En una emisora de radio clandestina sonaba *La Marselesa* después de llevar cuatro años prohibida; los parisinos subían el volumen y abrían las ventanas de sus casas. «Tengo la sensación —escribiría un sargento alemán en una carta dirigida a su esposa de que aquí las cosas se van a poner mal muy pronto.» Un enviado de la capital, un tal Raoul Nording, un sueco robusto que trabajaba como director de una fábrica de cojinetes, dijo a Bradley que al menos unas cuantas autoridades alemanas confiaban en una intervención rápida de los Aliados antes de que las represalias de tierra quemada fueran un hecho consumado.¹⁶⁸

El martes, 22 de agosto, Eisenhower se había ablandado. «Si el enemigo intenta retener París con una fuerza sólida —dijo el comandante supremo a los jefes del Estado Mayor Conjunto—, se convertirá en una amenaza constante para nuestro flanco.» Habían llegado informaciones ambiguas de los servicios de inteligencia que hablaban de una retirada alemana. «Da la impresión de que estamos obligados a entrar en París», escribió Eisenhower en una nota dirigida a «Beetle» Smith. «Bradley y su G-2 opinan que podemos y *debemos* entrar en la capital.»¹⁶⁹

Algunos alemanes estaban, en efecto, yéndose de la ciudad. Hitler autorizó la salida de empleados de la administración y de miembros del aparato policial. Un periodista contaría cómo «individuos de la Gestapo, no precisamente peces gordos, enfundados en sus gabardinas», llenaban las estaciones de tren junto con «las ratas grises», esto es, mujeres nazis uniformadas. Las cenizas de los documentos quemados volaban alrededor del Hôtel de Talleyrand y por el Bois de Boulogne. Algunos soldados vengativos se dedicaron a destruir los ascensores de los hospitales y a atascar las cañerías con hormigón. También arrancaron las ramas de los árboles de los bulevares para camuflar los camiones cargados de bidets, alfombras y otros objetos

saqueados. «Volveremos en Navidad», gritaban. Los parisinos, que durante cuatro largos años habían puesto tal empeño en no mirar directamente a los ojos que los alemanes solían bromear sobre *la ville sans regard* —«la ciudad que nunca te mira»—, en aquellos momentos, blandiendo escobillas de inodoro, abucheaban a los invasores que partían.¹⁷⁰

El 24 de agosto, al anochecer, con el avance principal interrumpido debido a las emboscadas y escaramuzas, el general Leclerc envió una fuerza con tres Sherman y dieciséis semiorugas a través de los barrios periféricos del sur de París. El destacamento subió como una flecha por la Avenue d'Italie, en medio del fuego ocasional de los piquetes que había cerca de la Gare d'Austerlitz. Al ver la estrella blanca de cinco puntas de los Sherman, los parisinos gritaban: «Les Américains!». Enseguida salió a relucir la verdad: esos soldados eran franceses, no extranjeros. La gente abrió las barricadas del Sena, y desde el Hôtel de Ville se transmitió por radio la noticia: «¡Alegraos! ¡La División Leclerc ha entrado en París!... Decid a los curas que suenen las campanas de sus iglesias». ¹⁷¹

Desde un balcón del hotel Meurice, en la *rue* de Rivoli, junto a los jardines de las Tullerías, un tipo bajito y rechoncho enfundado en un uniforme de general alemán permanecía de pie, escuchando con atención el consiguiente repicar de campanas, acompañado por el tañido solemne, profundo y premonitorio de las de Notre Dame. De cuerpo grueso y piernas cortas, con un hoyuelo en su potente barbilla y mejillas prominentes, el general Dietrich von Choltitz era considerado un *ganz Harter* —un tipo duro— por el papel que había desempeñado en la devastación de Rotterdam en 1940 y la de Sebastopol dos años más tarde; por estas acciones había recibido el apodo de «Destructor de Ciudades». Choltitz había vivido, como comandante de tropas alemanas en Normandía, el hundimiento de su unidad en el curso de la Operación Cobra antes de ser destinado a París por orden de Hitler con la misión de que la ciudad solo «caiga en manos del enemigo convertida en un campo de ruinas». Pertenecía a una familia de Sajonia, y sus antepasados habían servido en el ejército a lo largo de ocho siglos, y en cierta ocasión había comentado a Nordling, el sueco: «Ha sido mi destino cubrir la retirada de nuestros ejércitos y destruir las ciudades que vayan encontrando a su paso». El domingo envió una nota a su esposa en Alemania, junto con unos paquetes de café requisados en las cocinas del Meurice: «Tenemos por delante una ardua tarea, y nuestros días son cada vez más difíciles». ¹⁷²

Con solo veinte mil hombres para retener una ciudad de tres millones de habitantes, Choltitz no se hacía ilusiones con el resultado de la batalla que estaba por venir. «El enemigo ya se ha percatado de nuestra debilidad», diría a Model. Pero

reducir la Ciudad de la Luz a un campo de ruinas como quería Hitler no resultaba una misión muy atractiva ni siquiera para el *ganz Harter*, de modo que, tal vez incluso para evitar remordimientos de conciencia, había intentado ganar tiempo, recurriendo al ingenio y a la astucia. «Desde que nuestros enemigos se han negado a escuchar y a obedecer al Führer —comentó a su Estado Mayor en tono sarcástico— toda la guerra nos va mal.» Mientras animaba a individuos como Nordling a azuzar a los Aliados, Choltitz a veces jugaba a fraguar planes complejos y en gran medida imaginarios para destruir puentes, instalaciones y docientas fábricas. Habló a sus superiores de colocar toneladas y toneladas de explosivos en Los Inválidos, el palacio de la Ópera y otros edificios públicos; los encargados de las demoliciones arrasarían el Arco del Triunfo y dinamitarían la torre Eiffel para utilizarla «como un montón de chatarra bloqueando el paso por el Sena». No obstante, siempre instaba a las tropas a tener «un comportamiento prudente e inteligente», trataba de enfrentar a las distintas facciones de la Resistencia y mantenía la esperanza de que llegaran refuerzos. En aquellos momentos, decidió efectuar una llamada telefónica al cuartel general del Grupo de Ejércitos B y, sosteniendo el auricular del aparato en alto, dijo: «¿Les importaría escuchar, por favor? ¿Lo oyen? Son campanas...Y lo que comunican a la ciudad es que los Aliados ya están aquí». ¹⁷³

Y así era. El viernes, 25 de agosto, a las diez de la mañana, Leclerc consiguió que toda su división entrara en la ciudad, con las orugas de los tanques echando chispas mientras avanzaban por los adoquines. Dos horas después, el 12.º Regimiento de Infantería de la 4.ª División llegó a Notre Dame, para dirigirse a continuación a los distritos del este de la ciudad. A pesar de algunos tiroteos en el Quai d'Orsay y en otros lugares, la multitud se echó a la calle, llenando las aceras y gritando «Vive la France!», en una combinación alucinante de celebración y disparos. Como si se prepararan para algo maravilloso, las mujeres se rizaban el pelo y planchaban sus mejores vestidos. A las 12:30 ondeaban los colores nacionales en la torre Eiffel por primera vez desde junio de 1940; noventa minutos más tarde, unos fusileros desplegaron la bandera tricolor en el Arco del Triunfo. Los animales de un circo local que habían sido puestos en libertad corrían por los Campos Elíseos. Para unirse rápidamente a las FFI, muchos parisinos desempolvaban viejos uniformes que tenían guardados en los armarios, y desprendían un olor tan fuerte a naftalina que los apodaron los «Naphtalinés». ¹⁷⁴

«La ola creciente de valentía», en palabras de un soldado británico, fue imponente y conmovedora. Enfermeras voluntarias vestidas con batas blancas corrían como flechas por las calles en pleno tiroteo para evacuar con camillas a los heridos y ponerlos a salvo. En una glorieta, en la que el fuego de la artillería había partido un

castaño y se habían apostado los francotiradores, los semiorugas y tanques franceses dieron vueltas y vueltas, disparando «no menos de cinco mil proyectiles» contra los edificios adyacentes. Unos guerrilleros de la Resistencia peinaron con automóviles los parques parisinos, abriendo fuego contra los vivaques del enemigo desde las traseras de los vehículos. La policía vigilaba las salidas de metro en busca de alemanes que trataran de huir; «cuando aparece uno —contaría un informe del ejército americano—, lo matan o lo hacen prisionero». Quinientos alemanes se rindieron en la Cámara de Diputados al fotógrafo de un Cuerpo de Señales, y en algunos reductos las negociaciones se desarrollaron en yiddish, la lengua que resultaba más familiar para todos. A los soldados de la Wehrmacht que salieron con los brazos en alto del hotel Continental les fue arrancada del cuello la Cruz de Hierro, y militares americanos ordenaron a los que fueron capturados en el Crillon que consignaran sus armas en el guardarropía. Era la fiesta de San Luis, que murió en Túnez en 1270 durante las Cruzadas, y la mayoría de los parisinos almorzó aquel día a la hora habitual.¹⁷⁵

Choltitz también comió, en platos de porcelana de Sèvres, con candelabros de plata, en los elegantes salones del Meurice. «Alemania ha perdido la guerra —dijo a su Estado Mayor— y nosotros la hemos perdido con ella.» En sus dependencias, un ordenanza le preparaba el equipaje, poniendo en la maleta tres camisas, ropa interior y calcetines. En la mesa, recordaría un teniente, el general y su equipo permanecían «en silencio, en un esfuerzo por no demostrar lo que sentían». Cuando alguien le pidió que se alejara de la ventana para evitar que alguna bala perdida disparada desde el Louvre, al otro lado de la calle, lo alcanzara, Choltitz respondió: «No, y menos un día como hoy». Pero como el fuego se intensificó, al final retiró su plato y se apartó. «Caballeros, ha comenzado nuestro último combate.» Se levantó para ir a asearse y ponerse un uniforme limpio.¹⁷⁶

En la calle, un poco más abajo, había estallado una batalla campal en la Plaza de la Concordia, donde la guillotina había arrancado más de mil cabezas durante la Revolución, incluidas las de Luis XVI, María Antonieta y Robespierre. Los cinco tanques enviados a asaltar el Meurice habían quedado inutilizados por la acción de las defensas alemanas, pero enseguida doscientos soldados de infantería franceses se pusieron en marcha por la *rue* de Rivoli, avanzando bajo los soportales de la calle. El teniente Henri Karcher irrumpió en el vestíbulo del hotel y lanzó una granada de humo desde el mostrador de recepción, mientras un soldado prendía fuego al ascensor con un lanzallamas. Un guerrillero de las FFI subió por las escaleras, entró en una oficina y preguntó al tipo corpulento que estaba sentado en su despacho: «Sprechen deutsch?». «Sí —contestó Choltitz—, probablemente mejor que usted.» A continuación, llegó Karcher y dijo: «Es usted mi prisionero». ¹⁷⁷

Una multitud enfurecida aporreaba y escupía a los alemanes, arrancándoles las gafas, los relojes y los galones, mientras los antiguos ocupantes eran conducidos como un rebaño por las calles de París. A las tres de la tarde, Choltitz llegó a la Prefectura, donde Leclerc también había comido en platos de porcelana en una mesa vestida con una mantelería blanca. Los dos generales se retiraron a la sala de billar; Choltitz se ajustó su monóculo y luego firmó la rendición formal de París. Fue introducido en la trasera de un automóvil blindado, donde permaneció en silencio y con la cabeza baja, mientras un eufórico Leclerc, sentado en la delantera con gesto triunfal, parecía un centurión en su carro de guerra. En el puesto de mando de la 2.^a División Acorazada, colindante con el andén n.º 3 de la Gare de Montparnasse, Choltitz estampó su rúbrica en otro documento en el que se ordenaba el alto el fuego a todas las fuerzas alemanas que seguían resistiendo en sus reductos. Luego pidió un vaso de agua. Cuando le preguntaron si lo que pretendía era envenenarse, replicó: «¡Oh, no! ¡Nosotros no hacemos estas cosas!». ¹⁷⁸

Grupos formados por oficiales franceses y alemanes enarbolaron banderas blancas y recorrieron la ciudad repartiendo copias del documento ordenando el cese de hostilidades. En el Palais du Luxemburg, en uno de los últimos reductos, los setecientos soldados de la Wehrmacht que lo defendían recibieron cada uno una pinta de coñac y un paquete de cigarrillos; luego, a las 19:35, se abrieron las puertas y salió su comandante bajo una enorme bandera blanco, seguido por sus tropas y diez tanques. En total, quince mil soldados alemanes fueron hechos prisioneros en París, y muchos de ellos quedarían confinados durante días en los patios del Louvre. Otros 4.200 murieron o resultaron heridos. ¹⁷⁹

Los carteles de «Se habla alemán» desaparecieron de las puertas de las tiendas, siendo a veces sustituidos por otros que avisaban: «Proveedor de los *boches*». Los colaboracionistas fueron humillados con una lluvia de huevos, tomates y bolsas de excrementos; mujeres rapadas, desnudas hasta la cintura, fueron exhibidas por las calles con cruces gamadas pintadas en los pechos y un cartel colgado del cuello que decía: «He sido una puta de los teutones». Un sargento americano gritó a la multitud que estaba cortando el pelo a otra desventurada: «¡Dejadla en paz, condenados! ¡Todos vosotros sois unos colaboracionistas!». *Le Figaro* reanudó la publicación de una sección diaria titulada «Detenciones y Purgas». La justicia sumaria comenzó a imperar, a semejanza de aquella que condenaba a la guillotina en la plaza de la Concordia. El historiador Robert Aron calculó posteriormente que en Francia se llevaron a cabo hasta cuarenta mil ejecuciones sumarias de individuos acusados de colaboracionismo y otras deslealtades, «una cifra suficientemente elevada como para crear una psicosis que quedaría grabada para siempre en la memoria de los

supervivientes». En el proceso de *épuration* serían detenidos unos 900.000 franceses, de los cuales 125.000 se verían obligados a justificar ante un tribunal su comportamiento durante la ocupación. Los hallados culpables de *indignité nationale* fueron sentenciados a cumplir penas de cárcel, y a los condenados por *dégradation nationale* se les prohibió ocupar cualquier tipo de cargo en la administración.¹⁸⁰

A las diez de la noche, el primero de los que al final serían mil ochocientos agentes de los servicios de contraespionaje aliados estableció un puesto de mando en el Petit Palais. La «Fuerza T», imitando a una unidad similar de Roma, había reunido los nombres de ochenta mil supuestos espías, saboteadores y villanos de Francia, así como voluminosos dossieres sobre la Gestapo y las instalaciones de las SS. Ochenta y cuatro individuos de esa lista fueron arrestados aquel mismo día. Entre los descubrimientos más espantosos llevados a cabo por los Aliados figurarían las tres celdas de tortura sin ventanas de un cuartel alemán en las que los prisioneros condenados a muerte habían escrito mensajes con carbonilla o con un lápiz. «Gaston Meaux, ha llegado mi hora, deja cinco hijos, que Dios se apiade de ellos», decía uno; otro hacía una sencilla petición: «Vengadme». Alan Moorehead citaría las siguientes palabras de un parisino: «Voy a explicarle qué es la liberación. Es oír a alguien llamar a mi puerta a las seis de la mañana y saber que es el lechero». ¹⁸¹

Pero estas tragedias no lograron enturbiar «una gran ciudad en la que todo es mundo está alegre», en opinión de A. J. Liebling. «Nunca en mi vida me han besado tanto», escribiría un sargento en una carta dirigida a sus padres en Minnesota. Un soldado subió por las escaleras hasta el tercer piso de un edificio para visitar a una francesa postrada en la cama que había suplicado poder ver a un americano antes de morir. «Los adoquines, los letreros luminosos rojos y dorados en las terrazas de los cafés... tres cabezas de caballo doradas en la carnicería dedicada a la venta de carne de potro, los *flics* con su quepis azul de visera plana», escribiría Moorehead. «¿Habíamos dejado de estar allí alguna vez?» Los hombres de Leclerc capturaron un tren antes de que pudiera partir para Alemania con tesoros del Jeu de Paume en 148 cajas: 64 cuadros de Picasso, 29 de Braque, 24 de Dufy, 11 de Vlaminck, 10 de Utrillo y otras obras de Degas, Cézanne, Gauguin y Renoir. En los sótanos del Banco de Francia se encontraron 400.000 botellas de coñac, tres millones de puros y 235 toneladas de azúcar.¹⁸²

Cuando una patrulla americana se presentó en el Claridge, el director del establecimiento dijo: «Este hotel está alquilado al cuerpo de oficiales del ejército alemán». El coronel aliado desenfundó su pistola del 45 y contestó: «Tiene solo treinta segundos para rescindir el contrato de arrendamiento. Nos instalamos aquí». Hemingway fue al Ritz con sus milicianos franceses en dos camiones y le dijo al

camarero del bar: «¿Qué le parece si nos prepara setenta y tres Dry Martini?». Luego, después de cenar con algunos compañeros sopa, espinacas a la crema, frambuesas con licor, todo ello regado con champña Perrier-Jouët, el camarero añadió a la cuenta el impuesto de Vichy, justificándose así: «Es la ley». Tanto daba: «Bebimos. Comimos. Disfrutamos», contaría uno de los camaradas de Hemingway. El soldado del 12.º de Infantería Irwin Shaw, que luego alcanzaría la fama como escritor, consideraría que el 25 de agosto fue «el día en el que la guerra debería haber acabado». ¹⁸³

Para Ernie Pyle, cómodamente instalado en la habitación de un hotel con un sofá cama, pero sin agua caliente ni electricidad, «París parece tener todas esas chicas tan hermosas de las que siempre hemos oído hablar... Van vestidas de vivos colores». La liberación, concluía, era «la historia más hermosa, más brillante de nuestros tiempos». ¹⁸⁴

De Gaulle entró en la ciudad el viernes por la tarde, a bordo de un automóvil que recorrió la Avenue d'Orleans. Se sentía, en palabras suyas, «embargado por la emoción y plenamente sereno». A las 17:00 h se dirigió al Ministerio de la Guerra, en la *rue Saint-Dominique*, de donde había tenido que huir el 10 de junio de 1940. Todo estaba igual: el imponente mobiliario, los conserjes, los nombres en los botones de las distintas extensiones telefónicas, incluso el papel secante. «No faltaba nada, salvo el estado», escribiría más tarde. Desde un balcón del Hôtel de Ville proclamó: «París ultrajada, París rota, París martirizada, pero París liberada. Liberada por ella misma, liberada por su pueblo, con la ayuda de toda Francia». No pronunció prácticamente ni una sola palabra sobre los americanos, los británicos, los canadienses o los polacos, que, juntos, llevaban sacrificadas desde el 6 de junio más de cincuenta mil vidas, y la guerra aún no había cavado. Un capitán del ejército de los Estados Unidos asignado a De Gaulle se pasó aquella noche buscando raciones de comida, linternas Coleman y cigarrillos Player para el general francés. ¹⁸⁵

«La ciudad apenas ha sufrido daños. Gran entusiasmo», decía el informe del XIX Cuerpo de Ejército dirigido al SHAEF. Quedaba carbón suficiente para poner en marcha el suministro de agua y el servicio de luz durante dos horas al día hasta mediados de septiembre. Seguían circulando algunos autobuses que funcionaban con carbón, pero eran superados en número por los carros de caballos, los carruajes antiguos y las bicicletas. El Dôme, la Rotonde y otros cafés de Montparnasse llenaban sus terrazas entoldadas. Unos dos mil combatientes de la Resistencia y dos mil quinientos civiles habían muerto o habían sido heridos en la batalla de París, y Hitler seguía matando. Tras enterarse de que la respuesta a su infame pregunta —«Brennt Paris?»— era que no, que la ciudad no estaba ardiendo, ordenó ataques contra la

capital francesa con bombas V-1 y aviones de la Luftwaffe. Los bombarderos alemanes provocarían mil doscientas bajas en los suburbios del este de la ciudad al día siguiente de la rendición de Choltitz. Los parisinos dispararon al cielo con todas las armas que tenían a mano, incluidas pistolas antiguas. «Al cabo de una hora de continuos estruendos —contaría un testigo— sonó la sirena que indicaba “todo despejado”.» Eisenhower telegrafió a Marshall: «No deberíamos culpabilizar a los franceses por ponerse un poco histéricos». ¹⁸⁶

A las tres de la tarde del sábado, 26 de agosto, De Gaulle se presentó en el Arco del Triunfo vestido con un uniforme caqui sin ningún tipo de adorno, como informaría Moorehead, «rígido, desaliñado, con una expresión grave bajo el quepis que cubría su cabeza... una figura temible y poco atrayente». Una banda de la policía interpretó una pieza mientras el general depositaba una cruz de Lorena hecha de gladiolos rosas y encendía la llama conmemorativa que había sido apagada cuatro años antes. Se había hablado mucho sobre si el *général* debía montar un caballo blanco o un caballo negro para desfilarse por los Campos Elíseos, pero al final De Gaulle prefirió hacerlo a pie, precedido por cuatro tanques Leclerc. Los altavoces de un camión proclamaban: «El general De Gaulle pone su seguridad en manos de los ciudadanos de París». Tras él iban las formaciones de policías, soldados y combatientes de las FFI, codo con codo, perfectamente alineadas, seguidas por una procesión de jeeps y vehículos blindados llenos, según se cuenta, «de muchachas cuyo destino es hartamente improbable que fuera un convento de monjas». ¹⁸⁷

Un millón de personas, o más, llenaban el bulevar, una multitud humana que saltaba, bailaba y vitoreaba sin cesar al hombre serio y severo cuya imponente altura hacía que destacara por encima de los demás. Tras cruzar la Plaza de la Concordia, cerca del hotel Meurice, cuya fachada había ennegrecido por el humo, De Gaulle subió a un automóvil descapotado. De repente, se oyeron disparos. Miles de personas se echaron al suelo. «Fue como si una fuerte ráfaga de viento sacudiera de repente un trigal», escribiría Moorehead. «Todos los que llevaban una pistola empezaron a pegar tiros hacia los tejados de las casas.» Los vehículos blindados «iban y venían por las calles a ochenta por hora, abriendo fuego con sus ametralladoras contra los tejados y las ventanas de los pisos más altos», contaría en su diario David Bruce. Treinta soldados americanos que viajaban de pie en unos camiones de transporte descargaron «hasta la última bala, disparando aquí y allá», comentaría un oficial. Nadie parecía seguro de cuál era su objetivo. ¹⁸⁸

Impertérrito, De Gaulle, acompañado de su séquito, cruzó el puente d'Arcole. Escoltándolo, unos hombres de las FFI, cargados con sus bandoleras, iban subidos en el guardabarros lateral del automóvil del general. A las 16:15, cuando la comitiva

llegó a Notre Dame, se oyó el disparo de una pistola y luego el fuego de unas armas automáticas; el ruido parecía venir de lo alto, tal vez de detrás de una gárgola, y provocó un sinfín de descargas en respuesta, desconchando las fachadas de algunos edificios. Mientras Leclerc gritaba ordenando el alto el fuego y daba golpes con su vara de ratán en los fusiles de los soldados para que pararan, De Gaulle cruzaba la puerta del Juicio Final, con la cabeza erguida y los hombros bien rectos. Con el quepis en la mano, avanzaba por la nave del templo camino del crucero cuando resonó en el interior de la catedral el ruido de más disparos. «Todos los allí congregados, que hasta entonces habían permanecido de pie, se echaron de repente al suelo», contaría un oficial de inteligencia británico. Los feligreses se escondían detrás de las columnas y debajo de los bancos de madera mientras agentes de policía y milicianos de las FFI disparaban hacia los tubos del órgano y el triforio. Las balas rebotaban en el techo desconchándolo. Durante todo el tiempo De Gaulle permaneció impasible, «el ejemplo más extraordinario de valentía que haya visto jamás», declararía un periodista de la BBC. Con el libro de himnos en la mano, se puso a cantar con su voz ronca el *Magnificat*, un cántico dedicado a la Virgen, mientras uno de sus ayudantes gritaba al resto de los allí congregados: «¿No tenéis dignidad? ¡Alzaos!». ¹⁸⁹

Para alabar a Dios habría que esperar a que las cosas de apaciguaran. El *Te Deum* se omitió, la misa se abrevió y la gran catedral fue rápidamente evacuada. Nunca se sabría con certeza quién había empezado a disparar. No se mató ni se capturó ni se localizó a ningún francotirador. «Los primeros tiros provocaron una descarga de proyectiles salvaje», escribiría De Gaulle un día después. «Eso también hay que arreglarlo.» Regresó a su automóvil y partió para empezar la ardua tarea de la reconstrucción de Francia.¹⁹⁰

* * *

Así terminó la gran lucha por Normandía. Para Alemania la derrota fue monumental, comparable con la de Stalingrado, Túnez y la reciente debacle en Bielorrusia. Fritz Bayerlein, comandante en jefe de la División Panzer-Lehr y antiguo jefe de Estado Mayor de Rommel, llegaría más tarde a la conclusión de que entre las derrotas memorables de la historia, incluidas Cannas y Tannenberg, ninguna «puede ni aproximarse a la batalla de aniquilación que tuvo lugar en Francia en 1944 por la magnitud de su planificación, la lógica de su ejecución, la colaboración de fuerzas de tierra, mar y aire, el volumen del botín conseguido, o las hordas de prisioneros capturados». Su «mayor efecto estratégico», añade Bayerlein, fue que puso «los

cimientos de la consiguiente aniquilación final, total y absoluta del estado militar más grande de la tierra». Eso es verdad, aunque minimiza de mala manera el papel que desempeñó Moscú en la destrucción del Reich.¹⁹¹

Las bajas alemanas en el oeste desde el 6 de junio fueron superiores a 400.000, y la mitad de ellas eran prisioneros. Más de cuatro mil *panzer* y cañones de asalto se perdieron durante el verano en todos los frentes, casi la mitad de ellos en Normandía. El SHAEF diría a los Charlie-Charlies de Washington y Londres que había sido borrado del mapa o «gravemente menoscabado» el equivalente a once divisiones Panzer o Panzergrenadier, aunque algunas seguían disponiendo de diez mil hombres, pese a haberse quedado sin tanques. Habían sido eliminadas, «dañadas de mala manera» o aisladas en enclaves costeros treinta y seis divisiones de infantería. Varios millares de aparatos de la Luftwaffe fueron destruidos; además, Berlín perdió su red de alarma precoz instalada a lo largo del Atlántico y su acceso al carbón, la bauxita, los productos agrícolas y los caballos de Francia. Un análisis del OSS llegaba a la conclusión de que Alemania tenía en aquellos momentos una media de un cuarto de millón de bajas mensuales, mientras que eran solo 45.000 al mes los jóvenes alemanes que cumplían los dieciocho años. Un estudio de las necrológicas de setenta periódicos alemanes a lo largo de tres años revelaba «un incremento notable» de la proporción de muertos en combate de dieciocho años o menos y de treinta y ocho o más. El Reich estaba muriendo desangrado.¹⁹²

El número de americanos muertos, heridos, desaparecidos o capturados desde el mes de junio pasaba de 134.000; las bajas entre los británicos, los canadienses y los polacos sumaban 91.000. En el medio millón de salidas efectuadas durante el verano, se perdieron más de cuatro mil aviones, repartidos equitativamente entre la RF y las AAF. Algunas unidades habían quedado totalmente evisceradas. La 82.^a División Aerotransportada había peleado en Normandía con cuatro comandantes de regimiento y dieciséis comandantes de batallón, así como varios otros oficiales de alto rango; de ellos quince habían resultado muertos, heridos o habían sido capturados. Normandía pagó un alto precio por su liberación: según cierto cálculo, de 3.400 ciudades y pueblos normandos, fue preciso reconstruir por completo 586. En toda Francia, 24.000 combatientes de las FFI acabarían siendo muertos o ejecutados por los alemanes; las 600.000 toneladas de bombas aliadas lanzadas sobre la Francia ocupada —equivalentes a sesenta y cuatro veces el peso de la Torre Eiffel— serían acusadas de causar la muerte de entre 50.000 y 67.000 franceses.¹⁹³

El más destacado entre los alemanes que perdieron la vida fue Erwin Rommel, aunque la suya sería una muerte aplazada. Durante dos meses estuvo en su casa de Herrlingen recuperándose del ametrallamiento del que había sido víctima, recordando

África y jugueteando con su bastón de mariscal. El insomnio, los dolores de cabeza, y el ojo herido le causaban muchas molestias; solo abrir el párpado le resultaba difícilísimo. A pesar de la empalagosa carta que envió a Hitler —«Un solo pensamiento me ocupaba constantemente, luchar y vencer por la nueva Alemania de usted»—, fue implicado en el intento de asesinato del 20 de julio y fue considerado el hombre que sabía demasiado en beneficio propio.¹⁹⁴

Los asesinos llegarían a Herrlingen en un coche verde con matrícula de Berlín el 14 de octubre. Después de una breve reunión con ellos en su despacho, Rommel dijo a su hijo: «Voy a morir dentro de un cuarto de hora... Hitler me acusa de alta traición». Vestido con una guerrera de cuello abierto como la que llevaba en África, vació su cartera, jugó un poco con el dachshund de la familia, y subió al asiento trasero del coche con su bastón de mariscal debajo del brazo izquierdo. Para ahorrar sufrimientos a su familia, se tragó una cápsula de cianuro, permitiendo al régimen afirmar que había muerto como consecuencia de las heridas sufridas. Hitler, que envió una corona de flores de dos metros antes incluso de que se confirmara la muerte del mariscal, dijo al conocerse la noticia: «Uno más de los veteranos». En la oración fúnebre pronunciada en el ayuntamiento de Ulm, Rundstedt declarararía: «Un destino inclemente nos lo ha arrebatado. Su corazón pertenecía al Führer». Era otra mentira: su corazón no, pero desde luego sí su alma.¹⁹⁵

Entre las bajas sufridas por los Aliados estuvo Ernie Pyle.«Si alguna vez fui valiente, ya no lo soy», decía en una carta a un amigo. «Me resulta todo tan indiferente que me importa un comino incluso estar en París». La guerra se había convertido en «una depresión plana, negra, sin luces, una revulsión de la mente y un agotamiento del espíritu». En una última columna desde Europa, decía a sus lectores: «Durante algún tiempo me he tragado todo lo que podía tragar. He pasado veintinueve meses en el extranjero desde que empezó esta guerra; he escrito cerca de setecientas mil palabras sobre ella... Al final el dolor ha sido demasiado grande». El 2 de septiembre, tras llegar al cuartel general de Bradley —«desaliñado, delgado, y necesitando de mala manera un afeitado», contó un oficial—, se despidió y embarcó de vuelta a casa en el *Queen Elizabeth*, en cuya cubierta se agolpaban otros heridos. «Me da la sensación de que esto se me está acabando», confesó a otro escritor. Ocho meses después, mientras cubría la guerra del Pacífico, moriría al ser alcanzado en la cabeza por una bala japonesa.¹⁹⁶

Se apoderó de muchas de las tropas un optimismo exagerado, «que se extendía como una enfermedad», según decía en una carta a casa un oficial del SHAEF. Las autoridades postales anunciaron que los regalos de Navidad enviados por las familias a los soldados destinados a Europa que estaban ya en las oficinas de correos serían

devueltos porque era probable que la guerra terminara antes de las fiestas. Pero otros, como decía un oficial a su familia, reconocían que «Hitler puede tener cuerda para rato». Eisenhower advirtió a los periodistas: «Cualquiera que mida esta guerra por semanas es un maldito loco». ¹⁹⁷

Pero sin duda las cosas pintaban mejor que nunca para los Aliados. Berlín había demostrado una vez más «una incapacidad fundamental de tener criterios sanos», como escribiría más tarde el historiador Geoffrey P. Megargee, con una profunda pobreza de sistemas de inteligencia, de personal y de logística. La ventaja táctica que durante tanto tiempo habían tenido las tropas de la Wehrmacht ahora parecía disminuir a medida que las fuerzas estadounidenses adquirían competencia y seguridad. La Luftwaffe se había refugiado en la Patria, mientras que las AAF tenían el 25 de agosto treinta y un aeródromos construidos en Francia y durante las tres semanas siguientes empezaría otros sesenta y uno. El ejército estadounidense no solo había desplegado una potencia de fuego devastadora —un método tan eficaz como el que más de matar al adversario—, sino que había demostrado también una capacidad impresionante de adaptarse a la presión. Y la estrategia de Montgomery había triunfado, aunque siguiera resistiéndose a reconocer la necesidad de apartarse del plan cuando fuera preciso. Había librado quizá su batalla más hábil, según la apreciación de los historiadores Allan R. Millett y Williamson Murray, y la rápida liberación de París levantó los ánimos de todas las fuerzas aliadas. Un comandante británico decía en una carta a su madre: «La guerra es mucho más divertida ahora que nos movemos». ¹⁹⁸

Podía verse también con mayor claridad que la guerra europea «posee una estructura moral muy viva», según la expresión del escritor Paul Fussell, que estaba combatiendo como teniente de infantería. Justo cuando las tropas aliadas llegaban a París, el ejército soviético ocupaba en Polonia el campo de concentración de Majdanek, donde decenas de millares de personas habían sido asesinadas. «He visto el lugar más terrible que existe sobre la faz de la tierra», escribió un periodista del *New York Times*. Otros reporteros que iban acompañando al Ejército Rojo describían las máquinas trituradoras usadas para convertir huesos en fertilizantes. «Esto es la producción de alimentos alemana», explicaba un oficial soviético. «Matar a personas, fertilizar coles.» En *Life* aparecieron fotografías de envases de Zyklon B, el veneno utilizado en las cámaras de gas, y *Time* publicó un vivo relato acerca de un almacén que contenía 820.000 pares de zapatos pertenecientes a los reclusos «Botas, botas de agua, polainas, zapatillas, zapatos de niño, calzado militar, zapatos nuevos, zapatos viejos... En un rincón había un montón de piernas artificiales». Había otros almacenes que contenían gafas, navajas de afeitar, maletas, juguetes. Aquellas pruebas cargaban

de razón a las recientes acusaciones de Roosevelt acerca de la deportación y «el asesinato sistemático de los judíos de Europa», aunque hasta que no se descubrieran los campos de Alemania en 1945 no quedaría patente para todo el mundo civilizado la magnitud de aquel horror.¹⁹⁹

En realidad, a un soldado no le hacía falta ir muy lejos para saber por qué estaba luchando: las lápidas que había en las tumbas aliadas de toda Normandía contenían el más conmovedor de los epitafios: «Mort pour la liberté». El 28 de agosto, después de visitar un cementerio militar cerca de Sainte-Mère-Église, un soldado garabateó en su diario unos versos de A. E. Housman: «Los salvadores no vuelven esta noche a casa: no pudieron salvarse a sí mismos». En el cementerio de La Cambe, Don Whitehead oyó a una chica francesa leer una carta de su madre a un soldado muerto: «Mi querido e infortunado hijo, el 16 de junio de 1944 te mataron como a un cordero y me dejaste sola y sin esperanzas. Las últimas palabras que dijiste fueron: “Madre, como el viento vine y como el viento me iré”». ²⁰⁰

La muerte de Conrad J. Nutting III, cuyo P-51 chocó contra un árbol cuando atacaba un convoy de camiones enemigos el 10 de junio, también indujo a su esposa embarazada, Katherine, a escribirle más allá de la tumba:

Será mi cruz, mi maldición y mi alegría para siempre que en mi mente sigas vigorosamente vivo... Espero que Dios me permita ser feliz, no tremendamente, agotadoramente feliz como lo era contigo... Te echaré tanto de menos..., tus manos, tus besos, tu cuerpo todo.²⁰¹

Otro piloto, Bert Stiles, al que no quedaban más que tres meses de vida cuando cumplió los veintitrés años, escribió: «Estamos en verano y hay guerra en todo el mundo... Tenemos la esperanza radiante como el sol de que acabe pronto. Espero que así sea. Por todos los demonios, espero que así sea». ²⁰²

Una última aparición de las armas americanas en París tuvo lugar tres días después del tiroteo de Notre Dame. De Gaulle había solicitado la presencia de dos divisiones estadounidenses como «demostración de fuerza» frente a los comunistas y otros agitadores. Aturdido, Eisenhower accedió a medias a su petición, desviando a la 28.^a División de Infantería a la capital en su camino hacia el frente. La antigüedad de la 28.^a División se remontaba a las unidades formadas por Benjamin Franklin antes de la Revolución; desde entonces sus antecesores habían combatido en todas las guerras americanas. Comandada en otro tiempo por Omar Bradley, en aquellos momentos la división estaba a las órdenes de un paladín de la playa Omaha y de Saint-Lô, Dutch Cota, recientemente ascendido a general.²⁰³

Conducidos precipitadamente en camión a Versalles el lunes 28 de agosto, y luego concentrados en el Bois de Boulogne, los hombres se pasaron toda la noche trabajando para limpiar los uniformes y sacar brillo a las hebillas y adornos de metal. El martes por la mañana —el día anterior había estado lloviendo sin parar— el cielo aclaró y los puentes del Sena resplandecían bajo el sol estival. Las tropas, encabezadas por Cota y la banda de la división, marcharon en filas de veintiocho hombres a los sones de *Khaki Bill* bajo el Arco de Triunfo y a lo largo de los Campos Elíseos, en un espectáculo tan imponente que su imagen no tardaría en aparecer en los sellos de correos de tres centavos. Con sus armas cargadas y las baterías antiaéreas listas, la división desfiló ante la multitud de parisinos que la vitoreaban y ante una tribuna improvisada llena de generales en la Plaza de la Concordia.²⁰⁴

Marcharon desde el centro de París hasta Saint-Denis, ante los ondulados prados de la Isla de Francia, ante iglesias de piedra y campos de remolacha; y siguieron marchando mientras iban alargándose las sombras azuladas, persiguiendo al enemigo que huía hacia el este; marchando, marchando, marchando sin parar hacia allá donde sonaban los cañones.

Segunda parte

La persecución

«El cazador está hambriento»

En agosto de 1944 Nápoles tenía aún las cicatrices de su liberación, acontecida diez meses antes, y del duro invierno que la siguió. Una epidemia de tifus fue liquidada rociando a un millón de ciudadanos con DDT, pero los napolitanos hambrientos seguían hurgando en los cubos de basura en busca de cualquier resto de comida junto a los muelles, y en el mercado negro la lata de puré de patata con carne de las raciones-C se vendía a un cuarto de dólar. Para conseguir que les alcanzara el dinero, las amas de casa italianas vendían sus joyas y sus libros antiguos «de modo vergonzante y subrepticio», comentaba el oficial de inteligencia británico Norman Lewis; cuenta también cómo los curas iban por las casas vendiendo mangos de paraguas y palmatorias hechas supuestamente con huesos de santos escamotados de las catacumbas. Los daños causados por las demoliciones alemanas habían sido reparados en gran parte, y el puerto era otra vez uno de los más activos del mundo; pero un estudio británico calculaba que los ladrones hurtaban una tercera parte de todos los cargamentos que llegaban a él. Los uniformes y las mantas de los soldados norteamericanos a menudo reaparecían en la calle convertidos en trajes de paisano después de ser debidamente descosidos, teñidos y confeccionados de nuevo. Un letrero colocado sobre un tenderete de calzado robado expuesto en via Forcella afirmaba: «Podréis llegar hasta el más allá con estas bonitas botas de importación».¹

La ciudad era «abigarrada, ruidosamente pobre, sucia, musical», escribía el teniente Douglas Fairbanks Jr., un famoso actor de cine que en aquellos momentos prestaba servicio en la marina norteamericana. Y habría podido añadir barroca, sibarita y enormemente extraña. Para espantar el mal de ojo, los hombres supersticiosos se metían las manos en los bolsillos para tocarse los testículos cada vez

que los abordaba algún extraño. Trovadores callejeros vendían baladas recién compuestas, señalaba Lewis, todas ellas «dedicadas a una frustración romántica». El precio de las prostitutas se había multiplicado por treinta desde el mes de octubre anterior, pese a los rumores de que los alemanes habían inoculado a las ramerías cargas especialmente virulentas de enfermedades venéreas. «Venga, Joe», invitaban unos alcahuetes casi adolescentes a los soldados que deambulaban por el paseo marítimo: «¡Menudo culo! ¡Tía buena!». Del Vesubio salía día y noche humo y vapor, aunque ya se habían recogido casi toda la ceniza y las escorias vitrificadas de la erupción del mes de marzo, que había durado once días.²

Nápoles era en aquellos momentos más que nunca una ciudad militar y acogía a dos ejércitos aliados que durante un año habían tenido que abrirse paso a duras penas a lo largo de toda la península italiana. Aunque a partir del 6 de junio parecía que la campaña había quedado reducida a algunos lugares aislados, más de veinte divisiones seguían batiéndose el cobre al norte de Roma, integradas en el V Ejército americano por el oeste y en el VIII Ejército británico por el este. Las tropas alemanas habían abandonado Florencia el 7 de agosto, y las fuerzas aliadas planeaban ahora atacar la Línea Gótica, otra de las desalentadoras barreras construidas por los alemanes a lo largo del escabroso terreno de los Apeninos. A Nápoles seguían llegando tropas para tomarse un último respiro antes de que se reanudaran los combates, no solo para «J y E» —joder y emborracharse—, sino también en busca de otros pasatiempos más formales, como por ejemplo ver la película *Riding High*, con Dorothy Lamour, en el gran cine al aire libre, o tomarse tranquilamente un *gin fizz* en el Orange Club, o zambullirse en la gigantesca piscina decorada con desnudos esculturales que había sido construida con motivo de una exposición poco antes de que empezara la guerra.³

Pero no eran los ejércitos aliados que se disponían a romper la Línea Gótica lo que preocupaba en aquellos momentos a la Nápoles militar, sino más bien el cuarto de millón de hombres asignados a la Operación Dragón que, en cumplimiento del Plan 4-44, habían empezado a salir discretamente del puerto el día 9 de agosto con destino a la invasión del sur de Francia. Día tras día abandonaban Nápoles más convoyes, a los que se unían barcos procedentes de Malta y de Palermo, de Bríndisi y de Tarento, de Bizerta y de Orán, hasta juntarse cerca de novecientas embarcaciones que surcaban el Mediterráneo a lo largo de diez grandes rutas que debían converger ante la costa occidental de Córcega, cerca ya del continente, para lanzar el ataque sobre Provenza. La gran flota estaba compuesta por buques de asalto y de clase Liberty, LST y LCT, veintiún cruceros, ochenta y siete destructores y cinco acorazados, incluidos el *Texas*, el *Nevada* y el *Arkansas*, tres veteranos ya de Normandía.⁴

El 13 de agosto, la 36.^a y la 45.^a División de Infantería habían concluido ya los últimos ensayos en Salerno, donde seguían encontrándose restos de lanchas Higgins naufragadas y cadáveres en descomposición, vestigios de la lucha a muerte librada allí en septiembre del año anterior por esas mismas divisiones. Las tropas se guarecían bajo lonas alquitranadas en la cubierta de los buques, se cosían distintivos en las mangas de los uniformes, u hojeaban alguna *Guía de bolsillo de Francia*. En las bodegas habían sido estibados los últimos tanques, camiones y maquetas topográficas de goma. En los muelles, varias grúas se encargaron de cargar diez L-4 Piper Grasshopper en la *LST-906*, sobre la que se había montado una cubierta de vuelo que le permitiera hacer las veces de portaaviones provisional para aparatos localizadores de puestos de artillería. Los altavoces del buque *Henrico*, de la marina estadounidense, atronaban con la canción *Many a New Day*, de la comedia musical *Oklahoma!*, mientras que los soldados de la 3.^a División sintonizaban en una pequeña radio el programa de Axis Sally, una propagandista traidora establecida en Berlín, que se jactaba de conocer perfectamente los planes que tenían los Aliados para el sur de Francia. Los soldados no se dejaban impresionar y seguían jugando al póker sin levantar la vista de las cartas.⁵

Paseando arriba y abajo por el puente de su buque insignia, el *Catoctin*, iba el vicealmirante H. Kent Hewitt, un corpulento navegante de abultada papada y tanta experiencia en la captura de una costa enemiga como cualquier otro americano de uniforme, que estaría al mando de la invasión hasta que las tropas terrestres penetraran a fondo en tierra firme. Natural de Hackensack, Nueva Jersey, Hewitt había dado la vuelta al mundo como alférez recién salido de la escuela naval a bordo del *Missouri*, de la marina de los Estados Unidos, con la Gran Flota Blanca de Theodore Roosevelt, y durante los cuarenta años siguientes, había navegado por todos los rincones peligrosos de los mares más remotos. Treinta años antes había estado en el puerto de Nápoles en calidad de oficial de derrota a bordo del buque *Idaho*, cuando el archiduque Francisco Fernando de Austria fue asesinado en Sarajevo; recordaba vivamente cómo su acorazado había puesto la bandera a media asta, como si quisiera despedir a un mundo que se estaba acabando. Hewitt había obtenido la Cruz de la Marina al valor durante la guerra que se desencadenó a continuación, y posteriormente muchas más condecoraciones. También en esta guerra se había distinguido al conducir hasta la playa a las fuerzas de Patton, tanto en Marruecos como en Sicilia, enfrentándose a recias tormentas. Mientras su tripulación se disponía a soltar amarras, Hewitt se sentó en el puente de mando y se puso a resolver un acróstico doble. Los rompecabezas le ayudaban a distraerse de sus problemas.⁶

¡Y vaya si tenía problemas! La Operación Dragón había empezado de un modo espantoso. El 4 de agosto, el contraalmirante Don Moon, que había estado al mando de las fuerzas navales en la playa Utah y que debía supervisar el ala derecha de los desembarcos de la Operación Dragón, había suplicado a Hewitt que aplazara la invasión. Durante horas había estado discutiendo la cuestión, sosteniendo que las fuerzas habían llegado a Nápoles demasiado tarde para hacer los preparativos como era debido, que el adiestramiento en materia de asalto había sido demasiado breve, y que, al estar sobre aviso, los alemanes harían una carnicería con los equipos de desembarco. Hewitt había conocido a Moon cuando era guardia marina en Annapolis, y sabía que era un hombre vehemente, que estaba agotado, y que era reacio a delegar su autoridad; evidentemente no sabía que el 6 de junio Moon había intentado convencer a Joe Collins de que suspendiera los desembarcos en Utah, ni que el médico de su barco, el *Catoctin*, lo había tratado por un ataque de depresión aguda, ni que también el oficial médico de la flota había entrevistado a Moon para determinar hasta dónde llegaba su equilibrio mental. «No creas que las cosas están tan mal como te piensas», le había respondido. Y le prometió considerar su petición.⁷

A las siete de la mañana del día siguiente, Moon llamó desde su camarote para pedir un zumo de naranja. Quince minutos más tarde, un camarero entró en sus aposentos, descorrió las cortinas, y encontró al almirante vestido únicamente con calzoncillos y camiseta, sentado en el sofá con un revólver del 45 en la mano derecha, los ojos abiertos, y un reguero de sangre que le salía de la oreja. La bala utilizada apareció en la ducha. Una nota en clara letra cursiva sobre un papel pautado decía: «Estoy fuera de quicio... La cabeza me da vueltas y de vez en cuando pasa por períodos casi lúcidos, a los que suceden otros completamente al revés... ¿Qué os estoy haciendo, a ti, mi querida esposa, y a vosotros también, hijos míos? Estoy enfermo, *muy* enfermo». La investigación llevada a cabo y concluida antes de mediodía determinaba que la muerte se había producido «durante un período de enajenación». El certificado de defunción decía: «Causa de la muerte: suicidio por herida de bala en la cabeza. Fatiga de combate». Moon fue enterrado a las cinco de la tarde, diez horas después de su fallecimiento, en el cementerio militar de Nápoles. Más tarde Collins escribiría a su esposa y a sus cuatro hijos diciendo: «Fue una víctima más de esta guerra, exactamente igual que si hubiera perdido la vida en acción». Hewitt envió a su propio jefe de Estado Mayor a hacerse cargo del mando ostentado hasta entonces por Moon.⁸

A las dos de la tarde del 13 de agosto, con el cielo sereno y el mar en calma, el *Catoctin*, el *Bayfield* y más de una veintena de buques de asalto salieron de los muelles y comenzaron a navegar a una velocidad de doce nudos. Una escolta de

dieciséis buques de guerra se unió al último convoy cuando salió de su fondeadero de Nápoles. Un testigo presencial pensó en las líneas de John Mansfield saliendo de Galípoli: «Lo único que sentían era un gran júbilo al ver que su ardor juvenil estaba a punto de ser utilizado».⁹

El Vesubio había empezado a difuminarse en la distancia cuando cierta conmoción en el puente llamó la atención de Hewitt. Delante de ellos podía verse la falúa de un almirante inglés que se dirigía al puerto desde la isla de Ischia cabeceando en medio de los buques que abandonaban el fondeadero. En el castillo de proa se erguía la voluminosa figura de un hombre de mejillas sonrosadas que se negaba a buscar asidero alguno, vestido con un traje tropical de tela ligera bajo un enorme casco para protegerse del sol. De repente, entre los soldados y los marineros que se agolpaban junto a la barandilla del *Catoctin* se elevó un clamor: «¡Es Churchill!». Y así era. Con una sonrisa el hombre de la falúa se quitó aquel casco de casi cuarenta litros de capacidad, dejando que el viento despeinara su cabello fino y ralo, y a continuación levantó la mano derecha haciendo con los dedos el famoso signo de la victoria. Los hombres siguieron vitoreándolo hasta que lo dejaron atrás y desapareció de su vista.¹⁰

Viajaba bajo el absurdo nombre de guerra de coronel Kent, como si un nombre falso y un sombrero grande pudieran hacer que llamara menos la atención. Aparentemente Churchill había ido a pasar quince días de vacaciones en el sur de Italia, bañándose «como un hipopótamo bonachón» en la Gruta Azul de Capri y varias otras calas del Tirreno de los alrededores de Nápoles mientras seguía las alentadoras noticias provenientes de Francia en su sala de mapas portátil. Pero además había venido a echar un vistazo, aunque fuera de reojo, a una empresa a la que seguía oponiéndose con vehemencia y que había causado más desavenencias en la alianza angloamericana que cualquier otro episodio de la guerra.¹¹

La Operación Dragón, llamada originalmente Anvil («Yunque»), había sido concebida en un principio como un ejercicio de diversión para mantener ocupadas al sur del Loira a dieciocho divisiones alemanas integradas en el Grupo de Ejércitos G. La escasez de barcos y el retraso de la toma de Roma obligaron a su aplazamiento hasta mucho después de los desembarcos de Normandía, pero los americanos seguían entusiasmados con la operación. Marsella y Toulon iban a proporcionar dos magníficos puertos en un momento en el que decenas de divisiones estadounidenses se encontraban paralizadas en su país debido a la falta de atracaderos en Normandía. La Operación Dragón desconcertaría al enemigo con una acometida por el valle del Ródano, que había constituido una importantísima ruta de invasión desde los tiempos

de César, y daría un empleo provechoso a varias divisiones veteranas francesas que estaban combatiendo en Italia; con su patria todavía sin liberar, De Gaulle había prohibido que esas fuerzas se aventuraran más allá del Arno. «Francia —dijo Eisenhower a los ingleses— es el teatro de operaciones decisivo.»¹²

Los británicos discreparon, al principio cortésmente, pero después se mostraron inflexibles en su oposición. Churchill advirtió a Roosevelt del riesgo de una invasión «poco alentadora y estéril» por Provenza, seguida de «muchos accidentes, dificultades y demoras» al remontar el valle del Ródano. Marsella estaba a más de setecientos kilómetros de París, y una batalla a esa latitud era muy poco probable que influyera en el desarrollo de la lucha por la conquista del norte de Francia; solo llegar a Lyon, pronosticaba, llevaría tres meses. Sacar de Italia al VI Cuerpo estadounidense y a las divisiones francesas «para nosotros es inadmisibile», añadieron los altos mandos británicos. En cambio, ¿por qué no penetrar en el norte de Italia por el valle del Po, desviarse hacia el este con ayuda de un desembarco anfibio en Trieste, y colarse por la Hoya de Ljubljana en Eslovenia para llegar a Austria y el valle del Danubio? El alto mando aliado en Italia, el mariscal sir Harold Alexander, prometió a Churchill que iba a «eliminar a las fuerzas alemanas de Italia. Entonces no habrá nada que me impida avanzar sobre Viena». Ese movimiento, semejante a «una puñalada por el sobaco», como decía el primer ministro inglés, obligaría a Hitler incluso a abandonar Francia para reforzar su frente sudoriental.¹³

La discusión continuó sin que se llegara a ninguna conclusión, como un interminable partido de ping-pong. Exasperado, Eisenhower criticaba en un mensaje enviado a Marshall el proyecto de «ir en peregrinación por vía terrestre hasta Ljubljana pasando por Trieste... Debemos concentrar nuestras fuerzas... Necesitamos puertos grandes». Por mucho que los alemanes se hundieran en Italia y aunque cayera Trieste, provista de poderosas fortificaciones, abrirse paso por la hoya de Ljubljana suponía atravesar un paso montañoso de apenas cincuenta kilómetros de anchura, seguido de montañas de dos mil metros de altura con malas carreteras, vías férreas aún peores, y valles todavía más estrechos. Los estudios del Pentágono, recordando que «los austríacos cortaron el paso [en esta región] a los italianos durante cuatro años en la primera guerra mundial», llegaban a la conclusión de que «no podrían hacerse pasar» a Austria «más de siete divisiones como mucho». Churchill aconsejó a Alexander que estuviera preparado para presentarse a toda velocidad en Viena con sus carros armados, aunque los propios planificadores ingleses calculaban que para ello se necesitarían como mínimo quince divisiones. («Winston es un jugador», comentaría más tarde su médico, «y los jugadores no cuentan las monedas que tienen en el bolsillo».) Brooke criticaba en privado «los delirios estratégicos de Winston» que

comportaban lanzar una campaña «a través de los Alpes en invierno». Pese a su escepticismo respecto a la Operación Dragón, Brooke recomendaba responder a Washington en los siguientes términos: «Si tanto insisten en hacer esa soberana tontería, antes que salir tarifando con ustedes, lo cual sería fatal para todos, tendremos que acompañarlos y hacer esa soberana tontería». ¹⁴

El primer ministro no conseguiría ni una cosa ni otra. Luego presentaría su plan como un medio de impedir la dominación soviética de la Europa del Este, pero en el verano de 1944 no se planteó en ningún momento semejante argumento. En un medroso mensaje enviado a Roosevelt con el sello de «estrictamente privado, personal y de altísimo secreto», advertía de «la ruina más absoluta de todos nuestros grandes negocios en el Mediterráneo... Lo tengo grabado profundamente en mi pensamiento». El presidente rechazó sus argumentos con la lógica propia de un año electoral que cualquier otro político habría comprendido sin problema: «No sobreviviría nunca al más mínimo revés en la Operación Overlord si llegara a saberse que se han desviado hacia los Balcanes un número tan considerable de fuerzas». ¹⁵

Pero Churchill insistió, y voló hasta Normandía con una escolta de seis Spitfire cuando empezó a verse un poco de luz en la situación de Mortain y Falaise, para intentar atemorizar a Eisenhower, Bradley y otros cuantos altos mandos con un «discurso hermosamente adobado», como lo describía un oficial de estado mayor del ejército, «inclinándose hacia adelante en su asiento, con los ojos ligeramente enrojecidos y brillantes, esparciendo la ceniza de su puro por el suelo y escondiendo debajo del sillón la cerilla con la que lo había encendido». Tras ordenar a los altos mandos británicos estudiar «con el mayor secreto» si las fuerzas destinadas a la Operación Dragón podían ser derivadas a Inglaterra, el primer ministro instó a Eisenhower a hacer precisamente eso. Se trataba de un capricho absurdo, «tan exageradamente alocado» que habría «causado la más absoluta confusión en todas partes», como señaló el Pentágono. Entre otras cosas, porque ya había decenas de millares de soldados embarcando en naves demasiado poco marineras para aventurarse más allá del estrecho de Gibraltar, y porque no habría ningún gran puerto bretón abierto durante varias semanas más. «Ike dijo que no, siguió diciendo que no toda la tarde, y acabó diciendo que no en todas las formas de la lengua inglesa que tenía a su alcance», escribió Harry Butcher. En otra sesión celebrada en Londres, Churchill lloró copiosamente y amenazó con «quitarle el manto del alto cargo que ocupo». «Nunca lo he visto tan claramente inquieto, alterado e incluso abatido», cablegrafió Eisenhower a Marshall el 11 de agosto, tras un durísimo enfrentamiento en el 10 de Downing Street. Roosevelt puso punto final al asunto en solo ocho palabras: «No hay nada más que decir al respecto». ¹⁶

Incapaz de conmover al presidente norteamericano y a sus lugartenientes, Churchill se enfureció con la petulancia inútil de toda una potencia en declive. Tras denunciar la «pura estupidez» de su «socio más fuerte y dominante», pasó a emplear el plural mayestático: «Hemos sido maltratados y estamos furiosos. No queremos suavizar ni disimular el hecho con tapujos... Si aguantamos esto sin rechistar, nos echarán encima todo lo que quieran». Incluso el caballero mayor del rey confió a su diario: «Winston está disgustadísimo con todo esto, y no estoy muy seguro de que en realidad le guste FDR». En cuanto a Marshall y a los demás altos mandos norteamericanos, Churchill se burlaría ahora de ellos tachándolos de «uno de los equipos estratégicos más estúpidos que se hayan visto nunca. Son buenos chicos y no hace falta decírselo». Y más tarde escribiría a Clementine: «Las únicas veces que discuto con los americanos es cuando no quieren compartir con nosotros la oportunidad de ganar la gloria como merecemos».¹⁷

Así que se fue a Nápoles a tomar las aguas. Gran Bretaña ganaría la guerra perdiendo esta batalla y casi todas las demás batallas en las que en adelante volviera a enfrentarse a los americanos. Más de dos años de disputas sobre estrategia —en las que habitualmente Londres había acabado saliéndose con la suya— habían hecho que Marshall perdiera la paciencia y se mostrara inclinado a suscribir el adagio del Departamento de Estado que afirma que «la idea de cooperación que tiene un inglés es convencer al otro de que haga lo que él quiere que haga». Incluso Roosevelt declararía más adelante: «A Churchill no le gusta más que dispersar». Aquel contratiempo fue solo el último estertor de la estrategia periférica para ganar la segunda guerra mundial en la que el primer ministro había puesto todas sus complacencias; el veterano político se había vuelto incoherente, a juicio del historiador Michael Howard. La tan cacareada teoría del bajo vientre blando era «un eslogan, no una estrategia», concluye otro historiador inglés, una simple mezcolanza de improvisaciones. Mientras que los americanos veían con suspicacia los intereses imperiales de los británicos en el Mediterráneo y en el este de Europa, el proyecto de coger la delantera a los rusos era impracticable —el Ejército Rojo ya estaba listo para expandirse por Rumanía, Bulgaria, Polonia y Hungría, y los partisanos comunistas tenían cada vez mayor ascendiente en Yugoslavia— y resultaba estratégicamente sospechoso. ¿Por qué malquistarse con Moscú cuando las tropas soviéticas seguían haciendo «el principal trabajo de destripamiento del ejército alemán», como el propio Churchill había dicho en la Cámara de los Comunes a comienzos de agosto?¹⁸

Por supuesto que también estaban en juego los rígidos imperativos del interés y el orgullo nacional. La estatura y la influencia de Gran Bretaña parecían disminuir cada vez que llegaba una nueva remesa de buques Liberty cargados de soldados

estadounidenses; el futuro del imperio era en el mejor de los casos inseguro, y esa incertidumbre caracterizaría la hermandad angloamericana mientras durara. Además, como escribía Brooke en el mes de agosto, los americanos «ya no se ven a sí mismos como los aprendices de la guerra, sino todo lo contrario, se consideran perfectos profesionales». Ese mismo mes el ejército estadounidense superaría los ocho millones de soldados; más de uno de cada diez estaba en el Mediterráneo, y el alto mando norteamericano tenía la intención de emplearlos rápidamente como era debido.¹⁹

A Churchill le tocó hacer el pobre papel de segundo violín. «El problema es que el primer ministro nunca es capaz de ceder con dignidad», comentaba un almirante inglés. «Siempre debe tener razón.» Mientras la guerra consumía su sexto año, algunos empezaban a ver al primer ministro cada vez más errático. «Día a día se vuelve más desequilibrado», confiaba Brooke a su diario a finales de ese mismo verano. «Literalmente echaba espumarajos de rabia por la boca.» Era muy dado a las «burlas correctivas», señalaba su secretario, y estaba obsesionado con detalles absolutamente baladíes, como las cerdas de color negro de los cepillos del pelo del lavabo de la Sala del Gabinete de Guerra, de las que se quejaba porque decía que disimulaban la suciedad. «A Churchill le preocupa su propio mundo vivo», decía el filósofo Isaiah Berlin. «No reacciona, acciona; no refleja a los demás, los afecta y los altera a su propia medida.» Él mismo reconocía su carácter testarudo. «Por supuesto que soy egocéntrico. ¿Qué va a ser de uno si no lo es?»²⁰

Indudablemente «aquel genio incansable», según la expresión de un contemporáneo suyo, debía descansar. «El primer ministro está muy fatigado», se lamentaba un asistente suyo. «Insiste en que todo se reduzca a media hoja de cuaderno. Y simplemente no es posible.» A mediados de verano se había descrito a sí mismo como «un hombre viejo y cansado», y defendía «ahorrar esfuerzos. No te levantes si puedes quedarte sentado, y no te sientes si puedes quedarte tumbado».²¹

Su estancia en el Mediterráneo lo había tonificado, como siempre sucedía. El almuerzo con champaña venía seguido de una copa de coñac, una siesta de una hora, un baño, luego un whisky con soda, y más champaña y más coñac a la hora de la cena antes de seguir trabajando hasta las tres de la madrugada. (Churchill no era un alcohólico, comentó en cierta ocasión C. P. Snow, pues ningún alcohólico podría beber tanto.) Tras cruzarse con la flota que emprendía la marcha, regresaría a su alojamiento en Villa Rivalta, situada sobre el golfo de Nápoles, y haría el equipaje para trasladarse en un C-47 a Córcega, donde permanecería durante la invasión. La Junta de Jefes estadounidenses, «el equipo estratégico más estúpido» que había visto, había cableografiado la semana anterior a Londres diciendo: «Estamos convencidos de

que la Operación Dragón será un éxito en la fase de desembarco, y pronosticamos un rápido avance por el valle del Ródano». Churchill pretendía ver por sí mismo si era así.²²

A primera hora del martes 15 de agosto —fecha del cumpleaños de Napoleón— la fuerza invasora avanzó sigilosamente hacia las dieciséis estrechas playas situadas en una franja de la Costa Azul de apenas setenta kilómetros de extensión. El litoral es por allí muy escarpado, alcanzándose las cien brazas de profundidad a solo tres millas de tierra, mientras que la marea apenas supera los veinte centímetros. Desde finales de abril los bombarderos aliados habían lanzado veinte mil toneladas de bombas sobre las fortificaciones alemanas y sobre no pocas ciudades francesas. Buena parte de la población se había refugiado ya en las colinas, escondiéndose en lechos fluviales y hoyos para protegerse de lo que un refugiado describía como «un diluvio de metal». Diversas frases en clave transmitidas por radio desde Argel y Londres el lunes por la noche habían alertado del asalto inminente a los equipos de las FFI y de la OSS: «Nancy tiene tortícolis. El cazador está hambriento. Gaby va a tumbarse en la hierba». Todos los soldados que iban a bordo de un buque de desembarco recibieron un brazalete con la bandera americana y dos paquetes de Lucky Strike. «Bebiendo café y fumando sin parar, encendíamos nuestros mecheros con dedos temblorosos, manchados de nicotina», recuerda en su diario un soldado de la 45.^a División. Algunos tiritaban en la enfermería, presa de ataques recurrentes de malaria, contraída en Italia. «Puro fuego, tormentas solares lanzando llamaradas de dentro a afuera», como describía los síntomas de la enfermedad una de sus víctimas. Pero para la mayoría, según reseñaba en su diario otro soldado, «casi no parece que se trate de una invasión; las cosas suceden con mucha tranquilidad».²³

El mal funcionamiento el sistema de ventilación del *Catoctin* había obligado a los acalorados pasajeros que viajaban bajo cubierta a quitarse la ropa y quedarse en camiseta durante la mayor parte de la travesía. Pero cuando se aproximaron a la costa de Francia, el general de división Lucian K. Truscott Jr., al mando del VI Cuerpo de Ejército estadounidense —la principal fuerza de asalto de la Operación Dragón— se vistió cuidadosamente para el combate: casco esmaltado con dos estrellas, calzones, botas de motar de la suerte y la bufanda blanca, confeccionada con el mapa de seda de un paracaidista que se encontró en Sicilia y que se había convertido en una de sus señas de identidad. Aquella era la tercera invasión para Truscott. Anteriormente había comandado el flanco izquierdo de las fuerzas de Patton en las operaciones Antorcha y Husky, antes de asumir el mando durante los momentos más duros del desembarco en Anzio y de unirse al VI Cuerpo para asistir a la matanza de Roma. Truscott tenía lo

que un oficial de Estado Mayor llamaba un semblante de «depredador»: ojos grises saltones e incisivos separados en una mandíbula prominente esculpida para quedar mejor cuando fruncía el ceño. Pero la grave voz de «trombón cascado» que le había quedado a raíz del ácido fénico que había tragado cuando era niño, se había suavizado un poco durante los últimos meses después de aplicarse una y otra vez nitrato de plata en las cuerdas vocales. Pese a su afición por tener siempre violetas encima de su escritorio y por participar en animadas discusiones sobre poesía, historia y la edición racionalista del Nuevo Testamento publicada por Thomas Jefferson, en el fondo Truscott seguía siendo «uno de los generales realmente duros», como lo describía el dibujante destinado a infantería Bill Mauldin. Provieniendo de un iconoclasta declarado como él, se trataba de un elogio sin paliativos.²⁴

El camino de Truscott hacia el alto mando no había sido muy ortodoxo. Su padre, originalmente un vaquero de la Cañada de Chisholm, había abandonado las praderas para establecerse como médico y farmacéutico en Chatfield, Texas; la mala suerte en las apuestas y el fracaso en las inversiones agrícolas lo llevaron más tarde a trasladarse con toda su familia a Oklahoma. A los dieciséis años Lucian dijo que tenía dieciocho y obtuvo así un puesto de maestro en una escuela rural, para llegar a la cual tenía que caminar a diario diez kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. Lector voraz que no dudó en renunciar a la bebida, el tabaco y las diversiones, acabó convirtiéndose en director de su escuela. Pero hasta que no ingresó en el ejército y obtuvo el rango de oficial de caballería en 1917 a los veintidós años no encontró su verdadera vocación. Tras ascender lentamente en el escalafón en el período de entreguerras, Truscott ganó muchos admiradores por su competencia profesional y por su aptitud como jugador de polo. Pero la vida militar también endureció al antiguo maestro de escuela, que no tardó en aficionarse a la bebida, al tabaco y a echar sapos y culebras por la boca. Durante los dos últimos años transcurridos en África e Italia, había habido pocos que pudieran comparársele en el mando en el combate, poniendo de manifiesto lo que un camarada de alto rango llamaba «fuerza de voluntad, decisión y empuje»; Eisenhower todavía lamentaba no haber sido capaz de sacar a Truscott de Anzio para destinarlo a la Operación Overlord. Como general, Truscott hacía hincapié en la velocidad, el vigor, la violencia y la claridad; su desagrado por el papeleo hacía que para referirse a él empleara simple y llanamente el término «chorradas». Convencido de que los soldados americanos eran «cazadores por instinto», instaba a sus oficiales a «hacer que cada soldado vaya a cada combate como si fuera un cazador».²⁵

A su esposa, Sarah, que aguardaba su regreso en Virginia, le había confesado en algunas cartas recientes lo «terriblemente solo» que se sentía. Lamentaba encontrarse «remotamente alejado del toque enternecedor de las mujeres y el hogar». Antes de abandonar su camarote en el *Catoctin* aprovechó para volver a escribir a Sarah, empezando la carta, como siempre lo hacía, con un «Mi querida esposa»:²⁶

Antes de iniciar todas las grandes empresas en las que he participado en esta guerra te he escrito siempre para que sepas que, si me ocurriera algo, te llevo en mi mente y en mi corazón... Volvería a vivir todo lo que he vivido si me dieran la oportunidad. Lo único que de verdad lamento es no haberte hecho más feliz ni haberte dado una vida más fácil.

Salió del camarote para reunirse con Hewitt en el puente con paso firme, los dientes apretados, y sus fuertes hombros ligeramente encorvados, como un cazador buscando su presa.

El enemigo no tuvo ninguna oportunidad. A horcajadas en barcas y canoas de goma, y en tablas de surf a motor, tres mil comandos americanos y franceses se lanzaron contra las fortificaciones de la costa y de dos islas situadas a corta distancia del litoral. Buena parte de la costa estaba escasamente defendida; se descubrió que algunos reductos situados en lo alto de las colinas tenían solo cañones de mentirijillas hechos con palos de la luz. Entre las estratagemas de decepción usadas por los Aliados debemos citar los centenares de «paracaidistas de juguete», muñecos de goma provistos de matracas e instrumentos para hacer ruido y de luces de colores, lanzados lejos del verdadero punto en el que iba a tener lugar el asalto, y los convoyes fantasmas creados por simuladores electrónicos para que pareciera que había barcos donde en realidad no había ninguno. Tan confundidos estaban los defensores alemanes que durante días estuvieron preparándose para el ataque que esperaban que se produjera en Génova, a más de trescientos kilómetros al nordeste.²⁷

El asalto aerotransportado fue acompañado de la anarquía y la intrepidez habituales. Nueve mil paracaidistas y planeadores despegaron de diez aeródromos italianos rumbo a la Riviera. La densa niebla que había en tierra hizo que seis de los nueve equipos de localizadores equivocaran la zona de lanzamiento; y durante los lanzamientos efectuados antes del amanecer más de la mitad de la fuerza principal de asalto también anduvo perdida. Algunos haces de bombas cayeron a veinte kilómetros o más de su objetivo, aterrizando sobre tejados de casas y en viñas en los alrededores de Saint-Tropez. A pesar de la confusión, las bajas sufridas por las fuerzas aerotransportadas fueron escasas —solo 230 hombres, esto es menos de un 3 %— y por lo demás los alemanes quedaron muy desconcertados.²⁸

A las ocho de la mañana, once batallones de asalto norteamericanos desembarcaron con el mar en absoluta calma, ocultos de los cañones enemigos por la calina estival y seis toneladas de humo vomitadas por algunas lanchas de desembarco especiales que iban provistas de hélices de avión para dispersar la humareda. En la bahía de Bougnon, en la zona central del asalto, los atemorizados miembros de las *Osttruppen* y muchos soldados alemanes de edad avanzada sucumbieron rápidamente al tener que enfrentarse a la 45.^a División. Más a la izquierda, la 3.^a División también cruzó estrepitosamente las dunas de la bahía de Cavalaire y atravesó la península de Saint-Tropez.²⁹

Entre los integrantes de la punta de lanza del 15.^o Regimiento de Infantería de la 3.^a División estaba un sargento de Estado Mayor bajito y delgado —170 cm y menos de 60 kg—, que en Sicilia y en Anzio se había ganado cierta fama por su empuje y que no tardaría en ser considerado «el mayor héroe popular de Texas desde Davy Crockett». Audie Leon Murphy, número de serie 18093707, era el séptimo hijo de un labrador sin domicilio fijo que poseía una vaca lechera y poco más. Murphy, que abandonó la escuela en quinto curso y que en un momento determinado durante la Gran Depresión estuvo viviendo en un furgón de tren, diría más tarde: «No recuerdo haber sido joven nunca en mi vida». Había aprendido a disparar cazando ardillas —«grisecillas», como él las llamaba— y llegó a tener la habilidad suficiente como para atinar a un conejo corriendo desde un coche en marcha. Su hermana falsificó la documentación para que se alistara en 1942, convirtiendo los diecisiete años que tenía por entonces en dieciocho. Llegó a desmayarse durante las vacunaciones a las que tenían que someterse los reclutas.³⁰

Su puntería le sería muy útil. Murphy y su pelotón de fusileros iban camino de Saint-Tropez a las diez de la mañana cuando el traqueteo de una ametralladora alemana, con la descortesía de un portazo, detuvo su avance mientras atravesaban una hondonada rocosa. Murphy regresó corriendo a la playa, cogió el fusil de ametrallamiento de un artillero rezagado, y se lo llevó a rastras colina arriba hasta el lugar donde estaban sus hombres. Con aquel fusil requisado, unas cuantas granadas y una carabina, mató a dos artilleros enemigos parapetados en lo alto de un cerro y obligó a sacar bandera blanca a los integrantes de un segundo nido de ametralladoras. Sin embargo, cuando el soldado de primera clase Lattie Tipton se levantó para detener a un enemigo que se había rendido, un francotirador lo mató de un balazo. Enfurecido, Murphy mató a los alemanes que fingían rendirse lanzándoles varias granadas antes de apoderarse de una ametralladora enemiga; disparando sin apuntar, acabó con otras dos posiciones de combate enemigas. «Todo mi ser —escribiría más tarde— está concentrado en matar.» Sin duda alguna ese era el cazador instintivo de

Truscott. Cuando por fin cesó el tiroteo, Murphy deslizó debajo de la cabeza de Tipton un macuto, a modo de almohada, se sentó a su lado y se puso a llorar. El ejército concedería al número de serie 18093707 la Cruz al Servicio Distinguido.³¹

El enemigo solo ofreció resistencia en el flanco derecho de la invasión, especialmente a lo largo del golfo de Fréjus. Napoleón había desembarcado en esa misma zona cuando volvió de Egipto en 1799, y quince años después embarcó en la misma playa rumbo a su destierro en la isla de Elba, quejándose de que el pueblo francés era tan «voluble como una veleta». En aquellas circunstancias los campos densamente sembrados de minas, las alambradas y los fortines escondidos en casas de veraneo y quioscos a la orilla del mar plantearon serios problemas, aunque no tantos ni tan funestos como se había temido el almirante Moon. El arma secreta de la marina, las embarcaciones sin tripular —lanchas de desembarco pilotadas por control remoto y cargadas con cuatro toneladas de explosivos para abrir agujeros en los parapetos colocados en la playa— supusieron un fracaso total, posiblemente porque las radios alemanas utilizaban su misma frecuencia. Las embarcaciones «se arremolinaban como locas a toda velocidad siguiendo las direcciones más absurdas, completamente a su aire», informaba un testigo; algunas cambiaron de rumbo y se dirigieron mar adentro hacia su propia flota, teniendo que ser hundidas por los destructores. «En términos generales —informaba un oficial de demolición—, las embarcaciones pilotadas por control remoto no funcionaron.»³²

El peso de la artillería americana no tardó en imponerse. El fuego de los bombarderos y de la artillería naval asoló la costa, dejando las colinas cubiertas de pinos de la zona convertidas en un páramo achicharrado y humeante. Las lanchas que conducían a la playa a un regimiento de la 36.^a División se retiraron de Fréjus, causando momentáneamente la irritación de Truscott, que observaba las operaciones en medio de la bruma desde el *Catoctin*; prudentemente, los oficiales encargados de orquestar el desembarco prefirieron dirigirse a una playa más fácil un poco más al este. El despacho enviado por Hewitt esa misma tarde no era demasiado exagerado al informar del éxito sin paliativos de la misión:

Todos los buques y las lanchas alcanzaron su destino final de ataque según el plan previsto... Los aterrizajes aerotransportados se llevaron a cabo con éxito como estaba previsto... No se ha comunicado la pérdida de ningún aparato... Se informa de que las acciones de bombardeo han sido excelentes... Los desembarcos en todas las playas han sido un éxito y se han llevado a cabo con puntualidad.³³

El comentario que hizo en su diario un oficial de marina a bordo de la *LCI-233* era más sucinto: «Francamente, esta ha sido la cabeza de playa más tranquila que he visto nunca».³⁴

Al término de este Día-D, habían desembarcado 66.000 soldados y se habían sufrido 400 bajas, incluidos 95 muertos. Fueron capturados unos 2.300 alemanes — muchos prefirieron rendirse antes que enfrentarse al riesgo de sufrir la venganza de los maquis que rondaban por las colinas de la costa— y Hitler declararía aquel 15 de agosto «el peor día de mi vida». La Operación Dragón se encontró con un Grupo de Ejércitos G mermado: el comandante en jefe de los alemanes en el sur de Francia, el general Johannes Blaskowitz, ya desacreditado por oponerse a las atrocidades de la SS en Polonia, se había visto obligado a ceder una cuarta parte de sus divisiones de infantería y dos tercios de sus blindados para que intervinieran en los combates librados en Normandía. Se había quedado con una fuerza mínima de menos de 300.000 hombres, incluidos armenios, azerbaiyanos, y cuatro batallones de «rusos de Francia combatiendo por Alemania contra América». En el XIX Ejército de Blaskowitz, desplegado en una extensión de terreno amplísima, la 11.^a División Panzer, su única reserva móvil, se hallaba aislada al oeste del Ródano después de que las Fuerzas Aéreas estadounidenses destruyeran todos los puentes de la cuenca baja del río. El cruce de toda la división en barcazas llevó casi una semana; y aun así algunos blindados quedaron inmovilizados por falta de combustible, que tenía que ser transportado río abajo desde Lyon. ³⁵

Al atardecer del martes, muchos defensores se retiraron en desorden hacia el norte, en autobuses requisados llenos hasta los topes e incluso en remolques. Las patrullas americanas fueron deslizándose por las empinadas colinas de piedras rojizas, cubiertas de espesos bosques de pinos marítimos y alcornoques. Las carreteras de la costa estaban «ya atascadas de tráfico, y bandas de prisioneros, con las manos en alto, marchaban hacia la playa», escribía el reportero Eric Sevareid, que había desembarcado con la 45.^a División. Con el fin de supervisar el VI Cuerpo de Truscott y las fuerzas francesas que lo acompañaban, el puesto de mando del VII Ejército norteamericano se trasladó al Hôtel Latitude 43, un complejo art déco situado a las afueras de Saint-Tropez; el diario de guerra del ejército señalaba que «la resistencia de las tropas alemanas ha sido débil en casi todos los puntos». Sevareid describía «los carteles de Cinzano, los monos azul pálido de los obreros, el olor vagamente ácido del vino al pasar por delante de las tabernas, los plátanos polvorientos, los pequeños jardines formales, el aire suave y traslúcido». Un almirante francés que iba a bordo del *Catoctin* declararía: «¡Qué felicidad recuperar esta costa de Francia, la más hermosa, la más amable y la más risueña de nuestro país!». Truscott y su Estado Mayor se trasladaron a tierra en una motora para cenar en un *château* de las

proximidades en una mesa puesta con mantelería blanca y la cristalería y la cubertería de plata del VI Cuerpo. Bill Mauldin declaró que la Operación Dragón fue «la mejor invasión a la que he asistido».³⁶

Entre los altos mandos de los Aliados, quizá solo el primer ministro inglés estaba de mal humor. Con su uniforme de Trinity House, de color azul con botones dorados, había hecho una travesía de cinco horas desde Córcega a bordo del *Kimberly*, de la Marina de Su Majestad, para unirse a la flota de bombardeo a nueve millas de la Riviera. Aunque Churchill tenía muchas ganas de ver a los coloniales franceses en acción —los llamaba «moros franchutes, de cuya valentía no dudo»— el *Kimberly* no se aventuró a pasar más allá de los setecientos metros de la costa por temor a las minas. Saint-Tropez seguía envuelta en la bruma y el humo, y resultaba prácticamente invisible. Sin puros y «con ganas de pelea», según comentaría su médico, el primer ministro se retiró bajo cubierta a leer *Gran Hotel*, una novela que había encontrado en el camarote del capitán. En una de las guardas del libro garabateó la siguiente inscripción: «Esta novela es mucho más apasionante que la invasión del sur de Francia».³⁷

La avenida de la fetidez

El objetivo inmediato de la Operación Dragón eran los puertos de Toulon y Marsella, cuyos nombres en clave eran, respectivamente, Astoria y Cyril. El VII Ejército tenía poca capacidad de descargar pertrechos en la playa, de modo que los camiones, la gasolina, la munición y demás materiales necesarios para apoyar la ofensiva de Truscott hacia el norte podían venir solo a través de esos dos puertos, la captura de los cuales se asignó a los franceses. El miércoles 16 de agosto por la tarde cuatro divisiones del II Cuerpo francés empezaron a desembarcar en el golfo de Saint-Tropez, un día antes de lo previsto debido a la débil resistencia encontrada en los alemanes. Al final se les unirían otras tres divisiones del I Cuerpo, lo que suponía que Francia tendría un cuarto de millón de hombres en armas en el sur del país.³⁸

Llamado de momento Ejército B, aquel contingente estaba formado por una alegre tropa, tan pintoresca como la división de Leclerc que en aquellos momentos se dirigía a París. Casi la mitad de los soldados procedían del norte de África o del África Subsahariana, a los que se sumaban otros provenientes de Somalia, Nueva Caledonia, Tahití, Indochina, Siria, Líbano, y algunos legionarios. Los africanos constituían casi las tres cuartas partes de los regimientos de infantería, incluidos seis mil feroces *goumiers* bereberes que llevaban sandalias y chilabas de rayas, con las

botas atadas alrededor del cuello mientras cruzaban la playa tirando de sus mulas. Dada su poca capacitación en el campo de la logística militar moderna, los franceses dependían del ejército estadounidense para todo, desde las raciones exentas de carne de cerdo para los soldados musulmanes hasta los diccionarios de francés-inglés. Solo en aquel verano los americanos les habían proporcionado 1.100 tanques, 215.000 fusiles, 17.000 toneladas de carne de vaca enlatada o congelada, veinte millones de tabletas de Atabrine contra la malaria, siete millones de paquetes de tabaco para pipa, y 7.000 cantimploras extra. (Se decía que los soldados senegaleses necesitaban cuatro litros de agua al día, el doble de la ración normal.) También se necesitaron camiones cisterna extra, debido a que los franceses se mostraron reacios a convertir en depósitos de gasolina los valiosos vehículos que empleaban para transportar vino.³⁹

El oficial al mando de aquella fuerza desembarcó a las seis de la tarde del miércoles después de una travesía desde Tarento a bordo del antiguo crucero polaco *Batory*. Se trataba del general Jean Joseph Marie Gabriel de Lattre de Tassigny, hombre de ojos penetrantes, cuyo impecable atuendo constaba de quepis, guantes amarillos y bastón de mando, que llevaba debajo del brazo izquierdo. Calificado por sus colegas franceses de «animal de acción» y «*jupiterien*», el general de Lattre impresionó a Hewitt, que lo encontró «muy agradable, muy volátil», mientras que Truscott se fijó en su «cabello fino, canoso en las sienes, una cara cuadrada, despejada, de mirada fría, estatura media, arreglado, pulcro y de porte muy militar». Aficionado a hacer apariciones repentinas en plena noche entre sus soldados y a preguntarles a bocajarro: «¿Qué habéis hecho por Francia?», de Lattre sería aclamado por uno de sus biógrafos como «el soldado más grande que ha tenido Francia a su servicio desde los tiempos de Napoleón I». ⁴⁰

De Lattre pertenecía a la pequeña nobleza rural y era originario de la Vendée, en la costa del Atlántico. Cuando se graduó en Saint-Cyr en 1909, fue uno de los últimos de su promoción. Durante la Gran Guerra, consiguió reunir información deslizándose detrás de las líneas enemigas disfrazado de obrero de una fábrica para cenar en un restaurante de Metz atestado de oficiales alemanes. En una escaramuza en la que intervino en 1914 mató a dos soldados enemigos con una espada que su abuelo había llevado en las guerras napoleónicas, pero fue atravesado por una lanza alemana; un sargento tuvo que sujetarlo por el pecho para sacársela. Antes de la firma del Armisticio sufriría tres heridas más y sería mencionado en los despachos en ocho ocasiones. Ferviente católico —en tiempos de paz tenía por costumbre ir a Lourdes para ayudar a cargar con los enfermos descalzo— había insistido en que hubiera

capellanes que acompañaran a sus tropas de asalto, para dar rápidamente la absolución a los moribundos. Su lema personal, adoptado en los años treinta era: *Ne pas subir*, «No aguantar nada».⁴¹

Leal a Vichy durante más de dos años después de la invasión alemana, finalmente se negó a consentir la ocupación del sur de Francia por las fuerzas de Hitler tras la conquista del norte de África por los Aliados en noviembre de 1942. Acusado por un consejo de guerra de Vichy de abandono del puesto, fue condenado a diez años de cárcel. Su hijo Bernard, que por entonces tenía quince años, le ayudó a fugarse introduciendo disimuladamente algunas herramientas y una cuerda en la celda de su padre. En septiembre de 1943, de Lattre desclavó el marco de una ventana, se descolgó con la ayuda de la cuerda hasta un patio, escaló el muro exterior de la cárcel, y huyó a Argel vía Londres. Una vez allí, De Gaulle le confió el mando del ejército francés en el exilio. Llamado *le Roi Jean* por sus aires imperiales, de Lattre colocó a un imponente senegalés a la entrada de su despacho encargado de tocar la trompeta cada vez que se abría la doble puerta y salía por ella el general. «Vivía en el escenario —diría más tarde el historiador Douglas Porch—, tan gentil con los dignatarios, a los que recibía con esplendor borbónico, como severo con sus subordinados, a los que esclavizaba hasta el agotamiento.» A menudo cenaba a medianoche, trabajaba hasta las cinco de la madrugada, y luego firmaba órdenes en la cama hasta el amanecer; los que visitaban su cuartel general podían pasarse días enteros en la escalera, esperando que les concediera audiencia. «El general —explicaba su asistente— es ave nocturna.»⁴²

El plan de desembarco previsto por la Operación Dragón para el Ejército B había sido revisado diecisiete veces a instancias del general de Lattre. Aun admitiendo que «los franceses no somos los amos» y que la subordinación «es el precio que debemos pagar por poder participar en la liberación de Francia», le dolía estar al mando de los estadounidenses y depender de los suministros norteamericanos. Entrando de forma intempestiva en el cuartel general del ejército estadounidense, lleno de quejas, de Lattre soltaba un torrente de palabras en francés que los intérpretes se las veían y se las deseaban para traducir simultáneamente, y daba media vuelta saludando siempre de modo seco y tajante antes de salir a grandes zancadas dando un portazo. Era «ardiente hasta el punto de la efervescencia», decía De Gaulle, que creía que los defectos del general de Lattre derivaban del «exceso de sus virtudes». Ahora, acompañado de su hijo Bernard, el soldado más joven del ejército francés, acorraló a uno de sus subordinados en Saint-Tropez y con un destello en lo ojos le espetó: «Toulon te espera».⁴³

También esperaban los alemanes. Allí y en Marsella, unos cincuenta kilómetros más al oeste, 35.000 defensores habían recibido de Hitler la orden de resistir «hasta el último hombre». El general Blaskowitz comunicaba que sus fortificaciones en Toulon estaban acabadas en un 75 %, y las de Marsella iban un poco más avanzadas; habían almacenado agua y municiones, y las guarniciones de ambas plazas habían sido reforzadas. Las labores de demolición del puerto empezaron poco después de que los americanos cruzaran las primeras playas un poco más al este.⁴⁴

Toulon era la basa naval más grande de Francia y el hueso más duro de roer. Tres fortalezas situadas en empinada pendiente dominaban los accesos por tierra, y las laderas de los montes circundantes estaban sembradas de dinamita para provocar caídas de peñascos. Había setenta baterías o más apuntando a la rada, entre las cuales destacaba el «Gran Willie», una torreta con dos cañones de 340 mm arrancada del acorazado francés *Provence* e instalada tras una plancha blindada y una espesa estructura de cemento armado en Saint-Mandrier, que dominaba la bocana del puerto; con un alcance de más de treinta y cinco kilómetros, aquellos cañones eran muy superiores a cualquiera de las armas de las que disponía la flota aliada. Aun así, el almirante Hewitt ordenó hostigar el avispero. El sábado 19 de agosto, una vez debidamente machacadas las fortificaciones desde el aire, el *Nevada*, el *Augusta*, el *Quincy* y el acorazado francés *Lorraine* aparecieron en el horizonte, y lanzaron doscientas bombas como si fueran insultos de los que se profieren en el patio de recreo. El Gran Willie no respondió hasta el domingo, haciendo retroceder a los intrusos hasta más allá de su nube de humo a velocidad de flanco con una lluvia de descargas cuyos niveles de error pasaron rápidamente de las dos millas a los treinta metros. El Gran Willie era «demasiado para nosotros», confesaría un oficial que iba a bordo del *Quincy*; las bombas aliadas que alcanzaban las casamatas de hormigón de la torreta «sencillamente rebotaban como si lanzáramos un escupitajo contra una pared». La bronca naval duraría más de una semana, pero era evidente que Toulon —como Cherburgo— no iba a caer desde el mar.⁴⁵

De Lattre había llegado a la misma conclusión y en consecuencia dividió su ejército en cinco grupos de combate, con órdenes de rebasar por los flancos Toulon y Marsella y rodearlas. El plan comenzó de mala manera cuando los artilleros alemanes demolieron el tanque francés que encabezaba el convoy que avanzaba por la Carretera 57, y luego cortaron la retirada al tanque que cerraba la fila arrojando troncos de árbol en la calzada para atrapar a toda la columna y cargarse otros ocho carros blindados. En Hyères, a unos quince kilómetros al este de Toulon, los defensores, entre los que se encontraban los tripulantes de algunos submarinos que se habían quedado en tierra, se fortificaron en el Golf-Hotel y sus aledaños; tres batallones de artillería franceses

lanzaron mil descargas a quemarropa, a las que se sumaron mil proyectiles navales. Una carga a la bayoneta efectuada al atardecer por tropas tahitianas a través del comedor y de las bodegas del establecimiento puso fin a la resistencia; fueron capturados 140 alemanes y muchos más perdieron la vida.⁴⁶

Al anochecer del lunes 21 de agosto Toulon quedó rodeada. Los frailes de un monasterio de la zona guiaron a los destacamentos franceses y les ayudaron a cruzar el terreno pedregoso y carente por completo de senderos situado al norte. El oficial al mando de un batallón condujo a sus hombres en plena noche marcando la senda con papel higiénico suministrado, como no tendría más remedio que reconocer de Lattre, por intendentes del ejército norteamericano. El comandante de una compañía exploró concienzudamente la ciudad vestido con un uniforme de policía que le prestaron, mientras que los artilleros abrieron paso a una docena de batallones de artillería hasta las imponentes alturas que dominaban la población. Vapuleados por las bombas, uno tras otro fueron cayendo todos los fortines: los defensores fueron obligados a salir de sus madrigueras mediante explosiones de fósforo blanco y lanzallamas, «como si fueran conejos acosados por un terrier», según palabras del propio de Lattre. El 25 de agosto a las siete de la tarde, un coronel francés hizo la siguiente advertencia a los defensores más recalcitrantes refugiados en el Arsenal Maritime: «Mis senegaleses recibirán la orden de masacraros a todos»; los últimos defensores hicieron estallar las municiones que les quedaban, se animaron al grito de «Heil Hitler!», y se encaminaron a su cautiverio. Los últimos dos mil marineros que manejaban el Big Willie y las demás baterías de Saint-Mandrier no capitularon hasta el amanecer del 28 de agosto; los buques de Hewitt habían disparado más de mil bombas desde una distancia de hasta cinco millas. Cuando el comandante de la guarnición capturada se negó a suministrar un mapa de los campos de minas alemanes, de Lattre aseguró que lo fusilaría. «Tres horas más tarde —comunicaría después— tenía en mi poder los planos.»⁴⁷

Marsella cayó casi al mismo tiempo. Fundada como centro comercial por los griegos en el siglo VI a. C., esta histórica población se había convertido en la segunda ciudad más grande de Francia, con medio millón de habitantes, y en el puerto más vivo del Mediterráneo, con más de veinte kilómetros de muelles. El 21 de agosto, mientras las columnas del general de Lattre se aproximaban por el este, el nordeste y el norte, los marseleses se habían sublevado, construyendo barricadas con los adoquines de las calles y tiroteando a las patrullas alemanas que quedaban aisladas. Se levantó sobre la ciudad un humo aceitoso procedente de las refinerías de petróleo en llamas de los suburbios mientras los *goumiers*, a los que un francés describía como «personajes de otro mundo», trepaban por los caminos de cabras y los olivares de las

inmediaciones para cortar cualquier vía de escape en dirección al norte. En las primeras horas del 23 de agosto, unos soldados de infantería argelinos acompañados de tanques Sherman se precipitaron por las calles del puerto viejo, vitoreados por los civiles, todavía en pijama y camión, que abrieron las ventanas de sus casas para jalearlos con entusiasmo. Aunque la guarnición alemana seguía en pie de guerra con doscientos cañones por lo menos en una doble línea de protección, la ciudad no tardó en ser indefendible. Mientras que el *Nevada* y otros buques continuaban lanzando descargas, de Lattre desplegó sus mapas en el patio de un hotel cercano en el que todavía había algunos veraneantes pasando sus vacaciones, entre ellos unas chicas muy monas en bañador, que continuaron tomando sus aperitivos helados debajo de las sombrillas de la terraza.⁴⁸

Cuando la bandera tricolor fue izada en el reducto recién capturado de Fort Saint-Nicolas, el comandante de la guarnición, el general Hans Schaeffer, redactó el siguiente mensaje: «No tendría sentido continuar un combate que no podría conducir más que a la aniquilación total de las tropas que me quedan». Los soldados franceses lo encontraron al amanecer del 28 de agosto en un refugio subterráneo con dos teléfonos y una bandeja de queso Gruyère; salió de su madriguera pálido y ojoso para firmar la rendición con una pluma que tuvieron que prestarle. Las campanas de las iglesias repicaron de júbilo. Marsella había caído casi un mes antes del calendario previsto por la Operación Dragón.⁴⁹

Serían capturados treinta y siete mil prisioneros en las dos ciudades portuarias, con un coste de cuatro mil bajas francesas, entre ellas ochocientos muertos. Toulon había quedado tan completamente maltrecha por los equipos de demolición alemanes que los Aliados renunciaron a hacer de ella un puerto importante. Marsella había sufrido unos daños mucho mayores de lo que se temían los Aliados, convertida en «una obra maestra alemana» de destrucción, según las autoridades portuarias americanas que se habían hecho cargo de la reconstrucción de Nápoles. De sus 121 muelles no podía utilizarse ni uno solo; los cartuchos de dinamita y dos mil grandes minas habían convertido todos los muelles y almacenes en «un caos de acero, hormigón y cables». Once grandes buques, entre ellos algunos transatlánticos, habían sido hundidos para bloquear la entrada del puerto, y además habían sido arrojadas al fondo de la rada 257 grúas. Bloqueaban el puerto varias decenas más de embarcaciones hundidas con técnicas de barrenado «nunca vistas hasta entonces». Como en Cherburgo, las ruinas estaban llenas de bombas trampa y serían extraídas del agua más de cinco mil minas de diecisiete tipos distintos con ayuda de dirigibles utilizados para localizarlas.⁵⁰

Pero en cualquier caso los Aliados tenían ya su puerto. Casi de forma milagrosa, el primer buque de clase Liberty atracaría en Marsella el 15 de septiembre, y Hewitt informó de que diez días después los muelles del puerto podrían acoger 12.500 toneladas diarias de mercancías. De momento, los regimientos franceses avanzaban a toda prisa hacia el oeste, hacia la desembocadura del Ródano. De Lattre telegrafió a De Gaulle, que acababa de instalarse en París: «En el sector del Ejército B no hay ni un solo alemán ni muerto ni cautivo».⁵¹

Tras su abdicación y su destierro en la isla de Elba en 1814, Napoleón se entregó a una vida cómoda en el exilio mientras aguardaba que el régimen restaurado de los Borbones se hiciera intolerable por sí solo. Acompañado por su madre, su hermana, su amante polaca y el hijo ilegítimo que había tenido con ella, construyó caminos y puentes, organizó bailes, banquetes y espectáculos teatrales, y jugó incontables partidas de cartas haciendo trampas sin el menor escrúpulo. A los nueve meses, aburrido hasta las lágrimas y enardecido por lo que el historiador Norwood Young llamaría el «espíritu de venganza corso», hizo pintar disimuladamente el bergantín *Inconstant*, restauró su revestimiento de cobre, y cargó en él una abundante provisión de bizcocho, arroz, coñac y carne salada. En compañía de una flotilla de otras seis embarcaciones y decidido a convertirse de nuevo en el «hombre de Austerlitz», en febrero de 1815 logró burlar la vigilancia de un buque de guerra inglés y puso rumbo a la costa de Francia con mil doscientos adeptos y miembros de la vieja guardia imperial. «Era tan desgraciado que no era mucho lo que arriesgaba», explicaría más tarde el antiguo emperador deseoso de recuperar la corona. «Solo mi vida.» Desembarcó cerca de Antibes para iniciar los fatídicos Cien Días; camino de París, evitó pasar por el valle del Ródano, simpatizante de la monarquía, y prefirió seguir una ruta a lo largo del flanco occidental de los Alpes, a través de Digne, Sisteron y Grenoble.⁵²

La Ruta de Napoleón lo conduciría indirectamente tres meses más tarde a Waterloo, pero semejante detalle no desanimó a los planificadores americanos: habían elegido precisamente esa senda como posible camino rápido hacia Lyon, a poco más de trescientos kilómetros al noroeste de Saint-Tropez. Como De Gaulle había exigido que los americanos volvieran a poner inmediatamente al mando del general de Lattre una brigada acorazada francesa a los tres días de ser empleada en los primeros desembarcos de la Operación Dragón, Truscott se vio obligado a improvisar una fuerza de explotación mecanizada integrada exclusivamente por americanos. Al frente de esa agrupación montada a la buena de Dios puso a su lugarteniente, el general Frederic Bates Butler, un ingeniero de West Point originario de California, que en otro

tiempo había trabajado en la administración de la Casa Blanca con Herbert Hoover en el Departamento de Guerra y más recientemente había participado en muchos combates en Tunicia y en Italia. Dos días después del desembarco de los norteamericanos, cuando el Ejército B empezó a girar al oeste en dirección a Toulon, los mensajes más ridículos interceptados en el Mediterráneo por Ultra galvanizaron a la Fuerza Operacional Butler hasta convertirla en un auténtico instrumento de persecución vengativa.⁵³

Una orden enviada por radio por el alto mando alemán a las 9:40 de la mañana del 17 de agosto y descifrada por los criptógrafos ingleses menos de cinco horas después —antes incluso de que la recibiera Blaskowitz— reveló que Hitler había mandado que el Grupo de Ejércitos G se retirara por completo del sur y el suroeste de Francia, excepto las fuerzas encargadas de defender los puertos. Otras interceptaciones confirmaron que los alemanes pretendían huir antes que luchar. Blaskowitz intentaría fusionar sus fuerzas con el Grupo de Ejércitos B, que había empezado a retirarse hacia el este desde Normandía. Así, pues, el VII Ejército estadounidense podría acelerar su marcha hacia el norte sin temor a los contraataques lanzados por el este por las unidades enemigas situadas en los Alpes Marítimos; las tropas aerotransportadas protegerían ese flanco derecho con la ayuda del maquis francés y de tres comandos cuyos nombres en clave eran Cloroformo, Novocaína y Efedrina. Las prioridades de descarga de materiales en las playas fueron revisadas de inmediato para dar preferencia a los vehículos y el combustible, y la Fuerza Operacional Butler acabaría siendo reforzada por la 36.^a División de Infantería —formada por miembros de la Guardia Nacional de Texas— con la orden de interceptar y destruir a los alemanes en fuga.⁵⁴

Truscott espoleó a Butler, que salió de Le Muy a galope tendido antes del amanecer del viernes 18 de agosto. «La tierra de nadie es nuestra tierra», declararían. Sus tropas habían recorrido menos de diez kilómetros —habían preferido evitar la Ruta de Napoleón, bloqueada fácilmente con barricadas en este sector—, cuando la columna fue frenada en seco en Draguignan por un formidable parapeto construido por los ingenieros de la 36.^a División, que no sabían que iba a pasar por allí. Mientras aquel cúmulo de pedruscos, minas y cables era desmontado, un grupo de reconocimiento de caballería capturó al comandante en jefe del contingente alemán, al que encontraron sentado en el banco de un parque con una pistola y una botella de coñac en la mano, «llorando dignamente en silencio», según comunicó Butler, mientras su ordenanza permanecía de pie a su lado sujetándole la cartera y vigilando a la muchedumbre de franceses sedientos de venganza.⁵⁵

Y a partir de ahí avanzaron rápidamente. La Fuerza Operacional Butler recorrió más de setenta kilómetros el viernes, y esa misma distancia el sábado y el domingo, utilizando mapas Michelin y con la ayuda de un avión Cub, que les permitía localizar los puentes derribados, en su mayoría volados por el maquis. En Quinson, cuando los jeeps se quedaron atascados en el lecho de un río, la población civil formó una brigada de bomberos que fueron pasándose unos a otros losas de piedra con las que construyeron un vado. En Digne-les-Bains fueron hechos mil prisioneros, muchos de ellos recién llegados de Grenoble con la orden vaga, por lo demás inútil, de bloquear la Ruta de Napoleón. Sisteron cayó sin lucha el 19 de agosto.⁵⁶

Continuaron avanzando a toda velocidad a través de onduladas colinas de piedra caliza, junto a hileras de castaños y pincarrascos, deteniéndose solo debido a la constante escasez de gasolina o a la confusión causada por las señales de tráfico, que la población local había manipulado para enredar a los *boches*. En la cuneta de las carreteras había muchos franceses que hacían a su paso el saludo militar, vestidos con uniformes raídos de la Gran Guerra, y mostrando banderas tricolores enmohecidas recién sacadas de los escondites cavados en los sótanos. Eric Sevareid describe la persecución

... a través de la tierra estable y civilizada de Provenza, a través de los campos soleados de van Gogh y el mosaico verde y morado de Cézanne... El sol era cálido y el aire como el cristal. Los frutos maduraban y las muchachas eran encantadoras... Aquello era una guerra como es debido, la guerra de los romances y los cuentos.⁵⁷

En Gap, a poco más de doscientos kilómetros del mar, una tropa de 130 soldados de caballería y diez carros blindados disparó varias decenas de bombas con sus cañones de asalto, derribando una antena de radio. Un capitán del ejército advirtió a la guarnición alemana que sesenta aviones B-17 estaban listos para arrasar la ciudad; el engaño surtió efecto, o quizá fuera el temor a las represalias del maquis lo que hiciera que otros 1100 soldados enemigos aparecieran en la plaza del pueblo, con toda su impedimenta encima y dispuestos a meterse en la jaula. Fueron conducidos a marchas forzadas a la retaguardia por unos presos polacos a los que se había encomendado la tarea de actuar de guardianes de la cárcel.⁵⁸

A las cuatro de la mañana del lunes 21 de agosto, apareció en el puesto de mando de Butler en Aspres un enviado que traía un mensaje de Truscott: «El 21 de agosto trasládete con las primeras luces del alba a Montélimar a la mayor velocidad posible. Bloquea todas las rutas de retirada a través del valle del Ródano». Las informaciones de Ultra y los vuelos de reconocimiento habían localizado a cuatro divisiones alemanas en retirada concentradas a lo largo del Ródano, encargándose proteger la retaguardia la 11.^a División Panzer. La 3.^a División estadounidense, anteriormente al

mando de Truscott, actuaría a modo de martillo desde el sur, mientras que la Fuerza Operacional Butler y la 36.^a División harían el papel de yunque en el valle del Ródano a la altura de Montélimar, ciudad célebre desde tiempo inmemorial por su turrón (*nougat*). Dejando una pequeña fuerza de bloqueo en Gap para proteger su retaguardia, Butler y su columna, agotada por el viaje, giraron bruscamente hacia el oeste y al rayar el alba iniciaron una marcha de casi cien kilómetros a toda velocidad en dirección al río.⁵⁹

En aquellos momentos la escasez de pertrechos amenazaba con echar por tierra todo el plan general de Truscott. Miles de toneladas de municiones habían sido cargadas en los barcos encima de otras mercancías en la idea de que iban a ser necesarias en los combates en la cabeza de playa. Ahora los estibadores tenían que amontonar montañas de municiones por encima de la línea de flotación para poder abrirse paso hasta el fondo de la bodega y sacar la gasolina y los alimentos que hacían una falta tan desesperada. El audaz acelerón hacia el norte —algunos exploradores habían llegado casi hasta Grenoble— requería que los camiones de suministros hicieran viajes de ida y vuelta de casi quinientos kilómetros, pero el 21 de agosto el parque de vehículos del VII Ejército constaba solo de sesenta y dos unidades. Tres divisiones de infantería norteamericanas juntas gastaban casi 380.000 litros de gasolina al día, pero aquel lunes los depósitos de la playa contenían solo poco más de 40.000. Con las prisas por enviar los barcos de regreso a su puerto de origen, miles de proyectiles de artillería habían sido devueltos a los Estados Unidos sin que nadie se percatara del error, y quién sabe por qué miles de bombas de mortero habían acabado en Cerdeña. Las unidades de aprovisionamiento francesas resultaron particularmente inútiles, provocando una grave escasez de artículos tan sencillos como parches de neumáticos. La actividad de la artillería por la noche se redujo al mínimo para ahorrar municiones, y los soldados destinados a la zona de combate vieron sus raciones disminuidas a dos tercios.⁶⁰

Aun así, a última hora de la tarde del lunes la vanguardia de la Fuerza Operacional Butler llegó a las colinas boscosas que dominan Montélimar por el norte con carros blindados, cazacarros y tanques ligeros Stuart. Una batería de artillería quedó lista para su uso, y enseguida el estrépito de los cañones resonó en las orillas del río. Los convoyes alemanes que intentaban abrirse paso hacia el norte por la Nacional 7 a lo largo de la margen derecha del Ródano fueron presa del pánico y cambiaron de rumbo al ver los géiseres de polvo y humo que levantaban las explosiones. Una tropa de soldados de caballería bajó a toda velocidad siguiendo el

curso del Drôme, un estrecho afluente del Ródano por la izquierda; voló un puente sobre el que discurría la carretera y destruyó un convoy de camiones. Al poco tiempo había cincuenta vehículos de la Wehrmacht ardiendo como la pez.⁶¹

El VI Ejército había cortado la vía de escape del enemigo y lo había hecho con unas cuantas secciones encargadas de vigilar el río y una artillería que solo disponía de veinticinco proyectiles por cada obús. Desde su nuevo puesto de mando en Marsanne, a unos quince kilómetros al nordeste de Montélimar, Butler hizo saber a Truscott en un mensaje enviado poco antes de la media noche que con refuerzos, reabastecimientos y más artillería podría lanzar un ataque en toda regla al día siguiente.⁶²

«Todo ha salido mejor de lo que nos habríamos atrevido a esperar», decía Truscott a Sarah en una esquila escrita a toda prisa el lunes por la noche. Y a continuación añadía: «Georgie P. no es el único que puede cubrir una gran cantidad de terreno». Estaba lo bastante alegre como para hablarle de la vida en el campamento, del Gruyère que había comido y «que naturalmente reconforta mi ánimo», y de que había cambiado tres cuartos de kilo de café por tres botellas de vermut. Aunque había visto algunas flores silvestres, «este país es demasiado hermoso y hay que luchar por él, o deberíamos hacerlo en todo caso». Le pedía que le mandara galletas saladas de soda, hamamelis, cuatro frascos de salsa picante para condimentar sus raciones de comida y una docena de inhaladores de Benzedrina.⁶³

«Tengo mis problemas y creo que necesito muchas cosas que no tengo a mano», le decía. «Pero piensa cómo debe de sentirse mi adversario.»

Su adversario se sentía fatal. Tras recibir la orden de retirada de Hitler, Blaskowitz, en su afán por sacar precipitadamente dos cuerpos enteros del XIX Ejército por el valle del Ródano, estaba tan inseguro de las disposiciones del campo de batalla que decía de sí mismo que ejercía el mando como si estuviera en «los tiempos anteriores a la existencia de la técnica». Se había desencadenado un agrio debate en el seno del Grupo de Ejércitos G sobre si la 11.^a División Panzer —la unidad con mayor movilidad y más letal de todo el sur de Francia— debía salvarse dándose a la fuga, o si debía ser sacrificada para ayudar a escapar a otras divisiones. De momento, mientras los transbordadores acababan de cruzar los blindados a la margen derecha del río, cerca de Aviñón, la división realizó una finta, como si quisiera dirigirse a la cabeza de playa, para luego situarse detrás de sus unidades hermanas en retirada a modo de retaguardia, dirigiéndose al norte en sucesivas posiciones situadas a once kilómetros de distancia con el fin de permanecer fuera del alcance de los obuses de 105 mm norteamericanos. Los camiones y los transportes de tropas llevaban cuerdas

colgando para remolcar más soldados en bicicleta, y los ingenieros utilizaban dinamita para abrir huecos en las orillas del Ródano que sirvieran de refugio frente a los ataques de las ametralladoras aliadas.⁶⁴

Truscott se tragó el anzuelo de la finta alemana. La 3.^a División había recorrido más de cincuenta kilómetros con toda facilidad desde la cabeza de playa hasta que el 20 de agosto se encontró con una modesta resistencia y algunos puentes volados en Aix-en-Provence; a la mañana siguiente, Truscott se enteró de cierto rumor acerca de 150 *panzer* que habían efectuado una salida desde Aviñón en dirección al sureste. El oficial al mando de la división, el general John W. «Iron Mike» O'Daniel, tenía más ganas si cabe de entablar combate. (De Lattre dijo en cierta ocasión que la cara de aquel hombre «podría haber sido esculpida a golpe de hacha».) Pero el 21 de agosto a mediodía, Truscott le telefoneó a su puesto de mando. «Digan al general O'Daniel que quiero que retenga al grueso de sus hombres.» Truscott habló con un oficial de Estado Mayor. «La 11.^a División está ahí enfrente de ustedes y hay posibilidad de que sufran un contraataque.» Durante dos días, la 3.^a División avanzó lentamente, entrando en Arles a mediodía del 24 de agosto y en Aviñón un día después; aunque sufrió una auténtica tortura de minas, troncos de árboles cortados y puentes derribados, encontró a pocos alemanes que le hicieran frente. La mayoría de las tropas enemigas habían ido escabulléndose hacia el norte remontando el Ródano.⁶⁵

En Montélimar, la Fuerza Operacional Butler se esforzaba por dominar un sector de cuatrocientos kilómetros cuadrados al este del río, a lo largo de un terreno que pasaba de los campos de cultivo llanos a las colinas escarpadas de más de seiscientos metros de altura. Obligada a enfrentarse a dos cuerpos de ejército alemanes ansiosos por escapar, la pequeña unidad al mando de Butler constaba de treinta tanques Sherman, una docena de cazacarros, un batallón de infantería y doce cañones autopropulsados. En el cielo se vieron pocos cazabombarderos americanos; la primera pista de aterrizaje del sur de Francia no fue acabada hasta última hora del día 20, y el rápido avance del ejército había sobrepasado la autonomía de vuelo de los P-47 que despegaban de Córcega y que a menudo renunciaban a su cargamento de bombas para llevar combustible extra en los depósitos de las alas. Los refuerzos de la 36.^a División no se vieron por ninguna parte, excepto un solo batallón de infantería y dos batallones de artillería del VI Cuerpo que llegaron el 22 de agosto.⁶⁶

Aquello no le gustó nada a Truscott. Ese mismo día a las 11 de la mañana voló en un Piper Cub al puesto de mando de la 36.^a División en Aspres, donde se encontró un regimiento de infantería y diversos artilleros descansando todavía en un

campamento provisional. El oficial al mando de la división, el general John E. Dahlquist, había salido al campo, así que Truscott se volvió hacia su Estado Mayor, recuperando su antigua ronquera, fruto del ácido fénico:

¿No se dan cuenta? Es la oportunidad de su vida. Podemos atrapar a todo un cuerpo de ejércitos alemanes y a la 11.^a División Panzer con unos cuantos hombres y unos pocos cañones. Cada minuto que pasa es valiosísimo. ¡Venga, muévanse!⁶⁷

Dejó una nota mordaz para Dahlquist, en la que se declaraba «considerablemente disgustado» al ver que la artillería y otras unidades del cuerpo agregadas a la 36.^a División andaban vagando rumbo a Grenoble en vez de estar asediando Montélimar. «Al parecer no he dejado lo bastante claro cuál es su misión», escribía Truscott. «No se equivoque al respecto. Espero que ejerza el mando... y le haré responsable de ello».

En realidad, Dahlquist no entendía nada de todo aquello. Hombre corpulento, robusto, originario de Minnesota, que había trabajado en una tienda de confección y como actor aficionado en dramas en sueco antes de alistarse en 1917, carecía de sentido del humor, era desabrido y propenso al retraimiento. La campaña no tardaría en agotarlo. «Debo reconocer que me deja sin resuello tanto subir y bajar colinas», decía en una carta a su mujer. «Demasiados cigarrillos.» Tras recibir la nota de Truscott, Dahlquist llamó por teléfono a su superior para explicarle que su división estaba dispersa entre Saint-Tropez y Grenoble. La mitad de sus vehículos de transporte estaban todavía por descargar de los barcos; sus hombres habían incluso confiscado el coche de un cónsul de España, y una camioneta que remolcaba un cañón antitanque había sido vista con más de treinta hombres montados encima, uno de ellos incluso a horcajadas sobre el cañón. «En las playas no hay absolutamente ni gota de gasolina», añadió Dahlquist. «Yo tengo menos de veinte mil litros.» Truscott rechazó sus excusas. «Tu misión primordial es bloquear el valle del Ródano y espero que así lo hagas», dijo. «Y cuando te quedes sin gasolina, aparcas tus camiones y sigues a pie.»⁶⁸

Las palabras duras no valdrían de nada. Un batallón del 141.^o Regimiento de Infantería cortó la Nacional 7 justo antes del amanecer del jueves 24 de agosto, pero a primera hora de la tarde las fuerzas enemigas habían roto los dos flancos. La lúgubre historia de la unidad describiría luego los tanques Panther «tan cerca de uno que se podía sentir el calor de sus motores». El batallón se retiró «por la noche de la colina cubierta de tanques ardiendo o a punto de estallar, de cañones reventados y cadáveres».⁶⁹

Ese mismo día la captura por parte de los alemanes de un plan de combate de la 36.^a División reveló la existencia de un punto débil en la línea americana, en un sector defendido solo por una única compañía de ingenieros en Bonlieu, varios kilómetros al este del Ródano. El viernes seis grupos de combate atacaron ese punto y algunos otros, siendo la lucha tan intensa que el oficial al mando de un batallón norteamericano solicitó que la artillería actuara en su propio puesto para no ser superado por el enemigo. Una caótica carga de caballería en plena noche encabezada personalmente por el comandante de la 11.^a División Panzer permitió a esta unidad superar otra barrera en la Nacional 7 —«¡Venga, cabrones, rendíos!», gritaban los alemanes en inglés— y los convoyes enemigos siguieron colándose hacia el norte.⁷⁰

Truscott voló de nuevo al puesto de mando de Dahlquist, situado en aquellos momentos al sur de Crest, en el Drôme. «John, he venido hasta aquí con la firme intención de relevarte del mando», dijo el comandante del VI Cuerpo. «No has cumplido mis órdenes. Tienes cinco minutos para convencerme de que no ha sido culpa tuya.» Dahlquist utilizó muy bien ese tiempo; Truscott quedó convencido de que la división por fin había venido para combatir.⁷¹

Desde luego eso había hecho la artillería. Más de ocho batallones —unos cien cañones— apuntaban a la carretera nacional, la ciudad y la estrecha garganta fluvial llamada Brecha de Montélimar. El bombardeo se hizo tan intenso que el asfalto de la carrera se puso a arder, y los artilleros que disparaban contra la línea férrea que pasaba por las inmediaciones destruyeron varios trenes alemanes que intentaron atravesar a la fuerza la barrera por la margen derecha del río. El domingo 27 de agosto una sola compañía de infantería disparó 2.500 proyectiles de mortero para repeler sucesivos contraataques. Los dioses del tiempo también pusieron algo de su parte, con intensos chaparrones que causaron la crecida del Drôme e inundaron los vados que los ingenieros alemanes habían construido con traviesas de ferrocarril sobre piedras machacadas; durante varias horas, hasta que bajó el agua, las columnas de soldados en fuga quedaron detenidas en la margen sur del río bajo el fuego devastador de la artillería. El domingo a mediodía, tres divisiones de infantería alemanas habían logrado cruzar el Drôme conducidas por la 11.^a División Panzer, mientras que una cuarta intentaba avanzar a duras penas por la Nacional 7. Blaskowitz les instaba a darse prisa en mensajes portados en medio del estruendo de las bombas por enlaces provistos de carteras oficiales.⁷²

En una confusa escaramuza que tuvo lugar después de la medianoche del lunes 28 de agosto, dos columnas de la 198.^a División alemana chocaron al nordeste de Montélimar con la 143.^a División de Infantería de Dahlquist; la calzada quedó cubierta de cadáveres enemigos y la mayoría de los que no murieron fueron

capturados. Se produjeron feroces tiroteos a través de los huertos y los matorrales de las orillas del Drôme, donde el 132.º Batallón de Artillería de Campaña abrió fuego a unos ochocientos metros sobre las fuerzas alemanas en retirada, que habían quedado atascadas en los vados del río en columna de a tres dando parachoques contra parachoques. Las carretas tiradas por caballos, incapaces de escalar los barrancos embarrados de la orilla, se deslizaban marcha atrás y se caían al río; animales y hombres chillaban aterrorizados mientras a su alrededor silbaban fragmentos de bombas que los hacían pedazos.⁷³

La Fuerza Operacional Butler, reducida a poco más de un batallón, no tardó en abrirse paso hasta Loriol, en la Nacional 7, justo al sur del Drôme; los soldados americanos cortaron la carretera por última vez. En Livron, en la orilla norte del río, contaron quinientos caballos muertos y cien vehículos destruidos en un radio de cien metros. Los alemanes abandonaron cargamentos de coñac y cigarrillos en su intento de avanzar a toda velocidad hacia el norte, en dirección a Lyon, y los fusileros se llevaron a puñados billetes del Banco de Francia que encontraron entre los restos de los camiones.⁷⁴

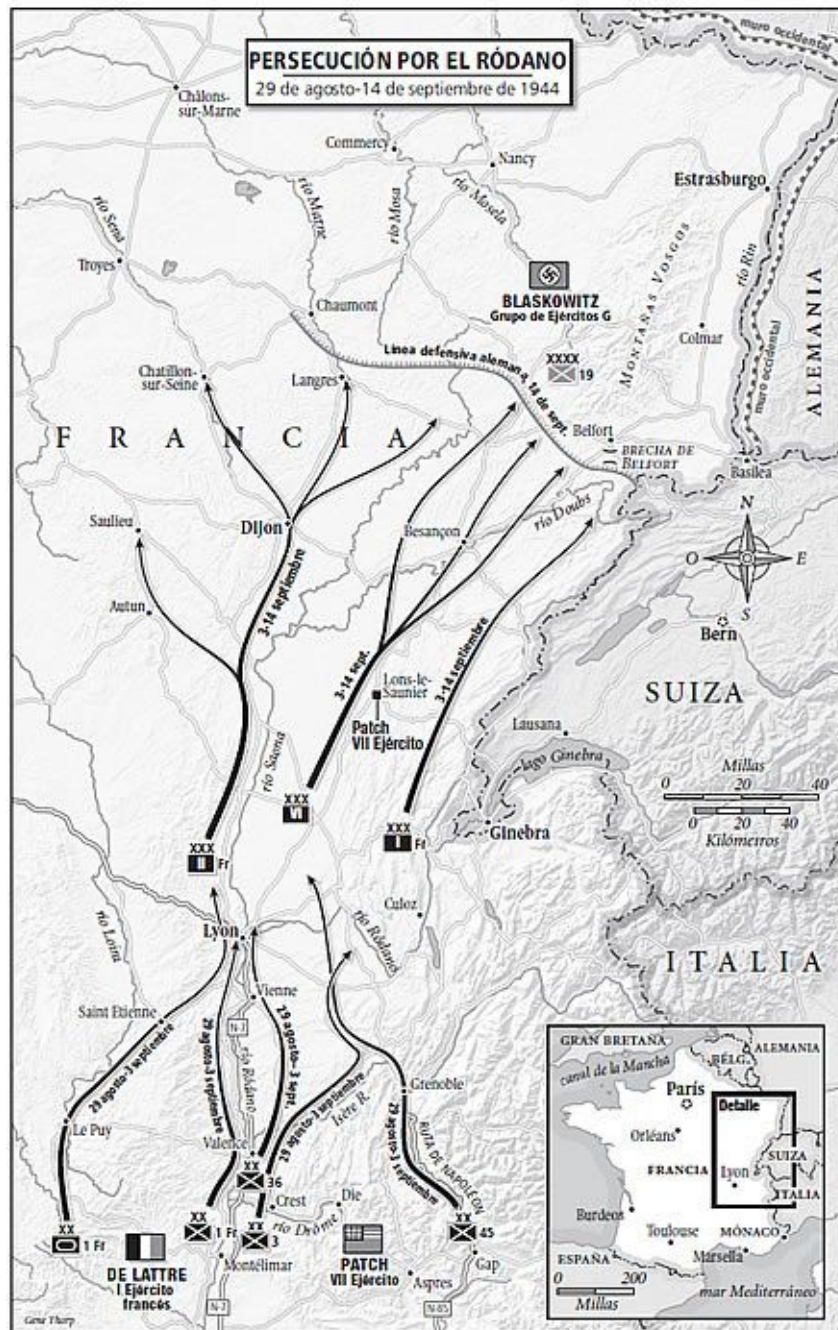
El 15.º Regimiento de Infantería de la 3.ª División logró entrar en Montélimar desde el sur el lunes a las 14:30, limpiando la ciudad de francotiradores y de trampas cazabobos durante toda la noche y la mañana siguiente. Audie Murphy fue uno de los que se vieron obligados a arrastrarse de casa en casa. A medida que sus ojos se acostumbraban a la falta de claridad, detrás de una puerta desvencijada atisbó lo que luego describiría como «un ser de aspecto horrible armado con un subfusil Thompson. Tiene la cara negra; sus ojos están enrojecidos y llameantes». Murphy vio salir un destello por la boca del subfusil al mismo tiempo que él disparaba el suyo; luego oyó el sonido de unos cristales hechos añicos. Había disparado contra su propia imagen reflejada en un espejo, lo que permitió a un compañero comentarle: «Es la primera vez que veo a un texano disparar contra sí mismo».⁷⁵

La batalla de Montélimar había terminado, pero una vez más se había perdido la oportunidad de aniquilar a un enemigo en fuga. «Aunque el concepto era muy audaz —concluiría un coronel del VI Cuerpo— su ejecución dejó mucho que desear.» La Fuerza Operacional Butler había sido demasiado escasa, la 36.ª División había sido demasiado lenta, la 3.ª demasiado prudente y la Fuerza Aérea habían llegado demasiado tarde a la partida de caza. Unos sesenta mil proyectiles de la artillería norteamericana vapulearon al enemigo, pero no consiguieron acabar con él. «Lo hice muy mal —escribiría Dahlquist a su esposa el 29 de agosto— y habría debido actuar muchísimo mejor.» Frente a las mil seiscientas bajas sufridas por los americanos, las pérdidas de Blaskowitz fueron más de diez mil, incluidos seis mil prisioneros, pero la

mitad de ellos eran operarios, trabajadores del ferrocarril y personal no combatiente de diverso tipo. Casi un 80 % de los que huyeron hacia el norte por la margen derecha del Ródano lograría llegar a Lyon, aunque Blaskowitz informaba de que la 338.^a División apenas disponía de mil hombres. La 11.^a División Panzer perdió la mitad de sus blindados y una cuarta parte de su artillería, pero los automóviles franceses robados permitieron la movilidad de la unidad. Un alto mando alemán consideró la fuga «casi un milagro». ⁷⁶

Truscott estaba decepcionado; por lo pronto, de sus propios generales. Hasta el mejor caudillo militar puede verse superado por los caprichos de la guerra y un adversario astuto y desesperado. Pero el panorama del campo de batalla contemplado desde la cabina del piloto de un Cub no tardaría en levantarle la moral: un asistente describe la escena como una «carnicería delimitada». Por espacio de casi treinta kilómetros a lo largo del río, los restos de ocho días de combates se extendían como un brazalete negro de luto: dos mil vehículos carbonizados; por lo menos mil caballos muertos, muchos de ellos todavía enganchados a sus arneses y cajas de municiones; y alemanes «achicharrados», que, según decían, constituían tal «ofensa para el olfato» que todo aquel espeluznante segmento de la carretera nacional pasó a llamarse la Avenida de la Fetidez. Como en Falaise, los conductores de las excavadoras tuvieron que protegerse con máscaras antigás. ⁷⁷

En definitiva Truscott pudo permitirse el lujo de sentir lo que él mismo llamaría «cierto grado de satisfacción». En dos semanas, otros 16.000 kilómetros cuadrados de territorio francés habían sido liberados, mientras que el VI Cuerpo había hecho 23.000 prisioneros alemanes a los que había que sumar un número aún mayor capturado por los franceses. La lucha a muerte que había supuesto la Operación Dragón había terminado y había dado comienzo la carrera hacia la frontera alemana. ⁷⁸



11

Dos chorros de color gris verdoso corrían torrencialmente hacia la Patria desde el sur de Francia. El I Ejército alemán —la mitad del Grupo de Ejércitos G de Blaskowitz— hizo el camino lentamente, la mayor parte del tiempo a pie, desde el extremo sudoeste del país y la costa atlántica. Aunque constaba de 88.000 hombres, solo una parte de ellos eran tropas de combate, y de estas últimas solo unas pocas iban armadas con otra cosa que no fuera un fusil. Hitler les había ordenado «llevarse o destruir durante la retirada todo lo que tuviera valor económico o militar», incluidos puentes,

locomotoras y centrales eléctricas; a esa lista el alto mando añadiría caballos, ganado, madera, carbón, muebles, e incluso ropa interior, elementos todos que fueron saqueados o incendiados. Los franceses en edad militar debían ser secuestrados siempre que fuera posible. La población civil era asesinada por cualquier falta o delito menor, como por ejemplo los «comentarios inadecuados» acerca de la creciente disminución del Reich.⁷⁹

Los ataques aéreos de los Aliados y los merodeadores de las FFI castigaban a las hordas en retirada, y solo unos sesenta mil hombres llegarían a Alemania. El «Grupo de Marcha a Pie Sur», una de las tres columnas que integraban el I Ejército, se vio aislado y separado de sus compañeros cerca de Beaugency, al sudoeste de Orleans, pese a pagar ocho millones de francos a las autoridades locales para comprar su voluntad y compensarles por los inconvenientes de la política de tierra quemada. Después de destruir sus armas en la hoguera, veinte mil alemanes del Grupo de Marcha a Pie Sur acabarían rindiéndose a una de las divisiones de Patton a lo largo del Loira.⁸⁰

La otra bandada de soldados en retirada que constituía lo que Berlín llamaba la «Wehrmacht en marcha» estaba formada por los 138.000 hombres del XIX Ejército que remontaban el Ródano con sus caballos tan bien camuflados que, vistos «desde lo alto parecen matorrales ambulantes», decía en su informe un oficial de inteligencia del VI Cuerpo. Eran esas fuerzas las que atraían casi toda la atención del VII Ejército. La Orden de Campaña n.º 4, dada el 28 de agosto, exigía llevar a cabo todos los esfuerzos que fueran necesarios para alcanzar y destruir a los alemanes, si no en los ciento cuarenta y tantos kilómetros que separan Montélimar de Lyon, en los más de trescientos que separan Lyon del Rin. El mes de noviembre anterior Stalin había declarado que los suizos eran unos «cerdos» y había instado a los Aliados a despreciar, si era necesario, la neutralidad de Suiza; semejante propuesta no fue del agrado de Washington ni de Londres, y se advirtió a los perseguidores americanos y franceses que se mantuvieran lejos de Ginebra y de los cantones vecinos. De todas formas los suizos, llenos de angustia, movilizaron sus milicias a medida que tenían más cerca los combates, y protestaron airadamente por las reiteradas violaciones de su espacio aéreo perpetradas por los americanos. En un solo día del mes de septiembre fueron contabilizadas treinta intrusiones, incluidas las de algunos P-47 despistados que ametrallaron un tren que viajaba penosamente de Zúrich a Basilea, confundiendo con un convoy alemán.⁸¹

A primeros de septiembre casi 200.000 soldados aliados habían desembarcado en Provenza. Ródano arriba y a lo largo de la Ruta de Napoleón, un soldado norteamericano cuenta que se produjeron constantes escenas de «liberación, libación,

“osculación”, gesticulación y celebración». Un reportero de la BBC encontró su jeep «engalanado de humanidad» cuando intentó dirigirse al norte; un oficial de enlace británico que acompañaba al VI Cuerpo reconocía que su labor consistía en «entrar con las primeras tropas en las ciudades que vamos liberando y repartir banderas de Inglaterra entre la población para que la gente las haga ondear, aunque con nosotros no va ninguna unidad de combate británica». Las campesinas francesas llenaban de huevos los cascos de los soldados al pasar o les regalaban pasteles de mantequilla envueltos en hojas de árbol perfectamente lavadas.⁸²

«A veces las sábanas de los hoteles no se cambian entre el alemán y el americano que ocupa la cama», escribe J. Glenn Gray, un oficial de contraespionaje del VII Ejército. Un oficial francés señaló a un alemán muerto tendido en la cuneta de una carretera con las manos cruzadas sobre el pecho y dijo: «auf Deutsch: “So möchte ich sie alle sehen”» («en alemán: “Me gustaría verlos a todos así”»). Una majestuosa mujer americana de pelo canoso cortado al rape, cuyo cuarto de estar en Culoz estaba dominado por un gran retrato suyo pintado por Picasso, envió una nota al cuartel general del VII Ejército junto con un pastel de frutas confeccionado por su compañera, Alice B. Toklas: «Llevábamos esperándoles mucho tiempo y por fin ya están aquí», decía en su esquila Gertrude Stein. «Excuso decirles lo que significa verlos a ustedes, oírlos, tenerlos aquí con nosotras». (Sobre la prosa de Stein, un oficial americano decía: «Comprendo que junte todo ese montón de repeticiones, que solo tienen significado para aquellos cuya inteligencia está en una esfera superior a la mía».)⁸³

En Grenoble, los alemanes en fuga incendiaron el número 37 del Boulevard Maréchal Pétain, que, según se decía, era el cuartel general de la Gestapo. Cuando fueron apareciendo aquí y allá los cadáveres de las víctimas, se colgó un cartel en la prefectura que decía: «Presenten su documentación sobre las atrocidades en el tercer piso». En una sala aparte se instaló un despacho para recoger las denuncias presentadas contra los colaboracionistas. Una tarde lluviosa, varios millares de ciudadanos provistos de paraguas o de periódicos doblados para protegerse del chaparrón se reunieron en el patio de una fábrica en la que seis fascistas franceses habían sido atados a sendos postes para su ejecución. Eric Sevareid describe el «ruido metálico del tiroteo y luego el escueto informe» del pelotón de fusilamiento; un funcionario francés se encargó de dar con una pistola el tiro de gracia en la oreja de cada una de aquellas figuras desplomadas mientras que un «clamor salvaje, terrible» se elevaba entre la multitud que no paraba de gritar. «Madres con criaturas de corta edad corrían a contemplar de cerca los cadáveres —señala Sevareid— y niños pequeños iban corriendo de uno a otro para escupirles.»⁸⁴

Una patrulla de la 36.^a División entró en Lyon el 2 de septiembre por la mañana, seguida un día después por la 1.^a División francesa, que llegó precipitadamente por la margen izquierda del Ródano. Llegar a la tercera ciudad más grande de Francia había costado menos de tres semanas, y no los tres meses pronosticados por Churchill. Los americanos tuvieron la pequeña satisfacción de saber que «los ingleses», como más tarde escribiría el historiador Trumbull Higgins, «se opusieron al final a la única operación militar en el Mediterráneo que se vio plenamente coronada por el éxito entre la caída de Túnez y el hundimiento final de Alemania».⁸⁵

«En las tiendas se podía comprar de todo», escribió en Lyon en su diario un soldado de la 45.^a División. «Trajes de noche, pieles, electrodomésticos, muebles, antigüedades: todo excepto comida», triste ironía para una ciudad famosa por su gastronomía. Durante la ocupación alemana Lyon había sido considerada «la capital de la represión» del sur de Francia, con 14.000 detenciones en la ciudad y en la comarca circundante, además de 4.300 asesinatos y 300 violaciones. La Resistencia tenía ahora que cobrarse sus deudas de sangre. «Muchos tiroteos en las calles por parte de las FFI hay aquí», escribiría un coronel americano. «Parece que están totalmente fuera de control. Me recuerda una revolución.»⁸⁶

Las balas trazadoras lanzadas contra un hospital de la ciudad que supuestamente albergaba a francotiradores alemanes incendiaron todo el edificio. Las enfermeras salieron apresuradamente llevando a los pacientes en camillas que «dispusieron bajo los plátanos del paseo ajardinado que corre a lo largo del río, al lado de una pila de ataúdes nuevos», escribe Severeid. De los más de veinte puentes de la ciudad, los alemanes habían demolido todos menos dos. Cientos de campesinos franceses que empujaban carretas cargadas con sus productos agravaban los monumentales atascos de tráfico, y los convoyes militares a menudo tenían que esperar entre tres y seis horas para cruzar pasarelas improvisadas sobre el Ródano antes de poder girar al nordeste en dirección al Rin.⁸⁷

Dónde debían dirigirse exactamente esos convoyes tenía en aquellos momentos desconcertados al VII Ejército y a su comandante en jefe, el general Alexander McCarrell Patch Jr. El éxito de la Operación Dragón había situado a Patch en la portada de la revista *Time*, dando al público otro héroe al que admirar y otro frente de batalla con el que entusiasmarse. «Esta fama transitoria no tardará en eclipsarse», decía en una carta a su esposa, Julia. «Dios me libre de dejarme arruinar por ella.»⁸⁸

No parecía muy probable que fuera a ser así. Sandy Patch era alto, desgarbado y tan taciturno que Truscott creía que tenía «alguna dificultad para expresarse». Más generosamente de Lattre detectó en él una «mentalidad mística» en un hombre de

«rasgos ascéticos». Caracterizado por un «genio como el del diablo antes del amanecer», según la expresión de un subordinado suyo, podía tocar el acordeón y liarse con una sola mano un cigarrillo con tabaco Bull Durham. Nacido en el territorio apache del sur de Arizona, hijo de un teniente de caballería que había perdido una pierna persiguiendo a unos ladrones de caballos, Patch se había graduado en West Point en 1913 sin distinguirse demasiado, excepto por su habilidad en el salto con pértiga; había prestado servicio de manera digna en Francia durante la anterior guerra y había empezado esta combatiendo en el Pacífico Sur. George Marshall le había agradecido personalmente «el soberbio trabajo realizado en Nueva Caledonia y en Guadalcanal» como comandante en jefe de una división y de todo un cuerpo de ejércitos, pero luego había estado a punto de separarlo del servicio por hablar de manera indiscreta del desciframiento por parte de los americanos de unos códigos secretos, que en abril de 1943 había permitido a los pilotos estadounidenses tender una emboscada y matar al almirante Isoroku Yamamoto, el arquitecto del traicionero ataque contra Pearl Harbor. «No sé qué camino seguir», había confesado Marshall durante la investigación. Al final el general en jefe no haría nada, prefiriendo perdonar, aunque no olvidar, y Patch, que en aquellos momentos tenía cincuenta y cuatro años, fue despachado a Europa.⁸⁹

«Da la sensación de que fuera hace tres meses, cuando empezamos a desembarcar en las playas», decía Patch a Julia en una carta del mes de septiembre. «Ahora intento encontrar alguna resistencia verdaderamente fuerte y obstinada». Y resistencia encontró, aunque no especialmente dura ni obstinada. Al cabo de tres semanas de correr sin parar, Blaskowitz detuvo al XIX Ejército a más de 150 kilómetros al nordeste de Lyon, en Besançon, ciudad situada en un meandro del río Doubs y elaboradamente fortificada por el famoso arquitecto militar del siglo XVII Vauban. A instancias de Truscott, la 3.^a División se lanzó al ataque antes de que el enemigo pudiera atrincherarse, apoderándose de cinco fortines exteriores con toda rapidez gracias a las escalas que le prestaron los campesinos del lugar. El 8 de septiembre veinticinco bombas de cazacarros disparadas a quemarropa contra el portón de la ciudadela amedrentaron a los defensores, y los cuatro mil hombres que formaban la guarnición se rindieron o salieron huyendo hacia los bosques en bicicletas robadas. «Nunca en mi vida vi semejante confusión», dijo un oficial norteamericano. «Los alemanes salían huyendo por todas partes.»⁹⁰

Entre el botín capturado había casi 700.000 litros de gasolina de alto octanaje, que parecía un regalo de los dioses. Truscott convenció a Patch de que debía aprovechar la «oportunidad efímera» que se le presentaba: en vez de esperar el avance de los franceses, como estaba planeado originalmente, tres divisiones norteamericanas

giraron hacia el este, en dirección a la brecha de Belfort. Aquel antiguo paso, llamado también la Puerta de Borgoña, había servido durante siglos como pasillo comercial y camino de invasores entre el Ródano y el Rin. La garganta, que se estrecha hasta alcanzar apenas los veinticinco kilómetros entre las montañas del Jura al sur y los Vosgos al norte, comunicaba por el este con las llanuras de Alsacia, el valle del Rin y un poco más allá con la Selva Negra. La decisión de Patch de precipitar el avance irritó a de Lattre, por lo demás fácilmente irritable, que acusó a los americanos de conspirar para excluir al Ejército B de la hermosa ración de gloria que le correspondía; como respuesta, Patch accedió a permitir que un contingente francés avanzara hacia Belfort entre el flanco derecho de Truscott y la frontera suiza, mientras que otro contingente, que liberó Dijon el 11 de septiembre, doblaba hacia el noreste en dirección a Estrasburgo. En una conferencia celebrada el 12 de septiembre, Patch apoyó la valoración de Truscott, que afirmaba que «la Brecha de Belfort es la puerta de entrada a Alemania».⁹¹

Entonces el suelo se movió bajo sus pies. Lejos de aquel campo de batalla, Eisenhower se esforzaba por controlar una hueste aliada que se extendía desde el mar del Norte hasta la Costa Azul. Influidado por los dos cuerpos de ejército comandados por Montgomery y Bradley, dedicó poca atención y menos creatividad intelectual a los ejércitos del sur, que en aquellos momentos estaban bajo la autoridad del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas (SHAEF por sus siglas en inglés). Las fuerzas de la Operación Dragón, en la que él personalmente había insistido tanto, parecían ahora un pegote difícil de manejar, que se precipitaba a ciegas hacia lo que él consideraba un punto muerto desde el punto de vista topográfico entre los Vosgos y la Selva Negra. A mediados de septiembre el comandante supremo dijo a Bradley que iba a subordinar al VII Ejército al XII Grupo de Ejércitos, pero por la necesidad política de preservar la soberanía americana en el sur: De Gaulle exigiría con toda seguridad el mando de todas las demás fuerzas allí desplazadas para los franceses si Patch quedaba subordinado a Bradley. Como mínimo, prometió Eisenhower, el VII Ejército apoyaría siempre las maniobras de mayor envergadura de Bradley en el norte. Por ese motivo, el VI Cuerpo y otras fuerzas americanas debían juntarse de manera inseparable con el III Ejército de Patton, situando a los dos ejércitos americanos uno al lado del otro y dejando a de Lattre el extremo del ala derecha de las líneas aliadas, incluida la brecha de Belfort.⁹²

De aquellas sutiles maquinaciones Truscott no sabía nada. El jueves 14 de septiembre, la Orden de Campaña n.º 5 de Patch llegó al puesto de mando del VI Cuerpo. Este debía girar hacia el noreste y atacar a través de los Vosgos en dirección a Estrasburgo. Truscott quedó «sorprendido y decepcionado», señala el diario de

guerra de su cuartel general, pues el «plan es totalmente contrario a la conversación que había tenido con el general Patch el día 12 [de septiembre]». Dolorido por las molestias que le producía el flemón que tenía en una muela y los motivos de queja que acumulaba, Truscott se quedó una noche madurando la situación con una botella de «bourbon medicinal» a su lado. Al día siguiente escribió una carta a Patch cuyo tono oscilaba entre lo escabroso y lo obsceno.⁹³

«El asalto de la Brecha de Belfort debería empezar lo antes posible», escribió Truscott, antes de que Blaskowitz reforzara sus defensas. De Lattre no estaría listo hasta primeros de octubre, pero una división francesa y tres americanas podían atacar de inmediato. Combatir en los Vosgos, como ahora proponía el VII Ejército, supondría el desgaste de «las tres divisiones más veteranas del Ejército americano... Como quedó demostrado en Italia el invierno pasado en un terreno menos escarpado, los *boches* pueden limitar nuestros movimientos y hacernos avanzar a paso de tortuga». Si Patch no quería forzar al VI Cuerpo a atravesar la Brecha de Belfort, Truscott proponía recoger sus divisiones y llevárselas a lanzar el asalto de Génova y ayudar así al V Ejército en Italia. Sin saber que el comandante supremo del ejército estaba elaborando una directiva del SHAEF, concluía pidiendo a Patch que comunicara el asunto a la cadena de mandos para que se hiciera la adjudicación pertinente. Truscott envió la nota al puesto de mando del VII Ejército, que se encontraba en aquellos momentos en las instalaciones francesas de Lons-le-Saunier, donde Napoleón había convencido al mariscal Ney —«el más valiente entre los valientes»— de que se uniera a él durante los Cien Días.⁹⁴

Patch telefoneó a las 18:30 h del sábado 16 de septiembre.

Patch: No creo que esa carta tuya sea aconsejable. Un hombre menos sensato que yo —y no tengo nada de sensato— vería la falta de confianza en tus superiores que demuestras.

Truscott: Escribí la carta solo porque es algo en lo que creo.

Patch: Cuando yo tengo algo dentro no tengo más que decírselo a la persona.

Truscott: Tienes mi apoyo más absoluto y sincero, una vez que se tome la decisión. Si crees que alguien puede hacer las cosas mejor, por mí perfecto. Pero no creo que encuentres a nadie.

Patch: Eso ya lo sé.⁹⁵

Y así acabó la Operación Dragón, entre disputas y con frustración. A pesar de su intrepidez, la capacidad que tenía Truscott de entrar por la fuerza en la Brecha de Belfort y saltar desde allí hasta el Rin era, como poco, dudosa. Con unas líneas logísticas sumamente disgregadas que se extendían a lo largo de más de 500 km, como observó un alto oficial, el VI Cuerpo «vivía con los pertrechos justos para un día». El 19 de septiembre Blaskowitz comunicó al alto mando alemán que los ejércitos que le quedaban estaban formando un baluarte defensivo al oeste de los

Vosgos, y que «son todavía capaces de combatir, aunque están muy debilitados». Su mayor temor —un ataque por el flanco desde el sudeste, en dirección a Belfort, por parte del III Ejército de Patton—no se había materializado. De las tropas del Grupo de Ejércitos G que habían salido del sur de Francia, más de 130.000 habían logrado escapar, aunque el XIX Ejército solo había logrado salvar 165 de sus 1.600 piezas de artillería, y a la 11.^a División Panzer apenas le quedaban dos docenas de tanques. Para complicar aún más las cosas, Blaskowitz fue destituido ese mismo día; irritado por la retirada y por los informes acerca del desorden de las fuerzas alemanas, Hitler hizo venir de Rusia a un alto mando de las unidades Panzer para sustituirlo. Blaskowitz regresó inmediatamente a Dresde. «Hans está ya en casa —escribió su mujer a unos parientes— plantando coles.»⁹⁶

El mismo martes que Blaskowitz fue relevado del mando, Truscott recibió su tercera estrella. Tanto él como Patch, de Lattre y todos sus hombres tenían motivos para estar orgullosos: en apenas un mes habían precipitado el desalojo de los alemanes de Francia, habían abierto nuevos puertos y aeródromos, habían iniciado la rehabilitación de la industria y el comercio francés desde Burdeos hasta Borgoña, y habían destruido dos ejércitos enemigos matando, hiriendo, capturando o aislando a 158.000 alemanes.⁹⁷

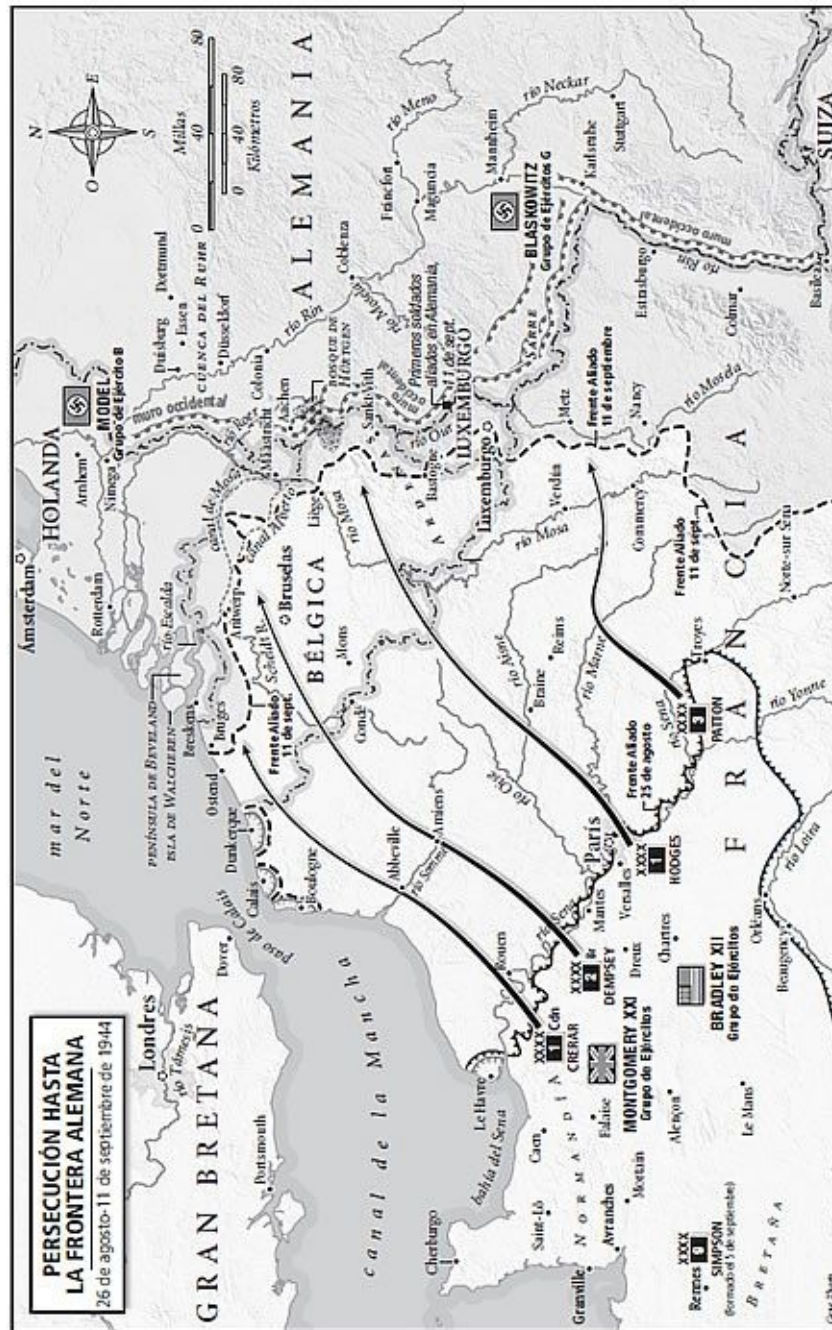
Pero por delante tenían el terreno escarpado de granito y gneis de los Vosgos, un macizo primigenio lleno de pedregales, páramos, turberas, buzamientos y crestas de casi 1.500 metros de altura. Las gélidas lluvias otoñales ya habían dado comienzo, señalaba Severeid, haciendo que los soldados rasos recordaran «el invierno italiano y de nuevo echaran de menos el hogar». El diario de guerra del VI Ejército señalaba: «Hacen falta esquíes». En una carta a su familia, Truscott decía: «Me dan miedo las lluvias que se avecinan, el frío, la nieve y la tediosa labor en las montañas. El cielo llora constantemente estos días». Las patrullas que avanzaban arrastrándose por los oscuros flancos de los Vosgos podían oír el ruido metálico de los picos y las palas de los zapadores alemanes abriendo zanjas en las laderas de las montañas. «Hay indicios —decía Truscott a Sarah— de que la bestia tiene toda la intención de continuar la lucha hasta el final.»⁹⁸

¡Hacer de tripas corazón y a volar!

A un mundo de distancia de allí, aunque en realidad apenas a trescientos kilómetros a vuelo de pájaro, la cabalgada de los Aliados iniciada en Normandía se dispersaba ahora por la joya del continente, avanzando por caminos de peregrinación y vías

pecuarias, atravesando campos de rastrojos y remolachas, entre el clamor de las campanas de las iglesias repicando sin cesar y los vítores de los campesinos que con una mano los saludaban y con la otra arrojaban cubos de agua a sus campos incendiados.⁹⁹

A finales de agosto el frente se extendía desde Abbeville, en el Somme, hasta Commercy, en el Mosa, donde el día 31 por la mañana se conquistó un puente que aún quedaba intacto. En una gran media luna, que iba desde Brest hasta casi Bélgica, se acumulaban más de dos millones de soldados y 438.000 vehículos de las fuerzas aliadas, lo que suponía una ventaja en el oeste sobre los alemanes de dos a uno en fuerzas de combate y de veinte a uno en tanques. La fuerza aérea estadounidense (AAF por sus siglas en inglés) y la RAF reunían entre las dos 7.500 bombarderos y 4.300 cazas. Las quince divisiones de Montgomery que constituían el XXI Grupo de Ejércitos llenaban un frente en rápida expansión de casi ciento veinte kilómetros de anchura que atravesaba los campos sin cercados situados entre el Sena y el Somme, rebasando o aislando la Costa del Lanzacohetes. El último de los ocho mil V-1 fue disparado desde Francia el 1 de septiembre por la noche, mientras los batallones encargados de su lanzamiento huían con destino a Holanda o Alemania; otros mil doscientos serían arrojados desde aviones de la Luftwaffe durante los meses siguientes, pero con pocas consecuencias. «La batalla de Londres ha sido ganada», declaró el secretario del interior británico. (Churchill propuso en privado que todos los equipos de los V-1 y todas las fortificaciones alemanas a lo largo de la costa del canal de la Mancha fueran destruidos para impedir su uso por los franceses en el futuro, «por si pierden los estribos con nosotros».)¹⁰⁰



12

En el XII Grupo de Ejércitos, Bradley estaba al mando de veintiuna divisiones, y no tardarían en llegar otras tres. La zona correspondiente al I Ejército se extendía ahora a lo largo de 120 kilómetros, y estaba blindada en ambos flancos por divisiones acorazadas, mientras que el III Ejército de Patton ocupaba el ala derecha con dos cuerpos de frente. A comienzos de septiembre se creó el IX Ejército estadounidense con la misión de acabar de una vez de reducir Brest y de inmovilizar las guarniciones enemigas en los demás puertos de Bretaña; el comandante alemán de Brest no tardó en rendirse, saliendo de entre las ruinas con su setter irlandés, una tonelada de

equipaje personal, y su equipo de pesca. «Me merezco un descanso», dijo a sus captores. Además se habían reagrupado en Inglaterra cuatro divisiones aerotransportadas aliadas a la espera de nuevos toques a rebato.¹⁰¹

En medio de aquella acometida la Wehrmacht se dirigía a trompicones hacia el este «en una huida carente por completo de planes», como reconocía un general alemán. El *OB West* aseguraba disponer de dieciocho divisiones «completamente aptas» para el combate, mientras que otras veintiuna eran «absolutamente no aptas», dieciséis eran «parcialmente aptas», siete habían sido «disueltas» y nueve estaban «reconstruyéndose». Los panfletos firmados por el mariscal Model y repartidos por todas las rutas de la retirada afirmaban: «¡Hemos perdido una batalla, pero os aseguro que todavía ganaremos esta guerra!». Sin embargo, la propuesta de creación de una línea defensiva en el Somme no se llevó nunca a efecto, y los soldados alemanes siguieron avanzando hacia la frontera a través de Picardía y Bélgica, Lorena y las Ardenas, al grito de «¡Los americanos estarán aquí en veinte minutos!». Debido a la precipitación, algunas patrullas de demolición asustadas colocaron mal los explosivos, de modo que los troncos de los árboles que debían talar para obstaculizar las carreteras cayeron fuera de la calzada. En lo que el diario de guerra del *OB West* llamaba una «desbandada ignominiosa», los alemanes, incapaces de encontrar banderas blancas, se rendían blandiendo pollos.¹⁰²

Inmediatamente después llegaban los ejércitos vengadores, quizá no veinte minutos detrás de la marcha de los alemanes, pero en cualquier caso pisándoles los talones. En Guise, cerca del frente, preguntaron a un anciano francés: «¿Hay *boches* por aquí?». «¡Ah sí, sí, esos bestias!», contestó, escupiendo en la carretera y señalando en todas direcciones. «Ahí, y ahí, y ahí, y ahí.» En camiones y a pie los perseguidores continuaron su persecución; un batallón de la 1.^a División, que había recorrido casi 450 kilómetros durante la última semana de agosto, recorrió otros 35 el día 29 y tuvo que hacer a pie otros quince cuando los camiones dieron la vuelta para ir a buscar otro cargamento de tropas. La 11.^a División Acorazada británica viajó toda la noche del 30 de agosto bajo la lluvia, y los conductores aprovechaban las breves paradas que efectuaban para descabezar un sueño. Los destellos de los cañonazos dibujaban la línea del horizonte como si fueran relámpagos y los cráteres abiertos por las bombas al estallar aparecían ribeteados con una especie de puntilla gris de pólvora quemada hasta que el tráfico de los convoyes militares los aplanaba. En su huida los alemanes mataban a millares de caballos utilizados como animales de tiro; en agosto murieron cerca de medio millón, siempre para disgusto de las unidades de caballería de los Aliados. «¡No había más remedio!», dijo un soldado inglés. «Había que hacer de tripas corazón y a volar.»¹⁰³

Había que dejarse de sentimentalismos con los soldados enemigos.«Volábamos todo aquello que no nos parecía como es debido —escribió en su diario un teniente del 60.º Regimiento de Infantería—, especialmente los pequeños almiares en medio de los campos, que constituían un buen escondite para los francotiradores alemanes.» En Braine, cerca de Reims, la vanguardia de Patton alcanzó dos trenes con setenta vagones cargados de tropas y de botín procedentes de París. Destruyeron las locomotoras con disparos de tanques y cazacarros, y luego con armas automáticas acribillaron los vagones, matando a cincuenta hombres hasta que se rindieron los quinientos restantes. Un testigo que acompañaba al III Ejército describía «la larga agonía estática que suponía usar las ametralladoras contra blancos vivientes», y el placer que sentían los conductores de los tanques al apretar los gatillos de sus Sherman, a los que denominaban «tetas». «Todo el Frente Occidental se ha venido abajo —escribió el oficial al mando de un regimiento alemán el 31 de agosto— y la parte contraria avanza como quiere.»¹⁰⁴

No del todo. La escasez de combustible, irritante ya desde primeros de agosto, se había vuelto penosísima cuando los ejércitos aliados se lanzaron a toda velocidad hacia el este. El consumo diario de combustible se había triplicado, pasando de los veintitrés litros por vehículo de los últimos días de julio a los sesenta y nueve; una sola división acorazada quemaba ahora casi 380.000 litros por cada día de combates campo a través. El bidón de 19 litros (*jerrycan*) seguía siendo el principal suministro, y los responsables de la logística del SHAEF estaban tan desesperados que llegaron a pensar incluso en utilizar acorazados para transportar ese tipo de contenedores a las playas de Francia. Una unidad canadiense permaneció varios días inmovilizada; y dos de las ocho divisiones del II Ejército británico se quedaron en el Sena para que las otras seis pudieran avanzar. Una unidad del I Ejército norteamericano estuvo sin moverse cuatro días, y sus mandos tenían que mendigar bidones de gasolina para que sus coches oficiales pudieran arrancar. Pero en nadie hizo tanta mella la escasez de carburante como en el III Ejército. De los diecisiete tanques enviados para capturar un puente sobre el Mosa en Verdún el 31 de agosto, todos menos tres se quedaron sin carburante por el camino. Los depósitos de combustible de Patton habían recibido el día anterior 120.000 litros, menos de una décima parte de lo que necesitaba el III Ejército. Su G-4, el experto en logística del ejército, consideraba que el abastecimiento de carburante era «extremadamente crítico». «¡Joder, Brad!», dijo Patton a Bradley. «¡Dame un millón y medio de litros de gasolina y te planto en Alemania en dos días!»¹⁰⁵

Siguieron adelante, a pie cuando fue preciso, atravesando pueblos que despleaban banderas americanas de fabricación casera, pintadas a lápiz sobre papel o con fundas de almohada y estrellas de lunares. «Vota a Dewey», gritaban los soldados gamberros, y los franceses que los vitoreaban respondían sonrientes: «¡Vota Dew-í!». Un soldado especialmente observador decía en una carta a sus padres que los franceses numeraban los pisos de los edificios empezando por el bajo. «Si ese fuera el único error cometido por los franceses —añadía— no tendríamos que estar hoy aquí.»¹⁰⁶

Empezaron a correr rumores disparatados, incluido uno difundido desde Suiza que decía que Hitler había huido a España. Fue interceptado un informe alemán transmitido por radio acerca de una insurrección en Colonia, que suscitó mucho nerviosismo hasta que los analistas norteamericanos se dieron cuenta de que la noticia no era más que un ejercicio de desinformación, obra de un equipo de operaciones psicológicas de los propios Aliados. No obstante, el optimismo era generalizado. El 1 de septiembre Bradley pronosticaba que el domingo 10 llegaría al Rin, y algunos oficiales de Estado Mayor escogieron media docena de lugares en los que podían cruzar el río. El asistente de Bradley escribió en su diario: «Todo aquello de lo que hablamos ahora debe condicionarse a la siguiente frase: “Si la guerra dura tanto”».¹⁰⁷

«Que acabe la guerra en el ‘44», canturreaban los soldados. La revista *Time* informaba de que las autoridades del país, desde Nueva York hasta Seattle, habían empezado a planificar las celebraciones del «Día de la Victoria en Europa»; un individuo de Santa Fe había ofrecido diez dólares «al primer repartidor de periódicos que llevara a su casa el *New Mexican* con la noticia de la caída de Alemania». Con la guerra en Europa aparentemente a punto de tocar a su fin, el Departamento de Guerra de Churchill preguntó a Montgomery si podía prescindir de un cuartel general del ejército extra para Birmania. El Pentágono elaboró planes para dejar en Europa una quinta parte de todos los pertrechos militares con una fuerza de ocupación de posguerra, mientras que otra quinta parte debía enviarse al Pacífico y los tres quintos restantes debían enviarse de vuelta a los Estados Unidos.¹⁰⁸

«Hay una sensación generalizada de euforia, de expectación, y casi de desconcierto», escribía el 1 de septiembre el secretario del primer ministro británico. Beetle Smith declaró a los periodistas: «Desde el punto de vista militar la guerra está ganada». Aunque Eisenhower intentara rebajar las expectativas, confesaba en su diario: «Nuestras fuerzas militares pueden avanzar casi a su capricho... La derrota de los ejércitos alemanes es completa, y de lo único que tenemos que darnos cuenta ahora es de que en lo que hay que pensar es en la rapidez».¹⁰⁹

El gigante que constituían los Aliados aspiraba vagamente a llegar a Berlín, ansioso por acabar con el corazón político de Alemania. Pero un objetivo provisional más cercano era el corazón industrial del enemigo, situado en la Cuenca del Ruhr, una elipse sucia de hollín que se extendía unos cien kilómetros hacia el este desde el Rin y que incluía las ciudades envueltas en humo y contaminación de Essen, Dortmund y Duisburg. Dos tercios del acero alemán y más de la mitad del carbón del país habían venido tradicionalmente de la zona del Ruhr, y la pérdida de la región supondría también la destrucción de las industrias químicas y de municiones, con un descenso previsto de un 40 % de la producción de explosivos y de munición de artillería. Hitler no tendría más remedio que defender aquella región vital y un estudio del SHAEF firmado por Eisenhower en el mes de mayo postulaba que «un ataque contra la zona del Ruhr probablemente nos diera todas las posibilidades de atraer a la lucha al grueso de las fuerzas armadas alemanas y de destruirlas».¹¹⁰

Había cuatro caminos que conducían al Ruhr desde el oeste, pero la mayoría de los planificadores consideraban que solo dos de ellos eran aptos para los grandes ejércitos mecanizados. Una de esas rutas, al norte de las Ardenas —las abruptas colinas cubiertas de bosques que ocupan gran parte del sur de Bélgica y Luxemburgo— desembocaba directamente en el Ruhr; y podía contar con el respaldo del poderío naval y aéreo aliado con base en Inglaterra. La segunda ruta se desviaba al sur de las Ardenas a través de la llamada brecha de Metz. Incluso antes de que diera comienzo la Operación Overlord, Eisenhower se había mostrado a favor de tomar las dos vías, siguiendo una estrategia de avance a través de «dos ejes que se apoyen mutuamente», obligando a las defensas enemigas a extenderse por un frente amplísimo, lo que permitiría aprovechar la movilidad de los Aliados y desplazar el peso del ataque según dictaran las necesidades. La ruta sur amenazaría además la región del Sarre, la segunda en importancia después de la cuenca del Ruhr como centro industrial de la Alemania occidental. Los planificadores de Eisenhower habían propuesto que el peso principal lo llevara el XXI Grupo de Ejércitos, atacando por el nordeste en dirección al Rin a través de Amiens y Lieja, mientras que el XII Grupo de Ejércitos debía atacar en dirección a Metz y sus alrededores en un ataque subsidiario.¹¹¹

Montgomery no estaba en absoluto de acuerdo. En un mensaje enviado a Brooke, que se encontraba en Londres, el 18 de agosto, insistía en canalizar los dos grupos de ejército al norte de las Ardenas «como una masa sólida de unas cuarenta divisiones, tan fuertes que no habría nada que temer». La concentración de toda la potencia angloamericana en el norte permitiría utilizar la supremacía aliada en materia de blindados y poner fin a la guerra más deprisa, cuestión de particular urgencia para Inglaterra, que estaba quedándose sin hombres. Montgomery sostenía además que se

necesitaba un solo comandante en jefe para supervisar las fuerzas terrestres aliadas que avanzaran sobre Alemania desde el Sena —«Se trata de un trabajo *a tiempo completo* para un solo hombre»— y pretendía que Bradley aceptara esa apreciación estratégica.¹¹²

Es indudable que Bradley *no* la aceptó, como tampoco la aceptaron la mayoría de los otros grandes generales aliados, empezando por el jefe de Estado Mayor del propio Montgomery, el general Francis W. «Freddie» de Guingand. Cuando le dijeron que Montgomery proponía «jugárselo todo a un solo golpe», el mariscal de aviación Tedder replicó: «Yo siempre he pensado que en una pelea es mejor usar las dos manos». El 23 de agosto Eisenhower viajó al puesto de mando del XXI Grupo de Ejércitos, situado en Condé-sur-Noireau, cerca de Falaise, para celebrar una larga y tediosa conferencia de la que fue excluido Beetle Smith como consecuencia de la desconsiderada insistencia de Montgomery, aunque a De Guingand se le permitió asistir. Cuando Montgomery propuso detener al III Ejército de Patton para reservar más combustible para las otras cabezas de lanza, Eisenhower le dijo: «La opinión pública americana nunca estará de acuerdo, y la opinión pública es la que gana las guerras». De pie ante un mapa con las manos cruzadas a la espalda Montgomery contestó: «Las victorias son las que ganan las guerras. Dé al pueblo una victoria y no se preocupará de quién la ha ganado».¹¹³

Montgomery salió de su remolque, aparcado en Condé, habiendo conseguido sacar algunas concesiones para reforzar su ofensiva, entre ellas prioridad para utilizar la reserva aerotransportada y para valerse de los pertrechos. Además, el I Ejército norteamericano se desplazaría bastante al norte de las Ardenas, en vez de hacerlo al sur. Este movimiento permitiría reforzar el flanco derecho del XXI Grupo de Ejércitos, apoyo que algunos planificadores del SHAEF venían ya considerando desde hacía cierto tiempo.¹¹⁴

Eisenhower se mostró también de acuerdo en que hubiera un solo comandante en jefe encargado de supervisar el ataque contra Alemania, pero ese generalísimo no sería B. L. Montgomery. Por el contrario, sería el propio Eisenhower quien se hiciera cargo del puesto, y antes de abandonar Condé dijo al inglés que por insistencia del propio George Marshall el cambio tendría lugar al cabo de una semana. En realidad, Eisenhower había enviado a finales de mayo un memorándum secreto a su Estado Mayor exponiendo el papel que acabaría desempeñando como comandante en jefe de las fuerzas de tierra, especificando de paso que «no debe decirse nada... que indique que se producirá el mínimo menoscabo del mando o la responsabilidad del general M.... Cuanto menos se hable de ello, mejor».¹¹⁵

«Como consuelo», Churchill ascendió a Montgomery a la categoría de mariscal de campo el 1 de septiembre, concediéndole las cinco estrellas equivalentes a las cuatro de Eisenhower. Como decía el primer ministro con no poca maldad, aquello «pondrá los cambios efectuados en el mando en la perspectiva adecuada». Aunque Eisenhower elogió a Montgomery ante los periodistas, llamándolo «no solo mi íntimo y querido amigo, sino también... uno de los grandes militares de esta guerra o de cualquier otra», el ascenso sentó muy mal al SHAEF.¹¹⁶

«¡Malditos estúpidos! Y me reservo las mayores ofensas para Eisenhower y los americanos», decía el almirante Ramsey en su diario. Patton decía en una carta a Bea el 1 de septiembre que «lo del mariscalato nos ha sentado fatal, es decir a Bradley y a mí». Incluso Brooke se sintió incómodo, y comentó a un colega que Montgomery «probablemente sea el mejor táctico que hemos tenido desde Wellington. Pero en algunas de sus estrategias, y especialmente en sus relaciones con los americanos, es casi un desastre». Puede que desde el punto de vista militar la guerra estuviera ganada, como había declarado Beetle Smith, pero los combates cuerpo a cuerpo dentro del alto mando aliado no habían hecho más que empezar.¹¹⁷

A última hora de la mañana del sábado 2 de septiembre, Eisenhower voló en su B-25 al puesto de mando de Bradley en Chartres. A media distancia, las dos agujas de su magnífica catedral parecían clavarse en el cielo. También llegó Patton, siempre «engreído y ruidoso», según la descripción de un oficial de Estado Mayor, protegido como de costumbre por su revólver y su bull terrier, Willie, al que de vez en cuando presentaba como «un maricón hijo de puta». Un asistente preparó las bebidas con hielo fabricado por un frigorífico que el propio Eisenhower había regalado a Bradley después de quejarse: «¡Maldita sea! Estoy harto de beber whisky caliente cada vez que vengo a tu cuartel general».¹¹⁸

En un enorme mapa de Europa colgado en la pared, un gran círculo rodeaba Berlín. Vestido con su guerrera de combate y botas de paracaidista, Bradley se mostró partidario de cruzar la frontera alemana inmediatamente, impidiendo así que los defensores enemigos reforzaran las fortificaciones fronterizas llamadas Línea Sigfrido. Quería además un coche blindado y jeeps igualmente a prueba de bala para viajar a Alemania. «Todas las ciudades por las que pasemos» debían ser bombardeadas, opinaba, «para que aprendan la lección de destrucción y muerte que han causado al resto del mundo».

Patton se declaró dispuesto a «jugarme mi reputación» con la capacidad que iba a demostrar el III Ejército de combatir en el Rin a pesar de la angustiosa escasez de pertrechos que sufría y que lo tenía inmovilizado. «Esa reputación tuya no ha valido

nunca mucho», dijo Eisenhower con una amplia sonrisa. Patton lanzó una risotada que parecía un ladrido. «Muy buena esa», dijo.

El mensaje de Beetle Smith avisando de que se acercaban tormentas puso punto final a la entrevista. Apenas había despegado el B-25 cuando empezaron a salir llamas del motor derecho. Tras efectuar un aterrizaje de emergencia, Eisenhower se encogió en el asiento de atrás de un minúsculo L-5 Sentinel para realizar un turbulento vuelo de 200 kilómetros rumbo al oeste, a la península de Cotentin, donde acababa de instalar su cuartel general en las inmediaciones de Granville, una de esas ciudades de la costa de Francia que los ingleses se habían pasado siglos conquistando, fortificando, perdiendo, incendiando, bombardeando y disfrutando durante sus vacaciones.¹¹⁹

La escasez de combustible, el viento racheado, y la imposibilidad de encontrar una pista de aterrizaje en medio de aquella lluvia incesante, obligaron al piloto a tomar tierra en una estrecha playa no lejos del recinto en el que habitaba el comandante supremo. Ayudando a empujar el avión hacia las dunas para protegerlo de la subida de la marea, Eisenhower resbaló en la arena y se produjo un grave esguince de rodilla. Tras cruzar a la pata coja una marisma con el brazo alrededor del cuello del piloto, mirando atentamente dónde plantaban el pie por si pisaban una mina, hizo parar un jeep en el que viajaban ocho reclutas. Los soldados se quedaron boquiabiertos al verlo, le ayudaron a acomodarse en el asiento delantero y lo condujeron a su villa. Dos asistentes lo llevaron en brazos a su dormitorio.

Eisenhower se había lesionado la rodilla izquierda en 1912 en el partido de football del Ejército contra Tufts. Fue una lesión grave que a lo largo de los años lo obligó a ingresar siete veces en el hospital. Pero ningún contratiempo era más inoportuno que aquel daño sufrido en su rodilla «buena», que se le hinchó de mala manera y le produjo un dolor terrible. El médico le escayoló la pierna y le prescribió reposo indefinido en la cama; Eisenhower se negó a que le tomaran la tensión por miedo a que el persistente zumbido que tenía en los oídos indicara un estado de debilidad que lo obligara a ser repatriado.¹²⁰

Durante más de quince días el comandante supremo estuvo prácticamente inmovilizado, dejando brevemente Granville en solo tres ocasiones en dieciocho días. La villa era bastante agradable, con una vista espléndida del Mont-Saint-Michel. Vivían en ella dos vacas que proporcionaban leche fresca y crema, y durante noventa minutos al día un fisioterapeuta aplicaba calor y daba masaje a la rodilla dolorida de Eisenhower. En las notas que escribía deprisa y corriendo para Mamie se disculpaba por «desafinar siempre un poco cuando intento hablar en serio», y confesaba que pensaba en su hijo muerto, Doud Dwight, que en aquellos momentos habría debido

tener veintisiete años. Al hijo que le quedaba vivo, John, recién ascendido a teniente, que le había propuesto dar «la vuelta a los Estados Unidos por aire» cuando acabara la guerra, le decía en una carta: «¿Y quién va a comprar el avión? Yo estoy pelado y sospecho que tú no estás mucho mejor». ¹²¹

Incluso para un comandante en jefe itinerante, Granville era un lugar muy mal escogido como cuartel general, aislado como estaba, lejos del frente y tan lleno de deficiencias para las comunicaciones que durante tres semanas Eisenhower no pudo comunicarse con sus ejércitos más que por cable, por medio de oficiales de enlace, mensajes transmitidos a gritos a través de la RAF, o en el transcurso de las escasas entrevistas realizadas directamente. Su indiferencia por las hazañas realizadas por el VII Ejército en el sur de Francia se debían en buena parte a su destierro en Granville, pero su reclusión forzosa le permitió también reflexionar a fondo su plan para la ofensiva contra Alemania. Tras la amistosa reunión de viejos camaradas celebrada con Bradley y Patton en Chartres, lamentaría las concesiones hechas poco antes a Montgomery y reafirmaría su decisión de llevar a cabo un avance en varias direcciones a lo largo de un frente amplio. En el transcurso de un almuerzo de dos horas con Ramsey, Eisenhower se quejó de que Montgomery parecía ambicionar los medios de transporte motorizados de Bradley para que su XXI Grupo de Ejércitos «fuera el único que avanzara sobre Berlín. Ello supondría dar la orden de inmovilización total de los ejércitos estadounidenses». El enfoque de Montgomery desde luego era más matizado —no era partidario ni mucho menos de inmovilizar al I Ejército norteamericano—, pero Ramsey calificó la propuesta de «típica de Monty» y de «auténtica bobada». ¹²²

El lunes 4 de septiembre Eisenhower dijo por cable a sus lugartenientes que «nuestra mejor posibilidad de derrotar al enemigo por el oeste está en golpear en el Ruhr y en el Sarre a un tiempo». El avance de Patton, frenado por la prioridad concedida al suministro de combustible al I Ejército para que este prestara apoyo a Montgomery, debía reforzarse; los dos ejércitos norteamericanos se dividirían a partes iguales los escasísimos suministros de gasolina, y cada uno recibiría 3.500 toneladas al día. «Ahora más que nunca debemos mantener al enemigo desplegado en todas partes», escribió Eisenhower a Marshall ese mismo día. ¹²³

Exasperado, Montgomery se quejó en privado de que Eisenhower parecía «tener una idea muy curiosa de que los comandantes en jefe de un ejército deben tener la misma participación en el combate, todos por igual». Dadas las limitaciones logísticas, insistía en que «la única política es frenar el ala izquierda y golpear con la derecha, o frenar el ala derecha y golpear con la izquierda». El ala izquierda —

formada por sus fuerzas y el I Ejército— estaba destinada a atacar el Ruhr y por lo tanto merecía ser la primera en recibir suministros. El lunes, en una carta de protesta enviada rápidamente a Eisenhower para que solo la viera él, decía:¹²⁴

Hemos llegado a un momento en el que una acometida realmente potente y vigorosa contra Berlín es probable que nos permita llegar a la capital y poner así fin a la guerra con Alemania. No tenemos suficientes recursos ni pertrechos para efectuar dos acometidas vigorosas...Si intentamos imponer una solución de compromiso y dividimos nuestros recursos y pertrechos, de modo que ninguna de las dos acometidas sea lo suficientemente vigorosa, prolongaremos la guerra. Considero que el problema expuesto más arriba es muy sencillo y claro.¹²⁵

Eisenhower contestó el martes confirmando su orden y explicando más a fondo la lógica de su estrategia. Pero tan malas eran las operaciones de comunicación en Granville que el mensaje le llegó a Montgomery en dos partes, en orden inverso, y con retraso: la segunda mitad llegó el jueves y la primera el sábado. Posteriormente un oficial británico diría: «Monty se puso a dar paseos arriba y abajo agitando los brazos y diciendo: “¡La guerra está perdida!”». ¹²⁶

Los errores del sistema de comunicaciones estaban perfectamente en consonancia con aquellos dos hombres que se hablaban sin hacerse caso. Militares e historiadores discutirían durante décadas los méritos de una postura y otra. Eisenhower caricaturizó después el plan de Montgomery calificándolo de «propuesta absurda de tirar directamente hacia Berlín en una sola ofensiva pintada a lápiz sobre el mapa», y Smith dijo de él que era «el ejemplo de tontería más fantástica propuesta por un general competente». Bradley, que había sido víctima en Sicilia de la exigencia «arrogante y egoísta» planteada por Montgomery de que las fuerzas norteamericanas dieran la precedencia a las británicas, afirmó que «si intentas combatir a los alemanes en un solo frente, caerás directamente en sus manos». ¹²⁷

La postura de Montgomery tenía la ventaja militar del ataque masivo —la concentración de la potencia de combate—, pero iba en contra de los cálculos que había elaborado el SHAEF de las posibilidades con las que contaban unas fuerzas aliadas que seguían recibiendo sus pertrechos a través de unas playas situadas a varios centenares de kilómetros de distancia. Un estudio calculaba que una ofensiva contra Berlín en un solo eje llevada a cabo por tres cuerpos de ejército ingleses y uno americano necesitaría casi 500 compañías de camiones, de las cuales solo había 347. Aunque aumentaran los pertrechos suministrados por vía aérea y a través del puerto de Amberes, para llevar a cabo una ofensiva tan larga a través de Alemania iba a ser preciso «situar sobre el terreno» en masa muchas unidades aliadas, incluidas las veintidós divisiones norteamericanas relegadas a la «hibernación». Además, la necesidad de proteger unos flancos abiertos tan largos en el corazón mismo del país

enemigo significaba que únicamente hubiera una punta de lanza aliada, que solo contaría con una superioridad de seis o siete divisiones con apoyo aéreo, y que, por lo tanto, sería «presa fácil para las reservas móviles alemanas», como advertía un experto en logística. Un general de brigada inglés destacado en el SHAEF llegaba a la conclusión de que rodear y retener la Cuenca del Ruhr resultaría sencillamente imposible sin unas fuerzas de combate más fuertes que aquellas de las que se disponía en el Frente Occidental. «Monty —añadía— está jugándose más de lo que tiene.» Incluso De Guingand citaba las funestas escaseces de medios de transporte y de equipos de construcción de puentes; una vez acabada la guerra, comentó que la derrota final de Hitler precisó una ofensiva soviética de 160 divisiones complementada por un ataque masivo desde el oeste y otros ocho meses de brutales bombardeos aéreos.¹²⁸

La mayoría de los estrategas llegarían a conclusiones parecidas. El general de brigada más joven en 1944, el futuro mariscal lord Carver, escribió:

En las dos guerras mundiales se produjeron innumerables ejemplos de ofensivas únicas... que atrajeron las reservas del enemigo y que de ese modo fueron frenadas... La estrategia que en general había tenido éxito era la de las acometidas alternas, descargado un golpe en una zona inesperada mientras las reservas del enemigo habían sido atraídas hacia otra.¹²⁹

De hecho propinar dos golpes a la vez había supuesto la victoria para Montgomery en El Alamein, en Mareth y en Normandía. Del mismo modo, el historiador americano Russell F. Weigley observaba que, para el bando que apostaba fuerte, «toda la historia de la estrategia norteamericana desde los tiempos de Ulysses S. Grant confirmaba que el enemigo puede ser golpeado con ventaja en varios lugares y verse forzado así a acentuar su debilidad mediante su disgregación». Como señalaba el historiador Gerhard L. Weinberg, «aparte de cuáles fueran los talentos de Montgomery, organizar ofensivas rápidas no era uno de ellos».¹³⁰

Por otra parte el mariscal Montgomery tampoco era muy propenso «a tener en cuenta que en una estrategia superior los factores políticos a veces tienen el mismo peso que las consideraciones puramente militares», como reconocería después su biógrafo Ronald Lewin. Eisenhower creía que el triunfo en Europa debía ser compartido, especialmente teniendo en cuenta el predominio cada vez mayor de los americanos en hombres y materiales. Pero ese reconocimiento equitativo no valía nada para Montgomery: «La ignorancia» que demostraba Eisenhower «de cómo se dirige una guerra es total y absoluta», dijo a Brooke, que compartía su opinión. «Ike no sabe nada de estrategia y es *bastante* poco apto para el puesto de comandante

supremo», confió Brooke a su diario. La decisión de Eisenhower de supervisar personalmente la campaña terrestre, anotó, «probablemente añadida entre tres y seis meses más a la guerra». ¹³¹

La labor como general de Eisenhower era indudablemente vulnerable a las críticas. Las quejas de Montgomery, según el cual «era extremadamente susceptible a dejarse influir por la personalidad del último comandante en jefe al que viera antes de tomar una decisión», tenía cierto tufillo de verdad, como demuestra la anotación que hizo Patton en su diario el 2 de septiembre: «Ike es demasiado cauteloso, pues no ha estado nunca en el frente y no tiene idea de lo que es realmente el combate». Encantado por la idea de perseguir a un enemigo acorralado, una y otra vez pasó por alto las necesidades logísticas y no se ocupó de asegurarse de que sus órdenes fueran atendidas. Smith se quejaba de que «el problema con Ike» era que «en vez de dar órdenes directas y claras, las imparte en un lenguaje cortés». Era un conciliador, añadía Smith, que raramente dictaba órdenes inequívocas y nunca dejaba bien sentado el principio de *Haz lo que te mando y calla*. Aunque se atuvo a su postura a favor de un ataque amplio en varios frentes contra Alemania, «no fue desde luego terminante en la forma en que se lo hizo saber a Montgomery», escribiría más tarde Stephen E. Ambrose. «Permitió que Montgomery enconara cualquier discusión hasta el extremo.» ¹³²

El enconamiento de las discusiones no fue ni mucho menos vencido. «No hay ni un solo momento que no tenga su tensión o su problema particular», había dicho Eisenhower en una carta a Mamie, y más tarde le confesaría: «¡Dios mío, qué agotador y pesado se vuelve todo!». Pero la unidad de los Aliados siguió siendo el principio fundamental de su mundo e iría hasta el extremo con tal de mantenerla, incluso hasta el autoengaño. «El equipo funciona bien», escribió a Marshall en septiembre. «Todos los interesados sin excepción han aceptado mi concepción del problema y la están llevando a cabo de forma inteligente y con energía». ¹³³

Los ejércitos siguieron luchando, sin saber en gran medida cuáles eran las peleas que mantenían los generales a unos niveles que iban más allá de lo razonable. Prácticamente inmovilizado durante los primeros cinco días de septiembre, el III Ejército vio por fin que sus niveles de combustible empezaban a mejorar. Las nuevas órdenes situaban Metz y dos ciudades alemanas mal escritas, «Magunzia» y «Frankfort», como sus objetivos inmediatos. Fueron puestos en servicio como distribuidores de gasolina volantes varios B-24, cada uno de los cuales transportaba doscientos bidones de 19 litros; Patton promovió el reabastecimiento por vía aérea bonificando a los pilotos más solícitos con botellas de coñac y champaña confiscado.

Con sus casi 300.000 soldados, el III Ejército seguía teniendo escasez de todo, desde granadas y prismáticos hasta radios y relojes de pulsera; entre las carencias del ejército durante la semana del 2 de septiembre cabe incluir 270.000 pares de botas de combate, 540.000 mantas de lana, 6.000 lámparas de radio y 48 sondas quirúrgicas para la extracción de balas. Patton había renunciado a los puros en un gesto de solidaridad con la penuria de su ejército —llegaba a fumarse veinte al día—, pero los economatos alemanes capturados le proporcionaron 1.400.000 kilos de carne de vacuno, cincuenta mil cajas de champaña y cantidades enormes de sardinas y de la seda italiana utilizada en la confección de paracaídas.¹³⁴

En una animada entrevista con los periodistas, Patton se quejó al principio de que «un comandante en jefe de un ejército, ¡me cago en Dios!, no hace más que pasarse el día sentado y echando maldiciones», y luego explicó: «Nunca me he preocupado de los flancos. Probablemente se debe a mi virilidad masculina, que llevo encima aquí delante desde hace tanto tiempo». Tras lamentar que «cuando uno hace las cosas lentamente, se desperdician vidas humanas», dijo a los que copiaban sus palabras: «Espero atravesar la Línea Sigfrido con tanta facilidad como caga un ganso».¹³⁵

Al noroeste de su posición, el I Ejército de Courtney Hodges cruzó la frontera belga y liberó la ciudad valona de Mons a primera hora del 3 de septiembre: «Una vez más —informaba la 3.^a División Acorazada—, coñac, champaña y chicas guapas». Y una vez más decenas de miles de alemanes en retirada tuvieron que hacer frente a su aniquilación: la 3.^a División Acorazada tomó 2.500 prisioneros, y eso en un día en el que la división quedó inmovilizada por falta de combustible. Lo que una unidad del ejército estadounidense calificaba de «una masa confusa, ciega y heterogénea» de veinte o más divisiones desmembradas de la Wehrmacht, se arrastraba en aquellos momentos por el sudoeste de Bélgica con coches franceses robados y carretas confiscadas a los campesinos belgas, canalizada por los puestos de control y las barricadas estadounidenses.¹³⁶

Avanzando a pasos agigantados desde el sur, la 1.^a División se lanzó contra el flanco alemán. Los Sherman arrollaban penosamente los campos margosos arrastrados por nubes de fusileros vestidos con uniformes de color verde oliva. Piezas de artillería antiaérea de cuatro cañones de calibre 12, 7 mm, degradadas al nivel de armas de infantería, acribillaban a los soldados enemigos, y los P-47 aparecían de repente en los cielos totalmente serenos para barrer las columnas de soldados alemanes, que se echaban al suelo cuerpo a tierra para protegerse. «Son unos magníficos caballos belgas, y detesto tener que matarlos», transmitía por radio un piloto. «Bueno, allá va.» Los cañones de campaña Long Tom de 155 mm, acostumbrados a vapulear sus objetivos a decenas de kilómetros de distancia, hacían

ahora las veces de fusiles de francotirador, haciendo añicos camiones semioruga y almiarés hasta que el aire apestaba a heno quemado y carne equina y humana achicharrada. «Lo único que queréis es hacer una carnicería con nosotros», decía compungido un oficial capturado.¹³⁷

Además de unos 3.500 soldados enemigos muertos, serían capturados vivos otros 25.000 en tres días. Desfilaban camino del trullo en remesas de cincuenta individuos, abucheados al pasar ante los Boy Scouts belgas, cuyas madres hacían filetes de los caballos muertos. Tres mil prisioneros confinados temporalmente en el corral de una vieja refinería de azúcar de ladrillo rojo vaciaron sus bolsillos, tal como se les había ordenado, y los soldados americanos examinaron los pequeños montones de cortaúñas y navajas de campaña; un teniente recogió un condón desechado envuelto en papel de plata y dijo a un *Landser* gordinflón: «Pasarás algún tiempo sin hacer el amor». Junto con la pérdida de Falaise y la capitulación de Brest, la bolsa de Mons fue uno de los peores reveses sufridos por Alemania en el noroeste de Europa en 1944.¹³⁸

Unos cincuenta kilómetros más al norte, el II Ejército británico logró entrar también en Bélgica, tras recorrer 400 kilómetros largos en seis días. Hitler ordenó que Boulogne y Dunkerque resistieran como fortalezas de último recurso, pero los canadienses habían tomado Rouen y se dirigían a Brujas. El general Eberbach fue capturado mientras huía en un Volkswagen a las afueras de Amiens —«estaba al mando de lo que fue el VII Ejército», dijo a sus captores— y el comandante de la guarnición de Le Havre no tardaría en rendirse, en pijama, pero luciendo todas sus condecoraciones, junto con otros once mil hombres.¹³⁹

A las ocho de la tarde del domingo 3 de septiembre, la Guardia Galesa llegó a Bruselas y su entrada en la ciudad suscitó una celebración tumultuosa. «La alegría de París quedó en nada comparada con esta extravagancia», informó Moorehead. La División Acorazada de la Guardia bajó traqueteando por la Chaussée de Ninove, con las orugas de los tanques chocando estrepitosamente con el adoquinado. La gran cúpula del Palais de Justice, incendiado como gesto de despedida por los alemanes en retirada, fue comparada por un reportero con «una antorcha en medio de la noche». Algunos belgas exclamaban arrobados las únicas palabras en inglés que conocían —«Goodbye, Tommy, goodbye!»— y arrojaban hortensias, manzanas, y botellas de cerveza Lion d'Or al paso de los vehículos.¹⁴⁰

Los dignatarios locales hicieron su aparición luciendo todas sus bandas y todos los distintivos de su autoridad para declamar discursos, proclamar principios y aclamar a los vencedores. Los oficiales del regimiento Royal Hampshire no tardaron en darse cuenta de que en cuanto ponían un centinela aparecía un gentío alegre que «se llevaba al hombre de su puesto... para agasajarlo». Los bistrotés mandaban a sus

camareros a la calle a llenar de champaña o de helado las fiambreras de los soldados; al ver sus abundantes despensas, un soldado de la Guardia Galesa comentó refunfuñando que los «belgas habían aportado su granito de arena comiendo todo lo que habían podido durante la guerra». Las celebraciones no se dejaron empañar por este tipo de comentarios y continuaron por espacio de más de una semana, avivadas por la captura de un depósito alemán de vino en el que se guardaban más de «ochenta mil botellas de un clarete muy notable», escribió Moorehead. Día y noche podían escucharse innumerables estribillos de *Tipperary* cantados por borrachos, y se sacaron por las calles efigies de Hitler para que la gente se cebara a golpes con ellas, las quemara o las maldijera en flamenco, francés, holandés y varias otras lenguas de los países liberados.¹⁴¹

El lunes a mediodía los tanques británicos se abrieron paso por las afueras de Amberes, pasando ante algunas casas incendiadas por los combatientes de la resistencia belga por pertenecer a supuestos colaboracionistas. La multitud jubilosa se dispersó a regañadientes para permitir a la 11.^a División Acorazada entrar con la mayor rapidez posible en el centro de la ciudad, donde los soldados alemanes desconcertados seguían tomándose sus cervezas en las terrazas de los cafés. A las dos de la tarde, un escuadrón de tanques había llegado a los muelles. Gracias a la resistencia belga de la «Brigada Blanca», que había atacado y retrasado la acción de los equipos de demolición alemanes, el puerto, las puertas de las esclusas y los depósitos subterráneos de petróleo, con capacidad para dos millones de barriles, quedaron intactos. El fuerte tiroteo en torno a algunos reductos situados en un parque de la ciudad cesó a las 21:30 h, y los defensores que aún seguían vivos se rindieron o se esfumaron. Tras la búsqueda infructuosa de algún cine que pudiera servir de cárcel, los oficiales británicos convirtieron el zoológico de la ciudad en recinto carcelario provisional (según se decía, la población hambrienta había devorado a la mayoría de los animales exhibidos). Las jaulas no tardaron en llenarse con seis mil prisioneros, distribuidos por categorías; al recinto de los leones fueron a parar los oficiales, los fascistas belgas, y las amantes de los alemanes. A los prisioneros de otro tipo se les asignaron el foso de los osos, la jaula de los tigres, o la casa de los monos. «Los cautivos permanecían sentados en montones de paja», escribió Martha Gellhorn, «mirando a través de los barrotes».¹⁴²

Ahora que iba a ser posible abandonar los puertos de Gran Bretaña, no había ninguna ciudad liberada de Europa más importante para la causa de los Aliados que Amberes. Convertida a mediados del siglo XVI en la población más rica del continente, superando incluso a Venecia y Génova, con más de cien embarcaciones o

más ancladas a diario en su puerto, cargadas de especias procedentes de Portugal, grano del Báltico, o tejidos de seda bordada de Italia. La Inquisición, el saqueo sufrido a manos de los españoles, y el ascenso de Holanda costaron a la ciudad su prosperidad; Amberes no volvería a recuperarse hasta el siglo XIX, cuando de nuevo se convirtió en un próspero hervidero de actividades, entre las que cabría destacar la talla de diamantes, la elaboración de puros, el refinado de azúcar y la fabricación de cerveza. En los años treinta era junto con Hamburgo, Nueva York y Rotterdam uno de los puertos más importantes del mundo, cuyos casi cincuenta kilómetros de muelles acogían mil barcos al mes, y daban cobijo a más de seiscientos grúas, novecientos almacenes y a una gran estación de ferrocarril. Todo ello fue recuperado intacto el 4 de septiembre. Ciertos cálculos de comienzos del siglo XX estimaban que las defensas de la ciudad «exigirían un ejército de 260.000 hombres para un asedio eficaz de las mismas, y [que] se necesitaría al menos un año para reducir las por hambre». Los ingleses solo habían necesitado unas pocas horas.¹⁴³

La importancia de la toma de Amberes y el aprovechamiento de su puerto había sido subrayada desde que se elaboraran los primeros planes de invasión de los Aliados en diciembre de 1941. En un mensaje a Montgomery fechado el 24 de agosto Eisenhower había reiterado la necesidad de «conseguir una base segura en Amberes», orden repetida en una directiva formal enviada a los altos mandos el 29 de agosto y el 4 de septiembre. Montgomery se hizo eco de las palabras del comandante supremo afirmando su intención de «capturar Amberes», así como de «destruir todas las fuerzas del enemigo en el paso de Calais y Flandes». Pero Amberes tenía una singularidad topográfica que exigía algo más que capturar simplemente los muelles y la casa de los monjes. La comunicación con el mar del Norte requería el control de los 180 kilómetros del estuario que formaba la desembocadura del Escalda, incluida la isla fortificada de Walcheren, en la ribera norte del río, y los polders que rodeaban Breskens en la orilla sur.¹⁴⁴

La Marina Real inglesa, que llevaba siglos navegando en tiempos de paz y de guerra por aquellas aguas, estaba íntimamente familiarizada con ese estuario. Cuatro mil soldados británicos habían muerto de fiebres en Walcheren durante la campaña de 1809, y los supervivientes habían sido evacuados ignominiosamente a Inglaterra. El propio Churchill, como primer lord del Almirantazgo, se había trasladado precipitadamente a Amberes en octubre de 1914 para reunirse con el gobierno belga en defensa del puerto. El 3 de septiembre el almirante Ramsey envió un telegrama al SHAEF, con una copia adjunta para Montgomery, recordando a todos que «Amberes y Rotterdam son sumamente vulnerables a las operaciones de minado y de bloqueo. Si el enemigo sale airoso en ellas, no puede ni siquiera calcularse el tiempo que llevará

abrir ambos puertos». El primer lord del mar, el almirante Andrew Browne Cunningham, anotó en su diario el 7 de septiembre: «Impresionados de nuevo [los jefes del Estado Mayor Conjunto] de que Amberes, a pesar de no haber sufrido daño alguno, fuera tan inútil como Tombuctú si no eran silenciados los fuertes de la entrada y otras posiciones y no eran ocupadas las orillas del Escalda. Me temo que los generales pasen por alto esta circunstancia».¹⁴⁵

Por desgracia así fue. Aunque Ultra interceptó una orden del Führer de fecha 3 de septiembre en la que se subrayaba la «importancia trascendental» de retener el Escalda, los mandos aliados pasaron por alto su contenido; y lo mismo ocurrió con las posteriores órdenes de Hitler, incluido un mensaje interceptado que recordaba al XV Ejército que «debe asegurarse de que los Aliados no puedan hacer uso del puerto durante mucho tiempo». Este descuido «incomprensible», concluiría posteriormente el historiador Ralph Bennett, fue un «error estratégico de tal magnitud que sus repercusiones se sintieron casi hasta el final de la guerra». Los mensajes de Eisenhower a sus altos mandos acerca de Amberes no habían especificado la captura del Escalda, y ni Montgomery ni Dempsey, al mando del II Ejército, prestaron atención al asunto. Montgomery creía que la situación del ejército enemigo era desesperada. «Ya tenemos puesto el tapón a la botella», declaró, «y no podrán salir de ella».¹⁴⁶

Por el contrario, un comando de la Marina Real que había recibido entrenamiento para efectuar ataques anfibios había sido trasladado a Dunkerque para poner sitio a la plaza desde una posición ventajosa en tierra. Al oficial al mando de la 11.^a División Acorazada, el general G. B. P. «Pip» Roberts, le dijeron que se apoderara de los muelles y el puerto de Amberes y prácticamente nada más. El comandante en jefe de su cuerpo de ejércitos, el teniente general Brian G. Horrocks, confesaría después que «sufrió un ataque de euforia por la liberación» que lo llevó a cenar con la reina madre de Bélgica y su dama de compañía en vez de dedicarse a estudiar los mapas. «Si hubiera ordenado a Roberts no que liberara Amberes, sino que flanqueara la ciudad y avanzara solo veinticinco kilómetros hacia el nordeste... habríamos bloqueado el istmo de Beveland» y el XV Ejército habría quedado atrapado cerca de la frontera holandesa, escribiría Horrocks en sus memorias. «Tenía los ojos puestos en el Rin.»¹⁴⁷

La acometida británica no tardó en ser frenada. Un comandante de artillería abrió fuego hacia el norte desde el piso superior de un edificio de oficinas de Amberes mientras una secretaria belga llevaba bandejas de café con coñac y ponía discos americanos de blues en el fonógrafo del despacho. Pero ninguno de los puentes que cruzaban el imponente Canal Alberto al norte y al este de la ciudad había sido

capturado —el 5 de septiembre seguían sin haber caído quince de los diecisiete existentes— y luego fueron volados todos. El intento de hacerse con una cabeza de puente al otro lado del canal se fue al garete cuando se descubrió que las lanchas de asalto del ejército tenían el fondo agujereado. «La reacción alemana fue rápida y sumamente desagradable», informaba un brigadier, e incluyó fuego de carros blindados, que desconcertó a los zapadores que intentaban tender el puente. Inmediatamente llegaron grupos de combate enemigos a reforzar los canales, pero al tener otras unidades británicas con las que avanzar, Montgomery ya había ordenado a Horrocks que se detuviera para reagruparse.¹⁴⁸

Enseguida comenzó la evacuación de las tropas alemanas en transbordador a través del Escalda desde Breskens, al oeste de Amberes. En poco más de quince días, salieron de allí 86.000 hombres, 600 piezas de artillería, 5.000 vehículos y 4.000 caballos, efectivos en su mayoría pertenecientes al XV Ejército, para que pudieran seguir luchando en algún otro sitio. Las fortificaciones de la margen norte del estuario en la isla de Walcheren y en Beveland, ya de por sí formidables, fueron consolidadas todavía más, mientras que la tenaz retaguardia de once mil soldados no mostraba el menor indicio de querer abandonar la bolsa cerrada alrededor de Breskens.¹⁴⁹

El 7 de septiembre Montgomery hizo saber a Londres que esperaba estar en Berlín en tres semanas. Pero aquello resultaba sumamente improbable sin el combustible, las municiones, la comida y otros materiales de guerra que solo podían llegar en abundancia a través de un puerto de gran envergadura. De momento, como luego señalaría la historia oficial del ejército norteamericano, «Amberes era una piedra preciosa que no podía lucirse por falta de montura». Un oficial británico destinado a Amberes ofrecía su propia opinión: «Un éxito puede llegar a ser de lo más desconcertante».¹⁵⁰

Frente al muro occidental

«Cinco panes de cebada y dos pececillos»

Versalles había resultado irresistible para los constructores de imperios. Un modesto pabellón de caza del siglo XVII construido encima de un poblado pantanoso de campesinos a veinte kilómetros al sudeste de París no tardó en convertirse en el palacio más célebre del mundo, emblema a un tiempo del antiguo régimen y del gusto francés por lo regio. Más de veinte mil nobles, cortesanos, mercaderes, y sirvientes acabaron calentándose a los rayos del Rey Sol y sus herederos, mucho menos brillantes que él, hacinados en lo que un viajero describía como un «estado de sordidez antihigiénica». Posteriormente el palacio había servido de cuartel general del ejército prusiano que sitió París durante las hambres del invierno de 1870, cuando 65.000 parisinos perdieron la vida a pesar de comerse hasta los gatos, los cuervos e incluso las ratas de la ciudad. Allí, en enero de 1871, había sido proclamado el Imperio alemán en el Salón de los Espejos, la exquisita galería de diecisiete arcadas reflectantes asomadas a otros tantos ventanales igualmente en forma de arco. También allí, en un gesto lúgubre y vengativo, fue firmado en junio de 1919 el tratado que puso fin a la primera guerra mundial, mientras los cañones disparaban salvas de alegría, las fuentes lanzaban hacia el cielo sus surtidores, y la guardia republicana, con uniforme azul, levantaba sus sables para saludar el sometimiento de los germanos. Dos décadas después esos mismos germanos habían vuelto y se habían quedado en París durante cuatro años.¹

Fue este el emplazamiento que escogió Eisenhower para su nuevo puesto de mando. Ya mientras se recuperaba de su esguince de rodilla en la remota Granville, los oficiales de Estado Mayor del SHAEF habían acudido en masa a Versalles y lo habían hecho suyo. Los distintos cargos del cuartel general llenaban el elegante

Trianon Palace Hotel, donde una habitación con baño costaba 175 francos la noche antes de la guerra, y que ahora no se podía conseguir a ningún precio si no se poseía un visado de primera del SHAEF, un pedazo de papel rígido del tamaño de un naipe adornado con una franja azul y una cruz roja. Camareros con corbata negra servían almuerzos de raciones-K en mesas adornadas con mantelería de lino, cristalería fina y platos con los cantos de oro. El Salón Clemenceau, usado por las potencias aliadas para negociar el tratado de 1919 y más recientemente por los alemanes para condecorar a los pilotos de la Luftwaffe durante la batalla de Inglaterra, servía ahora de sala de mapas. En los regios jardines florecían ahora macizos de antenas, y las letrinas flanqueaban los majestuosos castaños junto a la falsa granja que había permitido a María Antonieta vivir una fantasía rousseauniana de sencillez pastoril. Las secciones de Estado Mayor y los despachos del servicio de radiotelegrafía llenaban las grandes cuadras construidas por Luis XIV, cada una de las cuales era, en palabras de un visitante, «más grandes que algunos de nuestros capitolios estatales».²

El despacho de Eisenhower ocupaba un anexo de piedra blanca situado detrás del hotel; un busto de bronce de Hermann Göring encontrado en el vestíbulo fue puesto de cara a la pared porque, según dijo un oficial, el representado había sido «un niño malo». Once cuadros, entre ellos uno de Van Dyck, fueron sacados del castillo para decorar la suite del comandante supremo, al parecer sin su conocimiento, así como un escritorio dieciochesco y otras piezas del Mobilier National. Un teniente furibundo, que en la vida civil había sido conservador del Museo Metropolitano de Arte, logro que la mayor parte de los objetos rapiñados fueran devueltos.³

A mediados del verano el SHAEF, que originalmente contaba con 1.500 oficiales y empleados de los distintos países aliados, había triplicado ya sus efectivos. Ahora su nómina se había triplicado de nuevo y ascendía a los 16.000 individuos, que llenaban un espacio de oficinas de casi 2.500 metros cuadrados. Finalmente se confiscarían 1.800 inmuebles de los alrededores de Versalles para alojar a los 24.000 soldados que componían la guarnición aliada. Una revista francesa se burlaba traduciendo las siglas SHAEF por Société des H  teli  rs Américains en France (Sociedad de los Hoteleros Americanos en Francia), mientras que los chistes que corrían entre la soldadesca las interpretaban como el acrónimo de Should Have Army Experience First (Primero deberían tener experiencia militar). Un oficial comparaba la organización con una serpiente marina: «Unos le han visto la cabeza, otros el lomo, y otros la cola. Pero nadie ha visto la totalidad de su enorme cuerpo».⁴

Otra serpiente había rodeado con sus tentáculos París propiamente dicha, con más rapidez y potencia todavía. Los Servicios de Abastecimiento, creados en Inglaterra en mayo de 1942 para subvenir a las necesidades logísticas del ejército

norteamericano en Europa, habían sido rebautizados el 7 de junio Zona de Comunicaciones o COMZ (por sus siglas en inglés) y tenían en aquellos momentos medio millón de miembros, o lo que es lo mismo uno de cada cuatro soldados destinados al continente. El enorme cuartel general situado en las inmediaciones de Cherburgo, constituido por cinco mil edificios prefabricados y tiendas para albergar a once mil personas, fue abandonado de forma repentina cuando la liberación de París desencadenó una verdadera estampida hacia la capital. Los convoyes de la COMZ entraron en la Ciudad de la Luz llevando tras de sí, como contaría un comandante del ejército, «toneladas de archivos y miles y miles de funcionarios, mecanógrafos, guardias: sus departamentos de estadística, sus salas de codificación y descodificación, su gigantesca centralita telefónica, y todo el resto de la compleja parafernalia de una gran empresa». La COMZ requisó inmediatamente 315 hoteles y envió a otros 48 un aviso de subsidiariedad; además fueron reclamados para la causa otros tres mil inmuebles de París, incluidos 1.300.000 metros cuadrados de espacio de almacenamiento, 290.000 camas de hospital, y «pisos elegantes y de postín para los jefazos», según la descripción de un oficial. Solo después de unas discusiones realmente abyectas se permitió que los niños de París siguieran ocupando sus escuelas. Las autoridades francesas se quejaban de que las exigencias de los americanos superaban incluso las de los alemanes.⁵

Todo esto y mucho más fue obra del comandante en jefe de la COMZ, el teniente general John C. H. Lee, llamado John Court House («Palacio de Justicia») Lee, Jesus Christ Himself («Jesucristo en Persona») Lee, y God A'Mighty («Dios Todopoderoso») Lee. Hijo de un agente de seguros de Iowa, llevaba el mismo nombre de pila de su madre, John, insólito en una mujer, y se graduó en West Point en 1909 junto con George Patton; hizo carrera como ingeniero militar en los servicios fluviales, de embalses y portuarios en lugares tan dispares como Detroit, Guam, y Rock Island. A mediados de septiembre la revista *Time* lo definía como «un hombre de personalidad excepcionalmente cariñosa y atractiva», elogio que no confirmaba prácticamente nadie que lo conociera. Rigorista quisquilloso que lucía las estrellas de su rango en la parte delantera y trasera del casco, se decía de él que tenía la parsimonia de un sargento de abastecimientos a la hora de repartir el contenido del petate «como si fuera un regalo personal», premiando a sus amigos, que eran pocos, y castigando a sus enemigos, que eran muchos. Tenía una extraña propensión por el autoengaño más ridículo, llegando en una ocasión a ponerse de pie en un teatro de Londres para agradecer una ovación del público que en realidad iba dirigida a Eisenhower, sentado un palco por encima del suyo; afirmaba también que Marshall lo había elegido para el cargo que ocupaba por «mi capacidad de llevarme bien con la

gente». La historia oficial del ejército, que rara vez es parca en elogios a la hora de describir a los generales de mayor rango, supo captar en este caso al sujeto: «Pesado en lo ceremonioso, bastante imponente en sus modales y su apariencia, y en ocasiones carente totalmente de tacto... el general Lee a menudo suscitaba sospechas y creaba oposición». El jefe de los servicios médicos del ejército en Europa reconocía que «no es una persona con la que me gustaría irme una semana de pesca». Patton, compañero suyo de promoción, era menos circunspecto y lo llamaba «un mentiroso con mucha labia» y «un pequeño hijo de puta pomposo, interesado únicamente en hacerse publicidad». De todos modos, los comandantes en campaña intentaban no enfrentarse a él, por temor a las represalias en el reparto de los suministros, y así, cuando Lee visitó al III Ejército, Patton lo recibió con una guardia de honor y banda de música y le ofreció un banquete.⁶

Con botas y vestido de punta en blanco, calzadas las espuelas y con una fusta en la mano, Lee tenía la Biblia encima de su escritorio y la llevaba también en la cartera. Según sus propias palabras, prefería «empezar cada mañana en el altar de Dios, sobre el que depositamos todos nuestros problemas». A menudo obligaba a su séquito personal, formado por cuarenta personas —incluido un quiropráctico, ocho secretarios encargados de la correspondencia y un agente publicitario que en otro tiempo había trabajado para el magnate del cine Samuel Goldwyn— a acompañarlo a la iglesia, a la que acudía a diario, y dos y hasta tres veces los domingos. Luego salía a inspeccionar sus vastos dominios, unas veces en una limusina negra con tapicería roja que conducía un predicador baptista laico, y otras en un vagón de tren especial, que un paniaguado suyo llamaba su «instrumento de tortura» particular. Al margen de que pudiera resultar conveniente o no, le gustaba leer las Sagradas Escrituras en voz alta. Cualquier subordinado que se le acercara debía saludarlo debidamente a una distancia de diez pasos justos, ¡y ay del soldado que llevara el casco torcido! Los preparativos que hizo el personal de un hospital para una visita de Lee incluyeron tres órdenes muy sencillas: «Vístanse debidamente. Cesen todas las operaciones. Tiren el licor por el retrete». Incluso los pacientes que debían guardar cama «tenían que permanecer en posición de firmes, [y] los que no necesitaban guardar cama, tenían que levantarse de sus asientos y permanecer en posición de firmes todo el tiempo que el general estuviera en la sala, hasta que dijera: “¡Descansen!”». Que en un comedor de tropa quedaran sobras y las tiraran a la basura era algo que lo sacaba de quicio. Era capaz de coger una cuchara y probar él mismo los restos de comida al tiempo que decía: «¿Veis? ¡Yo puedo comérmelo y vosotros lo desperdiciáis de esta manera!».⁷

En París Lee tenía un enorme gabinete de guerra en el sótano del Hôtel Majestic, además de tras suites en el piso superior para su propio uso. (Entre los objetos de su equipaje personal había un piano.) La vecina Avenue Kléber era conocida como la «avenida ¡Firmes!», y Lee tenía por costumbre mandar algunos oficiales a patrullar por la acera y a apuntar los nombres de los soldados que no saludaran como es debido. Tenía reservadas más suites para él en otros grandes hoteles; los huéspedes de uno de ellos recibían al llegar el siguiente consejo «El Hotel Georges V es considerado la residencia personal del general Lee, y la asignación de alojamiento en él comporta que los residentes deben tener en cuenta que son sus huéspedes». La fachada debía estar siempre despejada para que aparcaran los miembros de su séquito; a los demás coches «se les exige que aparquen a la vuelta de la esquina o en la siguiente manzana».⁸

«¿Por qué nadie me cuenta esas cosas?», preguntaría luego Eisenhower al enterarse de las peculiaridades de Lee. Semejante queja revelaba más la falta de atención del comandante supremo que la arbitrariedad de Lee. Eisenhower tardó dos semanas en enterarse de la precipitada viajata de la COMZ a París, que el comandante supremo deseaba que permaneciera libre de soldados aliados en la mayor medida posible.⁹

El 16 de septiembre escribió personalmente una feroz carta de reprimenda al hombre al que anteriormente había considerado «un Cromwell moderno»:

Debido a los voluminosos envíos de tu personal y de suministros a esa zona antes de que yo lo supiera, es imposible en este momento el traslado de tu cuartel general sin que interfiera en el desempeño de tus obligaciones prioritarias. No obstante, suspenderás inmediatamente la entrada en París de cualquier individuo que no sea necesario en ese lugar para una tarea esencial... Considero la entrada en París de personal americano, incluido tu cuartel general, extremadamente imprudente... Me han informado de que el atuendo, la disciplina y la conducta del personal americano en París son poco menos que escandalosos.¹⁰

Lee era un pecador impenitente. «No tengo de qué arrepentirme», dijo. «Habría que avanzar lo más posible.»¹¹

Las «obligaciones prioritarias» de Lee exigían proveer a una fuerza de combate enorme, desplazada a 6.500 km de su país, 800.000 artículos de suministro distintos, ocho veces más de lo que suponían incluso las existencias de Sears-Roebuck. La tarea habría superado incluso al administrador de más talento, y desde luego puso a prueba a «Jesucristo en Persona». Los arquitectos de la invasión aliada habían dado por supuesto que el Día D + 90 —esto es, el 4 de septiembre— solo una docena de divisiones norteamericanas habrían llegado al Sena, por lo que se impondría la necesidad de hacer una pausa de entre uno y tres meses para consolidar el territorio

conquistado antes de reanudar los ataques por Francia. Ningún experto en logística contaba con llegar a la frontera alemana antes de mayo de 1945. Lo cierto era que el 4 de septiembre había dieciséis divisiones casi 250 kilómetros más allá del Sena y apenas una semana después las líneas aliadas habían llegado a un punto no previsto hasta el Día D + 350.¹²

Las exigencias del combate dieron al traste y luego arruinaron por completo un plan de aprovisionamiento que había tardado dos años en ser elaborado. La necesidad de más tropas de combate para luchar en el *bocage* había sido satisfecha a costa de las unidades de servicios y mantenimiento —mecánicos, abastecedores de combustible, ferroviarios, y proveedores de todo tipo— y el posterior avance y la salida de Normandía a mediados de agosto obligaron a Eisenhower a perseguir al enemigo en fuga sin pararse a pensar en reforzar su logística. El entusiasmo por el acoso al que se sometía al enemigo mantuvo a todos activos. Marshall y Eisenhower aceleraron además la afluencia de nuevas divisiones al teatro de la guerra, adelantando dos meses las previsiones con gravísimo coste para el transporte de las mercancías. Otros problemas hicieron mella además en el sistema de abastecimientos: la pérdida de Mulberry A; las demoliciones de los puertos de Cherburgo, Marsella y Le Havre; el abandono de los puertos ingleses; el bombardeo de las líneas férreas y las carreteras francesas por parte de los propios Aliados; el rápido avance remontando el valle del Ródano; y la obstinación de Hitler en retener Dunkerque y otros enclaves de la costa. El París liberado solicitó con emergencia el suministro diario por vía aérea de 2.400 toneladas de alimentos, medicinas y otros productos, de las cuales Bradley solo accedió a enviar 1.500, el equivalente a las necesidades diarias de dos divisiones y media en combate.¹³

Los convoyes de camiones que habían tardado unas cuantas horas en hacer un viaje de ida y vuelta al frente necesitaban ahora cinco días para llegar al campo de batalla y volver a las playas. El almacén de intendencia del I Ejército cambió de emplazamiento seis veces en seis días, en su intento de adaptarse al ritmo del avance, transformando incluso dieciocho batallones de artillería en unidades de camiones. Además, la distancia a la que se encontraban las fábricas americanas significaba que los artículos encargados en el este de Francia tardaran habitualmente cuatro meses en llegar desde los Estados Unidos al frente; en un momento dado llegó a haber dos mil tanques en lista de espera. Como dijo Patton a los periodistas en el mes de septiembre, «no podemos hacer que cinco panes de cebada y tres pececillos cundan como solían».¹⁴

Y por supuesto se necesitaban muchas más cosas que hogazas de pan y pescado. Los agentes de compras recorrían la Europa neutral adquiriendo papel sueco, albaricoques españoles, higos portugueses y plátanos de Canarias. Se abrieron treinta y tres serrerías en Francia, Bélgica y Luxemburgo para cortar unos 3.5 millones de estéreos de leña. Diecinueve mil toneladas de celulosa enviada desde los Estados Unidos a las fábricas europeas se convirtieron en cincuenta millones de rollos de papel higiénico. Pero los esfuerzos hechos para comprar uniformes militares en las sastrerías francesas resultaron inútiles debido a las trabas lingüísticas y a la necesidad de convertir las medidas americanas a sus equivalentes en el sistema métrico decimal; el SHAEF informaba de que perder «una dieciseisava parte de pulgada en cada una de las doce medidas que llevan las costuras de un uniforme supondría equivocar por completo la talla adecuada».¹⁵

Las necesidades de abastecimiento diarias ascendían por término medio a un total de 30, 3 kilogramos de pertrechos por cada soldado que había en el continente: 15, 1 kg de gasolina, petróleo, grasa y combustible de avión; 3, 6 kg de munición, incluidas bombas aéreas; 3, 3 kg de material de construcción de ingeniería; 3, 2 kg de raciones de comida; y diversos kilos más en pertrechos médicos, radiotelegrafía y artículos varios. (Los intendentes consideraban que las tropas hambrientas comían un 30 % más de la ración que normalmente tenían asignada.) Cuatro ejércitos avanzando quemaban unos 3.800.000 litros de gasolina al día, sin contar las necesidades de Patch y de Lattre en el sur de Francia, y la intensificación de los combates en el este suponía un gasto asombroso de municiones, incluidos ocho millones de bombas de artillería y de mortero al mes.¹⁶

El exceso de desperdicios, rasgo constante de los americanos, dificultaba todavía más la vida del encargado de la logística. A las divisiones de infantería se les habían concedido 1.600 lanzagranadas M-7 con una tasa de reemplazo de 2 por semana, pero algunas perdían entre 500 y 700 al mes. Eisenhower decía que la pérdida de otros pertrechos era «exageradamente alta», y advertía al Pentágono que cada vez se veía obligado a reemplazar 36.000 armas pequeñas, 700 morteros, 500 tanques y 2.400 vehículos. Fueron solicitados cinco veces más detectores de minas de los previstos, y solo el V Ejército utilizaba más de 105.000 kilómetros de cable telefónico de campaña al mes, tendiendo casi 150 km cada hora (el doble de lo que tenía asignado). De los 22 millones de bidones de combustible de 19 litros (*jerrycans*) enviadas a Francia desde el Día D, la mitad había desaparecido, y el SHAEF pidió a Washington siete millones más. La necesidad de enviar combustible por vía aérea a las unidades de combate que estaban en una situación más apurada, añadía Eisenhower, significaba que «ahora nos

cuesta 5, 6 litros de gasolina de 100 octanos [la utilizada por la aviación] suministrar 3, 7 litros de carburante de 80 octanos [para motor] a los centros de distribución avanzados». ¹⁷

Casi ninguno de estos detalles había sido previsto por Lee, que se había limitado a enviar cajas de naranjas y otras exquisiteces a Beetle Smith con la esperanza de mantener la confianza del SHAEF. (Lamentaba muchísimo no saber jugar al bridge, que habría sido el medio de infiltrarse en el círculo íntimo de Eisenhower.) No cabe duda de que el SHAEF tenía también parte de culpa, entre otras cosas por haber abandonado los planes de creación de una potente red de centros de aprovisionamiento en todo el continente y fiarse de la instalación de depósitos ad hoc repartidos irregularmente. El jefe de logística del SHAEF advertía el 9 de septiembre que «el mantenimiento de los ejércitos [se ha] estirado hasta el límite... La situación administrativa es muy sombría». Seguidamente el máximo oficial de abastecimiento de Bradley en el XII Grupo de Ejércitos se mostraría de acuerdo con esa opinión: «Durante un período de aproximadamente un mes hasta la fecha la situación logística ha sido muy desordenada y durante las tres últimas semanas ha sido mala». ¹⁸

La COMZ se dedicaba a improvisar, con resultados de lo más variopinto. La escasez de combustible solía ser un problema de distribución más que de abastecimiento, y se construyó una compleja red de tuberías para reducir la dependencia de los buques y los camiones cisterna, y de los *jerrycons*. Un proyecto llamado PLUTO —siglas en inglés del Transporte de Gasolina por Tuberías Submarinas— supuso el tendido de veintidós líneas de tuberías por el fondo del canal de la Mancha; las estaciones de servicio recibieron el apodo de «Bambi» o «Dumbo», en alusión siempre a los personajes de Disney. La primera tubería hasta Cherburgo quedó acabada a mediados de agosto, pero el ancla de un barco poco atento arruinó todo el trabajo en pocas horas. Dos días después otra línea quedó inutilizada por una hélice que se atascó; y otra más se estropeó a finales de agosto, cuando diez toneladas de percebes crecieron en el tambor de la tubería submarina, impidiéndole rotar. Pluto constituyó una gran decepción, «un desperdicio escandaloso de tiempo y de trabajo», en opinión de un almirante; las líneas tendidas a lo largo del canal de la Mancha no llegaron a subvenir ni al 10 % de las necesidades de combustible de los Aliados en el continente durante la guerra. Los buques y los camiones cisterna y los *jerrycons* siguieron siendo indispensables. ¹⁹

Una innovación por vía terrestre fue el Red Ball Express, un servicio de transporte de mercancías iniciado a finales de agosto. Al cabo de poco tiempo había siete mil camiones que transportaban cuatro mil toneladas o más de pertrechos al día

por carretera hasta los centros de distribución del I y el III Ejército, lo que suponía habitualmente un viaje de tres días entre ir y volver. La Policía Militar colocó 25.000 señales de tráfico en inglés y francés y unos cuantos aviones Cub controlaban la fluidez del tráfico. No tardaron en suscitarse problemas. El Red Ball Express consumía más de 1, 1 millones de litros de gasolina al día, tanto como tres divisiones acorazadas en combate. Los conductores cargaban entre seis y diez toneladas de mercancías en vehículos de 2, 5 toneladas; las unidades del Red Ball pasaron a ser llamadas «batallones de destrucción de camiones». A pesar del límite de velocidad establecido en 40 kilómetros por hora, cada día se averiaban de forma irreparable setenta vehículos por término medio. En una travesía anunciada como «pendiente pronunciada y curva peligrosa» en un solo convoy volcaron ocho semirremolques, seguidos de otros ocho al día siguiente. «La gasolina se desparrama en el interior de la cisterna y te obliga a ir dando bandazos de un lado a otro», explicaba un conductor. «Eso afecta al control de la dirección.» En el otoño de 1944, de los quince mil vehículos estadounidenses que habían «sobrepasado el límite» y habían quedado inservibles nueve mil eran camiones abandonados en las carreteras secundarias francesas.²⁰

Las carreteras quedaron muy deterioradas por las lluvias del otoño, y la escasez de bujías, correas de ventilador y herramientas obstaculizaba la labor de los mecánicos; una compañía de cuarenta y un camiones poseía solo un único par de alicates y una sola llave inglesa. La avería diaria de cinco mil neumáticos —muchos de ellos hechos trizas por las latas de comida abandonadas— produjo una situación tan desesperada de escasez que hasta llegaron a retirarse las ruedas de repuesto gastadas de los vehículos de Estados Unidos para ser enviadas a Europa. Los robos en los camiones y en los centros de distribución se hicieron tan frecuentes que el general Lee solicitó que se le concedieran trece batallones de infantería para utilizarlos como vigilantes; ante las airadas protestas de Bradley, Eisenhower decidió concederle solo cinco, con autoridad para disparar a matar a los infractores. El Red Ball Express llegó a transportar más de 400000 toneladas de suministros en tres meses, y acabó siendo complementado por otras rutas denominadas White Ball, Red Lion y Green Diamond. Pero como se lamentaba un general de división en París, «fue el mayor destructor de camiones que puedo imaginar».²¹

Un solo tren podía transportar el equivalente a la carga de cuatrocientos camiones. Dieciocho mil hombres, incluidos cinco mil prisioneros de guerra, trabajaron en la reconstrucción del sistema de ferrocarriles franceses, que había sido arrasado por años y años de bombardeos aliados. El 15 de agosto salieron de Cherburgo con destino a Le Mans treinta y dos trenes por una sola vía recién

reparada, cruzando fatigosamente los puentes apenas a 15 kilómetros por hora, en un viaje que duró dos días. La línea de París se abrió el 1 de septiembre y a finales de mes se habían restaurado casi 8.000 kilómetros de vías. La escasez de trenes, estaciones y ferroviarios cualificados dificultaba mucho las operaciones; los guardavías a menudo se veían obligados a hacer sus señales con mecheros y cigarrillos encendidos. Finalmente llegaron unas dos docenas de batallones de ferroviarios militares desde lugares tan distantes como Persia o Peoria. El ejército utilizó en Francia 200.000 vagones de tren, de los cuales 31.000 fueron enviados desmontados desde los Estados Unidos, fueron montados en Inglaterra, y cruzados en barco por el canal de la Mancha: vagones de mercancías, vagones de plataforma, vagones cisterna, vagones de piso bajo, furgones y 1.300 potentes locomotoras americanas. A finales de año, habían sido reconstruidos en Francia y Bélgica más de 17.700 kilómetros de vía férrea, así como 241 puentes de ferrocarril.²²

Sin puertos, todas las carreteras, todos los ferrocarriles y todos los batallones de destructores de camiones de Europa tenían una utilidad limitada. Un chiste de los desesperados oficiales del SHAEF decía que «el número de divisiones necesarias para capturar el número de puertos que hacen falta para mantener operativas esas mismas divisiones es siempre mayor que el número de divisiones que esos mismos puertos pueden mantener». Los encargados de planificar Overlord habían estudiado cincuenta y cuatro puertos para su eventual utilización; Lee redujo el número de esos puertos a unos treinta y tantos, la mitad de los cuales acabaron desempeñando un papel importante para los Aliados. Marsella y otros puertos del sur de Francia acabaron siendo una bendición del cielo, al pasar por ellos más de un tercio de todos los pertrechos aliados enviados a Francia en el otoño de 1944. Cherburgo triplicó su capacidad de transporte de carga prevista, llegando a las 22.000 toneladas al día; se decía que la montaña de raciones de comida descargadas y apiladas junto a la famosa estatua del emperador llegaba «hasta la mano de Napoleón», que apuntaba a Inglaterra. Pero el SHAEF calculaba que las necesidades de suministros de combate para el mes próximo superarían con mucho la capacidad que tenían los Aliados de descargar y distribuir la mercancía; el número de buques anclados en aguas continentales que esperaban un sitio en el que atracar pasaría de los doscientos a mediados de octubre.²³

Evidentemente la solución debía encontrarse en Amberes: utilizando las redes de ferrocarril y carretera, Cherburgo podía prestar apoyo a un máximo de veintiuna divisiones, mientras que Amberes, usando solo el ferrocarril, podía sostener a cincuenta y cuatro. Cherburgo se encontraba a casi 700 kilómetros de los grandes centros de distribución avanzados que en aquellos momentos estaban construyéndose

en Lieja, al este de Bélgica; desde Amberes, esa distancia era de solo 111 kilómetros. Aunque la situación portuaria de los Aliados era considerada «grave», la apertura del puerto de Amberes tendría «el efecto de una transfusión de sangre», prometía Eisenhower a Marshall. Mientras tanto los ejércitos tendrían que apañárselas con otra especialidad americana, la logística por la fuerza bruta. Los estibadores encargados de descargar la mercancía de un viejo buque de transporte Hog Islander en Rouen se sorprendieron cuando el loro del capitán noruego de la nave se puso a cantar en su jaula los primeros compases de *The Star-Spangled Banner* [el himno nacional de los Estados Unidos] —la voz se le rompía al llegar a las notas más altas— y de pronto lanzó un graznido diciendo «¡Menuda vida! ¡Miseria! ¡Miseria! ¡Miseria!».²⁴

Cada aldea, una fortaleza

El domingo 10 de septiembre por la tarde, un achaparrado avión de transporte C-47 descendió ladeándose al este de Bruselas, antes de nivelarse de nuevo para tomar tierra en el aeródromo de Melsbroek, previamente utilizado por los alemanes y ahora ocupado por la Royal Air Force y llamado en clave B-58. Luciendo las insignias de su nuevo grado de mariscal, Montgomery cruzó la pista mientras las hélices aminoraban sus revoluciones hasta detenerse por completo, luego dio un saltito para subir la rampa y acceder a la cabina con un destello belicoso en los ojos.²⁵

Encontró en ella a Eisenhower, con la rodilla todavía escayolada y dolorida. Para subir al avión y acomodarse en su asiento había necesitado ayuda; pero Montgomery había insistido en celebrar una entrevista personal con él, y por supuesto había dicho que estaba demasiado ocupado para abandonar Bruselas, de modo que había sido el comandante supremo el que había tenido que desplazarse. Tras saludarlo mecánicamente, Montgomery pidió que el oficial administrativo jefe de Eisenhower, el teniente general sir Humphrey M. Gale, fuera echado del avión, mientras que su propio oficial de logística, el general de división sir Miles Graham, se quedó. El mariscal de aviación Tedder, comandante adjunto del SHAEF, también pudo quedarse. Tan pronto como Eisenhower obedeció dócilmente a lo que se le mandaba, el mariscal sacó de su bolsillo un revoltijo de telegramas de altísimo secreto arrugados, entre los que estaba la primera mitad del mensaje en dos entregas enviado el 5 de septiembre que había llegado el sábado por la mañana, esto es con cinco días de retraso.

—¿Me enviaste tú esto?

—Sí, desde luego —repuso Eisenhower—. ¿Por qué?²⁶

—Bueno, no son más que bobadas —dijo Montgomery—. Simples bobadas, basura.

Y en un furioso discurso, con su aflautada voz temblándole, afirmó que había sido traicionado e insistió en que el avance a lo largo de un frente amplio, en una doble ofensiva contra Alemania iba a ser un fracaso. ¿Es que ahora era en realidad George Patton el que estaba dirigiendo la guerra para el SHAEF?

El cuello de Eisenhower había ido enrojeciendo cada vez más, pero su voz era totalmente serena cuando inclinándose hacia adelante, dio unos golpecitos al mariscal en la rodilla y dijo:

—Monty, no puedes hablarme de esa forma. Soy tu jefe.

El mariscal del aire Tedder se arrellanó en su asiento con una sonrisa apenas perceptible.

—Lo siento, Ike —dijo Montgomery.²⁷

Estuvieron discutiendo una hora larga, «una auténtica pelea de perros», en palabras de Graham. Montgomery volvió a defender su plan de llevar a cabo una sola ofensiva; si le daban los medios de transporte y el combustible de los canadienses y del III Ejército, más las cuatro divisiones aerotransportadas, estaba seguro de que podría conquistar el Ruhr con veinte divisiones del II Ejército británico y del I Ejército estadounidense, abriendo el camino hacia Berlín. La carga de Patton contra Metz por el sur debilitaría el centro del frente aliado, decía, y no dejaría a ninguno de los ejércitos fuerza suficiente para abrirse paso por Alemania.²⁸

Eisenhower reconoció que el Ruhr seguía siendo su principal objetivo, pero cualquier ofensiva contra Berlín —que todavía estaba a más de 700 kilómetros de distancia— comportaría el riesgo de sufrir ataques fatales por ambos flancos.

—No puedes hacer eso —dijo a Montgomery—, ¡qué diablos!

La estrategia a lo largo de un frente amplio tenía más sentido desde el punto de vista táctico, añadió. Era más segura y menos arriesgada, y mantendría al enemigo desequilibrado.

A Eisenhower le intrigó, sin embargo, la descripción que le hizo Montgomery de un nuevo plan consistente en lanzar varias divisiones de paracaidistas sobre Holanda que abrieran un pasillo para el II Ejército de Dempsey y otras fuerzas, encargadas de adueñarse de una cabeza de puente sobre el Rin. Anteriormente le habían presentado otras propuestas parecidas, pero este proyecto era más consistente, más ambicioso y de mayor envergadura, y Eisenhower quería probarlo. La operación recibiría un nombre en clave en dos palabras: Market Garden.²⁹

Por fin Montgomery se levantó, se cuadró, saludó, y bajó dando saltitos la escalerilla hasta la pista de aterrizaje, una figurilla escuchimizada tocada con una gorra que recordaba a un elfo. «Ahora peharemos con las dos manos», anotó Tedder en su diario poco después de que acabara la entrevista. «Por supuesto a Montgomery no le gustará que no le hayan dado un cheque en blanco.»

Los motores del aparato se pusieron a carraspear y por fin arrancaron. Eisenhower despegó dolorido.

A pesar de que se dijeron muchas cosas, hubo otras muchas que no se dijeron. Ninguno de los dos mencionó casi Amberes, y la Operación Market Garden fue despachada someramente. Una vez concluida la entrevista, Montgomery envió a Brooke una nota de treinta y tres párrafos llena de quejas. Se lamentaba de que el comandante supremo

...no tiene la menor idea de lo que está pasando; pretende dirigir la guerra dictando largas órdenes telegráficas. El propio Eisenhower ni siquiera sabe nada de lo que es combatir con los alemanes. Justo cuando se necesitaba una mano firme que agarrara el toro por los cuernos, no va a haberla.³⁰

Independientemente de las exigencias americanas, Montgomery había llegado en privado a la conclusión de que el XXI Grupo de Ejércitos necesitaba Amberes para atravesar Alemania. Graham, su jefe de logística, daba por supuesto que una división en combate podía sostenerse con 350 o 400 toneladas diarias de pertrechos, casi la mitad de lo que calculaba el SHAEF. Las unidades británicas así lo habían hecho en África, aunque en unas condiciones de combate muy distintas. Si dos cuerpos de ejército aliados llegaban a Berlín, pensaba Montgomery, las defensas alemanas se encontrarían en tal «desbarajuste» que el Tercer Reich se desintegraría. Puertos de menor importancia, como Dieppe y Le Havre, podían prestar apoyo a un avance sobre la capital enemiga; del mismo modo que un «buen puerto en el paso de Calais», añadía Montgomery, bastaría para llegar a Münster, setenta kilómetros más allá del Rin, complementado por lanzamientos aéreos y un mayor número de camiones. Por desgracia, el primer puerto del paso de Calais —Boulogne— no quedaría abierto hasta mediados de octubre; y lo mismo sucedería con las maltrechas instalaciones de Le Havre. Hasta entonces solo el Mulberry B, situado lejos del frente, podía acoger buques de carga británicos de buen tamaño, y las condiciones atmosféricas del otoño hacían que las operaciones resultaran cada vez más arriesgadas. Peor aún; acababa de descubrirse que los camiones británicos, capaces de desplazar mil cuatrocientas tres toneladas tenían un defecto en los pistones del motor, y lo mismo les ocurría a todos

los motores de repuesto. No obstante, según la historia oficial del ejército canadiense, el Estado Mayor de Montgomery había decidido que la apertura del Escalda era la «última prioridad» para el I Ejército canadiense.³¹

Además había entrado en juego otra novedad igualmente sombría en el terreno de los combates. El sábado Montgomery había recibido un cable secreto del Departamento de Guerra informándole de que la noche anterior habían tenido lugar dos explosiones en Inglaterra que anunciaban un nuevo asalto alemán contra la isla. Sin avisar, a las 18:34 h del 8 de septiembre, una explosión abrió un cráter de seis metros de profundidad en Stavely Road, cerca del Támesis, matando a tres personas, causando la ruina de once casas, y graves destrozos en otras quince. Una segunda explosión sacudió Epping dieciséis segundos después. Justo dos días antes, el gobierno de Churchill había declarado la victoria contra las V-1 en la batalla de Londres; Whitehall se negaba, pues, a reconocer públicamente la existencia de una nueva amenaza alemana. Las alusiones del gobierno a accidentes de las tuberías de gas natural como causa del desastre inspiraron algunos comentarios cáusticos en torno a ciertas «cañerías de gas volantes» e indujeron a los más crédulos a presentar reclamaciones de daños y perjuicios a las compañías encargadas del suministro.³²

El verdadero culpable, el cohete V-2, medía casi quince metros de longitud, pesaba unas trece toneladas, y llevaba una cabeza explosiva de una tonelada. Alcanzaba los 5.900 kilómetros por hora, una altura máxima de casi 100, y su velocidad de impacto era comparable al choque de cincuenta grandes locomotoras con una zona habitada. El V-2 era obra de un joven *Junker* prusiano llamado Wernher von Braun, perteneciente al partido nazi y a las SS, y que desde 1937 llevaba trabajando en la construcción de un cohete propulsado con combustible líquido en Peenemünde, un bucólico pueblecito de pescadores en la costa del Báltico que le había recomendado su madre.³³

Los servicios de inteligencia británicos llevaban ya algún tiempo esperando la llegada del cohete. «La existencia del V-2 ha sido establecida fuera de toda duda», confirmaba un informe secreto el 11 de julio. Algunos analistas temían que la carga explosiva fuera de seis toneladas, que llevara gases o «gérmenes bacteriológicos» y que fuera capaz de destruir todos los edificios situados en un radio de unos dos kilómetros. Los bombardeos de saturación de Peenemünde ocasionaron la muerte de muchos científicos e ingenieros alemanes, retrasando dos meses el programa de cohetes. Pero la despiadada utilización de mano de obra esclava y la construcción de sencillas estructuras de lanzamiento móviles habían permitido a Hitler autorizar a primeros de septiembre el inicio de la Operación Pingüino. Durante los meses siguientes serían disparados por término medio catorce V-2 al día, aunque los cohetes

tenían una lamentable tendencia a estallar en pleno vuelo. A diferencia de los V-1, era imposible defenderse de los V-2: a una velocidad Mach 5 eran simplemente demasiado rápidos. Cerca de millón y medio de londinenses habían salido de la capital debido al reciente impacto de los V-1, y ahora el gobierno inglés estaba considerando también evacuar la ciudad.³⁴

La primera andanada había sido lanzada desde el oeste de Holanda, y el general de la SS encargado de supervisar la Operación Pingüino había situado su cuartel general a las afueras de Nimega, ciudad holandesa que distaba apenas veinticinco kilómetros de Arnhem, a orillas del Rin, uno de los objetivos primordiales de la Operación Market Garden. El mensaje procedente de Londres que avisaba a Montgomery de los primeros ataques con cohetes contenía además la siguiente petición: «¿Querría informarnos, por favor, con la mayor urgencia en qué fecha aproximadamente considera usted que podrá acordonar la zona costera comprendida entre Amberes, Utrecht y Rotterdam?» Mientras que el general Dempsey y otros eran partidarios de un avance más hacia al este, en dirección al Rin a la altura de Wesel, esta nueva ofensiva alemana convenció más si cabe a Montgomery de que debía dirigirse al norte, al interior de Holanda. «Tiene que ser hacia Arnhem», dijo.³⁵

Tedder tenía razón: a Montgomery no le gustó que no le dieran un cheque en blanco. El lunes cablegrafió a Eisenhower diciéndole que sin un apoyo logístico mayor no sería posible llevar a cabo ninguna ofensiva hacia el Rin durante casi dos semanas, o quizá más. «Esta demora», añadía en una amenaza ligeramente velada, «dará al enemigo tiempo para organizar mejores medidas defensivas y habrá que esperar una resistencia más fuerte por su parte y un avance más lento por la nuestra».³⁶

Eisenhower había regresado de Bruselas con el espíritu magullado y el cuerpo dolorido. «E. está pasando unos días en cama debido a su pierna», anotó en su diario Kay Summersby el 11 de septiembre. El comandante supremo empezó a dictar apuntes para un futuro libro de memorias, «con el fin de anotar algunas de las cosas que me convendría decir en un rel[ato] personal de la guerra», como escribió en el diario de su despacho. Con respecto al mariscal, añadió: «A Monty no parece impresionarle mucho la necesidad de tomar los accesos de Amberes... La propuesta de Monty es muy sencilla: dárselo todo él. Es una locura».³⁷

El 11 fue a visitarlo Ramsey y encontró a Eisenhower en pijama. El almirante anotó en su diario:

Se explayó hablando del tema de Monty, el mando, sus dificultades, la futura estrategia, etc. Está claramente preocupado y la causa es sin duda alguna Monty, que se está comportando muy mal. Ike no se fía de su lealtad y probablemente con razón. Nunca se había explayado conmigo de esa forma antes.³⁸

En un momento en el que el alto mando aliado necesitaba armonía estratégica, prevalecieron las discordancias y los comadreos pueriles. Eisenhower miraba con simpatía los deseos de los ingleses de hostigar los puntos de lanzamiento de los V-2, y veía en la Operación Market Garden un golpe audaz que podía acelerar la derrota de Alemania. A pesar del riesgo que suponían para la apertura del puerto de Amberes, creía que estos dos objetivos dispares podían conseguirse sin frenar la ofensiva norteamericana hacia el Sarre. «No hay ningún motivo —decía en una carta a Bradley— que impida que Patton siga hostigando al enemigo si las condiciones para una acción ofensiva son apropiadas.» En cuanto al mariscal, los comentarios privados de Eisenhower se habían vuelto mucho más mordaces. «Lo llamó “ese listillo hijo de puta”, lo que resultaba muy alentador», confió Patton a su diario. Una vez acabada la guerra Eisenhower sería mucho más duro, y llegó a decir al escritor Cornelius Ryan: «Es un psicópata, no lo olvides. Es tan egocéntrico... Esencialmente no es un hombre honesto».³⁹

Esa valoración era absurda. A pesar de su solipsismo y de la poca atención que prestaba a veces a la verdad, Montgomery —que fue tan responsable como cualquier otro de la victoria en Normandía— no puede decirse que fuera un psicópata. Por fortuna para la causa aliada, Eisenhower se mordió la lengua y siguió a lo suyo, animoso aunque cojo. En respuesta a la advertencia de un retraso de quince días que le hacía Montgomery, envió a Beetle Smith a Bruselas para que siguiera discutiendo con él, y después accedió a reforzar al XXI Grupo de Ejércitos con mil toneladas diarias más de pertrechos, enviadas por camión o por avión. Autorizó además a Montgomery a ponerse en comunicación directa con el I Ejército de Hodges, situado en su flanco derecho, en vez de hacer pasar todos sus mensajes a través de Bradley. Montgomery le envió una nota de agradecimiento, pero en privado se relamía de gusto. «Ike ha cedido», comentó con un confidente en Londres. «La ofensiva del Sarre va a detenerse... Hemos conseguido una gran victoria.»⁴⁰

Se engañaba. Eisenhower había ofrecido concesiones sin conceder en realidad nada. La ofensiva del Sarre continuaría. Y la única victoria que interesaba a los tres millones de soldados aliados en medio de tantos peligros era la que se suponía que tenían que conseguir sus altos mandos en el campo de batalla. Eisenhower escribió a Marshall una nota un tanto petulante que por otra parte distorsionaba los argumentos de Montgomery:

Montgomery de repente se obsesionó con la idea de que su grupo de ejércitos podía salir disparado directamente hacia Berlín siempre que le diéramos a él todos los pertrechos existentes en el teatro de operaciones, esto es que se inmovilizaran todas las demás divisiones... El examen detenido de este plan revela que es una idea fantástica... He tenido que sacrificar muchas cosas para dar a Montgomery la fuerza que necesita.

En cuanto al futuro, Eisenhower demostraba ser un adivino muy poco competente:

Tendremos que librar otra gran batalla más en el oeste. Será la forma de seguir adelante rompiendo las defensas alemanas en la frontera... Luego el avance por Alemania no será tan rápido como lo ha sido por Francia... Pero dudo mucho que comporte una nueva batalla en toda regla.⁴¹

El lunes 11 de septiembre fue un día claro y caluroso. Poco después de las seis de la tarde un jeep americano en el que iba una patrulla de cinco hombres de la Tropa B del 85.º Escuadrón de Reconocimiento se dirigía hacia el norte por la carretera que salía de Vianden bordeando el río, al nordeste de Luxemburgo. En todas direcciones podían verse colinas cubiertas de espesos bosques y una sombra azul iba envolviendo el valle. El jeep fue dando tumbos hasta que se detuvo junto a las ruinas de un puente sobre el pequeño río Our que había sido volado unos días antes. El sargento de Estado Mayor Warner W. Holzinger, natural de Reedsburg, Wisconsin, que sabía hablar alemán, bajó dificultosamente hasta la orilla del río, seguido de un fusilero y un intérprete francés contratado por el escuadrón en París. Las órdenes de la 5.ª División Acorazada que había recibido Holzinger le instaban a actuar con cautela, pero añadían: «Si los sondeos indican una gran debilidad en algún sector de la línea fronteriza, la penetración puede ser posible». El sargento detectó una gran debilidad. Con el agua cristalina del Our llegándoles apenas al remate de las botas, sus dos camaradas y él avanzaron chapoteando veinte metros para convertirse en los primeros soldados aliados que entraban en Alemania.⁴²

Unos cuatrocientos metros más allá, subiendo un repecho, llegaron hasta un conglomerado de casas, donde un campesino les informó de que la retaguardia alemana se había largado el día antes. Llevándose como guía a aquel hombre, que no daba crédito a lo que veían sus ojos —«por si mentía», explicaría posteriormente Holzinger—, los soldados americanos caminaron poco más de un kilómetro hasta la cresta de un monte, afilada como un cuchillo, que ofrecía una vista panorámica sobre el curso del río. Escrutando las colinas con sus prismáticos de campaña, Holzinger contó veinte posiciones fortificadas de hormigón escondidas entre los claros del bosque y la arboleda, entre ellas una que contenía además un gallinero. Todas

parecían vacías. Como estaba a punto de caer la noche, volvió a cruzar el río a toda prisa y regresó a comunicar por radio que sus hombres habían localizado la Línea Sigfrido.⁴³

A medianoche, también otras patrullas de la 4.^a y la 28.^a División de Infantería habían cruzado la frontera y se habían encontrado con miradas hostiles y sábanas blancas colgadas de las ventanas de los pisos altos de las casas. Dividido en tres cuerpos, el I Ejército norteamericano se acercó a la frontera alemana por el sur de Holanda, el este de Bélgica y Luxemburgo. Los exploradores vigilaban a los «cucos» —civiles de la zona de dudosa lealtad, a menudo de etnia alemana, que intentaban escabullirse hacia el este— y escuchaban el *ratatata* de las ametralladoras que, según se decía, «se comían entre sí», cuando las posiciones avanzadas intercambiaban disparos a uno y otro lado de las líneas. Un poco más al sur, el mismo lunes, una patrulla de la 6.^a División Acorazada del ejército de Patton divisó a unos dragones franceses del ejército de Patch en Saulieu, en Borgoña. Pocas horas después, un destacamento de la 2.^a División Acorazada francesa del general Leclerc —que formaba también parte del III Ejército— se encontró con tres vehículos blindados con veinte hombres de la 1.^a División de Infantería del general de Lattre a las afueras de Nod-sur-Seine, a 65 km al nordeste de Dijon. Colocándose como es debido el cuello de la camisa, el alcalde de la localidad salió corriendo a recibirlos seguido de todos los habitantes del pueblo. Allí, al pie de un olmo, en plena Nacional 71, mientras las campanas de la iglesia repicaban en la torre, la población contempló cómo las dos unidades se estrechaban la mano para sellar la unión de los libertadores que habían desembarcado en Normandía y los que lo habían hecho en Provenza.⁴⁴

Desde el mar del Norte hasta el Mediterráneo, los Aliados ofrecían ahora un frente ininterrumpido. Las perspectivas del Tercer Reich no habían parecido nunca tan sombrías. En tres meses la Wehrmacht había perdido cincuenta divisiones en el este, veintiocho en el oeste, y un territorio varias veces más grande que Alemania propiamente dicha. Los regímenes del Eje en Rumanía, Bulgaria y Finlandia pedían la paz. Berlín había empezado a evacuar el sur de Grecia, enviando aviones de transporte a través de Egeo en plena noche para hacer desaparecer de Creta como por arte de magia a 37.000 soldados. La vida operacional de un comandante de *U-Boot* duraba en aquellos momentos por término medio solo dos rondas. En su avance los ejércitos soviéticos habían entrado en las repúblicas bálticas y habían cruzado media Polonia; en ese momento el Ejército Rojo había hecho un alto para reagruparse, y los alemanes habían aprovechado ese aplazamiento para sofocar la insurrección de

Varsovia. Tras cinco años de guerra, las bajas del ejército alemán superaban los 114.000 oficiales y los 3, 6 millones de soldados rasos, sin contar a los que habían reanudado el servicio tras recuperarse de sus heridas.⁴⁵

A pesar de todas sus dificultades en el este, el peligro más grave para Hitler en aquellos momentos se encontraba en el oeste, donde tres grupos de ejércitos se disponían a abalanzarse contra Alemania. En busca de un salvador, llamó una vez más al mariscal von Rundstedt, que tras su destitución en el mes de julio había pasado la mayor parte del tiempo tomando las aguas en Bad Tölz. «Me gustaría poner el Frente Occidental otra vez en sus manos», le dijo Hitler. El mariscal Model seguiría trabajando al frente de lo que quedaba del Grupo de Ejércitos B. «*Mein Führer* — contestó Rundstedt—, puede usted mandar lo que quiera. Cumpliré sus órdenes hasta exhalar mi último suspiro.» *Life* decía de él que era no solo «el mejor general de la Wehrmacht», sino también «la última esperanza de Alemania».⁴⁶

Desde su nuevo cuartel general de Coblenza, Rundstedt no tardó en descubrir qué pequeñas eran las esperanzas que le quedaban. El alto mando alemán (*Oberkommando der Wehrmacht*, esto es, el OKW) consideraba que su fuerza de combate en el oeste equivalía nada más que a trece divisiones de infantería debidamente fuertes y cuatro divisiones motorizadas; varias decenas más se hallaban agotadas, si no totalmente inutilizadas. Rundstedt advirtió a Berlín que «el Grupo de Ejércitos B tiene alrededor de 100 tanques con capacidad de funcionar»; los Aliados, cuya llegada era inminente, añadía, disponían «aproximadamente de 1.700». El general Erich Brandenberger, que había asumido el mando del VII Ejército tras la captura de Eberbach, no se enteró hasta entonces de que «no se sabe dónde está por el momento el cuartel general»; cuando por fin fue encontrado el puesto de mando, «todo daba una sensación de huida y de desorganización», informó Brandenberger. A mediados de septiembre calculaba que la fuerza efectiva de su ejército equivalía a tres o cuatro divisiones, incluidas «unidades híbridas» como la formada a partir de doscientos destacamentos de correos. A lo largo de todo el frente, muchos pertrechos, desde tanques y camiones hasta municiones y uniformes, escaseaban. A finales de verano habían sido creadas dieciocho nuevas divisiones *Volksgranadier* con pacientes todavía convalecientes de hospitales, trabajadores de la industria, soldados que habían quedado descolgados de sus unidades, combatientes veteranos, marineros y pilotos reconvertidos, y niños. No tardarían en materializarse más divisiones semejantes, pero cada una de ellas estaba integrada solo por diez mil hombres, frente a los diecisiete mil que formaban una división en los días de gloria de la Wehrmacht, y los medios de transporte eran en su mayoría tirados por bicicletas o por caballerías.⁴⁷

La Línea Sigfrido —para los alemanes el *Westwall* o muro occidental— constituía el último bastión antes del Rin. Iniciadas en 1936, sus fortificaciones acabaron extendiéndose desde la frontera holandesa hasta Suiza y comprendían tres mil fortines y búnkeres. Provistos de muros y techos de hasta seis metros de espesor, algunos disponían de fogones, chimeneas de estaño, y galerías de comunicación. Otros estaban disimulados como si fueran subestaciones eléctricas, con conducciones eléctricas falsas, o graneros, con balas de heno apiladas en las ventanas. Diseñados teniendo astutamente en cuenta el terreno y el ángulo de tiro entre uno y otro, los fortines eran sobre todo numerosos en aquellos lugares en los que los accesos parecían especialmente vulnerables; en un solo kilómetro cuadrado podía llegar a haber hasta quince grandes búnkeres. Miles de dientes de dragón —estructuras piramidales de hormigón armado de entre 60 y 180 centímetros dispuestas para cortar el paso a los tanques—salpicaban el paisaje. En 1939, las películas de propaganda aseguraban al público alemán que se había conseguido que la patria fuera inexpugnable ante cualquier ataque por tierra desde el oeste.⁴⁸

Pero años y años de incuria habían asolado la Línea Sigfrido. Las alambradas, las puertas de acero y las armas pesadas habían sido expoliadas para trasladarlas al Muro Atlántico. La maleza y los árboles no tardaron en bloquear las aspilleras. Los campesinos tendieron calzadas sobre los dientes de dragón para acceder a sus campos y transformaron los fortines en cobertizos para guardar sus herramientas o almacenar patatas y nabos. Los búnkeres se inundaron o fueron saqueados, o se convirtieron en escondite para los soldados que regresaban de Normandía. Húmedas y oscuras como la madriguera de un gnomo, las fortificaciones «parecían más obras de alcantarillado que fuertes subterráneos».⁴⁹

A mediados de agosto Hitler ordenó la rehabilitación del *Westwall* con el reclutamiento de «trabajadores del pueblo». Solo el hallazgo de las llaves de las puertas cerradas resultó una tarea exasperante. El 10 de septiembre, la mano de obra reclutada ascendía a 167.000 personas, incluidas las socias de la Liga de Muchachas Alemanas y los chicos de las Juventudes Hitlerianas, así como otros individuos sacados de los centros de alistamiento, campamentos de instrucción, comisarías de policía, y clínicas de reposo. Las armas capturadas en el Frente Oriental permitieron rearmar algunos búnkeres, aunque la fuerza de choque y las grandes dimensiones del cañón de la MG-42 —una ametralladora alemana famosa por sus efectos letales inventada después de que se diseñara la construcción de la Línea Sigfrido— resultaron excesivas para muchos fortines.⁵⁰

Con su característica agilidad, Rundstedt guarneció las fortificaciones con unidades improvisadas enviadas a toda prisa al frente. Aunque el 10 de septiembre todavía se lamentaba de que necesitaba otras seis semanas para reconstruir la línea como era debido, improvisó con los tripulantes de los panzer desmontados, algunos guardas fronterizos y batallones que todavía se encontraban en fase de instrucción. La 49.^a División de Infantería estaba compuesta por oficiales y soldados de más de una docena de batallones desintegrados y fue trasladada a un sector del muro occidental de más de quince kilómetros de extensión. El equivalente a dos divisiones de la Luftwaffe fue desplegado a lo largo de un sector de casi cien kilómetros en Holanda. El 1.^{er} SS-Panzerkorps detuvo oficialmente su larga retirada para ayudar a reforzar las defensas. En una semana, 160.000 soldados en retirada habían sido dirigidos de nuevo al frente, robusteciéndose el *Westwall* con veintiuna divisiones Volksgrenadier y casi ocho divisiones Panzer.⁵¹

Hitler exigió «mantener la posición hasta la aniquilación total». Y añadió:

La lucha en el oeste se ha extendido hasta el Reich alemán. La situación ya no permite maniobras. ¡Resistid o morid!... Cada búnker, cada manzana de casas de una ciudad alemana, cada aldea alemana debe convertirse en una fortaleza.⁵²

La cuestión de cómo romper la Línea Sigfrido preocupaba ahora tanto a los generales como a los soldados rasos aliados. «Es un monumento a la estupidez», insistía Patton. «Todo lo que hace un hombre puede superarlo otro.» Pero el ejército estadounidense tenía poca experiencia en el sometimiento de las complejas fortificaciones europeas; los manuales del Cuerpo de Ingenieros se centraban más en las obras de defensa provisionales. Un solo búnker situado en lo alto de una colina al sur de Aquisgrán que fue atacado por el 39.^o Regimiento de Infantería a mediados de septiembre puso de manifiesto lo duro de roer que podía llegar a ser aquel hueso. Sucesivamente y sin conseguir su objetivo, los soldados dispararon bazookas y colocaron explosivos en el extremo de una pértiga; arrojaron gasolina en llamas por debajo de la puerta; detonaron cargas explosivas Beehive sobre el ventilador situado en el tejado, y después más de treinta minas antitanque Teller y otras once cargas Beehive; y quemaron las aspilleras con lanzallamas. Hasta que no se colocaron ciento cincuenta kilos de TNT bien apretados sobre un cepellón de tierra encima del tejado y fueron detonadas las cargas con un estruendo espantoso no salieron ondeando la bandera blanca treinta alemanes que, según explicaron, no habían tenido más inconveniente en toda aquella ordalía salvo que de vez en cuando se les habían apagado las velas.⁵³

Las cortinas de fuego de artillería habituales tenían poco efecto sobre los reductos del *Westwall*, salvo que les «quitaban el camuflaje». El napalm y otros procedimientos incendiarios resultaron decepcionantes. La experiencia demostraría que a menudo se necesitaban entre veinte y veinticinco kilos de explosivos para acabar con un solo diente de dragón, y los fortines grandes requerían media tonelada. Entre diez y veinte proyectiles lanzados desde un cañón autopropulsado de 155 mm conseguían unas veces atravesar un muro de hormigón de casi dos metros, pero otras no. Los ingenieros aprendieron a utilizar una excavadora blindada oculta tras una cortina de humo para sepultar los fortines; las puertas eran selladas con un soldador electrógeno remolcado por un jeep. Como mínimo, un bombardeo con proyectiles pesados conseguía a veces que a los defensores les costara trabajo respirar, pues las paredes de hormigón del interior desprendían mucho polvo.⁵⁴

Mientras Rundstedt guarnecía a toda prisa la línea de defensores, dos ejércitos americanos iban probando y hurgando en ella en busca de algún punto por el que colarse. A pesar de la fanfarronería de Patton, su III Ejército todavía tenía incluso que llegar a la altura de la Línea Sigfrido, que torcía repentinamente hacia el este siguiendo el trazado de la frontera. Valiéndose solo de los mapas Michelin y de sus propias conjeturas —las 200.000 fotografías aéreas, para las que se necesitaron más de 16.000 metros cuadrados de papel, no llegaron hasta mediados de septiembre— Patton tenía pensado cruzar de un brinco el Mosela y avanzar hacia Maguncia y Mannheim, a orillas del Rin. Su intención era flanquear la ciudad francesa de Metz «si no cae como un higo maduro», y preveía encontrar poca resistencia hasta poco antes de llegar a la Línea Sigfrido.⁵⁵

Hitler tenía otra idea muy distinta. Llegaron a Metz refuerzos alemanes procedentes de Dinamarca y del norte de Italia, que dieron al comandante de la plaza el equivalente de casi cinco divisiones para reforzar no solo la compleja constelación de fuertes que rodeaban la ciudad, sino también una línea defensiva al oeste del Mosela. El 7 de septiembre llegaron al río, al norte y al sur de Metz, cuatro columnas blindadas del III Ejército, que no tardaron en enfrentarse a una atronadora cortina de artillería enemiga y en descubrir que no quedaba ni un solo puente en pie.⁵⁶

A la mañana siguiente, un batallón de la 5.^a División de Infantería logró colarse al otro lado del Mosela desde Dornot para encontrarse con un contraataque de los Panzergrenadiere en formación cerrada al grito de *Heil Hitler!* Cuatro compañías de soldados americanos abrieron a la desesperada una línea de trincheras en forma de herradura de solo trescientos metros de anchura con el río a sus espaldas; se pidió a los soldados heridos que no gritaran con la esperanza de mantener en secreto la magnitud de las bajas sufridas. Acribillado por los disparos de las baterías antiaéreas

alemanas, el batallón repelió más de treinta asaltos en sesenta horas. «No cabe duda de que esto es un agujero infernal», anotaron en el diario de la unidad. Hasta el anochecer del 10 de septiembre los supervivientes no recibieron la autorización para regresar cruzando el río, y evacuaron la zona en medio de un fuego intensísimo en tres barcas acribilladas a balazos en las que por cada hombre que remaba dos tenían que dedicarse a achicar el agua que entraba en su interior. Otros cruzaron a nado ayudándose de manguitos fabricados con condones inflados, o montados en balsas improvisadas hechas con cajas vacías de munición. Aparte de las más de 360 bajas sufridas en acción, el batallón mandó al hospital a otros 150 hombres aquejados de fatiga de combate.⁵⁷

Patton conseguiría otras varias cabezas de puente sobre el río Mosela y el 14 de septiembre fue capturada la ciudad no fortificada de Nancy, que se convertiría en cuartel general del III Ejército. Pero su primitiva aspiración —«atravesar la Línea Sigfrido con tanta facilidad como caga un ganso»— se había visto claramente frustrada. Había juzgado erróneamente el aguante del enemigo: un despacho de la agencia Reuters informaba de que los alemanes capturados solían «revolverse y morder». Atacando a lo largo de un frente amplio, Patton no había logrado aprovechar el hueco vulnerable, aunque provisional, abierto entre el V y el I Ejército Panzer alemán. De momento no le quedaba más recurso que las baladronadas. «Llevo estudiando a los alemanes toda mi vida», dijo a su Estado Mayor en Nancy. «Sé exactamente cómo van a reaccionar... No tienen ni la más ligera idea de lo que voy a hacer. Así que, cuando llegue el momento, voy a zurrarles de lo lindo.»⁵⁸

Mas al norte, las perspectivas del I Ejército parecieron más halagüeñas cuando tres de sus cuerpos se dieron, hombro con hombro, con el muro occidental en un frente de 120 kilómetros. En el ala derecha de dicho ejército, por donde el sargento Holzinger había cruzado el Our por primera vez, el V Cuerpo no tardó en verse superado por los contragolpes del enemigo y el fuego abrumador procedente de las recias fortificaciones de los confines de las Ardenas. La 28.^a División de Infantería, orgullosa de haber desfilado por París durante su breve paso por la ciudad tres semanas antes, tenía tan poca munición de artillería que sus cañones se vieron constreñidos a disparar veinticinco proyectiles al día y solo podía combatir cada vez un batallón por regimiento. Tres días de pelea en el siniestro sector del Macizo Central alemán llamado la Schnee Eifel supusieron un avance mínimo, aunque los americanos conquistaron diecisiete fortines e hicieron cincuenta y ocho prisioneros en el curso de un solo tiroteo. Incluso aquella modesta rotura de la Línea Sigfrido provocó un contraataque que costó a la división mil quinientas bajas. Una vez más,

como en la primera guerra mundial, el distintivo rojo en el hombro —en honor de sus orígenes, la Guardia Nacional de Pensilvania— dio lugar a la expresión *der blutige Eimer*, «el Cubo Sangriento».⁵⁹

En un sector situado justo al norte de allí, el 12 de septiembre Hemingway entró en Alemania acompañando a la 14.^a División, y encontró «mujeres feas y hombres rechonchos y con mal tipo». Tras requisar una granja abandonada, pegó un tiro en la cabeza a varios pollos con su pistola y con ellos ofreció una cena a base de guisado de pollo con guisantes, cebollas y zanahorias a los oficiales del regimiento, uno de los cuales escribió: «En aquel momento todos parecíamos dioses menores». Pero aquel momento pasó. Un contraataque de la 2.^a División SS-Panzer permitió cerrar el boquete de diez kilómetros abierto en la línea e infligió ochocientas bajas a los americanos; una compañía se vino abajo y tuvo que recular casi dos kilómetros. El viernes 15 de septiembre, el puesto de mando de la división retrocedió de nuevo a Bélgica, en la primera retirada, según se dijo, de la 4.^a División desde las maniobras de Carolina de 1941. Una prometedor incursión de la 5.^a División Acorazada también quedó en nada y la cabeza de puente conquistada por sus efectivos no tardó en ser abandonada, con lo que las Ardenas volvieron a convertirse en un incómodo páramo hasta mediados del mes de diciembre.⁶⁰

En el flanco izquierdo del I Ejército, el XIX Cuerpo cruzó la ciudad holandesa de Maastricht el 14 de septiembre y descubrió que todos los alemanes, menos cuatro desgraciados, se habían ido quemando los papeles del cuartel general de la Gestapo. Tres días después, la 30.^a División entró en Alemania, para encontrarse los fortines y los nidos de ametralladoras recientemente guarnecidos con austríacos pertenecientes a una división Volksgrenadier. Una ofensiva de la unidad que pretendía tomar los vados del río Ruhr, a quince kilómetros de distancia, fue aplazada dos veces por falta de municiones, como consecuencia del mal tiempo y debido al temor a dejar expuesto el flanco norte; de ese modo el enemigo tuvo tiempo de atrincherarse y los americanos tuvieron tiempo «de sopesar sus temores», como reconoce la historia oficial del Ejército.⁶¹

Eso hizo que llegara la última, y también la mejor ocasión para llevar a cabo un rápido avance de los americanos por el sector central del I Ejército, donde se había concentrado el VII Cuerpo de Joe Collins con tres divisiones a cada lado en un frente de unos sesenta kilómetros. Collins conocía perfectamente aquel terreno por los tres años que había pasado en Coblenza con las fuerzas de ocupación al término de la primera guerra mundial. (Se jactaba además de saber pronunciar correctamente los nombres alemanes.) Sabía también que la bolsa de Aquisgrán había sido una importante vía de acceso para el comercio desde los tiempos del Imperio romano y,

según sus propias palabras, «la verdadera ruta de entrada y de salida de Alemania» desde los primeros tiempos de la cristiandad. Precisamente por ese motivo Hitler había redoblado allí la robustez del *Westwall* con un doble cinturón de fortificaciones: la Línea Scharnhorst seguía casi el trazado de la frontera con Bélgica y Holanda, y en paralelo a ella, unos pocos kilómetros más al este, se extendía otra más gruesa, la Línea Schill. La ciudad de Aquisgrán se encontraba en una hoya en medio de esos dos cinturones, antigua y vulnerable, capital de Carlomagno y del romanticismo nazi, en la que durante siete siglos habían sido coronados como herederos de los césares los titulares del Sacro Imperio Germánico.⁶²

Collins eligió entonces una opción que no tardaría en lamentar. En vez de tomar Aquisgrán, decidió aislarla. En vista de la escasez de gasolina y de municiones, y deseoso de evitar una pelea urbana a punta de pistola como la carnicería de Cassino en Italia, ordenó a la 1.^a División que tomara las colinas que rodean la ciudad por el sur y por el este, mientras que la 9.^a avanzaba por la densa zona boscosa situada a unos diez kilómetros más abajo de Aquisgrán que se llama el Hürtgenwald o Bosque de Hürtgen. Entre esas dos unidades, la 3.^a División Acorazada debía ir avanzando por el nordeste hacia la localidad de Stolberg, tras la cual se extiende un terreno abierto que conduce a los ríos Ruhr y Rin. Con suerte Collins creía que los alemanes abandonarían Aquisgrán antes que arriesgarse a ser rodeados por cincuenta mil soldados americanos que se tragarían como si nada la Línea Scharnhorst y la Línea Schill.⁶³

La repentina aparición del VII Cuerpo desencadenó el pánico en la ciudad. Los integrantes de la guarnición de las baterías antiaéreas rompieron los visores de sus cañones y huyeron hacia Colonia, seguidos de la policía, las autoridades municipales y los miembros del partido nazi. Hitler ordenó la evacuación de los 160.000 habitantes de Aquisgrán. La población, aterrorizada ante la amenaza de fusilamiento en el acto por traición si no obedecía la orden, abandonó la ciudad y las carreteras que conducían al este no tardaron en llenarse de tenderos, pensionistas y madres empujando cochecitos de niño.⁶⁴

En medio de aquel caos, el martes 12 de septiembre por la tarde llegó el general conde Gerhard von Schwerin, que había recibido la orden de defender Aquisgrán con los mil seiscientos hombres y los treinta tanques que quedaban de su 116.^a División Panzer, reforzada por dos frágiles batallones de la Luftwaffe y algunos milicianos locales a los que llamaba «San Nicolás con escopeta». Veterano de África y de Normandía, que había obtenido la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro en premio a su valor, Schwerin era un aristócrata prusiano al que Hitler había calificado de

«comandante espléndido en el campo de batalla que por desgracia no es nacionalsocialista». Otro oficial añadiría después: «Era inteligente, pero eso a menudo era una desventaja».⁶⁵

Schwerin instaló su nuevo puesto de mando en el lujoso Palast-Hotel Quellenhof y el miércoles por la mañana hizo lo que parecía impensable: con la ciudad supuestamente a punto de caer en cuestión de horas, revocó la orden de evacuación dada por Hitler. Sus tropas se desplegaron por toda la ciudad fusilando a los saqueadores e instando a la población a regresar a la seguridad de sus hogares. A continuación Schwerin se sentó en su despacho y redactó un llamamiento en inglés que debía entregarse al oficial americano al mando cuando tomara la ciudad: «He interrumpido la absurda evacuación de esta ciudad; por consiguiente, soy responsable de la suerte que corran sus habitantes y le pido, en caso de que sus tropas ocupen la ciudad, que se ocupe de forma humanitaria de sus infortunados pobladores».⁶⁶

Confió la carta al único funcionario que quedaba en Aquisgrán, un burócrata de la compañía telefónica, e inmediatamente salió a reforzar las defensas en ruina que rodeaban el perímetro sudeste de la ciudad.

Pasó un día y luego otro. Al anoecer del viernes, la 1.^a División había roto la Línea Schornhorst y rodeaba Aquisgrán por el oeste, el sur y el este. La 9.^a División había avanzado por el extremo occidental del Bosque de Hürtgen, y el sábado su 47.^o Regimiento de Infantería rebasó el último bastión de hormigón armado de la Línea Schill en dirección a Schvenhütte, a más de quince kilómetros en el interior de Alemania. La 3.^a División tomó una serie de localidades —Roetgen, Schmidthof, Rott, Brandt— y continuó avanzando lentamente hacia la parte sur de Stolberg, donde, en su huida, los alemanes dejaron la comida sin acabar en los platos y las maletas a medio hacer encima de la cama.⁶⁷

Pero a Collins se le había escurrido de las manos el ímpetu de su ataque. De los varios centenares de tanques Sherman concedidos a la división acorazada, solo setenta seguían siendo aptos para el combate, es decir poco más de un batallón; tras cruzar Francia al galope, muchos apenas podían arrastrarse ahora a medio gas. Camiones, semiorugas y jeeps se hallaban en el mismo estado de decrepitud. Muchos soldados vivían de las raciones que conseguían arrebatarse al enemigo. El reabastecimiento exigía un viaje de más de trescientos kilómetros entre ir y volver hasta los centros de distribución del ejército para conseguir municiones, y otro más largo aún para conseguir combustible. Ni cincuenta proyectiles de cazacarros pudieron acabar con un fortín particularmente obstinado, y en un violentísimo tiroteo los morteros y cañones de 88 mm del enemigo inutilizaron más de diez Sherman.⁶⁸

Al darse cuenta de que los americanos pretendían forzar el pasillo de Stolberg y no asaltar Aquisgrán, los ánimos del alto mando alemán se reavivaron. Cañones y blindados fueron cambiados de posición, se reajustó el calibre de la artillería, y el sábado por la mañana entró en combate la recién reconstruida 12.^a División de Infantería —casi quince mil hombres apodados los «Toros Bravos»—, que llegó en autobuses y camiones. Las tropas de asalto y las autoridades del partido regresaron con el fin de hacer cumplir la orden dictada por Hitler de evacuación forzosa de la población civil de Aquisgrán. La carta de Schwerin cayó en manos de los nazis, y se notificó al general que sería juzgado por cobardía por el famoso Tribunal Popular, del que se sabía que administraba justicia a golpe de pena de muerte. El general se refugió en una granja al noroeste de la ciudad, protegido por un cordón de motoristas armados con ametralladoras; curiosamente, a instancias de Rundstedt, Hitler no tardó en perdonarlo no sin propinarle una reprimenda, y unos meses después Schwerin estaría en el norte de Italia otra vez al mando de un contingente de fuerzas: primero una división y luego todo un cuerpo de ejércitos. «El destino —explicaría más tarde— decidió.»⁶⁹

El domingo un contraataque alemán a la bayoneta a campo abierto al sur de Aquisgrán fue aplastado por setecientos disparos del 32.^o Batallón de Artillería de Campaña; los cuerpos de los fusileros muertos y heridos quedaron tirados en rimeros de color verde oliva llenos de manchas rojas. Un periodista alemán desplazado aquel domingo a Aquisgrán describía cómo «casi en cada calle había un edificio ardiendo como una antorcha enorme». Los soldados americanos atravesaron por un cementerio en el que habían sido abandonados antes de poder ser enterrados quince ataúdes de madera, cada uno de ellos provisto de un cartel pegado con una chincheta que llevaba el nombre de un soldado alemán muerto escrito en letra gótica. Había un ramito de dalias blancas y rojas descoloridas que llevaba un mensaje de despedida: «A nuestros camaradas, un último saludo».⁷⁰

Al cabo de cinco días de lucha, Collins había abierto un boquete de veinte kilómetros en el primer cinturón del muro occidental y una grieta de ocho en el segundo. Pero carecía de fuerza para explotar esa brecha. La batalla de Stolberg, una tortuosa ciudad de piedra embutida en un valle angosto, se convirtió en un combate casa por casa precisamente del tipo que había querido evitar. Collins trasladó su puesto de mando a un edificio de ladrillo utilizado previamente como cuartel general de los nazis en Kornelismünster, a escasos tres kilómetros del frente; allí se vio obligado a estudiar los mapas y los informes de campaña bajo el fuego constante de la

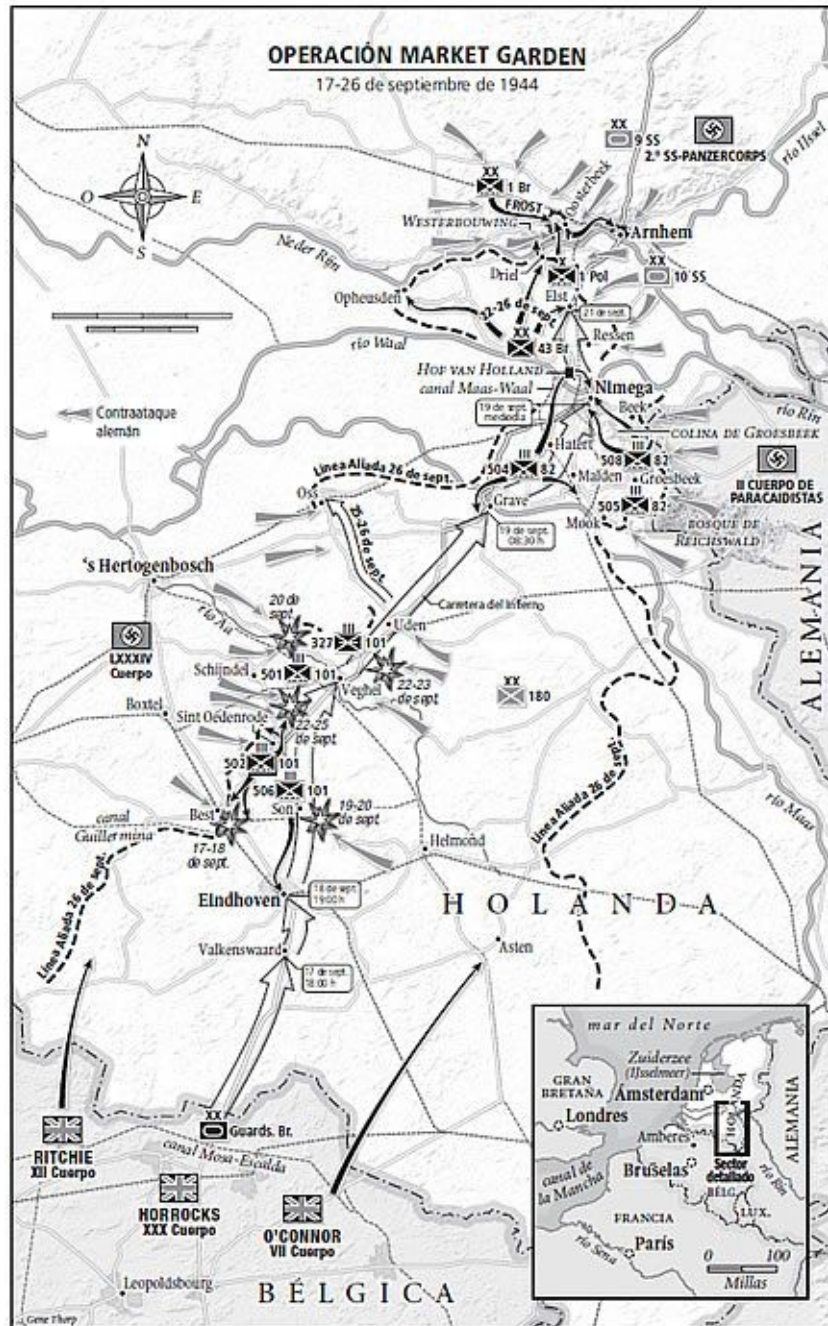
artillería —los oficiales de su Estado Mayor tuvieron que clavar mantas en la pared para tapar los agujeros abiertos en los muros— y a pensar en lo que habría podido pasar. Para él también el destino decidió.⁷¹

Tres divisiones alemanas taponaron enseguida el saliente americano con un número de *panzer* y cañones de asalto en torno a la ciudad cinco veces superior al que había una semana antes. Hitler exigió una resistencia fanática de la que ahora llamaba la «Fortaleza Aquisgrán». El combate se trasladaría cada vez más a los sótanos, como en Stalingrado. «Deben ser defendidas todas y cada una de las casas —añadió el Führer—, hasta el último hombre y hasta la última bala.»⁷²

Un mercado y un jardín

Desde su fundación en 1835 como guarnición militar en los páramos del nordeste de Bélgica, la fortuna de la ciudad flamenca de Leopoldsburg había tenido diversos altibajos con el paso de los distintos ejércitos. Se decía que en 1914 los invasores alemanes habían hecho los primeros experimentos con gases a base de cloro. Entre las dos guerras mundiales, este acantonamiento se convirtió en el más grande y más moderno de Europa, un campamento para cuarenta mil soldados belgas y varios millares de caballos: todo en balde frente a la nueva generación de atacantes alemanes, que en mayo de 1940 primero bombardearon Leopoldsburg y luego ocuparon el cuartel durante cuatro años, utilizando los bosques comunales para ejecutar a más de doscientos hombres, en su mayoría sospechosos de prestar apoyo a la resistencia. A mediados de mayo de 1944 los bombardeos británicos habían matado accidentalmente a setenta y siete habitantes de la localidad durante un ataque aéreo contra el acantonamiento enemigo, pero corrigió el error dos semanas después cuando regresó para matar a decenas de soldados alemanes en sus barracones.⁷³

Ahora los alemanes habían vuelto a marcharse y enjambres de soldados aliados recorrían las calles adoquinadas de la ciudad. El XXX Cuerpo de Ejércitos británico había establecido su cuartel general a las afueras de la localidad, cerca de una granja dedicada a la producción de miel, llena de colmenas de madera pintadas de brillantes colores, y la policía militar, con brazaletes y gorras rojas, dirigían enérgicamente los convoyes cubiertos de polvo hacia los depósitos del cuerpo de ingenieros diseminados por los alrededores de Leopoldsburg. Nueve mil zapadores habían acumulado dos mil cargamentos de grava, vigas de puentes, y anclas de barcasas, todo ello debidamente dividido en columnas con nombres en clave para poderlas desplegar con rapidez.⁷⁴



13

El domingo 17 de septiembre hacía una mañana radiante cuando decenas de oficiales británicos, ninguno por debajo del rango de teniente coronel, entraron en el deslucido cine de la Nicolaylaan, situado enfrente de la estación de tren. Constituían un vistoso grupo con sus bufandas y pañuelos de vivos colores y sus gorras marcadas con los distintivos de la Guardia Escocesa, Irlandesa y Galesa, de la Guardia de Granaderos y de Coldstream, y de la Guardia Real de Caballería. Su indumentaria, señalaba un brigadier, incluía «guerreras de camuflaje de francotiradores, cazadoras de paracaidistas y chaquetones de conductor de todoterreno sobre pantalones de

colores variopintos, calzones de pana, calzones de montar e incluso de polo». Tras el consabido intercambio de saludos, más parecidos a ladridos que a otra cosa —algunos habían combatido juntos desde antes de El Alamein—, se arrellanaron en sus butacas a estudiar un gigantesco mapa sumario del este de Holanda desplegado encima de la pantalla del cine.⁷⁵

A las once de la mañana, el teniente coronel Brian Horrocks, vestido con un jersey de lana de cuello alto debajo de la guerrera de su traje de faena y del chaquetón de camuflaje de las tropas aerotransportadas, recorrió el pasillo central de la sala provocando otro coro de saludos en forma de rugido. Alto y enjuto, Horrocks poseía, según un admirador suyo, «un rostro ascético, casi eclesiástico», y su espesa nube de cabello blanco añadía un aspecto patriarcal a su figura, a pesar de tener solo cuarenta y nueve años. Tras subir al escenario, echó una mirada escrutadora a los presentes con una sonrisa irónica, y les dio la bienvenida con una ocurrencia que sería repetida a menudo en los años venideros como prueba de su sangre fría: «Este es un cuento que contaréis a vuestros nietos y, ¡por Dios todopoderoso!, cómo se aburrirán». Despertó desde luego un enorme pataleo.⁷⁶

Horrocks estaba hecho para momentos como aquel. Había nacido en la India, en un poblado de veraneo de montaña, hijo de un médico militar al que se había concedido el título de caballero, y siendo todavía un oficial bisoño había sido capturado en Ypres en 1914, después de recibir una grave herida en el vientre; repatriado a Inglaterra después de cuatro años de reclusión en un campo de prisioneros alemán, despilfarró las pagas atrasadas que tenía acumuladas en una juerga épica que duró seis semanas. En 1919 fue capturado de nuevo, esta vez por los Rojos, mientras luchaba en un contingente británico que había ido a combatir en ayuda de los Blancos en la guerra civil rusa. Una vez más fue repatriado, después de lograr sobrevivir al tifus en una cárcel bolchevique. Tras dieciocho años como capitán y una participación en las Olimpiadas de 1924 como campeón de pentatlón británico, ascendió rápidamente cuando se reanudó la guerra, aunque él mismo se consideraba «un filisteo no demasiado brillante que ha tenido suerte». Evacuado de Dunkerque, combatió después con Montgomery en El Alamein y en toda África. Mientras se disponía a ponerse al mando del cuerpo de ejércitos británico en Salerno, fue gravemente herido por un caza alemán en el transcurso de una incursión aérea sobre Bizerta; una bala lo alcanzó en una pierna y otra le atravesó los intestinos y el pulmón antes de salirle por la espalda. Media docena de brutales operaciones quirúrgicas lo tuvieron hospitalizado más de un año, y los médicos aseguraron que no volvería a tener ningún otro mando en campaña. Pero Montgomery lo mandó llamar en agosto para que se pusiera al frente del XXX Cuerpo. La chapuza que supuso no conquistar

la zona del Escalda próxima a Amberes fue en parte culpa de Horrocks —como él mismo confesó— y aunque en aquellos momentos irradiaba un vigoroso buen humor, algunos de los que se encontraban incómodamente acomodados en las butacas de aquel cine pensaron que parecía un poquito frágil.⁷⁷

Con los ojos brillantes, moviendo arriba y abajo sus bonitas manos, habló durante una hora entera para repasar por última vez el plan de la llamada Operación Market Garden. El objetivo de los Aliados era «dominar el país por el norte hasta la altura del Zuiderzee» —una bahía poco profunda del mar del Norte, también llamada IJsselmeer—, «cortando así las comunicaciones entre Alemania y los Países Bajos». Con suerte y echándole mucho valor, un cuarto de millón de soldados enemigos quedarían atrapados al oeste de Holanda, incluidos los efectivos del XV Ejército que habían escapado cruzando el Escalda; el ataque tomaría además muchos de los maléficos lugares desde los que se lanzaban los V-2. A continuación una gigantesca punta de lanza aliada formada por tres divisiones blindadas giraría hacia el este entrando en Alemania en dirección a la cuenca del Ruhr, rebasando por los flancos la Línea Sigfrido. Los nombres en clave de las distintas localidades holandesas se habían inspirado en personajes de Shakespeare, y entre ellos estaban Hamlet, Macbeth, Duncan, Banquo, Otelo, Yago, Yorick, Julieta y Guildenstern —hasta los eruditos menos apasionados se habrían fijado indefectiblemente en que todos ellos acababan mal en sus respectivas obras—, pero los tres personajes centrales representaban un trío de grandes ciudades que debían ser tomadas: Bruto, esto es Eindhoven, a unos veinte kilómetros de la línea ocupada en esos momentos por los Aliados; Belch, o Nimega, unos ochenta y cinco kilómetros más al norte; y Malvolio, o Arnhem, a menos de veinte kilómetros al norte al norte de la anterior. El Zuiderzee estaba a cuarenta y ocho kilómetros más allá de Arnhem.⁷⁸

Estas tres ciudades estaban unidas por una única carretera estrecha que atravesaba un terreno de polders desecados tan desesperadamente llano que las alturas no ascendían más de los nueve metros a lo largo de ochenta kilómetros. Tenían que ser tomados nueve importantísimos puentes y, en caso de que fueran destruidos, debían ser sustituidos por otros —de ahí los montones de material de ingenieros—, y también había que cruzar diversos cursos de agua, incluidos tres grandes ríos, dos afluentes más pequeños, tres grandes canales e innumerables arroyos, acequias y canales de riego. Los más imponentes eran el Mosa, que pasaba a llamarse Maas cuando entraba en Holanda, y el Rin o Rijn, que, tras alcanzar su máxima anchura al llegar a la frontera holandesa, se dividía en varios ramales antes de atravesar una amplia llanura pantanosa para llegar al mar. Dos terceras partes del caudal del río iban por el Waal cruzando Nimega; el Neder Rijn o Bajo Rin, que conservaba el nombre

original del río, pero no su anchura, corría más o menos paralelo al Waal y al Maas tras rodear Arnhem. Esta ciudad había sido durante largo tiempo un lugar de retiro predilecto de los comerciantes holandeses ricos que volvían de las Indias Orientales: «Arnhem», proclamaba una guía de viajes de los años treinta, «es un atractivo centro residencial en medio de un paisaje delicioso, y tiene un atmósfera extraordinariamente saludable».⁷⁹

Horrocks hizo una pausa y echó una ojeada primero a sus notas y luego al mapa situado a sus espaldas antes de continuar. La cosa, explicó, se haría por aire y por tierra. Para llevar a cabo la operación aerotransportada de más envergadura de la segunda guerra mundial —la fase Market de la Operación Market Garden—, el recién creado I Ejército Aerotransportado aliado estaba ya despegando de varios aeródromos esparcidos por toda Inglaterra con destino a Holanda. Serían lanzados casi 35.000 soldados —la mayoría en paracaídas y el resto en planeadores— formando lo que los responsables británicos de la planificación insistían en llamar «una alfombra de tropas aerotransportadas». A los pies de esa alfombra, por el sur, la 101.^a División Aerotransportada estadounidense circundaría un pasillo de casi veinticinco kilómetros que incluía Eindhoven. En el centro, el sector correspondiente a la 82.^a División Aerotransportada se extendía a lo largo de quince kilómetros, e incluía el puente de Nimega sobre el Waal y un puente de nueve ojos que cruzaba el Maas en Grave o Teobaldo. En la parte superior de la alfombra, la 1.^a División Aerotransportada británica tomaría Arnhem y un puente sobre el Neder Rijn.⁸⁰

Mientras se desarrollaban todas estas acciones, el asalto por tierra —la parte Garden de la operación—, que debía empezar a última hora de la tarde, partiría a toda velocidad de Bélgica con tres divisiones encabezadas por el XXX Cuerpo en una acometida que debía ser, en palabras del mariscal Montgomery, «rápida y violenta, sin tener en consideración lo que esté sucediendo en los flancos». Una doble columna de vehículos, de una densidad de treinta y cinco camiones, tanques y transportes de personal por cada kilómetro y medio, avanzaría por esa única carretera, en total veinte mil vehículos. La rapidez, subrayó Horrocks, era «absolutamente vital». Los primeros tanques de la Guardia llegarían a Eindhoven a las dos o tres horas; si la vanguardia alcanzaba a los paracaidistas de la 1.^a División Aerotransportada en Arnhem en el plazo de cuarenta y ocho horas, como esperaba, buena parte de las fuerzas habrían cruzado el Rin al término de Día D + 3, esto es, el miércoles, 20 de septiembre.⁸¹

Un resumen del servicio de inteligencia del SHAEF publicado el 16 de septiembre comunicaba que «en estos momentos el enemigo ha sufrido, solo en el oeste, pérdidas en hombres y equipamientos que no podrán ser reparadas en ningún momento a lo largo de esta guerra... Así pues, no podrán acumularse en el oeste

fuerzas suficientes para llevar a cabo con éxito una contraofensiva, ni siquiera una operación defensiva». Las fuerzas alemanas que iban a enfrentarse a los 100.000 hombres del XXX Cuerpo directamente al otro lado de la frontera holandesa se calculaba que serían seis batallones de infantería respaldados por veinte vehículos blindados y una decena de cañones de campaña. En los dos últimos días se había detectado muy poca actividad enemiga; no obstante, nadie esperaba que un asalto efectuado con una coreografía tan churrigueresca fuera a ser fácil. El regimiento escogido para encabezar el ataque por tierra, el de la Guardia Irlandesa, llegaba a la conclusión de que «sería más fácil que un rico entrara en el reino de los cielos» que el XXX Cuerpo llegara al Zuiderzee.⁸²

La conferencia terminó con pocas preguntas. Las bromas del principio cesaron dando paso a una sobriedad de entrecejos fruncidos en la actitud de los hombres que iban saliendo del local. Horrocks pensó que los oficiales de la Guardia Irlandesa parecían especialmente preocupados.⁸³

En una fábrica abandonada en la margen izquierda del Canal Mosa-Escalda, cerca de Leopoldsburg, Horrocks trepó por una escalera de mano de hierro y subió a la azotea. El cálido sol de medio día rielaba en las oscuras aguas del canal y en las acequias que fluían hacia el norte en dirección a Holanda. De vez en cuando zumbaba el silbido de alguna bomba alemana al pasar sobre su cabeza y a media distancia se oía el traqueteo de una ametralladora. A su espalda, Horrocks divisó algunos de los 350 cañones británicos escondidos en los bosques y los patios de las granjas. Los tanques avanzaban rodando pesadamente, muy despacio, para no levantar polvo, y los zapadores inspeccionaban una y otra vez la carga que podían aguantar los puentes.⁸⁴

A primera hora de esa misma mañana Horrocks había preguntado a un coronel americano: «¿Qué piensas del plan?» Cuando vio que el otro se encogía de hombros y respondía: «Está bien», el comandante en jefe del Cuerpo sonrió alegremente, pero el yanqui percibió cierta angustia en sus ojos. Horrocks estaba realmente inquieto. Durante la alocada persecución por Francia había caído con unas fiebres recurrentes y había tenido que permanecer confinado en su remolque; Montgomery no solo había ocultado a todos su fragilidad («No te preocupes —le había dicho el mariscal—, no voy a mandarte a casa por invalidez»), sino que lo había invitado a recuperarse en su propio campamento. Si Horrocks estaba en condiciones de aguantar o no los rigores que le aguardaban aún estaba por ver. Además también le inquietaba la fecha: ningún ataque lanzado en domingo había salido nunca bien del todo.⁸⁵

Desde una radio cercana se oyó la noticia de que la armada área de la Operación Market estaba ya de camino. Aguzó el oído por si percibía el zumbido lejano de los aviones. Pudo verse una figura enjuta y solitaria escudriñando el horizonte desde el

parapeto de su azotea.⁸⁶

Muchas otras personalidades comprometidas con la Operación Market Garden se sintieron también turbadas, aunque por motivos menos tangibles que las supersticiones evocadas por el día festivo. Debido a las constantes presiones ejercidas sobre Eisenhower por Marshall y otras personalidades de Washington para que pusiera a combatir cuanto antes a esas divisiones aerotransportadas, el plan había sido trazado a toda prisa en menos de una semana. El I Ejército Aerotransportado aliado, creado entre otras razones debido a la insistencia del Departamento de Guerra, y el cuartel general del cuerpo de ejércitos que lo había precedido habían redactado y desechado dieciocho planes operacionales distintos en los últimos cuarenta días, incluyendo un proyecto de toma de aeródromos en Berlín y otras misiones con nombres tan peregrinos como Operación Wild Oats, Transfigure, Comet o el desafortunado Hands Up. Incluso Montgomery parecía exasperado por el frenético ciclo de elaboración y descarte de planes destinados a sembrar el continente de paracaidistas. «¿Me están pidiendo ustedes que lance boñigas de vaca por toda Europa?», había dicho, al parecer, el mariscal a sus subordinados.⁸⁷

A algunos mandos les preocupaba la dispersión de paracaidistas a lo largo de un pasillo de ochenta kilómetros que preveía la fase Market. Otros se oponían a la línea de avance en tangente por un terreno pantanoso, *lejos* del eje del I Ejército norteamericano en dirección al Ruhr, que comportaba la fase Garden. En contra de la primitiva exigencia planteada por Montgomery de llevar a cabo «una sola ofensiva con todas las de la ley» contra Alemania, las dos grandes huestes aliadas estarían constantemente separadas una de otra. «Es una temeridad hacer una cosa así, y sufrirás un montón de bajas», dijo Bradley a Eisenhower. «Además, no está en consonancia con el plan que Monty y yo elaboramos juntos.» «Alelado», como se declaró al no ser consultado por Eisenhower antes de aprobar la Operación Market Garden, a Bradley le molestaba también la diversión de los aviones de transporte que se necesitaban para reabastecer a sus ejércitos. Se quejaba de que el ejército aerotransportado mostraba «una asombrosa facilidad para concebir misiones que no le hacen falta a nadie».⁸⁸

Algunas personalidades añadieron más leña al fuego. Al mando de aquel ejército aerotransportado estaba un individuo bajito, vanidoso y quejica, un teniente general de la Fuerza Aérea del Ejército Estadounidense llamado Lewis H. Brereton, graduado de la Academia Naval, del que se decía que sabía decir tacos en cuatro idiomas y cuya afición a los escarceos amorosos había provocado un rechazo personal del general Marshall. «Desconcierta, confunde y sorprende», le gustaba decir a sus subordinados

citando a Stonewall Jackson, aunque algunos se preguntaban a quién se quería engañar. Culpado de la ineficacia del apoyo aéreo cercano a las fuerzas terrestres durante las primeras semanas de la campaña de Normandía, cuando estaba al frente de la IX Fuerza Aérea, Brereton no era «sincero ni enérgico ni colaborador», en palabras de Bradley, que se felicitó de su traslado al ejército aerotransportado con estas tres palabras: «¡Gracias a Dios!». Brereton se sintió decepcionado con el nuevo papel que se le había asignado, pero ahora estaba encargado de supervisar el XVIII Cuerpo Aerotransportado estadounidense y el I Cuerpo Aerotransportado inglés, en total cuatro divisiones y una brigada polaca, así como una flota de aviones de transporte.⁸⁹

Si la interacción de Brereton con sus colegas americanos era peliaguda —el jefe de Estado Mayor del XVIII Cuerpo Aerotransportado decía de él que era «un burro estúpido»—, sus relaciones con los británicos se habían emponzoñado, especialmente con su lugarteniente, el teniente general Frederick A. M. «Boy» Browning, que debía encabezar el asalto de la fase Market. Hombre apuesto y bien educado, perteneciente a la Guardia de Granaderos, que había prestado brillantes servicios en la anterior guerra, pero que todavía no había entrado en acción en esta, Browning era un tipo nervioso, que tenía la manía de retorcerse el bigote, aficionado a diseñar sus propios uniformes —falsa pechera de ulano, con cuello de cremallera, cinturón Sam Browne con bandolera resplandeciente, guantes grises de cabritilla y fusta— y ocasionalmente a dar patadas a los muebles. Algunos subordinados suyos ingleses lo llamaban en privado «ese petimetre», y los americanos miraban con recelo lo que un oficial llamaba «esa sonrisa demasiado premeditada». Piloto, marino, campeón de bobsleigh y campeón nacional de salto de vallas, Browning debía en parte su elegancia a su esposa, la famosa escritora Daphne du Maurier, cuya novela *Rebecca*, luego trasladada a la pantalla por Alfred Hitchcock, había ganado el Oscar a la mejor película en 1941. Browning detestaba tanto a Brereton que a primeros de septiembre renunció a su puesto de segundo al mando para retirar su dimisión un día después. Aun así, con miles de aviones ya en el aire, los dos hombres intentaron encontrar un *modus vivendi* que les permitiera salir adelante en el combate.⁹⁰

Por último, y lo que era más importante, algunos oficiales sospechaban que los alemanes no estaban tan de capa caída como se presumía. El brigadier E. T. Williams, jefe de los servicios de inteligencia de Montgomery, advirtió al mariscal que la «apreciación del enemigo [que tenían los Aliados] era muy inconsistente» y que no se había llevado a cabo ningún estudio adecuado del terreno de los alrededores de Arnhem. (El puente sobre el Neder Rijn había sido pintado a lápiz en los mapas de los Aliados, en gran medida a partir de los estudios topográficos holandeses de los años veinte, antes de que existiera aquel tramo de carretera.) El desciframiento de los

mensajes por radio reveló además que el enemigo esperaba que se produjera una ofensiva del XXX Cuerpo contra Nimega. El comandante en jefe de los efectivos polacos, el general Stanisław Sosabowski, tras escuchar el repaso excesivamente feliz del plan de batalla que se les hizo el 14 de septiembre, estalló: «¿Pero y los alemanes? ¿Qué pasa con los alemanes? ¿Qué se sabe *de ellos?*». Sosabowski se quejaría luego de que alguien «con mucha imaginación, optimismo y pocos conocimientos dictaba órdenes de combate con paracaídas con la misma frecuencia y facilidad con la que un mago saca conejos de una chistera». Un brigadier británico reconocía la tendencia a «hacer planes aerotransportados muy bonitos y a añadir la parte correspondiente a la lucha contra los alemanes a posteriori». ⁹¹

Adivinar con qué alemanes iba a haber que combatir resultó el más fastidioso de todos los fastidios. El tráfico de los mensajes por radio demostraba que el cuartel general del Grupo de Ejércitos B de Model había sido trasladado a Oosterbeek, a las afueras de Arnhem. Otra información de los servicios de inteligencia hablaba de los refuerzos de las defensas del río y del canal llevados a cabo por el enemigo, aunque con tropas consideradas de «categoría inferior»; algunas unidades terrestres improvisadas de la Luftwaffe eran aparentemente tan rudimentarias que carecían de cocinas de campaña. El documento XL 9188 descodificado por Ultra a primeros de septiembre revelaba que varias unidades maltrechas procedentes de Normandía habían recibido la orden de trasladarse al oeste de Holanda para reponerse, y otras interceptaciones posteriores indicaban que de aquella inocente pandilla formaba parte el 2.º SS-Panzerkorps. Hasta el 15 de septiembre el alto mando del SHAEF no había tomado nota de que las dos divisiones de ese cuerpo, la 9.ª y la 10.ª División Panzer, habían acampado, al parecer, cerca de Arnhem. En conjunto estas unidades habían sufrido nueve mil bajas en Caen, en Falaise y en el curso de la retirada por Francia; además habían perdido buena parte de sus blindados, incluidos 120 tanques solo el 19 de agosto. Pero si las divisiones en cuestión seguían o no evisceradas, continuaba sin saberse claramente adónde habían sido conducidas, o incluso dónde estaban situadas en aquellos momentos. ⁹²

Los oficiales de Estado Mayor de rango más alto de Montgomery manifestaron casi unánimemente su escepticismo respecto a la Operación Market-Garden. Beetle Smith llegó a angustiarse tanto que alertó a Eisenhower. Este dudó si debía intervenir o no en las disposiciones tácticas, pero autorizó a su jefe de Estado Mayor plantear el asunto al mariscal. Smith voló a Bruselas el viernes, cuarenta y ocho horas antes de que diera comienzo el asalto, y sugirió reforzar las tropas implicadas en la fase Market que iban a ser lanzadas en Arnhem, quizá desplazando un poco más al norte

alguna de las divisiones aerotransportadas estadounidenses. «Montgomery ridiculizó mi idea y se rió de mí», comunicaría posteriormente Smith. «Deseché mis objeciones a la ligera.»⁹³

La despreocupación de Montgomery era comprensible, aunque su supuesto comportamiento no lo fuera. Cinco contingentes aliados estaban a punto de descender sobre una estrecha franja del oeste de Holanda, donde el enemigo era «débil, estaba desmoralizado y era probable que se viniera abajo si tenía que hacer frente a un gran ataque aerotransportado», según cierta evaluación del II Ejército británico. Recientemente se había calculado que las defensas alemanas en torno a Arnhem no eran mayores que una brigada de unos tres mil hombres, con una fuerza de tanques insignificante. La Resistencia holandesa había señalado la presencia de *panzer* y soldados de las SS cerca de Arnhem, pero la infiltración de los alemanes en las actividades clandestinas holandesas había dado lugar a la captura y la ejecución de varias decenas de agentes y había hecho que los Aliados desconfiaran de las informaciones enviadas desde los Países Bajos. Lo cierto es que los servicios de inteligencia no pudieron sacar ninguna conclusión definitiva respecto a las dos divisiones SS-Panzer, y los informes parciales no fueron facilitados ni a Horrocks ni a la mayoría de los mandos de las fuerzas aerotransportadas. La presencia de tanques en Arnhem «era el único detalle peligroso que podía no encajar en el patrón deseado», escribiría después el historiador de los servicios de inteligencia Ralph Bennett, «así que lo mejor era esconderlo debajo de la alfombra».⁹⁴

Boy Browning se declaró dispuesto a sacrificar una tercera parte de sus fuerzas de la fase Market simplemente en la colocación de la alfombra aerotransportada, pero esa inmolación tan alegre resultaría innecesaria. Aquella hermosa mañana de domingo el numeroso rebaño se había congregado en más de una veintena de aeródromos ingleses: 1.545 aviones de transporte y 478 planeadores escoltados por más de 1.000 cazas en dos grupos que debían cruzar el mar del Norte en un vuelo de casi tres horas de duración. También despegaron cientos de bombarderos que elevaron el número de aparatos en vuelo a 4.676. Los carritos de la merienda recorrían las pistas cargados de bocadillos de bacon y grandes tazas humeantes. «Eso significa que va a haber lío», dijo un tripulante. «Nunca te dan una taza de té si realmente no te quieren despedir.» En Grantham un sargento británico pasó pavoneándose ante los aviones aparcados tocado con una chistera, descubriéndose y haciendo reverencias ante los hombres a derecha e izquierda.⁹⁵

«¡Embarquen!». La orden resonó y volvió a resonar a intervalos regulares por todo el aeródromo. A regañadientes y entre maldiciones, los miles de hombres subieron a bordo de los aparatos; entre ellos había muchos veteranos de Normandía, que se llamaban a sí mismos «los Viejos». Los cazas y los aviones de exploración fueron los primeros en alzar el vuelo y a mediodía, justo cuando Horrocks terminaba su sesión informativa en el cine de Leopoldsburg, más de veinte mil soldados estaban en el aire, junto con 330 piezas de artillería y 500 vehículos. Los hombres jugaban al ajedrez o leían los periódicos del domingo; otros dormitaban o contemplaban boquiabiertos por las ventanillas la «inmensa armada de aviones, algunos de ellos planeadores, que se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista», como escribió un teniente. «Los aparatos subían y bajaban flotando al unísono como una alfombra extensísima que fuera sacudida suavemente.»⁹⁶

Los primeros exploradores británicos saltaron a las 12:40 de la tarde, seguidos veinte minutos más tarde por los planeadores, que fueron aterrizando cada nueve segundos, «levantando remolinos de tierra como si fuera un barco en medio del oleaje», según la imagen empleada por un soldado americano. Luego, desde una altura de casi doscientos metros, fueron saliendo los paracaidistas, tan numerosos que los testigos que los vieron, sorprendidos, creyeron que eran copos de nieve o estallidos de las baterías antiaéreas, y así, en el lapso de veinte minutos, aquellos veinte mil ejecutores aliados estuvieron detrás de las líneas enemigas. Las pérdidas de aparatos fueron modestas: sesenta y ocho aviones, incluidos los cazas y los bombarderos que fueron víctimas del fuego de las baterías antiaéreas. Locos de contento, los niños de los alrededores de Arnhem se pusieron a cantar *Jingle Bells* en holandés mientras los paracaidistas intentaban zafarse de sus paracaídas de seda.⁹⁷

El hecho de que aquel coro de bienvenida se congregara a varios kilómetros al oeste de la ciudad venía a subrayar una de las dos complicaciones tácticas que ensombrecieron los risueños comienzos de la fase Market. La doctrina de cualquier operación aerotransportada sostiene que las zonas de lanzamiento y de aterrizaje deben estar lo más cerca posible del objetivo de la misión, preferiblemente en un radio de ocho kilómetros; en este caso se situaron a unos doce o trece kilómetros del puente de la carretera de Arnhem. Posteriormente los dedos acusadores apuntarían o bien al general Roy Urquhart, al mando de la 1.^a División Aerotransportada, paracaidista novato que, según se dijo, carecía de la experiencia y de la credibilidad necesarias para efectuar lanzamientos más próximos al objetivo, o bien, lo que resulta más plausible, a los mandos de las fuerzas aéreas que se negaron a acercarse más en vuelo debido a la posible existencia de baterías antiaéreas enemigas y a la congestión del espacio aéreo entre Arnhem y Nimega.⁹⁸

La segunda complicación se pondría de manifiesto simplemente haciendo un recuento de los efectivos: a penas la mitad de las tropas correspondientes a tres divisiones y media destinadas a participar en la fase Market se hallaba sobre el terreno, y no llegarían más hasta el día siguiente o después. Los mandos responsables del transporte de tropas del general Brereton habían insistido en que solo despegara el domingo una sola misión; la segunda misión supondría a todas luces el agotamiento del personal de cabina y de tierra y no dejaría tiempo suficiente para efectuar las labores de mantenimiento y recarga de los aparatos (aunque solo un mes antes se habían llevado a cabo dos misiones recorriendo una distancia parecida en el transcurso de la Operación Dragón desde Italia). Las solicitudes presentadas por los diversos mandos y por un emisario de Montgomery enviado al cuartel general de Brereton no consiguieron que se cambiara la decisión, a pesar de que un estudio demostraba que el transporte de toda la fuerza de combate a ese ritmo podría llevar hasta cuatro días. Especialmente en el caso de los británicos el hecho de que hubiera un número excesivamente pequeño de hombres y de que éstos tuvieran que recorrer unas distancias demasiado grandes resultaría fatal, aunque los paracaidistas de la 1.^a División Aerotransportada recogieron rápidamente su equipo y salieron enseguida hacia el este en busca de un puente del que apoderarse.⁹⁹

La jornada salió bastante bien para los yanquis más al sur. Casi siete mil hombres de la 101.^a División Aerotransportada se dispersaron por los polders entre Veghel y Best, donde las banderas rojas y las oleadas de humo de color naranja señalaban las zonas de reunión de cada batallón. Los holandeses se pusieron a saltar y brincar por el campo estrechando las manos de sus libertadores y ofreciéndoles bocadillos, jarras de leche y bicicletas, por las cuales se facilitaron recibos. Aquí y allá fueron capturados o muertos algunos alemanes despistados en centenares de brotes de violencia; al pie de un árbol frutal, junto a la fábrica de mermelada capturada por unos soldados norteamericanos en la que descubrieron múltiples estantes de tarros de manzanas, peras y ciruelas en conserva, el paracaidista y poeta Louis Simpson encontró una colchoneta «con un oficial alemán tumbado encima. Lo habían depositado allí para que muriera con la mayor comodidad posible».¹⁰⁰

En el sector de esta división había nueve puentes en la carretera o en la vía férrea, pero solo en Son, a unos seis kilómetros al norte de Eindhoven, hubo un tramo que dio problemas de inmediato. En un cruce sobre el Canal Guillermina, la brigada encargada de manejar un bazooka del 506.^o Regimiento de Infantería Paracaidista acabó de una sola descarga con un cañón de 88 mm, y un sargento armado con un subfusil Thompson acabó con los seis hombres encargados de manejarlo que se

habían dado a la fuga. Los soldados se apiñaron a unos trescientos metros de la orilla del canal para ver cómo el puente se levantaba de repente sobre sus postes y desaparecía envuelto en humo en medio de un estruendo. Todavía no había acabado de caer la lluvia de cascotes sobre sus cabezas cuando los soldados ya habían cruzado a la orilla sur a nado o en barcas de remos. Utilizando cuerdas, puertas desvencijadas y tablas arrancadas de los graneros, los ingenieros tendieron una estrecha pasarela sobre los postes de piedra de la estructura ahora al desnudo, y mil hombres lograron pasar al otro lado mientras la noche iba envolviendo el campo de batalla. Se suponía que el 506.º Regimiento iba a marchar a toda velocidad al sur e iba a tomar Eindhoven y sus puentes a las ocho de la tarde, para recibir a la Guardia de Horrocks procedente de Leopoldsburg, pero el retraso sufrido en Son supuso que el encuentro tuviera que esperar hasta las primeras luces del alba del lunes.¹⁰¹

Treinta kilómetros más al norte, los 7.300 soldados de la 82.ª División Aerotransportada habían llegado también ilesos en una lluvia multicolor de confeti de paracaídas verdes, anaranjados, azules, rojos y amarillentos. La totalidad de los 482 aviones menos uno y de los 50 planeadores menos dos llegaron a la zona de su objetivo al sur de Nimega. Una de las pocas bajas sufridas al saltar fue la del comandante de la 82.ª División, James Gavin, que se fracturó dos vértebras al aterrizar violentamente entre Groesbeek y Mook. Sin permitirse hacer más que una mueca de dolor, Gavin se despojó del paracaídas, cogió un fusil M-1 y en menos de una hora había establecido su puesto de mando junto un espeso matorral al oeste de Groesbeek.¹⁰²

Tras el ascenso de Matthew Ridgway al mando del XVIII Cuerpo Aerotransportado, Gavin había asumido el de la 82.ª División a mediados de agosto. A sus treinta y siete años no solo se convertiría en el general más joven del ejército de los Estados Unidos durante toda la segunda guerra mundial, sino también en el comandante más joven de una división desde los tiempos de la guerra civil. Su hazaña resultaba tanto más notable debido a cuáles habían sido sus comienzos. Gavin era huérfano (más tarde averiguaría que su madre había sido una monja de Brooklyn emigrada de Irlanda); adoptado cuando todavía era un niño de pecho, fue criado en las minas de carbón de Pensilvania por una mujer que invocaba a la Sagrada Familia cada vez que le propinaba una paliza con el cepillo del pelo, con el palo de una escoba o con un gato de nueve colas que le habían fabricado a posta en una guarnicionería. A veces esperaba a que la criatura se hubiera dormido para lanzar su ataque.

Tras asistir ocho años a la escuela elemental, Gavin se puso a trabajar en una barbería enjabonando la cara a los mineros, de recadero en un taller de confección de botas y de mozo en una gasolinera. Cuando cumplió los diecisiete años se fugó a

Nueva York y se enroló en el ejército. Destinado a Panamá, se dedicó a leer y estudiar lo suficiente para conseguir ser admitido en West Point. Mintió sobre su edad para no tener que descubrir que se había enrolado siendo menor. Siguió siendo un estudiante perpetuo, e incluso por aquel entonces estaba abonado a *The New Yorker*, *Time*, *Reader's Digest* y al Book-of-the-Month Club. En un archivador de cuartillas titulado «Generalato», organizado por virtudes tales como «iniciativa» o «inteligencia», había copiado una frase atribuida a Voltaire: «Ese valor tranquilo en medio del tumulto, esa serenidad de un alma en peligro, que es el don mayor de la naturaleza para ejercer el mando». Gavin lo llamaba «el valor de las dos de la mañana». Recientemente Ridgway había elogiado a su subordinado por su «dominio de sí mismo independientemente de la presión existente dentro y fuera del combate, su lealtad, su iniciativa, su celo, su buen juicio y su sentido común. Y a ello se añade el enorme encanto de su temperamento».¹⁰³

Aunque Gavin hablaba de manera informal de la guerra llamándola «la brega», era perfectamente realista en lo tocante a las limitaciones humanas. Tras participar en diversos lanzamientos sobre el campo de batalla en Sicilia, Salerno y Normandía, había llegado a la conclusión de que «para cada uno el valor es como una cuenta bancaria» que no hay que dejar nunca al descubierto. La fase Market exigiría efectuar un nuevo retiro juicioso de ella. «Parece que va a ser una acción muy dura», había anotado en su diario el jueves acerca del ataque inminente. «Si logro superar esta, tendré mucha suerte.»¹⁰⁴

En el sector de la 82.^a División se encontraban once puentes, y los equipos de demolición enemigos volaron los de Malden, Mook y Hatert al ver que se acercaban los paracaidistas. Pero el de Grave sobre el Maas, cubierto de vigas remachadas y de nueve ojos, seguía en pie cuando los soldados del 504.^o Regimiento de Infantería Paracaidista se precipitaron por la rampa de acceso desde el sur; lanzando descargas de bazooka a través de las troneras quitaron de en medio a los ocupantes de una batería antiaérea colocada en una torre de hormigón; a continuación se enzarzaron en un tiroteo con dos camiones de alemanes escondidos, y por fin dirigieron un cañón de 20 mm que habían logrado capturar contra el resto de los defensores. Los gritos, las explosiones, el tintineo de las balas al rebotar contra el metal de los tirantes del puente: por fin cesó el fragor de la batalla y un espléndido ramillete de bengalas verdes anunció que se había ganado el combate. Los ingenieros cortaron los cables y retiraron los cartuchos de dinamita pintados del color de las vigas de acero del puente. Los habitantes de Grave se pusieron a cantar *Tipperary* a medida que los alemanes salían de sus escondites y un mensaje fue recorriendo la escala de mando hasta llegar a lo más alto: «El puente número once es nuestro».¹⁰⁵

Ni el puente número once ni todos sus hermanos servían de nada si los alemanes se apoderaban de uno solo de los pocos tramos de terreno elevado que hay en Holanda, y eso era lo que preocupaba a Gavin por encima de cualquier otra consideración. La colina de Groesbeek, una loma poco llamativa de unos noventa metros de altura y ocho kilómetros de longitud situada al sudeste de Nimega, dominaba el Maas, el Waal, y el Canal Maas-Waal; las órdenes que el general Browning había dado a la 82.^a División especificaban que «la captura y posterior retención del terreno elevado situado entre Nimega y Groesbeek son fundamentales para llevar a cabo el cometido de la división». Una hora después de efectuar el salto, disparando sin parar ocho obuses de 75 mm —cada uno de ellos había llegado en paracaídas dividido en siete piezas—, Gavin pasó la tarde reforzando las posiciones protegidas dispuestas a lo largo de la colina y escrutando la vecina frontera alemana por si se percibían señales de un eventual contraataque enemigo. Nimega y sus dos grandes puentes tendrían que esperar a que aquellos accesos fueran asegurados.¹⁰⁶

Cerca del puesto de mando de la 82.^a División, el capitán de un comando holandés se metió en una granja a las afueras de Groesbeek para utilizar el teléfono. Tras llamar a unos amigos del norte del país, salió para decir a Gavin: «¡Estupendo! Todo está saliendo según lo planeado y los británicos han llegado a Arnhem».¹⁰⁷

También lo habían hecho los alemanes, y con ellos empezaron de verdad los quebraderos de cabeza. El mariscal Model estaba tomando de aperitivo un vasito de vino del Mosela antes del almuerzo en su cuartel general del Tafelberg Hotel de Oosterbeek cuando entró precipitadamente un oficial de Estado Mayor con la noticia de que unos planeadores británicos estaban aterrizando a escasos cuatro kilómetros de allí. «Muy bien. Todo el mundo fuera», dijo Model. «Vienen en mi busca y en busca de este cuartel general.» Bajó a toda prisa la escalera; con la documentación y la ropa interior saliéndosele por las junturas de su maletín mal cerrado, se metió de un brinco en el coche oficial y se trasladó a toda velocidad al cuartel general del 2.^o SS-Panzerkorps, a casi treinta kilómetros de allí en dirección al este. A media tarde estaba ya organizando los contraataques alemanes contra Arnhem, Nimega y otros puntos más al sur. «¡Figúrate!», exclamó. «¡Por poco me cogen!»¹⁰⁸

A quien habían cogido era al comandante en jefe de Arnhem, el general Friedrich Kussin, que andaba dando vueltas por la ciudad en su Citroen para investigar a qué se debía tanta conmoción cuando se dio de manos a boca con un tiroteo de los fusiles y las metralletas Sten de los británicos que le pincharon los neumáticos y mataron a su conductor y a su ordenanza. Herido en el pecho y en la garganta, Kussin salió del coche y cayó en la calzada, medio muerto, con un revólver en la mano derecha

enguantada y un cigarrillo a medio consumir en la izquierda, y con la boca entreabierta en un rictus de sorpresa. Sedientos de venganza, los holandeses arrancaron las insignias de su rango del cuello de su guerrera.¹⁰⁹

El general Urquhart y su división no tuvieron muchos más éxitos. Seis mil soldados alemanes estaban acampados en los alrededores del término municipal de Arnhem (el doble de lo previsto); eran su mayoría granaderos de dos divisiones SS-Panzer, además de «batallones oído y estómago», compuestos por soldados aquejados de enfermedades que afectaban a estos dos órganos. Otros acudieron precipitadamente al combate en carretas rústicas, camiones de gasógeno, e incluso coches de bomberos. A los noventa minutos del aterrizaje de los británicos cerca de cuatrocientos soldados alemanes habían bloqueado dos de los accesos a la ciudad por el oeste, obligando a las tropas de liberación a enzarzarse en un tiroteo huerta a huerta a lo largo de la interminable trampa que conducía hasta el puente.¹¹⁰

Desatendiendo las advertencias sobre el peligro que los acechaba, Urquhart —un escocés fornido y simpático, con experiencia de combate en África y en Italia—, avanzó demasiado hasta que primero le cortó el paso el fuego de las ametralladoras enemigas y luego se encontró aislado del resto de su unidad en un confuso laberinto de callejuelas holandesas. Atravesando como flechas cocinas y terrazas, Urquhart y otros dos oficiales lograron finalmente esconderse en el ático del número 14 del Zwarteweg, sin comida, sin agua y sin retrete, mientras las tropas de las SS olfateaban su rastro por las calles y situaban un cañón antitanque junto a la puerta de entrada de la casa. Durante cuarenta horas, hasta que los alemanes se retiraron hacia el este, el cuartel general de la 1.^a División Aerotransportada estaría sin su comandante en jefe. Urquhart reconocería que se sintió «idiota, ridículo [y] tan inútil en el campo de batalla como un espectador».¹¹¹

Solo un batallón de paracaidistas británicos salió airoso. Tomando una carretera en dirección al sur rodeada de hileras de tojos y abedules junto al Neder Rijn, los soldados del 2.^o Batallón del teniente coronel John D. Frost sujetaron en la redecilla de sus cascos las flores de maravilla que les había ido regalando la población y tras capturar a algunos soldados alemanes que dijeron que habían estado «besuqueándose con sus novias holandesas», siguieron adelante. Las comunicaciones por radio resultaban tan confusas, que utilizaron toques de corneta para llamarse, y el pilar sur del puente del ferrocarril de Arnhem voló por los aires ante las narices del pelotón que había sido enviado para asegurarlo. Pero a las ocho de la tarde los ingleses llegaron a los pilares situados más al norte del puente de la carretera, que continuaba intacto, y los hombres de Frost se apostaron inmediatamente en los edificios que bordeaban el río. Varias decenas de paracaidistas envolvieron sus botas claveteadas en cortinas

hechas jirones para ocultar sus huellas, y se deslizaron a hurtadillas debajo del puente hasta que los detuvo el traqueteo de las ametralladoras. Los británicos respondieron disparando un cañón antitanque y un lanzallamas que prendió fuego a la pintura de los tirantes del puente. El intento de los alemanes de hacer cruzar el puente desde el sur a lo soldados de la 10.^a División SS-Panzer acabó con los camiones enemigos ardiendo al pie de la rampa y un montón de cuerpos achicharrados sobre la calzada.¹¹²

Se llegó así a un punto muerto espantoso. De casi 6.000 paracaidistas británicos, solo 740 alcanzarían el puente, suficientes para arrebatarse a los alemanes la posesión del viaducto, pero demasiado pocos para poder llamarlo suyo. Los batallones de socorro que intentaban abrirse paso por el oeste encontraron las calles todavía más peligrosas, entre otras cosas debido a los francotiradores alemanes atados con cuerdas a las ramas de los árboles que los acechaban. Durante toda la noche se vieron danzar las llamas de la hoguera en la que se había convertido el puente y de las casas de madera incendiadas por los cañonazos disparados a lo largo de la orilla. Desde su puesto de mando improvisado a una manzana del río, Frost —un veterano de África cuyo optimismo lo había llevado a cruzar a Holanda cargado con sus palos de golf y su escopeta de caza— miraba hacia el sur a través de aquel siniestro resplandor anaranjado con la esperanza de que el nuevo día permitiera ver los tanques de Horrocks desfilando por la otra orilla.¹¹³

Pero no sería así.

Exactamente a las dos de la tarde de ese domingo, diecisiete regimientos de artillería aliada habían iniciado una dolorosa cortina de fuego, mientras Horrocks y sus incondicionales oteaban el horizonte hacia el norte y se frotaban las manos anticipándose llenos de alegría a los acontecimientos desde la azotea de la fábrica de las inmediaciones de Leopoldsburg. Las bombas mordían los campos y los pinares a unos mil metros de distancia a uno y otro lado de la carretera de Eindhoven, y cada cinco minutos ocho nuevos cazabombarderos Typhoon se lanzaban en picado disparando cohetes para ahuyentar a cualquier enemigo que pudiera estar emboscado al acecho.¹¹⁴

A las 14:35 h, el teniente de la Guardia Irlandesa al mando de los tanques que iban en cabeza ordenó: «¡Conductores! ¡En marcha!». Como un desfile de circo, la columna se puso en marcha, un tanque detrás de otro, avanzando con dificultad, con el chasis de cada vehículo rugiendo bajo el peso de las cajas de municiones, las raciones de comida para seis días, y suficientes bidones de combustible para recorrer otros 400 kilómetros cuando se vaciaran los depósitos de gasolina. La cortina de fuego de artillería continuó, apenas trescientos metros por delante de la vanguardia de

los blindados; una polvareda parda y azul enmascaraba el estallido de las bombas. Al otro lado de la frontera holandesa empezaron a correr a quince kilómetros por hora. «El avance va bien», comunicó un oficial por radio. «El escuadrón de cabeza ya ha cruzado.»¹¹⁵

No habían acabado los de la azotea de frotarse las manos y de felicitarse unos a otros por la situación cuando el fuego de la artillería alemana pasó su lengua escarlata a lo largo de toda la columna. Al cabo de dos minutos, nueve tanques de la Guardia Irlandesa yacían destripados por los cañones antitanques y Panzerfäuste accionados a mano: «Una brecha muy fea de un kilómetro de longitud aparecía llena de armatostes ardiendo», como describió un testigo la escena. Los soldados de infantería que viajaban en el capó de los blindados se tiraron en las zanjas de la cuneta, y los tripulantes de los tanques salieron corriendo por las escotillas, excepto unos pocos desgraciados que murieron con las botas puestas achicharrados en su interior. Una excavadora blindada se adelantó dando tumbos para quitar de la calzada de hormigón aquellas piras ardientes, y los Typhoon se pusieron a dar vueltas y efectuaron otras doscientas salidas, arrojando cohetes sobre las posiciones enemigas, reales e imaginarias.¹¹⁶

Los defensores alemanes fueron identificados enseguida y se comprobó que eran dos batallones de la 9.^a División SS-Panzer —«una sorpresa total», reconocieron los servicios de inteligencia británicos— y otros dos batallones del 16.^o Regimiento Paracaidista. «Nuestros servicios de inteligencia perdieron el tiempo en un estado de sorpresa e indignación», señalaba el diario de guerra de la Guardia Irlandesa. «Uno tras otro, fueron apareciendo regimientos alemanes que no tenían derecho a estar allí.» El consiguiente «mal humor» indujo a un sargento irlandés a obligar a punta de pistola a unos cuantos prisioneros a sentarse sobre el capó de su tanque para que identificaran los escondites del enemigo. Aun así a las seis de la tarde fue necesario efectuar otra cortina de fuego de artillería antes de que la Guardia Irlandesa entrara a trancas y barrancas en la pequeña población de Valkenswaard para pasar la noche en la plaza, iluminada en aquellos momentos por la luz anaranjadas de las casas en llamas. Unas cuantas decenas de prisioneros desaliñados fueron encerrados en una jaula escondida detrás del quiosco de la música.¹¹⁷

A lo largo de unos doce kilómetros desde la frontera holandesa hasta Valkenswaard los vehículos británicos, en doble y hasta triple fila, congestionaban la carretera, hostigados de vez en cuando por disparos de mortero del enemigo. En pocos lugares aquel estrecho pasillo que había logrado abrirse en la Holanda ocupada alcanzaba los diez metros, y la División Acorazada de la Guardia se enteró así de primera mano de lo que quería decir el estudio del terreno que una semana antes había

llegado a la siguiente conclusión: «El movimiento campo a través en la zona varía de lo impracticable a lo imposible... Todos los canales y los ríos presentan obstáculos, acentuados por los miles de acequias y zanjas de drenaje poco profundas». Eindhoven seguía estando a diez kilómetros de distancia —el fracaso de la 101.^a División Aerotransportada, que no iba a poder estar en la ciudad a las ocho de la tarde, carecía por completo de importancia— y Arnhem daba la sensación de encontrarse en otro mundo. Pese a la rápida destrucción de aquellos primeros nueve tanques, las pérdidas fueron escasas: solo quince muertos en toda la División Acorazada de la Guardia. Pero la acometida del XXX Cuerpo quedó frenada en seco durante doce horas, y nadie se preocupó demasiado de conservar al menos una ilusión de ímpetu y fuerza, quizá intentando que la Guardia de Granaderos se abriera paso en medio de sus maltrechos hermanos de la Guardia Irlandesa. Horrocks había pedido rapidez, pero rapidez no había.¹¹⁸

«Las cosas están saliendo muy bien desde luego», comunicó el cuartel general de Brereton al SHAEF. «Hemos sufrido muy pocas pérdidas.» El jefe de operaciones de Eisenhower telefoneó para mandar su «enhorabuena por el feliz resultado de la operación», según anotó en su diario el jefe de Estado Mayor del I Ejército Aerotransportado aliado. «En el SHAEF todo el mundo estaba encantado.»

En el SHAEF todo el mundo estaba decepcionado: la Operación Market Garden había fracasado en su primer día al no conseguir tomar los puentes de Arnhem y Nimega, y el fracaso se agudizó todavía más debido al lentísimo avance por tierra. Estaba todavía por librarse una batalla titánica, a veces heroica, y particularmente fatídica debido a las decenas de miles de hombres que iban a jugarse la vida. Pero el margen a favor de la victoria, siempre fino como el filo de una navaja, se había perdido irremisiblemente.¹¹⁹

Eindhoven era la sede de la empresa de electrónica Philips, fundada en 1891 por un primo de Karl Marx. Además de fabricar lámparas, la firma se había extendido a la producción de válvulas de vacío, radios, equipos de rayos X y, en 1939, la máquina de afeitar eléctrica. Sin pedir disculpas a París, Eindhoven seguía considerándose a sí misma la *Lichtstad*, la ciudad de la luz. Durante los últimos cuatro años, casi todos sus expertos se habían marchado a Alemania a instancias de Berlín. Pero la empresa se mostró muy hábil a la hora de proteger a los judíos, insistiendo en que eran especialistas insustituibles, y varios centenares de operarios judíos de la firma sobrevivieron a la guerra.¹²⁰

Por fin aquella ciudad industrial de tejados de paja, campos de césped bien recortados y pulcros setos vivos había sido liberada. Las tropas de la 101.^a División Aerotransportada se colaron en Eindhoven por el norte a primera hora del lunes 18 de septiembre, poniendo en fuga a unas cuantas decenas de alemanes y encontrando los puentes intactos. Los habitantes de la ciudad estallaron de júbilo y salieron a las puertas y las ventanas de las casas, en medio de una algarabía de silbatos de metal, tambores de juguete, y gente cantando envuelta en telas anaranjadas, el color nacional de Holanda. Miles de personas se pusieron a bailar en corro, ofreciendo a sus libertadores manzanas y ginebra. «El aire parecía apestar a odio a los alemanes», observó un oficial americano.¹²¹

El XXX Cuerpo no llegó por el sur hasta el anochecer, habiendo tardado un día entero en recorrer de mala manera apenas diez kilómetros. Tras unos torpes comienzos desde Valkenwaards, la División Acorazada de la Guardia encontró nuevas e incómodas emboscadas, reforzadas ahora con la presencia de tanques Panther. La niebla reinante en los aeródromos belgas y otros inconvenientes obligaron a los Typhoon a permanecer en tierra, y los intentos de desviarse por el este o por el oeste fracasaron debido a la fragilidad de los puentes. «Cada vez que el avance parecía progresar —comunicaba la Guardia de Granaderos— topábamos con un canal o un arroyo con un puente que invariablemente se venía abajo cuando habían cruzado un par de tanques.» Después de atravesar por fin la ciudad de Eindhoven engalanada de naranja, la Guardia se detuvo a pasar la noche al sur de Son, mientras los ingenieros acababan de tender un puente portátil Bailey sobre el tramo de carretera cortado por el Canal Guillermina. Se puso de nuevo en marcha el martes al amanecer, por la ruta flanqueada de árboles conocida ya como la Carretera del Infierno, que atravesaba Sint Oedenrode y Veghel en dirección a Grave, era un auténtico alambre que tenía que pasar por un ojo de aguja tras otro, y que se abordaba con más de treinta y tres horas de retraso sobre el horario previsto.¹²²

También llegaron refuerzos de Inglaterra, aunque ya sin la facilidad de los primeros lanzamientos por sorpresa del domingo. Casi 150 planeadores aterrizaron en Son a primera hora del lunes por la tarde, desafiando los disparos de los tiradores alemanes alineados hombro con hombro como si fueran una fila de fusileros. Al mismo tiempo Gavin encontró dos zonas de lanzamiento al este de la Colina de Groesbeek infestadas de tropas enemigas que se habían colado a través de la frontera alemana con más de una decena de cañones de 20 mm. Los aviones de reabastecimiento ya habían despegado, de modo que una fuerza de contraataque improvisada caló las bayonetas y cargó colina abajo para desalojar a los intrusos justo a tiempo. El despegue a media tarde de casi cuatro mil aviones supuso la llegada de

doscientos planeadores y siete mil hombres que se repartieron por todo el campo de batalla. Más de doscientos bombarderos B-24, desprovistos de torretas de ametralladoras, visores y ametralladoras dorsales, lanzaron toda clase de pertrechos en paracaídas, con una precisión bastante desigual. En total, la 82.^a División recibió alrededor del 80 % de los reabastecimientos que esperaba, pero la 101.^a recibió menos de la mitad.¹²³

La 101.^a División encontró otros problemas inesperados seis kilómetros al oeste de Son, en Best, una localidad de zapateros, dedicada a la producción de botas, en la que había una fábrica de ladrillos y una central de almacenamiento en frío. Sin saber que mil soldados del XV Ejército protegían la ruta de aprovisionamiento, de importancia vital para los alemanes, que atravesaba Best, una solitaria compañía del 502.^o Regimiento de Infantería Paracaidista llegó con la pretensión de tomar la ciudad y un puente de hormigón de un solo ojo sobre el Canal Guillermina que permitiera disponer de una ruta alternativa desde Eindhoven. El teniente Edward L. Wierzbowski marchó al frente de su pelotón al borde del canal, donde cinco ametralladoras abrieron fuego inmediatamente desde la orilla sur, a las que pronto se sumaron varias bombas de mortero. A las once de la mañana del lunes el puente voló hecho pedazos, y Wierzbowski y sus hombres perdieron todo el día y la noche siguiente luchando por sobrevivir en una trinchera superficial a sesenta metros del borde del agua.¹²⁴

Entre los siete heridos hacinados en un hoyo de protección adyacente se encontraba el soldado de primera clase Joe E. Mann, un chico de veintidós años, de labios finos, ojos grandes y nariz gruesa, el quinto de nueve hermanos, perteneciente a una familia de labradores de las proximidades de Spokane. Mann, que era el explorador de su compañía, había ayudado a destruir un depósito de municiones y un cañón de 88 mm con su bazooka antes de ser herido en los dos brazos, por lo que ahora se encontraba completamente imposibilitado y con los dos brazos en cabestrillo. El martes por la mañana la niebla que envolvía el canal se disipó de repente para materializar a los fantasmas agazapados en el terreno casi encima de la posición americana. Los soldados estadounidenses lograron esquivar dos granadas enemigas antes de que detonaran, pero una tercera les explotó encima, dejando ciego al encargado de la ametralladora, que, no obstante, consiguió localizar a tuestas una cuarta granada y devolvérsela a los que la habían lanzado. La quinta granada cayó detrás de Mann, que se echó hacia atrás y se llevó la mayor parte de la explosión haciendo de parapeto y salvando a sus camaradas en un gesto que luego sería conmemorado con la concesión de la Medalla al Honor. «Me he quedado sin espalda», musitó a Wierzbowski. Dos minutos más tarde había expirado.¹²⁵

Casi sin municiones y con solo tres hombres ilesos, el teniente anudó un pañuelo mugriento al cañón de su carabina y presentó la rendición. La batalla de Best, prevista como una operación de una sola compañía, no tardó en tragarse a todo el regimiento y únicamente la llegada de los tanques británicos decidió el resultado de la jornada asegurando el flanco izquierdo de los Aliados. Serían hechos mil cuatrocientos prisioneros alemanes y se contaron más de trescientos cadáveres enemigos, incluidos los de algunos que, según se dijo, fueron tiroteados por sus propios compañeros cuando intentaron rendirse. Pero la ciudad propiamente dicha seguía fuera de las líneas aliadas, y continuaría estándolo durante semanas.¹²⁶

La brevedad de una anotación incluida el lunes por la mañana en el cuaderno de informaciones de la 82.^a División Aerotransportada —«los holandeses comunican que los alemanes están venciendo a los británicos en Arnhem»— solo era ganada por la frase de los propios ingleses que admitía que se encontraban en «una situación sumamente descompuesta». En una ciudad acribillada a balazos en la que las panaderías permanecían abiertas y los lecheros seguían haciendo su ronda, la 1.^a División Aerotransportada se encontraba en gran peligro. Tres batallones habían intentado enlazar con el coronel Frost y sus hombres en el lugar en el que éstos seguían reteniendo el acceso al puente de la carretera de Arnhem desde el norte, pero habían fracasado. Los pertrechos lanzados en paracaídas habían caído en el lugar equivocado, en su mayoría en manos de los alemanes, y el mal tiempo había obligado a aplazar el lanzamiento de refuerzos polacos. Las radios que solo funcionaban cuando querían y que además eran prácticamente inútiles en terreno boscoso o urbano, limitaban enormemente las comunicaciones entre las fuerzas acorraladas en Arnhem y el resto del I Ejército Aerotransportado aliado a algún intercambio ocasional de palabras entrecortadas. El general Urquhart no saldría de su ático del Zwarteweg y se reuniría con su cuartel general hasta el martes por la mañana, y esa tarde más de la mitad de los soldados británicos al norte del Neder Rijn eran clasificados como bajas. Un brigadier se vio obligado a describirse a sí mismo como «un soldado de caballería maltrecho dirigiendo pequeñas cargas a la bayoneta». La población civil envalentonada construía barricadas con cadáveres —alemanes, británicos, holandeses— amontonados como si fueran sacos de arena en un esfuerzo inútil por impedir que las SS campara libremente por la ciudad.«Todo había salido mal», reconocía un informe británico.¹²⁷

Nada iba bien excepto el valor y en ninguna parte hubo más valor que en el puente. A fuerza de manzanas y peras recogidas en los sótanos de las casas, y de té, traguitos de aguardiente de cerezas y Benzadrina, el martes las fuerzas de Frost habían

sido obligadas a refugiarse en un perímetro de diez edificios, de los dieciocho que habían empezado teniendo. Pesados muebles holandeses parapetaban las puertas y las ventanas. Cubos, jarras y floreros fueron llenados de agua para hacer frente a las bombas incendiarias. Para no matarse unos a otros, los hombres se llamaban desde las ventanas destrozadas por los estallidos de las bombas con un viejo grito de guerra africano —«¡Waho, Mohammed!»— utilizando jirones de papel de pared enrollados a modo de megáfonos. El intento por parte de los alemanes de atravesar el puente a la fuerza desde el sur con una decena de coches blindados y dos camiones Mercedes acabó en un amasijo espantoso de vehículos destrozados; otros setenta cadáveres enemigos cubrieron la rampa. El martes por la tarde un caza FW-190 alemán se lanzó en picado cruzando el río para soltar una bomba —que no estalló— y a continuación chocó con su ala izquierda en la torre sur de la iglesia Sint-Walburgis, del siglo XIV, antes de precipitarse dando volteretas en un pequeño lago. «Enorme alegría por todas partes», escribió un zapador inglés.¹²⁸

Los alemanes apostados en la margen sur del Neder Rijn dispararon primero cañones antiaéreos de 40 mm contra los reductos británicos, y luego piezas de 80 mm e incluso de 150 mm. Tanques Tiger y lanzacohetes Nebelwerfer de seis cañones — los Screaming Meemies— se unieron a la fiesta lanzando bombas detonantes y proyectiles de fósforo blanco. «Empezando por el tejado, los edificios se venían abajo como si fueran castillos de naipes», recordaba un soldado de las SS. Otro alemán comparaba el efecto de las bombas de los *panzer* sobre las paredes de ladrillo con «la piel que se separa de los huesos». Cuando una bomba cayó en una casa cerca de la azotea, «dio la impresión de que todo el edificio se sacudía como un perro», señalaba un artillero inglés, y cuando la alcanzó un segundo proyectil «dio la impresión de que las paredes resoplaban antes de que se viniera abajo todo el edificio».¹²⁹

«Arnhem estaba ardiendo», recordaría luego Frost. «En las calles parecía que era de día, con una terrible luz esmaltada, metálica... Nunca vi una cosa más hermosa que aquellos edificios ardiendo.» Pese a las noticias de la BBC que decían que «todo está saliendo según el plan previsto» en Holanda, la situación del 2.º Batallón se había vuelto desesperada. «Es algo realmente desalentador ver cómo tu batallón va quedando hecho pedazos poco a poco a tu alrededor», escribió Frost después de la guerra. Antes de arrastrarse a una nueva posición, los paracaidistas se aflojaban la correa del casco y se sentaban un rato con los compañeros caídos: «Nadie necesita más un poco de compañía que un hombre muerto», explicaba un comandante. Pero enseguida, los cadáveres pestilentes tanto de ingleses como de alemanes eran arrojados a la calle desde las ventanas de los pisos superiores.¹³⁰

El miércoles el dique del Neder Rijn defendido por los británicos era comparado con «un mar de llamas», mientras los enemigos presionaban por el este, por el norte y por el oeste. A las 13:30 h unos fragmentos de mortero alcanzaron a Frost en las dos piernas inmovilizándolo por completo; fue conducido a un sótano maloliente cuyo suelo estaba tan atestado de muertos y heridos que los ordenanzas se las vieron y se las desearon para abrirse paso por él. «Nuestro edificio está ardiendo», escribió un sargento confinado en aquel mismo agujero. «Ya no tenemos medios de sofocar las llamas. En nuestro sótano hay un hedor que todo lo impregna a sangre, heces y orina.» Los alemanes que estaban prisioneros en el sótano, entre ellos los capturados en una batería de lanzamiento de V-2, cantaban *Deutschland, Deutschland über alles*, con la esperanza de que los soldados de las SS reconocieran las voces de sus camaradas antes de arrojar granadas a su interior.¹³¹

Los dos bandos acordaron un alto el fuego de dos horas a última hora del miércoles para evacuar a los heridos y los casos de agotamiento de combate. «¿Sois ingleses o americanos?», preguntó el primer soldado de las SS que entró en el sótano de Frost. Las puertas habían sido arrancadas de sus goznes para ser utilizadas como camillas para transportar a los hombres desde el exterior, donde «la escena parecía una de esas pinturas que pueden verse en los museos militares con el nombre de “La última batalla”», recordaría un soldado británico. Los integrantes de una unidad Panzergrenadier invitaron a coñac y chocolate y se felicitaron por aquel combate tan bien librado, «una batalla más dura que cualquiera de las que he combatido en Rusia», según afirmó uno de ellos. Frost, que pasaría seis meses en un hospital penitenciario, consideró a sus captores de las SS «amables, caballerosos, e incluso dispuestos a consolarnos». Pero no a todos los trataron tan bien. Un médico holandés que había tratado a los ingleses heridos en la Escuela de Ciencias Domésticas para Niñas fue llevado ante un pelotón de fusilamiento junto con otras cuatro personas y solo al cabo de tres horas, cuando oyó sus gemidos, un oficial alemán le administró el tiro de gracia disparándole en la cabeza. Del mismo modo, un joven holandés que había combatido al lado de los paracaidistas y que tenía los brazos vendados después de quemárselos con fósforo blanco fue obligado a ponerse de rodillas y ejecutado; un testigo describió «las manos torpemente envueltas en trapos extendidas hacia adelante como si fueran dos remos grotescos».¹³²

El alto el fuego expiró y se reanudó el combate. Los soldados más tenaces del batallón se rindieron por fin a las cinco de la madrugada del jueves, tras resistir más de tres días. Ochenta y un paracaidistas perdieron la vida y el resto fueron hechos

prisioneros. Un último mensaje enviado por una de aquellas radios que daban tan mal resultado fue captado solo por los escuchas alemanes: «Estamos sin munición. ¡Dios salve al rey!».¹³³

Ni saeta que vuela de día

A las 16:30 h del martes 19 de septiembre, cuando la situación del puente de Arnhem pasó de terrible a desesperada, el joven general Gavin se hallaba delante de la escuela de Malden, a cinco kilómetros al oeste de Groesbeek. Dando una patada al bordillo de la acera, siguió esperando la llegada de media docena de mandos británicos y americanos para estudiar con ellos la próxima jugada.¹³⁴

Las sombras del atardecer se alargaban por toda la localidad y unas nubes densas vagaban por el cielo. El buen tiempo se había deteriorado: más de mil aviones de reabastecimiento habían despegado de Inglaterra por la mañana, pero se encontraron con una niebla tan espesa sobre el canal de la Mancha que los pilotos de los planeadores apenas podían ver un metro de la cuerda que los remolcaba. Aunque muchos aparatos dieron media vuelta, se perdieron cuarenta y cinco aviones y setenta y tres planeadores. Solo llegó a Holanda la mitad del contingente de sesenta y seis piezas de artillería y 2.300 soldados de refuerzos que se esperaba. El reabastecimiento de munición y de raciones de comida se consideró «insignificante».¹³⁵

De los cinco grandes objetivos asignados a la 82.^a División Aerotransportada en la fase Garden, cuatro se habían conseguido, pero el quinto —un sitio por el que cruzar el Waal en Nimega— seguía fuera de su alcance. Solo un batallón del 508.^o Regimiento de Infantería Paracaidista había intentado tomar el puente de la carretera el domingo por la noche, pero en vez de seguir las instrucciones de Gavin y rodearlo a lo largo de la orilla del río desde la colina de Groesbeek, el oficial al mando del regimiento se fió de los holandeses que le aseguraban que acortar por las tortuosas calles de Nimega resultaría más rápido y más seguro. A las diez de la noche las tropas enemigas habían bajado de los camiones en una rotonda cerca del acceso al puente desde el sur, y un confuso tiroteo en la oscuridad dio al traste con la jugada de los americanos. Los soldados de la 10.^a División SS-Panzer no tardaron en atrincherarse entre las ruinas y las piedras del Valkhof, el reducto imperial carolingio construido por Carlomagno en 768 y donde su hijo, Ludovico Pío, había alojado durante un tiempo sus halcones de caza.¹³⁶

Tampoco la llegada tardía del XXX Cuerpo el martes por la mañana permitió continuar avanzando hasta el Waal. Los integrantes de la 82.^a División Aerotransportada y los civiles holandeses ondeando banderas habían dado la bienvenida a la División Acorazada de la Guardia cuando llegó al puente de nueve arcos de Grave a las 8:30 de la mañana, y los primeros tanques se precipitaron por los barrios de la periferia de Nimega justo poco después de medio día. Dos terceras partes del pasillo dorado que iba de Leopoldsburg a Arnhem pertenecían ya a los Aliados. Pero el intento de cruzar el río en Nimega fracasó. Tres columnas se abrieron paso hacia el puente de la carretera, hacia el puente del ferrocarril y hacia la oficina de correos, en la que los patriotas holandeses creían que se guardaban los detonadores que debían destruir ambos viaductos. Solo la última de estas incursiones salió bien, pero en la oficina de correos no había nada, salvo unos cuantos civiles que se habían refugiado en su sótano y algunos cadáveres de alemanes detrás del mostrador de los sellos. Los mandos enemigos estaban tan seguros de poder retener los puentes que sus pilares permanecían en pie; Model quería que siguieran intactos para efectuar un contraataque desde Arnhem a través de Nimega. Como barrera alrededor de los accesos por el sur, los ingenieros de las SS habían amontonado bidones de combustible en varios centenares de casas y además habían tirado granadas de termita en uno de cada tres edificios. Otra ciudad holandesa estaba en llamas.¹³⁷

Junto al bordillo de la acera de la escuela de Malden se habían reunido con Gavin el coronel Reuben H. Tucker —un veterano de Sicilia y Anzio de treinta y tres años, natural de Connecticut, siempre con un puro en la boca, que estaba al frente del 504.^o Regimiento de Infantería Paracaidista—, y tres coroneles británicos cubiertos de salpicaduras de barro, los tres con pantalones de pana, botines de ante, y las insignias de sus respectivos regimientos, la Guardia Irlandesa, la Guardia de Granaderos y la Guardia Escocesa. Además, cada uno de ellos mostraba lo que un testigo llama «unos aires sumamente curiosos de despreocupación. No tardó en unirse al grupo un trío de generales británicos: el general Allan H. Adair, al mando de la División Acorazada de la Guardia; Horrocks, de figura alta y angulosa; y Boy Browning, que acababa de aterrizar en un campo de coles cercano junto con su Estado Mayor a bordo de treinta y seis planeadores. Retorciéndose el bigote con más cuidado que nunca, el comandante de la fase Market cambió su maletín y su traje de faena propio de todo un desfile de gala por un chaquetón de camuflaje, con los prismáticos colgados de una correa alrededor del cuello. Pero incluso el famoso aplomo de Browning mostraba signos de decaimiento. A primera hora de la mañana había recibido del cuartel general otro absurdo mensaje de enhorabuena; en este, enviado por Beetle Smith, el SHAEF se manifestaba «enormemente complacido por el espectáculo», que estaba

desarrollándose «exactamente» como se había previsto. En un arranque de despecho Browning había arrojado un tintero contra la fotografía de un general alemán que estaba colgada de la pared.¹³⁸

Gavin explicó rápidamente cómo estaba la situación en Nimega. En la orilla izquierda del Waal, las tropas enemigas retenían un sector de un kilómetro de anchura, desde el puente del ferrocarril, por el oeste, hasta el puente de la carretera, por el este. Esa franja se extendía a lo largo de trescientos metros desde el río hasta la ciudad en llamas. Unos quinientos hombres de las SS defendían cada puente, y había algunos más atrincherados alrededor del Belvedere, una torre de vigilancia del siglo XVII. Incluso el quiosco de música situado a orillas del río era un fortín provisto de aspilleras para las ametralladoras. Podían verse refuerzos alemanes cruzando los puentes a pie y en bicicleta. Los cañones que disparaban desde la orilla derecha habían castigado de mala manera a varios tanques ingleses, y los paracaidistas americanos atascados en la ciudad se habían visto obligados a envolverse en cortinajes y fundas de muebles para calentarse durante la noche. Desesperado, Gavin había instado a seiscientos combatientes de la Resistencia holandesa a que dispararan contra las tropas alemanas situadas en los alrededores de los puentes con las armas de los soldados muertos que pudieran recoger. En aquellos momentos se sabía muy poco acerca de la situación de los británicos en Arnhem —las radios de Browning no funcionaban mucho mejor que las del general Urquhart—, pero contrariamente a las primeras valoraciones de los servicios de inteligencia, Gavin estaba seguro de que el enemigo no era «un ejército alemán deshecho en plena retirada». Los soldados de las SS capturados parecían «recios y seguros».¹³⁹

El coronel Tucker, el borde cuyo casco casi le tapaba los ojos, de vez en cuando se quitaba el puro de la boca para escupir. («Cada vez que lo hacía —escribiría después un coronel británico— una vaga expresión de sorpresa se dibujaba en el rostro de los oficiales de la Guardia».) Gavin creía que la única forma de echar al enemigo de Nimega era rebasarlos por los flancos: él proponía que mientras los tanques ingleses y un batallón de paracaidistas presionaban atacando a través de la ciudad, el regimiento de Tucker cruzara el Waal río abajo, más allá del puente del ferrocarril, y atacara a los alemanes por la retaguardia. Dada la urgencia por llegar a Arnhem, en vez de aguardar a que anoheciera el ataque debía lanzarse lo antes posible el mismo miércoles. Pero primero se necesitaban barcas. Y no podía encontrarse ni una sola a lo largo del río.¹⁴⁰

Browning y Adair no dijeron gran cosa. Tucker escupía. Horrocks se mostraba escéptico; el cruce del Waal —que tenía cuatrocientos metros de anchura, y cuya corriente llevaba una velocidad de ocho nudos— a plena luz del día parecía un acto

tan suicida como el asalto que habían llevado a cabo los americanos a través del río Rapido, en el centro de Italia, ocho meses antes. Más de dos mil soldados estadounidenses habían resultado muertos o heridos en aquel fiasco. Pero Horrocks reconocía que no había más opciones. El equipo de ingenieros del XXX Cuerpo debía de tener varias decenas de barcas en medio del amasijo de material necesario para la construcción de puentes. Horrocks ordenaría que las encontraran y que vinieran corriendo por la Carretera del Infierno; con las decenas de millares de soldados atascando ya aquella estrecha vía, el tráfico debía de ir casi a paso de tortuga. Antes de concluir la conferencia, dio a Gavin algunos consejos: «Jim, no intentes nunca luchar contra un cuerpo de ejércitos entero por una sola vía».¹⁴¹

Dos horas después, mientras la oscuridad se apoderaba lentamente del campo de batalla y los comandantes iban y venían afanosamente haciendo preparativos para el día siguiente, 120 aviones de la Luftwaffe en vuelo rasante machacaron Eindhoven en el único ataque aéreo importante a gran distancia que efectuaron los bombarderos alemanes durante el otoño de 1944. Los obreros de la Philips y sus alegres familias seguían tocando los tambores de juguete y escribiendo sus nombres con tiza en el guardabarros de los vehículos británicos cuando llegaron unos ferroviarios holandeses diciendo que corrían rumores de que se acercaban los *panzer*. Los banderines naranja y las banderas holandesas desaparecieron de repente. «Todas las sonrisas se esfumaron», comentaba Alan Moorehead.

Las madres, con sus gorritos de papel, salieron corriendo por la calle a recoger a sus hijos. Los silbatos de metal enmudecieron casi al unísono y se acabaron los bailes... Todas y cada una de aquellas caras rollizas y sonrientes se veían ahora llenas de recelo.¹⁴²

No apareció ningún tanque enemigo, pero en cambio «un cúmulo de bengalas de paracaidistas de color amarillo claro iluminó la ciudad... En las calles parecía reinar de nuevo la luz del día». Momentos después empezaron a caer las bombas, incendiando media docena de camiones cargados de municiones en el Stratumsewijk, que envolvieron en llamas la fábrica. Los generales Ridgway y Brereton, que se dirigían juntos a Nimega para asegurarse de que al menos seis generales supervisarán el ataque de los cinco batallones del miércoles, se encontraron de pronto en un parque de Eindhoven «con el estómago aplastado contra el suelo durante casi una hora», como Brereton anotó en su diario. Ridgway escribiría más tarde: «Por todas partes grandes incendios, camiones de municiones explotando, tanques de gasolina en llamas, y las calles cubiertas de escombros de casas derruidas». Las mujeres y los niños entonaban himnos en un refugio «en medio de violentas ráfagas de aire y de luz», según la descripción de Moorehead. Una bomba dio en otro sótano atestado de

gente en el Biesterweg, donde perecieron calcinadas cuarenta y una personas. La presión del agua falló en toda la ciudad, y entre los nueve mil edificios dañados, más de doscientas casas fueron destruidas por completo. La ciudad de la luz ardía sin parar.¹⁴³

El amanecer reveló la verdadera dimensión de la catástrofe. De las más de 1.000 bajas civiles, 227 fueron muertos. Sus cadáveres serían congregados en una escuela de la Thijmstraat y metidos en estrechos ataúdes con tapas abombadas y asas de metal para ser enterrados en una fosa común. Evidentemente Eindhoven se había convertido en un objetivo militar una vez que llegaron los convoyes de la fase Garden, pero Moorehead seguía furioso. «Un acto ciego de maldad por parte del enemigo», dijo furibundo. «Una cosa odiosa, imperdonable.»¹⁴⁴

Las barcas llegaron el miércoles con retraso, obligando a aplazar el asalto por el río en Nimega hasta media tarde. Tras un nuevo aplazamiento y más excusas masculladas de cualquier manera por Horrocks culpando a la congestión del tráfico en la Carretera del Infierno, Gavin insistió: «¡Por Dios, inténtalo!», le interrumpió de mala manera. «¡Es lo menos que puedes hacer!» Media hora antes de que diera comienzo el ataque, tres camiones británicos se detuvieron detrás de una central eléctrica a la orilla del río a un kilómetro al oeste de la ciudad. En vez de las treinta y tres barcas que se esperaban, había solo veintiséis —los ataques de la artillería habían destruido un cuarto camión—, y no podían ser más frágiles. De apenas seis metros de longitud, con el fondo de madera contrachapada y los laterales de lona verde sujeta a la borda, aquellas barcas eran «de un tipo más apropiado para los plácidos ríos de Inglaterra» que para atravesar el Rin, como reconocería un soldado de la Guardia. Algunas tenían solo dos remos en vez de los ocho reglamentarios. «Unos cacharros pequeños y endebles, de fondo llano —diría luego el capitán Henry B. Keep en una carta a su madre—, más chicos que el esquife de aluminio de papá.»¹⁴⁵

Después de que un comandante del Real Cuerpo de Ingenieros les diera algunas instrucciones rudimentarias detrás de un dique —«Subid lo más que podáis río arriba», les aconsejó encogiéndose de hombros—, los paracaidistas del 3.^{er} Batallón del 504.^o Regimiento de Infantería Paracaidista engulleron varios cucharones de carne de cerdo guisada que había en una marmita enorme, o se fumaron un último cigarrillo. Los aviones Typhoon vapulearon la orilla opuesta, y tras ellos cien piezas de artillería lanzaron una cortina de fuego de quince minutos de duración. Aparecieron dando tumbos dos docenas de tanques Sherman británicos para dejarse ver y quitarse luego de en medio, disparando primero bombas detonantes y luego proyectiles de fósforo blanco con el fin de crear una cortina de humo lechoso. A las 15:02 h se oyó un

silbato. Cuatrocientos hombres lanzando gruñidos cargaron las barcas a la espalda — cada una pesaba casi trescientos kilos— y cruzaron la empinada rampa del dique de contención hasta llegar a la orilla embarrada del río Waal.¹⁴⁶

De repente el fuego de las defensas alemanas, desde tres direcciones distintas, cubrió el río de acero, «como un banco de caballas que se han juntado para comer», según la descripción de un soldado. Las barcas se quedaron atascadas en el lógamo del río o volcaron en los bajíos cuando los hombres intentaron subir a bordo. Otras se pusieron a dar vueltas en círculo o corrieron río abajo con los hombres medio ahogados agarrados a la borda. Solo desde el puente del ferrocarril, se oyó el traqueteo de casi cuatro decenas de ametralladoras alemanas, subrayado por los disparos de un par de cañones de 20 mm. Por doquier se oía el silbido de las balas volando sobre el río como piedras incandescentes que atravesaban el casco de lona de las embarcaciones; los paracaidistas intentaban tapar los agujeros con gorras, guantes y pañuelos para que no entrara el agua. El impacto directo de una bomba de mortero arrojó al Waal a una docena de hombres. Un ingeniero con la cabeza atravesada por una bala cayó por la borda y, al engancharse los pies en el asiento, su cuerpo se convirtió en un segundo timón, haciendo que las embarcación se pusiera a dar vueltas en círculo hasta que sus compañeros, cubiertos de salpicaduras de sangre y de restos de masa encefálica lograron finalmente arrojar su cadáver al río. «Al hombre que estaba sentado a mi lado le había estallado la mitad de la cabeza, de modo que los sesos le colgaban sobre lo que quedaba de la parte inferior de la cara», recordaría el capellán Delbert Kuehl. En la misma barca, el oficial al mando del batallón, el comandante Julian A. Cook, murmuraba una y otra vez: «Dios te salve, María, llena eres de gracia», sin parar de remar. «Hágase tu voluntad», añadía el capellán.¹⁴⁷

«Fue un espectáculo horrible, horrible», recordaría más tarde el oficial que comandaba un tanque. «Las barcas saltaron literalmente por los aires.» Los tres generales británicos —Browning, Horrocks y Adair— contemplaban la escena paralizados a través de sus prismáticos desde la azotea de la central eléctrica. Una fuerte ráfaga de viento disipó la cortina de humo, dando a los artilleros alemanes apostados en el puente del ferrocarril y en la orilla opuesta del río una clara visión de su objetivo. Las balas trazadoras pasaban serpenteando sin parar. El rugido de los cañones y el ruido de la lona al desgarrarse seguían resonando en el agua, y eran abatidos cada vez más hombres, que caían rodando hasta el centro de las embarcaciones, de las que se elevaba el vapor procedente de las heridas aún calientes. Remando sin remos, los soldados surcaron las turbulentas aguas del Waal ayudándose

de la culata de sus fusiles, sus cascos y las herramientas utilizadas para abrir trincheras y agitándose como posesos. «¡Dios mío!», exclamó Horrocks. «¡Miradlos!»¹⁴⁸

La mitad de los hombres lograron llegar a la otra orilla, lanzándose a tierra desde aquella flotilla de cáscaras de nuez jadeando y dando arcadas con la cara pegada al barro, al abrigo de la margen derecha del río. Trece barcas que habían logrado sobrevivir reanudaron la travesía: cargadas de cadáveres, acribilladas a balazos, y conducidas por unos cuantos ingenieros del ejército estadounidense completamente exhaustos. Once embarcaciones sobrevivirían a esa segunda intentona; otros cuatro viajes efectuados posteriormente mejoraron el balance del 3.^{er} Batallón, y tras ellos fueron el 1.^{er} Batallón y el coronel Tucker. Como si de galeotes se tratara, algunos prisioneros alemanes fueron obligados a conducir las barcas remando en los últimos viajes de la que llamarían la «Regata del Waal».¹⁴⁹

Los que se habían agachado a vomitar de rodillas a lo largo de la orilla opuesta no tardaron en levantarse con una mirada asesina en los ojos. «¡Dios ayude a cualquiera que se interponga en nuestro camino!», dijo un paracaidista. Fueron avanzando a la carrera en pequeños grupos, en una especie de sucesivas apariciones mortíferas, que un sargento compararía con las del «muñeco de una caja de sorpresas», matando a cerca de cincuenta alemanes en las inmediaciones del río antes de recorrer seiscientos metros por la calzada del dique de contención para matar a más enemigos lanzando granadas o a golpes de bayoneta. Un pelotón hizo una auténtica escabechina con la guarnición alemana de Hof van Holland, un desvencijado fortín holandés, tras cruzar unos el foso a nado, escalar otros los terraplenes, y asaltar por fin el reducto a través de una estrecha pasarela de madera. Otros paracaidistas formaron una línea de hostigadores y avanzaron a grandes zancadas hacia el puente, disparando sus fusiles sin apuntar. El capitán Keep describía a sus hombres como si fueran «movidos por un estado de agitación extrema [y como si estuvieran] fuera de sí... unos fanáticos enloquecidos de furia y de ansias de matar... No he visto nunca una metamorfosis humana manifestarse de forma más aguda que la de aquel día. Los hombres estaban fuera de sí».¹⁵⁰

Conscientes de que se habían cambiado las tornas y hostigados por los tanques británicos que se abrían paso hacia el norte a través de las calles de Nimega, los soldados de las SS se situaron en el puente del ferrocarril, para ser barridos por el fuego de los fusiles automáticos Browning y dos ametralladoras alemanas capturadas por los americanos: los hombres de Tucker habían tomado el acceso norte del puente y se pusieron a agitar banderas amarillas de reconocimiento para avisar a los británicos de que no siguieran disparando desde el otro lado del río. Los ingenieros

alemanes que habían estado reparando la superestructura del puente fueron muertos de un disparo colgados de sus arneses de seguridad; durante varios días permanecerían balanceándose sujetos a las vigas «como si fueran gárgolas», diría el capitán Keep en una carta a su madre. Otros soldados enemigos se arrojaron al río, acosados por el fuego de la artillería, o fueron muertos cuando intentaban rendirse. «Unos alemanes viejos se agarraron a nuestras M1 suplicándonos que tuviéramos piedad», recordaba un cabo. «Les pegaron un tiro a quemarropa.» Un teniente coronel alemán anotó en su diario: «Los americanos se comportaron como lo hacen siempre, arrojando a nuestros heridos al Waal desde lo alto del puente, y pegando un tiro a los pocos que hicieron prisioneros». Solo en el puente del ferrocarril fueron contados doscientos sesenta y siete cadáveres enemigos.¹⁵¹

Los paracaidistas que se lanzaron como una flecha a través de la hierba que crecía en las orillas del río también llegaron al acceso norte del puente de la carretera al anochecer, justo cuando los tanques de la Guardia de Granaderos se abrían paso en Nimega por el Valkhof de Carlomagno y llegaban al puente escupiendo fuego. Los proyectiles de los cañones alemanes de 80 mm atravesaron el aire, «desgarrándolo y silbando como si fueran grandes candelas romanas o bolas de fuego», informaba un alto mando norteamericano. Las bombas destruyeron dos tanques británicos, pero uno de ellos patinó hacia un lado atravesando una barricada enemiga situada al otro lado de la rampa e hizo volar por los aires un par de cañones antitanque situados a un lado de la carretera. Las tropas de las SS salieron huyendo a la carrera y se refugiaron en la oscuridad entre las matas de grosella espinosa. Los ingenieros británicos que peinaron las vigas del puente en busca de explosivos encontraron cartuchos de dinamita y detonadores sujetos a una pasarela situada a casi veinticinco metros de altura sobre el río.¹⁵²

«El ataque más valiente efectuado durante toda la última guerra», como lo llamaría Horrocks, había terminado. Su coste serían doscientos paracaidistas del regimiento de Tucker. La orden de Model de «volar el puente de la carretera de Nimega» llegó demasiado tarde. La 10.^a División SS-Panzer comunicó por radio la mala noticia: «Han cruzado el Waal».¹⁵³

Montgomery supervisó el combate a través de oficiales de enlace e informes transmitidos por radio. No visitó el campo de batalla durante toda la Operación Market Garden ni vio a sus comandantes en campaña; estaba posando otra vez para un retratista y parece que la experiencia lo hacía entrar en trance, jactándose de que el parecido con el natural «causaría una sensación tremenda el año que viene en la Academia». Pero el miércoles a las 22:50 h de la noche se sintió lo bastante seguro de lo que veía desde Bruselas para enviar un cable a Eisenhower:¹⁵⁴

Las cosas van a funcionar bien... La división aerotransportada británica en Arnhem lo ha pasado mal, pero su situación se aliviará ahora que podemos avanzar hacia el norte desde Nimega para apoyarla. Hay una magnífica posibilidad de que capturemos el puente de Arnhem.

En un mensaje posterior a Brooke, añadía: «Considero la situación general en los ríos actualmente muy satisfactoria». Semejante valoración era ni más ni menos que una alucinación. A pesar de la importancia de Nimega, cualquier «magnífica posibilidad» de tomar el puente de Arnhem había desaparecido, aunque el alto mando todavía no lo supiera. Como reconocería luego un informe del XXX Cuerpo, «por delante, por los flancos y por detrás todo iba mal».¹⁵⁵

Gavin lo sabía. Antes incluso de que su primer paracaidista se lanzara al Waal, había sido avisado en la central eléctrica por una llamada enloquecida de su jefe de estado mayor, que se encontraba en las inmediaciones de Groesbeek: «General, ¡qué demonios!, más vale que vuelva usted aquí o se quedará sin división». Marchó a toda prisa a su puesto de mando, donde quedó sorprendido al encontrar a un Ridgway mugriento de hollín, recién llegado de la ordalía de Eindhoven. Allí se enteró de que los paracaidistas alemanes habían invadido Beek, al norte, y parte de Mook, al sur, amenazando no solo la Carretera del Infierno, sino también esa valiosísima anomalía del terreno de Holanda que constituyen las colinas que dominan Nimega. Solo la oscuridad, los tanques de la Guardia Coldstream y el valor de Gavin salvaron la situación (en un singular y peligroso caso, tuvo que cruzar cuerpo a tierra una carretera de macadam bajo un intenso fuego enemigo). Los contraataques llevados a cabo con las primeras luces del jueves permitieron reconquistar Beek, asegurar Mook y mandar de vuelta a los alemanes hacia el este.¹⁵⁶

Pero los problemas en la retaguardia angloamericana no habían hecho más que empezar. El ataque lanzado por los *panzer* en Son el miércoles habría resultado todo un éxito de no ser por diez belicosos tanques ingleses. Los servicios de inteligencia aliados habían dado por supuesto que el enemigo sería incapaz de trasladar a un número importante de tropas con las que contrarrestar la Operación Market Garden; en realidad otros 85.000 alemanes inundaron el campo de batalla en apenas una semana. Dos cuerpos de ejército británicos adicionales, con la misión de salvaguardar los flancos de los Aliados —el XII al oeste y el VIII al este— se abrieron paso a trancas y barrancas por un terreno baldío cubierto de brezo, a razón de unos cinco kilómetros al día por término medio, contra una resistencia intermitente. El viernes 22 de septiembre el primero todavía no había llegado a Best y el segundo estaba detenido al sudeste de Eindhoven.¹⁵⁷

Esa misma mañana la Carretera del Infierno fue cortada por primera vez, a pesar de las advertencias holandesas de que los enemigos estaban concentrándose al este y al oeste de la ruta, entre Veghel y Uden. Durante más de un día —«el momento más negro de mi vida», confesaría Horrocks— los *panzer* bloquearon la carretera, cortando las líneas de abastecimiento de las tres divisiones aliadas situadas por entonces al norte del Maas. En cuanto los tanques británicos y los paracaidistas norteamericanos volvieron a abrir la ruta el sábado por la tarde, los alemanes reanudaron el ataque a unos diez kilómetros al norte de Son, luchando con tanta saña que la artillería estadounidense tuvo que abrir fuego con los visores abiertos a cuatrocientos metros de distancia. En esta ocasión la Carretera del Infierno permanecería cerrada dos días, lo suficiente para que el enemigo destruyera cincuenta vehículos y sembrara la carretera de minas.¹⁵⁸

La nueva cabeza de puente sobre el Waal no consiguió desembarazar el avance hacia Arnhem, como había esperado Montgomery. Tras un retraso de treinta y cinco horas en capturar los puentes de Nimega, la vanguardia del XXX Cuerpo permaneció sin hacer nada otras dieciocho horas. Las incursiones del enemigo y la congestión de la Carretera del Infierno hicieron mucho daño: los refuerzos de la 43.^a División británica tardaron tres días en recorrer diez kilómetros y alcanzar a la Guardia Irlandesa y a la 82.^a División Aerotransportada. Los ingleses se habían entretenido ayudando a los americanos en Mook y despejando Nimega, y algunos pertrechos prometidos por el SHAEF no aparecieron. Gavin llegó además a la conclusión de que, al cabo de cinco años de guerra, los veteranos británicos eran excesivamente cautos, y de que abrigaban sentimientos de lo que él llamaba «¿Por qué morir ahora?». Encontró al coronel Tucker en una granja cerca del puente del ferrocarril lamentándose del retraso. «¿Qué demonios están haciendo?», preguntó Tucker dando un mordisco a su puro. «¿Por qué demonios no llegan a Arnhem?»¹⁵⁹

El jueves 21 de septiembre a las 13:30 h, la Guardia Irlandesa por fin logró avanzar un poco a través de una carretera que discurría a menos de dos metros por encima de los pantanos, utilizando un mapa alemán capturado en el que aparecían señalados los cañones enemigos escondidos detrás de una hilera de árboles en Ressen, a cinco kilómetros al norte de Nimega. El mapa resultó ser muy exacto: once blindados, dos baterías de cañones de 88 mm, dos batallones de infantería y varios otros salteadores de caminos aguardaban emboscados. En una repetición del avance desde Leopoldsburg, la parsimoniosa procesión de vehículos británicos fue de nuevo pasto de las llamas, con tres Sherman ardiendo y la columna chocando «en cadena... el morro de un carro empotrado en la trasera de otro según podía apreciarse a la distancia». El mal funcionamiento de las radios impedía que los Typhoon se lanzaran

al ataque y la congestión del tráfico de la Carretera del Infierno mantenía a la artillería demasiado lejos al sur. Contemplando «esas terribles tierras llanas» llenas de diques, zanjas y árboles frutales, un oficial británico exclamó: «¡No vamos a avanzar ni un solo metro por esta maldita carretera!». ¹⁶⁰

Avanzaron más de un metro, sí, pero no mucho más. En un terreno tan hostil para las puntas de lanza blindadas como el *bocage* normando, la Guardia llegó a Elst —a mitad de camino en dirección a Arnhem— al cabo de tres días. «Pero no pudo pasar más allá», como se lamentaba una historia de la unidad. Antes de que acabara la semana, los oficiales de la Guardia, armados con escopetas, recorrían los campos a la caza de chorlitos y faisanes, decididos a sacar el mayor partido posible de su miserable situación. ¹⁶¹

Los británicos que habían logrado sobrevivir en Arnhem se encontraban en aquellos momentos acorralados en un perímetro de cinco kilómetros en la frondosa localidad de Oosterbeek, justo al oeste de la ciudad, al norte de las praderas inundadas del Neder Rijn. El puesto de mando del general Urquhart ocupaba la totalidad del hermoso Hartenstein Hotel, provisto de grandes ventanales, que de hermoso ya no tenía nada. Los cadáveres yacían amontonados en el jardín, como si fueran leña, e incluso los radiadores del establecimiento habían sido purgados para calmar la sed de los heridos. Las trincheras abiertas en el terreno serpenteaban entre los laureles y al pie de las hayas. Los alemanes capturados ocupaban las pistas de tenis utilizadas a modo de jaulas de prisioneros. «Por la tarde me iba a mi trinchera y me fumaba una pipa», escribiría más tarde un paracaidista. «Solía quedarme mirando un manzano que crecía allí al lado y estaba cargado de manzanas rojas, y luego veía salir las estrellas.» No lejos de allí, el poeta Philip Sidney había caído mortalmente herido tras la batalla de Zutphen en septiembre de 1586. Aquel valeroso Sidney había contemplado las mismas estrellas y la misma luna ascender por el cielo con paso entristecido, para traerle un poco de consuelo. ¹⁶²

Entre una cortina de fuego de mortero y otra —que los ingleses llamaban «odio»— los altavoces de los alemanes tocaban *In the Mood* o transmitían llamamientos a la rendición. Los ingleses respondían con pataleos, silbidos y maldiciones, y disparos de ametralladoras Bren; los francotiradores hacían una mueca en la culata de su fusil por cada casco alemán que conseguían ladear. Cada día era mayor el peso del metal de lo que el enemigo llamaba el *Hexenkessel*, o «caldero de las brujas». Equipos de soldados alemanes provistos de lanzallamas y quince tanques King Tiger II recién salidos de la fábrica se unieron a la pelea «de habitación en habitación, de piso en piso, de jardín en jardín, y de árbol en árbol», como decía un

capitán de las SS. Una mujer holandesa comentaba: «No puedes hacerte idea de cuánta gente grita en esas circunstancias». La artillería del XXX Cuerpo, situada cerca de Nimega, alcanzaba al enemigo con una precisión admirable y mantenía a raya a la 9.^a División SS-Panzer. También eso traía cierto consuelo.¹⁶³

De los casi 9.000 soldados británicos que habían logrado colarse al norte del Neder Rijn, casi 3.600 seguían combatiendo, pero cada vez con unos medios más precarios. De las 1.500 toneladas de pertrechos lanzadas desde el día 18 de septiembre, los hombres de Urquhart habían recuperado menos de 200, y 66 aviones de transporte —de las 629 salidas efectuadas— habían sido abatidos. Los sótanos y las casas de gruesas paredes de Oosterbeek estaban atestadas de heridos, enfermos, moribundos u hombres recién muertos. Una valerosa mujer holandesa, Kateter Host, iba y venía entre ellos para leerles el Salmo 91 de David: «No temerás el terror de la noche ni saeta que vuela de día». El jueves al atardecer Urquhart hizo un llamamiento a Browning a través de la radio: «Nuestras bajas son muy numerosas. Los recursos se han estirado al máximo. Los refuerzos en las próximas veinticuatro horas son vitales».¹⁶⁴

Los refuerzos llegaron, aunque muy pocos y demasiado tarde. La ayuda suministrada por la brigada aerotransportada polaca del general Sosabowski había sido aplazada por dos veces a causa del mal tiempo y la pérdida del batallón de Frost dio lugar a un nuevo plan de lanzamiento en paracaídas de los polacos el 21 de septiembre cerca de Driel, justo al otro lado del río donde se encontraba la cabeza de puente de Urquhart, y no cerca de la que acababa de ser abandonada. De nuevo el mal tiempo reinante en el continente obligó a dar media vuelta a muchos pilotos confundidos —un pobre desgraciado se perdió y acabó en Irlanda— y Sosabowski se encontró en Driel solo con dos terceras partes de sus efectivos, unos mil hombres, y sin medios para cruzar los doscientos metros de anchura del río; un transbordador que se suponía que debía estar esperándolo había soltado amarras y había sido hundido para que no cayera en manos de los alemanes. Nuevos soldados enemigos reforzaron la margen derecha del río, rebasando a un solitario pelotón instalado en las colinas de Westerbouwing y estrechando la parte de ribera controlada por Urquhart a solo setecientos metros.¹⁶⁵

Pasó una noche y otra noche. Unos pocos polacos lograron deslizarse en el campamento británico en lancha neumática o en balsa, pero un ulterior intento de cruzar el río provocó que se lanzaran potentes cortinas de fuego: «El infierno sobre las aguas», en palabras de Sosabowski. Un batallón de Regimiento de Dorsetshire, que constituía la vanguardia de la 43.^a División, también realizó una intentona el 24 de septiembre por la noche, después que los camiones encargados de transportar las

barcas de asalto —muchas otra vez sin remos— llegaran tarde, se perdieran o sufrieran una emboscada. Una hora después de que diera comienzo la travesía, el fuego insoportable de las ametralladoras y el lanzamiento de granadas pusieron fin a la incursión, con la muerte o la captura de más de trescientos de los cuatrocientos hombres del Regimiento de Dorset que se habían atrevido a echarse al agua. «Acto muy valiente, pero bastante inútil», concluiría un oficial británico. Un corresponsal polaco que aguardaba en el hotel Hartenstein aquel domingo escribió: «Todo parece indicar que nuestra situación se ha vuelto trágica».¹⁶⁶

Cuando llegó el final, fue rápido. En el sombrío puesto de mando del XXX Cuerpo en Malden, el lunes 25 de septiembre por la mañana Browning y Horrocks acordaron reducir sus pérdidas y sacar a la 1.^a División Aerotransportada de Arnhem esa misma noche, en el transcurso de una operación que recibió el absurdo nombre en clave de Berlín. «Nunca se esperó con más deseo que llegara la oscuridad», garabateó en el diario de la división un chupatintas refugiado en el sótano del hotel Hartenstein. Urquhart había estudiado la retirada furtiva de los británicos de Galípoli en 1915, y, por orden suya, las trincheras de primera fila fueron vaciándose, mientras sus ocupantes se deslizaban hacia el río, con las botas envueltas en trapos y la cara ennegrecida con ceniza y barro; la senda que debían seguir había sido marcada con una cinta blanca. Los ordenanzas se encargaron de arrastrar a los que sufrían heridas leves en carritos y carretillas; las treguas médicas acordadas habían dejado ya a mil doscientos heridos en manos de los alemanes, y muchos más quedarían atrás al cuidado de capellanes y oficiales médicos.¹⁶⁷

«La noche ha sido hecha para las salidas clandestinas», comentaría después Urquhart. El viento y la fuerte lluvia azotaban los abedules del llano y los castaños de los peñascos de Westerbouwing. La artillería del XXX Cuerpo castigó todo el perímetro para camuflar mejor aún el ruido de la huida. Las casas en llamas iluminaban la noche con una extraña tonalidad rojiza. En una fila de 150 metros de longitud, los hombres, cogidos de las manos, fueron cruzando la superficie embarrada de las charcas en grupos de catorce, que era el número de personas que podían acoger las treinta y siete barcas de asalto tripuladas por ingenieros canadienses y británicos. Un sargento se encargó de repartir la Benezdrina, y los oficiales destruyeron sus últimos secretos. Los artilleros tiraron al agua los visores y las culatas de sus armas. Una tras otra, las barcas se deslizaron hacia la negrura del Neder Rijn en medio de la lluvia, hasta que las proas de las embarcaciones chocaron contra un espolón situado en la orilla opuesta, donde una voz exclamó en la oscuridad: «¡Muy bien! ¡Vamos a

por vosotros!»). En un granero situado al sur de Driel se sirvieron varias fuentes de estofado caliente, así como vasitos de Cointreau y tazas de té reforzado con ron. Cuarenta camiones y ambulancias trasladaron a los evadidos a Nimega.¹⁶⁸

El amanecer llegó antes de que toda la división hubiera logrado escapar. El enloquecido traqueteo de las ametralladoras enemigas resonó de repente entre los cañaverales, y se oyó el estruendo de los morteros a lo largo del río. Algunos hombres se arrojaron al agua e intentaron llegar a la margen izquierda del río o se ahogaron. Una última barca iba tan cargada que el timonel no pudo tirar de la cuerda del motor fuera borda. Los pasajeros se pusieron a remar con las manos y las culatas de los fusiles, pero las balas hicieron añicos la embarcación; solo cuatro de sus veinticinco ocupantes se salvaron y llegaron a la ribera amiga. Otros trescientos que se habían congregado a la orilla del río fueron capturados, pero 2.600 lograron escapar.

Urquhart fue uno de ellos. El martes 26 de septiembre a primera hora de la mañana, apareció con los ojos enrojecidos y cubierto de barro en la hermosa casa que ocupaba Boy Browning al sur de Nimega. Obligado a levantarse de la cama, Browning tardó veinte minutos en cambiarse de ropa y trocar el pijama por un uniforme immaculado, cuya bandolera Sam Browne relucía como el cristal.

—Lo siento, no hemos sido capaces de hacer lo que se nos había mandado —dijo Urquhart.

Browning hizo un gesto con la mano rechazando sus disculpas.

—Hicisteis todo lo que pudisteis —dijo secamente—. Ahora más vale que te vayas a descansar.¹⁶⁹

* * *

Durante la madrugada del viernes 29 de septiembre, doce comandos alemanes vestidos con trajes de buceo se echaron al Waal a unos ocho kilómetros de Nimega río arriba. Entrenados en Venecia para llevar a cabo acciones de sabotaje subacuáticas, eran todos consumados nadadores —uno incluso había participado en las Olimpíadas— y entre todos condujeron media docena de tubos de cinco metros de longitud cada uno, llenos de casi una tonelada del explosivo llamado hexanita y suspendidos de un par de cilindros neumáticos para mantenerse a flote. Nadaron río abajo en medio de la oscuridad, practicaron un orificio en la barrera defensiva en forma de concertina antes de sujetar sus cargas explosivas a los pilares del puente y poner los temporizadores del detonador para una hora más tarde. Agotados y muertos de frío, los hombres salieron del agua a unos dos kilómetros río abajo, cerca del lugar en el que el regimiento de Tucker había cruzado el Waal una semana antes. Los centinelas capturaron inmediatamente a diez de ellos, pero a las 06:30 h de la mañana una

secuencia de explosiones volcánicas ensordeció el amanecer de Holanda, abriendo un agujero de veinticinco metros en el pavimento del puente de la carretera y hundiendo en el río el largo tramo central del puente del ferrocarril. Las últimas bajas de la Operación Market Garden yacían en el lecho pantanoso del Waal.¹⁷⁰

Aquel gesto brutal no desalentó en absoluto al alto mando aliado, que siguió afirmando que la audaz ofensiva aerotransportada a través de Holanda había constituido una «decidida victoria», en palabras de Churchill. Brereton declaró que la operación había sido un «éxito brillante», mientras que Montgomery hizo saber al rey que estaba «muy complacido con el grandioso resultado de su aventura aerotransportada», que, a su juicio, había sido «un éxito en un 90 %», ya que las fuerzas terrestres habían cubierto nueve décimas partes de la distancia que pretendían cubrir. (El mariscal del aire Tedder observó cáusticamente que «cuando uno se tira desde un precipicio tiene unos niveles de éxito incluso mayores, salvo por unos pocos centímetros».) Browning afirmó que, dadas las posibilidades existentes, no habría modificado su plan si un ápice. «¿Quién habría podido decir entonces —comentaría más tarde— que el ejército alemán iba a recuperarse como fuerza de combate?» Incluso Urquhart comentó: «No tenemos queja ninguna».¹⁷¹

Magníficas palabras provenientes de un general de división que se había quedado sin unidad: dos terceras partes de los combatientes de la 1.^a División Aerotransportada habían muerto o habían sido hechos prisioneros, y entre las bajas había ocho de los nueve jefes de batallón y veintiséis de los treinta jefes de compañía de sus fusileros. Las pérdidas de las fuerzas aerotransportadas aliadas en la fase Market ascendieron a 12.000, y más de la mitad de ellas fueron británicas; además en las 17.000 salidas aéreas efectuadas, se perdieron 261 aparatos y 658 tripulantes. Las bajas sufridas por el XXX Cuerpo de Horrocks ascendieron a 1.500, además de 70 tanques. Cornelius Ryan, cuyo libro *Un puente lejano* sigue constituyendo el relato clásico de la batalla, sitúa el total de pérdidas aliadas en 17.000 hombres en nueve días. El 2.º SS-Panzerkorps totalizó unas pérdidas de 3.300 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos, aunque otros cálculos afirman que las pérdidas alemanas fueron al menos el doble de esa cifra. Los técnicos y los obreros que participaron en la construcción de las carreteras de Holanda siguieron encontrando esqueletos durante décadas.¹⁷²

Incluso las decididas victorias y los éxitos brillantes a veces necesitan chivos expiatorios. Montgomery echó la culpa a la climatología del fracaso del 10 % de sus objetivos. Brereton culpó al XXX Cuerpo. Y Browning echó la culpa a Sosabowski; acusado de incompetencia e insubordinación —a decir verdad, era muy dado a mostrarse descarado e impertinente—, el militar polaco fue despojado de su mando a

instancias de los ingleses y durante más de sesenta años los holandeses no reconocieron su valor concediéndole una condecoración póstuma. Los paracaidistas bromearon diciendo que Montgomery «estaba demasiado ocupado peleándose con Eisenhower para pelear contra los alemanes», y un soldado del Real Cuerpo de Comunicaciones sugería que «un poco más de crítica constructiva y menos actitud de “¡A sus órdenes, señor, a sus órdenes!” por parte de los mandos de mayor rango no habrían estado de más». De hecho la operación careció de lo que un general británico llamaba «una sola mente organizativa»: en ese sentido, fue un reflejo de toda la campaña de los Aliados en Europa occidental. Horrocks al menos tuvo la gallardía de culparse a sí mismo por varias deficiencias, empezando por no enviar a la 43.^a División a un eje distinto de la Carretera del Infierno y por no haber tenido a su lado a ningún oficial holandés de alto rango.¹⁷³

Varios centenares de soldados aliados fugitivos finalmente lograron volver a cruzar las líneas, a menudo con la ayuda de la valerosa población civil holandesa. Pero más de otros seis mil marcharon en cautividad, muchos de ellos cantando *Green grow the rushes, O.* y permanecieron presos todo el resto de la guerra. En una plaza del centro de Arnhem, un oficial británico capturado ordenó a sus hombres efectuar un bonito desfile de instrucción para «enseñar a estos hijos de puta cómo se comportan unos soldados de verdad» antes de que la imponente columna emprendiera la marcha hacia el este custodiada por la que un venerable sargento mayor llamaba «la potencia captora».¹⁷⁴

También los holandeses tuvieron que emprender la marcha. Por una orden de los alemanes de finales de septiembre se exigió que 95.000 civiles fueran evacuados de Arnhem y trasladados al norte de Holanda, y otros 50.000 fueron obligados a abandonar sus hogares a lo largo del Neder Rijn. Luego los soldados saquearon sistemáticamente la ciudad, encargándose un camión de ir recogiendo las máquinas de coser, otro las herramientas, y otro la ropa de hogar, todo ello para su distribución en las ciudades bombardeadas del Ruhr. Otras represalias incluyeron la ejecución de cincuenta miembros de la resistencia, acusados de ayudar a los británicos, y penas de cárcel para los participantes en una huelga del ferrocarril convocada cuando los primeros paracaidistas aterrizaron aquella preciosa tarde de domingo de no se sabía ya cuánto tiempo hacía. Al precio de cinco mil edificios destruidos o gravemente dañados solo en Nimega, una quinta parte de los Países Bajos había sido liberada. Pero el resto aguantaría otros nueve meses de ocupación: los soldados aliados no volverían a entrar en Arnhem hasta mediados de abril de 1945. Antes de esa fecha, el «Invierno del Hambre» obligó a los holandeses a comerse hasta los perros y los

bulbos de los tulipanes, aunque de todas formas dieciséis mil personas murieron de hambre. «Mi país —comentaría el príncipe Bernardo— no puede volver a permitirse el lujo de otro éxito de Montgomery.»¹⁷⁵

Tampoco podrían permitírselo los Aliados. La Operación Market Garden había conseguido la toma de un saliente de poco más de cien kilómetros que cruzaba cinco grandes barreras acuáticas, pero que no llevaba a ninguna parte. Sin lograr rebasar el flanco alemán ni obtener una cabeza de puente en el Neder Rijn, el XXI Grupo de Ejércitos casi había doblado ese perímetro que quedó convertido en una avanzadilla, pasando de los 250 a los 450 kilómetros. En la tarea se veía envuelta la mayor parte del II Ejército, así como las dos divisiones aerotransportadas estadounidenses, que, con la aprobación tácita de Eisenhower, permanecerían inmobilizadas ayudando a los ingleses a retener aquel terreno fangoso hasta mediados de noviembre, comiendo sopa de rabo de buey y pesados puddings ingleses, bebiendo ron inglés y fumando cigarrillos ingleses, considerados tan malos que algunos soldados americanos preferían liarse tiras de la revista *Stars and Stripes* y fumárselas. Las tropas se subían encima de bidones de gasolina vacíos para tener los pies secos; cuando los británicos enviaron a Gavin un remolque personal provisto de cama y agua corriente, el general ocultó el chisme aquel sin estrenar, pues, según confesó, «me sentiría mortificado si mis muchachos supieran que tenía uno». La 82.^a y la 101.^a División sufrieron otras 3.600 bajas durante el cambiante otoño holandés, más de las que sufrieron ambas unidades durante la fase Market. «Los combates han sido mucho más violentos e intensos que en Normandía», escribió Gavin. Los británicos permanecieron tanto tiempo en el saliente que los oficiales que habían empezado por cazar chorlitos acabaron dirigiendo sus escopetas contra los patos que venían a invernar en el país, a los que perseguían patinando sobre el hielo.¹⁷⁶

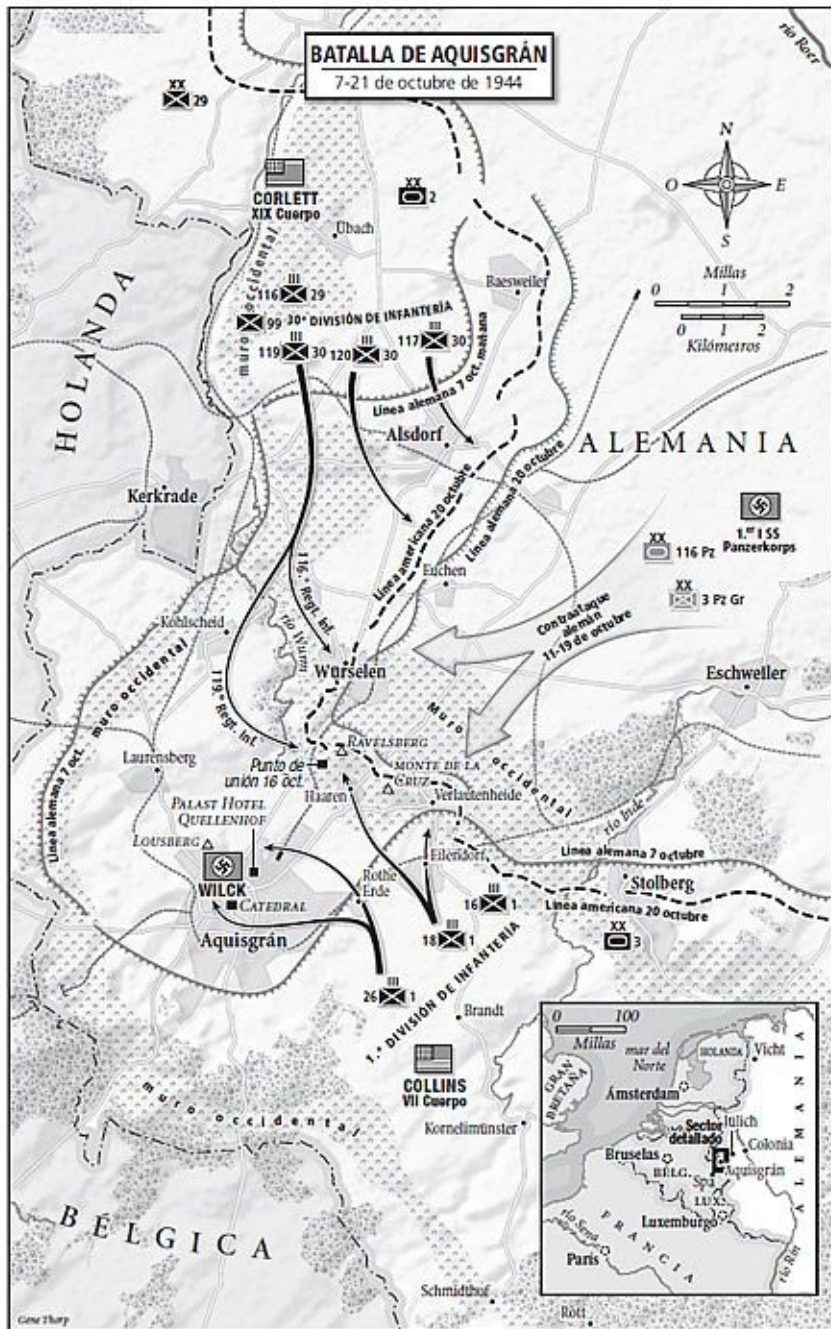
La Operación Market Garden resultó «un desmadre épico», según manifestó un comandante británico, un plan malo basado en unas informaciones deficientes del servicio de inteligencia, ejecutado de forma desigual, y con una actitud de indiferencia por parte de los generales. La ocasión inspiraría actos de heroicidad y muestras de liderazgo tan estimulantes como cualquiera de los que se producen en una guerra moderna; Eisenhower ofreció a Montgomery un puñado de condecoraciones americanas al valor para ser repartidas entre los integrantes de la 1.^a División Aerotransportada como al mariscal le pareciera conveniente: diez cruces al Servicio Distinguido, diez estrellas de plata, y diez estrellas de bronce. Montgomery trasladó su puesto de mando a Eindhoven, junto con su zoológico particular de conejos,

canarios y ardillas, y mandó a su asistente a Inglaterra a recoger su equipo de invierno, entre otras cosas un batín grueso, chalecos de abrigo y ropa interior de lana.¹⁷⁷

El fracaso de Arnhem, decía Montgomery a Brooke en un cable, «no afectará a las operaciones por el este contra el Ruhr». En eso se equivocaba. Como ha dicho el historiador Max Hastings, esta batalla sería «la última ocasión de la guerra en la que Eisenhower aceptara inequívocamente una propuesta estratégica de Montgomery», y la defensa que había venido haciendo el mariscal de una única ofensiva contra Alemania comandada por él mismo resultaría menos creíble. El propio Montgomery reconocía ahora el carácter primordial de Amberes. «La apertura del puerto —escribió a finales de septiembre— es absolutamente esencial antes de que podamos avanzar y penetrar en Alemania.» Todavía quedaba por ver si lo decía de boquilla o no.¹⁷⁸

Aparte de las consecuencias que tuvo en el campo de batalla, la Operación Market Garden hizo mella en la mente de todos los hombres que quedaron marcados por aquella lucha primitiva. «Después de lo de Arnhem hubo un cambio de actitud», escribió un capitán británico. «Sencillamente ya no se sentía lo mismo. Empezábamos a estar bastante cansados», anotó en su diario el jefe de logística de Bradley. «La cosa no pinta muy bien y parece que de ahora en adelante vamos a tener una lucha de verdad.» Pocos podían dudar de la conclusión a la que había llegado Alan Moorehead: «No nos queda más que un camino: el más difícil. Cualquier esperanza de llegar a un final rápido de la guerra en 1944 se había esfumado».¹⁷⁹

Aquel otoño cayeron con frecuencia lluvias torrenciales, con consecuencias para la campaña en el continente tan significativas como el encargo de calzoncillos de lana hecho por Montgomery. «No deseo ni mucho menos que empiece la guerra invernal que nos aguarda», decía Gavin en una carta a su hija. «Me pongo encima toda la ropa que puedo, pero tengo la sensación de que no volveré a estar caliente nunca más.» Ahora sabían en sus propios huesos que efectivamente solo les quedaba un camino: el más difícil.¹⁸⁰



Los bosques implicados

La tumba de Carlomagno

Los alemanes más leales habían opinado siempre que Aquisgrán era una ciudad por la que valía la pena morir. Sus fuentes termales, que se creía que tenían poderes curativos, habían atraído primero a los romanos y luego a los carolingios. Puede que en ella naciera Carlomagno y desde luego murió en ella en 814, después de crear el Primer Reich. Sus sagrados huesos dormían en una arqueta de oro situada en el ábside, detrás del coro de la gran catedral de Aquisgrán. Desde Otón I, en el siglo x, hasta Fernando I, en el vi, treinta reyes y doce reinas habían sido ungidos, coronados y entronizados en el sencillo sitial de mármol que otrora había acogido las reales posaderas de Carlomagno. La catedral albergaba también cuatro reliquias que durante los últimos quinientos años habían sido sacadas cada siete años del lugar en el que se guardaban para que las veneraran los peregrinos: el vestido de la Virgen, el pañal y las braguitas de Jesús y la ropa que llevaba san Juan Bautista en el momento de su decapitación.¹

Se decía que los temerarios habitantes de Aquisgrán habían bailado entusiasmados por las calles durante la peste que sufrió la ciudad en 1374. Esa misma alegría natural había sido puesta a prueba repetidamente durante los recientes bombardeos. En julio de 1943 un ataque aéreo aliado había destrozado mil edificios, y nuevos ataques durante la primavera de 1944 —con bombas preparadas para estallar solo después de haber penetrado hasta el sótano de un edificio de cinco pisos— dejaron su huella en todas y cada una de las sesenta y seis iglesias de la ciudad, incluida la catedral. Los bombardeos golpearon asimismo al ayuntamiento, construido

originalmente sobre las ruinas del palacio de Carlomagno y renovado posteriormente en estilo barroco para exhibir las estatuas de cincuenta emperadores de Alemania en un friso que recorría toda su fachada norte.²

Ahora volvía a levantarse humo en Aquisgrán. El VII Cuerpo del general Collins había atravesado los dos cinturones que constituían la Línea Sigfrido a mediados de septiembre sin llegar a tomar la ciudad ni avanzar más en dirección al Rin, y ahora tenía la intención de rectificar esos errores. A primeros de octubre, el I Ejército estadounidense había reducido su frente de los ciento cincuenta a los cien kilómetros de anchura, dejando a Collins una mayor capacidad de maniobra; el recién creado IX Ejército también había logrado abrirse paso y no tardaría en ponerse al frente del ala izquierda de la línea norteamericana, enlazando con la inglesa. Setenta y cuatro baterías de artillería estadounidenses empezaron a golpear la fortaleza de Aquisgrán, donde dieciocho mil soldados alemanes se habían comprometido a defender la cuna del nacionalismo teutónico hasta la última bala, como había exigido Hitler. Drew Middleton, del *New York Times*, estudiaba la ciudad envuelta en humo a través de sus prismáticos y veía «una masa gris y pardusca, marcada aquí y allá por algunas lenguas de fuego y atravesada por las agujas de las iglesias y las chimeneas de las fábricas».³

Para ayudar al VII Cuerpo a acabar de rodear Aquisgrán antes de lanzarse hacia el este, el XIX Cuerpo envió a partir del 2 de octubre a la 30.^a División —los veteranos de Mortain— junto con un regimiento de la 29.^a con el fin de abrir un boquete en el muro occidental al noroeste de la ciudad. Se suministraron a las tropas raciones extra de chocolate y cigarrillos, así como pasaderos para colocarlos en el terreno fangoso de los campos sembrados de remolacha y nabos. El napalm se apagaba debido a la humedad de los bosques, pero el fuego de mortero concentrado devoró las alambradas enemigas y el lanzamiento en media jornada de casi veinte mil bombas de artillería desmantelaron las defensas alemanas. El 7 de octubre, las tropas de la 30.^a División habían penetrado ocho kilómetros por detrás del muro occidental en un frente de diez kilómetros de longitud, respaldadas por tanques de la 2.^a División Acorazada. «Hemos abierto aquí un boquete suficiente para meter por él dos divisiones», comunicaba el general Leland S. Hobbs, al mando de la 30.^a División. «Esta línea ya ha estallado y está abierta.» Un día después, mientras sus hombres viraban hacia el sur para flanquear Aquisgrán, añadió: «El trabajo ya está hecho en lo que concierne a esta división».⁴

Hobbs se equivocaba por completo. Una serie de contraataques discontinuos con reservas procedentes de Arnhem por el norte y de Alsacia, por el sur, inmovilizaron a la división a cinco kilómetros de Aquisgrán, en un inhóspito paisaje de escoriales y pozos de minas de carbón y poblados mineros. La labor de asegurar el nudo requeriría

la ayuda de la 1.^a División, que ya retenía un frente semicircular de veinte kilómetros al oeste, al sur y el este de la ciudad. El domingo 8 de octubre a las cuatro de la madrugada, la 18.^a División de Infantería lanzó un ataque al nordeste de Aquisgrán, saltando de reducto en reducto, achicharrando las aspilleras con fuego de bazooka, torpedos bangalore, lanzallamas, y cargas explosivas satchel. Un reducto alemán en el Monte de la Cruz cayó a media tarde, lo mismo que la enorme cruz blanca situada en su cima, derribada a golpe de bombas o por la sed de venganza de los soldados norteamericanos. Un día después dos compañías se colaron ante los centinelas enemigos sin disparar ni un solo tiro y llegaron hasta la cumbre del Ravelsberg, otra fortaleza situada en lo alto de una colina. Ocho reductos más se rindieron al amanecer del martes 10 de octubre y los soldados estadounidenses se zamparon el desayuno llevado hasta allá arriba por un destacamento de cocina alemán que desconocía lo ocurrido.⁵

El mariscal Rundstedt advirtió a Berlín que la patria no se enfrentaba en aquellos momentos a ningún peligro tan grave en el oeste como el que debía arrostrar Aquisgrán. La principal ruta de abastecimiento alemana a la ciudad había quedado como pillada por una tenaza, y apenas dos kilómetros separaban la 1.^a y la 30.^a División. Tan seguros de sí mismos estaban los americanos que el martes mismo el general Clarence R. Huebner, al frente de la 1.^a División, dio a la guarnición de Aquisgrán veinticuatro horas para rendirse o hacer frente a su aniquilación. «No hay término medio», advertía el ultimátum, que fue hecho llegar junto con doscientas bombas de artillería cargadas con panfletos instando a la rendición, así como por medio de transmisiones de Radio Luxemburgo y de llamamientos públicos con altavoces.⁶

Por si los alemanes no habían entendido bien el mensaje, a las 10:10 de la mañana dos tenientes y un soldado de primera clase subieron por la Triererstrasse enarbolando una bandera blanca y una copia de las exigencias de Huebner. En un paso subterráneo de la vía férrea al este de Aquisgrán, una voz exclamó: *Komm!* Con los ojos vendados, los tres hombres fueron llevados a un sótano, donde les quitaron la venda de los ojos y entregaron el ultimátum a un oficial alemán que llevaba una Cruz de Hierro y una cinta de la campaña de Rusia; a cambio se les facilitó un recibo firmado y sellado. Tras un intercambio de cigarrillos y saludos, los enviados fueron conducidos de vuelta al paso subterráneo del tren por unos centinelas, que echaron un trago de de una botella de licor. El coronel Gerhard Wilck, que en septiembre había sustituido al desacreditado general von Schwerin como comandante de la guarnición de Aquisgrán, no era de los que se rinden. Su respuesta fue: *Nein!*⁷

El desmembramiento de Aquisgrán empezó en serio el miércoles por la mañana, cuando trescientos aviones aliados descargaron sesenta y dos toneladas de bombas sobre unos objetivos marcados por la artillería con humo rojo. A ellas se sumaron a lo largo de los dos días siguientes cinco mil bombas de artillería y luego otras cien toneladas de bombas y cinco mil proyectiles. Exactamente a las 9:30 de la mañana del viernes 13 de octubre, las tropas del 2.º Batallón de la 26.ª División de Infantería lanzaron simultáneamente mil granadas sobre el terraplén del ferrocarril situado cerca de la Triererstrasse, luego cruzaron las vías y entraron en el sanctasanctórum de la capital de Carlomagno.⁸

Se encontraron con «un estéril mar de ruinas», según la expresión de un soldado, una ciudad fantasma de 20.000 civiles, de los 165.000 que habitaban originalmente en ella, viviendo en agujeros lóbregos. Una guarnición de 5.000 soldados y policías defendían la ciudad, reforzada por guardias voluntarios de la policía de Colonia y granaderos del 1.º SS-Panzerkorps, que habían acudido precipitadamente por orden de Rundstedt. Huebner podía disponer solo de dos batallones de la 26.ª División de Infantería para sus tropas de asalto, pero era mucho lo que se había aprendido en Italia acerca del combate urbano. Aquisgrán serviría como banco de pruebas de una nueva técnica destructiva desarrollada por unas tropas cuyo grito de batalla era: «¡Arrolladlos a todos!».⁹

Calle por calle, casa por casa, habitación por habitación, las brigadas de asalto peinaron la ciudad de este a oeste, colándose por las puertas de las casas y en los callejones humeantes chamuscados con fósforo blanco. Con la Peliserkerstrasse como línea divisoria entre los batallones, el 3.º se metió por las fundiciones y los talleres de laminación del extremo norte de Aquisgrán, mientras que el 2.º fue abriéndose paso hacia el centro de la ciudad a un ritmo de cuatrocientos metros al día. Un tanque o un cazacarros perforaban cada edificio con fuego demoledor, piso por piso, desde la calle hasta el ático, obligando a los defensores a refugiarse en los sótanos, donde se acababa con ellos lanzándoles granadas de mano. Brigadas de bazookas echaban abajo las puertas, y equipos de ingenieros abrían boquetes en techos y paredes con cargas Beehive —una técnica de «ratoneo» aprendida en Cassino y Ortona—, para que los fusileros subieran, bajaran y se desplazaran lateralmente sin necesidad de utilizar las escaleras, más fáciles de defender. Cada armario, cada carbonera, cada cloaca era registrada, y las excavadoras amontonaban escombros sobre cada boca de alcantarilla. Para disuadir a los alemanes y evitar su infiltración, determinadas habitaciones de las casas ya despejadas eran guarnecidas con trampas explosivas, a

menudo consistentes en una lata de judías verdes del n.º 2 llena de clavos, kilo y medio de dinamita, una cápsula detonadora del n.º 8, y una cuerda trampa encargada de desencadenar la explosión.¹⁰

Fueron capturados tres tranvías alemanes, cada uno de ellos fue cargado con quinientos kilos de munición aprehendida al enemigo y una espoleta de acción retardada, y luego fueron lanzados cuesta abajo a través de la tierra de nadie; las estruendosas explosiones no causaban mucho daño, pero provocaban vítores de alegría en la línea americana. Los lanzallamas resultaban bastante persuasivos, aunque la piedra no ardía con mucha facilidad: el sábado un chorro de fuego de tres segundos seguido de un ultimátum —«¡Rendíos u os freímos!»— hizo salir de un fétido refugio antiaéreo de tres pisos de profundidad a más de setenta y cinco soldados y a mil civiles con las manos en alto. Para los más recalcitrantes que se recogían en algún búnker, los ingenieros de la 1.ª División descubrieron que unos colchones apretados contra las aspilleras amplificaban la presión de los explosivos en el interior, de modo que incluso las cargas más pequeñas lograban resquebrajar el hormigón. Se dio la orden de recoger colchones en todas las localidades alemanas ocupadas.¹¹

Otro legado fatal de la campaña italiana fue el M-12, un armatoste de cañón de 155 mm montado sobre el chasis de un tanque que había sido capaz de seguir el paso de las cabezas de lanza blindadas durante la cabalgada por Francia. En Aquisgrán los M-12 dispararon en un solo día sesenta y cuatro proyectiles casi a quemarropa para demoler cuatro edificios, entre ellos un cine ocupado por una compañía de fusileros enemigos, todos los cuales resultaron muertos o heridos. Cuando el 2.º Batallón se acercó a las ruinas de lo que había sido el ayuntamiento, con su altanera fachada de monarcas germanos, un M-12 entró metiendo escándalo por la Wilhelmstrasse; allí un cazacarros disparó dieciséis bombas con la intención de practicar un agujero en el muro de un edificio. El cañón de 155 mm utilizó entonces el boquete todavía humeante para lanzar siete descargas a lo largo de la Hindenburgstrasse contra el Teatro Nacional, situado cinco manzanas más allá. Las tropas alemanas que se habían refugiado en ese fortín salieron corriendo hacia la catedral, un poco más al oeste.¹²

A lo largo y ancho de la ciudad, los americanos avanzaron penosamente a una velocidad constante de quince sanguinarios metros por hora, dinamitando, disparando y arrojando granadas contra todo lo que encontraban a su paso. En una pared en ruinas los slogans nacionalsocialistas recordaban sus principios a los leales: «Eso se lo agradecemos al Führer», o «Tú no eres nada. El estado lo es todo», naturalmente *auf Deutsch*. Como cabe imaginar, los soldados estadounidenses escribieron con tiza sus propias acotaciones de carácter escatológico. Drew Middleton describía a un soldado que se puso a disparar contra la calle desde el fondo de un dormitorio, cuyas camas

estaban cubiertas por un edredón de pluma con fundas de seda roja. «¡Cabrones hijos de puta!», gritó una vez vaciado su cargador. «¡Estos jodidos, jodidos hijos de puta!»¹³

Cargáoslos a todos.

* * *

Mientras continuaba la labor de devastación casa por casa, la inminente fusión de la 1.^a y la 30.^a División había encontrado un obstáculo. La feroz artillería alemana azotaba la cima de las colinas, se cebaba en las pequeñas hondonadas, y freía las calles de los suburbios —los observadores enemigos podían ver con toda claridad a los americanos—, obligando a estos a buscar refugio en los fortines recién capturados desde que amanecía hasta que caía la noche. No podía asomar ni una sola antena de radio sin que fuera hecha trizas por los fragmentos de metralla de las bombas. La 30.^a División había sufrido dos mil bajas desde que había dado comienzo el asalto, y la 1.^a había perdido otros ochocientos hombres. El teniente general Hodges, al frente del I Ejército, se impacientaba y acabó por ponerse hecho una furia, llegando a afirmar que iba a destituir a Hobbs, que estaba al mando de la 30.^a División. «No ha avanzado ni un centímetro en cuatro días», se lamentaba Hodges. «Tenemos que tapar ese agujero.»¹⁴

Hodges también puso verde al comandante del XIX Cuerpo, el general Charles H. Corlett, por malgastar dos mil bombas de la munición de artillería de reserva. Criado en un rancho del sur de Colorado y conocido por todos como «Pete el Vaquero», Corlett había comandado varios asaltos en las Aleutianas y en el Pacífico Sur; en Aquisgrán ya había gastado sus últimas reservas, había convertido a los ingenieros en meros soldados, y había contemplado la idea de mandar al frente a los cocineros y los administrativos. Como Hodges seguía presionándolo —«¿Cuándo vas a tapar de una vez ese boquete?»—, le preguntó—, Corlett se metió de un salto en su jeep y se dirigió al cuartel general del I Ejército. Incapaz de encontrar a su comandante, se puso a gritar a su estado mayor: «¡Si os creéis que no estamos peleando, os llevo ahí abajo y os lo demuestro!»¹⁵

Peores cosas tenían que venir, y lo más feo se lo llevó el 16.^o Regimiento de la 1.^a División de Infantería. «Cada hora que pasa parece interminable», había escrito a comienzos de semana en una carta a su familia, residente en Waco, el capitán Joe Dawson, al frente de la Compañía G. «Hace mucho, mucho tiempo que llegué a esta tierra de horrores». En efecto, habían pasado más de cuatro meses desde que Dawson desembarcara en la playa Omaha para cruzar peleando todo el sector Easy Red y continuar haciéndolo en los riscos de Colleville; por esa acción había recibido la Cruz

al Servicio Distinguido. Desde entonces había perdido doce kilos y todas las ilusiones que todavía abrigaba después de las campañas del norte de África, Sicilia y Normandía. «Durante más de dos años», decía en una carta reciente a su hermana, «he curtido mis emociones con incontables experiencias que no volvería a traer a mi memoria si tuviera la facultad de borrarlas para siempre». ¹⁶

Hijo de un predicador baptista y con apenas treinta y un años, aparentaba más edad. «Su cara es huesuda —escribía W. C. Heinz, reportero del *Sun* de Nueva York, que estaba en Aquisgrán con Dawson— y tiene orejas grandes y ojos muy oscuros.» A cinco kilómetros al nordeste de la catedral de Aquisgrán, las compañías G e I ocupaban una colina de unos doscientos cincuenta metros de altura y cuatrocientos metros de longitud, con unas vistas muy amplias no solo de la ciudad, sino también de las vecinas Bélgica y Holanda. En una mesa del puesto de mando de Dawson, instalado en un fortín, yacían esparcidos varios mapas y revistas, además de una vela, una lámpara de queroseno, dos teléfonos de campaña en sus correspondientes maletines de cuero, y una radio pequeña por la que se podía escuchar a Bruno y sus *Swinging Tigers* en Radio Berlín. Los soldados de la Compañía G discutían con una intensidad teológica si los malolientes cadáveres alemanes que flanqueaban la línea disuadirían o no al enemigo de efectuar ataques frontales. Un soldado proponía: «Retiremos solo los que están a tres metros». ¹⁷

La semana anterior había traído «períodos de calma y períodos de mucho ruido», escribía Heinz; pero con quinientas bombas vapuleando la colina cada día —una cada tres minutos— los momentos de tranquilidad se habían vuelto muy raros. Se oyó de nuevo un ruido enorme antes del amanecer del domingo 15 de octubre, cuando la 3.^a División Panzergrenadier se coló en la colina por el este con órdenes de romper el sitio de Aquisgrán. «Podíamos oírlos cantar vigorosas canciones de marcha mientras avanzaban por el bosque», recordaría más tarde un sargento. Los morteros y seis batallones de artillería frustraron el asalto inicial, pero al amanecer una docena de *panzer* se detuvieron en un prado debajo de los fortines. A las diez de la mañana varios Tiger habían empezado a subir la colina a través de una vía de ferrocarril, vapuleando a los americanos con descargas de sus cañones principales y de ametralladora. Los soldados estadounidenses, incapaces incluso de salir de sus reductos, hacían sus necesidades en latas de comida vacías y arrojaban la porquería al enemigo. «Las compañías G e I están siendo atacadas con tanques y con infantería», registraba el diario del regimiento a las 12:44 de la tarde, y catorce minutos más tarde añadía: «Situación crítica... Situación muy crítica». Dawson llamó la atención a la artillería sobre su puesto de mando, pues cada porrazo que sonaba era «como si arrojaran un cuerpo contra la puerta». Justo antes de las dos llegaron unos cazas P-47

volando a apenas ocho metros del suelo; los destellos de las ametralladoras que se veían entre las alas hicieron que la marea de uniformes grises se retirara, dejando en la ladera de la colina más cadáveres cuyo olor nauseabundo seguiría llegando hasta la cima. En la pequeña radio cantaban Bing Crosby y Judy Garland.¹⁸

A las nueve de la noche los atacantes reanudaron su avance, entre los silbidos de las bengalas en forma de palmera que alargaban las sombras de los panzer dándoles una apariencia lobuna. Dos tanques se acercaron a diez metros de la línea de la Compañía G antes de que el fuego masivo de la artillería los hiciera recular de nuevo. El fuego devoraba los árboles y los matorrales en medio de los cadáveres. «Muchos gritos y gruñidos ahí fuera, en la zona boscosa», señalaba un informe del ejército. A continuación se produjeron más ataques de los alemanes con la bayoneta calada. Cuando un oficial comunicó al general Huebner las cifras a las que ascendían las bajas, el comandante de la división dio una chupada su pipa y contestó: «Si la superioridad decide que este es el lugar y la hora en que la 1.^a División debe dejar de existir, supongo que será aquí donde dejaremos de existir».¹⁹

Cuando los ataques enemigos fueron amortiguándose, dos docenas de hombres de la Compañía G contraatacaron con granadas, subfusiles Thompson, e incluso a la bayoneta, matando a todos los enemigos que acechaban a lo largo de la línea. Se contaron más de doscientos cadáveres de alemanes desperdigados por los cuatrocientos metros de la ladera, pero fue la visión de un soldado americano muerto lo que obligó a Dawson por un momento a llevarse las manos al estómago. «Él desde luego no sabe por qué. Y yo no sé por qué, y tú tampoco sabes por qué», dijo el capitán a Heinz. «¿Quieres saber lo que pienso? Todo esto apesta.» Dawson se tapó la cara con las manos y sollozó.

Luego se oyó por la radio la voz de plata de Lily Pons, la soprano de coloratura. De repente Dawson volvió a erguirse. «Callad. Quiero escuchar esto», dijo. «Es el “Aria de las Campanas” de *Lakmé*.»

—Puccini —comentó un teniente que se encontraba en el puesto de mando.

—No, no es Puccini —replicó Dawson—. No es Puccini. No me acuerdo del nombre del tío.²⁰

El lunes 16 de octubre, a las 16:15 de la tarde, los exploradores de la 30.^a División aparecieron por el sudoeste de Würselen para unirse a sus camaradas del 18.^o Regimiento de Infantería que bajaban cautelosamente del Ravelsberg. La suerte de Aquisgrán estaba echada, aunque los esfuerzos de los alemanes por romper el cerco persistirían todavía algunos días. Según ciertos cálculos, el enemigo había perdido sesenta y tres de los noventa panzer que había lanzado al combate.²¹

«No, no de Puccini.» *Lakmé*, ópera en tres actos desarrollada en la India británica, era de Léo Delibes.

La cuenta que tuvo que pagar la Compañía G ascendería a cuarenta y ocho hombres, un tercio del total de la unidad. Joe Dawson tendría más recuerdos que borrar. Una vez fuera de su reducto, señalando a la cima requemada de la colina que posteriormente llevaría su nombre en la nomenclatura del ejército, Dawson comentó a Heinz. «Hemos muerto aquí.» En una carta a su familia decía: «Tengo los nervios lo que se dice destrozados».²²

De acuerdo con los deseos del Führer, los estertores de la agonía de Aquisgrán fueron dolorosos y largos. Desde su cuartel general a unos cuantos kilómetros de la catedral, en el edificio de cinco pisos del Palast-Hotel Quellenhof, otrora casa de campo del káiser, el disciplinado coronel Wilck declaró: «Peclaremos hasta el último hombre, hasta la última bomba, y hasta la última bala». La sala de billar del hotel, su hermoso salón, e incluso el comedor infantil se convirtieron en fortines, y los hombres de Wilck desmontaron un cañón de 20 mm y lo subieron al segundo piso, pieza por pieza, y luego lo volvieron a montar para que cubriera los accesos a través del Farwick-Park. El miércoles 18 de octubre llegó al parque el 3.º Batallón del 26.º Regimiento de Infantería, al mando del teniente coronel John T. Corley, nacido en Brooklyn, hijo de inmigrantes irlandeses, cuyas condecoraciones en combate a lo largo de la guerra incluían dos cruces al Servicio Distinguido y ocho estrellas de plata.²³

A las siete de la mañana, mientras los morteros vapuleaban la línea alemana al sur de las pistas de tenis, un M-12 fue bajando estrepitosamente por la Rolandstrasse, flanqueado por tanques y cazacarros que escupían fuego contra las hermosas casas que bordeaban el bulevar. Treinta descargas del poderoso cañón de 155 mm hicieron pedazos el Palast-Hotel y el balneario del Kurhaus vecino; un pelotón estadounidense cruzó precipitadamente la carretera de entrada en forma de media luna y penetró en la recepción del hotel, matando a dos docenas de defensores en un violento intercambio de granadas que hizo jirones las telas de los cuadros de escenas de cacería que decoraban las paredes de la sala de lectura. Wilck se había retirado precipitadamente a un robusto búnker en el extremo norte de la Lousbergstrasse, donde resistió otros tres días, asegurando a Berlín por radio que «los defensores de Aquisgrán se disponen a librar su última batalla» al tiempo que donaban diez mil marcos para obras benéficas en un gesto de solidaridad *mit dem deutschen Volk*. «Seguiremos luchando», aulló.²⁴

Pero el coronel ya había hecho las maletas. El sábado por la mañana, el excesivo celo de unos soldados norteamericanos los llevó a tirotear a dos emisarios alemanes que salieron del búnker portando una bandera blanca. No tardaron en aparecer otras dos figuras —esta vez unos prisioneros americanos nerviosísimos— para informar a Corley acerca de la capitulación de Wilck. A mediodía salió este, un hombre delgado de barbilla apuntada y el pelo peinado hacia atrás, seguido de cuatrocientos fanáticos impenitentes. «Desfilaron elegantemente en columna —escribió Don Whitehead—, todos perfectamente acicalados, con las botas negras relucientes.» Tras firmar una rendición formal, Wilck dijo a Corley: «Todo lo que era alemán pertenece ahora a los americanos». Tras recibir permiso para decir unas breves palabras de despedida a sus hombres, el coronel montó en un jeep. «Les hablo en un momento muy doloroso», dijo. «El comandante americano me ha dicho que no puedo exclamar ante ustedes *Sieg Heil!* ni *Heil Hitler!* Pero podemos hacerlo en nuestros corazones.» Cuando bajó para ser trasladado al calabozo, añadió: «Ya no creo en los milagros».²⁵

Casi doce mil alemanes habían sido capturados por la 1.^a y la 30.^a División, y muchos centenares habían resultado muertos. Las bajas americanas se aproximaban a los seis mil hombres, y entre ellas hubo centenares de casos de fatiga de combate. Joe Dawson, totalmente exhausto, fue evacuado a los Estados Unidos a finales de mes. «Estos tristes, trágicos meses de terrible guerra lo dejan a uno moral y físicamente deshecho», escribió a su familia. También fue devuelto a casa el general Corlett, al frente del XIX Cuerpo, al que Hodges quitó de en medio aparentemente por motivos de salud. Corlett, que calificó su relevo del mando de «auténtica pena, ni más ni menos», dijo a su Estado Mayor al despedirse: «Cualquiera que replica a su superior en el mando y desobedece una orden debe ser relevado... Ese es el precio que hay que pagar». Fue sustituido por un hombre muy capaz, el general Raymond S. McLain, que había estado al mando de la 45.^a División de artillería en Sicilia y en Italia antes de hacerse cargo de la 90.^a División en Normandía. Antiguo miembro de la Guardia Nacional de Oklahoma cuya educación no pasaba de sexto de primaria, McLain fue el único integrante de la Guardia Nacional que ostentó el mando de un cuerpo de ejército durante la guerra, y también el único oficial que no tenía como mínimo una pizca de educación superior.²⁶

Nadie volvería a tomar las aguas en Aquisgrán durante mucho tiempo. Los que la visitaban amontonaban las metáforas para expresar su desolación. La ciudad estaba «tan muerta como unas ruinas romanas», declaró un oficial del servicio de inteligencia, «pero a diferencia de lo que sucede con las ruinas carece por completo de la hermosura de una decadencia gradual». La periodista Iris Carpenter escribió que

Aquisgrán estaba «tan muerta como ayer». Según ciertos cálculos, el 83 % de las casas de Aquisgrán habían quedado destruidas o dañadas. La mayor parte de las calles eran impracticables, salvo a pie. En la puerta cochera del Palast-Hotel había el cadáver de un caballo, y los sanitarios trasladaron a los alemanes muertos desde el hotel y el balneario al maltrecho césped del Farwick-Park. Una anciana paró a unos soldados americanos que pasaban y les preguntó: «¿Pueden decirme ustedes, por favor, cuándo sacarán a los muertos de mi casa?». Uno de los soldados sacudió la cabeza y dijo con un fuerte deje tejanero: «¡Menudas ruinas! ¡Menuda gente!». ²⁷

Un hombre rechoncho y cubierto de hollín que vagaba por las calles resultó ser el obispo de Aquisgrán. En el curso de la inspección a su catedral descubrió que el cementerio había quedado destrozado y que las vidrieras estaban hechas añicos. Pero una bomba aliada que había atravesado el ábside no había detonado y seis niños piadosos habían formado una brigada de bomberos para apagar las llamas del tejado. Los huesos de Carlomagno seguían incólumes, pero desde luego no podía decirse que hubieran descansado en paz. Los estadounidenses pusieron un gran letrero con un texto que parafraseaba las palabras de Hitler, con su correspondiente traducción al inglés: *Gebt mir fünf Jahre und ihr werdet Deutschland nicht mehr wiedererkennen.* «Dadme cinco años y no reconoceréis Alemania.» ²⁸

«Podemos obligar a los *boches* a hincarse de rodillas si hacemos las cosas como es debido», escribió Collins. ¿Pero en qué consistía hacer las cosas como es debido? Del mismo modo que Aquisgrán había ofrecido un campo de pruebas para los nuevos modos de destrucción, también la primera ciudad alemana en ser capturada serviría como laboratorio de las políticas de ocupación militar. Se impuso un toque de queda que iba de nueve de la noche a seis de la mañana, nadie podía alejarse más de seis kilómetros de su domicilio sin permiso, y estaba prohibida la reunión de más de cinco personas, excepto para los oficios religiosos; curiosa ironía teniendo en cuenta el estado calamitoso en el que se encontraban las iglesias. El uso de cámaras fotográficas, prismáticos y palomas mensajeras quedaba totalmente prohibido. Se confeccionaron listas de los criadores de palomas conocidos de Alemania occidental —se decía que el propio Heinrich Himmler, el Reichsführer-SS, era un reputado colombófilo— y se establecieron «destacamentos de recorte» que visitaban los desvanes de las casas para recortar las plumas de vuelo a las palomas, con lo que no podían levantarse de tierra hasta la siguiente muda. Como precaución añadida, en Inglaterra estaba preparada una «unidad de halconeros» para su despliegue en el continente si los agentes enemigos daban muestras de comunicación clandestina por medio de aves. ²⁹

«Venimos como conquistadores, pero no como opresores», había declarado Eisenhower a finales de septiembre. Sin embargo, antes incluso de recoger los vidrios rotos de las cristalerías de la nave de la catedral, surgieron unas complicaciones que dejarían perplejos a los conquistadores hasta el final de la guerra y aun después. La Junta de Jefes de Estado Mayor, por ejemplo, decretó que «no se tiene la intención de importar suministros de alimentos a Alemania», pero eso habría supuesto condenar a millones de personas a morir de hambre. La Junta de Jefes ordenó asimismo la exclusión de sus cargos de todos los «nazis activos» o «simpatizantes ardientes del nazismo», pero identificar a esos sinvergüenzas resultaba muy difícil, y gobernar Alemania sin ellos sería a veces imposible. Durante los primeros meses de la ocupación de Aquisgrán, más de cincuenta funcionarios municipales de importancia trascendental serían miembros del partido, empezando por el único hombre vivo que conocía la red eléctrica de la región.³⁰

Un estudio del ejército norteamericano llegaba también a la conclusión de que dos meteduras de pata cometidas durante el asalto a la ciudad habían tenido unas consecuencias psicológicas imprevistas: en primer lugar se había presentado un ultimátum al comandante de una ciudad sitiada sin ofrecerle un modo «honroso» de capitular, lo que lo había inducido a prolongar su resistencia; y además dicho ultimátum había sido hecho público sin tener en cuenta la amenaza mortal que suponían las represalias que tomaran nazis contra las familias de los soldados que se rindieran. De hecho, fue en su afán por contrarrestar esas represalias por lo que el coronel Wilck insistió en que su documento de capitulación incluyera una cláusula que atestiguara que las reservas de alimentos y municiones de los alemanes se habían agotado.³¹

A pesar de todo, Aquisgrán era suya, «la primera ciudad alemana tomada por un ejército invasor en más de un siglo», señalaba Drew Middleton. Pero a ningún soldado que se le antojara dar un paseo por aquel cúmulo de ruinas hacía falta que le dijeran que todavía había centenares de ciudades alemanas sin tomar; y millares de pueblos, y decenas de millares de aldeas, todas potencialmente tan muertas como ayer.³²

«No vayamos a pretender que estamos bien»

Los combates de aquel otoño en Arnhem y Aquisgrán eliminaron cualquier optimismo indebido que pudiera haberse adueñado del alto mando aliado, excepto en aquellos que se hallaban demasiado lejos del campo de batalla para entender bien las

cosas. En octubre los Charlie-Charlies habían ordenado al SHAEF establecer inmediatamente lazos directos con Moscú «adelantándose al acercamiento de las tropas aliadas y rusas en un futuro muy próximo», aunque dichas fuerzas siguieran estando a más de ochocientos kilómetros de distancia. George Marshall llegó a Francia para visitar el país y declaró: «Los tenemos vencidos. Lo único que tienen es un cascarón fino y cuando lo rompamos, estarán acabados». Seducido por las dudosas informaciones que hablaban de que no era probable que la resistencia organizada alemana durara más allá del 1 de diciembre, el jefe del ejército sería partidario de llevar a cabo una ofensiva total que permitiera ganar la guerra en Europa antes de final de año. Marshall proponía «jugárselo todo a la conclusión» del conflicto, aunque empezó ya a destinar algunas divisiones al Pacífico para que continuaran luchando allí.³³

A Eisenhower le costó mucho trabajo enfriar tantos ardores. «Nos enfrentamos ahora a uno de los períodos más difíciles de toda la guerra europea», advirtió a Marshall a primeros de octubre. «El deterioro del tiempo va a ejercer más presión sobre nuestra moral.» En una carta a su madre en Kansas decía: «Muchos de los que me escriben estos días quieren saber cuándo va a acabar la guerra en Europa... ¡Ya me gustaría a mí saberlo! Es un trabajo largo, duro y pesado».³⁴

Eisenhower estaba en aquellos momentos al mando de cincuenta y ocho divisiones, incluidas las de sur de Francia, pero un mes después de cruzar la frontera de Alemania ni un solo soldado aliado había penetrado más allá de veinte kilómetros en suelo alemán. Las bajas del enemigo ascendían a cuatro mil al día, pero desde el 6 de junio las de los Aliados se acercaban a un tercio de millón. La logística se hallaba «en mal estado», dijo el comandante supremo a Marshall, «y me recuerda a los primeros días en Túnez». Media docena de divisiones estadounidenses seguían en la retaguardia porque no había medios suficientes para mantenerlas en el frente; además, los responsables de la logística del SHAEF calculaban que aunque los ejércitos americanos llegaran al Rin en las proximidades del Ruhr, no podrían mantenerse en combate más de veinte divisiones.³⁵

Para explicar mejor su situación, Eisenhower y sus responsables de logística elaboraron un extenso artículo para el Pentágono que trataba de las realidades del combate en Europa. Los uniformes se gastaban «con una celeridad casi incomprensible para un civil», el doble de rápido de lo que los fabricantes tardaban en producirlos. De abrigo, zapatos, fiambreras y mantas se consumía el doble de lo que había calculado el Departamento de Guerra. Las necesidades de alimentos para el invierno —aunque la guerra acabara, los soldados seguirían teniendo que comer— exigirían el envío de casi un millón seiscientos mil kilos de alimentos desde lo

Estados Unidos, equivalentes al cargamento de 340 buques de la clase Liberty. «Las necesidades de carne para el teatro de operaciones de Europa requerirá el sacrificio de... aproximadamente 4.000 reses de vacuno al día», escribía Eisenhower. «Las necesidades de huevo deshidratado ascienden al equivalente a dos mil millones y medio de huevos frescos, o lo que es lo mismo, un suministro diario de seis millones y medio. De lona para tiendas había una escasez de nueve millones de metros cuadrados.» De igual modo crecían las necesidades de papel: desde la liberación de París el ejército americano se había visto obligado a imprimir diez millones de mapas en el reverso de los mapas alemanes capturados. (En muchos aparecía representado el sur de Inglaterra, pues habían sido producidos para la Operación León Marino, la invasión frustrada de Gran Bretaña de 1940; en un almacén de Lieja abandonado por los enemigos se habían encontrado varios fajos.)³⁶

La necesidad más perentoria era la de municiones, que se gastaban a razón de más de dos toneladas por minuto cada hora y cada día, a pesar de los incesantes racionamientos introducidos durante la segunda mitad de 1944. A finales de septiembre se disponía de menos de cuatro proyectiles al día para los cañones más grandes, como los obuses de 203 mm. A primeros de octubre la escasez de municiones era «verdaderamente crítica» en todo el frente, y muchas piezas de artillería del III Ejército disponían de una sola bomba al día —Patton necesitaba sesenta— y el XII Grupo de Ejércitos comunicaba que el suministro de munición de artillería había «alcanzado un estado de colapso casi absoluto». La «política de silencio» del V Cuerpo de Ejércitos supuso que los cañones permanecieran inutilizados más de una semana.³⁷

Esa escasez reflejaba en parte la incapacidad de las fábricas americanas de satisfacer la demanda: una bomba de 155 mm requería cuarenta procesos de fabricación distintos. La munición más corriente del obús de 105 mm era producida y consignada bajo mil doscientos números de lote distintos, cada uno con variantes menores de propelente que afectaban a su precisión. (A comienzos del otoño el I Ejército dedicaría 25.000 horas de trabajo a clasificar el revoltijo de municiones para evitar cortinas de fuego de artillería catastróficamente breves.) La escasez obligó a los ejércitos americanos a permanecer en buena parte a la defensiva durante el mes de octubre —atacar requería mayor potencia de fuego que ser atacado— y Eisenhower achacó a la carencia de munición pesada la demora en la captura de Aquisgrán. Transmitió por radio un llamamiento al frente interno de su país pidiendo mayor producción, y el Departamento de Guerra envió artilleros veteranos a las fábricas más importantes para estimular la producción en un programa denominado *Firepower for Eisenhower* [i. e. Potencia de Fuego para Eisenhower].³⁸

Un destacado general americano creía que un incremento en un tercio de la munición de artillería «habría salvado muchas vidas y habría acortado la guerra». No obstante, la COMZ del general Lee insistía en que no había ninguna escasez de munición en el continente, y que en realidad había miles de toneladas de ella amontonadas en los depósitos de Normandía y a bordo de varias decenas de barcos dedicados a su transporte, en su mayoría a la espera de ser descargados. Lee había pronosticado que en octubre estarían descargados 150 buques, pero en realidad esa cifra era inferior a 100. El 20 de octubre, 246 buques mercantes surcaban las aguas continentales; el tiempo de espera de amarraderos en muchos puertos era a menudo de semanas, e incluso meses. Flotas enteras hacían las veces de almacenes flotantes de munición y de otros pertrechos.³⁹

El Departamento de Guerra, en su intento de mantener abastecida una guerra global con un número limitado de buques, se exasperaba: en octubre, un cable avisó al SHAEF de que «ningún otro barco cargado con mercancías» sería enviado a Europa hasta que los buques vacíos empezaran a regresar a casa. Eisenhower quedó horrorizado, y casi tres decenas de buques de clase Liberty fueron enviados de vuelta a los Estados Unidos, algunos antes incluso de vaciar sus cargamentos. Para estimular a los estibadores y levantarles la moral, se concedieron Estrellas de Bronce a los equipos más eficientes, y se daban conciertos de bandas de música para entretener a los trabajadores de los muelles.⁴⁰

¡Si se hubiera liberado Amberes! «Hemos capturado un puerto que por su tamaño se parece a Liverpool, pero no podemos utilizarlo», había escrito Montgomery en una carta en el mes de septiembre. «Si pudiéramos utilizarlo, todos nuestros problemas de mantenimiento desaparecerían.» Eisenhower insistía en que liberar el Escalda y abrir el puerto era «un requisito indispensable para la acometida final contra Alemania». Incluso durante la Operación Market Garden, el comandante supremo había convocado a veintitrés generales a Versalles para discutir la estrategia —pretextando el agobio al que lo tenían sometido sus responsabilidades en el campo de batalla, Montgomery envió a su jefe de Estado Mayor como representante— subrayar la importancia de Amberes «como asunto de la máxima urgencia». Una semana después Eisenhower comentó a Beetle Smith: «Estoy terriblemente angustiado con lo de Amberes». No obstante, el propio comandante supremo insistía en que tanto Montgomery como Bradley «deben tener como primer objetivo alcanzar la línea del Rin al norte de Bonn tan rápido como sea humanamente posible».⁴¹

Montgomery había encomendado la misión de despejar el Escalda al I Ejército canadiense, que incluía un contingente británico y la 1.^a División Acorazada polaca, lo que en total suponía unos efectivos de seis divisiones. Los ataques aéreos de los Aliados se intensificaron contra diversos objetivos enemigos en la isla de Walcheren y en la península de Beveland, que formaban la ribera norte del estuario del Escalda. Tropas de tierra aliadas se encargaban de estrechar la bolsa de Breskens, en la orilla sur del estuario, que retenía una formidable fuerza de once mil alemanes, incluidos muchos veteranos del Frente Oriental, reforzada con cañones navales y setenta piezas de artillería de campaña. «Todas las energías del ejército [canadiense] irán dirigidas a... Amberes», decretó Montgomery, aunque al mismo tiempo ordenó a los canadienses aislar también la guarnición enemiga de Dunkerque y capturar los puertos franceses ocupados de Boulogne y Calais. Por fin cayeron estos últimos y la bolsa de Breskens fue encogiéndose lentamente, pero el punto muerto al que había dado lugar la Operación Market Garden al sur de Arnhem permitió al XV Ejército alemán mandar refuerzos a las defensas del Escalda. Con el enemigo todavía atrincherado en ambas riberas del estuario, ningún buque aliado se atrevería a remontar sus aguas.⁴²

Así fueron pasando días y semanas, y los robustos muelles de Amberes seguían dormidos. «Necesitamos este lugar más de lo que necesitamos a FDR», decía en una carta a su esposa el general Everett Hughes. Aunque Montgomery reconocía la importancia primordial del puerto, ni él ni Eisenhower exigían que todas las demás tareas se subordinaran a esta. El II Ejército de Dampsey seguía mirando más allá del Rin, en dirección al Ruhr; para aquel contingente británico menor el control de un puerto grande era una cuestión menos urgente. Incluso el mariscal Brooke tenía dudas sobre cuáles eran las prioridades de Montgomery. «Amberes debe ser capturada con la menor demora posible», anotó en su diario en Londres. «Tengo la sensación de que la estrategia de Monty por una vez está equivocada.» Montgomery así lo reconocería también mucho después de acabada la guerra, admitiendo «un grave error por mi parte» al exigir demasiado a los canadienses. «Calculé que el ejército canadiense podría hacerlo *mientras* nosotros íbamos hacia el Ruhr», añadió. «Me equivoqué.»⁴³

Pero en octubre de 1944, el mariscal no mostraba indulgencia alguna con los que ponían en tela de juicio su criterio. El almirante Ramsey advirtió que limpiar el Escalda de minas llevaría semanas, incluso después de que los defensores alemanes fueran expulsados de una vez de las riberas del estuario. «Creo que el ejército no está tomándose esta operación lo bastante en serio», anotó en su diario a primeros de octubre. Después de otra reunión del SHAEF, escribió: «Monty anunció la sorprendente noticia de que podíamos conquistar el Ruhr sin Amberes. Esto me dio la vara que necesitaba para atizarle... Me despaché a gusto contra la estrategia

equivocada a la que nos habíamos lanzado». Montgomery se tomó esas críticas muy a mal, y acusó al almirante de menospreciarlo. «Te pido que preguntes a Ramsey de mi parte —escribió el mariscal a Eisenhower— con qué autoridad efectúa afirmaciones tan duras acerca de mis operaciones, sobre las cuales no puede saber nada.»⁴⁴

No menos inquietantes que los arcanos problemas de transporte y de logística eran las cuestiones concomitantes de estrategia y de ejercicio del mando. Tras darle un breve respiro, Montgomery había empezado una vez más a intentar apabullar a Eisenhower debido a la preferencia del comandante supremo por la ofensiva amplia en varios frentes contra Alemania adoptada ya en mayo. Aunque la Operación Market Garden había sido un chasco, el mariscal había vuelto a presionarlo a favor del ataque en un solo eje, preferiblemente el del XXI Grupo de Ejércitos, con nueve divisiones de refuerzo del I Ejército estadounidense también bajo su mando. Montgomery proponía que las otras fuerzas aliadas «se queden donde estén», cediendo los medios de transporte y otros pertrechos de guerra a su expedición. Eisenhower había intentado evitar la disputa sugiriendo que su postura y la de Montgomery podían ser conciliables, pero a finales de septiembre el mariscal lo desairó enviándole un cable de lo más insolente.

No puedo admitir que nuestras concepciones sean la misma... Si quieres llegar al Ruhr tendrás que poner toda la carne en el asador del ala izquierda y detener todo lo demás. Mi opinión es que si no se hace así, no llegarás al Ruhr.⁴⁵

Sin que la aniquilación de la 1.^a División Aerotransportada ni el fracaso todavía mayor de su aventura en Holanda le sirvieran de escarmiento, Montgomery fue esta vez demasiado lejos. Durante una conferencia privada con George Marshall en su pulcra caravana aparcada en Eindhoven celebrada el domingo 8 de octubre, el mariscal se quejó de la «falta de agarre» demostrada desde que Eisenhower había asumido el mando de la campaña, con batallas que habían sido «desarregladas e inconexas... Nos hemos metido solos en un auténtico lío». La gélida mirada azul del jefe del Estado Mayor denotaba sus reservas. «Marshall me escuchó, pero no dijo gran cosa», escribiría posteriormente Montgomery. «Era evidente que no estaba en absoluto de acuerdo.» Marshall confesaría más tarde que estuvo a punto de perder su famoso temple ante lo que calificó de «insoportable egocentrismo» de Montgomery.⁴⁶

También la paciencia de Eisenhower fue agotándose. El mismo día que Marshall visitó Eindhoven, los planificadores del SHAEF en Versalles advirtieron que si no se lograba desatascar el Escalda «quince divisiones se considerarán inútiles por la falta

de éxito de esta operación relativamente de poca envergadura... Nuestro avance hacia Alemania puede quedar retrasado hasta la primavera». Lo cierto es que ese mismo día se desataron vientos muy fuertes en el puerto de Cherburgo y sobre el Mulberry B.⁴⁷

«Esta situación vuelve a subrayar la importancia superlativa de Amberes», cablegrafió Eisenhower a Montgomery en un mensaje «solo para el destinatario» enviado el lunes:

A menos que tengamos Amberes en funcionamiento a mediados de noviembre todas nuestras operaciones quedarán paralizadas. Debo subrayar que entre todas nuestras operaciones en todo el frente, desde Suiza hasta el canal de la Mancha, considero la de Amberes de la máxima importancia.⁴⁸

Montgomery aseveraría que aquélla fue la primera vez que Eisenhower le había dado instrucciones claras sobre el asunto, afirmación que la historia oficial británica juzgaría posteriormente «poco justificada». Es más probable, dada la renuencia de Eisenhower a dictar órdenes inequívocas, que fuera la primera vez que el mariscal detectó en él un tono de exasperación o incluso de desaprobación. «Puedes confiar en mí y en que haré todo lo posible para conseguir que Amberes quede abierto», contestó Montgomery inmediatamente, y ese mismo día ordenó a los canadienses en la directiva más firme que les había enviado que «la apertura de este puerto tendrá prioridad sobre cualesquiera otras operaciones ofensivas». No obstante, pasaría una semana entera antes de que el ejército canadiense, a todas luces superado por la tarea encomendada, fuera reforzado, aunque Eisenhower tuviera que insistir en el asunto en otro cable exasperado enviado el martes.⁴⁹

Nada de lo que pueda decir o escribir con respecto a futuros planes de avance hacia el este supone en absoluto la más mínima atenuación de la necesidad de Amberes, que siempre he considerado trascendental, y que ha venido haciéndose más apremiante a medida que nos hemos ido adentrando en la temporada de mal tiempo.⁵⁰

En vez de responder directamente, ese mismo día Montgomery envió a Beetle Smith un cáustico memorándum de dieciséis párrafos titulado «Notas sobre el mando en Europa occidental». Tras empezar afirmando que «la actual organización del mando en las fuerzas aliadas en Europa occidental no es satisfactoria», el escrito censuraba de mala manera el modo de ejercer el generalato de Eisenhower y proponía que éste o bien trasladara su cuartel general más cerca del frente «para asumir el mando directo de las operaciones contra el Ruhr» o bien que delegara el mando de la campaña en Europa en Montgomery o en Bradley. «No creo que tengamos una buena y sólida organización de mando y de control», escribía el mariscal.

Puede que consideraciones políticas y nacionales nos impidan tener una organización sólida. Si es así, yo sugeriría que lo digamos. No vayamos a pretender que estamos bien, cuando en realidad estamos muy lejos de estar bien.⁵¹

Eisenhower esperó tres días a responder con una carta de trece párrafos, cuidadosamente repasada por Marshall antes de que el jefe del Estado Mayor regresara a Washington el viernes. «Las cuestiones que planteas son serias», decía Eisenhower. «Sin embargo, no constituyen el verdadero asunto que ahora está en juego. Ese asunto es Amberes... La operación de Amberes no afecta a la cuestión del mando en lo más mínimo.» Tras señalar el «lamentable estado» de los pertrechos y el aprovisionamiento de americanos y franceses, y comentar que «en comparación vosotros sois ricos», Eisenhower repetía el razonamiento en el que se basaba su preferencia por un ataque amplio llevado a cabo por grupos de ejércitos bajo su mando.⁵²

A continuación el magistral jugador de bridge sacaba su triunfo:

Si tú, como mando superior en este teatro de operaciones de uno de los grandes Aliados, crees que mis concepciones y directivas pueden poner en peligro el éxito de las operaciones, nuestro deber es remitir el asunto a una autoridad superior para cualquier medida que decida adoptar, por drástica que sea.

No había forma de malinterpretar la amenaza: si algún general era destituido, no iba a ser precisamente Eisenhower. Montgomery modificó de inmediato su plan de batalla, de modo que «todo el poder ofensivo disponible del II Ejército se dedicará en adelante» a despejar los accesos a Amberes. En un cable a sus subordinados decía: «Debo recalcar a los mandos del ejército que la utilización de Amberes en fecha temprana es absolutamente vital... Debemos aceptar la eventualidad de un elevado número de bajas para obtener un éxito rápido». El mariscal encomendó al XII Cuerpo del II Ejército girar hacia el Escalda desde el flanco occidental del pasillo de Nimega, permitiendo a los canadienses —cuyo avance venía cubriendo menos de dos kilómetros al día— concentrarse en la bolsa de Breskens y en los accesos a la isla de Walcheren por el este. Montgomery disponía ahora del peso de dos ejércitos para apretar las tuercas a las siete divisiones alemanas que habían neutralizado Amberes.⁵³

A Eisenhower el mariscal le escribió lo siguiente: «No volverás a oír de mí *ni una palabra* más sobre el asunto del mando. Te he dado mi opinión y tú me has dado tu respuesta. Con esto se ha acabado la discusión». Concluía aquella elegante ficción con otra: «Tu devoto y leal subordinado. Monty».⁵⁴

Dwight David Eisenhower cumplió cincuenta y cuatro años el sábado 14 de octubre. Lo celebró con una escapada en su viejo Cadillac (había un modelo más nuevo enviado desde Detroit en no se sabe qué bodega de uno de los buques que estaban a la espera de encontrar amarradero). Con Kay Summersby al volante, había viajado de Versalles a Verdún para pasar la noche del viernes con Bradley antes de que a la mañana siguiente ambos generales continuaran trayecto a la ciudad belga de Verviers, a escasos treinta kilómetros al sudoeste de Aquisgrán, donde se intensificaban los combates calle por calle.

El campamento del cuartel general del I Ejército norteamericano se extendía por el fangoso terreno de un destartado *château* de tres pisos, en el que una guardia de honor dio la bienvenida a Eisenhower, Bradley, y a sus tres comandantes en jefe del ejército —Patton, Hodges y el comandante del recién creado IX Ejército, el teniente general William H. Simpson—, y al rey Jorge VI, que estaba efectuando una visita al frente. Tras almorzar en un comedor de una sencillez espartana, Patton, mientras tomaba café y se fumaba un puro, entretuvo a los comensales con anécdotas de la guerra en el norte de África. «Pues yo debo de haber matado a una docena de árabes», comentó el rey de Inglaterra, provocando las risotadas de todos los demás.⁵⁵

Tras despedirse del monarca y de todos los demás, Eisenhower y Bradley se dirigieron al sur, a través del sombrío paisaje de las Ardenas, cruzando por ciudades que no tardarían en serles muy familiares: Malmédy, Sankt Vith, Vielsalm. En la bucólica Bastoña se sentía el olor del pan recién cocido procedente de los anaqueles en los que se enfriaban las hogazas de una panadería del ejército. Los campesinos apilaban balas de heno para el próximo invierno y los trabajadores de una vaquería conducían sus reses al establo, sin ni siquiera fijarse en la veloz limusina en cuyo interior viajaba el general más famoso de Europa, si no de todo un mundo destrozado por la guerra.⁵⁶

Era el tercer cumpleaños consecutivo que Eisenhower pasaba fuera de casa. Un perfil suyo publicado ese mismo mes en la revista *Time* señalaba que «no ha envejecido visiblemente... pero da una sutil impresión de haber crecido como hombre y como comandante. Debido a la falta de ejercicio, está un poco más gordo en el abdomen y a menudo se ven arrugas de cansancio debajo de sus chispeantes ojos azules...Incluso en momentos de crisis, se ve relajado, de buen humor y seguro en la superficie, independientemente de lo que esté pasando por dentro». Bastante cierto: *estaba, sí*, más gordo, más seguro, y cansado. Por supuesto había crecido como comandante desde su quincuagésimo segundo cumpleaños, pasado en Grosvenor Square, en Londres, la víspera de la Operación Antorcha, cuando todos eran novatos y aún no estaban manchados de sangre; o desde el quincuagésimo tercero, pasado en el

Hôtel Saint-Georges de Argel, leyendo los despachos enviados desde el río Volturno en plena crecida, donde el complicado ataque de los Aliados al norte de Nápoles presagiaba lo que aguardaba a los que iban a emprender la campaña de invierno en Italia.⁵⁷

Pero incluso la omnisciencia de *Time* pasaba por alto ciertos matices del hombre y del general en el que se había convertido. Parecía una persona transparente y sencilla, pero no era ni una cosa ni otra. Mucho después de la guerra, un revisor de los fragmentos publicados de su diario quedaría impresionado por su «carácter cerrado, calculador»; el historiador Eric Larrabee lo describiría después como «un hombre tapado», «aparentemente [muy] franco, muy dispuesto a exteriorizar sus pensamientos, pero al final muy hermético, muy celoso de proteger sus intenciones y los procesos secretos de la lógica férrea que se ocultaba tras ellas». Todo comandante llevaba su máscara, y Eisenhower llevaba la suya, a pesar de seguir transmitiendo sinceridad, rectitud y humanidad. «Tengo la sensación de que era un hombre mucho más complicado de lo que parecía —escribió Don Whitehead—, un hombre que daba forma a los acontecimientos con tanta sutileza que dejaba que los demás creyeran que eran ellos los arquitectos de esos mismos acontecimientos. Y se sentía satisfecho de que así fuera.»⁵⁸

Nunca sería un Gran Capitán, y quizá aquella guerra fuera demasiado grande para una figura tan arcaica. Eisenhower era lo bastante romántico como para lamentar ese defecto: admirador durante toda su vida de Aníbal, en privado abrigaba la esperanza de que un doble envolvimiento del Ruhr reflejara la destrucción de los romanos por el cartaginés en Cannas. Hacía mucho ya que había admitido que su tarea no era ser un mariscal de campo, sino más bien orquestar una coalición multinacional muy díscola, ser el «presidente de la junta de administración» —la expresión era suya— de la empresa marcial más grande de la Tierra. El político magistral que era Franklin Roosevelt lo había elegido como comandante supremo entre cerca de mil trescientos generales del ejército de los Estados Unidos porque era no solo un «líder natural», a juicio del presidente, sino también un militar dotado de un instinto político excepcional. E. J. Kingston McCloughry, un vicemariscal del aire británico que trabajaba en el SHAEF, escribió que Eisenhower «tenía un genio especial para llevarse bien con la mayor parte de las personas, combinando el arte de la persuasión y la capacidad de inspirar buena voluntad».⁵⁹

Por temperamento era conciliador, árbitro, negociador capaz de alcanzar compromisos; el reciente contratiempo que había tenido con Montgomery demostraba que Eisenhower era un hombre deseoso, quizá demasiado deseoso de superar las diferencias, de ofrecer la otra mejilla. Sin duda sus órdenes podían ser opacas e

imprecisas, o bien porque no veía con claridad el campo de batalla o bien porque era reacio a entrometerse en las prerrogativas de su subordinado, como había sucedido en la debacle de Amberes o en los intentos fallidos de aniquilar al enemigo en Messina y Falaise. Además de deshacerse en alabanzas del comandante supremo, Kingston McCloughry le dedica también otros elogios más tímidos, considerándolo «astuto sin ser sutil, y entendido sin ser profundo...Quizá la mayor ventaja de Eisenhower comparado, pongamos por caso, con Montgomery, era que conocía perfectamente sus propias limitaciones».⁶⁰

Sin embargo, ¿quién podría negar la grandeza que había empezado a envolverlo? Churchill reconoció que «nadie supo mejor que él asistir a un acontecimiento tremendo sin dañar la autoridad que había delegado en otros». Plenamente consciente de cuán corrosivas eran las fuerzas que consumían cualquier confederación militar, desde el chauvinismo a la vanidad, Eisenhower insistía en que un comandante aliado debía «resolver los problemas razonando, no simplemente dictando órdenes». La paciencia y la propensión a la colaboración eran fundamentales para la unidad de los Aliados, y la unidad de los Aliados sería la que ganara la guerra. Ese era su catecismo, su «lógica férrea», y se había convertido en el artículo de fe más profundo en su vida.⁶¹

Excepto por las patas de gallo que rodeaban sus ojos y los profundos surcos de su frente, pocos podían apreciar la presión de años y años de tomar decisiones que hasta el momento habían enviado a la muerte a decenas de millares de hombres. Solo en una respuesta manuscrita a cierta carta especialmente mordaz de Mamie dejó que se le moviera un poquito la máscara a los pocos días de su quincuagésimo quinto cumpleaños. «En estos momentos llevamos separados dos años y medio y al mismo tiempo en unas condiciones que hacen que las separaciones sean dolorosas y difíciles de sobrellevar», decía. «La carga de la responsabilidad que llevo encima sería intolerable si no tuviera la fe de que hay alguien que quiere que vuelva a casa... para bien. No olvides que me dan una paliza cada día.»⁶²

Los kilómetros fueron pasando y con ellos el día. Al anoecer el Cadillac cruzó la frontera de Bélgica y en pocos minutos rodaba por las calles de Luxemburgo. Allí acababa de trasladar Bradley el puesto de mando, cambiando las tiendas siempre empapadas de agua de Verdún por los edificios de piedra provistos de calefacción de la capital del gran ducado. Solo a veinte kilómetros de la frontera alemana —distancia no demasiado segura para situar con un mínimo de garantías el cuartel general de un regimiento, y mucho menos el de un grupo de ejércitos—, Luxemburgo todavía estaba convaliente de los cuatro años de ocupación. Invadido en menos de un día en 1940, el país había sido integrado en el Tercer Reich y germanizado sin contemplaciones:

los ocupantes lo rebautizaron «Gau Moselland», cambiaron los nombres de las calles, prohibieron el dialecto francés local, y reclutaron a diez mil hombres para la Wehrmacht. Ahora la Adolf Hitler Strasse había vuelto a convertirse en *avenue* de la Liberté, y los banderines sujetos a los árboles del bulevar proclamaban: «Queremos seguir siendo lo que somos». ⁶³

El despacho de Bradley en la *place* de Metz ocupaba un edificio de caliza de color rojizo perteneciente a los ferrocarriles estatales, pero la limusina siguió adelante, cruzó el río Pétrusse, donde las curtidurías, las fábricas de cerveza y las zapaterías flanqueaban las calles de las afueras, cerca de los contrafuertes en ruinas del milenario castillo del conde Sigfrido. En la *avenue* de la Gare, los dos generales salieron del automóvil en el Hôtel Alfa, un edificio de siete pisos con tejado abuhardillado y balcones que daban a la estación del tren. ⁶⁴

En el comedor del hotel, para sorpresa y evidente alegría de Eisenhower, había sido organizada una fiesta, con martinis, champaña y una enorme tarta de cuatro estrellas elaborada por un maestro pastelero de París. La orquesta estuvo tocando hasta altas horas de la noche suaves canciones de otros tiempos que casi no recordaba nadie, y durante unas pocas horas agradabilísimas la guerra desapareció, aunque el enemigo solo estaba a una veintena de kilómetros de distancia más al este y seguía dispuesto a reclamar el Gau Moselland. «Cumpleaños feliz —le cantaron—, cumpleaños feliz, querido Ike», y levantaron sus copas en honor de un hombre en el que confiaban y al que admiraban, el hombre que los conduciría a la victoria y que después los llevaría de vuelta a casa. ⁶⁵

El peor lugar imaginable

A finales de octubre, el cuartel general del I Ejército estadounidense se trasladó a sus cuarteles de invierno en la ciudad belga de Spa. Floreciente centro balneario desde el siglo XVI —Karl Baedeker la había llamado el «balneario más antiguo mínimamente importante de Europa»— Spa alcanzó su zenit en el siglo XVIII con las visitas de Pedro el Grande y otros potentados aficionados a pasear bajo los olmos o a cocerse en cualquiera de las dieciséis fuentes termales ricas en hierro y ácido carbónico. La ciudad empezó a decaer tras la Revolución Francesa, para revivir más tarde como suelen hacerlo las ciudades de este tipo: en el caso de Spa, vendiendo objetos de madera barnizada y un licor llamado Elixir de Spa. El ejército del Imperio alemán había situado allí su cuartel general durante las últimas semanas de la primera guerra mundial: en el Grand Hôtel Britannique de la *rue* de la Sauvanière, el mariscal Paul

Hindenburg llegó a la conclusión de que la causa estaba perdida. El último de los Hohenzollern en llevar sobre sus sienes la corona, el káiser Guillermo II, llegó a esta ciudad procedente de Berlín en octubre de 1918, para delirar con la fantasía de lanzar al ejército contra su propio *Volk* en rebeldía; al final prefirió la abdicación y el destierro en Holanda.⁶⁶

Ahora los soldados americanos retiraban las ruletas y las mesas de *cheminde-fer* del casino de la *rue Royale*, sustituyéndolas por escritorios de campaña y literas de tres pisos bajo las arañas de cristal. «Le quitaremos el “hit” a Hitler», cantaban. Los análisis practicados por los ingenieros del ejército confirmaban que todas y cada una de las once fuentes de agua potable de la ciudad estaban contaminadas, pero en el Hôtel de Portugal llegaba a desarrollarse un mercado negro de comida bastante decente: la carne de caballo con champiñones parecía haberse convertido en una especialidad valona en aquellos tiempos tan apurados. En cuanto a los sedientos, cada general del I Ejército recibía una asignación mensual de una caja de ginebra y media de whisky escocés y bourbon; los oficiales de menor graduación combinaban sus asignaciones en un ritual nocturno para elaborar unos veinticinco litros de Martini para la reunión en el comedor del Hôtel Britannique, un gran salón de baile con espejos en tres de sus muros, mientras que el cuarto estaba ocupado por elegantes ventanales. El cuartel general requisó además la mansión de un magnate del acero de Lieja, situada en lo alto de una colina, para instalar en ella su campamento; sus anfitriones belgas a veces eran invitados a asistir a proyecciones cinematográficas en una escuela vecina, donde los soldados intentaban explicar en un francés chapurrado los entresijos de *Gaslight* o *A Guy Named Joe*.^{*} Drew Middleton informaba de que en su huida las tropas alemanas habían dejado en un restaurante italiano una grabación de «Lili Marlene»; los soldados americanos ponían el disco sin cesar y aseguraban ante el escepticismo de los belgas que «la canción ha sido hecha prisionera... y no podía seguir siendo considerada alemana». Casi cada hora, el estruendo de un V-1 con destino a Amberes disparado desde uno de los múltiples centros de lanzamiento existentes dentro del Reich podía oírse sobre los cielos de Spa.⁶⁷

El teniente general Courtney H. Hodges trasladó su despacho a la antigua suite de Hindenburg en el Hôtel Britannique y se dedicó a reflexionar sobre cómo llevar a cabo una campaña a finales de otoño en el norte de Europa. Hodges era un militar de la vieja escuela: había abandonado West Point sin recibir el correspondiente título —desesperado con la geometría de primero— y había ido ascendiendo desde la base tras alistarse en 1905 como soldado raso. Hijo del dueño de un periódico del sur de Georgia, era de estatura media, pero iba siempre tan tieso, que parecía más alto; tenía además una frente abombada y orejas prominentes. Los archivos del ejército

describen el color de sus ojos, por lo demás demasiado juntos, como «#10 azul». «Dios le dio un semblante que siempre parecía pesimista», comentó en cierta ocasión Eisenhower, y el propio Hodges se quejó de que un retrato suyo encargado por la revista *Life* a primeros de septiembre lo hacía parecer «un poco triste». ⁶⁸

Tirador de primera y aficionado a la caza mayor —caribúes y alces en Canadá, elefantes y tigres en Indochina—, Hodges se había ganado dos menciones especiales para la obtención del Corazón Púrpura tras ser gaseado durante la primera guerra mundial, pero las rompió por considerarlas demasiado «mariquitas». Fumaba cigarrillos Old Gold en una boquilla larga, le gustaban el bourbon y el Dubonnet con hielo y una pizca de bitter, y cenaba formalmente cada noche en el comedor, con chaqueta, corbata y botas de faena. Lo habían visto llorar al pie de la carretera viendo pasar los camiones cargados de soldados heridos procedentes del frente. «Me gustaría que los viera todo el mundo», dijo con su suave acento sureño. El comandante de una división dijo de él: «Inasequible al nerviosismo. Un asesino. Un caballero.» Un periodista escribió que incluso en combate «recuerda a un campesino de Georgia apoyado en la cerca, discutiendo acerca de sus cultivos». Bradley, que como subordinado de Hodge solía tirar al plato o cazar codornices con él los domingos por la mañana en Fort Benning, recordaría más tarde: «Era muy digno y no puedo imaginarme a nadie que llegara a tener familiaridad con él». Ahora que el superior era él, Bradley seguía llamándolo «señor». ⁶⁹

El I Ejército era la fuerza de combate americana más grande de Europa, y Hodges no era el general adecuado para comandarlo. Suficientemente capaz durante la persecución del enemigo por Francia, ahora se hallaba perjudicado por la enfermedad, el cansancio y sus propias deficiencias: «un hombre viejo que jugaba según las reglas del libro y que no tenía muy claro de qué iba todo aquello», escribió un observador del Departamento de Guerra. «Había en él poco de ese espíritu combativo que es trascendental.» Incluso las historias oficiales del ejército describirían su campaña de otoño como «carente de vigor e imaginación», y entre los altos mandos era «el menos dispuesto a hacer cualquier intento de entender los problemas logísticos». Era «bastante lento a la hora de tomar grandes decisiones», reconocía un oficial de estado mayor, y raramente salía de Spa para visitar el frente; durante casi dos meses el general Hobbs, al mando de la 30.^a División, no lo vio nunca. Autoritario y poco elocuente, Hodges «se negaba a discutir las órdenes, y más aún a que se las discutieran», escribiría después un oficial. A veces insistía en que los informes de situación mostraran incluso las posiciones de los pelotones —un quisquilloso nivel de detalle muy por debajo del interés legítimo del comandante en jefe de un ejército— y en su diario de guerra se quejaba de que «demasiados de estos

batallones y regimientos nuestros han intentado flanquear y rodear al enemigo, y nunca han querido enfrentarse a él directamente». A su juicio, era «más seguro, más sano y, al final, más rápido seguir lanzándose de cabeza». Las acciones «directas» y «de cabeza» serían la firma de Hodges en el campo de batalla, con todo lo que esas tácticas frontales implicaban.⁷⁰

Malhumorado y aislado, siempre atento a cualquier indicio de deslealtad, Hodges mostraba una absoluta intolerancia ante cualquier fallo percibido que resultaba excesiva incluso para los rigurosos niveles del ejército americano. De los trece comandantes de un cuerpo o de una división que fueron relevados del mando en el XII Cuerpo de Ejércitos durante la guerra, diez caerían en desgracia en el I Ejército, y el más reciente había sido el general Corlett del XIX Cuerpo tras lo de Aquisgrán. Cuando el comandante de la 8.^a División, totalmente agotado, solicitó un breve permiso a raíz de la muerte de un hijo suyo en combate, Hodges lo destituyó. Forrest Pogue, autor de una historia oficial del ejército, describe a un oficial degradado esperando al pie de la carretera a que le dieran un pasaje hacia la retaguardia, con sus pertenencias amontonadas a su alrededor, «como un mendigo... Era el vivo retrato del desánimo, y resultaba imposible borrar de su rostro la expresión de fatiga, de maltrato, de agotamiento y de desamparo».⁷¹

La existencia de semejante ambiente entre los mandos alimentaba una excesiva cautela, que eliminaba cualquier chispa de iniciativa e ímpetu, y los altos oficiales de estado mayor del I Ejército contribuían a empeorar todavía más la situación. «Agresivos, suspicaces y quisquillosos», diría luego Bradley del estado mayor que él mismo había creado antes de ascender a comandante del XII Grupo de Ejércitos. «Críticos, incapaces de perdonar, y llenos de resentimiento ante cualquier autoridad que no fuera la suya.» Tres personajes enormemente competitivos desempeñaban los papeles de protagonistas en aquella desgraciada familia: el general de división William B. Kean, el jefe de Estado Mayor, hombre capaz, pero despiadado, que en privado era apodado «Capitán Bligh» y al que Hodges reconocía una gran autoridad; el general de brigada Truman C. Thorson, el sombrío oficial de operaciones, fumador empedernido, al que llamaban de mote Tubby, pero también Yago; y el coronel Benjamin A. Dickson, el brillante y turbulento jefe de inteligencia, conocido desde hacía mucho tiempo como Monk, hombre histriónico, que siempre tenía algún motivo del que quejarse ruidosamente.⁷²

Entre las peculiaridades del I Ejército en el momento en el que se disponía a reanudar la ofensiva hacia el Rin no era la menor lo que un corresponsal llamaba una «perplejidad ligeramente irritada» ante la continuidad de la resistencia alemana, un resentimiento ante el hecho de que el enemigo no supiera que estaba vencido. Cuando

aquel vitriólico grupo de mandos se estableció en Spa y empezó a prepararse para la inminente campaña, todos se mostraron de acuerdo en que sencillamente lo único que tenían que hacer era quitarle el «hit» a Hitler.⁷³

El 28 de octubre, Eisenhower reiteró el que era su plan para ganar la guerra. «El enemigo ha seguido reforzando sus fuerzas en el oeste», decía en un cable a sus lugartenientes. «Los actuales indicios son que pretende ofrecer la mayor resistencia posible en el muro occidental, con la esperanza de impedir que la guerra se extienda por suelo alemán.» Amberes, afirmaba, seguía siendo «nuestro primer y más importante objetivo inmediato». Las tropas del I Ejército canadiense habían capturado Breskens una semana antes, y la bolsa cada vez más débil que el enemigo retenía en la margen izquierda del Escalda parecía seguro que iba a caer en cuestión de días, si no de horas. Las tropas canadienses avanzaban también por la orilla norte del estuario; los defensores alemanes atrapados en la península de Beveland y en la isla de Walcheren habían quedado reducidos a poco más que una división de «Pan Blanco», formada por soldados aquejados de problemas digestivos. Eisenhower se sentía por fin seguro de que el Escalda quedaría pronto despejado en su totalidad de alemanes, y de que poco después Amberes estaría abierto al tráfico marítimo.⁷⁴

Una vez conseguido ese objetivo, añadía, la batalla final por Europa se desarrollaría en «tres fases generales»: una lucha despiadada al oeste del Rin; la captura de cabezas de puente a lo largo del río; y por último una puñalada mortal en el corazón de Alemania. Siete ejércitos aliados avanzarían rápidamente hacia el este, repartidos de norte a sur de la siguiente manera: el I Ejército canadiense; el II Ejército británico; el IX, el I, el III y el VII Ejército americano; y el I Ejército francés. Los centros industriales del enemigo en el Ruhr y en el Sarre seguirían siendo objetivos primordiales en el norte y en el centro respectivamente, con Berlín como objetivo final.⁷⁵

La toma de Aquisgrán por el I Ejército y la rotura de la Línea Sigfrido en el vecino corredor de Stolberg dejaban apenas treinta y cinco kilómetros por recorrer antes de llegar al Ruhr. Allí se encontraba el frente más prometedor de toda la línea aliada. Hodges, con la ayuda del IX Ejército de Simpson, tenía que avanzar rápidamente otros quince kilómetros hasta el río Ruhr, asaltar Düren en la orilla opuesta, y luego continuar hacia Colonia y el Rin. El VII Cuerpo de Joe Collins encabezaría una vez más el ataque, pero primeramente el V Cuerpo, situado a su derecha, debía despejar el bosque de Hürtgen y capturar la localidad de Schmidt,

proporcionando al I Ejército espacio de maniobra suficiente y previniendo cualquier contraataque contra el flanco derecho del VII Ejército por parte de los enemigos que pudieran acechar en la oscuridad del bosque.⁷⁶

Cuatro espesos macizos de arbolado formaban el bosque de Hürtgen, de 17 kilómetros de longitud por ocho de anchura en total. Durante generaciones los maestros leñadores habían recortado la maleza y regulado la tala, dejando perfectamente alineados los abetos como soldados altos y erguidos preparados para el pase de revista, en lo que un visitante llamaba «un bosque de fotografía». Pero en algunas zonas la vegetación crecía de modo salvaje, particularmente a lo largo de los lechos de los arroyos y en los profundos barrancos en los que incluso a medio día la luz del sol penetraba solo como un rumor sordo. Aquel era el bosque primordial de los Grimm, un reino de sombras. «Nunca vi un bosque con tal densidad de árboles como el de Hürtgen», escribiría más tarde un soldado americano. «Resultó ser el peor lugar imaginable.»⁷⁷

El Hürtgenwald había sido fortificado como parte integrante de la Línea Sigfrido a partir de 1938. Más recientemente los ingenieros alemanes habían cortado muchos árboles para crear zonas de tiro, habían construido búnkeres de troncos con áreas de combate entre unos y otros, y habían sembrado miles de minas en los senderos y en los cortafuegos; en un sector particularmente peligroso de unos doce kilómetros podía encontrarse una mina cada ocho pasos. A finales de septiembre la 9.^a División había comprobado cuán letal podía llegar a ser el bosque de Hürtgen cuando intentó cruzarlo como una parte de la operación inicial emprendida por el VII Cuerpo para flanquear Aquisgrán. Un regimiento tardó cuatro días en avanzar menos de dos kilómetros; y otro cinco. A mediados de octubre la división estaba todavía lejos de Schmidt y había sufrido 4.500 bajas para ganar tres kilómetros —caía un hombre cada medio metro— y ningún batallón de los dos regimientos que formaban la punta de lanza podía alinear a más de trescientos hombres. Cada vez más y más partes del bosque perfectamente cuidado mostraban tajos amarillentos como consecuencia de las balas de ametralladora o habían quedado reducidas a conjuntos de muñones chamuscados: «Ni pájaros, ni vientos rumorosos, ni senderos alfombrados», dice Forrest Pogue. Cuando un comandante en jefe ofreció a sus hombres cinco dólares por cada árbol que encontraran intacto de balazos, no salió nadie que los reclamara. A Pogue le recordaba el claustrofóbico derramamiento de sangre que se produjo en mayo de 1864 en otro bosque encantado, en el este de Virginia: «Era tal la desolación —dice en un escrito suyo— que la asociaba uno con la batalla de la Espesura».⁷⁸

Casi la mitad de los 6.500 defensores alemanes pertenecientes a la 275.^a División habían muerto, habían resultado heridos, o habían sido capturados intentando cortar el paso a la 9.^a División; entre los refuerzos había dos compañías de policías de Düren llamados los «padres de familia» porque en su mayoría tenían cuarenta y cinco años como mínimo. Se construyeron más búnkeres, se desplegaron más alambradas, se sembraron más minas, incluidas las «minas de zapato» [la «Schützenmine 42», en inglés *Schu* o *shoe mine*] o de caja, no metálicas, y artefactos redondos absolutamente letales, «no más grandes», según se decía, «que una cajita de pomada». Los oficiales enemigos consideraban muy improbable que los americanos insistieran en atacar por lo que un alto mando alemán denominaba «un terreno boscoso amplio, espeso y casi sin senderos». ⁷⁹

Semejante opinión subestimaba la obstinación americana. El bosque de Hürtgen neutralizaba las ventajas militares estadounidenses en materia de blindados, artillería, aviación y movilidad, pero Hodges estaba convencido de que ningún avance del I Ejército hacia el Ruhr era posible sin asegurar el bosque y capturar Schmidt, desde donde eran visibles todos los accesos al río. Comparaba la amenaza que suponía para su flanco derecho con la que supusieron las fuerzas alemanas apostadas en el bosque de la Argonne para el flanco izquierdo estadounidense durante la famosa ofensiva del general John J. Pershing en el Mosa durante el otoño de 1918. Esta engañosa analogía —los alemanes no pudieron acumular en el apretado espacio del bosque de Hürtgen suficientes blindados para plantear ninguna amenaza— fue objeto de escaso análisis crítico dentro del I Ejército, entre otras cosas debido a la renuencia de sus hombres a desafiar a Hodges. En realidad, «la forma más probable de convertir el bosque de Hürtgen en una amenaza para el ejército de los Estados Unidos —escribiría después el historiador Russell F. Weigley— era enviar a las tropas americanas a atacar en sus profundidades». ⁸⁰

No se consideró ni siquiera la posibilidad de dar un rodeo o disponer una pantalla de protección ante el bosque, ni flanquear Schmidt por el sur enviando al V Cuerpo por el vulnerable pasillo de ataque que atravesaba Monschau, a unos veinticinco kilómetros al sur de Aquisgrán. Los oficiales de mayor rango del I Ejército pasarían el resto de su vida intentando explicarse la lógica táctica que se ocultaba tras el plan de batalla del bosque de Hürtgen. «Lo único que podíamos hacer era quedarnos quietos y rogar a Dios que no sucediera nada», lamentaría más tarde el general Thorson, el oficial de operaciones. «Fue una cosa horrible, lo del bosque... Habíamos cogido el toro por los cuernos, y simplemente no podíamos deshacernos de él.» Incluso Joe Collins, que gozaba con Hodges del status de hijo favorito, reconoció que «no habría cuestionado a Courtney». ⁸¹

Después de la guerra dijo:

*Teníamos que entrar en el bosque para asegurar nuestro flanco derecho... A nadie le entusiasmaba la idea de combatir allí, pero ¿qué alternativa había?... Si nos hubiéramos desentendido del bosque de Hürtgen y hubiéramos dejado que los alemanes camparan por sus respetos por él, habrían podido atacar mi flanco.*⁸²

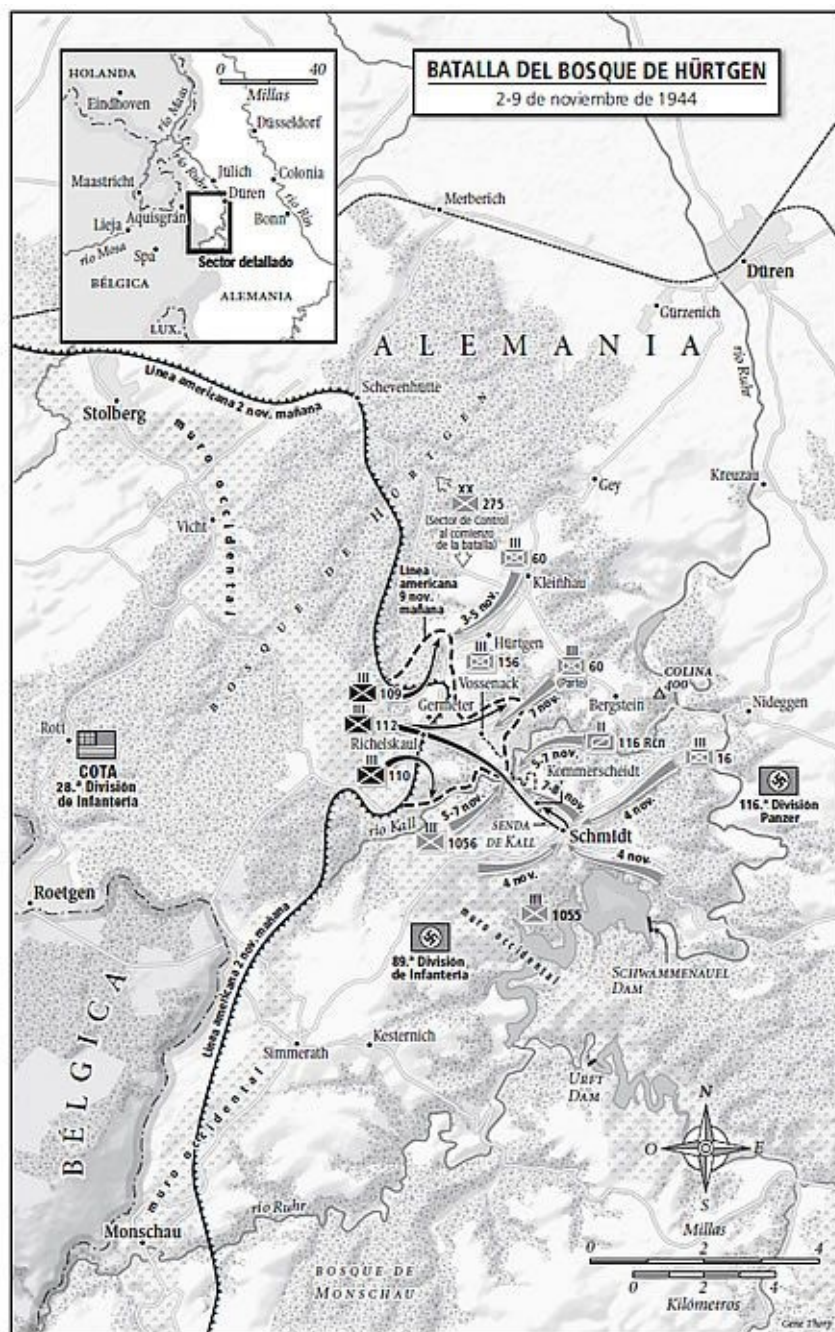
No menos lamentable fue el error de interpretación de la topografía alemana. Con el fin de controlar la crecida del río, suministrar agua potable y generar energía hidroeléctrica a la zona habían sido construidas siete presas cerca de la cabecera del Ruhr, que nace en Bélgica y recorre el macizo de las colinas de la Eifel, ya en Alemania, antes de girar hacia el norte por la llanura de Colonia y acabar desembocando en el Maas (Mosa), al sudeste de Eindhoven (Holanda). Cinco de esas siete presas carecían de capacidad para afectar de modo sustancial al caudal del río, pero las otras dos —la de Schwammenauel y la de Urft— formaban pantanos bastante grandes que entre los dos llegaban a embalsar más de 250 millones de m³. A primeros de octubre, el oficial de inteligencia de la 9.^a División había advertido que la malicia de los alemanes podía generar «grandes inundaciones destructivas» cuyos efectos llegaran hasta Holanda. El coronel Dickson, jefe de inteligencia del I Ejército, discrepaba. Abrir las compuertas o destruir las presas causaría «a lo sumo inundaciones locales durante unos cinco días», afirmaba Dickson. No se llevó a cabo ningún análisis del terreno, y las presas tampoco se mencionaron en los planes tácticos. «No habíamos estudiado esa parte en concreto de la zona», reconocería luego Collins. «Fue un fallo de los servicios de inteligencia, un verdadero fallo de los servicios de inteligencia de combate.»⁸³

A finales de octubre, mientras el I Ejército se enroscaba dispuesto a reanudar el ataque, habían empezado a acumularse inquietantes detalles acerca del Ruhr y sus embalses. Un prisionero alemán reveló que se habían tomado medidas para que tocaran las campanas de la iglesia de Düren si las presas, situadas río arriba, eran voladas. Un ingeniero alemán interrogado en Spa dio a entender que podía precipitarse por el Ruhr una auténtica muralla de agua. En una caja fuerte encontrada en Aquisgrán, un teniente americano descubrió unos planes de la Wehrmacht para demoler varias presas; según ciertos cálculos, cien millones de toneladas métricas de agua podían inundar el valle del Ruhr a lo largo de más de treinta kilómetros, convirtiendo aquel estrecho río en un torrente de casi dos kilómetros. Un memorándum clasificado como máximo secreto enviado el 5 de noviembre a Hodges por el comandante en jefe del IX Ejército, el general Collins, citaba un estudio del Cuerpo de Ingenieros titulado «Resumen del uso militar del sistema de embalses del río Ruhr », que llegaba a la conclusión de que el enemigo podía «mantener el río Ruhr

en estado de crecida durante por lo menos diez días... o bien puede producir una inundación de dos días de proporciones catastróficas». El eventual ataque americano por el Ruhr podía ser paralizado, los puentes tácticos serían arrastrados por las aguas y cualquier tropa situada al este del río quedaría aislada y sería aniquilada. Evidentemente ni el I ni el IX Ejército, situado un poco más lejos río abajo, podían cruzar el Ruhr con seguridad y encaminarse al Rin hasta que las presas fueran neutralizadas. Simpson proponía a Hodges que «bloqueara inmediatamente aquellas instalaciones [enemigas]». Un ataque por los flancos en dirección a Schmidt desde Monschau, situada más al sur, permitiría además la captura de Schwammenauel, Urft y las demás presas.⁸⁴

Pero el I Ejército se atuvo estrictamente a su plan de ataque frontal, aquejado de lo que el general Thorson llamaría luego «una especie de torpor en nuestras operaciones». A finales de octubre Hodges había dicho a Bradley que los embalses del Ruhr estaban medio vacíos —sin saber que estaban siendo rellenos— y que «los actuales planes de este ejército no contemplan la captura inmediata de esas presas». Se daba por supuesto que, en caso de necesidad, los bombarderos podían volar las presas y abrir los embalses cuando se lo pidiera el ejército. Bradley afirmaría después que a mediados de octubre «éramos muy conscientes de la amenaza que representaban» y que «todo el sentido» de reanudar el ataque en el bosque de Hürtgen era «recuperar el control de las presas y los aliviaderos». No era verdad. Hasta el 7 de noviembre Hodges no ordenó al V Cuerpo ni tan siquiera empezar a hacer planes para capturar las presas, y hasta el 4 de diciembre Bradley no anotó en su diario que había «decidido que es preciso controlar la presa del Ruhr».⁸⁵

Para entonces ya se había ido al traste otro ataque frontal a través de aquel terreno espantoso, y a los oficiales instalados en Spa no se les ocurría más que proferir maldiciones en voz baja. «¡Malditas presas!», se decían uno a otro sin parar. «¡Malditas presas!»⁸⁶



Atacar en el peor lugar imaginable fue lo que les tocó al general «Dutch» Cota y a su 28.^a División, que todavía estaba recuperándose de las escaramuzas que en el mes de septiembre habían resucitado el apodo que se había ganado durante la primera guerra mundial, cuando se la conoció como el Cubo Sangriento. La 28.^a División había recuperado todos sus efectivos, pero a cambio de admitir a muchos reemplazos que no habían hecho instrucción como soldados de infantería, al mando de oficiales y sargentos sacados de unidades antiaéreas e incluso de la Fuerza Aérea. Hemingway,

que durante varias semanas viviría en una casa de piedra rústica al sur de Stolberg, sugería que «les habría ahorrado a todos muchos problemas que les pegaran un tiro nada más bajar de los camiones».⁸⁷

A finales de octubre los del Cubo Sangriento —como se llamaban a sí mismos con sardónico orgullo los integrantes de la 28.^a División— se congregaron al pie de los abetos cubiertos de tajos amarillos. Los soldados americanos amontonaron troncos en los cortafuegos con la esperanza de activar así las minas, o fueron tanteando el terreno centímetro a centímetro con una bayoneta sostenida en un ángulo de treinta grado o con un cable del n.º 8. Los cadáveres de los soldados de la 8.^a División todavía permanecían tirados como basura en el bosque; los agujeros de las balas en sus guerreras parecían ojales con el reborde sangriento. Un teniente escribió a propósito de un soldado que pisó una mina antitanque con su jeep: «Su ropa y las cadenas de los neumáticos aparecieron a más de veinte metros del suelo en la copa de los árboles. Ahora nieva todos los días». Unos cuantos hombres llevaban chanclos; el resto intentaba evitar el pie de trinchera permaneciendo de pie sobre latas de Sterno encendidas, pero no tardaron en perder los escrúpulos y quitarles las botas a los muertos.⁸⁸

El mal tiempo, la escasez de pertrechos y la lenta llegada de más divisiones obligó al I Ejército a aplazar el ataque principal del VII Cuerpo en dirección a Düren hasta mediados de noviembre. Una ofensiva por el norte lanzada por el XXI Grupo de Ejércitos también fue retrasada. Pero Hodges no veía motivos para diferir la limpieza del bosque de Hürtgen y la captura de Schmidt. El miércoles 1 de noviembre, tras almorzar en Spa con el comandante en jefe del V Cuerpo, el general Leonard T. Gerow, Hodges efectuó una de sus raras visitas al puesto de mando de la división. Recorrió treinta y tantos kilómetros hasta Rott, entró en el edificio de dos pisos que albergaba el *Gasthaus* del 23 de la Quirinstrasse, donde Cota había establecido su cuartel general, y manifestó su satisfacción por comprobar que la 28.^a División estaba a todas luces «en perfectas condiciones, con ganas de empezar». El plan de batalla, comunicó Hodges a Cota, era «excelente».⁸⁹

En realidad estaba lleno de defectos. Durante dos semanas a lo largo de los doscientos setenta kilómetros de frente del I y el IX Ejército, la 28.^a División sería la única unidad americana que lanzara un ataque, atrayendo íntegramente la atención de todos los defensores alemanes, que ya sabían con total precisión dónde estaba concentrada la división *Blutiger Eimer*. El «excelente» plan impuesto a Cota por los oficiales de Estado Mayor del V Cuerpo estudiando en los mapas lejos del frente, lo obligaba a disgregar su fuerza atacando en tres ejes divergentes: un regimiento al norte, otro al sudeste, y un tercero al este, en dirección a Schmidt. Las dudas de Cota

habían sido desdeñadas a pesar de su advertencia de que el ataque no tenía más posibilidades de éxito que las que tiene «un jugador» de ganar una partida. Un gran cartel colocado en el bosque advertía: «Línea del frente a cien metros. Desmonten y peleen».⁹⁰

El 2 de noviembre, un jueves frío y brumoso, a las nueve de la mañana, los soldados americanos se levantaron de sus trincheras y se lanzaron al ataque como lo hacían los soldados de la primera guerra mundial. Once mil proyectiles de artillería desgastaron apenas los parapetos de las posiciones alemanas y azotaron el bosque con los fragmentos de acero dispersados por las bombas que detonaban en el dosel de la arboleda. Pero el brusco berrido del fuego de las ametralladoras procedente de los fortines en el flanco derecho de la división barrió a los hombres del 110.º Regimiento de Infantería: «uno a uno, en grupos, y pelotones enteros», señala la historia de la unidad. Al final de la jornada el 110.º no había ganado ni un metro, y al final de la semana el regimiento sería calificado como «fuerza de combate sin efectivos».⁹¹

El ataque no empezó mucho mejor para el 109.º Regimiento en el flanco izquierdo. En camiones alimentados con carbón, unos zapadores alemanes habían remolcado desde una fábrica de munición de Westfalia suficientes artefactos explosivos como para plantar un campo de minas densísimo a lo largo de un lodazal en el camino que iba de Germeter a la aldea de Hürtgen. El 109.º Regimiento había avanzado apenas trescientos metros cuando se oyó un sonoro «plop» seguido de un chillido y se vio a un soldado agarrándose un pie ensangrentado. Siguieron más «plops», más chillidos y más chicos mutilados. Al cabo de treinta y seis horas el regimiento retenía solo un estrecho saliente de un kilómetro y medio en territorio enemigo, que casi reflejaba lo mismo que habían conseguido penetrar los alemanes en la línea americana.⁹²

Con unas perspectivas tan funestas y para sorpresa de americanos y alemanes, el principal ataque de la división logró avanzar por el centro. Un batallón del 112.º Regimiento de Infantería se vio obligado a abrirse camino arrastrándose por el suelo a causa de la intensidad del fuego enemigo cerca de Richelskau, pero siete Sherman vapulearon de mala manera la ladera boscosa desde Germeter, cada uno de ellos arrastrando tras de sí auténticas nubes de soldados de infantería agarrados a su guardabarros trasero y trotando por las huellas dejadas por la oruga del blindado para evitar las minas. Los Sherman dispararon cuatro bombas cada uno para derribar la torre de la iglesia de Vossenack y a los francotiradores que pudieran ocultarse en el campanario, y doscientas bombas de mortero de fósforo blanco consiguieron que la aldea fuera enseguida pasto de las llamas. Vossenack, que tenía una sola manzana de anchura y una longitud de dos mil metros, ocupaba una loma situada a unos tres

kilómetros de Schmidt, visible a través de la bruma hacia el sudeste. El terreno blando, las minas y los disparos de Panzerfaust acabaron con cinco de los Sherman, pero antes de medio día Vossenack ardía por los cuatro costados y estaba en poder de los hombres de Cota, que se colaron por el morro, al nordeste de la colina.⁹³

El viernes 3 de noviembre al amanecer se reanudó el ataque. Desde Vossenack la colina se hundía en la crepuscular garganta del Kall, un profundo barranco tallado en el paisaje por un arroyo que desemboca en el Ruhr. Dos batallones americanos bajaron en columna por una sinuosa senda de carros, luego vadearon el gélido río Kall cerca de una antigua serrería y salieron de entre las hayas que dibujan la silueta de la colina para lanzarse contra la anodina aldea de Kommerscheidt. El 3.^{er} Batallón avanzó a la carrera hacia sudeste otros ochocientos metros y a las dos y media de la tarde cayó sobre la desconcertada guarnición de Schmidt, capturando o matando a los alemanes que estaban almorzando, paseando en bicicleta o tomándose una copita de aguardiente en la calle. Desde los tejados de aquella localidad del siglo xvi se divisaba todo el bosque de Hürtgen, junto con el sinuoso curso del Ruhr tres kilómetros más al este y la superficie azul como el zafiro del embalse de Schwammenauel, kilómetro y medio más al sur. Cualquier hombre crédulo con un poco de imaginación podía divisar casi el fin de la guerra.⁹⁴

Al *Gasthaus* que ocupaba Cota en Rott, quince kilómetros más al oeste, llegaron infinitas llamadas telefónicas de felicitación, de los generales al mando de las otras divisiones y de los distintos cuerpos. El propio general Hodges le hizo saber que estaba «extremadamente satisfecho». Los cumplidos, diría luego Cota, harían que se sintiera como «un pequeño Napoleón».⁹⁵

* * *

El mariscal Model recibió las malas noticias procedentes de Schmidt esa misma tarde en el castillo de Schlenderhan, un potrero situado al oeste de Colonia, a unos cuarenta kilómetros del campo de batalla. Casualmente Model acababa de empezar un ejercicio de simulación con mapas en compañía de sus principales comandantes en jefe, que situaba un teórico ataque de los americanos cerca del Bosque de Hürtgen. Algunos informes incompletos indicaban que efectivamente una gran ofensiva contra el LXXIV Cuerpo alemán amenazaba con capturar las presas del Ruhr, que generaban buena parte de la electricidad al oeste del Rin.⁹⁶

Model ordenó al comandante en jefe de ese cuerpo que regresara a su cuartel general, pero a los demás altos oficiales —incluidos los comandantes de dos ejércitos— se les dijo que continuaran con sus juegos de guerra, utilizando los despachos llegados del frente para ayudarse a orquestar la batalla. Los cielos bajos y la niebla

habían impedido actuar a los cazabombarderos aliados durante los últimos dos días; con suerte, los alemanes podrían enviar rápidamente refuerzos, sin encontrar estorbos, por las buenas carreteras que enlazaban con el valle del Ruhr. Del enfrentamiento con los americanos se encargaría en primer lugar la 116.^a División Panzer, que había combatido en Yugoslavia y en el sur de Rusia, casi a la altura del mar Caspio, antes de participar en recientes batallas en el oeste y sobrevivir a ellas, en Falaise y en Aquisgrán. El batallón de reconocimiento se dirigía ya a toda máquina a Schmidt, seguido a corta distancia por el grueso de la división y algunas tropas de la 89.^a División. ⁹⁷

Tres compañías aisladas de fusileros americanos y un pelotón de ametralladoras del 112.^o Regimiento de Infantería defendía Schmidt, sin saber el grandísimo interés que el alto mando de la Wehrmacht tenía por ellos, pero exasperados por los francotiradores y los enemigos apostados en los almiarés de la ladera de la colina que parecían moverse a la luz de la luna. Agotado después de la penosa caminata del viernes por la garganta del Kall con abrigo grueso y toda la impedimenta de campaña, el 3.^{er} Batallón no dispuso ninguna patrulla de vigilancia y diseminó a la buena de Dios sesenta minas antitanque —lanzadas durante la noche desde vehículos de transporte Weasel provistos de oruga— en tres de las carreteras de acceso, sin intentar ni siquiera enterrarlas ni camuflarlas. No se consideraba probable ningún contraataque con blindados dada la superioridad aérea de los Aliados y la destrucción sufrida por los panzer enemigos durante los últimos dos meses. Sin darse cuenta de la vulnerabilidad de sus hombres, Cota permaneció en Rott; y tampoco visitaría el frente durante los tres días siguientes. Comprometida ya su única división de reserva en ayudar al 110.^o Regimiento de Infantería, acorralado en el sur, el pequeño Napoleón había perdido el control de la batalla antes incluso de que diera comienzo realmente. ⁹⁸

El sábado 4 de noviembre, justo antes del amanecer, el fuego de artillería de los alemanes se dejó sentir por tres direcciones distintas en torno a Schmidt. Una bengala de magnesio iluminó el cielo gris perla del amanecer, y los soldados americanos, que no podían dar crédito a sus ojos, divisaron una larga columna de tanques Panther y Mk IV acercarse serpenteando por el nordeste, sorteando sin dificultad las minas que habían sembrado sin ton ni son. Las balas de las ametralladoras alemanas acribillaron los puestos defensivos; el fuego rojizo de los tanques destruyó la población, volando una casa tras otra. Las baterías de los morteros fueron asaltadas. Los proyectiles de los bazookas rebotaban contra el blindado de los panzer como si fueran canicas, y los soldados de la infantería enemiga corrían dando alaridos hacia Schmidt por el sur, por el este y por el oeste, algunos golpeando las fiambreras con las cucharas en una especie de cencerrada enloquecida. ⁹⁹

A las 08:30 de la mañana un pelotón americano apostado en el perímetro sur salió huyendo en desbandada presa del pánico, rompiendo la línea defensiva. Pronto todo el batallón emprendió la fuga: las compañías I, K y L corrían por las huertas y saltaban las cercas, un montón de soldados «desarticulados, desperdigados, sin organización», según la versión de un teniente. Los oficiales daban voces y agarraban a sus hombres por las solapas intentando obligarlos a dar la vuelta, pero cientos de ellos habían tomado ya la carretera de Kommerscheidt, abandonando a los muertos y a los heridos. Otros doscientos soldados salieron en estampida en la dirección equivocada —hacia el sudeste, por donde estaban las líneas alemanas— y de ellos solo tres lograron eludir la captura o algo peor. A las diez de la mañana, Schmidt pertenecía de nuevo al Reich.¹⁰⁰

El combate por el bosque de Hürtgen había dado un giro de ciento ochenta grados, pero durante varias horas el puesto de mando en Rott no se enteró de que una batalla de infantería se había convertido en una pelea con tanques. Las nubes obligaron a los pilotos aliados a permanecer en tierra por tercer día consecutivo, y los servicios de inteligencia norteamericanos tardaron en darse cuenta de que desde la Colina 400, apenas a tres kilómetros de Schmidt, los observadores enemigos, provistos de prismáticos Zeiss, podían ver hasta un conejo cruzar los prados a uno y otro lado de la garganta del Kall. La confusión enseguida se convirtió en caos, y la catástrofe en farsa. Una compañía de tanques intentó remontar la empinada Senda del Kall y a fuerza de utilizar el cabrestante para rodear las curvas cerradísimas del camino, logró que tres Sherman cruzaran el barranco y ayudaran a repeler una acometida incipiente contra Kommerscheidt desde Schmidt. Pero otros cinco blindados quedaron inutilizados, perdiendo una y otra vez las orugas en aquella traicionera sucesión de curvas y bloqueando el sendero, en cuyos escasos tres metros de anchura cabía un solo tanque de tamaño medio. Cuando anocheció, en medio de una lluvia incesante y una oscuridad infernal, los ingenieros consiguieron abrirse paso por la vereda a golpe de pico y pala —una excavadora se estropeó a la media hora de llegar—, pero hasta los ligeros Weasel parecían tener pies de barro, así que fue preciso desenganchar los remolques cargados de munición que llevaban y acarrear en brazos los pertrechos a lo largo de las cerradas vueltas y revueltas de la garganta.¹⁰¹

En Rott, la perplejidad de Cota iba en aumento. Las radios funcionaban de manera irregular, y los enlaces caían en emboscadas, cuando no les cortaban el paso las cortinas de fuego de artillería. ¿Estaba abierta la senda de Kall? No, respondían. O sí, decían luego. Y luego otra vez que no. Los ingenieros detonaron unas minas Teller capturadas en un inútil intento de volar un enorme peñasco que bloqueaba una curva

justo encima del hermoso puente de piedra que cruzaba el arroyo; finalmente ciento cincuenta kilos de dinamita eliminaron el obstáculo. Los tripulantes de los tanques mostraban poco sentido de la urgencia: «Todo el mundo parecía tratar los tanques averiados con el mismo tipo de cariñoso afecto que un viejo soldado de caballería habría dispensado a su montura», reconocería la historia oficial del ejército. Hasta las 02:30 de la madrugada del domingo 5 de noviembre, justo antes de que saliera la luna, no acabaron los Sherman de ser empujados hasta el borde del barranco y acceder a la garganta.¹⁰²

Lleno de inquietud, el general Gerow, al mando del V Cuerpo, llegó a Rott pocas horas después; lanzó un cacareo de reproches a Cota y enseguida volvió con Hodges y Joe Collins. Dando profundas chupadas a un cigarrillo Old Gold, el comandante en jefe del I Ejército reconvino también a Cota y luego se volvió contra Gerow en un violento discurso, «hablando con más dureza de la que le había oído emplear nunca», recordaría después Collins. «Presionó a Gerow de mala manera». Cota se vio obligado a garabatear otra orden que tal vez llegaría al 112.º Regimiento de Infantería o tal vez no. «Es imprescindible asegurar de una vez la localidad de Schmidt». Y acababa el mensaje diciendo: «¡Adelante!»¹⁰³

Si los generales hubieran visto con claridad el campo de batalla, reclamar la captura de Schmidt habría sido la última de sus preocupaciones. Las fuerzas enemigas acosaban en aquellos momentos a la 28.ª División por tres sitios, amenazando al Cubo Sangriento con su aniquilación. Nueve tanques Sherman y nueve cazacarros habían atravesado el Kall para alcanzar Kommerscheidt y unirse a los pocos integrantes que quedaban de dos batallones de infantería, acurrucados, como toda defensa, detrás de lo que alguien describió como «una carreta cubierta». Solo el ruido de otro ataque de los *panzer* dio un susto mortal a los fusileros, que salieron huyendo en dirección a la garganta, aunque no tardó en desvanecerse cualquier ilusión de encontrar refugio. El domingo por la noche, las tropas de reconocimiento de la 116.ª División Panzer bajaron por el lecho del Kall, pasaron la vieja serrería, entre helechos casi tan altos como un hombre. Los ingenieros del ejército que estaban preparando la senda salieron corriendo para salvar sus vidas, mientras los zapadores alemanes colocaban minas en la sinuosa vereda, tendían emboscadas y en fin lograban dejar aislados a más de mil soldados americanos al este del barranco.

El amanecer del lunes puso completamente al desnudo la situación de los estadounidenses. Los cañonazos de los *panzer* desde Schmidt no tardaron en reducir los nueve Sherman a seis, y los nueve cazacarros a tres. Los soldados americanos, incapaces de salir de sus puestos de tiro completamente inundados, calificados de «pozos artesianos», se vieron otra vez obligados a hacer sus necesidades en las latas

vacías de las raciones C. Los agudísimos observadores alemanes apostados en la Colina 400 descargaron veinte proyectiles de artillería o más contra cada posición, eliminando un cañón tras otro, tras otro, tras otro; los hombres sollozaban esperando aterrizados mientras la tormenta iba acercándose más y más.¹⁰⁴

Los integrantes de un batallón de relevo del 110.º Regimiento de Infantería que habían recibido la orden de agruparse en Vossenack, apiñándose unos junto a otros como para darse calor —«igual que las vacas durante una tormenta», contaría un superviviente— atrajeron una cortina de fuego de artillería de media hora de duración. Los hombres «morían a diestro y siniestro arremolinándose... Cada uno intentaba saltar por encima de un cuerpo ensangrentado para buscar refugio detrás de él». Una compañía perdió 41 de sus 127 hombres, y otra 75 de 140. «Teniente, ¿tengo todavía piernas?», preguntó un soldado herido al jefe de su pelotón. «¡Por favor, dígame la verdad!»¹⁰⁵

En aquel claustrofóbico bosque los soldados discutían si podrían evitar al enemigo el tiempo suficiente para acabar de fumar el cartón de cigarrillos que llevaban encima, o simplemente el paquete que tenían abierto, o quizá solo el Lucky Strike que acababan de encender. Examinar a un hombre malherido en la oscuridad del bosque, comunicaba un sanitario de la 28.ª División, era «como meter la mano en un cubo lleno de hígado sanguinolento». Una repentina oleada de heridas en la cabeza suscitaba entre los soldados el debate de si los francotiradores alemanes apuntaban a las insignias que llevaban pintadas en la parte delantera del casco: el cubo sangriento. «Esto es el combate», reflexionaba un teniente nuevo en el bosque de Hürtgen. «Y solo lo he conocido un día. ¿Cómo puede aguantarlo un hombre un día tras otro?»¹⁰⁶

En efecto, ¿cómo es posible? La mañana pasó, y la crisis existencial se agudizó. El 2.º Batallón del 112.º Regimiento de Infantería, cuyos dos batallones gemelos estaban atrapados en Kommerscheidt, finalmente logró salir después de cuatro noches de sangrientos bombardeos contra el frente expuesto de la garganta del Kall. De repente un grito penetrante acabó con los ánimos de la Compañía G, que huyó por la retaguardia a través de Vossenack, y el contagio infectó inmediatamente a los soldados. «A empujones, atropellándolo todo, tirando de cualquier forma el equipo, intentando adelantarse a la artillería y pasar por delante unos de otros», según recordaría un oficial, los hombres subieron la colina hacia la posiciones que habían ocupado anteriormente, al comienzo de la batalla del bosque de Hürtgen cuatro días antes. Un teniente que consideró aquella fuga a la desbandada «el espectáculo más triste que he visto nunca», añadiría: «Muchos de los hombres malheridos, probablemente alcanzados por las bombas de artillería, yacían en el camino, en el mismo sitio en el que habían caído, y gritaban pidiendo ayuda».¹⁰⁷

Los oficiales lograron reunir a setenta valientes cerca de la iglesia en ruinas de Vossenack —nadie había visto todavía ni un solo alemán en el pueblo— y cuatro pelotones de tanques bajaron precipitadamente desde Germeter. Cota ordenó a dos compañías de reparación de carreteras del 146.º Regimiento de Ingenieros que se incorporaran a la línea de defensa como fusileros. Todavía con el impermeable puesto y con botas de goma hasta las caderas, los ingenieros se enfrentaron durante toda la noche alrededor de la iglesia a los enemigos que pretendían infiltrarse en sus líneas; en un momento determinado los alemanes ocuparon la torre y el sótano, mientras que los americanos seguían reteniendo la nave. El martes 7 de noviembre por la mañana, los ingenieros ayudaron a repeler un asalto de los Panzergrenadiere, manteniendo la totalidad de Vossenack en manos de los estadounidenses excepto el extremo oriental del pueblo, llamado el Montón de Escombros, que los alemanes retendrían durante otro mes. El 2.º Batallón del 112.º Regimiento de Infantería fue considerado «aniquilado como unidad de combate». Otra unidad hecha pedazos.¹⁰⁸

«La situación de la 28.ª División va de mal en peor», se anotó en el diario de guerra del I Ejército el martes. Cota no podía más que darles la razón. Una tropa de relevo de cuatrocientos hombres había logrado abrirse paso peleando por un cortafuegos de la garganta del Kall para llegar a Kommerscheidt el domingo, pero ninguno de los tanques ni de los cazacarros que la acompañaban pudo cruzar las barricadas levantadas por los alemanes. Las cortinas de fuego de artillería y de mortero aporrearón Kommerscheidt toda la noche, y entre pitidos y gritos de burla algunos enemigos lograron infiltrarse a rastras tan a fondo en los salientes de los que habían logrado adueñarse que los soldados judíos suprimieron a golpes la reveladora «H» —de «hebreo»— que llevaban sus chapas de identificación. En medio de la cellisca que escupían las nubes grises, quince *panzer* y dos batallones de infantería reanudaron el ataque el martes por la mañana, haciendo volar por los aires las casas de labranza y las barracas de las huertas. A mediodía los americanos se habían retirado a las trincheras a lo largo del extremo oriental de la garganta, y también Kommerscheidt se perdió.¹⁰⁹

Tambaleándose debido a la falta de sueño y acongojado por el mando que había echado a perder, Cota telefoneó a Gerow para proponerle que los supervivientes abandonaran la posición a través del barranco y se instalaran en una nueva línea al oeste del Kall. Poco antes de la medianoche del martes, Gerow le devolvió la llamada concediéndole permiso. Hodges, añadió, estaba «muy insatisfecho... Parece que lo único que estamos haciendo es perder terreno». Hasta las tres de la tarde del miércoles 8 de noviembre no llegó al reducto acorralado la orden de retirada. Al anoecer los

soldados improvisaron unas camillas utilizando ramas de árbol y sus propios abrigos. Otros se encargaron de romper los radios, los detectores de minas, y los motores de los cuatro jeeps que les quedaban; bloquearon los tres cañones antitanque y en el único Sherman que seguía en funcionamiento colocaron trampas cazabobos. Los soldados arrojaron sus fiambreras y cualquier otro objeto que hiciera ruido —el oficial de mayor graduación tiró también erróneamente su brújula— y los ingenieros abandonaron dos toneladas de dinamita con la que habían planeado demoler los fortines de Schmidt.¹¹⁰

Llegada la noche, la artillería americana machacó Kommerscheidt con bombas detonantes para disimular el sonido de la retirada, y dos columnas de soldados se deslizaron por la garganta. Un pequeño grupo de camilleros portaba a los heridos por el sendero, pasando entre los cadáveres de sus compañeros, hechos papilla por el tráfico de los blindados que les habían pasado por encima, mientras que varios centenares de «útiles» partieron campo a través, cada uno tocando con la mano el hombro del compañero que llevaba delante y avanzando por el bosque en medio de una oscuridad tan profunda que tuvieron la ilusión de meterse en un lago a media noche. Charles B. MacDonald, autor de la historia oficial del ejército, describe la retirada en los siguientes términos:¹¹¹

Como una manada de reses ciegas, los hombres avanzaron pisoteando la maleza. Cualquier esperanza de mantener la formación se desvaneció enseguida debido a la oscuridad de la noche y al bombardeo de los alemanes. Durante toda la noche y parte del día siguiente, los hombres, asustados y cansados, caminaron cruzando las gélidas aguas del Kall en pequeños grupos irregulares o solos.¹¹²

De los más de dos mil soldados americanos que habían combatido al este del Kall, regresaron apenas trescientos. Los piquetes alemanes apostados en la garganta dejaron pasar a algunos heridos; los demás fueron retenidos junto a un cayuco sobre las turbulentas aguas del arroyo, gimiendo de angustia hasta que un breve alto el fuego permitió su evacuación. Los cadáveres se acumulaban formando pilas altísimas, cubiertas con ramas de abeto, hasta que los equipos del Registro de Tumbas pudieran llevárselos.¹¹³

Eisenhower y Bradley habían viajado a Rott el miércoles por la mañana, desconcertados ante los informes de que un ataque hubiera fracasado de esa forma. En el puesto de mando del 23 de la Quirinstrasse, el comandante supremo escuchó el relato de Cota y luego, encogiéndose hombros, dijo: «Bueno, Dutch, parece que te han dado una buena paliza». Hodges y Gerow llegaron pocos minutos después para celebrar una conferencia a toda prisa. Con los alemanes todavía atrincherados en las colinas de Schmidt, cualquier ofensiva hacia el Rin durante el mes de noviembre corría en aquellos momentos grave peligro.¹¹⁴

Cuando se fue Eisenhower, Hodges echó a Cota otro rapapolvo. ¿Se habían desplegado y se habían atrincherado debidamente los regimientos? De haberlo hecho, incluso bajo el fuego de la artillería pesada alemana las bajas «no habrían sido altas ni se habría perdido terreno». Hodges se quejó de que durante el combate el estado mayor de la división pareció que no tenía «un conocimiento exacto de la posición de sus unidades y que no hizo nada por tenerlo». El comandante del I Ejército quería que Cota supiera que estaba «enormemente decepcionado». Andes de emprender el viaje de vuelta a Spa, Hodges dijo a Gerow: «Habrá que hacer algunos cambios de personal».

El tiempo gris empeoró y aumentó el frío. La cellisca se convirtió en una fuerte nevada, y la primera tormenta del invierno se les echó encima. Los soldados americanos sedientos de venganza se desmandaron asaltando las casas de los alemanes, haciendo pedazos los objetos de porcelana y arrojando los muebles a la calle. «He condenado a todo un regimiento de los mejores hombres que ha habido nunca», dijo un oficial disgustado a la periodista Iris Carpenter. «Se lo digo francamente, no puedo soportarlo más.»¹¹⁵

Los supervivientes del Kall fueron trasladados a Rötgen, donde habían sido levantadas unas tiendas de forma piramidal con suelos de paja y montones de mantas de lana. Los sanitarios repartieron raciones de licor donado por los oficiales de menor rango. Los voluntarios de la Cruz Roja servían tortitas y cerveza, y la banda de la división tocaba aires marciales. «¿La comida está buena, hijo?», preguntó un oficial de visita a un soldado, que sin levantar la vista contestó: «¿A ti qué coño te importa? A ti te dan la tuya, ¿no?».¹¹⁶

El jueves 9 de noviembre, la 28.^a División empezó a colocar una barrera defensiva de cinco mil minas en torno al estrecho saliente que retenía en el Bosque de Hürtgen. Unas patrullas cruzaron las líneas arrastrándose en busca de los cientos de soldados americanos desaparecidos entre las filas otrora perfectas de árboles, y ahora totalmente imperfectas. Aquella semana de combate había constituido uno de los ataques más costosos de toda la guerra llevados a cabo por una división del ejército estadounidense, con bajas superiores a los 6.000 hombres. El Cubo Sangriento era más sangriento que nunca: un batallón del 110.º Regimiento de Infantería había quedado reducido a 57 hombres, incluso después de recibir refuerzos, y las pérdidas habían afectado de mala manera al 112.º Regimiento de Infantería, pasando de 2.200 a 300 efectivos. «La división ha conseguido muy poca cosa», reconocía la historia de la unidad. En menos de seis meses, Dutch Cota había pasado de ser el hombre celebrado por su valor en la playa Omaha y en Saint-Lô a ser un general derrotado al borde de la

destitución: tal era la inconstancia de la guerra. Se le permitió permanecer en el cargo en parte porque la división había perdido tantos mandos que había habido que poner al frente de los batallones de infantería a cuatro comandantes y a un capitán. A mediados de noviembre, llegó a Hürtgen la 8.^a División para sustituir a la 28.^a, que fue desplazada a un sector plácido de las Ardenas para que descansara y se recuperara. Cota envió a sus tropas un mensaje de ánimo que terminaba con las siguientes consignas: «¡Firmes! ¡Adelante! ¡Disparen! ¡Obedezcan!».¹¹⁷

Las pérdidas de los alemanes a lo largo de la semana fueron unas tres mil. «Estamos agazapados en un sótano sin aire», decía un sanitario alemán en una carta a sus padres. «Los heridos yacen en colchonetas llenas de manchas de sangre... Uno ha perdido la mayor parte de los intestinos a consecuencia de un fragmento de granada». Otro soldado, que tenía un brazo y una pierna casi arrancados, suplicaba: «¡Camaradas, pegadme un tiro!». En el lado americano, las tropas de intendencia sacaban de un granero destrozado a los alemanes muertos arrastrándolos por los pies, mientras un soldado contemplaba la escena rasgueando su guitarra y cantando *South of the Border*.^{*} Pero el enemigo siguió ejerciendo su dominio mortal sobre el bosque. Algunas divisiones americanas continuaron rebañando terreno y siendo rebañadas ellas mismas: los ataques efectuados durante los días sucesivos por la 4.^a y la 8.^a División de Infantería, como los que llevaron a cabo la 9.^a y la 28.^a, ganaron poca cosa con unos costes altísimos, quedando algunos batallones reducidos al tamaño de simples compañías y las compañías al de pelotones. «Los días eran tan terribles que rezaba para que llegara la noche —recordaba un soldado— y las noches eran tan malas que rezaba para que amaneciera otra vez.»¹¹⁸

En menos de tres meses, seis divisiones de infantería estadounidenses serían lanzadas contra el bosque de Hürtgen, además de una brigada de blindados, un batallón de Rangers, y varias unidades más. Al final, de un total de 120.000 soldados hubo 33.000 bajas en lo que el historiador Carlo D'Este llamaría «la serie de batallas libradas de forma más inepta de la guerra en el oeste». Un documento alemán capturado comunicaba que «en combate en zonas boscosas los americanos se mostraron absolutamente ineptos», un juicio muy severo que estaba bastante justificado por lo que respecta a los generales estadounidenses.¹¹⁹

Mientras los combates continuaban a trompicones durante los últimos días de noviembre, el propio Hodges daba muestras de agotamiento. «Seguía perorando sin parar acerca de que tal vez perderíamos la guerra», dijo el general Pete Quesada, al frente del IX Mando Táctico Aéreo, tras una desafortunada conferencia. A pesar del revés sufrido, Hodges y su grupo de mandos siguieron a lo suyo: en una cena de gala celebrada en noviembre en la mansión de los generales en Spa, la mesa fue decorada

con la «A» de color negro, que era el distinto de los galones del I Ejército, adoptado originalmente en 1918. De postre, sirvieron a cada invitado un pastel individual con su nombre estampado en azúcar glaseada de color rosa, y a la hora del café se proyectó la película *Janie*, una comedia romántica protagonizada por Joyce Reynolds.¹²⁰

Un poeta-soldado compuso unos versos que terminaban: «Pensábamos que los bosques estaban al corriente, pero que nunca / que estaban implicados, nunca que estaban involucrados». Pero en el de Hürtgen el terreno y la vegetación indudablemente fueron cómplices de la tragedia, el paisaje estuvo *siempre* implicado. Un ingeniero observaba que el bosque «representó no tanto una zona cuanto una forma de combatir y de morir». De los soldados aliados se adueñó una soez brutalidad, cada vez más habitual en toda Europa. Los cazabombarderos incinerarían las ciudades recalcitrantes con napalm, y un pueblo tras otros sería reducido a polvo por la artillería. «*C'est la maldita puta guerre*», se decían los soldados uno a otros. Entre los que fueron mandados a la retaguardia para que los examinaran los psiquiatras hubo dos soldados americanos que se dedicaban a hacer colección de cosas bien extrañas: a uno se le encontró un tesoro escondido de orejas cortadas de soldados alemanes muertos, y a otro una bolsa de recuerdos llena de dientes. Durante aquel largo invierno, los perros salvajes que corrían por el bosque se alimentarían de cadáveres achicharrados por las bombas de fósforo blanco. «Aquel fue mi Valle de las Sombras personal», escribía un sanitario. «Me fui de él con una sensación de alivio increíble y con una tristeza que no había conocido hasta entonces.»¹²¹

Desde su casa de piedra rústica en las inmediaciones de Vicht, provista de una estufa de salamandra de forma ventruda y de una cama de latón instalada en el cuarto de estar, Hemingway daba paseos arriba y abajo vestido con un chaleco de piel de carnero que «hacía que abultara todavía más». A veces, si alguno se lo pedía, escribía cartas de amor para los soldados jóvenes y leía sus pasajes favoritos a otros periodistas. Describiría el bosque de Hürtgen como un «Passchendaele con astillas de árboles reventados», pero ni siquiera Hemingway sería capaz de captar la degradación de aquel lugar espantoso. Mientras la periodista Iris Carpenter garabateaba sus palabras en su cuaderno de notas, un soldado le dijo: «¿Les dice usted que sus valientes muchachos viven como un montón de jodidos animales, que hacen cosas que hasta a las bestias les daría vergüenza hacer?». Un sargento veterano que creía que la de Hürtgen había sido una experiencia más espantosa que cualquiera de las que había vivido en el norte de África, en Sicilia o en Normandía, citaba unos versos del *Rey Lear* (acto IV, escena 1): «Lo peor no ha llegado / hace tanto que podamos decir: “Esto es lo peor”». ¹²²

A un soldado llamado Frank Maddalena que desapareció en el bosque a mediados de noviembre, su esposa, Natalie, madre de dos hijos, le escribió desde Nueva York diciendo: «Te veo en todas partes: en la silla, detrás de mí, en las sombras de la habitación». En otra carta decía: «Sigo sin recibir noticias tuyas. Realmente ya no sé qué pensar. Los niños están bien y son adorables. Ahora mismo acabo de ponerles unos pañuelos de colores en la cabeza y se han puesto a bailar y a cantar... Cuando paseo sola, me parece sentir que te acercas sigilosamente y me rodeas con tus brazos». ¹²³

No. No sucedió nada de eso. No sucedería. No podría suceder. Aquello era lo peor.

Tercera parte

El batir de alas

Una ciudad demasiado pequeña para la tragedia

Una imponente procesión de diecinueve cargueros remontaba el ceniciento Scheldt bajo una lluvia torrencial la mañana del martes 28 de noviembre. Marineros y ansiosos corresponsales de guerra abarrotaban las barandillas, escudriñando en busca de minas. Tres pequeños buques de cabotaje habían hecho el recorrido hasta Amberes el domingo sin incidencias, siendo los primeros buques aliados que navegaban por el estuario desde 1940; no obstante, solo después de que este convoy inicial atracase a salvo en el puerto, podría considerarse que este quedaba totalmente abierto, casi tres meses después de su captura. Fotógrafos y dignatarios se alineaban en los muelles, entre ellos belgas respetables y enviados tanto del SHAEF como del XXI Grupo de Ejércitos. Mientras los remolcadores abrían paso al buque mercante *Fort Catarqui* construido en Quebec al embarcadero, una banda de música entonaba *Heart of Oak*, una animada marcha de la marina cuya letra se debía al afamado actor y empresario del siglo XVIII David Garrick:¹

Corazón de roble tienen nuestros buques, alegres lobos de mar son nuestros hombres,
siempre estamos preparados;
¡Listos, muchachos, listos!
Lucharemos y conquistaremos una y otra vez.

Los estibadores se apresuraron hacia el carguero y las remolcadoras con grúas y eslingas. De las diecinueve bodegas empezaron a descargar pertrechos de guerra de todo tipo, que buena falta hacían: tres días antes, la COMZ había advertido de mayores y penosas escaseces en el continente, con reservas de munición

«persistentemente bajas» y «continuada carencia de suministro de artículos como Prestone [anticongelante], cubrecalzado, sacos de dormir, neumáticos, radios, cable de campo, motores de recambio, ejes, vehículos de uso general y de combate».2

Un descuido de protocolo había excluido a los emisarios canadienses del comité de bienvenida en el muelle, un desaire lamentable: el I Ejército canadiense había sufrido casi trece mil bajas en la conquista del Scheldt. La continuada «lucha en los pólderes» había requerido finalmente el uso masivo de lanzallamas, tiroteos de un molino de viento a otro, y el bombardeo de los antiguos diques holandeses para expulsar a los defensores alemanes de la isla Walcheren inundándola con las aguas del mar del Norte. Los asaltos anfibios a Walcheren desde el otro lado del Scheldt y desde el mar del Norte a comienzos de noviembre requirieron fuego de apoyo de los cañones de 15 pulgadas del buque de guerra *Warspite* y de los monitores *Erebus* y *Roberts*. Los gaiteros hicieron sonar las gaitas, la lancha de desembarco llegó a la isla desde Ostende, y los marineros de la Marina Real recibieron el saludo de un niño pequeño con una banda naranja de pie sobre el dique destruido, agitando una bandera holandesa y gritando: «¡Buenos días! ¡Buenos días!». Pero hasta que el comandante alemán no fue arrancado de la cama en Middelburg para hacer efectiva la rendición de los dos mil últimos defensores, no se declaró ganada la batalla, a las doce del mediodía del 8 de noviembre.3

Con los cañones costeros enemigos finalmente silenciados, más de doscientos dragaminas en quince flotillas habían rastreado el estuario de ciento treinta kilómetros diecisiete veces en tres semanas en la Operación Calendario. La tripulación de cada barco pintaba un galón blanco en la chimenea por cada mina descubierta y destruida. Rastras montadas en las camas de carga de camiones sondearon las márgenes pantanosas del Scheldt, mientras los buzos limpiaban cada centímetro cuadrado de los mil acres que rodeaban los muelles de Amberes, tanteando el camino a lo largo del limoso lecho a través de turbias y gélidas cuencas. Durante tres días a mediados de noviembre no se encontró ninguna mina, y la Marina Real proclamó que el Scheldt era seguro, pero tuvo que desmentir la declaración tras nueve explosiones el 22 de noviembre, y el 23 envió de nuevo al trabajo a los dragaminas. Antes de que el convoy encabezado por el *Fort Cataraqui* pudiera remontar el canal, se limpiaron doscientas sesenta y siete minas.4

En los dos días siguientes arribaron otros veinte barcos, y a mediados de diciembre Amberes descargaba 23.000 toneladas diarias; la mitad eran cargueros de los EE. UU. que llegaban al noroeste de Europa, exceptuando Marsella. Día y noche, entraban y salían barcos del gran puerto, pasando por delante de interminables hileras de achaparrados almacenes, entre bocinas, pitidos y graznidos de gaviotas. Seis mil

estibadores civiles y nueve mil obreros portuarios se afanaban en los muelles, junto con otros tantos trabajadores militares. La descarga empezaba cuando el primer calabrote se lanzaba a los operarios que aguardaban en el puerto, y, como de costumbre, trece horas más tarde se levantaba la última red de carga de la última bodega antes de que el buque vacío zarpase hacia mar abierto. Además de contar con más de doscientos amarraderos y seiscientas grúas, Amberes ostentaba la red ferroviaria más densa de Europa, con treinta kilómetros de vía férrea por kilómetro cuadrado; aun así, debido a la escasez de furgones de carga y de los cálculos erróneos de la COMZ, al cabo de quince días había 85.000 toneladas de material amontonado bajo lonas y en los cobertizos detrás de los muelles, aguardando la llegada de más vehículos y la construcción de depósitos en Lille, Mons y en otros lugares. Estaba prevista la llegada de una docena de barcos de munición entre los primeros convoyes, pero el temor de que una explosión accidental o que un arma V destruyera el puerto aún más brutalmente que cualquier saboteador enemigo causó retrasos hasta que los buques pudieron ser desviados hacia atracaderos aislados en un extremo alejado del puerto.⁵

Las explosiones se habían convertido ya en algo demasiado habitual en Amberes aquel otoño, empezando por el primer cohete V-2 que cayó en la ciudad el 7 de octubre, seguido de la primera bomba volante V-1 cuatro días más tarde. El 13 de octubre cayeron de los dos tipos, V-1 y V-2, dañando pinturas del Museo de Bellas Artes y matando o hiriendo a más de dos docenas de carniceros que trabajaban en el matadero municipal. («Algo bestial cayó ayer en Amberes», informó la inteligencia británica.) Un orfanato que servía también de hospital fue derribado, matando a treinta y dos personas, incluido un equipo quirúrgico y varios huérfanos aplastados bajo un muro que se desplomó. El 27 de noviembre, pocas horas después de que el primer convoy remontara el Scheldt, un V-2 estalló en Teniersplaats cuando un convoy militar atravesaba el cruce, matando a 157 personas y reventando las tuberías de agua de tal manera que trozos de cuerpos y bolsos de mujeres flotaban en un nuevo lago en el centro de la ciudad; el torso de un policía militar fue hallado en un tejado a sesenta metros de la explosión.⁶

Apenas por encima del nivel de mar, Amberes carecía de túneles subterráneos y sótanos profundos donde refugiarse, por lo que los GI la llamaban «la ciudad de la muerte súbita». Dieciséis mil soldados asignados al puerto habían sido alojadas en edificios de apartamentos de ladrillo, pero los violentos ataques los habían forzado a montar campamentos dispersos fuera de la ciudad. Los ingenieros del ejército asistieron a cursos de emergencia sobre cómo liberar a los supervivientes enterrados bajo los escombros de edificios derrumbados. El cristal de las ventanas empezó a

escasear, como ya había ocurrido en Londres. Un arma V había impactado en un lavabo público aplastando a varios hombres bajo los pesados urinarios de porcelana, y en el barrio rojo podía verse como los transeúntes se sacudían restos de escombros de sus abrigo de pieles tras una explosión. El desplome de una tienda de fragancias perfumó el aire durante días, «un indeseable olor pesado e incongruente», informó la revista *Yank* del GI. La resucitada ópera de la ciudad puso en escena *La Bohème* y después *Carmen*; un oficial de la marina relató cómo un V-1 les pasó rugiendo por encima durante una representación «mientras los actores continuaron cantando y ni un alma se movió de su asiento en el auditorio abarrotado».⁷

Hacía tiempo que Hitler conocía el valor estratégico de Amberes, y a mediados de octubre había dado la orden de que todos los V-2 se concentrasen exclusivamente o en el puerto o en Londres. Los equipos de lanzamiento alemanes arrojaron sobre Amberes 1.712 V-2 y 4.248 V-1 en el curso de seis meses, normalmente más de treinta diarios, aunque a veces cuadruplicaban este número. Sesenta y siete mil edificios del gran Amberes resultaron dañados o destruidos, incluyendo dos tercios de todas las casas; y se hundieron dos cargueros y cincuenta y ocho buques pequeños. A pesar del bombardeo de las vías férreas, carreteras, muelles y grúas, la buena suerte y la imprecisión de las armas V permitieron que las tareas portuarias continuasen en gran medida sin percances. De igual importancia fue el enorme esfuerzo defensivo aliado que contó con 22.000 efectivos de artillería antiaérea que fueron organizados secretamente en una unidad denominada Amberes X. Tres cinturones defensivos paralelos en el sureste de la ciudad, cada uno a una distancia aproximada de diez kilómetros, desplegaron seiscientos cañones que disparaban constantemente día y noche sin cesar con nuevos tubos de cañón y reservas de munición que llegaban de los Estados Unidos según se necesitaban. Setenta y dos reflectores y nueve mil seiscientos kilómetros de nuevo cable telefónico reforzaron el sistema de alerta precoz de la ciudad, y más de tres millones de sacos de arena ayudaron a proteger Amberes contra las explosiones.⁸

En diciembre las tripulaciones alemanas de los V-1 abrieron repentinamente un nuevo ataque en acimut disparando desde el noreste, acortando el período de alerta de ocho minutos a menos de cuatro. A veces se acercaban a Amberes hasta ocho bombas volantes simultáneamente, según informaba un estudio estadounidense, con «el característico rugido del motor en vuelo, el chorro de llamas expulsado por la parte trasera, el silencioso descenso en picado y la violenta detonación». Sin embargo, los equipos de artillería ligera resultaron eficientes: según un cálculo, 211 V-1 impactaron a menos de doce kilómetros del centro de Amberes, mientras que otros 2.200 fueron

destruidos en el aire y se estrellaron en campo abierto. Otros cientos de bombas se desviaron, mientras que otras no consiguieron salir del tren de lanzamiento o erraron el disparo.⁹

El V-2 era, sin duda, una bestia muy distinta e invulnerable a las defensas aliadas. «El ángel exterminador anda por la tierra», había dicho Churchill del misil, «solo que no puedes oír el batir de sus alas».¹⁰

En el Cine Rex de la bulliciosa avenida De Keyser había casi mil doscientos asientos ocupados en una sesión de primera hora de la tarde del viernes 15 de diciembre. Durante la ocupación solo se habían exhibido películas alemanas, pero desde la liberación de Amberes a comienzos de septiembre, los belgas asiduos del cine estaban ansiosos por ponerse al día después de años de no poder ver películas americanas y británicas desde el inicio de la guerra. La escasez de película, puesto que la celulosa era también un componente de la pólvora, no había impedido que Hollywood produjera mil trescientas cintas en los tres últimos años. Más de una cuarta parte de las mismas eran películas de guerra, pero aquel día, el Rex, que ocupaba un antiguo pub propiedad del Partido Socialista Belga, exhibía un clásico del oeste: *Buffalo Bill*, un melodrama de Cecil B. De Mille protagonizado por Gary Cooper en el papel del Salvaje Bill Hickock y Jean Arthur en el de Juanita Calamidad (Calamity Jane). El filme tenía pocos méritos en cuanto a historia de la frontera americana: en 113 minutos, De Mille se las arregló para sacar en pantalla a Abraham Lincoln, a Buffalo Bill Cody, al general George Armstrong Custer y a un jefe cheyene llamado Mano Amarilla, pero la audiencia parecía embelesada.¹¹

A las 15:20 h, justo después de que Gary Cooper se enterase de la muerte de Custer en Little Bighorn, una abrasadora luz blanca atravesó el auditorio cuando un V-2, inadvertido y silencioso, lanzado desde un nuevo emplazamiento en Holanda, penetró por el tejado. La cabeza explosiva de una tonelada detonó en el entresuelo con un rugido audible en el Scheldt, «lanzando por los aires el interior» del teatro, como lo describió un testigo. En un instante la enorme pantalla salió despedida hacia adelante y el anfiteatro y el techo se desplomaron sobre los que estaban sentados en platea.¹²

Doscientos rescatadores se afanaron durante una semana con grúas, buldóceres y antorchas de acetileno. *Yank* informó de que un equipo había liberado a un GI que había quedado atrapado durante horas:

Quando salió tambaleándose, sostenía en sus brazos a dos niños muertos. Un trabajador de la Cruz Roja intentó quitárselos de encima, pero él se negó violentamente... Había estado sentado al lado de su madre, cuya cabeza había volado por los aires... La ciudad es demasiado pequeña para la tragedia.

Finalmente, los equipos de rescate recuperaron 567 cuerpos, de los cuales más de la mitad eran soldados aliados, artilleros de la marina, y marinos mercantes. Cuatro eran prisioneros alemanes en libertad condicional durante aquella tarde. Otros doscientos militares resultaron gravemente heridos. Entre las víctimas belgas había maridos, esposas y niños fundidos unos con otros por la explosión. Según relató un reportero de *Yank*, los buscadores encontraron a una muchacha muerta en el anfiteatro, «medio sonriente, con el carmín y el maquillaje intactos en la cara. A su lado había una fila de soldados mirando hacia el frente como si todavía estuvieran absortos en la película». El zoo de la ciudad se convirtió en un depósito de cadáveres, pero el hedor del Rex era tan horrible que brigadas de descontaminación química tuvieron que rociar los cuerpos todavía aprisionados en los escombros antes de poder continuar.¹³

Los que murieron antes de la última bobina de *Buffalo Bill*, nunca vieron cómo el Salvaje Bill era abatido por la espalda mientras jugaba a cartas en Deadwood, ni a una Juanita Calamidad meciendo su cuerpo al final de la película. Las autoridades de la ciudad cerraron inmediatamente todos los cines y teatros hasta nuevo aviso. *Carmen* no se volvería a cantar en Amberes hasta que volviera la paz y el ángel exterminador ya no anduviese por la tierra.

«*Fe en un universo amable*»

A pesar de los esfuerzos del bosque de Hürtgen, Omar Bradley recuperó el optimismo y aseguró a sus tenientes que la Operación Reina, el ataque del XII Grupo de Ejércitos destinado a castigar las defensas enemigas al norte y este de Aquisgrán, sería «la última gran ofensiva necesaria para poner de rodillas a Alemania». Bradley iba y venía de Ciudad de Luxemburgo a Spa consolidando sus divisiones, alentando a sus mandos y analizando las previsiones del tiempo. Estaba convencido de que un ataque efectivo a Düren a través de las líneas alemanas cruzando el río Ruhr permitiría el avance de otros cuarenta kilómetros hasta el Rin, reproduciendo el éxito logrado desde Saint-Lô al Sena.¹⁴

Justo después del mediodía del 16 de noviembre, dos mil cuatrocientos bombarderos pesados lanzaron diez mil toneladas de bombas altamente explosivas e incendiarias sobre objetivos cercanos a Aquisgrán, con tanto azufre que un alemán que se rindió confesó: «Me alegro de haber sido capturado». Después, ráfagas de llamas blancas saltaron de mil doscientos cañones de artillería desde el otro lado del frente, y decenas de miles de proyectiles detonaron en dirección a su objetivo «como

flores amarillas abriéndose sobre un papel gris de pared», escribió el corresponsal W. C. Heinz. Sábanas fluorescentes de color naranja cubrían los tanques Sherman, identificándolos como amigos para la nube de bombarderos que volaba sobre sus cabezas, y los batallones de choque de la infantería surgían en oleadas en dirección este hacia el Ruhr, en una carrera encorvada de hombres expuestos tratando de hacerse pequeños. El sonido de los fusiles se expandió y decían que los soldados «tenían todos la misma expresión porque no tenían expresión ninguna». En algunos sectores, reflectores de ciento cincuenta y dos centímetros, cada uno como un diminuto sol con una potencia de 800 millones de bugías, señalaban el camino a través de la bruma otoñal, iluminando los campos de minas y deslumbrando a los defensores.¹⁵

El enemigo atrincherado se fortaleció rápidamente. En el VII Cuerpo de Collins, que era la punta de lanza del I Ejército en el flanco derecho con nueve regimientos de infantería atacando y un vehículo de combate blindado, algunas compañías solo consiguieron avanzar setecientos metros antes del crepúsculo. Los tanques lograron una modesta mella en el pasillo Stolberg, pero a un coste: cuarenta y cuatro de los sesenta y cuatro Shermans en la punta de lanza. En cuatro días, la 1.^a División avanzó tres kilómetros y perdió a mil hombres; los tres kilómetros siguientes costaron otras tres mil bajas. La 104.^a División, al mando del general de división Terry de la Mesa Allen, que había dirigido la Big Red One en África y en Sicilia, flanqueó la ciudad de Eschweiler, donde la comida todavía caliente y las velas encendidas evidenciaron la apresurada huida del enemigo. No obstante, una semana después, el general Hodges todavía tenía el Ruhr varios kilómetros fuera de su alcance, y la batalla se redujo a «una matanza casa por casa». Tampoco le fue mucho mejor al IX Ejército en el flanco izquierdo en su ataque al fangoso creciente infestado de minas que se extendía entre los ríos Wurm y Ruhr, donde cincuenta pueblos con casas de piedra habían sido transformados en ciudadelas de la Wehrmacht. Desde el 22 de noviembre, el XIX Cuerpo había avanzado cinco o seis kilómetros, luchando no solo contra las legiones de Model, sino contra el barro, la desesperación y una decena de distintos tipos de minas.¹⁶

Treinta días tiene noviembre, y solo dos no llovió ni nevó. Las precipitaciones triplicaron el promedio mensual. Con la lluvia el gris se apoderó de los soldados, como había ocurrido en Italia, mezclándolos con el fango hasta parecer figuras de arcilla con ojos, tan feos como los campos de remolacha y coles en los que combatían. Las radios y los detectores de minas se cortocircuitaron, los camiones encallaron hundidos hasta el guardabarros, y el fango congelado hacía que los abrigos de lana fueran insoportablemente voluminosos. «Los hombres se vieron obligados a

deshacerse de sus tabardos porque carecían de fuerzas para llevarlos», aseguraba un oficial del Estado Mayor. «Tenían las manos tan entumecidas que tenían que ayudarse unos a otros con el equipo.» Los fusileros ataban pañuelos en torno a los gatillos y cerrojos de sus M-1 en un inútil esfuerzo por mantenerlos limpios, cubriendo las bocas con condones o papel encerado de las raciones de galletas. Los talleres de artillería del ejército y los fabricantes franceses hicieron más de un millón de «picos de pato», tacos de acero de 12 centímetros soldados a las orugas de los tanques para aumentar su agarre y dotarlos de mejor tracción en el barro. Un solo Sherman podía llevar más de trescientos de ellos y aun así quedarse atascado.¹⁷

Aquel era un combate de «tú o yo», en una expresión del I Ejército, y aquello volvía a los hombres sardónicos, fatalistas y sumamente tristes. Un soldado de la 5.^a División escribió a casa: «Dicen que la limpieza se aproxima a la virtud. Yo digo que se aproxima a lo imposible ... Si me matan y voy al infierno, no puede ser peor que un combate de infantería». Un camarada de veintidós años escribió: «A cada latido me parecía oír una voz, incesante y cada vez más fuerte, diciendo, “Ya viene, ya viene, ya viene, más cerca, más cerca”». Un soldado de intendencia al que casi alcanzó un proyectil alemán le dijo a Robert Capa: «Aquel sonaba como diciendo, “Tú no vas a volver a Alabama”». En aquellas circunstancias, muchos soldados «no nos molestábamos en abrocharnos las cremalleras», informó un GI de la 78.^a División. «Ante la frecuencia en que había que vaciar una vejiga nerviosa era preferible la comodidad a mearse en los pantalones.» Un oficial de inteligencia que había servido seis mandatos como gobernador de Arkansas, el comandante Orval E. Faubus, descubrió que ya no recordaba cuándo florecían las malvarrosas en su nativa Ozarks. «Uno olvida tantas cosas», meditaba. Cuando su hijo pequeño escribió que acababa de ver *Blancanieves*, Faubus se hundió. «Me pregunto —dijo— por qué tuve que quererle tanto.»¹⁸

Incluso los mejores soldados se desmoronaban. El teniente coronel Creighton Abrams, un ilustre jefe de tanques que finalmente llevaría cuatro estrellas, escribió a su esposa:

Mi corazón y mi alma se han desgarrado ya por tantas cosas, por pérdidas, por frustraciones, por errores... Hace dos semanas que no estoy seco, que no estoy caliente, que no duermo, salvo por algunas cabezadas. No hay tiempo para comer como es debido, no hay tiempo para pensar: solo es atacar, atacar, atacar.¹⁹

«La guerra se produce en el interior del hombre», concluía Eric Sevareid. «Le ocurre a un hombre solo. Nunca se puede comunicar... Un millón de vidas martirizadas dejan un espacio vacío en una sola mesa familiar.» Entre las sillas vacías estaba la del capitán Thomas F. O'Brien, un muchacho de New Hampshire muerto el

día de su cumpleaños en las primeras horas de la Operación Reina. «No sufrió mucho tiempo —informaba el diario de guerra de la compañía—, quizás diez minutos.» Le sucedió en el mando de la 16.^a Compañía de Cañones de Infantería su mejor amigo, el capitán Jack E. Golden, quien como la mayoría de veteranos de la 1.^a División luchaba contra la recurrente malaria contraída en el Mediterráneo. «Me siento como si tuviera ochenta años», contó Golden a su familia en Texas. Tenía veintidós.²⁰

Una acaba tan cansado que deja de hacer cosas pequeñas que son importantes para la propia seguridad y si uno se cansa lo suficiente, ya no le importa vivir o morir... Nos jugamos la vida y la muerte. Papá, tú lo entenderás. Como en las cartas, puedes ganar noche tras noche, pero no puedes tener suerte siempre... Estoy siempre muerto de miedo.

A medida que llegaban nuevas reservas, legiones de muertos eran trasladados a la retaguardia. Cada ejército de campo creaba cadenas de hombres para manejar quinientos cuerpos diarios; de acuerdo con las normativas gubernamentales, veinticinco bastaban para abrir un nuevo cementerio provisional. Se realizaban grandes esfuerzos para identificar los restos siempre que fuera posible. Técnicas innovadoras permitían obtener huellas digitales de cuerpos enterrados hacía tiempo y extraer de los uniformes hechos jirones marcas ocultas de la lavandería. Los artesanos del Registro de Tumbas reconstruían meticulosamente los rostros mutilados con cera cosmética para que el Cuerpo de Transmisiones pudiera hacer las fotos para ayudar a identificar a aquellos que no tuvieran chapa identificativa. Reunir a un hombre fallecido con su nombre era el último gran servicio que se le podía rendir a un camarada que había muerto.²¹

Para los vivos, los pequeños placeres ayudaban a pasar el tiempo, puesto que, como un soldado escribió en su diario en noviembre, «el proceso de hacer historia es un 90 % aburrimiento». Partidas de *blackjack* y de póker hacían furor en las fangosas guaridas de remolacha y nabos de tres metros cuadrados, iluminados mediante una vieja cantimplora llena de queroseno y una mecha de calcetín. Durante la llamada del correo, escribió el soldado poeta Karl Shapiro, «la guerra queda aparcada durante una hora... El mundo se vuelve humano». Un oficial le dijo a su esposa que se había pasado treinta minutos en una casa abandonada «tirando de la cadena de una taza de váter y escuchando el melodioso sonido del agua, igual que en casa».²²

Incluso para aquellos que sobrevivieron a la guerra y murieron de viejos en cama en el siglo siguiente, aquellos fueron los momentos más intensos que conocerían jamás. «He aprendido lo que significa estar vivo, respirar y sentir», escribió un teniente de la 82.^a División Aerotransportada a su hermana. «He visto a hombres hacer tantas cosas, buenas y malas, que seguramente alegrarán y desesperarán al ángel que toma nota en el cielo.» Nadie dudaba de que la guerra los transformaría, que por

lo menos un rincón de su alma nunca volvería a ser lo que había sido. «Ahora puedo ver —escribió un soldado de la 48.^a División a su padre el 26 de noviembre— lo mucho que un hombre cambia.»²³

La Operación Reina chisporroteaba y paraba. Después de más de tres semanas, el IX Ejército se acercó a la margen occidental del Ruhr, pero no al Rin como había esperado Bradley. El VII Cuerpo del I Ejército no llegaría al Rur hasta mediados de diciembre, ya que necesitaba treinta y cinco días para avanzar once kilómetros, o quince metros por hora. Los dos ejércitos juntos sufrieron 38.000 bajas en combate. En los tres meses transcurridos desde que el sargento del Estado Mayor Holzinger se convirtiera en el primer GI que puso pie en suelo alemán, los aliados no habían penetrado la frontera más de treinta y cinco kilómetros por ningún lugar. En primavera el total de bajas americanas ascendía a 140.000, entre caídos, heridos, muertos por heridas, muertos por enfermedad, muertos en accidentes, desaparecidos, capturados, enfermos, lesionados, víctimas de neurosis de guerra, encarcelados y suicidas.²⁴

Los reconstructores de rostros y los sepultureros estaban ocupados. En octubre el SHAEF había establecido cuotas de medallas al valor por temor a que se repartieran demasiado promiscuamente; cada división de infantería podía otorgar tres cruces por Servicio Distinguido, treinta y cinco estrellas de plata y setenta y nueve estrellas de bronce por cada semana en combate. Ahora las cuotas parecían miserables y Eisenhower ordenó que se revisara aquella política.

El Ruhr, convertido ya en un torrente a causa de las lluvias diarias, seguía siendo susceptible de una intencionada inundación. Tras varios aplazamientos por el mal tiempo y por lo menos una misión en la que los navegantes se perdieron, a principios de diciembre la Fuerza Aérea Real (RAF por sus siglas en inglés: Royal Air Force) lanzó casi dos mil toneladas de bombas en la presa de Schwammenauel, la de Urft, y otros embalses. Los numerosos impactos directos causaron suficientes daños como para crear una brecha de escape de agua, y la RAF volvió de nuevo a la destrucción de ciudades. Los censores del SHAEF prohibieron toda referencia a las presas en los despachos de prensa, como si el enemigo no se hubiera percatado del tardío interés de los aliados. Si por lo menos uno de los cuatro cuerpos de ejército de Reina hubiera podido seguir luchando hasta el Rin, el plan de los alemanes de una ofensiva sorpresa en invierno —ya muy avanzada— sin duda se habría desbaratado, si no impedido. Pero por el momento no era factible cruzar el Ruhr y el Rin seguía fuera del alcance.²⁵

Indudablemente, el enemigo había resultado gravemente dañado. El bombardeo inicial había pulverizado varias ciudades cercanas al Ruhr. Varias unidades alemanas que descendían de los trenes o que de alguna manera resultaban vulnerables en Jülich y Düren fueron aniquiladas. De ocho batallones de infantería de una división *Volksgrenadier*, ninguna podía reclutar siquiera un centenar de hombres. Ochenta y tres mil litros de napalm animaron a 8.000 alemanes a rendirse en el sector del IX Ejército, entre los 100.000 prisioneros que pasaron por las jaulas del XII Grupo de Ejército aquel otoño. Los mandos del enemigo se vieron obligados a enviar al frente a empleados, ingenieros e incluso veterinarios. «Muchas bajas», añadió un oficial alemán, «fueron provocadas por la congelación».²⁶

A pesar de todo, no había indicios de que Alemania estuviera de rodillas, como Bradley había anticipado, e incluso él sintió una creciente melancolía. «Es totalmente posible —le dijo a un visitante del Departamento de Guerra— que los alemanes combatan duramente aplazando las acciones hasta el 1 de enero de 1946.»²⁷

El invierno parecía siempre coger por sorpresa al ejército de los EE. UU. Los americanos no estaban preparados para la campaña de invierno en el Monte Atlas en Túnez en 1942 ni en los Apeninos en Italia en 1943, y en 1944 tampoco estaban preparados. Antes incluso de Overlord, las indagaciones del Departamento de Guerra sobre los preparativos para el frío habían sido descartadas con un gesto de resentimiento por parte de los suministradores de Eisenhower. La vestimenta ártica probada en Anzio le fue ofrecida al SHAEF, pero la rechazó por considerarla innecesaria. El intendente general del ejército había pronosticado a mediados de agosto que «la guerra no duraría otro invierno», y el general de división Robert M. Littlejohn, jefe de intendencia en Europa, estuvo de acuerdo en que «la lucha encarnizada no puede durar demasiado». A mediados de septiembre, Hodges aseguró a sus inquietos oficiales médicos: «¿No sabéis que esta guerra habrá terminado en unas pocas semanas?». El Departamento de Guerra hizo un requerimiento tardío de vestimenta invernal «como medida preventiva», pero solo incluía indumentaria para equipar a un ejército de 350.000 soldados en un momento en que cuatro ejércitos americanos luchaban en Europa occidental.²⁸

La alarmante resistencia alemana de finales de octubre hizo que Littlejohn exigiese a Bradley una aceleración del envío de equipos para el frío al frente. «General, el tiempo está siendo cada vez más frío. Pronto se necesitarán ropas de invierno», le dijo el intendente en Luxemburgo. Bradley hizo caso omiso de la advertencia diciendo, tal como recordaba Littlejohn: «Los hombres son duros y pueden soportarlo». La esclerosis de la línea de suministros y los retrasos en la

apertura de Amberes agravaron las cosas, lo mismo que el intenso desgaste de todos los uniformes y equipamiento: mientras los comandantes del teatro de operaciones pedían con retraso a finales de septiembre 850.000 tabardos gruesos —el doble de lo que habían contemplado un mes antes— más cinco millones de conjuntos de camisetas y calzoncillos de lana, los intendentes se enfrentaron a la necesidad de volver a equipar a un millón de soldados estadounidenses andrajosos, así como 100.000 tropas francesas y multitud de prisioneros alemanes. «No podemos librar una guerra en invierno con la misma ropa que utilizamos en verano», escribió el capitán Jack Golden a su familia. «Deberíamos haber aprendido un poco el invierno pasado en Italia.»²⁹

Sin embargo, como la historia oficial del ejército admitió, «las tropas de primera línea combatieron gran parte del invierno inadecuadamente vestidos». A pesar de la insistencia de Littlejohn de que «la lana es tan esencial para el combate como la munición», llegó al campo de batalla bastante menos de la mitad de la ropa interior solicitada. La escasez de calcetines de lana de talla mediana obligó a las lavanderías del ejército a intentar encoger las tallas 12, a pesar de que el encogido involuntario seguía siendo un irritante problema, con un «alto promedio de fracaso en todos los artículos de lana». Tres lavados de las lavanderías de campo eran suficientes para estropear un par de calcetines, por consiguiente, el ejército tenía que comprar siete millones de pares nuevos al mes.³⁰

El ejército hizo una lista de setenta diferentes artículos de ropa de invierno, garantizando así mil modificaciones por confusión. Por ejemplo, llegaron a Europa seis tipos diferentes de chaquetas de campo y siete tipos de pantalones. La «chaqueta, campo, M-43» llegó en diecinueve tallas, mientras que el forro de la «chaqueta, campo, de pelo» vino solo en trece, frustrando así los esfuerzos matemáticos para emparejarlas. Los intentos por desarrollar sacos de dormir decentes eran bizantinos. El Laboratorio de Fisiología del Ejercicio de la Universidad de Harvard inventó una unidad que medía el aislamiento llamada la «clo», quedando una clo definida como la protección que proporcionaba un traje de trabajo corriente llevado en un invierno de Alaska. Un solo saco acolchado de plumón de aves acuáticas tenía siete clocs, mientras que dos capas de mantas del ejército cubiertas con un cortavientos de algodón sumaban cuatro. Se probaron más de sesenta variantes de sacos, incluyendo algunos fabricados con pollo molido y plumas de pavo, de algodoncillo y de piel de reno, pero los materiales poco importaban si los sacos no llegaban a los ejércitos de campo como solía ocurrir en 1944.³¹

Se decía que el ejército creía que cada GI estaba compuesto de cuatro elementos: una barriga, genitales, un manojo de reflejos condicionados y un par de pies. Al último de estos componentes no se le prestaba suficiente atención, pues de todas las partes del cuerpo, el pie era el que más incomodaba al esfuerzo de guerra americano en Europa. A finales de otoño había cuatro tipos de calzado para GI disponibles, «ninguno de ellos enteramente satisfactorio», según una investigación del Pentágono. Las botas de combate adecuadas para el calor a menudo quedaban demasiado apretadas para poder llevar más de un par de calcetines, y con lluvia y nieve la bota no era «más que una esponja atada en torno al pie del soldado», reconocía el general Littlejohn. Se había pedido demasiado poco cubrecalzado, y prácticamente no llegó ninguno más grande que la talla 11 antes de marzo de 1945; la mitad de los varios millones de pares que finalmente fueron enviados a Europa resultaron demasiado delicados para ajustarlos sobre las botas de combate. El «equipo de calzado», unas botas de goma y piel para llevar con dos pares de calcetines gruesos, no era adecuado y además entraba agua. Hasta diciembre solo se pidieron las suficientes para una pequeña fracción de los GI que las necesitaban, y muy pocas de las tallas E, EE y EEE.³²

Y así, el soldado sufría. El primer caso de pie de trinchera, una lesión incapacitadora de los vasos sanguíneos y del tejido causada por la prolongada exposición al frío y a la humedad, se produjo el 27 de septiembre. Al cabo de unas semanas, el síndrome era epidémico. «Estamos haciendo progresos en la prevención del pie de trinchera», escribió Eisenhower a Marshall el 27 de noviembre. No era verdad. En los meses de noviembre y diciembre el pie de trinchera y otros problemas de salud relacionados con el frío hospitalizaron a 23.000 hombres, casi todos de infantería de combate; una pérdida equivalente a la fuerza de infantería de cinco divisiones y media. A finales de noviembre, el pie de trinchera ascendía a una cuarta parte de las admisiones hospitalarias. En el III Ejército, donde el pie de trinchera era especialmente virulento, los médicos informaron de que casi ninguno de los soldados afectados podría volver al servicio antes de primavera: cuatro de cada diez fueron evacuados a casa como discapacitados. Un informe de la 30.^a División describía «largas hileras de catres en las que yacía soldado tras soldado, con los pies asomando por debajo de las mantas, con una bolita de algodón que separaba cada uno de los dedos».³³

No se había aprendido casi nada de la campaña italiana, a pesar de las abundantes advertencias tras la experiencia del invierno anterior. Los americanos tampoco habían aprendido de los británicos ni de los alemanes, que aplicaron medidas profilácticas como calcetines secos, masajes en los pies, frecuentes revisiones y la

educación del soldado. A muchos GI se les dijo que se ataran más fuerte las botas, justamente el consejo equivocado. Bradley, que reconocía que los soldados «no se sacaban las botas mojadas durante períodos de cinco a diez días», advirtió a finales de noviembre que el XII Grupo de Ejércitos podía perder a mil hombres diarios a causa del pie de trinchera. Como resultado, 46.000 soldados fueron hospitalizados en primavera, casi el 10 % de las bajas reconocidas en Europa, una calamidad evitable peor incluso que la epidemia de malaria que había diezmando a los ejércitos aliados en Sicilia. Por normativa del ejército, los pacientes de pie de trinchera, a diferencia de las víctimas de congelación, no eran elegibles para el Corazón Púrpura, y algunos comandantes equipararon la desgracia del pie de trinchera con una enfermedad venérea.³⁴

Como todo soldado raso sabía, el tiempo iba a empeorar y no a mejorar. Los meteorólogos del I Ejército en una previsión situaron la posibilidad de sol en «1 de 1.000». El barro que se hundía hasta los ejes fue motivo de que un soldado escribiera que «nunca se había percatado de su omnipresencia, persistencia y viscosidad. Me desagrada en especial atravesarlo para ir a por comida». Los soldados se quejaban de que las condiciones eran tan horribles que corrían el riesgo de contraer «cuerpo de trinchera». Los hombres se las arreglaban como podían frotándose los dedos de los pies con extracto de menta, o metiendo papel de periódico en los zapatos y alrededor de los genitales, o arrodillándose en lugar de permanecer de pie en las madrigueras, o construyendo plataformas para dormir sobre montones de estiércol caliente, o fabricando calzado casero con mantas de lana y cubrecalzado. Un artillero antiaéreo que se percató de las botas forradas de cordero de Eisenhower durante una visita al frente ofreció quinientos francos por el par. El comandante supremo se sacó las botas y se las ofreció a cambio de «un kraut muerto».³⁵

El sufrimiento de los soldados se añadió al aumento de la fatiga de combate, un diagnóstico médico acuñado en Túnez para sustituir a la desacreditada «neurosis de guerra» de la primera guerra mundial. La lucha despiadada, las condiciones opresivas y el reconocimiento de que la guerra estaba lejos de terminar se cobraron un precio psíquico, sobre todo entre las tropas que, según decían, eran como «fantasmas», poseídas por la memoria de los camaradas muertos. «Cada instante de combate impone una presión tan grande que los hombres se vienen abajo en relación directa a la intensidad y duración de su exposición», dijo el general cirujano de campo a Eisenhower. «Estas bajas psiquiátricas son tan inevitables como las heridas por disparo o proyectiles en combate.»³⁶

De aquellos que eran evacuados del frente por fatiga de combate, y algunos estaban tan desquiciados que tenían que ser inmovilizados atándoles juntos los cordones de las botas y el cinto de la pistola alrededor de los brazos, se decía que «volvían a la cocina». Eran tantos miles los que iban a la cocina que los censores del SHAEF prohibieron que se revelara el número. El público no tenía que saber que solo el ejército de los EE. UU. hospitalizó a 929.000 hombres por razones «neuropsiquiátricas» en la segunda guerra mundial, y una de cada cuatro admisiones se produjo durante el crudo otoño de 1944. «No puedo soportar más esta lucha porque se está llevando lo mejor de mí», escribió un soldado de infantería a su familia. «He estado tratando de ocultar a mis hombres este asunto de los nervios, pero estoy seguro de que se han dado cuenta porque yo lo he notado en algunos de ellos.»³⁷

En comparación con la despreocupación del ejército por las lesiones debidas al frío, los militares habían aprendido mucho en el Mediterráneo sobre la fatiga de combate, y aquella experiencia les fue útil a los soldados en la Europa occidental. La mayoría de pacientes eran tratados como discapacitados temporales y se quedaban cerca del frente, para mantener su propia dignidad y los vínculos emocionales con su unidad. Los puestos de evacuación de las divisiones solían incluir ahora a un psiquiatra; como en Italia, a los pacientes agotados a menudo se les provocaba un profundo sueño, que a veces duraba días, con las capsulas «Azules 88», de amital sódico o nembutal. De cada cien pacientes ingresados por fatiga en el teatro de operaciones europeo, noventa volvían en cierto modo al servicio, aunque muchos estaban acabados como fusileros.³⁸

Pero en Europa ningún tratamiento eficiente, ni siquiera las Azules 88, podía eliminar la capacidad de la guerra de fracturar las mentes de los hombres. «Entre el temor físico de ir al frente y el temor moral de volver de nuevo hay un dilema de excepcional complejidad», había observado un veterano de la guerra civil americana, y este conflicto todavía prevalecía. «La única manera que había para salir del combate —escribió un psiquiatra canadiense— era la muerte, las heridas, las lesiones autoinfligidas y volverse “majareta”.» El teniente Paul Fussell, que consiguió por los pelos sobrevivir a la guerra para convertirse en uno de sus más agudos comentaristas, creía que «después de cinco meses de servicio en combate, un oficial de primera línea estaba amortizado, neurasténico más allá de toda cura. La mayoría de expertos consideraban que los soldados se agotaban para siempre tras vivir de 200 a 240 días de combate, aunque dos psicólogos que supervisaron la entrada a Alemania afirmaron que las habilidades de combate de un GI empezaban a disminuir después de un mes de lucha, con muchos «ceranos a un estado vegetativo» tras cuarenta y cinco días.

Un soldado que había sido herido por segunda vez intentaba explicar en una carta a su casa por qué estaba todavía ingresado. «No son heridas graves», escribió. «Pero me parece que estoy herido, papi. Herido por dentro, en el cerebro.»³⁹

El cómo mitigar semejante sacudida psíquica seguía siendo un dilema, como lo había sido desde tiempos de Homero. «La moral es una llanura sombría, salpicada de clichés muertos, azotada por pronunciamientos y solo iluminada de forma irregular por el juego de luces del conocimiento», declaraba un estudio de las Fuerzas Aéreas del Ejército. El general cirujano del ejército recomendó que los hombres de infantería de primera línea fueran relevados durante seis meses después de haber completado doscientos días de combate, pero la nación carecía de reemplazos suficientes para poder llevar a cabo semejante solución. «Con la política actual, ningún hombre es dispensado del servicio de combate hasta que ya no vale», indicaba un informe a Eisenhower. «La infantería considera esto una cruel injusticia.» Un capellán se vio obligado a sugerir que «una buena salud mental requiere un objetivo satisfactorio en la vida y fe en un universo amable». En los campos de batalla de la Europa de 1944, semejante cosmología no parecía factible.⁴⁰

George Patton se había instalado en una villa con una verja de hierro en la Rue Auxerre número 10 de Nancy, no lejos de los campos de batalla de la primera guerra mundial, donde por primera vez obtuvo la gloria como jefe de tanques. Propiedad de un barón francés del carbón, la mansión, según un visitante, estaba «repleta de las curiosidades más impensables, que incluían ángeles dorados de casi un metro de altura y querubines colgando de los techos, estatuaria barata y ostentosa decoraba las salas junto con aburridos tapices verdes, marrones y púrpura». Los auxiliares iban a Borgoña y se corrían juergas comprando vino y Willie, el tímido bull terrier, a menudo dormía en una silla junto al aparador. A cuarenta kilómetros de distancia, cañones alemanes de riel de 280 milímetros habían encontrado el alcance del III Ejército, y ocasionalmente lanzaban sobre Nancy bombas de 272 kilos, incluyendo tres lanzamientos que una noche rompieron las ventanas y las jambas de la puerta del número 10, mientras destrozaban la casa del otro lado de la calle.⁴¹

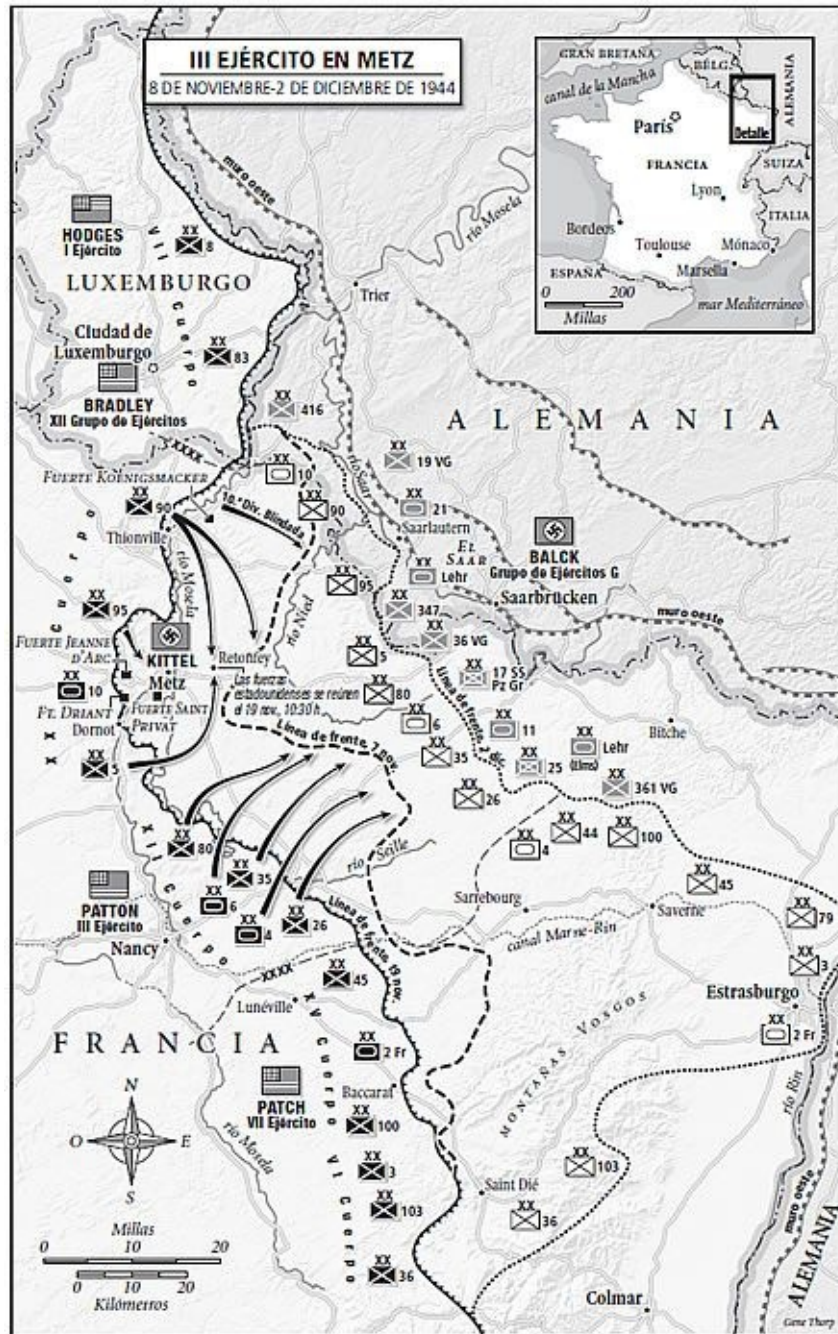
Patton se paseaba por la Lorena con estudiada despreocupación, cantando a voces los versos obscenos de *Lilly de Picadilly* en su jeep descapotado con su estrepitoso claxon y la insignia de tres estrellas en las partes delantera y trasera. Según un reportero, exhibía su famosa pistola de mango de marfil —«Maté con ella a mi primer hombre»— pero rechazó una oferta de 250.000 dólares del imperio periodístico Hearst por su diario personal. La discreción estuvo bien aconsejada: las últimas entradas sugerían que «Ike es el mejor general que tienen los británicos» y

que el III Ejército se había «detenido para salvarle la cara a Monty». Patton también especulaba que las asignaciones de suministros en el campo estaban en cierto modo diseñadas para que afectasen a la política electoral nacional, «una idea harto siniestra». Cuando Eisenhower ordenó que cincuenta mil hombres del XV Cuerpo fuesen transferidos del III Ejército al VII Ejército para un mejor apoyo logístico a través de Marsella, Patton confesó en su diario que el nuevo comandante del VI Grupo de Ejércitos en el sur de Francia, el teniente general Jake Devers, «es un mentiroso y, con su labia, convenció a Eisenhower para que le diera el cuerpo... Que Dios pudra sus entrañas».⁴²

La incesante lluvia volvió a Patton aún más irritable. Durante otro aguacero, en el comedor de la Rue Auxerre, cogió una cuchara, la dobló en dos y gruñó: «¿Hasta cuándo, oh Señor, hasta cuándo?». Escribió a Bea, empleando su singular ortografía: «Envíame un par de botellas de medicina rosa. Cuando no estoy atacando me pongo de mal humor... Lluve a cántaros, ¡qué país!».⁴³

Debido al arco que el Westwall dibujaba en dirección este, siguiendo la frontera alemana, el III Ejército todavía no se había aproximado a la Línea Sigfrido. El traslado del XV Cuerpo y de otras grandes unidades había mermado la fuerza de Patton en 100.000 hombres, hasta los 250.000, aunque componiendo el ala derecha de Bradley aún reunía seis divisiones de infantería y tres blindadas, junto con treinta y ocho batallones adicionales de artillería de campo y catorce batallones de destructores de tanques en un frente de ciento veinte kilómetros. Siguiendo con la estrategia de Eisenhower de acercarse al Rin a lo largo de toda la línea aliada, la misma idea que había maquinado la Operación Reina y causado los incesantes cabezazos en el Hürtgen, el objetivo inmediato del III Ejército seguía siendo la región industrial del Sarre y el gran río que había más allá. No obstante, el Rin estaba a 209 kilómetros de distancia. Entre un lugar y el otro, no solo había veintenas de pueblos de la Lorena con montones de estiércol y obstinadas obras defensivas alemanas, sino también una de las ciudades más rigurosamente fortificadas de Europa.⁴⁴

Metz se había convertido en una obsesión para Patton. Su primitivo plan de volar la ciudad de camino a Berlín se había frustrado por la escasez de suministros, la inesperada resistencia del enemigo, la política aliada y aquellas implacables lluvias que hurtaban al ejército americano su movilidad. Ahora estaba decidido a reducir aquella antigua ciudadela con un doble envolvimiento y un ataque directo a través del Mosela, que prácticamente rodeaba Metz y proporcionaba un parapeto natural hacia el oeste.



Patton afirmaba que Metz no había caído ante ningún asalto desde que fuera saqueada por los hunos en 451, pero de hecho los alemanes se la habían arrebatado a los franceses en 1870, solo para perderla de nuevo tras la primera guerra mundial. Fortificada y vuelta a fortificar a lo largo de los siglos —Vauban le había dicho a Luis XIV que la ciudad estaba diseñada para defender no solo a una provincia sino a toda Francia— Metz era ahora una creciente constelación de cuarenta y tres fuertes. Algunos fueron construidos para reforzar la Línea Maginot, pero las obras más modernas daban al oeste. Más de una docena de reductos decimonónicos organizados

en un círculo interno hacían ahora de fuertes, mientras que un anillo externo fortificado, construido por los alemanes después de la guerra franco-prusiana y reforzado con la anexión de la Lorena por parte de Hitler en 1940, incluía humeantes cañones alojados en torretas de acero rotatorias, profundos fosos secos de dieciocho metros de ancho, y campos de fuego interconectados que barrían todas las vías posibles. Minas, alambradas de púas y nidos de ametralladoras asesinas completaban los bastiones de hormigón. La explicación de Patton de que «estamos utilizando Metz para dar sangre a las nuevas divisiones» molestó a Bradley, aunque no lo suficiente como para desautorizar al comandante de su ejército. «Déjalo correr», le conminó Bradley. «Por el amor de Dios, no sigas... Estás teniendo demasiadas bajas por lo que estas consiguiendo.» Patton hizo caso omiso de la crítica, escribiendo en su diario que «el fabricante de tiendas de campaña», Omar, era «demasiado conservador... Me gustaría que fuera un poco más atrevido».⁴⁵

Hasta ahora el atrevimiento no había conseguido nada. El fracaso de septiembre en Dornot fue seguido por una debacle en octubre en el Fuerte Driant, descrita por un historiador como «la fortificación más formidable y mejor preparada que el ejército americano había tratado de reducir en toda la segunda guerra mundial». Era una base de 1.200.000 m² de hormigón que daba al valle del Mosela, a ocho kilómetros de Metz, pero la inteligencia del ejército decía que Driant «está controlada por unos cien hombres viejos y muchachos, cuya moral es baja». Falso: estaba fuertemente defendido por hombres obstinados detrás de murallas de dos metros de grosor, con una fortaleza central pentagonal abastecida a través de túneles arteriales. Ni las bombas americanas, ni el napalm, ni los bombardeos a quemarropa lanzados por los cañones más grandes de la artillería del III Ejército surtieron efecto discernible alguno; ni tampoco los ataques día tras día de la infantería, que consistían entre otras cosas en arrojar aceite caliente por las troneras de los cañones de Driant. «Intentábamos asaltar una fortaleza medieval a la manera medieval», escribió un periodista de la 5.^a División de Infantería. Patton ordenó que su XX Cuerpo enviase a Driant hasta el último hombre si era preciso, porque, como su jefe de Estado Mayor anotó en su diario de mando: «no podía permitir que un ataque de este ejército fracasase».⁴⁶

De todas formas falló. Tras una semana de duro combate, los GI tan solo habían reducido un par de barracones periféricos en el exterior de Driant, mientras que el enemigo todavía conservaba cinco importantes casamatas. Patton regañó a sus generales, proponiendo que los culpables expiasen su fracaso dirigiendo personalmente el siguiente ataque, «o que no vuelvan». No obstante, a mediados de octubre el ataque había fracasado. (Se hicieron grandes esfuerzos para evitar que las

malas noticias saltasen a la prensa.) En una carta del 19 de octubre al teniente general Jimmy Doolittle, comandante de la VIII Fuerza Aérea, Patton escribió: «Aquellos malditos bastardos, los alemanes, me propinaron mi primer puñetazo en la nariz cuando nos obligaron a abandonar el ataque al Fuerte Driant en la zona de Metz». Y pedía «un bombardeo de represalia», con «las bombas más potentes y de la peor clase, tantas como podáis conseguir, para volar este maldito fuerte hasta convertirlo en un agujero».⁴⁷

Ni siquiera las peores bombas y más potentes consiguieron reducir Driant, y Patton planeaba ahora un ataque de mayor envergadura y amplitud a Metz, el más grande y más masivo de su vida. Tras almacenar munición durante varias semanas, el domingo 5 de noviembre escribió en su diario:

Esta mañana tuve una grave insuficiencia respiratoria: mi reacción habitual a una inminente lucha o enfrentamiento. Fui a la iglesia... Marlene Dietrich y su troupe vinieron a comer. Después nos hicieron una representación. Una comedia muy floja, casi un insulto a la inteligencia humana.⁴⁸

Un día después se encontró con los periodistas que cubrían el III Ejército. «Os dije que estaríamos parados durante algún tiempo, y tenía razón», les dijo. «Ahora empezaremos de nuevo. Mentís un poco y decís que es simplemente lo que en la última guerra llamábamos “corregir una línea”». A Bea le confesó: «Tengo indigestión y me vienen arcadas como siempre antes de un combate. Supongo que no sería bueno si no las tuviera; no es miedo por el resultado sino simplemente la ansiedad de empezar».

La lluvia cayó por tercer día consecutivo, confiriendo a Patton lo que un corresponsal describió como «un aspecto agotado y envejecido». Dos altos comandantes llegaron a la casa de Rue Auxerre a las siete de la tarde del martes, chorreando en medio de las baratijas y los querubines que observaban desde el techo. Los oficiales solicitaron un aplazamiento del ataque hasta que el tiempo aclarase y el caudal de los ríos remitiese. Patton se negó.⁴⁹

Se despertó a las tres de la madrugada del miércoles 8 de noviembre con el tamborileo de la lluvia en el tejado. Patton había elegido deliberadamente aquel día para conmemorar los desembarcos de la Operación Antorcha en Marruecos dos años antes; ahora, dando vueltas en su dormitorio, se obligó a sí mismo a desoír el consejo de sus temores y hojeó una copia de las memorias de Rommel de la primera guerra mundial, *La infantería al ataque*. Medianamente consolado por el relato del pésimo tiempo en el frente occidental en septiembre de 1914, volvió a quedarse dormido.⁵⁰

Cuatrocientos cañones volvieron a despertarlo a las 05:15 h, un sonido que él asociaba a «muchas puertas cerrándose de un portazo todas a la vez». El III Ejército dispararía decenas de miles de bombas aquel día; a través de las cortinas, aquella primera barrera de fuego hizo resplandecer el cielo en la zona noreste como iluminado por relámpagos. Había dejado de llover y las estrellas salpicaban los cielos de Nancy. «Di gracias a Dios por su bondad conmigo», garabateó Patton en su diario.

Bradley telefoneó a las 07:45 h para desearle suerte y a continuación lo pasó con Eisenhower. «Espero grandes cosas de ti», dijo el comandante supremo. «Conserva la pelota hasta el final.» A las diez de la mañana, desde el puesto de observación del XII Cuerpo con vistas al Mosela al sur de Metz, Patton contemplaba a cientos de bombarderos haciendo piruetas bajo el sol matutino antes de hacer saltar por los aires los puestos de mando enemigos y las baterías de artillería. «Casi me sabe mal por esos bastardos alemanes», murmuró. Cortinas de humo bullían al otro lado del río, en su nivel más alto desde 1919, y tres divisiones de infantería del XII Cuerpo se lanzaron al ataque, seguidas por una cuarta a primeras horas de la tarde. Dos divisiones acorazadas rodaban por los huecos y hondonadas, listas para aprovechar cualquier fractura en la línea alemana. La lluvia volvió a las cinco de la tarde, pero Patton percibió velocidad en el ataque. Aquella noche en la cena, un asistente informó: «por primera vez en varios días estaba relajado y parlanchín».⁵¹

El jueves, las flotas aéreas de Doolittle trajeron más bombas de aquellas que le gustaban a Patton, potentes y de la peor clase: 1.300 bombarderos lanzaron 2.600 toneladas sobre siete fuertes de Metz en la Operación Madison. Arrojadadas a través de densas nubes por bombarderos que se guiaban por turbias imágenes de radar, más del 98 % de las cargas fallaron su objetivo, a veces por kilómetros. La infantería perseveraba, reabastecida con raciones, plasma, munición y papel higiénico lanzados desde las puertas de cabina de aviones monomotor de observación que volaban de tres a seis metros de altura, demasiado bajos para que los equipos antiaéreos alemanes pudieran neutralizar sus cañones de 20 mm. Como parte de un ataque del XX Cuerpo al norte de la ciudad, las saciadas tropas de la 358.^a de Infantería se lanzaron a toda prisa por el tejado del Fuerte Koenigsmacker, reventando puertas de acero con cargas concentradas y arrojando gasolina y granadas termita por los conductos de ventilación. A pesar del incesante hostigamiento de las ametralladoras alemanas, los hombres rechazaron una orden de retirada, respondiendo por radio: «Este fuerte es nuestro». No tardó en serlo: casi cuatrocientos alemanes salieron con las manos en alto, era el primer bastión de Metz que caía.⁵²

Casi a un kilómetro de distancia, el Mosela creció hasta que sus aguas cubrieron los pueblos a orillas del río. La crecida inundó los campos de minas alemanes contribuyendo a que ocho batallones de la 90.^a División consiguieran un asidero en la otra margen del río, pero la construcción de un puente para pasar los tanques llevó varios días. Los ingenieros, azules a causa del frío y provistos de chalecos antibalas, luchaban contra la fuerte corriente y la lluvia de artillería para mantener los puentes flotantes en su sitio. «El aire parecía lleno de balas rastreadoras blancas», informó un soldado de diecinueve años de la 5.^a División. «Los hombres se levantaban delante de mí, corrían hacia los árboles y, cuando una ráfaga de rastreadoras se cruzaba con ellos, [caían] al suelo o al río.»⁵³

«Gemidos, sufrimiento y dolor. Hombres acribillados y destrozados», escribió un instrumentista quirúrgico en su diario. «Todas las salas estaban abarrotadas, incluso la tienda del barbero, la de suministros, la farmacia y el laboratorio. Finalmente se llenó el comedor.» Un cirujano que se afanaba con las piernas destrozadas de un soldado cuyo jeep pisó una mina describió «tornillos, arandelas [y] casquillos, como en un banco de trabajo». Otro GI resultó herido cuando un proyectil detonó en el patio de una granja, «llenando su muslo desde la rodilla hasta el glúteo de estiércol, todo bien embutido... como en una salchicha». Hombres heridos que habían escapado de la muerte por muy poco yacían en silencio en los camastros de la sala, añadió un cirujano, «como si hubieran sido rescatados de la cornisa de un rascacielos». Patton pasó su quincuagésimo noveno cumpleaños el 11 de noviembre «deteniéndose donde los muertos todavía estaban calientes», como le escribió a Bea. «No obstante, el enemigo tiene que estar sufriendo más, por lo tanto es una cuestión de crucifixión [sic] mutua hasta que reviente.»⁵⁴

El 14 de noviembre, tras casi una semana de ofensiva, los ingenieros terminaron un puente Bailey al norte de la ciudad. A primera hora de la mañana siguiente, la 10.^a División Blindada avanzaba sobre el Mosela bajo una fuerte tormenta de aguanieve que ponía en peligro un amplio movimiento envolvente en tándem con la 90.^a División, treinta y dos kilómetros por encima de Metz, complementado con una oscilación más superficial en el sur por parte de la 6.^a y la 80.^a Divisiones de Infantería Blindada. Mientras las otras fuerzas pinzaban los flancos próximos a la ciudad, la 95.^a División machacaba las fuerzas de guarnición al oeste del río; muchas de ellas eran las tropas de más edad o más débiles conocidas como *Halbsoldaten*, medio soldados. Eisenhower llegó el 15 de noviembre para una visita, marchando sobre el barro antes de cenar con Patton en la Rue Auxerre. «Fue muy alegre», observó un asistente, «y los dos generales estuvieron charlando hasta las dos de la madrugada.»⁵⁵

Los progresos en el campo de batalla les pusieron de buen humor. Al día siguiente, Patton duplicó la asignación diaria de artillería para el XII Cuerpo a veinte mil disparos, explicando: «Si ganamos ahora, después no necesitaremos munición; si no usamos la munición ahora, no ganaremos la guerra». Hitler había rechazado dos veces la recomendación de Rundstedt de abandonar Metz, pero los funcionarios nazis huyeron en automóviles Renault y Citroën robados. El sistema de canalización de agua de la ciudad había sido destruido, la munición escaseaba y los refuerzos eran tan ineficaces, incluyendo agentes armados con antiguos rifles franceses y supernumerarios decrepitos llevando brazaletes en lugar de uniformes, a los que un general de la Wehrmacht describió como «gotas de agua sobre una piedra caliente». Los teléfonos fallaron el 17 de noviembre cuando una escolta policial evacuó a los últimos civiles alemanes hacia el este desde Darmstadt. Un nuevo comandante de guarnición enviado desde el frente oriental, el general Heinrich Kittel, fue conminado a prestar juramento de defender la ciudad «hasta el último hombre y cartucho», la típica inmolación exigida alegremente a aquellos en situación de riesgo por parte de quienes están a salvo.⁵⁶

A las 10:30 del 19 de noviembre, las dos alas del III Ejército completaron el cerco de Metz cuando los soldados de la 5.^a División se encontraron con tropas de la caballería de la 90.^a en Retonfey, a once kilómetros al este de la ciudad. Los dos cuerpos de Patton mantenían una línea de 16 a 32 kilómetros al este de donde habían empezado once días antes. En Metz, el final llegó rápidamente, afortunadamente con pocas refriegas casa por casa. Se capturaron seis mil prisioneros; y el general Kittel fue descubierto el 21 de noviembre en un hospital subterráneo de campo, bañado en morfina tras haber sido gravemente herido mientras luchaba en la línea. La ciudad se rindió formalmente a las 14:35 h del día siguiente.⁵⁷

Patton entró en Metz como un héroe conquistador, con ulular de sirenas anunciando su llegada, puntuado con el «trombón de vapor» de su jeep personal. «Fue muy agradable entrar conduciendo en una ciudad que no ha sido capturada desde hace más de 1.300 años», escribió, insistiendo aún en su versión ficticia de la historia. Para Bea añadió: «Será difícil vivir conmigo. Hace demasiado tiempo que soy una especie de semidiós». Él mismo interrogó personalmente al general Anton Dunckern, el jefe de seguridad de ojos saltones para la Lorena, que había sido capturado por una patrulla de la 5.^a División mientras trataba de escabullirse de Metz con un asistente. Tras amenazarlo con entregarlo a los franceses, que «saben cómo hacer hablar a la gente», Patton le dijo a un intérprete: «Si quería ser un buen nazi, podría haber muerto allí y entonces. Habría sido una muerte más agradable que lo que le espera ahora». Cuando

Dunckern protestó diciendo que había sido capturado por los americanos y que por lo tanto debía permanecer bajo custodia de los Estados Unidos, Patton le espetó: «Cuando trato con víboras, no se me puede molestar con ideas tontas ... Entiendo muy bien el alemán, pero no me rebajaré a hablar semejante lengua».⁵⁸

Una guardia de honor saludó a los vencedores a toque tambores y cornetas. Patton repartió medallas entre sus legiones, ensalzando lo que consideraba «uno de los cruces épicos de ríos de la historia», y Metz formalmente volvió a estar bajo custodia de los franceses. Los GI con las botas embarradas y los uniformes raídos estaban firmes formando un cuadrado central, mientras una triunfal banda militar precedía a los soldados franceses con boinas negras, medias blancas y cinturones Sam Browne, cada uno de ellos con dos subfusiles sobre los hombros.⁵⁹

Apenas se hizo mención de los fuertes periféricos, algunos de los cuales, desafiantes, permanecían inconquistables. Tanques Sherman ennegrecían aquellos bastiones con miles de disparos de munición francesa de fósforo blanco, utilizando espoletas especiales improvisadas por los armeros del III Ejército. El Fuerte Saint-Privat se rindió el 29 de noviembre, entregando más de cinco mil prisioneros, muchos de ellos con quemaduras de fósforo. El Fuerte Driant, el hueso más duro de roer, resistió hasta el 8 de diciembre, y el Fuerte Juana de Arco fue el último en doblegarse, el 13 de diciembre.⁶⁰

Para entonces el ala izquierda del III Ejército se había acercado por fin al río Saar y a la Línea Sigfrido, aunque a la derecha de Patton le faltaba poco para alcanzar la frontera alemana. El avance de casi cien kilómetros de la campaña de la Lorena había liberado otros trece mil kilómetros cuadrados de Francia, aunque a un coste en tres meses de casi cien mil bajas estadounidenses en combate o fuera de él. El III Ejército todavía tenía que romper el Westwall, y ni mucho menos había llegado al Rin, por lo que el largo otoño llegó a ser lo que un historiador denominaría «la campaña menos exitosa y más sangrienta de Patton», una sucesión de ataques frontales dispersos y carentes de imaginación del tipo que él mismo ridiculizaba cuando otros generales de menor rango los lanzaban. Incapaz de resistir el prestigio de haberse cobrado Metz, había renunciado a la única ventaja que tenían los americanos sobre sus adversarios, la movilidad, permitiendo que gran parte de su ejército quedara atrapado en un cerco sanguinario.⁶¹

En una nota a Henry L. Stimson, secretario de Guerra, Patton proponía que como parte de las condiciones de cualquier rendición se impusiera a los alemanes que se quedasen con la Lorena, «este horrible país en el que llueve cada día y cuya riqueza

consiste en una variedad de montones de estiércol». Convocó también al capellán del III Ejército, el coronel James H. O'Neil, a su despacho en un viejo barracón francés en Nancy. «¿Capellán, cuánto se reza en el III Ejército?», preguntó Patton.⁶²

«Me temo que debo admitirlo», dijo O'Neil, «pero no creo que se esté rezando mucho».

«Debemos pedir a Dios que cesen las lluvias», señaló Patton, contemplando a través de las altas ventanas la campiña empapada. «Estas lluvias son la diferencia entre la derrota y la victoria.» O'Neil mecanografió un improvisado llamamiento en una cartulina de tres por cinco, y los ingenieros hicieron un cuarto de millón de copias para distribuir las por todo el III Ejército. «Frenemos estas incesantes lluvias con las que hemos tenido que lidiar», pedía el texto.

Concédenos buen tiempo para la batalla. Concédenos gentilmente tu atención como soldados que acuden a ti, armados con tu poder, que podamos avanzar de victoria en victoria y aplastar la opresión y la maldad de nuestros enemigos, y establecer tu justicia entre los hombres y las naciones. Amén.

Una semana después Patton confió en su diario: «Sin duda ha llovido menos desde mi oración».

A la tierra de la desolación

Muy por encima de los campos de matanza, la lucha por el dominio de los cielos hacía tiempo que se decantaba a favor de los aliados, permitiendo que unos cuatro mil bombarderos pesados angloamericanos que volaban desde Inglaterra e Italia continuasen con lo que un aviador denominó «el asunto de los asesinatos»: el destripamiento de la patria alemana con más de un millón de toneladas de bombas de gran potencia, incendiarias y de fragmentación.⁶³

Las esperanzas aliadas puestas en los bombardeos estratégicos a comienzos de la guerra habían resultado demasiado optimistas, especialmente la creencia de que ataques de precisión dismantlarían rápidamente la economía de guerra del enemigo, evitando así la carnicería de las fuerzas de tierra que había sido característica de la primera guerra mundial. La imprecisión en el alcance de los objetivos, el mal tiempo y las encarnizadas defensas alemanas habían forzado a los estrategas aliados a utilizar la flota de bombarderos como instrumento romo, como una porra en vez de un escalpelo. Las terribles pérdidas de la aviación en los tres primeros meses de 1944, incluyendo a casi 800 bombarderos pesados estadounidenses derribados, se habían restañado en primavera por la tardía llegada del Mustang P-51, un caza con alcance suficiente para escoltar a los bombarderos a cualquier objetivo continental. Un

inesperado aumento en la producción alemana de aviones, con 10.000 cazas monomotor construidos desde mayo hasta septiembre, había desafiado de nuevo la hegemonía aliada; durante el verano cayeron otros 900 bombarderos de la VIII Fuerza Aérea solamente. Sin embargo, la Luftwaffe estaba ahora en una espiral de muerte tras perder 31.000 aviones antes del Día D y otros 13.000 desde junio hasta octubre. En julio, los nuevos pilotos de caza recibían normalmente un entrenamiento de menos de treinta horas de vuelo antes de ser arrojados al combate, menos de una décima parte de la media anglo-americana. La esperanza de vida de un piloto de la Luftwaffe podía medirse en semanas, si no en horas. «Cada vez que cierro la cúpula de la carlinga antes de despegar», escribió un aviador, «siento como si estuviese cerrando la tapa de mi propio ataúd». ⁶⁴

Por necesidad, la artillería antiaérea se había convertido en la principal defensa alemana. Se le atribuía la destrucción de 6.400 aviones anglo-americanos en 1944 y daños en otros 27.000. Un cañón de artillería antiaérea estándar de 88 mm disparaba una granada de metralla de 7 kilos que subía cuatro mil metros en seis segundos antes de estallar en mil quinientos fragmentos que podían perforar cualquier avión a una distancia de ciento ochenta metros. Por suerte para las tripulaciones aliadas, se necesitaba una media de dieciséis mil proyectiles de 88 mm para derribar a un solo bombardero pesado. No obstante, el fuego antiaéreo «ejercía una aviesa e hipnótica fascinación», reconoció un piloto americano. La artillería pesada alemana fue desplegada para alcanzar la elevada altitud de los B-17, y hacia el final de la guerra había 1, 2 millones de alemanes manejando las defensas aéreas terrestres del Reich. ⁶⁵

Los bombarderos británicos, que volaban preferentemente de noche, trataban de evitar lo que un reportero de la BBC sobrevolando Berlín describió como «una muralla de luz». Un rayo reflector de color azul, guiado por radar, se detenía sobre un avión que se aproximaba atrayendo a los otros reflectores y formando un cono brillante de manera que «el bombardero parecía montado en su vértice móvil» mientras el fuego de los cañones convergía en el objetivo. «La única esperanza», dijo un miembro de la RAF, «era alejarse antes de que los reflectores pudieran formar un cono». Los bombarderos americanos, que volaban de día, trataban de contrarrestar los radares alemanes de búsqueda y control de fuego con una amplia variedad de sistemas de bloqueo electrónico; un estudio estimó que un bloqueo efectivo significaba un 25 % menos de aviones destruidos y un 50 % menos de daños graves causados por la artillería frente a los que volaban sin contramedidas. Aun así, el aviador poeta Randall Jarrell escribió: ⁶⁶

A seis millas de la tierra, liberado de su sueño de vida,
desperté con negra artillería y cazas de pesadilla.

Cuando morí me sacaron de la torreta con una manguera.⁶⁷

La supremacía aérea proporcionó una inestimable ventaja a las fuerzas aliadas terrestres y salvó las vidas de muchos aviadores anglo-americanos, aunque aquello poco importaba a los que eran sacados con una manguera. El esfuerzo aéreo estratégico aliado en Europa costó unas ochenta mil vidas y diez mil aparatos, y la amplia guerra aérea táctica en apoyo directo de las fuerzas terrestres sumó más pérdidas. En la primera mitad de 1944, las cifras de bajas en combate por cada 1.000 tripulantes de bombarderos tras servir seis meses en combate incluían 712 muertos o desaparecidos y 175 heridos: el 89 %. Según cálculos, apenas uno de cada cuatro aviadores estadounidenses completaba veinticuatro misiones sobre Alemania, una cuota mínima que no tardó en aumentar a treinta y después a treinta y cinco teniendo en cuenta que la liberación de Francia y Bélgica y la atenuación de la potencia aérea alemana hacían los vuelos menos letales.⁶⁸

Quizás menos letales, pero no menos estresantes: los siete tripulantes británicos a bordo de un bombardero Lancaster hablaban a veces de que les acompañaba «el octavo pasajero»: el miedo. De los 7.374 Lancaster construidos, 3.349 se perdieron en acción. Un aviador británico tenía solo una posibilidad entre cinco de sobrevivir a la pérdida de su aparato, en parte porque el Lancaster tenía una única salida de emergencia. Para un tripulante americano, las posibilidades eran tres de cinco. (Las fortalezas voladoras B-17 tenían cuatro salidas.) En el Mando de Bombardeo británico, dos de cada cinco aviadores no vivieron para completar un período de servicio, una tasa de mortalidad mucho mayor que la de la infantería británica en el frente occidental de la primera guerra mundial.⁶⁹

Las misiones más sencillas podían ser fatales: un B-24 americano de regreso a la base tras un vuelo de entrenamiento rozó un árbol en Lancashire durante una violenta tormenta, y acabó dando tumbos por el pueblo de Freckleton. Un muro de llamas de treinta metros de alto ardió durante dos horas, envolviendo el ala infantil de la Holy Trinity School y el Snack Bar Sad Sack, que abastecía a los aviadores. De los sesenta y un muertos, más de la mitad eran niños, incluyendo algunos que habían sido evacuados de Londres para escapar a los barridos de fuego de las armas V. Bing Crosby, en un *tour* de buena voluntad por Inglaterra, se sintió demasiado afectado para cantar a la vista de los niños quemados en una sala de un hospital local. En lugar de ello, se quedó fuera en un pasillo canturreando *Don't Fence Me In* y *White Christmas* como elegías a la inocencia y la juventud.⁷⁰

A pesar del elevado coste de la guerra en hombres y máquinas, la base industrial y militar estadounidense en el otoño de 1944 producía muchos más aviones, pilotos, artilleros, bombarderos y navegadores de los necesarios para reemplazar las pérdidas

en combate; durante el invierno, el entrenamiento de los nuevos pilotos, que había aumentado a más de 100.000 al año, se cortó por encima del 70 %. Sin embargo, el general Henry H. «Hap» Arnold, jefe de las Fuerzas Aéreas del Ejército, se inquietaba por informes de una «incipiente debilidad» entre las tripulaciones de bombarderos en Europa, que describió como «falta de respeto (llegando casi al odio) por ciertos oficiales generales superiores;... falta de ganas de matar alemanes; falta de comprensión de la necesidad política de librar la guerra; hastío personal general». La baja moral se apoderó por lo menos de parte de la fuerza: se abandonó un programa de descanso y recuperación en Atlantic City, Miami y Santa Mónica porque el interludio en casa parecía incrementar el resentimiento de los aviadores por los civiles, los hacía belicosos para con sus oficiales y reacios a volver al combate. Un oficial del 319.º Grupo de Bombardeo explicó que un compañero piloto estaba «tan trastornado que desparrama la comida en la mesa, se pasa toda la noche dando respingos y está sumamente irritable... Algún día matará a toda una tripulación y dirán que fue un “error del piloto”. Ah claro, así es la guerra». El teniente Joseph T. Hallock, un muchacho de veintidós años que pilotaba aviones B-17, dijo al reportero Brendan Gill: «A veces siento como si nunca hubiera tenido la menor oportunidad de vivir, pero gran parte del tiempo me siento como si hubiera vivido desde siempre». En los momentos de peligro mientras sobrevolaba Alemania, confesó que susurraba: «Dios tienes que dejarme. Tienes que dejarme volver. Dios, escucha, tienes que dejarme».⁷¹

En el mundo de la aviación, aquellos que sufrían de «agarrotamiento», una paralizante incapacidad de sacarse de encima la sensación de miedo, se conocían con el nombre de «muertos volando». Saltar en paracaídas de un «cometa» derribado se llamaba «dar a luz», y las «chicas picadillo» eran mujeres inglesas a las que rehuían las tripulaciones supersticiosas porque se habían hecho amigas de aviadores que después desaparecieron en acción. Temperaturas de -16 °C dejaban parches marrones de congelación en la frente y las nalgas, por lo menos hasta que se distribuyó el traje con calefacción F-3, con 250 vatios recorriendo los cables de las chaquetas, pantalones y zapatillas de fieltro para proporcionar un aislamiento de ocho cmos. Los cirujanos plásticos aprendían a reconstruir rostros quemados; tras esculpir unos labios nuevos con piel injertada del brazo, los tatuaban de rojo y después añadían diminutos puntos negros simulando pelos de bigote.⁷²

También en el mundo de la aviación, un piloto B-17 se sentaba en el cubículo de metro y medio de su cabina con «una máscara de oxígeno llena de baba» en medio del rugido de cuatro motores. Manipulaba 130 interruptores, diales, indicadores, palancas y pedales el tiempo necesario para soltar su cargamento de bombas, aquellas «cosas

grandes feas y muertas», como lo expresó un oficial, y después huía a casa. En este mundo, Alemania se conocía con el nombre de «Tierra de la Desolación». En este mundo, el piloto John Muirhead hizo esfuerzos por no intimar con sus compañeros de tripulación de su fortaleza voladora, porque «si no les conocía, no se afligiría». ⁷³

Durante años la mejor manera de destruir la Tierra de la Desolación mantuvo desconcertados a los estrategas aéreos. Los jefes de Estado Mayor Conjunto presentes en la Conferencia de Casablanca en enero de 1943 exigieron «la progresiva destrucción y dislocación del sistema militar, industrial y económico alemán» para debilitar la «capacidad de resistencia armada» del enemigo. Pero ¿por dónde era más vulnerable un gran estado moderno? Algunos analistas estudiaron el sistema industrial estadounidense en busca de «indicios que pudieran señalar los puntos débiles alemanes», como la única planta de Chicago que procesaba el 90 % de todo el tantalio, un metal resistente a la corrosión, fundamental para la producción de radar y radio. Otros escudriñaban Alemania directamente, revisando miles de informes de inteligencia. Una conclusión: el continuado bombardeo de las plantas de acero enemigas no tenía sentido alguno, porque el Reich utilizaba únicamente un 20 % de su capacidad de producción de acero. ⁷⁴

No obstante, Alemania tenía su talón de Aquiles: el petróleo. Las potencias aliadas controlaban más del 90 % del petróleo natural del mundo, en comparación con el mísero 3 % del Eje. Los planes alemanes para explotar los yacimientos soviéticos de petróleo en el Cáucaso se vieron desbaratados por los reveses obtenidos en los campos de batalla de África y Rusia. En la primavera de 1944, esta vulnerabilidad se fue haciendo cada vez más evidente para los analistas de la inteligencia aliada. La escasez impedía el entrenamiento de algunas divisiones de combate, se impusieron cortes de combustible en la marina alemana, y las flotas de vehículos se transformaron en motores alimentados con leña. Casi todo el combustible de la aviación de la Luftwaffe procedía de plantas de petróleo sintético, y los químicos alemanes investigaban sustitutos energéticos en la improbable flora europea como la bellota y la uva. Un análisis de la OSS aseguraba que una mayor reducción de la producción petrolífera del Reich tendría «rápidos y drásticos efectos sobre su capacidad militar». Las interceptaciones de Ultra pusieron de manifiesto la alarma de Berlín ante los ataques aliados a las extensas instalaciones petrolíferas rumanas en torno a Ploesti y contra objetivos petrolíferos en Alemania. A finales de mayo, la inteligencia británica había llegado a la conclusión de que continuados ataques a la producción alemana de

petróleo causarían una desastrosa escasez industrial al cabo de tres a seis meses. «El petróleo —advertía un mensaje descifrado que funcionarios japoneses en Berlín enviaron a Tokio— es el problema de Alemania.»⁷⁵

Nadie confiaba en ello más que el teniente general Carl A. Spaatz, comandante de las Fuerzas Aéreas Estratégicas de los EE. UU. Taciturno y sin pretensiones, aficionado a la pesca y a las cartas, «Tooey» Spaatz era un pionero de la aviación que había derribado tres aviones alemanes en la primera guerra mundial y contribuido a establecer el récord mundial de permanencia en el aire en 1929 mediante la innovadora técnica de repostaje en vuelo. *Time* aseguraba que ahora tenía «la mejor mesa de póker de Londres... Apuesta con mano dura [y] se echa extravagantes faroles». Sorprendente por su habilidad en conseguir la carta adecuada para ligar una escalera, Spaatz jugaba a veces con un gatito metido en la guerrera de su uniforme para tener suerte. La necesidad de destruir a la Luftwaffe y la decisión de Eisenhower de centrar los objetivos en el transporte alemán antes de Normandía habían retrasado el asestar un fuerte revés a la industria petrolífera enemiga. Sin embargo, incluso antes del Día D, el comandante supremo había atendido los ruegos de Spaatz autorizando varios ataques a objetivos petrolíferos, entre ellos una ofensiva a mediados de mayo con novecientos bombarderos, que provocó también la destrucción de sesenta cazas de la Luftwaffe que luchaban desesperadamente por defender el objetivo.⁷⁶

Tan pronto como las fuerzas de Overlord llegaron a tierra el 8 de junio, Spaatz declaró que el «objetivo estratégico primordial de las Fuerzas Aéreas Estratégicas de los EE. UU. es negar el petróleo a las fuerzas armadas enemigas», un decreto que siguió vigente hasta el final de la guerra. Según cálculos, el 30 % de la producción alemana procedía de las refinerías de Ploesti, otro 36 % de dos docenas de fábricas sintéticas que convertían lignito en gasolina y combustible para la aviación. Sesenta refinerías de crudo en Alemania, Austria, Hungría, Polonia y Checoslovaquia proporcionaban el resto. La XV Fuerza Aérea en Italia tenía por objetivo las refinerías de Rumanía, Viena y Budapest, junto con las plantas de petróleo sintético de Silesia, Polonia y el país de los Sudetes. La VIII Fuerza Aérea en Inglaterra se concentró en siete grandes plantas sintéticas en el centro de Alemania, así como en unas veinte refinerías principalmente en el norte. La inteligencia británica a finales de julio dio por supuesto que la escasez de petróleo provocaría un desplome militar alemán a finales de 1944.⁷⁷

Aquel cálculo fue demasiado ingenuo, pero la producción alemana sí que se desplomó a lo largo del verano. Ploesti fue destruida por bombarderos antes incluso de que el Ejército Rojo invadiera la región en el mes de agosto, y de las noventa y una

instalaciones petrolíferas que quedaban en manos de Hitler tan solo tres seguían a pleno rendimiento a comienzos de la primavera.⁷⁸

No todo el mundo suscribió la estrategia del petróleo. Una directriz procedente de los jefes de Estado Mayor Conjunto del 25 de septiembre dio prioridad a los objetivos del petróleo enemigo, seguida del sistema de transporte alemán y de las instalaciones de producción de tanques. Pero el Mando de Bombardeo se resistió al edicto. Sus líderes estaban decididos a acabar el trabajo de sembrar el terror y el caos destruyendo ciudades alemanas, un proyecto que había empezado con ataques incendiarios en los centros medievales de Lübeck y Rostock en la primavera de 1942. El Ministerio del Aire británico había estudiado desde hacía tiempo la ciencia del «incendio premeditado», examinando las cualidades del combustible de las despensas, desvanes y mobiliario alemanes y acumulando mapas de seguros para estudiar las pautas de los cortafuegos de los edificios alemanes. Los bombarderos aliados lanzaron finalmente ochenta millones de bombas incendiarias, barras hexagonales de veintidós pulgadas con un caja de magnesio de zinc que ardía durante ocho minutos a 1.000 °C. La tormenta de fuego que carbonizó Hamburgo el verano de 1943, matando a 41.000 personas y «dejando sin vivienda» a casi un millón, «simulaba la atmósfera de otro planeta», anotó un escritor alemán, «incompatible con la vida».⁷⁹

El comandante supremo de las Fuerzas Aéreas Arthur T. Harris, jefe del Mando de Bombardeo, había enviado a Churchill a finales de 1943 una lista de cuarenta y siete ciudades alemanas, de las cuales diecinueve se estimaba que estaban «prácticamente destruidas» y otras diecinueve «seriamente dañadas». Harris sostenía que Alemania se rendiría tras la destrucción de «entre el 40 y el 50 % de las principales ciudades alemanas», cosa que según él podía ocurrir el 1 de abril de 1944. «Extirparemos una ciudad alemana tras otra», dijo Harris, «como si fuesen muelas». Circulaban rumores por toda Alemania de que se habían cavado hoyos de cal para las futuras víctimas de bombardeos en Berlín.⁸⁰

No obstante, transcurrió el mes de abril sin una rendición, y las pérdidas de bombarderos británicos eran espantosas. La inteligencia aliada no encontraba «razones para suponer que los efectos de los bombardeos en la moral civil pudiesen contribuir al desplome de Alemania». El embajador japonés en Berlín compartía esta opinión: aconsejó a Tokio que «el desmoronamiento interno indudablemente no se producirá por medio de ataques aéreos».⁸¹

Harris pensaba de otro modo. Conocido por sus subordinados por los nombres de «Bombardero» y «Carnicero», imbuido de lo que Churchill calificaba de «una cierta ordinariez», fue descrito por un periodista admirador como «un tigre sin piedad en el corazón». Con su estampa en forma de bolo que ningún uniforme podía favorecer,

Harris solía llevar un batín corto de terciopelo de color morado y fumar cigarrillos Camel sin parar o compartir rapé de modo ceremonial. Aunque a veces apático, pues bañaba sus úlceras de estómago con la mezcla del Dr. J. Collis Browne, que contenía aceite de menta y morfina anhidra, nunca se cansaba de mostrar a los invitados a cenar su «Catálogo» privado, repleto de fotos aéreas de ciudades alemanas convertidas en esqueletos. A menudo conducía su Bentley negro a velocidad de lunático, relegando al supuesto chófer al asiento trasero, y no le importaba coger una calesa desde su cuartel general en High Wycombe hasta Chequers, la cercana casa de campo del primer ministro al oeste de Londres. Cuando Churchill refunfuñaba «Estoy harto de estos ataques a Colonia», Harris respondía: «También lo está la gente de Colonia».⁸²

En el retrato de la historia oficial británica:

Tenía tendencia a confundir consejo con interferencia, crítica con sabotaje y evidencia con propaganda. Se resistía a las innovaciones y raramente estaba abierto a la persuasión... Veía todos los asuntos en términos de blanco o negro, cualquier otra posibilidad le volvía impaciente.⁸³

Harris creía que los bombarderos tenían que ser los garrotes que vapuleasen al *Volk* alemán. Escribió a un colega diciendo: «Si se les preguntase hoy a los alemanes, “¿Plantas petrolíferas o ciudades?”, responderían, “Bombardead cualquier cosa que os apetezca excepto las ciudades”». Por consiguiente, más de la mitad de las cargas explosivas que el Mando de Bombardeo lanzó durante la guerra cayeron en centros urbanos. Cada mañana, en un centro de mando conocido como «el Agujero», Harris decidía qué ciudad alemana iba a sufrir aquella noche, adjudicando a cada una un nombre en clave íctico: Siluro para Múnich; Boquerón para Berlín. El principio que le impulsaba, como explicó la historia oficial, era «que para destruir una cosa es necesario destruirlo todo». A finales del otoño de 1944, Harris aseguraba que cuarenta y cinco de sesenta ciudades alemanas de la lista habían sido «prácticamente destruidas», a un ritmo de más de dos al mes, con un número decreciente que aguardaba su devastación. En su mayoría eran las del este: Halle, Magdeburgo, Leipzig, Dresde. El comandante supremo de las Fuerzas Aéreas Charles F. A. Portal esgrimía a principios de noviembre que «la ofensiva aérea contra el petróleo nos da con diferencia mayores esperanzas de lograr la victoria en los próximos meses». Harris discrepaba, y como respuesta instigó a completar lo que él denominaba «el programa ciudad». Portal respondió el 12 de noviembre: «Si supiera que muestras tanto entusiasmo en el ataque al petróleo como en el pasado has mostrado en el ataque a las ciudades, tendría poco de qué preocuparme».⁸⁴

La resolución de Harris de quebrar la voluntad del enemigo y provocar una rendición con ataques que sembraran el terror resultó insuficiente tanto militar como moralmente. «La idea de que el principal objetivo del bombardeo de las ciudades industriales alemanas fuera quebrar la moral del enemigo se reveló totalmente carente de fundamento», reconoció en 1947. Sin embargo, la Inspección de los Bombardeos Estratégicos de los EE. UU. de postguerra concluyó que «los bombardeos afectaron seriamente a la moral de los ciudadanos alemanes. Sus efectos psicológicos fueron derrotismo, temor, desesperanza, fatalismo y apatía». En cualquier momento, dos mil aviones aliados podían aparecer sobre Alemania, y como escribió Randall Jarrell:⁸⁵

En bombarderos con nombres de chicas quemábamos
las ciudades que habíamos aprendido en la escuela,
hasta que nuestras vidas se agotaron.

Mientras el Mando de Bombardeo británico creía en arrasar ciudades, los americanos se consideraban «bombarderos de precisión», un término que implicaba ataques dirigidos exclusivamente contra objetivos militares y su repulsión a matar civiles de manera indiscriminada. Dado que los cielos de la Europa central estaban crónicamente cubiertos, la mitad del tonelaje de las bombas de la VIII Fuerza Aérea caía utilizando las técnicas de radar de «bombardeo a ciegas»; a menudo solo una de cada diez bombas caía a kilómetro y medio de un objetivo oculto. Incluso cuando las condiciones eran ideales para los bombarderos, cosa que ocurría aproximadamente en una de cada siete misiones, menos de un tercio de las bombas detonaba en un radio de trescientos metros del blanco. El término «bombardeo de precisión», admitió Spaatz, había de interpretarse «en sentido relativo, no literal». El mal tiempo provocaba también frecuentes desvíos a objetivos secundarios como estaciones de trenes, una práctica que equivalía a vaciar cargamentos de bombas sobre centros de ciudades. Estos ataques a objetivos de transporte redujeron gradualmente el movimiento de las mercancías de guerra alemanas, especialmente del carbón, mientras se arrasaban recintos urbanos. «La manera de detener la matanza de civiles», afirmaba Hap en un memorándum que bien podía haber dictado el Bombardero Harris, «es causar tanto daño, destrucción y muerte que los civiles exijan a su gobierno el cese de las hostilidades». La VIII Fuerza Aérea dedicaba más del 20 % de su cargamento a bombardear ciudades, calculó posteriormente el historiador Richard G. Davis, al mismo tiempo que se esforzaba por ocultar el alcance de aquellos ataques. Los censores de la prensa bloquearon cualquier alusión a que el bombardeo de precisión era a menudo terriblemente impreciso.⁸⁶

Los americanos no estaban menos empeñados que los británicos en perfeccionar las técnicas de devastación. En el desierto de Utah, diseñadores de escenarios de Hollywood e ingenieros de la Standard Oil construyeron réplicas de dos barrios de clase obrera, uno alemán y otro japonés, con reproducciones del mobiliario, colchas de cama y otros artículos domésticos inflamables; repetidos experimentos con bombas incendiarias condujeron al desarrollo de artefactos incendiarios que podían perforar los gruesos tejados alemanes. El Quemador de Bloques M-76, otra innovación americana utilizada por primera vez en 1944, escupía gel incendiario a grandes chorros ardientes. Un estudio del ejército de los EE. UU. concluyó que «es muy probable que las bombas aéreas incendiarias causaran tanta muerte y destrucción como cualquier otra arma utilizada en la segunda guerra mundial».⁸⁷

El comandante supremo de las Fuerzas Aéreas Harris nunca creyó en el plan del petróleo, que él mismo describió a Portal como «una fe a la que no solo no me he convertido, sino que he mantenido contra ella... una implacable oposición». Harris fue condenado durante y después de la guerra por su terca obstinación que impidió un asalto unificado al eslabón más débil del Reich, pero aunque tarde y a regañadientes cumplió las directrices del alto mando aliado. Los primeros asaltos estratégicos diurnos de la guerra del Mando de Bombardeo cayeron sobre objetivos petrolíferos en agosto y septiembre de 1944; en noviembre, bombarderos británicos y americanos realizaban un número similar de misiones contra el petróleo. A partir de entonces el Mando de Bombardeo llevó a cabo más del doble de misiones que la VIII Fuerza Aérea, y en el último año de la guerra aérea estratégica en Europa, los aviones de Harris arrojaron casi 100.000 toneladas, en comparación con las 73.000 toneladas de la VIII Fuerza Aérea. Cabe decir que los británicos atacaron con mayor efecto puesto que sus bombarderos llevaban más cargamento y bombas más grandes, y con frecuencia lanzaban estas bombas con más precisión. Los analistas concluyeron que los americanos atacaban los objetivos petrolíferos con proyectiles demasiado pequeños incapaces de penetrar paredes a prueba de bombas, muy pocas incendiarias y demasiadas bombas (un 14 %) inefectivas, a menudo debido a espoletas defectuosas.⁸⁸

La inclemencia del tiempo otoñal concedió a Alemania un cierto respiro, como también lo hicieron los programas intensivos dedicados a generar humo, el camuflaje, la dispersión de objetivos y las reparaciones. A finales de otoño, 350.000 trabajadores, en su mayoría esclavos extranjeros, se afanaban por reparar y esconder las instalaciones petrolíferas. Las defensas incrementaron su ferocidad: la inmensa planta de petróleo sintético de Leuna al oeste de Leipzig, que fue atacada veintiuna veces

con un coste de ochenta y dos bombarderos aliados, se convirtió en la única planta industrial bien defendida de Alemania, respondiendo con más de quinientos cañones de artillería pesada antiaérea.⁸⁹

De todos modos, la suerte estaba echada. Durante un tiempo a finales de otoño, Rundstedt impuso una limitación de 4.500 litros de gasolina al día a las divisiones del frente occidental en vez de los 7.200 habituales. A finales de noviembre la producción de combustible para la aviación se había reducido a una cuarta parte del nivel del mes de mayo. La Luftwaffe se vio obligada a minimizar los desplazamientos en pista de los aviones, y algunos eran arrastrados a las pistas por bueyes. Los ataques a las fábricas de hidrogenación de petróleo contribuyeron a la disminución de las reservas de nitrógeno, que a su vez redujeron drásticamente la producción de munición alemana. Asimismo, la destrucción de las instalaciones de petróleo sintético acarreó el beneficio añadido de afectar a la producción de goma sintética y de otros productos químicos utilizados en los explosivos.⁹⁰

Durante la guerra ninguna otra desigualdad tuvo mayor importancia que el abismo abierto entre la producción de combustible alemana y la americana. Desde 1942 hasta 1944, las refinerías y plantas de Berlín generaron 23 millones de toneladas de fuel; durante el mismo período, los Estados Unidos produjeron más de 600 millones de toneladas. En la primavera de 1945, después de más de 500 ataques aliados contra unos 130 objetivos petrolíferos, la producción alemana de petróleo descendió al 12 % de lo que había fabricado el año anterior. Por falta de la materia prima más vital de una sociedad moderna, el Reich estaba muriendo.⁹¹

También el pueblo alemán estaba muriendo. Desde el tejado del Ministerio del Aire en la calle King Charles, mientras veía arder Londres tras un ataque de la Luftwaffe en 1940, Harris reflexionó: «Están sembrando vientos». Ahora había llegado la tempestad: unas 131 ciudades alemanas fueron atacadas desde el aire durante la guerra dejando 400.000 muertos y siete millones de personas sin hogar.⁹²

Para los que estaban en tierra, el sufrimiento siempre venía precedido del aullido de las sirenas de alarma, indicando que era el momento de apagar el gas, encender la radio, llenar la bañera y sacar la linterna. En los cines las palabras *Flieger Alarme* aparecían en pantalla. Corriendo hacia los refugios durante los ataques diurnos, los ciudadanos estiraban el cuello en busca de las brillantes motas de los bombarderos que se acercaban arrastrando sus estelas blancas. «La gente a nuestro lado contaba los diminutos puntos plateados», recuerda un alemán. «Habían llegado a cuatrocientos,

pero no se veía el final». De noche, los civiles llevaban distintivos fluorescentes para evitar chocar en la oscuridad cuando caminaban siguiendo la pintura fosforescente sobre las aceras.⁹³

El régimen había construido tres mil refugios antiaéreos municipales, demasiado pocos a pesar de que se sumaban a ellos los pozos de las minas y los túneles del metro. «Tenía la sensación de haber acabado en un mundo subterráneo, en la porquería y el desorden», escribió en su diario alguien de Krefeld. «Quedaba bien con un cartel que decía en letras brillantes, “El pueblo está agradecido a su Führer”.» Los habitantes de los refugios se envolvían con sábanas mojadas y se cubrían los ojos con gasas, abrían la boca para protegerse el tímpano contra los estallidos y respiraban superficialmente cuando los ventiladores estaban cerrados por el fuego virulento que ardía en la superficie. Un médico alemán de Hamm informó: «Se siguen encontrando niños con escarlatina y difteria... en las salas de los búnkeres. Con suerte esta vez nos ahorraremos el tifus».⁹⁴

«En Colonia la vida ya no es posible», escribió un diarista en una entrada que sin duda hubiera complacido a Harris. «No hay agua, ni gas, ni electricidad. Ni comida.» El centro de Stuttgart «dejó de existir» tras los bombardeos de mediados de septiembre: «Teníamos que pasar por encima de los muertos para huir del mar de fuego», recordaba una mujer. «No podía dejar de pensar, “He sobrevivido al juicio final”.» Las bombas cayeron sobre Essen durante 39 de los 60 meses de guerra aérea; 272 ataques dejaron tan solo 5.000 edificios intactos de los 65.000. Desde el aire, un miembro de la tripulación aliada escribió en su libro de registro que la ciudad en llamas parecía «una inmensa olla hirviendo».⁹⁵

El centro del hierro y del acero de Duisburgo fue bombardeado casi trescientas veces; durante una misión de veinticuatro horas en noviembre, el Mando de Bombardeo lanzó sobre la ciudad el mismo tonelaje que había caído sobre Londres a lo largo de toda la guerra. En Hanover, un hombre que circulaba en bicicleta sobre los escombros carbonizados después de un ataque escribió: «La noche ha hecho su trabajo... Todo cuanto podías decir, una y otra vez, era, “¡Esto también, oh, y esto también!”». En Osnabrück, donde las ruinas fueron sardónicamente apodadas «Plaza de Hermann Göring» una sola incursión de catorce minutos el 13 de septiembre lanzó 181.000 bombas incendiarias y 2.171 bombas de gran potencia. Un mes después se arrojaron más. En Braunschweig murieron cinco mil personas en «una gran vorágine de fuego» el 15 de octubre. Siete mil sucumbieron en Heilbronn (una décima parte de la población) durante los ataques de comienzos de diciembre. Las bombas de espoleta retardada mantenían a raya a los equipos de rescate mientras las llamas hacían estragos por la ciudad de entramado de madera. Entre los muertos había centenares en

los sótanos donde las bombas de ventilación habían absorbido monóxido de carbono hacia el interior. Goebbels anotó en su diario: «Una gran ciudad industrial en llamas de un extremo a otro es una horrible visión». Proclamó la «Semana de la Cordialidad», instando a la amabilidad cívica.⁹⁶

Incluso desde la costa holandesa los pilotos podían ver Colonia envuelta en llamas, escribió el novelista y poeta W. G. Sebald, como «una mancha ardiente en la oscuridad, como la cola de un cometa inmóvil». En los muros de los apartamentos carbonizados se escribían los nombres de los antiguos propietarios, con cruces al lado de los muertos. Según el historiador Jörg Friedrich, los supervivientes recibieron 210 marcos del Reich para cubrir los costos de enterrar a sus muertos. Helmut Kohl, el futuro canciller alemán que en 1944 tenía catorce años, describió la recogida a paladas de los escombros de una casa destruida cerca de Mannheim cuyos residentes habían muerto asfixiados en el sótano: «Yacían allí con las caras azules». La policía destinada a trabajar en las funerarias y cementerios se fortalecía con alcohol. «¿Te acuerdas de que cuando estábamos en la escuela leíamos “La campana” de Schiller?» escribió una muchacha de Hanover a un cabo de las SS en el frente. «“Al hombre le corresponde salir a la vida hostil”. Entonces no pensábamos demasiado en ello... Monótona y alegremente pasamos nuestros mejores años, enterramos nuestra juventud.»⁹⁷

Y no cesaba, miles de toneladas de bombas incendiarias y de gran potencia caían casi cada noche y cada día, semana tras semana, mes tras mes. Madres perturbadas que no querían abandonar a sus hijos muertos cuando evacuaron Hanover arrastraban los cadáveres calcinados o asfixiados en maletas de cartón. Un piloto de caza en Krefeld informó: «El calor era tal que no podíamos tocar el metal de nuestros cascos». Un ataque de la RAF en Darmstadt que duró una hora desató un infierno de llamas al que tuvieron que acudir 3.000 bomberos con 220 camiones de toda la región. «Personas ardiendo pasaban corriendo como antorchas vivas», informó un testigo, «y escuché sus últimos gritos imposibles de olvidar». Entre los muertos había nudos de seres humanos tan inextricablemente fundidos por la acción del fuego que se necesitaban herramientas para separar los cuerpos para ser enterrados. Las enfermeras empapaban las sábanas de los quemados en aceite de ensalada como paliativo. Un superviviente escribió: «Vi a un hombre que arrastraba un saco del que asomaban cinco o seis bultos como si fueran coles. Eran las cabezas de su familia, una familia entera, a la que había encontrado en el sótano».⁹⁸

Aquí estaba la tempestad aniquiladora: aquel torbellino, aquella espiral de llamas, aquel destructor de mundos. «La destrucción continuará —escribió un hombre en Berlín— hasta que el mundo se haya desangrado hasta la muerte.»⁹⁹

«La Providencia decreta y nosotros debemos obedecer»

Después de avanzar casi seiscientos cincuenta kilómetros al mes siguiente de la invasión del sur de Francia, el gigantesco Dragón tan solo había ganado veinticuatro kilómetros en las seis semanas siguientes. A mediados de noviembre quedó inmovilizado a lo largo de la ladera occidental de los Vosgos: como había temido Lucian Truscott, el hecho de no conseguir forzar la brecha de Belfort cerca de la frontera suiza permitió que el XIX Ejército alemán, deteriorado como estaba, ofreciese resistencia. Nueve divisiones enemigas debilitadas se extendían en posición elevada a lo largo de un frente de ciento treinta kilómetros desde Suiza hasta el canal del Rin-Marne. Frente a ellos estaba el VI Grupo de Ejércitos, creado formalmente en septiembre a partir de dos ejércitos: el VII de Patch a la izquierda, en el norte, y el I francés de De Lattre a la derecha, en el sur. El traslado que hizo Eisenhower del XV Cuerpo del III Ejército al VII, con gran enojo por parte de Patton, dotó a la hueste franco-americana de cuatro cuerpos, casi medio millón de hombres. Ahora se preparaban para lo que se describió como «la primera travesía de los Vosgos de la historia bajo condiciones de batalla invernal».¹⁰⁰

Pocos podían sentirse optimistas. El macizo de los Vosgos se alzaba amenazador como un glacis de granito de cuarenta y ocho kilómetros de profundidad y ciento doce de ancho; hendida por unos pocos pasos, la cordillera tenía una vegetación tan densa que a un veterano de Guadalcanal como Patch le recordaba los combates en la jungla. «Montañas, bosques y lluvia son cosas que ya no me gustan, por lo menos en una guerra», escribió a su esposa John Dahlquist, comandante de la 36.^a División, en noviembre. «Pero muy probablemente veré muchas de estas cosas antes de terminar, por lo tanto más me vale verlas desde un punto de vista filosófico.» Los veteranos de Italia de las 36.^a, 45.^a y 3.^a Divisiones no tenían estómago para otra campaña de invierno en las tierras altas, y se informó de «un alarmante letargo físico y mental» en un regimiento por lo menos.¹⁰¹

Aquella temporada se había caracterizado por el agotamiento y la desertión: se calificaba a los reemplazos de «ineptos y mal entrenados», y el barro era tan profundo que incluso las pistas de aterrizaje de los aviones de observación tuvieron que cubrirse de troncos pintados de color verde musgo. El pie de trinchera, la congelación, las minas y las trampas para osos de mandíbulas de acero colocadas por los alemanes se sumaban al sufrimiento. La primera nevada había caído el 27 de octubre, y los GI embadurnaron las costuras de sus tiendas con vaselina en un vano esfuerzo por mantenerse secos. Los uniformes de invierno llegaron tarde a pesar de que aterrizaron en Dijon envíos de emergencia a bordo de B-24. Seiscientos mil hombres y casi un

millón de toneladas de material habían llegado a través de Marsella y Toulon y de las playas de la Costa Azul a comienzos de noviembre. Sin embargo, el largo recorrido hasta el frente, diversos errores de cálculo y un emergente mercado negro en los puertos franceses (el 20 % del cargamento desembarcado en Marsella fue robado, a menudo por contrabandistas del ejército), fueron los causantes de la escasez de alimentos, munición y combustible.¹⁰²

«Querida familia», escribió la teniente June Wandrey, una enfermera del VII Ejército:¹⁰³

Si el suicidarse no fuera en contra de la tradición familiar, lo haría, pues allí donde fuera estaría más caliente que aquí... Estoy cansada de los ruidos de la guerra, del trauma de guerra, del insomnio de guerra, del hambre de guerra...Nuestro cocinero trabajaba en una funeraria en la vida civil. Embalsama toda nuestra comida.

La estación también había estado marcada por el habitual desaliento, un recordatorio de que a pesar de que en el conflicto global perecieron millones, morían de uno en uno. Entre los que cayeron a finales de octubre estaba el asistente de Dahlquist, el teniente Wells Lewis, hijo del novelista Sinclair Lewis ganador del premio Nobel. El joven Lewis, un licenciado de Harvard conocido como H. G. Wells, murió en brazos de Dahlquist tras recibir un disparo en la cabeza de un francotirador. «Hace más de dos años que vi a mi hijo por última vez», escribió su madre a Dahlquist. «Para un soldado morir en los brazos de su general está en la gran tradición, un símbolo literario que sé que el propio Wells apreciaría».¹⁰⁴

La misma semana cayó bajo el fuego antitanque el único hijo de Patch, el capitán Alexander M. «Mac» Patch III, capitán de compañía de la 79.^a División que había vuelto al combate cuatro días antes tras recuperarse de una herida de bala en el hombro sufrida en Normandía. El general Patch ordenó que trajeran el cuerpo de Mac a su cuartel general en Épinal. «Hasta pronto, hijo», dijo ante la tumba abierta, luego murmuró: «Bueno, ahora ya no tiene ni frío, ni hambre, ni está mojado».¹⁰⁵

Dos semanas más tarde Patch escribió a su esposa, Julia: «He estado temiendo tu primera carta después de que tuvieras noticias mías. Ha llegado hoy». Continuaba:¹⁰⁶

Tú, y solo tú, sabes cuán profundo es mi pesar... Es nuestro dolor privado, estrictamente privado. De nadie más. Mi peor momento ha terminado. Fueron los días posteriores a la muerte de Mac, cuando seguía recibiendo cartas tuyas, cartas tan felices... En aquellas cartas me decías que por favor no le dejase volver a su puesto demasiado pronto. Y yo no lo podía soportar, sabiendo que aquello era precisamente lo que había hecho. Nunca podré perdonármelo.

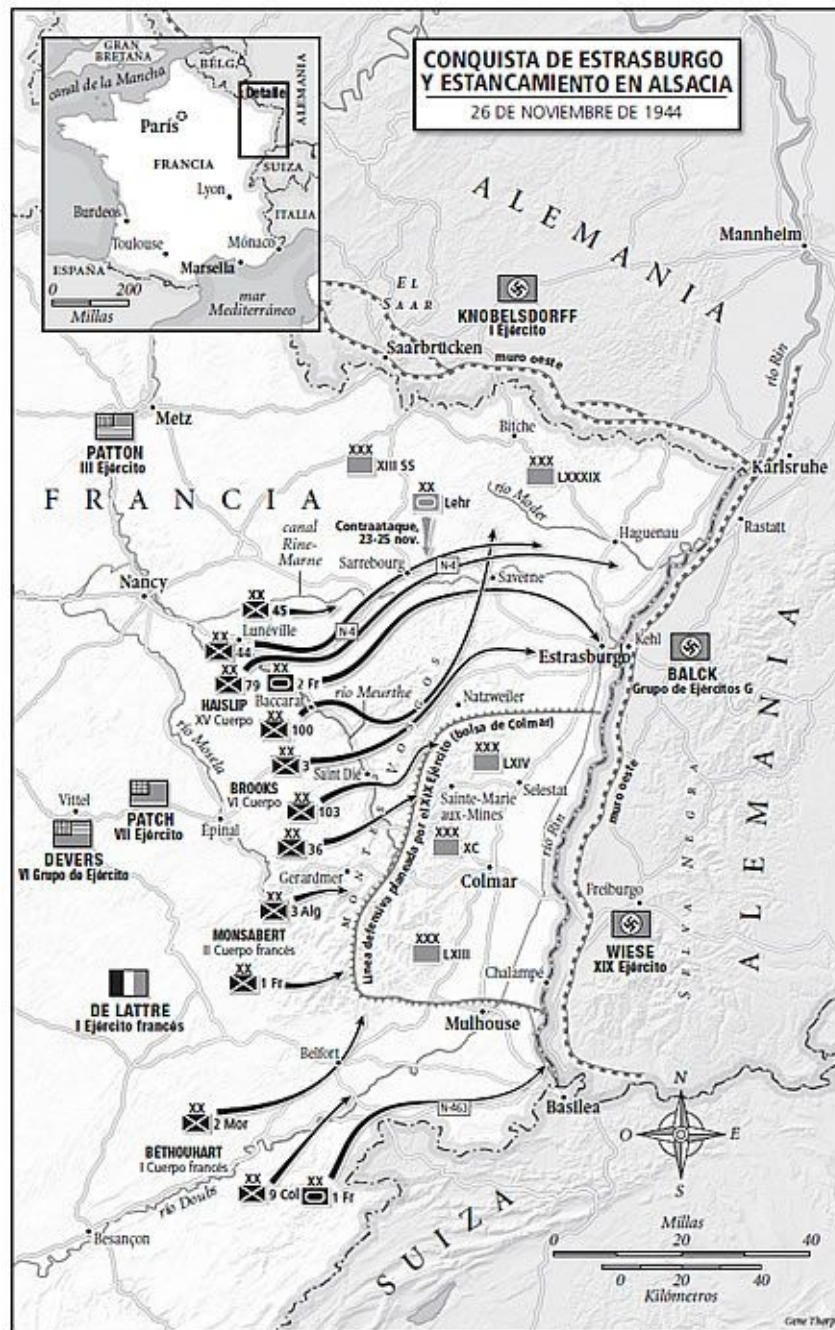
«No puedo ni debo permitirme continuar obsesionado por nuestra irreparable pérdida», le dijo. «Mientras escribo, las lágrimas brotan de mis ojos... La Providencia decreta y nosotros debemos obedecer.»¹⁰⁷

El buen soldado no aflojó, pero Omar Bradley escribió más adelante que «el efecto psicológico que sufre Patch es tan devastador que incluso perjudica su efectividad como comandante del ejército». Reflexionando sobre la pérdida sufrida por Patch, el general Dahlquist le dijo a su esposa: «Escapa a toda comprensión que el ser humano pueda soportar tanto».¹⁰⁸

La ciudad de Baccarat había sido liberada a finales de octubre y sus famosas piezas de cristal fueron capturadas intactas, incluyendo un elegante servicio encargado por Hermann Göring que fue confiscado por los oficiales aliados para tomar champán. Dahlquist trajo también 380.000 litros de cerveza de una cervecería francesa y los ingenieros instalaron sifones para extraerla y repartirla a las tropas. Se hicieron muchos brindis: a los muertos, a los vivos, a la propia vida veleidosa. «Ha empezado a llover de nuevo», escribió Dahlquist a casa, «y cómo lo odio. Hace el trabajo diez veces más difícil».¹⁰⁹

La perpetua fricción con los franceses hacía las cosas todavía más difíciles. El general De Lattre de Tassigny, aquel animal de acción, luchaba por convertir a su cuarto de millón de hombres en un ejército en vez de una turba. «Nuestros soldados africanos se sintieron perdidos en los bosques oscuros», escribió después De Lattre. Las tropas coloniales todavía con los uniformes de verano «no estaban equipadas para el clima de invierno», añadió, y son vulnerables al pie de trinchera; algunos soldados franceses llevaban zapatos de madera. Por orden de De Gaulle, muchos soldados de las colonias fueron enviados a la retaguardia para hacer sitio a los irregulares inexpertos de las FFI. Este *blanchiment*, o blanqueamiento, tenía por objeto alimentar la unidad nacional francesa: De Gaulle quería también aliviar a las tropas africanas, que habían cargado con un peso desproporcionado en la lucha de Francia en el Mediterráneo, y al mismo tiempo poner bajo control militar a unos 400.000 combatientes de la Resistencia, muchos de ellos comunistas. Los soldados coloniales habían constituido más de la mitad de los efectivos del ejército francés; ahora su aportación disminuiría a un tercio aproximadamente. Los senegaleses y los cameruneses salían ahora de los Vosgos cojeando, entregando sus rifles, cascos y abrigos a los franceses blancos que trotaban hacia la línea. Aquella «cruzada» por el amor propio de los franceses, como De Lattre la denominaba, añadió unos 137.000 maquis al I Ejército francés, una «fuerza enérgica y tumultuosa» con pocas habilidades de combate y exiguo apoyo logístico. De Lattre se encontró librando lo que denominó «una batalla contra la escasez, la anarquía y la complacencia».¹¹⁰

La Base 901, la organización de abastecimiento francesa, contaba a finales de otoño con mil doscientos hombres y doscientos vehículos. Los logistas americanos calcularon que un ejército de ocho divisiones debería tener más de 100.000 soldados de apoyo, pero De Lattre nunca llegó a tener siquiera una tercera parte de esta cifra. Por consiguiente, confiaba en los americanos, con todas las patologías que la dependencia engendraba, para todo lo que necesitaba, desde el cuarto de litro de vino que incluía en las raciones de los franceses hasta los cuatro kilos de avena molida, los seis kilos de heno y el medio kilo de sal diario necesario para una mula de montaña. Para cada soldado francés en Europa, el Ejército de los Estados Unidos facturaba a De Gaulle 6, 67 dólares al día en costes de apoyo.¹¹¹



17

Los roces franco-americanos se fueron intensificando a medida que se acercaba el invierno. Cuando solo pudieron encontrarse 25.000 uniformes para las tropas francesas en un almacén canadiense en Argel, De Lattre anunció que si sus hombres no recibían ropas de lana, él se vería «obligado a retirarlos del combate». Escribió al cuartel general del VI Grupo de Ejército: «Este ejército ha sido discriminado... de forma gravemente perjudicial para su vida y para sus capacidades de acción». El I Ejército francés, esgrimía, recibía menos de un tercio de la munición, combustible y raciones proporcionadas al VII Ejército, provocando una «asfixia en la primera línea

de frente». Los intendentes negaron vehementemente la alegación y replicaron que las imprudentes tropas francesas habían estropeado tres mil tiendas piramidales a la vez cuando la lona era «extremadamente indispensable». Un general americano escribió sobre De Lattre: «Lanza estas diatribas dos veces por semana, y entonces parece perder los papeles». Un berrinche inoportuno, escenificado en presencia de George Marshall que estaba de visita, lanzaba acusaciones de que el VI Cuerpo de Truscott había robado gasolina asignada a los franceses. El jefe del Estado Mayor salió. Más tarde, se acercó a De Lattre pálido de furia. «Estuviste de celebración hasta el final. Llegaste tarde absolutamente a todo. Criticaste a Truscott, que es un luchador y no un charlatán», dijo Marshall. El jefe terminó con el peor epíteto que pudo conjurar: «Tú eres un político».¹¹²

«Nuestro deber era», explicó después De Lattre, «estar descontentos».¹¹³

Ahora Truscott se había marchado, en un principio convocado por Eisenhower para organizar el nuevo XV Ejército como fuerza de ocupación —«No te gustará», le advirtió el comandante supremo— pero después fue enviado repentinamente al mando del V Ejército en Italia, después de que el general Mark W. Clark se hiciese cargo allí de todas las fuerzas aliadas. En una ceremonia de despedida en los Vosgos, una orquesta interpretó *The Dogface Soldier** mientras las lágrimas recorrían las rudas mejillas de Truscott. Su sucesor en el cargo de comandante del VI Cuerpo fue el general de división Edward H. Brooks, un oriundo de Nueva Inglaterra que había estado al frente de la 11.^a y la 2.^a Divisiones Blindadas.¹¹⁴

Tras la partida de Truscott, la figura dominante en el frente del sur fue el oficial que orquestaría la ofensiva para abrir una brecha en los Vosgos: el teniente general Jacob Loucks Devers, comandante del VI Grupo de Ejércitos. Devers, que tenía cincuenta y siete años, era nieto de un herrero e hijo de un joyero de York en Pensilvania. Allí, el joven Jake se subía cada domingo con su padre a una escalera de mano para cerciorarse de que el reloj del juzgado de la calle East Market marcaba la hora exacta. Fue compañero de clase de Patton en West Point, jugaba a béisbol, baloncesto y *lacrosse*, y después volvió para enseñar matemáticas. El anuario de la academia lo describía como «listo» (algo siempre sospechoso en el ejército) y «un muchacho extremadamente serio con tendencias puritanas». Buen artillero y dotado administrador, Devers, como De Lattre, era uno de los oficiales más jóvenes de su ejército que había llegado a general, saltando por encima de casi quinientos coroneles más mayores al conseguir su primera estrella en 1940. Siendo jefe de la fuerza blindada durante dos años, contribuyó a la modernización de una división de tanques plagada de tradicionalistas nostálgicos de los caballos. («He cometido muchos errores hoy», solía decir a sus subordinados durante las maniobras. «Y vosotros también.»)

Con Marshall y McNair como valedores, en mayo de 1943 se convirtió en comandante de las fuerzas estadounidenses en Europa hasta el regreso de Eisenhower a Londres para Overlord, siendo entonces Devers empaquetado y enviado al Mediterráneo como comandante de las fuerzas que ahora formaban el ala derecha de los ejércitos aliados en el noroeste de Europa.¹¹⁵

Capaz y decidido, tenía la habilidad de provocar la enemistad de sus iguales. Quizás fuera su descarada ambición; se decía que cuando Marshall lo nombró para formar parte de una comisión que debía recomendar a los oficiales generales merecedores de ser ascendidos, Devers se puso el primero de la lista. Quizás fuera su sonrisa excesivamente entusiasta, el semblante «de un muchacho que no ha crecido», como apuntó un general británico. Él y Mark Clark se odiaban mutuamente hasta el punto de no hablarse, y el compañero de clase de Devers, Patton, le tenía por «un hombre de muy pequeño calibre». Según la valoración de Beetle Smith, «Devers habla demasiado y no se preocupa de lo que dice». Bradley lo condenó sin miramientos calificándolo de «excesivamente charlatán... egoísta, superficial, intolerante, no muy listo, y demasiado dado a actuar prematuramente y sin reflexionar».¹¹⁶

Todavía peor, según una entrada reciente del diario de Patton después de una conferencia en París, «Ike le odia». El comandante supremo sin duda albergaba viejos resentimientos: la reticencia de Devers en 1943 de desplazar escuadrones de bombarderos de Inglaterra a África del Norte había desagradado a Eisenhower, lo mismo que su negativa un año después de sacar a Truscott del Mediterráneo para Overlord. «E. dice que [Devers] habla mucho pero que nunca va al grano», escribió Kay Summersby en su diario. Devers sacó a la luz al E. conspirador, quien le dijo a Marshall: «No tengo nada en absoluto contra el general Devers», pero admitió que antes había albergado un «sentimiento incómodo» hacia él. Cuando Marshall le pidió a Eisenhower que evaluara a treinta y ocho generales americanos en Europa, Devers ocupaba el número veinticuatro en la lista del comandante supremo y obtenía los únicos comentarios peyorativos del grupo:¹¹⁷

Entusiasta pero a menudo impreciso en las declaraciones y evaluaciones; leal y enérgico... Hasta el momento, no ha suscitado entre los rangos superiores de la organización americana el sentimiento de confianza y lealtad tan necesario para el éxito continuado.¹¹⁸

Eisenhower subestimó a Devers. El gran aviador estadounidense del Mediterráneo, el teniente general Ira C. Eaker, le consideraba «el comandante más capaz que he visto en la guerra». Entre otras habilidades, a Devers solo le superaba Eisenhower en su habilidad de reconciliar diferencias nacionales y forjar una efectiva

coalición militar aliada. A pesar de que en su diario reconocía que De Lattre «es un hombre muy difícil de manejar, escucha solo lo que quiere escuchar [y tiene] una personalidad temperamental que causa más problemas entre su propio estado mayor y sus tropas que los que nos causa a nosotros», Devers mostraba un firme tacto cuando trataba con un guerrero al que reconocía como «un gran líder inspirador», aunque «nunca conseguí aprender a pronunciar aquel nombre». De Lattre no hablaba inglés, y el francés había sido la peor asignatura de Devers en West Point, pero ambos compartían lo que Devers denominaba «aquel lenguaje común: el gesto y la sonrisa». Mucho más práctico era que Henry Cabot Lodge, Jr., un antiguo senador de los EE. UU. que había sido escolarizado en Francia y que ahora llevaba un uniforme de teniente coronel, sirviera de enlace entre ambos.¹¹⁹

En cuanto a sus compatriotas, Devers mostraba más que ingenuidad. En noviembre describió en su diario a Bradley como «el mismo buen carácter de siempre»; de hecho había modelado su cuartel general a semejanza del XII Grupo de Ejércitos, al que admiraba. Aunque se inquietaba, en una carta a su esposa, por posibles «enemigos» en el SHAEF y por «la deslealtad que persiste», creía que Eisenhower y Smith eran amigos, «a su manera». No obstante, incluso su notoria sangre fría y la sonrisa demasiado fácil a veces se desvanecían cuando sus tropas se preparaban para lanzarse a los Vosgos. «Nadie más que un loco de remate haría lo que estoy a punto de hacer», les dijo a sus subordinados. «Por esta razón les cogemos por sorpresa: no nos estarán esperando». Un oficial del Estado Mayor cercano a Devers concluyó: «Está más solo que el diablo».¹²⁰

Las órdenes del SHAEF conminaban al VI Grupo de Ejércitos a hacer de escudo del flanco sur de Bradley, a destruir al enemigo en Alsacia al oeste del Rin, a romper la Línea Sigfrido y a asegurar los cruces del río cerca de Karlsruhe y Mannheim, a 64 y 113 kilómetros al noreste de Estrasburgo respectivamente; todo ello para secundar el plan de Eisenhower de limpiar la margen izquierda del Rin desde Suiza hasta Nijmegen antes de penetrar en Alemania en 1945. En privado, los que trazaron aquel plan en Versalles esperaban poco del frente sur, dadas las dificultades de las últimas seis semanas. Ahora nuevas unidades, cuya sangre no había sido derramada, engrosaban la fuerza americana, incluyendo la 100.^a y 103.^a Divisiones de Infantería y la 14.^a División Blindada, por no mencionar a aquel tropel de aficionados inexpertos de De Lattre.¹²¹

Devers tenía mayores ambiciones. Se creía que el ejército alemán estacionado a lo largo de los Vosgos tenía una fuerza equivalente solo a cuatro divisiones de infantería y dos divisiones *panzer*. El general calculó que una ofensiva lanzada a

mediados de noviembre podría penetrar en la llanura de Alsacia y llegar al Rin en dos semanas, antes de desplazarse hacia el norte para aislar el Saar. Una urgencia vengativa se había apoderado ahora de los franceses: los alemanes habían empezado las represalias de tierra quemada, llevándose a cuantos alsacianos estuvieran en buenas condiciones físicas entre dieciséis y sesenta años al otro lado del Rin como trabajadores forzosos, mientras las brigadas de las SS quemaban granjas, aldeas y pueblos antes que dejar refugios invernales a los aliados. «No os quedéis parados en aquellas montañas», advirtió Devers a sus subordinados. «Nunca saldréis de ellas.»¹²²

De Lattre movió primero, atacando el jueves 14 de noviembre, después de que una intensa nevada crease lo que él mismo describió como «un paisaje escandinavo». Una serie de engaños, incluyendo falsos puestos de mando y un anuncio de que las tropas francesas tendrían permisos a mediados de noviembre, indicaban que el ejército o bien tenía proyectos en los Altos Vosgos al norte o se retiraba a los cuarteles de invierno. Todo lo contrario, De Lattre envió convoyes oscurecidos que transportaban a su I Cuerpo siguiendo el curso del río Doubs cerca de la frontera suiza. Una cortina de fuego de la artillería que duró dos horas cogió desprevenidos a los alemanes, y la infantería francesa se lanzó al ataque al mediodía. Dos divisiones a ambos lados del Doubs avanzaron hacia el norte por la brecha en Belfort, que desgajaba los Vosgos de las montañas del Jura y los Alpes suizos al sur. Fusileros marroquíes mataron a un comandante de división alemán que había quedado atrapado en el río por la cortina de fuego de la artillería: sus efectos incluían un mapa y notas que detallaban las posiciones defensivas del flanco derecho alemán.¹²³

El jueves, los tanques franceses fueron «decisivos en todas partes», informó De Lattre. Los artilleros alemanes que disparaban obuses capturados a los rusos tenían poca munición, y treinta nuevas armas antitanque de 88 mm llegaron sin miras y sin otros componentes vitales. Entre las pocas reservas consignadas a la línea que se desmoronaba había fusileros pedaleando por la nieve en bicicletas y un *Ohren-Bataillon* de soldados sordos. Las tropas de choque francesas invadieron como un enjambre la ciudad de Belfort, sorprendiendo a los panaderos de la Wehrmacht con sus bandejas de masa. Tres columnas de tanques franceses con luces encendidas retumbaban al este por la autopista N-463, y a las 18:30 h del domingo 19 de noviembre, una patrulla de la 1.^a División Blindada llegaba al Rin de aguas azul pizarra, cuarenta y ocho kilómetros al este de Belfort y a seis kilómetros de la frontera suiza. Las baterías, llenas de júbilo, lanzaron unos cuantos proyectiles al otro lado del río, la primera artillería francesa que caía sobre suelo alemán desde 1940.¹²⁴

Tras haber renunciado a una importante cuña de territorio en el sur de Alsacia a pesar de las órdenes de Hitler de no ceder ni un centímetro, el XIX Ejército se endureció aunque tardíamente. La confusión en las filas francesas contribuyó a ello. Mientras un extenuado destacamento se dirigía hacia el norte remontando el Rin hacia el puente de Chalampé, otras fuerzas ansiosas por liberar a sus hermanos alsacianos se lanzaron hacia Mulhouse, once kilómetros al oeste del río. Capturaron a veinte trabajadores alemanes del *Feldpost* a punta de pistola mientras separaban el correo militar el lunes por la mañana, y otros sesenta que dormían profundamente se rindieron en sus catres. No obstante, tropas de las Waffen-SS y una brigada de nuevos Panthers enviados directamente de la fábrica de Núremberg reconstruyeron la línea enemiga. El combate encarnizado en Muhlhouse duró cuatro días; al sur de Chalampé, un contraataque el jueves 23 de noviembre vapuleó a los franceses justo a cinco kilómetros del puente. Las fuerzas de De Lattre no se acercarían más durante los dos meses y medio siguientes: tras capturar a quince mil alemanes a un precio de nueve mil bajas, el I Ejército francés era, por el momento, una fuerza amortizada.¹²⁵

Las esperanzas de abrir una brecha decisiva residían ahora en las ocho divisiones del VII Ejército que abarrotaban el ala izquierda de Devers. Allí, donde los Altos Vosgos descendían hacia los Bajos Vosgos, la brecha de Saverne proporcionaba en el norte un contrapunto topográfico a la brecha de Belfort en el sur. Con apenas noventa metros de ancho en algunos puntos, por el desfiladero discurría la principal línea férrea hacia Estrasburgo, así como el canal Rin-Marne y un antiguo balasto, descrito por un escritor de viajes decimonónico como «una de las obras maestras del hombre». Doce mil soldados de infantería de un par de divisiones del XV Cuerpo del general de división Wade Haislip se habían estado consumiendo en los accesos occidentales de la brecha desde el 13 de noviembre, más allá de las derruidas trincheras de la primera guerra mundial y de las coníferas dobladas bajo el peso de la nieve. Cuatro líneas defensivas alemanas aguardaban al otro lado de la brecha, con unos pocos miles de *Volksgradiers* retenidos allí por la amenaza de las represalias de las SS, creando lo que la inteligencia del VII Ejército llamaba «moral de sustitución».¹²⁶

El 19 de noviembre, la potencia de fuego americana empezó a hablar. El bombardeo «dejó el bosque como la barba rala de un viejo», y podía verse la silueta de los alemanes en retirada a través de las casas en llamas que ellos mismos habían incendiado. Aquel domingo, mientras los hombres de De Lattre se lanzaban al Rin, la 44.^a División caminó durante catorce kilómetros por la autopista N-4 y la 79.^a División justo al sur se abrió paso hasta Sarrebourg. Aparecieron los tricolores. Los policías franceses se pusieron los uniformes que estaban escondidos desde hacía cuatro años. Se oían gritos de «*jKamerad!*» de más alemanes que se rendían, entre

ellos artilleros invadidos antes de que pudieran disparar sus cañones. La lluvia se convirtió en nieve y después otra vez en lluvia: «tan copiosamente como nunca he visto llover en ninguna parte», anotó Devers en su diario el lunes. Pero ni siquiera el tiempo más inclemente salvaría la línea alemana ahora rota sin posibilidad de recuperación.¹²⁷

Por la brecha abierta con el esfuerzo de la infantería pasó un familiar espadachín con un quepí y empuñando un bastón de malaca. En agosto, la 2.^a División Blindada francesa del general Philippe Leclerc había capturado París; ahora, destinado al XV Cuerpo, Leclerc contemplaba otra *ville* esclavizada que necesitaba ser liberada. Durante su anábasis en África casi tres años antes, él y sus guerreros habían hecho un dramático juramento tras capturar la guarnición italiana de Kufra: «Juramos no deponer las armas hasta que nuestros colores, nuestros hermosos colores, ondeen en la catedral de Estrasburgo». Durante los últimos días, entre cabezadas en el suelo del salón de un *château* rústico, Leclerc había estudiado mapas de las pistas forestales y senderos rurales que se extendían por la llanura alsaciana, con los ojos entornados y los labios prietos. «Vence al diablo», le dijo finalmente Haislip. «Leclerc, este es tu país. Estrasburgo es tuya.»¹²⁸

Entonces, *en avant* otra vez. Perseguidos por la vanguardia francesa en tanques Sherman, arcones de municiones alemanes tirados por caballos y cureñas de cañones se movían a trompicones recorriendo una curva cerrada tras otra en dirección este a través de la brecha de Saverne. «Los intrépidos caballos galopaban tan rápido como podían», relataba un testigo.¹²⁹

Llegaron a otra curva y entonces, bajo el fuego *staccato* de las ametralladoras, se vieron abandonados en cuestión de segundos por los pelotones de artillería y conductores alemanes. Los equipos, huyendo a la desbandada, fueron alcanzados por los blindados, que procuraron no inmovilizarlos en medio de la carretera.

Los tanques franceses alcanzaron a los huidos y arrinconaron a quince cañones y a más de cincuenta reclutas en la cuneta en una maraña de patas equinas relinchando y ruedas de carros dando vueltas. A medida que los soldados enemigos iban saliendo de los matorrales con las manos en alto, el capitán del destacamento francés llamó por radio a Leclerc: «Ahora estoy exultante». Entre los ochocientos prisioneros capturados en la ciudad de Saverne el 22 de noviembre había un general alemán, que fue descrito como «tieso y enguantado, envuelto en su abrigo largo de cuero». Conducido a la fuerza ante Leclerc, puntuaba sus frases con una ligera inclinación del torso mientras insistía en que «No todo está perdido».

Tout au contraire. «Avanzad sin perder un segundo», ordenó Leclerc, y a las 07:15 h del jueves 23 de noviembre, día de Acción de Gracias, cinco columnas de Shermans y carros blindados avanzaban hacia Estrasburgo bajo una incesante lluvia. «Marchamos rugiendo a través de las llanuras», informó un oficial de enlace americano. Dieciséis bastiones con nombres de semidioses marciales como Foch y Ney guardaban los accesos occidentales de la ciudad, pero sin sus cañones pesados y sus reservas alemanas carecían de dientes. A las 10:30 los tanques franceses penetraron y se dispersaron por la ciudad de Estrasburgo, ametrallando a los sorprendidos oficiales de la Wehrmacht mientras cargaban sus berlinas o miraban escaparates con sus esposas en las avenidas. El ensordecedor fuego de los 75 mm destrozó siete cañones antitanque cerca del Parc de la Citadelle antes de que los equipos alemanes pudieran disparar una sola vez, y los obuses franceses lanzados desde un parque de la ciudad devolviendo el fuego a las baterías enemigas del otro lado del río «hicieron saltar hasta la calle los cristales de las ventanas», según *The New York Times*. Un mensaje de radio encriptado notificaba a Leclerc, «*Tissu est dans iode*»: la tela está en iodo. La vanguardia francesa avanzaba a través de Estrasburgo hacia los puentes del Rin.¹³⁰

Mientras la lluvia tamborileaba sobre su quepí, Leclerc se dirigía ahora hacia la ciudad en un jeep descapotado con una escolta de tanques ligeros, camiones semioruga y setenta hombres. A través del aguacero divisó la aguja de arenisca rosa de la catedral de Estrasburgo, aquel «frondoso árbol de Dios que se eleva sublime» de Goethe, que con casi 153 metros fue durante más de dos siglos el edificio más alto del mundo. Una bandera tricolor ondeaba en el pináculo. «Ahora ya podemos morir», murmuró Leclerc.¹³¹

Todavía no. Un ingeniero alemán hecho prisionero fue forzado a telefonar a su cuartel general al mediodía del jueves con un ultimátum de rendición de parte de los franceses. Consiguió ponerse en contacto con el general Hermann Balck, el comandante del Grupo de Ejércitos G, solo para escuchar: «Si no deja inmediatamente sus actividades en Estrasburgo, su familia acabará en un campo de concentración». El Reich había perdido la mayor parte de la ciudad y un Hitler furioso amenazaba con degradar a todos los oficiales del XIX Ejército quitándoles un rango. Pero el puente del Rin que conducía a Kehl en la ribera alemana permaneció en manos enemigas. Blocaos y una efectiva línea rezagada, reforzada con fuego de mortero y artillería, detuvieron a los franceses a menos de 550 metros del río. El combate por la cabeza de puente occidental quedó estancado en un punto muerto, que

un oficial francés calificó de «sólido argumento de la artillería», con los alemanes negándose a retroceder los últimos ochocientos metros hasta territorio alemán, y Leclerc incapaz de acabar con ellos.¹³²

«Muchos muertos civiles en Estrasburgo», escribió un ingeniero americano en su diario. «Los niños siguen jugando en la calle como si nada hubiese ocurrido». Las fuerzas francesas y americanas acabaron barriendo los puestos avanzados aislados del enemigo, utilizando los parques de la ciudad y una cervecería como centros de confinamiento para los seis mil soldados de la Wehrmacht y quince mil civiles alemanes internados. «Uno a uno», decía un informe francés, «fuimos capturando el contenido humano del resto de fortificaciones, barracones, oficinas y hospitales.»¹³³

La liberación de Estrasburgo llevó consigo dos importantes descubrimientos. Cuarenta y ocho kilómetros al suroeste de la ciudad, en Natzweiler, los GI invadieron su primer campo de concentración. Gran parte de los siete mil internos todavía vivos habían sido evacuados hacia el este, pero quedaban amplias evidencias de las atrocidades. Construido en 1941, Natzweiler había albergado a franceses *résistants*, judíos, homosexuales y otros considerados socialmente inadecuados; muchos de ellos habían trabajado duro en las cercanas canteras de granito o en fábricas de municiones. Una cámara construida en un hotel contiguo se había utilizado para experimentos con gas venenoso, principalmente contra gitanos importados de Auschwitz, y se decía que las víctimas elegidas para el exterminio eran atiborradas de dulces y pasteles. Otros experimentos humanos tenían que ver con el tifus, la fiebre amarilla y el gas mostaza. Los cadáveres de los judíos gaseados eran transportados a docenas a un laboratorio anatómico de Estrasburgo para ser diseccionados o conservados en alcohol como parte de un estudio de las SS sobre «la inferioridad racial». Otros cuerpos eran cremados y, según consta, las familias tenían que pagar setenta y cinco marcos del Reich para recibir una urna de barro con las cenizas. Diecisiete mil prisioneros murieron en Natzweiler y sus campos satélites.¹³⁴

El segundo descubrimiento no fue menos portentoso. Pisando los talones de la punta de lanza blindada de Leclerc había una unidad de inteligencia americana cuyo nombre en clave era Alsos, que llevaba instrucciones secretas de los físicos J. Robert Oppenheimer y Luis W. Alvarez con pistas para investigar en el «programa Y»: el esfuerzo alemán de la bomba atómica. Evidencias descubiertas en París y en la fábrica Philips de Eindhoven apuntaban a la Universidad de Estrasburgo como centro clave de la investigación atómica. Los agentes de Alsos recorrieron laboratorios, oficinas y casas arrestando a cuantos físicos y químicos alemanes encontraron, y recuperando retazos de escritos científicos sin quemar embutidos en la chimenea de una estufa de

leña. Su principal objetivo, el físico Carl Friedrich von Weizsäcker, un íntimo colaborador del ganador del premio Nobel, Werner Heisenberg, estaba en Alemania, pero sus papeles, cálculos y correspondencia quedaron en Estrasburgo y fueron confiscados por los agentes.¹³⁵

Como más tarde escribió el teniente general Leslie R. Groves, Jr., director del Proyecto Manhattan, al SHAEF, las incautaciones de Estrasburgo proporcionaron «la información con datos más completa y creíble que hemos conseguido acerca de la naturaleza y alcance del esfuerzo alemán en nuestro campo. Afortunadamente se confirma nuestra conclusión de que los alemanes van ahora por detrás de nosotros». Muy por detrás: valoraciones altamente secretas encontraron que «el esfuerzo no es muy grande» y que «no se descubrió ninguna evidencia de trabajos con uranio a escala de producción». A pesar de la supuesta alta prioridad del programa Y, los documentos incautados ponían de manifiesto que los científicos alemanes habían sido obligados a archivar un «certificado de urgencia» pidiendo permiso para comprar «dos reglas de cálculo para llevar a cabo un proyecto de importancia militar». El coronel Boris T. Pash, el jefe de Alsos, informó que los interrogatorios y demás evidencias confirmaban que «los nazis no habían progresado en el desarrollo atómico tanto como lo había hecho nuestro propio proyecto a comienzos de 1941».¹³⁶

Leclerc y sus tenientes hicieron vivaque en el salón de baile del Kaiserpalast del siglo XIX, utilizado durante cuatro años como cuartel general de la Wehrmacht y, según un oficial de la 2.ª División Blindada, el único edificio de Estrasburgo al que «era agradable dar un nombre alemán por su pretencioso diseño». Los tenderos volvieron a poner los letreros de sus fachadas en francés, invirtiendo los cambios de 1940, pero el proceso de «des-anexión» sería prolongado y penoso. Más de medio millón de residentes de Alsacia y Lorena habían sido deportados a Alemania como obreros junto con otros 140.000 reclutados a la fuerza en el ejército alemán. Leclerc colgó carteles advirtiendo de que «por cada soldado francés muerto en la ciudad, serían ejecutados cinco rehenes alemanes», una amenaza rápidamente rechazada por Devers por constituir una violación de las convenciones de Ginebra. «Es innegable que los franceses odian con el mayor encono», escribió el oficial de inteligencia J. Glenn Gray. «Se alimentan de odio. Es todo muy extraño y horrible.»¹³⁷

Una ceremonia cerca de la catedral conmemoró el retorno de Estrasburgo a la soberanía francesa con repicar de campanas y el habitual canto de *La Marsellesa*, aunque el estruendo de los cañones antiaéreos acribillando a ocho intrusos de la Luftwaffe distrajo a los oficiantes. En un mensaje a De Gaulle, Leclerc anunciaba que el juramento de Kufra se había cumplido.¹³⁸

También Hitler hizo un juramento en una visita a Estrasburgo en 1940: «Nunca la devolveremos». El Führer también había cumplido su promesa. No había devuelto la ciudad. Los franceses la habían tomado.

Durante casi tres meses el VII Ejército se había preparado para saltar el Rin. Dos escuelas que enseñaban cómo cruzar ríos, en el Ródano y en el Doubs, instruyeron a los GI sobre los intrínquilis de la construcción de puentes, la táctica de balsas y transbordadores y a manejar lanchas de asalto en aguas bravas. Ochocientos operadores de motores fuera borda fueron entrenados y los ingenieros investigaron la capacidad alemana de generar inundaciones en el río, consiguiendo que los suizos les asegurasen en privado que las presas del curso alto estaban protegidas. El SHAEF rechazó una propuesta de capturar una cabeza de puente con dos divisiones aerotransportadas, pues Market Garden había empañado semejantes iniciativas, y ahora ocho batallones de infantería tenían la misión de tomar la otra orilla del río.¹³⁹

A pesar de que el puente desde Estrasburgo hasta Kehl permanecía en pie, aquella calzada solo conducía al laberíntico Schwarzwald, el Bosque Negro, por consiguiente hacía tiempo que los planificadores del VII Ejército habían localizado un enclave para la travesía en Rastatt, una ciudad alemana barroca cuarenta kilómetros más al norte. Las patrullas encontraron pocas defensas en aquel lugar del río y Devers, que puso en alerta a su cuartel general desapareciendo durante más de un día mientras interrogaba personalmente a los exploradores en los fondos boscosos más arriba de Estrasburgo, concibió un avance desde Rastatt hasta Karlsruhe, girando después hacia el oeste por detrás de los búnkeres de la Línea Sigfrido para atrapar así al I Ejército alemán entre Patch y Patton. Mientras los tanques de Leclerc retozaban por Estrasburgo, convoyes de 56 kilómetros de largo habían empezado a desplazarse hacia los puntos de encuentro a orillas del río con vehículos DUKW, equipamiento de construcciones de puentes y lanchas embutidas en los camiones. La noche de Acción de Gracias, los ingenieros de Patch le dijeron que podían cruzar el Rin con un preaviso de cuarenta y ocho horas.¹⁴⁰

Eisenhower no sabía casi nada de los planes de Devers. El viernes 24 de noviembre por la mañana, él y Bradley se desplazaron hasta los Vosgos tras una breve conferencia con Patton en Nancy. Encontraron a Devers y a Patch esperándoles en Lunéville a las 11:30 h; el pequeño convoy prosiguió a continuación por la autopista N-4 bajo una incesante lluvia durante unos cincuenta kilómetros hasta el puesto de mando del XV Cuerpo en Sarrebourg. Devers tenía un aspecto «feliz y aniñado como de costumbre», escribió el asistente de Bradley, el comandante Chester Hansen, aunque el semblante de «Patch era mucho más serio y parecía envejecido». Tras

comer con Haislip, a las dos de la tarde, continuaron hacia el sur otros cincuenta kilómetros, pasando por Baccarat hasta llegar al puesto de mano del VI Cuerpo en Saint-Dié, donde en 1507 se publicó la *Cosmographiae Introductio*, el libro que por primera vez utilizó el nombre de «América» para referirse al Nuevo Mundo. Ahora, las fábricas de textiles de Saint-Dié, los depósitos de madera y la iglesia del siglo XI no eran más que cenizas, saqueados por los demolicionistas alemanes con granadas incendiarias y dinamita. Los residentes con sus «rostros alsacianos cuadrados e impasibles» se agolpaban bajo la lluvia a lo largo de los muros carbonizados que antaño fueran sus casas, escribió Hansen. Eisenhower lo calificó de «uno de los espectáculos más abominables de destrucción gratuita que he visto jamás». ¹⁴¹

Un último tramo de sesenta y cinco kilómetros hacia el oeste condujo al convoy hasta el cuartel general del VI Grupo de Ejércitos en Vittel a las seis de la tarde. Reconfortados con una bulliciosa fiesta con abundante whisky escocés, los viajeros disfrutaron de una cena tardía en el elegante Hotel Heritage. Después del café, Devers llevó a Eisenhower y a Bradley a su suite en el ático, donde los tres hombres se sentaron a una mesa. ¹⁴²

El comandante supremo no se fue por las ramas. Aquella misma mañana Patton había solicitado la devolución del XV Cuerpo ahora en el VII Ejército, y Bradley le aseguró la transferencia de dos divisiones por lo menos para reforzar el frente de 112 kilómetros del III Ejército. A pesar de la toma de Metz, Patton permanecía confinado en la carretera y todavía no había llegado al Saar. ¹⁴³

«Está clavado en el barro, resistiendo a un bastión de hormigón», dijo Devers compadeciéndose. ¹⁴⁴

Eisenhower frunció el ceño. Los nuevos informes de un contraataque alemán desde el norte contra las tropas de Haislip eran inquietantes: setenta tanques de la *Panzer-Division Lehr* habían derrotado a soldados de la caballería mientras comían el pavo de Acción de Gracias, y solo el ataque masivo de la artillería y la oportuna ayuda de la 4.^a División Blindada de Patton pudieron abortar el avance enemigo. Eisenhower se quedó todavía más desconcertado cuando se enteró de que gran parte del VII Ejército se dirigía hacia el Rin en Rastatt. Una travesía allí, se lamentó, era «una forma infernal de llegar a Berlín». ¹⁴⁵

«Ike, estoy en el Haguenau, dirigiéndome hacia el norte», dijo Devers alzando la voz. «Lo tengo todo preparado en el bosque para cruzar allí el Rin. Al otro lado hay muchos fortines, pero no están ocupados.» ¹⁴⁶

«Aquellos fortines son como un muro de setos arbustivos», dijo Bradley.

«Brad, no tenemos un muro de setos arbustivos. Tenemos fortines, y los fortines no están ocupados», respondió Devers. «Podemos hacerlo con una fuerza mínima, como una incursión, y esto provocará un sinfín de problemas a los alemanes.»

La conversación continuó hasta la madrugada del sábado, el tono cada vez más ácido. Devers observó que el SHAEF había aconsejado aprovechar la ocasión para tomar las cabezas de puente del Rin. ¿Por qué echarse atrás ahora? ¿No sería mejor reforzar el VII Ejército en vez del III? ¿Acaso no era razonable pensar que el ejército de Patton debería ser transferido al VI Grupo de Ejércitos para que juntos pudieran envolver el Saar?

Devers se puso a chillar. El plan de Eisenhower de despejar toda la margen occidental del Rin antes de avanzar por la Alemania central no tenía sentido. ¿Tenía el SHAEF por objetivo destruir al enemigo o simplemente ocupar territorio? Sin embargo, Devers socavó su propio argumento describiendo el ataque a través del Rin en Rastatt no como un gran movimiento giratorio de un Grupo de Ejércitos, sino como una salida que tan solo sería «cuestión de horas». Además, lo equiparaba al esfuerzo de Patton en agosto de 1943, que realizó una trayectoria circular por detrás del enemigo con un desembarco anfibia con un solo batallón en la costa norte de Sicilia en Brolo: una analogía poco afortunada puesto que la operación había sido una calamidad.¹⁴⁷

Eisenhower se mantuvo inflexible, de hecho ya había tomado una decisión días antes. Los avances a través de Alsacia, aunque bien recibidos y aplaudidos, estaban «lejos del Ruhr», observó, y un cruce del Rin por aquí no conduciría en absoluto a «ninguna zona decisiva». Cansado de discutir, dio órdenes explícitas a Devers: el VII Ejército daría inmediatamente la vuelta hacia el norte, al oeste del Rin, mientras los franceses acababan de expulsar al enemigo de Alsacia por debajo de Estrasburgo. Aunque, según consta, «con un enfado de narices» por la obstinación de Devers, Eisenhower ofreció un compromiso, diciéndole que el XV Cuerpo permanecería bajo el VI Grupo de Ejércitos e incluso sería reforzado con otra división blindada.¹⁴⁸

Los tres generales se retiraron para dormir unas pocas horas, ninguno de ellos contento. Las órdenes se ejecutaron a la mañana siguiente. El sábado, el memorándum X-376 del Estado Mayor del VII Ejército notificaba a los comandantes que el plan «ha cambiado recientemente. Por el momento no se contempla ninguna travesía del Rin y la dirección del avance girará hacia el norte por los Vosgos y seguirá paralelo al Rin». La Carta de Instrucción n.º 3 del VI Grupo de Ejércitos ordenaba al I Ejército francés la eliminación de los últimos alemanes que quedaban en la orilla oeste del río, con la 2.ª División Blindada de Leclerc dirigiéndose hacia el sur desde Estrasburgo bajo el mando de De Lattre. Los planificadores del SHAEF empezaron a urdir un ataque

conjunto de Patton y Patch, mientras anotaban que «aunque una ofensiva conjunta del III y del VII Ejércitos no es el sector más importante del frente, sí ofrece la mejor oportunidad de respuestas rápidas y la puesta en marcha otra vez de la principal ofensiva». ¹⁴⁹

Devers confesó en su diario: «La decisión de no cruzar el Rin fue un revés tanto para Patch como para mí, porque estábamos realmente preparados». ¹⁵⁰

Incluso la historia oficial del ejército, publicada medio siglo después de los acontecimientos y poco dispuesta a criticar al alto mando, encontraba la decisión de Eisenhower «difícil de comprender». El comandante supremo «había optado por una “estrategia” operativa de potencia de fuego y desgaste —el enfoque directo— opuesta a una guerra de maniobra oportunista». Tras alentar un ataque sangriento a través de los Vosgos, el SHAEF no tenía ni un objetivo estratégico coherente para su ala sur ni la agilidad de explotar un éxito inesperado. Incluso Patton creía que Devers tenía que haber cruzado el Rin, sin embargo parece que ni en Versalles ni en Ciudad de Luxemburgo pensaron demasiado en utilizar las legiones de tanques del III Ejército para explotar una cabeza de puente en Rastatt. Al «utilizar mal el VI Grupo de Ejércitos», como arremetía un posterior historiador del ejército, Eisenhower involuntariamente dio un respiro a los alemanes, permitiendo que Hitler continuase armando una contraofensiva secreta para mediados de diciembre cuyo objetivo eran las Ardenas. Si se hubiera cruzado el Rin después de Acción de Gracias, los planes alemanes para lo que pronto se conocería como la batalla de las Ardenas se podrían haber complicado. ¹⁵¹

Probablemente la antipatía personal del comandante supremo por Devers influyó en estos acontecimientos. Algunos creían también que sentía favoritismo por Bradley, su compañero de clase y confidente. Devers salió de la sesión de medianoche en Vittel preguntándose si él era también «miembro del mismo equipo». En una carta a su esposa un día después aludió despectivamente sin dar nombres a los «grandes estrategas» y lamentó no haber recibido «un poco de aliento... para acercar la guerra más rápidamente a su fin». En su diario añadió: «En mi opinión, la tragedia es que el alto mando no ha considerado conveniente reforzar el éxito en el flanco». ¹⁵²

No obstante, Devers cometió sus propios errores, y no supo reconocer lo débiles que estaban los franceses. Seis de las ocho divisiones de infantería alemanas del XIX Ejército habían quedado destruidas, dejando un remanente de cincuenta mil hombres en una superficie alsaciana rectangular que se extendía unos setenta y dos kilómetros a lo largo del Rin y cuarenta al oeste en dirección a los altos Vosgos. A pesar de que el 26 de noviembre Hitler decretara que «ceder Alsacia no era negociable», Rundstedt

estimó que aquel foco de resistencia, en cuyo centro estaba la ciudad de Colmar, solo podría aguantar tres semanas. Devers escribió en su diario: «Espero que para el 15 de diciembre el ejército francés haya podido destruir a los alemanes en su sector».¹⁵³

No iba a ser posible. De Lattre argumentaba que treinta batallones alemanes reforzaban la zona «con ayuda de la oscuridad y la niebla», pero de hecho solo unos pocos miles de soldados llegaron al oeste del Rin quince días después del decreto de Hitler. El agotamiento de los franceses, las pérdidas de jóvenes oficiales y «una confusión como jamás he visto», así lo expresó un general americano, permitió a los alemanes cauterizar sus líneas.¹⁵⁴

Todavía más descorazonadora fue la disputa intestina entre los franceses que se odiaban los unos a los otros tanto como odiaban al enemigo. Leclerc rechazó rotundamente las órdenes de Devers de dirigirse al sur desde Estrasburgo y unirse al mando de De Lattre, declarando: «No serviré con ningún comandante que haya obedecido a Vichy y a quien considero un chaquetero». Por su parte, los hombres de De Lattre se negaban despectivamente a utilizar el nombre de guerra de Leclerc, llamándolo por su nombre previo a la guerra, Hauteclocque. París parecía incapaz de resolver la disputa, y Devers confesó en su diario: «Me cuesta un gran esfuerzo mantener a los franceses ocupados en su tarea de cerrar el foco de resistencia». Más tarde añadió: «Este fue el único fallo de mando cometido en la guerra». Ni siquiera reforzado con la 36.^a División de Infantería estadounidense, consiguió De Lattre romper la bolsa de Colmar. Durante meses aquello sería una herida abierta en el flanco aliado y fuente de «gran consternación y rencor entre Jakey Devers y Eisenhower», escribió un coronel americano.¹⁵⁵

Ingenieros del VII Ejército transportaron en camiones sus lanchas de asalto para devolverlas a los depósitos de aprovisionamiento cerca de Lunéville a la espera de mejores tiempos. El 2 de diciembre, dinamita alemana hundió el puente Kehl en el Rin con gran estrépito y el jefe del puente de Estrasburgo huyó en bote hacia la patria. Dos tramos de vía férrea y tres puentes flotantes cercanos a Colmar mantuvieron abastecida la bolsa durante el invierno. Sanguinarios francotiradores y fuego de artillería barrían regularmente el río de un extremo al otro. Emisiones por megafonía desde Kehl advertían a los alsacianos de que el Reich no tardaría en volver para reclamar Estrasburgo.¹⁵⁶

«El SHAEF nos trata como si fuéramos hijos bastardos —escribió después a su familia un oficial del VII Ejército—, ligeramente avergonzado de nuestros progresos.» Una vez más, una clara victoria en el campo de batalla quedó grabada en la memoria con irritación. Quizás el sabor de las cenizas era el aderezo de la guerra.¹⁵⁷



Una sombra invernal

«Somos todos tan humanos que resulta penoso»

Nueve millones de panfletos de propaganda aliada revoloteaban sobre Alemania cada día, mil toneladas de papel cada mes, seis mil millones de hojas al final de la guerra, todos ellos instando a la insurrección o a la rendición. Los primeros días de este «lanzamiento», los aviadores embutieron montones de fajos de folletos en los compartimentos de las bombas B-17 y los arrojaron sobre Bruselas desde una altura de nueve mil metros con la esperanza de inundar el París ocupado, sin embargo, muchos de ellos planearon a la deriva hasta Italia. La producción en masa de la Bomba Panfleto Monroe T-1, que empezó en abril de 1944, enseguida mejoró su precisión: una espoleta barométrica en la cabeza abría el cilindro de 152 centímetros de longitud a seiscientos metros por encima del objetivo, esparciendo ochenta mil panfletos sobre cada dos kilómetros y medio cuadrados. Un solo B-24 podía sembrar un millón de páginas sobre cinco ciudades enemigas en una única salida.¹

Los equipos de la guerra psicológica estudiaron los anteriores llamamientos a la rendición, como los utilizados por los japoneses en Corregidor, buscando algún indicio para desbloquear la intransigencia alemana. Muchos panfletos incluían un *Passierschein*, un pase salvoconducto, firmado por Eisenhower, y hacían hincapié en el trato humano que se les dispensaba a los prisioneros: por ejemplo, que se les serviría la misma comida que «al ejército mejor alimentado del mundo». El Grupo de Ejércitos de Bradley solo disparaba quince mil proyectiles de artillería de propaganda al mes, cada uno con quinientos panfletos, y los llamamientos por altavoz en el frente animaban a la deserción; una práctica conocida como «táctica del señuelo». Radio Luxemburgo había empezado a retransmitir en lengua alemana a finales de

septiembre, dedicando el tiempo de emisión a compositores prohibidos por los nazis, a programas de información como *La voz de SHAEF*, y a las funestas noticias de guerra, incluyendo informes de los daños de los recientes bombardeos calle por calle.²

Se lanzaron millones de bombas incendiarias de temporizador con instrucciones impresas en nueve idiomas animando al sabotaje, especialmente dirigidas a los trabajadores esclavos no alemanes. El «Manual de Campo n.º 3» de la OSS ofrecía consejos a los saboteadores de cómo introducir serrín, pelos, azúcar o melaza en los tanques de combustible alemanes, preferiblemente cien gramos por cada treinta y ocho litros de gasolina. Un cuarto de litro de orina o agua salada también podrían servir. «Tratad de cometer actos de los que se pueda responsabilizar a muchas personas», aconsejaba el manual. «Por ejemplo, casi todo el mundo podría fundir el cableado de la caja contra incendios de una fábrica.»³

A pesar de todo Alemania seguía luchando. Algunos estrategas aliados creían que la insistencia en una rendición incondicional, anunciada por Roosevelt en la Conferencia de Casablanca en enero de 1943, estaba prolongando la guerra. Joseph Goebbels y otros propagandistas nazis aseguraban que la exigencia «significa esclavitud, castración, el fin de Alemania como nación». Un análisis gubernamental de los EE. UU. advertía que la mayoría de alemanes sentían que «no tenían nada que perder si seguían con la guerra». Otros argumentaban que el Reich seguía luchando por miedo a los rusos y a la Gestapo «más que por cualquier frase acuñada en la conferencia», como bien expresó John J. McCloy, el secretario adjunto de Guerra. Las propuestas de «rendición incondicional condicional», similares a los términos modificados bajo los cuales había capitulado Italia, no encontraron la aprobación de Roosevelt. «Quiero a toda costa evitar que se diga que el principio de rendición incondicional se ha abandonado», había declarado el presidente antes incluso de Overlord. Los alemanes han de reconocer, añadió después, «que toda la nación ha participado en una conspiración ilegal contra la integridad de la civilización moderna».⁴

Evidentemente, la victoria aliada final había sido durante mucho tiempo un artículo de fe. Incluso antes de los desembarcos de Normandía, el SHAEF encargó setenta y dos estudios sobre cómo gobernar la Alemania de la postguerra, en un proyecto con el nombre en clave de Eclipse. Sin embargo, no había consenso acerca de la estructuración de la Europa de posguerra, ni acerca de la arquitectura política de una futura Alemania, ni, como había puesto de manifiesto la experiencia de Aquisgrán, acerca de los matices de la ocupación. Roosevelt se decantaba por una paz dura tras una guerra dura: proponía alimentar a los ochenta millones de alemanes con tres boles de sopa al día de las cubas del ejército estadounidense, un gesto de

generosidad dado que al principio había sugerido un solo bol diario. En esto el presidente no hacía más que reflejar a su pueblo: los sondeos revelaban que más de cuatro de cada cinco americanos apoyaban una rendición incondicional y la reducción de Alemania a una potencia de tercer nivel. En el verano de 1944, el SHAEF redactó un «Manual para el Gobierno Militar en Alemania», recomendando una benevolencia tolerante en la reconstrucción de la economía y aparato administrativo de postguerra. «Este pretendido Manual es bastante malo», escribió Roosevelt al secretario de Guerra Stimson. «Deberían retirarse todas las copias.» Así se hizo, a pesar de las quejas de un oficial del SHAEF de que «de todas formas ya nadie lee manuales»; hasta diciembre no se publicó ninguna revisión. Incluso el decreto de Eisenhower de que «venimos como conquistadores, no como opresores» resultó problemático al traducirlo al alemán, porque *Eroberer*, conquistador, implicaba saqueo y anexión *auf Deutsch*. El asunto llegó al mejor lingüista del Departamento de Guerra, quien lo sustituyó por *ein siegreiches Heer*, un ejército victorioso, término menos inflamatorio.⁵

El Ejército Rojo victorioso en el este ayudó a los anglo-americanos a centrarse en los asuntos de postguerra cuando Washington y Londres se dieron cuenta de que las tropas soviéticas podrían ocupar Alemania en breve y llegar hasta el Rin. Un análisis del Departamento de Guerra profetizaba:⁶

La derrota de Alemania garantizará a Rusia una posición de dominio militar en la Europa Oriental y en Oriente Medio, [provocando] en el mundo un profundo cambio en lo concerniente a las relativas fuerzas militares nacionales, un cambio más comparable al que ocasionó la caída de Roma que a cualquier otro cambio acontecido durante los posteriores mil quinientos años... El imperio británico surgirá de la guerra habiendo perdido terreno, tanto económica como militarmente.⁷

Winston Churchill se percató también de que el imperio de su nación estaba en peligro y trató, a su manera, de prevenir el declive. A mediados de octubre, durante un encuentro privado con Stalin en Moscú, el primer ministro había garabateado algunas anotaciones en una hoja de papel proponiendo una distribución de la influencia de postguerra entre Moscú y Londres en el sureste de Europa. Sugirió el 90 % de dominio en Rumanía para los soviéticos y una preponderancia similar para los británicos en Grecia, el 75 % para Moscú en Bulgaria y una porción de Yugoslavia y Hungría a partes iguales. Stalin trazó un visto bueno en azul en el papel y le dijo a Churchill que se guardase lo que el primer ministro denominó su «pícaro documento». Aunque el «acuerdo de los porcentajes» no tenía fuerza legal y resultó ser un mal pronóstico de los futuros acontecimientos, los americanos se enfurecieron

cuando finalmente se enteraron de aquel perverso acuerdo a sus espaldas, que contravenía la aversión de Roosevelt por las esferas de influencia en la Europa de postguerra.⁸

Aquel otoño, una controversia aparte acabó dominando el debate sobre el futuro de Alemania. La desaprobación por parte de la Casa Blanca del manual del SHAEF animó al secretario del Tesoro de los EE. UU., Henry Morgenthau, Jr., a proponer el desmembramiento de Alemania y que las partes constituyentes fueran reducidas a estados agrícolas neutralizados incapaces de agresión militar. Roosevelt se entusiasmó ante este proyecto. Como después escribió el historiador Warren F. Kimball, el presidente y Morgenthau, «como los dos terratenientes jeffersonianos que pretendían ser», propusieron borrar las manchas del carácter alemán «iniciándolos de nuevo como granjeros». La explicación que Morgenthau dio de su plan en una conferencia de estrategia angloamericana suscitó torvas miradas de Churchill, que lo calificó de «no natural, no cristiano y no necesario». Pero cuando Morgenthau vaticinó que al erradicar la competencia alemana por los mercados del carbón y del acero se garantizaría la prosperidad británica durante veinte años, el primer ministro cambió de tercio prácticamente de la noche a la mañana, apoyando «la recreación de un estado agrícola como el que había sido durante el último cuarto del siglo XIX» obstruyendo el Ruhr y el Saar. En cuanto a los alemanes, añadió Churchill: «Ellos se lo han buscado».⁹

Otros miembros del consejo de expertos quedaron horrorizados. Anthony Eden, el secretario británico de Exteriores, «montó en cólera» mientras su homólogo americano, Cordell Hull, calificó la propuesta de Morgenthau de «plan de venganza ciega». Stimson avisó de «enormes males generales» procedentes de semejante «paz cartaginesa», sobre todo porque las materias primas para la subsistencia de la Europa de antes de la guerra procedían en gran medida del Ruhr y del Saar. También había planes en marcha para ceder a Polonia una vasta muestra de tierra de labranza del este de Alemania, que dejaba sin respuesta la cuestión de cómo podrían vivir como granjeros los alemanes si la tierra se transfería a los polacos. Incluso George Marshall se refrenó ante la visión de Morgenthau, sobre todo contuvo su propuesta de ejecutar sumariamente a los líderes nazis a su captura.¹⁰

Como era de esperar, el plan no tardó en filtrarse a la prensa. «Los periódicos reaccionaron con violencia» anotó Stimson con satisfacción. Un editorial londinense calificaba la Alemania de Morgenthau de «una tierra de nadie arruinada en la que no transcurre el tiempo», y el gabinete británico denunció «la imprudencia» del secretario del Tesoro, añadiendo: «Una política que consiente o favorece el caos no es dura, es sencillamente ineficaz». Roosevelt rechazó hábilmente el plan diciéndole a

Stimpson con una mueca, «Henry Morgenthau metió la pata». Los periódicos alemanes también arremetieron con vehemencia, amenazando con «una lucha a vida o muerte» contra los «caníbales» anglo-americanos cuyo «plan satánico de aniquilación» estaba, huelga decirlo, «inspirado por los judíos». Ni siquiera seis mil millones de panfletos pudieron llegar a convencer a los alemanes de que tras la rendición habría una paz tolerable.¹¹

Este contratiempo enfrió el entusiasmo de Roosevelt en cuanto a planear una estrategia de postguerra. «No me gusta hacer planes detallados para un país que todavía no hemos ocupado», le dijo a Hull a finales de octubre, mientras que aseguraba públicamente a los alemanes que no serían esclavizados. La forma exacta en que se llevaría a cabo la ocupación quedó aplazada para otra sesión, junto con cuestiones derivadas de la gobernación militar. Una primera propuesta había considerado desmembrar el Reich en siete estados diferentes; un acuerdo más práctico redactado por el Departamento de Asuntos Exteriores británico a comienzos de 1944 planteaba tres zonas de ocupación, con el 40 % de la parte oriental del país para la Unión Soviética, excepto Berlín, que sería administrada conjuntamente por los vencedores aliados. Durante meses Roosevelt se había resistido a la propuesta de un sector de ocupación americana contiguo a Francia: su desconfianza hacia De Gaulle estaba muy arraigada. En Quebec, sin embargo, el presidente admitió finalmente que la concentración de fuerzas estadounidenses a la derecha de la línea de Eisenhower justificaba una zona americana en Baviera y en el suroeste alemán, con garantías de acceso a los puertos del mar del Norte en el sector británico.¹²

No hubo ninguna ratificación formal de este plan ni de ningún otro. Al principio Eisenhower creía que la Alemania de la postguerra había de ser administrada bajo un único mando aliado, pero después admitió que «los rusos... se responsabilizarán exclusivamente de la administración de la parte oriental de Alemania». Algunos estrategas estadounidenses continuaron abogando por zonas de ocupación que convergieran en Berlín como porciones de un pastel, en vez de situar a la capital alemana en pleno sector soviético; el embajador de los EE. UU. en Gran Bretaña, John Winant, denunció semejante propuesta por «no tener fe en las intenciones soviéticas».¹³

Con la política de postguerra sin resolver, los planificadores de guerra no podían hacer otra cosa que continuar trazando grandes flechas en sus mapas, en dirección a Berlín. Roosevelt se había mantenido alejado de la solución draconiana de Morgenthau, pero siguió profundamente comprometido con la rendición incondicional. En cuanto a los demás, el presidente le había dicho a Churchill: «Algo “grande” saldrá de esta guerra: un cielo nuevo y una tierra nueva».¹⁴

La promesa de Montgomery a Eisenhower de que «no me oír hablar más sobre el tema del mando» fue rota a poco de ser formulada. Aquellas grandes flechas de los mapas de las salas de guerra puede que apuntaran hacia el Ruhr y más allá, pero sus dardos más afilados iban dirigidos al comandante supremo de las fuerzas militares. En broncas privadas a sus colegas británicos, el mariscal de campo menospreciaba a Eisenhower, a su plan y su generalato. «Jamás ha estado al mando de nada en toda su carrera», escribió Montgomery a Brooke a mediados de noviembre. «Ahora por primera vez ha decidido tomar el mando de operaciones a muy gran escala y no sabe cómo hacerlo». En otra nota del 21 de noviembre, añadía: «Hay una sensación de optimismo en el SHAEF. No hay motivos para tal optimismo». Brooke, que debería haber sido más juicioso, alimentaba estos berrinches de deslealtad respondiendo a Montgomery el 24 de noviembre: «Siempre me has dicho, y estoy de acuerdo contigo, que Ike no era un comandante, que no tenía visión estratégica, que era incapaz de trazar un plan o de dirigir las operaciones una vez iniciadas». En una visita a Londres dos días después, Montgomery añadió, «Eisenhower es completamente inútil... Es total y absolutamente inútil».¹⁵

El martes 28 de noviembre por la tarde, el ciego, inexperto e inútil Eisenhower llegó para una visita de una noche al cuartel general del XXI Grupo de Ejércitos en la ciudad belga de Zonhoven, al este de Amberes. Aquí escuchó más de lo mismo directamente de Montgomery, aunque en un lenguaje más diplomático. Pavoneándose y frunciendo el ceño entre los mapas murales de su oficina móvil, pellizcándose la mejilla con el pulgar y el índice, el mariscal de campo estuvo despotricando durante varias horas acerca de la falta de avances en el frente occidental e instó a que un único mando supervisase el principal esfuerzo de guerra aliado contra el Ruhr. Cuando Eisenhower, exhausto, se preparaba para acostarse, el asistente de Montgomery, el teniente coronel Christopher C. «Kit» Dawnay llevó al comandante supremo de las fuerzas un whisky con soda, y después se retiró al despacho de Montgomery donde el mariscal de campo dictaba una nota a Brooke: «Hablamos durante horas», informaba Montgomery. «Admitió que había cometido un grave error», y convenía en que «yo debería tener el mando operativo completo al norte de las Ardenas con Bradley bajo mis órdenes».¹⁶

Un perplejo Dawnay interrumpió: «Ike *no* está de acuerdo, señor».¹⁷

«Envía este mensaje», espetó Montgomery. A la mañana siguiente, después de más tediosos parlamentos antes de que Eisenhower insistiese en inspeccionar las tropas británicas, canadienses y polacas, Montgomery le dijo a Brooke en una

postdata: «Piensa que Bradley le ha fallado como arquitecto de operaciones terrestres. No hay duda de que ahora está muy ansioso por volver a la vieja organización que teníamos en Normandía... y de poner a Bradley bajo mi mando operativo».¹⁸

Evidentemente, Montgomery reconsideró su interpretación de los comentarios de Eisenhower, porque el jueves 30 de noviembre le envió un telegrama «personal y confidencial» para «confirmar los principales puntos acordados durante las conversaciones». A comienzos de otoño escribió que Eisenhower había consentido en situar el principal peso aliado en el norte para acabar con el enemigo al oeste del Rin y capturar cabezas de puente al otro lado del río.

No hemos logrado nada de esto y no tenemos ninguna esperanza de conseguirlo. Por consiguiente hemos fracasado y hemos sufrido un revés estratégico... Debemos abandonar la doctrina de atacar en tantos lugares porque en ninguno somos lo bastante fuertes como para alcanzar resultados decisivos.¹⁹

Las Ardenas belgas dividían de manera natural el frente occidental, añadió; los dos sectores, norte y sur, deberían tener diferentes generales al mando.

Bradley y yo juntos formamos un buen equipo. Trabajamos juntos en Normandía, bajo sus órdenes, y obtuvimos una gran victoria. Las cosas no han ido tan bien desde que nos separó. Creo [que] para estar seguros del éxito quiere usted unirnos otra vez; y uno de nosotros debería tener completo control operacional al norte de las Ardenas; y si decide que yo debería llevar a cabo esta tarea, por mí parte está bien.

El viernes 1 de diciembre, el Cadillac de Eisenhower circulaba hacia el sur cruzando el río Pétrusse en Ciudad de Luxemburgo, donde encontró a Bradley postrado en cama con la gripe en el Hôtel Alfa, con la cara totalmente hinchada a causa de una erupción. Con el mensaje de Montgomery arrugado en el puño y con un sofoco escarlata que le subía por el cuello, «Ike estaba más enfadado de lo que le había visto jamás», informó Bradley después. Esta misiva del mariscal de campo solo podía interpretarse como una condena de su liderazgo. Montgomery tuvo incluso la temeridad de proponer otra sesión de estrategia de la que todos los demás quedaban excluidos a excepción de dos jefes de Estado Mayor, Smith y De Guingand, «que no deben hablar».²⁰

Tras una malhumorada diatriba durante la cual el desfigurado Bradley no pudo más que sorber con la nariz, Eisenhower se calmó lo suficiente como para dictar una respuesta de quince párrafos demostrando, una vez más, su sorprendente habilidad para poner la otra mejilla con compostura y ecuanimidad. «Hay ciertas cosas en tu carta [con] las que no estoy de acuerdo», empezaba.²¹

No estoy del todo seguro de saber exactamente lo que entiendes por revés estratégico... No estoy de acuerdo en que las cosas hayan ido mal desde Normandía, simplemente porque no hemos conseguido todo lo que esperábamos conseguir. De hecho, la situación es en cierto modo análoga a la que existió en Normandía

durante tanto tiempo.

Recordaba a Montgomery que la logística británica en el norte se ha estirado tanto que suministrar simplemente quinientas toneladas extra de provisiones diarias «le cuestan a Bradley tres divisiones», privándolas de transporte motorizado para alimentar y armar al XXI Grupo de Ejércitos. «Si no hubiéramos avanzado en un frente relativamente amplio ahora tendríamos el espectáculo de una estrecha y larga línea de comunicación, constantemente amenazada en el flanco derecho.»

No tengo ninguna intención de detener las operaciones de Devers y de Patton mientras sigan limpiando nuestro flanco derecho y proporcionándonos capacidad de concentración... Más adelante será importante para nosotros tener dos cuerdas en nuestro arco.

Eisenhower solo mostró los dientes en respuesta a la sugerencia de acallar a los jefes de Estado Mayor. «Para mí no hay diferencia alguna si tu jefe de estado asiste o si lo hace el de Bradley. El mío estará allí a menos que cualquier circunstancia inesperada se lo impida... Bajo ningún concepto le insultaré diciéndole que permanezca callado.»

Terminó sugiriendo sutilmente que solo uno de ellos podía ver el horizonte.

Aprecio enormemente la franqueza de tus declaraciones, y [la] acostumbrada cordialidad con que están planteadas, pero te ruego que no continúes considerando las pasadas actuaciones de esta gran fuerza de combate como un fracaso simplemente porque no hayamos logrado todo lo que esperábamos... Hemos de juzgar este gran asunto que se extiende desde Marsella hasta el bajo Rin como un gran teatro de guerra.

Como era harto evidente, Montgomery sencillamente no podía actuar como un teniente leal e incondicional. La subordinación tenía poco atractivo para un solipsista. Incluso el caballerizo del rey había anotado en su diario que «semejante egocentrismo canalizado, aunque necesario para un general de éxito... convierte a un hombre en un compañero riguroso... A veces me pregunto si el indiscutible talento de Monty no le lleva en ocasiones al borde del desequilibrio mental». Si aquello era una exageración, pues la propia implicación no necesariamente conlleva desequilibrio, el biógrafo de Eisenhower, Stephen E. Ambrose, escribió después de Montgomery: «No tenía habilidad alguna en el arte de la persuasión. Estaba acostumbrado a trabajar en un problema en solitario y después entregar una solución... No podía expresar sus ideas sin parecer o bien condescendiente o bien ofensivo, o ambas cosas».²²

Un funcionario británico que estuvo observando a Montgomery en una reunión describió cómo «se sentaba como un pajarito con la cabeza ladeada, afilado como una aguja y con ojos muy brillantes... Un hombre sorprendente de ojos chispeantes y una nariz larga en forma de pico [pero] un poco ingenuo en asuntos políticos». Brooke

confió en su diario que Montgomery «sigue machacando sobre el sistema de mando en Francia. Tiene esto metido en la cabeza...No puede tolerar que no sea él el único que controle las operaciones terrestres».23

No obstante, otros que estaban en los círculos británicos más altos se hicieron eco de sus dos temas del humillante fracaso en el oeste y de las manifiestas deficiencias de Eisenhower. «Por supuesto hemos padecido un revés estratégico en el frente occidental», le dijo Churchill al soldado africano y estadista Jan Smuts el 3 de diciembre. El primer ministro envió a Roosevelt un telegrama tres días después: «Definitivamente no hemos conseguido el objetivo estratégico que impusimos a nuestros ejércitos cinco semanas atrás. Todavía no hemos alcanzado el Rin en la parte norte». El presidente respondió con una optimista confianza: «seguro que no tardará en producirse una brecha decisiva a nuestro favor»; pero incluso el almirante Ramsay, que estaba entre los más devotos aliados de Eisenhower, comentó a De Guingand que no veía «perspectivas de que Ike ganase sensatez».24

Algunos de los partidarios de Montgomery eran aún más feroces. Brooke anotó que durante una comida en el nuevo cuartel general avanzado del SHAEF en Reims, Kay Summersby había sido «ascendida a anfitriona y presidía la mesa... Ike suscitaba muchas habladurías indeseables que no le hacían ningún bien». En posteriores entradas en su diario, Brooke añadió, Eisenhower «está distante y ensimismado con su chófer femenina en los campos de golf de Reims... Creo que es incapaz de dirigir la guerra por más que lo intente».25

Las calles del golf de Reims estaban efectivamente cubiertas por las tiendas del SHAEF, haciéndolas inútiles para el deporte, y el ayudante militar británico de Eisenhower, el teniente coronel James F. Gault, atestiguó más tarde que durante la prolongada asociación de guerra entre ambos el comandante supremo nunca blandió un palo de golf. No obstante, la calumnia continuó. «Eisenhower fracasa estrepitosamente como comandante supremo... La guerra va a la deriva sin un timonel», escribió Brooke. «Debemos quitar el control de manos de Eisenhower.»26

A petición de Montgomery, se programó otro cónclave del alto mando para la mañana del jueves 7 de diciembre en Maastricht, la primera ciudad holandesa que fue liberada en septiembre y, según se aseguraba, también la ciudad más antigua de Holanda, una afirmación implacablemente disputada por Nijmegen. Allí los romanos habían extraído piedra caliza de las canteras y construido un puente sobre el Maas, y también allí san Servacio había ubicado su obispado en el siglo IV. En aquel lugar, el sitio de cuatro meses puesto por los tercios españoles de Felipe II terminó en 1579 con un saqueo y ocho mil habitantes fueron pasados a cuchillo; otro asedio un siglo más

tarde, bajo Luis XIV, terminó cuando aquel ubicuo ingeniero militar francés, Vauban, redujo la ciudadela de Maastricht cavando trincheras paralelas cada vez más cerca de las fortificaciones, una técnica adoptada por los sitiadores durante los dos siglos siguientes. Los holandeses solo pudieron consolarse con la muerte del famoso capitán francés de los mosqueteros, Charles d'Artagnan, que cayó por un disparo de mosquete en la garganta y después fue inmortalizado en las novelas de Alejandro Dumas.²⁷

Eisenhower y Tedder pasaron la noche del miércoles en el Hôtel Alfa de Ciudad de Luxemburgo con un todavía convaleciente Bradley antes de que los tres se dirigieran juntos a Maastricht. En una sala de conferencias del cuartel general del IX Ejército estadounidense, Eisenhower, elegantemente vestido con la chaqueta del uniforme de corte por la cintura que acabaría adoptando su nombre, abrió la sesión aplaudiendo la carnicería que los aliados habían infligido al enemigo durante el otoño, provocando un desgaste «mucho mayor que el nuestro». La inteligencia del SHAEF había calculado que las operaciones en curso estaban machacando veinte divisiones alemanas al mes, mientras que solo podían crearse doce de nuevas cada mes, y restablecer a cinco divisiones destrozadas. No obstante, con un Rin torrencial a causa de las lluvias otoñales, Eisenhower añadió, «no sería posible realizar la travesía hasta mayo». Desde comienzos de diciembre, el II Ejército británico había avanzado menos de dieciséis kilómetros.²⁸

A petición de Eisenhower, Montgomery tomó la palabra para presentar su punto de vista. «El plan maestro», como lo denominó el mariscal de campo, debe aislar el Ruhr y forzar al enemigo a una guerra móvil para poner al límite los suministros alemanes de combustible y otros materiales. La única región apta para el combate móvil, según él, estaba al norte del Ruhr. «Por consiguiente, debemos concentrar todo nuestro esfuerzo disponible en la travesía del Rin al norte del Ruhr, las operaciones en el resto del frente serán puramente de contención.»²⁹

Eisenhower estuvo de acuerdo, después discrepó. Cierto que era vital aislar el Ruhr y forzar al enemigo a moverse; el meollo de su estrategia era incitar a los alemanes a presentar batalla para que pudieran sufrir una derrota decisiva. Sin embargo, ataques aliados convergentes procedentes de puntos dispares obligarían a Rundstedt a trasladar sus fuerzas a un frente más amplio: una calzada de invasión desde Fráncfort hacia Kassel, en opinión de Patton, parecía «perfectamente practicable».

Montgomery se permitió disentir. No podía «convenir en que una ofensiva desde Fráncfort ofreciera perspectivas de éxito». Este era, añadió, el desacuerdo fundamental entre su punto de vista y el de Eisenhower.

Dieron vueltas y más vueltas, «otro largo y tedioso asunto», en palabras de Bradley. Montgomery abogaba insistentemente por mandos separados al norte y al sur de las Ardenas. Eisenhower argumentaba que su intención era hacer cambios en el mando de acuerdo con las operaciones a realizar, «no en función de factores geográficos» que ya estaban detrás de la línea aliada. El Ruhr, señaló, ofrecía una evidente demarcación, con el XXI Grupo de Ejércitos al norte y el 12.º Grupo al sur. Una vez más Montgomery discrepó. Aquella, dijo, era «una segunda discrepancia fundamental de criterio».³⁰

La sesión terminó con el comandante supremo tratando de reconciliar lo irreconciliable. En lo que Bradley calificó de «el clásico compromiso de Eisenhower», la ofensiva de Montgomery en el norte fue declarada como principal ataque aliado; el mariscal de campo recibiría refuerzos de hasta diez divisiones del IX Ejército de los EE. UU. puestas bajo su mando. Bradley conservaría el mando del I Ejército de Hodges y del III de Patton respectivamente al norte y sur de las Ardenas, protegido en el flanco derecho por el Grupo de Ejércitos de Devers. Se mantuvo de nuevo la estrategia de un amplio frente, con los siete ejércitos aliados en acción. El Ruhr sería devorado por un doble envolvimiento desde el norte y desde el sur, del mismo modo en que Aníbal había devorado a los romanos en 216 a. C. en Cannas, una batalla legendaria de aniquilación que durante mucho tiempo había ejercido un excesivamente poderoso atractivo en la imaginación de Eisenhower.

«La reunión fue aparentemente afable pero totalmente improductiva», escribió después Tedder al mariscal del aire Portal. «El modo casi despectivo de Monty negándose a debatir y a escuchar nada que no sean sus particulares ideas hace casi imposible cualquier razonamiento serio... anoche Ike estaba deprimido a causa de esto y se preguntaba qué sentido tenían aquellas reuniones.»³¹

Hubo otros que también estaban descorazonados. «Otra cagada», dijo Montgomery a Tedder. «Todo han sido cagadas desde el 1 de septiembre». El jueves por la noche escribió a Brooke:

Personalmente creo que todo este asunto es espantoso. Dividiremos nuestros recursos y nuestra fuerza, y fracasaremos... Tienes que evitar la intervención de Eisenhower en la batalla terrestre. Lamento decir que en mi opinión no sabe lo que está haciendo. Y verás que la influencia de Bradley será refrenada.³²

Unos días después Bradley escribió de Montgomery: «Se negó a admitir que hubiera algún mérito en las opiniones de los demás a excepción de las suyas... teñidas en gran medida por su deseo de estar al mando de todo el espectáculo». Bradley le dijo a Eisenhower que si el XII Grupo de Ejércitos caía alguna vez bajo el mando de Montgomery, él interpretaría este arreglo como «un indicio de que he fracasado» y

pediría ser relevado. El general Everett Hughes, hombre de confianza de Eisenhower, escribió a su esposa desde París: «Somos todos tan humanos que resulta penoso. Nunca creceremos».³³

Un humor grosero y lacerante se adueñó de todos, desmintiendo su posición como generales vencedores de ejércitos vencedores en una causa justa y victoriosa. Como a menudo ocurre en batalla, el agotamiento y la presión pudo con ellos, y mil decisiones complejas de las que pendían decenas de miles de vidas consumían a todos los jefes con el corazón en vilo. La guerra, este despiadado delator de caracteres, desenmascaró a aquellos hombres con tanta precisión como un prisma desmenuza un rayo de luz para descubrir su espectro interno. Allí estaban, descubiertos, expuestos, dados a conocer, y si lo que tenían que conseguir era honestidad, tendrían que luchar para abrirse camino hacia aquel terreno elevado del mismo modo que tendrían que luchar para abrirse camino a través de Rin.

Apostándolo todo a una sola carta

Un cielo plumizo cubría las grises y verdosas colinas del Taunus el lunes 11 de diciembre por la mañana, mientras un convoy de vehículos que transportaba a Adolf Hitler y a un séquito oficiales del Estado Mayor y guardaespaldas de las SS compuesto por cincuenta hombres circulaba a través de la campiña hessiana hacia otro de aquellos remotos refugios que el régimen había construido para sí en tiempos mejores. El convoy circuló hacia el sur desde la estación de tren de Giessen hacia Fráncfort durante veinticuatro kilómetros antes de subir la cuesta en dirección oeste, pasando por delante de los centinelas apostados en el exterior del neogótico Schloss Ziegenberg, que saludaron con taconazos. Los coches prosiguieron un último kilómetro y medio bajo un toldo de camuflaje colgado de los árboles sobre el estrecho balasto. Con un crujir de neumáticos en la grava, el convoy se detuvo y el Führer bajó del asiento trasero de su limusina, con el rostro hinchado y espectralmente pálido.³⁴

Para el ojo inexperto, los siete edificios con entramado de madera del Adlerhorst (Nido del Águila) parecían caseríos de labriegos, o quizás un campamento rústico de caza. Varias casas tenían porches de madera con cestos de flores. El mobiliario interior se componía de lámparas de pie de roble y pantallas con borlas; trofeos de astas de ciervo colgaban de los paneles de madera de pino nudosa de las paredes. No obstante, una mirada más atenta descubría que las cabañas eran búnkeres con gruesos muros de hormigón y tejados reforzados: el arquitecto Albert Speer los había diseñado en 1939 como cuarteles generales para las campañas en el oeste, incluyendo la marcha

sobre Dunkerque tanto tiempo atrás. Los edificios anexos estaban disimulados como pajares o graneros, y un laberinto de pasadizos subterráneos con pesadas puertas de metal y mirillas unía un sector con otro. Árboles artificiales se añadían a las coníferas autóctonas para impedir las inspecciones aéreas. Baterías antiaéreas rodeaban el complejo. Un búnker de hormigón de ochocientos metros de largo y enmascarado como muro de contención de ladrillo conducía a través de una cañada poco profunda al Schloss Ziegenberg, con su única torre de piedra que databa del siglo XII. Tras siglos de olvido el castillo había sido reformado en el siglo XIX, y últimamente había servido de hospital de rehabilitación para oficiales heridos.³⁵

Hitler entró arrastrando los pies en su chalet privado, conocido como Haus 1. Desde su reunión con Rundstedt y Rommel en Margival en junio, el Führer, al igual que su imperio, había mermado aún más. Su cojera se había acentuado. Los médicos le habían extraído recientemente un absceso de las cuerdas vocales, y el largo viaje de toda una noche desde Berlín a Giessen a bordo del tren del Führer, *Brandenburg*, lo había agotado todavía más. «Parecía a punto de derrumbarse», escribió más tarde un oficial. «Tenía los hombros caídos. Cuando caminaba le temblaba el brazo izquierdo.» En pocas horas revelaría a sus comandantes de campo el golpe maestro que tenía planeado para arrebatarse la victoria a sus enemigos, como Federico el Grande había hecho cuando Prusia se enfrentaba a una derrota cierta a manos de sus adversarios europeos en el invierno de 1761-1762. «El talento es una quimera si carece de un sólido fundamento de perseverancia y tenacidad fanática», le había dicho Hitler hacía poco a un asistente. «Es lo más importante de toda vida humana.» El destino lo había conducido a este momento, a este bosque oscuro, y él estaba preparado, como lo expresó el general Alfred Jodl, su jefe de operaciones: «para apostar todo a una sola carta». Pero primero tenía que descansar.³⁶

Incluso un delirante megalomaniaco podía comprender que el Tercer Reich se enfrentaba a la aniquilación. Los ejércitos soviéticos envolviendo ahora Polonia y los Balcanes estaban a un salto de la patria de los alemanes. Rumanía, Bulgaria y Finlandia habían abandonado el Eje, poniendo en peligro las posesiones alemanas en Hungría, Yugoslavia, Albania y Grecia. Se había perdido Bélgica, Luxemburgo, media Holanda y toda Francia a excepción de un enclave alsaciano y unos pocos puertos sitiados. En Italia, el mariscal de campo Kesselring combatía por mantener la Línea Gótica, la última posición defensiva en la península cerca del valle del Po.³⁷

La producción de guerra alemana estaba igualmente debilitada. En septiembre la Wehrmacht lanzó setenta mil toneladas de explosivos, pero las fábricas producían solamente la mitad de aquella cantidad. Desde enero a octubre se habían perdido

118.000 camiones militares y solo se habían fabricado 46.000 nuevos, a pesar de que las menguantes reservas de gasolina a menudo inmovilizaban flotas de vehículos. Los bombardeos aliados del Ruhr casi habían reducido a la mitad la producción de acero de octubre a noviembre, y en diciembre la energía eléctrica generada en Alemania había caído un tercio. Montañas de carbón se acumulaban en el Ruhr, mientras una profunda escasez afligía a otras regiones porque aquellas montañas no se podían trasladar. El régimen había impuesto una semana laboral de sesenta horas a la industria y abolido los festivos, salvo en las fábricas de tanques y aviones: allí, los trabajadores bregaban setenta y dos horas a la semana. «Los Héroes del Trabajo Nacional Socialista» recibían comida adicional, vitaminas y vacaciones en el Tirol como incentivos; el derrotismo y el sabotaje se recompensaban con pelotones de fusilamiento. Siete millones de prisioneros de guerra y obreros extranjeros, muchos de ellos esclavos, constituían una cuarta parte de la mano de obra del país en granjas, minas y fábricas.³⁸

Para apuntalar un ejército que estaba perdiendo casi cincuenta mil hombres muertos en acción cada mes, Hitler movilizó a otros tres cuartos de millón de efectivos disminuyendo la edad de reclutamiento hasta los dieciséis, aumentándola a cincuenta y ordenando que se peinasen del frente doméstico a los que consideraba «cerdos de retaguardia». (El auxiliar de una enfermera explicaba que los soldados hospitalizados se abrían las heridas por la noche para retrasar su curación, «por puro terror de ser enviados de nuevo al frente».) Se había creado una reserva de más de treinta divisiones, que incluían unidades panzer y *Volksgranadier*, para preservar una fuerza ofensiva de ataque, a pesar de que los ejércitos alemanes se retiraban en todos los frentes. En octubre, se creó una milicia popular apodada *Volkssturm* (Tormenta del Pueblo) bajo el mando de las SS de Himmler y circulaba el chiste de que las residencias de ancianos tenían colgado el letrero de «Cerrado por reclutamiento». La leva privó a la industria alemana de obreros cualificados, pero en diciembre los ejércitos de Hitler disponían de 243 divisiones con 3, 6 millones de soldados, de los cuales dos millones tenían más de treinta años. Aunque imponente en número y fervor ideológico, la fuerza no era más que una pálida sombra de la antigua Wehrmacht. Cada vez menos compañías tenían más de un oficial, y algunas unidades estaban tan deficientemente equipadas para el combate que se las conocía como «infantería de arco y flecha».³⁹

Las armas secretas siempre cautivaron al Führer, y ahora mucho más que nunca. Algunas eran tan simples como un rifle que podía disparar doblando las esquinas: según las pruebas realizadas tenía una precisión de cuarenta metros. Otras requerían la movilización de una nación en apuros para producir incluso gasolina y electricidad. El

primer avión a reacción surcó los cielos en otoño, volando, tal como lo expresó un piloto, «como si un ángel lo estuviera empujando». A finales de año la Luftwaffe recibiría más de quinientos Me-262 y Ar-234, pero resultaron en su mayoría ineficaces en combate —un avión de guerra es tan bueno como su piloto— y susceptibles a accidentes, a la escasez de combustible, a los ataques aéreos aliados y al caos de producción, incluyendo las fracturas de las aspas de los motores de turbina.⁴⁰

No menos innovadores fueron los nuevos «electros submarinos» con cascos aerodinamizados y mayor capacidad de batería para permitir inmersiones más prolongadas y mayor velocidad bajo el agua que los submarinos convencionales. En noviembre, los astilleros alemanes estaban produciendo un nuevo submarino cada dos días, pero también estos estaban mermados por defectos, en su mayoría descubiertos después de haber sido entregados a la marina, y por las minas marítimas aliadas y los daños de las bombas a los buques y a las bases. Bien entrado el año 1945, los submarinos continuaron atacando a los barcos aliados en aguas tan distantes como el golfo de San Lorenzo y la costa oriental de los EE. UU. No obstante, muy pocos buques fueron hundidos por los nuevos submarinos, y la flota submarina alemana entera envió a pique a menos de cien barcos aliados y neutrales en los últimos nueve meses de la guerra.⁴¹

Los milagros del reactor alemán, del electros submarino y del rifle que disparaba doblando las esquinas resultaron no ser milagros en absoluto. Si las armas alemanas tenían que frustrar la inminente derrota de la nación, el enemigo había de ser aplastado por los soldados convencionalmente equipados con rifles, obuses y tanques. Hitler había decidido que aquel golpe mortal tenía que asestarse mediante un gran ataque audaz e inesperado.

El crepúsculo envolvía las colinas del Taunus a las cinco de la tarde, cuando dos autobuses llegaron al Schloss Ziegenberg. Una intensa lluvia resbalaba de las ramas de los pinos mientras un grupo de oficiales del Estado Mayor hacía cola para subir a bordo. Muchos creían que habían sido convocados al castillo para celebrar el sexagésimo noveno cumpleaños de Rundstedt el martes, pero una lacónica petición de que todos entregasen su pistola y maletín en el guardarropía de Ziegenberg indicaba una ocasión menos festiva. Durante media hora los autobuses traquetearon por los caminos que atravesaban el bosque, mientras los cuerpos y comandantes de división charlaban quedamente o miraban por las ventanas surcadas por la lluvia. La sinuosa

ruta, que tenía por objetivo ocultar el hecho de que se estaban trasladando apenas un kilómetro a través de la cañada, terminaba en la Haus 2, el club de oficiales de Adlerhorst, que una calzada cubierta conectaba con la Haus 1 del Führer.⁴²

Una doble fila de guardias armados de las SS formaba un cordón desde cada autobús hasta la puerta principal del club; un empinado tramo de escalones, que ahora crujía bajo las enérgicas pisadas de las botas negras, conducía a una sala de estrategia subterránea. Tal como le fue indicado, cada oficial tomó asiento alrededor de una larga mesa rectangular, con un hombre de las SS con el arma en posición preventiva detrás de cada silla en una actitud de agresiva intimidación. Más tarde, un general admitió haber sentido miedo «incluso de coger el pañuelo». Rundstedt y Model, dos comandantes supremos alemanes en el oeste, estaban sentados impassibles codo con codo.⁴³

Diez minutos después Hitler entró renqueando y se sentó con una mueca detrás de una pequeña mesa separada presidiendo la sala y flanqueado por Jodl y el jefe de la Wehrmacht, el mariscal de campo Wilhelm Keitel, alto y con su monóculo. Los generales de campo se referían en privado a aquella pareja como *Nick-Esel*, los asnos asentidores, parte del más amplio círculo de *Jaleute*, seguidores incondicionales. Las manos del Führer temblaban mientras se ponía las gafas y cogía un manuscrito. Aquellos que no le habían visto desde el intento de asesinato del 20 de julio quedaron sorprendidos por su aspecto; un general escribió que parecía «un hombre roto, con un color de poca salud y aspecto derrumbado... sentado como si el peso de responsabilidad le oprimiera». Manipulando su brazo derecho colgante con la mano izquierda, «a menudo miraba fijamente al vacío con la espalda encorvada y los hombros hundidos», describió otro oficial.⁴⁴

Entonces habló y el color subió a sus pálidas mejillas. Los ojos apagados parecieron encenderse desde dentro otra vez. Durante los primeros cincuenta minutos pronunció una poderosa arenga sobre historia, destino y sobre cómo había batallado contra «la política de cerco de Alemania» pergeñada por Churchill con «el pueblo judío internacional detrás de ella».⁴⁵

Nunca en la historia hubo una coalición como la de nuestros enemigos, compuesta por elementos tan heterogéneos y con objetivos tan divergentes. Estados ultracapitalistas por un lado; estados ultramarxistas por el otro... Ahora incluso se pelean... Estos antagonismos crecen por momentos y son cada vez más fuertes. Si podemos ahora propinarles unos cuantos golpes contundentes más, entonces en cualquier momento puede desmoronarse este frente común artificialmente apuntalado con un gigantesco estruendo.⁴⁶

A medida que los aliados se iban acercando los unos a los otros desde el este y el oeste, la tensión en aquella alianza profana se hacía insoportable. Canadá, predijo, sería la primera en retirar sus tropas del campo de operaciones. «Los acontecimientos

históricos del mundo tienen sus altibajos», declaró el Führer.⁴⁷

Roma sería impensable sin una segunda guerra púnica... No habría Prusia sin la guerra de los Siete Años... La palma de la victoria le será otorgada al final al que haya sido no solo más capaz, sino, y quiero hacer hincapié en ello, al que haya sido más osado.⁴⁸

Para aquel fin él tenía un plan, originariamente denominado Die Wacht am Rhein, Vigilancia en el Rin, pero recientemente le había cambiado el nombre por Herbstnebel, Niebla de otoño. Ahora desvelaría su proyecto bajo pena de muerte para aquel que traicionase el gran secreto.⁴⁹

Se le había ocurrido en un delirio febril, cuando estaba postrado en cama a causa de la ictericia en septiembre. Rumiano acerca de lo que Jodl calificó de «malvado destino que se cernía sobre nosotros», el Führer estaba otra vez encorvado sobre sus mapas cuando su mirada se detuvo sobre la misma costura improbable a través de las Ardenas que los invasores alemanes ya habían desgarrado dos veces en aquel mismo siglo. Un ataque monstruoso de dos ejércitos *panzer* podría alcanzar rápidamente los puentes del Mosa entre Lieja y Namur, aislando el XXI Grupo de Ejércitos de Montgomery en el norte de los americanos en el sur, y erradicando la amenaza enemiga del Ruhr. La destrucción de treinta divisiones en el oeste aniquilaría a un tercio de la fuerza anglo-americana, obligando a Churchill y a Roosevelt a pedir la paz; en cambio, el exterminio de treinta divisiones bolcheviques en el este, entre más de quinientas, difícilmente podría suponer un golpe decisivo. Por consiguiente, el destino de Alemania, proclamó, debe «sellarse en Occidente». En cuanto a los objetivos últimos de la ofensiva, en una conferencia con sus generales supremos Hitler había soltado abruptamente una sola palabra: «Amberes».⁵⁰

Los negativos en seguida dijeron no. Rundstedt, que estaría al mando de aquella gran ofensiva, se había enterado del plan solo después de que fraguara en la imaginación de Hitler. La orden del Führer fue una «gran sorpresa». El mariscal de campo abogaba por la defensa estratégica, «ninguna ofensiva bajo ningún concepto», como dijo un teniente. Sí, había conducido a los ejércitos alemanes victoriosos a través de las Ardenas en 1940, pero entonces estaba al mando de setenta y una divisiones a la vez, más del doble de la fuerza asignada a Herbstnebel, y aquellas unidades eran mucho más fuertes que las divisiones de la Wehrmacht actuales. La invasión de la Unión Soviética en 1941 había contado con 123 divisiones y 2.500 aviones de ataque, una potencia cinco veces superior a la fuerza disponible para esta ofensiva. Dadas las deficientes provisiones de combustible, munición y efectivos, y

con el escaso apoyo de la Luftwaffe, Rundstedt concluyó que la fuerza era «muy, muy, pero que muy débil» para resistir un ataque invernal atravesando 200 kilómetros hasta Amberes.⁵¹

Aunque no estaba seguro de por qué el avance aliado a través de Europa se había detenido, Rundstedt les había dicho a sus asistentes de confianza en el recogimiento de su sala de estar: «El soldado no puede hacer más que ganar tiempo para que el líder político negocie». Su jefe de Estado Mayor, el general Siegfried Westphal, escribió que «el lejano objetivo de Amberes no se puede alcanzar con las fuerzas disponibles, porque entonces los increíblemente largos flancos quedarían expuestos a ambos lados de la cuña de ataque... La planificación entera de esta ofensiva me sorprende por no tener en cuenta las exigencias de la realidad». Hitler ignoró estas objeciones diciendo a Rundstedt: «Creo que en esto soy mejor juez que tú, mariscal de campo. He venido aquí para ayudarte».⁵²

Incluso Model, que declaraba amar a aquellos que ansiaban lo imposible, también puso reparos, calificando el proyecto del Führer de «maldito decrépito». El comandante del Grupo de Ejércitos B proporcionaría gran parte de las fuerzas de Herbstnebel, y al igual que Rundstedt consideraba que Amberes era demasiado ambicioso. Los dos hombres abogaban por un plan truncado, llamado «pequeña solución», en contraste con la fastuosa «gran solución» de Hitler, con un movimiento de giro hacia el norte en torno a Aquisgrán que aislaría al I y IX Ejércitos estadounidenses y destruiría de diez a quince divisiones. Los dos comandantes del ejército nombrados por el Führer para dirigir el ataque, los generales Hasso von Manteuffel y Sepp Dietrich, también apoyaron la pequeña solución en una conferencia de seis horas con Hitler en la Cancillería del Reich en Berlín el 2 de diciembre. La pequeña solución no solo se adaptaba mejor a las fuerzas disponibles, esgrimieron, sino que los soldados de la Wehrmacht lucharían desesperadamente para reclamar la porción de Alemania ahora en manos de los americanos.⁵³

El Führer permaneció impasible. Solo una brutal paliza podría alcanzar el objetivo político de forzar a los anglo-americanos a sentarse a la mesa negociadora. Solo una victoria tan drástica como la recuperación de Amberes por parte del Reich podría convencer al enemigo de que la campaña era infructuosa, interminable e imposible. Prometió treinta y ocho divisiones para el ataque, apoyadas por dos mil aviones, una contumaz fantasía que había cobrado vida propia a pesar de que los combates de otoño hubieran hecho estragos en la fuerza alemana. El proyecto del ataque final aprobado por Hitler el 9 de diciembre prácticamente no había cambiado de la idea que había propuesto a comienzos de otoño. Una copia enviada a Rundstedt llevaba una anotación del Führer: «No alterar».⁵⁴

Y así se estableció el plan: tres ejércitos bajo el Grupo de Ejércitos B de Model atacarían a través de un frente de ciento sesenta kilómetros. Tan solo esta primera fase incluía doscientos mil hombres en veinte divisiones con dos mil cañones de artillería y casi mil tanques y cañones de asalto. Una segunda oleada contaba con cinco divisiones más y centenares de *panzer* adicionales. Un cuarto ejército de campo, el XV, estaba posicionado al norte de la zona de asalto con seis divisiones de infantería para inmovilizar a las fuerzas americanas cerca de Aquisgrán. En total, Model disponía de treinta divisiones o más para Herbstnebel.⁵⁵

Con la posible excepción de los Vosgos, no existía más terreno accidentado entre el mar del Norte y los Alpes que los bosques de coníferas de las Ardenas, una ondulada y desgredada meseta de menos de 800 metros de altura, pero hendida por arroyos de profundos cauces a través de los cien kilómetros que había entre la frontera alemana y el Mosa. La creencia de los franceses de que era un «macizo casi impenetrable» había sido desmentida en agosto de 1914, cuando cuatro ejércitos alemanes con más de un millón de hombres finalmente se esparcieron por las Ardenas. Entre guerras, los gobiernos de Bélgica y de Luxemburgo, ansiosos por explotar el turismo automovilístico, construyeron diez carreteras aptas para todo tipo de clima que conducían hacia el oeste desde la frontera alemana a través de numerosos y robustos puentes de piedra. Aun así, la falsa ilusión de impermeabilidad perduró hasta mayo de 1940, cuando los alemanes impulsaron una hueste mecanizada a través de la región en tres días, casi dos veces más rápido de lo previsto incluso en las tablas de marchas de la Wehrmacht, con la división *panzer* del joven Rommel tomando la primera cabeza de puente del Mosa en Dinant.⁵⁶

Hitler se había consumido durante semanas con los más mínimos detalles de Herbstnebel, desde el aprovisionamiento a cada soldado de las tropas de choque de por lo menos tres mantas hasta la eliminación de tropas alsacianas de las unidades de primera línea como posibles riesgos para la seguridad. De todos los vehículos blindados alemanes construidos en noviembre, 1.345 fueron enviados al oeste, y solo 288 al este. Se exigió a las divisiones en Noruega que desviasen parte de sus vehículos motorizados al frente occidental. Los planificadores de la campaña trataban de repetir lo sucedido en 1940, un oficial dijo: «Soltad las riendas y dejad que los ejércitos corran». Jodl quería que las fuerzas alemanas llegasen al Mosa en cuarenta y ocho horas, los comandantes de campo consideraban que de cuatro a seis días era una previsión más realista. No se esperaban ninguna interferencia del XXI Grupo de Ejércitos de Montgomery hasta la llegada de la vanguardia *panzer* a Bruselas. Algunos planes imprecisos apelaban al llamamiento de refuerzos de la Wehrmacht desde Italia, Dinamarca y Noruega tras la caída de Amberes.⁵⁷

Dos ejércitos de tanques formarían la punta de lanza: en el ala derecha, en el norte, el golpe principal lo asestaría el VI Ejército Panzer bajo Dietrich, un rechoncho aprendiz de carnicero con la mandíbula inferior colgante, una nariz en forma de arpón y una debilidad por la bebida. Sargento de tanques en la primera guerra mundial y favorito de Hitler desde la década de 1920, Dietrich había dirigido la guardia personal montada en Mercedes del Führer, a la que armó con revólveres y látigos de hipopótamo. Más recientemente había estado al mando de las tropas de las SS en Francia, Yugoslavia, Grecia y Rusia, supuestamente alardeando en 1943 de que de sus 23.000 hombres originales tan solo 30 seguían vivos y libres. Fue acusado en un horrible episodio de haber ordenado la ejecución de más de cuatro mil rusos en represalia por la muerte de seis alemanes. Rundstedt calificaba a Dietrich de «decente pero estúpido», no obstante lo aceptó como comandante táctico supremo para Herbsnebel. Dietrich dirigiría nueve divisiones con más de 1.000 cañones y 120.000 soldados, un tercio de ellos en las unidades de las Waffen-SS. Sus principales destacamentos incluían quinientos tanques y cañones de asalto, muchos de los cuales tenían que abrirse camino hacia Bélgica a través de la brecha de Losheim de ocho kilómetros de ancho, un empinado paso explotado por la caballería alemana en 1914 y por Rommel en 1940, y después avanzar deprisa descendiendo por cinco carreteras para alcanzar el Mosa cerca de Lieja antes de virar hacia el noroeste en dirección a Amberes.⁵⁸

A la izquierda, el V Ejército Panzer con siete divisiones tenía que dirigirse hacia el Mosa a través del sur de Bélgica y Luxemburgo, protegiendo el flanco de Dietrich contra posibles contraataques desde el suroeste. Manteuffel, el comandante de la 5.^a División Panzer, un menudo elfo de metro y medio y 54 kilos, era veterano de Rusia y África, atormentado por las migrañas, pero descrito en un informe de eficiencia como «un líder temerario, osado y gallardo». Su ejército había recibido mil cañones de artillería y abundante munición pero Manteuffel se inquietaba por el combustible: el terreno accidentado y las carreteras heladas, advirtió, requerían de dos a cinco veces más gasolina de la habitualmente asignada. Los logistas de Model habían calculado que diecisiete millones de litros serían suficientes para alcanzar el Mosa, más otros quince para tomar Amberes; hasta el momento solo se habían enviado once millones de litros a los ejércitos, y gran parte de este combustible estaba almacenado en la retaguardia, en el valle del Rin. «Si necesitáis algo», les aconsejó Model, «cogedlo de los americanos». El VII Ejército alemán estaba todavía más aprisionado, inmovilizado con siete divisiones en el extremo del ala izquierda como escudo frente a los contraataques procedentes del flanco sur; Hitler ordenó a Himmler que reuniese dos mil caballos para aumentar su movilidad.⁵⁹

A comienzos de diciembre mil trenes empezaron a trasladar a las legiones de Herbstnebel al otro lado del Rin, donde desembarcaron por la noche entre Trier y Múnich-Gladbach antes de iniciar la marcha en la oscuridad hacia el frente. La seguridad seguía siendo lo más importante. No se permitió encender fuego, y para minimizar el humo solo se podía cocinar con carbón. Cada oficial iniciado en el plan tuvo que prestar múltiples juramentos secretos y después se le prohibió viajar en avión por temor a que fuera capturado o recibiera un disparo. Los agentes de la Gestapo rastreaban cualquier filtración. Manteuffel inició personalmente el rumor, en una conversación teatral y a voz en grito durante una cena en un restaurante, de que su ejército tenía la intención de atacar a través del Saar en enero.⁶⁰

Los mapas permanecieron sellados hasta el último momento. Ningún vehículo motorizado podía acercarse a menos de ocho kilómetros de la línea de frente, una restricción que obstaculizaba el reconocimiento y la coordinación de la artillería. Para impedir desertiones, las tropas de choque se trasladarían a sus trincheras de asalto la última noche. El ataque, en un principio programado para finales de noviembre y después aplazado hasta el 10 de diciembre, había vuelto a retrasarse casi una semana para poder almacenar más combustible y permitir un mejor posicionamiento. El *Null Tag*, Día Cero, fue fijado para el sábado 16 de diciembre, día en que se celebraba el aniversario del nacimiento del alemán más exquisito, Ludwig van Beethoven.⁶¹

En el sótano del club Hitler dio por concluida su alocución de dos horas con los ojos todavía brillantes y la voz todavía firme. La noche siguiente volvería a repetir la representación a una segunda partida de generales supremos.

«El ejército debe conseguir una victoria... El pueblo alemán no puede seguir soportando los intensos bombardeos», les dijo. «Tenemos muchas tropas exhaustas. El enemigo también tiene muchas tropas exhaustas, y ha perdido mucha sangre.» La inteligencia del Reich calculó que solo los americanos «han perdido unos 240.000 hombres en un período de apenas tres semanas». (Esta cifra no tenía nada que ver con la realidad). «Técnicamente», dijo, «ambos bandos están igualados».⁶²

La oficina central de meteorología en Berlín había pronosticado mal tiempo para volar sobre las Ardenas durante una semana: aquello restaría superioridad aérea a los aliados. «Las tropas tienen que actuar con brutalidad y no mostrar inhibiciones humanas», declaró Hitler. «Una oleada de miedo y terror ha de preceder a las tropas».⁶³

La guerra es sin duda una prueba de resistencia para aquellos que están implicados... Las guerras se deciden finalmente cuando un bando o el otro se percata de que así la guerra ya no se puede ganar. Nuestra principal tarea es forzar al enemigo a que se dé cuenta de esto. No puede contar con nuestra rendición. ¡Nunca!

¡Nunca!⁶⁴

Agotado al fin, Hitler terminó su monólogo. Rundstedt se levantó lentamente de su silla, una apoteosis de dignidad prusiana. En nombre de sus generales juró lealtad al Führer y prometió que no le decepcionarían. Apenas un mes antes, el mariscal de campo había manifestado «serias dudas» acerca de aquel desesperado plan. Ahora había demostrado que también él era uno de los *Jaleute*, seguidores incondicionales. También él era un asno asentidor.⁶⁵

La línea de la luz

Durante tres meses después de la gloriosa liberación, París sufrió. «Estaba en gran parte sin luz, ni gas, ni calefacción», escribió Alan Moorehead. «Todavía no había autobuses en las calles, ni taxis. Los bulevares eran ríos de bicicletas». La escasez de jabón y agua caliente desembocó en una epidemia de feas úlceras en las piernas. «Era más fácil bañarse en champán que en agua caliente», añadió Martha Gellhorn. «Como no había cuero para los zapatos, las mujeres repiqueteaban por las calles sobre plataformas de suela de madera, que sonaban como cascos de caballos.» Los clientes habituales de los restaurantes comían sopa de zanahoria y nabo con los abrigos puestos.⁶⁶

La pequeña ración de combustible estaba limitada a adultos mayores de setenta y cinco años, a niños menores de tres y a los enfermos declarados. Una cuerda de leña en el mercado negro se vendía por 120 dólares o 6.000 francos al tipo de cambio oficial. Los ricos a veces compraban serrín a toneladas para quemarlo en sus estufas; también adquirían gasolina en el mercado negro para los camiones que la transportaban. Un oficial americano escribió a casa diciendo que su piso está «tan frío como la caridad», y otro soldado al que se le había asignado una habitación fría, húmeda y sepulcral, comentó que «muchas noches abríamos las ventanas y dormíamos en sacos de dormir». Un oficial del SHAEF que asistió a la ópera explicó que los músicos llevaban capas de abrigo y los asistentes iban en traje de etiqueta envueltos con mantas sobre el regazo. «Cuando se levantó el telón, una gélida ola de frío surgida de entre bastidores nos cubrió», escribió, «como si se hubiese abierto la puerta de una nevera». Isaiah Berlin escribió a un amigo que la ciudad parecía «vacía y hueca y muerta, como un cadáver exquisito». En cuanto a los cadáveres, el crematorio de París solo recibía gas para funcionar durante dos horas al día, por lo que los cuerpos se quemaban de prisa y no del todo.⁶⁷

A finales de noviembre la situación empezó a mejorar y la ciudad «volvió de nuevo a la vida», según Forrest Pogue. Los estrategas definieron la «línea de la luz» como la frontera entre los ejércitos de campo aliados y la lejana retaguardia; al oeste de la línea, los apagones nocturnos ya no eran obligatorios. París se convirtió de nuevo en *la ville lumière*, en particular porque los inmensos campos de carbón en torno a Valenciennes habían sido liberados intactos y no tardaron en producir las siete mil toneladas diarias necesarias para mantener en funcionamiento los servicios públicos de la ciudad y el metro. A mediados de diciembre, el SHAEF informó de que «el consumo de electricidad en París alcanza el 94 % de la cifra de tiempos de paz», «utilizando una cantidad de iluminación innecesaria». ⁶⁸

Para los libertadores detrás de la línea de la luz, la vida era buena, y para los mandamases en París, la vida era espléndida. Un economato militar abierto solamente a los oficiales generales acaparaba perfumes, pulseras, bolígrafos y Zippos nuevos. El general Everett Hughes describió una cacería de perdices cerca de Versalles, con «todos los obreros de las granjas de kilómetros a la redonda actuando de batidores». El general Lee, comandante de la COMZ, se ocupó de que la despensa de Eisenhower estuviese surtida de lecha fresca, mantequilla y fruta, y la Casa Blanca incluso envió al comandante supremo una fanega de ostras de Chesapeake. Las tropas de primera línea se quejaban de «todos aquellos cabrones de oficina de la infantería en el Hôtel Majestic», donde el Tribunal de Justicia de Lee tenía su cuartel general. «La organización de la COMZ es sorprendente», escribió Pogue. «Siguen un horario de trabajo de 08:30-17:30 (más bien 16:30); librando una tarde a la semana». Los residentes del Majestic comían en una cafetería elegante de tres pisos en la esquina de los Champs-Élysées con Rue de Berri, donde camareras francesas servían comidas sobre manteles almidonados y una orquesta de GI tocaba desde un palco del entresuelo. ⁶⁹

El Majestic no era único. Cincuenta y un generales vivían en el George V, según los detallados cálculos de Lee, y otros llenaban el Hôtel Palais Quay d'Orsay, donde los empleados de recepción y los botones vestían de frac. Las oficinas del SHAEF de la ciudad ocupaban el banco J. P. Morgan en la elegante Place Vendôme, cerca de la casa en la que murió Frédéric Chopin y justo delante de la columna de Napoléon, hecha con los cañones enemigos fundidos capturados en Austerlitz. Los oficiales del SHAEF comían en el Hôtel Meurice, el último desesperado reducto del general Choltitz, donde los armarios todavía olían al cuero de las botas de la Wehrmacht. Una tonadilla que circulaba por las filas aconsejaba: ⁷⁰

No avances en el grupo de ejército,
tu lugar adecuado es el SHAEF,

no te importe en absoluto
si te dicen que eres un mierda,
simplemente di: «Gracias a Dios que estoy a salvo».71

Los británicos ocupaban doce hoteles en París, los canadienses dos y los americanos llenaban más de trescientos. El champán costaba de 300 a 600 francos la botella (de 6 a 12 dólares al cambio oficial, de 1, 20 a 2, 40 dólares en el mercado negro) aunque los consumidores estaban obligados a devolver dos botellas vacías para conseguir una de llena, y los tapones eran valiosos debido a la escasez de corcho español. Un memorándum de la COMZ del 2 de diciembre, titulado «Whiskey y ginebra para los oficiales generales», asignaba un total de seis cajas para cada jefe de ejército en el mes de enero, con cuatro cajas autorizadas para los jefes de cuerpos, tres cajas para los jefes de división y dos para cada general de brigada. Los asistentes podían conseguir la bebida de un almacén en los terrenos de la Exposición de Bélgica en Bruselas.72

Para los GI sin estrellas en los hombros, París parecía un fantástico santuario, el no va más de la vida fuera de la zona de combate. El primer centro de permiso del ejército abrió en París a finales de octubre. Este fue seguido por el primero de los cincuenta y un clubes para GI en el continente. Ubicado en el Grand Hotel del Boulevard des Capucines, el primer club de París cobraba 30 centavos la noche por una cama; la orquesta del general de división Glenn Miller tocaba cada noche, incluso después de que su líder desapareciera a mediados de diciembre en un vuelo con muy mal tiempo sobre el canal de la Mancha. Al poco tiempo acudían a la ciudad diez mil soldados al día con permisos de cuarenta y ocho horas. «Acabo de regresar de un viaje a París», escribió un soldado del VII Ejército a su esposa. «Fue maravilloso, pero dormí en el suelo porque la cama era como dormir sobre mantequilla.» Una mujer que trabajaba para la OSS describía flotas de *vélos*, extraños artilugios como «bañeras cubiertas con lonas remolcadas o impulsadas por motocicletas o bicicletas», transportando a los GI «a quienes poco les importaba el coste en su exuberancia por estar vivos». La escritora Simone de Beauvoir concluyó que «el talante despreocupado de los jóvenes americanos encarnaba la libertad en sí misma».73

Las tropas abarrotaban los cines de los Champs-Élysées, y dos cabarets representaban espectáculos de vodevil. El Puesto Número Uno de la Legión americana servía hamburguesas y bourbon, y los bares tenían nombres destinados a atraer a los nostálgicos, como The Sunny Side of the Street y Nueva York. Los servicios especiales del ejército organizaban actividades que iban desde recitales de piano hasta clases de *jitterbug*,* mientras repartían miles de equipos de pasatiempos para dibujar, modelar arcilla y de artesanía del cuero. El tapiz de Bayeux, escondido

desde hacía tiempo para salvaguardarlo, volvió a salir a la luz en una exposición en el Louvre, con el fragmento que representaba la derrota de los anglosajones a manos de los normandos en 1066 discretamente doblado para que no se viera.⁷⁴

A comienzos de diciembre, Gertrude Stein y Alice B. Toklas regresaron a París de su exilio al sur de Francia con su perro, Basket, y la Cruz Roja organizaba visitas a su apartamento para los GI. Los soldados divididos en grupos de cincuenta, a menudo llevando regalos de cigarrillos y jabón, visitaban también a Picasso en su estudio de la Rue des Grand Augustins, donde Hemingway había olvidado una caja de granadas. Los visitantes del taller estaban «estratificados», escribió un observador: «En la planta baja había GI y periodistas americanos; después venían los diputados comunistas y destacados miembros del partido que mostraban signos de impaciencia; a continuación iban los viejos conocidos y finalmente uno llegaba a Picasso». Cuando enseñaban al artista, que a veces recibía a los invitados en ropa interior, fotografías de los daños causados en Londres por la guerra, exclamaba: «*C'est épouvantable! ¿Y esto está ocurriendo en todo el mundo?*».⁷⁵

Evidentemente, para muchos soldados la cultura era el último de sus intereses. Desde los camiones de dos y medio de caja que circulaban por las Tullerías salían gritos de «¡Vamos todos a echar un polvo, al estilo francés!». La COMZ contabilizó en la ciudad hasta 230 burdeles por lo menos, más seis mil prostitutas autorizadas que trabajaban en las calles. Había otras siete mil que no estaban registradas, según estimaciones de la policía de París, y de estas siete mil más de un tercio transmitían enfermedades venéreas. Un transacción típica costaba tres paquetes de Chesterfield, y un estudio reveló que entre los soldados que pasaban dos días o más en París, dos tercios tenían relaciones sexuales como mínimo una vez, a menudo en lo que se llamaban habitaciones «¿Dónde estoy?» En Pigalle podían oírse en todas las esquinas agresivos requerimientos de las prostitutas callejeras, conocidas como «ladronas de cuerpos». «Ven conmigo, nene», arrullaban, «ven conmigo». Los soldados respondían, «*Coushay avec?*» o simplemente, «¿Ñaca ñaca?». Un soldado intendente reveló en su obligatorio «formulario de contacto de ETS» que había elegido a nueve mujeres distintas en el mismo cruce, las había llevado a seis hoteles distintos y probado siete «posturas sexuales», todo en el curso de ocho horas. «Nuestros soldados» escribió un oficial americano, «estaban consumidos por sueños afrodisíacos».⁷⁶

Estaban consumidos por algo más que sueños. El índice de enfermedades venéreas en el campo de operaciones europeo rápidamente se duplicó, y más de dos tercios de todas las infecciones contraídas en Francia se originaron en París. El ejército de los EE. UU., que había rastreado las enfermedades venéreas entre las

tropas desde 1830, consideraba «aceptable» un índice de menos de 30 casos por cada 1.000 soldados al año; a mediados de octubre la tasa en Europa era el doble. Entre las fuerzas aéreas volvió a duplicarse, y con 222 casos por 1.000, multiplicaba por siete la cifra «aceptable» en los campamentos de la COMZ en el Loira. Enfrentado a otra amenaza que afectaba a las fuerzas aliadas, Eisenhower contraatacó declarando zona prohibida a «todos los burdeles, prostíbulos y establecimientos similares».77

Brotaron por todo París veintinueve dispensarios profilácticos, con enormes letreros que declaraban: «Puesto pro[filáctico] aquí». Las inspecciones obligatorias de «pitos» por parte de los «revisores de pollas» médicos aumentaron considerablemente. Los mandos de la marina en un hotel de la Avenue Marceau prohibieron la entrada a las mujeres a menos que pudieran proporcionar una «prueba de castidad». La publicación de diciembre de *Army Talks* avisaba: «No olvidéis que los krauts estuvieron echando polvos en Francia mucho antes de que llegásemos nosotros... Así que cualquier tía que consigáis es totalmente de segunda mano».78

A pesar de todo, los índices de ETS siguieron aumentando. A los soldados eximidos del servicio por estar en tratamiento por sífilis o gonorrea se les llamaba «putas de combate» y a la banda de Buena Conducta se la conocía como la «Medalla de la No Gonorrea». Las mujeres que intercambiaban sexo por raciones o chocolate recibían el nombre de «tabletas Hershey», mientras que un burdel era una «casa de refrigerio horizontal». El ministerio francés de Asuntos Exteriores pidió al SHAEF que considerase la posibilidad de «asignar un cierto número de casas de prostitución para uso de los aliados nacionales» debido a «un notable recrudescimiento de la prostitución clandestina» y un aumento de enfermedades venéreas entre los civiles franceses. Eisenhower se negó. Cuando Patton propuso suministrar penicilina a los burdeles porque «es inútil tratar de ir en contra de la naturaleza humana», el comandante supremo respondió ásperamente: «Estoy rotundamente en *contra* ... Correr el riesgo de que esta importante medicina escasee para que los burdeles de Francia puedan disponer de ella es absolutamente inaceptable para mí». Por una vez Patton se mordió la lengua.79

París no aflojaba, o quizás incluso bullía. Los vendedores ambulantes cerca de la Torre Eiffel vendían globos y molinetes, y entre los diversos puestos del mercado de sellos, centenares de coleccionistas examinaban los ejemplares provistos de lupas. Los comunistas franceses lanzaban saludos con el puño cerrado a los oficiales británicos con las gorras de banda roja del uniforme, tomándolos por soviéticos, y las mujeres jóvenes circulaban en bicicleta por los bulevares con las faldas hinchadas y grandes

sombreros, una alegre aparición que levantaba la moral a todo el mundo. En noviembre, el gobierno de De Gaulle había cerrado las salas de baile públicas porque consideraba que era indecoroso, teniendo en cuenta que dos millones de ciudadanos franceses permanecían encarcelados en campos de trabajo o prisiones alemanas. No obstante, se seguía bailando a escondidas en Montmartre, y los cabarets y clubes nocturnos permanecían abiertos. Entre estos últimos estaba el Sphinx, que Bill Mauldin describió como «abarrotado de civiles franceses, todos fumando cigarrillos Camel [del mercado negro]» y atendidos por camareras que «llevaban cofias con lazo y zapatos de tacones altos, y entre medio nada de nada».⁸⁰

El Hôtel Scribe presentaba también un bullicioso cuadro, residencia de muchos de los casi mil periodistas acreditado por el SHAEF, entre ellos gente como William Shirer, George Orwell y Robert Capa. «Era un enclave americano en el corazón de París —escribió Simone de Beauvoir—: Pan blanco, huevos frescos, mermelada, azúcar y Spam.»* (El bar, siempre lleno, servía una combinación de sustancias embriagadoras llamada Bastardo Doliente.) En conjunto los corresponsales recogían más de 100.000 palabras diarias en París, además de centenares de fotografías y miles de metros de película. Dos docenas de censores del SHAEF, sentados en una suite del segundo piso del hotel, examinaban las copias mientras echaban vistazos ocasionales a una larga lista de «bloques candentes» garabateados en tiza de color en una pizarra: detalles que no había que desvelar públicamente como, por ejemplo, los movimientos de tropas y las fuerzas que componían las unidades. El triple zumbido de los timbres del salón Scribe anunciaba una nueva remesa de prensa, según el reportero australiano Osmar White, y las agencias de noticias contrataban a «veloces jóvenes franceses para que corrieran desde la sala de conferencias a la oficina de envíos ubicada en el primer piso con “noticias de última hora”».⁸¹

Privaciones esporádicas asaltaban París durante un tiempo: escasez de leche, pan e incluso material de oficina gubernamental. Se reutilizaban resmas estampadas en relieve con el membrete de Vichy, con *État Français* tachado y mecanografiado *République Française*. Especialmente alarmante para los GI era la escasez generalizada de cigarrillos: solamente los soldados del ejército de los EE. UU. fumaban más de un millón de paquetes al día en Europa, y la COMZ estableció que en diciembre se necesitaría un total de 84 millones de paquetes. Se descubrió que había cargueros fondeados en la costa, con un aprovisionamiento para dos meses, junto con más de un millón de mantas y sacos de dormir, sin poder atracar en semanas porque se daba prioridad a la munición y al combustible. Hasta que aminoró la crisis,

los cigarrillos fueron desviados de las tropas del último escalón detrás de la línea de la luz hacia el frente, y Eisenhower empezó a liar los suyos como gesto de solidaridad con sus hombres.⁸²

Un problema en particular que preocupaba al Tribunal de Justicia Lee y a quienes trataban de aprovisionar las huestes aliadas era el virulento e ingenioso mercado negro. Se vendía y compraba café, gasolina, neumáticos, mantas, botas, jabón y morfina a grandes cantidades y con un enorme beneficio. Un paquete de Lucky Strike que costaba cinco centavos en el economato de los Champs-Élysées podía venderse en la calle por 2 dólares. Una lata de café de diez kilos o cincuenta tabletas de chocolate ración D costaban 300 dólares, y el petate estándar de los soldados se conocía como «bolsa del mercado negro». Los comandos británicos financiaron su estancia en el Ritz vendiendo un barril de mantequilla danesa de cien kilos por cien libras esterlinas. Un tren entero con tres locomotoras y cuarenta vagones llenos de cigarrillos y otras mercancías del economato militar desapareció sin dejar rastro durante un viaje desde Normandía a París, a pesar de una prolongada búsqueda por parte de agentes en aviones de reconocimiento. La distribución a los granjeros franceses de cinco mil caballos capturados a los alemanes se interrumpió en otoño para evitar que fueran desviados a los carniceros del mercado negro, cosa que no impidió que Osmar White disfrutara de un «bistec de caballo magníficamente camuflado con un Château Latour añejo» en un restaurante ilegal cerca de la Rue du Faubourg Saint-Honoré.⁸³

El capitán preboste de Eisenhower calculó que en diciembre dieciocho mil desertores americanos deambulaban por el campo de operaciones europeo, además de otros diez mil prófugos británicos. Se suponía que el equivalente a una división de fugitivos militares se escondía entre las clases marginales de París, a menudo uniendo sus fuerzas con los estraperlistas del mercado negro local para vender por 75 centavos las raciones K procedentes de las plataformas traseras de camiones robados al ejército —centenares de vehículos desaparecían cada día— o simplemente vendiendo la carga entera por 5.000 dólares. Por último, cuatro mil policías militares y detectives trabajaban en las calles de París. Desde septiembre hasta finales de diciembre arrestaron a más de diez mil personas, incluyendo civiles franceses que vendían marihuana a los soldados. Un barracón de cinco pisos del ejército francés en el Boulevard Mortier fue convertido en un centro de detención capaz de albergar a más de dos mil malhechores, mientras que los que simplemente se habían ausentado sin permiso fueron reunidos y enviados de nuevo al frente en grupos de dieciséis custodiados por la policía militar. Muchos soldados de un batallón de ferrocarriles del ejército en París fueron arrestados y juzgados en masa en consejo de guerra por robo;

casi doscientos fueron condenados a prisión, algunos con sentencias de cincuenta años, más tarde conmutadas a quienes accedían a volver al combate. Aun así, las actividades ilícitas y la mala conducta continuaron hasta el final de la guerra, hasta el punto de que París, la ciudad de la luz, la ciudad del saber, la ciudad del amor, se ganó otro apodo: «Chicago-sur-Seine».⁸⁴

Poco antes de las seis de la tarde del martes 12 de diciembre, aproximadamente a la hora en que Hitler se reunía con el segundo grupo de generales de Herbstnebel en Adlerhorst, Eisenhower se dirigía por las sombrías calles de Londres en una limusina hacia el número 10 de Downing Street para reunirse con Churchill y su consejo asesor militar. Tras volar desde Versalles el día anterior, el comandante supremo había estado ocupado con diversas citas en su despacho de altas ventanas en la esquina que daba a Grosvenor Square, seguidas aquella tarde por una visita de cortesía al embajador Winant en la embajada de los Estados Unidos calle abajo.⁸⁵

Mientras su coche circulaba en dirección sureste atravesando Picadilly y hacia Whitehall, Eisenhower pudo ver que Londres, a diferencia de París, daba pocas muestras de recuperación. Los apagones por restricciones seguían siendo obligatorios y los pocos coches que había en las calles fueron descritos por un visitante como «diminutos puntos de luz azulada arrastrando tras ellos la oscuridad pero dejando una densa negrura». En el Claridge, un portero encendió su linterna para guiar a los clientes a cruzar la calle. Las tiendas de juguetes y de pasteles estaban vacías a quince días de Navidad, e incluso escaseaban las patatas. Entre las diversiones más populares de la ciudad había una nueva adaptación al cine de *Enrique V* protagonizada por Laurence Olivier y una exposición de figuras de cera que mostraba las atrocidades alemanas. «Horrores de los campos de concentración nazis. Entren y vean las auténticas torturas nazis», atraía la marquesina. «Sin cargo adicional para la sección de diversión infantil».⁸⁶

En noviembre se había suspendido la prohibición nacional de hacer helados y, con la desaparición de la amenaza de una invasión alemana, la antigua Guardia Nacional salió a desfilar. No obstante, el que sería el invierno más frío en cincuenta años se había instalado exacerbando sus miserias con millones de ventanas rotas y tejas desaparecidas. Los indigentes y los perturbados todavía se retiraban al anochecer a refugios y estaciones de metro con sus sillas plegables y alfombras, durmiendo a veces cinco a la vez en estanterías de acero montadas en los andenes. Un aviador americano los describió: «cavernícolas preparando sus cuevas para pasar la noche». Gran parte de la colección de la Tate Gallery se había almacenado en estaciones de metro fuera de servicio de las líneas de Picadilly y Central; ahora los Mármoles de

Elgin residían en un túnel vacío debajo de Aldwych. Una visión demasiado familiar de las calles de Londres era el muchacho de los telegramas llevando malas noticias y pasando por delante de las cortinas retorcidas de los salones mientras buscaba la dirección correcta. «Esto es una prioridad», se les decía a los mensajeros al salir. «Es la muerte.»⁸⁷

Igual que en Amberes, la muerte podía llegar también directamente, como consecuencia de la decisión de Hitler de concentrar sus cohetes V-2 casi exclusivamente sobre el puerto belga y la capital británica. A mediados de noviembre, Churchill finalmente había confirmado que aquellas misteriosas detonaciones que se oían desde principios de septiembre *no* eran explosiones de tuberías de gas. Más de mil cohetes cayeron en suelo británico, la mitad aproximadamente en el gran Londres. Como los V-1, los V-2, apodados Big Ben, tuvieron poco impacto militar: según estimaciones oficiales alemanas el esfuerzo invertido por Berlín en las armas V fue más o menos equivalente al dedicado a producir 24.000 aviones de caza. Es más, el cohete V-2, cien veces más caro de fabricar que el V-1, resultó menos efectivo que la bomba volante como arma de terror. Una de las razones era sobre todo la inutilidad de defenderse contra un misil que surca los cielos a 5 mach. Puesto que no proporcionaban protección alguna, ni las baterías antiaéreas aliadas ni los escuadrones de cazas se vieron amenazados como había ocurrido durante los ataques de los V-1.⁸⁸

El radar solía detectar los lanzamientos de V-2 desde los Países Bajos, pero las sirenas de alarma resultaron ineficaces, solo las autoridades de transporte tenían un minuto o dos tras la notificación para cerrar las compuertas del metro bajo el Támesis. «Uno simplemente paseaba despreocupado hasta que le caía la bomba», dijo un testigo. Dado que las probabilidades de derribar un V-2 con fuego antiaéreo eran de una entre mil, el engaño tenía que bastar como contramedida. La falsa inteligencia del lugar donde impactaban las Big Ben, proporcionada aquel otoño a los alemanes a través de agentes controlados por la contrainteligencia británica, convenció a los bombarderos de que estaban fallando el blanco y pasaban de largo del centro de Londres. El punto de impacto se desplazó hacia el este, un cambio que al final de la guerra se estimó que había salvado 1.300 vidas británicas, 10.000 heridos y 23.000 casas.⁸⁹

Aquel fue un triste consuelo para los casi tres mil británicos muertos por los V-2, o para las decenas de miles de personas cuyos hogares fueron destruidos. «Nunca había visto edificios tan limpiamente barridos, y eran viviendas de tres y cuatro pisos», declaró un superviviente. Uno de los peores ataques se produjo poco después de las 12 del mediodía del 25 de noviembre en el distrito obrero de Deptford, al que unas rebajas de cacerolas habían atraído una larga cola a la tienda de Woolworth del

lugar. Una madre joven que estaba fuera del almacén describió «una repentina y sofocante quietud, que parecía cortar la respiración, después un poderoso sonido tan tremendo que pareció bloquear mi mente por completo». Un superviviente recordaba que cuando el humo se disipó:⁹⁰

Una cabeza de caballo yacía en la alcantarilla. Había una capota de cochecito completamente retorcida y doblada y la manita de un bebé todavía con su manga de lana. Fuera del pub había un autobús enroscado todavía con filas de personas sentadas en el interior, todas muertas y cubiertas de polvo. En el lugar que había ocupado Woolworth no quedaba nada.⁹¹

La explosión mató a 168 personas e hirió a muchas más. «El lema de “Londres puede soportarlo” prevalecerá», escribió un funcionario del gobierno británico a Harry Hopkins, estrecho colaborador de Roosevelt. «Pero puede que haya mucho que soportar».

Ninguna bomba V cayó en Whitehall durante la visita de Eisenhower el martes por la noche, pero el espectro nunca estuvo más lejos que las destripadas tiendas cercanas y ventanas desvencijadas tapadas con conglomerado. A las seis de la tarde, Churchill recibió al comandante supremo en su sala de mapas, donde se les unieron Tedder, Brooke y varios oficiales superiores británicos. Brooke, como parte de su conspiración con Montgomery de «sacar el control de manos de Eisenhower», había tratado de organizar una reunión con George Marshall; el jefe del ejército declinó la invitación y en su lugar le dijo a Eisenhower que defendiese su caso en Londres.⁹²

Eisenhower estaba al mando de sesenta y nueve divisiones en el frente occidental, una fuerza que esperaba ampliar hasta ochenta y una en febrero. Utilizando los enormes mapas murales del primer ministro, sobre los que había dibujados varios frentes de combate con chinchetas e hilo de color, el jefe supremo volvió a revisar el plan de su campaña: el XXI Grupo de Ejércitos de Montgomery, reforzado por el IX Ejército estadounidense, viraría al norte del Ruhr mientras el XII Grupo de Ejércitos de Bradley giraba más al sur, protegido en el flanco derecho por el VI Grupo de Ejércitos de Devers. El doble envolvimiento aumentaría la movilidad aliada y forzaría al enemigo a quemar sus escasas reservas de combustible defendiendo un frente amplio y peligroso.

Brooke, con su estrecha cara de ave rapaz tan atenta como el rostro de un halcón peregrino observando a una paloma, escribió en su diario aquella noche:⁹³

Ike expuso su plan, que contempla un doble avance hacia Alemania, al norte del Rin y por Fráncfort. Disentí rotundamente, acusé a Ike de violar los principios de concentración de fuerzas, que habían desembocado en anteriores fracasos. Critiqué sus planes futuros y... Hice hincapié en la importancia de

concentrarse en un único ataque... ¡¡¡Ike no espera cruzar el Rin antes del mes de mayo!!!⁹⁴

Dos años antes, bajo circunstancias similares en Casablanca, Brooke había asaltado a Eisenhower con una propuesta de ofensiva a través de Túnez. Desprevenido e intimidado, Eisenhower había montado una defensa poco entusiasta antes de retirarse desordenadamente de la sala. Esta vez supo mantener su criterio esquivando las objeciones de Brooke y explicando sus argumentos con paciencia y coherencia. Acercarse al Rin desde Holanda hasta Alsacia daría a las fuerzas aliadas la «capacidad de concentración» para un doble ataque final. En cualquier caso, las inundaciones invernales del río en numerosos puntos impedían ahora ataques más al este. El combate en octubre y noviembre efectivamente había sido desalentador, las tropas aliadas seguían ocupando solo mil trescientos kilómetros cuadrados de Alemania, pero las divisiones de la Wehrmacht se estaban desangrando fatalmente y con ellas el Reich.⁹⁵

«Ike estuvo bien», escribió el almirante Andrew Browne Cunningham, el primer lord del Almirantazgo. «Se mantuvo equilibrado. Evidentemente estaba impresionado por los argumentos [de Brooke], pero se negó a comprometerse.» El debate continuó con cócteles y durante la cena, adoptando rápidamente el mismo giro tautológico que caracterizaba las conversaciones estratégicas anglo-americanas.⁹⁶

La velada terminó en silencios forzados y vagos comentarios sobre la unidad aliada de postguerra, a la que el comandante supremo prometió dedicar «la tarde y noche de mi vida». Brooke quedó tan frustrado que incluso valoró dimitir, sobre todo después de que Churchill metiese baza para apoyar la idea de Eisenhower de un amplio frente. En su diario Brooke admitió que había «fracasado estrepitosamente... en cuanto a hacer comprender a Winston o a Ike que su estrategia estaba fundamentalmente equivocada». Un día más tarde, el primer ministro declaró que simplemente había estado actuando de anfitrión respetuoso al negarse a atacar al único americano de la mesa.⁹⁷

Eisenhower voló de vuelta a Versalles el miércoles por la mañana, agotado y no menos desanimado que Brooke. «El mariscal de campo Brooke parecía perturbado por lo que él llama nuestra “dispersión” de las últimas semanas de esta campaña», telegrafió a Marshall. A Mamie le confesó que anhelaba tres meses de vacaciones en una playa remota. «Y oh, Señor, Señor», añadió, «que haga sol».⁹⁸

Eisenhower sabía que había algo más en juego en aquel tedioso contratiempo que las rutas de marcha de los ejércitos. Cada día de guerra que transcurría dejaba a Gran Bretaña más débil y menos capaz de conservar el imperio o de conformar el mundo de

postguerra.

«Temo sobremanera que la reducción del ejército británico sea un factor en Francia que afecte a nuestro derecho a expresar nuestra opinión sobre estrategia y otros asuntos», había teleografiado Churchill a Montgomery. La inteligencia alemana creía que catorce divisiones británicas todavía aguardaban para ser desplegadas en el continente, pero el primer ministro y Brooke sabían la verdad. Efectivamente, Gran Bretaña estaba tan presionada que incluso tras reutilizar a las dos divisiones existentes para completar las mermadas filas de otras unidades, los mandos se enfrentaban a «un grave problema en los próximos seis meses para mantener la fuerza del ejército», como advirtió un oficial del Estado Mayor en Londres. El desgaste de los fusileros de infantería en particular era mucho más elevado de lo que el Departamento de Guerra podía restituir: un oficial de fusileros británico que desembarcó en Francia el 6 de junio tenía casi un 70 % de probabilidades de resultar herido al final de la guerra, y un 20 % de acabar muerto.⁹⁹

Los británicos no eran los únicos que estaban en aprietos. «Todos nosotros nos enfrentamos ahora a una inesperada escasez de efectivos», había escrito Roosevelt a Churchill en octubre. La carestía de los americanos era todavía más problemática, aunque solo fuera porque las tropas estadounidenses constituían el grueso de la fuerza de Eisenhower. En diciembre, las fuerzas armadas americanas ascendían a doce millones, en comparación con los cinco millones de los británicos, pero las insaciables y conflictivas exigencias globales presionaban a aquel numeroso contingente. Ahora había un millón de soldados del ejército en el Pacífico, mientras que las Fuerzas Aéreas del Ejército habían solicitado 130.000 hombres para pilotar y realizar el mantenimiento del nuevo bombardero B-29, además de los 300.000 obreros que ya estaban fabricando la Superfortaleza. Se habían concedido prórrogas laborales a casi cinco millones de americanos, y muchos soldados habían sido licenciados para trabajar en industrias de crucial importancia. En diciembre, se enviaron a casa 2.500 hombres para fabricar munición de artillería y otros 2.000 para neumáticos; otros miles fueron a parar a fundiciones, a fábricas de herramientas y otras plantas. Ahora Marshall incluso se sentía presionado desde el Congreso para recortar los efectivos del ejército a fin de que la producción de artículos de consumo, desde tostadoras hasta automóviles Buick, pudiera reanudarse.¹⁰⁰

Para llenar las filas, las exenciones del Servicio Selectivo para padres fueron por fin abolidas: se reclutó un millón de hombres en 1944-1945. La edad media de los reclutas había ascendido de los veintidós años en 1940 a los veintiséis en 1944, y muchos de los nuevos soldados tenían más de treinta y cinco. En agosto se rescindió la prohibición de enviar a ultramar a menores de dieciocho años. Los requisitos de

reclutamiento para «hombres físicamente imperfectos», ya relajados, se suavizaron más en octubre. Se aconsejó a los inspectores de levas que «no utilizaran términos tales como “imbécil” e “idiota”», pero 330.000 reclutas, algunos de los cuales podían tranquilamente ser calificados por lo menos de estúpidos, fueron posteriormente licenciados por diversos defectos mentales. Un manual de tres páginas explicaba a los examinadores cómo detectar fingimientos, entre ellos simulaciones de epilepsia, incontinencia nocturna y taquicardia «inducida por la ingestión de fármacos como extractos de tiroides». Los aspirantes a desertores «pueden dispararse o cortarse los dedos de las manos o de los pies, normalmente de la derecha... Algunos ponen las manos bajo los coches para conseguirlo». ¹⁰¹

La necesidad de soldados, aptos o no aptos, dispuestos o reticentes, enteros o mutilados, se hacía cada vez más acuciante a medida que pasaba el otoño. Las bajas en combate estadounidenses en Europa se habían duplicado de octubre a noviembre a dos mil diarias; el 7 de diciembre, la cifra llegó a tres mil. La epidemia del pie de trinchera provocó bajas no en combate que también se duplicaron en noviembre, hasta alcanzar los 56.000. En consecuencia, a pesar de que las últimas ochenta y nueve divisiones del ejército estadounidense se preparaban para su despliegue en Europa, y aunque hubieran llegado desde el Día D más de trescientas mil soldados de reemplazo, el XII Grupo de Ejércitos de Bradley informó en diciembre que todas las divisiones que se encontraban en el teatro de operaciones estaban por debajo de su fuerza autorizada. «La esperanza de vida de un oficial subalterno en combate era de doce días antes de ser alcanzado y evacuado», declaró Bradley. El 3 de diciembre Patton confesó en su diario: «Nuestra situación es mala: 11.000 efectivos menos en un ejército de tres divisiones blindadas y seis divisiones de infantería». ¹⁰²

Todas las armas del ejército pasaban apuros — el «manejo y entrega de repuestos blindados ha sido un fracaso colosal», escribió un investigador del ejército — pero ninguna tanto como la infantería, aquella raza aparte, descrita por un soldado como «una línea negra en un mapa de guerra». Utilizando datos obsoletos de la primera guerra mundial y de otros campos de operaciones de la segunda irrelevantes para Europa, el Departamento de Guerra había pronosticado que las pérdidas de la infantería ascenderían al 64 % de todas las bajas. La predicción fue una chapuza: en diciembre, la cifra real fue del 83 %, y para divisiones que participaron en combates particularmente intensos fue todavía mayor. En enero de 1944, el ejército había calculado que necesitaría 300.000 reemplazos de infantería en todo el mundo para aquel año. El número final fue casi el doble: 535.000. ¹⁰³

De más de ocho millones de soldados que había en el ejército al final del año, apenas dos millones estaban sirviendo en unidades de campo. Sencillamente no eran suficientes, sobre todo desde que la Marina, los marines y las Fuerzas Aéreas recibían una parte desproporcionada de los mejores hombres y físicamente más capaces. La escasez más grave era la de aquellas valiosas criaturas conocidas como «745», el fusilero, llamado así por el número de su especialidad profesional militar. Una división de infantería podía tener más de 140.000 soldados, con otros 24.000 soldados de apoyo en unidades auxiliares, pero la punta de lanza consistía solo en 5.200 fusileros de veintisiete compañías de fusileros. (Otros manejaban morteros y ametralladoras, los fogones y la radio, estetoscopios y buldóceres y escritorios de oficina.) «Carecemos por completo de reemplazos de fusileros de infantería debido a la incapacidad del Departamento de Guerra de enviar los números necesarios», advirtió el jefe de personal de Bradley. A medida que aumentaban las bajas, la insuficiencia se hizo más desesperada y el fatalismo del soldado de combate se acentuaba. Como escribió un veterano: «Nadie sale de una compañía de fusileros. Es una puerta que solo se abre en una dirección, hacia adentro. Uno sale cuando te sacan en andas». El teniente Paul Fussell creía que «ningún soldado de infantería puede sobrevivir psicológicamente por mucho tiempo a menos que domine el principio de que los muertos no *saben* el aspecto que tienen». ¹⁰⁴

Se llevaron a cabo frenéticos esfuerzos por reclutar más fusileros para el combate. El ejército ya había seleccionado soldados y suboficiales de cuarenta divisiones mientras aún estaban realizando la instrucción en los Estados Unidos. Diecisiete de aquellas divisiones habían perdido como mínimo dos tercios de sus soldados de infantería y numerosos oficiales subalternos, que después eran enviados como reemplazos individuales al extranjero mientras nuevos reclutas llenaban las filas detrás ellos. Esta rotación afectó drásticamente no solo a las divisiones originales —la 65.^a División informó que algunos pelotones habían sustituido hasta dieciséis líderes de pelotón antes incluso de abandonar los Estados Unidos— sino también a muchos GI que se encontraron en combate sin la suficiente instrucción. «Tuvimos que reunirlos detrás de una colina justo en plena acción y enseñarles a cargar los fusiles», se quejaba un brigada. ¹⁰⁵

Los programas de choque para convertir a soldados de intendencia y demás tropas de apoyo en fusileros empezaron a finales de noviembre. Los llamados «hombres milagro», o «nuevas versiones», a menudo resultaban insuficientes, y como mínimo un regimiento que trataba de rehacerse tras la carnicería de Hürtgen se negó a aceptar cientos de novatos de infantería. «El estado de ánimo de los hombres reconvertidos en fusileros, en general, no es bueno», rezaba un informe de inspección.

Un estudio de las divisiones de infantería reveló que casi tres cuartas parte de los encuestados coincidían en que «se lleva una parte mayor de la que le corresponde de los hombres que no sirven para ninguna otra cosa». El teniente Fussell escribió que el mensaje implícito a un soldado de infantería era: «Eres prescindible. No creas que la buena opinión de tu familia pueda impresionar aquí».¹⁰⁶

Incluso el despliegue de divisiones intactas estaba poseído por el caos. Bajo un plan conocido como la «Lista Roja», veintinueve divisiones que estaban «completamente equipadas y listas para el combate al cabo de quince días de su desembarco» llegaron a Europa a comienzos de septiembre. No obstante, los tanques y demás equipamiento pesado destinados a estas divisiones fueron dispersados hacia puertos de embarque a través de un complejo de almacenes de Elmira, Nueva York, que cada mes se veía inundado de miles de vagones militares. La congestión y la confusión condujeron al caos (treinta trabajadores de Elmira se afanaron sin descanso solo para sacar las etiquetas de envío equivocadas) y el ejército admitió que «la imposibilidad de mantener al día el papeleo finalmente frustró toda la operación». En consecuencia, muchas unidades llegaron a Europa sin el equipo de combate necesario, incluidas tres divisiones que desembarcaron en Marsella tan desprovistas de equipo de comunicaciones que el SHAEF se pasó tres meses cubriendo la falta de material.¹⁰⁷

La Lista Roja era un modelo de eficiencia comparada con el sistema de reemplazo del ejército. Decenas de miles de soldados eran soltados en el continente sin estar preparados para el combate; como el propio Eisenhower admitió, cada uno llegaba con «la sensación de ser un alma perdida... empujada sin saber a dónde se dirige ni qué le va a suceder». Muchos carecían de utensilios para la comida, de bayonetas o incluso de divisa; los tenientes y capitanes de reemplazo utilizaban cinta adhesiva para simular las barras en los hombros. Otros tantos carecían también de armas, así que el Departamento de Guerra envió cincuenta mil fusiles antiguos de la primera guerra mundial a Europa. «Salimos de Fort Meade sin fusiles, llegamos a Escocia sin fusiles, llegamos a Francia sin fusiles, [y] llegamos a Bélgica sin fusiles», recordaba un soldado.¹⁰⁸

Los reemplazos viajaban durante días en «cuarenta y ocho» fríos vagones, considerados aptos para cuarenta hombres u ocho caballos, aunque como Eisenhower escribió a Marshall: «Hemos reducido la cifra a treinta y cinco hombres alistados por vagón para que al apretarse puedan por lo menos tumbarse». Después se pasaban semanas o meses en centros de reemplazo conocidos como «depósitos de almacenaje», durmiendo a menudo sobre paja en endeble tiendas, esperando ser

asignados a una unidad a pesar de que su forma física y capacidad de combate estuvieran mermadas. Un artículo de *Stars and Sripes* explicaba que «muchos reemplazos no se habían duchado en treinta días». ¹⁰⁹

«Queremos sentir que somos parte de algo», explicaba un GI del depósito de almacenaje. «En calidad de reemplazos estamos aparte de todo... Te sientes totalmente inútil e insignificante.» La inactividad, añadía *Stars and Stripes*, se convirtió en «una forma de crueldad mental». El ejército trataba de mitigar los temores de las tropas inexpertas enviadas al combate segregando «las aguas saladas», los nuevos reemplazos que llegaban de los Estados Unidos, de los soldados heridos o enfermos que acababan de salir del hospital. «Los veteranos del combate», explicó un jefe de batallón, «aterrorizaban a los novatos». ¹¹⁰

El 1 de diciembre el Tribunal de Justicia Lee propuso que la palabra «reemplazo» fuera sustituida por «refuerzo». «Reemplazo», le dijo a Bradley, «lleva implícito el significado de carne de cañón que podríamos superar utilizando otro término». El cambio tuvo lugar poco después de Navidad, pero ningún eufemismo podía ocultar el hecho de que «la moral de nuestros oficiales y reclutas que llegan a través del sistema de reemplazo esté completamente por los suelos», avisaba un informe de un inspector general. Aun así, las fuerzas terrestres estadounidenses en Europa habían recibido desde el 6 de junio casi medio millón de reemplazos, la mayoría de ellos «aguas saladas», y a pesar de todos sus defectos e indignidades, el sistema había mantenido los ejércitos de campo razonablemente fuertes durante siete meses. ¹¹¹

Ahora, la capacidad del ejército de reponer sus filas estaba en peligro. El 8 de diciembre, el SHAEF había pronosticado una escasez de 23.000 fusileros para final de año, suficiente para disuadir de cualquier ataque para penetrar en Alemania. Tras su regreso de Londres, el 15 de diciembre Eisenhower ordenó que las unidades de la retaguardia enviaran más tropas de combate, y un cursillo de ocho semanas para convertir equipos de mortero y otros efectivos de infantería en soldados 745 se vio reducido a dos semanas. Unos cuantos oficiales se preguntaron si no era hora de permitir que los GI negros sirvieran en las compañías de fusileros blancos, pero de momento aquella idea radical encontró pocos partidarios en el alto mando. ¹¹²

Nadie estaba más inquieto que Omar Bradley, cuyo Grupo de Ejércitos ascendía a 850.000 hombres y casi cuatro mil tanques, aunque reunía menos del 80 % de su fuerza autorizada en fusileros. Tenía la intención de separar las divisiones recién llegadas para reutilizar la infantería como habían hecho los británicos, a pesar de que reconocía que sería «un tremendo desperdicio». Bradley estaba tan irritado por el fracaso del Pentágono en el aprovisionamiento de tiradores que le dijo al SHAEF que

planeaba volar a Versalles desde Luxemburgo para exponer en detalle sus problemas. «¿No se dan cuenta de que todavía podemos perder esta guerra en Europa?», le había espetado a Eisenhower. La conferencia fue fijada para el sábado 16 de diciembre por la mañana: el aniversario de Beethoven.¹¹³

«Despacio, muchachos. Hay peligro más adelante»

Sin duda hubo señales, presagios, augurios. Sin duda también fueron omitidos, ignorados, justificados. Durante décadas después de la lucha a muerte en la llamada batalla de las Ardenas, tanto los generales, como estudiosos y soldados de infantería reflexionarían acerca del peor fracaso de la inteligencia estadounidense desde Pearl Harbour y el más mortífero de la guerra. Solo desde la distancia de la historia se puede obtener una perfecta claridad, e incluso en este caso, la respuesta más simple y más cierta sigue siendo la menos satisfactoria: se cometieron errores y muchos hombres murieron. Lo que se podría haber sabido no se supo. Lo que se pudo haber hecho no se hizo. Hacía falta coraje y sus fieles acompañantes, la tenacidad, el aplomo y la suerte, para hacerlo bien. La prueba que les aguardaba al otro lado requería también una formidable potencia de fuego y gran derramamiento de sangre en lo que acabó convirtiéndose en la mayor batalla de la historia militar americana, y una de las más decisivas.

La inteligencia aliada reconoció en septiembre que los alemanes habían creado el VI Ejército Panzer bajo el mando del intrépido Sepp Dietrich. Aquel mismo mes, se interceptó un mensaje enviado a Tokio por el embajador japonés en Berlín en el que se explicaba que Hitler estaba concentrado tratando de reunir un millón de soldados nuevos para combatir en el oeste, «probablemente a partir de noviembre». Desciframientos de Ultra de finales de octubre revelaron que la Luftwaffe estaba almacenando combustible y munición en once campos de aviación al norte de Aquisgrán; más informes de inteligencia alertaban de que la fuerza aérea alemana en el oeste se estaba cuadruplicando, quizás hasta 850 aviones, invirtiendo la política defensiva de concentración de escuadrones en la patria. Informes de prisioneros alemanes y una orden interceptada indicaban que el famoso jefe de comandos enemigo, Otto Skorzeny, el hombre que había liberado a Benito Mussolini de una prisión en la cumbre de la montaña, estaba seleccionando soldados que supieran «hablar el dialecto americano», quizás para una misión de infiltración. El I Ejército estadounidense había realizado 361 vuelos de reconocimiento sobre la Alemania occidental desde mediados de noviembre, divisando extrañas procesiones de luces

atenuadas en ambos márgenes del Rin, así como trenes hospital al oeste del río y bateas cubiertas con lonas que al parecer transportaban tanques o camiones. A principios de diciembre, la inteligencia aliada informó de que doscientos trenes de tropas avanzaban hacia el frente.¹¹⁴

Nada de todo esto sugirió una ofensiva enemiga, por lo menos no en la mente de quienes analizaban las evidencias. El VI Ejército Panzer junto con los aviones de la Luftwaffe fueron interpretados como una fuerza de contraataque destinada a proteger el Ruhr, pero sin capacidad de montar «una verdadera contraofensiva», en opinión del SHAEF, debido a la escasez de combustible y a la decrepitud general de los militares alemanes. Una orden interceptada a la Luftwaffe de un reconocimiento aéreo de los puentes del Mosa, una ubicación curiosamente alejada para los que solamente protegían el Ruhr, fue considerada una treta. En un informe del 3 de diciembre de la inteligencia del XXI Grupo de Ejércitos se descartaba el rumor de que los alemanes tuvieran intención de volver a capturar Amberes: «El rumor de un ataque a Amberes... simplemente no está dentro de sus posibilidades». Después de todo, centenares de informes confirmados retrataban a un enemigo destrozado y tambaleante.¹¹⁵

Los que estaban más cerca del frente, es decir, las unidades tácticas diseminadas a lo largo de la Línea Sigfrido, tampoco fueron más clarividentes. Los oficiales estadounidenses del V Cuerpo que entrevistaron a prisioneros alemanes a comienzos de diciembre subestimaron los informes sobre una intensificación en el adiestramiento de técnicas de infiltración y tácticas de asalto. Los tanques que maniobraban al oeste del Rin se tomaron por unidades de refresco en pleno entrenamiento, igual que las unidades americanas de novatos eran entrenadas en las Ardenas. Una mujer interrogada el 14 de diciembre explicó que el bosque cercano a Bitburg estaba abarrotado de equipamiento alemán, y cuatro soldados de la Wehrmacht capturados el 15 de diciembre informaron de que estaban llegando al frente más unidades de combate. Sin embargo, estos y muchos otros indicios causaron muy poca alarma. Ninguna de las siete divisiones del I Ejército en torno a las Ardenas sospecharon una ofensiva del enemigo; es más, la 99.^a División afirmó que «el ejército alemán al completo [se está] desintegrando».¹¹⁶

Varios factores alimentaron esta indiferencia, entre ellos la incapacidad de reconocer que era Hitler y no el prudente Rundstedt quien estaba dirigiendo a los ejércitos alemanes de campo hacia el oeste. «La guerra desde el punto de vista militar parecía ahora en manos de los soldados», afirmaba un análisis del XXI Grupo de Ejércitos, «un cambio que hacía más fácil comprender al enemigo pero más difícil derrotarlo». Ningún mariscal de campo en su sano juicio se arriesgaría a perder el VI Ejército Panzer, la última reserva móvil del Reich en el oeste, en una ofensiva de

invierno. Poniéndose en el lugar de sus homólogos alemanes, Forrest Pogue observó que los mandos americanos creían que puesto que «*nosotros* no atacaríamos en aquellas condiciones, *ellos* no atacarían en aquellas condiciones». Pensar de otro modo requería la habilidad de «predecir las intenciones de un maníaco», escribió el jefe de inteligencia de Bradley más tarde.¹¹⁷

Los oficiales superiores aliados estaban extremadamente encantados con Ultra, como lo habían estado antes del paso de Kasserine en 1943. A finales de 1944, los criptólogos de Bletchley Park proporcionaban diariamente unos cincuenta mensajes alemanes interceptados detallando los movimientos de las tropas y las fuerzas de las unidades. «Dependían tanto de Ultra que si no hubiese existido», dijo un oficial del SHAEF, «entonces no habría habido nada». El jefe de inteligencia de Montgomery, el brigadier E. T. Williams, estaba de acuerdo. «En lugar de ser la mejor, se convirtió en la *única* fuente», escribió poco después del final de la guerra. «Habíamos empezado a apoyarnos: este era el peligro de Ultra.» Las interceptaciones habían proporcionado indicios provocadores, por ejemplo, sobre los planes de la Luftwaffe en los aeródromos occidentales, y también suscitaban inquietantes preguntas en aquellos proclives a la preocupación. ¿Por qué se pedía al frente italiano que enviase mil camiones a Rundstedt? ¿Por qué se trasladaba la guardia personal de Hitler al frente occidental? ¿Por qué se acercaban tanto al frente los trenes de tropas del VI Ejército Panzer si la misión de Dietrich era proteger el Ruhr? Pero la implacable seguridad alemana respecto a Herbstnebel y el estricto silencio de la radio por parte de las unidades implicadas evitaron que el secreto llegase a oídos de los aliados.¹¹⁸

Más tarde algunos se atribuyeron clarividencia. El coronel Monk Dickson, el tempestuoso jefe de inteligencia del I Ejército, escribió en Estimate n.º 37, publicado el 10 de diciembre, que «la continua acumulación de fuerzas al oeste del Rin apunta de manera clara a que se lo están jugando todo en una contraofensiva». No obstante, Dickson situó el esperado ataque alemán en el sitio equivocado, al norte de las Ardenas, «entre el Ruhr y el Erft», y a la hora equivocada, «cuando el grueso de nuestras fuerzas hayan cruzado el río Ruhr». Además, sus tempestuosas relaciones con los oficiales de inteligencia del SHAEF y del XII Grupo de Ejércitos, que lo tachaban de alarmista sin fundamento, socavaron la imprecisa advertencia de Dickson, igual que su consiguiente partida de Spa para pasar cuatro días de vacaciones en París.¹¹⁹

A principios de diciembre, la sugerencia del jefe de inteligencia de Eisenhower, el general de división Kenneth W. D. Strong, de que el VI Ejército Panzer podría perfectamente atacar a través de las Ardenas, alarmó tanto a Beetle Smith que despachó a Strong para que se entrevistase con Bradley. En una reunión de cuarenta y

cinco minutos en Ciudad de Luxemburgo, o Strong no consiguió transmitir lo alarmante de la situación o Bradley se negó a tomar en consideración sus temores. El VIII Cuerpo del Ejército estadounidense estaba extendido en una fina línea a lo largo de la zona montañosa fronteriza, reconoció Bradley, pero detrás del frente se habían posicionado amplios refuerzos por si eran necesarios. Al parecer, Bradley se había autoconvencido de que allí el enemigo carecía de dientes: durante un reciente trayecto a través de las Ardenas había reflexionado, «No creo que vengan por aquí. Aquí no pueden hacer gran cosa. No creo que lo intenten». De vuelta a Versalles, Strong relató la conversación a Smith, quien decidió no molestar a Eisenhower con el asunto.¹²⁰

Quizás la única y genuina premonición podía encontrarse más al sur, donde Patton y su oficial de inteligencia del III Ejército, el general de brigada Oscar W. Koch, intuyeron lo que otros no percibían: que un enemigo peligroso y desesperado era capaz de causar estragos. Koch insistió en que el revés alemán de los últimos meses «no ha sido una derrota ni un desplome masivo». Creía que Hitler estaba «ganando tiempo». El 7 de diciembre, observó una «gran concentración de *panzer* al oeste de Rin en el sector norte de la zona de avance del XII Grupo de Ejércitos»; dos días después, hizo hincapié en la vulnerabilidad del VIII Cuerpo del Ejército en las Ardenas. El 4 de diciembre, Koch mencionó el persistente misterio sobre la ubicación de por lo menos catorce divisiones alemanas, la mayoría de ellas acorazadas, que juntas podían constituir la punta de lanza de una contraofensiva. Era más probable un ataque cerca de Aquisgrán que a través de las Ardenas, añadió, pero la intuición de Patton le indicaba otra cosa. «El I Ejército está cometiendo un terrible error al mantener estático al VIII Cuerpo», había escrito en su diario, «pues es altamente probable que los alemanes se estén concentrando al este de su posición».¹²¹

Sin embargo, en otros altos consejos aliados prevalecía una exagerada confianza, la convicción de que no se arriesgarían reservas alemanas al oeste de la Línea Sigfrido. «Puede decirse con cierta certeza que un repentino ataque en el oeste está descartado», concluía un informe de la inteligencia aérea británica el 6 de diciembre. Disgustado de que tan pocos oficiales leyeran sus pomposos informes, el general de brigada Edwin L. Sibert, jefe de inteligencia de Bradley, instó al antiguo director editorial del *New Yorker*, que ahora vestía uniforme, a que mejorase la prosa en su evaluación del 12 de diciembre. Se dio plena confianza al optimismo del XII Grupo de Ejércitos. «El desgaste está minando sin cesar la fuerza del ejército alemán en el frente occidental», declaraba el análisis, «y la corteza de la defensa [alemana] es más delgada, más frágil y más vulnerable.» Parecía muy posible un abrupto desplome del enemigo, y «con tiempo y buen clima podemos avanzar contra él en cualquier parte».¹²²

Montgomery no necesitaba ningún negro para afirmar sus puntos de vista. El 15 de diciembre escribió que el aprieto de Hitler era tan desesperado «que no puede organizar grandes operaciones ofensivas». Aquel mismo día, el mariscal de campo garabateó una nota a Eisenhower pidiendo permiso para regresar a Gran Bretaña por Navidad. Montgomery incluyó una factura por el importe de cinco libras de una apuesta hecha en octubre de 1943, cuando desafió la predicción de Eisenhower de que la guerra terminaría en las Navidades de 1944.¹²³

«Todavía me quedan nueve días», respondió el comandante supremo, «y aunque parece casi seguro que tendrás cinco libras extra para Navidad, no te las daré hasta ese día».¹²⁴

Marlene Dietrich despertó gran revuelo en las Ardenas a mediados de diciembre. Vistiendo un uniforme de lana entallado con ropa interior de abertura en la parte posterior, con sus rubias trenzas asomando por debajo del borde del casco, saltaba a un camión e iba de un campamento a otro con su *troupe* de la USO,* cambiándose tres o cuatro veces al día para ponerse las medias de nylon y el vestido de lentejuelas apropiado para cantar melodiosamente *Falling in Love with Love* y *See What the Boys in the Back Room Will Have*. Sorbiendo calvados para ahuyentar el frío, repartía postales con su foto y un autógrafo con pintalabios y recogía las armas que le entregaban los soldados embelesados; al final su equipaje incluía once pistolas. A veces contaba chistes sobre Hitler, a quien calificaba de «vegetariano amargado». Culpaba de la guerra a «su frustrada vida amorosa», explicando que «desgraciadamente para el mundo, la primera chica se rió». Se decía que a comienzos de aquella primavera en el Ritz de París había desfilado por un pasillo con un *chapeau* chic y nada más, preguntando: «¿No estoy mona?». También se decía, ella misma, que había dormido con Patton, quien le puso el apodo de Piernas. Cuando el director de cine Billy Wilder preguntó acerca de los rumores de un lío con Eisenhower, ella respondió: «Pero cariño, ¿cómo podía ser Eisenhower? ¡Si ni siquiera estuvo en el frente!»¹²⁵

En una lluviosa noche del jueves 14 de diciembre, Dietrich actuó en la pulcra ciudad belga de Bastoña, en el cuartel general del VIII Cuerpo. Trató de no rascarse los piojos mientras cantaba *Lili Marlene*. Una noche después al norte de Luxemburgo, en Diekirch, a apenas diez kilómetros de su Alemania natal, estaba cantando en una sala abarrotada y llena de humo para cientos de GI en la 28.^a División del general holandés Cota, todavía recuperándose tras su experiencia en el bosque de Hürtgen. Las tropas pataleaban y silbaban y podrían haberse quedado toda la noche escuchando, pero el toque de diana era muy temprano, y ella el sábado tenía que

entretener a la 99.^a División otra vez en Bélgica. *Bajo la farola junto a la puerta del barracón*, canturreaban los soldados para sí mientras se acurrucaban en sus sacos. *Cariño, recuerdo el modo en que solías esperar.*¹²⁶

La *Guía de las ciudades de Bélgica* del ejército de los EE. UU. aseguraba a los soldados que las Ardenas era un hermoso lugar para «practicar tu deporte de invierno favorito»; decía que la región se había convertido en un «tranquilo paraíso para las tropas agotadas». «Queridos papá y mamá», había escrito hacía poco un GI: «Hace un espléndido día soleado y frío, muy similar al tiempo que hace en esta época del año en las montañas Adirondacks. Completamente nevado». Un soldado que comía pollo frito y patatas fritas en el calor de su tienda de campaña escribió a su madre: «Engordaré si este buen trato dura mucho más». En Honsfeld, a unos pocos kilómetros de la brecha de Losheim, mientras esperaban la aparición de la Marlene el sábado, los soldados miraban una película con la banda sonora defectuosa gritando sus propios diálogos inventados. Más al oeste, los GI de Vielsalm recibieron a otra *troupe* de la USO con un cómico que cantaba mientras comía galletas saladas. Por 10 dólares un soldado en el frente podía enviar a casa flores por Navidad, pero los ramos y el telegrama que los acompañaba aterrorizaban a más de una madre que confundía los regalos con una notificación de fallecimiento.¹²⁷

Entre los visitantes al cuartel general del I Ejército en Spa el viernes 15 de diciembre había una delegación de jugadores de béisbol profesionales, con Mel Ott y Bucky Walters. Encontraron a pocos oficiales superiores en el puesto de mando: la mayoría estaban de permiso o en París, como el coronel Dickson, el G-2, o en Londres, como el oficial de operaciones G-3, el logista G-4 y los oficiales superiores de artillería, armamento y artillería antiaérea. El general Hodges, jefe del ejército, charló amablemente con los invitados durante media hora, luego se excusó y regresó a su barracón, exhausto por la fatiga y un terrible resfriado. A la misma hora, un soldado llamado Theodore Geisel, conocido profesionalmente como Dr. Seuss, visitaba la 106.^a División. Geisel, que estaba haciendo una película de propaganda con el director de cine Frank Capra, compuso después unos versos satíricos para conmemorar su experiencia de los dos días siguientes: «La retirada que batimos se realizó a una velocidad que nunca podrá ser batida».¹²⁸

Se evacuaron diez mil civiles belgas de las zonas fronterizas al norte de la brecha de Losheim, sobre todo porque muchos eran étnicamente alemanes y Hitler había proclamado de ellos: «En el fondo siempre han estado vinculados a Alemania». Se permitió que algunos agricultores se quedaran para recolectar las patatas tardías y cuidar del ganado vacuno, pero las vacas no ordeñadas armaban tal alboroto con sus mugidos que los carniceros montaron diez corrales de matanza. Los camiones del

ejército transportaron la carne a los depósitos de los cuarteles generales de Bruselas y Amberes. Había otra reunión programada para el sábado por la mañana en el puesto de mando de la 99.^a División en Bütgenbach. A lo largo del frente, donde crecían las coníferas formando hileras tan exactas que recibían el nombre de «bosque de maizales», las radios de las compañías sintonizaban a Axis Sally [Sally del Eje], la propagandista cuya frase de apertura los GI gustaban de parodiar: «Espacio, muchachos. Hay peligro más adelante».¹²⁹

De los 341.000 soldados del I Ejército estadounidense, 68.822 estaban en el VIII Cuerpo, anclando el flanco derecho del ejército con tres divisiones en la línea. Ocupaban un frente de 137 kilómetros, tres veces la longitud aconsejada para semejante fuerza según la doctrina táctica del ejército, que serpenteaba por la frontera belga a través de Luxemburgo hasta el sector del III Ejército. En dos enclaves, la línea del cuerpo cruzaba la frontera alemana hasta Schnee Eifel, una montaña escarpada cubierta de nieve que era una extensión topográfica de las Ardenas belgas. Los oficiales de la inteligencia calcularon que había en aquellos momentos 24.000 soldados enemigos frente al VIII Cuerpo, tan pocos que recientemente el I Ejército había ordenado un programa de engaño para fingir un aumento de fuerzas americanas en las Ardenas. El propósito era atraer a más alemanes debilitando así las líneas de Rundstedt al norte y al sur. Algunas tropas del VIII Cuerpo llevaban falsos galones brillantes, conducían camiones con señales de unidades fingidas, emitían falsedades por radio y ponían grabaciones de aglomeración de tanques, todo para simular una preponderancia que no existía. En realidad, algunos regimientos de infantería que normalmente deberían mantener un frente de 3.200 metros en aquel terreno accidentado, es decir, tres kilómetros, ahora tenían que defender frentes de diez kilómetros o más.¹³⁰

Durante gran parte del otoño, cuatro divisiones veteranas estadounidenses habían ocupado esta región, dominando el terreno y ensayando planes de retirada y contraataque. Sin embargo, en las últimas semanas habían sido reemplazadas por dos maltrechas divisiones procedentes de Hürtgen, unas tropas exhaustas en busca de un paraíso tranquilo, y por la recién llegada 106.^a División de Infantería, que no solo era la unidad más inexperta del ejército en Europa sino también la más joven. Esta división, la primera enviada al combate con un importante número de reclutas de dieciocho años, fue colocada en Schnee Eifel y al otro lado de la brecha de Losheim, escalonada a lo largo de unos dos kilómetros al oeste de la Línea Sigfrido como un tapón de botella que no encajaba bien.¹³¹

Igual que otras muchas divisiones novatas, la 106.^a se había adiestrado diligentemente durante meses en casa solo para ser destripada por levadas procedentes de otras unidades enviadas a Europa con anterioridad. En agosto de 1944, más de siete mil hombres fueron enviados fuera de la división, entre ellos muchos soldados agresivos de infantería que fueron sustituidos por convertidos de la retaguardia con habilidades de combate más que sospechosas. Después de su llegada a Le Havre el 6 de diciembre, la 106.^a había sido transportada en camiones a través de Francia hasta alcanzar el frente de las Ardenas a las siete de la tarde del 11 de diciembre «entumecida, empapada y congelada», como más tarde escribiría el historiador militar R. Ernest Dupuy. Hombre por hombre, trinchera por trinchera, a través de un sector de cuarenta y cinco kilómetros, sustituyeron a las tropas de la 2.^a División de Infantería, que se precipitaron en busca de duchas y comida caliente en la retaguardia.¹³²

Pocos soldados de la 106.^a habían oído nunca un tiro disparado con rabia, y algunos no conseguían poner a cero su fusil para asegurar la puntería. El silencio de la radio descartaba las pruebas y calibración de nuevos equipos. Los batallones informaban de falta de ropas de invierno, mapas, trípodes para ametralladoras y munición de mortero, antitanque y bazucas. El pie de trinchera no tardó en aparecer cuando las inexpertas tropas dejaron de secarse los pies correctamente. A pesar de las órdenes de montar una «defensa agresiva», pocas patrullas se aventuraban y las que lo hacían acababan aterrorizadas por los perros de guerra alemanes.¹³³

Despacio, muchachos. Hay peligro más adelante.

«Los bosques son de pinos altos, oscuros y tenebrosos en el interior. Después de una nevada queda todo blanco y negro», escribió un artillero a su esposa desde un puesto avanzado cerca de Losheim. «Este era el Bosque de Arden de *Como gustéis* de Shakespeare.» En la comedia del bardo, el bosque es un refugio pastoril para personajes que eligen dedicarse al amor. Pocos soldados intentando mantenerse calientes en un soto de las Ardenas a mediados de diciembre podían encontrar aquel lirismo en semejante campiña. Bombas volantes V-1 lanzadas desde la Alemania occidental zumbaban por encima día y noche, en dirección a Amberes. Los fuertes adelantados, unas pocas docenas de hombres asignados a las zonas bajas de los pueblos en las intersecciones, fueron apodados sarcásticamente «azucareros» por su vulnerabilidad topográfica.¹³⁴

Un coronel de la 2.^a División que se marchaba dijo a su sustituto de la 106.^a: «Se está muy tranquilo aquí arriba y sus hombres aprenderán fácilmente».¹³⁵ Paja y jirones de tela amortiguaban las ruedas de los cañones y los cascos de los caballos mientras veinte divisiones alemanas avanzaban lentamente hacia sus puntos de encuentro final el viernes 15 de diciembre por la noche. Equipos de asistencia con

camiones con grúas estaban ya en las carreteras que ahora tenían un solo carril, y la policía militar tenía autorización para disparar a los neumáticos de cualquier vehículo que infringiese la disciplina de la marcha. Durante el último kilómetro que conducía a la línea de salida, los soldados acarreaban la munición con sus manos o sobre la espalda. Los intendentes sacaron paquetes de raciones de «comida especial tonificante y revitalizante», que incluía cincuenta gramos de genuino café, tabletas de glucosa, chocolate, barritas de frutas y leche en polvo. «¡Algunos creen en la vida, pero la vida no lo es todo!», escribió a su hermana un soldado de la 12.^a División SS-Panzer. «Basta con saber que atacaremos y expulsaremos de nuestra patria al enemigo. Es una labor sagrada.»¹³⁶

Doscientas mil tropas de asalto se reunieron en una zona de encuentro de casi cinco kilómetros de profundidad. El ataque inicial por parte de siete divisiones *panzer* y trece de infantería, reforzadas por casi dos mil cañones de artillería y mil tanques y cañones de asalto, se lanzaría sobre un frente de casi cien kilómetros de ancho. Cinco divisiones más y dos brigadas pesadas esperaban la segunda oleada, dando a los alemanes una ventaja aproximada de cinco a uno sobre las fuerzas enemigas estadounidenses en artillería y de tres a uno en blindaje. Las mejores divisiones de Rundstedt tenían el 80 % de su equipo, otras apenas la mitad. Las columnas *panzer* llevaban el suficiente combustible para avanzar 160 kilómetros en condiciones normales de crucero, que no existían en ningún lugar de las empinadas y glaciales Ardenas. Habría que contar con unos cuantos recambios o cañones antitanque, pero para una labor sagrada quizás no se necesitasen.¹³⁷

Sin duda, Hitler había apostado el futuro de su Reich a una sola carta. La entrada final del diario de guerra del *OB West* del viernes por la noche declaraba: «Mañana traerá el inicio de un nuevo capítulo en la campaña del oeste».¹³⁸

En los barracones de tejado rojo del ejército belga que servían de puesto de mando del VIII Cuerpo en Bastoña, el viernes por la noche saltaban los tapones descorchados de champán para celebrar el aniversario de la llegada del cuerpo a Gran Bretaña un año antes. El comandante, el teniente general Troy H. Middleton, tenía motivos para estar orgulloso del récord de combate de sus hombres en Normandía y en la derrota de Brest. Tras haberse alistado como soldado procedente del Misisipi en 1910, en noviembre de 1918 Middleton era el coronel americano más joven de la primera guerra mundial y, a criterio de George Marshall, «el jefe de regimiento de infantería más destacado en el campo de batalla de Francia». Después de dejar el ejército en 1937 para convertirse en decano y después vicepresidente de la State University de Louisiana, Middleton volvió a vestir el uniforme en 1942, al mando de la 45.^a

División en las campañas de Sicilia y Salerno antes de aceptar el mando del cuerpo como favorito de Eisenhower. Ahora brindaba por última vez por las batallas pasadas y futuras antes de retirarse a su furgoneta para descansar.¹³⁹

Unos pocos kilómetros al este, el amortiguado ruido de los cascos de los caballos y un rugido de motores a marcha corta llegaba hasta los piquetes americanos situados a lo largo del río Our, que separaba Luxemburgo de Alemania. Su informe de ruidos molestos por la noche ascendió por la cadena de mando de un cuartel general a otro, sin que se le prestara más atención de la que se prestó a los anteriores augurios. El puesto de mando de Middleton en Bastoña hizo pública una previsión del tiempo para el sábado, «Nublado, nevadas en torno a 13:00. Visibilidad 3 kilómetros», y un resumen de batalla de tres palabras: «Nada de que informar».¹⁴⁰

Las Ardenas

Una cita en alguna ciudad en llamas

Cortinas de llamas salieron despedidas de los fosos de cañones alemanes exactamente a las 05:30 h del 16 de diciembre. Los incesantes cañonazos caían formando salpicaduras carmesí al otro lado del frente con un hedor de tierra revuelta y pólvora quemada, y las bolas de fuego verde de los proyectiles de 88 mm perforaban la oscuridad a ochocientos metros por segundo como si quisiesen abrazar el letargo de las crestas de las colinas de las Ardenas. El aullido histérico de los cohetes Nebelwerfer retumbaba en las hondonadas donde los GI con los ojos como platos se agazapaban en sus azucareros. Las ametralladoras del enemigo añadieron su sonido de aserradero al escándalo y proyectiles con una cuantiosa carga de tirafondos de vías férreas astillaban las ramas de los abetos y también los huesos de los soldados. El estruendo de los motores *panzer* llegaba ahora desde el este, junto con chirrido de los bojes, y mientras la artillería estallaba y disparaba, un fusilero de la 99.^a División reflexionaba: «Era como si hubiera llegado el fin del mundo».¹

Para algunos sí, y demasiado pronto. Un amanecer perlado resbalaba por las laderas, perseguido por el silbido de los destellos alemanes que vidriaban la nieve con tintes metálicos de rojo y plata. La infantería surgió de entre los árboles como sombras encorvadas, algunos con trajes de nieve o gorras blancas, otros vistiendo gabanes de *Feldgrau* con cascos con brida o gorras de pico, gritando y cantando por encima del estrépito de los disparos de los fusiles. Un GI, escondido en un establo entre las vacas eximido de la matanza del sábado por la mañana, susurró: «El ejército alemán entero está aquí». A lo largo de la delgada línea americana, los hombres excavaban a mayor profundidad, escarbando surcos con los cascos y los cuencos del rancho. Otros se escabulleron hacia la retaguardia, pasados los primeros muertos, que tenían la habitual expresión impávida. Solo los vivos estaban sorprendidos.²

La batalla estalló, aquel último gran combate del frente occidental, aunque tuvieron que transcurrir horas hasta que los mandos americanos se dieran cuenta de que aquella cortina de fuego era algo más que un amago, y pasarían días antes de que

algunos generales reconocieran la verdad de lo que Rundstedt había dicho a sus legiones en una orden interceptada horas antes aquel mismo sábado: *Es geht um das Ganze*. Todo está en juego. La contienda duraría un mes, involucrando a más de un millón de hombres conducidos desde medio continente a aquellas embrujadas tierras. El primer acto del drama, quizás el más decisivo, representado simultáneamente en tres campos sanguinarios dispersos en una superficie de cien kilómetros: a la izquierda americana, a la derecha americana y en el desastroso centro. «Vuestra gran hora ha llegado», había declarado Rundstedt. «Cargáis con el sagrado deber de darlo todo y conseguir lo sobrehumano para nuestra patria y nuestro Führer».³

Ningún hombre asumió los sentimientos del mariscal de campo con más fervor que el delgado joven teniente coronel de las SS enfurecido por los atascos de tráfico al noroeste de Losheim el sábado por la mañana. Efectivamente, la gran hora de Joachim Peiper había llegado, sin embargo él ya llegaba tarde. Un puente que atravesaba una vía férrea había sido demolido en septiembre por las tropas alemanas en retirada, pero los ingenieros asignados para la reparación del tramo no podían adelantar a los carros de mulas, vehículos de artillería tirados por caballos y tanques Tiger que interceptaban la estrecha carretera de acceso. Una columna de tanques atascados y transportes de personal serpenteaban durante kilómetros hasta Alemania.⁴

Como jefe del 1.º Regimiento SS-Panzer, portando con orgullo la insignia de la cabeza de la muerte sobre el visor de su gorra puntiaguda, Peiper había recibido la orden divina concreta de atravesar Bélgica a toda prisa con un comando especial de casi seis mil hombres y setenta y dos tanques para tomar los pasos del Mosa en Huy, entre Lieja y Namur. A pesar de que solo tenía veintinueve años, era la elección más obvia como la *Spitze*, la punta, de ataque del VI Ejército Panzer y de toda la Herbstnebel. Un berlinés nacido en una familia de militares, con perfecto dominio del inglés y el francés, y guapo a la correcta manera aria, Peiper había servido en 1938 como adjunto personal de Heinrich Himmler, casándose incluso con una de sus secretarias poco antes de la invasión de Polonia. Gran parte de su guerra había transcurrido en el este, quemando pueblos y matando a civiles con tanto ahínco que su unidad recibió el apodo de Brigada Antorcha. Sus dos hermanos, también de las SS, habían muerto, pero la devoción de Peiper por el Reich estaba intacta. Con los bombarderos aliados aterrorizando a las ciudades alemanas, no cuestionó las órdenes de Hitler de blandir el miedo y el terror como armas.⁵

A comienzos de diciembre, tras una carrera de prueba en un Panther cerca de Bonn, Peiper informó de que un regimiento de tanques podía cubrir ochenta kilómetros en una sola noche, «si tuviera una carretera sin obstáculos para mí». No

obstante, cuando se le asignó su ruta hasta el Mosa en diciembre se quejó de que «estas carreteras no son para tanques sino para bicicletas». El caos que se organizó el sábado le dio la razón, y aunque instó a sus jóvenes soldados de caballería a que «arrasaran sin miramientos cuanto encontrasen en la carretera», había transcurrido ya gran parte del *Null Tag* antes de que la columna pudiera encontrar un desvío a través de Losheim a las 19:30 h.⁶

Todavía le aguardaban más problemas. Minas alemanas y americanas le costaron a Peiper cinco tanques antes de que el comando especial llegara a Lanzerath a medianoche. Una hora más tarde ordenó a dos Panthers que tomasen la punta, guiados a través de los tenebrosos bosques por tropas que agitaban pañuelos blancos. Poco antes de las 06:00 h del domingo la *Spitze* entraba retumbando en Honsfeld donde encontró vehículos americanos aparcados frente a las puertas y a exhaustos GI durmiendo en el interior. Aquí empezaron las atrocidades. Ocho soldados salieron corriendo descalzos y en calzoncillos, gritando «*Kamerad*» —camarada, me rindo— fueron alineados en una calle y asesinados con una ametralladora. Otros cinco salieron de una casa con una bandera blanca: cuatro fueron abatidos y el quinto, implorando clemencia, fue aplastado por un tanque. Cuatro americanos más, que también llevaban una gran bandera blanca fueron acribillados. Los hombres de Peiper les sacaron las botas a los muertos y continuaron hacia Büllingen, tres kilómetros al noroeste.⁷

La inteligencia alemana había identificado correctamente Büllingen como un posible depósito de combustible, y los equipos de las SS, tras barrer con fuego de ametralladoras una docena de aviones de reconocimiento aparcados en una pista de aterrizaje fuera de la ciudad, se apoderaron de 190.000 litros de gasolina a las diez de la mañana. Varios soldados americanos escondidos en un sótano estrangularon a su perro para evitar que ladrara, pero otros doscientos hombres fueron rodeados. Antes de ser conducidos a jaulas prisión en la retaguardia, los GI fueron obligados a llenar de combustible los *panzer* con garrafas en la desolada plaza que en tiempos mejores había albergado el mercado de ganado de la ciudad. Con muchas horas de retraso según lo establecido y todavía a cien kilómetros de Huy, con órdenes de ignorar sus flancos al descubierto y cualquier distracción, Peiper giró hacia el suroeste, dando sin querer a los americanos un valioso indulto táctico. Si hubiera torcido hacia el noroeste unos pocos kilómetros en dirección a Bütgenborn y después a Elsenborn, donde la 12.^a División SS-Panzer estaba atacando desde el este, probablemente habría rodeado a treinta mil GI de la 2.^a y 99.^a Divisiones, que luchaban por retroceder a terreno defendible.⁸

Esta inesperada casualidad resultó catastrófica para la Batería B del 285.º Batallón de Observación de Artillería de Campo, que aquella mañana temprano había levantado el campamento y salido a toda prisa de Alemania con órdenes de trasladarse a Luxemburgo. A las 11:45 h, 140 hombres en treinta y tres vehículos pararon para la comida del domingo a base de estofado, guisantes y piña fuera de la ciudad valona de Malmédy, dieciséis kilómetros al este de Büllingen. Una hora después prosiguieron la marcha hacia el sur, pasando por delante de ingenieros del ejército que pegaban TNT a los fresnos para derribarlos y bloquear la carretera en caso necesario. Cuando el convoy atravesó Malmédy por la autopista N-23, los civiles belgas señalaron hacia adelante gritando: «¡Boches! ¡Boches!».⁹

Había *boches*, y con un humor de perros tras recorrer con dificultad un fangoso sendero campestre apenas transitable ni siquiera por vehículos oruga. Cinco kilómetros más abajo de Malmédy, en la aldea de Baugnez situada en el cruce, la columna de las SS de Peiper tuvo un encontronazo con la Batería B poco antes de la una de la tarde. Durante dos minutos el fuego de tanques y de ametralladoras alemanas recorrió el convoy americano hasta que Peiper, furioso por la destrucción de quince buenos camiones de Detroit, consiguió decretar el alto el fuego. Habían muerto unos cuantos GI, otros habían escapado por el bosque o se habían escondido en una zanja, pero más de cien se rindieron, algunos con telas blancas atadas a los cañones de los fusiles. Mientras los Panthers empujaban los chasis ardientes fuera de la carretera, los prisioneros fueron agrupados con las manos en alto en ocho filas en un campo nevado, donde sus captores los despojaron de sus anillos, cigarrillos, relojes y guantes. Peiper observó durante unos minutos desde su transporte personal, y después siguió por la N-23 hacia Ligneuville detrás de su vanguardia.¹⁰

Nunca nadie sabría a ciencia qué soldado alemán disparó el primer tiro, pero a las 2:15 un abrupto fusilamiento desde dos ametralladoras *panzer* apuntó a las filas de prisioneros todavía de pie con las manos en alto. «A la primera ráfaga de fuego todo el mundo cayó al suelo, y yo también», recordaba el soldado raso Homer D. Ford, un PM que había sido capturado mientras dirigía el tráfico en los cruces. Durante dos minutos el fuego de las ametralladoras desgarró las retorcidas y quejumbrosas filas. A continuación, hombres de las SS deambularon entre el sangriento montón propinando patadas en las ingles y —con el veredicto fatal de «*Da kriegt noch einer Luft*», Aquí hay uno que todavía respira — disparando tiros en la cabeza o en el corazón de los que aún vivían. Ford vivió para dar testimonio:¹¹

Yo estaba herido en el brazo izquierdo mientras el grupo estaba siendo abatido... Estaba tumbado en la nieve... y tenía miedo de que me vieran temblar, pero no fue así... Podía oír cómo cargaban y después apretaban el gatillo.¹²

Durante veinte minutos los verdugos merodearon por el lugar vociferando en inglés: «¡Hijos de puta!». Un médico americano al que se le había permitido asistir a un soldado herido fue abatido junto con su paciente. Una docena de GI que se habían refugiado en una destartalada cafetería en el cruce fueron acribillados cuando salían del edificio en llamas. Durante las siguientes dos horas, los convoyes de las SS que pasaban disparaban al montón de cuerpos hasta que se cansaron del deporte. Los rostros de los cadáveres rápidamente asumieron un profundo color burdeos a medida que la sangre de los capilares se congelaba.¹³

Inconsciente por el momento de que sus secuaces acababan de llevar a cabo uno de los más infames crímenes de guerra en el campo de batallas Peiper llegó a Ligneuville a media tarde. Quedó decepcionado al ver que los oficiales americanos habían huido hacía muy poco, pero se pasó treinta minutos engullendo la comida que habían dejado en el comedor del Hôtel du Moulin, un albergue de tres pisos con un balcón de hierro forjado. Un sargento alemán condujo a aquel lugar a ocho prisioneros estadounidenses para que cavasen tumbas para tres alemanes muertos; después disparó en la cabeza a los americanos, matando a siete. El octavo huyó sangrando por el bosque para ser nuevamente capturado y enviado a un campo.¹⁴

Aquel domingo, la *Spitze* se abrió camino hacia el oeste mientras se alargaban las azules sombras invernales. En las escuelas belgas, las decoraciones navideñas cubrían las paredes ahora perforadas por los agujeros de las balas; una lección de francés escrita en la pizarra rezaba: «Dios me hizo para que le conociera, para que le amase y para que le sirviese en este mundo, y para ser feliz con él en el otro». Había anochecido cuando Peiper llegó al boscoso peñasco encima de Stavelot junto al río Amblève. Un único escuadrón de ingenieros de combate americanos defendía la ciudad, pero cuando tres *panzer* recorrían el único puente, una mina inutilizó el vehículo líder, dando una pausa a Peiper. Quizás los defensores eran más fuertes de lo que pensaba. Su columna, que se extendía a lo largo de veinticuatro kilómetros por Bélgica, tendría que cerrar filas para un asalto a Stavelot, y después de tres noches sin apenas dormir sus hombres necesitaban descansar urgentemente. Dio la orden: se detendrían hasta el amanecer, todavía a sesenta y ocho kilómetros de distancia del Mosa.¹⁵

Detrás de él, cerca del Malmédy, más de ochenta cuerpos yacían en la nieve con sus rojizas máscaras de muerte. Pero por lo menos una docena de GI habían fingido estar muertos durante más de dos horas y ahora se levantaban como resucitados para salir corriendo hacia los bosques. La noticia de la masacre no tardó en extenderse de trinchera en trinchera subiendo por la cadena de mando hasta llegar al cuartel general del I Ejército en Spa antes incluso de que Peiper decidiera detenerse para pasar la

noche. Juramentos de no dar cuartel circularon por todas las filas; hubo incluso decretos formales en dos regimientos como mínimo. «Las tropas americanas se niegan ahora a hacer más prisioneros de las SS», podía leerse en el diario de guerra del IX Ejército, «y fácilmente puede extenderse esto hasta incluir a todos los soldados alemanes». *Es geht um das Ganze*. Todo está en juego.¹⁶

Peiper había abierto un pequeño y sanguinario agujero en el flanco izquierdo americano, pero aquella brecha tenía que ampliarse considerablemente si el grueso del VI Ejército Panzer había de embestir por allí. Gran parte del peso del ataque del general Dietrich cayó sobre la 99.^a División, otra unidad neófita que había sido introducida por el V Cuerpo en un tramo de treinta y dos kilómetros del frente de las Ardenas, entre Monschau en el norte y Lanzerath en el sur. El domingo por la mañana, varios batallones habían sido machacados en lo que el capitán Charles P. Rolando calificó de «una pesadilla roja», y gran parte de la división se dirigió hacia el oeste en plena confusión. Los soldados extrajeron la gasolina de jeeps inservibles para prender fuego a los pozos de las pistas forestales, pero el enemigo avanzó propinando bayonetazos a los GI en sus agujeros y disparando a quemarropa a través de las ventanas de los sótanos.¹⁷

«Uno de nuestros jóvenes tenientes bailó contoneándose torpemente mientras se retorció despacio haciendo visible el agujero azul de la bala entre sus ojos», escribió después Roland. Los artilleros cargaron sus cañones con granadas termita y los conductores abrieron las válvulas de presión del radiador antes de abandonar sus camiones para huir a pie a través de los bosques. Los soldados de comunicaciones rompieron sus centralitas, los asistentes quemaron secretos y los soldados asustadizos se disparaban unos a otros por equivocación, como un puñado de GI que accidentalmente mataron a su propio comandante y después hirieron a un capitán que trataba de calmarlos. En la villa de Bütgenbach donde tenía su puesto de mando, el jefe de división, teniente general Walter E. Lauer, tocaba el piano en el salón con estudiada despreocupación incluso después de recibir aterradores despachos, uno tras otro: sus bajas ascendían a dos mil y seguían aumentando. El teniente Richard H. Byers, un desgarbado artillero de Cleveland, observaba cómo las balas rastreadoras pasaban parpadeando sobre su cabeza en cortinas de neón y recordó los versos escritos por el poeta Alan Seeger antes de morir en Francia en 1916: «Tengo una cita con la muerte / a medianoche en alguna ciudad en llamas».¹⁸

Dos ciudades en realidad: a casi cinco kilómetros de la frontera alemana, los dos pueblos belgas de Krinkelt y Rocherath se alzaban en pleno camino de la 12.^a División SS-Panzer. La División Asesina, responsable de la muerte de tantos

prisioneros canadienses en Normandía, había sido recompuesta con más adolescentes de las Juventudes Hitlerianas y 130 tanques y cañones de asalto. Dos batallones de granaderos *panzer* investigaron los pueblos solo para toparse con veteranos de la 2.^a División de Infantería estadounidense que habían sido trasladados al frente tan deprisa que algunos llevaban colgando del cinturón y de los cañones de sus fusiles paquetes de Navidad enviados desde casa; un testigo pensó que parecían «más carteros que soldados».¹⁹

Un violento ataque alemán al amanecer del lunes no consiguió penetrar, y el combate se extendió de una casa a otra, de habitación en habitación, de avenida en fangosa avenida, con granadas, cuchillos, destructores de tanques y fuego de artillería reclamado por oficiales americanos que volaba sobre sus propias cabezas. El humo ascendía dibujando espesos pliegues por encima de la *mêlée* a medida que hombres de ambos bandos eran capturados, liberados y vueltos a capturar. Cañones antitanque y ocultos equipos de bazuca, junto con casi treinta mil disparos de artillería, dejaron fuera de combate a tantos Panthers y camiones que un oficial alemán calificó a aquellos pueblos de «un perfecto cementerio de *panzer*». Una maniobra enemiga para rebasar el flanco de la línea americana atacando a través de Höfen, dieciséis kilómetros al norte, terminó con un batallón de *Volksgrenadiers* ensuciando la nieve como si de un camino de piedras grises se tratase. Los detalles del enterramiento confirman 554 cuerpos alemanes por tan solo una docena de bajas estadounidenses.²⁰

Al atardecer del martes, con los restos de la 99.^a División empaquetada y enviada a la retaguardia a excepción de los aguerridos combatientes de la 2.^a División, los americanos se escurrieron en la espesa niebla y abandonaron Krinkelt y Rocherath, dejando atrás aquellas ciudades en llamas en busca de un terreno mejor a unos mil metros al oeste: una cima en *boomerang* de seiscientos metros de altura que iba de sureste a noreste y que no estaba señalada en los mapas militares belgas. Los jefes americanos dieron a este promontorio el nombre de un pueblo vecino: cresta de Elsenborn. Aquí el general de división Gerow, jefe del V Cuerpo, creía que se podía empecinar el ataque alemán.²¹

Los artilleros del cuerpo trasladaron cientos de bazucas a la parte de la cresta protegida del viento, junto con cañones antiaéreos de 90 mm para usarlos como artillería. Las tropas llenaron las cajas de munición de madera vacías con paladas de porquería para fortificar el terreno y cavaron una zanja en la ladera de esquisto tapando los huecos con troncos de pino y puertas arrancadas de los goznes de barracones belgas que había en las cercanías. Fusileros de la 2.^a División se situaron en el borde derecho de la cresta y los de la 99.^a defendían la izquierda, reforzados por la veterana 9.^a División de Infantería que tomó posiciones debajo de Monschau en el

norte. Un oficial describió un puesto de mando cercano a Elsenborn como «una opereta de Gilbert y Sullivan... una gran aglomeración de oficiales, todos con estuches de mapas, prismáticos, máscaras de gas, etc., todos apiñados. Nadie sabía nada útil, ni siquiera dónde estaba el enemigo». Revoloteaban rumores sin sentido, incluso había informes de que estaban dejando caer en paracaídas tanques Tiger. «Quiero echar la cabeza hacia atrás y dar voz a aquella sensación de vacío con un prolongado aullido animal», escribió el teniente Byers a su esposa. Entonces un coronel entró y declaró: «No tenéis que preocuparos más. La 1.^a División está aquí».²²

Así era. En un momento en que el arrojado de la artillería era lo que más se necesitaba, no podía encontrarse mejor artillero en el ejército de los Estados Unidos que el solemne y gafudo fumador de pipa conocido como Mr. Chips: el general de división Clift Andrus, quien una semana antes había tomado el mando de la 1.^a División cuando el general Clarence Huebner sustituyó a Gerow en el V Cuerpo. Andrus enseguida orquestó misiones de fuego coordinadas sobre un mismo objetivo y a la misma hora desde treinta y cinco batallones: más de cuatrocientos cañones disparando simultáneamente a un único objetivo. Fue también celebrada la llegada del 26.^o Regimiento de Infantería de la división para apostarse a lo largo del tramo de carretera que iba de Büllingen hasta Malmédy.²³

Aquí durante tres días y tres noches paracaidistas alemanes y la 12.^a SS-Panzer se estrellaron una y otra vez contra el muro defensivo. Un mensaje dirigido al cuartel general de Andrus advertía: «Ataque rechazado. Enviad camillas». Después: «Están sucediendo muchas cosas aquí. Estamos matando a muchos alemanes».²⁴

Los reveses más fuertes los recibió el 2.^o Batallón de la 26.^a de Infantería, mandada desde la batalla de El Guettar en Túnez por el teniente coronel Derrill M. Daniel, un doctor entomólogo experto en plagas de insectos. Un ataque nocturno desde Büllingen llevado a cabo por veinte camiones cargados de vociferantes soldados de infantería apoyados por *panzer* abriéndose camino por el barro que los cubría hasta la cubierta fue rechazado con fósforo blanco y artillería antitanque disparando a alta velocidad munición *sabot* británica con escape de llamas y ruidos de motores. Horas después ocho Panthers se abrieron camino a través de la línea del batallón con un fuego devastador de ametralladora y de 75 mm hasta que los equipos de bazuca y las abrasadoras descargas antitanque les hicieron retroceder. El jueves todavía fue peor, con un bombardeo de tres horas de Howitzers y Nebelwerfers alemanes. Después, dos batallones de paracaidistas y granaderos SS *panzer* se diseminaron desde un bosque de pinos hacia el oeste, seguidos por treinta *panzer*. El flanco derecho del 2.^o Batallón se desmoronó y los tanques de las SS marchaban arriba y debajo de la línea aplastando a los GI en sus trincheras.²⁵

«Enviadme toda la maldita artillería que podáis conseguir», pidió Daniel por radio. Diez mil disparos en ocho horas, una de las concentraciones más virulentas de la guerra europea, mantuvieron a raya a la infantería enemiga, pero los *panzer* se acercaron a noventa metros del puesto de mando del batallón en un complejo solariego llamado Dom Bütgenbach. Durante gran parte del día Daniel y su estado mayor estuvieron agazapados en un sótano con los heridos, quemando papeles clasificados y concentrando el fuego mientras los disparos de los tanques y las ametralladoras llenaban de agujeros las paredes de piedra de más de un metro. El contrafuego de los Sherman y los nuevos destructores de tanques de 90 mm finalmente expulsaron a los últimos defensores apostados detrás de un granero disparando directamente a través del mismo. Solo un *panzer* logró escapar. Un silencio fantasmal descendió con la noche.²⁶

Patrullas del ejército informaron de que había tantos enemigos muertos «como hierba», y los sepultureros contaron hasta 800 cuerpos, junto con los montones de chatarra de cuarenta y siete *panzer* y cañones autopropulsados. Daniel tuvo 250 bajas, solo tres semanas después de las ruinosas pérdidas en Hürtgen, y durante la prolongada lucha en la cresta de Elsenborn, solo de la 2.^a y 99.^a Divisiones, murieron o resultaron heridos o desaparecieron otros 5.000.²⁷

Sin embargo, la línea americana resistió. Aquí el VI Ejército Panzer alcanzó su máximo, en lo que se conocería como el hombro norte de las Ardenas. Dietrich necesitaba un colchón de trece a diecinueve kilómetros en su flanco derecho para que la artillería americana no importunase a sus columnas de asalto mientras avanzaban pesadamente hacia el Mosa. En lugar de ello, el gigante se vio obligado a desviarse de la carretera principal que pasaba por Bütgenbach para buscar vías secundarias más al sur; tres rutas asignadas al 1.^{er} SS-Panzer-Korps seguían bloqueadas, y otras estaban en llamas. Un ataque más al norte cerca de Monschau fracasó estrepitosamente cuando una división alemana llegó tarde a la batalla y la otra fue interceptada. Solo la incursión de Peiper podía ser efectiva en aquel sector. La 12.^a División SS-Panzer había sido vapuleada una vez más, y las otras unidades de las SS parecían rígidas y torpes.²⁸

En cambio, los americanos demostraron agilidad y habilidad para concentrar la potencia de fuego. El domingo 17 de diciembre se habían transportado a las Ardenas sesenta mil tropas frescas entre el cuarto de millón de refuerzos que llegarían en una semana. Cuatro divisiones estadounidenses de infantería bloquearon el hombro norte de forma tan efectiva que el diario de guerra del *OB West* reconocía que «el ataque de Elsenborn está ganando un terreno bastante insignificante», mientras que el Grupo de Ejércitos B se lamentaba de «avance más lento de lo esperado». Los aciertos tácticos

de Dietrich y sus tenientes parecían cada vez más dudosos, hasta el extremo de que Rundstedt y Model, viendo que la ofensiva se deshilachaba, acordaron transferir repentinamente el principal esfuerzo alemán del VI Ejército Panzer al V Ejército Panzer de Manteuffel al sur. Con las rutas del norte impedidas o bloqueadas, surgía una nueva urgencia en la izquierda alemana, y las carreteras que conducían a Bastoña a través de Luxemburgo y de allí al Mosa eran ahora más vitales que nunca.²⁹

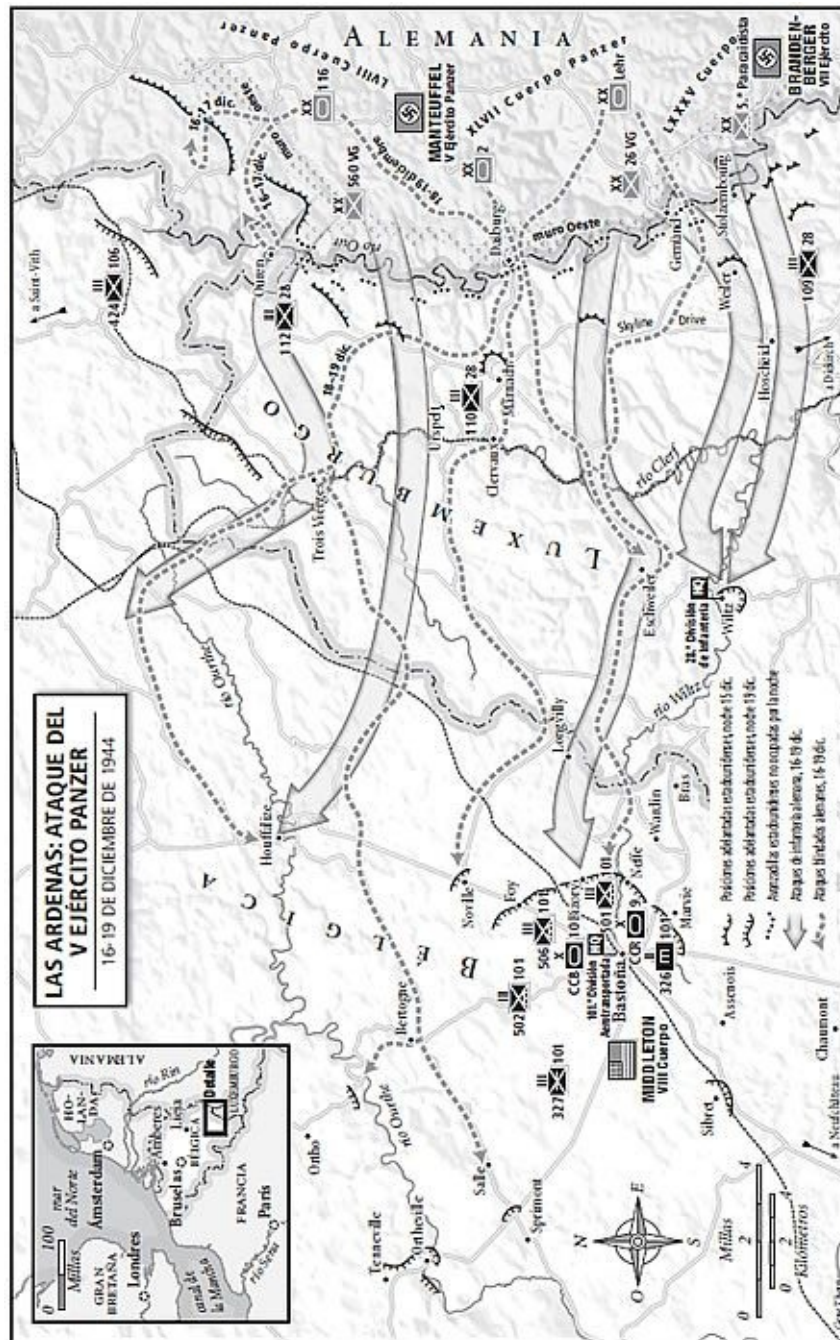
Dos cuerpos blindados uno junto al otro habían bajado como lobos en el aprisco al ataque de Manteuffel del sábado por la mañana, cayendo cada cuerpo sobre poco más que un regimiento americano a un inquietante ritmo de diez lobos por cada oveja. La 28.^a División de Cota, todavía recuperándose de las seis mil bajas de Hürtgen, defendía un frente imposible de cuarenta kilómetros de ancho a lo largo del río Our, con los tres regimientos de infantería en juego. En vez de enfrentarse a dos divisiones alemanas al otro lado del río, como había conjeturado la inteligencia del ejército, los hombres de Cota se encontraron combatiendo contra cinco, además de los pesados refuerzos enemigos.³⁰

Mientras las cortinas de artillería y mortero trituraban las líneas del teléfono de campaña y los neumáticos de los camiones, los topes alemanes vadeaban el Our en medio de una espesa niebla para remontar la corriente por detrás de los piquetes americanos. Los puestos avanzados se retiraron o perecieron o se rindieron. «Mientras me estaban cacheando encontraron mi dentadura envuelta en un pañuelo en el bolsillo», explicó un ingeniero capturado. «Se la quedaron.» Las tropas alemanas de choque se abalanzaron sobre las líneas americanas de cañones iluminadas con destellos y luces reflectoras que rebotaban en las nubes bajas: las tripulaciones de los Howitzer dispararon con miras abiertas antes de estropear e inutilizar sus cañones. Una columna blindada americana que descendía a toda prisa por una carretera de la cima conocida como Skyline Drive cayó en una emboscada alemana: once tanques ligeros fueron destruidos en once minutos, «como pipas de arcilla en una barraca de tiro». Desde su puesto de mando en Wiltz, una ciudad cervecera y para tomar el sol situada a dieciséis kilómetros al este del Our, Cota repitió las órdenes del general Middleton en el cuartel general del VIII Cuerpo en Bastoña, otros dieciséis kilómetros al oeste: «Resistid a toda costa». Un soldado garabateó en su diario: «Este sitio ya no es saludable».³¹

Sin embargo, como en el norte, las fricciones y los enfados no tardaron en emponzoñar el ataque alemán. Un puente para la 2.^a División Panzer se hundió en el Our después de que pasasen solo diez tanques. Finalmente los ingenieros construyeron dos arcadas lo suficientemente sólidas como para sostener a un Panther,

en Gemünd y Dasburg, pero las cerradas curvas de las escarpadas carreteras de acceso, horadadas por la artillería americana, hacían que el tráfico avanzase a paso de tortuga. A pesar de que los regimientos del flanco de Cota cedían terreno ante los lanzallamas y el fuego de los *panzer*, impusieron una dura penalización al horario alemán.³²

A lo largo de la derecha americana, donde cuatro divisiones de infantería del VII Ejército del enemigo constituían el borde sur de Herbstnebel, la 109.^a de Infantería fue retrocediendo seis kilómetros lentamente y durante tres días frente a Diekirch antes de unir sus fuerzas con parte de la 9.^a División Blindada. Otro convaleciente de Hürtgen, la 4.^a División de Infantería, contribuyó a bloquear una embestida del enemigo en la retaguardia americana. A la izquierda de Cota, dos cocinas de batallón de la 112.^a Infantería fueron rápidamente invadidas, pero los cocineros lucharon con fusiles y el LVIII Panzer-Korps de Manteuffel sufrió lo indecible para asegurarse una posición al otro lado del Our. El domingo por la noche, el peso del metal y los números decantaron la balanza a favor de los alemanes, pero la 122.^a se retiró ordenadamente hacia el noroeste, en gran medida intacta aunque ahora escindida del resto de la 28.^a División. Con el permiso de Cota, el regimiento continuó hacia el norte para ayudar en la defensa de la ciudad belga de Saint-Vith.³³



20

Aquello dejaba a Cota un solo regimiento, el 110.º de Infantería, para defender un frente de dieciocho kilómetros en el centro de la división. Allí descargó Manteuffel su ataque más mortífero, con tres divisiones del XLVII Panzer-Korps adiestradas para irrumpir y penetrar en Bastoña, con el objetivo específico de una rápida captura por orden del Führer. El domingo al mediodía, la 110.ª se estaba desintegrando, aunque no sin combate. En la ciudad medieval de Clervaux, durante nueve siglos, distintos nobles habían ocupado un castillo feudal sobre una estribación rocosa que daba a la carretera de Bastoña, especialmente Juan el Ciego, de la casa de Borgoña. Ahora, un

centenar de GI, incluyendo oficinistas y panaderos, se parapetó con barricadas en el interior, disparando por las troneras de la Torre de las Brujas a los alemanes con sus largos abrigos de piel que se escabullían. Desde las mazmorras donde se habían refugiado docenas de mujeres y niños subían lamentos pidiendo ayuda.³⁴

Un kilómetro y medio más arriba subiendo por la carretera, en el Hotel Claravallis de tres pisos, el inflexible jefe del regimiento, el coronel Hurley E. Fuller, avisó por radio a Cota del peligro en que se encontraba: por lo menos una docena de *panzer* en terreno elevado están disparando a Clervaux; el castillo está sitiado; la munición escasea; la artillería destruida o en retirada. «Resistid a toda costa», repitió Cota. «No hay retirada. Nadie retrocede».³⁵

A las 19:30 h del domingo, Fuller estaba de nuevo en la radio del cuartel de la división, comparando su aprieto con el del Alamo, cuando un oficial del Estado Mayor entró precipitadamente para informar de que los tanques enemigos estaban fuera, en la calle. «No hay más tiempo para hablar», dijo Fuller a uno de los tenientes de Cota y a continuación colgó de golpe el auricular justo antes de que tres obuses demolieran la fachada del hotel. Corrió al tercer piso para coger su carabina y su abrigo, y encontró a diez soldados aterrorizados agazapados en la habitación 10. Mientras subía el sonido de voces alemanas por la escalera, una explosión reventó la ventana. Cristales, yeso y acero saltaron disparados por toda la habitación matando a un teniente e hiriendo a cinco hombres más. Vendando a toda prisa los ojos de un soldado que había sido cegado, Fuller lo condujo de la mano a la habitación 12, donde una escalera de hierro se extendía desde la ventana, salvando un hueco de casi cinco metros, hasta unos toscos escalones excavados en un risco de pizarra detrás del hotel. Salieron y subieron uno a uno, con el ciego sujetando el cinturón de Fuller por detrás. Al llegar a la cima del peñasco, por encima del resplandor escarlata de Clervaux en llamas, Fuller puso rumbo a Bastoña, pero fue en vano: el caos y el fuego de las ametralladoras no tardaron en dispersar a los fugitivos. Al cabo de unas horas Fuller fue capturado en un soto cerca de Wiltz, para ser enviado en un furgón a un campo de prisioneros cerca de Leipzig.³⁶

También el castillo estaba ardiendo. Las llamas bailaban en el tejado de la torre y un humo negro manchaba las encaladas paredes internas. La última emisión por radio se produjo el lunes 18 de diciembre por la mañana, antes de que un *panzer* abatiera las pesadas puertas de madera. A la una de la tarde, la pequeña guarnición enarboló una bandera blanca en señal de rendición. El silencio se instaló en Clervaux, a excepción del crepitar de los fuegos y del estallido de cristales rotos por el saqueo alemán. De

una ventana de la fachada de una pequeña posada que había sido sede del club de la Cruz Roja colgaba un letrero que todavía proclamaba: «Claro que estamos abiertos».³⁷

No lejos de Clervaux, los aterrorizados civiles de otra ciudad luxemburguesa blandían martillos y hachas para destruir un enorme cartel que habían colocado en otoño para dar la bienvenida a los americanos. Pisando los talones a la 109.^a de Infantería en retirada, tres mil hombres, mujeres y niños huían de Diekirch a medianoche del martes con un frío glacial, abandonando a otras cuatrocientas personas demasiado viejas, enfermas u obstinadas para escapar. Por órdenes de Cota, los paquetes y cartas de Navidad no entregados fueron amontonados en un patio de Wiltz, rociados con gasolina y quemados; el correo del puesto de mando de la división se retiró el martes, primero a Bastoña, después a Sibret y finalmente a Neufchâteau. Una partida de músicos de la banda, ingenieros, pagadores y operadores de aserraderos del ejército combatieron como retaguardia hasta que fueron superados por los silbidos de los paracaidistas alemanes, que redujeron Wiltz con pistolas automáticas y cuarenta *panzer*.³⁸

«Aquello era el fin», registró el historiador oficial del ejército. «Disparos, vehículos ardiendo y heridos gritando». Algunos GI escaparon de noche en grupos de diez con retazos de mapas y brújulas luminiscentes pintadas con radio. Varios centenares fueron capturados, entre ellos un joven oficial que describió cómo lo habían sujetado sobre el capó de un coche del Estado Mayor alemán como si fuera un adorno, con las piernas colgando sobre la rejilla y conducido hacia el este a través de columnas de refuerzos de la Wehrmacht que «se burlaban de mí como si fuera un trofeo».³⁹

La 110.^a de Infantería había sido aniquilada, con 2.500 bajas en combate. Sesenta tanques americanos quedaron reducidos a chatarra humeante. Sin embargo, una vez más, se había canjeado espacio por tiempo, unos pocos kilómetros por cuarenta y ocho horas, y una vez más el regateo favorecía a los defensores. El atasco en el hombro sur fue casi tan efectivo como en el norte. El V Ejército Panzer se dirigía ahora a Bastoña, es verdad, pero el trastabillante y tardío avance de tres divisiones malheridas apenas se parecía al sueño febril de la *blitzkrieg* de Hitler.⁴⁰

Solo en el centro de la embestida alemana obtuvo la operación Herbstnebel un auténtico éxito. Aquí, muchos de los catorce mil soldados novatos de la 106.^a División se refugiaron en casamatas capturadas de la Línea Sigfrido cuando las cabezas de lanza enemigas a la izquierda y a la derecha trataban de envolverlos el sábado en un movimiento de pinza en torno a la cresta del Schnee Eifel. El general

Manteuffel esperaba capturar Saint-Vith en un día: las cinco carreteras principales y tres líneas férreas que convergían en aquel mercado neurálgico belga, veinticinco kilómetros al oeste, eran vitales dado el peligro que suponía moverse a través del país por las Ardenas. En ningún otro segmento del frente occidental eran los GI tan inferiores en número, no obstante aquella mañana encarnizados combates pusieron en peligro el horario alemán igual que en otras partes. Después de desbaratar a una columna enemiga, un soldado alemán gritó en inglés: «Tomaros un descanso de diez minutos. Volveremos». Un GI respondió: «Jódete, todavía estaremos aquí». ⁴¹

No por mucho tiempo, por lo menos en el flanco izquierdo. Allí aproximadamente la mitad de los mil seiscientos soldados del XIV Grupo de la Caballería taponaron la brecha de Losheim con endeble carros blindados y unos cuantos destructores de tanques en ocho azucareros fortificados bajo el mando del jefe de grupo, coronel Mark A. Devine, Jr., un hombre autoritario de cejas espesas con una tendencia a decir a los generales belgas: «Tu maldita ciudad está sucia. Límpiala». Enfrentada a paracaidistas procedentes de la punta sur del VI Ejército Panzer y a *Volksgrenadiers* de la punta norte del V Ejército Panzer, la caballería cedió. «Las líneas del frente siguen intactas. Las cosas aún bajo control», informó Devine desde Manderfeld, pero las tropas de choque alemanas se zamparon uno a uno todos los azucareros: Krewinkel, Afst, Kobscheid. Un último mensaje por radio de Roth, asegurando que «tanques a sesenta y ocho metros del puesto de mando. Lanzando fuego directo. Fuera», fue seguido de un silencio. A las cuatro de la tarde del domingo, después de que un obús enemigo hiriera a un oficial del Estado Mayor y tirase a Devine al suelo en su puesto de mando, este recibió permiso del cuartel general de la 106.^a División en Saint-Vith para retroceder tres kilómetros. Los soldados prendieron fuego a Manderfeld y se retiraron a la siguiente línea de la cresta, haciendo estallar ocho de los doce destructores de tanques para evitar que fueran capturados. ⁴²

Ahora el comportamiento de Devine se tornó extraño; quizás estuviera padeciendo los efectos de la violenta explosión. Mientras sus hombres cavaban, él se fue a Saint-Vith, donde permaneció durante horas merodeando por las ajetreadas oficinas de la 106.^a División, comiendo pan, queso y después un desayuno de pasteles calientes y café. Un oficial pensó que su comportamiento no tenía nada de especial, pero el asistente del jefe de la división lo encontró «casi incoherente... Estaba nervioso, apenas podía controlar sus actos». El jefe del Estado Mayor al describirlo dijo que estaba «excitado y ansioso». El jefe de división, el teniente general Alan W. Jones, también él presa de la ansiedad, le ofreció muy escaso consejo aparte de que se mantuviese firme. ⁴³

Todo lo contrario, al amanecer del domingo Devine regresó con sus hombres y, aunque había poca presión por parte del enemigo, les ordenó que retrocediesen todavía más, esta vez sin autorización. A primera hora de la tarde volvió de nuevo a Saint-Vith e irrumpió en el despacho de Jones. «¡Los alemanes están justo detrás de nosotros!», vociferó con la cara enrojecida. «Han penetrado por el norte. Mi grupo está prácticamente destruido.» Enviado de vuelta con sus soldados de caballería, el coronel volvió a ordenar otra retirada contraria a las órdenes, ahora hacia Poteau, al oeste de Saint-Vith y a veintisiete kilómetros del frente original.⁴⁴

Al anoecer del domingo, Devine volvió a marcharse a Saint-Vith, esta vez conduciendo hacia el sureste con su oficial ejecutivo y todo el Estado Mayor en un convoy de tres jeeps y un carro blindado, todos con luces de oscurecimiento. Ralentizada por el ingente tráfico que avanzaba hacia el oeste, la pequeña procesión dio la vuelta en la oscuridad solo para oír la tajante orden de «¡Halt!» a kilómetro y medio al este de Recht. Mientras un piquete alemán examinaba por segunda vez la estrella blanca del coche blindado, un oficial del jeep que iba a la cabeza sacó una pistola y disparó al soldado enemigo en la cara. A continuación, un sargento desencadenó el estallido de una ametralladora calibre 0, 50 y con el tiroteo que siguió los americanos se dispersaron por el bosque. A medianoche un desaliñado e incoherente Devine apareció en la taberna de Poteau que hacía las veces de puesto de mando, donde le dijo a un subordinado: «Quiero que tomes el mando». A las cuatro de la madrugada del lunes fue evacuado a Vielsalm por el dentista de la unidad. Un cirujano del batallón encontró más tarde a Devine en La Roche con «un desquiciado brillo en los ojos», dirigiendo el tráfico e instando a los transeúntes a contraatacar inmediatamente. Seis gramos de amital sódico lo sumieron en un profundo sueño y fue evacuado del frente.⁴⁵

El daño estaba hecho, pero ni siquiera una incondicional resistencia por parte del XIV de Caballería hubiera podido aplazar por mucho tiempo la catástrofe que se avecinaba. Con el flanco izquierdo americano repentinamente desmantelado, el lunes los paracaidistas alemanes habían trotado hacia Lanzerath a través de Manderfeld, rozándose con la columna de las SS del coronel Peiper y empujando aún más a la 99.^a División hacia el norte, a la vez que ponían en peligro la 106.^a División en el sur.⁴⁶

En Saint-Vith, el general Jones, un corpulento nativo del estado de Washington con el pelo engominado y un bigote al estilo Clark Gable, buscaba consejo del jefe del VIII Cuerpo, el general Middleton. A excepción de un batallón de ingenieros, prácticamente todas las reservas de la división habían sido lanzadas al combate. ¿Tenían que retroceder los regimientos de infantería de la 106.^a, atrincherados a lo largo de un frente de cuarenta y cinco kilómetros?⁴⁷

«Sabes mejor que yo cómo están las cosas allí», dijo Middleton en una llamada telefónica desde Bastoña. «Pero estoy de acuerdo en que sería prudente sacarlos». En una de aquellas desgracias tan frecuentes en la guerra, una breve interrupción en la línea al parecer impidió que Jones escuchase la segunda frase. Colgó diciendo a su personal de Saint-Vith, «Middleton dice que deberíamos dejarlos allí», justo cuando Middleton le decía a sus subordinados en Bastoña: «Acabo de hablar con Jones. Le he dicho que sacase a sus regimientos del Schnee Eifel». La 106.^a se quedó allí, a pesar del griterío de los bárbaros a ambos flancos. «Pensó que podía resistir», observó Middleton más tarde. «Cometió un error... Tenía un corazón combativo.»⁴⁸

Jones pensaba también que la ayuda estaba en camino. El VIII Cuerpo prometió que los comandos de combate tanto de la 7.^a como de la 9.^a Divisiones blindadas no tardarían en llegar, quizás en cuestión de horas. Aquel optimismo no tuvo en cuenta la «indescribible confusión» de un tráfico de doble y hasta triple fila «precipitándose hacia la retaguardia», según descripción de un general de división. «Era una situación de sálvese quien pueda... el embotellamiento más perfecto que jamás haya visto.» Otro oficial aseguraba: «No era ordenado, no era militar, no era una vista agradable». Un tanquista avanzando con dificultad en dirección contraria al éxodo a kilómetro y medio por hora informó que «los aterrorizados ocupantes de los vehículos que huían hacia la retaguardia habían perdido la razón por completo».⁴⁹

A mediodía del domingo, solamente la vanguardia del Comando de Combate B de la 7.^a División Blindada había llegado a Saint-Vith. El jefe, un general de brigada recientemente ascendido llamado Bruce C. Clarke, se había estado preparando para salir hacia París para operarse de un cálculo biliar cuando llegó la noticia de que «Alan Jones está teniendo problemas en Saint-Vith». Clarke, un rudo ingeniero del norte del estado de Nueva York, descubrió que los problemas del general Jones consistían en alemanes por los tres flancos y una caballería en desintegración, y le asaltó una intensa ansiedad por su hijo, un teniente que servía en algún lugar del Schnee Eifel. Los oficiales del Estado Mayor de la división se atropellaban unos a otros quemando mapas y cargando equipamiento en los camiones para la evacuación. A la una de la tarde, Jones telefoneó a Middleton otra vez, comunicando al jefe del cuerpo: «Las cosas están mejorando... Estaremos bien». Después de colgar le dijo a un sorprendido Clarke que Middleton «ya tenía bastantes problemas» para tener que preocuparse por la 106.^a División.⁵⁰

El chasquido del fuego de armas pequeñas envió precipitadamente a ambos generales al tercer piso del puesto de mando de la división en el Kloster St. Josef de empinado tejado, donde durante mucho tiempo los devotos habían cuidado de los enfermos, escolarizado a los jóvenes y lavado los cuerpos de los muertos. Los

fogonazos centelleaban desde un peñasco justo al este de la ciudad. «He hecho mi última apuesta», dijo Jones volviéndose hacia Clarke. «Ya no me queda nada. Ahora te toca a ti.» Y con esto el general Jones se unió al frenético éxodo hacia el oeste.⁵¹

La decisión de Jones de mantenerse firme había dejado a dos regimientos de infantería, el 422.º y el 423.º, y a cinco batallones de artillería expuestos a quedar atrapados en el Schnee Eifel. El domingo la trampa se cerró cuando columnas alemanas procedentes del norte y del sur convergieron en Schönberg, justo al otro lado de la frontera belga, al este de Saint-Vith. Al sur de la ciudad un tercer regimiento, el 424.º de Infantería, había conseguido horas antes de aquel mismo día rechazar el envolvimiento del enemigo evitando así quedar atrapado, pero al atardecer otros nueve mil GI fueron rodeados en un inhóspito y nevado páramo alemán. Un gélido viento del oeste susurraba a través del parapeto de abetos acarreando el funesto gemido de los motores *panzer* desde la retaguardia americana. Los GI acurrucados para darse calor en las trincheras a lo largo del Muro del Oeste escuchaban impasibles sin mostrar, según registró un oficial, «absolutamente ninguna expresión».⁵²

A las 02:15 de la mañana del lunes, un mensaje de radio del general Jones ordenaba finalmente a los dos regimientos que se retirasen hacia Schönberg, donde una punta de lanza blindada procedente de Saint-Vith les ayudaría a salir. Se les lanzaría en paracaídas munición, comida y agua. El coronel George L. Descheneaux, al mando de la 422.ª de Infantería inclinó la cabeza: «Mis pobres hombres», dijo. «Los harán trizas.»⁵³

Los cocineros hicieron enormes pilas de tortitas y después destruyeron sus cocinas. Al amanecer y al amparo de una densa niebla dio comienzo la Anábasis, una serpenteante columna de batallones caminando fatigosamente a través de la nieve, siguiendo vagamente una brújula con acimut de 270 grados, mientras una procesión paralela de camiones, jeeps y artillería remolcada traqueteaba por caminos de vacas y pistas de caza. Los hombres escuchaban las armas V sobre sus cabezas y trataban de seguir el sonido hacia el oeste. Incluso Descheneaux exclamó: «¿Dónde diablos estamos?». Se prepararon enormes paneles de color naranja para marcar la zona de lanzamiento, pero no caía nada. El mal tiempo y la «descoordinación del mando», como después calificaron aquella confusión las Fuerzas Aéreas, inmovilizaron a algunos aviones en Inglaterra, mientras que otras dos docenas llevaban suministros de emergencia entre los campos de aviación de Bélgica y Francia, buscando en vano información sobre los regimientos sitiados.⁵⁴

Al mediodía los alemanes los encontraron, aunque no los pilotos aliados. Los disparos de artillería y mortero rompieron las columnas matando o hiriendo a centenares y dispersando los regimientos, batallones y compañías por la meseta. Al no saber hacia dónde disparar, dado que el fuego enemigo caía desde tres direcciones por lo menos, los artilleros empezaron a inutilizar sus cañones. Sin munición de mortero y con muchos fusileros reducidos a unos pocos disparos, las empapadas, frías y hambrientas tropas descendieron por desfiladeros y se refugiaron entre los abetos aguardando la oscuridad. Otro mensaje de radio del general Jones, ahora en Vielsalm, advertía de que muy probablemente ninguna columna blindada de socorro aparecería. Añadió:

Atacad Schönberg. Haced el máximo daño posible al enemigo. Después atacad hacia Saint-Vith. Esta misión es de la mayor importancia para la nación. Buena suerte.⁵⁵

Al amanecer del martes, tres batallones de la 422.^a de Infantería, totalmente perdidos pero todavía dispuestos, partieron uno junto al otro para ser lacerados por el fuego de tanques y ametralladoras alemanas. El mortero se abrió paso entre las filas con gran destrozo. Los GI volvieron a esconderse, aunque no sin antes lanzar una descarga de cinco minutos contra las sombras que se recortaban en un arroyo cercano y que resultaron ser camaradas de la 423.^a de Infantería. Su jefe, el coronel Charles C. Cavender, se apoyó contra un árbol, el retrato del abatimiento. «Bien, coronel», dijo el capellán del regimiento, «no es exactamente como lo planeamos, ¿verdad?» Cavender sacudió la cabeza: «No, capellán, no lo es».⁵⁶

A la una de la tarde, un batallón al menos había quedado reducido a cincuenta hombres. Los incesantes cañonazos desollaron los pastos entre Radscheid y Auw. Una helada brisa removía el pelo de los muchachos sin casco tumbados boca arriba con las pupilas fijas y sin visión, «su piel del color blanco amarillo de los recién muertos», observó un teniente. Discos de Benny Goodman y Artie Shaw sonaban por los altavoces alemanes, salpicados de promesas de «duchas, camas calientes y tortitas». Un GI sollozando en una zanja gritó: «¡A tomar por el culo, alemán hijo de puta!». Los ánimos se levantaron por un momento cuando un estrepitoso Sherman apareció en la carretera de Schönberg; a continuación los enemigos que había en el interior del tanque capturado abrieron fuego, y toda esperanza se disipó.⁵⁷

A las 14:30 h, con dos mil de sus hombres comprimidos en un perímetro de resistencia de 365 metros de lado, el coronel Descheneaux reunió a sus subordinados. «Estamos aquí como peces en un estanque», les dijo. «Voy a salvar a tantos hombres como pueda, y me importa un comino si me hacen un consejo de guerra.» La orden se filtró entre las filas: «Destruid todas las armas y el equipo. Vamos a rendirnos».

Mientras los soldados destrozaban sus fusiles contra troncos de árboles y arrojaban los últimos clips de municiones por un barranco, un comandante anudó dos pañuelos blancos y salió a parlamentar. Descheneaux se sentó en el borde de una trinchera cercenada llorando. A ochocientos kilómetros de distancia, el coronel Cavender había llegado a la misma conclusión, dando a su regimiento treinta minutos para que destruyeran todas las armas y se deshiciesen de cualquier recuerdo alemán. Un oficial de artillería se subió sobre una ambulancia agitando una capa de nieve y gritando: «Nos rendimos».58

Unos pocos empecinados se escondieron o se dispersaron por el bosque, pero los demás avanzaron uno tras otro con las manos en alto. Se rindieron más de siete mil en el peor revés del ejército americano en el teatro de operaciones europeo y la mayor capitulación en masa de los EE.UU. de la guerra a excepción de Bataán. «He perdido una división más deprisa que cualquier jefe de división del ejército estadounidense», se lamentaba el general Jones. Dos días después, tras haber sido relevado del mando, sufrió un ataque al corazón y fue destinado al «Destacamento de Pacientes» cerca de París. «La orden de evacuación no. 13» autorizaba su regreso a Washington con una dieta del gobierno de 7 dólares.59

Interminables columnas de prisioneros marchaban lentamente hacia Alemania, entre ellos el hijo de Jones, pasando por delante de hombres heridos suplicando ayuda desde los prados nevados. Los refuerzos de la Wehrmacht caminaban con dificultad arrastrando ametralladoras en carretillas y gritando que los *panzer* ya habían cruzado el Mosa. En aquella marea gris que se dirigía a Saint-Vith, un artillero capturado observó «tanques que remolcaban otros tanques; tanques que remolcaban autobuses sin motor; autobuses y camiones con cruces rojas por todas partes cargados con munición y con tropas».60

«No huyáis», gritaban los guardias alemanes. «Si huís, os ametrallaremos.» Muchos GI habían perdido sus abrigo y sus mantas, y por la noche se acostaban pegando la barriga a la espalda unos de otros para darse calor. Algunos masticaban la cera de las velas para apaciguar el hambre, o engullían pieles de patata que habían encontrado en los comederos de los cerdos. En su marcha atravesaron ciudades de Renania bajo una lluvia de piedras y maldiciones. «Los alemanes nos hicieron sacar el cubrecalzado para dárselo a los civiles», escribió un jefe de escuadrón de la 423.^a de Infantería en su diario; en Coblenza, añadió, un hombre vestido con traje de oficina «me golpeó en la cabeza con su maletín. El guardia dijo que estaba trastornado por los recientes bombardeos».61

Entre los que fueron transportados a su cautiverio en tren había un soldado raso de veintidós años llamado Kurt Vonnegut, Jr., con destino a un campo de trabajo en Dresde. «Las bayonetas no sirven de mucho contra los tanques», escribió el futuro novelista a su familia en Indiana.⁶²

Los superhombres nos hicieron caminar sin comida, ni agua ni descanso hacia Limburg... donde nos cargaron y encerraron, sesenta hombres en cada vagón pequeño, sin ventilación ni calefacción... El suelo estaba cubierto de boñigas de vaca recientes... La mitad dormía mientras la otra mitad estaba de pie.

Más de noventa kilómetros al este de la batalla, en el complejo de Adlerhorst en las colinas del Taunus, adjuntos y secretarios del cuartel general seleccionaban los últimos informes acerca del combate en las Ardenas. Dada la decepción sufrida en ambos flancos de su ofensiva, Herr Hitler se animó con los despachos procedentes de Schnee Eifel. El Mosa, Amberes, la victoria: todo seguía en juego. El Führer proclamó a sus generales: «El éxito, el éxito total, está ahora al alcance de la mano».⁶³

«¿Por qué no están haciendo las maletas?»

Un cielo encapotado y plomizo sobre Ciudad de Luxemburgo impidió que Omar Bradley volase a Versalles el sábado por la mañana para defender su petición de más refuerzos de infantería. Por consiguiente, un conductor abasteció la cesta del Cadillac del general al mando con Coca-Colas y a las ocho de la mañana inició la marcha en dirección oeste por carreteras cubiertas de hielo, saltándose las instrucciones matutinas de la sala de operaciones que le habrían alertado acerca de un ataque alemán. Acababa de aparecer en *Time* un halagador retrato de Bradley, su segundo artículo de portada en seis meses, pero sentado en el asiento trasero de la limusina y envuelto en un abrigo polar ribeteado de piel con una botella de soda en su regazo parecía exhausto y agotado. Cinco horas más tarde se detuvo para almorzar en el Ritz de un París lluvioso, observando las «chimeneas sin vida» en torno a la Place Vendôme. El primer rumor de problemas en el este circulaba por el comedor del hotel; al cabo de poco rato apareció Hemingway en el salón, febril a causa de la gripe que había pasado en su suite del piso de arriba sembrada de libros y botellas, para proclamar: «Ha sido un completo desastre. Esto podría costarnos absolutamente todo... Cargad la munición. Vacíad todos los cartuchos».⁶⁴

Poco antes de las tres de la tarde, un coronel del SHAEF entró de puntillas en el despacho de Eisenhower en el Hotel Trianon Palace de Versalles, donde Bradley y otros cuatro acababan de instalarse en torno a una mesa de conferencias con el comandante supremo. El oficial llevaba un exiguo despacho procedente del frente que anunciaba «duros y amplios ataques» en las Ardenas: ya se había identificado un alarmante número de divisiones alemanas. Inspeccionando un mapa que mostraba los ataques contra el V y el VIII Cuerpos estadounidenses, el general de división Strong, jefe de la inteligencia del SHAEF, se preguntó en voz alta si el enemigo tenía planes para el Mosa y después para Bruselas. Beetle Smith recordó sin ninguna delicadeza las recientes advertencias al XII Grupo de Ejército de una fuerza resurgente en el VI Ejército Panzer, pero Bradley seguía escéptico. Probablemente no era más que un ataque de desarticulación, dijo, con la intención de desbaratar el asalto aliado hacia el Rin. El alboroto pronto se extinguirá. Al término de la reunión, Strong advirtió de que «sería un error subestimar a los alemanes».⁶⁵

Eisenhower y Bradley cenaron aquella noche en la hermosa villa del comandante supremo en Saint-Germain-en-Laye, que antes había ocupado Rundstedt. A pesar de las agrias noticias de las Ardenas, estaban de celebración: había llegado de Washington la comunicación de que el presidente había decidido proponer a Eisenhower para una quinta estrella. Tras pasar dieciséis años siendo comandante,

Eisenhower había ascendido de teniente coronel a general del ejército en cuarenta y cinco meses. Los dos amigos compartieron una botella de champán y después fueron vaciando a tragos una botella de tres cuartos de Highland Piper Scotch mientras jugaban cinco rondas de bridge.⁶⁶

En un telegrama posterior, Eisenhower confesaría a Marshall que «todos nosotros, sin excepción, nos quedamos atónitos» ante la fuerza de Herbstnebel, y todavía transcurriría una semana hasta que la inteligencia del SHAEF confirmase las ambiciones alemanas de partir por la mitad los ejércitos aliados. Sin embargo, el comandante supremo intuyó el primer día de combate que el problema de las Ardenas era algo más que un ataque de desarticulación. Antes de retirarse a Saint-Germain para pasar la noche, había insistido en que Bradley telefonease a su cuartel general para trasladar a la 7.^a División Blindada a Saint-Vith desde el norte, y a la 10.^a División Blindada desde el sur hacia Bastoña. Cuando Bradley respondió que Patton se sentiría agraviado con esta orden, Eisenhower espetó: «Dile que esta maldita guerra la dirige Ike».⁶⁷

Rápidamente le siguieron otros movimientos. Los únicos reservistas de combate experimentados del SHAEF eran la 101.^a y la 82.^a Divisiones Aerotransportadas, ambas con la esperanza de disponer de otro mes para recuperarse de Market Garden y de las duras semanas posteriores cerca de Nijmegen, pero ninguna conseguiría ni un día más. La doctrina táctica del ejército, aprendida en la primera guerra mundial, para contener un saliente enemigo requería primero blindar los flancos de cualquier incursión. Paracaidistas de ambas divisiones fueron enviados a toda prisa a las Ardenas para ayudar en el blindaje. Se aceleraron los despliegues de una división acorazada y tres divisiones de infantería desde Gran Bretaña al continente, lo mismo que el envío de buques de tropas a Francia desde los Estados Unidos. Se conminó a los comandantes del frente a conservar a toda costa los puentes del Mosa, o si era necesario volarlos. Patton recibió también instrucciones de prepararse para dirigirse hacia el norte y poner bajo su tutela al acosado VIII Cuerpo de Middleton. «Si el enemigo sale precipitadamente de sus defensas fijas», añadió Eisenhower en una orden a sus subordinados, «nos brindará la oportunidad de convertir su gran apuesta en su peor derrota». Los depósitos de abastecimiento se defenderían, evacuarían o quemarían según la necesidad, y las defensas en torno a París se reforzarían. Aun así, un oficial francés que estaba de visita a Versalles el lunes le preguntó al general Strong: «¿Por qué no están haciendo las maletas? ¿No se están preparando para partir?».⁶⁸

En un mensaje a Marshall, Eisenhower aseguraba al jefe que «nadie tiene la menor intención de culpar a Bradley»: mantuvo «su posición admirablemente». No obstante, solo a regañadientes reconoció Bradley su peligro. Mientras regresaba a su cuartel general, esta vez en una limusina blindada escoltada por la policía militar, dirigía su experta mirada de cazador al paisaje que discurría ante él señalando alegremente a los faisanes en los campos junto a la carretera. Al enterarse en Ciudad de Luxemburgo de que por lo menos catorce divisiones alemanas estaban atacando, exclamó: «¿De dónde ha sacado este hijo de puta toda esta fuerza?». Con el frente de batalla a apenas veinte kilómetros, su habitación del Hôtel Alfa fue trasladada a la parte trasera del edificio como precaución contra la artillería desviada, y ahora evitaba también la puerta principal y entraba por la cocina. Los asistentes sacaron la insignia de tres estrellas de su jeep y cubrieron las de su casco. Las frecuentes alarmas de ataques aéreos y el retumbar de los cañones antiaéreos lo despertaban varias veces a pesar de los sedantes que tomaba. Durante un breve momento de pánico, los oficiales del Estado Mayor enterraron documentos secretos en el patio del cuartel, disfrazando de tumba el escondrijo y marcándolo con una cruz de madera y placas de identificación.⁶⁹

A pesar de todo, Bradley fingía despreocupación. Se instó a los estrategas e ingenieros a que siguieran trabajando en el «plan de cruce del Rin» del Grupo de Ejército. El lunes 18 de diciembre después de cenar, mientras estudiaba un mapa que mostraba por lo menos cuatro divisiones estadounidenses retirándose hacia el oeste y otras amenazadas de envolvimiento, le dijo a un asistente: «No me tomo muy en serio todo esto, aunque los demás no estarán de acuerdo conmigo».⁷⁰

Courtney Hodges era uno de los que ya no estaban de acuerdo. En su cuartel general de Spa, el comandante del I Ejército había compartido la desafiante actitud de negación de Bradley durante más de un día después del inicio del ataque alemán. Una compañía de ingenieros fue enviada el domingo a trabajar como de costumbre en un puente del ferrocarril en Bütgenbach, y Hodges al principio se negó a suspender un ataque hacia el Ruhr. En una fiesta de Navidad un oficial del Estado Mayor de quien se decía que una vez había cantado como profesional entonó «Oh, what a beautiful mornin' / Oh, what a beautiful day», de *Oklahoma*. Los periodistas celebraron su propia fiesta en la habitación 6 del Hôtel Portugal en Spa el domingo, desfilando con las copas en alto, como escribió un corresponsal: «enérgicamente por encima de la cama y alrededor de la habitación, y todos vociferando una cancioncilla absolutamente impublicable, que empezaba diciendo “El lunes la besé en el tobillo”».⁷¹

Catorce divisiones del I Ejército defendían una línea de frente de 265 kilómetros desde Aquisgrán hasta Luxemburgo, y con la mayoría de los mandos superiores todavía de permiso en Londres o París, una profunda inquietud empezó a invadir el puesto de mando del Hôtel Britannique a medida que transcurría el domingo. Las campanas de las iglesias doblaban indicando un toque de queda para los civiles desde las seis de la tarde hasta las siete de la mañana. Los equipos de mortero fuera de Spa esparcieron cacharros de hojalata alrededor de sus zanjas como improvisada alarma contra infiltrados. Los cocineros, los censores de prensa y los fusileros belgas se reunieron en las fortificaciones perimetrales. Se confundieron pájaros con paracaidistas alemanes y las improvisadas patrullas de abogados y contables del ejército salieron a la desbandada en su persecución. Soldados con las botas embarradas entraron en el salón de cócteles del Britannique sacando sillas de dentista e instrumentos de la enfermería de detrás de la barra de caoba. Temerosos de las represalias de los alemanes, los gendarmes belgas liberaron a veintiún presos colaboracionistas. La PM los apresó de nuevo. «Se repartieron granadas termita para que pudiéramos destruir nuestros papeles», informaba Forrest Pogue en su diario, y entre los que encendieron hogueras en Spa aquel domingo por la noche estaba el general de división Pete Quesada, el comandante táctico del aire. Los veteranos de Túnez rememoraban la ofensiva sorpresa alemana de febrero de 1943, cuando el ejército se había retirado trece kilómetros a través del paso de Kasserine.⁷²

Quizás la perspectiva de una debacle similar desconcertó al general Hodges, porque al mediodía del domingo cerró la puerta de su despacho en el Britannique, se sentó a su escritorio y apoyó la cabeza sobre sus brazos. No atendió a ninguna llamada, y durante dos días mostró síntomas de incapacidad. La exacta combinación de fatiga, enfermedad y desesperación nunca se pudo dilucidar. El general de división Ernest N. Harmon, uno de los mandos de combate más duros del ejército, declaró después que Hodges era «probablemente el hombre más inestable que he visto en mi vida y que pretende tener las agallas necesarias para el alto mando». Llegaron a Ciudad de Luxemburgo rumores de que el comandante del I Ejército «casi se había venido abajo». Eisenhower y Bradley al parecer pensaron en relevar a Hodges, según se dice, pero decidieron esperar mientras el XVIII Cuerpo Aerotransportado del general Ridgway acudía rápidamente a reforzar el frente. El jefe del Estado Mayor, el capaz aunque autoritario general de división Bill Kean, tomó el mando efectivo hasta última hora del lunes 18 de diciembre, cuando Hodges recuperó la sensatez suficiente para ordenar la evacuación de Spa.⁷³

Los oficiales discutieron sobre cómo guardar los recién planchados uniformes y sobre si tenían que llevarse los armarios de licores hasta que llegaron informes que ubicaban los *panzer* alemanes primero a diez kilómetros, luego solo a tres kilómetros de Spa. Ambas informaciones resultaron falsas, pero ellos aceleraron la evacuación. «Imagino que los alemanes se sintieron [así] cuando tuvieron que abandonar París», escribió Pogue. Los escolares belgas se reunieron en un parque infantil para cantar «La bandera tachonada de estrellas» mientras sus padres hacían trizas las banderas americanas y las fotografías del presidente Roosevelt. Una mujer judía envuelta en sollozos suplicaba al cuartel general «lleaos a mi hijo donde los alemanes no puedan hacerle daño». Mil doscientos pacientes y médicos vaciaron el 4.º Hospital de Convalecientes en el transcurso de noventa minutos, saliendo a toda prisa hacia Huy. Por mala suerte, bombas V-1 alcanzaron a dos de los convoyes que huían, matando a dos docenas de GI y dejando trozos carbonizados de chasis de camión esparcidos por la carretera.⁷⁴

Cuando Hodges remoloneaba por el Britannique el lunes, un oficial le susurró: «Sálvese general. Ya es suficientemente malo que nos invadan sin que sea usted capturado». A las diez de la noche un comando salió en dirección a Chaudfontaine, cerca de Lieja, donde se abrió un nuevo cuartel a las doce en el Hôtel des Bains. En Spa quedaron mapas secretos y comida cociéndose en los fogones. Un oficial que entró en el Britannique el martes por la mañana encontró las mesas puestas para el desayuno, los árboles con decoraciones navideñas y papeles diseminados por todas partes.⁷⁵

Un oficial de enlace británico informó a Montgomery de que «había perdido todo contacto» con Hodges: oficiales del I Ejército hacían parar con señales a los camiones que pasaban por Chaudfontaine para preguntarles qué sabían del combate. Hodges, aunque ya no estaba paralizado, permaneció aislado y mal informado: hasta una semana antes de la ofensiva alemana no visitó ninguna unidad en el campo, y muchos subordinados no estaban seguros de dónde había ido a parar el puesto de mando del I Ejército. «No podemos perder en tres días lo que habíamos ganado en tres meses demasiado a menudo», escribió un capitán a su familia, «o estaremos ganando una invasión al revés.»⁷⁶

La evacuación de los enormes depósitos de abastecimiento en el este de Bélgica parecía mucho más ambiciosa que el abandono de un cuartel general, pero la tarea fue eficientemente realizada. Algunas reservas no se podían ni trasladar ni destruir, como por ejemplo, los ocho millones de raciones que había en torno a Lieja. Los intendentes de París calcularon también que aunque se capturasen los depósitos más grandes ubicados a lo largo del Mosa, en la retaguardia todavía había reservas suficientes para

diez días o más hasta que llegasen envíos de emergencia de los Estados Unidos. Sin embargo, los depósitos más pequeños, hospitales y talleres de reparaciones recibieron la orden de trasladarse al oeste del río. Con la ayuda de 1.700 camiones del I Ejército y 2.400 vagones se sacaron unas 45.000 toneladas de material y 50.000 vehículos alejándolos de posibles daños junto con un cuarto de millón de soldados rasos, pacientes y supernumerarios.⁷⁷

Se utilizaron cinco kilómetros de cable detonante para hacer explotar granadas, minas y torpedos Bangalore, y veinte toneladas de azúcar, arroz y harina, en un depósito muy expuesto cerca de Malmédy. Todavía en situación más crítica estaban los trece millones de litros de gasolina que se encontraban a dieciséis kilómetros de la punta de lanza de las SS del teniente coronel Peiper, gran parte en latas de 19 litros agrupadas en pilas de mil latas. Cerca de Stavelot, donde el depósito de combustible cubría varios kilómetros cuadrados de bosque, se evacuaron precipitadamente tres millones de litros de gasolina y un millón cien mil litros de grasa y aceite el domingo por la noche mientras Peiper se aproximaba a la ciudad; otros doscientos cuarenta mil litros fueron incendiados en un gran hoguera que bloqueó la autopista N-28. Más de siete millones y medio de litros fueron evacuados a toda prisa de Spa a una vía muerta cercana utilizando tráileres de diez toneladas y vagones. A excepción de varios escondrijos menores capturados por los alemanes, los tanques y camiones de Rundstedt se vieron obligados a recurrir a sus propias y escasas reservas de combustible.⁷⁸

Puede que se confundieran cuervos y estorninos con paracaidistas alemanes cerca de Spa, pero estaba previsto que se lanzasen más de mil tropas aerotransportadas al norte de Malmédy el *Null Tag* para incrementar la destrucción de las defensas americanas.⁷⁹

Nada le salió bien al enemigo. Resultó que los aeródromos destinados al adiestramiento no existían, la mitad de los pilotos de los Ju-52 nunca habían volado en combate y muchos paracaidistas o eran novatos o no habían saltado desde el ataque a Holanda en 1940. «No tengáis miedo. Tened por seguro que estaré con vosotros personalmente a las 17:00 del primer día», había dicho el general Dietrich al comandante de misión, el coronel Friedrich von der Heydte. «Detrás de sus líneas no hay más que rufianes judíos y directores de bancos.» Después de que el salto se retrasara un día debido a la confusión y a errores, el viento de costado huracanado que sopló el sábado por la mañana dispersó a los paracaidistas hasta cincuenta kilómetros de la zona de salto. Doscientos paracaidistas fueron lanzados por error cerca de Bonn, y los artilleros americanos derribaron varios aviones. Con un solo mortero, poca munición y sin radios que funcionasen, von der Heydte reunió a trescientos hombres,

que se vieron atrapados en un combate perdido antes de huir en pequeños grupos hacia su tierra patria: el coronel se rindió poco después de ocultarse en las afueras de Monschau. Dos tercios de los mil murieron o fueron capturados. Aquello fue el fin de la que sería la última operación aerotransportada alemana de la guerra.

La operación Greif, o «cóndor», no resultó más eficiente. Bajo el ostentoso oficial de comando vienés, Otto Skorzeny, 2.000 hombres fueron reclutados en la 150.^a Brigada Acorazada para llevar a cabo sabotaje, reconocimiento y crear confusión detrás de las líneas. Su flota motorizada consistía en una docena de Panthers modificados para que parecieran Shermans, Fords alemanes pintados de color verde oliva y una pequeña flota de camiones, jeeps y coches capturados al ejército estadounidense. Unos 150 hombres que hablaban inglés, aunque en realidad solo diez, en su mayoría antiguos marineros, lo hablaban con fluidez, dirigirían los grupos X, Y y Z para apoderarse de tres puentes del Mosa. Se les proporcionaron documentos de identificación apresados o falsificados y uniformes de GI, la mayoría robados a prisioneros americanos con el pretexto de una desinfección. Para imitar las formas de fumar que tenían los americanos y otros gestos, los hombres estudiaron a Humphrey Bogart en *Casablanca*.⁸⁰

Todo para nada. Los problemas del VI Ejército Panzer en el borde norte de las Ardenas desbarataron el horario de Skorzeny, y un conjunto de órdenes Greif descubierto en un oficial alemán muerto alertaron a los americanos del engaño. El lunes 18 de diciembre, la policía militar del I Ejército detuvo a tres hombres en un jeep cerca de Aywaille que no pudieron dar la contraseña del día: una inspección sacó a la luz cartillas de pago y granadas alemanas. Entre otros cuatro atrapados en un puente del Mosa en Lieja había un soldado GI impostor que llevaba una tarjeta de identificación de un tal capitán Cecil Dryer y las chapas identificativas de un soldado llamado Richard Bumgardner. Todos ellos portaban brazales con esvásticas debajo de sus chaquetas del ejército de campo. En total, dieciséis infiltrados fueron fácilmente capturados con sus uniformes americanos y otros treinta y cinco fueron ejecutados sin que pudiesen llevar a cabo un solo acto de sabotaje en el Mosa. Gran parte de la brigada de Skorzeny fue finalmente enviada al combate como infantería ortodoxa cerca de Malmédy, donde la inexperiencia y la falta de artillería provocaron numerosas bajas. El propio Skorzeny recibió una fea herida en la cabeza.⁸¹

El único objetivo que consiguió Greif fue sembrar la histeria a lo largo del frente occidental. Un teniente alemán, voluble e imaginativo, capturado en Lieja aseguraba ser parte de un equipo enviado para matar a Eisenhower. El coronel Skorzeny, dijo, ya se había infiltrado en las líneas americanas con 60 asesinos. La cifra evidente creció rápidamente a 150 y se extendió el rumor de que podían estar haciéndose pasar por

los GI que escoltaban a varios generales alemanes capturados hacia el cuartel general del SHAEF. Rápidamente se informó de que cientos de jeeps con asesinos y maleantes sospechosos estaban atravesando Francia de un lado a otro. Se realizaron más de cuarenta bloqueos en las calles aledañas al Café de la Paix en París, donde se esperaba una reunión entre Skorzeny y sus secuaces. Los boletines policiales describían a Skorzeny: dos metros de estatura (una considerable exageración) con «cicatrices de un duelo en ambas mejillas», supuestamente contraídas en una pelea por una bailarina en Viena. Se decía que algunos infiltrados llevaban viales de ácido sulfúrico para arrojar a la cara de centinelas recelosos; que muchos hablaban inglés mejor que cualquier GI; que se identificaban los unos con los otros golpeándose dos veces el casco o llevando bufandas azules o dejando desabrochado el botón superior de la chaqueta del uniforme. También se decía que algunos podían ir vestidos con el atuendo de sacerdote o disfrazados de monjas o de camareros. La historia oficial del ejército registraba secamente que «los camareros belgas o franceses de las cafeterías que durante semanas habían estado vendiendo *vin ordinaire*, coñac aguado y champán agrio se vieron repentinamente elevados por los rumores, las sospechas y la histeria al rango de capitanes de las Waffen SS».⁸²

La policía militar de los puestos de control trataba de distinguir a los nativos de habla inglesa de los impostores mediante palabras indicadoras de origen según la pronunciación. Algunos preguntaban acerca de la identidad de la Ciudad del Viento, pues un informe de la inteligencia alertaba de que «pocos alemanes pueden pronunciar correctamente Chicago». Otros interrogatorios preguntaban: ¿Cuánto cuesta un sello de correo aéreo? ¿Cuál es el nombre de pila de Sinatra? ¿Quién es la novia de Mickey Mouse? ¿Dónde está Little Rock? Robert Capa, que tenía un acento húngaro y una inalterable sonrisa de suficiencia, fue arrestado por no saber la capital de Nebraska. Cuando le preguntaron a Forrest Pogue por la ubicación del parlamento de su nativa Kentucky, respondió precavidamente: «La capital es Frankfort, pero uno podría pensar que es Louisville». Cuando le preguntaron a David Niven, que servía como oficial en el XXI Grupo de Ejércitos, «¿Quién ganó el Campeonato Mundial de Béisbol en 1940?» respondió: «No tengo la menor idea. Pero sí sé que hice una película con Ginger Rogers en 1938».⁸³

Los cocineros, panaderos y empleados recibieron entrenamiento sobre los misterios de los bazucas, morteros y minas. Los GI de gatillo fácil acribillaron a cuatro civiles franceses en un control de carretera, y un médico del ejército recibió un tiro en el estómago tras contestar al desafío de un centinela: «Tú, hijo de puta, sal de mi camino». En Versalles podía oírse fuego de artillería promiscuo cerca del Palacio del Trianon, ahora sepultado por alambre concertina, y una noche un tiroteo detrás de

la casa de Beetle Smith sacó al jefe del Estado Mayor en pijama, blandiendo una carabina. «Nos desplegamos por el jardín y empezamos a disparar a diestro y siniestro», relataba después Robert Murphy, un diplomático que estaba de visita. «A la mañana siguiente encontraron en el jardín a un gato extraviado acribillado de balas.»⁸⁴

Con Skorzeny y sus degolladores supuestamente merodeando a sus anchas, Eisenhower aceptó a regañadientes trasladarse de la villa de Saint-Germain a unas dependencias más pequeñas cerca de su despacho. Cada día su limusina seguía haciendo el mismo recorrido de ida y vuelta al cuartel del SHAEF, pero con el asiento trasero ocupado por un teniente coronel llamado Baldwin B. Smith, cuyos anchos hombros, prominente coronilla e impaciente aspecto le convertían en el perfecto doble del comandante supremo.⁸⁵

El auténtico Eisenhower, que viajaba con Tedder en un Cadillac blindado utilizado por primera vez en África, llegó a Verdún para asistir a una reunión de guerra el martes 19 de diciembre por la mañana. Pronto se unieron con él, en un barracón del ejército francés dentro de un fangoso patio cuadrangular, Bradley, Jake Devers y Patton, que apareció fumando un puro en un jeep con puertas de plexiglás y una ametralladora de calibre 0, 30 montada en un pivote rotatorio. A las 11:30 h subieron al piso de arriba a una habitación de piedra fría y húmeda con una única estufa de leña, una gran mesa y un mapa desplegado en una pared. Bradley, ya con un humor de perros, señaló una flecha roja etiquetada «20 tanques alemanes» que se aproximaba a Namur junto al Mosa, más al oeste de lo que se había supuesto. «¿Qué demonios es esto?» inquirió. Un oficial de la inteligencia corrió hacia el mapa, arrancó el marcador equivocado y se disculpó por el error.⁸⁶

«La situación actual ha de ser considerada como una oportunidad para nosotros, no como un desastre», dijo Eisenhower, acomodándose en la silla. «En esta mesa de reunión solo habrá caras risueñas.» Desde el otro extremo, Patton metió cucharada: «Tengamos los huevos de dejar que estos bastardos lleguen a París. Allí los aislaremos y los machacaremos».⁸⁷

Dos oficiales del Estado Mayor repasaron el frente de combate detalladamente. Por lo menos diecisiete divisiones alemanas se habían unido ya al ataque y se conocían las identidades de la mayoría de ellas. La mayor presión se dejaba sentir en Saint-Vith y en Bastoña, dos centros de comunicaciones vitales. Se habían documentado atrocidades. Las misiones diarias de la Luftwaffe sobre Saint-Vith habían disminuido considerablemente desde las seiscientas del domingo, aunque los cielos persistentemente encapotados habían obligado a permanecer en tierra también a

los aviones aliados. Siete batallones de infantería franceses ayudarían en la defensa del Mosa, junto con una media docena de regimientos de ingenieros de la COMZ. La fuerza americana en las Ardenas se había duplicado desde el sábado hasta unos 180.000 soldados en diez divisiones de infantería y tres blindadas. No tardarían en llegar más.⁸⁸

Después habló Eisenhower. El VI Grupo de Ejércitos de Devers asumiría la defensa en Alsacia, dijo, y aportaría reservas a las Ardenas. Las fuerzas dispersas habían de ser reunidas para una «una acción concertada positiva». Si se conservaba la posición en el sur de Lieja, podrían mantenerse los depósitos de abastecimiento fuera del alcance de la artillería enemiga. Presionando los hombros de la protuberancia alemana, apuntalando el Mosa, descabezando el avance enemigo y creando un «desierto de abastecimiento», podrían destrozar las Ardenas de Rundstedt —como ahora lo llamaban— con un contraataque americano dirigido una vez más al Rin. El III Ejército, que ahora defendía un frente de casi ciento treinta kilómetros con tres cuerpos frente al Saar, podía girar hacia el norte para hendir el expuesto flanco izquierdo alemán.⁸⁹

Mirando hacia Patton al otro extremo de la mesa alargada, Eisenhower preguntó con su voz atronadora: «George, ¿para cuándo puedes lanzar un ataque?»⁹⁰

«El 22 de diciembre», respondió Patton, «con tres divisiones: la 4.^a Blindada, la 26.^a y la 80.^a».⁹¹

Inclinándose hacia adelante, Eisenhower calculó rápidamente con los dedos el espacio, el tiempo y las divisiones. La maniobra requería un abrupto giro a la izquierda con un cuerpo entero y después avanzar casi ciento sesenta kilómetros por carreteras invernales. «No seas fatuo, George. Si tratas de ir tan pronto, no tendrás las tres divisiones listas y te harán pedazos», le dijo. «Yo incluso lo fijaría para el 23 si tanto tiempo se necesita para conseguir tres divisiones enteras.»⁹²

«Acordaré un encuentro para dentro de tres días», dijo Patton, «y te brindaré un ataque coordinado de seis divisiones en seis días». Alguien ahogó una risa. Podía oírse el inquieto movimiento de botas en el suelo desnudo. Mirando a un oficial del Estado Mayor en espera de confirmación, Patton añadió: «Podemos hacerlo».⁹³

Antes de salir de los barracones, Patton telefoneó a su cuartel para dar varias órdenes de movimientos: el XII Cuerpo tenía que dirigirse hacia Luxemburgo en tándem con la marcha del III Cuerpo a Bélgica. «Todo el mundo es un hijo de puta para alguien», aseguró a su Estado Mayor a modo de estímulo. «Sed mejores hijos de puta que ellos.»⁹⁴

Eisenhower declinó la invitación de Bradley de que se quedase para el almuerzo; comería un bocadillo en el Cadillac de regreso a Versalles. Volviéndose hacia Patton antes de subir al coche, Eisenhower dijo: «George, cada vez que me ascienden, me atacan».

Patton rió. «Sí, y cada vez que te atacan, yo te echo un cable.»⁹⁵

Se dieron un apretón de manos mientras Eisenhower sonreía de oreja a oreja. No solo parecía optimista, sino rebosante de una «gran exuberancia expansiva», como escribió en su diario el general de división Chester Hansen, ayudante de Bradley.

«Hay algo en este tío, la forma en que resta importancia a las cosas, la forma en que estalla con una gran sonrisa, la forma en que irrumpe su voz, áspera y enérgica, que desarma a todos los que le rodean», concluía Hansen. «Esta es su forma de ser, alegre, ruidoso, democrático, dinámico, piensa deprisa, actúa deprisa e infunde confianza.»⁹⁶

Eisenhower había exigido a sus tenientes en Verdún «que evitasen cualquier desánimo o sentimiento de decepción respecto al cambio de situación». Sin embargo, un nuevo acontecimiento provocó en Bradley, no solo desánimo y decepción sino también enojo.⁹⁷

El martes por la noche la inteligencia británica concluyó que la carretera que conducía a Namur era vulnerable, y que si las fuerzas de choque alemanas cruzaban el Mosa por allí, podían llegar a Bruselas en cuestión de horas. Montgomery confió a Brooke que le había dicho a un oficial adjunto de operaciones del SHAEF, el general de división J. F. M. Whiteley, «que Ike tendría que darme el mando operativo de todas las tropas de la mitad norte del frente. Considero que alguien debería darle una orden directa para que lo hiciera». En Versalles, Whiteley y el general de división Strong, también británico, coincidieron en que el campo de batalla de las Ardenas estaría mejor gestionado por dos comandantes, Montgomery en el norte y Bradley en el sur, en lugar de dirigirlo el XII Grupo de Ejércitos solo.⁹⁸

Los generales subordinados de Bradley en el norte estaban frustrados por el aislamiento de su comandante, que solo permitía contacto intermitente por teléfono y por radio; también se quejaban de que ni un solo oficial del Estado Mayor del grupo de ejército se había dignado a visitar al I Ejército, ni al IX Ejército ni a sus fuerzas aéreas afiliadas desde que comenzara la ofensiva el sábado. Cuando Eisenhower propuso que el XII Grupo de Ejércitos trasladara su cuartel general a una zona más céntrica, Bradley respondió absurdamente: «Esto asustaría demasiado a la población de Luxemburgo. Pensarían que estamos derrotados y que *han* de marcharse».⁹⁹

El martes por la noche Whiteley y Strong sacaron de la cama a Beetle Smith, que escuchó su propuesta de extender el papel de Montgomery y sus advertencias de «un progresivo deterioro» en el frente. A continuación, respondió furioso a los oficiales del Estado Mayor. Sin duda aquellos dos británicos no creían que los yanquis fueran capaces de manejar la crisis, atronó Smith. ¿De qué bando estaban sus lealtades? Semejante impertinencia era intolerable y desleal. Ambos deberían considerarse relevados de sus cargos y regresar a Inglaterra inmediatamente.¹⁰⁰

Después de que Whiteley y Strong se marchasen con insolencia ante aquel rapapolvo, Smith telefoneó a Eisenhower, que todavía estaba en su despacho a las once de la noche. Enfurecido, Smith describió la propuesta de bifurcación mientras admitía a regañadientes que tenía cierto mérito: entre otras ventajas, era probable que Montgomery lanzase al combate a los reservistas británicos si estaba al mando. Eisenhower, mirando atentamente un enorme mapa mural, enseguida estuvo de acuerdo. Con un lápiz de cera trazó una línea en el mapa desde Givet junto al Mosa hacia el este atravesando las Ardenas hasta Prüm en Alemania. Saint-Vith caía al norte de la línea, Bastoña al sur.¹⁰¹

Mientras el comandante supremo reflexionaba sobre aquella demarcación, Smith telefoneó a Bradley en Ciudad de Luxemburgo:

Ike piensa que sería buena idea ceder a Monty tus dos ejércitos en el norte y dejar que él dirija aquel lado de las Ardenas desde XXI Grupo... Parece lo más lógico. Monty puede hacerse cargo de todo lo que está al norte de las Ardenas y tú de lo que está al sur.¹⁰²

Bradley respondió cautelosamente. Indicó que aquella mañana en Verdún no se había mencionado nada acerca de aquel plan. Aunque ahora se interpusieran tres ejércitos enemigos entre su puesto de mando y el grueso de su Grupo de Ejército en el norte, consideraba que sus dificultades de comunicación eran insignificantes: «Dudo que este cambio sea necesario», añadió.

El miércoles por la mañana, cuando Eisenhower llamó personalmente para confirmar la reconfiguración, Bradley estaba en plena efervescencia. «Por Dios, Ike, yo no puedo hacerme responsable de los americanos si haces esto. Dimíto.» El general Strong, al que Smith había perdonado de mala gana y que estaba escuchando la conversación telefónica en el despacho de Eisenhower, vio cómo un sonrojo trepaba por el cuello del comandante supremo. «Brad, yo soy responsable de los americanos, no tú. Por lo tanto, tu dimisión no significa absolutamente nada.» Bradley continuó protestando, aunque en un tono más comedido, hasta que Eisenhower zanjó la conversación con un perentorio: «Bien, Brad, estas son mis órdenes». A continuación telefoneó a Montgomery a su puesto de mando en Zonhoven. «Ahora

tenemos dos batallas, dos batallas diferentes», dijo Eisenhower, gritando por el auricular. «Creo que es mejor que te encargues de la del norte, y dejes que Bradley dirija la del sur.»¹⁰³

A las 12:52 h, una entrada del diario del SHAEF confirmaba que «el mariscal de campo Montgomery ha sido puesto al mando del flanco norte». Dirigiría el I y el IX Ejércitos estadounidenses así como su propio Grupo de Ejércitos; el XII Grupo de Ejércitos quedaba con el III Ejército de Patton. Un oficial del cuartel general de Bradley informó que este estaba «absolutamente lívido. Caminaba arriba y abajo y maldecía a Monty».¹⁰⁴

La alegría por el mal ajeno, como ahora demostraba Montgomery, no era en absoluto un rasgo exclusivamente alemán. Entre los perros, los peces de colores y los canarios cantores de su campamento en Zonhoven, había escrito a Brooke justo antes de la medianoche del martes que «parece como si ahora tuviéramos que pagar el precio de la política errática y falta de auténtico control».¹⁰⁵

Hay una gran confusión y todos los indicios de una retirada a gran escala. Definitivamente hay una falta de firmeza y control, y nadie tiene una idea clara... Todo el mundo sabe que algo ha salido mal y nadie sabe qué ni por qué... La situación general es fea porque las fuerzas americanas ha quedado divididas por la mitad y los alemanes pueden llegar al Mosa en Namur sin encontrar oposición.¹⁰⁶

Poco de esto era verdad. Los americanos *no* habían quedado divididos por la mitad, no se había iniciado ninguna retirada a gran escala ni tampoco había alemanes cerca de Namur, a excepción quizás de algunos pocos paracaidistas perdidos. No obstante, no había duda de que el I Ejército necesitaba ayuda, y a la menor oportunidad el mariscal de campo se lanzó al combate, como bien observó más tarde un escritor, con «la energía y el brío que le eran tan característicos como su altivez». Tras ser alertado del inminente cambio de mando a las 02:30 de la mañana del miércoles, envió a un general de división a Chaudfontaine para una «conferencia junto a la cama» con Hodges, que fue arrancado del sueño para enterarse de que cuatro divisiones británicas avanzaban hacia el Mosa con el fin de asegurar los márgenes del río y los puentes. También se habían colocado barricadas en la autopista de Bruselas con vehículos y carros amontonados.¹⁰⁷

El propio mariscal de campo llegó a Chaudfontaine a las 13:30 h del miércoles en un Rolls-Royce verde con un banderín del Reino Unido y uno de cinco estrellas ondeando en el guardabarros delantero, escoltado por jeeps de policías militares con gorras rojas. Como de costumbre iba vestido de manera no ortodoxa con botas forradas de piel, pantalones de pana anchos y hasta ocho jerséis. «Despojándose de la piel de oso en la que estaba envuelto», informó Iris Carpenter, «cogió su cesta de bocadillos, su termo de té y su mapa de situación todo marcado con lápiz de cera, y

entró.» Un oficial americano lo describió como «un mono sobre un palo saltando arriba y abajo... un pomposo héroe conquistador», pero cuando entró en el Hôtel des Bains a un oficial británico le pareció «como Jesucristo venido a purificar el templo». Ninguna de las dos imágenes hacía justicia a Montgomery. Educadamente rechazó el ofrecimiento de Hodges de un almuerzo: «Oh, no, ya llevo el mío». Apoyó su mapa en una silla y dijo pausadamente: «Ahora repasemos esta situación... Lo primero que tenemos que hacer es poner en orden el campo de batalla». ¹⁰⁸

Tres horas después ambos tenían un plan y un acuerdo. Hodges y su estado mayor parecían cansados y desmoralizados, explicaron después los oficiales británicos, pero decididos a pelear. Aunque Hodges temía que dos divisiones americanas del I Ejército estuvieran rodeadas —de hecho, solo se habían perdido dos tercios de la desventurada 106.^a— se resistía tenazmente a la propuesta de Montgomery de retirarse del flanco norte hasta el Mosa. El mariscal de campo transigió por el momento: el I Ejército atacaría por donde pudiera y, con ayuda del IX Ejército del general Simpson, reuniría una fuerza de combate para contraatacar a los alemanes desde el norte, complementando el revés de Patton desde el sur. El II Ejército de Dempsey continuaría proporcionando fuerzas desde Holanda, y las reservas británicas contribuirían a la restitución de las pérdidas americanas, incluyendo 100 cañones de veinticinco con 300.000 proyectiles de munición; 20.000 monos de nieve; 2.000 bengalas; y 350 tanques Sherman adheridos con tacos para mejor tracción. A las nueve de la noche todos los puentes del Mosa tenían que estar dispuestos para demolición, y, como el XXX Cuerpo británico informó, «las esperanzas del enemigo de saltar por los cruces del Mosa casi se han desvanecido». ¹⁰⁹

Cuando regresaba a Zonhoven, Montgomery le dio vueltas a la posibilidad de relevar a Hodges, pero fuera lo que fuera lo que afligiese al comandante del Primer Ejército parecía haberse evaporado. «Hodges no es el hombre que yo elegiría», declaró Montgomery, «pero está mucho mejor». En un telegrama privado, Eisenhower coincidía con el mariscal de campo: «Hodges es del tipo callado y reticente y no parece tan agresivo como en realidad es. A menos que esté exhausto, siempre librará una buena batalla». ¹¹⁰

El SHAEF ordenó que la nueva organización de mando permaneciese en secreto. La censura, ya endurecida para evitar la divulgación general de los reveses de la Herbstnebel, se aseguró también de que en casa a los americanos no supiesen que buena parte del ejército estadounidense en Europa estaba ahora liderado por un minúsculo británico con boina negra. «Parecían encantados de tener a alguien que les diera órdenes», le dijo Montgomery a Brooke, con cierta disculpa. Brooke le advirtió

de que no alardease, pero el mariscal de campo no podía evitarlo. «Los americanos se han llevado una hemorragia nasal de primera», escribió a un amigo en Londres. «Estoy ocupado arreglando el desaguisado». ¹¹¹

En cuanto a Bradley, Eisenhower propuso que se le concediera la Estrella de Bronce como compensación por haber perdido dos tercios del mando. También le pidió a Marshall que se plantease otorgarle una cuarta estrella. «Conservo toda mi antigua confianza en él» escribió Eisenhower al jefe. «Tendría un efecto general positivo.» ¹¹²

Una guerra despiadada

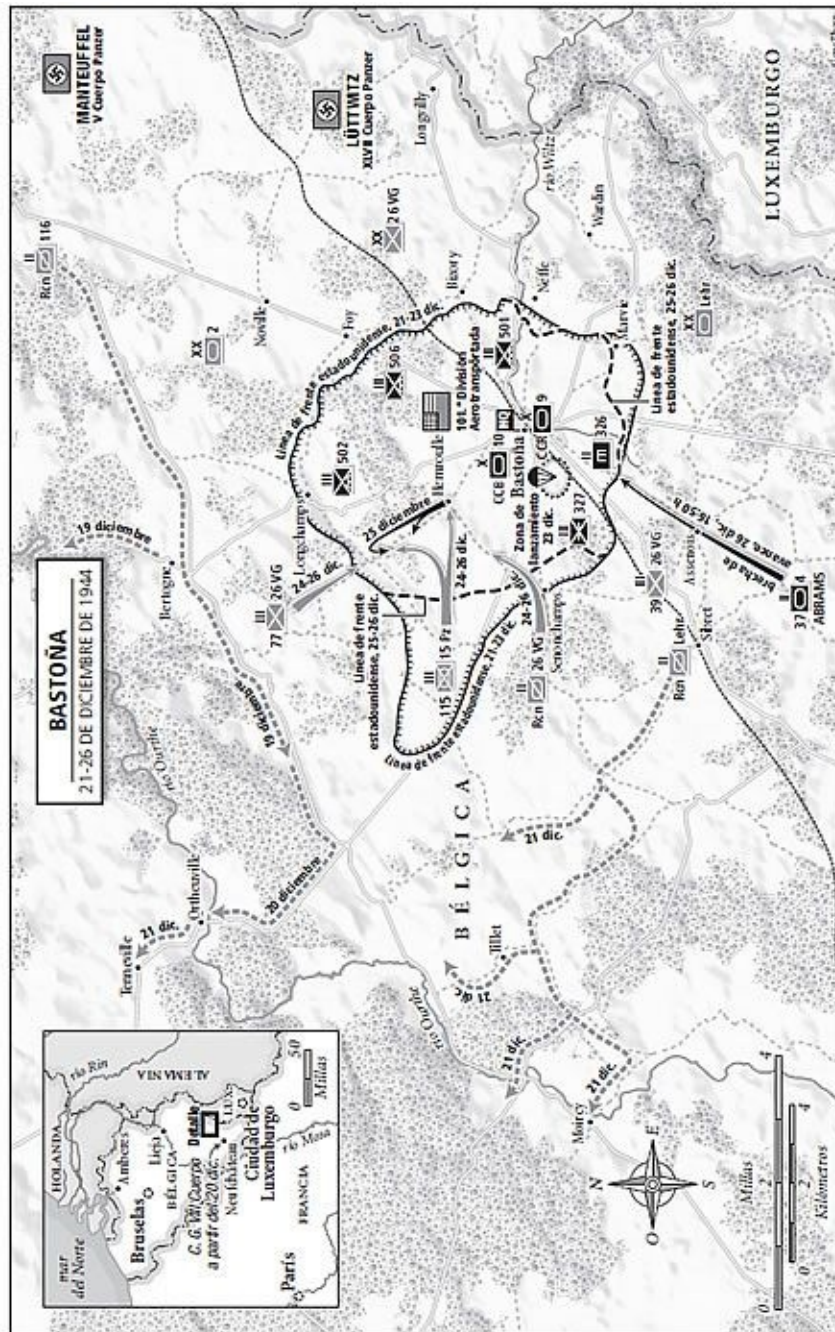
Los refugiados civiles con lamentables historias de pueblos incendiados y con los alemanes pisándoles los talones llegaron a Bastoña, «una antigua ciudad sita en la parte más sombría de las Ardenas», como antaño la había descrito una guía turística. Carros tirados por caballos abarrotados de muebles y maltrechas maletas obstruían la plaza principal a pesar de los avisos del ejército de que «los vehículos abandonados serán incautados por la policía militar». Las tiendas que se alineaban en la Grand-Rue cerraron las persianas herméticamente tras el fallo de energía del domingo, y al mediodía del lunes 18 de diciembre, el rugido de la artillería podía oírse en los pasillos de los sótanos de las Hermanas de Notre Dame, un internado en el que se refugiaron centenares de personas. ¹¹³

Los primeros paracaidistas de la 101.^a Aerotransportada llegaron al anochecer del lunes tras un trayecto de ciento sesenta kilómetros aderezado de cellisca desde Reims. El XVIII Cuerpo Aerotransportado bajo el general Ridgway tenía la orden de ayudar a taponar la brecha de treinta y dos kilómetros entre el V Cuerpo y el VIII Cuerpo, con la 82.^a Aerotransportada de Gavin dirigiéndose hacia Werbomont, al suroeste de Spa, y la 101.^a hacia Bastoña. La noche anterior, los sargentos habían recorrido los barracones de las tropas vociferando, «Fuera de los sacos. Ya no sois reservistas», y los oficiales interrumpieron la representación de un ballet en pleno *jeté* para ordenar a los paracaidistas de la audiencia que se preparasen para el combate. ¹¹⁴

Desde que abandonó Holanda en noviembre, la 101.^a se había visto acosada por docenas de deserciones semanales, así como por las acostumbradas peleas de borrachos. Los soldados hacían concursos para ver quién podía reventar más ventanas en Reims. Y aún peor, muchos de los mandos superiores de la división estaban ausentes. Entre ellos el general de división Maxwell D. Taylor, que había volado a Washington; su comandante asistente, que estaba en Inglaterra con diecisiete oficiales

para recibir información sobre Market Garden; y el jefe del Estado Mayor, que se había suicidado con una pistola la semana anterior. Esto dejaba el mando al jefe de artillería de la división, un simpático general de brigada bajito de Washington, D. C., llamado Anthony Clement McAuliffe. Tras graduarse en West Point a finales de la primera guerra mundial, McAuliffe había ido ascendiendo lentamente por las filas del ejército de entreguerras como artillero con un interés por la innovación tecnológica y sociológica: antes de unirse a la 101.^a había trabajado en el desarrollo del jeep y del bazuca, y en un estudio de las relaciones raciales en el servicio. Había saltado en paracaídas en Normandía y aterrizado en Holanda en planeador: ahora sentado al volante se dirigía hacia Bastoña al frente de una división que él mismo comandaba por defecto.¹¹⁵

Varios miles de paracaidistas de reemplazo, que apenas habían recibido una semana de instrucción de campo, abarrotaban los camiones abiertos de transporte de ganado que seguían detrás de él, «como un bote de aceitunas», rezaba un relato. Algunos, sin cascos ni fusiles, pedían ambas cosas a los GI en retirada que obstruían todas las carreteras al oeste de Bastoña. La COMZ envió un convoy de emergencia cargado de cinco mil palas de trinchera, dos mil conjuntos de calzoncillos de lana y cinco mil pares de cubrecalzado polar, de las tallas seis a catorce. En el transcurso de la noche del lunes y a la mañana siguiente temprano, doce mil paracaidistas y pilotos de planeadores fríos y empapados fueron entrando en Bastoña, donde el aprieto de los americanos fue calificado de «fluido y oscuro». A las diez de la mañana del martes habían llegado los cuatro regimientos, acompañados de unas pocas unidades blindadas y de artillería desorientadas que habían patrullado durante todo el camino. El general McAuliffe fijó su cuartel general en el Hôtel de Commerce, frente a la estación de tren, y llevó a su primer herido a un seminario local. El miércoles por la mañana temprano, tras unas pocas y alentadoras palabras de despedida, el general Middleton partió en su Packard hacia un nuevo cuartel general del VIII Cuerpo en Neufchâteau, treinta kilómetros al suroeste.¹¹⁶



Se acercaban a Bastoña tres divisiones del V Ejército Panzer, muy conscientes de los refuerzos estadounidenses gracias a las descuidadas charlas por radio de los americanos. Pocas cosas se habían desarrollado en combate de acuerdo con el plan maestro alemán, empezando por aquella irritante resistencia de la 28.^a División de Cota en Luxemburgo. La escasez de combustible se agravaba con el transcurso de las horas. Las cadenas de los *panzer* trituraban de tal manera las carreteras secundarias que los vehículos rodados eran abandonados a docenas en los lodazales. Como había pocos ingenieros para limpiar de minas el camino, la tripulación de los tanques

realizaba la tarea con gradas y rodillos que encontraban en los cobertizos de las granjas. Los soldados a pie que marchaban hacia el oeste casi adelantaron a las columnas motorizadas de Manteuffel, y el mariscal de campo Model dudaba en privado de que Herbstnebel pudiera obtener siquiera los modestos objetivos de la llamada pequeña solución, no digamos la captura de Amberes.¹¹⁷

Bastoña y sus siete carreteras radiales adquirieron una mayor importancia —«un absceso en nuestra línea de comunicación», tal como lo expresó un comandante alemán— y las grises puntas de lanza se abrieron paso por las endeble barricadas al este de la ciudad prendiendo fuego a los camiones semioruga del ejército con balas rastreadoras y después abatiendo a los GI cuya silueta se recortaba contra las llamas. Dos batallones de artillería dispersos en Longvilly dispararon con miras abiertas a ciento ochenta metros antes de que los supervivientes huyesen precipitadamente a Bastoña tras perder la mitad de sus *Howitzers*. Fueron destruidos cuarenta tanques Sherman en una sola noche, y en Neffe los defensores se retiraron bajo una lluvia de granadas incendiarias. «No nos están echando», comunicó por radio un oficial, «nos están quemando». Bajo la violenta arremetida de aquellas tres divisiones (2.^a Panzer, 26.^a Volksgrenadier y Panzer-Lehr) las defensas americanas cedieron y se doblegaron.¹¹⁸

Pero no se rompieron. El fuego de artillería de Longvilly les costó a los *Volkgrenadiers* cuatro preciosas horas de luz de día del martes. Más al norte aquel mismo día, ingenieros de combate estadounidenses dinamitaron conductos y puentes, talaron árboles y obstruyeron las vías tan hábilmente que el frustrado LVIII Cuerpo tuvo que retroceder por varios caminos sin salida en busca de rutas más practicables en dirección oeste.

No menos crucial en el retraso del enemigo fue la contribución de un comando de combate de la 10.^a División Blindada, al que Middleton había ordenado el lunes por la noche defender tres puestos fortificados fuera de Bastoña. Una lucha especialmente feroz se desencadenó en Noville, un brumoso sumidero seis kilómetros al norte de la ciudad, donde quince tanques Sherman y otros blindados acudieron a tiempo para enfrentarse a gran parte de la 2.^a División Panzer. El nebuloso amanecer del martes llevó consigo el repiqueteo delator de las suspensiones de los tanques alemanes, seguido de vagas siluetas grises que surgían del este. Los americanos respondieron con artillería, apuntando al azar debido a la falta de mapas, e incluso con fuego de pistolas. La niebla no tardó en disiparse como si fuera un telón para descubrir a los blindados alemanes y a los granaderos densamente desplegados por una ladera a

ochocientos metros de distancia. Los destructores de tanques americanos arremetieron contra nueve *panzer* y dejaron a tres de ellos envueltos en llamas. La infantería alemana dio media vuelta y huyó perseguida por las balas.¹¹⁹

Durante toda la mañana y tarde la batalla rugió. Un batallón de paracaidistas de la 101.^a de Bastoña lanzó un ataque a la desesperada a las 14 h, colisionando en una salvaje *mêlée* con otro asalto alemán que iniciaba su efervescencia a lo largo de la humeante cresta de las colinas. Cortinas de fuego enemigo redujeron Noville a escombros, matando al comandante de los paracaidistas e hiriendo gravemente a su homólogo de la 10.^a Blindada; solo el contrafuego de la artillería evitó que los granaderos de los tres costados invadieran el reducto americano.¹²⁰

Al mediodía del miércoles 20 de diciembre, un mensaje de radio al Hôtel de Commerce advertía: «Todas las reservas reclutadas. Situación crítica». McAuliffe autorizó que los supervivientes se retirasen a Bastoña a las 17 h, agazapados en el humo y la oscuridad. A falta de tripulación de tanques, los paracaidistas condujeron uno de los cuatro Shermans que quedaban. Las bajas americanas superaron los cuatrocientos hombres, pero la 2.^a Panzer perdió a más de seiscientos, además de treinta y un *panzer*, infligiendo a la división como mínimo un retraso de dos días en su camino hacia el Mosa. Pocas horas después de la caída de Noville, agentes de la Gestapo asesinaron a siete belgas que habían sobrevivido al asedio, entre ellos el maestro de escuela y el cura del pueblo.¹²¹

Los puestos fortificados al este de Bastoña, ahora reforzados por la 501.^a Infantería Paracaidista resultaron igualmente formidables para la Panzer-Lehr y la 26.^a Volksgrenadier. El alambre barbado y la mosquetería cerca de Neffe atraparon a los escaramuzadores en lo que los paracaidistas llamaron una «gigantesca trampa para hombres». «No hicimos ningún prisionero», informó un capitán. «Los segamos como si fueran hierba.» Los renovados ataques enemigos del miércoles cayeron en «una presa de fuego» creada por decenas de cañones disparando desde Bastoña.¹²²

Los ataques frontales habían producido pocos beneficios, y los alemanes revisaron sus tácticas con retraso. Manteuffel instó a la 2.^a Panzer que presionase hacia el oeste más allá del río Ourthe a pesar de que la escasez de gasolina era tan grave que la división malgastó un día entero esperando a los camiones de combustible. *Panzer-Lehr* dejaría un regimiento para asediar Bastoña con la 26.^a Volksgrenadier, pero gran parte de la división viraba ahora hacia la izquierda para evitar la ciudad por el sur.¹²³

Entre los pocos informes alentadores que llegaron al V Ejército Panzer el miércoles se mencionaba la aniquilación del destacamento médico de la 101.^a Aerotransportada, que no había colocado centinelas en un campamento ubicado en un

cruce al oeste de Bastoña. Poco antes de la medianoche una patrulla alemana de seis *panzer* y camiones semioruga arrasó las tiendas y camiones médicos con artillería: «las balas estaban tan cerca que pensé que tendría que sacudírmelas», dijo un soldado. Al cabo de unos minutos habían capturado a un cirujano de división, más de cien hombres alistados, camillas, pacientes heridos, instrumentos quirúrgicos y penicilina.¹²⁴

«Sobre todo», había insistido Middleton a McAuliffe, «no os dejéis rodear». No quedaba claro cómo exactamente podían evitar el cerco dieciocho mil americanos, con la orden de defender Bastoña a toda costa contra cuarenta y cinco mil alemanes, especialmente con un tiempo tan nefasto que la aviación aliada realizó el miércoles un total de veintinueve misiones en Europa, y solo nueve de ellas sobre las Ardenas. Un día después, el jueves 21 de diciembre por la mañana, una columna enemiga cortó la última carretera abierta al sur, y Bastoña quedó efectivamente aislada. Un optimismo renovado recorrió la cadena de mando alemana.¹²⁵

A las 11:30 h del viernes, una delegación de cuatro alemanes portando una bandera blanca apareció en un soto empolvado con nieve reciente al suroeste de Bastoña. «Somos *parlamentaires*», le dijo en inglés un capitán a un oficial americano, y a continuación presentó una nota escrita con una máquina americana en la que todas las diéresis estaban insertadas a mano, y dirigida «*an den amerikanischen Kommandeur der eingeschlossen Stadt Bastogne*». Una traducción adjunta para el comandante americano de la ciudad sitiada de Bastoña explicaba:¹²⁶

El signo de la guerra está cambiando... Solo hay una posibilidad de salvar a las tropas estadounidenses sitiadas de la total aniquilación: para que podáis reflexionar, se concederá un plazo de dos horas que comenzará con la presentación de esta nota. Si se rechaza esta propuesta, un cuerpo de artillería alemán y seis batallones pesados AA están listos para aniquilar... Todas las pérdidas de civiles causadas por este fuego de artillería no se ajustarán a la conocida humanidad de los americanos.¹²⁷

La nota había sido autorizada por el teniente general Heinrich von Lüttwitz, comandante del XLVII Panzer-Korps.

A las 12:25 h el ultimátum llegó a McAuliffe en su puesto de mando manchado de humo, que apestaba a cordita del bombardeo de la noche anterior. Rodeada o no, la 101.^a conservaba casi la totalidad de su fuerza: solamente cinco batallones entre los cuatro regimientos habían asistido hasta entonces a intenso combate. Seiscientos rezagados, en su mayoría de la 28.^a División, recibieron comida caliente y fueron reunidos en el Equipo Snafu, un batallón de rápida reacción. El arsenal de Bastoña incluía cuarenta Shermans: oficiales de los blindados mimeografiaron consejos útiles

sobre tácticas de tanque para sus hermanos de infantería. Seis batallones de artillería fueron colocados formando pozos de cañón circulares para que cada batería pudiera disparar a cada punto cardinal, aunque McAuliffe, que durante un cuarto de siglo había sido artillero de campo, había aconsejado a sus cañoneros que no disparasen «hasta que veáis el blanco de sus ojos». Pintaron los vehículos con cal para camuflarlos y los armarios de ropa blanca de los belgas proporcionaron las sábanas para capas de nieve. Ahora los hombres recibían solamente dos comidas al día, pero los cocineros habían improvisado excelentes tortitas con la harina para rosquillas descubierta en la despensa de la Cruz Roja.¹²⁸

Inspirado quizás en el legendario epíteto pronunciado por un general francés cuando se le pidió que se rindiera en Waterloo —«¡Merde!»— McAuliffe ofreció una sola palabra como respuesta al ultimátum: «Cuernos». Un oficial paracaidista entregó la nota a los «*parlementaires*», ante la cual un desconcertado oficial alemán preguntó: «¿Es una respuesta negativa o afirmativa?»¹²⁹

«La respuesta decididamente *no* es afirmativa», dijo el americano. «Si no entendéis lo que significa “cuernos”, en lenguaje llano es lo mismo que “vete al infierno”... Mataremos a todo maldito alemán que trate de penetrar en la ciudad.»

«Mataremos a muchos americanos. Esto es la guerra.»¹³⁰

Solo después del suceso se enteró un airado Manteuffel de la maniobra de Lüttwitz. «Es de locos», le dijo al comandante del cuerpo. «Ahora tenemos que encontrar la fuerza de artillería y bombardeo para cumplir tu amenaza de arrasar la ciudad.»¹³¹

Mientras que Bastoña era una espina venenosa clavada en el flanco izquierdo del general Manteuffel, Saint-Vith se había convertido en una fastidiosa irritación a su derecha. La ciudad había adoptado el nombre de San Vito, un muchacho siciliano martirizado durante el reinado del emperador Diocleciano, y santo patrón de los bailarines, de los perros y de aquellos a quienes se les pegan las sábanas. Diversos sucesos desagradables le habían ocurrido a Saint-Vith desde su fundación en el siglo XII, entre ellas los saqueos de 1543, 1602 y 1689, pero ninguna fue peor que la batalla que acorraló a la ciudad en diciembre de 1944. A pesar de la rápida destrucción de la 106.^a División en el Schnee Eifel, el plan de los alemanes de ocupar Saint-Vith a las seis de la tarde del 17 de diciembre no se cumplió, y la frustración de Manteuffel crecía por momentos.¹³²

Los combates de artillería habían estallado en torno a la ciudad el 18 y 19 de diciembre, pero las arremetidas alemanas fueron rechazadas, primero por dos batallones de ingenieros, después por el comando de combate B del general Clarke de

la 7.^a Blindada, reforzada a su derecha por los restos de la 106.^a y un comando de combate de la 9.^a División Blindada. Ahora Saint-Vith, el reducto estadounidense más oriental de las Ardenas, en tres días se había convertido en un rompeolas, con un «oleaje alemán que avanzaba a toda velocidad por el norte y el sur alzándose contra su cara oriental», según la descripción de la historia oficial del Ejército.¹³³

Con las líneas de abastecimiento cortadas, los Howitzers quedaron limitados a siete disparos por cañón al día. Los artilleros hurgaron en los depósitos abandonados en busca de munición; algunas baterías informaron de que estaban disparando «viejos proyectiles de propaganda solo para que los obuses siguieran silbando en los oídos alemanes». El 20 de diciembre se les dijo a los fusileros que «por cada disparo tiene que caer un cadáver al suelo». En las angostas calles de Saint-Vith, cristales rotos crujían bajo las pezuñas del ganado que huía de un matadero en llamas. Los oficiales exhaustos engullían anfetaminas, y el humo grasiento ennegrecía los rostros y los uniformes de los soldados que trataban de mantener el calor sobre latas llenas de arena empapadas de gasolina. Más tarde, un soldado describió cómo montaron un contraataque local con una «doble línea fría, reticente, irregular, avanzando lentamente con la nieve hasta las rodillas». Un superviviente de la 106.^a escribió: «Aquí me convertiría en un viejo y moriría una y otra vez».¹³⁴

El 20 de diciembre, Manteuffel ordenó que dos divisiones de *Volksgradiers* acabasen con la ciudad, apoyados por tanques de las SS. El jueves 21 de diciembre, estallidos de árboles de la artillería alemana destrozaron las trincheras americanas mientras oleadas grises de infantería surgían de los densos bosques y los Panthers disparaban bengalas de trayectoria baja para cegar a las tripulaciones de los Shermans. «Maldita sea», exclamó por radio un comandante de compañía a las 19:35 h. «Están acribillando a mis hombres fuera de sus madrigueras de uno en uno.» Media hora después, la línea de Clarke estaba pinchada por tres sitios. A las diez de la noche ordenó a sus tropas que se retirasen a terreno seguro a un kilómetro al oeste de la ciudad, pero casi mil GI habían muerto o habían sido capturados, y otros veinte mil se encontraban en situación vulnerable en un minúsculo saliente al este del río Salm.¹³⁵

El general Hodges había dado al XVIII Cuerpo Aerotransportado la responsabilidad de todas las fuerzas del I Ejército al sur de Stavelot, y ahora Matt Ridgway luchaba por controlar un frente que repentinamente había triplicado su anchura de cuarenta kilómetros a ciento treinta y siete. Si la 101.^a Aerotransportada podía seguir combatiendo de forma efectiva estando rodeada, Ridgway se preguntaba por qué no podía hacer lo mismo una fuerza de combate comparable en las Ardenas de Salm. Pero a primera hora del viernes 22 de diciembre, aquella fuerza empezó a dar signos de desintegración: las patrullas simplemente desaparecieron; en Neubrück,

cinco kilómetros al sur de Saint-Vith, un batallón entero había muerto o había sido capturado; Clarke informó de que su comando de combate había perdido la mitad de su fuerza y no tardaría en caer.¹³⁶

«Este terreno no vale ni cinco centavos el acre», añadió Clarke, y urgió la retirada. El comandante de la 7.^a División Blindada, el general de brigada Robert W. Hasbrouck, ahora estacionado en Vielsalm, diecinueve kilómetros al oeste de Saint-Vith, advirtió de que la escasez de combustible y de munición era desesperada. Justo después de las once de la mañana, Hasbrouck le dijo a Ridgway en un mensaje: «Si no salimos de aquí... antes de la noche, no nos quedará ninguna 7.^a División Blindada». A un viejo amigo, el general de brigada William M. Hoge, cuyo comando de combate en la 9.^a Blindada se enfrentaba también a la aniquilación, le dijo Ridgway: «No te dejaremos aquí para que te hagan pedazos... Te sacaremos de aquí». Hoge respondió quejumbroso: «Pero ¿cómo?».¹³⁷

El viernes a media tarde Ridgway ordenó de mala gana a Hasbrouck que retirara todas las fuerzas estadounidenses al otro lado del Salm. Montgomery, que había seguido el drama de Saint-Vith con creciente ansiedad, se alegró. «Pueden volver con todos los honores», dijo. «Han montado un espectáculo magnífico.»¹³⁸

Catorce horas de oscuridad de diciembre y una ola de frío que heló el barro el viernes por la noche permitieron la huida de casi todos, evitando por los pelos una catástrofe incluso peor que la rendición del Schnee Eifel. Un despacho por radio a un comandante de campo repetía: «Las órdenes son: Id hacia el oeste. Id hacia el oeste. Id hacia el oeste». Los GI orinaron sobre el seguro de los fusiles para evitar que se helasen, y después iniciaron la pesada marcha en fila india por senderos forestales y caminos agrícolas, cada uno sujetando el cinturón o las correas de la mochila del camarada de delante. Otros se tumbaron sobre los cascos de los tanques bajo las abrasadoras sinuosidades trazadas por el fuego rastreador del enemigo. La artillería alemana inspeccionaba carreteras y cruces, y solo la tardía llegada de un convoy de noventa camiones que transportaban cinco mil obuses permitió que los artilleros devolvieran un abundante contrafuego al oeste del Salm. «Envueltos en gruesas bufandas y con solo los ojos descubiertos», como escribió un teniente, las tropas en retirada llegaron a Salmchâteau y Vielsalm; Hasbrouck estaba de pie en un extremo de la carretera para dar la bienvenida a sus hombres a un lugar seguro. Un paracaidista de la 82.^a Aerotransportada al sur de Werbomont gritó a una columna que pasaba: «Muchachos, ¿de qué demonios estáis huyendo? Llevamos aquí dos días y todavía no hemos visto a ningún alemán». Una voz cansada le respondió: «Quédate justo donde estás ahora, amigo. Dentro de poco ni siquiera tendrás que buscarlos».¹³⁹

Ridgway calculó que quince mil tropas y cien tanques habían logrado escapar. Se había perdido el mismo número de tanques y las bajas al este del Salm ascendían a cinco mil, además de las pérdidas ocurridas en el Schnee Eifel. Durante bastante tiempo Clarke y Hasbrouck estuvieron resentidos con Ridgway por retrasar la retirada, pero el combate previo aplazó en una semana el control de Saint-Vith y de las carreteras radiales por parte del V Ejército Panzer que Manteuffel había previsto tomar en dos días. «Aquí nadie está inquieto», dijo Ridgway al I Ejército por teléfono a las nueve de la noche del viernes. «Estamos en buena forma.»¹⁴⁰

Las tropas alemanas saquearon Saint-Vith una vez más «en una especie de búsqueda del tesoro», provocando tal atasco de tráfico que Model y Manteuffel desmontaron y fueron caminando hasta la ciudad desde Schönberg. El mariscal de campo se puso en el cruce agitando los brazos para enviar a los tanques y camiones hacia el oeste. «Interminables columnas de prisioneros», escribió un oficial *Volksgranadier*. «El propio Model está dirigiendo el tráfico. Es un hombre diminuto y mediocre con un monóculo. Ahora la cosa está en marcha... Todas las unidades que avanzan están cogiendo vehículos americanos para motorizarse.»¹⁴¹

Más valía darse prisa en el saqueo: desde el mismo día de Navidad, los bombarderos aliados lanzaron mil setecientas toneladas de bombas altamente explosivas e incendiarias sobre Saint-Vith, arrasando la estación de tren, el Kloster St. Josef y la torre de piedra de Büchelturn del siglo XIV. Los ataques redujeron a polvo y cenizas la mayoría de las casas, sepultando a centenares de civiles belgas. Con las carreteras destrozadas por las bombas, los ingenieros alemanes dirigieron el tráfico por las playas de maniobras y a lo largo de tortuosas vías para que los conquistadores de Saint-Vith pudieran continuar su camino. «Arrojaremos a estos monos bocazas y arrogantes del Nuevo Mundo al mar», escribió un teniente alemán a su esposa. «No entrarán en nuestra Alemania.»¹⁴²

Un GI temblando en una trinchera de las Ardenas preguntó, después de ver por primera vez un reactor Me-262 alemán pasando como una exhalación sobre nuestras cabezas: «¿Cómo es posible que *nosotros* no tengamos ningún arma secreta? Sin embargo, miles de tropas enemigas detectaban ahora lo que muchos soldados americanos aún no detectaban: que en el combate terrestre de las Ardenas se estaba utilizando por primera vez un arma secreta no más grande que un tubo de radio, que incrementaba la potencia mortífera de la artillería estadounidense con lo que un entusiasta calificaría de «el logro científico más extraordinario de la guerra» a excepción de la bomba atómica.¹⁴³

El origen de la nueva arma se remontaba a 1940, con el reconocimiento de que se necesitaba un promedio de 2.500 obuses de artillería antiaérea para derribar a un solo avión enemigo. Tanto las ráfagas de artillería de campo como las antiaéreas explotaban o bien en contacto o cuando una espoleta detonaba el proyectil tras un tiempo de vuelo preestablecido: ninguna de estas técnicas ofrecía precisión. Los científicos e ingenieros buscaron una espoleta capaz de detectar la proximidad del objetivo haciendo que el proyectil explotase no cuando alcanzase aleatoriamente una altitud de tres mil o cuatro mil quinientos metros, sino cuando detectase un avión dentro del radio mortífero de la explosión. Esta espoleta tendría que resistir la enorme presión del disparo, una fuerza G de veinte mil al salir de la boca del cañón y las fuerzas centrífugas de un obús girando a quinientas rotaciones por segundo. También tenía que ser lo suficientemente simple para ser fabricada a millones en una cadena de montaje, y lo suficientemente diminuta para ser introducida en la punta de un proyectil del tamaño aproximado de un cucurucho de helado.¹⁴⁴

El artefacto resultante, conocido finalmente por los códigos de designación «VT» o «T-98», y por el nombre en clave «pozit» (de proximidad), contenía un minúsculo radiotransmisor, que emitía una señal en vuelo. Cuando el rayo rebotaba contra un objeto sólido, un receptor en la espoleta detectaba la señal reflejada y activaba un circuito de disparo que detonaba el proyectil. Un obús pozit de 127 mm, disparado por el buque estadounidense *Helena* en el Pacífico Sur, había derribado por primera vez un avión japonés en enero de 1943. No obstante, durante dieciocho meses la espoleta solo pudo usarse sobre aguas abiertas o territorio amigo, por temor a que si el enemigo conseguía un obús fallido, los ingenieros del eje pudieran copiar el diseño. Los proyectiles pozit fueron utilizados secretamente contra los V-1 dirigidos hacia Londres, ya que los oficiales británicos los consideraban cinco veces más efectivos que las ráfagas de espoleta retardada, y para defender el puerto de Cherburgo y los Mulberries de Normandía. Ya más recientemente, los bombarderos británicos Lancaster habían transportado una remesa de emergencia de espoletas pozit desde una planta de Cincinnati hasta Amberes para ser utilizadas contra las bombas volantes alemanas.¹⁴⁵

Se habían desarrollado variantes de pozit para la artillería de campo, utilizando las señales de radio rebotadas desde el suelo para detonar proyectiles a quince mil o veintitrés mil metros de altura. Experimentos realizados en Carolina del Norte pusieron de manifiesto que con independencia del terreno, clima u oscuridad, incluso los objetivos ocultos eran altamente vulnerables a una lluvia letal de fragmentos de

acero proyectados por semejantes explosiones en el aire. Un general del ejército lo calificó de «el perfeccionamiento más importante en la munición de campo desde la introducción de los proyectiles altamente explosivos».¹⁴⁶

Con la aprobación de los Charlie-Charlies, a finales de otoño el SHAEF fijó la Navidad como el día en que los artilleros de Europa podrían abrir fuego con proyectiles pozit. Más de mil mandos y oficiales del estado mayor recibieron instrucción acerca de aquel secreto, con disparos de demostración en seis ejércitos aliados. Hitler adelantó la fecha: cuando empezó Herbstnebel, Eisenhower aceleró en una semana la entrega. Un artillero de la 99.^a División describió «montones de proyectiles con muchos hombres utilizando llaves inglesas y martillos para sacar una [espoleta] e instalar la otra». Al cabo de unos días después del primer uso por parte de los artilleros de campo, los informes hablaban de «la matanza de concentraciones enemigas al este de Bastoña y de interceptaciones de las principales rutas de abastecimiento del enemigo al oeste de Saint-Vith». El XII Grupo de Ejércitos informó con entusiasmo de que la espoleta pozit «es un arma de terror». El SHAEF concluyó que «el enemigo ha quedado gravemente descompuesto».¹⁴⁷

Trescientas compañías americanas empezaron enseguida la producción en masa de casi dos millones de espoletas al mes a 20 dólares cada una. «El nuevo proyectil con la divertida espoleta es devastador», escribió Patton al jefe de artillería del ejército a finales de diciembre. «La otra noche pillamos a un batallón alemán, que trataba de cruzar el río Sauer, con una concentración de batallones y matamos en números reales a 702.» Semejantes exageraciones, y las cuentas de Patton a menudo estaban infladas, eran corrientes, y de las Ardenas emergieron numerosas proclamas sin fundamento acerca de la letalidad de los pozits. Al final, el XII Grupo de Ejércitos disparó menos de 200.000 ráfagas de pozits en la batalla de las Ardenas: una modesta fracción del total, aunque sí incluía una cuarta parte de los proyectiles más pesados del ejército. La nueva tecnología tampoco estaba exenta de defectos. Los árboles altos, las chimeneas, las agujas de la iglesias y los aviones de reconocimiento extraviados podían provocar detonaciones prematuras.¹⁴⁸

A pesar de todo, el pozit resultó tan desmoralizante para las tropas alemanas como alentador para los GI. Algunos oficiales enemigos lo denominaban el «electroproyectil» o «encendedor magnético», pensando que el magnetismo terrestre detonaba la espoleta. «Cuelga en el aire hasta que encuentra el lugar adecuado para explotar», insistió un soldado capturado. Decían que los fragmentos de obús rebanaban gruesos troncos por encima de los búnkeres enemigos, y al parecer una sola

explosión de 155 mm podía triturar cada metro cuadrado dentro de un diámetro de setenta metros. Semejante pesadilla era «pura matanza», se lamentaba otro prisionero alemán. «Ni siquiera el diablo podría escapar.»¹⁴⁹

Pero ¿y los secuaces del diablo? No podía haber mejor blanco para el fuego de los pozits que la homicida *Spitze* del teniente coronel Peiper al mando de la 1.^a División SS-Panzer, y durante varios días los artilleros americanos estuvieron disparando los nuevos proyectiles a la columna cuando viraba a través de Bélgica.¹⁵⁰

El avance de Peiper hacia el Mosa era cada vez más quijotesco. Tras detenerse para pasar la noche fuera de Stavelot después de la desenfundada matanza cerca de Malmédy, la punta de lanza de las SS había girado hacia el suroeste en dirección a Trois-Ponts, ignorando la existencia de enormes depósitos de combustible de los aliados justo al norte. Los ingenieros estadounidenses volaron los tres puentes de Trois-Ponts, uno de ellos con soldados alemanes en el tramo. Frustrado y desesperado por la falta de gasolina, Peiper viró al norte a través de un terreno accidentado a lo largo del Amblève, hostigado por cazabombarderos P-47 y por la artillería: por lo menos dos *panzer* y cinco camiones semioruga fueron destruidos desde el aire. Artilleros de la 30.^a División dispararon 3.000 ráfagas al acceso de un puente, enfriando los tubos candentes con latas de agua.¹⁵¹

Numerosos arcos de puente fueron demolidos por los defensores americanos o eran demasiado endebles para soportar los tanques Tiger de sesenta toneladas. Las indagaciones en dirección a Werbomont y Târgnon resultaron infructuosas, igual que la treta de los alemanes de arrojar latas de combustible al Amblève con la esperanza de que Peiper las recuperase corriente abajo. Un combate de dos días envolvió al sanatorio de Saint Edouard, ubicado sobre una colina en Stoumont, mientras 260 belgas convalecientes se agazapaban en el sótano. Los *panzer* apuntaban a quemarropa a través de las ventanas, los Shermans contraatacantes hacían lo mismo, y las granadas retumbaban a un lado y otro de los pasillos. Un sacerdote daba la absolución general a su aterrorizado rebaño cuando parte del tejado se desplomó, pero los alemanes acabaron retirándose sin que ningún civil resultase gravemente herido.¹⁵²

Peiper había recorrido unos cien kilómetros, todavía le separaban otros veinticinco del río Mosa. Con el riesgo cada vez mayor de quedar rodeado, al atardecer del jueves 21 de diciembre, ordenó a sus hombres que se retirasen seis kilómetros de Stoumont a La Gleize, una aldea de treinta casas cercadas por las colinas. Allí se atrincheraron sus mil quinientos supervivientes y las dos docenas de tanques que le quedaban con más de cien prisioneros americanos a rastras. Aquella

noche, en la bodega de una granja, Peiper tuvo tiempo de justificarse ante un jefe de batallón capturado, el comandante Hal D. McCown. «Estamos eliminando la amenaza comunista», dijo el joven teniente coronel en un excelente inglés. «Conservaremos lo mejor que hay en Europa y eliminaremos lo malo.» Evidentemente lo «malo» incluía a los civiles belgas recientemente asesinados junto con los indefensos GI.¹⁵³

A última hora del viernes, las ametralladoras americanas, los tanques, los destructores de tanques y la artillería habían triturado de tal manera La Gleize que las tropas de las SS la llamaron *der Kessel*, la caldera. Cañones autopropulsados dispararon a quemarropa con miras abiertas desde un *château* cercano. Cogiendo una pistola automática, Peiper recorrió los montones de escombros dando gritos de ánimo mientras su asistente quemaba los papeles secretos en el sótano. A las 20:00 h, aviones de transporte de la Luftwaffe arrojaron gasolina y munición a los sitiados, pero los GI se apoderaron de gran parte de los suministros a excepción de unos cuantos paquetes con cigarrillos y chupitos y de una caja de pistolas Luger. Bombarderos de la Fuerza Aérea que apuntaban a La Gleize atacaron Malmédy por error, una equivocación que se repetiría dos veces, matando a más de tres docenas de GI y a muchos belgas.¹⁵⁴

«La posición ha empeorado considerablemente. Queda muy poca munición de infantería», comunicó Peiper por radio a primera hora del sábado. «Esta es la última oportunidad de romper el cerco.» Hasta las dos de la tarde, cuando los americanos presionaban desde más cerca, no llegó el permiso para retirarse en un mensaje codificado desde el I Panzer-Korps SS. proyectiles de fósforo blanco y pozits destruyeron la iglesia de La Gleize, donde las tropas alemanas se habían refugiado debajo de los asientos del coro. Un soldado sorprendido mientras se sacaba las siglas SS de su uniforme fue colocado contra una pared en ruinas y ejecutado por desertor. Peiper utilizó el bombardeo para enmascarar el sonido de explosivos inutilizando sus últimos veintiocho *panzer*, setenta camiones semioruga y dos docenas de cañones.¹⁵⁵

A las dos de la madrugada del domingo 24 de diciembre, los hombres de las SS salieron sigilosamente del pueblo en dirección sur en fila india, conducidos por dos guías belgas. El comandante McCown fue empujado a punta de pistola, mientras más de 300 alemanes heridos y otros 130 prisioneros americanos se quedaban en los sótanos de La Gleize. Cruzando el Amblève por un pequeño puente, la columna serpenteó siguiendo la línea de la cresta cerca de Trois-Ponts hasta el valle del río Salm. Al amanecer, cuando aparecieron aviones de reconocimiento sobre sus cabezas, Peiper ocultó a sus hombres bajo las ramas de los árboles y repartió provisiones: cuatro galletas y dos tragos de coñac para cada uno. Durante una breve escaramuza

con una patrulla americana, McCown se escabulló silbando *Yankee Doodle* mientras erraba por los bosques hasta que unos piquetes de un puesto adelantado de la 82.^a Aerotransportada le dieron el alto.¹⁵⁶

En un vado del gélido Salm, los soldados más altos de las SS formaron una cadena humana para ayudar a la columna a cruzar la corriente de agua de doce metros. A primera hora de la mañana de Navidad, Peiper alcanzaba la línea alemana en Wanne, unos pocos kilómetros al sureste de La Gleize. De los 5.800 hombres con los que partió, solo le quedaban 770. Apremiados por más ráfagas de artillería americana y con sus uniformes rígidos por el hielo, fueron dejando un rastro de sangre por la nieve. Peiper y algunos de sus secuaces fueron después acusados de asesinar a 350 americanos desarmados y a 100 civiles belgas o más en aquella sangrienta juerga que duró una semana. Pero de momento la justicia quedaría relegada, y el día del juicio final aplazado hasta el final de la guerra.¹⁵⁷

En las Ardenas, las densas nevadas fueron seguidas el sábado 23 de diciembre por un intenso frío creándose el fenómeno climático continental conocido como «anticiclón de Siberia». Alan Moorehead describió un «mundo radiante donde todo quedaba reducido a blancos y azules primarios: un blanco estridente y centelleante entre los árboles congelados, el azul oscuro de las sombras en el valle y luego el impoluto azul claro del cielo». Los radiadores e incluso los tanques de gasolina se congelaron. Los paracaidistas aerotransportados no permitieron que los sepultureros recogiesen los cadáveres de los alemanes, que estaban amontonados como sacos de arena en torno a los reductos de infantería. Los GI se ponían encima toda clase de ropa que podían encontrar, incluso vestidos de mujer llevados a guisa de chales. «Todo el mundo parece de la misma edad», escribió Martha Gellhorn, «como si la fatiga y la tensión y el frío inclemente igualase todo tipo de vida.»¹⁵⁸

Las tropas fabricaron trineos con planchas de metal, y los vehículos de color verde oliva fueron embadurnados con pintura de camuflaje improvisada con agua de lima, cal y sal. El encaje belga servía de red para los cascos y las fundas de los colchones, a menudo utilizadas como sudario para los muertos, se convirtieron en estupendos trajes de nieve. Guantes quirúrgicos inflados empapados de pintura decoraban los árboles de Navidad del hospital, pero «con este frío la vida de los heridos es probable que se extinga como una cerilla», escribió el paracaidista Louis Simpson. Los GI con heridas en la cabeza y en el pecho llenaban una sala «en la que el murmullo de la respiración suena como una radio mal sintonizada que recorre toda la tienda», según la descripción de una enfermera.¹⁵⁹

Torpes escaramuzas y batallas campales resplandecían a lo largo del frente, sin deferencia alguna a las vacaciones navideñas. El rechazo de Peiper y los fallos del VI Ejército Panzer habían dado al traste con las esperanzas de abrir una brecha por la derecha alemana: 237.000 minas americanas, 370 bloqueos de carreteras y la voladura de 70 puentes habían obstruido el extremo norte. En el sur, el irregular avance del VII Ejército había dejado expuesto el flanco izquierdo de Manteuffel a pesar de los intentos del V Ejército Panzer de alancear el absceso de Bastoña. La falta de recambios y de gasolina era tan desesperada que los nuevos *panzer* del valle del Rin estaban siendo desmontados para evitar quemar combustible enviándolos intactos al combate.¹⁶⁰

Sin embargo, al oeste de Saint-Vith, en el centro alemán, los granaderos saltaron los ríos Salm y Ourthe, y el 23 de diciembre puntas de lanza de *panzer* se acercaron a Marche, unos treinta kilómetros más allá de Vielsalm y a un salto de Dinant, en el Mosa. Model había metido con calzador una docena de divisiones a lo largo de un frente de combate de cuarenta kilómetros. A pesar de sufrir también la falta de combustible y munición, siguieron siendo una potente fuerza aniquiladora en marcha.¹⁶¹

Una nueva preocupación irrumpió en el cuartel general del I Ejército, que de nuevo habían retrocedido a Tongres, cerca de Maastricht, solo horas antes de que las bombas alemanas destruyeran el Hôtel des Bains en Chaudfontaine. Ridgway hizo gala de su habitual coraje diciendo a los mandos de su división por teléfono a las seis de la mañana del 24 de diciembre:¹⁶²

La situación es normal y totalmente satisfactoria. El enemigo ha puesto en juego todas sus reservas móviles y este es su último gran esfuerzo ofensivo de esta guerra en el oeste. Este cuerpo detendrá dicho esfuerzo y a continuación atacará y lo destruirá.

Otros eran mucho menos optimistas; sin embargo, el anticiclón de Siberia trajo cielos despejados por primera vez desde que empezara el ataque alemán, y la aviación aliada levantó el vuelo en grandes bandadas. En una campaña conocida como «procesado del terreno», se llevaron a cabo mil doscientas misiones ofensivas los dos días antes de Navidad, destruyendo autopistas, campos de aviación y puentes así como los centros férreos de Coblenza, Trier y Colonia. Los GI, lanzando vítores, estiraban el cuello mientras oleada tras oleada de aviones Merodeador, Fortress, Libertador y Lancaster aparecían por el oeste en los ataques más intensos de la guerra. «Los bombarderos dejan hermosas y ligeras estelas de vapor que rasgan el cielo», escribió un soldado de la 99.^a División a su esposa, «y los cazas garabatean ondulantes dibujos mientras tratan de matarse unos a otros». El hielo y la espesa nieve

sepultaron los convoyes alemanes al oeste del Rin; y los arados tirados por caballos apenas podían abrir suficientes carreteras para tres ejércitos atacantes. El reabastecimiento y los soldados de refuerzo de Model ofrecían suculentos blancos para los caza-bombarderos aliados, conocidos como «Jabos» por los soldados enemigos. «Preferimos caminar en lugar de utilizar un coche por la autopista principal», escribió en su diario un teniente alemán cerca de Saint-Vith. «Los Jabos americanos siguen atacando a cualquier cosa que se mueva por las carreteras... Cuelgan en el aire como un enjambre de avispas.»¹⁶³

Los cielos despejados permitieron el reaprovisionamiento de Bastoña, asediada pero no doblegada tras el rechazo del ultimátum de rendición. Poco antes del mediodía del sábado, los primeros C-47 arrojaron en paracaídas paquetes que en un principio estaban destinados a la malhadada 106.^a División en el Schnee Eifel. A las cuatro de la tarde, más de 240 aviones habían lanzado 5.000 proyectiles de artillería, casi la misma cantidad de cargas de mortero, 2.300 granadas, una docena de cajas de morfina, 300 unidades de plasma y 1.500 vendas. Los jeeps se dispersaron rápidamente por la zona de lanzamiento en el extremo occidental de Bastoña, donde los paracaidistas levantaban y acarreaban la munición directamente a las baterías de artillería y a los fosos de fusiles. Las misiones del día siguiente lanzaron raciones, un cuarto de millón de cartuchos de ametralladoras y casi mil baterías de radio. El general McAuliffe contaba también con los valiosos servicios del capitán James E. Parker, un piloto de caza que había llegado unos días antes como oficial de apoyo del aire con suficientes cristales de radio en el bolsillo como para hablar directamente con los escuadrones P-47 que ahora se dirigían hacia Bastoña. Los enjambres de abejas, a centenares, atacaron en vuelo rápido y bajo con napalm y bombas altamente explosivas, guiados por Parker hacia los *panzer*, los camiones y los cañones de asalto de Manteuffel. En la nieve fue fácil encontrar su rastro.¹⁶⁴

Bastoña fue dispensada, pero apenas liberada. Los ataques alemanes procedentes del oeste y del suroeste se incrementaron de tal manera el sábado por la noche que, desalentados, los oficiales americanos se despidieron con un apretón de manos. A pesar del reabastecimiento aéreo, la guarnición quedó reducida a mil novecientos litros de gasolina y a la ración de un día; los artilleros de la 101.^a Aerotransportada que tenían un racionamiento de diez cargadores diarios siguieron el consejo de McAuliffe de buscar el blanco de los ojos del enemigo. Con un perímetro defensivo de tan solo veinticinco kilómetros de circunferencia, todos los rincones de Bastoña estaban expuestos al fuego. La ciudad, escribió un comandante, «parecía haber sufrido una tormenta de limaduras de acero».¹⁶⁵

Más de tres mil civiles quedaron atrapados con los americanos, y el ácido carbólico rociado en los sótanos de poco sirvió para aliviar el hedor de los excrementos. Varios centenares de GI heridos yacían sobre serrín en el suelo de una iglesia; otros languidecían en un garaje del ejército belga con el fétido olor de la gangrena gaseosa. El polvo les había vuelto el pelo gris, observó un testigo, y «sus rostros estaban envejecidos por el sufrimiento y la fatiga». Dos cirujanos se afanaban bajo la luz de una linterna en una sala de herramientas operatoria, amputando extremidades. Los moribundos yacían a lo largo de una pared reservada para los desahuciados. Otros edificios hacían las veces de morgue y una sala estaba reservada para las víctimas del pie de trinchera. Los heridos que caminaban ocupaban una estructura sin tejado que antes se había utilizado como campo de tiro interior. Los rastreadores encontraron café y Ovaltine* en un depósito del VIII Cuerpo, y azúcar escondido detrás de una pared. Este botín fue para los heridos, junto con coñac y crema de menta que servían de analgésicos. Dos mil sacos de arpillera descubiertos en un almacén fueron utilizados por las tropas en las trincheras para envolver las botas.¹⁶⁶

El fuego de napalm rodeaba la ciudad y las ametralladoras parloteaban con el viento mientras se desvanecía el día. Un capellán con las vestiduras ofició el servicio de Nochebuena con un órgano portátil y velas casi extinguidas sobre un altar improvisado. «No hagáis planes, porque el plan de Dios prevalecerá.» «Aquellos que os están atacando son los enemigos de Cristo.» En una capilla abovedada del seminario, donde jirones de tela cubrían los agujeros de los vitrales, los soldados cantaban *O Little Town of Bethlehem*. En los barracones belgas encalados que hacían las veces de cuartel general de la 101.^a, un GI oficinista sentado junto a una centralita tarareaba desafinando *Santa Claus is Coming to Town*. Un mensaje en clave de Patton de aquella misma tarde prometía: «Está llegando un regalo de Navidad. Resistid». Sin embargo, no se había informado del rastro de ninguna columna de rescate procedente del sur. McAuliffe ocultó el desengaño a sus hombres, pero le dijo al general Middleton en una llamada telefónica: «Nos han decepcionado».¹⁶⁷

A las 17:10 h, un intrépido piloto en un Saltamontes L-4, guiado por faros de emergencia, aterrizó en un campo nevado con una caja de penicilina. Aquella fue la última cosa buena que sucedió en Bastoña en Nochebuena. Apenas dos horas más tarde, bajo una luna brillante que cubría de plata las calles, bombarderos alemanes alcanzaron la ciudad en el primero de dos ataques. Una bomba cayó en un puesto de socorro cerca de la carretera de Neufchâteau, derrumbando el tejado y sepultando a veinte soldados y matando a una enfermera civil. Las llamas crepitaron en torno al

Hôtel de Ville. Algunos pacientes murieron abrasados en sus camillas, y el olor de carne carbonizada se sumó a otros hedores que el viento transportaba por toda Bastoña la más santa de las noches santas.¹⁶⁸

Patton asistió en Nochebuena a un servicio de comunión a la luz de las velas en la abarrotada y gélida iglesia episcopal de Ciudad de Luxemburgo, instalado junto con Bradley en un banco antaño reservado para el káiser alemán. Una voluntaria de la Cruz Roja describió de Patton «un rostro rojo teja con la frente redonda y con entradas, escasamente enmarcado por un cabello blanco plateado... Vi a un hombre cansado y envejecido, a un hombre apenado y solitario con los ojos velados, que ocultaban una melancólica aflicción e introspección». Puede que leyera mal a aquel hombre: a pesar de que las Ardenas lo hubieran agotado, la batalla aligeraba su corazón como nada en este mundo.¹⁶⁹

Escudriñando el cielo estrellado fuera de la iglesia, Patton murmuró: «Navidad, Navidad ¡qué noche para darles caña a los nazis!». Corriendo de un lado al otro en un jeep descapotado, con una pistola enfundada por encima de su parka y otra en el cinturón, los ojos azules llorosos por el frío, gritaba a los PM que pusiesen en marcha los convoyes y desafiaba personalmente a los centinelas para asegurarse de que sabían la contraseña del día. Aquel era el momento de «espabilar o morir», le dijo a su Estado Mayor. «Si estos hunos bastardos quieren una guerra despiadada, entonces eso es lo que les vamos a dar.» Le había pedido a Dios buen tiempo, igual que Aquiles rogó a Zeus que levantase la niebla delante de las murallas de Troya. El Todopoderoso había atendido su petición, informaba en su diario: «una despejada y fría Navidad, un tiempo espléndido para matar alemanes».¹⁷⁰

Patton había cumplido su audaz promesa hecha en Verdún de atacar al norte con tres divisiones el 22 de diciembre. La hazaña era prodigiosa, puesto que requería que gran parte del III Ejército virase bruscamente a la izquierda mientras mantenía seguro el frente del Saar. La maniobra requería también el reparto de cincuenta y siete toneladas de mapas nuevos, arrancar y reinstalar una extensa red de cableado de comunicaciones y hacer acopio de combustible y munición, entre la que había proyectiles para los mil doscientos cañones de los 108 batallones de artillería del ejército. Patton dijo a su personal que no había que coger a ningún prisionero vivo de las SS. Por orden suya se soldó una capa adicional de chapa de blindaje en la parte frontal de los cascos de algunos Sherman, con un grosor total de diez centímetros, y estos tanques «Jumbo» habían de liderar las columnas que avanzaban hacia el norte. «Conducid como locos», les instó Patton. «Tenemos la oportunidad de ganar la guerra.»¹⁷¹

Tanto el mando como los subordinados dieron también pasos en falso. La deficiente seguridad de la radio de la policía militar permitió que los espías alemanes rastreasen los movimientos de las tropas del III Ejército en lo relativo a la ruta, la unidad y el destino. Por lo tanto, el punzante ataque sorpresa pronto se convertiría en un contundente ataque frontal en un frente de cuarenta y ocho kilómetros. Las tripulaciones de los tanques que olvidaron limpiar la nieve de sus paneles fluorescentes de reconocimiento fueron bombardeados por los P-47. La fuerte helada facilitó la movilidad campo a través por primera vez desde octubre, pero el hielo provocó numerosas colisiones por derrape. Cuando la 4.^a División Blindada estaba a once kilómetros al sur de Bastoña, Patton ordenó un peligroso ataque nocturno que tan solo consiguió ganar trescientos sesenta metros y dejó a un batallón de tanques solo con catorce Shermans. Una emboscada alemana en Chaumont, un «horrible y endemoniado pueblo cubierto de estiércol», hizo retroceder a un comando de combate más de un kilómetro y medio a un coste de once Shermans y treinta y seis horas. «Las tropas encendían pequeños fuegos con cualquier cosa de pudiese arder», escribió un oficial blindado. «Los muertos yacían congelados y tiesos y cuando los hombres los cargaban en los camiones, los cogían y los colocaban como si fueran grandes troncos de leña.»¹⁷²

«Quizás fue culpa mía porque no dejaba de insistir en ataques de día y de noche», confesó Patton en su diario. Incluso entonces, después de casi cuatro décadas siendo soldado, todavía reflexionaba sobre «el tiempo que hace falta para aprender la guerra... para aprender de verdad cómo luchar». Había predicho que el III Ejército llegaría a Bastoña el 24 de diciembre, pero con la 4.^a Blindada avanzando tan lentamente (los paracaidistas alemanes continuaban infiltrándose en los pueblos despejados) Patton tuvo que telefonar dos veces a un enojado Eisenhower para disculparse por el retraso. «Esta nieve es fatal», dijo. «Lo siento.» Patton añadió a un subordinado: «Lamento todo esto».¹⁷³

Buscando una costura en las defensas enemigas, a primera hora de la mañana de Navidad el comando de combate R dio una vuelta de cuarenta y ocho kilómetros desde el flanco derecho de la 4.^a Blindada hacia el extremo izquierdo de la división, cerca de Neufchâteau. Reducido a veinte Shermans, el 37.^o Batallón de Tanques lideró el ataque al norte bajo el mando del teniente coronel Creighton W. Abrams, Jr., de treinta años, hijo de un mecánico ferroviario de Nueva Inglaterra, y uno de los sesenta hombres de la promoción de 1936 de West Point que finalmente conseguirían las estrellas de general. Cuando un puente destruido detuvo al batallón, Abrams, masticando un puro y tomando aspirinas a puñados, ordenó que un *bulldozer* demoliese un muro de piedra y empujase los escombros hacia el arroyo a modo de

calzada. El lunes 26 de diciembre por la tarde, el batallón coronó una cresta cinco kilómetros al suroeste del perímetro de Bastoña. Trece baterías de artillería dispararon más de quinientas ráfagas al pueblo agrícola de Assenois. Con los proyectiles amigos cayendo lo bastante cerca como para herir a varios GI, los Sherman y camiones semioruga cargaron por las calles oscurecidas por el humo y el polvo, mientras los *Volksgradiers* salían a borbotones de los sótanos en lo que la historia oficial denominaría una «melé de disparos, golpes y puñaladas». Antes de rendirse con otros quinientos defensores, un oficial alemán informó por teléfono: «Han pasado por Assenois y van hacia Bastoña». ¹⁷⁴

Cinco Shermans y un camión semioruga se dirigieron a toda prisa hacia el norte bajo el mando del teniente Charles Bogges. El fuego de artillería arrasó los abetos abatiendo a los sorprendidos alemanes que estaban en la cola del comedor, y tres obuses disparados por tanques mataron a otra decena en un blocao de hormigón. Bogges divisó paracaídas de colores dispersos en un campo y trincheras que flanqueaban la carretera que tenían delante. «¡Venid aquí!» gritó, de pie en su torreta. «Es la 4.^a Blindada.» Varias figuras con casco verde oliva salieron de sus escondrijos, y a las 16:50 h el asedio de Bastoña había terminado. Veinte minutos más tarde, McAuliffe saludaba a Abrams con un educado «Qué alegría verle, coronel». ¹⁷⁵

«Kilroy estuvo atascado aquí», escribió alguien con un yeso en la calcinada pared de un granero en ruinas. Ahora aquel ubicuo y sardónico liberador había sido liberado. Pronto aparecieron setenta ambulancias y camiones de abastecimiento en la llameante ciudad, y setecientos prisioneros enemigos emprendieron la marcha. Un sargento de la 101.^a Aerotransportada inspeccionó sus botas aplastando con violencia la culata de su fusil sobre los dedos de los alemanes que llevaban botas de GI. Los ocho días de defensa de una ciudad de segundo orden en Bélgica habían costado más de dos mil bajas americanas. Las pérdidas de la 4.^a Blindada añadieron otras dos mil al cómputo total, y la fuerza de tanques de la división apenas podía equipararse a la de un batallón. Sin embargo, el jefe del Estado Mayor de Rundstedt consideraría después que «el fracaso en la conquista de Bastoña» fue el primero de los siete factores que malograron la operación *Herbstnebel*. ¹⁷⁶

Patton tenía su propia valoración. Nunca contrario a la grandiosidad histórica, declaró a los periodistas unos días después que la batalla de Bastoña sería considerada «tan importante como la batalla de Gettysburg lo fue para la guerra civil». ¹⁷⁷

«La gloria tiene un precio»

La revista *Time* de la última semana de diciembre eligió a Eisenhower como su «Hombre del Año». Un halagador retrato de portada presentaba al comandante supremo flanqueado de banderas americanas y británicas, con legiones de soldados y tanques extendiéndose detrás de él a media distancia. El honor sonaba poco convincente dada la existencia del actual saliente alemán en territorio aliado, que ahora medía sesenta y cuatro kilómetros de ancho por noventa y siete de profundidad. Las pérdidas estadounidenses de los últimos quince días de diciembre alcanzaban casi 600 tanques, 1.400 jeeps, 700 camiones, 2.400 ametralladoras, 1.700 bazucas, 500 fusiles y 65.000 abrigos. El enemigo había acumulado tal parque móvil americano que los pilotos recibieron órdenes de bombardear cualquier columna que incluyese vehículos aliados y alemanes.¹⁷⁸

La mayor preocupación era una punta de lanza blindada alemana que estaba reventando una costura entre el VIII Cuerpo estadounidense en el sur y el XVIII Cuerpo Aerotransportado en el norte. La fatiga, la depresión, los tanques de combustible vacíos y la escasez de munición afectaron al avance enemigo. En algunos casos, media brigada alemana remolcaba a la otra media, y los camiones de artillería a menudo tenían que hacer un viaje de cuatro noches de ida y vuelta a Bonn para conseguir proyectiles para la artillería. A pesar de todo, el día de Navidad la 2.^a División Panzer estaba solo a ocho kilómetros de Dinant, acercándose lo suficiente al Mosa como para abrir fuego sobre los tanques británicos. Cuatro divisiones del VII Cuerpo de Joe Collins, ahora con casi 100.000 efectivos, recibieron la orden de lanzar un contragolpe en un frente de ochenta kilómetros, con la 2.^a División Blindada del general de división Ernie Harmon arremetiendo contra la vanguardia enemiga tras una marcha de ciento doce kilómetros desde el río Ruhr que les llevó menos de un día.¹⁷⁹

Un combate feroz se propagó desde el Salm hasta el Mosa durante tres días. Mientras los Typhoon y los Lightning aullaban por encima de las copas de los árboles en Foy-Notre Dame, justo al este de Dinant, los tanques de Harmont avanzaban con estrépito por un bosque en la cercana Celles, destruyendo o capturando 142 vehículos y apresando a casi quinientos prisioneros. El 26 de diciembre, Manteuffel autorizó a los supervivientes de la 2.^a Panzer a huir a pie, abandonando el equipamiento de seis batallones. Más al este, un tanque lanzallamas británico convenció a doscientos alemanes de que salieran con las manos en alto de su último reducto en un château en Humain, mientras trece batallones de artillería expulsaban a la 2.^a SS-Panzer de Manhay. En un confuso combate en Sadzot, conocido por los GI como Sad Sack, las tripulaciones enemigas dispararon con mortero a sus propios pelotones: el enfrentamiento resultó ser la última salida del VI Ejército Panzer antes de que Model ordenase a Dietrich pasar a la defensiva.¹⁸⁰

Durante la semana anterior Eisenhower había estado buscando oportunidades de contraofensiva que pudiesen atrapar a los alemanes y cumplir su ambición de aniquilar a las fuerzas enemigas al oeste del Rin. Un mensaje interceptado y descifrado por Ultra justo después de Navidad revelaba que el Grupo de Ejércitos de Model se estaba quedando rápidamente sin tanques y cañones de asalto útiles. A pesar de las recientes pérdidas, el I, III y IX Ejércitos estadounidenses solos tenían casi cuatro mil tanques, pero el desacuerdo sobre cuándo y dónde devolver el ataque dividía a los mandos aliados.¹⁸¹

Patton abogaba por penetrar desde el sur a través de la base de las Ardenas alemán en dirección a Bitburg y después al este, con la esperanza de capturar toda la zona enemiga. Collins, en un memorándum del miércoles 27 de diciembre, planteaba tres opciones y apoyaba el «Plan n.º 2», un enérgico ataque desde el norte hacia Saint-Vith, rematado por una embestida del III Ejército desde el sur. Montgomery dudaba, porque sospechaba que Rundstedt tenía suficiente fuerza de combate para otro ataque que podría abrir una brecha en los americanos hasta Lieja. Collins pensaba que no. «Nadie va a atravesar por medio de estas tropas», le dijo a Montgomery. «Esto no va a suceder.» Si los aliados no atacaban más cerca de la base de las Ardenas, corrían el riesgo de dejar un corredor por el que podrían escapar los alemanes en su retirada, le respondió al mariscal de campo. «Vas a empujar a los alemanes hasta sacarlos de la bolsa», añadió Collins, «tal como hiciste en Falaise».¹⁸²

Falaise no podía achacarse solo a Montgomery, quien durante gran parte de la campaña europea había dado muestras de una vena audaz: en Market Garden, por ejemplo, y al animar a los americanos a que se abriesen paso a través del camino sin salida de Bretaña. Pero ahora se había vuelto más precavido, quizás desalentado por la temprana paliza del I Ejército. Había dudado de la capacidad de Patton de llegar a Bastoña o de detener a Manteuffel, y dudaba de que las malas condiciones de las carreteras que conducían al sur hacia Saint-Vith pudieran respaldar la estrategia de Collins. En vez de apostar por un intento por parte del I y III Ejércitos de amputar la base de sesenta y cuatro kilómetros de las Ardenas, consideraba más prudente que el contraataque dirigiese los principales asaltos de los dos ejércitos a la zona de la cintura de las Ardenas en Houffalize, al norte de Bastoña, ahuyentando al enemigo en vez de atraparlo, y solo después de que la ofensiva alemana, según sus palabras, se hubiera «agotado a sí misma definitivamente».¹⁸³

Eisenhower se molestó por la cautela de Montgomery. Cuando se enteró el miércoles de que el mariscal de campo por fin estaba dispuesto a considerar el contraataque, el comandante supremo exclamó sarcásticamente: «¡Gracias a Dios, de quien proceden todas las bendiciones!».¹⁸⁴

«Monty es un auténtico coñazo», anotó Patton en su diario aquel mismo día. «La guerra requiere correr riesgos y él no los quiere aceptar.» Sin embargo, había otros tan circunspectos como Montgomery. Beetle Smith en una reunión del Estado Mayor el miércoles sugirió que se dijese «a nuestros superiores en Washington que si quieren que ganemos la guerra aquí, tienen que encontrarnos otras diez divisiones». Bradley también respaldaba azuzar al enemigo en Houffalize, en particular porque Eisenhower había prometido poner de nuevo al I Ejército bajo su mando cuando cayese la ciudad. Los planificadores del I Ejército coincidían en que las malas carreteras impedían atacar la base de las Ardenas, y Monk Dickson, el jefe de inteligencia, apoyaba el criterio de Montgomery de que Rundstedt podía atacar otra vez: contaba con diecisiete divisiones alemanas con libertad de acción. El empeoramiento del tiempo aconsejaba prudencia: la racha de cinco días de cielos despejados terminaba el jueves 28 de diciembre, y con ella la comodidad proporcionada por las flotas aéreas aliadas.¹⁸⁵

Más tarde, Montgomery declaró que había dejado la elección del acimut del ataque por el norte en manos de Hodges, quien tras la gran ansiedad de Herbstnebel prefería la ruta más conservadora hacia Houffalize. Quizás la última gota que colmó el vaso de Hodges fue otro V-1 que detonó a menos de trescientos metros del cuartel general del I Ejército en Tongres, reventando la mayoría de ventanas e hiriendo a sesenta y cinco hombres con el estallido de los cristales. En el diario de mando del I Ejército, un adjunto escribió: «Hodges ya ha tenido bastante exposición de flancos durante las dos últimas semanas».¹⁸⁶

Demorado por la niebla, los bancos de nieve y numerosos informes de asesinatos por los alrededores, el tren de mando de Eisenhower entraba en una vía muerta de la ciudad belga de Hasselt, a ocho kilómetros al sur de Zonhoven, a primera hora de la tarde del jueves. Los guardaespaldas recorrieron la estación en busca de potenciales malhechores y equipos de ametralladoras se agazapaban en el andén para cubrir un fuego cruzado en caso necesario. Montgomery subió a bordo a las 14:30 h y encontró a Eisenhower en su estudio, ansioso por debatir una contraofensiva que daría la vuelta al marcador en las Ardenas de una vez por todas. Mientras Smith y De Guingand, los dos jefes del Estado Mayor, aguardaban en un pasillo sin calefacción, Montgomery trazaba el plan: cuatro cuerpos estrujarían las Ardenas del enemigo desde el norte y noroeste, complementando a los que ya estaban atacando por el sur bajo las órdenes de Patton. Las dos alas se encontrarían, según el plan, en Houffalize, a mitad de la longitud de las Ardenas.¹⁸⁷

Sin embargo, el mariscal de campo se mostró impreciso sobre cuándo exactamente se produciría este revés catastrófico. Era vital crear una reserva de combate, dijo Montgomery. Su propia observación directa y los informes de sus «galopeadores», jóvenes oficiales británicos que le informaban personalmente desde todos los rincones del campo de batalla, le llevaron a concluir que el I Ejército todavía carecía de fuerza para enfrentarse a un contingente enemigo que incluía por lo menos siete divisiones *panzer*, con suficiente potencia residual como para lanzar «por lo menos un ataque sangriento más». Era mejor dejar que el enemigo se enfrascase primero en una inútil ofensiva final hacia el Mosa. Después, esquivando la impaciente petición de Eisenhower de una fecha concreta, Montgomery instó a que se desarrollase un «plan maestro para el futuro manejo de la guerra», un plan en el que «toda la potencia ofensiva disponible debía ser asignada al frente norte», preferiblemente bajo un único mando que «ha de tener poder del control operativo». ¹⁸⁸

Tras resucitar este antiguo tema, Eisenhower dio por terminada la reunión y le indicó a Montgomery el andén. Los equipos de ametralladoras recogieron los trípodes, los guardaespaldas volvieron a subir a bordo y el tren regresó a Versalles vía Bruselas. A pesar de la insistencia de Montgomery de que se produjesen las condiciones necesarias antes de lanzar un contraataque aliado, el comandante supremo creyó que le había arrancado un compromiso de ataque desde el norte que debía comenzar en cuatro días, el lunes 1 de enero. ¹⁸⁹

Era incorrecto. Montgomery regresó a su campamento en Zonhoven y envió un cable a Brooke diciendo que Eisenhower se encontraba «definitivamente en una especie de estado mental de sumisión y sin duda se da cuenta de que las actuales dificultades no se habrían dado si hubiera aceptado el consejo británico en lugar del de los generales americanos». Creía además, tras un reciente parlamento con Bradley, que este último también reconocía por fin las limitaciones de su generalato. «Pobre muchacho», había escrito Montgomery a Brooke, «es un tipo decente y todo esto le supone un trago amargo». Pero el XXI Grupo de Ejércitos había puesto a los primos de nuevo en marcha. «Hemos arreglado el desorden», le dijo al jefe británico, «y tenemos dos ejércitos americanos organizados como es debido.» Montgomery quería también que el Departamento de Guerra supiese que aunque cada noche enviaba un telegrama a Londres sobre sus operaciones, nada de aquello había de trascender al SHAEF. «Estáis mucho mejor informados, y en situación, de lo que lo está Ike», reconoció. ¹⁹⁰

A continuación, con la crónica ignorancia de un político ingenuo, se pasó de listo, una vez más. En una nota a Eisenhower el viernes 29 de diciembre, Montgomery escribió:

Hemos sufrido un fracaso evidente... Un comandante ha de tener el poder de dirigir y controlar la operación; tal vez usted no pueda hacerlo y por ello debe nombrar a alguien.

Adjuntó una propuesta de orden para que Eisenhower la hiciese pública al XII y al XXI Grupos de Ejército, decretando que «a partir de ahora toda la dirección operativa, el control y la coordinación de estas operaciones recaerá en el [comandante supremo del] XXI Grupo de Ejércitos». En resumen, le decía al comandante supremo: «Le planteo este asunto solo porque me preocupa que se vuelva a repetir el fracaso». Sin embargo, añadió, sin «un hombre que dirija y controle... volveremos a fracasar».¹⁹¹

Casualmente, la nota de Montgomery llegó justo antes de un mensaje personal a Eisenhower de parte de George Marshall, que mencionaba que «ciertos periódicos de Londres» insistían en que el mariscal de campo dirigiera «todas las fuerzas de tierra». El jefe añadía:

Que bajo ninguna circunstancia se haga ninguna concesión de ninguna clase. Tú no solo tienes nuestra completa confianza sino que se suscitaría un terrible resentimiento en este país a consecuencia de semejante acción... Dale caña.¹⁹²

Exactamente quién era el destinatario de la caña resultaba ambiguo, pero Eisenhower se centró en Montgomery. «Están todos furiosos con Monty», escribió Kay Summersby en su diario el viernes, para después añadir: «Bedell [Smith] y E. coinciden en que Monty ha cambiado mucho desde aquel día en Italia hace aproximadamente un año cuando dijo que quería unirse al equipo».¹⁹³

La paciencia del comandante supremo finalmente se quebró cuando el afable De Guingand llegó a Versalles el sábado 30 de diciembre, con la desagradable noticia de que no se lanzaría ninguna ofensiva desde el norte por lo menos hasta el 3 de enero, dejando que Patton combatiese solo en el sur contra un enemigo ferozmente reforzado. Convencido de que lo habían engañado, Eisenhower se precipitó por su oficina ordenando a sus oficiales del Estado Mayor que buscasen el mensaje que confirmaba el compromiso de Montgomery de atacar el 1 de enero, una búsqueda inútil, le aseguró De Guingand, porque «conociendo a Monty, lo último que haría sería comprometerse por escrito».¹⁹⁴

«Muy bien, Beetle», dijo Eisenhower, volviéndose hacia su jefe de Estado Mayor mientras el acostumbrado sofoco escarlata le trepaba por el cuello. «Voy a enviar un telegrama... a los jefes de Estado Mayor Conjunto explicando que tenemos problemas con este hombre y que pueden relevarme si quieren, cosa que sería perfectamente aceptable, pero que uno de los dos se tiene que marchar.»¹⁹⁵

Conocedor del peligro de Montgomery y consciente de la severa nota de Marshall y del ansia apenas oculta de los americanos por tener a Harold Alexander al mando del XXI Grupo de Ejércitos, De Guingand propuso ir inmediatamente a Zonhoven. «¿Podrías retener este telegrama hasta que regrese, por favor?» Le preguntó a Eisenhower.¹⁹⁶

«Muy bien Freddie, lo retendré hasta mañana. Pero no creo que debas conducir hasta allí, porque el tiempo es muy malo.»¹⁹⁷

Después de que De Guingand saliese precipitadamente para iniciar su traicionero viaje de trescientos veinte kilómetros hasta el campamento de Montgomery, Eisenhower dictó un gélido telegrama al mariscal de campo:

No estoy de acuerdo en que un comandante de Grupo de Ejércitos libre su propia batalla y dé órdenes a otro comandante de Grupo de Ejércitos... Me molestas con predicciones de «fracaso» a menos que se lleven a cabo al detalle tus ideas en lo relativo a darte el mando por encima de Bradley. Te aseguro que no puedo continuar más con este asunto... Tendríamos que presentar nuestras diferencias al CCS [jefes de Estado Mayor Conjunto].¹⁹⁸

Ya frágil de salud, De Guingand llegó a Zonhoven a medianoche, como Alan Moorehead relató después a Forrest Pogue, «casi exhausto, un poco histérico y rebosante de whisky... Le dijo a Montgomery: «Tengo que verte enseguida». Mientras el jefe de Estado Mayor describía el hosco humor que se respiraba en Versalles, Montgomery caminaba de un lado a otro de su caravana.¹⁹⁹

«Si sigues así, uno de los dos tendrá que marcharse», dijo De Guingand, «y no será Ike.»

Montgomery se mofó. «¿Quién me sustituiría?»

«Esto ya está decidido», replicó De Guingand. «Quieren a Alex.»

La arrogancia de Montgomery se disolvió al instante, del mismo modo que había sucedido en marzo de 1943 cuando la batalla de Mareth se volvió contra él. «¿Qué voy a hacer, Freddie? Preguntó. «¿Qué voy a hacer?»

De Guingand ya había redactado una disculpa a Eisenhower y que ahora sacaba de su uniforme de guerra. «Firma esto», dijo. Montgomery garabateó su firma y llamó a un auxiliar para que entregase el mensaje, solo a su destinatario:

Apreciado Ike... Cualquiera que sea su decisión puede confiar en mí al cien por cien para hacer que funcione y sé que Bradley hará lo mismo. Lamento mucho que mi carta le haya molestado y le pediría que la rompiera. Su más devoto subordinado, Monty.²⁰⁰

La crisis pasó, pero las cicatrices permanecerían. Poco después de enviar su nota de disculpa a Eisenhower, Montgomery escribió un telegrama privado a Brooke: «La tendencia general del SHAEF y del mando americano es de considerable optimismo... Yo no puedo compartir semejante optimismo». Eisenhower dio las gracias a Montgomery por «tu muy amable telegrama», pero la incesante fricción con el mariscal de campo lo mantuvo despierto por la noche. «Es solo un hombre pequeño», comentaría después de la guerra. «Es tan pequeño por dentro como lo es por fuera.»²⁰¹

Al poco de haber sofocado esta insurrección en su flanco norte, se le sublevó a Eisenhower el flanco sur, primero con una insubordinación del VI Grupo de Ejércitos, después en un ataque alemán casi tan insolente como Herbstnebel.

A pesar de estar al mando de diez divisiones francesas y ocho americanas, el general Devers había conseguido muy poco en Alsacia desde que Eisenhower a finales de noviembre le denegase el permiso para cruzar el Rin cerca de Estrasburgo. La potencia de combate del VII Ejército estadounidense se había dispersado por el requerimiento de avanzar en direcciones opuestas: al norte, para apuntalar el flanco de Bradley, y al sur, para ayudar al general De Lattre a erradicar al enemigo de las Ardenas en torno a Colmar. Ninguna de las dos maniobras logró un éxito destacado. Tras practicar una docena de agujeros en la frontera alemana en el norte, los GI se encontraron frente a una impenetrable Línea Sigfrido: se vieron reducidos a clavar carteles de letrinas a lo largo del Muro del Oeste que decían: «Me cago en la Casa de Hitler».²⁰²

La bolsa de Colmar, tan ancha como las Ardenas de Bélgica y casi la mitad de profunda, resultó también inquebrantable. La 36.^a División del general Dahlquist, agregada al I Ejército de De Lattre, informó de que sus hermanos de armas franceses mostraban poco interés en conseguir la liberación de Alsacia, a pesar de que las fuerzas alemanas apuntalaban con violencia las Ardenas. «El enemigo ha atacado hoy en tres frentes», escribió Dahlquist en su diario a mediados de diciembre, añadiendo después: «Los franceses dejaron que nuestra división defendiera la bolsa durante casi dos semanas». Las peleas entre facciones francesas rivales persistían, agravadas por la declaración del general Leclerc de que ni él ni su 2.^a División Blindada no tenían

intención de servir bajo el mando de un traidor de Vichy como De Lattre.«Ahora tengo dos niños problemáticos, Leclerc y De Lattre», escribió Devers a George Marshall.²⁰³

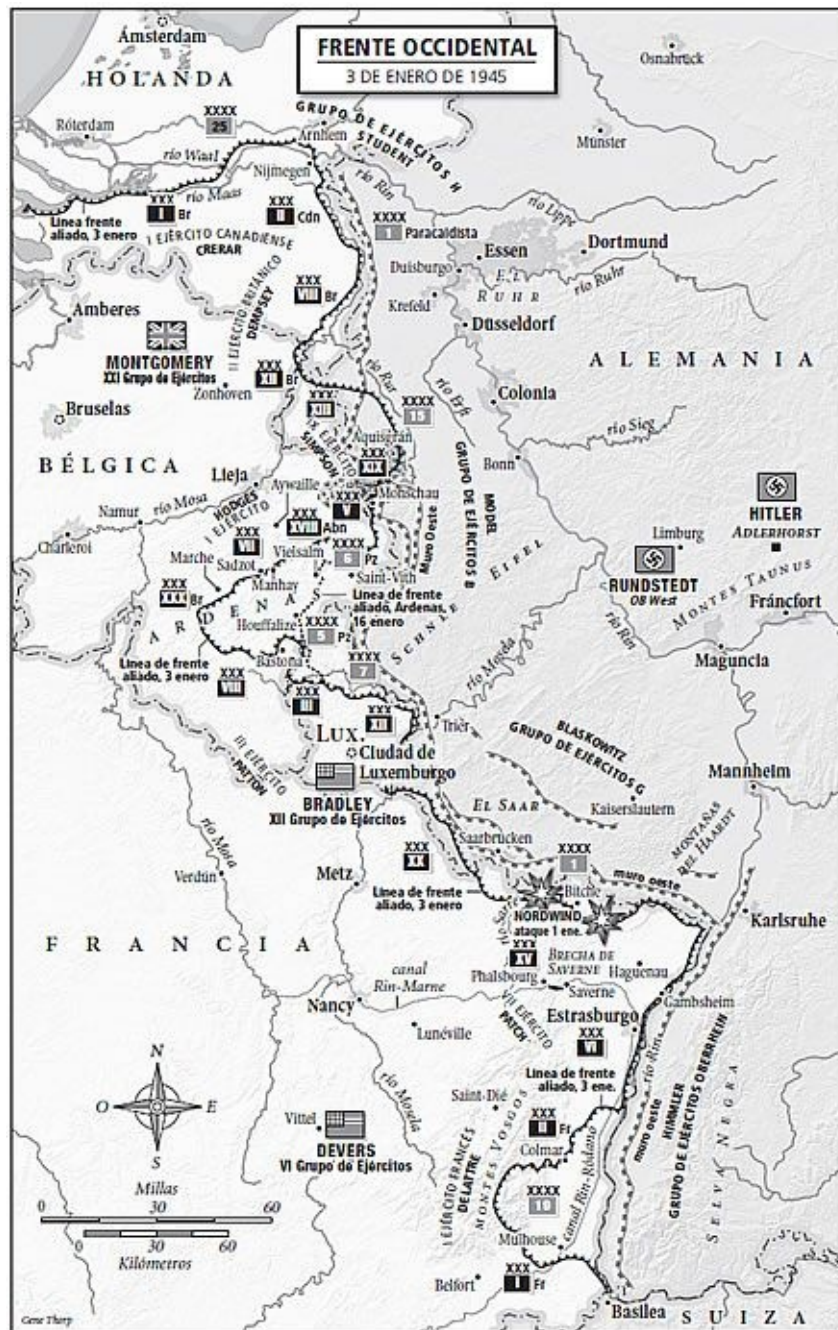
En Verdún, el 19 de diciembre, Eisenhower había ordenado que el VI Grupo del Ejército ayudase a Bradley en las Ardenas con la aportación de tropas y desplazándose a la defensiva. Tres días después, Devers rechazó varios ataques contra la bolsa de Colmar, dejando a Hitler todavía dueño de 2.200 kilómetros cuadrados de territorio francés. No obstante, Eisenhower estaba dispuesto a ceder mucho más: un oficial del Estado Mayor del SHAEF llevó a Devers el 26 de diciembre un mapa dibujado personalmente por el jefe supremo, que dejaba claro que los ejércitos franco-americanos habían de retirarse casi sesenta y cinco kilómetros a una línea aparentemente más defensiva a lo largo de los Vosgos, abandonando Estrasburgo y la llanura alsaciana. El 27 de diciembre, Devers voló a Versalles para argumentar que una retirada del Rin enfurecería a los franceses y daría agallas a los alemanes, además de poner la brecha de Saverne, que tanto había costado ganar, al alcance de la artillería enemiga. Eisenhower se mantuvo firme, asustado por informes de la inteligencia que alertaban sobre la concentración de legiones alemanas frente al VII Ejército estadounidense. Le dijo a Devers que el VI Grupo de Ejércitos tenía que «retroceder a la línea de los Vosgos y esperar» hasta que la lucha en las Ardenas remitiese. Los depósitos de abastecimiento habían de ser trasladados a las montañas y Devers tenían que aislar a dos divisiones estadounidenses, una blindada y una de infantería, como reserva del SHAEF al oeste de los Vosgos. Devers escribió en su diario:²⁰⁴

Sin duda ahora los alemanes me atacarán... La posición que abandono es mucho más fuerte que la que voy a ocupar... Ceder la ciudad de Estrasburgo es un desastre político para Francia.²⁰⁵

De Gaulle también era de este parecer: el 28 de diciembre envió al general Alphonse Juin, ahora jefe de Estado Mayor militar francés, a Versalles para hacer indagaciones acerca de los rumores de una retirada en Alsacia. Juin, un valiente argelino, que se distinguía por su boina vasca y por saludar con la mano izquierda, puesto que su brazo izquierdo le había sido amputado en 1915, abordó a Beetle Smith, quien le dijo que no se había tomado ninguna decisión firme y que la acción del SHAEF era «simplemente el estudio de un plan». La verdad era que Smith había redactado un borrador de la orden final aquella misma mañana. Juin regresó de nuevo a la Rue Saint-Dominique y advirtió a De Gaulle: «Están tramando algo».²⁰⁶

Mientras Smith tramaba, Devers ganaba tiempo. Traslado su puesto de mando ciento doce kilómetros al este, a Vittel, pero ordenó a su Estado Mayor que planificase tres posiciones intermedias alternativas que condujeran a una línea final a lo largo de la cara este de los Vosgos. Cuando el general Patch recibió la orden de preparar a su VII Ejército para una retirada, guiñó el ojo a un oficial del Estado Mayor y dijo: «No voy a hacerlo. No estamos tan mal». De Lattre fue incluso más recalcitrante, denunciando «una psicosis de retirada» que forzaría a los aliados a capturar dos veces el mismo territorio. Tardó dos días en trasladar la indicación de retirada de Devers a su Orden General n.º 201, que el 30 de diciembre obligaba a los subordinados franceses «a mantener la integridad del frente actual» sin ceder un solo centímetro de suelo alsaciano. Devers telegrafió a Eisenhower advirtiéndole de que la retirada a los Vosgos podía llevar dos semanas.²⁰⁷

Una vez más, el cuello del jefe supremo se tornó rojo oscuro. «Llama a Devers y dile que no está haciendo lo que se le ha dicho», ladró a Smith. «Dile que obedezca las órdenes y corta la línea.» En una llamada telefónica desde Vittel, Devers aseguró sin demasiada energía que las anteriores instrucciones de Eisenhower habían sido discrecionales. «No le voy a ir con este cuento», espetó Smith. «Piensa que has sido desleal.» Otra orden escrita de Eisenhower no dejaba libertad de acción:²⁰⁸



La presión política de retener suelo francés, que sin duda está experimentando, ha de ser combatida si conduce a la posible pérdida de divisiones... No puede poner en peligro la integridad de sus unidades al este de su posición principal, los Vosgos. Debe estar preparado para aceptar la pérdida de territorio al este de los Vosgos y todas las consecuencias políticas que acarree.²⁰⁹

Devers capituló, diciendo a sus subordinados que todas las fuerzas tendrían que retirarse a los Vosgos no más tarde del 5 de enero. «Eisenhower», confesó en su diario, «no me ha dejado alternativa.» En cuanto al comandante supremo, estaba

ahora tan irritado con un hombre que desde hacía tiempo le desagradaba que incluso consideró la posibilidad de despedir a Devers y darle el mando de su Grupo de Ejércitos a Patch.²¹⁰

«Se puede matar a un caballo dócil excediéndose en lo que se le exige», escribió Devers en su diario. «El SHAEF me ha dado demasiado frente y me ha quitado demasiadas tropas. Es irracional.» Un mensaje de De Gaulle recibido a través de Juin instaba a los aliados a no ceder Estrasburgo «sino a convertirla en un Stalingrado».²¹¹

El último día del año transcurrió con nieve fresca y más presagios. Un vuelo de reconocimiento al desvanecerse la última luz del día detectó artillería alemana avanzando pesadamente hacia nuevos pozos de cañón. El VII Ejército puso en alerta a todas las tropas y anuló todas las celebraciones. Un reportero que insistió en brindar por el fin del año 1944 declaró: «El mundo nunca estuvo tan maldecido con un año menos merecedor de ser recordado». La entrada del 31 de diciembre del diario de Devers era igual de sombría: «Patch me llamó... Estaba seguro de que los iban a atacar durante la noche».²¹²

Efectivamente, el ataque se produjo aquella noche, la última ofensiva alemana importante de la guerra en la Europa occidental. Hitler había dado otra charla enérgica en Adlehorst a sus comandantes del Grupo de Ejércitos G, aceptando el fracaso de las Ardenas, pero ofreciendo otra oportunidad para barrer a los americanos en la Operación Nordwind, Viento del Norte. Una embestida con ocho divisiones en el sudeste bajando hacia el eje de los Vosgos recuperaría la brecha de Saverne y se uniría con las tropas del XIX Ejército ocupando la bolsa de Colmar. Además, el ataque forzaría la retirada de Patton de Bastoña para hacer frente a esta nueva amenaza. Las tropas francesas de Alsacia estaban debilitadas y desorganizadas, prometió el Führer, y el VII Ejército estadounidense estaba muy disperso a lo largo de un perímetro de doscientos kilómetros.²¹³

Los americanos estaban también en alerta y atrincherados. Los mensajes interceptados de Ultra no avisaban de ninguna orden específica de ataque por parte del enemigo, pero la inteligencia puso al descubierto el orden de batalla alemán y las líneas limítrofes de las unidades por debajo de Saarbrücken. Patch tenía pocas dudas de que el grueso del ataque se dirigiría contra el VII Ejército a la izquierda, al oeste de las montañas del Haardt, con un ataque complementario al este entre las montañas y el Rin.²¹⁴

«La ofensiva alemana empezó en el frente del VII Ejército en torno a las 00:30 horas», escribió el jefe de Estado Mayor de Patch en la entrada del lunes 1 de enero en su diario: «Los krauts aullaban borrachos. Los maté». Las estridentes tropas de las

Waffen-SS, cuyas sombras se recortaban a la luz de la luna que reverberaba en los campos nevados cerca del río Sarre, apenas hicieron mella en el ala izquierda americana. A una única ametralladora de calibre 0, 30 enfriada por agua, barriendo de izquierda a derecha con prolongados castañeteos y estallidos, se le atribuyó la muerte de más de cien atacantes. Los cadáveres de los *Volksgrenadiers* se amontonaban en un reducto que pronto recibió el nombre de «Valle de la Morgue». «El terreno que ganamos es insignificante», registraba el diario de guerra del Grupo de Ejércitos G; después, al atardecer del martes: «El ataque ha perdido su ímpetu».²¹⁵

La salida más extravagante de los alemanes se produjo el día de Año Nuevo, un ataque de novecientos aviones de la Luftwaffe volando a la altitud de las copas de los árboles por todo el frente occidental. La Operación Bodenplatte, Placa base, también conocida como «Ataque de Resaca», incluía a pilotos que, según se dice, llevaban uniformes de gala con zapatos de charol y guantes blancos después de celebrar la llegada de 1945. Los atacantes cogieron por sorpresa diecisiete aeródromos aliados, destrozando 150 aviones aparcados e inutilizando más de 100. El aparato personal de Montgomery resultó destruido. No obstante, las pérdidas alemanas ascendieron a 300 aviones, algunos derribados por su propia artillería antiaérea que, por razones de clandestinidad, no habían sido informados de Bodenplatte. Todavía fue peor la pérdida de 237 pilotos alemanes, entre ellos aviadores veteranos, instructores y comandantes. «Sacrificamos nuestra última sustancia», dijo un oficial de la Luftwaffe.²¹⁶

A pesar de que Nordwind se desmoronase en el ala derecha alemana, un ataque secundario de Año Nuevo dieciséis kilómetros al este se extendió desde los viejos búnkeres de la Línea Maginot para ganar ímpetu a través del accidentado terreno por debajo de Bitche. Rodeando los puestos fortificados americanos de los bajos Vosgos, la 6.^a División-SS de Montaña doblegó la línea del VII Ejército lo suficiente para alarmar al SHAEF y aterrorizar a Estrasburgo, cuarenta y ocho kilómetros al sureste. Las emisiones de propaganda de Radio Stuttgart informaron de que las tropas de choque alemanas se estaban concentrando para tomar la ciudad, con duras represalias para los alsacianos que ayudasen a los aliados. Rumores acerca de que los destacamentos del VII Ejército estaban recogiendo para marcharse siguiendo el curso del Rin «corrieron como la pólvora y provocaron el pánico general», según recordaba un teniente francés.²¹⁷

La visión de las tricolores arriadas y de los sedanes oficiales repostando gasolina contribuyó al pánico. Los periodistas informaban de que las carreteras que conducían al oeste estaban atascadas de «mujeres empujando cochecitos de bebés [y] carretas con montones de muebles», mientras Estrasburgo se preparaba para otro revés del

destino. Un soldado vio que una carretera estaba cubierta de platos llanos del revés con la vana esperanza de que pareciesen minas y retrasasen, aunque por poco tiempo, el retorno de los hunos.²¹⁸

Charles De Gaulle, una vez más hablando de sí mismo en tercera persona, declaró que el abandono de Estrasburgo no solo sería «una terrible herida infligida en el honor del país», sino también «un profundo revés a la confianza de la nación en De Gaulle». El martes 2 de enero, le dijo a De Lattre en una nota escrita a mano: «naturalmente el Ejército francés no puede consentir el abandono de Estrasburgo... Te ordeno que te encargues del asunto personalmente». Casi en el mismo momento, Devers telegrafiaba a De Lattre para que retrocediese con su ala izquierda hacia los Vosgos no más tarde del viernes por la mañana, dejando así la ciudad expuesta. La orden de los americanos tuvo «un efecto bomba» en el cuartel general del ejército francés y, como observó un oficial del Estado Mayor, provocó un angustiado «Ça, non!» de De Lattre, que ahora se veía desafiado por órdenes contrarias de dos superiores y se encontraba ante lo que él denominó «un grave problema de conciencia».²¹⁹

De Gaulle no veía dilema alguno. Cuando De Lattre propuso aguardar «hasta que el alto mando aliado dé su consentimiento» para defender Estrasburgo, De Gaulle respondió: «No puedo aceptar tu último comunicado». El único deber de De Lattre, añadió De Gaulle, era para Francia; se decía que en una recepción de tarde en París, Madame De Gaulle desairó a Madame de Lattre. El alcalde de Estrasburgo envió al comandante del ejército una fotografía de la espectacular catedral con una inscripción: «Al general De Lattre, nuestra última esperanza». Confinado en su catre con una inflamación pulmonar residual a causa de un gaseado en la primera guerra mundial, el muy sufrido De Lattre sufría aún más.²²⁰

A las nueve de la noche del martes, el general Juin se presentó en el despacho de Beetle Smith en Versalles, lanzó su saludo zurdo y a continuación se pasó cinco horas avisando de las «extremadamente graves consecuencias» que harían que «el jefe supremo fuera severamente juzgado» si se abandonaba Estrasburgo. Después de repetirse sin cesar, a las 02:00 h, Juin sacó de su bolsillo una carta en la que De Gaulle amenazaba con retirar las tropas francesas del mando del SHAEF. «Dependemos de ellos —le había dicho De Gaulle—, pero también ellos dependen de nosotros.»²²¹

«Anoche Juin me dijo cosas que, si hubiera sido americano, le habría dado un puñetazo en la mandíbula», le explicó un ojeroso Smith a Eisenhower durante una reunión de Estado Mayor el miércoles 3 de enero por la mañana. Durante más de una hora debatieron su trayectoria en el despacho del comandante supremo, junto con Strong y Spaatz. Smith seguía pensando que la retirada a los Vosgos era un

imperativo; el VI Grupo de Ejércitos informaba de una fuerte presión en todo el frente desde Nordwind. Devers había aceptado la orden de Eisenhower de «olvidar Estrasburgo», pero abandonar la ciudad amenazaría la unidad de los aliados. El gobernador militar de Estrasburgo había advertido a Patch: «Cubrirás la bandera americana de una vergüenza imborrable», y despachos procedentes de la ciudad a las cinco de aquella mañana pronosticaban «terribles represalias» y «masacres en masa». Ya se habían elaborado los planes de evacuación, empezando aquella tarde con mil funcionarios, aunque solo había doscientos vagones disponibles para transportar por lo menos a cien mil civiles. Aturdido por exigencias contradictorias, De Lattre parecía haber sintonizado con De Gaulle y ordenó a la 3.^a División argelina el despliegue hacia Estrasburgo.²²²

«Después del tiempo —explicaría Eisenhower a George Marshall—, los franceses me han causado más problemas en esta guerra que cualquier otro factor. Incluso más que las lanchas de desembarco.» El arte del mando requiere a veces una retirada táctica para una ventaja estratégica, tanto en el cuartel general como en el campo de batalla, y al mediodía del miércoles el jefe supremo reconoció sensatamente que en interés del respeto aliado tendría que ceder. De Gaulle había solicitado un encuentro a las tres de la tarde, pero antes de acceder formalmente a las demandas de los franceses, Eisenhower tenía la intención de propinar uno o dos puñetazos.²²³

Smith telefoneó a Devers para preguntar lo cerca que estaban las fuerzas alemanas de la capital alsaciana.²²⁴

«A unos cincuenta kilómetros», respondió Devers.

«Mantenlos lo más lejos que puedas», dijo Smith. «Parece que tendrás que defender Estrasburgo».

El abarrotado escenario de este melodrama se congestionó todavía más a las 14:15 h con la llegada de Churchill y Brooke después de un turbulento vuelo desde Inglaterra con un tiempo espantoso. Eisenhower los trasladó del aeropuerto a su casa para un almuerzo rápido, y después a una sala de conferencias en el Trianon Palace. De Gaulle apareció en seguida, tieso y serio, con Juin pisándole los talones. Los hombres se instalaron en sillones dispuestos en círculo en torno a un mapa situacional extendido en el suelo, y De Gaulle entregó a Eisenhower una copia de su carta ordenando a De Lattre la defensa de Estrasburgo.²²⁵

Eisenhower señaló hacia el mapa de Alsacia, en el que aparecían tres cuerpos alemanes descendiendo desde el norte, y media docena de divisiones enemigas que amenazaban con atacar desde las Ardenas de Colmar. «En Alsacia, donde el enemigo ha prolongado su ataque durante tres días, la bolsa de Colmar hace que nuestra

situación sea precaria», declaró. El largo frente exponía del mismo modo a los soldados franceses y a los americanos. Además, Devers no solo no tenía reservas, sino que se le había dicho que renunciase a dos divisiones para reforzar las Ardenas, donde el combate seguía siendo feroz.²²⁶

«Alsacia es territorio sagrado», replicó De Gaulle. Permitir que los alemanes recuperen Estrasburgo podría hacer caer al gobierno francés, cosa que provocaría «una situación al borde de la anarquía en todo el país».²²⁷

«Toda mi vida», dijo Churchill cordialmente, «he constatado la importancia que tiene Alsacia para los franceses».²²⁸

Aun así, dijo Eisenhower, lamentaba las presiones recibidas para rectificar los planes militares por razones políticas. La amenaza de retirar a las fuerzas francesas del mando del SHAEF era despreciable teniendo en cuenta todo lo que los aliados habían hecho por Francia. Los jefes del Estado Mayor Conjunto ya habían acordado equipar a dieciséis divisiones francesas, y recientemente De Gaulle había pedido un total de cincuenta. Si *le général* prefería combatir por su propia cuenta, el SHAEF no tendría más remedio que suspender los suministros de combustible y municiones al ejército francés. Esta crisis podría haberse evitado, añadió Eisenhower, si las tropas de De Lattre hubieran combatido con eficiencia y erradicado la bolsa de Colmar, como se les había ordenado.

Ahora la cara del comandante supremo se había puesto roja como un tomate. De Gaulle contemplaba su gran nariz. El general Eisenhower, dijo, corría «el riesgo de ver al ultrajado pueblo francés impedir el uso de sus vías férreas y comunicaciones... Si lleva a cabo la retirada, daré la orden a una división francesa para que se atrinchere dentro de Estrasburgo y ante el mundo escandalizado Eisenhower se verá obligado a entrar y liberarla».²²⁹

El primer ministro eligió aquel momento para bajar de la silla e inclinarse suavemente hasta el suelo con gracia felina. Poniendo el dedo índice sobre el mapa, murmuró: «Estrasburgo, este punto».

Tras perder la compostura, Eisenhower la recuperó. Muy bien, concedió, Estrasburgo sería defendida. La sagrada Alsacia seguiría en manos de los franceses, se cancelaba la orden de retirada a Devers. Después de pedir el té, confesó a De Gaulle en voz baja: «Estoy teniendo muchos problemas con Montgomery».

La conferencia concluyó. «Creo que ha tomado la decisión más sabia y correcta», le dijo Churchill a Eisenhower. Sujetando por la ropa a De Gaulle en un pasillo, el primer ministro dijo, en su entrecortado y sibilante francés, que Eisenhower «no siempre era consciente de las consecuencias políticas de sus decisiones», pero no obstante era «un excelente comandante supremo». De Gaulle no dijo nada, pero antes

de que Eisenhower lo despidiese en la puerta del Trianon Palace, De Gaulle le dijo: «La gloria tiene un precio. Ahora va a ser un conquistador». La noche siguiente, De Gaulle le dijo a un acompañante en la cena: «Imagínate, pedirnos que retirásemos nuestras tropas de Estrasburgo. ¿Puedes creértelo?» El contratiempo, insistió, había puesto de manifiesto que «estos americanos...equiparan la política a los sentimientos, el arte militar a la lógica».²³⁰

Cuando la feliz noticia de salvación se extendió por Estrasburgo la tarde del miércoles, exultantes multitudes cantaron a voz en grito *La Marsellesa*. Una bandera tricolor volvió a ondear delante de la Caserne de Gendarmerie, y un camión con un altavoz del VII Ejército circuló por la ciudad instando a la calma. Eisenhower autorizó a Devers a conservar las nuevas reservas del SHAEF para uso propio: Estrasburgo había de ser defendida «tan vehementemente como fuera posible», fundamentalmente por las tropas francesas, pero sin arriesgar «la integridad de tus fuerzas, que no se pondrán en peligro».²³¹

Nordwind continuó con tres ataques más del tamaño de un cuerpo por lo menos contra los americanos y otro contra los franceses remontando el canal Rin-Ródano desde Colmar. El ala derecha del VII Ejército se curvó hacia atrás dieciséis kilómetros y más, sobre todo a lo largo del Rin cerca de Haguenau, y las tropas enemigas que habían atravesado el río en Gamsheim llegaron a pocos kilómetros de Estrasburgo antes de ser rechazadas y obligadas a retroceder. No obstante, estos insignificantes avances territoriales, que supusieron 23.000 bajas alemanas irremplazables, aportaron poco peso estratégico. Patch defendió y conservó la brecha de Saverne y el canal Rin-Marne, y Patton no fue desviado de las Ardenas. Hitler tachó de «pesimistas» los informes procedentes de Alsacia de que Nordwind había fracasado por falta de infantería. Sin embargo, se vio obligado a utilizar *Volksgradiers* que se habían entrenado juntos durante apenas un mes, entre ellos reclutas de la Europa oriental que no hablaban alemán, y una unidad convaleciente conocida como la «División Nata Montada» por sus necesidades dietéticas.²³²

«Hemos de creer en el propósito final de un Dios misericordioso», había escrito Eisenhower a Mamie tras su enfrentamiento con De Gaulle. «Son tiempos complicados.» Pocas veces le había resultado tan fatigoso el peso del mando. Los guardaespaldas todavía vigilaban cada uno de sus movimientos, no tenía tiempo para hacer ejercicio y, a pesar de sus regulares cartas a casa, su esposa lo reprendía por no escribir más a menudo.²³³

Por otro lado, tenía nuevas preocupaciones: recientes informes de la inteligencia sugerían que los alemanes pronto podrían utilizar gas venenoso y que los científicos enemigos estaban desarrollando un rayo capaz de detener los motores de los aviones aliados en pleno vuelo. Además, sufrió otra importante pérdida: el 2 de enero, el hielo acumulado en las alas junto con un error del piloto durante el despegue provocó el accidente de un bimotor Hudson en el aeródromo A-46, ocho kilómetros al sur de Versalles. El terrible accidente causó la muerte del almirante Ramsay, uno de los más devotos y valiosos consejeros de Eisenhower, que volaba a Bruselas para una conferencia con Montgomery sobre las defensas en Amberes. El domingo 7 de enero, una banda naval francesa tocó la marcha fúnebre de Chopin mientras un armón de artillería trasladaba el ataúd de Ramsay a una tumba en una colina sobre el Sena. El comandante supremo se unió a los dolientes en el apesadumbrado y lento cortejo.²³⁴

Aquella misma tarde, en el calendario del despacho de Eisenhower podía leerse: «E. se marcha temprano de la oficina, 16:30 y se va a casa. Está muy deprimido últimamente».²³⁵

Rumores de agonía

El 5 de enero, el SHAEF confirmó en un informe de prensa americano que el I y IX Ejércitos estadounidenses combatían ahora bajo mando británico. La declaración desde Versalles aseguraba que el acuerdo se había producido «por instantáneo consenso de todos los implicados», pero no se explicaba que la reconfiguración era solo temporal. Los periódicos de Londres empezaron a describir a los GI como «las tropas de Monty» en petulantes artículos. Alentada en privado por el mariscal de campo, la prensa clamaba por una «auténtica» cadena de mando en la Europa noroccidental, bajo un único capitán de combate.²³⁶

«No tenemos que disculparnos de nada», comunicó Bradley a su personal. «No tenemos que explicar nada.» El general de división Hansen escribió en su diario: «Muchos de nosotros que éramos anglófilos declarados en Gran Bretaña ahora nos sentimos irritados, dolidos y enfurecidos por las declaraciones de la radio y prensa británicas. Toda esta buena disposición se ha desvanecido».²³⁷

El sábado 6 de enero, Montgomery telegrafió a Churchill diciendo que planeaba convocar a la prensa para explicar «cómo [los] alemanes habían sido “interceptados”, después “expulsados” y ahora “eliminados”». También tenía la intención de desmentir cualquier sugerencia de fracaso de los americanos en las Ardenas. «Pondré de

manifiesto cómo se unió todo el equipo aliado ante el llamamiento y cómo se tiraron por la borda las consideraciones nacionales... Haré hincapié en la gran amistad que hay entre Ike y yo.»²³⁸

Aquel mismo día escribió a un confidente en Londres: «El verdadero problema con los yanquis es que ignoran por completo las reglas del juego al que estamos jugando con los alemanes». Cuando el general de brigada Williams, jefe de inteligencia, preguntó por qué quería convocar una rueda de prensa, Montgomery explicó que el generalato de Eisenhower había sido cuestionado y «quiero arreglar las cosas». Williams le dio un consejo de tres palabras: «No, por favor». Hubo otros en el cuartel general que, oliéndose condescendencia, trataron también de disuadirlo. Alan Moorehead rogó a De Guingand que amordazase a Montgomery para que no «cometiese ningún maldito y terrible error».²³⁹

«Curiosa posición para que la tome un periodista», dijo De Guingand.

«Quiero ganar la guerra», respondió Moorehead.

El 7 de enero, el mariscal de campo se presentó ante un grupo de corresponsales en Zonhoven, con una boina de doble distintivo y equipo de paracaidista, «vestido como un payaso», según descripción de Moorehead. No hay duda de que tenía buenas intenciones. Elogió a los GI americanos diciendo que eran «arrojados combatientes, firmes bajo el fuego y con aquella tenacidad en combate que identifica al soldado de primera clase», y también homenajeó a Eisenhower como «el capitán de nuestro equipo», declarando: «Estoy totalmente entregado a Ike. Somos grandes amigos». No mencionó a Bradley en ningún momento, y la declaración de que las tropas británicas estaban «luchando duramente» exageró su papel como reservas en el límite del campo de batalla.²⁴⁰

No obstante, gran parte de aquella letanía estaba destinada a destacar la eficiencia del mariscal de campo desde que tomara el mando tres semanas antes. «Lo primero que hice», dijo Montgomery, «fue ocuparme de organizar la zona de batalla y poner orden»:²⁴¹

Tan pronto como vi lo que estaba sucediendo yo mismo di pasos para asegurarme de que si los alemanes llegaban al Mosa no pudiesen cruzar aquel río de ninguna manera. Llevé a cabo ciertos movimientos para proporcionar buenas y equilibradas disposiciones... Mi pensamiento iba por delante... La batalla ha sido muy interesante. Creo que fue una de las más interesantes y complicadas que he manejado jamás.

Montgomery comparó la «expulsión» del enemigo con la derrota de Rommel en Egipto en 1942. Acabó declarando, sin el menor amago de ironía: «Terminemos con la destructiva crítica que trata de menoscabar la solidaridad aliada».²⁴²

«Oh, Dios, ¿por qué no le detuvisteis?», preguntó Moorehead a Williams mientras los reporteros se dispersaban para redactar sus historias. «Ha sido horrible.» Muchos oficiales británicos pensaban lo mismo. El mariscal de campo se había mostrado «indecentemente exultante», como lo expresó uno de ellos, haciendo gala de una autoestima del tipo «qué buen chico que soy», según la expresión de De Guingand, y transmitiendo lo que otro general denominó su «humor de gallo sobre un estercolero». Un titular del *Daily Mail* asegurando que «Montgomery previó el ataque, actuó “por cuenta propia” para salvar la situación» plasmaba el sentimiento predominante en Fleet Street, aunque el secretario particular de Churchill anotó en su diario: «La charla triunfal, patrioter y exageradamente autocomplaciente dada a la prensa el domingo ha provocado una gran ofensa». Una irónica emisión radiofónica alemana parodiaba a la BBC con una falsa noticia de última hora que citaba a Montgomery describiendo a los americanos como «un poco desconcertados». La batalla de las Ardenas podía ahora ser eliminada gracias al mariscal de campo Montgomery». ²⁴³

«Considera correcto asumir toda la gloria y apenas permite la mención del nombre de un comandante del ejército», se lamentaba el diario de guerra del IX Ejército. «El rencor y el verdadero resentimiento está [sic] creciendo.» Nadie sentía más rencor y resentimiento que Bradley, cuyo «desdén se había convertido en odio activo» hacia Montgomery, informó un general británico al SHAEF. El mariscal del aire Tedder informó en su diario que la cooperación entre Bradley y el mariscal de campo era ahora «impensable». ²⁴⁴

Bradley llamó dos veces a Versalles el martes 9 de enero, «muy trastornado por la relevancia que la prensa británica le está dando a Monty», observó Kay Summersby. También él convocó a los periodistas, utilizando un mapa y un puntero para dar su propia versión de los hechos, que incluía la dudosa afirmación de que los mandos americanos habían aceptado «un riesgo calculado» al adelgazar las defensas de las Ardenas. En privado denunció el «intento de desacreditarme para poder hacerse con el control de toda la operación» de Montgomery. El mariscal de campo, aseguró, quería «estar presente en el golpe de gracia y solo él». ²⁴⁵

En otra llamada a Eisenhower, Bradley le advirtió: «No puedo servir bajo las órdenes de Montgomery. Si él ha de estar al mando de todas las fuerzas de tierra, mándame a casa». ²⁴⁶

Eisenhower le aseguró que no tenía intención de ampliar la autoridad del mariscal de campo, y después añadió: «Pensaba que eras la única persona con la que podía contar para hacer cualquier cosa que yo te pidiese».

«Esto es algo que no puedo aceptar», replicó Bradley.

Eisenhower trató una vez más de suavizar, mediar y mantener a sus subordinados concentrados en la tarea que tenían entre manos: expulsar a Rundstedt de las Ardenas y reanudar la marcha sobre Alemania. Pero en una nota a Brooke admitía: «Ni un solo incidente de los ocurridos a lo largo de mi experiencia como comandante aliado ha resultado tan difícil».²⁴⁷

Interceptar, expulsar y eliminar a los alemanes resultó más problemático de lo que daba a entender el fácil eslogan de Montgomery. A finales de diciembre, Rundstedt había informado de que los dos ejércitos *panzer* de Herbstnebel «han sido forzados a ponerse a la defensiva». Algunos estrategas alemanes instaron a Hitler a trasladar sus blindados al frente oriental, puesto que los soviéticos habían cercado Budapest a finales de diciembre, pero el Führer respondió que el este «tiene que ocuparse de sí mismo». Veinte divisiones de infantería y ocho *panzer* quedaron empeñadas en las Ardenas a comienzos de enero. No sería fácil expulsar a semejante hueste, aunque los regimientos de infantería alemana tuvieran la mitad del tamaño de sus equivalentes americanos y las divisiones blindadas de los EE. UU. reuniesen una media de más del doble de tanques que sus semejantes alemanes. El «soldado alemán combate con gran determinación y coraje», concluía una evaluación del SHAEF. «Deserciones pocas.»²⁴⁸

Sin embargo, muchos comandantes enemigos habían muerto o estaban heridos, y algunas compañías de *Volksgradiers* cerca de Bastoña tenían menos de treinta hombres. Cañones mortero y antitanques fueron empujados a la retaguardia por falta de munición. Las raciones alemanas se recortaron dos veces en enero, hasta 300 gramos de pan y 28 gramos de grasa al día. Se acabaron las patatas y las verduras. Exploradores en motocicletas peinaban la campiña en busca de gasolina, que el *OB West* asignaba prácticamente gota a gota. Una división viajó en bicicleta durante más de una semana. En un hospital de escuela, un médico alemán preguntó a un *Landser* herido que gritaba: «¿Eres un soldado o un cagón?».²⁴⁹

«Diez proyectiles por un suyo», dijo un soldado estadounidense del III Ejército al periodista Osmar White. «Este es el secreto.» Destacamentos de trabajo de prisioneros alemanes eran forzados a trabajar picando piedras para reparar carreteras, con un guardia GI gritando: «Vamos, sigue, chupapollas hijo de puta». Estos eran los afortunados: en su diario, Patton confesó «algunos desafortunados incidentes al disparar a los prisioneros. (Espero que podamos ocultar esto.)» Otros fueron ejecutados legalmente, entre ellos dieciocho saboteadores de Skorzeny, condenados por tribunales militares al cabo de unos días de ser capturados y sentenciados a «muerte por fusilamiento». Tres de los condenados pidieron que enfermeras alemanas

capturadas en una celda contigua cantasen villancicos con ellos. «Al cabo de un rato tuvimos que hacerlos callar», informó un capitán del ejército. «Estaban molestando a nuestras tropas.» El reportero W. C. Heinz estuvo presente ante el pelotón de ejecución del trío. «Miré al suelo, blanco de escarcha, matas de hierba congeladas, la tierra dura y desigual», escribió Heinz. «Lo que ahora estoy viendo, me dije a mí mismo, será lo último que vean sus ojos.» Atados y con los ojos vendados, con círculos de papel clavados sobre sus corazones, «los tres estaban de pie rígidos contra los postes como grabados de madera enfrentándose a la ejecución» hasta que la descarga fatal los dejó flácidos y chorreando de sangre.²⁵⁰

Una última embestida alemana en Bastoña se alargó hasta la segunda semana de enero, con los combates más feroces vistos en las Ardenas. El número de divisiones alemanas luchando contra el III Ejército aumentó de tres a nueve. El mal tiempo mantuvo a la fuerza aérea aliada otra vez inmovilizada en tierra y forzó a la artillería americana a utilizar sopletes y palancas para liberar las cureñas congeladas. Patton tenía la esperanza de tomar Houffalize recorriendo veintisiete kilómetros en un día; sin embargo, su marcha hacia el norte con el III y VIII Cuerpos avanzaba apenas un kilómetro y medio diario. El ataque del I Ejército desde el norte, lanzado finalmente por Montgomery el 3 de enero, no avanzaba más deprisa. La niebla, la nieve, las minas, el terreno accidentado, los puentes destruidos y un obstinado enemigo ralentizaron a paso de tortuga el penoso avance del VII Cuerpo de Collins hacia Houffalize, a un coste de cinco mil bajas. El 8 de enero, Hitler autorizó por fin a Model a abandonar la mitad occidental de las Ardenas, pero en tres días los GI no vieron señales de retirada general, sino metro a metro y a regañadientes. El 14 de enero el Führer rechazó una petición de Rundstedt y Model de retroceder hasta el Rin, la retirada debía detenerse en el Muro del Oeste, allí donde había empezado la ofensiva.²⁵¹

A las 11:40 h del martes 16 de enero, una patrulla de caballería del norte se encontró con una patrulla de infantería blindada del sur fuera de Houffalize para unir al I y III Ejércitos. Mil toneladas de bombas aliadas e innumerables proyectiles pozit habían arrasado por completo la ciudad comercial valona, escribió Patton. «No había visto nada semejante en esta guerra.» Esperando a los *bulldozer* para que abriesen camino entre los escombros, compuso unos toscos ripios:²⁵²

Pequeña ciudad de Houffalize,
aquí estás doblegada y de rodillas.
Que Dios bendiga a tu gente y los proteja,
sobre todo de la RAF.²⁵³

Un día después, Eisenhower devolvió el I Ejército a Bradley. Hodges envió a Montgomery dos kilos y cuarto de café como agradecimiento por su asistencia, y el 18 de enero trasladó el cuartel general del ejército de nuevo al Hôtel Britannique de Spa. El lugar estaba casi intacto a excepción del mobiliario, que estaba volcado, y de un árbol de Navidad, desprovisto de adornos, que estaba «ladeado en un rincón como si estuviera borracho». De momento el IX Ejército seguiría bajo el mando británico, a pesar de las quejas de Bradley, quien al final aceptó la propuesta del SHAEF de trasladar su puesto de mando de la aislada Ciudad de Luxemburgo a Naumur, una ciudad ribereña antaño afamada por sus hermosos cuchillos. Allí, con un esplendor ducal, él y su Estado Mayor ocuparon un *château* barroco con suelos de mármol, cortinas de terciopelo y óleos de cuerpo entero de la nobleza belga. Un candelabro de cristal colgaba sobre su escritorio y sonrientes querubines contemplaban desde arriba el mapa tablero de seis metros, apoyado contra los frescos de la pared. Bradley fue alojado en el lujoso Hôtel d'Harscamp («Campamento de Putas» * para los GI), desde el que podía contemplarse una magnífica vista de la catedral de Naumur y a lo lejos el valle del Mosa. Una vez más era soberano de todo lo que divisaba.²⁵⁴

Pueblo a pueblo, parcela a parcela, los soldados americanos fueron recuperando lo que habían perdido. Middleton volvió a desplegar su cuartel general del VIII Cuerpo en Bastoña, donde los paracaidistas de la 101.^a Aerotransportada le extendieron un recibo que certificaba que la ciudad estaba «usada pero utilizable» y «desinfectada de krauts». El 23 de enero, la 7.^a División Blindada volvió a entrar en la derruida Saint-Vith, capturando a un oficial de artillería alemán cuyo diario decía en su última entrada: «El ruido de la batalla se acerca a la ciudad... Estoy enviando a la retaguardia mis pertenencias personales. Nunca se sabe».²⁵⁵

Hitler ya había levantado el campamento. Salió de Adlerhorst a las seis de la tarde del 15 de enero y regresó a Berlín la mañana siguiente a bordo del *Brandenburg*. Ya no habría botas militares en Amberes ni siquiera al otro lado del Mosa, ni ruptura de los ejércitos aliados, ni peticiones de paz desde Washington y Londres. «Sé que la guerra está perdida», dijo, según su adjunto de la Luftwaffe. «La potencia superior es demasiado grande. He sido traicionado.» Aun así, había sacado a sus ejércitos de las Ardenas a ritmo deliberado y en orden. Manteuffel abandonó cincuenta y tres tanques a lo largo de la carretera en un solo día por falta de combustible o de recambios, pero otros muchos escaparon. Solamente en el sur, trece divisiones del V Ejército Panzer y del VII Ejército cruzaron cinco puentes tendidos sobre el Our. El enemigo, admitió Eisenhower a los Charlie-Charlies, «posiblemente consiga retirar el grueso de sus

formaciones». Transcurrirían casi dos semanas después de la captura de Houffalize antes de que los alemanes en retirada diesen el último portazo a la puerta de acero del Muro del Oeste.²⁵⁶

Entretanto, el este ya no podía «cuidar de sí mismo». El Ejército Rojo había concentrado a más de 180 divisiones y nueve mil aviones al norte de los Cárpatos para una ofensiva de invierno. Lanzado el 12 de enero, el ataque amenazó al Reich desde Hungría hasta el Báltico para proteger los accesos a los pocos campos petrolíferos todavía en posesión de los alemanes. Durante semanas, las agotadas divisiones de Dietrich caminaron penosamente a través de la madre patria a ritmo lento para ahorrar gasolina. Los tractores remolcaban centenares de vehículos. El frente oriental, escribió más tarde un historiador alemán, «resultó ser una vez más una bomba de succión que debilitó los demás frentes».²⁵⁷

En el oeste la guerra remitía, esta vez para siempre. Bélgica y Luxemburgo habían sido liberadas de nuevo. Los niños chillaban de alegría mientras se deslizaban en trineo cerca de una cantera de Luxemburgo, ajenos al acoso de los cañones de los Thunderbolt sobre el enemigo oculto justo al este. Las lechosas estelas de los bombarderos que se dirigían a Colonia, a Duisburgo o a Berlín surcaban el cielo de parte a parte. A lo ancho de las Ardenas las mujeres permanecían de pie en los portales de las casas, contemplando el paso de los soldados verde oliva. «¿Estáis seguros?», preguntaban. «¿Estáis seguros de que realmente se han ido para siempre?»²⁵⁸

Los muertos «yacían a montones», escribió Martha Gellhorn cuando los cañones callaron, «como oscuros vegetales informes». Durante semanas el suelo duro como el hierro impidió los enterramientos a no ser que se utilizase equipamiento especial para mover la tierra o compresores de aire. Muchos de los tres mil civiles muertos en las Ardenas fueron envueltos en mantas y almacenados en las criptas de las iglesias a la espera del deshielo. En el cementerio americano de Henri-Chapelle, veinticuatro kilómetros al este de Lieja, los sepultureros con retroexcavadoras trabajaban las veinticuatro horas del día para enterrar a quinientos GI diarios. Cada uno era enterrado en un agujero de metro y medio de profundidad, sesenta centímetros de ancho y dos metros de largo, pero no antes de haberles sacado el cubrecalzado para posterior uso. Se introducía en la boca de cada cadáver una placa de identificación, la otra se clavaba en una cruz o Estrella de David sobre la tumba. Aquellos cuya placa de identificación se había perdido iban al depósito donde se les fotografiaba y se les practicaba un examen dental. Se les limpiaban las puntas de los dedos y se inyectaba

un fluido para realzar las huellas, mientras que los técnicos buscaban marcas de lavandería, tatuajes y otras pistas identificativas, todo para evitar que hubiera otro hijo de madre conocido solo por Dios.²⁵⁹

Entre los muertos recogidos por los equipos de Registro de Tumbas que peinaban las Ardenas estaban aquellos asesinados por los hombres de Peiper cerca de Malmédy, recuperados bajo sesenta centímetros de nieve cuando el cruce de Baugnez fue capturado de nuevo a mediados de enero. Los investigadores trasladaron los cadáveres congelados, tiesos como estatuas, a un cobertizo con calefacción. Allí, con hojas de afeitar abrían las chaquetas de campo y los bolsillos de los pantalones para inventariar los efectos personales, como los del técnico de quinto curso Luke S. Schwarz, «un bolígrafo, dos lápices, un Nuevo Testamento, un peine, un amuleto de la suerte» y del soldado raso Robert Cohen, que dejó este mundo llevando trece monedas, dos mecheros y un libro de oraciones hebreas.²⁶⁰

Bastante tiempo después del final de la guerra, un cómputo del ejército situó las pérdidas estadounidenses en las Ardenas y Alsacia desde el 16 de diciembre hasta el 25 de enero en 105.000, entre ellas 19.246 muertos. Otros miles padecieron el pie de trinchera, congelación y otras enfermedades. A pesar de que las bajas americanas en el Pacífico experimentaron un aumento, aproximadamente una de cada diez bajas estadounidenses en combate durante la segunda guerra mundial se produjo en las Ardenas, donde lucharon 600.000 GI, cuadruplicando el número de combatientes azules y grises de Gettysburg. Más de 23.000 fueron hechos prisioneros, y muchos de ellos pasaron el resto de la guerra en campos alemanes, viviendo con setecientas calorías al día y bebiendo sucedáneo de café «tan asqueroso que lo usábamos para bañarnos», recordaba después un oficial capturado. Las familias de los soldados de la aniquilada 106.^a División organizaron la asociación «Rumores de agonía», concebida por un maderero de Pittsburgh cuyo hijo había desaparecido en el Schnee Eifel. Voluntarios con radios de onda corta mantenían vigilancia nocturna, escuchando las emisiones de propaganda alemana que a veces daban los nombres de los prisioneros.²⁶¹

De más de sesenta mil heridos, los que más cerca estaban de la muerte a menudo yacían en sus camas de hospital con los ojos bien abiertos, como escribió un cirujano: «como alguien rescatado de la cornisa de un rascacielos». Muchos necesitaron meses e incluso años para recuperarse: un oficial herido describió un patio de hospital abarrotado en el mes de marzo de hombres rotos en camillas, «como en la escena de después de la batalla de Atlanta en *Lo que el viento se llevó*». Un soldado escribió a sus padres en Nevada que había escapado por muy poco al tiroteo de artillería del 13

de enero, cuando un proyectil le pasó rozando. «Miré hacia abajo y mi mano derecha había desaparecido... Papá tendrás que tener paciencia conmigo hasta que aprenda a jugar a los bolos con la izquierda.»²⁶²

Las pérdidas alemanas serían difíciles de computar, sobre todo porque los americanos tendían a inflarlas. (Patton a veces amañaba cifras puramente inventadas o suponía que las bajas del enemigo eran diez veces el número de prisioneros capturados.) Una de las estimaciones del ejército de los EE. UU. de 120.000 pérdidas del enemigo después de lanzar la Herbstnebel era sin duda demasiado elevada, y la declaración de Bradley de más de un cuarto de millón era ridícula. Un análisis de postguerra situó la cifra en 82.000, otro en 98.000. La historia oficial alemana mencionaba 11.000 muertos y 34.000 heridos, con un número indeterminado de capturados, desaparecidos, enfermos y lesionados.²⁶³

El éxito de Model a la hora de liberar gran parte de su estructura de fuerza desmentía los verdaderos apuros del Reich, puesto que a finales de enero Alemania todavía contaba con 289 divisiones, el mismo número que el SHAEF había contado el 10 de diciembre. «Dobló el arco hasta que se rompió», dijo Manteuffel al comandante del Grupo de Ejércitos B. Las fuerzas alemanas en el oeste prácticamente no tenían reservas de combustible y solo un tercio de la munición que necesitaban. La Luftwaffe estaba tan debilitada que Hitler comparó la guerra aérea a «una caza de conejos». En las Ardenas se perdieron más de setecientos vehículos blindados, las reservas alemanas de efectivos estaban agotadas y el Reichsbahn tan arrasado que a partir del 19 de enero todos los envíos de cargamento por vía férrea quedaron prohibidos a excepción del carbón y del material bélico de la Wehrmacht. Después de más de cinco años de guerra, cuatro millones de soldados alemanes habían muerto, estaban heridos o eran prisioneros. Hitler declaró haber encontrado consuelo en una carta que Federico el Grande había escrito durante la guerra de los Siete Años: «Empecé esta guerra con el ejército más fabuloso de Europa. Hoy tengo un montón de estiércol».²⁶⁴

Patton explicó la matanza. «Cuando pescas una carpa y la dejas en la barca», les dijo a los periodistas, «sacude la cola justo antes de morir. Creo que esta es la última sacudida de los alemanes». Manteuffel llegó a la misma conclusión. La batalla de las Ardenas había debilitado tanto la Wehrmacht, advirtió, que a partir de entonces Alemania solo sería capaz de librar una «guerra de un cabo».²⁶⁵

Pocos generales estadounidenses habían incrementado su reputación en las Ardenas, a excepción de incondicionales de la batalla como McAuliffe. Un ejército americano que se consideraba a sí mismo la encarnación del espíritu ofensivo

paradójicamente había luchado mejor a la defensiva, como había ocurrido en Salerno, Anzio y Mortain. El precavido contraataque de enero diseñado por Bradley y Montgomery, con el consentimiento de Eisenhower, expulsó a los alemanes de las Ardenas en vez de maniobrar y hacerlos salir a palos. Con la intención de «atrapar el máximo número de tropas en las Ardenas», la embestida no atrapó a casi ninguna. Entre los mandos superiores, Patton resultó ser el más distinguido. Su extraordinaria agilidad en el combate contra el VII Ejército alemán, la mitad del V Ejército Panzer y partes del VI Ejército Panzer queda mejor resumida en el elogio de siete palabras que le dedicó Bradley: «Uno de nuestros grandes líderes de combate».²⁶⁶

Churchill trató de reparar la discordia anglo-americana con un amable discurso en la Cámara de los Comunes. «Las tropas de los Estados Unidos han protagonizado casi todo el combate y han sufrido casi todas las pérdidas», dijo. «Han perdido de sesenta a ochenta hombres por cada uno de los nuestros.» Las Ardenas «es sin duda la mayor batalla americana de la guerra y estoy convencido de que será siempre considerada como la más famosa victoria americana». Después, el primer ministro le comentó a su secretario que «no había habido en la historia mayor exhibición de poder que el del ejército americano combatiendo en la batalla de las Ardenas con la mano izquierda y avanzando isla a isla hacia Japón con la derecha». También Montgomery mostró una insólita cortesía en notas enviadas a Eisenhower y a «mi querido Brad», diciendo a este último: «Qué gran honor ha sido para mí estar al mando de tropas tan admirables». Pero estas palabras edulcoradas apenas ablandaron a quienes estaban decididos a seguir ofendidos por el continuado control británico de un ejército de campo americano bajo la reconfiguración de Eisenhower. «¿Por qué Ike no es un hombre?», escribió Patton en su diario el 24 de enero. «Atacaremos y venceremos, a pesar de Ike y de Monty.»²⁶⁷

Eisenhower afirmaba que la ofensiva alemana «no había conseguido nada decisivo en ningún aspecto». De hecho, Herbstnebel había precipitado la defunción del Tercer Reich. La preocupación de Hitler por el oeste a finales de 1944, y el desvío de suministros, blindados y reservas desde el este, resultó una «bendición de Dios para el Ejército Rojo», según criterio de un historiador alemán. La mitad de la producción de combustible del Reich de los meses de noviembre y diciembre había dado soporte a la ofensiva en las Ardenas, y ahora cientos de tanques alemanes y cañones de asalto que combatían contra los rusos estaban inmovilizados en el frente oriental por falta de gasolina. El 20 de enero, el gigante soviético de dos millones de hombres había abierto un agujero de quinientos sesenta kilómetros de ancho desde Prusia oriental hasta las estribaciones de los Cárpatos, evitando o aniquilando las defensas alemanas. Los ejércitos de Stalin, que ahora se dirigían hacia el río Oder,

estarían a ochenta kilómetros de Berlín en el momento en que los anglo-americanos todavía tenían que llegar al Rin. Allí, a mil kilómetros de las Ardenas, estaba la mayor consecuencia de la batalla de las Ardenas.²⁶⁸

Con la marea alemana remitiendo, Eisenhower reanudó el trazado de flechas en el mapa. Su programa se había visto interrumpido durante seis semanas más o menos, pero su proyecto básico para acabar la guerra seguía intacto: las fuerzas aliadas seguirían destruyendo a las fuerzas enemigas al oeste del Rin, se apoderarían de las cabezas de puente sobre el río «cuando la amenaza del hielo hubiera terminado» en el mes de marzo, y después avanzarían hacia el centro del territorio alemán. En un largo mensaje a los jefes de Estado Mayor Conjunto el 20 de enero, reiteraba que el ataque de Montgomery al norte del Ruhr era «nuestro principal objetivo», pero creía que «esta zona estará fuertemente defendida por el enemigo». Los proveedores del SHAEF pensaban también que no podían mantener a más de treinta y cinco divisiones aliadas por encima del Ruhr hasta que nuevos puentes férreos atravesasen el Rin. Razón de más, en opinión de Eisenhower, para un segundo eje: concibió el grueso del ejército de Bradley atacando desde Maguncia y Karlsruhe hacia Fráncfort y Kassel: un corredor cuyo uso había pedido Patton desde hacía tiempo.²⁶⁹

Ahora los aliados occidentales sumaban 3, 7 millones de soldados en 73 divisiones a lo largo de un frente de 1.173 kilómetros, en el que las fuerzas estadounidenses aportaban más de dos tercios de los efectivos. Eisenhower tenía casi 18.000 aviones de combate, además de flotas aéreas en Italia, y un abrumador dominio de la artillería, blindados, inteligencia, abastecimiento, transporte y demás elementos básicos del combate moderno. El Pentágono aceleró las fechas de envío de siete divisiones estadounidenses, desvió otras dos que en un principio no estaban destinadas a Europa, y extrajo unidades de Alaska, Panamá y otros teatros inactivos, donde según Marshall podía encontrarse «mucho chicha». La necesidad de líderes de sección de fusileros era tan desesperada que se abrió una escuela de emergencia para nuevos tenientes en el ala Luis XV del Château de Fontainebleau, con clases de lectura de mapas, vigilancia en patrullas y camuflaje. Muchos de aquellos estudiantes estaban entre los casi 30.000 estadounidenses que se alistaron y que recibieron nombramientos de oficiales en el campo de batalla durante la guerra. Las levas reclutadas, que habían aumentado de 60.000 a 90.000 hombres al mes, ascendieron de nuevo en marzo a 100.000. El SHAEF esperaba que los ejércitos occidentales se incrementasen hasta 85 divisiones en mayo.²⁷⁰

Aquello debería ser suficiente. Gran Bretaña casi se había quedado sin hombres y la fuente americana de reemplazo se consideraba «casi agotada», con duras batallas todavía por librar contra Alemania y Japón. Eisenhower pidió cien mil marines: no consiguió ninguno. Patton calculaba que la victoria en la Europa occidental requería «veinte divisiones de infantería más», pero aquello era una quimera. Eisenhower tendría que vencer con las fuerzas que ahora tenía comprometidas en su teatro de operaciones, no más.²⁷¹

La batalla de las Ardenas había puesto de manifiesto una vez más que la guerra nunca es lineal, sino más bien una empresa caótica y aleatoria de reveses y avances, torpeza e ímpetu, desesperación y euforia. Valor, cobardía y coraje se habían desplegado por igual en aquel espectáculo de un mundo en combate. En lo relativo a magnitud y genuina violencia, la batalla de las Ardenas no se parecía a nada de lo visto antes en la historia americana, ni a nada que pudiese verse de nuevo. No obstante, como siempre, mientras los ejércitos y grupos de ejército se enfrentaban, lo que llamó la atención fue el destino de los soldados como individuos.

«Todo el mundo comparte las mismas ideas universales: esperanza, amor, humor, fe», había escrito el soldado raso Richard E. Cowan de la 2.^a División de Infantería a su familia en Kansas el 5 de diciembre, en su vigésimo segundo cumpleaños. Dos semanas después estaba muerto, cayó cerca de Krinkelt tras retener a los atacantes alemanes con una ametralladora el tiempo suficiente para cubrir la huida de sus camaradas. «Es un trago tan amargo de tomar», confesó su madre al enterarse de la noticia, «y yo no soy nada valiente para esto.» A Cowan se le concedería la Medalla de Honor, uno de los treinta y dos héroes reconocidos de las Ardenas. Como tantos otros miles, fue enterrado en una de aquellas tumbas de metro y medio por sesenta centímetros por dos metros, junto con su última dosis de esperanza, amor, humor y fe. El mundo en marcha seguiría marchando.²⁷²

Pegada en una pared de la caravana de Montgomery, entre las fotos de Rommel y Rundstedt y el propio mariscal de campo, había una copia de una reflexión de Sir Francis Drake antes de su ataque a Cádiz en 1587. «En cualquier gran asunto ha de haber un principio», había escrito Drake, «pero la verdadera gloria reside en continuar hasta el final hasta que queda completamente acabado». Lo mismo ocurría en este gran asunto, en esta lucha por la propia civilización. Había llegado el momento de hacerse con la verdadera gloria.²⁷³

Cuarta parte

Los argonautas

Ciudadanos del mundo

El sol matutino y una apacible brisa traían el anuncio de una temprana primavera mediterránea en el Gran Puerto, donde podían escucharse compases de *La bandera tachonada de estrellas* de una banda de la Marina Real practicando a bordo del buque británico *Sirius* el viernes 2 de febrero. La pequeña isla de Malta no había bullido con semejante emoción desde la llegada de Eisenhower con su cuartel general en julio de 1943, justo antes de la invasión de Sicilia. Centenares de oficiales aliados abarrotaban ahora la capital, Valeta, donde se había convocado una conferencia angloamericana de estrategia, cuyo nombre en clave era Cricket, para sopesar los asuntos más importantes de la guerra y la paz.¹

Desde 1940 hasta 1943, dieciséis mil toneladas de bombas del eje habían pulverizado Malta, bloqueando todas las calles con montones de escombros y dando a Valeta la sombría y torturada apariencia de los propios malteses. Las dificultades a la hora de encontrar edificios intactos para albergar a las legaciones de Cricket exasperaron a los planificadores de la conferencia, que advirtieron que «había que esperar un cierto grado de incomodidad». (Avisaron también de que «la difusión de rumores y habladurías en Malta es un deporte nacional, así que no debatáis nada en público.) Solamente los americanos ocuparon ya dieciséis barracones, *palazzi* y albergues improvisados, entre ellos el YWCA local y el Bastión Láscaris, un frío y húmedo laberinto excavado siglos atrás por los Caballeros de San Juan, una orden monástica fundada durante la primera cruzada. La arenisca color miel, favorita de los constructores malteses, era tan porosa que incluso los edificios no afectados por las bombas enemigas parecían, en palabras de un aviador, «cámaras de refrigeración ventiladas». Los oficiales aliados comían vestidos con prendas de invierno, y un

almirante explicó que intentaba dormir envuelto en una bata, un impermeable, un abrigo y varias mantas. Para proporcionar más alojamientos, nueve buques de la Marina de los EE.UU. atracaron en el Gran Puerto, elogiado por un visitante como «quizás el fondeadero natural más sorprendente del mundo». Un LST de Nápoles hizo de garaje flotante para los coches del Estado Mayor.²

Para compensar cualquier incomodidad, todos los oficiales tenían permiso para llevar un equipaje de treinta y dos kilos, y los anfitriones británicos de Cricket asignaron a cada uno un ordenanza para que les recogiese la prensa diaria. «El lustre que aplicó a mis zapatos duró semanas», exclamó maravillado un delegado americano. Un eficiente servicio de ayudantes planchaba los uniformes durante la noche y los bares abrían puntualmente a las seis de la tarde. Una orquesta de veinte miembros tocaba hasta la medianoche en la Casa del Almirantazgo, que antaño fuera la casa del Capitán de las Galeras: en la amplia escalera rollos de mármol registraban el nombre de todos los lobos de mar británicos que habían estado al mando de la flota mediterránea a lo largo del último siglo y medio; entre ellos figuraba Lord Nelson. Un bibliotecario local ofrecía recorridos a pie para explicar la exótica historia de Malta, empezando desde los fenicios y los cartagineses: cómo el naufrago san Pablo convirtió a los malteses al cristianismo con fervoroso proselitismo y quizás un milagro o dos; cómo los caballeros del siglo XVI pagaban al sacro emperador germánico Carlos V una renta anual de un halcón, que se hacía efectiva el día de Todos los Santos, una curiosidad utilizada por Dashiell Hammett en su novela *El halcón maltés*; cómo los forajidos turcos capturaron el Fuerte San Elmo en 1565, clavando a los defensores en cruces de madera que dejaron flotando por el Gran Puerto; cómo los malteses se vengaron decapitando a los prisioneros turcos y embutiendo las cabezas cortadas en las culatas de los cañones y disparándolas al reduto enemigo. Sin duda, Malta era un lugar sin tregua ni cuartel.³

A las 09:30 h del viernes, la belicosa proa gris del crucero estadounidense *Quincy* se deslizaba por delante del mismo Fuerte de San Elmo, escoltado por el *Savannah*, resucitado y reacondicionado tras ser casi hundido por una bomba planeadora a la altura de Salerno diecisiete meses atrás. Media docena de Spitfires sobrevolaron el puerto como águilas y gozosas multitudes se alinearon en los tejados y en los salientes rompeolas en torno a los muelles. «La entrada al puerto es tan pequeña que parecía imposible que nuestro enorme buque pudiese atravesarla», escribió un pasajero del *Quincy*.⁴

Mientras el crucero avanzaba a cuatro nudos por el dique de piedra, una figura solitaria destacaba en el ala del puente, envuelta en una capa de oficial con una boina escocesa de paño sobre su cabeza leonina y una boquilla apretada entre los dientes.

Para este viaje le habían asignado una secuencia de nombres en clave: Bronce, Granate, Acero, y, por parte de los británicos, Almirante Q. Pero ahora su identidad quedaba al descubierto. Los marineros se pusieron firmes en las cubiertas principales de todo el fondeadero. Un cañón de artillería del fuerte detonó una salva lenta de veintiún cañonazos, y la banda a bordo del *Sirius* tocó el muy ensayado himno americano para anunciar la llegada de Franklin D. Roosevelt, el presidente de los Estados Unidos. El diplomático Charles E. Bohlen describió el momento:⁵

El sol resplandecía sobre las olas y una ligera brisa sacudía las banderas que ondeaban en los buques de guerra británicos y en los muros de la ciudad... Roosevelt estaba sentado en cubierta, con su capa negra sobre los hombros, agradeciendo los saludos de los barcos británicos y los fuertes vítores de los espectadores que se aglomeraban en los muelles. Era un verdadero personaje histórico.⁶

Al otro lado del puerto, en el puesto de mando del buque británico *Orion*, había otra figura histórica en uniforme de la marina, dando caladas a un puro y agitando su gorra de marino hasta que el presidente americano divisó a Winston Churchill y le devolvió el saludo. Un silencio repentino planeó sobre el puerto. «Fue uno de aquellos momentos», escribió un testigo, «en que todo parece detenerse y uno se percata de vivir un hito en la historia». El *Quincy* acercó su flanco de estribor al Amarradero 9. Los gruesos calabrotos quedaron atados a los bolardos y el práctico del puerto indicó: «Fuera motores.»⁷

Desde que saliera de Washington once días antes, Roosevelt había viajado casi ocho mil kilómetros. Los viajes por mar siempre le encantaron y este no había sido distinto, a pesar del molesto resfriado que lo mantuvo confinado en su camarote durante parte del viaje. Dedicó poco tiempo a la consulta de libros y estudios preparados del Departamento de Estado, prefiriendo dormir, ver películas (*Laura*, *Nuestros corazones eran jóvenes y alegres*, *Tener y no tener*) u hojear novelas baratas de misterio que se había llevado para el viaje, con títulos tan portentosos *La muerte desafía al doctor* y *Sangre en la nieve*. Un ascensor especial lo subía al puente de bandera, donde le gustaba sentarse en la silla giratoria del almirante y contemplar el mar de estaño y a los destructores que navegaban a toda velocidad a popa y proa. Un agente del servicio secreto y experto nadador estaba cerca de él, preparado para saltar por la borda con el presidente en brazos en caso de que el *Quincy* fuera torpedeado o topase con una mina. Pero dos sospechosos contactos submarinos resultaron ser peces, y el único peligro con el que se tropezaron fue un fuerte oleaje a los dos días de salir de Newport News que hizo que el destructor *Satterlee* se inclinase sesenta y un grados. Después de cenar, Roosevelt solía jugar al póker o al *gin rummy** por medio penique el punto, rumiando sobre las recientes elecciones (acababa de ganar un cuarto

mandato por 432 votos electorales a 99) y la posterior la toma de posesión, celebrada no en el Capitolio sino en el pórtico de la Casa Blanca, con trece de sus nietos retozando alrededor.⁸

Para celebrar el sexagésimo tercer cumpleaños del presidente el 30 de enero, sus compañeros de viaje le habían llevado cuatro pasteles a su camarote, uno por cada mandato, seguidos de un quinto que tenía un gran interrogante glaseado encima. La tripulación del *Quincy* le entregó un cenicero de latón elaborado con el casquillo de un proyectil disparado en Normandía el Día D.⁹

Una vez atracado el *Quincy*, el pitido del silbato del contramaestre anunció poco después de las diez de la mañana los primeros visitantes y George Marshall subió por la pasarela acompañado del almirante Ernest J. King, jefe de la Marina de los EE. UU. Encontraron al presidente recreándose en la cubierta superior sentado en una silla de mimbre cerca del cañón de babor. Los oficiales intercambiaron miradas silenciosas de desaliento ante el aspecto de Roosevelt: estaba demacrado y de color ceniciento, con círculos violeta debajo de los ojos. Bohlen, que también subió a bordo del crucero, escribió más tarde:¹⁰

Quedé impresionado por el aspecto físico de Roosevelt... No solo se le veía frágil y totalmente agotado, parecía enfermo. Nunca vi a Roosevelt con peor aspecto, a pesar de una semana de ocioso viaje por mar.

La revista *Time* había catalogado los numerosos rumores acerca de la salud del presidente: que había sido trasladado en secreto a la Clínica Mayo, que cuando viajaba le atendían tres psiquiatras, que estaba anémico. La verdad era peor. En décadas no se reveló que su presión arterial había subido de 128/82, en 1930, a 260/150 en diciembre de 1944. Durante el año anterior había perdido casi catorce kilos. («No puedo comer», se había lamentado en diciembre. «No puedo probar la comida».) Un examen cardiológico reveló «una coloración azulada de la piel, labios y lecho ungueal», con fatiga respiratoria, «episodios de dolor abdominal» y síntomas de dilatación cardíaca y acumulación de líquido en los pulmones: conduciendo todo ello a un diagnóstico de insuficiencia cardíaca congestiva. Efectivamente, había estado anémico debido al crónico sangrado de hemorroides exacerbado por su discapacidad para caminar o estar de pie, y había padecido síntomas de un leve ataque cardíaco en agosto mientras pronunciaba un discurso en el estado de Washington. A causa de diversas enfermedades, era periódicamente tratado con fenobarbital e inyecciones de codeína. Su médico personal ordenó que se informase de lo menos posible a Roosevelt, que se tomaba las píldoras verdes de digitalina prescritas sin preguntar lo que eran y que hacía esporádicos esfuerzos por reducir a la mitad su dosis diaria de tabaco y bebida a diez cigarrillos y un cóctel y medio, tal como le habían

recomendado. «Duermo mucho y todavía necesito más», escribiría a su secretario desde Valeta el viernes. Cada día la oficina de prensa de la Casa Blanca revisaba fotografías oficiales buscando imágenes para mostrar al público que no revelasen a un hombre decrepito y moribundo. Aquella tarea se había hecho casi imposible.¹¹

Sin embargo, si el cuerpo era frágil, el hombre que había dentro seguía inalterable. Hasta el final de sus días Roosevelt sería, como escribió después el erudito James MacGregor Burns, un «improvisador, un hombre práctico, un soñador y un sermoneador, un soldado de la fe, un príncipe del estado». Hoy estaba ansioso por oír el progreso de los aliados en el frente occidental, y puesto que Eisenhower había decidido no asistir a Cricket (alegó exigencias del combate), Marshall y King se pasaron más de media hora describiendo a Roosevelt el plan del SHAEF para llegar al Rin, apoderándose de las cabezas de puente y avanzando por dos vías complementarias hacia el Ruhr. También delinearon la embestida alternativa en una sola dirección de Montgomery en el norte. Pidiendo un mapa, el presidente recordó haber recorrido la Renania en bicicleta cuando era joven, ingenuo y sin preocupaciones. Conocía el terreno, lo conocía bien, dijo, y el plan de Eisenhower era perfectamente lógico. Como comandante supremo, dio su visto bueno.¹²

Otro trino del silbato del contramaestre anunció la llegada de Churchill en el puesto de mando, reluciente y acicalado en su uniforme azul hecho a medida con un pañuelo asomando del bolsillo del pecho. También él viajaba bajo diferentes nombres de guerra (Coronel Warden, Coronel Kent, Tungsteno, Cromo) y, a los setenta años, también él había estado enfermo, llegando a Valeta en avión tres días antes en estado febril y descompuesto. «Su salud se ha deteriorado mucho en los últimos meses», anotó su médico, Charles Moran, en el diario del miércoles. «Se ha vuelto muy parlanchín.» El sol, el whisky y unas cuantas manos ganadoras de cartas parecían haberlo recuperado, y durante una hora durante el almuerzo manifestó a Roosevelt su «completa devoción a los principios enunciados en la Declaración de Independencia de América». El presidente sonreía con indulgencia; a menudo se quejaba de que cuando se trataba de aplicar aquellos principios a las posesiones imperiales de Gran Bretaña era como «empujar a Winston montaña arriba en una carretilla». Probablemente la guerra en Europa terminaría aquel año, dijo Roosevelt, aunque la derrota de Japón posiblemente no llegaría hasta 1947. La paz brindaría la oportunidad de rehacer un mundo de principios.¹³

Churchill sacó un puro de veinte centímetros y lo encendió con una pequeña vela que había en una bandeja de tabaco junto a su codo. Los ciudadanos de demasiados países temían a sus propios gobiernos, dijo, y deben ser liberados de semejante miedo. «Mientras la sangre fluya por mis venas», añadió con un ademán teatral, «abogaré por

esto». Roosevelt no podía más que estar de acuerdo, juntos extenderían las Cuatro Libertades por el globo, incluyendo la libertad del temor. Pero ahora el presidente tenía intención de ver algo de Malta antes de reunirse de nuevo para la cena. Cuando Churchill se levantó para marcharse, Roosevelt le confió que había dormido diez horas cada noche desde su salida de Washington, pero que todavía se sentía cansado.¹⁴

Aquel espléndido día recorrió cincuenta kilómetros en un coche de turismo, escoltado por el gobernador general de la isla, atravesando la derruida Valeta, Ghajn Tuffieha y la amurallada Mdina. Los campesinos malteses y los comerciantes se arrancaban la gorra de la cabeza al paso del convoy, y saludaban con los nudillos tocando la frente. A las 16:30 de aquella tarde, Roosevelt estaba de vuelta en el *Quincy*, donde Churchill finalmente se le unió para tomar unos cócteles en la sala de oficiales. El primer ministro, tras insistir en un baño tranquilo, llegó media hora tarde. Los Charlie-Charlies también llegaron, excepto Hap Arnold, comandante del Ejército del Aire, que se encontraba en casa recuperándose de su cuarto ataque cardíaco.¹⁵

Los jefes informaron al presidente y al primer ministro de su «completo acuerdo» con el plan de Eisenhower para concluir la guerra en Europa. Churchill, que estaba insólitamente locuaz incluso para lo que era habitual en él, ofreció consejo acerca de las divisiones de reserva a lo largo del Rin. Propuso también ocupar el máximo territorio austríaco que fuera posible para mantener a raya a los rusos: hacía tiempo que el primer ministro se había dado cuenta de que las maniobras de los ejércitos configurarían la política de postguerra, pero aquella era la primera vez que sugería un posicionamiento de las tropas angloamericanas para impedir la expansión soviética.¹⁶

Roosevelt iba asintiendo de vez en cuando pero apenas dijo nada. A las ocho se sirvió la cena.¹⁷

Aquel amable encuentro ocultaba la más enconada confrontación de la guerra entre los altos mandos británicos y americanos. La bronca había empezado inocentemente tres días atrás, cuando los jefes del Estado Mayor Conjunto se reunieron al mediodía del martes por vez 182 desde que hicieran causa común en enero de 1942. Por encima del Gran Puerto, en el edificio de un antiguo mercado conocido como Casa Montgomery, convertido por los calentadores de queroseno en un lugar tan asqueroso que los oficiales preferían quedarse sentados envueltos en sus abrigos, una delegación del SHAEF dirigida por Beetle Smith presentó de nuevo el plan de Eisenhower: destruir al enemigo al oeste del Rin, cruzar el río, y luego avanzar «hacia el corazón de Alemania» en dos ejes. El refuerzo de la línea a lo largo del Rin, desde Alsacia

hasta Holanda, impediría nuevos contraataques alemanes utilizando el río como barrera defensiva mientras los aliados ponían en marcha su ofensiva final. El IX Ejército de los EE. UU. al completo reforzaría a Montgomery en el norte, dijo Smith; la segunda embestida hacia Fráncfort y Kassel, encomendada al XII Grupo de Ejércitos de Bradley, envolvería el Ruhr desde el sur y propinaría un buen gancho de derecha en caso de que el gancho izquierdo del XXI Grupo de Ejércitos quedase obstaculizado.¹⁸

Una vez más el mariscal de campo Brooke adoptó el papel de detractor. Delgado, cetrino y de hombros redondos, conocido en privado como coronel Metralla, Brooke era a la vez formidable y fácil de parodiar. «Los hombres le admiraban, le temían y les gustaba: en este orden, quizás», observaba la revista *Economist*. Sus pasiones civiles eran hogareñas y entrañables: pescar en el lago, las manzanas Cox's Orange Pippin, las imitaciones, un poco de ópera, la fotografía de la naturaleza salvaje (en la que fue pionero) y, muy especialmente, los pájaros. Podía pasarse horas hablando de la *Monografía de las palomas* de Knipe. Criado en Francia, el menor de nueve hijos de un miembro de la pequeña nobleza de Irlanda del Norte había deseado ser médico. En cambio, como joven soldado demostró ser «un artillero de talento en los grandes duelos de cortinas de fuego de la primera guerra mundial», escribió un biógrafo. Utilizando las matemáticas y la psicología, era muy partidario de las cortinas de fuego móviles y de una práctica conocida como «nuevo reconocimiento», con el objetivo de atrapar a los enemigos incautos cuando salían de su cobertura.¹⁹

La táctica era lo suyo. Nunca cordial, Brooke, tras otros cinco años de guerra mundial, sufría de indigestión y desaliento. «No creo que pueda soportar un día más trabajando con Winston», había escrito en su diario unos días antes. «Está acabado y finiquitado, incapaz de comprender ninguna situación militar e inepto para tomar una decisión.» Pero los que más le irritaban eran «los primos», sobre todo cuando la influencia británica disminuía y la americana crecía. Ahora, como si otra vez estuviese realizando un «nuevo reconocimiento» en el Somme, apuntó a Smith.²⁰

Los jefes británicos, dijo Brooke con su entrecortado *staccato*, creían que los aliados «no disponían de suficiente fuerza para dos grandes operaciones». Había que elegir una vía de ataque, una sola. La ruta de Montgomery en el norte parecía «la más prometedora», dada su proximidad a Amberes y al Ruhr. El asalto de Bradley en el sur diluiría la fuerza aliada al desviar el equipamiento de puentes y otro material bélico. Las Ardenas había puesto de manifiesto la insensatez de la estrategia de un amplio frente de Eisenhower extendiendo un ataque demasiado delgado. «Acercarse al Rin en toda su longitud», como proponía el SHAEF, podía retrasar el avance.

¿Tendría Montgomery que esperar a orillas del río hasta que la bolsa de Colmar fuese erradicada? ¿Hasta que las fuerzas de Bradley cruzasen el Ruhr y despejasen el Saar?
21

Este argumento se venía arrastrando desde hacía cinco meses, pero Smith mantenía su aplomo posicionándose en defensa del plan del SHAEF. Eisenhower tenía la intención de apoyar «cada una de las divisiones que pudieran mantenerse logísticamente» en el norte, dijo, pero la topografía requería que Montgomery atacase el Rin en un frente estrecho de cuatro divisiones que «podría atascarse» si se enfrentaba a la hueste remanente de Rundstedt. El propio Montgomery había reconocido que apenas podrían mantenerse dos docenas de divisiones al este del Rin en su sector hasta que los puentes férreos abarcasen el río. Eisenhower se había comprometido a abastecer allí a tres docenas, más otras diez divisiones para explotar cualquier brecha. Pero ¿por qué tendrían que permanecer durmientes casi otras cuarenta divisiones americanas y francesas cuando era evidente que Alemania carecía de fuerza suficiente para defender el frente occidental entero? Poner todos los huevos en el mismo cesto, añadió Smith, sería arriesgado.²²

Marshall estaba de acuerdo y advirtió de que «no era seguro confiar en una sola línea de avance». La sesión se aplazó sin haber llegado a ningún acuerdo, y Smith telegrafió rápidamente a Eisenhower en Versalles. Los británicos «insistirán en poner por escrito algo que asegure que el esfuerzo principal se lleve a cabo en el norte», escribió; también querían garantías de que no se aplazaría un ataque en el Ruhr «hasta que se hubieran eliminado a todos los alemanes al oeste del Rin». El comandante supremo respondió sin demora:²³

Puedes asegurar a en mi nombre a los jefes de Estado Mayor Conjunto que tomaré los cruces del Rin en el norte tan pronto como sea factible la operación y sin esperar a cerrar el Rin en toda su longitud. Además, avanzaré atravesando el Rin por el norte con la máxima fuerza y completa determinación.

Aquello no complació en absoluto a Brooke, puesto que Eisenhower continuaba insistiendo en bifurcar su fuerza. En su diario del miércoles, el coronel Metralla confesó: «Cuando nos reunimos a las 14:30 h, la situación era más confusa que nunca, porque Bedell Smith había enviado otro cable a Ike que era también imposible y Ike le había respondido. Así pues, estábamos otra vez encallados... Me siento muy cansado, ¡y viejo!».²⁴

Lo peor estaba por llegar. Cuando Brooke se preparaba para acostarse a medianoche en el palacio de San Antón, Smith apareció en su puerta para continuar debatiendo. La conversación se caldeó. Brooke se preguntaba si Eisenhower «no estaba abarcando demasiado» y si su cuartel general no estaba demasiado alejado del frente. ¿Era lo «bastante fuerte» para la tarea o demasiado fácilmente influenciado por

el último comandante que le hubiese visitado, fuera quien fuese? «Maldita sea», ladró Smith. «Zanjemos la cuestión aquí y ahora.» Durante una hora intercambiaron pullas hasta que se desinflaron por el agotamiento y lo avanzado de la hora. «Creo que la charla nos hizo bien a los dos», escribió Brooke antes de dormirse, «y puede ayudar a suavizar la tarea de mañana».²⁵

Aquello era harto improbable. Alertado por Smith del altercado a altas horas de la noche, George Marshall decidió que ya estaba harto. Las constantes quejas de los británicos no solo implicaban desconfianza en Eisenhower, sino que Brooke y su ralea parecían defender a Montgomery contra su oficial superior. «Por favor, déjame esto a mí», le dijo Marshall al almirante King.²⁶

Cuando los jefes se reunieron de nuevo el jueves 1 de febrero por la tarde, Marshall pidió que abandonaran la sala todos los oficiales subordinados y los anotadores. Tan pronto como Brooke hubo tomado asiento Marshall taladró. ¿Por qué estaban los británicos tan preocupados por la influencia que Bradley y Patton tenían sobre Eisenhower? ¿Y la influencia de Roosevelt? ¿La consideraban también pernicioso? «El presidente casi nunca ve al general Eisenhower y nunca le escribe. Lo hace siguiendo mi consejo porque es un comandante aliado», dijo Marshall, frunciendo el entrecejo y alzando la voz en tono colérico. De hecho, los jefes británicos no podían estar «más preocupados de lo que lo estaban los jefes americanos por las presiones inmediatas del Sr. Churchill sobre el general Eisenhower». El primer ministro nunca dudó en intimidar directamente al comandante supremo, día o noche, eludiendo a los jefes del Estado Mayor Conjunto. «Creo que vuestras preocupaciones», declaró Marshall, «van a contrapié.»²⁷

No había terminado. Si los británicos conseguían interponer a un comandante de tierra entre el jefe supremo y sus tres comandantes de grupos de ejército, Marshall dimitiría; al menos eso es lo que le había dicho a Eisenhower. Montgomery estaba detrás de aquella disputa, arremetió Marshall, a pesar de que se le había dado «prácticamente todo lo que había pedido», inclusive el IX Ejército estadounidense, sencillamente anhelaba el «mando absoluto». A decir verdad, Montgomery era un «comandante excesivamente cauto que lo quiere todo», un «subordinado insolente y desleal» que trataba a todos los oficiales americanos con «manifiesto desprecio».²⁸

Un atónito silencio siguió a esta perorata. Después de la guerra Brooke escribiría: «A todas luces Marshall no entendía nada de estrategia y ni siquiera podía argumentar las ventajas relativas de diversas alternativas. Incapaz de juzgar por sí mismo, confiaba y respaldaba a Ike, y sentía que era su deber preservarlo de toda interferencia». No obstante, el almirante Cunningham, jefe de la Armada, observó más tarde que «la queja de Marshall no era injustificada».²⁹

De momento, la indignación americana se llevó la palma. Brooke guardó silencio, los jefes enseguida aceptaron respaldar el plan maestro del SHAEF, y la última gran tempestad intestina de la guerra remitió. Durante otro mes, los británicos conspiraron para sustituir a Tedder como subcomandante supremo por Harold Alexander, al que consideraban más manejable a pesar del despectivo comentario de Brooke tachándolo de «un hombre muy, muy pequeño [que] no ve a lo grande». Eisenhower, apoyado por Marshall, advirtió a Londres que si Alexander llegaba al SHAEF desde Italia, tendría pocos deberes militares de que ocuparse. Spaatz sucedería a Tedder como jefe de la aviación en el oeste, y así «no habría manera de colocar a ningún cuartel intermediario entre mis comandantes del Grupo de Ejércitos y yo». ³⁰

Pocos podían dudar ahora de que los americanos tenían la sartén por el mango. «El P. M. estaba dolido», garabateó Kay Summersby en su diario, «pero E. dijo que lo superaría». ³¹

Una lluvia ligera salpicaba el aeródromo de Luqa al suroeste de Valeta a altas horas de la madrugada del sábado 3 de febrero. Una flota de veinticinco aviones de transporte, conocida colectivamente con el nombre de Misión n.º 17, aguardaba bajo luces de arco en la bulliciosa línea de vuelo. Camiones y coches de Estado Mayor circulaban por la pista buscando este o aquel avión. Los encargados de los equipajes subían maletas y cajas a las plataformas, las cajas selladas con documentos secretos llevaban cintas negras y etiquetas amarillas, mientras los jefes de vuelo con tablas portapapeles examinaban los pases azules y blancos de los pasajeros que trepaban a las cabinas. Cricket había terminado, ahora vendría Argonauta, una conferencia con Josef Stalin en el resort de Yalta en Crimea, en el mar Negro. ³²

Durante los últimos meses Roosevelt había propuesto diferentes sedes desde Escocia hasta Jerusalén. Stalin, alegando mala salud y las exigencias de su gran ofensiva contra el frente oriental de Alemania, lanzó la contrapropuesta de Yalta, una sugerencia que precipitó a los oficiales anglo-americanos a la consulta de sus guías Baedeker. «Hice hincapié en las dificultades que esta decisión os supondría, pero que en consideración a la salud del mariscal Stalin estabais dispuesto a aceptarlas», escribió W. Averell Harriman, embajador de los EE. UU. en Moscú, a Roosevelt a finales de diciembre. Entre las dificultades mencionadas, aparte del vuelo de siete horas y dos mil doscientos kilómetros desde Malta a un remoto lugar y la precaria salud del propio Roosevelt: «las instalaciones de lavabos serán deficientes [y] no hay bares»; se recomienda a los viajeros que se lleven sacos de dormir y abundantes «povos contra las chinches»; la corriente eléctrica en Yalta era de 330 voltios; y el

gobierno turco había dado permiso de sobrevuelo para la Misión n.º 17, pero «no puede garantizar que los aviones no sean atacados». Todos los consejeros del presidente sin excepción se habían opuesto a que realizara aquel arduo viaje, pero Roosevelt insistió. Como su asistente Harry Hopkins observó después: «su espíritu aventurero siempre le instaba a ir a lugares insólitos».³³

Roosevelt y Churchill habían acordado limitar sus respectivos séquitos a 35 personas; sin embargo, un total de 700 personas volaron desde Malta, con otras muchas que marcharon en tren hacia Crimea desde Moscú y otras que llegaron en barco. Los americanos ascendían a 330, entre ellos 14 generales, 15 coroneles, 18 guardaespaldas y 8 cocineros y camareros. La alineación de viajeros británicos ocupaba once páginas, entre ellos 62 oficiales de comunicaciones, 58 marinos de la Marina Real, un capitán de cocina, un par de operadores de cine, 5 oficiales de cartografía y 17 miembros del Estado Mayor personal de Churchill. Se le había dicho a cada uno de los viajeros que «inventase una historia apropiada y plausible como tapadera para justificar la partida y la ausencia» de casa, y la Cámara de Comercio británica discretamente emitió 2.400 cupones de raciones para compras de indumentaria apropiada para «un lugar en el extranjero en el que el clima es frío». Churchill solo pidió 72 cupones extras para comprar nuevos uniformes y ropa interior.³⁴

En vista de las rústicas condiciones previstas en Yalta, la lista de intendencia preparada por los proveedores británicos para transportar en la Misión n.º 17 incluía 144 botellas de whisky, 144 botellas de jerez, 144 botellas de ginebra, 100 kilos de beicon, 100 kilos de café, 23 kilos de té, 100 rollos de papel higiénico, 2.500 servilletas de papel, 650 platos llanos, 350 tazas y platillos de té, 500 vasos, 100 copas de vino, 20 saleros y pimenteros, 400 juegos de cubertería, 36 manteles y 13 azucareros. Además, el buque británico *Franconia*, que se dirigía a Yalta por los Dardanelos, transportaba 864 botellas adicionales de whisky y ginebra, 180 botellas de jerez, 20.000 cigarrillos americanos, 500 puros y 1.000 cajas de cerillas. Un envío independiente con el nombre de «Viaje a Yalta 208» incluía varios centenares de botellas de vino del Rin, vermut, ginebra Gordon, whisky Johnnie Walker Red Label y King George IV y champán Veuve Clicquot 1928, así como 20.000 cigarrillos Chesterfield y Philip Morris, 500 puros Robert Burns y un cartón de papel higiénico. Por si acaso faltaba algo, se encargó al embajador británico en Moscú un envío a Yalta de una docena de botellas de Château Margaux 1928, coñac, cerveza, 10.000 cigarrillos Players y 48 botellas de whisky White Horse, Black & White y Vat 69. Nadie pasaría sed. Churchill advirtió a la Casa Blanca que el whisky «es bueno para el tifus y mortal para los piojos».³⁵

«Salimos de Malta en plena oscuridad», escribió un coronel del ejército, «como cisnes migratorios». El primer avión se elevó hacia el cielo a la 01:50 h, escupiendo una llamarada azul por los colectores de escape mientras el piloto empujaba el acelerador a máxima potencia en la corta pista de despegue de Luqa. Los otros aparatos fueron despegando a intervalos de diez minutos. El plan de vuelo llevaría a aquellos cisnes a través del Mediterráneo casi hasta la Creta ocupada por los alemanes, después darían un giro de noventa grados hacia la izquierda sobre el Egeo, pasando por encima de Atenas y Samotracia, antes de cruzar la Turquía europea y el mar Negro. Con un impuesto silencio en las radios, los pilotos apagaron las luces en el despegue. Los pasajeros adelantaron dos horas sus relojes y trataron de dormir.³⁶

Churchill subió a bordo un cuatrimotor C-54 Skymaster que le había proporcionado el Ejército del Aire: presumía de que los artesanos británicos había utilizado cinco mil pieles de animales para tapizar la cabina. Acurrucado con su gabán, el primer ministro parecía «un pobre y sonrosado bebé a punto de llorar», según lo describió su hija Sarah, que formaba parte del acompañamiento.³⁷

En tierra, en la línea de vuelo había un C-54 n.º 252, con el nombre de *Vaca Sagrada*, que haría su primer vuelo con un pasajero identificado en el manifiesto solo como «El Almirante». Enseguida un ascensor con cabina subió a Roosevelt en su silla de ruedas a la cabina de popa del avión. Churchill recordaría más tarde que la cara del presidente «tenía una transparencia, un aire de purificación». Había una «mirada lejana en sus ojos».³⁸

Los cazas Spitfire y P-38 que los escoltaban ya zumbaban en el aire. Las tripulaciones habían experimentado en las últimas semanas para fijar una altitud lo más baja posible que ofreciese seguridad y comodidad: el vuelo se realizaría a 1.830 metros. Los motores tosieron y arrancaron. Las hélices plateadas zumbaron bajo una luna mojada. A las 03:30 h la *Vaca Sagrada* hundió el morro en la noche y viró hacia el este.³⁹

Una conferencia profética

Encajada en un anfiteatro natural entre el mar Negro y las montañas de Crimea, Yalta parecía haber sido construida para el teatro. Las elevadas cimas, con las grises cicatrices causadas por antiguas avalanchas, se alzaban amenazadoras sobre la ciudad como «una visión de las Sierras», como escribiera Mark Twain en *Inocentes en el extranjero*. Antón Chéjov, que escribió *El huerto de los cerezos* y *Tres hermanas* en su villa de Yalta, observó en *La dama del perrito*:⁴⁰

En los rumores que corren sobre las licenciosas costumbres de Yalta hay muy poco de cierto... relatos de conquistas fáciles y excursiones a las montañas, y el pensamiento tentador de una relación breve y pasajera... La ciudad con sus cipreses tenía un aspecto completamente muerto, pero el mar seguía rugiendo y rompiendo en la orilla; sobre las olas se balanceaba una barcaza, cuyo fanal despedía un resplandor soñoliento.

Aquel mar, para los antiguos Pontus Euxinus, Mar Hospitalario para los Extraños, rompía ruidosamente en una costa ocupada por los cimérios y los escitas, los griegos y los genoveses, los tártaros y los príncipes rusos. Las dos mil horas anuales de sol (comparables a Niza) sugerían condiciones saludables en la costa de Crimea, y el primero de las tres docenas de sanatorios para tuberculosos y otros enfermos había sido financiado por intelectuales progresistas, entre ellos Chéjov y Máximo Gorki. En 1920, por decreto de Lenin, Yalta se convirtió en un balneario para obreros, un paraíso proletario de huertas de higueras, moreras y hayas que asomaban a un oscuro mar de imponderable profundidad.⁴¹

Después vinieron los alemanes. Tres años de guerra, incluido el épico asedio a la cercana Sebastopol, arrasaron Crimea a conciencia, y la invitación de Stalin a los anglo-americanos había desencadenado semanas de frenéticos esfuerzos para que Yalta quedase presentable. Miles de soldados del Ejército Rojo rellenaron los cráteres de las bombas, reequiparon las casas desmanteladas, y sacaron a paladas el estiércol de los palacios decimonónicos que los alemanes habían utilizado como establo para sus caballos. Mil quinientos vagones de tren transportaron desde Moscú, en un trayecto de cuatro días, alfombras, cristales para las ventanas y incluso pomos de latón para las puertas, que el enemigo en fuga había serrado y sustraído. Se reclutaron chefs, camareros, doncellas de cámara y *maîtres*, junto con ropa blanca, camas, cortinas, platos y vajillas de plata de los Hoteles Metropol, Nacional, Splendide y Moscú para prestar servicio en Yalta. Cada noche un convoy ruso barría Crimea revolviendo granjas, casas de huéspedes y escuelas en busca de espejos de afeitar, palanganas, perchas, relojes y pinturas. Enjambres de yeseros, lampistas, pintores, electricistas y cristaleros trabajaban las veinticuatro horas del día. Quinientos prisioneros de guerra rumanos plantaron arbustos y flores semitropicales en desordenada profusión.⁴²

Los buques de apoyo británicos y americanos fueron desviados hacia Sebastopol cuando se descubrió que las aguas costeras de Yalta estaban plagadas de minas alemanas. («No dejaron un mapa», explicó un oficial ruso encogiéndose de hombros.) Desde las bodegas de los barcos se transportó mobiliario de oficina, doscientas toneladas de equipo de radio y toda aquella bebida que había a bordo del *Franconia* en camiones a través de ochenta kilómetros y novecientas curvas cerradas de montañas. Una «inspección sanitaria», llevada a cabo en Yalta el 28 de enero por médicos de la Marina de los EE.UU., informó de una «acusada plaga de chinches»:

centenares de colchones y almohadas fueron rociados con una solución del 10 % de DDT disuelto en queroseno. Se limpió la ropa blanca con polvos de DDT y, por si acaso, el personal de cocina ruso recibió instrucción acerca de «prácticas higiénicas».⁴³

Cuatro regimientos soviéticos llegaron para salvaguardar Yalta, además de 160 cazas, varias baterías antiaéreas y el cordón de seguridad de Stalin de 620 hombres, reforzado por un cuerpo de guardaespaldas personal de doce georgianos con metralletas. A un diámetro de veinte kilómetros de la ciudad se llevaron a cabo setenta y cuatro mil controles de seguridad, y se arrestaron 835 «elementos antisoviéticos» sospechosos. Tres círculos concéntricos de centinelas rodeaban los complejos soviético, británico y americano, y los bosques se endurecieron con la presencia de oscuros agentes. Espías con micrófonos ocultos y direccionales llegaron también de Moscú, con el propósito de escuchar tantas conversaciones privadas como fuera posible.⁴⁴

A pesar de los esfuerzos de aquellas camareras y *maîtres*, Argonauta sería más tosco que anteriores cónclaves en ubicaciones como Casablanca, Quebec y Washington. «Lamento la necesidad de que diecinueve coroneles duerman en una habitación», advertía un sucinto mensaje a la delegación británica. El teniente general Hastings Ismay, asistente militar del primer ministro, escribió después: «Habría sido difícil entrar un lugar de encuentro más inaccesible, incómodo e inadecuado».

Sin embargo, el recelo era más profundo que la preocupación por las habitaciones abarrotadas y las chinches. «Esta puede ser una conferencia profética», le había dicho Churchill a Roosevelt. «El final de esta guerra puede resultar más decepcionante que el de la anterior.» Argonauta contribuiría a conformar el mundo de postguerra. Ahora solo faltaba que llegasen los propios Argonautas.⁴⁵

El *Vaca Sagrada* tomó tierra a las 12:10 h del sábado en el aeródromo de Saki en la húmeda costa de Crimea, seguido veinte minutos después por el tapizado Skymaster del primer ministro. Con su capa y sombrero de fieltro con el ala levantada, Roosevelt bajó en el ascensor con cabina a la helada pista, donde un agente del servicio secreto lo subió a un jeep ruso. Recibió el saludo de Vyacheslav Molotov, el ministro de exteriores soviético, conocido en privado por los americanos como «Trasero de Piedra». Con Churchill de pie a su lado fumando un puro, el presidente recibió el saludo de una guardia de honor de guantes blancos y paso militar a la que se había confiscado la munición de los fusiles. Todos los veinticinco aviones de la Misión n.º 17 estaban en perfecta alineación cuando el capitán de la guardia desfiló

sosteniendo una espada «recta delante de él como un gran carámbano», escribió Charles Moran. Una orquesta entonó los tres himnos nacionales y después la *Internacional*.⁴⁶

Destruiremos este mundo de violencia,
hasta los cimientos, y después
construiremos nuestro nuevo mundo.
Aquel que no era nada se convertirá en todo.⁴⁷

«Al presidente se le veía viejo, delgado y demacrado», añadió Moran. «Estaba sentado mirando hacia el frente con la boca abierta, como si no asimilase las cosas.» Tres grandes tiendas se erguían cerca de la tosca torre de control. Dentro había mesas con montones de bandejas de salmón, esturión, pescado blanco, caviar y pan negro. Junto a humeantes vasos de té había jarras de vodka y botellas de coñac y champán. Marshall, amortiguado en un abrigo caqui forrado de piel, miró con desaprobación aquel ágape y murmuró: «Pongámonos en marcha».⁴⁸

Enseguida un zigzagueante convoy de sedanes y autobuses siguió la carretera sin pavimentar que conducía a Yalta, a ciento treinta kilómetros y cinco horas de distancia. Ninguna fotografía ni filmación Movietone podría haber transmitido con mayor realismo a los aliados occidentales la intensidad de la guerra que estaban librando sus camaradas orientales: kilómetro tras kilómetro de edificios, graneros, granjas, trenes, tanques y camiones destripados. Campesinas envueltas en sus chales y con botas hasta las rodillas saludaban desde desolados campos y huertos reducidos a cenizas. Salvo unas pocas ovejas, no se veía ganado alguno, ni maquinaria agraria, y lo que es más, ni hombres, aparte de los centinelas con gruesos abrigos y sombreros de astracán, uno cada noventa kilómetros, saludando a cada vehículo que pasaba con una abrupta extensión de sus rifles a un ángulo de treinta grados. Churchill mataba el tiempo recitando el poema épico *Don Juan* de Lord Byron. Más allá de la sombría Simferópol, el terreno ascendía pasando del nevado páramo a la montaña. La Ruta Romanoff seguía un elevado y tortuoso camino que rodeaba el flanco de piedra caliza de Roman-Kosh, el pico más alto de Crimea, antes de descender por la serpenteante carretera de la costa sobre el mar. Cada kilómetro era más cálido que el anterior hasta que poco antes de las seis de la tarde llegaron a Yalta. Guardias de tráfico femeninas los saludaron a su paso agitando banderas rojas y amarillas.⁴⁹

Churchill y el contingente británico pasaron zumbando hacia los alojamientos que les habían asignado en la Villa Vorontsov, descrita por Ismay como «una fantástica mezcla de falso castillo escocés y palacio moro»; el mobiliario, declaró otro huésped, irradiaba «una fealdad casi aterradora». Construida por un gobernador ruso a comienzos del siglo XIX, con una hermosa vista al mar Negro, la propiedad había

servido de cuartel general del mariscal de campo Erich von Manstein durante la ofensiva crimea de los alemanes. Ahora ardían gruesos troncos en las chimeneas, y los sirvientes con libreas negras se apuraban de un lado a otro esforzándose por acomodar a los visitantes. Cuando Sarah Churchill mencionó que el caviar mejoraba con el limón, una tina con un limonero repleto de limones apareció en el vestíbulo. Cuando el mariscal del aire Portal comentó que en un enorme tanque de cristal faltaban peces, al instante nadaban peces de colores en él.⁵⁰

Ay, se lamentaba Morgan, «no se ha omitido nada salvo la limpieza». Las chinches pronto requirieron la presencia de los fumigadores americanos con sus difusores de DDT, demasiado tarde para los roídos y maltrechos pies de Churchill, a pesar de que se le envió desde Moscú en un tren especial una cama más grande y sin chinches. Ahora generales y almirantes compartían celdas construidas para sirvientes —«Dormimos en manada como los muchachos de las escuelas de primaria duermen en los dormitorios», escribió un oficial a su esposa— y solo dos cuartos de baño con agua fría para toda la villa. Sarah escribió a su madre que había visto a «3 mariscales de campo haciendo cola por un cubo» para aliviarse. Yalta, protestó el primer ministro, era sin duda «la Riviera del Hades». Quizás Brooke era el único que estaba contento: «Vi un gran buceador del norte, cormoranes, negrones, muchas gaviotas y otros patos buceadores», escribió en su diario. «También delfines alimentándose de bancos de peces.»⁵¹

A dieciséis kilómetros de distancia, los americanos se instalaron en la Villa Livadia de cincuenta habitaciones, un palacio de dos pisos de tejado plano de caliza y mármol ubicado en un risco sobre el mar. A medida que llegaban los viajeros e iban amontonando en el gran vestíbulo las maletas y las mochilas de cuero, los sirvientes los saludaban inclinándose hasta la cintura y dirigiéndose a Roosevelt como «Su Excelencia». («Al presidente no parecía desagradarle», anotó un general.) También aquí los huéspedes encontraron una extraña mezcla de elegancia e incomodidad. Los camareros vestidos de chaqué llevaban bandejas de plata con pastelitos y té hirviendo en vasos altos, y montículos de caviar se elevaban en cada una de las mesas de roble. En un improvisado salón, un barbero y manicurista ruso estaba preparado para acicalar a los americanos. El exuberante entorno de Livadia ofrecía quince kilómetros de senderos para pasear bordeados de cedros, tejos y cipreses negros en forma de signos de exclamación. Sin embargo, solo había cuatro bañeras y nueve lavabos para los más de cien americanos que vivían en los dos pisos de la villa; cartulinas pegadas con chinchetas en las puertas daban la relación de las asignaciones de los baños por edad, rango y sexo. (La hija del presidente, Anna, era una de las mujeres que viajaba

con la comitiva.) Para los impacientes, se cavaron letrinas auxiliares en un cercano parque de ciervos. Un aviso a todos los delegados pedía: «Por favor, no os llevéis los servicios de habitación y comedor como recuerdo».⁵²

Un aire de tragedia flotaba en torno a Livadia, que fue construida en 1911 como palacio de verano del último zar, Nicolás II, y su zarina, Alejandra, a un coste de dos millones de rublos, pagados en oro. Sacerdotes ortodoxos habían esparcido agua bendita y mecido humeantes incensarios para bendecir cada una de las habitaciones. No hacía falta mucha imaginación para ver a la pareja real con sus cuatro hijas y su hijo enfermo llegando desde San Petersburgo con el tren imperial, tomando un refrigerio de lengua de reno y arenque ahumado mientras retozaban por la villa o a bordo del yate real de tres mástiles y doble chimenea anclado bajo el risco. Se decía que las cabezas de león que adornaban los bancos de mármol que había delante de la entrada caricaturizaban al zar; que este dormía cada noche en una habitación diferente para engañar a los asesinos; y que una escalera exterior privada había sido utilizada por el místico Rasputín para visitar a la zarina. Tras su abdicación en 1917, Nicolás pidió en vano el retiro a Livadia, pero en lugar de ello fue asesinado junto con su familia, y la villa se convirtió en el primer sanatorio para tuberculosos y después en cuartel general de una división alemana en 1941. Hitler le había prometido la propiedad a Rundstedt después de la guerra por los servicios prestados, y por esta razón escapó de las llamas.⁵³

Ahora Roosevelt dormía en la suite del primer piso del zar, cuya decoración asemejaba, según descripciones, a la de «los antiguos vagones de primera», con lámparas de latón y pantallas con flecos de seda anaranjados y cojines de harén de color verde botella esparcidos por el suelo. A Marshall se le adjudicó otro dormitorio real en el piso de arriba y el almirante King, con gran regocijo por parte de sus camaradas, ocupó el tocador de la zarina.⁵⁴

A las cuatro de la tarde del domingo, las pesadas puertas de madera se abrieron de par en par y un escuadrón del servicio secreto entró en el vestíbulo de Livadia, seguido de una falange de seguridad soviética con las armas en posición preventiva. De un Packard negro aparcado en la calzada semicircular de la entrada emergió una figura osuna con una gorra militar redonda y un grueso abrigo adornado con hombreras y seis botones de latón. Llevaba los pantalones metidos dentro de las botas de suave cuero del Cáucaso con tacones elevados, y encima de la guerrera caqui de su uniforme de mariscal lucía la banda roja y la estrella de cinco puntas de Héroe de la Unión Soviética. Los impenetrables ojos oscuros y el bigote gris de escoba quedaban suavizados por una leve sonrisa que mostraba unos dientes irregulares, más negros

que el tinte de hueso, e incluso con aquella luz tenue se adivinaba que bajo una gruesa capa de polvos de talco sus mejillas estaban marcadas con las cicatrices de la viruela que había padecido a los seis años. Todas las conversaciones se interrumpieron, los sirvientes rusos hacían esfuerzos por que las tazas de té no repiqueteasen, y los oficiales subalternos dieron un paso adelante estirando el cuello como si quisiesen captar una visión fugaz de Grendel.⁵⁵

Josef Stalin intrigó incluso a Roosevelt, que ahora saludaba al mariscal con una amplia sonrisa y la mano extendida desde detrás del escritorio de su improvisado estudio en el palacio. Compartían una astucia innata, una perspicacia política y la convicción de que sus respectivas naciones estaban a punto de convertirse en superpotencias: un término de reciente cuño que ayudaba a definir. En otros aspectos el rico patricio tenía muy poco en común con aquel hijo de un zapatero borracho y una madre nacida en la servidumbre. Unas semanas después, Roosevelt explicaría a su gabinete, en plan jocos, que mientras el joven Stalin estudiaba para hacerse sacerdote «algo penetró en su concepción del modo en que un caballero cristiano había de comportarse». De hecho, dejó el seminario para especializarse en el robo de bancos, extorsión y, en calidad de primer editor del periódico bolchevique *Pravda*, manipulación de masas. Tranquilo, lacónico, y a menudo cortés, con, en opinión de Brooke, «un cerebro militar del más alto calibre», era también vengativo, enigmático y un asesino que rivalizaba con Hitler. Aun así, Roosevelt afirmaba repetidamente a sus tenientes: «Puedo manejar a Stalin». En cuanto a la perspectiva del mariscal: había observado unos meses atrás que «Churchill es la clase de hombre que te meterá la mano en el bolsillo por un *kopek*... Roosevelt no es así. Él solo mete la mano para las monedas grandes».⁵⁶

Charlaron de cosas intrascendentes bajo una pintura de un granjero arando un campo y un candelabro con bombillas de distintos tamaños y brillo. El presidente estaba encantado de que pudieran mantener una conversación privada antes de que Churchill se les uniese. Stalin pronunciaba algunas frases en inglés, quizás aprendidas de las películas de Hollywood, en particular, «¡Tú lo has dicho!», «¿Y qué?» y «¿Qué demonios pasa aquí?». Con la ayuda de Bohlen traduciendo y tomando notas, Roosevelt aseguró al mariscal que estaba «muy cómodo» en Livadia, donde se celebrarían todas las sesiones plenarias para el bienestar del presidente. Observó que la suerte militar de los aliados había «mejorado considerablemente» desde su último encuentro en Teherán catorce meses atrás. Con los ejércitos del este y del oeste acercándose cada vez más, esperaba que el general Eisenhower pudiera comunicarse directamente con los comandantes de campo soviéticos en vez de enviar todos los mensajes a través de los jefes del Estado Mayor Conjunto. El terrible saqueo de

Crimea le había vuelto «más sediento de sangre que hacía un año», añadió el presidente, e instó a Stalin a que brindase en la cena «por la ejecución de cincuenta mil oficiales del ejército alemán». ⁵⁷

El mariscal respondió que la carnicería había sido mucho peor más al norte, en Ucrania, donde el plan enemigo del *Lebensraum*, consistente en instalar a diez millones de colonos alemanes en el este, había desembocado en un genocidio. *Todo el mundo* era ahora más sanguinario, dijo, porque los alemanes eran «salvajes y parecían aborrecer con un odio sádico las obras creativas del género humano». ⁵⁸

Roosevelt ofreció un cigarrillo a Stalin y se encendió otro para él. Los británicos, declaró, eran «un pueblo peculiar y querían tener su parte de pastel y comérselo». En cuanto a los franceses, estaba completamente de acuerdo con la astuta lógica de Churchill de excluir a De Gaulle de Argonauta. («No me imagino nada más desagradable e imposible», había escrito Churchill recientemente a Anthony Eden, su secretario de Exteriores, «que tener a este hombre amenazador y hostil entre nosotros.») No obstante, el presidente pensaba que sería lógico que Francia tuviera una zona de ocupación de postguerra en Alemania, junto con los Tres Grandes. ¿Por qué?, preguntó Stalin, teniendo en cuenta lo poco que Francia había contribuido a ganar la guerra. ⁵⁹

«Solo por amabilidad», respondió Roosevelt. ⁶⁰

Stalin asintió. «Esta», dijo en su fuerte acento georgiano, «sería la única razón para dar a Francia una zona».

Se separaron con otro apretón de manos. Más tarde, mientras embutía tabaco en su pipa, el mariscal hizo un gesto hacia el hombre enfermo en la silla de ruedas y dijo en voz alta: «¿Por qué tuvo la naturaleza que castigarlo de este modo?».

Con la llegada de Churchill a las 17:10 h dio comienzo la primera sesión plenaria con veintiocho hombres reunidos en lo que antaño fuera el comedor de estado de Livadia. La mitad se sentaba en torno a una mesa circular cubierta de damasco blanco y el resto en sillas a lo largo de las paredes. Con quince metros por nueve, la sala tenía puertas dobles de castaño en un extremo y una enorme chimenea cónica, que ahora ardía alegremente, en el otro; media docena de ventanas en arco daban al jardín. En aquella habitación de techo alto Nicolás y Alejandra celebraron en 1911 el decimosexto cumpleaños de su hija mayor, la gran duquesa Olga Nikolaevna, con un baile de gala y una cena cotillón. Mientras la luna navegaba sobre el mar Negro, el zar le ofreció a Olga un collar de treinta y dos diamantes y perlas. Decían que incluso en noviembre la fragancia de las rosas había perfumado la noche. ⁶¹

Gran parte de la reunión inicial de Argonauta estuvo dedicada a dar información sobre el frente. Hablando sin anotaciones, el general Marshall brindó un resumen conciso de la situación en el oeste. El ejército alemán en las Ardenas había sido eliminado, dijo, y Eisenhower esperaba cruzar el Rin en el mes de marzo. Montgomery estaba preparando una ofensiva en el sureste hacia el Rin por encima de Düsseldorf, apoyado por el IX Ejército de los EE.UU., que avanzaría hacia el noreste convergiendo en el mismo objetivo. El Ruhr quedaría envuelto en vez de ser atacado frontalmente. Una embestida de apoyo por parte del Grupo de Ejércitos de Bradley viraría hacia Fráncfort y más allá, con el Grupo de Ejércitos de Devers protegiendo el ala derecha. Decenas de miles de toneladas de cargamento llegaban ahora cada día a puertos europeos, a pesar de que más de sesenta V-1 y V-2 habían golpeado Amberes justo dos días antes. Los bombardeos aliados continuaban arrasando el Reich, añadió Marshall: en menos de un año la producción alemana de petróleo había disminuido al 20 % de su máximo rendimiento.⁶²

El resumen soviético, leído por el general del ejército Aleksei I. Antonov, fue electrizante. La ofensiva de invierno lanzada al este de Varsovia a mediados de enero había avanzado cuatrocientos ochenta kilómetros en tres semanas; evidentemente los alemanes habían pensado que Stalin aguardaría a que el tiempo mejorase y los cogieron por sorpresa. Las tropas del Ejército Rojo superaron incluso los dieciséis a diecinueve kilómetros diarios que los comandantes habían calculado, y ahora los soldados soviéticos estaban en el río Oder, a menos de ochenta kilómetros de Berlín. Las fuerzas enemigas del este de Prusia estaban incomunicadas, y las legiones soviéticas arrasaban en su avance hacia Stettin, Danzig y Königsberg en el Báltico. La ciudad industrial de Silesia había sido invadida. Los oficiales políticos del Ejército Rojo estaban colgando carteles con mensajes garabateados con gasóleo diésel: «Ahora estáis en la maldita Alemania». Antonov calculaba que se habían destruido cuarenta y cinco divisiones alemanas en la ofensiva.⁶³

En la actualidad, los soviéticos contaban con una superioridad respecto a los alemanes de siete a uno en tanques, de once a uno en infantería, y de veinte a uno en artillería. Hitler había trasladado las reservas al oeste, pero muchas fueron desviadas hacia Budapest o para defender Viena y los campos petrolíferos húngaros. Stalin metió baza para decir que en el frente central al oeste de Polonia, las divisiones soviéticas superaban en número a las alemanas en una proporción de 180 a 80. Ni él ni Antonov mencionaron la liberación una semana antes de Auschwitz, cerca de Cracovia, uno de los más atroces campos de concentración nazis. Solo encontraron vivos a unos pocos miles de reclusos, pero una posterior investigación revelaría el exterminio de más de un millón de personas, en su mayoría judíos, y abominables

experimentos médicos. Los alemanes no habían tenido tiempo de deshacerse de siete toneladas de cabello de mujer cortado a las víctimas, ni de 348.820 trajes de hombre y 836.515 vestidos, eficientemente embalados, ni de las pirámides de dentaduras y gafas cuyos propietarios habían sido reducidos a humo y cenizas.⁶⁴

«Nuestro deseo», dijo Antonov, «es acelerar el avance de las tropas aliadas en el frente occidental.» Las defensas alemanas estaban paradas al este de Berlín, y a pesar de que Eisenhower apostaba en Versalles tres a uno que los rusos entrarían en la capital enemiga el 31 de marzo, aquello parecía optimista. Muchas divisiones soviéticas habían quedado reducidas a menos de cuatro mil hombres, con escasez de apoyo aéreo y de munición de artillería. Las cabezas de puente en el Oder seguían tomadas. El ímpetu de los ejércitos se vio ralentizado por la lluvia, la nieve y el barro así como por la necesidad de cambiar las líneas de suministro de la anchura de las vías férreas rusas a las estrechas vías de la Europa occidental. Los contraataques enemigos amenazaban los flancos al este de Pomerania. Antonov situó las bajas del Ejército Rojo de las tres últimas semanas en 400.000, casi el cuádruple de las pérdidas estadounidenses en las Ardenas. Cuando el almirante King elogió el valor soviético, Stalin respondió: «Hay que ser un hombre muy valiente para no ser un héroe en el ejército ruso».⁶⁵

Valor, sí, pero también iniquidad. Las atrocidades soviéticas creían exponencialmente en el este y consistían en la quema de pueblos, asesinatos gratuitos y violaciones en masa en el este de Prusia, Silesia y otros lugares. A finales de 1945, aproximadamente dos millones de mujeres serían sexualmente agredidas por los asaltantes del Ejército Rojo, y esta cifra excluía a las polacas y a las soviéticas liberadas que habían sido raptadas por la Wehrmacht y conducidas a Alemania como obreras esclavas. En Königsberg, las enfermeras fueron arrastradas de las mesas de operaciones para ser violadas en grupo. «Nuestros hombres disparan a las que tratan de salvar a sus hijos», dijo un oficial soviético. Los padres alemanes ejecutaban a sus hijas para evitarles más profanaciones, y a las mujeres violadas les clavaban las manos a las carretas en las que se llevaban a sus familias como parte de la migración de 7, 5 millones de alemanes hacia el oeste durante los meses siguientes. «Recordarán la marcha de nuestro ejército sobre territorio alemán durante mucho, mucho tiempo», escribió un soldado ruso a su padre. De estas cosas no se dijo nada, ni aquel día en el salón de Livadia ni en ningún momento durante el encuentro Argonauta.⁶⁶

A las 20:30 h, Roosevelt, Churchill y Stalin y otros once suspendieron la sesión para cenar «con muy buen humor», según las anotaciones de Bohlen. Se tuvo la precaución de no sentar trece personas a la mesa porque aquel número incomodaba al supersticioso Roosevelt. Muchachos filipinos sirvieron caviar, esturión, buey y

macarrones, pollo frito, fruta y pastel de varios pisos, todo regado con vodka y cinco tipos de vino. «El mundo tendrá puestos sus ojos en esta conferencia», declaró Churchill. «Si tiene éxito, tendremos paz durante cien años.» Un diplomático describió al primer ministro «bebiendo cubos de champán caucásico»; Stalin sorbió solo la mitad de su vodka durante los innumerables brindis antes de rellenar discretamente su vaso con agua.⁶⁷

Hasta la última media hora no surgieron los temas políticos, cuando la charla de sobremesa derivó hacia la época de postguerra que estaba por venir. «Nosotros tres tenemos que decidir cómo mantener la paz en el mundo», dijo Stalin, «y no la habrá a menos que nosotros decidamos hacerlo.» Evidentemente, era «ridículo creer que Albania pudiera tener igual voz que las tres grandes potencias que habían ganado la guerra», prosiguió, añadiendo que la Unión Soviética «nunca aceptaría que cualquier acción de las grandes potencias fuera sometida al juicio de las pequeñas». ⁶⁸

Roosevelt estaba de acuerdo en que «las grandes potencias tienen una mayor responsabilidad», y deberían dictar la paz. No obstante, las pequeñas naciones no podían ser ignoradas. «Tenemos, por ejemplo», insistió, «muchos polacos en América que están profundamente interesados en el futuro de Polonia.»

«Pero de tus siete millones de polacos, solo votan siete mil», exclamó Stalin, al parecer elaborando su estadística del aire. ⁶⁹

Las grandes naciones, declaró Churchill, «deberían cumplir con su responsabilidad moral... con moderación y gran respeto por los derechos de las naciones pequeñas». Poniéndose de pie, propuso un brindis por «las masas del proletariado del mundo», y después añadió: «El águila debería permitir que los pájaros más pequeños canten sin preocuparse del porqué de su canto». ⁷⁰

Poco después de las once de la noche se disolvió la reunión. Quedaba mucho trabajo por delante, pero el presidente, el primer ministro y el mariscal coincidieron en que habían empezado con buen pie. No todo el mundo estaba de acuerdo. «Un equipo terrible, pensé», escribió Anthony Eden en su diario. «El presidente vago, impreciso e inefectivo». Churchill había «hecho desesperados esfuerzos y discursos demasiado largos para que las aguas volviesen a su cauce. La actitud de Stalin en lo relativo a los países pequeños me sorprendió por lo desagradable, por no decir siniestra». ⁷¹

La actitud de Stalin respecto a Alemania era todavía más sombría. Lo dejó claro cuando la conferencia se reunió de nuevo a última hora de la tarde del lunes 5 de febrero. «Me gustaría también discutir... el desmembramiento de Alemania», les dijo a

Roosevelt y a Churchill, recordándoles que en Teherán el presidente había propuesto dividir la patria alemana en cinco pequeños estados. «¿No ha llegado ya la hora de tomar una decisión? Si así lo consideráis, tomemos una.»⁷²

«Todos estamos de acuerdo en el desmembramiento», dijo Churchill, «pero el método concreto, el trazado de líneas, es un asunto demasiado complicado para decidirlo aquí en cinco o seis días. Requiere un examen geográfico, histórico y económico muy detallado... Nos reservamos todos los derechos sobre su tierra, su libertad y sus vidas... No es necesario discutirlo con los alemanes.»

«No», coincidió Stalin, «simplemente exigirles».

Roosevelt afirmó que todavía se decantaba por «la división de Alemania en cinco o siete estados», pero de hecho los anglo-americanos se habían apartado de aquella solución draconiana desde su breve coqueteo el otoño anterior con el proyecto agrario de Henry Morgenthau.

«Estamos negociando el destino de ocho millones de personas y eso requiere más de ochenta minutos de reflexión», dijo Churchill. Cualquier decisión que tomen los aliados no debe filtrarse al enemigo, añadió. «Eisenhower no lo quiere. Esto endurecería más a los alemanes. No deberíamos hacerlo público.»

«No», respondió Stalin, con un cigarrillo que asomaba de su bigote, «de momento estas cuestiones son solamente para nosotros. No deberían hacerse públicas hasta el momento de la rendición».

Mirando una nota que le había pasado Harry Hopkins, Roosevelt propuso aplazar el asunto hasta que los tres ministros de Exteriores pudieran idear un método para estudiar en secreto las opciones de desmembramiento. Sobre el tema, también relacionado, de cómo ocupar la Alemania de postguerra, el presidente observó que en Londres la Comisión Asesora Europea había acordado zonas, pero que los Tres Grandes gobiernos todavía no lo habían aprobado. Con un trasiego de papeles repartió un tosco mapa trazado a mano que mostraba una división tripartita de Alemania, incluyendo una administración conjunta de Berlín.⁷³

Churchill planteó la cuestión de dar a Francia una zona de ocupación, quizás escatimada de los sectores británico y americano, puesto que los «franceses podrían ser capaces de brindar una verdadera ayuda» en un período prolongado de postguerra.

¿Durante cuánto tiempo podrían permanecer en Europa las fuerzas estadounidenses? Preguntó Stalin a Roosevelt. «Puedo conseguir que el pueblo y el Congreso cooperen en todo por la paz, pero no que un ejército se quede en Europa por mucho tiempo», replicó el presidente. «Dos años sería el límite.»⁷⁴

«Alemania debería ser gobernada por aquellos que se han mantenido firmes contra ella y han hecho los mayores sacrificios», dijo Stalin. «No podemos olvidar que en esta guerra Francia abrió las puertas al enemigo.»⁷⁵

Churchill apenas pudo reprimir una protesta ante la mezquina amnesia del mariscal. («Ama a Francia como a una mujer», escribió Moran en su diario aquella misma noche.) Pero en lugar de recordar a Stalin su pacto de no agresión de 1939 con Hitler y los telegramas de felicitación a Berlín procedentes de Moscú después de cada victoria de la Wehrmacht, el primer ministro hizo la astuta reflexión de que todas las naciones tuvieron «dificultades al principio de la guerra y cometieron errores». En la Europa de postguerra, insistió, «Francia debe ocupar su lugar.»⁷⁶

Pero ¿quién pagaría la catástrofe? Gran parte de la Unión Soviética estaba en ruinas, Roosevelt y Churchill lo habían visto con sus propios ojos en Crimea, y la reconstrucción duraría muchos años. Desde poco después de la invasión alemana en 1941, Stalin había presionado para que se realizasen reparaciones. Ahora, dijo, los soviéticos tenían un plan concreto: la industria pesada alemana se reduciría en un 80 % mediante la confiscación de las plantas de aviación, instalaciones de petróleo sintético y similares, y la Unión Soviética exigiría a Berlín el pago anual de mil millones de dólares en productos alemanes durante una década, con una suma igual para los anglo-americanos.⁷⁷

En este tema, Washington y Londres también habían cambiado de opinión. Roosevelt dijo que ahora los Estados Unidos no codiciaban nada de la Alemania de postguerra. (Los funcionarios estadounidenses calcularon en privado que cualquier recurso alemán que sobreviviese a la guerra valdría como mucho 200 millones de dólares.) Sin embargo, tampoco quería que los alemanes tuviesen un nivel de vida más alto que el pueblo soviético. La oposición de Churchill fue más contundente: en privado consideraba que el plan de reparaciones de Stalin era una «locura». Alemania, como Francia, sería un importante contrapeso al poder soviético en Europa, y, por su parte, también era reacio a someter a la bancarrota un futuro socio comercial.⁷⁸

Recordando las opresivas condiciones impuestas en el tratado de Versalles de 1919, el primer ministro le dijo a Stalin que estaba «poseído por el espectro de una Alemania hambrienta». Si los vencedores querían que un caballo de carga alemán tirase de su carro, añadió, «tendrían por lo menos que darle forraje». Stalin se mofó. «Habría que tener cuidado», replicó, «de que el caballo no se diera la vuelta y propinase una coz.» Este asunto fue también aplazado: se nombraría una comisión para examinar las alternativas de reparación.⁷⁹

Durante seis días más prosiguieron los arduos esfuerzos, los tres líderes y sus oficiales como herreros forjando un mundo nuevo. Roosevelt se quejó en privado de los extensos monólogos de Churchill: «ahora tenemos para media hora con el tema», garabateó el presidente en un cuaderno cuando el primer ministro empezó con otra alocución. Mientras la retórica de Churchill planeaba, bajaba en picado y hacía piruetas, informó el mariscal del aire Portal, «se alejaba del intérprete y resultaba intraducible». Otros delegados buscaban breves alivios de la sala de conferencias. Una noche los jefes estadounidenses vieron *Fuego de juventud*, una nueva película protagonizada por Mickey Rooney y una actriz de doce años llamada Elizabeth Taylor. Moran visitó la villa antaño propiedad de su compañero médico Chéjov y admiró un estetoscopio de madera y un busto de bronce de Tolstoi. Un grupo de generales británicos hizo una gira por los campos de batalla de Crimea, donde Brooke trató de comprender la carga de la Brigada Ligera en Balaclava hojeando viejos mapas y una guía de la campaña.⁸⁰

De vuelta a Villa Livadia, ningún otro tema ocupó más a los Argonautas que el destino de Polonia, que se debatió en siete de las ocho sesiones plenarias. Los Estados Unidos y Gran Bretaña estaban organizando en aquellos momentos un gobierno polaco en el exilio en Londres —«una decente pero débil pandilla de locos», en opinión de Churchill— mientras Moscú apoyaba un régimen provisional prosoviético en Varsovia. «Si nos separamos reconociendo aún a diferentes gobiernos polacos, el mundo entero verá que todavía existen diferencias fundamentales entre nosotros», declaró Churchill. «Las consecuencias serán hartamente lamentables.» Unos 150.000 soldados polacos combatían junto con los aliados occidentales, pero con diez millones de tropas del Ejército Rojo en la Europa oriental y toda Polonia ocupada, Stalin tenía mejor baza.⁸¹

Levantándose de su silla, Stalin calificó a Polonia de «el pasillo por el que el enemigo entró en Rusia. Dos veces en los últimos treinta años, nuestros enemigos, los alemanes, han atravesado este pasillo». No convencido, Churchill recordó al mariscal que Gran Bretaña había ido a la guerra en 1939 para restaurar la soberanía polaca. «Nunca podríamos contentarnos con una solución que no dejase a Polonia como estado libre e independiente», replicó. Roosevelt, tratando de mediar, preguntó a los soviéticos: «¿Cuánto tiempo tardaréis en celebrar elecciones libres?». Molotov respondió: «Dentro de un mes».⁸²

Finalmente, en dos años no se celebrarían elecciones en Polonia, y apenas se las podría calificar de libres. Pero ninguna confrontación aparte del conflicto armado podría cambiar la convicción de Stalin de que las enormes pérdidas soviéticas habidas en la Gran Guerra Patriótica le habían granjeado el derecho a decidir el destino

político de la Europa oriental, como más adelante observaría el historiador Warren F. Kimball. «Todos los Balcanes excepto Grecia van a ser bolchevizados, y no hay nada que yo pueda hacer para evitarlo», se había lamentado Churchill incluso antes de Yalta. «Tampoco puedo hacer nada por la pobre Polonia.» Las fronteras orientales y occidentales de Polonia fueron finalmente desplazadas hacia el oeste. Al anexionarse la Polonia oriental, una zona aproximadamente del tamaño de Misuri, la Unión Soviética ganaba un colchón más amplio; por otro lado, gran parte de Pomerania, Prusia oriental y Silesia serían recortadas de Alemania y agregadas al norte y oeste de Polonia. Después de la guerra, marionetas soviéticas gobernarían en Varsovia, y las tropas del Ejército Rojo que habían entrado en Polonia en 1944 se quedaron durante casi medio siglo. «A veces hay que hacer terribles y humillantes concesiones en aras del objetivo general», escribió después Churchill.⁸³

Para Roosevelt, dos preocupaciones primordiales conformaban sus opiniones acerca de Polonia y otros asuntos. La primera derivaba de un memorándum de enero del Estado Mayor Conjunto, que declaraba que una pronta entrada de los soviéticos en la guerra contra Japón «es necesaria para proporcionar la máxima asistencia a nuestras operaciones en el Pacífico». En las Filipinas, MacArthur todavía tenía que tomar Manila. En el Pacífico central, el siguiente ataque americano, contra la cagada de mosca de la isla de Iwo Jima, no estaba programado hasta mediados de febrero. En Birmania, los británicos estaban a meses vista de capturar Rangún. Y en Nuevo México no había garantías de que la bomba atómica, un secreto no compartido con Moscú, funcionase. Si la guerra del Pacífico se prolongaba dieciocho meses después de la victoria en Europa, con enormes bajas americanas, como se temía el Pentágono, la ayuda soviética para someter a los japoneses en Manchuria y proporcionar bases aéreas en el este de Siberia sería vital para el Estado Mayor Conjunto. Involucrando a Moscú en Asia, los Estados Unidos podrían también refrenar las ambiciones soviéticas en Europa.⁸⁴

En la conferencia de Teherán, Stalin había comprometido vagamente a la Unión Soviética en la guerra contra Japón, pero ahora aceptaba firmemente enviar veinticinco divisiones al Extremo Oriente y proporcionar ayuda militar adicional a los tres meses de la rendición de Alemania. A cambio, Moscú recibiría los territorios perdidos por la Rusia imperial en 1905 tras la guerra ruso-japonesa, además de las Islas Kuriles y garantías relativas a puertos y ferrocarriles en el Extremo Oriente. Estas penas y otras impuestas por los aliados occidentales asegurarían la renuncia de Japón a todo su imperio. Para preservar la ilusión de la neutralidad soviética en el Pacífico y evitar un ataque japonés preventivo, el acuerdo, firmado formalmente el 10

de febrero, por el momento permanecería secreto, encerrado en una caja fuerte de la Casa Blanca. Disgustados, los negociadores estadounidenses se quejaron de que para «pactar con los rusos había que comprar el mismo caballo dos veces».⁸⁵

El segundo asunto que preocupaba a Roosevelt, y el más próximo a su corazón, era la creación de una organización mundial capaz de preservar la paz mediante el equilibrio entre los requerimientos de seguridad de las grandes potencias y los derechos de las naciones pequeñas. Contemplaba lo que un consejero calificó de «ideas favoritas», que consistían en construir bases militares estratégicas alrededor del globo controladas por lo que él denominaba las «Naciones Unidas». Las Naciones Unidas mantendrían a los Estados Unidos comprometidos con el ancho mundo después de la guerra, y ofrecían un foro para la implicación soviética con Occidente. Un consejo de seguridad de élite dentro de la organización dotaría de voz a las naciones pequeñas mientras garantizaba el veto de las grandes potencias. Anteriores discusiones acerca de las Naciones Unidas habían tropezado con el escollo de la exacta configuración de dicho consejo, y con la insistencia de Moscú de tener miembros individuales para las dieciséis repúblicas soviéticas. En Yalta Molotov aceptó reducir el número a dos o tres votos extras. «Esto no está bien», escribió Roosevelt, igualando la exigencia a la obtención de miembros individuales para cada uno de los cuarenta y ocho estados americanos. No obstante, al final transigió, cediendo a Moscú dos votos extras en una futura asamblea general, por Ucrania y Bielorrusia, además de un asiento en el consejo de seguridad para la Unión Soviética. Este pacto también permanecería en secreto.⁸⁶

Argonauta llegó tambaleante al final. Estaban «cansados de todo», en palabras de Churchill, en particular de otros dos espléndidos banquetes que cerraron la conferencia. Stalin fue el anfitrión del primero, a las nueve de la noche del 8 de febrero, en el Palacio Yusupov, una villa de estilo morisco que antaño perteneciera al príncipe que ayudó a orquestar el asesinato de Rasputín. Bohlen contó cuarenta y cinco brindis, mientras los mosquitos picaban los tobillos expuestos bajo la mesa y alguien ebrio no paraba de ladrar: «¡Apuradlo todo!». Stalin aclamaba a Churchill como «la figura gubernamental más valerosa del mundo... un hombre que nace una vez cada cien años». Churchill a cambio calificó a Stalin de «poderoso líder de un poderoso país... Consideramos la vida del mariscal Stalin como extremadamente valiosa para las esperanzas y corazones de todos nosotros». El primer ministro invocó una seductora imagen «de pie en la cresta de una colina con las glorias de las futuras posibilidades que se extienden ante nosotros».⁸⁷

Roosevelt, que antes de cenar se había soplado dos cócteles, brindó por Stalin como «principal forjador de los instrumentos que habían conducido a la movilización del mundo contra Hitler»; «el ambiente de esta cena», añadió, [es] el de una familia». Los huéspedes brincaban en torno a la mesa entrechocando copas; solo los tontos hicieron caso omiso del consejo de los rusos de recubrir su estómago con mantequilla y salmón grasiento antes del primer sorbo de vodka. Un hombre enorme que llevaba una chaqueta de alpaca negra estaba de pie detrás de la silla de Stalin, aconsejando al mariscal lo que debía comer y beber. Cuando Roosevelt preguntó por la identidad de un rechoncho invitado soviético con quevedos, Stalin respondió: «Ah, este. Este es nuestro Himmler». Era Lavrenty P. Beria, el sádico asesino y violador que ostentaba el cargo de jefe de la policía secreta.⁸⁸

Churchill celebró la última cena en la Villa Vorontsov el sábado 10 de febrero, la postrera noche de Argonauta. Los agentes soviéticos llegaron con antelación para examinar por detrás de las paredes y debajo de las mesas, dando la vuelta a sillas y cajoneras. Una guardia de honor británica con el uniforme de gala del regimiento se alineaba en las escaleras de la entrada para dar la bienvenida a los nueve invitados; durante media hora los tres líderes se entretuvieron en la sala de mapas de Churchill, estudiando los frentes de batalla del este y del oeste. Churchill se puso a cantar una estimulante versión de «Cuando damos cuerda al reloj en el Rin», y Roosevelt bromeó: «Esta canción del primer ministro es el arma secreta de Gran Bretaña». Durante la opulenta comida, cuyo menú incluía esturión en gelatina, lechón, pescado blanco al champán, brochetas de cordero, cabra montés de las estepas, codornices y perdiz, Churchill se levantó y alzó su vaso por Stalin. «El fuego de la guerra ha quemado por completo los malentendidos del pasado», dijo. «Sentimos que tenemos un amigo en quien podemos confiar.» El presidente añadió: «Estamos aquí en Yalta para construir un mundo nuevo, que no conocerá ni la injusticia ni la violencia, un mundo de justicia y equidad». Stalin se frotó los ojos con un pañuelo. Cuando se marchaba de la villa detrás de sus guardaespaldas con botas, el personal británico estaba reunido en el vestíbulo para hacerse eco de los tres enérgicos vítores de su primer ministro para el mariscal. ¡*Hip, hip, hurra!*⁸⁹

Habían terminado. Un comunicado aprobado por los tres líderes el domingo declaraba su «sagrada obligación» de mantener en la paz la misma unidad aliada que había prevalecido en la guerra. Una «declaración sobre la Europa liberada» en el mismo manifiesto también proclamaba «un orden mundial bajo la ley» y «el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la que desean vivir». Pronto nos volveremos a ver, en Berlín», le dijo Roosevelt a Stalin en una despedida de Villa Livadia a las 15:45 de la tarde. Entregó al mariscal un libro titulado *Objetivo:*

Alemania, publicado por el Ejército del Aire, con impactantes fotografías de los destrozos de las bombas. Dos sirvientes rusos llegaron portando vino de Georgia, caviar, mantequilla, naranjas y tangerinas para los americanos. Stalin prometió también enviar a Washington el escritorio que Roosevelt utilizara en Livadia porque «había trabajado mucho allí». ⁹⁰

Churchill había comenzado el día con un humor quejumbroso, cantando con acritud trozos de *Los soldados de la Reina* después de desayunar. Lamentaba tanto su fracaso en la defensa de Polonia (denunciaba el comunicado calificándolo de «esta maldita cosa») como el inequívoco declive de la influencia británica en el modelado del mundo de postguerra. No obstante, la perspectiva de abandonar Sebastopol a bordo del *Franconia* le alegraba. Un antiguo chef del *Queen Mary* había sido presionado para que cocinase en el viaje de regreso, y los correos de Stalin entregaron abultadas cestas de regalos: siete kilos de caviar, setenta y dos botellas de champán, dieciocho botellas de vodka, una caja de chocolate, siete cajas de fruta y una variedad de vinos, licores y cigarrillos. ⁹¹

«Papá, afable y vivaz como un colegial fuera de la escuela, con los deberes hechos, iba de una habitación a otra diciendo, “Vamos, vamos”, escribió Sarah Churchill. Stalin, añadió, «como si fuera un genio, simplemente desapareció». ⁹²

«Estoy un poco agotado pero estoy bien», escribió Roosevelt a Eleanor en su viaje de regreso a Washington. Estaba lo bastante animado para imitar a Stalin, con un falso acento eslavo («No había pensado en ello. Es una buena idea. Firmaré.»), y a Churchill, al que imitaba levantando las manos a la defensiva, como un boxeador contra las cuerdas. «Churchill actúa como si siempre tuviera miedo de que le pegaran», afirmó el presidente. Pero todavía no habría descanso para los agotados, todavía no. Tras una noche a bordo de un buque de la marina en Sebastopol, Roosevelt subió al *Vaca Sagrada* en el aeródromo de Saki el lunes 12 de febrero por la mañana, y voló a Egipto. Había sugerido un encuentro con De Gaulle en Argel, pero el francés declinó bruscamente la propuesta, por estar, según la embajada de los Estados Unidos en París, «de muy mal humor» al haber sido excluido de Argonauta. ⁹³

Así pues, el presidente subió de nuevo al *Quincy*, atracado junto al canal de Suez, y recibió a una serie de potentados cuya influencia sospechaba que se expandiría en un mundo postcolonial y de postguerra. El primero fue el joven rey Faruq I de Egipto, con el fez y gafas de sol, seguido del diminuto emperador Haile Selassie de Etiopía, el León Conquistador de la tribu de Judá, Elegido de Dios, y descendiente de Salomón y Saba. Finalmente, el destructor estadounidense *Murphy* maniobró para situarse al flanco de estribor del *Quincy* y dar paso a la imponente

figura vestida de negro del rey Ibn Saud de Arabia Saudí, con un séquito que incluía un adivino, un probador de comida, guardaespaldas con cimitarras, un servidor de café con su ayudante, nueve esclavos y un rebaño de ovejas cuyo número disminuía con cada sangrienta matanza en la popa del *Murphy*. El rey le regaló a Roosevelt un cuchillo de oro, perfume y túnicas árabes, entre ellas un «atuendo de harén» para Eleanor. El presidente le devolvió la atención con una silla de ruedas (el monarca apenas podía caminar) y una provisión de penicilina. «2 reyes y 1 emperador en 2 días», escribió Roosevelt a su secretario. «Todo va bien pero necesito dormir».⁹⁴

Escortado por un crucero y siete destructores, el *Quincy* puso rumbo a casa. El presidente se pasó gran parte del viaje disfrutando de un sol con poca fuerza para iluminar su mirada o broncear sus mejillas. Como Churchill escribiría en sus memorias «tenía un contacto muy delgado con la vida». A las nueve de la mañana del 28 de febrero, llegaba de vuelta a la Casa Blanca, tras completar un viaje de 22.277 kilómetros. «Ha sido una guerra global», le dijo a Eleanor, «y ya hemos empezado a convertirla en una paz global».⁹⁵

«Creíamos realmente en nuestros corazones que aquello era el albor del nuevo día por el que todos habíamos estado rezando», dijo Harry Hopkins, que tenía una dolencia de hígado y al que no le quedaba más que un año de vida. «Estábamos absolutamente seguros de que habíamos ganado la primera gran victoria de la paz.» Otros delegados compartían su exultante optimismo. «Por lo que hemos conseguido aquí», dijo Marshall, «me hubiera quedado gustoso un mes entero.» Incluso Brooke estaba animado, comentando en su diario, «la conferencia ha terminado y en general ha sido tan satisfactoria como cabía esperar, y sin duda muy cordial».⁹⁶

Roosevelt y Churchill avalaban la buena fe del mariscal Stalin. «Stalin no quiere otra cosa que seguridad para su país», dijo el presidente. «No intentará anexionarse nada y trabajará para un mundo de democracia y paz.» El primer ministro comentaría a su gabinete de guerra: «Estoy seguro de que Stalin tiene buenas intenciones respecto al mundo y a Polonia... No se embarcará en aventuras peligrosas». Y añadió: «No creo que me equivoque con Stalin», al que había calificado de «buen y gran hombre».⁹⁷

La reacción pública fue abrumadoramente favorable una vez revelados los primeros detalles de Argonauta en un comunicado conjunto. *The New York Times* declaró que los acuerdos «justifican y superan muchas de las esperanzas depositadas en este profético encuentro». Los resultados de los sondeos de la Casa Blanca a mediados de marzo mostraron que solo el 11 % de los americanos encuestados consideraban «insatisfactoria» la conferencia. Aunque el 38 % sabía muy poco para

tener una opinión, una sólida mayoría coincidía en que el acuerdo polaco era «posiblemente el mejor que se podía haber cerrado». En un arrebatado de optimismo, *Time* afirmó que «cualquier duda acerca de la capacidad de los Tres Grandes de cooperar en la paz lo mismo que en la guerra parece ahora haber desaparecido por completo».98

Al cabo de unas semanas floreció una rosa. Churchill estaba sentado escuchando *El Mikado* en un gramófono, lamentándose de las «sombras de la victoria» y temiendo haber confiado en Stalin como Neville Chamberlain había confiado en Hitler. «Teníamos el mundo a nuestros pies», murmuró. «Veinticinco millones de hombres marchando a nuestras órdenes por tierra y por mar. Parecía que éramos amigos.» Los acuerdos provisionales cerrados en Yalta pronto se descosieron. Los aliados occidentales hicieron fracasar el acuerdo de desmembrar Alemania y de obtener reparaciones colectivamente. Moscú por su parte consolidó su dominio en la Europa oriental instalando un régimen comunista en Bucarest y deportando a decenas de miles de alemanes étnicos a los montes Urales como obreros esclavos. Los líderes polacos considerados antisoviéticos fueron arrestados con manifiesto desprecio por la «declaración sobre la Europa liberada»; los polacos exiliados en Londres denunciaron la «partición de Polonia, ahora llevada a cabo por los aliados». El sentimentalismo de Argonauta no tardó en esfumarse, junto con la ilusión de que la xenofobia rusa y el dogma de Lenin podían eliminarse mediante adulaciones. Marshall alertó a los jefes del Estado Mayor Conjunto acerca de informes sobre «la creciente falta de cooperación rusa con las autoridades militares estadounidenses», y Roosevelt se lamentaría a mediados de marzo: «No podemos hacer negocios con Stalin. Ha roto todas y cada una de las promesas que hizo en Yalta». A un amigo en Washington le dijo: «Yo no dije que el resultado fuera bueno. Dije que era el mejor que pude conseguir».99

Las recriminaciones continuaron, inflamadas por la revelación de las concesiones secretas relativas a la participación en las Naciones Unidas y de los incentivos que habían inducido a Moscú a participar en la guerra contra Japón. Pronto cayó un estigma sobre Yalta, «una connotación de vergonzoso fracaso, si no de completa traición», como escribió un historiador británico, «igualándose a la atribuida a la Conferencia de Múnich de septiembre de 1938». Durante décadas los delegados occidentales serían inculcados de todo, desde el dominio soviético de la Europa oriental hasta el auge de los regímenes comunistas de China, Corea del Norte e Indochina.100

La fragilidad de Roosevelt empezó a ser considerada la causa inmediata de la cobarde negociación y una metáfora de la débil respuesta de Occidente ante la beligerancia de Stalin. «La astucia ha desaparecido y no ha quedado nada», escribió Moran acerca de Roosevelt durante la conferencia. «Las opiniones del presidente aletean en el viento.» Sin embargo, aquellos que trabajaron más cerca de él vieron, como Churchill manifestó después en los Comunes, «un extraordinario esfuerzo del espíritu sobre la carne, de la fuerza de voluntad sobre la enfermedad física». El presidente demostró un dominio razonable de complejas alternativas y, como escribiría el historiador S. M. Plokhy, «su característica habilidad en establecer alianzas, conseguir pactos y maniobrar para obtener sus objetivos principales». Eden escribió que aunque Roosevelt «da la impresión de debilidad... No creo que la precaria salud del presidente alterase su juicio». Las fotos de Yalta presentaban a un hombre demacrado, gris y delgado; la filmación en color de la Marina estadounidense muestra efectivamente a un hombre gris y flaco, pero también animado y alerta. Los periodistas que fueron transportados al *Quincy* para la 992.^a conferencia de prensa de la presidencia de Roosevelt lo encontraron elocuente, divertido y rápido. A la pregunta de si la conferencia había puesto los cimientos de una paz duradera, Roosevelt respondió: «Puedo contestar a esta pregunta si vosotros podéis decirme quién serán vuestros descendientes en el año 2057... Podemos mirar hacia adelante tanto como la humanidad crea en ello.»¹⁰¹

Dos generaciones después, Yalta no puede considerarse ni el portal hacia el «mundo de justicia y equidad» de Roosevelt ni una deshonrosa capitulación al fascismo rojo, sino más bien un intrincado nexo de compromisos por parte de Oriente y Occidente. Roosevelt «en gran medida siguió hasta el final los planes concebidos y obtuvo gran parte de lo que deseaba», concluyó el historiador Robert Dallek, incluyendo el apoyo soviético para la Naciones Unidas y su participación en la derrota de Japón, una obligación puntualmente cumplida por la declaración de guerra de Moscú tres meses después de la rendición de Alemania. Puede que aquella declaración no hubiese «salvado a dos millones de americanos», como había imaginado en Yalta el almirante King, pero junto con las dos bombas atómicas animó la decisión de Tokio de rendirse. Con la Unión Soviética matando a más alemanes en combate que todas las demás fuerzas aliadas juntas, a un coste letal de 26 millones de vidas soviéticas, no se podía negar que Stalin constituyera lo que el diplomático George F. Kennan denominó «un ancho *glacis* militar y político en su frontera occidental». Si Roosevelt parecía quejumbroso y exasperado, su explicación captaba también la realidad política de Europa en febrero de 1945: *Era el mejor que pude conseguir.*¹⁰²

La guerra había mantenido juntos a los Tres Grandes: la causa común de aplastar a Alemania resultó más fuerte que las fuerzas centrífugas que acosan a cualquier alianza. Ahora la entropía de la paz amenazaba con desatar aquellos nudos a medida que emergían los intereses e imperativos de postguerra. Incluso Roosevelt y Churchill, que se habían reunido en nueve ocasiones para pasar 120 días juntos durante la guerra, sintieron que los vínculos de sangre e historia se debilitaban semana a semana. Cuando los reporteros a bordo del *Quincy* preguntaron a Roosevelt si Churchill esperaba reagrupar el imperio anterior a la guerra, el presidente respondió: «Sí, él es medio victoriano en todas estas cosas... El querido Winston nunca aprenderá en este asunto... Esto, por supuesto, es extraoficial». Pero Churchill lo sabía. Roosevelt «no puede dejar en paz al imperio», le dijo a Moran. «Parece que le molesta.» Eden sospechaba con perspicacia que el presidente «esperaba que los territorios de las antiguas colonias, una vez libres de sus dueños, acabasen siendo política y económicamente dependientes de los Estados Unidos».¹⁰³

En febrero Moran comentó: «Hemos recorrido un gran trecho desde que Winston, hablando de Roosevelt, me dijo en un jardín de Marrakech [en enero de 1943], “Me gusta este hombre”». Quizás era demasiado esperar que aquellos lazos sobreviviesen cuando tanto se había perdido. Dirigiéndose a los Comunes unos pocos días después de su retorno de Yalta, el primer ministro advirtió: «Ahora estamos entrando en un mundo de imponderables... Es un error poner las miras demasiado lejos. Solo puede manejarse un eslabón de la cadena del destino a la vez».¹⁰⁴

No obstante, para aquellos que percibían el destino como un viento favorable, el mañana resultaba atractivo y los imponderables aportaban más promesas que peligros. «Los americanos entonan su canción con un tono más elevado», escribió Moran. «Sienten que están en la cima del mundo.»¹⁰⁵

«Solo nuestros ojos están vivos»

Desde la frontera suiza hasta el mar Negro, atravesando los frentes de casi ochenta divisiones aliadas en siete ejércitos, nada de esto importaba en aquel momento, ni un ápice. Lo que preocupaba a los varios millones de soldados era el esfuerzo por encontrar un poco de calor en la gélida noche, y quizás una comida templada en lugar del guiso congelado en una lata fría, y vivir para ver el siguiente amanecer, y luego el próximo, y luego el otro y el otro. El grito de guerra de otoño de «Ganar la Guerra en 1944» había sido reemplazado por el amargo «Permanecer Vivos en 1945». Un soldado de la 70.^a División hablaba por muchos GI en una carta a sus padres en

Minnesota: «Mi mente está completamente desprovista de cualquier rastro de razón para la guerra... Quizás el cuadro en su conjunto justifique lo que está pasando aquí, pero desde el punto de vista de un soldado de infantería, es difícil de comprender». ¹⁰⁶

El invierno más duro en décadas agravó el sufrimiento incluso después de que los alemanes se retirasen de las Ardenas. «Me temblaban las manos como diapasones», escribió un soldado raso en la Lorena. «Pero lo peor de todo, el frío se me había instalado en la médula...No era más que un manojo de gélidas vibraciones.» Un soldado de la 84.^a División describió haberse despertado en una trinchera mojada y encontrar que sus pies «estaban encajados en un bloque de hielo hasta los tobillos»: los compañeros lo liberaron rompiendo el hielo con sus bayonetas. Bullían apasionados debates sobre «si era mejor dormir con las manos en la entrepierna o bajo los sobacos para evitar la congelación». Las tropas que se despertaban de un respingo por el fuego de artillería dejaban mechones de cabello pegados en el helado suelo. Los soldados se fabricaban toscos iglús o se acurrucaban sobre pequeños fuegos alimentados con retazos de cartón de las cajas de raciones K. Los GI se hicieron expertos en cavar pequeñas chuletas en el suelo congelado con picos y luego detonaban 115 gramos de TNT para acabar excavando una trinchera. Un grafito garabateado en el hormigón de una fortificación en la Lorena rezaba: «Austin White, Chicago, Ill., 1918. Austin White, Chicago, Ill., 1945. Esta es la última vez que quiero escribir mi nombre aquí». ¹⁰⁷

Un proyecto del SHAEF de talar un millón de cuerdas de leña el 1 de febrero se quedó corto en 964.000 por falta de herramientas y de leñadores. La producción de carbón en Europa cayó un 40 % en enero, en parte porque los mineros belgas fueron a la huelga y porque los canales congelados impidieron el transporte de las reservas que pudiera haber. Destacamentos de trabajo de los GI se pasaron un mes cortando turba de los pantanos normandos para conseguir combustible antes de abandonar la tarea por inútil. Los perros de trineo enviados desde Alaska y Labrador para evacuar a los heridos en terreno nevado llegaron después del deshielo de primavera, dando a los ejércitos de campo solo inútiles bocas ladradoras para alimentar. ¹⁰⁸

Un teniente de la 99.^a División escribió a su esposa en enero:

Hasta la fecha he dormido sobre un colchón, una plataforma de acero, un suelo mojado de hormigón con un poco de paja encima, suelos sucios, una cama, una camilla, un buque de desembarco, en un camión, una trinchera, tumbado en los asientos delanteros de un jeep, en una hamaca, en sótanos, en un primer, segundo y tercer pisos, en una casamata, en la bandeja trasera de un coche de mando, en pajares, sobre la nieve y en chabolas. ¹⁰⁹

Hubo horrores para ver, oír y oler, horrores para revivir y recordar porque nunca podrían ser olvidados. Un soldado de la 75.^a División describió una hora en una trinchera con un compañero mortalmente herido y sin morfina: «Traté de dejarlo sin sentido. Le saqué el casco, le sujeté la mandíbula y lo golpeé lo más fuerte que pude....No funcionó. Nada funcionó. Se desangró lentamente hasta morir». Otro GI destinado a patrullar en busca de cadáveres en el campo de batalla escribió:¹¹⁰

Allí donde buscábamos encontrábamos cadáveres, flotando en los ríos, aplastados en las carreteras, hinchados en los pozos, pudriéndose en los búnkeres, retorcidos en las trincheras, quemados en los tanques, enterrados en la nieve, tendidos en los portales, embarrados en las alcantarillas, desmembrados en los campos de minas, e incluso literalmente destrozados por las bombas en los árboles.¹¹¹

Cuando un reportero le preguntó a un soldado del 23.^o de Infantería qué quería que supiesen los americanos allí en casa, respondió: «Diles que esto es un infierno. Diles que es duro. Diles que es muy duro, un asunto serio. Eso es todo. Eso es todo.». Una enfermera del VII Ejército escribió a su familia en enero: «Anoche ingresó un muchacho de Texas de diecinueve años al que un obús le había volado las dos piernas. Estaba triste porque nunca podría llevar sus bonitas botas de vaquero. Murió antes de llegar a quirófano». Otra enfermera, de la sala de choque del III Ejército apodada la Cámara de los Horrores, dijo: «Quizás sea mejor que sus madres no puedan verlos cuando mueren».¹¹²

Guardias de los campos de prisioneros abrieron los vagones cerrados de un tren de mercancías que transportaba alemanes capturados a través de Francia y encontraron que 104 habían muerto asfixiados. Sus gritos y lamentos no habían sido atendidos, y los investigadores encontraron «evidencias de marcas de dientes y uñas en las paredes interiores». Eisenhower escribió a Marshall: «Odio tener que disculparme ante los alemanes. Parece que esta vez no tengo más remedio». Su mensaje a Berlín, enviado a través de los suizos, decía: «El comandante supremo lamenta profundamente este incidente y ha tomado medidas para que no vuelva a repetirse».¹¹³

La guerra volvió sarcásticos y cínicos a los guerreros, viejos antes de tiempo. «¿Puedes decirme para qué diablos me están salvando?», murmuró un capitán de la 30.^a División tras sobrevivir a un sangriento ataque en el Muro del Oeste. Otro soldado respondió: «Para el Pacífico». Para un GI de la 100.^a División, «no era tanto el miedo a la muerte como la incertidumbre de la vida». El líder de un pelotón encontró que sus hombres agotados por la batalla estaban «impasibles, letárgicos y poco comunicativos». Algunos sacaban deliberadamente de la trinchera el brazo o la pierna esperando la proverbial herida del millón de dólares, pero para la mayoría «una ciudad llegaba y otra ciudad se iba, y nosotros continuábamos muriendo mil muertes».

Después de que los alemanes tendiesen una emboscada a su patrulla, un soldado de la 275.^a de Infantería escribió: «Las cosas no salieron exactamente como planeamos. Normalmente es así». Para el teniente Paul Fussell, las lecciones de combate más amargas fueron de hecho «sobre la eterna presencia en los asuntos humanos del accidente y la contingencia, así como la necedad del optimismo en cualquier tiempo o lugar». ¹¹⁴

Cualquier planificación no solo era probable que reculase irónicamente, era casi seguro que así sería. Estaba claro que los seres humanos no eran máquinas. Eran misteriosos montones retorcidos de voluntad y error, confusión y distorsión, y lo esperado no podía esperarse de ellos.

No quedaba más que obstinación, no quedaba más remedio que seguir combatiendo incluso para quienes no eran soldados. «Cómo me he endurecido», confió a su diario una voluntaria americana de la Cruz Roja en febrero. «Emociones que antes me habrían desgarrado el alma me dejan casi impertérrita. Es la dureza de la supervivencia.» Un soldado de la 84.^a División declaraba haber visto a un GI utilizando la cabeza cortada de un alemán como pelota de fútbol en un prado helado; cuando una ráfaga de mortero despedazó a un soldado estadounidense en una calle cercana, añadió: «Yo me sentaba y comía. No le conocía». J. Glenn Gray, un oficial de la contrainteligencia, escribió en su diario: «Ayer cogimos a dos espías ... A uno hubo que golpearlo violentamente antes de que confesase. Fue horrible ... Pensé en un verso de *Hamlet* que era muy apropiado: “Hace un frío que penetra y yo estoy delicado del pecho”». ¹¹⁵

No todos aprendieron a odiar. Ni todos encontraban satisfacción, o incluso euforia, matando a hunos, Heines, Hermanns, cabezas de Luger, Jerries, Fritz, boches, krauts, Katzenjammers, o cabezas cuadradas. Una encuesta a cuatro mil GI arrojó que aunque cuatro quintas partes manifestaron odio hacia los líderes alemanes, menos de la mitad expresó odio hacia los soldados alemanes. No obstante, a finales de invierno las filas estaban repletas de hombres que odiaban y asesinaban, constituyendo una feroz maquinaria de matar. Después de Malmédy, un oficial de la 35.^a División escribió: «Un odio como nunca he visto contra los ejércitos de Hitler y toda Alemania ha surgido entre nosotros». Un soldado británico añadió: «La cuestión de matar ya no se presenta como un dilema moral, no es ni siquiera un dilema». ¹¹⁶

«Lentamente empiezan a darse cuenta de que el único alemán bueno es el alemán muerto, » escribió el jefe de Estado Mayor del XII Cuerpo a sus padres. «El resultado es que estamos matando más y haciendo menos prisioneros.» Mientras arrasaba una vivienda alemana, un soldado de la 2.^a División vociferaba: «Joded a los bastardos y todas sus obras. Cagaos en ellos. Meaos en ellos». Un soldado canadiense escribió:

«Cuando los Jerries entran con las manos en alto, gritando “*Kamerad*”, nosotros simplemente los derribamos con ráfagas de fuego Sten». Un teniente de la 15.^a de Infantería relató en su diario: «El sargento Burton, un poco ebrio, dispara a dos krauts que intentan rendirse... Algunos de nuestros mejores hombres son los más sanguinarios».¹¹⁷

Fussell describió cómo los GI de su 103.^a División encontraron a unos quince alemanes ocultos en un profundo cráter en el bosque.

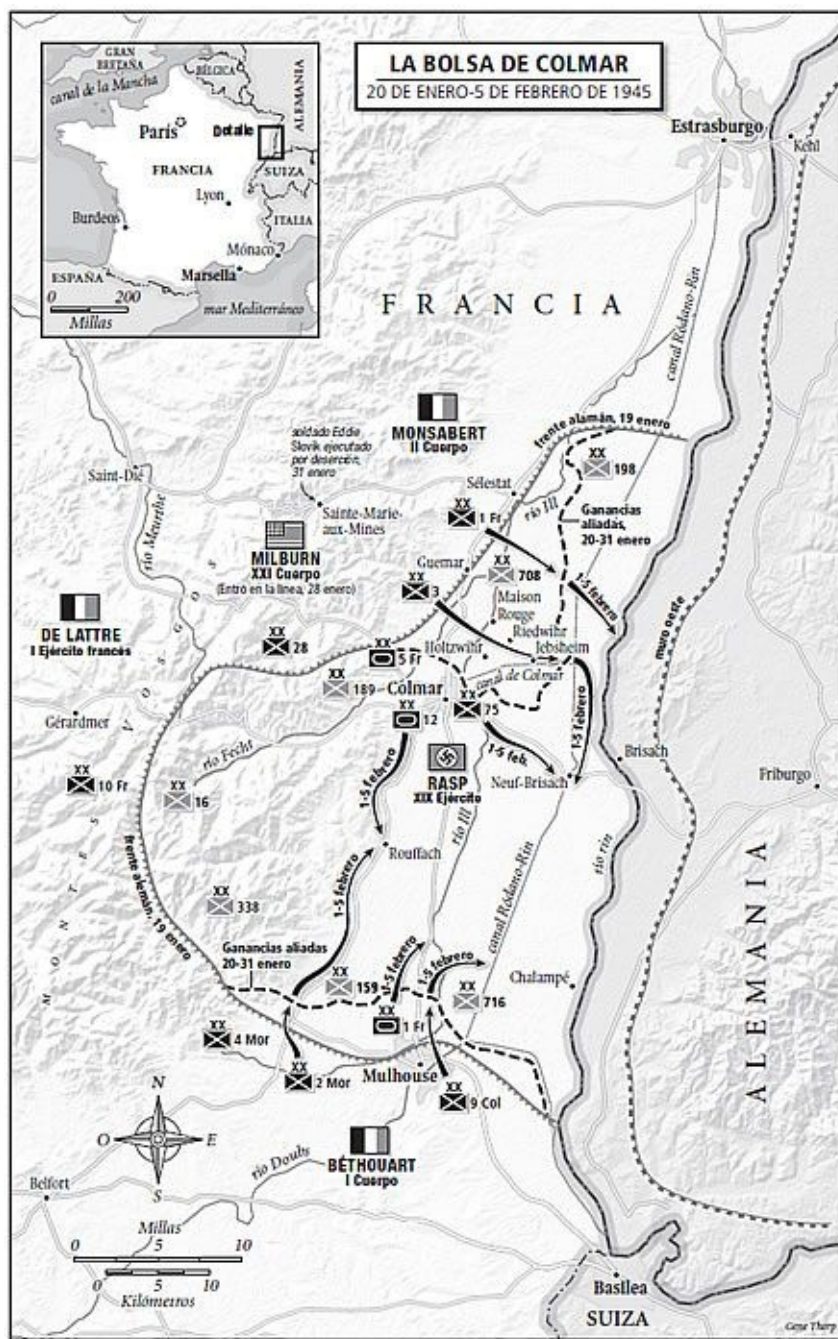
Su evidente deseo de rendirse, la mayoría envueltos en lágrimas de terror y desesperación, fue ignorado por nuestros hombres que estaban alineados en el borde... Riendo y gritando, armando jaleo y aullando como buenos vaqueros, nuestros hombres dispararon con júbilo en el cráter hasta que todos y cada unos de los hombres estuvieron muertos... El resultado fue una profunda satisfacción.¹¹⁸

«Matar es una obsesión», escribió a sus padres un soldado raso de la 86.^a División. «¿Qué código podría resistirlo?»¹¹⁹

A las 07:30 h del miércoles 31 de enero, un transporte de armamento del ejército estadounidense se acercó rechinando a una granja gris con postigos naranja en las afueras de Sainte-Marie-aux-Mines, una ciudad alsaciana famosa por la mineralogía, veinticuatro kilómetros al noroeste de Colmar. De la plataforma trasera descendió esposado un escuálido soldado de Michigan de veinticuatro años llamado Eddie D. Slovik, escoltado por cuatro policías militares. Una tormenta de nieve en los Vosgos había retrasado su viaje desde París a través de la brecha de Saverne y el soldado Slovik llegaba tarde a su propia ejecución. No había tarea más urgente para Eisenhower que despejar la bolsa de Colmar para expulsar al enemigo de Alsacia y apuntalar el ala derecha aliada. Pero, primero, una docena de fusileros tenían que descargar una vengativa ráfaga en el jardín de muros altos de la Rue du Général Bourgeois 86.¹²⁰

Como malhechor, el soldado Slovik era más torpe que perverso. Arrestado por primera vez a los doce años, abandonó la escuela a los quince y fue encarcelado por allanamiento de morada, agresión y fraude. Declarado al principio 4-F por un centro de reclutamiento y eximido de conscripción por lo que los británicos denominarían «LMF», falta de fibra moral, fue reclasificado 1-A, claro indicio de la imperiosa necesidad de soldados de infantería. Reclutado a finales de 1943, Slovik llegó a Francia en agosto de 1944, fue destinado a la 28.^a División de Infantería y desertó inmediatamente. Quizás su único rasgo entrañable fuera una rendida devoción por su

esposa, Antoinette, a la que escribió 376 cartas, a lápiz, durante sus 372 días en el ejército. «Luché para que me amases», le decía. Y añadía: «Creo que voy a tener muchos problemas. La vida del ejército no va conmigo».



En esto no era el único. La indisciplina se había convertido en una agobiante preocupación para Eisenhower: se celebraron casi 11.000 consejos de guerra generales por graves delitos cometidos en Europa por soldados estadounidenses, aparte de 126.000 consejos de guerra sumarios por infracciones menores. «La

disciplina está empeorando», había escrito Eisenhower en su diario en noviembre. Un mes después aconsejó a sus subordinados: «La elevada incidencia de delitos como la violación, el asesinato, la agresión, el robo, el allanamiento de morada, etc. sigue causando graves trastornos». Un prefecto francés se lamentaba de que «los libertadores se han convertido en saqueadores, violadores y asesinos», y un periódico de Cherburgo declaraba: «Nunca se ha visto semejante desenfreno». («Por desgracia», admitió un capitán preboste del ejército estadounidense, «el editorial está justificado.») El general Juin escribió a Eisenhower que las mujeres civiles «no se atrevían a salir para realizar sus tareas diarias ni siquiera acompañadas de un hombre por miedo a ser abordadas por soldados americanos». A pesar de que menos de la mitad del 1 % de las tropas aliadas en Europa estuvieran implicadas en infracciones graves, un memorándum del SHAEF de finales de enero incidía en que «un importante porcentaje de la población civil francesa», creía que los GI se comportaban mal, si no de forma delictiva». ¹²¹

Los castigos severos tuvieron un esporádico efecto disuasorio. Un estudio de delincuentes militares reveló que muchos tenían «edades mentales de siete u ocho años», algunos eran psicópatas o alcohólicos crónicos. De mil cuatrocientas condenas por violación del artículo de guerra n.º 64 —golpear a un oficial, apuntar con un arma a un oficial o «la desobediencia deliberada»— la sentencia media por infracciones en combate fue de quince años de cárcel. Tampoco eran infrecuentes las condenas a treinta años por conducta delictiva, y cualquier sentencia de cárcel superior a seis meses conllevaba también un licenciamiento deshonoroso. Se impusieron cuatrocientas cuarenta y tres penas de muerte a los GI, en su mayoría por asesinato o violación, y un número altamente desproporcionado recayó en soldados negros, a menudo tras un dudoso proceso reglamentario. En Europa se llevaron a cabo setenta ejecuciones, que incluyeron varios ahorcamientos públicos. El panfleto 27-4 del Departamento de Guerra especificaba que la soga del ahorcado había de ser de «cáñamo de Manila de 3, 2 centímetros de diámetro... estirada para eliminar cualquier rebote», y recubierta «con cera, jabón o grasa para garantizar un deslizamiento suave a través del nudo». ¹²²

La desertión, definida por los militares estadounidenses como una ausencia no autorizada de dos meses o más, era tan antigua como la guerra, e históricamente era un delito capital castigado con el pelotón de fusilamiento. Los británicos habían dictado más de 3.000 condenas a muerte desde 1914 hasta 1920, y habían ejecutado aproximadamente a un 10 % de los condenados antes de abolir la pena de muerte por cobardía y desertión en 1930. Los militares alemanes decretaron 50.000 sentencias a muerte de militares en la segunda guerra mundial, ejecutando a la mitad o más. Durante la guerra veintiún mil soldados desertaron del ejército de los EE.UU., menos

de la mitad fueron atrapados a finales de la década de 1940. De casi 2.000 desertores condenados en Europa, 139 recibieron sentencias de pena de muerte. No obstante, los Estados Unidos en realidad no habían ejecutado a ningún desertor desde 1864.¹²³

Slovik fue arrestado en octubre tras vivir durante semanas con una unidad canadiense. Se le ofreció la amnistía si volvía al frente, pero se negó asegurando: «Si tengo que ir, me escaparé otra vez». Fue condenado después de un consejo de guerra de dos horas en el bosque de Hürtgen el 11 de noviembre. Desde la celda de una prisión de París apeló su sentencia de muerte a Eisenhower en un alegato de clemencia de seis párrafos. «Cómo puedo expresar humildemente lo mucho que lamento los pecados que he cometido ... Le ruego clemencia profunda y sinceramente por el bien de mi amada esposa y de mi madre que están en casa», escribió, según el autor William Bradford Huie. «Quedo atentamente suyo para la Victoria, Preb. Eddie D. Slovik.» Por desgracia para el condenado, el comandante supremo revisó la petición en el peor momento de las Ardenas, el 23 de diciembre, durante una sesión en su despacho de Versalles conocida como «la Hora del Ahorcamiento». Eisenhower no solo confirmó la sentencia, sino que decretó que como lección para los gandules la ejecutase la unidad putativa de Slovik, el 109.º Regimiento de Infantería, de la 28.ª División del general Dutch Cota. «Querida —escribió Slovik a Antoinette—: Estoy en un pequeño apuro.»¹²⁴

Los guardias de la PM habían perdido la llave de las esposas durante el viaje a través de los Vosgos y utilizaron una sierra de metales para liberar las muñecas del prisionero y así poder atarlo debidamente con cuerda de nylon de paracaídas. Un sacerdote escuchó su confesión y le entregó veintiocho cartas de su mujer que pronto sería una viuda. Cota reunió un pelotón de fusilamiento de doce buenos tiradores especialmente elegidos para recordarles que eran «los mejores tiradores del ejército» y un médico les instruyó sobre la ubicación del corazón, pero teniendo en cuenta la distancia a quemarropa de dieciocho metros, decidió no pegar ninguna diana en el pecho de Slovik. Le pusieron, a modo de capucha, un saco negro cosido por una modista local de acuerdo con las regulaciones del ejército «para cubrir la cabeza y el cuello del prisionero y tapar la luz». Le envolvieron los hombros con una manta contra el frío. Slovik rechazó la petición de un último deseo y solo reclamó: «Por favor, disparad rápido para que no tenga que sufrir».¹²⁵

Un cielo gris encapotado cubría el jardín a las diez de la mañana mientras Cota, sujetando un bastón con la empuñadura de latón, aguardaba de pie en la nieve con cuarenta y dos testigos. Murmurando una plegaria, el condenado atravesó una arcada arrastrando los pies y fue conducido hasta una estaca de un metro ochenta. El pelotón apareció a paso ligero, se detuvo, dio media vuelta a la derecha, puso armas al hombro

y a la voz de mando disparó una humeante ráfaga. Once balas impactaron en Slovik, dos de ellas en el brazo izquierdo, pero ninguna en el corazón. Incluso los mejores tiradores del ejército temblaron ante tan detestable momento. Tres médicos con estetoscopios escucharon la débil respiración del hombre herido y el irregular latido del corazón mientras el pelotón se preparaba para la recarga. «No será necesaria la segunda ráfaga», pronunció un médico a las 10:08 h. «El soldado Slovik está muerto.» Cota, que en los últimos ocho meses había soportado la playa de Omaha, Saint-Lô, el bosque de Hürtgen y las Ardenas, más tarde calificaría este episodio como «los quince minutos más duros de mi vida».¹²⁶

Un sacerdote ungió el cuerpo con aceite. Slovik sería enterrado fuera de un cementerio de la primera guerra mundial en Oise-Aisne, cerca de Soissons, en la fila tres de la Parcela E, una franja oculta no santificada reservada para los muertos con deshonor. *Hace un frío que penetra y yo estoy delicado del pecho.*¹²⁷

Eisenhower reconoció tener una persistente obsesión con la bolsa de Colmar. La llamó «la única úlcera de todo el frente» e insistió en que «debíamos hacer limpieza en el sur aunque las ofensivas se librasen en el norte».¹²⁸

Esto le provocaría más frustración, porque Hitler no mostraba la menor disposición a ceder su retazo de 2.200 kilómetros cuadrados de Alsacia, defendida con obstinación por 23.000 soldados de la Wehrmacht. Profundas trincheras zigzagueaban por el territorio nevado ahora sembrado de minas, y más de una docena de pueblos alsacianos habían sido transformados en fortalezas alrededor de los 210 kilómetros de perímetro de la bolsa. Perpetuas cortinas de humo ocultaban los puentes viales y ferroviarios que cruzaban el Rin, así como diez enclaves de transbordadores, frustrando a los bombarderos de las Fuerzas Aéreas americanas que trataban de cortar las rutas de abastecimiento alemanas. Río arriba, los ingenieros aliados habían soltado más de doscientas minas flotantes de contacto, sin ningún efecto. El Führer concedió incluso una Cruz de Hierro al valor por un período de tiempo particularmente prolongado cerca de Brisach.¹²⁹

El esfuerzo inicial de Devers por reducir la bolsa con la Operación Cheerful, un mal llamado doble envolvimiento, había fallado a finales de enero por incompetencia de los franceses. En el sur, el I Cuerpo del general De Lattre disparó toda la munición asignada a la artillería francesa en un infructuoso barrido y a continuación perdió la mitad de sus tanques a causa de las minas y la artillería antitanques. A comienzos de febrero, tras once días de trotar de un lado a otro en aquel «terreno de hielo pulido» no se había alcanzado ninguno de los objetivos. El II Cuerpo francés, que atacaba desde

el norte en un frente de once kilómetros, lo hizo algo mejor, pero los grafitos de los enemigos garabateados en los muros de la bolsa todavía prevalecían: «*Elsass bleibt deutsch*», Alsacia sigue siendo alemana.¹³⁰

La fraternidad franco-americana, siempre delicada, se hizo quebradiza. «Tras sembrar la sorpresa en el norte y en el sur, no hemos sido capaces de explotarla», escribió Devers en su diario. «Los continuos problemas con el general De Lattre ... la situación en el frente no tiene buena pinta.» Los franceses, se lamentaba, carecían de «ímpetu o de voluntad para ir a por todas». La negativa del general Leclerc de aceptar órdenes de De Lattre, una vez más, llevó a Devers a comentar que si «estuviera en el ejército ruso, sería ejecutado». Cuando Devers presionó repetidamente a De Lattre para que aproximase su línea de estrangulamiento, el francés gruñó: «¡Maldita sea! ¿Soy el comandante aquí o no? Si lo soy, déjeme mandar. Si no, reléveme». Eisenhower se quejaba en privado: «Sin duda los franceses nos han decepcionado».¹³¹

Las unidades americanas tenían sus propias dificultades. La 28.^a División de Cota, destinada al I Ejército francés de De Lattre a mediados de enero, quedó «exhausta y mermada» después de las Ardenas. Cuando la veterana 3.^a División se unió al II Cuerpo francés en el ataque al norte de Colmar, los soldados se pusieron fundas de colchones o improvisados camiones como camuflaje y llevaban planchas de madera para cruzar los numerosos arroyos que serpenteaban por las llanuras pantanosas. Pero no había plancha que resistiera un Sherman M-4, y el primer tanque de una columna blindada rompió el frágil puente sobre el río Ill en Maison Rouge: el incidente dejó a tres batallones de infantería expuestos a un contraataque *panzer* en la otra orilla. Aterrorizados, los GI se dispersaron por la llanura «huyendo presas del pánico», chapoteando por la empinada y congelada orilla del Ill mientras el fuego rasante del enemigo les azotaba la espalda con balas rastreadoras blancas. «Era como una maldita escena de los días de la guerra civil», informó un capitán. Un regimiento perdió el 80 % de su equipamiento de combate y a 350 hombres, muchos de ellos hechos prisioneros mientras se escondían en cenagosas madrigueras. «Nuestras ropas estaban tan congeladas tras ser capturados», escribió un soldado raso, «que crujíamos como el papel», Como mofa, los artilleros alemanes dispararon latas repletas de octavillas con los nombres de los GI ahora bajo custodia alemana.¹³²

Audie Murphy ayudó a redimir el día con un coraje insólito incluso para lo habitual en él. Desde el avance remontando el Ródano y a través de los Vosgos con la 3.^a División, Murphy, que todavía era demasiado joven para votar o para afeitarse más de una vez por semana, había recogido dos Estrellas de Plata, un ascenso en el campo de batalla y una grave herida que se gangrenó y le costó unos kilos de carne recortada de su cadera derecha y nalga. A su vuelta a la 15.^a de Infantería a mediados de enero

tras dos meses de recuperación, pronto tomó el mando de la misma compañía en la que había servido como soldado en África del Norte dos años antes y que ahora había quedado reducida a dieciocho hombres y un solo oficial, él. El 26 de enero, doscientos soldados alemanes de infantería con media docena de *panzer* atacaron desde los bosques cercanos a Riedwihr. Empuñando un mapa y un teléfono de campo, el alférez Murphy saltó a un destructor de tanques en llamas y durante una hora rechazó al enemigo con una ametralladora de calibre 0, 50 mientras pedía por teléfono bombardeos de artillería. «Los maté en los barrancos, en los prados, en los bosques», informó un sargento. Entre los muertos había una docena de alemanes «acurrucados como perdices» en una zanja cercana. «Me parecía que las cosas aminoraban la marcha», comentó Murphy después. «Todo se esclareció.» De Lattre describió la acción como «lo más arrojado que ha hecho jamás un hombre en batalla», pero Murphy comentó que «no hay euforia por estar vivo». Recibió la Medalla de Honor.¹³³

Por fin una preponderancia aliada empezó a aplastar la bolsa. Un exasperado Eisenhower destinó un cuerpo estadounidense, el XXI, para que un total de cuatro divisiones americanas fortalecieran a las ocho de De Lattre; los refuerzos dieron a Devers una ventaja de más de cinco a uno en hombres, tanques y munición de artillería. «¡Alabado sea Dios!», exclamó el comandante francés. El viernes 2 de febrero, la 28.^a División había despejado los alrededores de Colmar, después se apartó para dejar que los tanques franceses liberasen la ciudad. «Vuestra ciudad», dijo De Lattre, «ha encontrado de nuevo la madre patria y la bandera tricolor».¹³⁴

El 5 de febrero, columnas procedentes del norte y del sur se unieron en Rouffach, partiendo por la mitad la bolsa alemana. Desde el norte la 3.^a División envolvió Neuf-Brisach, otro de los baluartes de Vauban del siglo XVII, conocido como la Ciudad de las Murallas. El cruento combate con tanques, morteros, bazucas y granadas arrasó el cementerio judío. Los GI gritaban «¡Hindy ho, bastardos!» (una aproximación de «*Hände hoch*», Manos arriba), pero un regimiento informó de que «los hombres no hicieron prisioneros porque les habrían estorbado». Cientos de alemanes empujados hacia el sur desde Neuf-Brisach fueron masacrados por la artillería, como «palomas de barro con uniformes verdes». Un patriota francés mostró a los GI un estrecho túnel que salía de un foso seco bajo el muro noreste de la ciudadela, pero en el interior solo encontraron a setenta y seis alemanes vivos.¹³⁵

A las ocho de la mañana del viernes 9 de febrero, los demolicionistas enemigos derrumbaron el último puente de Rin en Chalampé con espectacular estrépito. «Queridos camaradas franceses», dijo De Lattre, «habéis sido artífices de un gran acontecimiento nacional... Alemania ha pasado su última noche en Francia». (En

realidad un rincón del noreste de Alsacia permanecería en manos de Hitler durante unas pocas semanas más, así como varios puertos franceses.) Finalmente se erradicó la bolsa, aunque la tarea duró tres veces más de la semana que De Lattre había previsto. Los camiones recogían a paladas cuerpos alemanes para transportarlos a otra tumba masiva, según describió un GI, «enredados unos con otros como pollos congelados en sus envoltorios». Colmar se había cobrado el precio de 20.000 bajas franco-americanas, según cálculos de De Lattre; los alemanes arrojaron una cifra de 22.000 muertos o desaparecidos. Menos de 500 hombres de cada una de las ocho divisiones que defendían la toma de Elsass por parte de Hitler habían logrado escapar.¹³⁶

Como concluyó el ejército estadounidense con razón, el XIX Ejército alemán «había sido sacrificado sin ninguna ganancia apreciable». La hueste alemana que había empezado a retroceder al cabo de unas horas de los desembarcos aliados en el sur de Francia unos meses antes ahora era un recuerdo silencioso y espectral, una legión de sombras.¹³⁷

La pulverización del Reich desde el aire se intensificó ahora con una furia que ninguna nación antes había soportado. Los ataques aliados con mil bombarderos se habían convertido en algo habitual, incluso cotidiano. Los primeros 10.000 kilos de «bombas terremoto» británicas cayeron sobre Bielefeld a comienzos de primavera, cavando un cráter de diez metros de profundidad y destruyendo noventa metros de viaducto férreo. Caerían otras cuarenta bombas más, cada una con una potencia solo superada entre la munición aérea por la bomba atómica. La bomba de fósforo M-47 de 45 kilos cayó por primera vez a finales de enero, y fue considerada por los estrategas de las Fuerzas Aéreas como una «excelente arma incendiaria antipersona»: cada carcasa llevaba seis veces el infierno de fuego de un proyectil de fósforo de artillería de 155 mm. Las innovadoras aplicaciones de napalm florecieron también porque, como explicó Robert A. Lovett, ayudante del secretario de guerra de los EE. UU.: «Si vamos a tener una guerra total, deberíamos hacer que fuera lo más horrible posible». El SHAEF hizo pública una lista de cuarenta y tres páginas de monumentos, lugares históricos y objetos de arte alemanes que había que conservar, «como símbolo para el mundo», dijo Eisenhower, «de todo aquello por cuya conservación estamos luchando». En una carta a su familia, un cabo americano puso perspectiva a aquellos sentimientos enrarecidos. «Gracias a las fuerzas aéreas aliadas», escribió, «gran parte de Europa se parece a Stonehenge más que a cualquier otra cosa». Una ciudad enemiga tras otra quedaron reducidas a lo que el escritor alemán W. G. Sebald llamaría «vida sin vida».¹³⁸

Los estrategas británicos del aire sopesaron la posibilidad de llevar la guerra a pequeños municipios alemanes, pero concluyeron que los bombarderos solo podían arrasar «treinta ciudades al mes como máximo», y destruir cien de aquellos *Dörfer* «supondría únicamente el 3 % de la población». Un objetivo más lucrativo era Berlín, conocida por los pilotos como la «Gran B», que albergaba no solo al régimen sino al 5 % del *Volk* de Alemania. Habían transcurrido dos meses desde la última vez que Berlín fue aplastada, y en Malta, George Marshall había abogado por volver a bombardear la Gran B para impedir que los alemanes pudiesen reforzar el frente oriental y favorecer la buena voluntad de los soviéticos. Los británicos enseguida se apuntaron ansiosos: el Bombardero Harris hacía tiempo que insistía en machacar Berlín hasta que «el corazón de la Alemania nazi deje de latir». Según estimaciones, un bombardeo sin restricciones podría matar o herir a 275.000 alemanes; por otro lado, también «crearía gran confusión» y «podría perfectamente hundir una ya quebradiza moral». ¹³⁹

Los escépticos se oponían, pero eran abucheados. El general Doolittle, jefe de la VIII Fuerza Aérea, creía que «las posibilidades de aterrorizar hasta la sumisión» a personas que ya habían sido bombardeadas repetidamente desde 1942 eran «extremadamente remotas». Las tripulaciones de vuelo temían a la ciudad más brutalmente defendida de Europa. «La Gran B no es buena como objetivo», dijo un aviador. «No creo en el bombardeo vengativo.» No obstante, en una nota garabateada a Beetle Smith, Eisenhower había escrito: «Estoy de acuerdo en que el proyecto sería bueno». ¹⁴⁰

Thunderclap, nombre en clave del «proyecto», lanzó 2.279 toneladas de bombas sobre Berlín el 3 de febrero, a un precio de casi dos docenas de aparatos B-17 perdidos por la artillería antiaérea. El ataque más fuerte que cayó sobre la Gran B durante la guerra resultó una decepción: solo una tonelada de cada tres detonó dentro del radio de kilómetro y medio del objetivo, y algunos grupos consiguieron fallar la sexta ciudad más grande del mundo. El régimen alemán declaró 20.000 muertos, mientras que la historia oficial de las Fuerzas Aéreas situó la cifra en 25.000. Posteriores análisis disminuyeron el número de muertos de Thunderclap a 2.893, más otros 2.000 heridos. Nadie se rindió. ¹⁴¹

Aun así, las bombas destrozaron estaciones de tren, zonas de carga y descarga y alrededores: fábricas de electrónica, de cuero y de edición; hoteles; oficinas de periódicos; edificios gubernamentales, entre ellos el Ministerio del Aire, el Departamento de Asuntos Exteriores, el cuartel de la Gestapo y la Cancillería del Reich. «Era una hermosa mañana soleada», escribió una alemana. «Jacintos azules en flor, azafranes púrpura, y lilas de Pascua a punto de florecer... Uno no debería

disfrutar de estas cosas.» El terror barrió una estación de metro, según un relato de la Wehrmacht, y «la gente literalmente se desgarraba las ropas unos a otros. Presas del pánico se olvidaron de sí mismos y se golpeaban unos a otros». Decían que otros se movían en manada «como ciervos en una tormenta». Un superviviente contaba cómo las bombas fósforo «prendían por los muros y por las calles formando llameantes ríos de insaciable fuego». El ataque dejó sin hogar a 120.000 alemanes. Un diarista describió a los berlineses como «marchando hacia atrás en el tiempo» para convertirse en moradores de cuevas y añadió, «solo nuestros ojos están vivos». ¹⁴²

En todo el mes de febrero se llevaron a cabo complejas misiones aéreas, entre ellas la Operación Clarion, un asalto de 3.500 bombarderos y casi 5.000 cazas con la intención de destripar aún más el transporte alemán y recordar su mortalidad a las ciudades alemanas más pequeñas en «zonas relativamente vírgenes». Trenes, estaciones ferroviarias, gabarras, muelles y puentes fueron bombardeados y ametrallados, pero no se detectó ni el desplome general del Reichsbahn ni el debilitamiento civil. «Quizás se daba el caso —planteó el Ejército de las Fuerzas Aéreas— de querer socavar la moral de un pueblo que no tenía moral.» ¹⁴³

La incursión más infame del invierno fue el ataque a Dresde de más de ochocientos aparatos del Mando de Bombardeo durante la noche del 13 de febrero, seguido los dos días siguientes por casi otros tantos bombarderos de la VIII Fuerza Aérea. Diferentes llamaradas se aliaron en una tormenta de fuego con vientos sobrecalentados capaces de arrancar de cuajo árboles y despegar fragmentos de tejado. «Conductos de chimenea caían solo con el eco de mi voz», informó después una colegiala. «Vi un montón de cenizas con forma de persona ... Era mi madre.» Preguntado por el resultado del ataque, el Bombardero Harris respondió: «¿Dresde? No existe ningún lugar llamado Dresde». Los funcionarios nazis declararon 200.000 muertos en una ciudad abarrotada de refugiados procedentes del este, pero un exhaustivo estudio medio siglo después redujo la cifra a 25.000. Entre los que trasladaban cuerpos a los hoyos de cremación estaban los escuadrones de las SS, experimentados en aquellos asuntos por el servicio prestado en Treblinka. También asignado a aquellas labores estaba el soldado raso Vonnegut, capturado en el Schnee Eifel dos meses atrás. «Queridos todos», escribió a su familia en Indiana: ¹⁴⁴

Nos pusieron a trabajar cargando cadáveres de los refugios antiaéreos: mujeres, niños, ancianos; muertos por traumatismo, fuego o asfixia. Los civiles nos maldecían y nos lanzaban piedras mientras acarreamos cuerpos a las enormes piras funerarias de la ciudad. ¹⁴⁵

Cada noche y cada día, el bombardeo aniquilaba otro rincón del Reich. Más de una vivienda alemana de cada cinco fue destruida desde el aire, quedando 7, 5 millones de personas sin hogar durante la guerra y más de 400.000 muertos. La devastación calcinó setenta ciudades, y los cuerpos carbonizados yacían amontonados formando incontables hileras negras. Refiriéndose a la inmensa fábrica Krupp de Essen, un testigo informó que «la mayor fábrica de armamento del mundo es incapaz de producir una horquilla para el pelo». *Time* describió cómo Duisburgo, Düsseldorf, Dortmund, Wuppertal, Bochum y otros núcleos industriales «ardieron como antorchas durante una noche, humearon durante un día y después quedaron ennegrecidas y muertas». ¹⁴⁶

A pesar de todo, la vida sin vida seguía viviendo. Incluso el general Spaatz condenó la «quimera» de poner de rodillas a Alemania desde seis mil metros de altura. Solo el sometimiento y la ocupación convencerían al Reich de que el Reich estaba acabado. Solo la conquista pondría fin a la guerra. ¹⁴⁷

El mariscal de campo Montgomery tenía un destello de conquistador en su mirada cuando puso en marcha la batalla que esperaba que condujese a Berlín. El plan de Montgomery era empezar el jueves 8 de febrero con 340.000 tropas del I Ejército canadiense abriéndose camino por el sureste y subiendo por el margen izquierdo del Rin desde Nijmegen en la Operación Veritable. Dos días después, en la Operación Grenade, el IX Ejército estadounidense con otros 300.000 hombres embestiría hacia el noreste a través del Ruhr en un frente de sesenta y cinco kilómetros, reforzado en el flanco derecho por 75.000 hombres del I Ejército del VII Cuerpo de Joe Collins. Esta horda americana, rugiendo con dos mil cañones y mil cuatrocientos tanques, tenía que unirse a los canadienses hombro con hombro en el Rin antes de envolver la zona industrial del Ruhr. ¹⁴⁸

No obstante, no se podía cruzar el Ruhr, un modesto río que discurría paralelo al Rin, hasta haber tomado las presas de Schwammenauel y Urft río arriba para evitar que los alemanes soltasen las aguas en el momento inoportuno. Los esfuerzos realizados a finales de otoño para capturar o bombardear los diques habían fracasado y las «malditas presas» continuaron siendo una agobiante maldición en los cuarteles generales americanos. Hasta que no se eliminasen aquellas pesadillas, no se podría atravesar el Ruhr, ni se podría alcanzar el Rin ni capturar el Ruhr. ¹⁴⁹

La presa de Urft cayó fácilmente a principios de febrero, pero solamente porque los defensores alemanes se habían concentrado en torno a Schwammenauel y los setenta y cinco millones de litros que almacenaba. Durante casi una semana la 78.^a División verde, reforzada por un regimiento de la 82.^a Aerotransportada y

finalmente la veterana 9.^a División, habían reconquistado territorio ganado y después perdido en las batallas de Hürtgen de finales de otoño: el desfiladero de Kall, donde decenas de cadáveres de tropas de la 28.^a División atrapados y en descomposición todavía yacían alineando el sendero, después Kommerscheidt, y finalmente la destruida Schmidt, capturada en combate sótano a sótano el 8 de febrero después de que cuarenta batallones de artillería estadounidense hicieron saltar los escombros. El Schwammenauel se encontraba a tres kilómetros de distancia.¹⁵⁰

A las ocho de la noche del viernes 9 de febrero, un batallón de la 309.^a de Infantería surgió de un enmarañado bosque y encontró la presa intacta e imponente: 52 metros de altura, 366 de ancho y 300 de grueso en su base. Llovieron ráfagas de artillería y mortero de los alemanes y parpadearon fogonazos desde la lejana orilla, pero cuarenta mil proyectiles estadounidenses respondieron. Iluminados por balizas, cinco ingenieros y una escolta de fusileros atravesaron rápidamente la presa cuando un estruendo de mal agüero se elevó de la cabina de la válvula de Schwammenauel. Al ver que habían destruido un puente que atravesaba el canal, los hombres saltaron por encima de la barandilla y se deslizaron por la cara norte de la presa para entrar por una puerta que había más abajo. El sofocante calor y la presión dificultaban la respiración, «era como entrar en un túnel bajo el mar», recordaba un teniente, pero no encontraron explosivos en aquel lugar. Los ingenieros habían calculado que los demolicionistas alemanes necesitarían doscientos treinta mil kilos de TNT para abrir un agujero en la sólida estructura.¹⁵¹

No obstante, ya se habían infligido heridas mortales. Otras patrullas encontraron la casa del guarda, la sala de mando y las válvulas de descarga destruidas a conciencia: una incontenible cascada de agua de cuatro metros y medio de ancho fluía de las compuertas a veintisiete metros del borde de la presa. La dinamita alemana también había atascado, dejándola abierta, la válvula de un conducto que llevaba agua desde el embalse de Urft hasta la cuenca de Schwammenauel, asegurándose así de que el valle del Ruhr quedara inundado durante días por 100 millones de toneladas de agua.¹⁵²

La lluvia y el deshielo ya habían aumentado el ímpetu del caudal del Ruhr haciéndolo impracticable, tal como ponían de manifiesto las lecturas que cada dos horas se hacían en las estaciones de medición. Ahora el río era devastador. La premonitoria palabra clave «Johnstown» alertó al IX Ejército de las inminentes inundaciones, aunque con un aumento de caudal más que un muro de agua. Durante toda la noche el Ruhr subió 20 centímetros, y seguía creciendo.¹⁵³

Con la ayuda de Montgomery, el teniente general Bill Simpson, comandante del IX Ejército, aplazó veinticuatro horas su ataque al Ruhr, y después volvió a posponerlo indefinidamente. Los ingenieros informaron de que en el curso alto la corriente alcanzaba casi los dieciséis kilómetros por hora, demasiado rápida para poder cruzar el río. Por otro lado, los reconocimientos aéreos sobre Linnich en el curso bajo encontraron que el río que normalmente medía treinta kilómetros de orilla a orilla ahora se había extendido hasta alcanzar novecientos metros, y en algunos puntos más de un kilómetro y medio.¹⁵⁴

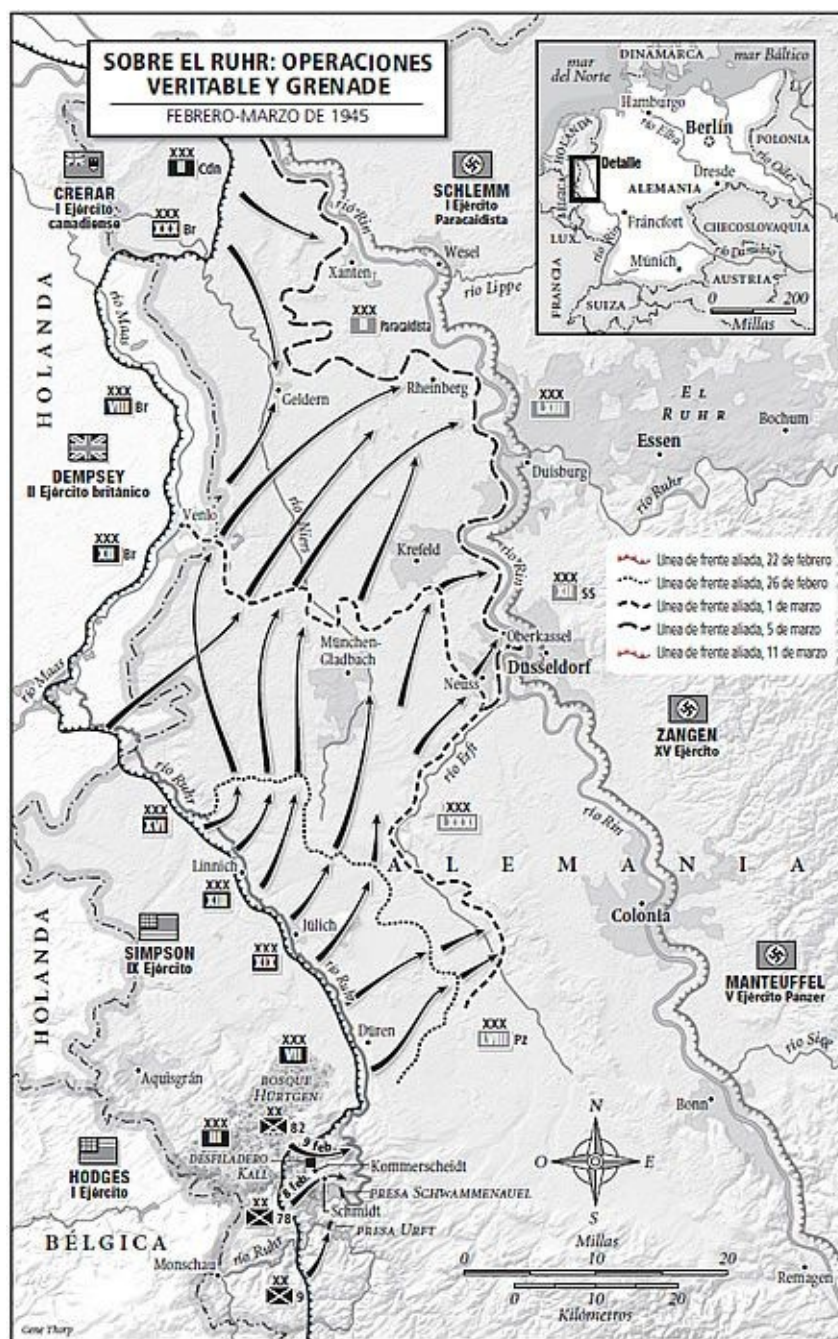
Durante casi quince días, quince divisiones americanas esperaron en la margen oeste a que los embalses se vaciasen y el torrente disminuyese. Afortunadamente, la paciencia y el sentido común figuraban entre las virtudes militares que tenía Simpson, el hijo de un veterano del ejército confederado que se convirtió en un ranchero del río Pecos. Esbelto, angular y con metro noventa y cinco de altura, el casco encajaba en su cabeza afeitada como un gorro, Simpson atribuía a su esposa el mérito de ser «la rueda de equilibrio que me hizo sentar la cabeza». La experiencia de combate en Filipinas, México y en el Mosa-Argonne le enseñaron siendo un joven oficial a «no enviar nunca a un soldado de infantería allí donde puedas lanzar un proyectil de artillería». «Es excelente en todos los aspectos», le dijo Eisenhower a Marshall, y Bradley calificó al IX Ejército de «inusualmente normal». Un oficial de las AAF escribió que Simpson «tenía la calma, el aplomo y la seguridad perfectos de un profesor experimentado. No mostraba ansiedad, ni incertidumbre, y su cuartel general entero era un reflejo de su carácter».¹⁵⁵

Mientras Simpson esperaba pacientemente su hora, el I Ejército canadiense, compuesto a la vez de un cuerpo británico y canadiense, soportaba por necesidad el peso del ataque aliado. La agotadora y ardua caminata por el fango desde Nijmegen, «un amargo y cruento combate», en palabras de Eisenhower, avanzaba un promedio de un poco de más de kilómetro y medio al día a través de cenagales y matorrales entre el Rin y el Mosa, recogiendo a once mil prisioneros enemigos y reduciendo a cenizas una veintena de pueblos alemanes. «Las ametralladoras crepitan ahora como el fuego que corre desenfrenado a través de los resecos helechos», escribió R. W. Thompson, un reportero del periódico londinense *Sunday Times*. La visión de las cortinas de fuego nocturnas, añadió, «me recuerda al Jabberwock: “con ojos de flamas, burbujeaba péstidos alientos a través de las túlgidas ramas”».* El 12 de febrero Rundstedt informó de que el Grupo de Ejércitos B tenía menos de trescientos tanques y una fuerza de infantería de menos de siete divisiones: cada batallón alemán

tenía que enfrentarse a un equivalente de una división aliada. Como en Sicilia y Normandía, las fuerzas de Montgomery bloquearían importantes reservas enemigas, permitiendo que los americanos rompieran la línea.¹⁵⁶

Por fin, el IX Ejército estaba preparado para empuñar el garrote. Con la esperanza de coger por sorpresa al enemigo varios días antes de que la avalancha del Ruhr remitiese por completo, el jueves 22 de febrero Simpson ordenó que la Operación Grenade se lanzase a la mañana siguiente. Después vio a Bing Crosby en *Siguiendo mi camino*, se tomó una última copa y se acostó. Apenas terminado el canturreo, a las 02:45 h del viernes, dos mil cañones de artillería estallaron al unísono. «La luz del destello del cañón y de la explosión de los disparos era tan brillante», informó un teniente coronel del XIX Cuerpo, «que podía leerse un documento en la oscuridad de la noche sin la impresión de que hubiera luz intermitente».¹⁵⁷

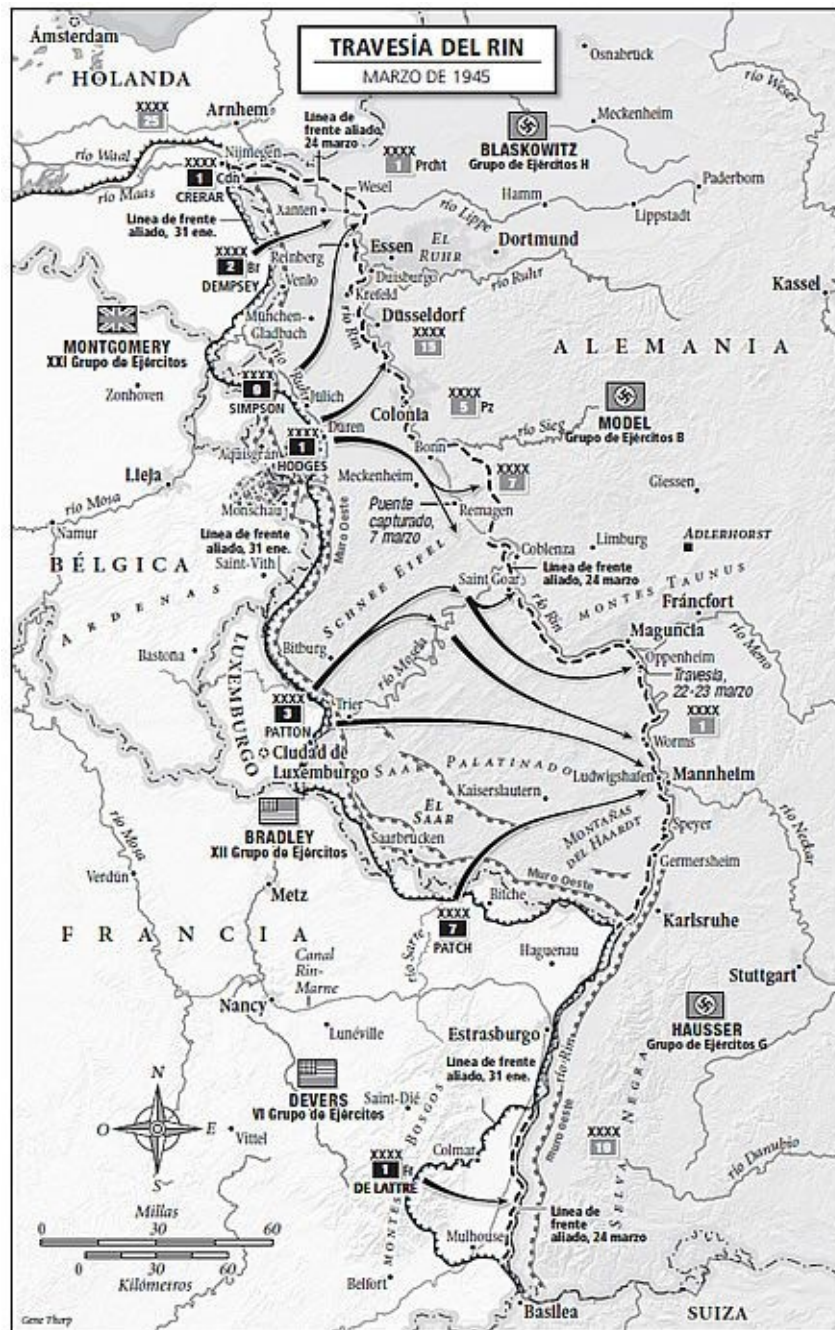
Cuarenta y cinco minutos después tres cuerpos embistieron impetuosamente en un frente de veintisiete kilómetros. El fuego enemigo y una desbordada corriente que todavía fluía a once kilómetros por hora costaron al ataque seiscientas lanchas de combate. Una pasarela instalada a las 04:24 h se desmoronó al instante cuando una embarcación fluvial se precipitó contra ella. Un árbol caído y los artilleros alemanes hundieron otras muchas pasarelas, puesto que los disparos de mortero cruzaban el agua y el fuego bajo de las ametralladoras barría a los GI que pugnaban por llegar a la orilla. Un puente construido por los ingenieros de la 30.^a División fue alcanzado ocho veces antes de ser abandonado. El frío húmedo impidió que un batallón del VII Cuerpo de Joe Collins en el flanco derecho pudiese siquiera arrancar un solo motor fuera borda, mientras que otras embarcaciones se inundaron, se hundieron o quedaron convertidas en madera a la deriva por los disparos de la artillería enemiga o por las ráfagas demasiado cortas de fósforo blanco disparadas por los cañones estadounidenses. Un comandante de batallón informó de una «confusión indescriptible».¹⁵⁸



No obstante, al cabo de unas horas la fuerza bruta acabó ganando. Los cables de anclaje resistieron y a las siete de la mañana tres pasarelas atravesaban la corriente; a las cuatro de la tarde del viernes se abrió un tramo de puente más sólido, por el que pasaron los primeros vehículos. Al anochecer, la cabeza de puente tenía seis kilómetros y medio de profundidad, y tres débiles contraataques alemanes habían sido rechazados. De las mil cuatrocientas bajas estadounidenses, la mayoría fueron ingenieros. El cuartel general de Simpson guardaba un documento de una página en la que aparecía una lista de cada batallón dividido en trece regimientos de infantería con

la correspondiente anotación «cruce» o «terminado». En la madrugada del sábado, veintiocho batallones de seis divisiones habían alcanzado la otra orilla, con diez más que llegarían al atardecer. Una lista independiente de «ciudades capturadas», en su mayoría pueblos alemanes, aumentó hasta dieciséis. El sábado por la noche, diecinueve puentes cruzaban el Ruhr, siete de ellos aptos para tanques. Los exploradores encontraron cerveza de barril en una *Gasthaus*, otros GI capturaron una batería de Nebelwerfer antes de que pudiera lanzar un solo disparo. «Parece que las cosas empiezan a ceder un poco», comentó el comandante de la 30.^a División.¹⁵⁹

El lunes 26 de febrero, mientras tres cuerpos cruzaban una cabeza de puente de cuarenta kilómetros de ancho, el IX Ejército avanzaba 5 o 6 kilómetros al día con el VII Cuerpo protegiendo el flanco derecho. El martes, Simpson lanzó a sus blindados con órdenes de abrirse camino, y columnas de Shermans retumbaron con estrépito por la llanura de Colonia en dirección a Düsseldorf. Enjambres de cazabombarderos acosaban al enemigo en su huida; pueblos enteros con las farolas encendidas y carritos rodando cayeron sin un solo disparo. De repente, pareció como si la guerra hubiese vuelto, escribió después un historiador del ejército, «a los días tranquilos de agosto y septiembre». El jueves 1 de marzo, la punta de lanza de Simpson había llegado a Neuss, a un tiro de rifle del Rin. Desde el tejado de un silo de siete pisos, oficiales americanos con telescopios informaron que podían ver «el gigante inerte y sin vida de Düsseldorf... Del mar de chimeneas de las fábricas, solo una humeaba, de los kilómetros de playas de maniobras en primer plano, ni un solo coche se movía».¹⁶⁰



Ocho puentes cruzaban el gran río en el frente del IX Ejército, y uno a uno los ingenieros alemanes los fueron volando y hundiendo en el agua. Una treta para capturar el cruce en Oberkassel casi dio resultado: la fuerza de choque se movió de noche, con los Shermans camuflados de *panzer* y con GI hablando alemán colgados de los guardabarras. El engaño fue descubierto al amanecer por los ojos de lince de un soldado enemigo en bicicleta que dio la alarma. El fuego de artillería barrió la calle,

las sirenas aullaron y la carrera caótica hacia la rampa terminó abruptamente cuando las vigas del puente, las torres y las calzadas se hundieron en el río con gran estrépito y otra de aquellas desalentadoras y poderosas salpicaduras.¹⁶¹

Simpson propuso entonces un rápido ataque anfibio en el Rin por encima de Düsseldorf. Una embestida del XIX Cuerpo creía que podía acortar la guerra en unas semanas. Las patrullas informaron de que «el enemigo está completamente desorganizado y no tiene ni fuerzas defensivas en este lado ni en la otra orilla del Rin capaces de detener un rápido cruce». Montgomery se negó con un escueto «No crucéis», añadiendo que cualquier intento por parte del IX Ejército de invadir el «bosque industrial» del Ruhr sin una minuciosa y programada preparación era «insensato» y pondría en peligro valioso material de construcción de puentes. La lógica del mariscal de campo era hartamente verosímil, pero un enfurecido Simpson creía que Montgomery ambicionaba para sí mismo y los británicos la gloria del primer cruce del Rin: «una idea egoísta», en opinión del comandante del ejército. Los oficiales americanos se burlaban cada vez más de los británicos comentando «descanso para el ejército del té».¹⁶²

Grenade había terminado. En menos de dos semanas el IX Ejército había avanzado más de ochenta kilómetros desde el Ruhr hasta el Rin. El I Ejército canadiense había cubierto sesenta y cuatro kilómetros con una oposición más tenaz. Las dos fuerzas se reunieron el 3 de marzo en Geldern, al oeste de Duisburgo. Juntos habían sufrido 23.000 bajas, capturando a 51.000 alemanes y matando o hiriendo a otros 38.000.¹⁶³

A pesar de las terribles pérdidas, los enemigos supervivientes escaparon ordenadamente al otro lado del Rin antes de volar los seis últimos puentes en Duisburgo y Wesel. Los ejércitos aliados habían empezado a concentrarse a lo largo del gran río, aunque gradualmente y sin tener claro cómo ni dónde cruzar. Aun así, Rundstedt le dijo a Hitler que el aprieto de los alemanes en el frente occidental era «malo en todas partes», e incluso el Führer tuvo que reconocer que sentía «un gran pesar».¹⁶⁴

Travesías

La puerta interior de Alemania

Penetraron en Renania, atravesando el Saar y bajando por el Mosa, donde las violetas y el mirto habían empezado a florecer y los primeros capullos punteaban los árboles frutales. Los ingenieros habilitaron caminos de carro con troncos a través de calveros destrozados y rellenaron las zanjas en las cunetas de las carreteras con ladrillos y piedra de pueblos triturados para crear un carril extra para los interminables convoyes que se dirigían hacia el este. «Esto es mejor que la otra clase de guerra», reflexionaba un teniente británico. «Tienes la sensación de que vas a algún lugar.»¹

Los refugiados alemanes se alejaban penosamente de la zona derrotada, arrastrando maletas, sus lámparas favoritas y hatillos anudados con manteles. En los muros abatidos todavía podían verse eslóganes militares como «*¡Führer befehl, wir folgen!*» (¡Führer, mándanos y nosotros seguimos!), pero también abundaban escritos de desesperación: «*¡Hitler weg! ¡Krieg weg!*» (¡Abajo Hitler! ¡Abajo la guerra!). En las iglesias habían colgado carteles «In Memoriam» para los soldados muertos a centenares, a miles, a decenas de miles. Los camiones de los EE. UU. rodaban dificultosamente en la retaguardia con cascos de acero a guisa de adorno en el capó y las camas de carga repletas de prisioneros. «Estaban de pie mirando hacia atrás, con sus uniformes color verde grisáceo sucios», escribió W. C. Heinz, «todos ellos balanceándose al unísono con el movimiento de los camiones». Las mujeres alemanas levantaban a sus bebés o lanzaban pan desde sus puertas mientras estudiaban los desdibujados rostros que pasaban por delante con la esperanza de reconocer alguno. «Estoy en tierra de pastos», escribiría Audie Murphy a su familia. «Es muy distinto a los otros países en los que he estado. Las casas son más bonitas y más modernas, pero no tan buenas como las nuestras.»²

Mientras dos docenas de divisiones británicas, canadienses y americanas del XXI Grupo de Ejércitos se acercaban al Rin por el norte, el I Ejército de Hodges avanzaba también hacia el río entre Colonia y Coblenza con trece divisiones en tres cuerpos alineados. «Es imposible no estar eufórico», decía el diario del cuartel general el 3 de marzo. Más al sur, doce divisiones del III Ejército de Patton invadieron los escombros de lo que antes fuera Bitburg, y después viraron a través del SaarPalatinado en tándem con catorce divisiones del VII Ejército de Patch. Juntos atacarían en un frente de ciento trece kilómetros a lo largo de los flancos de las montañas del Haardt. Cualquier ciudad que rechazara las exigencias de rendición procedentes de un «carro de estiércol», un Sherman provisto de altavoces audibles a tres kilómetros de distancia, era atacada con tanques y proyectiles Howitzer hasta que finalmente aparecían una o dos banderas blancas: los obstinados morían. «Ayer en la carretera pude mirar hacia adelante y vi por lo menos una docena de ciudades ardiendo y fuegos que brotaban de distintos y variados lugares por todo el horizonte», escribió a su esposa en Georgia el general de división Alvan C. Gillem, Jr., comandante del XIII Cuerpo. De los 1.700 edificios que había en Jülich, 300 quedaron intactos; de los 9.322 de Düren, descrita por un ingeniero como «la ciudad más destruida que he visto jamás», solo trece quedaron en pie. Las puertas arrancadas de los goznes se utilizaban para cubrir los cadáveres alemanes que aguardaban su entierro, y grandes bolsas de papel hacían de ataúd a falta de madera.³

«Todo olía a muerte», escribió Iris Carpenter después de ver otro lugar reducido a escombros. «Los *bulldozer* escarbaron una carretera a través del corazón de la ciudad que no era más que un montón de rocas humeantes.» Los cazabombarderos aliados hostigaron al enemigo en fuga en lo que un piloto calificó de «caza de ratas: Machacas el suelo. Eliminas a las alimañas». Las cortinas de fuego de la artillería prendieron las vetas de los pozos de carbón a cielo abierto, observó Alan Moorehead, ofreciendo «un atractivo juego de luces y calor dorado». Un oficial de logística escribió a comienzos de marzo a su familia de Virginia: «La tierra está totalmente abrasada».⁴

Sin embargo, más cerca del Rin, el rápido asalto de los ejércitos aliados capturó intacta una acogedora tierra de bucólicas alquerías y repletas despensas. «El ganado, muy numeroso y bien alimentado. Las gallinas y los cerdos corrían por todas partes», escribió Moorehead. «Todas las casas parecían tener un buen armario de ropa blanca.» El periodista R.W. Thompson hizo un catálogo de «buenas provisiones de ferretería, herramientas de metal, estufas de aceite, muebles y colchones. El papel de las oficinas abandonadas era de buena calidad». En una antigua fábrica de caramelos, Martha

Gellhorn encontró «inmensas reservas de azúcar, chocolate, cacao, mantequilla y almendras», así como cuartos repletos a reventar de queso holandés y francés, sardinas portuguesas, pescado noruego en lata y sirope a barriles.⁵

Allí había un mundo de platos de Dresde, jarras de peltre y trofeos de astas de animales dispuestas tal cual en las paredes de los salones, obras de Goethe y Schiller en tapas duras de piel de becerro, tinas de huevos duros en escabeche y olor a ganso asado. Había un mundo de manteles de damasco y cubertería de plata en hermosos aparadores, medallas del Tercer Reich a la maternidad por la incondicional fertilidad y productos cosméticos franceses saqueados de París o Lyon. Todas las casas parecían exhibir un crucifijo o textos cristianos sobre las cabeceras de las camas; algunas enarbolaban banderas aliadas o tenían carteles proclamando que los ocupantes eran holandeses o belgas, sin conceder importancia a aquel retazo de papel de pared descolorido donde hasta el día anterior había colgado el retrato del Führer. «Nadie es nazi. Nunca nadie lo fue», escribió Gellhorn. «Sonaría mejor si le pusiesen música. Entonces los alemanes podrían cantar este estribillo.»⁶

También allí había un mundo para ser saqueado. «Estamos avanzando tan deprisa como permite el saqueo», informó una unidad de la 29.^a División en MúnichGladbach. Las ciudades alemanas eran «procesadas», las casas «liberadas» de todo desde el desván hasta el sótano, desde cámaras Leica hasta acordeones robados. Un capitán preboste de un cuerpo se lamentaba del «gansterismo» de los GI que estaban «saqueando y chuleando a los civiles». Algunos fueron pillados exhumando una tumba medieval en busca de joyas, mientras que otros destripaban los suelos o registraban jardines con detectores de minas. W. C. Heinz vio como un soldado en una bicicleta robada con media docena de vestidos de mujer colgados del brazo los guardaba con mucho cuidado, bicicleta y vestimenta, en el remolque de un jeep. Los PM que saqueaban eran conocidos como los «Lootwaffe»*: según un soldado de la 45.^a División, un «típico escuadrón de infantería implicaba dos disparos y diez saqueos». Moorhead describió cómo «sacaban de los garajes cientos de coches alemanes... los pintaban de caqui y se marchaban en ellos». Las tropas francesas arrastraban su botín de motos alemanas, máquinas de escribir y vacas frisonas hacia la Lorena. Los soldados británicos desvalijaron una tienda de herramientas y se llevaron tornillos, clavos y goznes simplemente por «ganar de robar en una tienda sin obstáculo alguno», concluía un periodista del *Daily Telegraph*.⁷

Lo que escapó al pillaje fue destruido en lo que un soldado calificó de «ambiente caótico, ebrio y carnavalesco de fin del mundo». Un soldado canadiense relató sus propios desmanes en una casa de Westfalia:⁸

Primero cogí un martillo y destrocé más de 100 platos, y las tazas correspondientes. Después cogí un hacha y rompí las vitrinas y bufetes de la porcelana. A continuación hice pedazos los muebles... Coloqué una granada dentro de un gran piano y vertí un tarro de melaza en su interior. Arranqué todas las puertas francesas y todas las puertas con espejos y arrojé las lámparas a la calle. Estaba tan enfurecido.⁹

«No sentía pena por los alemanes», dijo el comandante Peter Carrington, un oficial británico. «Después de todo habían resultado ser enormemente molestos.»¹⁰

Los mandos aliados se encontraron batallando para hacer cumplir el edicto del SHAEF de «no confraternizar», que prohibía «mezclarse con los alemanes en términos de cordialidad, familiaridad o intimidad» y proscribía específicamente «mirar con lujuria a las mujeres y a las muchachas». Las infracciones se castigaban con una multa de 65 dólares, por lo que perseguir a las alemanas guapas, apodadas «fraternazis» y «furleins», pronto se conoció como «la cuestión de 65\$». «No hagáis el papel de Sansón con Dalila», advertía una emisión de la Cadena de las Fuerzas Armadas. «Os cortaría la cabellera, y el cuello.» Pero «ir a fraternizar» se hizo epidémico, a menudo con cigarrillos o chocolate como «cebo para mujeres». «Fraternizar» se convirtió en sinónimo de coito; la nofraternización equivalía a «nofertilización». Los GI argumentaban que «copulación sin conversación no es fraternización», y Patton advirtió: «Decid a los hombres del III Ejército que mientras lleven puesto el casco no están confraternizando». Más de un camión de tropas circulaba por los pueblos renanos con algún soldado vociferando patéticamente como un energúmeno a las mujeres jóvenes que pasaban por la acera: «*Bitte, schlafen mit.*» Por favor, duerme conmigo.¹¹

El general Hodges ordenó que se sirviera champán en el comedor el lunes 5 de marzo para celebrar la inminente llegada del III Ejército al Rin. Se levantaron las copas brindando «por un pronta travesía». Un día después el VII Cuerpo irrumpió en Colonia, la cuarta metrópolis más grande de Alemania, aquella ciudad de místicos y herejes, de santa Úrsula y las once mil vírgenes que, según dicen, fueron masacradas por los bárbaros a causa de su fe, la ciudad donde Karl Marx editó la *Rheinische Zeitung* y donde los sacerdotes antaño celebraban mil misas al día. Ahora, de 770.000 residentes solo quedaban 10.000. Dos docenas de incursiones del Mando de Bombardeo en los últimos tres años habían dejado Colonia como «la boca abierta de un cadáver calcinado», según la imagen del poeta Stephen Spender. Igual que otras ciudades muertas tenía la misma extraña ausencia de forma que afligía a los hombres muertos, una pérdida de estructura y contorno, y también de vida.¹²

Los pensionistas de la Volkssturm luchaban ocultos detrás de tranvías volcados y francotiradores enemigos disparaban a través de los escombros. Edificio tras edificio destruido, bloque tras bloque destruido, los artilleros de los Sherman incendiaban sistemáticamente los pisos superiores con fósforo blanco mientras los GI de infantería lanzaban granadas en los sótanos. Una carga de caballería con tanques de la 3.^a División Blindada a través del campo de aviación de Colonia destruyó dieciséis cañones antiaéreos de 88 mm que trataban de alinearse para la refriega. La catedral de doble chapitel del siglo xiii todavía seguía en pie, aunque herida por bombas, obuses y proyectiles incendiarios que habían dejado el techo y los vitrales hechos trizas en el suelo de la nave. Podían encontrarse banderas nazis «tiradas como basura escarlata en los rincones de las avenidas», escribió la periodista Janet Flanner. «El destructor de los demás se destruye a sí mismo».¹³

El miércoles 7 de marzo, Hodges informó de que Colonia había caído. Sin embargo, con ella también había caído el enlace de la ciudad con la orilla este del Rin: a las doce del mediodía del día anterior un segmento de 365 metros del puente Hohenzollern había sido derruido. Las expectativas del I Ejército de una pronta travesía parecían cada vez más vagas.¹⁴

«El Rin. No sé lo que esperaba. Otro Misisipi, supongo», escribió un sargento ingeniero en su diario. «Esta maldita cosa fluye hacia el norte.» Así era. Desde Suiza, donde el río se alimentaba de 150 glaciares, hasta el mar del Norte, el padre europeo de las aguas formaba un extraordinario foso desde el oeste. Aunque solo era el decimoquinto río más grande del mundo en volumen, clasificado entre el Éufrates y el Ródano, el Rin era ancho, profundo y lo bastante rápido como para que los ingenieros comparasen el cruce con «un breve viaje por mar». El río no era vadeable por ningún sitio, ni siquiera en su nivel más bajo», informó el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los EE. UU., y las inundaciones invernales habían sido las más altas en un cuarto de siglo, con corrientes que en algunos tramos se acercaban a los dieciocho kilómetros por hora. La mayoría de los 31 puentes del Rin habían sido demolidos por hombres con una excepcional aptitud para la destrucción. Gracias al bombardeo aéreo de las fábricas alemanas, el río fluía sin apenas contaminación por primera vez en una generación, pero su lecho estaba obstruido por tal cantidad de escombros que los aliados simplemente no podían navegar contra corriente desde Nijmegen. Una nota «sumamente secreta y privada» procedente del despacho de Churchill para Beetle Smith equiparaba las dificultades a las que se enfrentaban siete ejércitos aliados para transportar ochenta divisiones al otro lado del río con «otro Día D».¹⁵

Se habían trazado planes para franquear el Rin incluso antes de los desembarcos de Normandía. Estudios exhaustivos examinaron las condiciones de las orillas, la corriente, el tiempo y el hielo, y se analizaron narraciones de los romanos sobre la erección de un puente de armazón antes de la era de Cristo y archivos franceses del siglo XIX sobre la colocación de pilotes cerca de Estrasburgo. Ingenieros del ejército en Vicksburg, Misisipi, investigaron datos hidrológicos históricos, ayudados por agentes de inteligencia en Suiza y por las lecturas diarias de medidas interceptadas en las emisiones de radio de los alemanes a los pilotos fluviales. Se construyeron más de 170 modelos de Rin, y un laboratorio hidráulico de Grenoble llevó a cabo elaborados experimentos. En enero se inauguró el Servicio de Predicción de Inundaciones del Rin, y preocupados por la debacle del Ruhr, los diplomáticos presionaron a los suizos para que protegieran siete presas en la cabecera del río con soldados y artillería.¹⁶

Escuelas de travesía de ríos en el Loira entrenaron a centenares de operadores de motores fuera borda, especialistas en la colocación de pilotes y conductores de DUKW. Una planta de acero de Luxemburgo extruyó 54.000 toneladas de vigas en forma de I para la construcción de puentes. Astilleros de Florida, Minnesota y Michigan construyeron centenares de embarcaciones de madera contrachapada de cinco metros diseñadas para transportar a una docena de fusileros y tres ingenieros cada una. Colocadas una encima de la otra y embaladas en grupos de seis, las embarcaciones fueron enviadas a Europa en aviones de carga o buques rápidos. Los constructores de barcos franceses, a los que en enero se les había mostrado una fotografía de una lancha de asalto, se pusieron manos a la obra utilizando los proyectos diseñados por un arquitecto naval. Talaron árboles, se fabricaron planchas de contrachapado y del metal sobrante se confeccionaron clavos y tornillos; cinco semanas después de hacer el pedido, el ejército de los EE. UU. tenía setecientas embarcaciones. Lanchas marinas de desembarco, capaces de transportar un tanque Sherman o a sesenta hombres, zarparon de Inglaterra rumbo a Amberes y remontaron el canal Alberto antes de ser remolcadas por tierra hasta Renania en tráileres tan enormes que los convoyes iban precedidos de *bulldozer* para derribar cualquier edificio que obstruyese el camino. Otras grandes embarcaciones para esta «marina de tierra adentro» fueron transportadas en camiones a lo largo de casi quinientos kilómetros desde Le Havre y llegaron, según relató un testigo, «adornadas con copas de árboles, cables telefónicos y fragmentos de edificios de pueblos franceses».¹⁷

A principios de marzo, los depósitos avanzados contenían 1.100 lanchas de asalto, 124 lanchas de desembarco, 2.500 motores fuera borda, 1, 5 millones de metros de tablas de madera, 6.000 puentes flotantes y suficiente acero y pilotes para

construir más de 60 puentes. No obstante, todo el mundo estaba de acuerdo en que sería más fácil capturar uno que ya estuviese construido.¹⁸

Precisamente este puente se encontraba veinticuatro kilómetros al sur de Bonn, en Remagen, una antigua ciudad romana a horcajadas sobre una carretera construida por Marco Aurelio. En este punto el Rin erosionaba una garganta curva de basalto: al norte, Sigfrido había matado a su dragón en Drachenfels, bañándose en la sangre de la criatura para hacerse invulnerable; al sur, Julio César construyó dos arcos de puente sobre el río, en 55 y 52 a. C., durante sus campañas en las Galias. El puente actual se había terminado en 1918 y llevaba el nombre del general Erich Ludendorff, el progenitor de las finales y fatales ofensivas alemanas en el frente occidental en la Gran Guerra. Con más de trescientos metros de longitud y lo bastante ancha como para que pudiesen circular dos trenes a la vez, la calzada formaba arcos simétricos que descansaban sobre cuatro pilares de piedra, con torres pétreas provistas de troneras en ambos extremos. Se podían colocar planchas de madera sobre las vías férreas para facilitar el tráfico motorizado. En la margen este, las vías desaparecían en el Hoyo del Enano, un túnel practicado en la escarpada colina de ciento ochenta y tres metros llamada Erpeler Ley. Los estetas del lugar se quejaban de que el puente estropeaba el extraordinario paisaje fluvial, pero todavía se quejaron más cuando el puente atrajo repetidos ataques aéreos de los aliados, entre ellos una incursión en enero que mató a tres docenas de civiles.¹⁹

Los soldados alemanes en retirada habían atravesado el Ludendorff a finales de 1918, y ahora los alemanes en retirada volvían a atravesarlo una vez más, mezclándose con los refugiados, el ganado y un eventual tren hospital que transportaba a muchachos destrozados. Un artillero antiaéreo adolescente describió una serpenteante procesión que se dirigía hacia al puente a través de las abarrotadas calles de Remagen el miércoles 7 de marzo por la mañana: «Con cañones tirados por caballos, por vehículos motorizados, y sí, incluso por soldados». Quedaron menos de mil defensores en la zona: muchos eran milicias de la Volkssturm de dudosa valía militar, todos bajo una confusa y fragmentada arquitectura de mando. El mariscal de campo Model había prometido refuerzos, pero no había llegado ninguno.²⁰

En 1938 se habían instalado en el puente sesenta cajas forradas de zinc para explosivos, unidas por cables a través de gruesos conductos a un interruptor eléctrico de encendido en el interior del túnel del tren. La prematura voladura de un puente cerca de Colonia, al parecer detonada por una bomba americana, motivó una orden del Führer de que las cargas explosivas se colocasen solo cuando el enemigo estuviese a tan solo ocho kilómetros de un puente, y que la ignición tenía que retrasarse hasta

que «la demolición parezca inevitable». El miércoles por la mañana, informes incompletos situaron a la vanguardia del ejército estadounidense cerca de los riscos occidentales por encima de Remagen. Se colocaron los explosivos, pero el Grupo de Ejércitos B aseguró que los americanos eran una fuerza de pantalla poco numerosa para enmascarar un ataque aliado a Bonn y Colonia. No había demasiada urgencia.²¹

El enemigo estaba más cerca de lo que pensaban. La noche anterior, el 6 de marzo, el comandante del III Cuerpo estadounidense, el general de división John Millikin, había telefoneado al general de división John W. Leonard, comandante de la 9.^a División Blindada. «¿Ves esta pequeña línea de puente en Remagen?», preguntó Millikin mientras ambos entornaban los ojos mirando en sus respectivos mapas. «Si consigues tomarlo, tu nombre se cubrirá de gloria.»²²

A las 08:20 h de aquel miércoles gris y tapado por la niebla una fuerza de tarea de tanques e infantería abandonaba Meckenheim, a dieciséis kilómetros del río. Dirigiendo la vanguardia de la columna estaba el teniente Karl H. Timmermann, que había estado al mando de la Compañía A del 27.^o Batallón de Infantería Blindada durante menos de veinticuatro horas. Timmermann había nacido en Fráncfort, al sureste de allí: su padre, siendo soldado de infantería, se casó con una alemana después de la guerra, en 1919, antes de regresar a Nebraska. En una nota garabateada en un sótano de Meckenheim, el hastiado joven oficial le escribió a su mujer:²³

No hay gloria en la guerra. Quizás aquellos que nunca han combatido encuentren [una] cierta gloria y glamour que no existe... Dile a mamá que mañana estaremos en el Rin.

Ahora el teniente Timmermann se demostraría a sí mismo que estaba equivocado: durante un breve y vívido momento la gloria sería suya. Alertado por dos exploradores que le hacían señales poco antes de la una de la tarde, acudió rápidamente en su jeep para contemplar a sus pies una brumosa vista panorámica de la garganta del Rin. «Jesús, mira esto», exclamó un sargento. «¿Sabes qué demonios de río es este?» A través de los prismáticos Timmermann vio vacas, caballos, soldados, camiones y civiles cruzando por debajo de los arcos del puente en torpe desfile. Justo debajo, en los alféizares de las ventanas de Remagen ondeaban banderas y sábanas blancas. Dos locomotoras de vapor aguardaban en la otra orilla.²⁴

Mientras tres pelotones descendían a través de la ciudad saltando de puerta en puerta, Timmermann pasó por delante de la hermosa iglesia de San Apolinar y de un cartel que rezaba: «Ciudadanos y Amigos: Conservad Nuestros Parques». Una ráfaga de mosquetería alemana provocó el estruendo del fuego de respuesta de un pelotón de nuevos tanques M26 Pershing, blandiendo cada uno un cañón de 90 mm. Los alemanes envueltos en lágrimas señalaban hacia los sótanos donde se agazapaba presa

del terror la rezagada milicia de la Volkssturm. Tras un interrogatorio, un general enemigo capturado que llevaba un uniforme minuciosamente confeccionado resultó ser un empleado de estación de ferrocarril.²⁵

Poco antes de las dos de la tarde, un oscuro geiser de tierra y adoquines surgió de repente por encima de la rampa oeste; la explosión dejó un humeante agujero de nueve metros de ancho, con el objetivo de evitar que los tanques americanos llegasen al puente. Un repentino fuego de artillería brotó desde las torres de Ludendorff. Las balas silbaban y soltaban chispas entre las vigas. Los GI calaron las bayonetas antes de pasar a toda velocidad por delante de las últimas casas por encima del río. «Te veré en el otro lado», le dijo a Timmermann el comandante de la 27.^a de Infantería Blindada, «y cenaremos pollo... Adelante.» Timmermann barrió la lejana orilla con sus prismáticos. Diminutas figuras saltaban a lo largo de la ribera y entraban en el túnel. «Parece que quieren terneros en el puente antes de volarlo», dijo.²⁶

A menos de un kilómetro de distancia un pandemonio se apoderó de la margen oriental. Civiles y niños chillando se refugiaron en el Hoyo del Enano mientras una nube de humo de los proyectiles de fósforo blanco avanzaba hacia el túnel. Soldados alemanes corrían de un lado al otro de la rampa del puente, algunos envueltos en llamas color naranja de los obuses de los tanques americanos que machacaban la margen del río y azotaban Erpeler Ley. Tres oficiales subalternos discutían si la orden de demolición había de estar por escrito. Gritos de «¡Volad el puente!» se oían al otro lado del río y al final un capitán aulló: «¡Todo el mundo al suelo! Abrid la boca para protegeros los tímpanos». Giró la llave del interruptor de disparo.²⁷

No pasó nada. La giró de nuevo una y otra vez, sin efecto alguno. Un sargento alemán recorrió a toda velocidad ochenta metros hacia el puente, encendió el cable principal a mano y corrió a toda pastilla hacia el túnel perseguido por las balas.

Con un lúgubre estruendo las planchas de madera saltaron del lecho de la vía como si fueran astillas. De los pilares hervía polvo y humo negro. El Ludendorff pareció levitar unos instantes como si fuera a lanzar un gran suspiro, después se asentó de nuevo sobre sus cimientos de piedra, insultado pero intacto.²⁸

Nadie sabría nunca con seguridad por qué cuarenta y cinco kilos de explosivos no consiguieron detonar correctamente: cargas defectuosas, detonadores de mecha defectuosos, quizás un obús disparado por un tanque cortó el cable principal de demolición, quizás, como algunos afirmaron, un milagro.

Indultados, el teniente Timmermann y sus hombres corrieron hacia el puente cortando cables y lanzando las cargas al agua. Cuatro tanques Pershing y una docena de Shermans alineados en la orilla occidental machacaron la torre oriental hasta que los fusileros consiguieron despejar un nido de ametralladoras. El sargento Alex

Drabik de Toledo fue el primero en alcanzar la otra orilla en una carrera zigzagueante y trastabillante que le costó el casco. Otros ocho le seguían pisándole los talones, entre ellos Timmermann.²⁹

A última hora de la tarde, la Compañía A tenía 120 hombres al otro lado. Un pelotón empezó a escalar el Erpeler Ley, esquivando las piedras que rodaban por la pendiente debido a una batería antiaérea que defendía la cresta. Tras un único disparo de advertencia, cinco ingenieros alemanes se rindieron en el Hoyo del Enano, los GI destrozaron el interruptor maestro de demolición con una carabina. Un disparo de tanque de 90 mm desde el otro lado del río hizo trizas una locomotora alemana que remolcaba una larga fila de vagones, y el tren se detuvo con una fuerte sacudida, una pluma blanca de vapor se elevó del cajón de fuego. Los GI se agazaparon en una zanja cuando un tren de pasajeros procedente del norte entraba en la pequeña estación de Erpel: soldados de mediana edad con fusiles se desparramaron por el andén para ser inmediatamente recibidos con gritos mal pronunciados de «*Hände hoch*». En la salida este del túnel también fue capturado un único guardia alemán, pero veinte minutos más tarde salieron otros doscientos enarbolando una bandera blanca para desfilar con sus largos abrigos de cuero y las manos en alto por el puente que no habían podido ni salvar ni destruir. Antes de rendirse, el capitán Willi Bratge, comandante de Remagen, pidió a un subordinado que entregase un mensaje al alto mando alemán. «Infórmales de que la demolición del puente no ha tenido éxito», dijo Bratge, «y que los americanos han cruzado».³⁰

Cayó la noche, una noche empapada y sin luna, «oscura como boca de lobo», en palabras de un oficial, tan oscura que los ingenieros tanteaban con el pie las aceras de las calles de Remagen. Los *bulldozer* llenaron despacio el cráter de la rampa oeste y tres batallones de artillería se prepararon para entrar en acción. Los soldados arrancaron la madera de las casas alemanas para reparar las traviesas. Los conductores, exhaustos, durmieron sentados al volante mientras enormes atascos de tráfico de convoyes convergían en el puente, a la espera de la orden de cruzar. A las diez de la noche, tres menguadas compañías de fusileros ocupaban la lejana orilla, impidiendo un contraataque por parte de un centenar de ingenieros alemanes y equipos de artillería antiaérea que fueron rechazados cerca de Erpeler Ley mientras transportaban media tonelada de explosivos.³¹

Al final, nueve Shermans, más estrechos que los Pershings, cruzaron sigilosamente a medianoche, guiados por soldados a pie que llevaban botones luminosos en los cinturones. El fuego rastreador alemán buscaba el tramo de puente, pero iba demasiado alto. «Un crujido angustioso y de mal agüero» salía del puente, informó un capitán, tan de mal agüero que el décimo vehículo que cruzaba, un

destructor de tanques, derrapó hacia la derecha cerca de uno de los pilones orientales y se hundió hasta la mitad en un agujero del tablero. Durante varias horas, «los minutos más desgarradores de mi vida», reconoció un oficial, el vehículo permaneció clavado bloqueando todo el tráfico. Los ingenieros debatían si lo hacían caer de un empujón, si lo subían, si lo levantaban con un cabrestante o si lo hacían estallar por los aires. Justo cuando apuntaba el alba por encima del Erpeler Ley, aquella maldita cosa fue levantada por la fuerza y remolcada. El desesperado esfuerzo por profundizar la cabeza de puente continuó rápidamente a través de lo que un general de la Wehrmacht denominó «la puerta interior de Alemania».³²

La antigua y majestuosa Reims, conocida por el indigno nombre en clave de Bassinet que le dieron los aliados, había sido la residencia del cuartel general del SHAEF desde mediados de febrero. La ciudad era famosa tanto por haber coronado a más de dos docenas de reyes franceses, empezando por la conversión al cristianismo de Clodoveo el franco en el siglo v, como por el champán, fermentado en bodegas calcáreas que se extendían a lo largo de kilómetros bajo tierra. Los oficiales de Estado Mayor aliados a menudo realizaban catas a ciegas al final del día, sorbiendo de una botella tras otra para debatir los méritos de Krug y Taittinger y Moët & Chandon.³³

Eisenhower comía en la casa prestada de un barón del champán Heidsieck Monopole, no lejos de la catedral de Notre-Dame, y el 7 de marzo había invitado a varios comandantes aerotransportados a cenar, entre los que se encontraban Ridgway, Gavin y Maxwell Taylor. Acababa de quejarse de la sopa cuando un auxiliar le susurró al oído que tenía una llamada telefónica de Bradley. Harry Butcher pudo oír la estridente voz del comandante supremo:³⁴

Brad, esto es maravilloso. Claro, cruzad inmediatamente con todo lo que tengáis. Es la mejor brecha que hemos tenido... Al diablo con los organizadores. Claro, sigue adelante, Brad... Haremos buen uso de ello aunque el terreno no sea demasiado bueno.³⁵

Volviendo al comedor con una exultante sonrisa en el rostro, Eisenhower pidió champán para la mesa. «Era Brad», dijo. «Ha tomado un puente del Rin. Y se disculpó por ello, dijo que estaba mal ubicado en Remagen.»³⁶

Brindaron por el puente y por los valientes muchachos que lo habían tomado. No obstante, no pasaría mucho tiempo antes de que el comandante supremo se diese cuenta de que aquel remoto lugar creaba más problemas que los que solventaba. «Nadie habría elegido jamás *aquel* puente», concedió el general Millikin. Las pésimas carreteras y terreno accidentado, un esclerótico cuello de botella en Remagen, y el traslado de legiones aliadas para reforzar el planeado cruce de Montgomery ciento

cuarenta y cinco kilómetros al norte, todas estas exigencias hacían que la explotación fuera más complicada que simplemente lanzar el I Ejército al Ludendorff, o Ludy, como enseguida lo llamarían.³⁷

De momento, Eisenhower enviaría cinco divisiones a cruzar el Rin con órdenes de llegar a la autopista, once kilómetros más allá del río. El jueves 8 de marzo por la noche, ocho mil GI ocupaban una cabeza de puente de tres kilómetros de ancho y kilómetro y medio de profundidad. Preocupados por los hombres rana alemanes que habían destruido el puente férreo de Nijmegen, los ingenieros colocaron a intervalos tres cargas de protección corriente arriba, una de ellas con una red de acero colgando a tres metros de la superficie del río. Focos reflectores barrían el agua desde el atardecer hasta el alba, la caballería disparaba a cualquier resto flotante, y las tripulaciones de las lanchas lanzaban cargas de profundidad cada cinco minutos, detonando siete toneladas de explosivos cada noche.³⁸

Mientras los ingenieros se afanaban por reforzar el frágil Ludy, el primer transbordador cruzó el Rin al amanecer del viernes, pronto se le unirían dos más transportando gasolina y munición. Los equipos de construcción empezaron también a trabajar en un puente flotante unos cuantos metros más abajo. Las lanchas motoras escoltaban a través del río cada nuevo segmento que había de ser añadido al creciente tramo con clavos de un metro colocados en su sitio por «escuadrones suicidas» desafiando el mortero alemán y las cortinas de fuego de artillería. Un bombardeo especialmente feroz demolió diecinueve flotadores en diez minutos, matando o hiriendo a diecisiete ingenieros. Entre ellos estaba el soldado raso Marion Priester de veinte años, que trataba de sujetar una fea herida en el pecho con las manos antes de anunciar: «Chicos, esto es el fin». Como un camarada explicó: «Murió antes de llegar el suelo». Aun así, a las cinco de la tarde del sábado, treinta y dos horas después del inicio de los trabajos, el primer jeep cruzaba el puente de trescientos cinco metros. Un segundo tramo quedó terminado unas pocas horas después. El lunes, tres divisiones de infantería y parte de un comando de combate blindado defendían una cabeza de puente de veintidós kilómetros de ancho por seis y medio de profundidad.³⁹

La pérdida del Ludendorff fue un puro desastre para el alto mando alemán. En una orden descifrada por Ultra, Rundstedt exigía que tanto el puente como la cabeza de puente «fueran inmediatamente destruidos con efecto permanente». Model condujo a la 11.^a División Panzer para dirigir un contraataque desde Düsseldorf, una fantasía dada la gran escasez de combustible y municiones. A pesar de todo, más de cien cañones empezaron a azotar la cabeza de puente, un disparo cada dos minutos: tres proyectiles alcanzaron el Ludy el 9 de marzo, abriendo otro agujero de cuatro metros

y medio en el tablero e incendiando un camión de munición. A los cañonazos se había unido el mortero «Karl», una bestia de 600 mm que pesaba 137 toneladas y disparaba un proyectil de 2 toneladas con poca precisión y menos efecto, aunque decían que un obús enemigo había alcanzado un banco de Remagen y que billetes de Reichsmark revoloteaban por la calle.⁴⁰

Hermann Göring buscó voluntarios para volar en misiones suicidas y estrellarse contra el puente, una propuesta interceptada también por los espías aliados antes incluso de que fuera rechazada por los mandos alemanes por impráctica. La Luftwaffe realizó casi cuatrocientas misiones sobre Remagen, incluyendo incursiones de aviones a reacción y de anticuados bombarderos en picado Stuka: bien podían haber sido todos deliberadamente suicidas. Los merodeadores pronto se encontraron con veinticinco globos de barrera y casi setecientos cañones antiaéreos, la más densa concentración del ejército de la segunda guerra mundial, con la orden de disparar a cualquier cosa que tuviese alas. Un oficial dijo que cada avión enemigo que se acercaba «costaba a los contribuyentes americanos un millón de dólares en munición antiaérea», y los artilleros aseguraban haber derribado más de un centenar de aparatos. El intenso fuego causó doscientas bajas amigas en tierra, en su mayoría ronchas y magulladuras de balas gastadas de calibre 0, 50 que caían como una lluvia sólida. Por orden de Hitler, las ubicaciones de lanzamiento de V2 en Holanda dispararon once cohetes al puente, el único uso táctico de esta arma durante la guerra. Ninguno dio en el blanco. El único disparo cercano mató a tres GI y cayó en un corral lleno de ganado a varios cientos de metros del río.⁴¹

La debacle de Remagen sin duda clamaba venganza y represalias, y el Führer no perdió el tiempo. Rundstedt, que ya había enfurecido a Hitler burlándose del Muro del Oeste al calificarlo de «trampa para ratones», fue relevado del mando por segunda vez en nueve meses. Tras recibir otra baratija para colgar en su uniforme y un seco «Le agradezco su lealtad» por parte del Führer, Rundstedt una vez más acabó en Bad Tölz para una cura de reumatismo. «Nadie», escribió su jefe de Estado Mayor, «puede saltar por encima de su propia sombra.» El 10 de marzo fue sucedido como comandante del *OB West* por el mariscal de campo Albert Kesselring, que durante los últimos dos años y medio había sido el archienemigo y némesis de los aliados en África del Norte, Sicilia e Italia.⁴²

Peor destino les correspondió a cuatro oficiales subalternos considerados responsables de haber echado a perder la demolición del Ludendorff. Un consejo de guerra sumarísimo los juzgó, acusó y condenó en treinta minutos. Tras negarles un

sacerdote y despojarlos de los galones de rango fueron ejecutados con un disparo en la nuca y enterrados en una tumba superficial. Las cartas que se les había permitido escribir a sus familias fueron quemadas.⁴³

Según decían, aquella cruel justicia creó una «psicosis de puente» en las filas alemanas: los oficiales dedicaron colosales toneladas de TNT a la voladura de puentes y conductos a lo largo y ancho del menguante Reich. Pero ni Kesselring ni una farsa de juicio pudieron contener la creciente marea americana en Remagen.⁴⁴

Entre los que cruzaron el Rin el 12 de marzo estaba el 5.º Pelotón de la Compañía K del 394.º Regimiento de Infantería. Singular solo porque eran negros, aquellos fusileros GI estaban entre los cincuenta y tres pelotones de infantería «de color» reunida entre los voluntarios para ayudar a remediar la escasez de efectivos después de las Ardenas. Muchos habían renunciado a las barras de sargento obtenidas como cocineros, conductores y obreros en batallones de servicio de negros por el privilegio de combatir como soldados. «Hitler fue el que nos sacó de la cocina de los blancos», dijo después un observador negro.⁴⁵

«Moveos», gritaba un sargento primero del 394.º. «Ya no estáis en intendencia. Ahora estáis en el ejército.» Por supuesto que ya habían estado en el ejército, entre los 900.000 afroamericanos que servían de verde oliva, pero ahora estaban parcialmente integrados como pelotones negros bajo el mando de oficiales blancos dentro de compañías blancas, repartidos en once divisiones. A pesar de las encomiables acciones de dos divisiones negras en Italia y en el Pacífico, y de la artillería y batallones de tanques negros antes y durante las Ardenas, la resistencia a integrarlos en regimientos de combate era sólida. «Un soldado de color no puede pensar lo bastante rápido como para luchar en los blindados», escribió Patton en su diario, y algunos esgrimían que enseñar a un fusilero a matar a alemanes blancos conduciría a disparar a americanos blancos en casa. «Vamos a hacer de los blancos unos mentirosos», dijo después un soldado negro. Otro escribió: «Soy un negro americano haciendo mi contribución al gobierno americano para que el mundo sea seguro para una democracia que nunca he conocido.» Para muchos soldados de combate blancos en Alemania, la sencilla verdad fue expresada por un observador de artillería del 394.º de Infantería: «Nos faltaba personal y fueron bien recibidos».⁴⁶

Las reparaciones del Ludendorff continuaron durante nueve días a pesar de que los puentes tácticos soportaban gran parte del tráfico a través del Rin. Entre las incursiones aéreas y las bombas enemigas, doscientos soldados, armadores, herreros y carpinteros bullían sobre la estructura reparando cuerdas, trancaniles y agujeros en

el tablero. Las mediciones revelaron que el Ludy se inclinaba un poco del lado de contracorriente, hacia el sur, pero los ingenieros creían que la estructura se había estabilizado.⁴⁷

No era así. Justo antes de las tres de la tarde del sábado 17 de marzo saltó un remache con un fuerte ¡pop! Otros se fueron soltando como si ráfagas de mosquetería impactasen en las vigas. Un estribo vertical se partió. Del tembloroso tablero se levantó una nube de polvo. Los maderos empezaron a saltar y el chirriar del acero sobre el acero se propagó retumbando contra el Erpeler Ley. «Los hombres que estaban en el tablero soltaron las herramientas y empezaron a correr», testificó más tarde un coronel ingeniero. Muchos se encontraron corriendo colina arriba mientras el tramo central se retorció en sentido contrario a las agujas del reloj y se desplomaba. A continuación, el puente entero pareció doblarse sobre sí mismo, «elegantemente, como en una película a cámara lenta», antes de hundirse en el Rin formando una blanca salpicadura.⁴⁸

De los que cayeron con el Ludy, veintiocho murieron y otros sesenta y tres resultaron heridos. El cuerpo de un general de división hallado encima del pilar este solo pudo reconocerse por sus galones de hoja de roble, otros desaparecieron para siempre en el Rin. Las maderas del tablero y del andamiaje amenazaban con embestir los puentes flotantes río abajo hasta que los ingenieros con hachas y pértigas empujaron los escombros mientras los barqueros pescaban a los supervivientes de las aguas del río. Quedaría la duda de por qué exactamente se hundió el puente. Debilitado por los bombardeos aliados y la fallida demolición, el tramo había sido víctima de fuertes vientos, intenso tráfico, soldaduras, incesante martilleo, la artillería de los V2 y la vibración de miles de proyectiles disparados desde baterías del ejército de Howitzer de 20 centímetros a menos de kilómetro y medio de distancia. «La mayoría», escribió un ingeniero en su diario, «nos alegramos de que esta maldita cosa se haya terminado».⁴⁹

A última hora de la noche del sábado, siete hombres rana alemanes entrenados en una piscina en Viena se sumergieron en el Rin con órdenes de destruir los puentes tácticos utilizando explosivos plásticos. Ninguno pudo acercarse sin ser capturado, abatido u obligado a regresar a la orilla por agotamiento, disparos y cegadores focos reflectores. Al cabo de una semana, ocho puentes cruzaban el Rin cerca de Remagen, alimentando la cabeza de puente que ahora tenía cuarenta kilómetros de ancho y trece de profundidad. La autovía de Fráncfort, cortada finalmente el 6 de marzo, serviría de carretera principal hacia el centro de Alemania.⁵⁰

El lunes 9 de marzo, Eisenhower aprobó que nueve divisiones del I Ejército cruzasen el Rin a la espera de formar un frente común con el III Ejército cuando Patton hubiese atravesado el río por encima de Coblenza. «La guerra ha terminado, os lo digo», proclamaba Hodges una y otra vez en Spa. «La guerra ha terminado.» La guerra no había terminado, ni siquiera repitiéndolo hasta la saciedad. No obstante, la puerta interior de Alemania se había abierto de par en par para no cerrarse nunca más.⁵¹

Dos si por el mar

El exultante optimismo y la bonhomía bávara del mariscal de campo Kesselring le habían sido útiles durante los cinco años de guerra. Un hombre sofisticado, dentado y cruel al que los americanos apodaban burlescamente el Sonriente Albert, y que descendía de cerveceros, viticultores y de un ocasional soldado de fortuna. Su padre había sido maestro de escuela en Bayreuth, hogar de Richard Wagner. Los adversarios aliados de Kesselring en el Mediterráneo sabían muy bien que era un mariscal de campo excepcional, responsable de la larga y combativa retirada desde El Alamein hacia el norte de Italia. Enérgico y seguro de sí mismo, poseía también aquel valioso atributo de un exitoso generalato, la suerte, y era famoso por sus huidas por los pelos. Aprendió a volar a los cuarenta y ocho años antes de ser transferido de la artillería a la Luftwaffe, y sobrevivió después de ser alcanzado cinco veces. «No creo que se pueda ser un comandante militar si no se es optimista», dijo Hitler de Kesselring. Las órdenes del Führer al nuevo comandante del *OB West* eran concisas, explícitas e imposibles de cumplir: «Esperar».⁵²

Ahora la suerte de Kesselring daba señales de abandonarlo. En octubre, su coche de Estado Mayor había colisionado con un cañón alemán, un accidente del que todavía se estaba recuperando. Le resultaba difícil viajar, y su capacidad de inspeccionar personalmente el frente de batalla estaba mermada. No estaba claro el número de tropas que tenía bajo su mando, puesto que desde el comienzo de las batallas de Renania en el mes de febrero, había desaparecido un cuarto de millón de alemanes, la mayor parte en campos de prisioneros de los aliados. Los mapas de la Wehrmacht mostraban divisiones donde ya ni siquiera quedaban regimientos, y los oficiales de Estado Mayor calculaban que la fuerza alemana en el oeste había quedado reducida «como mucho a un centenar de combatientes por cada kilómetro de frente». Las directrices e indagaciones desde Berlín se inclinaban hacia lo alucinatorio: por

ejemplo, ¿podía la guarnición de las islas del canal de la Mancha resistir un año más? En las filas circulaban rumores de que los americanos tenían intenciones de matar a todos los cabos alemanes para impedir el surgimiento de otro Hitler.⁵³

A mediados de marzo, los comandantes de campo instaron a Kesselring a que completara la evacuación de la Wehrmacht al otro lado del Rin, puesto que aferrarse a los emplazamientos del oeste del Rin se consideraba inútil si no desastroso. El mariscal de campo no estaba de acuerdo, pues temía que la retirada degenerase en derrota. En línea con la política de Hitler de «esperar», el 17 de marzo ordenó «conservar las posiciones actuales», mientras les decía a sus subordinados que «hay que evitar... la aniquilación».⁵⁴

Sin embargo, solo tres días después incluso el último optimista del Reich tuvo que reconocer que los americanos habían «desgarrado por completo nuestro frente». Se podía entretener al enemigo, pero no detenerlo. «Ni el mejor general», sopesaba Kesselring, «puede hacer ladrillos sin paja».

El general Patton se había tomado un breve respiro en París, donde Beetle Smith se lo llevó de caza a una vieja reserva real fuera de la ciudad. Patton mató tres patos, tres liebres y un faisán. Más tarde estaba sentado en un palco del Folies Bergère, tomando champán y agradeciendo una aduladora ovación por parte del público. Las chicas de revista, observó, iban «totalmente desnudas, tanto que a nadie le interesan». De regreso al frente, decidió permanecer dentro del campo de sonido de los cañones hasta el final.

La matanza del campo de batalla siempre había inflamado la imaginación de Patton, y el SaarPalatinado resulto extremadamente tonificante. En Trier, por ejemplo, veinte incursiones aéreas y las embestidas del III Ejército habían reducido la ciudad a 558.000 metros cúbicos de escombros. «La desolación ha quedado paralizada, como si el momento de la combustión se hubiera detenido repentinamente y el aire hubiera perdido la capacidad de mantener los átomos unidos», escribió el soldado raso Lincoln Kirstein, que pronto fundaría el New York City Ballet. «Apenas ha quedado nada entero.» La entrada al viejo anfiteatro romano todavía seguía en pie y aquello, junto con sus lecturas nocturnas de la *Guerra de las Galias* de Julio César, bastó para que Patton informase en su diario a mediados de marzo que «podía oler el sudor de las legiones». Para él estaba todo allí: los gladiadores peleando con las bestias salvajes; los legionarios y los centuriones «desfilando por la misma carretera» por la que ahora marchaban sus propias legiones; el propio César sopesando la mejor manera de atravesar el Rin.⁵⁵

Pocas veces, quizás nunca, había sido su generalato más sagaz, más seguro y más implacable. Con el VII Ejército de Patch arrasando desde el sur como una guadaña, los americanos contarían con noventa mil prisioneros capturados en el Saar, 7.770 kilómetros cuadrados invadidos e irremplazables fábricas alemanas de acero, plantas químicas y de petróleo sintético arrasadas o capturadas. La movilidad americana desquiciaba al enemigo y el fuego lo desollaba. «A nuestro paso apenas queda nada hecho por el hombre», informó un comandante de división. La factura del carnicero aumentaba cada día, por supuesto. «Numerosos jóvenes mueren miserablemente, o luchan por evitar la muerte», escribió una enfermera en su diario, «aferran mi mano hasta que duele, como si yo pudiera impedir que resbalasen hacia el oscuro abismo». Patton presionaba a los que todavía estaban en pie. «No importan las carreteras», declaraba. «No importa el terreno. No importan los flancos expuestos.» Cuando un cañón autopropulsado se encallaba bajo un paso de elevado de ferrocarril, Patton le decía al desafortunado comandante de artillería: «Coronel, puedes volar el maldito cañón. Puedes volar el maldito puente. O te puedes volar los malditos sesos, no me importa lo que elijas.»⁵⁶

El miércoles 21 de marzo, tres cuerpos del III Ejército habían alcanzado el Rin. El VIII Cuerpo del general Middleton franqueó el Mosela para envolver Coblenza e informó «ni un solo disparo, ni un solo proyectil, de hecho no hay rastro del enemigo». Menos de dos mil desalentados defensores alemanes atravesaron el Rin a remo en una espesa niebla. Sesenta y cuatro kilómetros río arriba en Maguncia e incluso hasta Worms en el sector del VII Ejército, la retaguardia enemiga huía a bordo de cualquier cosa que pudiese flotar. Se volaron más puentes, en Ludwigshafen y en Germersheim. «Vamos a cruzar el Rin», declaró Patton el jueves, «y lo haremos antes de que yo sea un día más viejo.»⁵⁷

Cumplió su alarde. En Oppenheim, una ciudad vinícola y puerto de gabarras a mitad de camino entre Maguncia y Worms, dos batallones de la 5.^a División cruzaron sigilosamente en lanchas de asalto a las 22:30 h, sorprendiendo a los soldados enemigos en sus sacos de dormir. Al alba del viernes 23 de marzo, seis batallones de infantería habían llegado a la otra orilla con tan solo veinte bajas antes de seguir avanzando hacia el este detrás del fuego sobre la marcha conocido como «muerte andante». Los tanques siguieron en transbordador y después a través de un puente flotante; los GI arrancaron las vallas de las cunetas de las carreteras para dar cabida a tres columnas de tráfico en la otra orilla. Patton dejó constancia de cómo «condujo hasta el río y cruzó por el puente flotante parándose en medio para mear en el Rin, y después cogió un poco de lodo de la otra ribera... emulando a Guillermo el Conquistador».⁵⁸

«¡Brad, hemos cruzado!», gritó en una llamada telefónica a Namur. «Y puedes decir al mundo que el III Ejército lo hizo antes que Monty», Bradley lo reconoció: la travesía americana, informó a la prensa, se había realizado sin bombardeo aéreo, sin asalto aerotransportado, e incluso sin fuego de artillería. Al cabo de un día, la cabeza de puente de la 5.^a División tenía ocho kilómetros de profundidad. Para «crear un verdadero sentimiento de rivalidad» Patton ordenó a los tres cuerpos del III Ejército que corriesen hacia Giessen y se uniesen al I Ejército.⁵⁹

«Me encanta la guerra y la responsabilidad y la emoción», escribió a Bea. «La paz será un infierno para mí. Probablemente seré una gran molestia.»⁶⁰

Churchill había propuesto ir al combate a bordo de un tanque británico durante la Operación Varsity Plunder, el ataque del XXI Grupo de Ejércitos sobre el Rin. «Soy un hombre viejo y trabajo duro», explicó más tarde. «¿Por qué no podría tener un poco de diversión?» No se dejó disuadir y se puso el uniforme de un coronel del Cuarto de Húsares de la Reina, regimiento al que había sido destinado medio siglo atrás, y la tarde del 23 de marzo subió a bordo de un C-47 Dakota con Brooke para volar a Venlo, en la frontera germano-holandesa. Una pantalla de humo angloamericano de ochenta kilómetros de longitud abrazaba el río, «una gruesa bruma negra», comentó un testigo, «exactamente como Manchester o Birmingham vistas desde el aire». Encontraron el puesto de mando de Montgomery en un bosque de pinos, ocupando un claro que antes había sido utilizado por una escuela de equitación. Fotografías de Rommel y Rundstedt adornaban todavía las paredes de la caravana, como fantasmas vencidos de pasadas batallas. Después de cenar, el primer ministro se retiró al furgón de mapas de Montgomery, donde unos canarios enjaulados cantaban sus arias. Pocas horas antes, explicó el mariscal de campo, había puesto en marcha su plan maestro con una frase en clave para sus tenientes: «Dos si por el mar». Los británicos estaban de camino.⁶¹

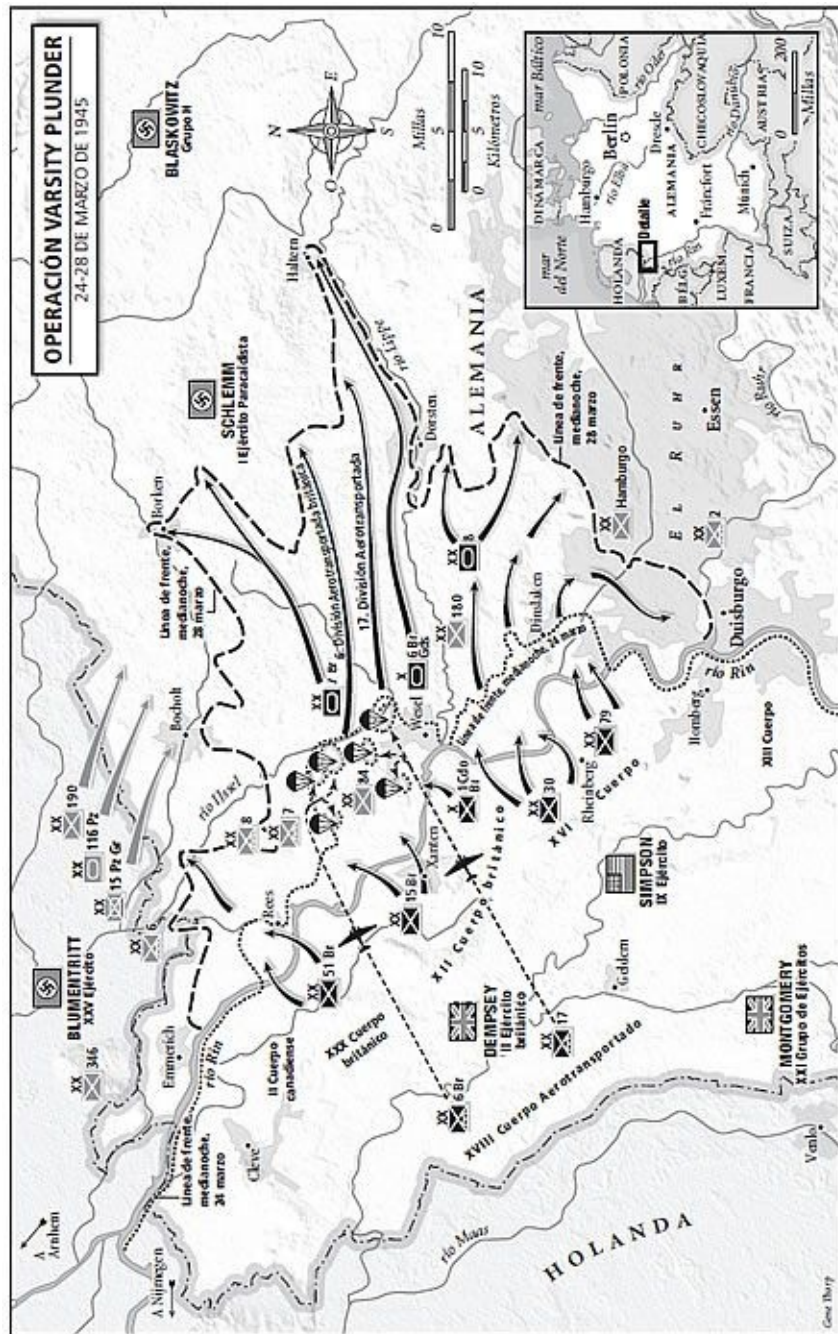
Bajo el mando de Montgomery, más de 1, 2 millones de soldados aliados avanzaban en una operación que rivalizaba con Overlord en complejidad y grandiosidad. Tres ejércitos abarrotaban la margen oeste del Rin, con el II británico comprimido entre el I canadiense al norte y el IX estadounidense al sur, todo imperfectamente oculto por aquel humeante miasma. En la orilla este, formado en torno a Wesel, el enemigo había quedado reducido a lo que un general alemán denominó «la sombra de un ejército» que solo podía «pretender que resistía». El ejército británico podía estar diluyéndose, dado que el sangriento esfuerzo de

Nijmegen había costado el equivalente a treinta y cinco batallones de infantería, para los que hubo muy pocos repuestos, pero Montgomery tenía la intención de escenificar una última y gloriosa marcha militar, digna de un imperio.⁶²

El plan de Plunder requería tres cuerpos, dos británicos y uno americano, para asaltar el río aquella noche. Menos de doce horas después, en Varsity, les seguiría un cuerpo angloamericano aerotransportado que descendería sobre el vacilante enemigo: una inversión de anteriores secuencias de combate. Sesenta mil ingenieros se habían congregado en aquel tramo del Rin. Cinco mil quinientos cañones de artillería estaban en posición elevada y listos para disparar: un solo Howitzer de 105 mm podía esparcir casi dos toneladas de fragmentos letales sobre 36.000 m² en una hora. En los últimos tres días se habían lanzado quince mil toneladas de bombas para allanar el campo de batalla. Los británicos solos habían reunido 120.000 toneladas de material bélico, la mitad en munición; las reservas americanas eran todavía más abultadas. Churchill ya había escrito un mensaje en un enorme proyectil: «Para Hitler personalmente».⁶³

Con un pellizco final en la mejilla y promesas de que todo saldría bien, Montgomery se retiró a su camión dormitorio. El distante rugido de los cañones indicaba que Plunder había empezado. Churchill y Brooke paseaban entre los pinos aquella noche templada, reflexionando sobre lo lejos que habían llegado en los últimos treinta meses, desde Alam Halfa y El Alamein en Egipto hasta la guarida de Hitler. Justo antes de las diez de la noche, Churchill dio una última calada a su puro y también él se acostó, un húsar envejecido necesitado de sueño.⁶⁴

Treinta y dos kilómetros al este, el ataque al Rin se había recrudecido con «el insoportable estruendo y chasquido de los cañones», según palabras de Alan Moorehead. Las llamas y el acero abrasaban la otra orilla creando tal infierno y confusión como podían enviar los varios miles de cañones. Fantasmas tambaleantes y conmocionados se amontonaban en la orilla del río sembrado de uniformes de combate de los Tommies reunidos en las praderas, donde vaciaban sus tazas de ron y se tiznaban las mejillas con el hollín de las teteras. «Aparecieron comandos en largas filas, saliendo de los bosques», escribió Eric Sevareid. «Se oía el crujir de botas y correas... Iban ligeramente inclinados por el peso de las mochilas. Algunos cantaban.» Saltaron a las lanchas de asalto y Búfalos anfibios y pronto aquellas flotillas partieron hacia la orilla opuesta, siguiendo el acimut de las balas rastreadoras Oerlikon que se extendían hacia el este como brillantes collares de rubíes. Destellos de luz candelabro zumbaban en el aire arrojando chispas plateadas al río. «Si por casualidad oís algunas balas desperdigadas, no tenéis que pensar que van a por vosotros», les dijo un oficial británico a sus tropas. «Esto, caballeros, es una forma de egoísmo.»⁶⁵



Desde el segundo piso de una villa de verano que daba al Rin, Moorehead contemplaba cómo un avión Pathfinder orbitaba por encima de los chapiteles de la iglesia de Wesel para indicar el blanco a los bombarderos británicos. Pensó que el avión parecía «una polilla negra revoloteando en el aire».⁶⁶

Lanzó su racimo de luces rojas sobre el centro de la ciudad, un acto que significaba, y con qué intensidad se sentía aquello, que Wesel tenía apenas diez minutos de vida. A continuación, los Lancasters llenaron el aire con un rugido y al final el increíble cataclismo del golpe... Los edificios y los árboles y los acres del enorme parque de la ciudad simplemente se desgajaron del suelo... Un viento violento y demoledor atravesó el río.

«Una gran mancha carmesí de humo y llamas se elevó como una enorme herida abierta», escribió R. W. Thompson, «y el río adquirió el color de la sangre». Un general de división británico se preguntaba en su diario «si se había desatado algo más que fuerzas mortales». Los bombarderos se marcharon, mil toneladas más ligeros, y una violenta amenaza se cernió sobre Wesel cuando los comandos, que habían alcanzado la orilla este, acudieron a reclamar su premio. «Como ladrones y en fila india, con los líderes dando carta blanca, la brigada entera entró en la ciudad», escribió Moorehead. Wesel, o mejor su calcinada carcasa, pronto fue suya. Dos cuerpos británicos, el XII y el XXX, se dispersaron por el río en multitud.⁶⁷

Unos pocos kilómetros río arriba, 40.000 artilleros del IX Ejército desataron, a la una de la madrugada, un barrido de más de mil proyectiles al minuto. Una hora después, el XVI Cuerpo de Simpson, ampliado con 120.000 hombres, subía la primera de las setecientas lanchas de asalto a un dique y al río. Se utilizaron parches médicos de calor para calentar los motores fuera borda, y ahora los frenéticos tirones de la cuerda de arranque lanzaban, según descripción de un escritor, «a toda velocidad multitud de pequeñas embarcaciones al otro lado del río» bajo una luna creciente. Las balas rastreadoras de las ametralladoras guiaron las primeras oleadas hasta que las luces de aterrizaje de colores del aeródromo pudieron colocarse en la otra ribera. La resistencia alemana «no desplegó un verdadero ataque», informó un teniente, las dos divisiones de asalto sumaron treinta y una bajas. En la orilla oeste, los controladores con cascos blancos intimidaban a los rezagados, y grúas de veinte toneladas levantaban las lanchas de desembarco más grandes para depositarlas en el Rin.⁶⁸

El sábado 24 de marzo por la mañana, trece batallones de infantería estadounidenses defendían la orilla este en un frente de trece kilómetros. Los ingenieros destaparon las cubiertas de camuflaje (redes de pesca, mallas de alambre, tela asfáltica y tejido ennegrecido con polvo de carbón) de cinco depósitos de equipamiento al oeste del río para revelar interminables acres de pontones, trancañiles, entramados y tirantes de anclaje. Los constructores se pusieron manos a la obra en el río con ganas y eficiencia.⁶⁹

Descansado y exultante, poco antes de las diez de la mañana del sábado Churchill se instaló en un sillón colocado para él en una ladera de Xanten, ocho kilómetros al oeste de Wesel. Un sol clemente trepaba por un cielo sin nubes, enturbiado por la estela lechosa de un V2 que atravesaba el cielo como un rayo en dirección a Amberes, o quizás hacia Londres. Los incesantes cañones británicos arrasaban objetivos mucho más alejados del Rin, y las explosiones anaranjadas de los proyectiles lanzaban destellos en la niebla matutina. Contemplando el desfile de embarcaciones y balsas

que abarrotaban el río a sus pies, el primer ministro murmuró: «Me habría gustado desplegar a mis hombres con casacas rojas en esta llanura y darles la orden de disparar. Pero ahora mis ejércitos son demasiado vastos».70

De repente se oyó un profundo e insistente zumbido por la retaguardia. Churchill se levantó de un salto con inesperada agilidad. Enjambres de cazas aliados tronaron abruptamente por encima de su cabeza, seguidos por formaciones ordenadas de aviones de transporte, volando lo bastante bajo como para discernir desde el suelo a los paracaidistas de pie en la puerta de salto. Detrás, por lo que el ojo podía ver o la imaginación conjurar, venían los remolcadores aéreos, cada uno arrastrando a uno o dos planeadores. El primer ministro dio varios saltos colina abajo gritando: «¡Ya vienen! ¡Ya vienen!». Justo al norte de Wesel florecieron los primeros paracaídas rojos y amarillos, en palabras de Moorehead, «como enormes amapolas».71

Aquí estaba Varsity. La 6.^a División Aerotransportada británica, volando en columna desde once aeródromos de Anglia Oriental, se había unido al sur de Bruselas con la 17.^a División Aerotransportada de los Estados Unidos, que había despegado de una docena de campos cerca de París. Protegida por tres mil cazas aliados, su amplitud combinada oscurecía el cielo: mil setecientos transportes y mil trescientos planeadores conducían a diecisiete mil paracaidistas y a la tripulación de los planeadores al combate. Sus órdenes eran capturar el territorio y los bosques por encima de Wesel reforzando las cabezas de puente de Plunder: «para deshacer la melé», como lo expresó un comandante británico aerotransportado, «y colocar a los ejércitos detrás de nosotros pavoneándose».72

En este cometido serían modestamente efectivos, capturando diez zonas de aterrizaje y lanzamiento con celeridad. Pero el ingente tonelaje de las bombas, las decenas de miles de proyectiles de artillería y los centenares de incursiones de ataque contra posiciones sospechosas de albergar artillería antiaérea no consiguieron erradicar todas las baterías enemigas ni impedir que los cañones antiaéreos móviles de 20 mm corriesen hacia el campo de batalla. «Cuando estábamos cruzando el Rin empezaron a aparecer agujeros en las alas y el fuselaje», escribió después un oficial del 513.^{er} Regimiento de Infantería Paracaidista. «El ruido del fuego antiaéreo sobre el cuerpo del avión al ser alcanzado me recordó el sonido del granizo sobre los tejados de chapa ondulada.» Los paracaidistas groguis por el Dramamine encogieron los hombros y apretaron las nalgas mientras las balas atravesaban el revestimiento de acero del suelo. Un comandante de batallón del mismo regimiento informó que mientras se abría su paracaídas, «miré hacia atrás y vi el ala izquierda de nuestro aparato envuelta en llamas. Casi inmediatamente el avión entero estaba ardiendo y caía. Severeid vio cómo otro aparato «se quedaba sin un ala».73

El cuerpo del avión se precipitó hacia tierra mientras el ala le seguía dando vueltas en torbellino como una gran hoja. Otro aparato despedía fuego de los dos motores. Las llamas eran hermosas cintas doradas.⁷⁴

Las balas rastreadoras enemigas incendiaron los almacenes de madera y el entramado de los planeadores. Un teniente de vuelo informó haber visto un Hamilcar británico desintegrarse en el aire y sus ocupantes «caer como marionetas». Un cabo paracaidista vio cómo otro planeador viraba sobre una zona de aterrizaje cuando fuego de tierra «lo partió en dos como un huevo y el jeep, el cañón y los muchachos cayeron». De cuatrocientos planeadores del 6.º Aerotransportado, solo ochenta y ocho aterrizaron intactos. Otros treinta y dos fueron destruidos en tierra por la artillería alemana y bombas incendiarias. Una cuarta parte de los pilotos británicos de planeadores fueron bajas. Más de cincuenta planeadores americanos fueron destruidos por el fuego de artillería o en colisiones con árboles o postes, otros por lo que un oficial denominó «un maldito infierno en llamas».⁷⁵

«Controles alcanzados por artillería antiaérea en el aire», afirmaba el informe de un planeador. «El morro y las alas han desaparecido. Piloto y copiloto alcanzados. 12 EM WIA [hombres alistados heridos en acción].» En la Zona de Aterrizaje N, muchos tripulantes de planeadores «murieron en sus asientos y otros muchos quedaron abrasados o fueron destruidos por morteros». Robert Capa, que saltó el río con un batallón americano, vio cómo tiradores alemanes acribillaban a paracaidistas que se habían quedado enganchados en un árbol alto. Al oír a Capa maldecir furiosamente en su nativo húngaro, un GI le dijo: «Para con estos rezos judíos. No te van a ayudar». Una fortaleza voladora B17 que volaba a baja altura transportando cámaras y reporteros de combate huyó envuelta en llamas de regreso al otro lado del Rin. Un superviviente que saltó en paracaídas de un bombardero alcanzado vio cómo «a nuestro alrededor... C47 ardiendo e inutilizados caían en los campos».⁷⁶

La mañana fue todavía más peligrosa para los nuevos Curtiss C46 Commando, que volaban en combate por primera vez. De mayor envergadura que los C47, con dos puertas de salto y un compartimento que podía transportar el doble de paracaidistas, el C46 era también más vulnerable «debido a la posición y tamaño de los tanques de combustible y el laberinto de líneas hidráulicas», concluyó después un estudio del Pentágono. Las balas que impactaban en el aluminio a menudo generaban chispas de hasta trece centímetros de ancho, mientras que la gasolina goteaba de los tanques C46 pinchados a través de los conductos de escape calientes hacia el fuselaje. Las AAF habían decidido no instalar tanques flexibles de autosellado en los tres mil C46 que acabaron comprando. La tecnología de autosellado se había desarrollado a partir de la década de 1920 y perfeccionado después de la disección de los cazas alemanes Messerschmitt derribados en Inglaterra durante la batalla de Gran Bretaña en 1940.

Dos capas de goma revestían el tanque de combustible, una vulcanizada e impermeable y la otra más absorbente; esta última, cuando se saturaba de gasolina por una perforación de bala, se expandía para taponar el agujero, como la sangre coagulada en una herida. Los tanques de autosellado se habían instalado en los cazas y recientemente en algunos C47. No obstante, las prioridades de producción y la preocupación respecto a añadir más peso y reducir la capacidad de combustible hicieron que el pentágono excluyera a los C46, a pesar de las anteriores calamidades aéreas ocurridas en Sicilia y de las sonoras acusaciones de un teniente coronel desafecto de que la decisión era «una negligencia criminal» y «muy cercana al asesinato».⁷⁷

«Vi cómo se desgajaban partes del revestimiento del avión cuando los proyectiles pasaban zumbando», recordaba después un sargento que sobrevivió a Varsity. «Había otro C46 a nuestro lado con los paracaidistas preparados en la puerta. De repente fue alcanzado y las llamas salían por las juntas de unión de las alas al cuerpo del aparato.» Aquel espectáculo se repitió una y otra vez sobre Wesel. «Los C46 se incendiaban cada vez que eran alcanzados en algún punto vital», informaban las tripulaciones. De setenta y tres C46 pilotados por el 313.^{er} Grupo de Transporte de Tropas, diecinueve fueron destruidos y treinta y ocho sufrieron daños. Los investigadores descubrieron que catorce de los perdidos eran «inflamables», aviones «destruidos por el fuego originado [en los] tanques de gasolina». La 52.^a Ala de Transporte de Tropas, que había volado en Sicilia, Normandía y Holanda, concluyó que «el C46 D no es un avión adecuado para el transporte de tropas en operaciones de combate».⁷⁸

Una última calamidad quedaba por desvelar de Varsity. Justo después de la una de la tarde, cuando las divisiones aerotransportadas acabaron el ataque de tres horas, oleadas de Libertadores B24 de la VIII Fuerza Aérea sobrevolaron el campo de batalla lanzando seiscientas toneladas de munición, gasolina y otras provisiones desde una altitud de treinta metros. A aquella altura, los pesados bombarderos cuádrimotors ofrecían un blanco de galería de tiro, y se perdieron 15 de 240 Libertadores, y otros 104 resultaron dañados.⁷⁹

Entre los aparatos derribados al norte de Wesel estaba el B24 J 4250735, apodado *Reina de los Ángeles*, que volaba desde Suffolk con el 704.^o Escuadrón de Bombardeo. Entre los ocho tripulantes muertos estaba el teniente Earle C. Cheek de Misuri, el navegador, «un amigo genial, un buen compañero, y un camarada entrañable», según el capellán de la unidad. Cheek había sobrevivido a muchas misiones peligrosas en bombardeos desde Italia y después desde Inglaterra: tripulantes heridos en su decimotercera misión; un aterrizaje forzoso en Francia en su

decimoquinta; dos motores inutilizados en la decimoséptima; y daños por artillería antiaérea en las alas, cola y compartimento de bombas sobre Magdeburgo en su vigesimoprimer. Esta era su trigésima misión, la que completaría su cuota y lo enviaría a casa. «No creo que falte mucho», había escrito a su novia en Texas el 18 de marzo. «Hay tantas cosas que podríamos hacer juntos.»⁸⁰

El único superviviente del *Reina de los Ángeles*, un artillero de cintura que se lanzó en paracaídas casi sobre los árboles, escribió después a la madre de Cheek en Misuri: «El aparato se estrelló a unos cuatrocientos cincuenta metros de donde yo aterricé y mató al resto de los muchachos, quedando yo como único superviviente... Esta es la carta más difícil que jamás he escrito a nadie». Otro oficial del grupo confirmó el desastre: «La última vez que los vi iban con un motor en llamas y hacia un aterrizaje forzoso en territorio enemigo... El destino está determinado y no hay forma de alterarlo: el traje siempre va a la medida».⁸¹

Al final del día Churchill regresó al campamento de Montgomery en el claro de un pinar. Con las fuerzas de Su Majestad ahora firmemente atrincheradas al este del Rin, el primer ministro estaba de excelente humor. «El alemán ha sido vapuleado», declaró. «Ya le tenemos. Está acabado.» Durante la cena, Churchill entretuvo al comedor con recitaciones teatrales de *La vida de las abejas*, una oda del belga Maurice Maeterlinck a la más disciplinada sociedad de la tierra, con capítulos titulados «El enjambre» y «La matanza de los zánganos». El primer ministro y sus mariscales de campo se levantaron de la mesa y caminaron hacia la caravana de mapas para escuchar de boca de los oficiales británicos los progresos de Varsity Plunder.⁸²

En términos generales, los informes ratificaron el optimismo de Churchill. Desde la 51.^a División Highland a la izquierda hasta la 79.^a División americana a la derecha, la cabeza de puente aliada se extendía cuarenta kilómetros a lo largo de la margen este y alcanzaba una profundidad de once kilómetros desde la orilla. Los ingenieros trabajaban en diversos tramos: el primer puente para tanques se abriría dentro de un día en el sector del Noveno Ejército. Aquel mismo sábado se habían cobrado tres mil prisioneros enemigos, y las unidades de tierra de Plunder habían entrado en contacto con las tropas aerotransportadas. El insólito buen tiempo continuaría por lo menos un día más.⁸³

La utilidad del envolvimiento vertical de Varsity se debatiría durante tiempo, y gente como Patton y Bradley ridiculizaron, por innecesaria, la escenificación operística de Plunder desplegada por Montgomery. Los entusiastas creían que las zonas tomadas por las tropas aerotransportadas habían aniquilado la artillería

enemiga, alejado del cruce del río a los alemanes contraatacantes y abierto una vía hacia el Ruhr. El general Brereton, comandante del I Ejército Aerotransportado Aliado, calificó aquel día de «éxito formidable».⁸⁴

Sin embargo, Varsity llevaba una mancha, un recordatorio de que en la guerra raramente el éxito y el dolor se excluyen uno al otro en el campo de batalla. Dado el deplorable estado de las defensas enemigas, ningún objetivo tomado por los paracaidistas habría resistido por mucho tiempo un asalto terrestre de tres cuerpos. No se había añadido gran profundidad al territorio aliado del otro lado del Rin, ni se había acelerado la construcción de puentes. Las dos divisiones aerotransportadas sufrieron casi 3.000 bajas con más de 460 muertos. Además de las pérdidas de aparatos C46 y B24, unos 300 C47 resultaron dañados y otros 30 destruidos. Las tripulaciones de los transportes de tropas sufrieron otras 357 bajas, más de la mitad muertos o desaparecidos. Relativamente pocos planeadores pudieron ser rescatados. Una vez más, las fuerzas aerotransportadas no fueron más que unas monedas en los bolsillos de los comandantes aliados, monedas que simplemente se tenían que gastar, pero que costaron un ojo de la cara. Los soldados no tardaron en burlarse de la operación calificándola de Varsity Blunder,* y los pelotones de enterramiento con sierras de podar y escaleras de mano tardaron dos días en bajar a todos los muertos. *El destino está determinado. El traje siempre va a la medida.*⁸⁵

La mañana siguiente, el 25 de marzo, Churchill, Brooke y Montgomery asistieron a los servicios del Domingo de Ramos celebrados por un capellán presbiteriano en una iglesia alemana capturada cerca del río. El primer ministro ofreció a sus tropas una breve homilía sobre «una influencia, suprema y vigilante, que guía nuestros asuntos». A continuación, trazando con el gesto una V de victoria se marchó con su séquito a la ciudad ribereña de Rheinberg para reunirse con Eisenhower, Bradley y Simpson.⁸⁶

Juntos, y bajo un sol resplandeciente, los seis hombres almorzaron pollo frito al aire libre servido sobre un mantel blanco en el jardín de la casa del director de una mina de carbón. «Nuestros hombres hablaron de camuflaje», informó un teniente británico, «y se sirvieron unos pocos pasteles que habían sobrado». Paseando cerca del río, donde enjambres de soldados zumbaban con un propósito definido digno de Maeterlinck, Brooke felicitó a Eisenhower por los éxitos de los aliados en los últimos días. El comandante supremo citaría después sus palabras del siguiente modo: «Gracias a Dios, Ike, que te ceñiste a tu plan. Tenías toda la razón». Una declaración que Brooke repudiaría. «Saldrá a la luz que mis palabras fueron mal citadas», escribió después el mariscal de campo, «porque sigo convencido de que estaba completamente equivocado».⁸⁷

De momento aquellas disputas parecían insignificantes. Después de que Bradley y Eisenhower se marchasen, el inquieto ojo de Churchill se posó en un avión que aterrizaba. «Ahora que Eisenhower se ha marchado, yo estoy al mando», declaró. «¿Por qué no cruzamos y echamos un vistazo?» Y así lo hicieron, atravesaron el Rin y deambularon durante media hora con el oído atento a los sonidos de la artillería de un lado y otro. El primer ministro «parecía más preocupado por encender su puro en pleno viento que por fuego de los obuses», observó un oficial británico, pero al final, un angustiado Simpson le dijo a Montgomery: «Sácalo de aquí antes de que lo maten».⁸⁸

De vuelta a la margen oeste, Churchill recorría los almacenes de hierro de un tramo de vía destruida cuando las bombas alemanas en busca de los constructores de puentes americanos empezaron a caer en el río a doscientos setenta y cinco metros más arriba e incluso más cerca. «Primer ministro», suplicó Simpson, «hay francotiradores allí enfrente, están disparando a ambos lados del puente y ahora han empezado a bombardear la carretera que tenemos detrás». Según contó Brooke, Churchill «puso los brazos alrededor de una de las retorcidas vigas del puente y miró a Simpson por encima del hombro con un mohín de enojo en los labios y los ojos enfurecidos». Al final trepó de nuevo hacia la orilla y se dirigió a zona segura arrastrando los pies.⁸⁹

Tras regalar a Montgomery una preciosa colección de *Marlborough. Su vida y su tiempo*, el panegírico en cuatro volúmenes escrito por Churchill sobre su ilustre antepasado guerrero, el primer ministro subió de nuevo al avión y voló a Londres acompañado por una docena de Spitfires como atentos cortesanos. «Nunca combatió en una batalla que no ganara, ni asedió una fortaleza que no pudiera tomar», había escrito Churchill en el primer volumen. «Salió invicto de la guerra.»⁹⁰

En poco tiempo, siete ejércitos aliados franquearon el río. En la otra orilla, las tropas del I Ejército canadiense embistieron a través de la cabeza de puente de Wesel. Simpson quedó frenado por la estrecha punta frontal asignada a su IX Ejército y por lo que él consideraba el lánguido ritmo británico. No obstante, el 27 de marzo el XXI Grupo de Ejércitos había avanzado treinta y dos kilómetros desde el Rin para empezar a envolver la orilla norte del Ruhr.⁹¹

En el flanco derecho, al sur, el VII Ejército de Patch había cruzado en un asalto con dos divisiones a Worms a primera hora del 25 de marzo, apoyado por tres docenas de tanques anfibios. El XV Cuerpo capturó a dos mil quinientos alemanes a un coste

de solo doscientas bajas americanas, y en setenta y dos horas Patch hizo acopio del ímpetu necesario para embestir desde la cabeza de puente contra un debilitado enemigo reducido a seis mil efectivos de combate.⁹²

Los franceses, que habían llegado los primeros al Rin en noviembre, fueron los últimos en atravesarlo, espoleados por De Gaulle, que telegrafió al general De Lattre: «Mi querido general, tienes que cruzar el Rin aunque los americanos no te ayuden y te veas obligado a utilizar botes de remos... Karlsruhe y Stuttgart os aguardan, por más que no os quieran». El general Devers accedió de inmediato, pero los alemanes en su retirada habían hundido todas las embarcaciones de Speyer, obligando a los franceses a apañárselas con un único bote de goma; fueron atravesando diez fusileros cada vez hasta que pudo reunirse una flotilla más grande. Una sola compañía tomaba la margen este en la madrugada del 31 de marzo, suficiente para plantar una bandera tricolor y satisfacer a Deux Mètres, por lo menos de momento.⁹³

«Esto es el derrumbe», concluía una valoración de la inteligencia del II Ejército británico el 26 de marzo. «El enemigo ya no tiene un sistema de defensa cohesionado entre el Rin y el Elba. Es difícil que algo pueda detenernos ahora.» El I Ejército de Hodges estaba de acuerdo, según la estimación de inteligencia n.º 77: «El enemigo es capaz de desmoronarse o de rendirse en grupos sucesivos».⁹⁴

Por desgracia el enemigo era capaz de mucho más, y todavía quedaba más sangre por derramar. Pero la conquista aliada se intensificó y aceleró. Once mil incursiones aéreas contribuyeron a lo que el SHAEF denominó «una sistemática aniquilación de las fuerzas armadas alemanas». Marzo fue el mes de los bombardeos más intensos de la guerra: 130.000 toneladas. Al regresar de su expedición a Renania, en un memorándum del 28 de marzo Churchill sugirió que «ha llegado el momento de revisar la cuestión de los bombardeos a las ciudades alemanas simplemente para aumentar el terror, entre otros pretextos. De lo contrario acabaremos controlando una tierra completamente arrasada». Un indignado Bombardero Harris contraatacó tan enérgicamente, acusando a Churchill de «estigmatizar una política de la que él era personalmente responsable», que el primer ministro retiró su acta. No obstante, las flotas estratégicas de bombarderos no tardaron en comprobar que su guerra «se extinguía en disminuyendo», como escribió un oficial, sencillamente por falta de blancos que pulverizar.⁹⁵

No era así para las fuerzas de tierra, que avanzaban en un frente de 400 kilómetros. La guerra volvía a ser móvil y mecanizada, justo la guerra para soldados con «maquinaria en sus almas», como John Steinbeck describió a sus compatriotas americanos. Una guerra de movimiento, distancia y potencia era la adecuada, como escribió *Time* con entusiasmo, para «un pueblo acostumbrado a grandes espacios, a

ferrocarriles transcontinentales, a cadenas de transporte por toda la nación, a interminables carreteras y millones de automóviles, a comprar por correo, a grandes almacenes y a supermercados».⁹⁶

En el año anterior los Estados Unidos habían duplicado la producción de todas las naciones del Eje juntas. Debido a esta primacía, durante la guerra las fábricas americanas produjeron siete veces más camiones que Alemania. Ahora, con más de 700.000 vehículos en el continente, el ejército de los EE. UU. circulaba a toda pastilla por el Reich «como un inmenso taller armado». Los ejércitos de Eisenhower quemaban quince millones de litros de gasolina al día, transportada por ochenta y seis petroleros, a través de cinco mil seiscientos kilómetros de oleoducto y en treinta millones de bidones. Después de haber construido diez puentes diarios de promedio desde el 6 de junio, incluyendo catorce tramos de carreteras principales que cruzaban el Mosa, el ejército de los EE.UU. aún tendería cincuenta y siete más sobre el Rin. El tráfico que soportaban aquellos puentes era superior a seis mil tanques.⁹⁷

La terrible e implacable espada había sido desenvainada. Ahora muchos se permitían albergar la esperanza, como escribió un capitán británico, de que «con suerte, uno podría ver el final». En un mensaje a Marshall, tan próximo al alarde como podía permitirse, Eisenhower escribió:⁹⁸

Como es natural estoy inmensamente contento... Espero que esto no te suene presuntuoso, pero tengo que reconocer con gran satisfacción que las cosas en las que Bradley y yo hemos creído desde el principio y hemos llevado a cabo frente a cierta oposición desde dentro y desde fuera, han madurado de manera tan espléndida.⁹⁹

«El enemigo tiene motivos para temerle»

No había espada más implacable ni más terrible que la de Patton. Cuando un francotirador disparó a un oficial del Estado Mayor del III Ejército, Patton ordenó quemar casas alemanas como represalia. «No hay nada vivo en centenares de pueblos, ni siquiera un pollo», escribió en su diario. «La mayoría de casas son montones de piedras. Se lo buscaron... casi todo es obra mía.» Mientras sus vengativas divisiones se acercaban a Fráncfort, otra «jungla de ladrillos y piedra», le escribió a Bea que Eisenhower había recomendado su ascenso a general, pero «de momento estoy disfrutando tanto que no me importa el rango... Espero que las cosas sigan fluidas. Parece demasiado bueno para ser verdad». *Time* lo sacó en portada con la leyenda: «Patton del III Ejército. El enemigo tiene motivos para temerle.»¹⁰⁰

En una nota personal a su temible general, Eisenhower escribió:

Estoy muy orgulloso de que, como uno de los comandantes de combate que ha estado conmigo desde el principio de la campaña africana, hayas actuado de forma tan brillante todo el tiempo. Ahora ya hemos iniciado aquella fase de la campaña que espero sea la última. Sé que el III Ejército estará hasta el final.¹⁰¹

Curiosamente, lo que ahora desconcentraba a Patton era el trabajo inacabado de África, que hacía que las cosas no «siguieran fluidas» y que enturbiaba el inicio de su marcha al corazón de Alemania. Su querido yerno, el teniente coronel John Knight Waters, soldado de caballería de West Point, había sido capturado en Túnez el día de San Valentín de 1943, durante las primeras horas de la ofensiva alemana que culminó en el paso de Kasserine. Waters acabó internado como POW n.º 4161 con otros mil quinientos oficiales americanos en Oflag 64, un campo de prisioneros en el norte de Polonia, donde escuchar la BBC en una radio ilícita se conocía como «leer el canario»; donde un atenuado grito de advertencia de «¡Tonto a la vista!» indicaba la proximidad de un guardia; y donde los *kriegies* (de *Kriegsgefangenen*, o prisioneros de guerra) organizaron una orquesta de baile, un grupo de teatro, un coro, un periódico del campo y una biblioteca de cinco mil volúmenes.¹⁰²

Waters conservaba una libreta de bolsillo, titulada «Recuerdos», que empezaba con un lacónico garabato el 14 de febrero de 1943: «Capturado. Noche en cactus.» Durante los dos años siguientes sus escasas entradas recogían acontecimientos, pequeños y grandes, como las inspecciones de la Cruz Roja y la YMCA sueca, y, el 6 de junio de 1944, un anuncio de una sola palabra: «Invasión». Cada día del calendario estaba tachado al finalizar en lápiz rojo. En contadas ocasiones dio voz a la terrible monotonía de Oflag 64, como hizo en la entrada del 1 de octubre de 1944: «Y así empieza otro mes. ¿Cuándo terminará todo esto?».¹⁰³

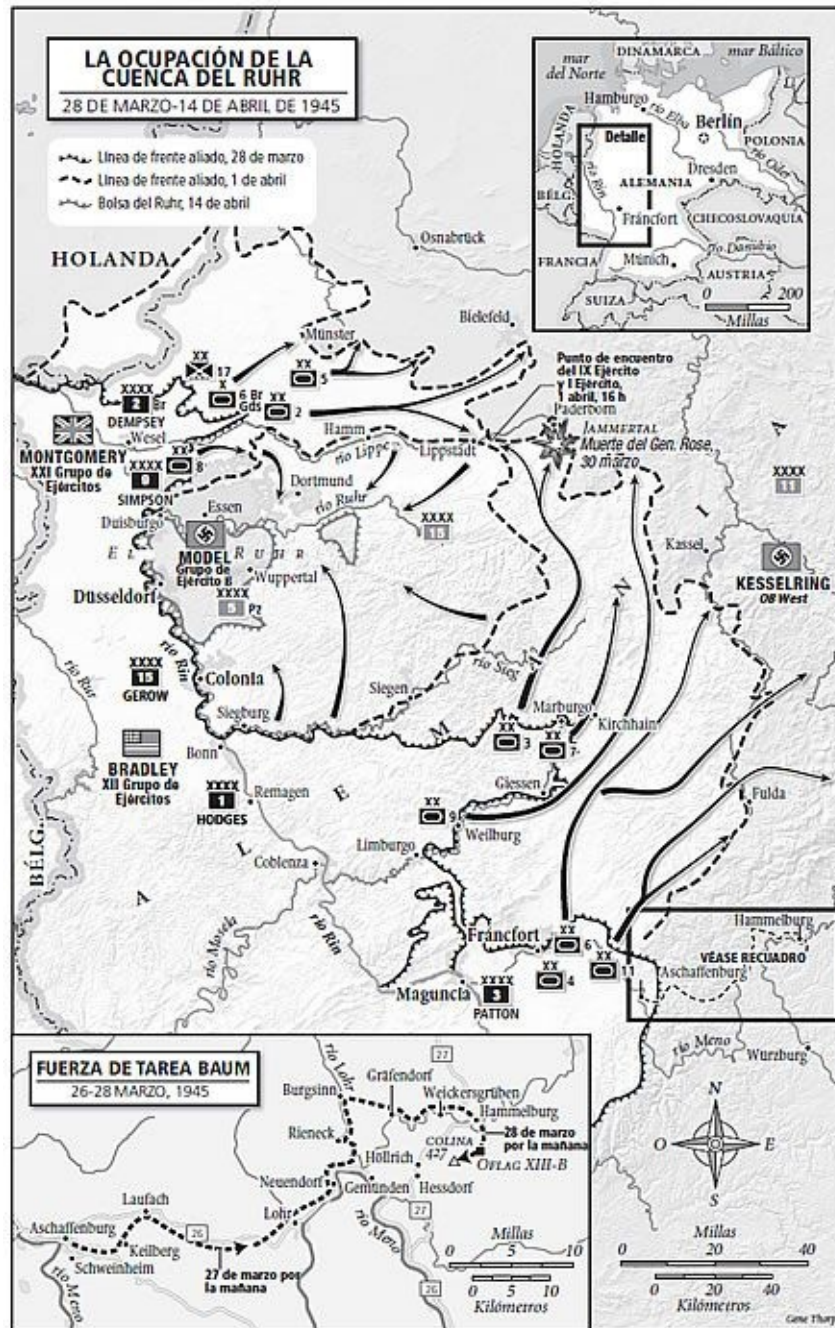
Conservó también un «Diario de Guerra» envuelto en arpillera marrón con una campana de la libertad dibujada en la cubierta y un epígrafe del novelista británico Henry Seton Merriman: «La guerra es un purificador: limpia la atmósfera social y pone a los hombres femeninos y a las mujeres masculinas en su verdadero sitio. También es un simplificador». Aquí Waters llevaba un meticuloso registro de las «Raciones de los POW», que mostraba las asignaciones diarias que habitualmente incluían 35, 7 gramos de carne por hombre más 318 gramos de pan de cebada, 200 gramos de col, 100 gramos de zanahorias, 143 gramos de nabos, y así sucesivamente. Sacaba con cuidado las etiquetas de los envases de comida y las pegaba en la libreta, como si quisiese extraer unas últimas calorías de alimento de estos recordatorios: mantequilla de cacahuete TopO, tarta de frutas Kroger's Country Club Quality, pudín de ciruelas Richardson & Robbins. Cada carta dirigida al POW n.º 4161 estaba meticulosamente anotada por fecha, tiempo de expedición y número de censor. Cada paquete procedente de casa o de la Cruz Roja era consignado, con anotaciones como

«seriamente dañado» o «buena forma», y un catálogo del contenido, que iba desde lápices, cordones de zapatos y vitaminas hasta un tablero de cribbage,* cigarrillos MacDonald y, cosa rara, patines sobre hielo.¹⁰⁴

La gran ofensiva rusa de invierno había puesto en marcha repentinamente a los *kriegies* de Oflag 64, bajo custodia, con millones de otros refugiados, prisioneros de guerra y reclusos de campos de concentración caminando penosamente hacia el oeste por delante del Ejército Rojo. El 21 de enero, Waters y sus camaradas salieron del campo llevando cuchillería robada estampada con la esvástica y la radio secreta oculta dentro de la gaita de un oficial. Durante cinco semanas atravesaron el norte de Alemania en una horrible anábasis de cuatrocientos ochenta kilómetros. «Temperaturas de 0 grados & ventisca», escribió Waters en su diario el 28 de enero. Los hombres morían, les disparaban o desaparecían. «Día todavía más duro», escribió el 22 de febrero. Los supervivientes estudiaban sus propias deposiciones como si fueran entrañas de oveja, en busca de indicios de enfermedad. Algunos decidieron no lavarse para que al frotar no se eliminasen grasas corporales que pudieran proporcionar una fina película protectora contra el frío. Muertos de hambre, los hombres describían las opulentas comidas que devorarían cuando regresasen a casa, o inventaban elaborados menús y listas de excelentes restaurantes en los que esperaban volver a comer algún día.¹⁰⁵

El 26 de febrero, la columna fue hacinada en vagones para viajar en tren a gran lentitud durante otros diez días hasta una ciudad bávara del siglo viii, ochenta kilómetros al este de Fráncfort. «Llegamos a Hammelburg a las 6 p.m.», escribió Waters el 8 de marzo. «Despiojados, etc.» Caminaron desde el patio de ferrocarril hasta HermannGöringStrasse para entrar en una constelación de prisiones que incluía un extenso complejo con treinta mil hombres, en su mayoría soviéticos. Aquí también había un Oflag XIII B, un acantonamiento de cinco mil oficiales aliados, entre ellos serbios retenidos desde 1941 y mil quinientos americanos de la 28.^a, 99.^a y 106.^a Divisiones de Infantería y el desventurado XIV Grupo de Caballería, capturados durante la batalla de las Ardenas. El oficial superior del campamento era el coronel Charles C. Cavender, que se había rendido con su 423.^o Regimiento de Infantería en el Schnee Eifel casi tres meses atrás.¹⁰⁶

Las condiciones en Hammelburg eran precarias: una dieta de sopa de remolacha o col, pan negro y mermelada de nabo; una única ducha fría de cuatro minutos por semana; ochenta hombres comprimidos en cada desvencijado barracón; y el riesgo de una matanza accidental a manos de la aviación aliada que merodeaba por los alrededores. «Alertas de bombardeo aéreo todo el día. Peor que nunca», escribió Waters el 19 de marzo. «Estruendos distantes.»¹⁰⁷



A mediados de enero Patton esperaba oír de la liberación del coronel Waters, pero el 9 de febrero el SHAEF le informó de que el servicio de inteligencia soviético tenía constancia de que Waters estaba entre los prisioneros americanos que al parecer habían sido enviados hacia el oeste. Informes fragmentarios de la inteligencia aliada y la Cruz Roja un mes después sugerían que podría estar entre los recién llegados a Hammelburg. El 23 de marzo, día en que el III Ejército cruzó el Rin masivamente,

Patton escribió a Bea: «Nos dirigimos directamente hacia donde se encuentra John y puede que lleguemos allí antes de que lo trasladen». Dos días después añadió: «Espero poder enviar una expedición mañana para rescatar a John».¹⁰⁸

El dudoso honor de rescatar al pariente del general al mando casi cien kilómetros detrás de las líneas enemigas recayó en un capitán alto, pelirrojo y duro del Bronx llamado Abraham J. Baum. De veinticuatro años e hijo de un inmigrante ruso, Abe Baum había estudiado diseño y trabajaba de patronista en Garment District de Manhattan. Se alistó después de Pearl Harbor y ascendió de graduación como oficial condecorado en la 4.^a División Blindada. Sin desvelar su interés familiar, Patton ordenó al XII Cuerpo que enviase una columna blindada a Hammelburg y planease un ataque que en privado esperaba que eclipsase los recientes rescates de prisioneros americanos en varios campos de Filipinas por parte de Douglas MacArthur. Para asegurarse de que reconocieran a Waters obligó a su asistente, el general de división Alexander C. Stiller, un antiguo ranger de Texas, a acompañar a la columna, aparentemente «por emoción y diversión». Solo cuando ya estaban de camino Stiller le confesó a Baum que uno de los prisioneros que esperaban liberar era el marido de la única hija de Patton.¹⁰⁹

Patton había propuesto enviar a todo un comando blindado de combate de cuatro mil hombres al este, pero se convenció de que una fuerza de tarea más pequeña y ágil tendría más probabilidades de éxito. La columna de Baum estaba compuesta por poco más de trescientos soldados en dieciséis tanques, veintisiete camiones semioruga, tres cañones de asalto motorizados y siete jeeps. Exhaustos por el cruce del río y por la falta de sueño de los últimos cuatro días, los hombres solo llevaban quince mapas. Algunos subordinados de Patton albergaban serias dudas acerca de la incursión, sobre todo porque Hammelburg se encontraba al este de un cuerpo que se dirigía hacia el norte. El teniente coronel Creighton Abrams, cuya unidad había de proporcionar gran parte de la potencia de fuego blindado, dio un fuerte puñetazo a una mesa de campo durante una reunión de planificación a última hora de la tarde del lunes 26 de marzo. «¿Qué diablos significa todo esto?», preguntó. «No tiene ningún sentido.» Mientras la fuerza de Baum partía al galope unas horas después, Patton escribió a Bea: «He estado todo el día con los nervios de punta porque todo el mundo excepto yo pensaba que era un riesgo demasiado grande. Espero que funcione... Si pierdo la columna será posiblemente un nuevo percance». En su diario añadió: «No creo que en aquella parte de Alemania haya nada lo suficientemente potente como para hacerles daño».¹¹⁰

Estaba muy equivocado. Tras unas escaramuzas cerca de Aschaffenburg, la columna llegó a la autopista 26 a las 02:15 h del martes 27 de marzo a tiempo mientras cortaban cables telefónicos y, al alba, bombardeaban a tropas alemanas que

hacían ejercicios en una zona de desfile. Fuego americano de tanque y ametralladora arrasaba gabarras, remolcadores y trenes alemanes a lo largo del río Maine, al este de Lohr. El general de división Stiller describió cómo los soldados enemigos «saltaban y se dispersaban como codornices» de un *Zug* antiaéreo blindado. En Gemünden, los defensores se apresuraron a volar un puente levantando una «espuma de piedras y hormigón», y el fuego de Panzerfaust demolió tres tanques hiriendo a Baum en la mano y la rodilla. Desviándose hacia el norte por una carretera de gravilla, la fuerza de tarea liberó a setecientos prisioneros rusos de un destacamento de trabajo poco antes del mediodía del martes —«Mazel Tov», le dijo Baum a un civil alemán— y después viraron de nuevo hacia el este antes de irrumpir en Hammelburg en torno a las 15 h.¹¹¹

Aquí les esperaban los problemas. Un mapa americano hallado en los escombros de Gemünden e informes de un avión de reconocimiento Storch, que seguía los pasos de la procesión verde oliva, señalaron Hammelburg como probable destino de la columna. Un batallón de cañones de asalto alemán penetró en la ciudad por el este mientras Baum y sus hombres accedían por el oeste. Un repentino fuego de artillería estalló cuando los americanos asomaron por una carretera que conducía al complejo de la prisión, que se alzaba en una meseta elevada al sur de la ciudad. Los proyectiles enemigos atravesaron la columna desde abajo, y cuando el fuego americano pudo repeler el ataque, varios vehículos habían sido destruidos, entre ellos tres camiones semioruga. Las reservas de combustible y el camión de munición de Baum ardían y los guardias del campamento armados con viejos rifles belgas habían saltado fuera de la valla en posición de escaramuza. La alarma antiaérea de Oflag aullaba rabiosamente.¹¹²

El intenso fuego y las espirales de humo negro alertaron a los prisioneros, y la visión en la distancia de estrellas blancas de cinco puntas provocó una exultante algarabía. Un sacerdote *kriegie* capturado en las Ardenas daba la absolución a aquellos que la quisieran, pero la mayoría estaba de pie en las ventanas aullando hasta que los disparos de los tanques empezaron a castigar el acantonamiento. Los Shermans acribillaron las torres de guardia y un tanque de agua e incendiaron varios edificios del complejo adyacente: los artilleros de Baum habían confundido los uniformes serbios con los de los alemanes. Los prisioneros se arrojaron al suelo y por los barracones circuló la advertencia: «Fuera los cigarrillos, fuera las luces».¹¹³

Con el consentimiento de un comandante alemán ansioso por rendirse, cinco voluntarios conducidos por el coronel Waters salieron por la puerta principal en pleno fragor de la batalla y de las balas rastreadoras que pasaban como una exhalación, agitando una bandera americana y una sábana atada a un palo. A seiscientos cuarenta

metros del campamento, acercándose al flanco izquierdo de Baum, atravesaron el patio de una granja cercado por una valla de tablas. Waters se giró justo cuando un soldado alemán introducía el rifle por los listones de madera y, sin apuntar, apretó el gatillo. La bala alcanzó al POW n.º 4161 justo debajo de la cadera derecha astillándole el coxis y saliendo por la nalga izquierda. Cayó como una piedra. Trasladado en una manta a modo de camilla a un hospital alemán cercano, donde se le negó tratamiento, Waters fue transportado de nuevo al campamento y confiado a los cirujanos serbios con poco más que vendajes de papel y un cuchillo de cocina por escalpelo.¹¹⁴

Entretanto los tanques de Baum habían roto la valla perimetral y penetrado en el recinto recibidos por exultantes y agradecidos prisioneros. Muchos parecían dispuestos a salir corriendo, con los sacos de dormir bajo el brazo y los bolsillos llenos de latas de comida de la Cruz Roja saqueadas de la despensa del comedor. Baum había imaginado encontrar a 300 oficiales americanos. En cambio, se encontró con 1.291, según el último recuento. Aquel hervidero le recordó Times Square.¹¹⁵

Eran ahora las 18:30 h y la luz del día se desvanecía, sin duda el enemigo estaba preparando otro ataque. Baum se subió al capó de un jeep y tranquilizó a los hombres diciéndoles: «Sois muchos más de lo que esperaba. No tenemos suficientes vehículos para llevaros a todos». Señaló hacia el oeste. «Cuando salí las líneas estaban a unos cien kilómetros en aquella dirección, en el río Maine.» Pudo hacer hueco para unos cien más o menos en sus tanques y camiones semioruga. El resto tendría que caminar o esperar en Hammelburg a la liberación final. Un murmullo de desaliento recorrió la multitud.¹¹⁶

Las primeras estrellas de la noche titilaban en las alturas mientras cientos de oficiales, a pie y provistos de unos cuantos mapas y brújulas que les había proporcionado Baum, iniciaban la penosa marcha a la luz crepuscular en dirección oeste. A continuación, con los tanques en la vanguardia y todas las carrocerías forradas de *kriegies*, la procesión motorizada de Baum partió hacia el oeste por el suroeste esperando encontrarse con el VII Ejército de Patch.¹¹⁷

Sin embargo, no tardarían en enfrentarse a más problemas, hostigados por el fuego de artillería y de los Panzarfaust lanzado desde las sombras. Los vehículos ardían y las bajas aumentaban. Los exploradores informaron de emboscadas y carreteras bloqueadas con *panzer* más adelante en Höllrich y en Hessdorf, donde Baum esperaba coger la autopista 27. Pasadas las tres de la madrugada del miércoles, ordenó que la columna se refugiase en la cima de un montículo oscuro identificado en el mapa como Colina 427, solo a seis kilómetros y medio al suroeste de Oflag XIII B. Los heridos fueron transportados a un granero de piedra mientras sacaban la gasolina

de ocho camiones semioruga para llenar los seis tanques que quedaban. Todos menos una docena de *kriegies* que habían conseguido montar en los vehículos formaron una columna de a dos y regresaron a Hammelburg enarbolando una bandera blanca, sin duda la mejor opción. Llegaron al campamento a las 09:30 h y encontraron que las patrullas alemanas ya habían apresado a muchos de los oficiales que habían emprendido la marcha a pie la noche anterior.¹¹⁸

Justo después de las ocho de la mañana, Baum y su mermado grupo empezaron a descender bordeando la Colina 427. Repentinamente «una sábana de infierno», como explicó después, sepultó la cumbre con fuego de tanque, artillería, mortero y ametralladoras. «A la luz del día», escribió después el general de división Stiller, «nos destruyeron». Mientras un vehículo verde oliva tras otro estallaba en llamas, se envió por radio un mensaje final en Morse: «Fuerza de tarea Baum rodeada. Bajo fuego intenso. Solicitud de apoyo aéreo».¹¹⁹

«¡Sálvese quien pueda!», bramó Baum. Corrió hacia los árboles con Stiller pisándole los talones. Los aullidos de los perros podían oírse en toda la ladera. Uno a uno los GI fueron apresados o acribillados. Un soldado alemán encontró a Baum y a Spiller ocultos bajo una capa de hojas; mientras Baum hurgaba buscando su automática 45, el alemán levantó la pistola y le disparó en el muslo izquierdo: su tercera herida de la expedición. También ellos regresarían a Hammelburg, Baum tendido en un carro de caballos. «Que durmáis bien, muchachos», les dijo un guardia a los americanos. «Habéis tenido una noche movida.»¹²⁰

Después de su herida, John Waters pudo escribir unas pocas y escuetas entradas en su diario «Recuerdos»:

27 de marzo: «Tiroteado por alemán estando bajo bandera blanca.»

28 de marzo: «Operación & hospital. Sufriendo.»

29 de marzo: «Hosp. Morfina.»

30 de marzo: «Hosp. Sufriendo.»¹²¹

Patton tardó algunos días en enterarse de los detalles de la incursión fallida, aunque las emisiones de propaganda alemana celebraron el rechazo en Hammelburg como una señal de victoria para el Reich. Unos pocos oficiales de Oflag XIII B escaparon a sus perseguidores y finalmente llegaron a las líneas americanas con relatos fragmentarios de salvación, huida y fuego de artillería. La mayoría de los prisioneros y sus rescatadores, Stiller entre ellos, fueron obligados a marchar hacia otro campo cerca de Múnich, donde esperarían la llegada del VII Ejército un mes más

tarde. La Fuerza de Tarea de Baum había sido aniquilada, todos los vehículos perdidos y casi todos los hombres capturados además de cincuenta y siete muertos, heridos o desaparecidos. Un número incierto de prisioneros murió en la huida.¹²²

Patton eludió la responsabilidad, culpando al general de división Manton S. Eddy, comandante del XII Cuerpo, por enviar una fuerza demasiado pequeña, y desvió la atención. El 30 de marzo declaró ante los reporteros que la Fuerza de Tarea pretendía ser un engaño. «Pensé que arriesgando una pequeña fuerza confundiría por completo al enemigo en cuanto a la dirección hacia la que nos dirigíamos», dijo. «Funcionó, porque creyeron que íbamos hacia Núremberg.» Más tarde insistiría en que se había enterado de que Waters estaba recluido en el campamento mucho después del ataque. El 31 de marzo le escribió a Bea:¹²³

Hacía una semana que me había enterado de que allí había un campo, pero no tenía la certeza de que él estuviera allí. Envié una fuerza para capturarlo, pero temía que la fuerza fuera destruida. No obstante, aquello era lo que había que hacer.¹²⁴

A medida que los detalles del fracaso fueron saliendo a la luz y las críticas se intensificaron, Patton trató sin éxito de sofocar la historia. «Están intentando convertir mi intento de rescatar a John en un fallo», le dijo a Bea. «Cómo aborrezco a la prensa.» Diez días después del ataque, cuando las tropas de la 14.^a División Blindada invadieron Hammelburg, encontraron que los que estaban demasiado enfermos o heridos para viajar a Múnich seguían en la enfermería serbia, entre ellos el coronel Waters y el capitán Baum. Patton envió a un cirujano del ejército y dos aviones pequeños para evacuar a su yerno a un hospital de Fráncfort: el joven oficial se recuperó de sus heridas y más tarde conseguiría la graduación de cuatro estrellas. Baum y otros americanos heridos permanecieron unos días más en el campamento. Finalmente, el antiguo patronista fue ascendido a general de división y se le concedió la Cruz del Servicio Distinguido por «leal y valiente devoción al deber», una condecoración que Patton le sujetó en el pijama del hospital.¹²⁵

Patton había abusado de su autoridad dando órdenes impulsivas y temerarias que obedecían a intereses personales. Como en los espinosos incidentes de Sicilia, su comportamiento, esta vez mezclado con deshonestidad, no fue digno de los soldados a los que tenía el privilegio de mandar. No obstante, estando tan cerca la victoria, sus superiores no tuvieron valor de realizar amonestaciones públicas. Bradley consideraba que la incursión había sido «imprudente», pero guardó silencio. «El fracaso en sí fue la peor reprimenda del propio George», concluyó. En telegramas a Marshall, Eisenhower calificó el ataque de «caza de gansos salvajes» y «la última acción

disparatada de Patton». El comandante del III Ejército había «perdido una compañía entera de tanques medios y una sección de tanques ligeros. Después, de forma insensata, impuso censura acerca del movimiento». ¹²⁶

«Patton es un niño problemático», añadió Eisenhower, «pero es un gran líder de combate en persecución y explotación».

Las peleas de los amantes son parte del amor

El despacho de Eisenhower en Reims ocupaba el segundo piso del Collège Moderne et Technique de Garçons, tres pisos de ladrillo rojo en Rue Henri Joliau. Sus ventanas daban a un patio de maniobras del ferrocarril y a la sórdida estación de tren de la ciudad; más allá de las vías, prisioneros alemanes con escobillones barrían el recinto de la catedral. Convoyes militares circulaban a todas horas por las calles estrechas con un estruendo de chirridos de las marchas de los camiones y del esfuerzo de los motores. El cuartel general adelantado del SHAEF alojaba ahora a más de cinco mil oficiales aliados y hombres alistados, el doble de la cifra prevista, y llenaban no solo el *collège* sino también un conservatorio de música, varias oficinas de la Rue Talleyrand, cuarteles militares franceses y el Hôtel du Lion d'Or, donde por la noche los soldados bailaban el *jitterbug* en un cabaret con los rifles colgados del hombro. ¹²⁷

«Francia huele maravillosamente estos días», escribió a su casa un teniente del SHAEF después de explorar Reims. ¹²⁸

Nos llegan olores jaspeados de buey asado, cebolla y aliño de aceite, y naturalmente de bollería francesa. El aire transporta el perfume de los castaños en flor... Las lilas estaban en plena floración, las glicinias goteaban de sus vainas, ¡y todos aquellos árboles frutales! Me sentí casi abrumado.

Tales delicias primaverales no hicieron mella en el comandante supremo, quien a pesar de los recientes éxitos en el campo de batalla mostraba alarmantes signos de agotamiento y desánimo. Eisenhower «tenía un aspecto terrible», reconoció Bradley, acosado por molestias en la rodilla, problemas respiratorios y un doloroso quiste en la espalda que necesitaba intervención quirúrgica. Kay Summersby describió su irascible humor «como verdaderamente nefando», su «estado físico y mental era peor de lo que hasta entonces habíamos conocido», escribió más tarde. «Beetle estaba seguro de que estaba al borde de un ataque de nervios.» Smith tampoco estaba para echar cohetes, atormentado por una úlcera sangrante y una infección que lo había mantenido en cama varios días, sobrecargando todavía más a Eisenhower. En su diario, Everett

Hughes había escrito: «Ike grita y despotrica. Dice “Tengo demasiadas cosas que hacer”... Actuaba como un demente... A la defensiva, en guardia, preocupado, autoaislado». ¹²⁹

El comandante supremo necesitaba descanso. A finales de marzo voló a Cannes con Smith y pasó cinco días en una villa prestada dedicándose a dormir, a bañarse y a jugar ocasionales partidas de bridge. Durante las primeras cuarenta y ocho horas se levantaba justo para comer en la terraza antes de volver a la cama arrastrando los pies. «No puedo concentrarme», se lamentaba. Pero el descanso resultó saludable y regresó a Reims recuperado y dispuesto a terminar la guerra. Aun así, le confesó a Mamie: «A los que tenemos verdadera responsabilidad en esta guerra nos resultará difícil volver a recuperar el descanso [o] la serenidad». ¹³⁰

Volvió de la Riviera también con un plan de batalla revisado. «Ike ha aprendido la lección y me consulta antes de emprender cualquier acción», le había dicho Montgomery a Brooke a principios de marzo. Sin embargo, el miércoles 28 de marzo, solo un día después de que Montgomery informara a Eisenhower de que iniciaba su marcha desde el Rin hacia el río Elba con el IX Ejército estadounidense y el II Ejército británico, el comandante supremo le entregó un mensaje explosivo: ¹³¹

En cuanto te reúnas con Bradley en la zona de KasselPaderborn, el IX Ejército volverá a quedar bajo el mando de Bradley. Bradley...llevará a cabo su principal ataque en el eje ErfurtLeipzigDresde para unir sus fuerzas a las de los rusos. La misión de tu grupo de ejército será la de proteger el flanco norte de Bradley... Devers protegerá el flanco derecho de Bradley. ¹³²

Este plan, le aseguraba Eisenhower, «es la simplicidad misma». En un claro guiño a la presunción del mariscal de campo, añadió: «Como bien dices, la situación parece buena».

El comandante supremo tenía sus razones para modificar la ruta del ataque principal desde el norte aliado al centro, y no había discutido nada de esto ni con Montgomery ni con Churchill durante su *picnic* en el Rin el Domingo de Ramos. Sobre todo porque Eisenhower había escrito a Marshall: «Estoy harto de tratar de alisar las sábanas de algunas *prima donnas* que comparten cama». Ahora tendrían camas separadas. Además, los ejércitos de Montgomery en el norte tendrían que cruzar la pantanosa llanura de Westfalia, tierras bajas surcadas por cursos fluviales que fácilmente podrían obstaculizar el avance de las columnas blindadas. El corredor más al sur presentaba pocos impedimentos y ofrecía buenas autopistas para la movilidad americana. Con diez mil soldados alemanes rindiéndose diariamente, la Wehrmacht caminaba vacilante hacia la aniquilación, aunque algunos oficiales de la inteligencia aliada estaban inquietos por si algunos empecinados escapaban a los

Alpes u organizaban brigadas de guerrilla. La celeridad era fundamental, y el SHAEF concluía que, en palabras del general Whiteley, «si había que hacer algo con rapidez, no se lo deis a Monty». ¹³³

Montgomery estaba patidifuso por lo que él calificaba de «bofetada de Ike... Un trabajo muy sucio, me temo». Sin el grueso del general Simpson, no era probable que el XXI Grupo de Ejércitos llegase pronto al Elba, y mucho menos a Berlín. «Los agresivos elementos proamericanos del SHAEF están presionando para un escenario que sujete las alas a los grupos de ejércitos británicos», escribió a Londres. «Así los americanos terminarán el trabajo solos.» Con Brooke se desfogó. «Este nuevo plan de Ike», advirtió, «prolongará la guerra». Montgomery consiguió menos simpatías de las que podía esperar. «Monty solo puede culparse a sí mismo de las sospechas con que lo tratan los americanos», dijo el almirante Cunningham, primer lord del Almirantazgo. ¹³⁴

Había más. Desde Overlord, los planificadores aliados habían supuesto que Berlín sería su objetivo final. «Berlín es el gran premio», había declarado Eisenhower en septiembre. «No tengo la menor duda de que debemos concentrar todas nuestras energías y recursos a realizar rápidas embestidas hacia Berlín.» Ahora había cambiado de opinión. En un «mensaje personal al mariscal Stalin» telegrafiado aquel mismo miércoles fatídico, con una copia a los CharlieCharlies, el comandante supremo desvelaba que «el mejor eje» sería llevar sus legiones a Leipzig y Dresde al sureste de Alemania, a ciento sesenta kilómetros de la capital. A Montgomery, en otra nota posterior, le decía: «No menciono para nada Berlín. Aquel lugar se ha convertido, por lo que a mí respecta, en poco más que un lugar geográfico... Mi propósito es destruir las fuerzas del enemigo y su capacidad de resistencia.» ¹³⁵

Volvía a tener un motivo. El Ejército Rojo estaba a cuarenta y ocho kilómetros de Berlín, en terreno favorable con más de un millón de hombres que se habían estado concentrando para este ataque desde enero, y los angloamericanos seguían estando a más de trescientos kilómetros de la capital. Bradley y otros comandantes calculaban que la toma de Berlín podría costarles entre diez mil y cien mil bajas americanas solamente. Marshall había prevenido a Eisenhower contra «incidentes desafortunados», sobre todo fratricidas entre fuerzas provenientes del este y del oeste. (En un solo día a comienzos de abril, aviones estadounidenses y soviéticos se enredaron sin querer cinco veces, con intercambios de disparos.) Las zonas de ocupación de postguerra ya se habían establecido, y la partición de Berlín tendría efecto independientemente de quién capturase la ciudad. Una carrera hacia Berlín, o Viena o Praga sangraría las fuerzas que los EE.UU. necesitaban en el Pacífico, y quizás erosionara el compromiso de Moscú de declarar la guerra a Japón. Avanzando

en ángulo hacia el sureste, la punta de lanza de Bradley dividiría el Reich en dos, separando Baviera y Austria de Berlín, y contribuiría a impedir el cumplimiento del decreto de tierra quemada que Hitler había promulgado el 19 de marzo: «Medidas Destructivas en el Territorio del Reich». Finalmente, Eisenhower comprendió que la visión de Roosevelt de una paz duradera se basaba en la cooperación con los soviéticos, una cortesía que una carrera desbocada hacia el Reichstag pondría en jaque. Como él mismo preguntó después a un periodista: «¿Qué habría hecho usted con Berlín si la hubiéramos capturado nosotros?». ¹³⁶

Nada de esto resultó fácil para Londres. El plan de Eisenhower no solo le robaba la ofensiva a Montgomery, y esto cuando los británicos habían sufrido veinte mil bajas en los dos últimos meses, sino que al comunicarse directamente con Stalin, el comandante supremo, a ojos de los británicos, parecía excederse en su autoridad. Al sugerir que Eisenhower había invadido las prerrogativas de sus superiores, Marshall y los demás jefes estadounidenses se contuvieron. «El comandante en el campo», escribieron a Brooke y a sus colegas el 30 de marzo, «es el mejor juez para tomar las medidas que ofrezcan la perspectiva más rápida de destruir a los ejércitos alemanes o su capacidad de resistencia». ¹³⁷

Un día después, Churchill se bajó el barbote y saltó a la palestra. «Quedaremos condenados a un papel prácticamente estático en el norte», advirtió a los jefes británicos, y el domingo escribió a Roosevelt: ¹³⁸

Berlín sigue teniendo una gran importancia estratégica... Los ejércitos rusos no dudarán en invadir toda Austria y entrar en Viena. Si también toman Berlín, ¿no quedará erróneamente grabada en sus mentes la impresión de que han sido el factor abrumadoramente aplastante de nuestra victoria común? ¹³⁹

«Dejando de lado cualquier impedimento y evitando cualquier desvío», aconsejó el primer ministro, «los ejércitos aliados del norte y del centro deberían avanzar a la mayor velocidad posible hacia el Elba». Sin embargo, los americanos no iban a ser dirigidos. Con un hábil desaire desde su residencia de vacaciones en Warm Springs, Georgia, Roosevelt le dijo a Churchill que «al ejército británico se le dan lo que a mí me parecen objetivos muy lógicos en el flanco norte». ¹⁴⁰

Eisenhower le aseguró a Marshall: «No haré ningún movimiento que considere militarmente imprudente simplemente para obtener un premio político a menos que reciba órdenes concretas de los jefes de Estado Mayor Conjunto». Ninguna de estas directrices iba a llegar, ni las órdenes de Eisenhower de avanzar cambiaron significativamente de las que se le habían dado la primavera anterior: «entrar en el continente europeo» y destruir las fuerzas armadas de Alemania. ¹⁴¹

Lo primero lo había cumplido, ahora tenía que acabar lo segundo. El gigante aliado en el oeste había aumentado hasta casi cuatro millones y medio, incluyendo noventa divisiones. Se enfrentaban a un enemigo desharrapado: sesenta y cinco divisiones tan mermadas que su fuerza de combate combinada apenas equivalía a dos docenas. La gasolina era tan valiosa que un chiste ácido en las filas alemanas describía una nueva «tripulación de cincuenta hombres *panzer*»: un hombre para conducir, otro para disparar y cuarenta y ocho para empujar.¹⁴²

Montgomery no se había rendido del todo. Pero cuando le pidió al SHAEF diez divisiones americanas para reforzar un ataque británico a Lübeck y después a Berlín, diciendo «considero que Berlín tiene un valor definitivo como objetivo», Eisenhower le paró los pies. «No debes perder de vista el hecho de que durante el avance hacia Leipzig tienes el cometido de proteger el flanco norte de Bradley», le respondió el comandante supremo. «Su cometido no es proteger tu flanco sur. Mi orden es muy clara.» Montgomery respondió mansamente: «Para mí está muy claro lo que quiere.»¹⁴³

Churchill se percató de que era inútil seguir discutiendo. En una elegante capitulación, declaró que los americanos eran «los amigos y camaradas más fieles con los que jamás lucharon codo con codo», y después le envió a Roosevelt una pizca de sabiduría del dramaturgo romano Terencio: «Utilizaré una de mis muy escasas citas latinas “*Amantium irae amoris integratio est.*”» Las peleas de los amantes son parte del amor.¹⁴⁴

Con la radio de las Fuerzas Armadas tocando *The Last Round-Up*, el I, III y IX Ejércitos estadounidenses rodaron por las *Autobahnen* alemanas y pisaron el acelerador. Las anchas autopistas de doble carril fueron descritas como «verdaderas carreteras de ensueño...tan lisas como un suelo pulido», aunque las rampas de los cruces confundían a los que nunca las habían visto. Los conductores de los camiones se mantenían despiertos cantando *Adelante, soldados cristianos*. Unidades de inteligencia de la Fuerza T rastreaban cada ciudad capturada en busca no solo de nazis malvados sino también de secretos industriales; treinta y cinco equipos móviles de microfilms registraron fábricas y universidades. De los depósitos de la Wehrmacht recogieron también buenos mapas alemanes de la Unión Soviética, por si acaso.¹⁴⁵

Las ciudades cayeron rápidamente: Limburgo, Weilburg, Giessen (Hodges ganó una caja de puros a Patton por ser el primero en llegar allí), Marburgo, Kirchhain. «Esta loca carrera de Alicia en el país de las maravillas a través de Alemania», según la describió un general de división, era estimulante y a la vez implacable. Los soldados enemigos que se resistían eran ejecutados al instante. Los pueblos enemigos

que no se rendían eran arrasados. Cuando las tropas de las SS en busca de gasolina y vehículos capturaron un hospital de campo americano a finales de marzo, corrieron falsos rumores de que habían asesinado a los médicos y violado a las enfermeras provocando una febril y maligna cacería que dejó a quinientas tropas enemigas muertas antes de permitir que otros ochocientos soldados capitulasen. «Cómo deseo que termine la guerra», escribió un soldado. «Ahora el peligro empieza a asustarme. Morir a estas alturas, con la puerta al final del pasillo, la puerta que da al jardín de rosas a la vista, entornada, sería horrible.»¹⁴⁶

Había llegado la hora de estrechar el nudo en torno al Ruhr. Con el IX Ejército repartiendo azotes en el este y a punto de incorporarse de nuevo a su mando, el miércoles 28 de marzo Bradley ordenó al I Ejército que apurase la marcha hacia el norte para reunirse con la vanguardia de Simpson, la 2.^a División Blindada, mientras el III Ejército de Patton viraba en ángulo hacia Kassel, protegiendo el flanco derecho de Hodges. El I y el IX Ejércitos tenían que encontrarse en Paderborn, una diócesis del siglo viii fundada por Carlomagno, o mejor en lo que quedaba de aquella ciudad: el martes, en un ataque de treinta minutos, Lancasters de la RAF habían arrojado 75.000 bombas incendiarias, provocando tres mil fuegos independientes que se unieron en un único incendio alimentado por el entramado de madera de las casas. Se decía que el aire primero se había vuelto amarillo, después marrón terroso y después negro carbón. Allí el enemigo pretendía resistir con una línea defensiva de sesenta Panthers y Tigers debajo de la ciudad, tripulados en gran parte por novatos de las SS y reforzados por una heterogénea brigada de Luftwaffe, Volkssturm, Juventudes Hitlerianas y fanáticos de las Waf fen-SS.¹⁴⁷

El VII Cuerpo del general Collins dirigió el desfile del I Ejército, y el 30 de marzo, un frío y triste Viernes Santo, cuatro columnas de la 3.^a División Blindada convergieron en Paderborn tras una carrera de setenta y dos kilómetros desde Marburgo el día anterior. En la zona sur conocida como Jammertal, Valle de los Lamentos, una emboscada bloqueó la salida de los americanos con fuego de tanques y Panzerfaust, que atravesó un Sherman por el flanco e hizo saltar por los aires a un camión. Punzantes ráfagas de King Tigers alcanzaron a otros en campo abierto a poca distancia y las balas rastreadoras rebotaban contra el asfalto como canicas en llamas. Diecisiete Shermans, diecisiete camiones semioruga y una pequeña flota de camiones, jeeps y ambulancias del ejército no tardaron en iluminar el apagado día con sus piras. Lo único que los salvó fue la incapacidad de los artilleros *panzer* de apuntar sus ametralladoras lo bastante bajo como para barrer a los GI agazapados en una cuneta de la carretera. El napalm abandonado a lo largo de la cresta de la colina por los P47 no hizo más que iluminar el desastre.¹⁴⁸

Las llamas, el humo y el incesante fuego de artillería hicieron que el comandante de división corriese hacia el frente, y ningún soldado parecía más ansioso por remediar la situación que el general de división Maurice Rose. Alto y taciturno, con una adicción a los cigarrillos Camel y una afición a la comedia musical, Rose era considerado el mejor comandante blindado del ejército de los EE. UU. por Collins y otros admiradores. Tras haber obtenido distinciones de combate en SaintMihiel durante la última guerra y en África del Norte, Sicilia y Normandía durante esta, ahora dirigía una unidad de casi cuatrocientos tanques, muchos de ellos transportando infantería pegada a la carrocería como percebes. Hijo y nieto de rabinos procedentes de la Rusia Blanca, Rose creció hablando *yidish* en su casa de Denver antes de alistarse en la Guardia Nacional de Colorado a los dieciséis años. Desde 1918, en distintos formularios del ejército declaró repetidamente ser metodista, episcopaliano o en general protestante, una conversión quizás inspirada por el antisemitismo residual en el cuerpo de oficiales. Cerca de Marburgo dos días antes, cuando un reportero le preguntó acerca de sus planes después de la guerra, respondió: «Tengo un hijo. Ahora tiene cuatro años y no lo conozco. Vamos a conocernos el uno al otro».¹⁴⁹

No, no lo haría. Dirigiéndose hacia el borde oriental de la punta de lanza al atardecer en un convoy de tres jeeps, dos motos y un coche blindado, Rose y su grupo de mando fueron atacados por ambos flancos. «Estamos en un verdadero aprieto ahora», murmuró. Perseguido por las balas de ametralladoras, el convoy huyó hacia adelante, pero al anochecer, cuatro *panzer* surgieron de la oscuridad escupiendo la firma de doble llama de escape de los Tiger. Un rápido giro de uno de los tanques ensartó el jeep de Rose en un ciruelo. «Parece que nos tienen», dijo. El comandante del Tiger asomó por la escotilla de la torreta con una subametralladora, gritando y gesticulando mientras el general, su ayudante y el conductor estaban de pie en la carretera con las manos en alto, bañados por la tenue luz de los Shermans en llamas en un campo cercano. Cuando Rose trataba de sacar su pistola para tirarla al suelo, el alemán disparó. Dos balas impactaron en su mano derecha, otra penetró en su mejilla derecha. Cuatro se incrustaron en el pecho, cuatro más le dieron en la cabeza y las últimas tres en la ingle, el muslo y la zona lumbar. Sus dos camaradas se tiraron en una zanja y después huyeron a través del bosque oscuro, dejando atrás el acribillado cadáver de su comandante.¹⁵⁰

Aquella noche, mientras el enemigo se retiraba a Paderborn, un pelotón recuperó el cuerpo de Rose y lo depositaba en un silo envuelto en una manta con una guardia de honor de la policía militar. «No puede ser él. Estoy seguro de que no es él», dijo un joven teniente. A pesar de que le aseguraron que el muerto había sido identificado sin lugar a dudas, el teniente insistió: «De verdad espero que no sea él». Rose sería

enterrado en una tumba provisional bajo una cruz de madera y después sepultado de nuevo en el majestuoso cementerio de Margraten bajo la Estrella de David ante la insistencia de los capellanes judíos que recitaron el Kadish sobre su tumba. En 1949 se colocó una cruz latina después de que una audiencia confirmara su conversión. Fuera cual fuera la insignia, un soldado valiente se había ido, y su dura muerte pronosticaba un obstinado Reich al que también sería duro de aniquilar.¹⁵¹

Una investigación de crímenes de guerra llevada a cabo por el teniente coronel Leon Jaworski, que tres décadas después se ganó la fama como fiscal en el escándalo de Watergate, dictaminó que la muerte de Rose fue accidental. Por entonces, las represalias habían alcanzado su punto álgido. Tropas americanas salvajes destrozaron los pueblos al sur de Padelborn quemando casas y ejecutando a los soldados enemigos heridos. Veintisiete alemanes ajusticiados, según decían, tras rendirse, fueron hallados después detrás del cementerio Etteln, y dieciocho más en Dörenhagen. Algunos GI supuestamente impidieron a los alemanes enterrar a sus muertos, y los cuerpos yacieron corrompiéndose al sol y bajo la lluvia durante días como recordatorio a los vivos de lo que la guerra había provocado. Cuervos carroñeros brincaban alrededor erguidos y carentes de sentimientos. A eso se había llegado.¹⁵²

La fanática resistencia de Paderhorn hizo que el general Collins revisase su ataque. El domingo 31 de marzo a primera hora de la mañana, ordenó a la 3.^a División Blindada que girase treinta y dos kilómetros al oeste, donde se encontraba la 2.^a División Blindada del IX Ejército que se acercaba a Lippstadt. Allí, la oposición prometía ser menos cruenta: la ciudad estaba defendida en gran parte por la milicia de la Volkssturm con brazaletes por uniforme y antiguos fusiles checos por todo armamento. Columnas de la Wehrmacht derrotadas procedentes del Rin caminaban penosamente hacia el este por las calles empujando su equipo en carretillas y cochecitos robados. Un jefe nazi había peinado un hospital militar en busca de ingenieros para sabotear los puentes del río Lippe utilizando explosivos encontrados en un almacén de V1 y bombas del depósito de un aeródromo, pero el trabajo resultó una chapuza y los puentes de Lippstadt continuaron en pie. Decían que un cirujano alemán había empezado a eliminar los delatores tatuajes de grupo sanguíneo de la parte interior del brazo izquierdo de los soldados de las WaffenSS, dejando una cicatriz que parecía una herida de bala.¹⁵³

El Domingo de Pascua amaneció cálido y resplandeciente. Los capellanes del ejército celebraron apresuradamente la mañana santa en las iglesias del pueblo cerca de las líneas de los cañones americanos mientras explotaban los Howitzers. «Cada vez que una batería disparaba, las velas del altar parpadeaban y los cristales sueltos de las

ventanas repiqueteaban», escribió un paracaidista a sus padres. «La iglesia estaba abarrotada de GI con sus sucios uniformes de combate.» El repique de campanas en Lippstadt también congregaba a los fieles, y los devotos alemanes corrían a misa a pesar de que las bombas explotaban en Barbarossastrasse. Las últimas tropas de la guarnición huían en tambaleantes bicicletas, y los guardias saqueaban sus barracones en busca de ropa interior y colchones.¹⁵⁴

A las doce del mediodía, aviones de reconocimiento informaron de que vanguardias de la 2.^a y 3.^a Divisiones Blindadas se acercaban la una a la otra desde el oeste y el este respectivamente; la primera comandada por un sargento llamado Werner Osthelmer, que había emigrado de Lippstadt ocho años antes para abrir una carnicería en Detroit. Poco después de las cuatro de la tarde, las columnas se reunieron con risas de satisfacción y cordiales saludos para completar el envolvimiento del Ruhr. Los refugiados y los obreros esclavos liberados saquearon las tiendas del centro de Lippstadt, rompiendo los cristales de los bancos y encendiendo cigarrillos con billetes de cien marcos.¹⁵⁵

El «doble envolvimiento más grande de la historia», según la cacareada expresión de Eisenhower, había lanzado un cordón de ciento veinte kilómetros de ancho por ochenta de fondo en torno al núcleo industrial del Reich. No se sabía con certeza quién había quedado atrapado en el interior de aquellos diez mil cuatrocientos kilómetros cuadrados, aunque la inteligencia aliada creía que aquella bolsa contenía partes del XV y V Ejércitos Panzer y dos cuerpos del I Ejército de Paracaidistas. Entre los atrapados estaba el mariscal de campo Model, cuyo Grupo de Ejércitos B se enfrentaba ahora al exterminio. A Model no le apetecía un desesperado combate entre las bombardeadas fábricas del Ruhr, ciudades arrasadas y montones de desechos, pero Hitler había prohibido la retirada bajo pena de muerte. El mariscal de campo se vio reducido a esperar la llegada de refuerzos de un nuevo e imaginario XII Ejército, mientras todos los *Landers* uniformados a su mando eran enviados al perímetro del Ruhr, incluyendo escolares fanáticos en pantalones cortos, conocidos como «Comandos del Día de Ascensión» por su disposición a morir. «Todo temor procede del Demonio», escribió Model a su esposa en una carta de Pascua. «El coraje y la alegría vienen del Señor... Todos hemos de morir un día u otro.»¹⁵⁶

Para acercar este día a su enemigo, Bradley ordenó que cuatro cuerpos redujeran la bolsa del Ruhr. El IX Ejército, ahora devuelto al XII Grupo de Ejércitos, estrujaría desde el norte, despejando una mugrienta y esquelética ciudad tras otra. Algunas estaban demasiado debilitadas para resistir, como Duisburgo y Essen. Otras continuaron luchando, como Hamm, donde se necesitarían cuatro días para acabar con los insensatos. El I Ejército presionaba desde el sur, en un terreno menos urbano pero

más accidentado, digiriendo de seis a diez kilómetros al día y liberando decenas de miles de obreros esclavos. El fuego sobre la marcha y las granadas termita normalmente resultaban irresistibles para la resistencia enemiga. En un nido recalcitrante en una fábrica de Siegburg, donde paracaidistas alemanes utilizaban tornos mecánicos para horadar el sótano, solo cincuenta lanzallamas alentaron la rendición. Después de que su 7.^a División Blindada capturase al comandante del LXXXI Cuerpo y a veinte mil soldados, el general Hasbrouck inició una carta a su esposa, después escribió: «Hay tantas interrupciones de los emocionados oficiales de Estado Mayor en el cuartel general que tengo que parar.»¹⁵⁷

«¿Qué le queda a un comandante en la derrota?», preguntó Model a su Estado Mayor. «En la antigüedad se envenenaban.» La *Ruhrfestung*, Fortaleza del Ruhr, se encogía con el paso de las horas. La munición y las provisiones de alimentos menguaban con la captura cerca de Hamm de las reservas de cereales y harina por parte de los americanos. El contacto con el alto mando era cada vez más irregular, y las órdenes desde Berlín «apenas se leían, y ni mucho menos se transmitían», confesó el jefe de Estado Mayor de Model. Investigaciones del perímetro estadounidense revelaron que no había puntos débiles para una posible brecha de salida. El general Ridgway del XVIII Cuerpo Aerotransportado envió una carta a través de las líneas, instando a Model a emular a Robert E. Lee en Appomattox:¹⁵⁸

Este mes hace ochenta años que, con su leal comando disminuido en número, despojado de medios efectivos para combatir y completamente rodeado por aplastantes fuerzas, eligió una honrosa capitulación. Ahora tiene usted la misma elección.¹⁵⁹

La petición cayó en oídos sordos. Moscú había acusado a Model de complicidad en medio millón de muertes en Letonia a comienzos de la guerra, y él no tenía la menor intención de enfrentarse a la justicia soviética. «Un mariscal de campo no se convierte en prisionero», declaró. «Una cosa así es sencillamente imposible.» Sin embargo, envió a un asistente para que se deslizase a través del cordón para ayudar a la familia Model a huir hacia el este desde Dresde y quemar sus documentos personales. A continuación, el mariscal de campo ordenó la disolución del Grupo de Ejércitos B, ahorrándose el estigma de la rendición de una unidad que ahora ya no existía. «¿Lo hemos hecho todo para justificar nuestras acciones a la luz de la historia?», preguntó a su jefe de Estado Mayor.¹⁶⁰

Con la bolsa desintegrándose, Model y otros tres oficiales fugitivos se dirigieron hacia el circuito de Düsseldorf antes de tomar un camino forestal a través de la espesura al noreste de la ciudad en ruinas. Aplastando mosquitos en la oscuridad,

escucharon una emisora de radio de Berlín de un camión de comunicaciones OpelBlitz y oyeron a Goebbels condenar al «*verrätische Ruhrarmee*», el traidor ejército del Ruhr.

«Sinceramente creo que he servido a un criminal», murmuró Model. «Dirigí a mis soldados con buena fe... pero para un gobierno criminal.» Metiendo su anillo de boda y una carta a su esposa en un sobre, caminó hacia un retorcido roble. «Me enterrarás aquí», le dijo a un subordinado, y a continuación se voló los sesos con un revolver Walther.¹⁶¹

Un tripulante de un B26 volando bajo sobre el Ruhr en abril vio lo que le pareció un «oscuro campo sembrado». Tras un nuevo escrutinio más cercano, informó, «resultó que eran acres de masas de humanidad... más apretujada que un rebaño de vacas».¹⁶²

La inteligencia aliada estimó en un principio que 80.000 alemanes habían quedado atrapados en la bolsa del Ruhr. El 5 de abril la cifra aumentó a 125.000. Un día después, Eisenhower le dijo a Marshall que creía que había 150.000 en la bolsa, de los cuales «por lo menos capturaremos a unos 100.000». Aquellos cálculos resultaron demasiado modestos: al final se apresarían 323.000 enemigos de siete cuerpos y diecinueve divisiones. Aquella multitud, más numerosa que los prisioneros capturados en Stalingrado o Túnez, incluía a veinticuatro generales y un almirante a pie enjuto. «He tenido momentos agradables en mi carrera militar, sí, fue muy divertido», les dijo un comandante militar a sus interrogadores. «Pero ahora desearía estar muerto.»¹⁶³

Los planificadores americanos habían calculado que necesitarían jaulas para albergar a 900.000 prisioneros alemanes a finales de junio; sin embargo, a mediados de abril el número superaba el millón trescientos mil, y la cosecha final del Ruhr incrementaría considerablemente esta cifra. «Nosotros tenemos prisioneros como algunas personas tienen ratones», se quejó Gavin a su hija. Una guardia de la 78.^a División que partió a pie con sesenta y nueve alemanes a su cargo llegó a la empalizada de un regimiento cerca de Wuppertal con mil doscientos. Por toda la bolsa podían verse tropas enemigas ondeando «pañuelos, sábanas, manteles, camisas»; en aquel campo de batalla, comentaba una historia de la división, «el color predominante era el blanco». Una unidad marchó hacia el cautiverio en bicicleta, manteniendo hasta el final la exacta alineación militar. Otra llegó a bordo de carros tirados por caballos, trotando en formación de desfile. Los hombres desengancharon los carros y cepillaron a los animales, después los soltaron en los campos mientras ellos se preparaban para el cautiverio.¹⁶⁴

La historia oficial del ejército describió el tumulto de la rendición:

Jóvenes, viejos, tropas arrogantes de las SS, soldados de infantería abatidos, reservistas panzudos, enfermeras y técnicos, adolescentes miembros de las Juventudes Hitlerianas, envarados y correctos, prusianos con monóculo, suficientes para alegrar el corazón de un director de reparto de Hollywood... Algunos [iban] cargados con pan negro y vino; otros con instrumentos musicales, acordeones y guitarras; unos cuantos llevaban a sus esposas o novias con la errónea esperanza de que podrían compartir cautiverio.¹⁶⁵

Un único hilo de alambre barbado bastaba para formar un cercado. Los centinelas GI acunaban sus carabinas y reprimían los bostezos. Dentro del perímetro se sentaban infinidad de superhombres por hectárea. Cantando canciones tristes de soldados y recordando tiempos mejores, hurgaban la tierra en busca de colillas y se quitaban los piojos de sus guerreras grises.¹⁶⁶

Victoria

La marca de la bestia

Para la destrucción final del Tercer Reich, el general Bradley, al que se le acababa de conceder una cuarta estrella, y ahora apodado «Omar el Guerrero» por el periódico *Stars and Stripes*, trasladó su puesto de mando a Wiesbaden, justo al oeste de Fráncfort. Eisenhower se reunió con él allí el miércoles 11 de abril por la noche, tras un vuelo desde Reims en un bombardero B-25. La mañana siguiente a primera hora se metieron en un Piper Cub y volaron ciento treinta kilómetros hacia el noreste, siguiendo la línea de la autopista hacia la ciudad comercial de Hersfeld. Allí, Patton, que también había sido ascendido a general de cuatro estrellas, les esperaba con una escolta de caballería blindada y un convoy de jeeps, uno de ellos adornado con la insignia de cinco estrellas del comandante supremo. Recorrieron velozmente treinta y dos kilómetros a través de un corredor en una franja de tierras bajas conocido como brecha de Furla y llegaron a las 10:30 h al pueblo turingio de Merkers. Un batallón de tanques custodiaba la entrada a una mina de potasio del siglo XIX, donde los GI habían hecho un descubrimiento que Patton quería que viera Eisenhower.¹

Una fotografía del Führer todavía adornaba la pared del despacho del controlador de las horas de trabajo en la boca de la mina, y un cartel exhortatorio proclamaba, *auf Deutsch*, «¡Tu Fuerza no es Nada: la Fuerza del Pueblo lo es Todo!». El comandante del XII Cuerpo, el general Eddy, los condujo a un desvencijado montacargas y, mientras descendían despacio por el pozo completamente oscuro, Patton bromeó: «Si este cable de tender la ropa se partiera, los ascensos en los Estados Unidos se intensificarían considerablemente». A quinientos metros de profundidad se abrieron las puertas del ascensor. Un centinela hizo un rápido saludo, y al reconocer a los visitantes exclamó: «¡Jesús!». En una amplia galería Patton señaló planchas de

grabado de moneda utilizadas por el Reichsbank y montones de balas de dinero destinado a la Wehrmacht. Mirando las facturas, Bradley dijo: «Dudo que el ejército alemán pueda seguir liquidando nóminas por mucho tiempo».²

En otras minas ya se habían descubierto otros tesoros: el 2 de abril, los soldados encontraron en un húmedo pozo de hierro en Siegen seis enormes cajas etiquetadas «Catedral de Aachen», en las que había un busto de plata de Carlomagno incrustado con un fragmento de la calavera del emperador. Otras cajas del filón de Siegen contenían pinturas de Rembrandt, Van Dyck y Van Gogh, y el manuscrito original de la Sexta Sinfonía de Beethoven. No obstante, ningún tesoro superaba lo encontrado en las galerías de Merkers, como bien pudo comprobar Eisenhower al pasar por un agujero practicado en la puerta de una cámara acorazada por los ingenieros del ejército utilizando medio tubo de dinamita.³

Allí, en la Sala n.º 8», una cámara de cuarenta y seis metros de largo por veintitrés de ancho, se extendían más de 7.000 sacos de oro y otros botines trasladados desde Berlín (en algunos casos en autobuses de dos pisos) ordenados en hileras bajo luces que colgaban de un techo de tres metros y medio. Además de 8.307 lingotes de oro y 55 cajas también de lingotes, el depósito incluía 3.682 sacos de dinero alemán, 80 de divisa extranjera, 3.326 bolsas de monedas de oro, entre ellas 711 llenas de piezas de oro de 20 dólares estadounidenses por valor de 25.000 dólares el saco, 8 bolsas de anillos de oro y una bolsa de lingotes de platino. En la parte trasera de la sala, en más de 200 carteras, maletas y baúles, todas etiquetadas «Melmer» por un capitán cleptómano de las SS llamado Bruno Melmer, había objetos de valor robados a las víctimas de los campos de concentración: perlas, cajas de relojes, dientes de oro, copas de la Pascua judía, pitilleras, cucharas. Gran parte del metal había sido martilleado y aplanado para ahorrar espacio. En otras galerías y pozos cercanos se encontraron dos millones de volúmenes procedentes de las bibliotecas de Berlín, 400 toneladas de archivos de patentes, 33 estuches de madera con pertenencias de Goethe procedentes de Weimar, pinturas de Rubens y Goya, y trajes de los teatros estatales de Berlín. «Si estos fueran los viejos tiempos de libre saqueo en que un soldado se quedaba con su botín», dijo Bradley a Patton, «serías el hombre más rico del mundo».⁴

Patton propuso en broma convertir las 250 toneladas de oro, gran parte de la reserva del Reich, en medallas «para cada hijo de puta del III Ejército». Finalmente valorado por el SHAEF en más de quinientos millones de dólares, el tesoro del pozo de Merkers quedaba dentro de la que pronto sería zona de ocupación soviética. No había tiempo que perder, y ya se habían trazado planes para trasladar rápidamente el tesoro a Fráncfort, en la zona americana, utilizando treinta camiones de diez toneladas

custodiados por dos batallones de PM, siete secciones de infantería y una cobertura aérea de Mustangs P-51. Las obras de arte se involucraron en abrigos de piel de oveja del ejército alemán, miles de ellos hallados también en la mina.⁵

Traslados similares se estaban realizando en toda la zona designada como sector soviético por motivos de «necesidad militar», provocando sonoras pero inefectivas protestas por parte de Moscú, que argumentaba que no solo se estaban evacuando hacia el oeste tesoros, sino también equipamiento y personal cualificado. Entre los trasladados había mil químicos alemanes, ingenieros, físicos, médicos y matemáticos, y los diversos frutos intelectuales, empaquetados bajo un programa con el nombre clave de Airmail. El material y personal incautados incluían: 241 científicos del Instituto de Física y Química de Halle junto con nuevos diseños de aviones; 45 expertos técnicos de una fábrica de IG Farben de Bitterfeld, con 500 toneladas de bicromato de potasio y 200 toneladas de permanganato de potasio; y de una fábrica de Zeiss en Jena, 213 expertos en radar y otras disciplinas, además de un nuevo visor de bombardeo alemán. Otro botín incluía diseños de misiles tierra-aire, material de apoyo de 340.000 patentes alemanas, y suficientes componentes de V-2 para construir setenta y cinco cohetes.⁶

Patton tenía aún otro descubrimiento que enseñar a Eisenhower. Tras un rápido almuerzo en el puesto de mando del XII Cuerpo, el grupo voló en un pequeño avión hacia Gotha para unirse a otro convoy en una excursión de dieciséis kilómetros hacia el sur. El relato de un desertor alemán de un complejo cuartel general en la remota localidad de Ohrdruf había intrigado a Eisenhower la semana anterior y había autorizado a Patton a enviar una columna ligera de la 4.^a División Blindada con la esperanza de capturar al alto mando enemigo. Por desgracia, los invasores no dieron con el mariscal de campo Kesselring y apresaron solamente a unos cuantos soldados alemanes camuflados como pacientes de un hospital local. El misterioso cuartel general resultó una decepción: construido dentro de enormes túneles subterráneos en 1938, con central telefónica, despachos enmoquetados, lavabos con cisterna y un cine, el complejo nunca había sido utilizado. Himmler había planeado remodelar el complejo como lugar de retiro para Hitler y regalárselo al Führer el 20 de abril para su quincuagésimo sexto aniversario.⁷

Sin embargo, expedición no había resultado infructuosa porque allí los americanos liberaron por primera vez un campo de concentración en Alemania. Conocido como S-3 y abierto el otoño anterior, Ohrdruf era uno de los más de ochenta campos satélite de una instalación penal que pronto se haría famosa: Buchenwald. Bradley describió la visita del grupo al S-3:⁸

Atravesamos una empalizada. Más de 3.200 cuerpos desnudos y macilentos habían sido arrojados en tumbas superficiales. Otros yacían en las calles allí donde habían caído... Un guardia nos mostró cómo se había coagulado la sangre en las toscas costras negras por donde los hambrientos prisioneros habían sacado las entrañas de los muertos para comérselas.⁹

Un recluso señaló un patíbulo donde los condenados eran estrangulados con una cuerda de piano. Otros habían sido asesinados con un disparo de pistola en la nuca. Como las fuerzas aliadas se habían acercado desde el oeste, Patton informó en su diario, los guardias de las SS «hicieron que algunos esclavos exhumasen los cuerpos y los colocasen en una gigantesca parrilla confeccionada con vías férreas de 60 centímetros dispuestas sobre una base de ladrillos. Derramaron alquitrán sobre los cadáveres y construyeron una hoguera de madera de pino y carbón», dejando «huesos, calaveras y torsos calcinados». La mayoría de los guardias huyeron vestidos con ropas de paisano, aunque unos pocos fueron atrapados y golpeados o apuñalados hasta morir por reclusos vengativos mientras llegaban los primeros americanos. «Escudriñas el rostro para encontrar qué es lo que les falta, para encontrar la marca de la bestia», escribió un reportero tras examinar los rostros de las SS. El campo todavía apestaba a heces y a pelo quemado. Otra trinchera de enterramiento cubierta de cal «estaba casi repleta de cenizas y restos humanos entre los que asomaban aquí y allí demacradas extremidades», escribió Osmar White, el corresponsal australiano asignado al III Ejército. «Patton», observó Bradley, «se apartó a un rincón y vomitó».¹⁰

A un joven GI se le escapó una risa nerviosa y Eisenhower le lanzó una mirada torva. «¿Todavía te cuesta odiarlos?», le preguntó. A otras tropas reunidas a su alrededor en el complejo, el comandante supremo les dijo: «Nos dicen que el soldado americano no sabe para qué está luchando. Ahora por lo menos sabrá contra qué está luchando».¹¹

Eisenhower y Bradley aceptaron pasar la noche del jueves en el vivaque del III Ejército en Hersfeld. Después de cenar se retiraron a la caravana de Patton con un fajo de mapas para discutir largo y tendido sobre dónde enviar a sus ejércitos. La destrucción del Grupo de Ejércitos B de Model dejó un agujero de doscientos kilómetros de ancho en el centro del frente alemán para ser explotado por el XII Grupo de Ejércitos, que ahora contaba con un millón trescientos mil soldados en doce cuerpos y cuarenta y ocho divisiones. Dos rutas de invasión obvias viraban hacia el norte y hacia el sur de las montañas del Harz, una vez despejada la cuenca del Ruhr: de acuerdo con el plan del XII Grupo de Ejércitos, el IX Ejército tomaría la ruta alta, hacia Magdeburgo y el I Ejército la baja, a través de la llanura de Thüringen hacia

Leipzig. El III Ejército, que se encontraba más al este en el ala derecha de Bradley, permitiría que sus dos ejércitos hermanos se pusiesen uno al lado del otro y después girasen hacia el sureste, mientras el VII Ejército de Patch viraba a través de la baja Baviera y Austria para proteger el flanco de Patton. El nuevo XV Ejército, bajo el general Gerow, seguiría a las legiones de combate para emprender tareas de ocupación.¹²

A pesar de los grandes saltos que estaban dando ahora todas las fuerzas, teniendo en cuenta que el IX Ejército de Simpson había viajado 364 kilómetros desde que atravesó el Rin, Eisenhower no quería que la línea americana avanzase más al este de Chemnitz, cerca de la frontera checa. En cuanto a Berlín, reiteró su determinación de dejar la ciudad para los soviéticos, que estaban a punto de lanzar su asalto final a la capital.¹³

«Ike, no sé como lo ves», dijo Patton. «Sería mejor que tomásemos Berlín y rápido, y después continuásemos hasta el Oder.»¹⁴

Eisenhower sacudió la cabeza. «No tiene ningún valor táctico ni estratégico», respondió con un ademán de exasperación. Un avance sobre Berlín no solo corría el riesgo de colisionar con el Ejército Rojo, sino que cargaría a las fuerzas de los EE.UU. con hordas de refugiados y prisioneros más numerosas que las que ya lastraban a todos los comandantes de campo.

Había otra cuestión que preocupaba a Eisenhower: le asaltaba el temor de que el régimen nazi intentase retirarse al llamado Reducto Nacional en los Alpes y desde allí librar una prolongada guerra de guerrillas o protagonizar una última y sangrienta resistencia. Ambas posibilidades permitirían a los alemanes proclamar que el Tercer Reich nunca se rindió. ¿Cómo parecía un estado policial? ¿Doblegándose y gimoteando o con un bombazo sangriento? Nadie del SHAEF estaba seguro, pero la inteligencia aliada se había convencido a sí misma, y al comandante supremo, de que el régimen de Hitler trataría de combatir en las montañas con un teatral Ocaso de los Dioses.¹⁵

Ya en otoño de 1943, los planificadores aliados habían imaginado un tiroteo final en los nidos de águilas alpinos fuertemente fortificados. Eisenhower avisó a Marshall, en septiembre de 1944, de que los fanáticos alemanes «podían intentar continuar con una larga guerra de guerrillas». En febrero le propuso a Bradley el entrenamiento de batallones de choque para atacar «nidos de guerrillas que habrán de ser erradicados a la fuerza». Una inexpugnable fortaleza montañosa a altitudes de tres mil seiscientos metros podía extenderse desde Salzburgo en el este hasta el lago Constanza en el oeste, e incluso entrar en Italia por el paso del Brennero. La inteligencia británica expresó sus dudas: en el cuarto de millón de mensajes interceptados por Ultra durante

la guerra no había indicio alguno de semejantes planes salvo por un vago mensaje a Tokio a mediados de marzo desde la embajada japonesa de Berna aludiendo a posibles «reductos o campos de batalla finales». Los agentes británicos en Austria no encontraron «signos de preparativos para una resistencia organizada». Un estudio del Departamento de Guerra a principios de abril informaba de que «no había señales de que se estuviera construyendo ninguna fortificación en Baviera ni en Austria para impedir la entrada de los aliados en la “zona del reducto” desde el norte». ¹⁶

Mucho más crédulo era el jefe de inteligencia de Eisenhower, el general de división Strong, que más tarde explicó que «después de las Ardenas, no iba a correr más riesgos con los alemanes». Convencido de que era «acorde al espíritu alemán el morir juntos», Strong hizo público un funesto aviso: el reconocimiento aéreo aliado de veinte ubicaciones alpinas había puesto de manifiesto extensos trabajos de construcción, quizás fortificaciones para una red de resistencia alemana que comparó con los maquis franceses. «Algunos de los ministerios y personalidades más importantes del régimen nazi», añadió, «ya están instalados en la zona del Reducto». Cierta prensa impulsiva imaginaba también a los nazis empeñados apresurándose hacia los riscos y puertos alpinos. La revista *Collier's* de finales de enero hablaba a sus lectores de un inmenso campo de entrenamiento de guerrillas cerca la residencia de vacaciones del Führer en Berchtesgaden, y *The New York Times* sugería que el Reducto Nacional, con innumerables emplazamientos de artillería, sería más obstinado que Cassino. ¹⁷

Un retrato psicológico de Hitler de la OSS, titulado «Su vida y leyenda», examinaba ocho posibles destinos para el Führer, desde la muerte natural, «una posibilidad remota», hasta la captura, «la posibilidad menos probable de todas». El suicidio estaba considerado como «el resultado más plausible», pero el estudio concluía que «al final podía encerrarse en este útero simbólico y desafiar al mundo a atraparlo». Otras valoraciones de la OSS, alimentadas por una ingenua emisora suiza, informaban de que se habían almacenado en Berchtesgaden alimentos, armas y munición para dieciocho meses por lo menos; que 150 camiones transportaban cada día material bélico al reducto; que los granjeros de la región alpina podían alimentar a 750.000 hombres con 2.500 calorías diarias, aunque la dieta sería «algo desequilibrada con una ausencia casi completa de azúcar»; y que las fábricas del Reducto eran capaces de producir armas pequeñas y cañones antitanques, a pesar de la escasez de coque, plomo, zinc y explosivos. El general William J. Donovan, director de la Oficina de Servicios Estratégicos, envió a Roosevelt un memorándum personal a finales de marzo asegurando que los nazis «habían hecho planes minuciosos para esconderse bajo tierra». ¹⁸

El corresponsal William L. Shirer se preguntaba si no se habrían «infiltrado escritores de novelas de misterio británicos y americanos» en la inteligencia del SHAEF, pero las imaginaciones más febriles de todas eran las del VII Ejército. «Se informa de que se están ocultando ingentes reservas de carne y mercancías enlatadas en sótanos y almacenes subterráneos en la zona de Salzburgo», aseguró el jefe de inteligencia de Patch el 25 de marzo. Se decía también que desde el 1 de febrero se habían añadido de tres a cinco trenes de carga semanales para el almacenamiento de reservas, y que plantas secretas de ensamblaje hidráulico podían incluso producir aviones de caza Messerschmitt. Todo esto, advertía un análisis del VII Ejército a finales de marzo, podía «crear una fuerza de élite, predominantemente de tropas SS y de montaña, de entre 200.000 y 300.000 hombres... profundamente imbuidos del espíritu nazi».¹⁹

La verdad era menos llamativa. El otoño anterior un *gauleiter* nazi del Tirol, al enterarse del nerviosismo de la OSS sobre un posible baluarte alpino, decidió alentar la «psicosis del reducto» de los americanos con la esperanza de que las exigencias aliadas de una rendición incondicional se suavizaran si se enfrentaban a una intransigencia alemana. Así el rabo movió al perro. Hitler de hecho había mostrado poco interés en una guerra defensiva: hasta primavera no se construyeron obstáculos antitanques en los Alpes septentrionales, junto con unas pocas posiciones de campo apresuradamente improvisadas contra el avance soviético desde Hungría. Kesselring desechó cualquier resistencia heroica en las montañas por considerarla una «mera farsa», y los generales alemanes apresados mostraban un genuino asombro en cuanto al reducto, incluso cuando los interrogadores americanos de Wiesbaden desvelaron un mapa mural que representaba un «Valhalla» secreto.²⁰

Apenas más creíble resultaba el llamado movimiento Werwolf. Concebido por Himmler como una insurgencia paramilitar y con el nombre de un personaje licántropo devorador de carne humana de una novela alemana sobre la guerra de los Treinta Años, los comandos del Werwolf se limitaron a garabatear grafitos, «Traidor, ten cuidado, el Werwolf te vigila», y a asesinar al alcalde de Aquisgrán por colaboracionista. El general Donovan pensó, aunque por poco tiempo, en contratar a separatistas vascos para que cazasen a todos los miembros del Werwolf, pero al final no se hizo nada.²¹

No obstante, en el SHAEF el mito del Reducto Nacional persistió casi hasta el final de la guerra. «Puede que luchemos todavía un mes más y puede que sea un año», advirtió Bradley a un congresista que estaba de visita a finales de abril. Smith les dijo a los periodistas que «posiblemente de 100 a 125» divisiones alemanas podían trasladarse a los Alpes. El SHAEF elaboró una lista de más de doscientas cuevas en el

sur de Alemania y Austria y requirió constante reconocimiento aéreo. Eisenhower ya había ordenado al Grupo de Ejércitos de Devers que se dirigiera a las montañas para evitar que se reforzase el reducto, con apoyo del I Ejército Aerotransportando aliado en caso necesario. Con este mismo propósito se enviaron fuerzas a Salzburgo. Casi tres docenas de divisiones francesas y estadounidenses invadían ahora el sur de Alemania y Austria.²²

Otro resumen de inteligencia del general Strong fechado en el 22 de abril mencionaba la existencia «nada menos que 70 ejemplos de construcciones subterráneas» y otros indicios de resistencia nazi en los Alpes, donde se habían concentrado los fragmentos de cien divisiones, incluyendo SS y unidades *panzer*. A pesar de que una defensa bien organizada parecía «cada vez más dudosa», Strong escribió, «parece que Hitler o alguno de sus satélites intentará seguir combatiendo en el sur». Dado el caso, hasta la última semana no firmaría el Führer una orden de concentración para una *Kernfestung* (fortaleza interior) en las montañas como «último bastión de resistencia fanática». También aquello era una ilusión. «Al final», dijo un general alemán a sus interrogadores después de la guerra, «se permitió que la catástrofe siguiera su curso».²³

Poco después de la medianoche del viernes 13 de abril, Eisenhower y Bradley se retiraron a las estancias de huéspedes del campamento del III Ejército. Patton era escéptico en cuanto a la existencia de un reducto, al que calificaba de «mucha palabrería» y de «producto de la imaginación», pero ahora tenía una carabina junto a su catre debido a los rumores de que asesinos alemanes transportados en planeadores podían estar detrás de las líneas americanas. La cercanía de la paz lo llenaba de melancolía. «A veces siento que me acerco al final de esta vida», escribió a Bea aquella semana. «¿Qué más queda por hacer». Bueno, si es así, recuerda que te quiero.» Continuó escribiendo poesía de campo de batalla, como para perpetuar la guerra en su imaginación. *Collier's* acababa de rechazar un verso especialmente horrible, «La canción de la bayoneta», que empezaba: «Desde el candente horno, latiendo con pasión / Fui forjada con la forma de la destrucción». Le escribió a un amigo:²⁴

Para mí la guerra no ha sido difícil, sino una agradable aventura... Lo mejor que me podría pasar sería recibir un disparo limpio en el último minuto del último combate y después revolotear sobre una nube y ver cómo hacéis pedazos mi reputación.²⁵

Antes de acostarse, Patton miró su reloj de pulsera y vio que se había parado. Encendió la radio para enterarse de la hora y escuchó el boletín de última hora emitido hacía unos instantes. Renunciando al sueño, se apresuró a la caravana de Eisenhower y Bradley para darles la fatal noticia.²⁶

Franklin D. Roosevelt, un hombre que nunca había disparado con odio y sin embargo se había convertido en el mayor soldado de la guerra más devastadora de la historia, había muerto. Había cruzado el último tramo de una lucha existencial que se ganaría en parte por su habilidad en convencer a otros hombres para morir por una causa trascendental. Churchill, que lloró como un niño al fallecimiento del presidente, escribió después: «Modificó decisiva y permanentemente el eje social, el eje moral, de la humanidad implicando al Nuevo Mundo inexorable e irrevocablemente en el destino del Viejo. Su vida, pues, ha de ser considerada como uno de los acontecimientos más impresionantes del destino humano». El jefe de personal de Roosevelt simplemente dijo: «¿Cómo podría un hombre morir mejor?».²⁷

Su fallecimiento se produjo en la Pequeña Casa Blanca de Georgia. Buscando desesperadamente un poco de descanso, había viajado a Warm Springs con su colección de sellos a bordo del tren presidencial *Ferdinand Magellan*. En sus últimas horas del jueves, Roosevelt posó para un retrato, cuya pintora, después de empezar por los ojos, supuestamente se alejó del caballete un momento para medir su nariz. Ese mismo día firmó también un proyecto de ley para expandir la Corporación de Créditos sobre Mercancías. Mientras se preparaba para el almuerzo, se puso repentinamente la mano derecha sobre la frente, a continuación cayó hacia delante víctima de una hemorragia cerebral. Fue trasladado a su habitación y le pusieron el pijama. Su presión arterial había subido a 300/190 y, dos horas después de la apoplejía, dejó de respirar. La inyección de adrenalina al corazón no surtió efecto. A las 15:35 h se certificó su muerte. «Nada funcionó», afirmó su médico. «Y eso fue todo.» El servicio secreto analizó su desayuno en busca de veneno y no encontró nada.²⁸

J. Austin Dillon, director de una funeraria de Atlanta, llegó siete horas después a la casa de listones de madera con magníficas rosas en torno al porche de pilares blancos. Esperó a que Eleanor Roosevelt saliera, con los ojos secos, de la habitación donde la primera dama se despidió de su marido. Dillon encontró al presidente debajo de una sábana con una tira de gasa atada debajo de la barbilla para mantenerle la boca completamente cerrada. Tras colocar el cuerpo rígido sobre una mesa de embalsamamiento bajo la luz de varias lámparas de pie, Dillon le lavó la cara a Roosevelt, lo afeitó y a continuación le inyectó un fluido embalsamador en la arteria

carótida derecha y en la vena yugular, lentamente, para evitar hinchazones. Después le administró varias inyecciones más, en la femoral y en las arterias radiales, seis botellas en total, antes de aspirar las cavidades torácica y abdominal, y después suturó cuidadosamente cada incisión. «Fue —confesó Dillon más tarde— uno de los casos más difíciles en todos los aspectos.» Después de afanarse durante cinco horas, Dillon le limpió las uñas al presidente, le embadurnó las mejillas con un toque de colorete y lo vistió con un traje azul cruzado, una camisa blanca y una corbata azul oscuro. Llamó al ayuda de cámara de Roosevelt, Arthur Prettyman, quien peinó al presidente.²⁹

El viernes, la lista diaria de bajas con el familiar más cercano publicada en los periódicos de la nación incluía esta entrada: «Muertos del Ejército y la Marina: Roosevelt, Franklin D., comandante supremo; esposa, Sra. Anna Eleanor Roosevelt, la Casa Blanca.» En Europa, Eisenhower decretó que «dadas las condiciones de guerra se prescindiría de llevar insignias de duelo, de disparar salvas, de arriar los colores y estandartes nacionales y de regimiento». Un teniente de la 15.^a de Infantería escribió en su diario: «Esto es una conmoción. Ha sido presidente desde que yo tenía catorce años».³⁰

Por fin Roosevelt había encontrado el descanso duradero que necesitaba. ¿Cómo podría un hombre morir mejor?

El País del Dragón

Para un piloto americano en su cabina, el espectáculo de los ejércitos aliados avanzando hacia el este parecía como si «la misma corteza de la tierra se hubiese soltado y corriese desesperadamente hacia el Elba». La guerra era mucho menos enérgica para los que corrían, desde la torreta de un tanque o el asiento de un jeep, a sesenta y cuatro kilómetros por hora para entrar en Austria como «una irresistible masa líquida», o para aquellos que contemplaban a los alemanes capturados «corriendo en la retaguardia sin vigilancia, con las manos detrás de la cabeza y jadeando», como los describió un GI de la 86.^a División en una carta a su casa.³¹

Aquel era el País del Dragón, usando la expresión del corresponsal R. W. Thompson, a pesar de que a veces los dragones parecieran desdentados, extinguidos y patéticos. Los civiles alemanes llamaban a las endebles barricadas «Sesenta y un controles de carreteras», presumiblemente porque provocaban sesenta minutos de risa a los soldados americanos que tardaban un minuto en demolerlas. Una patrulla del VII Ejército invadió una escuela de infantería donde doscientos reclutas se entrenaban con

palos de madera y simulaban el estrépito de las ametralladoras golpeando latas de agua. (El comandante insistió en entregar su espada.) Tropas de la 84.^a División capturaron a un soldado alemán con un mapa que indicaba que las defensas de Hanover estaban concentradas en el sur y al suroeste; atacando desde el norte y el noroeste, los GI capturaron la ciudad en pocas horas. La ciudad universitaria de Heidelberg se rindió sin luchar, con sus florecientes geranios rojos en las jardineras de las ventanas bajo centenares de banderas blancas. Setenta mil soldados enemigos infestaban las montañas del Harz, pero el XI Ejército alemán al que pertenecían resultó ser, según informes, «menos un ejército que una aglomeración». Un día tras otro el comandante del ejército, el general Walter Lucht, fue esquivando a sus perseguidores americanos, primero en un pueblo, luego en una cantera de piedra caliza, en la cabaña de un guarda forestal, en una cueva y en un monasterio, antes de acabar en la frondosa arboleda donde finalmente fue apresado.³²

En una ciudad, los GI encontraron a un padre, una madre y una hija que se habían colgado junto con el perro de la familia. «La vergüenza de la derrota alemana es demasiado pesada de soportar», rezaba la nota suicida. Quizás la guerra había llegado demasiado lejos incluso para el sufrimiento. Después de ver a una pareja de ancianos llorar ante su granja en llamas, un comandante de compañía de la 2.^a División de Infantería escribió: «¿Qué derecho tenían a quedarse allí llorando y culpándonos de este terror? ¿Qué derecho tenían ellos y los de su clase a sentir emoción alguna?». También se dijo que Alfred Krupp, un industrial cuyas fábricas de esclavos habían armado al Reich, había llorado a su arresto por crímenes de guerra y uno de sus 125 criados corrió tras él con una bolsa de fin de semana mientras se lo llevaban cerca de Essen, como si el malentendido pudiera arreglarse en un día o dos. En la Villa Hügel, la mansión de 260 habitaciones de Krupp, descrita por un crítico como «el edificio más horrible de Alemania», los soldados encontraron veinte armarios de madera de nogal que forraban un vestidor de dos pisos de alto, con alfombras blancas de piel de lobo, grifos de oro en forma de cuello de ganso que vertían agua en una bañera tallada de un enorme bloque de mármol, una mesa para sesenta y cinco comensales, y un mural en el techo con una diosa a horcajadas sobre una luna creciente y el pelo recogido con una estrella.³³

«Brillante sol de primavera. El canto de la alondra, el destello de un martín pescador, el blanco fulgor de un ciervo corriendo por las sombras del bosque», escribió R. W. Thompson, que avanzaba sobre Bremen con sus tropas británicas. «Rostros atemorizados nos contemplaban por detrás de las cortinas de las ventanas.» Osmar White describió «ancianos apoyados en bastones, se arrancaban los

sombreros» en obediencia a sus conquistadores, negando frenéticamente la pregunta acusatoria: «*Liebst Du den Führer?*» ¡No! Gritaban. ¡No, yo no quiero al Führer! White anotó el interrogatorio en carretera de unos GI a una transeúnte:³⁴

Kommen Sie hier. ¿A dónde va?

A casa de mi padre.

¿Por qué va allí?

Han matado a mi madre. Voy a hacer las tareas de la casa para mi padre...

¿Está permitido? ¿No está prohibido?

No. No está prohibido que yo sepa.

Y sin embargo los dragones merodeaban. Por cada sección que se rendía, otra combatía salvajemente, a menudo hasta la muerte: en abril, 10.677 soldados estadounidenses murieron en acción en Europa, casi tantos como en junio de 1944. Goebbels en una emisión de radio a mediados de abril advirtió que las casas que exhibiesen banderas blancas serían consideradas «bacterias de la peste». Otros decretos instaban a ahorcar a los débiles y a los que capitulaban con un cartel colgado en el cuello identificándolos como cobardes, y pronto proliferaron por todo el Reich maleantes etiquetados colgando de farolas y postes telefónicos. «Si perdemos la guerra», amenazaba un funcionario nazi, «significa la esclavitud para todos los alemanes y la muerte segura para todos los miembros del partido.» En abril, un líder del partido en el Harz les dijo a las mujeres alemanas que serían «raptadas y conducidas a burdeles de negros».³⁵

Algunos pilotos de la Luftwaffe recibían entrenamiento de cómo embestir sus aviones contra los bombarderos aliados y también adoctrinamiento político sobre el nexo entre judíos, bolcheviques y las democracias occidentales. «Sacrificando conscientemente vuestras vidas», les dijo Göring a sus kamikazes, «salváis a la nación de la extinción». En el aire se produjeron pocas «misiones con compromiso total», pero en todo el frente abundaron los grupos suicidas de las SS y de las Juventudes Hitlerianas. Una patrulla del VII Ejército mató el 14 de abril a varios muchachos que llevaban granadas pasapurés. «Es una visión desgarradora», escribió un reportero acerca de estos jóvenes soldados. «Las caras de estos niños no tienen nada de infantil».³⁶

A pesar de que el Reducto Nacional de los Alpes no fuera más que una ensoñación, los bastiones improvisados por todas partes avivaban los temores del SHAEF de una Alemania que se aprestaba a la autoinmolación. En Aschaffenburg, Bradley informó de que «mujeres y niños se encaramaban a los tejados para arrojar granadas de mano a nuestras tropas», mientras veteranos heridos saltaban de la cama del hospital a primera línea de combate. En Heilbronn, junto al río Neckar, destrozada

por años de bombardeo, oficiales alemanes disparaban a los destacamentos de las Juventudes Hitlerianas cuando se rompían y huían bajo el fuego de mortero americano. Heilbronn resistió nueve días, hasta el 3 de abril, y el detritus que antaño fuera una hermosa ciudad medieval conservó, según un historiador del ejército, «un acusado hedor durante el verano de 1945».³⁷

«¿Por qué no se rinden de una vez estos estúpidos bastardos?», preguntó un cabo de la Guardia de Coldstream. Aquel enigma dejó perplejos a todos los soldados aliados en algún momento u otro. El inminente e ineluctable desastre había espoleado un perverso sentido de cohesión nacional alemana, inflamado por el terror, la desdicha y los infelices recuerdos de la última guerra perdida. La escabrosa propaganda relativa a las atrocidades soviéticas en el este, la exigencia aliada de una rendición sin condiciones y aquellos «burdeles de negros» fomentaron la resistencia.³⁸

«Madre, me preguntaste que cuándo iba a volver a casa. No lo sé», escribió el capitán Jack Golden a su familia en Seymour, Texas, unas semanas antes. «No veo el final de la guerra. No comprendo lo que esperan conseguir los alemanes, pero no se rinden.» Con veintitrés años y graduado de la Universidad A&M de Texas, Golden llevaba más de dos años fuera y había visto suficiente combate en África de Norte, en los desembarcos de Gela y en la playa de Omaha como para ganarse dos Estrellas de Plata y un Corazón Púrpura. «Estoy ya un poco cansado y tan nervioso que echo la bronca a la gente al más mínimo percance», confesó con su cursiva saltarina. La compañía de cañones de la que estaba al mando en el 16.º Regimiento de Infantería, parte de la 1.ª División, había disparado más de 75.000 proyectiles desde el 6 de junio, añadió. «No contamos lo sucedido en África y Sicilia. De eso hace demasiado tiempo. Parece otra guerra.»³⁹

En una carta del 3 de abril desde Alemania, Golden expresaba su alivio de que su hermano, un teniente del Ejército del Aire, regresase a casa licenciado. «Esto me sacará una preocupación de la cabeza. Cada vez que veía caer a un bombardero, rezaba para que no fuera Bill.» Continuaba:

Hay demasiadas ciudades alemanas a la que no hemos tenido tiempo de lanzar nuestra artillería. Creo que deberíamos disparar unos mil proyectiles en cada ciudad. Les hace bien... Basta. Basta.

Aquella sería su última carta a casa. El domingo 15 de abril, en las estribaciones del Harz, dos emboscados con pistolas automáticas salieron de detrás de una casa de Amelunxen, en la misma carretera que acababa de despejar la 16.ª compañía de fusileros de Infantería. Mataron al capitán Golden de un disparo en su jeep. La muerte

de Jack, reconoció su familia, fue «el trance más amargo de nuestras vidas». En una nota de condolencia a sus padres, el secretario de Guerra Stimson escribió: «La pérdida de un ser querido es irreparable.» *Basta. Basta.*

«La mitad de las nacionalidades de Europa había emprendido la marcha», escribió Alan Moorehead, «fardos al hombro, caminando penosamente por las cunetas para evitar el tráfico militar.» De hecho, casi *todas* las nacionalidades de Europa estaban en marcha, en lo que un testigo llamó «aquella monstruosa cenefa móvil de refugiados». Los oficiales aliados calcularon que 4, 2 millones de «desplazados» de cuarenta y siete naciones atravesaron el sector del XII Grupo de Ejércitos de Alemania solamente. En la primavera de 1945 había unos 11 millones de almas desarraigadas caminando por la Europa central.⁴⁰

Para algunos era una marcha forzada, sobre todo para los prisioneros de guerra evacuados por los captores a campos más al interior del menguante Reich. Darrell W. Coates, un artillero de torreta alcanzado y apresado en 1942, llevaba un diario mientras él y otros cuatro mil procedentes de Stalag 17B eran empujados a través de Austria justo delante de las fuerzas soviéticas que se acercaban por el este.⁴¹

9 de abril: La mayoría de nosotros se negó a caminar hasta que nos dieran de comer. Las bayonetas y el fuego de los fusiles nos hicieron cambiar de idea rápidamente.

11 de abril: Esta noche estábamos tan hambrientos que hervimos hierba bajo la lluvia para tener algo dentro del cuerpo.

14 de abril: Lluvia otra vez, como siempre... Completamente destrozado. Caminamos hasta pasadas las 6 p. m.

15 de abril: Date prisa Patton por el amor de Dios.

19 de abril: Esta noche sopa. Deben de haber puesto el arnés de un caballo en agua caliente. Sabe a demonios.

Otros fueron liberados antes de que los alemanes pudieran trasladarlos. «Todo el mundo grita y salta», escribió en su diario el 12 de abril el teniente Bernard Epstein, que había sido capturado en las Ardenas, después de que tropas del IX Ejército irrumpiesen en Oflag 79, cerca de Braunschweig. «A mi lado un oficial americano con una pierna amputada está tan debilitado que ni siquiera puede hablar. Se suena la nariz y las lágrimas le resbalan por las mejillas.» Debido a la escasez de comida y de suministros médicos, muchos estaban en un estado lamentable. «Las heridas menos importantes se cubrían con papel higiénico», escribió la teniente June Wandrey, una enfermera del VII Ejército de Wisconsin. «Sus brutales amputaciones estaban tapadas con jirones... Sus cuerpos cubiertos de arañazos infligidos por sus propios zarpazos para sacarse de encima los piojos.» Algunos prisioneros británicos capturados en Dunquerque o en el Desierto Occidental llevaban encarcelados cuatro años o más.

«De modo que este es el aspecto que tiene un jeep», dijo un Tommie, mirando a sus liberadores. Trasladados hacia el oeste a la retaguardia aliada, los hombres aullaban salvajemente a la vista de las ciudades alemanas convertidas en ruinas.⁴²

De los millones de seres que deambulaban cansinamente, muchos cientos de miles eran obreros esclavos liberados cuando las fábricas fueron bombardeadas o los campamentos invadidos. Emisiones del SHAEF difundidas en varias lenguas por radio Luxemburgo daban instrucciones a aquellos que todavía no habían sido liberados: «Refugiaos y esperad a los ejércitos aliados. Formad pequeños grupos de vuestra misma nacionalidad y elegid a un líder». A aquellos que ya eran libres: «No salgáis de vuestro distrito. Esperad órdenes. Mantened la disciplina... Haced que vuestra conducta sea un orgullo para vuestro honor nacional».⁴³

Sin embargo, el hambre, la venganza, la indisciplina y el caos creaban a menudo lo que los oficiales aliados llamaban «complejo de liberación». El SHAEF había supuesto que los refugiados «serían dóciles, agradecidos e indefensos después de haber sido dominados durante un período de dos a cinco años como objetos de las políticas esclavistas alemanas». Un estudio del ejército concluyó: «No eran nada de esto... Las personas recién liberadas saqueaban, robaban, asesinaban y en algunos casos destruían su propio refugio». Los obreros liberados saquearon las casas del Ruhr, quemando mobiliario para encender fuegos para cocinar y cambiando sus harapos de esclavo por trajes de vestir, pijamas y ropa de fiesta desvalijados de los armarios alemanes. Exprisioneros famélicos lamían la harina del suelo de una panadería de Farsleben. En Osnabrück, esclavos rusos «enloquecidos» murieron después de ingerir combustible de cohetes V-2 en un almacén. Otros reventaron barriles de vino y botellas de licor en una bodega de Hanover, bebiendo con tal desmesura de un charco de alcohol de quince centímetros de hondo que se había formado en el suelo que varios se derrumbaron en un estado de shock y se ahogaron antes de que la PM estadounidense pudiera cerrar la entrada.⁴⁴

Miles de refugiados tenían tuberculosis, difteria y otras enfermedades contagiosas. Cuando los oficiales médicos certificaron brotes de tifus en el valle del Rin, se levantaron barricadas en las carreteras para evitar que las hordas europeas orientales migratorias pudiesen seguir avanzando hacia el oeste. Los peregrinos fueron rociados con DDT y conducidos a nuevos campamentos donde un sermón del SHAEF atronaba desde los altavoces: «¡Aleluya! ¡El Señor ha salido victorioso y el espíritu de la injusticia ha quedado reducido a polvo y cenizas!»⁴⁵

Pero la cenefa móvil seguía moviéndose. «Algunos iban descalzos incluso con la escarcha, otros se habían envuelto los pies con tiras de manta y en sacos», escribió Osmar White.⁴⁶

Había carros de granja, camiones de repartir leche, carretas de panaderos, calesas, a veces tirados por caballos enjutos, pero la mayoría de las veces por grupos de hombres y mujeres. Una vez vi una vieja apisonadora que, escupiendo humo y chispas, remolcaba una larga fila de carros y carretas en la autopista de Berlín-Fráncfort. Aquellas procesiones eran a la vez asombrosas y disparatadas... fuertemente aderezadas de sufrimiento.

Las tumbas superficiales estaban «señaladas con un haz de paja atado en forma de cruz». Aquellos eran los muertos afortunados: muchos ni siquiera encontraron una tumba. En una carretera de la alta Baviera, el batallón médico de la 90.^a División explicó que había descubierto cuerpos en tristes actitudes de liberación: «Un hombre había muerto en posición de masajearse los pies. Otro murió mientras bebía un trago del surco de un neumático. Permaneció a gatas con la cara en el surco durante dos días».⁴⁷

Para los liberadores, aquella enorme marea de miseria era inquietante. «Es demasiado grande», escribió un paracaidista de la 82.^a Aerotransportada en una carta a su casa. «Personalmente me importa un comino... Esto te endurece.» Tras adelantar a cuatrocientos obreros esclavos italianos envueltos en harapos, Eric Sevareid hizo inventario de sus propios sentimientos: «una especie de satisfacción mitigada, una hastiada incapacidad de asimilar más estímulos, un deseo de volver a casa y no tener que pensar más en esto; y me pregunto si alguna vez podré dejar de pensar en esto mientras viva».⁴⁸

Aún había cosas peores que ver y en las que pensar: mucho peores. Ohrdruf fue el primer campo de concentración liberado por los ejércitos occidentales en la madre patria, y ni de lejos era el más atroz. Otros le siguieron casi enseguida, y los nuevos descubrimientos sacaron a la luz la absoluta depravación del Reich. «Aunque todo el cielo fuera papel y toda el agua del mundo fuera tinta y todos los árboles se convirtieran en plumas», le dijo un rabino a un corresponsal de guerra, «ni siquiera así podrías registrar los sufrimientos y los horrores».⁴⁹

Nordhausen fue invadido por la 3.^a División Blindada y la 104.^a de Infantería, que encontraron lo que un testigo describió como «un osario» de varios miles de cadáveres. «Los hombres yacían tal cual habían muerto de hambre, descoloridos y tendidos en una indescriptible inmundicia humana», informó un médico. «Un muchacho francés estaba encorvado y acurrucado contra un compañero muerto como si quisiera mantener el calor.» En túneles cercanos utilizados para el ensamblaje de armas V, los GI dieron una paliza a un científico alemán capturado, luego lo golpearon de nuevo para un fotógrafo del Cuerpo de Radio. El general Collins ordenó que dos mil civiles alemanes transportasen a los muertos de Nordhausen a lo largo de

ochocientos metros para enterrarlos en dos docenas de tumbas colectivas. «No hay peor vergüenza para un alemán», les dijo Collins, «que ser ciudadano de esta ciudad.»⁵⁰

Soldados que en años de combate habían visto cosas que ningún hombre debería ver jamás ahora se quedaban atónitos de incredulidad ante las iniquidades que tenían delante. «No había grasa en los cuerpos para descomponerse», escribió el general de división Ralph Ingersoll después de inspeccionar los cadáveres de Landsberg. «Te repele la vista de tu propia pierna porque su forma te recuerda una de aquellas piernas. Es una experiencia envilecedora.» En el campo de Wöbbelin cerca de Ludwigslust, el general Gavin ordenó a los civiles del lugar que abriesen las tumbas colectivas de las víctimas del campo y que colocasen a los muertos en carros forrados con ramas de hojas perennes: serían enterrados en tumbas cavadas en la plaza de la ciudad. «Todos los cuerpos fueron extraídos, trasladados y envueltos en una sábana blanca o mantel», escribió un teniente de la 82.^a Aerotransportada a su hermana. «Nos sentimos unidos por un vínculo de vergüenza por haber visto una cosa semejante.» Gavin dispuso que un equipo de rodaje lo grabase todo, y años después lloramos mientras mirábamos la filmación. «Fue un momento definitivo de nuestras vidas», dijo un paracaidista. «Quiénes éramos, en qué creíamos y qué defendíamos.»⁵¹

Este momento le llegó también al ejército británico, y al mundo civilizado, el 15 de abril cuando la 11.^a División Blindada se topó con el campo de Bergen-Belsen, ochenta kilómetros al sur de Hamburgo. «Nos penetró un olor a excrementos, como el olor de un campo de monos», relató un oficial de la inteligencia británica, y una «extraña turba simiesca» les recibió en las puertas. Más de cuarenta mil hombres, mujeres y niños abarrotaban un complejo diseñado para ocho mil; desde enero habían sobrevivido a base de sopa aguada, cuatrocientos gramos de pan de centeno al día y una especie de remolacha llamada remolacha forrajera, normalmente utilizada para la alimentación del ganado. Durante los últimos cuatro días no habían recibido ni comida ni agua y se habían visto reducidos a comerse los corazones, hígados y riñones de los muertos. Los cuerpos saqueados yacían en tal cantidad que era «como tratar de contar las estrellas», informó un médico. Diez mil cadáveres cubrían el campo: dos mil llenaban un pozo en el perímetro sur y otros estaban amontonados en pilas de cuatro de fondo en torno al tosco hospital. «Tanto dentro como fuera de las barracas —explicó el ejército británico— había una alfombra casi continua de cadáveres, excrementos humanos, harapos y porquería.» Un soldado explicó que había visto a «una mujer agachada mordiendo un fémur humano... En la guerra uno ve la humanidad al límite de sus fuerzas». Un periodista de la agencia de noticias admitió «haber mirado a través de los dedos como un niño asustado».⁵²

Los vivos parecían «esqueletos pulidos», según la expresión de un corresponsal de la BBC, con los rostros que parecían «una hoja amarilla de pergamino con dos agujeros a guisa de ojos». Entre los supervivientes, «aquellos payasos en su terrible heterogeneidad», como los describió un oficial de la inteligencia, los médicos calcularon diez mil casos de tuberculosis, diez mil de tifus y veinte mil de enteritis. Otros tenían fiebre tifoidea. Un reportero de la revista *Life* describió a un recluso que renqueaba y murmuraba algo en alemán. «No entendí lo que decía y nunca lo sabré porque cayó muerto a mis pies a mitad de la frase.» De los que todavía vivían en lo que un médico británico denominó «campo del horror», trece mil murieron después de la liberación a causa de sus lesiones, falleciendo a un ritmo de mil al día. Los muertos eran transportados en *bulldozer* a pozos o tumbas colectivas por guardias alemanes descalzos, hostigados por Tommies y golpeados con la culata de los fusiles. Un mes después, tras evacuar a los últimos supervivientes, Bergen-Belsen fue quemado hasta los cimientos.⁵³

Aproximadamente un cuarto de millón de reclusos de campos de concentración había muerto desde principios de año en las marchas de la muerte de un confinamiento a otro, asesinados por los guardias o víctimas de malnutrición, congelación y enfermedad. Los soldados aliados encontraron rastros de aquellas caminatas por toda Alemania, pero pocos descubrimientos resultaron más espeluznantes que el que hizo un batallón de la 102.^a División de Infantería estadounidense el 15 de abril fuera de Gardelegen, cuarenta kilómetros al norte de Magdeburgo. Dentro y alrededor de un granero de ladrillo que ardía lentamente yacían más de mil cuerpos calcinados de prisioneros políticos, judíos y otros reclusos que habían sido evacuados en su mayoría de campos en torno a Nordhausen. Cuando las columnas de prisioneros llegaron a Gardelegen, cientos de ellos ya habían sido ejecutados. Los que quedaban fueron encerrados en el granero, que previamente había sido cubierto de paja y sacos de patatas empapados de gasolina. Una ráfaga de fusil, ametralladora y fuego de Panzerfaust, aderezados con cincuenta granadas, convirtieron la estructura en un matadero ardiente, mientras los moribundos suplicaban clemencia en ruso, polaco, francés, húngaro y holandés. Otros cantaban *La Marsellesa*, la *Internacional* o el himno nacional polaco mientras se asaban vivos. Cuando llegaron los soldados americanos, las llamas ya habían remitido, aunque durante días todavía se alzaron volutas de humo de los cuerpos. De las 1.016 víctimas del granero incendiado muy pocas fueron identificadas por su nombre.⁵⁴

Para el ejército estadounidense, el campo de Buchenwald ofreció una exclusiva epifanía abrasadora de liberación debido a su tamaño y clara evidencia de maldad sistemática. Construido en 1937 fuera de Weimar, una ciudad que antaño fuera hogar

de Goethe, Schiller y Franz Liszt, Buchenwald y sus satélites tenían más de 100.000 presos en marzo de 1945. Los prisioneros estaban identificados con distintivos triangulares pegados en sus uniformes: rojos para los prisioneros políticos, rosas para los homosexuales, verdes para los delincuentes, amarillos para los judíos. Justo después del mediodía del 11 de abril, un aviso por el sistema de megafonía aconsejada: «Que todos los hombres de las SS abandonen el campo inmediatamente». Los centinelas «corrieron a grandes zancadas hacia el bosque», informó un testigo, y a las 15:15 h una bandera blanca ondeaba sobre el campo. Una hora después, la vanguardia de la 6.^a División Blindada del III Ejército irrumpió por la puerta principal, sobre la que un gran cartel proclamaba *Recht oder Unrecht, mein Vaterland*. Esté en lo cierto o esté equivocada, es mi patria. Encontraron a veintiún mil supervivientes de treinta y una naciones viviendo con seiscientas calorías diarias: ingenieros, abogados, profesores, editores y mil muchachos de menos de catorce años. Un liberador dijo de los liberados: «Estaban tan delgados y tan resacos que podrían haber sido monos o yeso de París y tenías que repetirte constantemente, son seres humanos».⁵⁵

Pronto salió a la luz un intricado mundo de horror: la «sala de estrangulamiento» del sótano de cemento, donde los condenados eran ejecutados por apaleamiento y colgados en cuarenta y cinco ganchos de la pared, y aquellos que todavía se debatían eran aporreados con un mazo de madera; el Bloque 46, donde se llevaban a cabo espantosos experimentos médicos; la sala de disección, donde se extirpaban tatuajes a los reclusos, los teñían y los convertían en pantallas de lámparas, tapices y en un par de guantes para la esposa del comandante. «Los prisioneros eran golpeados a puñetazos, con palos, mazas, correas de perro, fustas, mangueras de goma, látigos de cola de buey, cinturones de cuero, culatas de fusil, palas, mangos de pala y piedras», especificaba un informe del ejército. «También mordidos por perros.» Otros eran colgados de las ramas de los árboles por las manos durante horas en una arboleda conocida por los guardias de las SS como «el bosque cantor» debido a los gritos de las víctimas. La música sonaba con estridencia de los altavoces para enmascarar el tiroteo en los establos del campo o las ráfagas de los pelotones de fusilamiento, «Detalle 99».⁵⁶

Las SS habían asesinado por lo menos a 56.000 reclusos en Buchenwald y en sus subcampos. Después muchos fueron enviados a seis hornos de ladrillo que podían reducir una «carga» de dieciocho cuerpos a cenizas en veinte minutos. Unos versos en letras negras y de oro encima de la puerta del crematorio atrajeron la mirada de Osmar White:⁵⁷

Este cuerpo no será devorado por los gusanos

sino consumido por las llamas. Mientras viví siempre amé el calor y la luz.

Patton paseó a los habitantes de Weimar por Buchenwald, y envió fotos a George Marshall. Como si quisiese mantener viva alguna cosa en aquel cuartel de muerte, Patton regó personalmente las reseca plantas de un invernadero. El periodista Edward R. Murrow, pocas veces desconcertado por las imágenes, encontró que Buchenwald empequeñecía la imaginación. «El hedor superaba cualquier intento de descripción», dijo a su audiencia radiofónica. «No tengo palabras para todo aquello... Si les he ofendido con este relato más bien amable de Buchenwald, no lo lamento en absoluto.»⁵⁸

Impactantes evidencias de torturas y asesinatos alemanes fueron saliendo a la luz durante muchos meses a medida que los ejércitos aliados invadían los escenarios de los crímenes en la prisión de Breedonck en Bélgica o en campos como el de Natzweiler en Francia o Majdanek en Polonia. Sin embargo, hasta los descubrimientos de abril de 1945 no se desencadenó la imperecedera indignación de Occidente por la inconmensurable criminalidad del régimen nazi. La propaganda hiperbólica de las atrocidades de la primera guerra mundial «había dejado un duradero legado de escepticismo», reconoció el ejército estadounidense. Un estudio de comienzos de diciembre puso de manifiesto que apenas un tercio de los ciudadanos británicos creía en las historias de atrocidades de los alemanes. Los reportajes gráficos procedentes de Europa fueron suprimidos porque a Hollywood le preocupaba que el público sintiera náuseas o que se creara una animadversión por las compañías de noticiarios. No obstante, las fotografías y los relatos de testigos de Bergen-Belsen, Buchenwald y otros lugares infernales llenaban ahora los periódicos y las pantallas de los cines. La Warner Bros. y otros estudios colaboraron con el Pentágono en la edición de documentales acerca de las atrocidades. A mediados de abril, otro estudio mostraba que más de cuatro de cada cinco británicos estaban convencidos de que el Reich había cometido actos malvados a escala monumental.⁵⁹

Incluso los soldados hastiados de la guerra encontraron un nuevo propósito. «¿Contra qué clase de personas estamos luchando?», preguntó un angustiado GI de la 8.^a División de Infantería después de ver Wöbbelin. Si la respuesta a aquella pregunta era esquiva, los corolarios parecían mucho más claros: ¿Qué clase de personas somos *nosotros*? ¿Qué clase de personas deberíamos ser? La victoria completa requeriría no solo vencer al enemigo en el campo de batalla, sino también dar testimonio de todo lo que la guerra había revelado sobre el corazón humano. «Ningún muchacho de la infantería había iniciado su carrera siendo un moralista», escribió el teniente Paul Fussell, «pero después de los campos, predominó una actitud moral y en este punto

fundamental no había desacuerdo alguno». Un fusilero de la 157.^a de Infantería coincidía en ello. «Llevo en el ejército treinta y nueve meses», dijo. «Llevo veintitrés meses de combate fuera de casa. Volvería gustosamente a pasar por todo esto si supiera que se iban a evitar cosas como estas.»⁶⁰

Los berlineses recibieron una asignación extra de «raciones de crisis» para conmemorar el cumpleaños de Hitler el viernes 20 de abril: 453 gramos de beicon o salchicha, 226 gramos de arroz y 28 gramos de café. La aviación aliada castigaba la ciudad durante gran parte del día, y los ciudadanos arriesgaban la vida haciendo cola para las provisiones especiales. «Con estas raciones ahora ascenderemos al cielo», le dijo una mujer a su marido. También se editó un sello de correos conmemorativo, con una impresión que rezaba: «Estamos defendiendo a Europa de los bolcheviques». Tanto el sello como el eslogan parecían insólitamente irónicos para un régimen que no era conocido precisamente por su humor sarcástico: el Ejército Rojo acosaba ahora la ciudad desde el norte, el sur y el este. La artillería soviética, lanzando un saludo de cumpleaños de largo alcance, impactó en el centro de Berlín por primera vez aquel día. Enseguida el fuego se recrudeció y generalizó, masacrando a los compradores delante de los almacenes Karstadt y destruyendo la cúpula del Reichstag. «Ningún tren expreso entra ni sale», escribió un diarista berlinés. «Todo tipo de transporte está paralizado. Los servicios postal y telegráfico han dejado de funcionar. Estamos aislados del mundo, para bien o para mal a merced de la inminente catástrofe.»⁶¹

En abril se informó de casi cuatro mil suicidios en Berlín y un parte de las SS declaraba que «la demanda de veneno, pistolas o cualquier otro medio para acabar con la vida es elevada en todas partes». «El pastor se pegó un tiro junto con su esposa e hija», escribió una niña de dieciséis años del distrito de Friedrichshagen. «La Sra. H disparó a sus dos hijos y a sí misma y degolló a su hija... Nuestra profesora, la Sra. K., se ahorcó: era nazi.» La falta de ataúdes obligó a envolver a los muertos en periódicos.

A pesar de todo, un desfile de cumpleaños serpenteaba por el Estadio Olímpico, donde niñas alemanas cantaban: «Levantemos nuestras banderas en la brisa fresca de la mañana». Algunos miembros del partido lo celebraron fielmente con tal exceso de alcohol que el vómito manchó las guerreras de sus uniformes. Los eslóganes escritos en los muros derruidos de la capital declaraban «¡Nunca nos rendiremos!» y, de forma más ambigua, «Por todo esto, damos las gracias al Führer».⁶²

El propio Hitler se tomó con calma el paso de otro año, aceptando las felicitaciones que le susurraba su personal en el búnker de treinta habitaciones bajo la Cancillería del Reich. Desde que abandonara Adlerhorst, el Führer había pasado gran

parte de su tiempo en aquel laberinto, con sus almacenes de carne enlatada, el incesante zumbido del ventilador y la patética lengua de alfombra roja en el vestíbulo. Allí se le había unido su amante, Eva Braun, una *Mädchen* bávara que supuestamente bailaba bien el charlestón. Encorvado y ceniciento, envuelto en un abrigo de campo gris que ocultaba su brazo izquierdo tembloroso y la pierna, el día de su cumpleaños el Führer subió treinta y siete escalones hasta el jardín de la Cancillería socavado por las bombas para entregar Cruces de Hierro y dar palmadas en la mejilla a unos cuantos miembros de las Juventudes Hitlerianas que habían luchado en escaramuzas. Aquel sería su último ascenso al mundo de la superficie.⁶³

A última hora de aquella misma tarde, otra vez detrás de las tres puertas de acero de su búnker, convocó a sus paladines para la que sería su última reunión conjunta: Göring; Goebbels; Himmler; el arquitecto Albert Speer; el ministro de Exteriores, Joachim von Ribbentrop; y los jefes de la Wehrmacht. Hitler rechazó las propuestas de huir de la ciudad, como habían hecho muchos «faisanes dorados» privilegiados. «Jodl —le dijo a su jefe de operaciones—, lucharé mientras los leales luchen a mi lado, y después me pegaré un tiro.» Aquella noche, unos pocos asistentes y secretarios brindaron por él en su estudio. «Cumpleaños del Führer», anotó en un diario su secretario, Martin Bormann. «Por desgracia no hay un verdadero ambiente de aniversario.» Cuando Hitler se retiró a dormir, la fiesta se trasladó arriba, a la fantasmal Cancillería para tomar champán y bailar al son del único gramófono que había disponible, «*Blutrote Rosen Erzählen Dir vom Glück*». Las rosas rojas te hablan de felicidad.⁶⁴

El VII Ejército estadounidense celebró el día conquistando Núremberg, una ciudad de astrónomos, impresores y fabricantes de juguetes, ahora señalada en los mapas americanos como «Ciudad del Circo Nazi». Aquí el partido había celebrado sus concentraciones crepusculares y aquí había concebido las leyes que despojaban a los judíos de su ciudadanía. Durante tres días, el XV Cuerpo del general Haislip había estado perforando la ciudad. La 3.^a y 45.^a Divisiones, unidas desde la invasión de Sicilia, atacaron desde el norte y sureste respectivamente. Con los batallones juntos, el asalto reventó el cerco de artillería alemana. A continuación, los GI combatieron casa por casa, sótano por sótano antes de romper las murallas medievales de la antigua ciudad para arrollar a dos mil soldados desesperados, 150 bomberos armados y pelotones de francotiradores civiles. El viernes a las cuatro de la tarde había terminado toda resistencia a excepción de doscientos fanáticos subterráneos cuyo exterminio llevaría otras seis horas.⁶⁵

Poco quedaba de la ciudad salvo «un abanico aluvial de escombros», garabateó un oficial en su diario. A las 18:30 de aquella tarde, soldados de la 3.^a División se reunieron en la Adolf-Hitler-Platz para izar los colores nacionales a un deteriorado mástil y cantar el himno de la división, *The Dogface Soldier*. Su comandante, el general de división O'Daniel, cuyo hijo había caído en Holanda durante Market Garden, se balanceaba sobre las suelas de sus botas y chillaba a sus hombres: «Casablanca. Palermo. Anzio. Roma. Los Vosgos. Núremberg».⁶⁶

Un día después se llevó a cabo una conmemoración más tranquila. En el extremo sureste de la ciudad, Speer había diseñado el Campo Zepelín para albergar a cien mil auténticos creyentes, que en la década de 1930 llegaban allí por una vía férrea especial para mítines nazis. Construida a semejanza del Altar de Pérgamo, la tribuna estaba rematada con una inmensa esvástica rodeada de una corona forrada de cobre. Allí llegó el rabino del XV Cuerpo, David Max Eichhorn, en un jeep engalanado con una estrella de David y portando una Torá de la destruida comunidad judía de la ciudad alsaciana de Haguenau. En un segundo jeep iban cinco GI judíos de la 45.^a División. Se detuvieron delante del podio Zepelín, subieron el arca sagrada por las escaleras, sacaron la Torá y rezaron a Dios agradeciendo la salvación.⁶⁷

A continuación, los demolicionistas del ejército volaron la esvástica, que quedó reducida a átomos, y una orquesta tocó *The Stars and Stripes Forever*. «Uno cree pero nunca llega a comprender del todo», dijo Eichhorn en su diario. «Nunca he contemplado un montón de ruinas con más satisfacción.»

«Dios, ¿dónde estás?»

Los corresponsales de guerra habían empezado a calcular probabilidades sobre qué unidad americana sería la primera en encontrarse con los rusos a medida que los ejércitos aliados se acercaban a la Alemania oriental. Los hombres de la 84.^a División pintaban mensajes de bienvenida en escritura cirílica, y la aparición en un puesto de mando de la 69.^a División de dos forajidos vestidos de cosacos causó un gran revuelo hasta que su acento los desenmascaró: eran dos reporteros británicos gastando una broma. Una orden americana suspendió el fuego de artillería más allá del Elba por temor a alcanzar a los rusos: se rescindió hasta que las insolentes tropas de la Wehrmacht aprovecharon la calma para tomar el sol en la orilla este. El SHAEF y Moscú adoptaron señales de reconocimiento para evitar un fratricidio: destellos rojos y una sola barra blanca en torno a las torretas de los tanques para las fuerzas soviéticas, destellos verdes y dos barras blancas para los yanquis. Los exploradores GI

escudriñaban con prismáticos de campo los pantanos que se extendían a lo largo del río Mulde en busca de sus homólogos a los que ahora llamaban «GIVans». Un atolondrado informe del 23 de abril identificó a un tanque ruso que, visto más de cerca, resultó ser un montículo de hierba con tendedero encima.⁶⁸

Al este de Leipzig, la brumosa mañana del miércoles 25 de abril, tres patrullas de la 69.^a División del I Ejército se aventuraron hacia las tierras altas más allá del Mulde, ignorando las órdenes del alto mando estadounidense de permanecer dentro de un radio de ocho kilómetros de distancia del río. A las 11:30 h, en la aldea agrícola de Leckwitz, un grupo de tres docenas de GI encontraron a un solitario soldado de caballería soviético de rasgos asiáticos montado en un pequeño poni que huyó al galope. Prosiguieron tres kilómetros hacia el Elba, cerca de Strehla, a unos cuarenta kilómetros del Mulde, y vieron a unos soldados que deambulaban por la margen este, con brillantes medallas en el pecho. Tras requisar una barca y remar con las manos y las culatas de sus fusiles para cruzar al otro lado, los americanos saludaron con apretones de manos a sus camaradas rusos del 175.^o Regimiento de Fusileros, intercambiando sonrisas y gestos extravagantes. No obstante, un mensaje de radio al puesto de mano del regimiento confundió Strehla con Groba, seis kilómetros al sur; cuando un avión de reconocimiento del ejército recibió fuego antiaéreo sin ver a ningún soviético, el informe se consideró erróneo.⁶⁹

Treinta y dos kilómetros al norte y dos horas después, el alférez William D. Robertson, un esbelto y joven oficial de la inteligencia, entró en la ciudad ribereña de Torgau, del siglo x, con tres reclutas en su jeep. Volutas de humo negro ascendían de una fábrica de vidrio en llamas. Las calles, bordeadas de castaños y espinos, estaban vacías a excepción de unos pocos obreros esclavos liberados y dos berlinas de soldados alemanes borrachos perdidos de champán. Podía oírse el fuego de artillería del Elba, justo al este.⁷⁰

Al no tener ni destellos verdes ni radio, Robertson rompió la puerta de cristal de una farmacia de Mackensenplatz, donde sus hombres se apoderaron de la pintura suficiente para convertir una sábana en una tosca bandera con cinco barras rojas horizontales y estrellas azules pintarrajeadas sobre un fondo blanco. Encaramados a las almenas del imponente castillo de Hatenfels erguido sobre el río, desplegaron sus colores gritando: «¡Cesad del fuego! Americanos. Amerikanski. Rusia. América.... ¡No tenemos destellos!».

Tras una breve y desconcertante respuesta de fuego soviético de ametralladora que machacó los muros del castillo, vieron que dos soldados del Ejército Rojo se deslizaban por las vigas retorcidas del derruido puente del Elba. Robertson y sus hombres bajaron corriendo las escaleras para encontrarse con ellos a medio camino

antes de cruzar a la otra orilla para compartir una comida de sardinas y tazas de cantina llenas de coñac. Cuando las sombras de la tarde se alargaron, Robertson regresó al campamento de su batallón en Wurzen, llevando a cuatro soldados del 173.^{er} Regimiento de Fusileros apretados en el jeep como prueba del encuentro.⁷¹

El jueves de por la mañana fue testigo de la completa y ansiada fusión entre el este y el oeste. Una columna móvil de quince jeeps llenos de fotógrafos y corresponsales llegó a Torgau para encontrar una escena «semejante a un picnic de Iowa», de acuerdo con la descripción de un teniente coronel, salvo por el promiscuo fuego de artillería de celebración. Los soldados soviéticos habían saqueado una cercana fábrica de acordeones y *La canción de las estepas* viajaba por el río. Media docena de amazones barnizados del Club de Regatas de Torgau, el único transporte fluvial que encontraron, trasladaron a la orilla este a GI y reporteros a por pan negro y manzanas regadas con vodka.⁷²

«Los rusos parecía como si no hubieran tenido tiempo de bañarse desde Stalingrado», escribió Martha Gellhorn más tarde, pero sus guerreras estaban tapizadas con «bonitas condecoraciones de esmalte por matar a alemanes». Los conductores del Ejército Rojo «manejaban los caballos... como en las carreras de cuadrigas de *Ben-Hur*. Los trenes de carga llevaban de todo: literas [y] cacharros y munición, y también mujeres». Por encima de todo aquello se levantaba «un espléndido vocerío eslavo y el repicar de las ruedas sobre los adoquines». Los GI intercambiaban mecheros y cortaúñas por las estrellas rojas lacadas de las gorras soviéticas. Centenares de obreros esclavos rusos liberados, en su mayoría mujeres con pañuelos de colores, esperaban a lo largo de la orilla oeste un asiento en un improvisado transbordador para iniciar su largo viaje de regreso a casa.⁷³

A las tres de la tarde, el comandante de la 69.^a División, el general de división Emil F. Reinhardt, subió con reparos a un inseguro armazón. Una robusta madre rusa se sentó en la proa con su bebé en un cochecito haciendo equilibrios sobre la regala. «Sacad a esta mujer del bote», gritó un oficial del ejército. «El general necesita esta barca.» Reacia a moverse, la mujer permaneció sentada más rígida que un mascarón de proa hasta que el timonel se lanzó al río llevando de pasajeros a la madre, al niño y al general acuclillado. «Reinhardt sigue teniendo suerte», bromeó un reportero. «Washington tenía que resistir.» En la otra orilla un general soviético se adelantó para saludarlo con la mano tendida.⁷⁴

La ininterrumpida línea aliada se extendía ahora desde el mar del Norte hasta los Urales, cortando Alemania en dos y reduciendo el Reich a los restos de un estado. Quedaba tan poco por destruir que la VIII Fuerza Aérea realizó su último bombardeo

el 25 de abril, casi a la misma hora del encuentro en Torgau. La XV Fuerza Aérea, que volaba desde Italia, se marchó un día después. En el norte, un cuarto trasero alemán todavía ceñía el mar del Norte y el Báltico, a través de Schleswig-Holstein y partes de Mecklenburg y Brandenburgo. Pero este territorio ya no era contiguo a Berlín: los ejércitos soviéticos que rodeaban la ciudad desde el norte y desde el sur se habían unido en Ketzin, treinta y dos kilómetros al oeste de la capital. También esto sucedió el 25 de abril.⁷⁵

Ahora ya nada podía detener al gigante soviético de dos millones y medio de efectivos y seis mil tanques, a pesar de que al destruir unas noventa divisiones alemanas tres grupos de ejército soviéticos sufrieron en solo tres semanas después del 16 de abril más de trescientas mil bajas, una carnicería que hizo que la aversión de Eisenhower por Berlín pareciera prudente. La agonía final de la ciudad había empezado, y con ella la violación de noventa mil mujeres por lo menos. Muchas se embadurnaban de barro o se pintaban puntos rojos en la piel para simular el tifus. Los soldados rusos las deshonraban de todos modos, después arrancaban los grifos de agua y desenroscaban las bombillas para llevárselo todo como botín. Los alemanes que no se conocían se daban la mano por la calle de la capital moribunda y se decían unos a otros: «*Bleib übrig*». Sobrevive. En un diario se describía la ciudad como «un paisaje montañoso de ladrillos, con seres humanos enterrados debajo y las estrellas encima; lo último que se mueve son las ratas».⁷⁶

Al sur, el Reich había quedado reducido a retazos de Checoslovaquia y Yugoslavia, más un estrecho cinturón que se extendía desde la Selva Negra a través de la baja Baviera hasta el Tirol austríaco y Salzburgo. Patton cruzó la frontera checa y cada día recortaba veinticinco o treinta y cinco kilómetros en dirección a Linz; el 23 de abril el III Ejército informó de menos de cincuenta bajas en la captura de nueve mil soldados alemanes. El VII Ejército de Patch se dirigía a toda prisa hacia el sur desde Núremberg para capturar intacto el puente que cruzaba el Danubio en Dillingen. Flotas de tanques Sherman encabezaban la vertiginosa persecución, pasando por delante de las vacas que pacían y de los boquiabiertos campesinos con sus arados. La 10.^a División Blindada sola tomó veintiocho ciudades en un solo día. Pocos indicios podían detectarse de un Reducto Nacional.⁷⁷

«Sufrimos constantes malentendidos con los franceses», se lamentaba un reciente memorándum del SHAEF, y quizás aquellas batallas finales inevitablemente se vieron enturbiadas por otro revuelo de broncas como las que habían caracterizado a la confederación franco-americana desde la campaña de África del Norte. En el suroeste de Alemania, el general Devers había planificado minuciosamente la coreografía de la toma de Stuttgart con tres propósitos en mente: evitar la huida del XIX Ejército

enemigo; acelerar el ataque estadounidense a Austria occidental; y, secretamente, capturar a científicos atómicos alemanes del Instituto de Física del Kaiser Wilhelm en la remota Hechingen. Por orden de Devers, las tropas francesas tenían que capturar Stuttgart, pero no hasta que el VI Cuerpo de los EE.UU. hubiera rebasado los flancos de la ciudad para bloquear las rutas de escape hacia el sur. Otras fuerzas americanas se abrirían paso y penetrarían en Austria antes de que los nazis recalcitrantes pudieran organizar una última resistencia.⁷⁸

El general De Gaulle tenía otras ideas. Washington y Londres todavía tenían que especificar una zona de ocupación francesa de postguerra en Alemania, y el I Ejército francés de De Lattre parecía relegado a desempeñar un papel menor en el golpe de gracia que estaba a punto de caer sobre el Tercer Reich. Stuttgart suponía la puerta grande hacia el Danubio, Baviera y Austria, que, según cálculos de De Gaulle, «sustentaría nuestras intenciones en lo relativo a la zona de ocupación francesa». El hecho de tener en sus manos una ancha franja de la Alemania católica-romana del sur podría aumentar el prestigio francés y quizás proporcionar un estado cliente francés colindante con Alsacia.⁷⁹

Con Deux Mètres presionándolo, De Lattre utilizó hábilmente un cuerpo francés para rodear la mitad sur de la Selva Negra y otro para envolver Stuttgart desde el sur y el este. Los tanques franceses entraron en la ciudad el 21 de abril, «como en un tiiovivo» informó De Lattre, y dos días después la ocupación era completa. Cuando el 24 de abril Devers ordenó a su subordinado francés que se mantuviese a distancia, De Gaulle se interpuso. «Yo te ordeno que mantengas una guarnición francesa en Stuttgart... hasta que se haya establecido una zona de ocupación francesa», le dijo a De Lattre. Además, los comandantes de campo franceses tenían que ignorar tanto a Devers como a Eisenhower. «Las fuerzas francesas —dijo De Gaulle— deberían emplearse de acuerdo con el interés nacional de Francia, que es al único interés al que deberían servir.» De Lattre se disculpó con Devers, pero declaró que él «solo podía responder al gobierno francés». El jefe de Estado Mayor del VII Ejército se quejó en su diario: «Política mezquina para gente mezquina.»⁸⁰

«El bueno y honesto Devers estaba más furioso de lo que jamás le he visto», informó el jefe de Estado Mayor de De Lattre, sobre todo después de que gran parte del XIX Ejército alemán, aunque reducido a tan solo diecisiete mil hombres, pusiese pies en polvorosa. Aquello no fue todo. Para colmo de males, cuando el VI Cuerpo de los EE.UU. llegó a la ciudad de Ulm junto al Danubio, se encontró que los tanques de De Lattre ya estaban allí desde hacía diez horas, setenta kilómetros fuera del sector francés. Devers protestó de nuevo, «Esto es un sin sentido que no puede ni debe existir», pero De Lattre alegó que la ciudad tenía un significado especial para Francia

como campo de batalla donde Napoleón había derrotado al ejército austríaco en 1805. Ignorando de nuevo las órdenes de evacuar, el general francés recrudeció el ataque hasta que la bandera tricolor ondeó sobre Ulm. «De Lattre», concluyó después Devers, «intentaba ser Napoleón». ⁸¹

Aquella ópera bufa se volvió siniestra. Los civiles alemanes huyeron de las depredadoras tropas coloniales francesas de Stuttgart en busca de protección americana. Una mujer inglesa casada con un alemán afirmó que «todas las mujeres entre doce y ochenta» de su pueblo habían sido atacadas. «Lo único que buscaban eran gallinas y mujeres», añadió. La 100.^a División estadounidense avisó al general Patch: «Situación en Stuttgart peor de lo imaginable... Violaciones, robos y saqueos van en aumento». Un reportero declaró que miles de mujeres habían sido conducidas a un túnel y violadas; dijeron que un comandante francés respondió encogiéndose de hombros: «¿Qué se puede hacer con los marroquíes?». ⁸²

Después de avisar a De Lattre de que «Stuttgart es caótica», Devers entró en la ciudad a las nueve de la mañana del viernes 27 de abril para verlo por sí mismo. Se encontró con que los terribles informes eran «sumamente exagerados»: en lugar de cincuenta mil mujeres violadas, la cifra era «inferior a dos mil», muchas de ellas asaltadas por violentos obreros extranjeros o alemanes renegados. El VII Ejército observó fríamente: «El procedimiento francés de ocupación de una ciudad alemana es tradicionalmente diferente del de las fuerzas americanas». ⁸³

Eisenhower intervino. En un ácido telegrama dirigido a De Gaulle el 28 de abril, le prometía informar a Londres y a Washington de que «ya no tengo la certeza de poder contar con el uso operativo de la ninguna de las fuerzas francesas que ellos hayan creído poder equipar en el futuro». El nuevo presidente de los EE.UU., Harry S. Truman, añadió su propia reprimenda en una nota a De Gaulle. ⁸⁴

No obstante, con una guerra aún por terminar, ni Devers ni el comandante supremo querían prolongar aquella distracción gala. De momento, las tropas francesas permanecerían en Stuttgart, donde la ejecución de unos cuantos violadores persuadió a Devers de que «las condiciones eran mucho mejores». Entretanto, las legiones de Patch presionaban hacia el sur. Los agentes de la inteligencia americana acompañaron a los franceses a arrestar a algunos de los científicos alemanes que buscaban en Hechingen, aunque el primer premio, el Nobel de física Werner Heisenberg, había salido hacia Baviera en bicicleta el día anterior y no se le atraparía hasta una semana después. ⁸⁵

Las disputas sobre la zona de ocupación francesa continuaron hasta que se firmó un acuerdo formal a finales de junio. Además de un sector en Berlín, París recibió una franja de Renania que se extendía hacia el norte hasta Remagen, pero no Karlsruhe, ni

Wiesbaden ni Stuttgart, como deseaba De Gaulle. Francia y los Estados Unidos, cuyos lazos de sangre se remontaban a la revolución americana, saldrían de la guerra como aliados suspicaces, y su mutua desconfianza configuraría la geopolítica de postguerra durante décadas.⁸⁶

Devers acuñó el epígrafe perfecto. «Durante muchos meses hemos combatido juntos —escribió a De Lattre—, a menudo en el mismo bando.»

Una última monstruosidad aguardaba a ser descubierta por los soldados americanos, confirmando todavía más, si cabe, no solo la infamia del Reich sino la inexorable corrosión moral de la guerra, que puso en riesgo incluso a los más honestos.

A dieciséis kilómetros al noroeste de Múnich, una antigua fábrica de pólvora del Ejército Real Bávaro recibió en el mes de marzo de 1933 a los primeros 200.000 prisioneros. Durante los doce años siguientes, casi una cuarta parte fueron asesinados allí y en los 170 subcampos en los que se ramificó Dachau. La noche del 28 de abril, cuando se arriaron las banderas con la esvástica y se izaron las banderas blancas en el complejo principal, 31.000 reclusos de cuarenta y una naciones quedaron detrás de la valla electrificada. Otros trece mil habían muerto en los cuatro meses anteriores, la mayoría de tifus y de inanición.⁸⁷

La gélida y encapotada mañana del domingo 29 de abril, la 45.^a División de Infantería, de camino a Múnich y sumamente crispada tras feroces combates de artillería en Ashaffenburg y Núrenberg, llegó a la ciudad de Dachau. «Hay lechos de flores y árboles, pequeñas tiendas, bicicletas en el suelo, iglesias con chapiteles y un río como un espejo», escribió un médico del ejército. Había más, como descubriría la 1.^a Compañía de la 157.^a de Infantería al seguir la vía del tren hacia el complejo de la prisión. Treinta y nueve vagones de tren (góndolas, vagones de pasajeros y furgones de carga) permanecían en vía muerta. En el interior de los vagones y esparcidos por las vías yacían 2.310 cadáveres en descomposición, algunos desnudos, otros con el andrajoso uniforme azul y blanco del campo; la mayoría eran polacos que habían muerto de inanición después de ser evacuados a la fuerza de Buchenwald. Mientras los GI lloraban ante aquel espectáculo, cuatro soldados de la Waffen-SS salieron de un escondite con las manos en alto. Un teniente metió a aquellos hombres en un vagón de carga y a continuación vació sobre ellos el cargador de su pistola. Otro GI descargó ráfagas de fusil sobre los que todavía gemían. «Hijos de puta», chillaba el teniente. «Hijos de puta.»⁸⁸

Mientras los americanos entraban por una puerta lateral del campo, miles de reclusos aullaban junto a la valla en un clamoroso griterío. Un anciano decrepito ofreció un cigarrillo a un GI. «Cógelo», le dijo en inglés otro recluso. «Es lo único

que posee en este mundo. Lo es todo para él.» Otros prisioneros acorralaron a los kapos y a los sospechosos de ser informadores, golpeándolos con palas. Emitiendo terribles aullidos unos prisioneros persiguieron a los restantes soldados de la Waffen-SS, algunos de ellos disfrazados con la vestimenta de la prisión. «Descuartizaron a los alemanes con sus manos», informó un soldado. El rabino Eichhorn, que llegó a Dachau aquella tarde, escribió: «Nos apartamos y contemplamos como los abrían en canal... Mirábamos con menos sentimientos que si estuvieran apaleando a un perro». Los reclusos profanaron a los alemanes muertos y moribundos con palos y piedras, aplastando cráneos y cortando dedos. «El cuerpo de un guardia quedó desparramado por todo el lugar», relató un testigo, «los brazos arrancados de sus cavidades». Después de entrar en el complejo, los soldados de la 1.^a Compañía colocaron a varias decenas de alemanes contra la pared de estuco de dos metros y medio de una carbonera y, sin previo aviso, un artillero con una ametralladora ligera sobre un trípode abrió fuego. Otros se unieron con carabinas y un fusil automático Browning. Cuando un oficial detuvo el fusilamiento, diecisiete víctimas yacían muertas. Un cirujano del batallón se negó a curar a los SS heridos.⁸⁹

A la misma hora, la vanguardia de la 42.^a División de Infantería llegaba a la puerta principal donde fue recibida por el infame cartel *Arbeit Macht Frei* y, como relató un general de brigada, por «una aullante y furiosa masa de prisioneros que rompió la valla de alambre de acero por varios lugares... En el proceso varios quedaron electrocutados». De una torre vigía cerca del canal del río Würm hicieron salir a dieciséis alemanes. Posteriormente los testigos discreparon sobre si alguno se resistió o no, pero después de desarmarlos y colocarlos en dos filas, fueron fusilados por soldados de la 42.^a y 45.^a Divisiones. Siete cuerpos yacían como fardos sangrientos en la orilla del canal, otros fueron arrojados al agua «en medio de un rugido jamás salido de garganta humana», escribió un reportero de Associated Press.⁹⁰

El sangriento festival se extinguió por sí solo. Llegaron los médicos, y los sepultureros. «No tengo palabras para contarte lo terrible que es todo esto», escribió una enfermera del ejército a su marido. Los médicos y los soldados adquirieron un aspecto espectral después de ser rociados con polvos DDT cada vez que salían del complejo. Al comandante de la 45.^a División, el general de división Robert T. Frederick, uno de los más audaces combatientes del ejército y poseedor de ocho Corazones Púrpura, le resultaba demasiado perturbador hablar de Dachau. A sus subordinados que no habían atravesado la valla, Frederick les aconsejó: «Yo no me preocuparía. Solo es un jaleo».⁹¹

El inspector del VII Ejército no tardó en llegar para investigar el «supuesto maltrato a los guardias alemanes». Rumores de una masacre llegaron a oídos de Eisenhower, quien a continuación habló con suprema elocuencia exigiendo que todas las divisiones, cuerpos y ejército de Europa investigasen las matanzas extrajudiciales por parte de las fuerzas estadounidenses. «La posición moral de América quedará socavada y su reputación de trato justo empañada», dijo Eisenhower, «si la conducta criminal... de sus fuerzas armadas es perdonada y exenta de castigo por aquellos que somos responsables de defender su honor.»⁹²

Veintiocho hombres de las SS por lo menos fueron acribillados tras rendirse en Dachau, concluyó el inspector, y recomendó que se sometiese a consejo de guerra por asesinato a cuatro soldados estadounidenses. Otros creían que el número de muertos era más elevado y la culpabilidad más amplia. Un oficial fiscal militar confirmó «la violación de la carta de derecho internacional, porque al parecer los guardias de las SS habían sido ejecutados sin juicio». No obstante, no se formalizó ni una sola acusación, y aquello fue todo cuanto consiguió el requerimiento de Eisenhower de una detallada auditoría legal por parte de sus subordinados en toda Europa. El general Patch rechazó gran parte del relato del inspector, alegando «una evidente falta de comprensión» del estrés de combate. El general Haislip, que no tardaría en suceder a Patch en el mando del VII Ejército, insistió en «los desquiciantes efectos de los horrores y la conmoción que Dachau había provocado en las tropas de combate ya exhaustas por más de treinta días de acción continuada».⁹³

Sin duda. Sin embargo, aquella fue la justicia del vencedor, teñida con el agrio olor de la mojigatería, un recordatorio de que el honor y el deshonor a menudo viajaban juntos en el campo de batalla, y que incluso un liberador podía regresar a casa con mancha si no mancillado.

En una carta a su familia acerca del tratamiento de los supervivientes de Dachau, la teniente Wandrey, enfermera del VII Ejército, invocaba a un indescifrable enigma:

Tengo el turno de noche con un centenar de pacientes que parecen cadáveres, despojos de humanidad... Muchos tienen tuberculosis, tifus, enterocolitis (diarrea constante) y enormes úlceras de decúbito... Los pacientes llevan solo la camisa del pijama porque no pueden desabrocharse los botones lo bastante rápido para usar el inodoro.

Dios, ¿dónde estás?⁹⁴

Múnich, nombrada especialmente «Ciudad del Führer», era conocida por el régimen de Hitler como «Capital del Movimiento» y también como «Capital del Arte Alemán». Para el ejército estadounidense era, según palabras de Eisenhower, la «cuna de la bestia nazi». Sin embargo, durante tres días los insurgentes alemanes con la

esperanza de evitar una mayor destrucción de la ciudad combatieron a las tropas de las SS con el ardor suficiente para impedir la demolición de los puentes que cruzaban el río Isar. Reabastecidas con 1.514.000 litros de gasolina suministrada por aire el 29 de abril, cuatro divisiones americanas cayeron sobre la Ciudad del Führer al día siguiente, cruzando rápidamente diez puentes del Isar antes del mediodía para alcanzar el destruido centro de la ciudad. «Ventana a ventana», los disparos con Howitzers de 240 mm arrasaron todavía más las ruinas, y al anochecer del lunes 30 de abril, Múnich había caído. En la Feldherrnhalle, sede de las festividades anuales conmemorativas del golpe de estado de 1923, los GI hallaron una confesión pintada con enormes letras blancas: «Me avergüenzo de ser alemán».⁹⁵

Aquel mismo lunes, cuatrocientos ochenta kilómetros al norte, los cazarrecuerdos soviéticos entraron en una funeraria llena de soldados alemanes muertos cerca del Tiergarten berlinés, arrancando Cruces de Hierro y esvásticas de las guerreras grises de campo. Otras tropas del Ejército Rojo se dispusieron a celebrar el 1.º de Mayo asando un buey en Pariserplatz. Miles de aterrorizados berlineses abarrotaban un refugio que había debajo de la estación de tren Anhalter, donde los excrementos y la orina llegaban hasta el tobillo. Unas cuantas tropas de las SS se congregaron detrás de la cervecería Schultheiss para suicidarse, pero la resistencia persistía por toda la capital en lo que un escritor soviético calificó de «convulsiones *post-mortem*».⁹⁶

Debajo de la Cancillería del Reich, señalada en los mapas soviéticos como Objetivo 106, Hitler hizo un almuerzo tardío con sus dos secretarias y su dietista. Vestido con chaqueta de uniforme y pantalones negros, estrechó después la mano de su personal mascullando unas palabras de despedida antes de retirarse a su estudio. Eva Braun, con un vestido azul ribeteado de blanco, se reunió con él a las 15:30 h. Solo el murmullo de las aspas del ventilador y el distante estruendo de la artillería rompían el silencio. Diez minutos después, los asistentes abrieron la puerta del estudio y encontraron a Braun desplomada sobre un sofá, muerta por el cianuro. A su lado estaba sentado el Führer sin vida, con un agujero de bala de una pistola Walther PPK 7, 65 mm. en la sien derecha.⁹⁷

Doce años y cuatro meses después de su comienzo, el Reich de Mil Años había terminado. La humanidad necesitaría décadas, quizás siglos, para analizar la inhumanidad del régimen y para comprender cómo un demagogo narcisista de cervecería había arruinado una nación, un continente y casi un mundo. «Nunca en la historia semejante destrucción, física y moral, había estado asociada al nombre de un hombre, el principal instigador del más profundo derrumbe de la civilización en la era

moderna», escribió el biógrafo de Hitler, Ian Kershaw. Al enterarse de la noticia, Stalin no necesitó más que un instante para componer el epitafio del Führer: «Bueno, este es el fin del bastardo».⁹⁸

Sus secuaces envolvieron con mantas los dos cuerpos, los subieron cuatro tramos de escaleras hasta el jardín lleno de cicatrices de los obuses, los rociaron de gasolina y dejaron que ardieran durante tres horas, un pequeño y agradable resplandor dentro de la gran conflagración. «El jefe está ardiendo», gritó a los del búnker un guardaespaldas de las SS borracho. «¿Queréis venir a echar un vistazo?» Un chófer se quejó después de que los ventiladores transportaban el hedor a carne quemada por todo el laberinto. «No podían alejarnos de aquel olor», dijo. «Apestaba a beicon quemado.»⁹⁹

La muerte de Hitler, igual que su vida, resultó estar consagrada a una mentira. En vez de revelar que había muerto por su propia mano en una escuálida trampa de ratas, la radio alemana anunció el martes 1 de mayo que había «caído por Alemania» mientras «combatía a los bolcheviques hasta el último aliento». El alto mando de la Wehrmacht decretó que el ejemplo del Führer «leal hasta la muerte» había de ser «vinculante para todos los soldados».¹⁰⁰

Sin embargo, ahora el desplome se produjo con una certeza gravitatoria: el juego había terminado. Los últimos proyectiles soviéticos cayeron sobre Berlín a las tres de la tarde del miércoles 2 de mayo, seguidos de un silencio más premonitorio para los alemanes que el fragor de la batalla. Indefensa y destripada, la ciudad se entregó a una ocupación que duraría medio siglo.

Ochenta kilómetros en dirección oeste siguiendo el curso del Elba, donde el IX Ejército de Simpson defendía el ala izquierda americana, decenas de miles de «alemanes histéricos aullando» huían del Ejército Rojo que les iba a la zaga. «Vi a soldados alemanes sacar a empellones a ancianas de las barcas en las que intentaban cruzar el río», escribió James Wellard, un reportero de un periódico de Chicago en Tangermünde. Algunos lo atravesaban por una pasarela colocada sobre un puente férreo destruido o construían balsas con tablones para el equipaje y las bicicletas; otros remaban en esquifes o confeccionaban remos con latas de combustible vacías mientras la artillería soviética machacaba la orilla y la retaguardia alemana con subametralladoras combatían a tiro de piedra. Los refugiados «seguían saltando al río de corriente rápida y seguían siendo arrastrados de nuevo hacia la orilla», añadió Wellard. «Muertos, moribundos y vivos todos revueltos.»¹⁰¹

Simpson estaba de acuerdo en aceptar la rendición de las tropas de la Wehrmacht siempre que se trajeran su propia comida, cocinas y suministros médicos. Al final más de setenta mil alcanzaron la orilla oeste, donde se desprendieron de su equipo de combate formando montones de fusiles, pistolas y prismáticos antes de dirigirse cantando a las jaulas en largas columnas. Un coronel alemán informó de que «los pocos que no pudieron atravesar el Elba se suicidaron».¹⁰²

En todos los frentes de combate similares dramas alcanzaron operísticos puntos culminantes.

En Italia, una ofensiva de un millón y medio de soldados aliados de veintiséis países había penetrado en el valle del Po el 23 de abril. Cinco días después Mussolini y su amante, acribillados por partisanos, fueron colgados por los talones de una viga oxidada en el exterior de una gasolinera de Milán. «Tenías la sensación», escribió Philip Hamburger en *The New Yorker*, «que se tiene cuando cae el telón al final de una buena obra de teatro, que los acontecimientos no podían haber sido otros». Las tropas aliadas enseguida irrumpieron en Verona, Génova y Venecia. El 29 de abril, en el palaciego cuartel general del mariscal de campo Alexander en Caserta, emisarios alemanes capitularon sin condiciones. La rendición de casi un millón de hombres del Grupo de Ejércitos C, efectiva a las doce del mediodía del 2 de mayo, puso fin a la lucha mediterránea que había comenzado cinco años atrás.¹⁰³

Por la cornisa norte del continente, las tropas canadienses penetraron en Holanda con abundante uso de lanzallamas y una sensación de urgencia: los hambrientos holandeses se habían visto reducidos a comer sopa de ortigas, almidón para la colada, perros o gatos esporádicamente y 140 millones de bulbos de tulipán. Se decía que los vigilantes de noche de una funeraria de Ámsterdam hacían tintinear las llaves para alejar a las ratas de los cadáveres, y que los holandeses utilizaban una y otra vez los mismos ataúdes con el fondo provisto de bisagras.¹⁰⁴

Los ingenieros aliados temían también que los demolicionistas alemanes inundaran la parte occidental de Holanda volando los diques marítimos. Negociaciones secretas pactaron una tregua y un tránsito seguro para aprovisionamientos de auxilio por aire el 29 de abril y por carretera el 2 de mayo. La posterior rendición del general Blaskowitz del Grupo de Ejércitos H y de la «Fortaleza Holanda» desencadenaron el júbilo nacional: hogueras, canciones y bailes de una inmensa multitud color naranja, a pesar de que más de 200.000 civiles sufrían de desnutrición. «Evidentemente el pueblo se está desquitando de cinco años de represión», escribió un general de brigada británico. Columnas grises de alemanes capturados serpenteaban hacia Den Helder para embarcar en traineras y barcazas y atravesar el IJsselmeer para la larga caminata hacia prisión.¹⁰⁵

«Se marcharon como maleantes y criminales», escribió Marsland Gander, que escribía para el *Daily Telegraph*.¹⁰⁶

Se les permitía llevar diez caballos y cinco carros por cada 180 hombres... Podían conservar dos bicicletas por cada 500 hombres con el objetivo de enviar mensajes... Todos y cada uno de los prisioneros fueron cacheados y despojados de su botín antes de subir a bordo de la barca de evacuación, solo se les permitió un bolígrafo y un reloj de pulsera. Los montones de pertenencias descartadas en los muelles y en los depósitos incluían bicicletas, máquinas de coser, muebles, aparatos de radio, cajas de ginebra, ropas y perfumes.

«Eran momentos de alegría de cuento de hadas», añadió Gander.

Más al este, donde había cuatro divisiones británicas flanqueando Bremen, el puerto había caído el 27 de abril después de cinco días de fuego de artillería. Un Tommy encontró a alemanes «saqueando, bebiendo [y] peleando entre ellos» en una ciudad considerada uno «de los lugares más depravados sobre la faz de la tierra de Dios». Montgomery cruzó el bajo Elba con su habitual parsimonia a pesar de que Eisenhower le instase repetidamente a apresurarse, dado que los soviéticos se dirigían hacia Dinamarca. Fue una carrera corta: los tanques británicos tomaron Lübeck el 2 de mayo y los paracaidistas avanzaron otros sesenta y cinco kilómetros para capturar Wismar en el Báltico, sellando la península de Jutlandia y bloqueando la entrada a Dinamarca justo dos horas antes de que llegara el Ejército Rojo. Hamburgo se rindió sin presentar combate el 3 de mayo, mientras el XVIII Cuerpo Aerotransportado de Ridgway, que parapetaba el flanco derecho de Montgomery, cosechaba un cuarto de millón de prisioneros en dos días.¹⁰⁷

Entre los ejércitos anglo-americanos, el III de Patton era el que estaba ahora más al este. Los pueblos checos levantaron hermosos arcos en las carreteras de acceso, con guirnaldas de flores y carteles proclamando: «Bienvenidos americanos»; arcos idénticos en el otro lado de la ciudad proclamaban también: «Bienvenidos rusos». Los británicos habían presionado para que el III Ejército capturase Praga, porque, como el propio Churchill comunicó por telegrama a Truman, aquel premio «constituiría la diferencia en la situación de postguerra de Checoslovaquia». Eisenhower estuvo tentado, a pesar de la advertencia de Marshall de que «yo sería reacio a arriesgar vidas americanas por motivos puramente políticos». Pero Stalin había hecho caso de la petición americana de detenerse en el Elba y, por consiguiente, el comandante supremo cumplió su anterior compromiso de parar en la línea entre Pilzen y Karlsbad en Bohemia. Las legiones de Patton se dirigieron hacia Linz y Pilzen, cediendo Salzburgo al VII Ejército y Praga a los soviéticos.¹⁰⁸

Los partisanos austríacos tomaron Innsbruck el 2 de mayo, y dos días después el VI Cuerpo irrumpió en la ciudad durante una tormenta de nieve, acampando en el hotel de un complejo turístico de golf con pistas de tenis y una orquesta vienesa. Justo

antes de las once de la mañana del viernes 4 de mayo, una patrulla de la 411.^a de Infantería cruzó el paso del Brennero para chocar las manos con los camaradas del V Ejército, el lugar de unión entre los teatros de operaciones europeo e italiano, proceso que tardó dos terribles años en consumarse. En el ayuntamiento de Innsbruck, el general Erich Brandenberger entregó los restos de su XIX Ejército mediante una rebuscada ceremonia con un escrito para los americanos que especificaba la posición de banderas, ordenanzas, músicos e incluso de los lápices. Los oficiales estadounidenses no devolvieron ni saludos ni apretones de manos, pero permitieron que los hombres de Brandenberger conservasen las pistolas junto con un fusil y diez cartuchos de munición por cada diez soldados para mantener «la seguridad interna».¹⁰⁹

Casi a la misma hora, Devers llegaba en un coche del Estado Mayor con los generales Patch, Haislip y O'Daniel al estudio de un escultor en una floresta silvestre en las afueras de Haar, al sureste de Múnich. Modelos de yeso y estatuas cuyo tamaño iba desde miniaturas hasta figuras monumentales abarrotaban el estudio, donde el teniente general Hermann Foertsch aguardaba en posición firme, dispuesto a entregar a su I Ejército y a su Grupo de Ejércitos G. Cuando Devers y sus tenientes tomaron asiento a la mesa, Foertsch se inclinó lentamente. Tras una breve discusión de las cláusulas de rendición, que incluían el modo de notificar a las unidades alemanas en los Alpes que su guerra habían terminado, Devers reiteró que todos los soldados del Grupo de Ejércitos G que estuvieran entre Suiza y Checoslovaquia eran ahora prisioneros.¹¹⁰

«Esta es una rendición *sin condiciones*», dijo Devers. «¿Lo entiende?»

Durante un minuto entero Foertsch permaneció tieso como las estatuas que le rodeaban, explicó un testigo, «con los músculos de la cara agitándose como los de un hombre a punto de sufrir convulsiones». Después, con una ligera inclinación de la cabeza respondió en perfecto inglés: «Le puedo asegurar, señor, que no queda capacidad alguna a mi disposición para evitarlo».

Pocos lugareños hicieron gala de mayor sentimiento teutónico que los habitantes de Berchtesgaden, un remoto pueblo bávaro ciento treinta kilómetros al sureste de Múnich. Hitler se había retirado allí después del fallido golpe de estado de 1923, y allí, en una cabaña de madera, había escrito el segundo volumen de *Mein Kampf*. Las abultadas ventas del libro habían financiado su querida residencia de vacaciones, conocida después con el nombre de Berghof, en las laderas que daban a la ciudad de Obersalzberg, con vistas a la montaña donde decían que dormía Carlomagno y su

místico ejército. Otros compinches nazis compraron también casas en aquel lugar para crear un enclave bucólico que favoreciese una agricultura pastoral (Bormann tenía cien colmenas en su terreno) o la conspiración para dominar el mundo.¹¹¹

Como regalo para el quincuagésimo cumpleaños del Führer, y también como sede de recepciones diplomáticas, el régimen había contratado a casi cuatro mil obreros para construir un lujoso *château* en la cima de la montaña, llamado Nido de Águila. Se realizó con las obligatorias vistas espectaculares y con una magnífica chimenea de mármol de Carrara regalo de Mussolini; un tapiz gobelino cubría la pared por encima de la chimenea, como una piel. Los visitantes ascendían por una serpenteante carretera atravesando cinco túneles que perforaban la montaña de granito, después subían otros ciento veinte metros hasta la cima en un ascensor Otis decorado con cristal veneciano, bancos de cuero verde y accesorios de latón.¹¹²

El 25 de abril los bombarderos de la RAF habían enturbiado aquel pequeño mundo dorado con una incursión punitiva que dejó muy maltrechas las casas de Bormann y Göring, junto con la de Hitler y un barracón adyacente de las SS. Los saqueadores alemanes envalentonados desvalijaron Obersalzberg, robando el mobiliario de Himmler y la colección de mil acuarelas y dibujos de Bormann. La noticia de la muerte del Führer animó a los guardias de las SS a quemar sus efectos personales el 1 de mayo, y después prendieron fuego a la casa mientras los ejércitos aliados se acercaban.¹¹³

Todavía brotaban llamas de varias ruinas cuando dos batallones de la 3.^a División de Infantería entraron en Berchtesgaden a través de prados cubiertos de flores silvestres a las cuatro de la tarde del 4 de mayo. Por orden del general O'Daniel, los oficiales apostaron fuerte vigilancia en los puentes que atravesaban el río Saalach, impidiendo la entrada al pueblo de la 2.^a División Blindada francesa que se aproximaba y de la 101.^a Aerotransportada. «Has tenido París y has tenido Estrasburgo», le dijo el comandante del XV Cuerpo, el general Haislip, a un enfurecido general Leclerc. «No puedes esperar también Berchtesgaden.» Los GI arriaron una bandera nazi y la convirtieron en retales de cinco centímetros como recuerdo.¹¹⁴

A pesar de los bombardeos, los incendios y el saqueo, los soldados todavía encontraron muchas cosas que rapiñar en Obersalzberg. En los sótanos de Berghof todavía pudieron encontrar ropa de mesa, tazas de té y cucharas con el monograma de «A.H.», además de discos de fonógrafo, revistas de 1930 y la taza de inodoro de un cuarto de baño con azulejos verdes. Los GI robaron lámparas, somieres y mapas de situación de diversos campos de operaciones del alto mando. Un oficial que revolvía en el armario de Eva Braun observó: «Lo que más me impresionó fue el número de

perchas que había en los armarios. Debía de haber más de doscientas». Una casa de huéspedes cercana proporcionó una máquina café expreso, una espita de barril de cerveza y arcones congeladores de helados.¹¹⁵

Las bombas de la RAF habían respetado el Nido de Águila, pero la sospecha de trampas escondidas en el hueco del ascensor supuso un lento y escarpado ascenso a la cima. Los exploradores encontraron un comedor con cortinas opacas y veintiséis sillas, mobiliario y paneles de pino cembra y una cocina impoluta con una tabla de carnicero que parecía no haber sentido nunca el mordisco de un cuchillo. La chimenea de Mussolini era tan enorme, escribió un visitante, que «un buey podría dar vueltas en un espetón». Pronto escalarían al Nido de Águila tres mil soldados aliados al día en calidad de turistas, diez mil los domingos. Los paracaidistas, aburridos y mascando chicle, tenían que hacer guardia como guías.¹¹⁶

El botín de Göring resultó especialmente colosal y variado, amontonado casi todo en un almacén con una inmensa cámara acorazada en el interior: dieciocho mil botellas de vino y licor; cinco mil cámaras Minox del tamaño de un mechero; dos docenas de maletas repletas de ropa interior de mujer; un impresionante escondrijo de películas pornográficas; y un sedán Mercedes a prueba de balas para catorce pasajeros. En túneles de ferrocarril y otros depósitos cercanos, los paracaidistas encontraron gran parte de su tristemente célebre colección de arte, cuyo valor, según decían, superaba los 500 millones de dólares: centenares de pinturas de artistas como Rembrandt, Rubens y Van Dyck, y una falsificación de Vermeer, *Cristo y la mujer adúltera*; santos, sátiros y guerreros de terracota; tapices, muebles antiguos, cálices de oro, figurillas de porcelana. Una posada se convirtió en una galería de arte temporal con un letrero que decía: «Colección de Arte de Hermann Goering por cortesía de la 101.^a División Aerotransportada». «¡Ah, la guerra!» suspiró el conservador personal de Göring, que fue apresado junto con el botín. «Adiós, adiós.»¹¹⁷

El propio Reichsmarschall no tardó en materializarse tras ofrecer sus servicios a Eisenhower «para organizar el Reich alemán». Arrestado por la 36.^a División cincuenta y seis kilómetros al sureste de Salzburgo, con un séquito de setenta y cinco vasallos, entre los cuales había un chef, un mayordomo y un ayuda de cámara, Göring recibió pollo frito y fue fotografiado frente a una bandera de Lone Star de Texas, con sus múltiples barbillas cayendo en cascada sobre la Cruz de Hierro que lucía en la garganta. Para mantener alejados a los asesinos de las SS, se le permitió conservar cuatro pistolas automáticas durante la noche. «Es un gordo detestable, ansioso de explicar que los errores fueron de Hitler y de Ribbentrop», escribió en su diario el general Dahlquist. Con unos guantes azul cielo, proclamó en una relajada sesión con corresponsales que las historias desagradables de Bergen-Belsen y Buchenwald eran

«simples informes propagandísticos». «No soy ningún profeta», añadió. «Es difícil decir lo que pasará en el futuro.» Su bastón de mariscal, de cuarenta centímetros de largo e incrustado con 640 diamantes, veinte águilas de oro y veinte cruces de platino, se convirtió en un respaldo para la venta de bonos de guerra en los Estados Unidos.¹¹⁸

Y aún había otro. El último cuartel general alemán de los Alpes todavía sin capturar era el del mariscal de campo Kesselring, el eterno archienemigo de los anglo-americanos. Dos reporteros rastrearon el paradero del comandante del *OB West* mientras esperaba el final de la guerra a bordo de un tren de cinco vagones en la frontera austríaca. Pensando que eran emisarios de Eisenhower enviados para negociar su rendición personal, Kesselring los invitó a un almuerzo de jamón, col, patatas y cerveza. Al descubrir su error, el Sonriente Albert soltó una risa y murmuró: «Bueno, a tomar por el culo.»¹¹⁹

Un general de división americano invitó después a Kesselring a trasladarse al Berchtesgadener Hof, donde le dieron la mejor habitación y le permitieron conservar su pistola, medallas y bastón de mariscal («He dejado seis como este en las ruinas de puestos de mando», se lamentó) antes de ser transferido a una celda más austera en Luxemburgo donde le aguardaban los interrogadores de crímenes de guerra. Antes de partir se le pidió que hiciese una valoración de Hitler, a lo que el mariscal de campo respiró hondo y respondió: «Hitler fue el personaje histórico más extraordinario que jamás conocí.»¹²⁰

Un gran silencio

El último campamento de guerra del mariscal de campo Montgomery coronaba una colina en el Lüneburger Heide, cincuenta kilómetros al sureste de Hamburgo en un paraje de hayas, abedules y granjas con entramado de madera revocadas de color azul o rosa. «Los hermosos colores de la campiña se extendían a lo largo de kilómetros, manchas de verde oscuro en las arboledas de pinos, púrpura en el brezo», escribió Alan Moorehead, quien a pesar de todo consideraba aquel lugar una «morada de brujas, hechiceros y espíritus». Los Tommies pescaban de forma poco convencional, con revólveres y granadas, en un vivero de truchas. Los chapiteles de dos iglesias de Lüneburg sobresalían al norte por encima de las copas de los árboles, y podían oírse los patéticos lamentos de los soldados alemanes heridos amontonados en los hospitales locales. Un cartel en un barracón abandonado de la Luftwaffe insistía, «*Der*

Führer Hat Immer Recht» (El Führer siempre tiene razón), y en un cuarto que servía de almacén se encontraron buenos mapas de Inglaterra, Escocia y de la Unión Soviética, recordatorios de las frustradas ambiciones del Reich.¹²¹

A las 11:30 h del jueves 3 de mayo, un sedán alemán escoltado por dos coches blindados británicos cruzó lentamente el pueblo de Wendisch Evern. El pequeño convoy se detuvo debajo de una Union Jack que había sido izada sobre tres caravanas camufladas. Cuatro oficiales bajaron del sedán, dos con gabanes grises del ejército y dos con los abrigos largos de cuero negro de oficial de la marina alemana. La puerta central de la caravana se abrió de par en par y salió una figura menuda con atuendo de combate y pantalones caqui, con las manos en la espalda en pose de severa rectitud. Los cuatro alemanes se pusieron firmes y saludaron con un chasquido, que Montgomery devolvió rozando con un dedo su boina negra de manera informal.¹²²

«¿Quiénes sois?», rugió. «¿Qué queréis?» Un oficial delgado y cetrino que llevaba una gorra de pico alto dio un paso al frente y se presentó como el almirante Hans-Georg von Friedeburg. De acuerdo con el último testamento político del Führer, el gran almirante Karl Dönitz había sucedido a Hitler como jefe de estado, o de lo que quedaba de estado, en una capital provisional en Flensburg, cerca de la frontera danesa. A su vez, el almirante Von Friedeburg había sucedido a Dönitz como jefe supremo de la marina alemana, o de lo que quedaba de la marina.

«Nunca he oído hablar de ti», gritó Montgomery. Un oficial de Estado Mayor británico susurró a otro: «Ha estado ensayando esto toda su vida».¹²³

Impávido, Friedeburg, por autorización de Dönitz, propuso la rendición de los tres ejércitos alemanes que huían de los soviéticos entre el Báltico y Berlín. «Por supuesto que no», respondió Montgomery. «Aquellos ejércitos están combatiendo contra los rusos, por lo tanto han de rendirse a los rusos. El tema está zanjado.» Él solo aceptaría a soldados individuales rindiéndose con las manos en alto, «a la manera habitual».¹²⁴

Tras meditar el asunto unos momentos, el mariscal de campo añadió: «¿Me entregaríais todas las fuerzas alemanas entre Lübeck y la costa danesa, y todas las tropas de apoyo que están en Dinamarca?» Aquella sería una rendición táctica de campo de batalla por parte de enemigos que combatían al XXI Grupo de Ejércitos, no una capitulación estratégica para debilitar a Moscú. Cuando Friedeburg protestó diciendo que no tenía autoridad para semejante acuerdo, Montgomery lo interrumpió. «Me pregunto», dijo, «si realmente sabéis cuál es vuestra posición».

Pidiendo un mapa, señaló rápidamente la catástrofe sucedida a las fuerzas alemanas en cada uno de los frentes, mientras le soltaba un rapapolvo sobre los campos de concentración y los sufrimientos causados por el Reich. «Mejor os vais a

comer y lo meditáis», dijo el mariscal de campo. Personalmente, él «estaría encantado de seguir luchando». Escortados a una tienda, los cuatro alemanes comieron solos en una mesa puesta con una sábana blanca. Mientras sus camaradas engullían botellas de vino y coñac, Friedeburg lloraba: «una escena embarazosa», escribió Moorehead. Al final aceptó trasladar la contrapropuesta de Montgomery al alto mando. Se marchó a media tarde prometiendo volver al día siguiente.¹²⁵

A las cinco de la tarde de un lluvioso viernes, 4 de mayo, el mariscal de campo entró de un salto a la tienda de la prensa, «desenvuelto, con las manos hundidas en los bolsillos de su ligera parca de lana de la marina», anotó R. W. Thompson. «¿Habéis tomado té?», preguntó Montgomery a los reporteros. «Las fuerzas que se rendirán ascienden a más de un millón de tíos. No está mal, un millón de tíos. ¡Buen lote!» Al poco rato apareció un coronel para anunciar que Friedeburg y su delegación habían regresado. «¡Ajá! Ya está aquí. Tenía que volver con las instrucciones», dijo el mariscal de campo. «Diles que esperen.» Durante media hora estuvo divagando, después se levantó de un salto. «Y ahora asistiremos al último acto. Estos oficiales alemanes han regresado. Vamos a ver cuál es su respuesta.»¹²⁶

La respuesta era sí. Friedeburg caminó lentamente hacia la caravana de Montgomery para un breve *tête-à-tête*, en el que informó que el gran almirante Dönitz, llamado invariablemente Donuts por los soldados aliados, aceptaba las condiciones británicas. Dönitz había dado instrucciones a Friedeburg para iniciar negociaciones directamente con Eisenhower. Era evidente que el gran almirante tenía la esperanza de que cada hora de retraso permitiera a miles de tropas de la Wehrmacht y a los refugiados alemanes escapar hacia el oeste. Con los ojos brillantes, Montgomery señaló una foto de la pared. «Dígame», le preguntó, «¿es un buen retrato del mariscal de campo Rundstedt? Siempre me ha gustado estudiar a mis adversarios.» Sí, respondió Friedeburg, el parecido era excelente.¹²⁷

A las 18:20, el almirante salió del tráiler y, flanqueado por dos oficiales británicos, caminó cuarenta y cinco metros hasta una tienda con las lonas laterales levantadas. Sobre una mesa cubierta con una manta del ejército había dos micrófonos de la BBC. «Era una tarde gris —escribió Moorehead—, brezo gris, pesadas nubes grises, los abrigo grises de los alemanes y el gris de sus rostros.» Enseguida llegó Montgomery. «Este —murmuró a los periodistas— es un gran momento.»¹²⁸

Friedeburg y sus camaradas se levantaron de las sillas para saludar con rigidez. Montgomery cogió su silla, escribiría su biógrafo, «las sencillas gafas de leer con montura de concha de tortuga colocadas sobre la afilada nariz de zorro, con cinco filas de condecoraciones debajo de la solapa, la pequeña cadena de oro que unía los bolsillos del pecho de su atuendo de combate, las huesudas y fibrosas manos

descansando sobre la mesa». Sosteniendo un documento titulado «Acta de Rendición», leyó en voz alta los siete párrafos con su atiplada voz, terminando con «La decisión de las potencias aliadas será inapelable en caso de que surjan dudas o disputas en cuanto al significado o interpretación de las condiciones de la rendición». Cogió una pluma, la sumergió en el tintero y le dijo a Friedeburg: «Ahora firmará el documento».¹²⁹

Después de que los alemanes hubiesen estampado sus firmas, Montgomery añadió la suya y empezó a escribir «abril», tachó la «a», y fechó el documento «4 de mayo de 1945, 18:30 h». La capitulación se haría efectiva a la mañana siguiente a las 08:00 h y sería válida hasta ser reemplazada por una rendición general firmada bajo los auspicios del SHAEF. Se apoyó en el respaldo con un suspiro, sacándose las gafas. «Esto», declaró, «concluye la rendición formal».¹³⁰

«Se bajaron las lonas laterales de la tienda —informó R. W. Thompson— y nos marchamos.» Para conmemorar lo que ahora denominaba la «Colina de la Victoria», Montgomery ordenó que se erigiese una placa de roble sobre el páramo al día siguiente. A las pocas horas ya habían robado la señal, pero nadie olvidaría lo que había sucedido en Lüneburger Heide. Al relatar los acontecimientos del día en una carta a Brooke antes de acostarse, el mariscal de campo escribió: «Parece que el papel del Imperio británico en la guerra alemana de la Europa occidental ha terminado. Me convencieron de que bebiese champán en la cena de esta noche».¹³¹

El mal tiempo del sábado 5 de mayo estropeó los planes de trasladar a Friedeburg a Reims para un rápido fin de la guerra. En lugar de ello, voló a Bruselas a bordo de un avión británico antes de ser conducido hacia el sur a lo largo de 217 kilómetros, llegando poco después de las cinco de la tarde al cuartel general del SHAEF ubicado en el edificio de ladrillos rojos del Collège Moderne et Technique de Garçons, junto al ennegrecido patio de maniobras del ferrocarril. Canturreando para sí mientras se ponía un cuello limpio en el aseo, Friedeburg entró en el despacho de Beetle Smith en el segundo piso. Al cabo de veinte minutos las negociaciones habían fracasado.¹³²

Smith y el general de división Strong, que dos años atrás habían gestionado la capitulación italiana por Eisenhower, rechazaron rotundamente la propuesta del almirante de rendir únicamente las fuerzas alemanas que se dirigían hacia el oeste. El comandante supremo, le dijeron a Friedeburg, no aceptaría «bajo ninguna circunstancia» más que una rendición incondicional al SHAEF y al alto mando soviético simultáneamente. El aprieto de Alemania era irremediable, añadió Smith señalando varios mapas de diversos campos de operaciones esparcidos por su mesa, entre ellos un falso plan, urdido para uso de Friedeburg, que mostraba flechas de

ataque desde el este y el oeste dirigidas a lo que quedaba de la Wehrmacht en Bohemia y en Yugoslavia. Los ojos del almirante volvieron a llenarse de lágrimas, pero se mantuvo firme: la autorización de semejante rendición solo podía provenir de Dönitz.¹³³

Smith bajó al vestíbulo y encontró a Eisenhower dando vueltas en su despacho y fumando un cigarrillo tras otro. Friedeburg telegrafiaría a Dönitz, le dijo Smith, pero no era probable que se produjese ninguna rendición en horas, o quizás más. El almirante fue puesto bajo custodia en una casa de la Rue Godinot y reforzado con costillas de cerdo, puré de patatas y whisky. «La decepción fue horrible», escribió Kay Summersby. «Todo el mundo salió con un humor taciturno.»¹³⁴

Eisenhower salió del cuartel general acompañado de Telek, su terrier escocés. Enfurecido, regresó a su *château* y trató de perderse en *Carnaval de revólveres* de William Colt MacDonald, una novela barata del oeste repleta de tiroteos, de robos de ganado y de apuestas fraudulentas. «Realmente esperaba acontecimientos definitivos y me acosté pronto por si me despertaban a la 1, a las 2, a las 3 o a las 4 de la madrugada», escribió a Mamie la mañana siguiente. «No sucedió nada y por consiguiente me desperté muy pronto, sin nada decente que leer. Las novelas del oeste que tengo son terribles, yo podría escribir mejores novelas con la mano zurda.»¹³⁵

Un nuevo negociador llegó a Reims a las seis de la tarde del domingo, el general Alfred Jodl, jefe de operaciones OKW, con instrucciones de Dönitz para «encontrar la salvación en el oeste» explicando «por qué deseamos esta rendición por separado a los americanos». Reuniéndose con Friedeburg en el despacho de Smith, Jodl declaró con suficiencia a los anglo-americanos: «Al final tendréis que luchar contra los rusos».¹³⁶

Tras noventa minutos de negociación, Smith informó a Eisenhower que Jodl y Friedeburg estaban claramente atascados. «Diles», zanjó el comandante supremo, «que transcurridas cuarenta y ocho horas a partir de esta medianoche cerraré mis líneas en el frente occidental para que no puedan cruzarlas más alemanes. Tanto si firman como si no, no importa el tiempo que se tomen». En un mensaje por radio a Flensburg, Jodl le transmitió a Dönitz: «Eisenhower insiste en que firmemos hoy... no veo otra alternativa: caos o firma». El gran almirante se quejó de que era «pura extorsión», pero dio su consentimiento: «Plenos poderes para firmar».¹³⁷

Los mecanógrafos del SHAEF llevaban días tecleando borradores de rendición en inglés, francés, ruso y alemán. El sábado se había preparado en Reims una versión que pretendía ser la definitiva, pero algunos consideraron que no era un buen documento. Un «acta de rendición» autorizada, escrita por la Comisión Asesora Europea el verano anterior, había sido aprobada posteriormente por Washington,

Londres, Moscú y París. Un documento ligeramente modificado, redactado después de la conferencia de Yalta, añadía una cláusula que confería a los vencedores el poder de desmembrar Alemania. No obstante, Francia había sido informada recientemente de esta segunda versión secreta, y ahora incluso Moscú parecía ambivalente.¹³⁸

A falta de instrucciones firmes de los jefes del Estado Mayor Conjunto, Smith decidió ignorar ambas variantes. Optó por un tercer documento abreviado, sacado de una copia de la rendición alemana en Italia, que acababa de publicar *Stars and Stripes*. Las revisiones que Smith y otros en Reims habían solicitado fueron adaptadas por un oficial británico que había sido actor y gerente de teatro en la vida civil. Ante la frenética urgencia de la embajada de los Estados Unidos en Londres, se insertó una «cláusula general habilitante», que autorizaba a los aliados a imponer condiciones militares y políticas adicionales en caso necesario. Un capitán del SHAEF tradujo concienzudamente las diversas enmiendas al alemán, picando las teclas de la máquina de escribir con un solo dedo.¹³⁹

Aquel apresurado pudín tendría que servir. Reducido a 234 palabras en cinco párrafos, el documento llevado a toda prisa al personal de secretaría, que en poco tiempo realizó ocho copias del «Acta de Rendición Militar», cada una de ellas con una cubierta dura, gris y lisa.

A las 02:00 h del lunes 7 de mayo, diecisiete reporteros y fotógrafos fueron conducidos por una escalera de piedra y a través de un estrecho pasillo a la sala de guerra del SHAEF en el segundo piso. La cálida y rancia habitación que contenía quince sillas sin acolchado y una sólida mesa de roble era un cuadrado de nueve metros utilizado antes de la guerra para partidas de tenis de mesa y de ajedrez por los estudiantes que asistían al *collège*. De las paredes azules descoloridas colgaban enormes mapas como si fueran tapices, mostrando la disposición de los ejércitos aliados y los campos de aviación desde el Círculo Ártico hasta el mar Egeo. Otros mapas y gráficas indicaban las condiciones climatológicas, las bajas del SHAEF y el número de prisioneros alemanes, ahora expresado en siete cifras.

«Prepárense, caballeros, ya vienen.»¹⁴⁰

Un chisporroteante panel de focos parpadeó hasta cobrar vida. Jodl y Friedeburg caminaron hacia la mesa, firmes y con mirada vidriosa. «El efecto de representación se intensificó, si cabe, con la llegada a la sala de los uniformes alemanes», explicó un testigo. Los fotógrafos se escabulleron por la sala encorvados. A continuación entró la delegación aliada compuesta por once hombres, entre ellos los generales Spaatz y Strong, un general de división soviético y Beetle Smith. Tomaron asiento detrás de una placa con el nombre impreso en una tira de cartón. Smith tenía un aspecto

«espantoso, enfermo y exhausto», escribió Osmar White desde su sitio en la galería de prensa. En su despacho del piso de abajo, Eisenhower fingía una indiferencia olímpica, dando vueltas y fumando.¹⁴¹

Strong puso una copia del documento de rendición delante de Jodl. Solo el chasquido de los obturadores de las cámaras y el arañazo de las plumillas de las estilográficas rompían el silencio. Cuando Smith y los demás terminaron de refrendar todas las hojas, Jodl se levantó, inclinándose levemente hacia delante con las yemas de los dedos apoyadas sobre la mesa. «Quiero decir unas palabras», le dijo a Smith en inglés, y luego añadió, en alemán, mientras Strong traducía: «El pueblo alemán y las fuerzas armadas se entregan, para bien o para mal, a manos de los vencedores... En esta hora solo puedo expresar la esperanza de que el vencedor los trate con generosidad».¹⁴²

La ceremonia de rendición había durado diez minutos. Smith y Strong acompañaron a Jodl, con las mejillas surcadas por las lágrimas, al despacho de Eisenhower. Encontraron al comandante supremo sentado detrás de un escritorio sobre el que se habían desplegado banderines de todas las naciones aliadas. Unos círculos color púrpura enmarcaban sus ojos. Jodl se inclinó.¹⁴³

«¿Entiende las condiciones del documento de rendición que acaba de firmar?» inquirió Eisenhower.

«Ja. Ja.»

«Si las condiciones de rendición son violadas usted será considerado oficial y personalmente responsable. Eso es todo.»

Jodl saludó, dio media vuelta y se marchó bajo la gélida mirada del comandante supremo hacia una cita final con el verdugo.

Así se hizo la paz en Europa. «Supongo que esto merece una botella de champán», dijo Eisenhower esbozando una sonrisa. Saltó un corcho y se brindó. Aparecieron los fotógrafos y un equipo de filmación del noticiero. Por sugerencia de Smith, varios oficiales de Estado Mayor se pusieron a redactar un telegrama anunciando a los Charlie-Charlies que la guerra había terminado.¹⁴⁴

Como cada borrador era más grandilocuente, el comandante supremo dio las gracias a sus tenientes y después dictó él mismo el mensaje: «La misión de esta fuerza aliada se cumplió a las 02:41, hora local, del 7 de mayo de 1945. Eisenhower.»¹⁴⁵

Los fuertes olores a jabón y antiséptico todavía persistían en el Hotel Fürstenhof cerca de Kassel, cuyas instalaciones habían albergado hasta hacía muy poco un hospital militar. Una semana antes, el cuartel general del XII Grupo de Ejércitos se había trasladado allí desde Wiesbaden, y Omar Bradley ocupaba una habitación en la

esquina del segundo piso, durmiendo con la ventana abierta y una pistola del calibre 0, 38 con culata de hueso junto a la almohada. A las 04:45 h del lunes, el tintineo de un teléfono lo sacó de un profundo sopor. «¿Brad?», chilló la voz de Eisenhower por el auricular. «Brad, todo ha terminado.» Inmediatamente se impuso un alto el fuego, aunque la rendición no se haría oficialmente efectiva hasta el miércoles a las 23:01 h, para dar tiempo a informar a las guarniciones alemanas en Noruega y a las tripulaciones a bordo de los submarinos en el Atlántico.¹⁴⁶

Bradley se levantó de la cama, con el pelo revuelto en mechones grises. Se embutió su raído albornoz de West Point, y telefoneó a sus camaradas del ejército: a Hodges en Weimar, a Patton en Ratisbona, a Simpson en Braunschweig, a Gerow en Bonn. «Que se detengan todos de inmediato», dijo Bradley. «No tiene sentido que haya más bajas.» Se vistió y bajo sin prisas a desayunar con un estuche de mapas de tela bajo el brazo. «Ahora es cuando empiezan de verdad nuestros problemas», le dijo a un oficial del Estado Mayor. «Todo el mundo querrá marcharse a casa inmediatamente.» Abrió el tablero del mapa y alisó las diminutas banderolas que simbolizaban cada una de las cuarenta y tres divisiones americanas bajo su mando, desplegadas a lo largo de un frente de 1.030 kilómetros. Cogió un lápiz de cera y escribió su última entrada en el mapa, «D+335»; a continuación corrió las espesas cortinas para contemplar el mundo exterior salpicado por los rayos de sol.¹⁴⁷

«Por primera vez en once meses, no hay contacto con el enemigo», subrayaba el diario de la inteligencia del I Ejército en Weimar. A las 08:15 de la mañana del lunes, ciento trece kilómetros al oeste de Praga, una orden de «cesar todo avance» llegó a la 1.^a División, que, desde que desembarcara en Argelia treinta meses atrás, había repartido 21.000 Corazones Púrpura. «Ya era hora, maldita sea», exclamó un GI. Desde su puesto de mando en un antiguo barracón alemán en Ratisbona, Patton escuchaba a los oficiales de Estado Mayor que le comunicaban que disponía de medio millón de hombres bajo su mando. La paz tenía aún poco atractivo para él. Murmuró al oído de un asistente: «Me pregunto cómo serán los ríos en Japón. Mira a ver si puedes conseguir algunos mapas del territorio de Japón». Se puso de pie, con Willie, el bull terrier blanco siguiendo sus pasos, salió a grandes zancadas del puesto de mando y bajó los escalones del barracón, chasqueando los dedos.¹⁴⁸

Al difundirse la noticia de la rendición alemana, algunos soldados revoltosos lo celebraron a bocinazos o con lo que un oficial calificó de fuego de artillería «loco y peligroso»; «caían proyectiles de calibre 0, 30 y 0, 45 como granizo», explicó un GI cerca de Salzburgo. El general Gavin escribió en su diario: «Ya está. Después de dos

años. Uno no sabe si llorar o gritar o simplemente emborracharse». La 3.^a División Blindada, que había hecho acopio de champán desde que cruzara el Rin para esta ocasión, brindó por Eisenhower, su victorioso comandante.¹⁴⁹

No obstante, muchos se sintieron abatidos, «curiosamente apáticos», según palabras de Moorehead. La euforia parecía fuera de lugar. Tantos habían muerto, tantos estaban destrozados. «Debería sentirme completamente alegre en este momento. Tal como están las cosas, llega más bien como un anticlímax», escribió un soldado a su familia. «Recuerdo a todos aquellos que marcharon conmigo, y que también amaban la vida pero la perdieron y hoy no pueden celebrarlo con nosotros». Un escalofriante y profundo silencio cayó sobre el campo de batalla, e incluso aquellos sorprendidos por haber sobrevivido se sentían demasiado cansados, paralizados o hechizados para aleluyas. «Me siento como abatido», confesó Devers. En Turingia, el corresponsal W. C. Heinz veía deambular sin rumbo fijo a los soldados entre las lilas y los manzanos en flor, como aturdidos de encontrarse en un país tan benigno y hermoso. «No sabíamos como matar el tiempo», escribió Heinz.¹⁵⁰

Por primera vez en casi seis años, el sol se puso en una Europa sin frentes, en una Europa en paz. «Las luces centelleaban: luces de camiones, luces de jeeps, luces de tiendas de campaña, luces de faros, luces de edificios, luces de las granjas», escribió un general de división de la 29.^a División. «Todo brillaba.» La noche se apoderó del continente, deslizándose hacia el oeste desde el Vístula al Oder, y después hasta el Elba, el Rin y el Sena. La oscuridad envolvió un millar de campos de batalla, en Remagen y Saint-Vith, Arnhem y Saint-Lô, Caen y la playa de Omaha. Cayó la oscuridad y las luces volvieron a brillar.¹⁵¹

Epílogo

El *Daily Mail* de Londres informó que el lunes 7 de mayo una docena de ancianos estuvieron durante horas «aguardando con cuerdas en las manos y esperanza en el corazón para lanzar al vuelo las campanas de San Pablo en un redoble de triunfo». En vano: no hubo redoble, ni una sola campana repicó. Moscú impidió la proclamación del final de la guerra hasta que se hubiese firmado una debida capitulación de las fuerzas alemanas en el frente oriental en Berlín, validando la rendición improvisada por el SHAEF. La guerra en Europa había terminado, pero no del todo.¹

No importaba que se hubiese filtrado información sobre la ceremonia de Reims. Una emisión radiofónica alemana desde Flensburg anunciaba el lunes el fin de la guerra, y un reportero de Associated Press que había sido testigo de la firma desobedeció el embargo de la noticia decretado por Eisenhower enviando la información a Nueva York, donde el teletipo enseguida empezó a palpar. «Parecerá que los únicos que no lo saben son los gobiernos», telegrafió Churchill a Stalin a las 16:30 h del lunes.²

Pero Stalin se mantuvo firme. Durante años los nazis proclamaron que en la primera guerra mundial el ejército alemán nunca había sido derrotado, en parte porque el armisticio se había firmado en suelo francés. Esta vez no se toleraría semejante patraña. Churchill y Truman aceptaron a regañadientes retener la confirmación de la rendición. El Día de la Victoria en Europa no se haría oficial hasta el martes 8 de mayo. Eisenhower envió una delegación del SHAEF para reunirse con los soviéticos en lo que había sido una escuela alemana de ingeniería militar en Karlshorst, dieciséis kilómetros al sureste del centro de Berlín. Allí se rendirían los alemanes, otra vez, después de nueve horas de ruidosas negociaciones y más ópera bufa. El general De Lattre, en representación de Francia, condenó con vehemencia la ausencia de la bandera francesa entre los colores de las naciones victoriosas desplegados en la sala de conferencias. Pero se opuso aún más cuando un sastre ruso cosió a toda prisa una tricolor, utilizando tela de una bandera nazi, una sábana y un mono tejano, y la

convirtió en holandesa, con las franjas roja, blanca y azul colocadas horizontalmente en vez de alinearlas verticalmente. Un divertido Harry Butcher escribió desde Karlshorst: «Es mucho más fácil iniciar una guerra que terminarla».³

A pesar de un anuncio de la BBC a las seis de la tarde del lunes de que el Día de la Victoria tenía que esperar hasta el día siguiente, una bulliciosa y expectante multitud se congregó en Picadilly y en Trafalgar Square. «El Día de la Victoria puede que sea mañana —declaraba el *Daily Mail*—, pero la guerra ha terminado esta noche.» Las hogueras iluminaban las nubes con un tono anaranjado que recordó a algunos el Blitz de 1940. No obstante, cuando corrió la voz del aplazamiento, el espíritu festivo se disipó. «Despejen», ordenó un policía. «Todo ha terminado.»⁴

En París la celebración que había empezado el lunes por la noche acabaría descontrolándose hasta el jueves al mediodía. Jeeps abarrotados de GI y francesas atractivas circulaban por las calles mientras la muchedumbre gritaba: «*Salut! Vive les États Unis!* ¡Ejército americano, hip hip hurra!» Masas serpenteantes bailaban por los Champs-Élysées mientras las sirenas aullaban señalando que había que despejar y las campanas de las iglesias tañían por toda la ciudad. Un testigo que estaba en Avenue Kléber informó de aglomeraciones de «gente que iba de cualquier sitio a cualquier otro». La Place de la Concorde estaba tan abarrotada que los PM americanos se debatían para poder abrir un pasillo hasta la embajada de los EE. UU.; miles de personas se unieron a los yanquis cantando, o por lo menos tarareando, *The Battle Hymn of the Republic* [El himno de batalla de la República]. Por primera vez desde que empezara la guerra, las luces iluminaban el Arc de Triomphe, la Opéra, y otros lugares emblemáticos. La Garde Républicaine trotaba a caballo desde la Madeleine con sus cascos emplumados de dragones compartiendo la silla con una sonriente muchacha por lo menos. Los artilleros franceses separaron el armón de un Howitzer delante del palacio de Versalles para lanzar salvas en la Avenue de Paris.⁵

El resto del mundo no tardó en sumarse al espíritu festivo de celebración. Una multitud de unas cinco mil personas se concentró delante de la embajada de los Estados Unidos cerca de la Plaza Roja de Moscú para vitorear al aliado americano. A los yanquis que encontraban por las calles los manteaban con alegría. Medio millón de personas abarrotaban Times Square, y enormes titulares cubrían la primera página del *The New York Times* proclamando: «¡Ha terminado la guerra en Europa! La rendición es incondicional. Hoy se proclamará el Día de la Victoria». En Washington, las luces bañaban la cúpula del Capitolio por primera vez desde diciembre de 1941, aunque las calles permanecían silenciosas, quizás porque la batalla por Okinawa se había convertido en baño de sangre cueva a cueva. Los burócratas federales recibieron la orden de personarse al trabajo el martes como de costumbre, por temor a que

arraigase la holgazanería de tiempos de paz. «Es una hora solemne pero gloriosa», declaró Truman a la nación. «Debemos trabajar para terminar la guerra. Nuestra victoria es solo a medias. Occidente es libre, pero Oriente todavía es esclavo de los traidores japoneses.»⁶

El Día de la Victoria amaneció en Londres con lo que un residente calificó de «intensa lluvia wagneriana» y truenos tan violentos que muchos se despertaron temiendo el regreso de los bombarderos alemanes. A media mañana la tormenta se había marchado, el sol se abrió camino y los tañedores de campanas de San Pablo se inclinaron a su trabajo. Las chicas británicas deambulaban en grupo con acianos y amapolas en el pelo, escribió Mollie Panter-Downes en *The New Yorker*, «como bandadas de pájaros de alegre plumaje y trino». Los remolcadores del Támesis emitieron con sus bocinas una «V» en Morse, mientras que los vendedores ambulantes ofrecían broches de hojalata con la silueta de la cabeza con boina de Montgomery. Los cornetas tocaron «cese el fuego» mientras los estudiantes de Green Park golpeaban las tapas de fresno de las latas como si fueran címbalos. Cajas de whisky y de ginebra, con la etiqueta de «En venta solo la noche de la victoria», fueron repartidas a centenares de pubs, donde muchos codos se empinaron anticipadamente. El Savoy añadió a su carta *La Tasse de Consommé Niçoise de la Victoire* junto con *Le Médaillon du Soldat*. La multitud congregada delante del Palacio de Buckingham coreaba, «¡Queremos al rey!», y el rey salió, junto con la reina y dos princesas, que aparecieron saludando desde el balcón seis veces a lo largo de aquel día. A los acordes de *Rule, Britannia!*, la antigua Guardia prendió fuego a una efigie de Hitler.⁷

A primera hora de la tarde Churchill salió del número 10 de Downing Street por la puerta del jardín. La multitud lo vitoreó con entusiasmo mientras se dirigía en coche descapotado desde Horse Guards Parade a la Cámara de los Comunes. Allí, el primer ministro leyó el anuncio de rendición y recibió una gran ovación antes de encabezar una procesión a pie de miembros del Parlamento hacia la iglesia de Saint Margaret, del siglo XII, cerca de la abadía de Westminster, para asistir a un servicio de acción de gracias. De allí, lo llevaron en coche hasta el Palacio de Buckingham para tomar el té a través de una aglomeración aduladora que aullaba, «¡Winnie! ¡Winnie!». «Todos gritamos hasta quedarnos afónicos», anotó en su diario el dramaturgo Noël Coward después de haber permanecido de pie delante del palacio. «Supongo que este es el día más grande de nuestra historia.» Churchill envió a un asistente a por un puro, que encendió con un ademán teatral ante la eufórica muchedumbre. «Tengo que actuar para ellos», confesó. «Lo están esperando.»⁸

Al caer la tarde los reflectores identificaron la cúpula y la cruz de San Pablo, comparada por un testigo con «una joya maravillosa inventada por un mago». La cara redonda del Big Ben resplandecía con un brillo lunar. En Green Park surgieron más hogueras alimentadas con ramas de árbol y bancos de sobra. Cuando el día se desvanecía por el oeste, Churchill apareció en el balcón del Ministerio de Sanidad para observar a la bulliciosa muchedumbre que se extendía por Whitehall. «Esta es vuestra hora», les dijo, proyectando con sus rechonchos dedos la característica V. «Fuimos los primeros, en esta tierra antigua, en desenvainar la espada contra la tiranía.» Los destellos de las lámparas de araña flotaban suspendidos en el aire derramando luz, y la multitud entregada entrelazó los brazos para cantar *Land of Hope and Glory* [Tierra de esperanza y gloria] de Elgar, llorando juntos en el pesar y la alegría, por todo lo que se había perdido y todo lo que se había ganado.⁹

Con la rendición de Japón el 2 de septiembre de 1945, la segunda guerra mundial había durado seis años y un día, involucrando a casi sesenta naciones, además de diversos territorios coloniales e imperiales. Durante aquellos seis años murieron sesenta millones de personas, incluyendo casi diez millones en Alemania y Japón, y más del doble de esta cifra en la Unión Soviética: aproximadamente 26 millones, una tercera parte de ellos soldados. Para describir esta «época grande y terrible», como George Marshall la denominó, harían falta nuevas palabras, como «genocidio», y las palabras viejas adoptarían nuevos usos: «Holocausto». La guerra «fue un asunto salvaje, insensato casi inconcebible para la imaginación bien intencionada», escribió el teniente Paul Fussell. «La verdadera guerra fue trágica e irónica, fuera del alcance de lo que cualquier análisis literario o filosófico pudiera sugerir.» Para una víctima, Ernie Pyle, este conflicto global había sido simplemente «una desgracia injustificable».¹⁰

Los aliados pudieron experimentar cierto alivio con la victoria total sobre un enemigo de iniquidad sin par. Una lucha existencial se había zanjado de forma tan decisiva que el mariscal de campo Brooke, entre otros, concluyó «que hay un Dios todopoderoso cuidando del destino del mundo». En Europa, en 338 días los aliados occidentales habían avanzado más de 1.127 kilómetros, liberado a decenas de millones de pueblos oprimidos, capturado a más de cuatro millones de prisioneros y matado o herido gravemente a un millón de soldados enemigos aproximadamente. Al haberse desangrado mucho menos que los soviéticos, al final de la guerra el oeste había conservado los cuadrantes más productivos y económicamente vitales del continente.¹¹

Una máxima militar británica sostenía que «el que no ha luchado contra los alemanes no conoce la guerra». Ahora los americanos, los soviéticos y los demás conocían la guerra demasiado bien. La cohesión y coherencia internas de la coalición aliada había hecho posible la victoria: había vencido la mejor alianza. Evidentemente, se podía evaluar la forma de hacer la guerra de los aliados en un determinado momento y sentirse desalentado por las oportunidades perdidas, la ceguera de algunas personalidades y lo desperdiciado, preguntarse por qué las tropas no fueron más audaces o por lo menos más listas, más hábiles o por lo menos más astutas, más clarividentes o por lo menos intuitivas. Sin embargo, pese a sus flaquezas, la forma de combatir de los aliados acabó triunfando, con sistemas que, a diferencia de los del Eje, estaban, como escribiría el historiador Richard Overy, «centralizados, unificados y coordinados».¹²

Comparado con la autocracia del Eje, el liderazgo aliado incluía un equilibrio de poderes para temprar la arbitraria testarudez y los errores de juicio personales. El campo de batalla había constituido un terreno de pruebas en el que podían florecer la ecuanimidad y la competencia demostradas. Como de costumbre, la guerra moderna también recompensaba la ingenuidad, la colaboración, la perspicacia organizativa y la suerte, aquel rasgo tan apreciado por Napoleón en sus generales. La confederación anglo-americana en particular, a pesar del acusado melodrama, podía verse retrospectivamente como una simbiosis estratégica: la prudencia británica en 1942 y 1943, rindiéndose finalmente a la audacia americana en 1944 y 1945 había aportado victorias en el Mediterráneo que fueron el prelude necesario para la decisiva campaña que empezó en Normandía. Allí la guerra había formado un tríptico, con las campañas en África del Norte, Italia y la Europa occidental, proporcionando cada una un panel que conformaba el conjunto. Churchill creó su propio aforismo, citado hasta la saciedad: «Solo hay una cosa peor que combatir con aliados, y es combatir sin ellos».¹³

«Nuestra resolución de preservar la civilización ha de ser más implacable», había escrito un observador americano en 1939. «Nuestro coraje ha de aumentar.» Hubo resolución y coraje para la causa a partes iguales, así como contribuciones más materiales. Los americanos proporcionaron más de dos tercios de las 91 divisiones de Eisenhower, y la mitad de los aviones de combate aliados. Trece divisiones estadounidenses sufrieron en Europa como mínimo el 100 % de bajas (otras cinco superaron el 200 %), sin embargo, la potencia de combate americana permaneció en gran medida intacta hasta el final. La guerra en su totalidad costó a los contribuyentes americanos 296.000 millones de dólares, aproximadamente 4 billones de dólares de 2012. Para ayudar a cubrir un presupuesto militar que había aumentado el 8.000 %,

Roosevelt amplió el número de contribuyentes de 4 millones a 42 millones. Las fuerzas armadas se habían incrementado un 3.500 % mientras se construían 3.000 bases y depósitos y se enviaban 4,5 toneladas de material bélico por cada soldado desplegado, además de otra tonelada mensual para su mantenimiento. Viendo cómo hacían la guerra los yanquis, un francés escribió: «Sentí como si los americanos estuvieran excavando el canal de Panamá a través del ejército alemán».¹⁴

Lo que Churchill calificó de «prodigio de organización» americana había enviado a Europa 18 millones de toneladas de material de guerra, lo que equivalía al cargamento de 3.600 buques Liberty o 181.000 vagones de ferrocarril: el equipo iba desde 800.000 vehículos militares hasta calzado de las tallas 2A a 22EEE. Las fábricas de munición estadounidenses habían producido 40.000 millones de balas para armas pequeñas y 56 millones de granadas. Desde el Día D hasta el Día de la Victoria, los GI dispararon 500 millones de balas de ametralladora y 23 millones de proyectiles de artillería. «Estoy dejando que los contribuyentes americanos tomen esta colina», declaró un prodigio artillero, y nadie protestó. En 1945, los Estados Unidos habían construido dos tercios de todos los barcos que estaban en el mar y estaban fabricando la mitad de todos los productos manufacturados del mundo, es decir, casi la mitad de todo el armamento. El enemigo fue aplastado por el dominio logístico, la potencia de fuego, la movilidad, la aptitud mecánica y un gigante económico que producía muchísimo más en casi todo que lo que podía producir Alemania: bombarderos, bombas, cazas, aviones de transporte, morteros, ametralladoras y camiones. No obstante, la guerra absorbió apenas una tercera parte del producto interior bruto americano, una proporción más pequeña que la de cualquier otro beligerante de importancia. Un prisionero alemán se lamentaba, «Una guerra como la vuestra es fácil».¹⁵

Evidentemente, nada había sido fácil. Pero los Estados Unidos salieron de la segunda guerra mundial con unas ventajas extraordinarias que le aseguraban la prosperidad durante décadas: una floreciente e intacta base industrial, una población sin demasiadas secuelas de la guerra, energía barata, dos tercios de las reservas de oro del mundo, y un gran optimismo. Como principal potencia de la Europa occidental, del Mediterráneo y del Pacífico, en posesión de armas atómicas y de una potencia naval y aérea inigualable, los Estados Unidos estaban dispuestos a explotar lo que el historiador H. P. Willmott describió como «el fin del período de supremacía europea en el mundo que había durado cuatro siglos». Si la guerra había disipado el aislacionismo americano, también había fomentado la excepcionalidad americana, así

como una inclinación a las soluciones militares y una autoestima que llevó a muchos a etiquetar su época como «el siglo americano». «El poder», como escribió John Adams, «siempre piensa que tiene un alma grande».¹⁶

La guerra fue un potente catalizador para un cambio social en toda la república. Las nuevas tecnologías (aviones, ordenadores, misiles balísticos, penicilina) no tardaron en estimular nuevas y vibrantes industrias, que a su vez incentivaron la emigración de obreros negros del sur hacia norte, y de todos los pueblos hacia el occidente emergente. La GI Bill (Ley para la Reintegración de los Combatientes) sentó a millones de soldados en las aulas de las facultades, estimulando una movilidad social sin precedentes. Diecinueve millones de mujeres americanas habían accedido a puestos de trabajo al final de la guerra; no obstante, aunque volvieron rápidamente a los roles tradicionales anteriores al conflicto (el promedio de trabajadoras en 1947 apenas era superior al de 1940), aquel genio no se quedaría para siempre en la botella. El modesto experimento de integración racial en batallones de infantería acabó con la guerra, a pesar del acuerdo casi universal de que los fusileros negros habían actuado con habilidad y en armonía con sus camaradas blancos. Sería necesaria una orden presidencial de 1948 para abolir la segregación militar, y haría falta mucho más para dar la vuelta a tres siglos de opresión racial en América.¹⁷

Sin embargo, las placas tectónicas habían empezado a moverse. «Encantado de volver a casa», comentó un soldado negro de Chicago cuando su buque de transporte entraba en el puerto de Nueva York. «Orgulloso de mi país, a pesar de lo desigual. Si se lo propusiera podría ser mejor.»¹⁸

En la desolada Europa quedaban ingentes tareas por hacer. Los que habían sobrevivido a la guerra deben «aprender a recomponer nuestro mundo roto», en palabras de Pyle. Los últimos restos del Tercer Reich habían de ser barridos, entre ellos los 400.000 soldados alemanes a la deriva en Noruega. El gran almirante Dönitz y sus burócratas permanecieron ocupados en Flensburg durante dos semanas después de la rendición, escribiendo informes, intercambiando memorándums e incluso posando para una fotografía oficial del régimen, hasta que llegaron las autoridades del SHAEF para llevárselos a prisión. («Cualquier palabra mía sería superflua», dijo Dönitz.) Un Consejo de Control Aliado asumiría el poder en Alemania a comienzos de junio en nombre de los vencedores, y las tropas anglo-americanas evacuaron la zona soviética un mes más tarde. El SHAEF se trasladó de Reims a Fráncfort y se convirtió en USFET,* Fuerzas Estadounidenses en el Teatro de Operaciones Europeo, a pesar de que aquellas fuerzas, de más de tres millones de efectivos, empezaran a desfilar hacia casa. Una de las tareas inminentes era deshacerse de 211.000 toneladas

de municiones alemanas de gas venenoso en las zonas estadounidense y británica, que incluían 90.000 toneladas de bombas mostaza y 3,7 millones de proyectiles de gas de artillería, un recordatorio de lo mucho peor que podía haber sido la guerra. Las autoridades militares pensaron en enviar parte de aquel material al Pacífico para usarlo contra los japoneses, pero después concluyeron que las 160.000 toneladas de municiones de gas de los EE.UU. almacenadas en Europa y en el Mediterráneo ofrecían un amplio respaldo, en caso necesario.¹⁹

A mediados de mayo Churchill les dijo a los británicos: «En el continente europeo todavía tenemos que asegurarnos de que... las palabras “libertad”, “democracia” y “liberación” no se hayan desvirtuado y alejado del verdadero significado que tienen para nosotros». «Convencidos, resueltos, inquebrantables, indómitos, hasta terminar todo el trabajo y que el mundo entero esté a salvo y limpio.» Parte de aquella limpieza requería la investigación y enjuiciamiento de los culpables del asesinato de seis millones de judíos, medio millón de gitanos y muchos, muchos otros. Se capturaron y analizaron tres mil toneladas de documentos relativos a los campos. En la Sala 600 del juzgado de Núremberg, el más famoso de todos los tribunales de crímenes de guerra escucharía el testimonio de 360 testigos y revisaría 200.000 declaraciones juradas. De dos docenas de acusados nazis, diez fueron ahorcados en octubre de 1946 en patíbulos erigidos en el gimnasio de una prisión.²⁰

Los gobiernos aliados individuales celebraron también centenares de juicios adicionales. Las potencias occidentales solas arrestaron a 200.000 sospechosos, acusando a más de 5.000 de crímenes de guerra. De 48 acusados juzgados por un tribunal militar británico en Lüneburg por crímenes relacionados con Bergen-Belsen, 11 fueron ejecutados por un verdugo experto que había volado al continente expresamente. Desde 1945 hasta 1948, tribunales militares americanos juzgaron a 1.672 alemanes en 489 juicios: oficiales militares, políticos, diplomáticos, industriales, médicos y juristas.²¹

El camino hacia la justicia resultó tortuoso. Setenta y cuatro acusados fueron juzgados en una sala de Dachau por el asesinato de GI y de civiles belgas en el cruce de Malmédy o en los alrededores durante las Ardenas, y cuarenta y tres fueron condenados a muerte, incluido su comandante, el coronel Joachim Peiper. Pero las confesiones habían sido obtenidas a la fuerza, mediante amenazas a los familiares de los acusados, violencia física y otros métodos coercitivos: todas las penas capitales fueron conmutadas. Liberado de la prisión de Landsberg en 1956, Peiper encontró trabajo como gerente de ventas para Porsche. Después trabajó para la Volkswagen y como traductor, permaneciendo siempre activo en las asociaciones de veteranos de las

Waffen-SS. En 1976, Peiper murió quemado cuando su casa de Alsacia ardió a causa de una bomba incendiaria arrojada por un asesino que también había rajado las mangueras del departamento de bomberos. El crimen quedó sin resolver.²²

Eisenhower había confesado que su «plan número 1» para después de la guerra era «sentarse en la orilla de un tranquilo arroyo y pescar». No sería así: el comandante victorioso estaba destinado a cosas más grandes. Entre los muchos elogios que recibió había una amable nota de Montgomery. «Le debo mucho a su sabia guía y amable paciencia», escribió el mariscal de campo. «Conozco muy bien mis defectos y supongo que no soy un subordinado fácil; me gusta hacer las cosas a mi manera. Pero usted me ha mantenido en vereda en tiempos difíciles y tormentosos.»²³

Ningún elogio significó más para Eisenhower que el encomio de Marshall:

Has cumplido tu misión con la mayor victoria de la historia de la guerra... has hecho historia, historia a lo grande para bien de la humanidad, y representas todo lo que aspiramos y admiramos en un oficial del Ejército de los Estados Unidos.²⁴

Le quedaban por delante quince años más de servicio, como jefe de Estado Mayor del Ejército, presidente de la Universidad de Columbia, comandante de la nueva alianza militar OTAN y presidente de su país. Pero primero Eisenhower regresaría a Londres, donde había llegado tres años antes como un nuevo y anónimo general de división responsable de la planificación para la liberación de Europa. Ahora, mientras trataba de dar un tranquilo paseo por Hyde Park, una muchedumbre se congregó gritando, «¡Ike! ¡El bueno de Ike!», y dos guardias tuvieron que escoltarlo de vuelta al Hotel Dorchester. «Es agradable regresar a un país donde casi puedo hablar el idioma», bromeó.²⁵

El martes 12 de junio, en un landó descapotado tirado por un par de alazanes al paso elevado, se dirigió a Guildhall, el ayuntamiento londinense de ochocientos años, todavía con cicatrices del Blitz. Allí recibiría una espada de honor y el agradecimiento formal de Gran Bretaña. Una orquesta tocaba *Mirad, llega el héroe conquistador* mientras policías montados en cinco caballos de guerra blancos conducían el carruaje a Gresham Street, donde miles de espectadores soltaron un clamor que hizo huir a las palomas del campanario de la iglesia. En el interior, una orquesta de cuerda acababa de tocar *My Old Kentucky Home* cuando un alguacil gritó desde la puerta: «¡El comandante supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada!» Eisenhower subió al estrado para recibir un aplauso de bienvenida de parte de los grandes de Inglaterra, Churchill el primero de ellos. Durante veinte minutos, pálido y un poco nervioso, habló sin apuntes de su causa común, de su sacrificio compartido y de su victoria

conjunta. «Nunca me había percatado de que Ike fuera un hombre tan grande hasta que le oí hoy», escribió Brooke en su diario. Una frase del discurso de Eisenhower se grabaría sobre su tumba en Kansas un cuarto de siglo más tarde: «La humildad debe siempre formar parte de cualquier hombre que obtenga la fama por medio de la sangre de sus seguidores y los sacrificios de sus amigos».²⁶

Sangre sin duda la había habido, y sacrificios más allá de toda comprensión. Las bajas en combate de los ejércitos aliados occidentales desde el Día D superaron las 750.000, de las que 165.000 fueron muertes. A ello hay que añadir 10.000 pérdidas de la marina, la mitad de ellas muertes, y 62.000 bajas del aire, la mitad también muertes en los 12.000 aviones aliados perdidos en Europa.²⁷

Las fuerzas británicas, canadienses, polacas y auxiliares del XXI Grupo de Ejércitos calcularon 194.000 bajas en combate en once meses, entre ellas 42.000 muertos. Las bajas francesas en combate en la Europa noroccidental llegaron a 69.000, de las cuales 12.600 murieron. Por más espantosas que sean estas cifras, palidecen al lado de las que padecieron otros combatientes. De todos los muchachos alemanes nacidos entre 1915 y 1924, una tercera parte murieron o desaparecieron. Un 14 % de la población soviética de 190 millones pereció durante la guerra: el Ejército Rojo sufrió más muertes en combate solo en Stalingrado que las fuerzas armadas estadounidenses en toda la guerra. Las fuerzas soviéticas mataron también aproximadamente nueve veces más alemanes que los Estados Unidos y Gran Bretaña juntos.²⁸

Los soldados americanos se llevaron la peor parte en los ejércitos occidentales durante el último año: las 587.000 bajas estadounidenses en la Europa occidental incluían 135.576 muertos, casi la mitad del total mundial de los EE. UU. De 361.000 GI heridos, los ágiles y los afortunados escaparon con cicatrices superficiales, como el veterano que años después escribió que «mi dedo índice izquierdo todavía tiene la marca por donde penetró un pequeño fragmento de obús, allí, una tarde delirante». Otros fueron menos afortunados: 1.700 combatientes de todos los teatros quedaron ciegos y 11.000 con una parálisis parcial de uno o más miembros. El ejército calculó 18.000 amputaciones, la mayoría de ellas después de junio de 1944. Un solo hospital de Michigan trató a más amputados que el número total de amputaciones ocurridas en todo el ejército estadounidense en la primera guerra mundial. «No siempre recordabas su nombre —dijo un cirujano después—, pero sí recordabas su muñón.»²⁹

Había una lista de setenta y cinco mil americanos desaparecidos o capturados durante la campaña europea. Al final de la guerra no se podía dar cuenta de miles de ellos, dejando a sus seres queridos con la particular angustia de la incertidumbre. «Cariño, acércate a mí en un sueño esta noche y dime que estás vivo y a salvo», escribió Myra A. Strachner del Bronx el 18 de abril, después de que el soldado raso Bernie Staller desapareciera. «¡Por favor! Sé que quieres decírmelo.» Finalmente, el secreto del soldado Staller se desveló: la artillería alemana lo había matado un mes antes, a los diecinueve años. Para otros, el misterio perduró. Unos 25.000 GI yacían en tumbas aisladas por todo el continente, muchas de ellas escondidas o perdidas.³⁰

Tan pronto como se secó la tinta de los documentos de rendición, equipos móviles se dispersaron por toda Europa en busca de los muertos y desaparecidos, entre ellos 14.000 americanos supuestamente muertos en aviones estrellados detrás de las líneas enemigas y otros que habían muerto en hospitales prisión alemanes. Búsquedas similares se llevaron a cabo desde el Círculo Ártico hasta Ciudad del Cabo, desde las Azores hasta Irán. Unidades de Registro de Tumbas trabajaron para confirmar las identidades de más de 250.000 americanos muertos en 450 cementerios dispersos en 86 países, dos terceras partes en Europa o el Mediterráneo. En cuanto a los 44.000 desaparecidos en el mar, no se pudo hacer nada.³¹

Al cabo de algunas semanas se desenterraron 700 cuerpos en Checoslovaquia. Otros centenares aparecieron en tumbas dispersas de Alemania oriental, donde los soviéticos permitieron a regañadientes que tres escuadrones americanos de recuperación de cuerpos recorriesen la campiña. Se exhumaron mil trescientos grupos de restos de americanos en los Países Bajos, muchos de ellos de los pólderes de Market Garden. Caminar por el bosque de Hürtgen y por la Línea Sigfrido resultaba peligroso debido a los millones de minas terrestres, pero tras nueve meses de búsqueda por la Alemania occidental se pudieron encontrar a 6.220 americanos en los campos de batalla, pequeños y grandes. En tres años, los campos, los bosques, los huertos y los sótanos europeos proporcionaron 16.548 cadáveres aislados de GI; y a lo largo de las siguientes décadas continuarían encontrándose un cráneo aquí o un fémur allí.³²

Cuando esta búsqueda empezó, los doce cementerios militares estadounidenses en suelo alemán fueron vaciados: no se dejaría a sabiendas a ningún GI muerto en el antiguo Reich. Primero a miles y después a decenas de miles, los muertos fueron enterrados otra vez en treinta y ocho emplazamientos provisionales, mayoritariamente en Francia. Diez de ellos se convirtieron después en cementerios permanentes. La solicitud que se les dispensaba podía verse en el cementerio del IX Ejército de

Margraten, donde el 30 de mayo de 1945, Día de los Caídos, ciudadanos holandeses recogieron flores de sesenta pueblos y las esparcieron como una brillante alfombra por diecisiete mil tumbas.³³

El poder de una tumba bien cuidada era inmenso. Patricia O'Malley, que tenía un año cuando un francotirador mató a su padre, el general de división Richard James O'Malley, comandante de un batallón de la 12.ª de Infantería, en Normandía, escribió después de visitar por primera vez su lápida en el cementerio de Colleville, sobre la playa de Omaha.

Lloré por la alegría de estar allí y la tristeza de la muerte de mi padre. Lloré por todas las veces que necesité un padre y no lo tuve. Lloré por todas las palabras que había querido decirle y escucharle pero no pude. Lloré y lloré.³⁴

En 1947, los familiares de 270.000 americanos identificados muertos y enterrados en Europa entregarían al intendente general el Formulario 345 para elegir si querían que su soldado fuera repatriado a los Estados Unidos o que permaneciese enterrado en el extranjero junto con sus camaradas. Más del 60 % de los muertos de todo el mundo regresó a casa, a un coste medio para el gobierno de 564,50 dólares por cuerpo, una repatriación sin precedentes que solo una nación próspera y victoriosa podía permitirse. En Europa las exhumaciones empezaron aquel mes de julio: todas y cada una de las tumbas se abrieron a mano y se rociaron los restos con un compuesto de formaldehído, cloruro de aluminio, yeso de París, polvo de madera y arcilla para embalsamamiento. Envuelto en una manta, cada cuerpo fue depositado sobre una almohada en un féretro de metal forrado de satén.³⁵

Las huelgas de obreros en los Estados Unidos provocaron una escasez de acero para los féretros y, además, la repatriación tuvo que ser aplazada por falta de embalsamadores autorizados a pesar de que representantes del gobierno hicieron visitas de reclutamiento a las escuelas funerarias de todo el país. En los almacenes de Cherburgo, Cardiff y otros lugares se acumulaban los muertos. Finalmente, el *Joseph V. Connolly*, el primero de veintiún buques fantasmas que zarparon de Europa, navegó siguiendo el curso del Scheldt con 5.060 soldados muertos en la bodega. Treinta mil belgas los despidieron desde los muelles de Amberes, mientras prometían cuidar de los 61.000 americanos que se quedaron en aquellos diez cementerios europeos, «como si», confesó un hombre, «sus tumbas fueran las de nuestros hijos».³⁶

El sábado 27 de octubre, el *Connolly* atracaba en Nueva York. Los estibadores bajaron los féretros del barco de dos en dos con correas especialmente diseñadas. La mayoría viajarían después en tren en una gran diáspora a través de la república para ser enterrados en su ciudad natal. Entre los que esperaban estaba Henry A. Wright, un

viudo que vivía en una granja en el suroeste de Misuri, cerca de Springfield. Uno a uno fueron llegando sus hijos muertos a la estación de tren: el sargento Frank H. Wright, muerto en Nochebuena de 1944 en las Ardenas; después el soldado Harold B. Wright, que había muerto a consecuencia de sus heridas en un campo de prisioneros alemán el 3 de febrero de 1945; y finalmente el soldado Elton E. Wright, muerto en Alemania el 25 de abril, dos semanas antes de que terminase la guerra. Gris y encorvado, el anciano Wright miraba mientras trasladaban los féretros a la habitación rústica donde habían nacido los chicos. Los vecinos velaron toda la noche, forrando el suelo de rosas, y por la mañana llevaron a los hermanos al cementerio de la colina para ser enterrados uno al lado del otro y del otro bajo un cielo de plomo.³⁷

Así regresaron de Europa los caídos, una fuerza de 82.357. Llegaron a casa y también sus pertenencias. Trescientos veinte kilómetros al norte de la granja de Wright, el Departamento de Efectos Personales del Ejército del Depósito de Intendencia de Kansas City llenó un enorme almacén ubicado en el 601 de Hardesty Avenue, justo debajo de un majestuoso meandro del río Misuri. De una modesta empresa que había empezado con media docena de empleados en febrero de 1942, el Departamento de Efectos Personales se había expandido a más de mil trabajadores, y en agosto de 1945 estaban manejando sesenta mil envíos al mes, todos cargados con las pertenencias de los americanos muertos procedentes de seis continentes.³⁸

Hora tras hora, día tras día, se descargaban contenedores de los vagones de carga de los trenes a una plataforma de recepción y después se subían con un elevador al décimo piso del depósito. Allí, con una eficiencia de cadena de montaje, los contenedores viajaban en una cinta transportadora de parada en parada hasta el séptimo piso, mientras los inspectores revolvían las cajas para sacar documentos clasificados, pornografía y quizás cartas amorosas de alguna novia que pudieran añadir más sufrimiento a la afligida viuda. Según decían, la norma principal de Hardesty Avenue era: «Saca todo lo que no querrías que se devolviera a tu familia si tú fueras el soldado». Los trabajadores utilizaban piedras de afilar y taladros de dentista para sacar la corrosión y la sangre de los cascos y chalecos de accesorios; las lavanderas se esmeraban restregando las manchas de sangre de las chaquetas y camisas de los uniformes. Una vez vuelto a empaquetar, se pegaba un inventario detallado a cada contenedor antes de ser amontonado en arcones de almacenamiento. Mientras tanto, equipos de mecanógrafos en una sala adyacente escribían correspondencia de los familiares más próximos, hasta setenta mil cartas al mes, preguntando adónde debían enviar las últimas pertenencias del soldado.³⁹

A lo largo de los años, el Departamento de Efectos Personales encontró tapices, espadas del enemigo, una ametralladora alemana, un acordeón italiano, una bolsa de tabaco llena de diamantes, colmillos de morsa, una cabeza reducida y un bote salvavidas japonés. Entre los miles de diarios que llegaron a Kansas City había un pequeño bloc de notas que había pertenecido al teniente Hershel G. Horton, un oficial del ejército de veintinueve años de Aurora, Illinois. Herido en la pierna y cadera derecha durante un tiroteo con los japoneses en Nueva Guinea, Horton se había arrastrado hasta una choza de hierbas y, durante los varios días que tardó en morir, garabateó una última carta en su libreta. «Mis queridos y amados padre, madre y hermana», escribió. «Estoy aquí, tendido en este terrible lugar y me pregunto no por qué Dios me ha abandonado, sino más bien por qué me está haciendo sufrir.»

Este, el más insondable de todos los misterios, quedaría para reflexión de los vivos. Los soldados que sobrevivieron lucharían también para reconciliar la mayor catástrofe de la historia humana con lo que el filósofo y oficial del ejército J. Glenn Gray llamó «el único gran tránsito lírico de sus vidas». La intensidad de la guerra, la camaradería y el sentido de un elevado propósito dejó a muchos con «una deplorable nostalgia», en palabras de A. J. Liebling. «Eran tiempos llenos de certeza», escribió después Liebling. «Desde entonces pocas veces he sentido que tenía razón.» Un miembro de la tripulación del Ejército del Aire que completó cincuenta misiones de bombardeo observó: «Nunca me sentí tan vivo. Nunca la tierra y todo lo que la rodeaba me pareció tan real y brillante». Un ingeniero de combate reflexionaba: «Lo que tuvimos juntos fue algo horrible y endiabladamente bueno, algo que no creo volvamos a tener mientras vivamos».⁴⁰

Estaban templados, tocados por el fuego. «Indudablemente, no somos menos hombres que nuestros antepasados», escribió Gavin a su hija. Alan Moorehead, que había asistido a la desgracia escarlata de principio a fin, creía que «en muy diversos lugares puede un hombre encontrar grandeza en su interior».⁴¹

El artillero antiaéreo en un ataque y el muchacho en una barcaza de desembarco sintieron realmente en algún momento que lo que estaban haciendo era algo intrínseca y definitivamente bueno, lo mejor que podían hacer. Y en aquellos momentos había una satisfacción insuperable, un sentido de estar cumpliendo su vida enteramente... Aquel breve ennoblecimiento siguió repitiéndose una y otra vez hasta el final, y renovaba y aligeraba por entero la sórdida y heroica historia.⁴²

En opinión de Moorehead, el soldado al que le fue concedida aquella gracia se convirtió «por un instante, en un hombre completo, y tuvo aquella grandeza en su interior». Para aquellos cuyo destino fue sobrevivir a la guerra y morir de viejos en

cama medio siglo después, el fragor de la batalla se fue disipando sin llegar nunca a desaparecer del todo. Sabían, como sabía Osmar White, que «los muertos habían confiado su causa a los vivos». También aquello era parte de la grandeza.⁴³

«Ninguna guerra termina de verdad hasta la muerte del último veterano», concluiría un fusilero de la 26.a División. De los 16.112.566 americanos que vistieron uniforme durante la segunda guerra mundial, se calculó que a finales de 2014 el número de los que todavía seguirían vivos habría descendido a un millón, y, una década después, en 2024 disminuiría por debajo de los cien mil. Para el año 2036, según estimaciones de los demógrafos del gobierno de los Estados Unidos, quedarían vivos menos de cuatrocientos veteranos, menos de la mitad de la fuerza de un batallón de infantería.

Sin embargo, la guerra y todo lo que la guerra conlleva, la nobleza, la maldad y el inconmensurable dolor, sin duda seguirá viviendo después de que el último viejo soldado repose en su tumba. Que la tierra le sea ligera sobre los huesos.⁴⁴

Notas

Las siguientes abreviaciones aparecen en las notas y en la bibliografía del presente volumen. La localización de algunos documentos en las estanterías y en las cajas de los diversos centros en los que se encuentran está sujeta a cambios debido a la constante reconfiguración de las colecciones por parte de los archivistas. En www.liberationtrilogy.com el lector podrá encontrar una lista con otros manuscritos, estudios monográficos y documentos inéditos utilizados en este libro.

AAAD Rick Atkinson, *An Army at Dawn*.

AAF Army Air Forces (Fuerzas Aéreas del Ejército).

AAFInWWII W. F. Craven y J. L. Cate (eds.), *The Army Air Forces in World War II*, vol.3.

AAR after action report (informe del resultado de la acción).

AB *After the Battle*.

AB Div airborne division (división aerotransportada).

AD armored division (división acorazada).

admin. administración.

AF air force (fuerza aérea).

AFHQ micro Allied Forces Headquarters microfilm (microfilm del Cuartel General de las Fuerzas Aliadas), NARA RG 331.

AFHRA Air Force Historical Research Agency.

AFIA American Forces in Action (publicaciones y documentos).

AG Army Group (Grupo de Ejércitos).

ag adjutant general (general adjunto).

AGF Army Ground Forces.

ALH Howard L. Gleck *et alii*, «The Administrative and Logistical History of the ETO», parte 5, WD, mayo de 1946, p. a.

ALM Audie Leon Murphy, documentos, USMA Special Collections, West Point, N.Y.

ANSCOL Army-Navy Staff College Collection, NWC Lib, U.S. National Archives.

AR action report (informe de acción).

Ardennes Hugh M. Cole, *The Ardennes: Battle of the Bulge, USAWWII*.

AS Armored School.

ASEQ Army Service Experiences Questionnaire, MHI.

ASF Army Service Forces.

AU Air University.

bda brigade.

Beck Alfred M. Beck *et alii*, *The Corps of Engineers: The War Against Germany, USAWWII*.

BLM Bernard Law Montgomery.

bn batallón.

BP Martin Blumenson, *Breakout and Pursuit, USAWWII*.

CARL Combined Arms Research Library, Fort Leavenworth, Kans.

CBH Chester B. Hansen, incluye documentos y papeles y diario, MHI.

CBM Charles B. MacDonald, incluye documentos y papeles, MHI.

CCA Gordon A. Harrison, *Cross-Channel Attack, USAWWII*.

CCS Combined Chiefs of Staff (jefes del Estado Mayor Conjunto).

CE U.S. Army Corps of Engineers (Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos).

CEOH U.S. Army Corps of Engineers, Office of History.

Chandler Alfred Chandler (ed.), *The Papers of Dwight David Eisenhower: The War Years*.

CI Combat Interview, ETO.

CINCLANT Commander-in-Chief, Atlantic Fleet (comandante en jefe, Flota del Atlántico).

CJB Clay y Joan Blair, colección, MHI.

CJR Cornelius J. Ryan, incluye documentos y papeles, Ohio University, Athens, Ohio.

CMH U.S. Army Center of Military History, Fort McNair, Washington, D. C.

CNO Chief of Naval Operations (jefe de Operaciones Navales).

co compañía.

Coakley Robert W. Coakley y Richard M. Leighton, *Global Logistics and Strategy 1943-1945, USAWWII*.

COHQ Combined Operations Headquarters (Cuartel General de Operaciones Combinadas), Reino Unido.

Col U OHRO Columbia University Oral History Research Office, N.Y.

corr. correspondencia.

COS chief of staff (jefe de Estado Mayor).

CSI U.S. Army Combat Studies Institute, Fort Leavenworth, Kans.

DA Department of the Army.

Danchev Alex Danchev y Daniel Todman (eds.), *War Diaries, 1939-1945: Field Marshal Lord Alanbrooke*.

DDE Dwight David Eisenhower.

DDE Lib Dwight D. Eisenhower Presidential Library, Abilene, Kans.

DI División de Infantería.

dis. disertación.

div. división.

DOB Rick Atkinson, *The Day of Battle*.

DTL Donovan Technical Library, Fort Benning, Ga.

E entrada.

ET Ejercicio Tiger, colección, MHI.

ETO European Theater of Operations (Teatro de Operaciones Europeo).

FA field artillery (artillería de campaña).

FAJ Field Artillery Journal.

FCP Forrest C. Pogue, incluye el material utilizado para escribir *The Supreme Command*, MHI.

FDR Lib Franklin D. Roosevelt Presidential Library, Hyde Park, N.Y.

FMS Foreign Military Studies.

FOIA Freedom of Information Act.

FRUS *Foreign Relations of the United States: The Conferences at Malta and Yalta*.

Ft. K Ft. Knox, Ky.

Ft. L Ft. Leavenworth, Kans.

FUSA First U.S. Army (I Ejército de los Estados Unidos).

GCM Lib George C. Marshall Research Library, Lexington, Va.

Germany VII Horst Boog *et alii*, *Germany and the Second World War*, vol.7, *The Strategic Air War in Europe and the War in the West and East Asia, 1943-1944/45*.

Germany IX Ralf Blank *et alii*, *Germany and the Second World War*, vol. 9, parte 1, *German Wartime Society, 1939-1945*.

GE Grupo de Ejércitos.

GS V John Ehrman, *Grand Strategy*, vol. 5.

GS VI John Ehrman, *Grand Strategy*, vol. 6.

GSP George S. Patton, Jr., incluye documentos y papeles, Library of Congress.

HCB Harry C. Butcher, incluye documentos y papeles.

HD Historical Division.

HI «Hospital Interviews», NARA RG 407 E 427, ML #2233.

HIA Hoover Institution Archives, Stanford University, Palo Alto, Calif.

Hinsley F. H. Hinsley, *British Intelligence in the Second World War*, resumen.
HKH Henry Kent Hewitt Papers.
HO historia oral.
Hq headquarters (cuartel general).
ID infantry division (división de infantería).
IFG Samuel Eliot Morison, *The Invasion of France and Germany, 1944-1945*.
IG inspector general (inspector general).
IJ Infantry Journal.
inf. infantería.
int. intendente.
intel. inteligencia.
IS Infantry School, Ft. Benning, Ga.
IWM Imperial War Museum, Londres.
JAG U.S. Army Judge Advocate General.
JB Joseph Balkoski.
JCS Joint Chiefs of Staff (Jefes del Estado Mayor Conjunto).
JLC J. Lawton Collins.
JLD Jacob L. Devers, incluye documentos y papeles.
JMG James M. Gavin, incluye documentos y papeles.
JMH Journal of Military History.
JT John Toland, incluye documentos y papeles.
LC Hugh M. Cole, *The Lorraine Campaign, USAWWII*.
LHC Liddell Hart Centre for Military Archives, King's College, Londres.
LHD John Toland, *The Last Hundred Days*.
lib. library (biblioteca).
LKT Jr. Lucian K. Truscott, Jr., incluye documentos y papeles.
LO Charles B. MacDonald, *The Last Offensive, USAWWII*.
LOC MS Div Library of Congress Manuscript Division.
LSA Roland G. Ruppenthal, *Logistical Support of the Armies*, vols. 1 y 2, USAWWII.
MB Martin Blumenson.
MBR Matthew B. Ridgway.
MEB Magna E. Bauer.
mec. mecanografiado.
mens. mensaje.
MHI U.S. Army Military History Institute, Carlisle, Pa.
MHUC Medical Historical Unit Collection, MHI.

micro microfilm.

ML informes diversos, AG, ETO.

MMB Mark M. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*.

MMD 29th Infantry Division Archives, Maryland Military Department, Fifth Regiment Armory, Baltimore.

MP Military Police (Policía Militar).

MRC FDM McCormick Research Center, First Division Museum, Cantigny, Ill.

mss manuscrito.

MTOUSA Mediterranean Theater of Operations, United States Army.

NARA National Archives and Records Administration, College Park, Md.

NATOUSA North African Theater of Operations, United States Army.

Naval Guns Morton L. Deyo, «Naval Guns at Normandy», mec., s. f., SEM, NHHC, caja 87.

NHHC Naval History and Heritage Command, Washington, D. C.

NSA National Security Agency.

NWC Lib National War College Library.

NWWIIM National World War II Museum Archives, New Orleans.

NYT *New York Times*.

obit obituario.

OCMH Office of the Chief of Military History.

OCNO Office of the Chief of Naval Operations.

OCS Office of the Chief of Staff.

ONB Omar N. Bradley, incluye documentos y papeles.

OPD Operations Division, War Department.

OR observer report (informe de observador).

OSS Office of Strategic Services.

p. a. propiedad del autor.

PIR Robert M. Littlejohn (ed.), «Passing in Review», MHI.

Para paracaidista.

PP Martin Blumenson, *The Patton Papers, 1940-1945*.

PP-pres Papers, Pre-presidential.

Proceedings U.S. Naval Institute Proceedings.

Publ. aut. Publicado por el propio autor.

qm quartermaster (intendente).

regt regimiento.

RG Record Group.

RN Royal Navy (Marina Real británica).

ROHA Rutgers University Oral History Archives of World War II, New Brunswick, N.J.

Ross William F. Ross y Charles F. Romanus, *The Quartermaster Corps: Operations in the War Against Germany, USAWWII*.

RR Jeffrey J. Clarke y Robert Ross Smith, *Riviera to the Rhine, USAWWII*.

s. f. sin fecha.

SC Signal Corps.

SEM Samuel Eliot Morison Office Files.

SGS Secretary General Staff (Secretario del Estado Mayor General).

SLAM S. L. A. Marshall, incluye documentos y papeles, MHI

SLC Charles B. MacDonald, *The Siegfried Line Campaign, USAWWII*.

SMH Society for Military History.

SOOHP Senior Officer Oral History Program.

SOS Services of Supply (Servicios de Suministros).

STM Sidney T. Mathews.

Sylvan William C. Sylvan y Francis G. Smith, Jr., *Normandy to Victory*.

td tank destroyer (cazacarros).

Texas MFM Texas Military Forces Museum, Austin.

Three Years Harry C. Butcher, *My Three Years with Eisenhower*.

TR Theodore Roosevelt, Jr., incluye documentos y papeles, LOC MS Div.

TSC Forrest C. Pogue, *The Supreme Command, USAWWII*.

TT Charles B. MacDonald, *A Time for Trumpets*.

UK NA National Archive, Kew, Reino Unido (antiguamente, Public Record Office).

USAF U.S. Air Force.

USAF HRC U.S. Air Force Historical Research Center.

USAREUR U.S. Army, Europe.

USAWWII *United States Army in World War II*.

USFET U.S. Forces, European Theater.

USHMM U.S. Holocaust Memorial Museum.

USMA Arch U.S. Military Academy Special Collections and Archives, West Point, N.Y.

USMC U.S. Marine Corps.

USN U.S. Navy.

USNAd «U.S. Naval Administration in World War II».

USNI OHD U.S. Naval Institute, Oral History Department, Annapolis, Md.

USSAFE U.S. Strategic Air Forces Europe.

UTEP University of Texas at El Paso.

UT-K University of Tennessee, Knoxville, Center for the Study of War and Society.

VC C. P. Stacey, *The Victory Campaign*, vol. 3, *Official History of the Canadian Army in the Second World War*.

VHP Veterans' History Project, National Folklife Center, Library of Congress.

VW L. F. Ellis, *Victory in the West*.

WaS S. W. Roskill, *The War at Sea, 1939-1945*, vol. 3, parte 2.

WD War Department (Departamento de Guerra).

WP *Washington Post*.

WSC Winston S. Churchill.

WWII World War II (II Guerra Mundial).

XO executive officer (oficial segundo al mando).

YCHT York County Heritage Trust, York, Pa.

YU Yale University Library, Manuscripts and Archives.

PRÓLOGO

1. A mediados de mayo de 1944: *The New Yorker Book of War Pieces*, 308-309; Peckham y Snyder (eds.), *Letters from Fighting Hoosiers*, vol. 2, 95 («Tres pulgadas»).

2. *Casi cinco años de guerra*: Settle, *All the Brave Promises*, 13, 84; Ziegler, *London at War, 1939-1945*, 243-245 (*fosfato de zinc*).

3. *El país también sufría privaciones*: Fussell, *Wartime*, 200, 203; «A Yank in Britain», mec., s.f., Thor M. Smith Papers, HIA, caja 2, 31 («*Squander Bug*»); *Times* (Londres), 5 de mayo de 1944, 1 («*dentaduras postizas*»); Stafford, *Ten Days to D-Day*, 203-204 («*limpiar alfombras y tapizados bombardeados*»).

4. Otros letreros publicitarios gubernamentales: Fussell, *Wartime*, 201; Calder, *The People's War*, 380-381 (*sesenta gramos, cormoranes rustidos*); Essame, *Patton: A Study in Command*, 128 («Woolton pie»).

5. *Desde 1940 habían perecido: VW*, vol. 1, 29; Joseph R. Darnall, «Powdered Eggs and Purple Hearnec.», *mec.*, 1946, MHUC, MHI, caja 24, 72-74 (*numerosas bengalas con paracaídas*); Moynihan (ed.), *People at War, 1939-45*, 169 («*los reflectores*»); Ackroyd, *London Under*, libro electrónico, capítulo 12 («*barco de esclavos*»); Ziegler, *London at War, 1939-1945*, 277, 270-271 (*en su propia cama*).

6. Incluso durante aquellas cortas noches de verano: *Times* (Londres), 15 de mayo de 1944, 5; Simpson, *Selected Prose*, 117 («la más absoluta oscuridad»); Reynolds, *Rich Relations*, 414 («un gran campo de batalla del sexo»); Longmate, *The G.I.'s*, 276 («estilo Marble Arch»); Eustis, *War Letters of Morton Eustis to His Mother*, 191 («una casa de locos al anochecer»).

7. *Cual bastión de la civilización*: Joseph R. Darnall, «Powdered Eggs and Purple Hearmec.», mec., 1946, MHUC, MHI, caja 24, 92; *Daily Mail* (Londres), 15 de mayo de 1944, 3 (*pedaleando en sus bicicletas*); *Times* (Londres), 15 de mayo de 1944, 2 («*un potro de primera clase*»), 5, 8; Stafford, *Ten Days to D-Day*, 17; Brown, *Many a Watchful Night*, 78.

8. «*Marineros franceses con sus pompones rojos*»: Calder, *The People's War*, 307.

9. *Los sastres de Savile Row*: Taylor, *Swords and Plowshares*, 86; Capa, *Slightly Out of Focus*, 132 (*petaca de plata*); Bradley, *A Soldier's Story*, 181 (*un matiz anaranjado*).

10. *El lunes, 15 de mayo, por la mañana*: Forrest Pogue habla de la policía militar americana llamándola Snowballs. Pogue, *Pogue's War*, 15. El término más habitual era el utilizado por los británicos, Snowdrop. Mollo, *The Armed Forces of World War II*, 235; «History of SHAEF, Feb. 13-June 6, 1944», julio de 1944, NARA RG319, 2-3.7 CB 8, apéndice 3 (146 invitaciones); Middleton, *Our Share of Night*, 308 («grandes hombres envueltos en un aura de notoriedad»); Naval Guns, 19 (bancos duros y estrechos); <http://www.oldpaulinelodge.org.uk/School.htm>;
<http://www.stpaulsschool.org.uk/page.aspx?id=8362>;
<http://www.archive.org/stream/history-ofstpaul00uoft>.

11. *Los planos y mapas secretos*: Kennedy, *The Business of War*, 328 (mantas); D'Este, *Decision in Normandy*, 82-83 (vestido con una levita negra); «Presentation of OVERLORD Plans», 15 de mayo de 1944, PP-pres, DDE Lib, serie VI, caja 1 (el rey George VI); D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, 500 (Churchill saludó al monarca inclinando la cabeza).

12. *esos grandes hombres*: IFG, 223 («*mediterránitas*»); Chandler, 1901 («*en la sangre*»).

13. *Los angloamericanos saltaron: véanse AAAD y DOB.*

14. *En el resto del mundo*: Weinberg, *A World at Arms*, 651, 656-657; Liddell Hart, *History of the Second World War*, 513, 520; Gilbert, *The Second World War*, 519, 615-617; Mansoor, *The GI Offensive in Europe*, 11 (seis divisiones del Cuerpo de Marines).

15. *La caída del gran imperio germano*: Charles V. P. von Lüttichau, «Germany's Strategic Situation», s. f., NARA RG 319, OCMH, R-93, caja 15 (*sus bajas superaban*); Kimball, *Forged in War*, 257; GS V, 279 (*193 divisiones*); *Germany VII*, 522 (*casi dos mil tanques*); Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, vol.4, apéndice 44, 456 (*setenta mil toneladas*). Ninguno de los dos cálculos coincide con exactitud en lo referente al número de soldados alemanes disponibles.

16. *En 1941, cuando Gran Bretaña*: Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 280; Maurice Matloff, «Wilmot Revisited», en *D-Day: The Normandy Invasion in Retrospect*, 114-115 («repartir leña»).

17. Y llegó la hora: D'Este, *Decision in Normandy*, 83; Bradley y Blair, *A General's Life*, 240-241; Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, 231-232; Powers, «The Battle of Normandy», *JMH* (julio de 1992): 455+ (*calcetines antideslizantes*).

18. «*en paz con su alma*»: Naval Guns, 19; CCA, 269 (5 de junio); Hamilton, *Master of the Battlefield*, 581 («*Considero que es un deber*»); Miller, *Ike the Soldier*, 599-600 («*No me gustan*»).

19. *Una figura menuda, enjuta y fuerte*: Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, 231-232 (*zapatos reforzados*); Chalmers, *Full Cycle*, 187; D'Este, *Patton: A Genius for War*, 595 (*golpe seco*); Liebling, *Mollie & Other War Pieces*, 128 (*el robusto, belicoso dios*); *PP*, 411-412 (*una gabardine hecha a medida*); CBH, 1 y 2 de junio de 1944, caja 4; Allen, *Lucky Forward*, 23 («*maldita putada*»); GSP a Beatrice, 3 de febrero de 1944, GSP, LOC MS Div, caja 11, carpeta 15 («*malo para el espíritu*»).

20. *Dando en el aire un golpe seco: Hamilton, Master of the Battlefield*, 577-578 (salmón); Moorehead, *Montgomery*, 36 («punta de sílex»); <http://www.stpaulsschool.org.uk/page.aspx?id=8362>; <http://www.archive.org/stream/historyofstpaul00uoft>; *The Pauline*, marzo de 1946, 50-52; Montgomery, *A Field-Marshal in the Family*, 306-308 (*plegarias en latín*).

21. *Sin dejar de mirar sus anotaciones*: «Address on 15 May 1944: Brief Presentation of Plans Before the King», IWM, PP/MCR, C46, Lt. Col. Christopher «Kit» Dawnay Collection, micro R-1.

22. *La bahía del Sena: «Strategy of the Campaign in Western Europe, 1944-1945»*, USFET General Board Study n.º 1, s. f., 6-8, 14; «The Planning and Tactical Background of the Invasion of the Continent of Europe», s. f., Numa A. Watson Collection, MHI; CCA, 72-73 («*estratégicamente inapropiada*»); ALH, I-183; WaS, 15 («*reconocimientos descartados*»); George E. Creasy, HO, 4 de febrero de 1947, FCP, MHI; Mason (ed.), *The Atlantic War Remembered*, 345; www.msub-mus.co.uk.

23. *Cinco meses antes, a su regreso de Italia: GS V, 283; CCA, 165; LSA, vol. 1, 185 (doscientas treinta embarcaciones adicionales); WaS, 8.*

24. *Mientras exponía su plan*: Moorehead, *Montgomery*, 192-193; James, *The Counterfeit General Montgomery*, 53; Howarth (ed.), *Monty at Close Quarters*, 62, 66 («básicamente didáctico»); Hamilton, *Master of the Battlefield*, 591 (dos mil oficinistas).

25. *Montgomery siguió adelante con lo suyo*: Hinsley, 439-440, 459-460; «Address on 15 May 1944: Brief Presentation of Plans Before the King», IWM, PP/MCR, C46, Lt. Col. Christopher «Kit» Dawnay Collection, micro R-1 («*El pasado mes de febrero*»). Cuando tuvo lugar la invasión, el alto mando alemán en el oeste disponía de cuarenta y ocho divisiones de infantería y diez divisiones blindadas. Ludewig, *Rückzug*, 31-42.

26. *Algunos oficiales del... SHAEF: ALH, I-201; WaS, 13 (una división completa más un tercio de división).*

27. *Montgomery imaginaba*: Cirillo, «The Allied High Command», conferencia pronunciada en el curso del seminario «British Army Doctrine and Development Directorate», s. f., p. a.; Crosswell, *Beetle*, 607, 633; *CCA*, 188; *GS V*, 284 (*París*).

28. *Incluso para los clarividentes oficiales del SHAEF: ALH, II-73-87.*

29. *Pero todo eso era: «History of COSSAC»*, mayo de 1944, expediente #95, NARARG 498, ETO HD, 7; CCA, 10 («desapacible charco»); Smith, *The English Channel*, 12; Room, *Placenames of the World*, 6; www.jpmaps.co.uk/map/id.22553; http://en.wikipedia.org/wiki/English_Channel; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, 104 («ya asaltadas»); memorándum, 21 de agosto de 1942, NARA RG 165, E 421, JPS studies, caja 603 (*abrir un túnel*).

30. «*Nada debe detenerlos*»: «Address on 15 May 1944: Brief Presentation of Plans Before the King», IWM, PP/MCR, C46, Lt. Col. Christopher «Kit» Dawnay Collection, micro R-1; Ismay, *The Memoirs of General Lord Ismay*, 351.

31. *Nadie se movió*: «Instructions for Visitors», SHAEF, 4 de mayo de 1944, NARARG 331; *PP*, 456 (*un vaso de whisky*); memorándum, W. H. S. Wright a Henry Stimson, 25 de julio de 1944, NARA RG 337, E 54, AGF, correspondencia general secreta, carpeta 319.1 («*estar esperando su momento*»); GSP a Bea, 9 de abril de 1944, GSP, LOC MS Div, caja 11, carpeta 16.

32. A las 14: 30: D'Este, *Warlord*, 665 («Hay que correr riesgos»); D'Este, *Decision in Normandy*, 87-88 («Cada vez estoy más seguro»); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 2 (la empresa más prodigiosa).

33. *Poco después de las seis de la tarde*: Thomas W. Mattingly y Olive F. G. Marsh, «A Compilation of the General Health Status of Dwight D. Eisenhower», Mattingly Collection, DDE Lib, s. f., caja 1, 53; *Three Years*, 550 (y de oído), 538-539 («La presión hace mella en él»).

34. *Mientras los lúgubres suburbios*: en 1946, Eisenhower calificaría la declaración de Churchill de «chocante». HO, DDE, 3 de junio de 1946, SLAM, A. S. Nevins Papers, MHI. Churchill había utilizado la misma frase ante George Marshall tres meses antes. Reynolds, *In Command of History*, 395.

35. «Usted entrará»: «History of SHAEF, Feb.13-June 6, 1944», julio de 1944, NARARG 319, 2-3.7 CB 8, 14-17. Técnicamente, la parte naval de la invasión recibió el nombre en código de NEPTUNO; para simplificar las cosas, el término OVERLORD —el nombre en código de todo el plan de invasión en general— ha sido el utilizado para hablar de todos los aspectos de la operación. Ambrose, *The Supreme Commander*, 338 («colocarnos bien los estribos»).

36. *Durante cuatro años había estado formulándose*: Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 314-315, 324-325.

37. *Los planificadores habían acuñado incluso: Gilbert, D-Day, 28-29 (PINWE); Chandler, 1869 («Comisión angloamericana para la planificación de filmaciones»); memorándums, SHAEF, 4 y 23 de abril de 1944, NARA RG 331, E 6, caja 9, «licencias y permisos», 210.7-12 (CIRCON); Three Years, 526 («dispersor de niebla»); Blair, Ridgway's Paratroopers, 200 (los planeadores).*

38. *Cada vez que se solucionaba un PINWE*: Richard Collins, SOOHP, 1976, Donald Bowman, MHI, II, 14-15 («*qué partes arderían mejor*»); memorándums, 27 de abril y 12, 26 y 27 de mayo de 1944, NARA RG 331, E 1, «Liquidation of German Personalities», caja 1.

39. *A medida que se acercaba el Día D*: John W. Castles, Jr., memorias, mec., s. f., USMA Arch (*guerra biológica, contadores Geiger*); Chandler, 1860 («venenos radioactivos»); Groves, *Now It Can Be Told*, 199-202 («etiología desconocida»).

40. *Lo que probablemente no fuera tan descabellado*: memorándum, «Gas Intelligence», Maj. Gen. P. G. Whitefoord [sic], 20 de enero de 20, 1944, NARA RG 331, E27, SHAEF, caja 83; DOB, 272; Kleber y Birdsell, *The Chemical Warfare Service*, 5, 655 (*veinticuatro tipos distintos de gas*).

41. *Mil quinientos civiles británicos*: «Historical Report of G-1 Section», 19 de junio de 1944, XIX District, NARA RG 407, E 427, expediente sobre planificación antes de la invasión n.º 100, caja 19231; Gen. Brig. Alden H. Waitt, «Summary Report of Situation in ETO», 5 de julio de 1945, NARA RG 337, AGF OR, caja 2 (*ciento sesenta mil toneladas*); «Chemical Warfare Plan», 2 de junio de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 89 (*Un plan secreto del SHAEF*).

42. «La gente cada vez está más»: Miller, *Ike the Soldier*, 588.

43. *Treinta minutos después de salir*: Williams, «Supreme Headquarters for D-Day», *AB*, n.º 84 (1994): 1+; «Chief Engineer's Report on Camouflage Activities in the ETO», 15 de noviembre de 1945, Howard V. Canan Papers, HIA, caja 3 (*con redes*).

44. *Sus cientos de oficiales de Estado Mayor: Three Years*, 531 («avejentados»); Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, 157 (*dos pares de calcetines*); Raymond H. Croll, mec., 1974, MHI, 240-255 (*clases de lengua*).

45. *El despacho de Eisenhower*: Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, 129-132; Davis, *Soldier of Democracy*, 466; D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, 490 (una pelota de golf).

46. *La luz crepuscular*: Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, 197; Eisenhower, *Strictly Personal*, 57 (*refugio antiaéreo*); Chandler, 1852; Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, 138, 162 («*una mujer mala*»); Larrabee, *Commander in Chief*, 448 («*no tengo que pensar*»).

47. «Un hombre debe aprender»: Miller, *Ike the Soldier*, 598; Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, 213 (*últimas unidades de reserva*); «Notes on the Planning of Operation Overlord», 21st AG, s. f., UK NA, WO 216/139, 29-30 (*Doblemente Intenso*); «Casualties and Effects of Fire Support on the British Beaches in Normandy», Army Operational Research Group, Informe n.º 261, s. f., UK NA, CAB 106/967 (*más del 40 %*).

48. *Love's Tables: «A Moving Army»*, SOS, mec., s. f., NARA RG 498, UD 602, ETO HD; Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, 202 (12 %); «The United States Navy Medical Department at War, 1941-1945», vol. 1, parte 3, Bureau of Medicine and Surgery, 1946, 719; Field Order No.35, 1st ID, abril de 1944, NARA RG 407, E 427, 301-3.9 (*si el gas aparecía en los combates*); *Naval Guns*, 21 («entre un tercio y la mitad»); «Report of Operations», 12th AG, vol. 2, G-1 section, s. f., CARL (*ahogamiento en combate*); *Casualty Division History*, s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #4 (*fichas perforadas*).

49. *Los últimos ejercicios y simulacros*: Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 9 («tratando de mantener»); Waugh, *Men at Arms*, 140; «Comments on Exercise TIGER», NARA RG 407, E 427, FUSA, s.f., expediente 455 (DUCK, OTTER); Yung, *Gators of Neptune*, 160 («se han confundido»); «Rough Draft of Gen. Maxwell Taylor's Report», con informes del jefe de saltos, 101.^a División Aerotransportada, 1 de julio de 1944, GCM Lib.

50. *Los puñetazos imaginarios*: Lewis, *Exercise Tiger*, 20; Bradbeer, *The Land Changed Its Face*, 37-47; «A History of the United States Naval Bases in the United Kingdom», 1944, NARA RG 498, HD, expediente admin. #217; Fergusson, *The Watery Maze*, 324. En ET: «Report of Enemy Navy Action», 30 de abril de 1944, HQ, Sub Area V; «Exercise Tiger News Letter», enero de 1996; Arthur D. Clamp, «The American Assault Exercises at Slapton Sands, Devon, in 1944», s.f., AR, XII Flota, 3 de mayo de 1944, incluyendo informes de las embarcaciones *LST-511*, *LST-496*, *LST-58*, *LST-499*, *LST-289*, *LST-531*, *LST-507*, de la Fuerza Operacional 125 y el navío británico *Saladin*; cuadernos de bitácora de buques torpederos alemanes; también correspondencia y transcripciones. Además, «Notes on Utah Beach and the 1st Engineer Special Brigade», s. f., NARARG 498, ETO HD, expediente admin. #359a.

51. *En las balsas de salvamento*: Lewis, *Exercise Tiger*, 104; L. R. Talbot, «Graves Registration in the European Theater of Operations», 1955, capítulo 26, PIR, MHI, II, 2-3 (*embalsamadores*); Joseph R. Darnall, «Powdered Eggs and Purple Hearts», mec., 1946, MHUC, MHI, caja 24, 90-91.

52. *Durante semanas, las olas siguieron: el número exacto de muertos sigue sin conocerse. CCA, 270; John Connell, «Over Age in Grade», mec., s. f., MHI; Ingersoll, *Top Secret*, 103-105; Hoyt, *The Invasion Before Normandy*, 155-161; MacDonald, «Slapton Sands: The ‘Cover-Up’ That Never Was», *Army* 38, n.º 6 (junio de 1988): 64+ (se mantuviera en secreto).*

53. *Eisenhower lloró la pérdida*: CCA, 270 (LST); DDE a GCM, 29 de abril de 1944, GCM Lib, corr., caja 67, carpeta 5.

54. «el hombre que puede hacer cosas normales»: Eisenhower, *General Ike*, 219; AAAD, 286 (*esperanza de ser relevado*); Chandler, 1898 (*Hollywood*); D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, 511 («generoso y encantador»); Chalmers, *Full Cycle*, 261 («de una talla excepcional»); DOB, 310 («el mejor político»).

55. «En lo concerniente a la guerra»: D'Este, *Decision in Normandy*, 50n; Danchev, 546 («No he visto a un verdadero director»); Ferrell (ed.), *The Eisenhower Diaries*, 111 («Les disgusta pensar»).

56. *Necesitaba dormir*: Chandler, 1865, 1891, y vol. 5, cronología, 153; Williams, «Supreme Headquarters for D-Day», *AB*, n.º 84 (1994): 1+; «The U.S. Army Special Train Alive», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #16 (Monsters); Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 294 («*alma humana*»).

57. *A decenas de millares: LSA, vol. 2, 231; Ross, 289 (cuatro mil a comienzos de 1942); Coakley, 370 (veinte estaban); «An Army in Transit», s. f., NARA RG 498, ETOHD, expediente admin. #241, 7-37 (más de cien mil).*

58. *Los soldados bajaban de los barcos por las planchas*: Robert W. Coakley, «The Administrative and Logistical History of the ETO», 1946, CMH, 8-3.1 AA2, vol. 3, 102-108; «Blankets», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #500; Amy, conferencia, 8 de abril de 1944, NY Port of Embarkation, HIA, Henry J. Amy Papers, caja 2 (*su almohada*).

59. «*Pero eres algo de lo que hay millones*»: Randall Jarrell, «The Sick Nought», 1914; Karl Cocke, «U.S. Army Replacement Policies, WWII, Korea, and Vietnam», DA, 1990, MHI, tablas (*once mil*); Kennedy, *Freedom from Fear*, 710 (*Tenían de media veintiséis años*); Crosswell, *Beetle*, 789 (*adolescentes*); «Activities and Organization of COMZ», 28 de mayo de 1945, NARA RG498, ETO HD, expediente admin. #89, 57 (*título de graduado escolar*); «Army Life», Opúsculo del Departamento de Guerra, 21-13, 10 de agosto de 1944, NARA RG 407, AGO Cent File 1940-45, caja 3638 (*cincuenta dólares al mes*).

60. *El soldado medio*: Wiltse (ed.), *Physical Standards in World War II*, 19-29, 37-42, 163, 193-194.

61. *¿Y qué decir de su alma, de su espíritu?:* Cawthon, «Pursuit: Normandy, 1944», *American Heritage* (febrero de 1978): 80+ («unos aficionados»); «Memorandum», mayo de 1944, NARA RG 330, E 94, *Surveys of Attitudes of Soldiers*, ETO, B-46 (sondeo de abril); corr., Charles L. Easter a Marion Page, 14 de agosto de 1944, USMA Arch («civil en lo más profundo de mi corazón»).

62. *El escepticismo y la ironía*: Reynolds, *Rich Relations*, 324 («resume mi postura»); Rottman, *FUBAR: American Soldier Slang of World War II*, 98, 152; Dickson, *War Slang*, 208; Richler (ed.), *Writers on World War II*, 487 («farsa ambigua»); Cawthon, *Other Clay*, 147 («si no hay ironía»); Yardley, «The Fight of Their Lives, and Not Just on the Battlefield», *WP*, 6 de marzo de 2009, C1 («corrupto, ineficiente»); Scannell, *Argument of Kings*, 122 («rayaba la locura»).

63. «*La guerra es un gran primer plano*»: *Reporting World War II*, vol. 1, xxi; Simpson, *Selected Prose*, 120-121; Reynolds, *Rich Relations*, 400 («ese continente beligerante»); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 258 (*Un sondeo llevado a cabo*).

64. *Es evidente que los muchachos*: Scannell, *Argument of Kings*, 112, 121 («este mundo de color kaki»); Steidl, *Lost Battalions*, 31 («el poder invisible de Dios»).

65. *Así pues, en columnas de cuatro en fondo: «The Role Played by Communications Zone in the War Against Germany», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #479 (1200 campamentos); VW, vol. 1, 34 (133 aeródromos); Eustis, War Letters of Morton Eustis to His Mother, 190 («Thomas Hardy»); Severeid, Not So Wild a Dream, 482 («pedaleando con soltura»); Bernard Paget, HO, FCP, 18 de febrero de 1947, MHI (Guardia Nacional); «A Yank in Britain», mec., s.f., Thor M. Smith Papers, MHI, 75 (señales viales).*

66. *Se habían montado unos 400.000 barracones prefabricados*: Botting, *The Second Front*, 66; «Construction in the United Kingdom», octubre de 1944, NARA RG498, ETO HD, expediente admin. #506 (*dos millones de metros cuadrados*); LSA, vol. 1, 255 («Spamland»); «Marshalling [sic] for OVERLORD», diciembre de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #547, 14 (*Escuela de Higiene*); Amy, conferencia, 8 de abril de 1944, NY Port of Embarkation, HIA, Henry J. Amy Papers, caja 2; Robert W. Coakley, «The Administrative and Logistical History of the ETO», 1946, CMH, 8-3.1 AA2, vol. 2, 189 (*GLUE*); H. H. Dunham, «U.S. Army Transportation in the ETO», 1946, CMH 4-13.1 AA 29, 160-161 («*exposición a la intemperie*»); «A Yank in Britain», mec., s. f., Thor M. Smith Papers, MHI, 32 (*cinta roja*).

67. *Ninguna alianza de la guerra: «Britain»*, s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #23 («casacas rojas»); Hastings, *OVERLORD*, 49; Wiewiorka, *Normandy*, 111 (*dos veces al mes*); Reynolds, *Rich Relations*, 298 (*Goatland*); Ross, 313 (*tallas de zapato*); *A Short Guide to Great Britain*, 29; «Quartermaster Procurement in the United Kingdom, 1942-1944», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #154 (*estacas*); Thomas V. Barber, «Quartermaster Procurement», s. f., capítulo 41, PIR, MHI, 4-5 (*cerveza*).

68. *Los británicos se mostraban pacientes*: Mass Observation Archive, University of Sussex Library, MO, FR 2454, entregado al autor por el Prof. Donald L. Miller («*me exasperan*»); *Meet the Americans*, 1; Margaret Mead, «Army Talks: The Yank in Britain», 15 de marzo de 1944, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #23; Reynolds, *Rich Relations*, ix (*Orwell*).

69. *Algunos comportamientos inapropiados ocasionales*: Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 159 (*cisnes reales*); Francis L. Sampson, *Look Out Below!*, 1958, en CJR, caja 97, carpeta 21 (*granadas*); Kennedy, *Freedom from Fear*, 709 (*almiaraes*); «Army Life», Opúsculo del Departamento de Guerra, 21-13, 10 de agosto de 1944, NARARG 407, AGO Cent File 1940-45, caja 3638 («*los hombres que se contienen*»); «Legal Questions Arising in the Theater of Operations», NARA RG 407, E 427, AG WWII Operations Reports, n.º 87, 31-32 («*paternidad no reconocida*»); Longmate, *The G.I.'s*, 285 («*conducir con cuidado*»).

70. Tanto en el frente como en la retaguardia: Lewis, *Exercise Tiger*, 48 («una delicada planta de invernadero»); Hastings, *OVERLORD*, 293 («los muchachos que necesitábamos»).

71. *Las operaciones de carga de los navíos invasores*: Bykofsky y Larson, *The Transportation Corps: Operations Overseas*, 259; ONB, HO, 1975, Charles Hanson, MHI, IV-19 (siete mil tipos distintos de material). Este relato oral de Bradley, que se desarrolló a lo largo de catorce entrevistas durante diez meses, ha permanecido oculto a la opinión pública hasta enero de 2010, cuando fue puesto a disposición del autor.

71. *recordaban los nombres de los hermanos Marx*: Van Creveld, *Supplying War*, 210; William E. Depuy, SOOHP, 1979; Romie L. Brownlee y William J. Mullen III, MHI, 18 (*Selfridges*); Marshall (ed.), *Proud Americans*, 138.

72. *En veintidós puertos británicos*: Gilbert, *D-Day*, 108; H. H. Dunham, «U.S. Army Transportation in the ETO», 1946, CMH, 4-13.1 AA 29, 120-23 (301000 vehículos); «Ordnance Diary», 1 de diciembre de 1945, NARA RG 498, ETOUSAHD, UD 602, caja 1 (2700 piezas de artillería); «Historical Report, Office of the Chief Signal Officers», vol. 1, enero de 1945, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 602, caja 1 (postes telefónicos); Waddell, United States Army Logistics, 41 (7 millones de toneladas); Frank A. Osmani, «Critical Analysis of the Planning and Execution of the Logistic Support of the Normandy Invasion», diciembre de 1949, Armed Forces Staff College, MHI, 99 (18732.456 kilos); LSA, vol. 1, 441 (de 500 en 500 toneladas); «Ports: How an Army Is Supplied», octubre de 1944, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #521, 1-3 (plataformas de guerra); «The Reminiscences of Alan Goodrich Kirk», 1962, John Mason, Col U OHRO, 302 (transbordadores); Capa, *Slightly Out of Focus*, 136.

73. Desde los centros de cartografía hasta los muelles, unos guardias armados escoltaron: «Supply and Maintenance on the European Continent», NARA RG 407, E 427, AG WWII Operations Reports, 97-USF5-0.3, #130, 26; Beck, 565 (210 millones de planos); IFG, 68 (mapas); Wieviorka, *Normandy*, 178 (fotografías aéreas); «Reconnaissance in a Tactical Air Command», 10th Photo Group, Ninth AF, 1945, CARL, N-9395, 3-4; Allen, «Untold Stories of D-Day», *National Geographic* (junio de 2002): 2+ (acuarelas); Coles y Weinberg, *Civil Affairs*, 864-865 («contención y disciplina»); Bradley, *A Soldier's Story*, 224 (*Lo que el viento se llevó*); Field Order No. 35, 1st ID, 16 de abril de 1944, NARA RG 407, E 427, 301-3.9 (Field Order No. 35); memorándum, XXX Cuerpo, 18 de mayo de 1944, NARARG 407, ML #753, caja 19123 (*Lista Rosa*).

74. *Día tras día, noche tras noche*: Leppert, «Communication Plans and Lessons, Europe and Africa», conferencia, 30 de octubre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 199, L-7-44, 14 (*osciladores de cristal*); Field Order No. 35, 1st ID, 16 de abril de 1944, NARA RG 407, E 427, 301-3.9; Perret, *There's a War to Be Won*, 475 («*medullas a la puntería*»); Beck, 308 («*sacos Hagensen*»); «The Administrative History of the Operations of the 21 Army Group», noviembre de 1945, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 458, GB 21-AG AH, 29 (*cruces de metal*); Ross, 683 (*sábanas*).

75. *Fueron preparados cuatro buques hospital*: Martha Gellhorn, «The First Hospital Ship», en *Reporting World War II*, vol. 2, 151; Dowling, conferencia, 28 de febrero de 1945, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 207; Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, 167, 245 («trampa perversa y sucia»); Frank Davis, HO, 24 de noviembre de 1944, 68th General Hospital, NARA RG 112, E 302, entrevista #109 (*calentadores*); Ambrose, *The Supreme Commander*, 413; MacKensie, *Men Without Guns*, 97; Nalty, *Strength for the Fight*, 181 (*donantes blancos y donantes negros*); Robert R. Kelley, HO, 27 de enero de 1945, Office of the Chief Surgeon, NARA RG 112, E 302, entrevista #130; Paul R. Hawley, HO, John Boyd Coates, Jr., *et alii*, 1962, MHUC, 56 (*paletas*).

76. *Un nuevo Manual terapéutico*: memorándum, Office of the Chief Surgeon, 28 de marzo de 1944, James B. Mason Papers, HIA, carpeta 1 (*envenenamiento por morfina, sangre*); Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, 182; Paul R. Hawley, HO, John Boyd Coates, Jr., *et alii*, 1962, MHUC, 54 (*bidones de dióxido de carbono*).

77. *Pero la sangre se conservaba*: Cowdrey, *Fighting for Life*, 245; «The Evolution of the Use of Whole Blood in Combat Casualties», U.S. Army Medical Department, Office of Medical History, <http://143.84.107.69/booksdocs/wwii/blood/chapter3.htm>; Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, 175-176, 193; Gellhorn, «The First Hospital Ship», en *Reporting World War II*, vol. 2, 151.

78. *El martes, 23 de mayo*: «Stories of Transportation», vol. 1, Frank S. Ross Papers, HIA, caja 20, 203; memorándum, W. H. S. Wright a Henry Stimson, 25 de julio de 1944, NARA RG 337, E 54, AGF, correspondencia general secreta, carpeta 319.1 («sentido único»); A. C. Doyle, *Sir Nigel*, capítulo 13, en Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 197 («Nos detuvimos en lo alto de una colina»).

79. *las madres levantaban a sus hijos*: Watney, *The Enemy Within*, 20, 49 («bumerán», «santa patrona»); Ziegler, *London at War, 1939-1945*, 278-279 («medio vacíos»); Fussell, *Wartime*, 109 (*El lamento de la puta*).

80. A finales de semana: Moorehead, *Eclipse*, 100 («La población civil»); Burgett, *Currahee!*, 69-70 (uniformes nazis); Watney, *The Enemy Within*, 63 (Cherburgo); Scannell, *Argument of Kings*, 121 (ataque de diversión); Ziegler, *London at War, 1939-1945*, 282 (rayo mortal); AAFinWWII, 92 (icebergs); Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 198 («la conmoción... heridos»); Longmate, *The G.I.'s*, 316 («No os sorprendáis»).

81. *La seguridad seguía siendo primordial: Hinsley y Simkins, British Intelligence in the Second World War*, vol. 4, 250-254 («derrota segura» y 600000 personas); Stafford, *Ten Days to D-Day*, 15 («abundantes»); «History of SHAEF, Feb. 13-June 6, 1944», julio de 1944, NARA RG 319, 2-3.7 CB 8, 14-19; Gilbert, *D-Day*, 67; CCA, 270 (*agentes de los servicios de contraespionaje*).

82. *Los inspectores de los sistemas de camuflaje*: «Chief Engineer's Report on Camouflage Activities in the ETO», 15 de noviembre de 1945, Howard V. Canan Papers, HIA, caja 3; «Concealment and Display of Camps», Operación Fortitude («Fortaleza»), sección II, «Implementation», s. f., Thaddeus Holt Papers, MHI, caja 8 (*Grandes redes*); «Camouflage», *historical report #18*, agosto de 1945, CEOX, caja X-32, expediente 18, 38 («*pintura de un tono más claro*»); «The Concealment Aspect of Beach Group Work», Camouflage Development and Training Center, Farnham, Reino Unido, 22 de septiembre de 1944, CARL, N-5122, 4-5 (*Standard Camouflage Color 1A*); «Marshalling [sic] for OVERLORD», CE, diciembre de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #547, 28 («chasis»).

83. *Las operaciones de diversión fueron un complemento de los sistemas de camuflaje*: «History of SHAEF, Feb. 13-June 6, 1944», julio de 1944, NARA RG 319, 2-3.7CB 8, capítulo 3 («despliegue estratégico»); Howard, *Strategic Deception in the Second World War*, 110-111 (*Paso de Calais*); <http://webarchive.nationalarchives.gov.uk/> [+/http://www.mod.uk/aboutus/dday60/fortitude.htm](http://www.mod.uk/aboutus/dday60/fortitude.htm) («Bigbobs»).

84. *El genio británico*: Hinsley y Simkins, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 4, 239; Penrose (ed.), *The D-Day Companion*, 58-59; Hesketh, *Fortitude*, xi-xiii, 46-52; Howard, *Strategic Deception in the Second World War*, 114, 131 (*alucinaciones entre los alemanes*); Hinsley, 118-119, 450; Holt, *The Deceivers*, 561-562; James, *The Counterfeit General Montgomery*, 53-66 (*se dejó ver en público*).

85. *Cuando mayo estaba a punto de acabar para dar paso a junio: LSA*, vol. 1, 369 (resistencia al agua); Beck, 317 (ciento doce centímetros); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 10 («cola de un pájaro troglodita»); VW, vol. 1, 137 (tanque Sherman); Gilbert, *D-Day*, 104 (rayas blancas); Howarth, *Dawn of D-Day*, 126; Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 64 (escobas).

86. *Los soldados necesitaban pastillas contra el mareo*: Royce L. Thompson, «D-Day Personal Loads», OCMH, 4 de diciembre de 1951, CMH 2-3.7 AE P-11; Cawthon, *Other Clay*, 42 («rebuznando»); memorándum, Cleave A. Jones a G. S. Eyster, SHAEF, 17 de julio de 1944, NARA RG 498, UD 603, ETO HD, SLAM 201 expediente, caja 1 («pieles de mofeta»).

87. «*Ahora ya estamos preparados*»: TR a Eleanor, 30 de mayo de 1944, TR, caja 10; Ross, 695 (*caja de intendencia*).

88. «*Soy un hombre libre*»: John M. Thorpe, «A Soldier's Tale, to Normandy and Beyond», noviembre de 1982, IWM, 84/50/1, 80; Airborne Museum, Sainte-Mère-Église, correspondencia mostrada al autor por el conservador del museo, Phil Jutras, mayo de 1994 («*Si no salgo*»); corr., 30 de mayo de 1944, Joseph T. Dawson collection, MRC FDM, 1991.65, caja 3 («*destino de la vida*»).

89. *El viernes, 2 de junio, Eisenhower abandonó Bushy Park*: Chandler, vol.5, 155; corr., T. Smith a su familia, 17 de junio de 1944, Thor M. Smith Papers, HIA; Williams, «Supreme Headquarters for D-Day», *AB*, noº 84 (1994): 1+; Stafford, *Ten Days to D-Day*, 178 (tres teléfonos); «Normandy, 1944-1973», *AB*, n.º 1 (1973): 2 (mansión georgiana); Kingston McCloughry, *Direction of War*, 138 (*almanaques náuticos*).

90. «*El peso de la carga*»: Overy, *Why the Allies Won*, 158; *Three Years*, 558 («*nerviosismo*»); Richard Collins, SOOHP, 1976, Donald Bowman, MHI, II, 16; R. H. Winecke, CI, NARA RG 407, E 427-A, carpeta 170; E. T. Williams, «Reports Received by U.S. War Department on Use of Ultra in the European Theater», SRH-037, octubre de 1945, NARA RG 457, E 9002, NSA, caja 18, 2; memorándum, H. R. Bull a W. B. Smith, 26 de mayo de 1944, NARA RG 331, E 1, SHAEF SGS, caja 76.

91. *Una fuerza de semejante tamaño*: diario, 14 de octubre de 1944, N. T. Tangye, IWM, P 180 («bobalicón»); Blumenson, *The Battle of the Generals*, 141 («talento especial»); CCA, 186 («operación especulativa»); Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 303 («carnicería inútil»); VW, vol. 1, 139 («dos divisiones aerotransportadas»).

92. «cuestión que te tortura el alma»: Eisenhower, *Crusade in Europe*, 263; CCA, 279.

93. *Tras abandonar su refugio de lona: Ambrose, Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952, vol. 1, 303; Chandler, 1894 («Debe llevarse a cabo»).*

94. *La cima frondosa de una colina*: VW, vol. 1, 67-69; IFG, 77; CBH, 3 de junio de 1944, caja 4, MHI (*calorcillo propio de finales de primavera*); memorándum, W. H. S. Wright a Henry Stimson, 25 de julio de 1944, NARA RG 337, E 54, AGF correspondencia general de máximo secreto, carpeta 319.1 (*globos plateados*).

95. *Los soldados, rebuznando y quejándose aún*: Cawthon, *Other Clay*, 48; Pogue, *Pogue's War*, 55 («*Muchachos, si alguno de vosotros*»); E. Jones, transcrip., s. f., IWM, 94/41/1, 4 («*pan blanco de verdad*»); Balkoski, *Utah Beach*, 66-67; memorias, Ralph Eastridge, 1995, NWWIIM («*cualquiera habría podido saltar*»); D. K. Reimers, «*My War*», 4 de junio de 1944, MHI, 67 («*cuál de ellas era Clara*»).

96. *Como siempre cuando tierra y mar se encuentran*: Pogue, *Pogue's War*, 47; ETOUSA, opúsculo 370.5, enero de 1944, Charles E. Rousek Papers, MHI («*Preparation for Overseas Movement*»); «War Diary of Force 'U'», 2 de junio de 1944, SEM, NHHC, caja 82, carpeta 46 (*dieciocho LCT*); Lewis, «Landing Craft», conferencia, 18 de septiembre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 199, 9 (*se hundía*); AR, Don P. Moon, Fuerza U, 26 de junio de 1944, NARA RG 498, ETO HD, expte. admin. #217 (*No obstante, las naves fueron cargadas*).

97. *El peso muerto incluía*: «History of SHAEF, Feb. 13-June 6, 1944», julio de 1944, NARA RG 319, 2-3.7 CB 8, capítulo 3; Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 204 («pesados y enigmáticos»); Pogue, *Pogue's War*, 92 («canoso, con poco pelo»); Tobin, *Ernie Pyle's War*, 205 («espantapájaros»), 164-167 («Todo lo que hago es beber»).

98. «Lo único que me satisface»: Miller, *The Story of Ernie Pyle*, 321-330; Tobin, *Ernie Pyle's War*, 221 («jodido cuello»), 168 («demasiado tarde»).

99. *Las tropas, que iban como sardinas en lata*: Harold S. Frum, «The Soldier Must Write», 1984, anotación correspondiente al 1 de junio de 1944, GCM Lib («*Me encanta tener cerca a mis compañeros*»); Liebling, *Mollie & Other War Pieces*, 177; Brown, *Many a Watchful Night*, 10 (*A bordo del Augusta*); Marshall (ed.), *Proud Americans*, 138 («*esa sensación ya familiar de desasosiego*»).

100. *Había más de quinientas estaciones meteorológicas*: R. J. Ogden, «Meteorological Services Leading to D-Day», Royal Meteorological Society, Occasional Paper on Meteorological History, julio de 2001, 2, p. a.; Stagg, *Forecast for Overlord*, 51 (*misiones de reconocimiento*); Charles C. Bates, «Sea, Swell and Surf Forecasting for D-Day and Beyond: The Anglo-American Effort, 1943-1945», 2010, p. a., 6 (*En sus cincuenta y cinco centros de observación*); Charles C. Bates, mensajes de correo electrónico al autor, 11 y 23 de noviembre de 2007; Hogben, «The Most Important Weather Forecast in the World», *London Review of Books* 16, n.º 10 (26 de mayo de 1994): 21+.

101. *Cada una de las operaciones de asalto de la invasión*: J. M. Stagg, «Report on the Meteorological Implications», SHAEF, 22 de junio de 1944, CARL, N-11359.

102. *Eisenhower no había sido nunca muy afortunado con el tiempo*: Chandler, 1761; Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, 248; Charles C. Bates, «Sea, Swell and Surf Forecasting for D-Day and Beyond: The Anglo-American Effort, 1943-1945», 2010, p. a., 13-15 (*perturbaciones ciclónicas*); diario, Kay Summersby, DDE Lib, PP-pres, caja 140 («*muy deprimido*»).

103. A las 4:30 del domingo, 4 de junio: Ryan, *The Longest Day*, 48; Botting, *The Second Front*, 62; «Memorandum of Record», 4 de junio de 1944, Arthur S. Nevins Papers, MHI.

104. «Una serie de depresiones»: «Report on the Meteorological Implications», 22 de junio de 1944, UK NA, CAB 106/976, 9-11; Stagg, *Forecast for Overlord*, 124 (depresión L5); Bates y Fuller, *America's Weather Warriors, 1814-1985*, 92-94 («imposibles»).

105. *Eisenhower quiso escuchar la opinión de sus lugartenientes*: Kingston McCloughry, *Direction of War*, 138-139 («Todo el plan de apoyo aéreo»); Stagg, *Forecast for Overlord*, 102 («debemos aplazar el ataque»).

106. En ese preciso instante se fue la luz: Kingston McCloughry, *Direction of War*, 138-139 («¡Joder!»); *Three Years*, 560 (*periódicos del domingo*).

107. *A media mañana, el cielo quedó encapotado*: J. H. Patterson, mec., s. f., IWM, 05/491, 1/7, 3 («el fuerte vendaval erizaba»); IFG, 80-81 («gigantescas olas»); Bradley, *A Soldier's Story*, 257 (HORNPIPE BOWSPRIT); memorándum, W. H. S. Wright a Henry Stimson, 25 de julio de 1944, NARA RG 337, E 54, AGF correspondencia general secreta, carpeta 319.1 (*señales de luz emitidas frenéticamente*).

108. *Pero las escuadras de bombardeo de Belfast*: Naval Guns, 26; S. C. Donnison, diario, 3 de junio de 1944, IWM, 94/50/1 («viento, valor tres cuartos»); *History of the Second World War* (en fascículos), parte 65, 1974, 1796; «The Invasion of Normandy», USNAd, vol. 5, 395-396; Yung, *Gators of Neptune*, 176; «Memorandum of Record», 4 de junio de 1944, Arthur S. Nevins Papers, MHI («un poco fuera de control»).

109. *Cuando se echaron anclas y se apagaron los motores*: Rick Atkinson, prólogo, *Instructions for American Servicemen in France During World War II*, Chicago: University of Chicago Press, 2008, v-xiii; Collier, *Fighting Words*, 159 («Encore une verre»); *Medicine Under Canvas*, 77th Evacuation Hospital, 1949, 120 («mamaoiselle»); Collins, *Lightning Joe*, 196-197 («Holy God»); Liebling, *Mollie & Other War Pieces*, 175 («Si Dios está por nosotros»); Linderman, *The World Within War*, 238 («veinte dólares cada carta»); A. J. Liebling, «Cross-Channel Trip», en *Reporting World War II*, vol.2, 136 («Voltaire utiliza el mismo chiste»); Ambrose, *Pegasus Bridge*, 67 («Stormy Weather»).

110. *Por su parte, los zapadores: AAR, 146th Engineer Combat Bn, CEOH, caja X-37A. Hay varias versiones que explican el significado de la «D» en la expresión «Día D»; algunos especialistas sostienen que esta fue utilizada por primera vez en 1918 en una orden del ejército, en la que la «D» era una letra en código y no una abreviación.*

111. *Aquel extraño y tempestuoso domingo: Kersaudy, Churchill and De Gaulle*, 338-347.

112. *Los tristes hechos eran los siguientes*: Eden, *The Reckoning*, 525-526 (*recibió a pie de tren al general*); «History of SHAEF, Feb.13-June 6, 1944», julio de 1944, NARARG 319, 2-3.7 CB 8, 55-57; «The War of Will, Words and Images», s.f., Wallace Carroll Papers, LOC MS Div, caja 1, 18-19; Kersaudy, *Churchill and De Gaulle*, 346-347 («*encadenado si es preciso*»); Fenby, *The General*, 638-639; Beevor, *D-Day*, 21 («*gánster*»).

113. *Apenas unos minutos después de Churchill: Eisenhower, General Ike*, 147 (Deux Mètres); Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, 462 («colocándose bien los galones»); «Memorandum of Record», 4 de junio de 1944, Arthur S. Nevins Papers, MHI (*informó por primera vez a De Gaulle*); Aron, *France Reborn*, 27 («sus billetes de mentirijillas»); Fenby, *The General*, 638-639; Coles y Weinberg, *Civil Affairs*, 699 («violación de la soberanía nacional»); «History of SHAEF, Feb. 13-June 6, 1944», julio de 1944, NARA RG 319, 2-3.7 CB8, 55-57 (*oficiales de enlace franceses*); «Preparations for D-Day», s. f., C. D. Jackson Papers, DDE Lib, caja 3; De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, 559; Chandler, 1907; Davis, *Soldier of Democracy*, 494 («No puedo seguir a Eisenhower»).

114. «en la guerra no tienen cabida los despechos»: Foot, *SOE in France*, 386; Beevor, *D-Day*, 21 («traición»); Fenby, *The General*, 641-462; memorándum, John J. McCoy a GCM, 26 de abril de 1944, GCM Lib, caja 76, carpeta 3 («Expediente Gabacho»); Roberts, *The Storm of War*, 488 (*la mano que le daba de comer*); Reynolds, *In Command of History*, 456 («ni una pizca de generosidad»); Ferrell (ed.), *The Eisenhower Diaries*, 118 («follón tan penoso»); memorándum, W. B. Smith a Hastings L. Ismay, 23 de enero de 1944, NARA RG 331, SHAEF SGS, Geog Corr, caja 108 («complejo de Juana de Arco»); Ambrose, *The Supreme Commander*, 386 («¡Al diablo con él!»).

115. *A las nueve y media de la noche, el comandante supremo volvió a reunirse:* Wilmot, *The Struggle for Europe*, 224-225 («cambios repentinos e inesperados»); Charles C. Bates, «Sea, Swell and Surf Forecasting for D-Day and Beyond: The Anglo-American Effort, 1943-1945», 2010, p. a., 15-16 («El Hoste»); «Report on the Meteorological Implications», 22 de junio de 1944, UK NA, CAB 106/976, 9-11.

116. *Eisenhower quiso conocer la opinión de sus subordinados*: Bates y Fuller, *America's Weather Warriors*, 94; «Memorandum of Record», 4 de junio de 1944, Arthur S. Nevins Papers, MHI.

117. *Durante un largo minuto*: CCA, 272-274; Crosswell, *Beetle*, 622; George E. Creasy, HO, 4 de febrero de 1947, FCP, MHI; Kingston McCloughry, *Direction of War*, 138-139 («¡Adelante!»); Stagg, *Forecast for Overlord*, 112-115 («No vuelva a traer malas noticias»).

118. *En todos los barcos de la flota*: «Pues tal es el espectáculo que presenta esta flota majestuosa al dirigir su marcha recta hacia Harfleur», *La vida del rey Enrique V*, acto III, entrada del coro, 16-17. «¡Levar anclas!»: *Naval Guns*, 23-28; Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 110; Moorehead, *Eclipse*, 105 («Los navíos cabeceaban»); Roskill, *White Ensign*, 371; «War Diary of Force 'U'», 5 de junio de 1944, SEM, NHHC, caja 82, carpeta 46; John A. Moreno, «The Death of Admiral Moon», s. f., p. a. 225+ («Inglaterra espera»).

119. *A media mañana, el cielo encapotado*: Brown, *Many a Watchful Night*, 12 («tropical por sus colores»); Stafford, *Ten Days to D-Day*, 264 (*acantilados de roca caliza*); John F. Latimer, s.f., NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories («enseñarnos a apreciar más la belleza»); Liddle, *D-Day by Those Who Were There*, 91 («Road to the Isles»); Sylvan, 8 (*Roma, por fin, había caído*).

120. *Por delante de la flota: VW*, vol. 1, 67-69; «Report by the Allied Naval Commander-in-Chief, Expeditionary Force», octubre de 1944, NARA RG 407, ML #624, caja 19117, 144; Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 109; «The Invasion of Normandy», USNAd, vol. 5, 437-439; «Navigational Aspects of the Passage and Assault in Operation OVERLORD», noviembre de 1944, boletín Y/39, COHQ, CARL, N-6530.18, 1-3; Howarth, *Dawn of D-Day*, 202-203 («avenidas de farolas»).

121. *A medida que los convoyes invasores*: Belfield y Essame, *The Battle for Normandy*, 83 («de un extreme a otro sin parar»); Balkoski, *Omaha Beach*, 176 («Lousy Civilian Idea»); Lewis, «Landing Craft», conferencia, 18 de septiembre de 1944, NARARG 334, E 315, ANSCOL, caja 199, 12-13; IFG, 84; Howarth, *Dawn of D-Day*, 145 («la horrible impresión»); Settle, *All the Brave Promises*, 6 («tragarse una chuleta de cerdo»).

122. *Para los hombres del 16.º Regimiento de Infantería capaces de comer*: AAR, «Report on Operation Neptune», HQ Co, CT 16, 16 de junio de 1944, NARA RG 407, 2-3.7 BG, AFIA; Cawthon, *Other Clay*, 48 («a punto de pasar a la eternidad»); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 27-29 («por si paráis una bala»); Gaskill, «Bloody Beach», *American Magazine* (septiembre de 1944): 26+ («Feliz Día D»); McKee, *Caen: Anvil of Victory*, 141, 360 («Traed mi arco de oro ardiente»); Sommers, «The Longest Hour in History», *Saturday Evening Post* (8 de julio de 1944): 22+ (revisaban los puentes); Heinz, *When We Were One*, 10-11 («uniformes de gala»); diario, Cyrus C. Aydlett, 6 de junio de 1944, NWWIIM («el señor Whozits»); Lankford (ed.), *OSS Against the Reich*, 56-57 (saco de boxeo).

123. «*Las primeras seis horas*»: Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 207; diario, Jack Shea [ayudante de Cota], 1 de noviembre de 1944, NARA RG 407, CI 81, 29th ID, caja 19138, 4-5 («*Vais a encontrar mucha confusión*»).

124. «*El gobierno ha pagado cinco billones de dólares*»: Robert K. Skagg, 741st Tank Bn, HO, 18 de junio de 1944, NARA RG 407, 2-3.7 BG, AFIA; corr., Philip Cole a Ralph Ingersoll, 21 de abril de 1946, Thaddeus Holt Papers, MHI, caja 1 («*solo y claramente visible*»).

125. «*Estamos empezando la gran empresa*»: TR a Eleanor, 3 de junio de 1944, TR, caja 10; Renahan, *The Lion's Pride*, 236-237; Balkoski, *Utah Beach*, 180 («*Nos vemos mañana por la mañana*»).

126. *Lejos de allí, en más de una docena de aeródromos: Saunders, The Red Beret, 148; Thompson, The Imperial War Museum Book of Victory in Europe, 33 («un buen taconazo»).*

127. *Los paracaidistas americanos se untaban la piel*: Davis, *Soldier of Democracy*, 481; Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, 82 (minstrel); corr., Charles L. Easter a Marion Page, 7 de julio de 1944, USMA Arch («salto de diez mil dólares»); Albert Hassenzahl, VHP, AFC/2001/001/5222 («No pienso morir»); Burgett, *Currahee!*, 77-78; Otis L. Sampson, «Destination», s. f., JMG, MHI, caja 12 (*puño de acero*); Carl Cartledge, 501st PIR, mec., s. f., NWWIIM («una para el dolor»); Alosi, *War Birds*, 57 (*palomas mensajeras*); Astor, *June 6, 1944*, 128 (*recortaron los márgenes*).

128. «*Parecemos un montón de bolsillos*»: Simpson, *Selected Prose*, 119; Fauntleroy, *The General and His Daughter*, 107 («*He intentado dormir*»); diario, 25 de mayo y 5 de junio de 1944, JMG, MHI, caja 10.

129. «*Nuestros desembarcos en la zona de Cherburgo-Le Havre*»: Chandler, 1908.

130. *Poco después de las seis de la tarde: Eisenhower, Eisenhower at War, 1943-1945, 252-253; Holt y Holt, Major & Mrs. Holt's Battlefield Guide to the Normandy Landing Beaches, 45 («Es realmente durísimo»); Beevor, D-Day, 27 («Lo ideal, lo perfecto, es seguir para adelante»).*

131. *Al pasar ante el avión número 2716: menifiesto, avión 2716*, en «D-Day Experience of Eugene D. Brierre», mec., marzo de 1998, NWWIIM; Taylor, *General Maxwell Taylor*, 77; Taylor, *Swords and Plowshares*, 75-76; Crosswell, *Beetle: The Life of General Walter Bedell Smith*, 623 («la luz de la batalla»); Holt y Holt, *Major & Mrs. Holt's Battlefield Guide to the Normandy Landing Beaches*, 45 («Quiera Dios que yo sepa»).

132. *Las luces de navegación rojas y verdes*: Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 72-73; corr., Charles L. Easter a Marion Page, 7 de julio de 1944, USMA Arch; Tapert (ed.), *Lines of Battle*, 157-58 («*Dame agallas*»); McNally, *As Ever, John*, 42 (*jefes de grupo*); Burgett, *Currahee!*, 80 («*Bate tus alas*»); Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, 79-80 («*Quédate, luz*»).

133. «*Nuestro puente de mando está en absoluto silencio*»: Naval Guns, 31; John F. Latimer, mec., s. f., NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 12 («*intentar meterse en una habitación*»).

134. *Las embarcaciones pequeñas luchaban*: notas, Fuerza O, s. f., NARA RG 407, 2-3.7BG, AFIA («Hombres mareados»); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 135; Chalmers, *Full Cycle*, 223 (*treinta grados*); «The Invasion of Normandy», USNAd, vol.5, 405-408; McKernon, *Corry*, 32 («Mareados»).

CAPÍTULO 1. LA INVASIÓN

La lejana costa

1. *La costa de Normandía estaba cada vez más cerca*: Robert H. George, «Ninth Air Force», 1945, AFHRA, estudio n.º 36, 62-63; Baedeker, *Northern France*, 161 (*famosa por su ganado*); Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, 85 («*Salud a Francia!*»); Wright y Greenwood, *Airborne Forces at War*, 50-58.

2. *De pronto Francia desapareció*: Taylor, *Swords and Plowshares*, 77; Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 64-69 («pelotas de tenis iluminadas»), 136 («cincuenta kilos de clavos»); 101st AB Div, CI #223, 11-29 de julio de 1944, NARA RG 407, E-427-A (*bandazos*); Carl Cartledge, 501st PIR, mec., s. f., NWWIIM («*suficientemente densa*»); John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 45.

3. *Incluso cuando el banco de nubes comenzó a disiparse*: corr., Michael C. Chester a JMG, 30 de marzo de 1959, JMG Papers, MHI, 1-5; 101st AB Div, CI #223, 11-29 de julio de 1944, y «Operation of 507th PIR», s. f., CI #170, NARA RG407, E 427-A; Gerald J. Higgins, 101st AB Div COS, HO, 5 de febrero de 1946, SLAM, MHI, caja 2 (*los cargamentos bloqueaban*); «Report of Investigation of Operation NEPTUNE», 9 de agosto de 1944, Air Inspector, HQ, USSAFE, NARA RG 498, ETO, SGS, 333.5 (*a los ciento cincuenta metros de altitud recomendados*); Astor, *June 6, 1944*, 144-45 («*todo lo que llevaba en los bolsillos*»); corr., Charles L. Easter a Marion Page, 7 de julio de 1944, USMA Arch («*muralla de llamaradas*»); Tapert (ed.), *Lines of Battle*, 157-158 («*mil años*»); Guy Remington, «Second Man Out», en *The New Yorker Book of War Pieces*, 340 (*una campana de seda en llamas*); Beevor, *D-Day*, 63 («*un melón cuando cae*»).

4. «Encogí las piernas»: Astor, *June 6, 1944*, 142; Balkoski, *Utah Beach*, 112, 134.

5. *La Operación Albany*: «Notes on Utah Beach and the 1st Engineer Special Brigade», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #359A, 53-54; «Interview with Dr. Simon, Carentan», 1 de septiembre de 1945, SLAM, MHI, caja 2; Ruppenthal, *Utah Beach to Cherbourg*, 3; Balkoski, *Utah Beach*, 53-54; memorándum, «Glider Operation NEPTUNE», 82nd AB Div IG, 4 de agosto de 4, 1944, MBR Papers, MHI, caja 21.

6. *A las cuatro de la mañana*: Beevor, *D-Day*, 71 («bandada de cuervos»); HO, J. Milnor Roberts, Jr., SOOHP, 1982, HIA, caja 1, 72-74 («atravesados por una flecha»); «Operation MARKET: Air Invasion of Holland», s. f., Hq, IX Troop Carrier Command, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, Act R, A-66, caja 48, 56; Paul M. Davis y Amy C. Fenwick, «Development and Procurement of Gliders», marzo de 1946, AFHRA, estudio n.º 47, 164-167; John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 61 (*ninguna experiencia en vuelos nocturnos*); Lewis E. Johnston (ed.), «The Troop Carrier D-Day Flights», 2003, p. a., 64 («una máquina de escribir»); Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 222, 235 (*espárragos de Rommel*); Albert J. Randall, First Airborne Surgical Team, mec., 8 de junio de 1945, «Medical Department Activities in ETO», Office of the Surgeon General, NARA; Astor, *June 6, 1944*, 160; Ryan, *The Longest Day*, 128-139; Otis L. Sampson, «Destination», mec., s. f., JMG Papers, MHI, caja 12, 12 («como abejas que abandonan su panal»).

7. *De los más de seis mil paracaidistas*: «Rough draft of Gen. Maxwell Taylor's report», con informe del jefe de saltos, 101.^a División Aerotransportada, 1 de julio de 1944, GCM Lib; Capt. R. H. Brown, HQ, 506th PIR, NARA HI (*listines telefónicos*); «Employment of 75mm Pack Howitzers», WD Observer Bd, 1 de agosto de 1944, CARL, N-7344; McNally, *As Ever, John*, 44 («hombres entre la paja»).

8. «*L'invasion est arrivé*»: Aparecen dos versiones de esta anécdota en Baldwin, *Battles Lost and Won*, 268, y Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 92; Taylor, *Swords and Plowshares*, 79-81 («Allez me tuer»); visita del autor, mayo de 2009; John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 42; corr., Maxwell D. Taylor a SLAM, 25 de febrero de 1946, SLAM, MHI, caja 2; Gerald J. Higgins, 101st AB Div COS, HO, 5 de febrero de 1946, SLAM, MHI, caja 2; Ruppenthal, *Utah Beach to Cherbourg*, 22.

9. *Cinco horas después*: Balkoski, *Utah Beach*, 123-125.

10. «*Wir fahren gegen England*»: Howarth, *Dawn of D-Day*, 90-92; visitas del autor, mayo de 1996 y mayo de 2009, incluyendo exposiciones y actos del Musée Airborne; Jutras, *Sainte-Mère-Église*, 11; Holt y Holt, *Major & Mrs. Holt's Battlefield Guide to the Normandy Landing Beaches*, 49-50 (por sintonizar la BBC).

11. «*prácticamente ninguna posibilidad*»: «Capture of Ste. Mère Église», Regimental Study n.º 6, s. f., CMH, 2-8.

12. *Por desgracia, en los lanzamientos de la Operación Boston*: Gilmore (ed.), *U.S. Army Atlas of the European Theater in World War II*, 18-20; memorándum, «Glider Operation NEPTUNE», 82nd AB Div IG, 4 de agosto de 1944, MBR Papers, MHI, caja 21 (*menos de la mitad aterrizaron*); JMG, «Account of D-Day», mec., s. f., JMG Papers, MHI, caja 12; AAR, JMG, 16 de agosto de 1944, «Debriefing Conference—Operation NEPTUNE», CARL, N-12198; Booth y Spencer, *Paratrooper*, 179-181; AAR, «508 Regiment After the Drop», s. f., MMD, 26-29 (*«no podía cargar con prisioneros»*).

13. De los tres regimientos de infantería paracaidista de la división: Howarth, *Dawn of D-Day*, 93.

14. «con la mirada fija»: Ryan, *The Longest Day*, 114-117.

14. Teniente coronel Edward C. Krause: Wills, *Put on Your Boots and Parachutes!*, 82; AAR, 3rd Bn, 505th PIR, NARA RG 407, E 427-A, CI #170; «Capture of Ste. Mère Église», Regimental Study n.º 6, s.f., CMH, 2-8; Balkoski, *Utah Beach*, 152.

15. «Estoy en Sainte-Mère-Église»: Marshall, *Night Drop*, 18; CCA, 289; Balkoski, *Utah Beach*, 113 (su primera localidad francesa).

16. *Al amanecer, ochocientos dieciséis aviones*: Balkoski, *Utah Beach*, 113; Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 236-237 (solo uno de los seis regimientos); John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 36, 59 (un avión de inspección); Ruppenthal, *Utah Beach to Cherbourg*, 15 («no fue un mal»); McNally, *As Ever, John*, 44 (cortados por los paracaidistas); Wills, *Put on Your Boots and Parachutes!*, 88 (tenderse en el suelo).

17. *un bombardero ligero americano*: AAR, «Reconnaissance in a Tactical Air Command», 10th Photo Group, XIX Tactical Command, Ninth AF, 1945, CARL, N-9395.

18. *Unos ochenta kilómetros más al este: Arthur, Forgotten Voices of World War II*, 301-302 (*una cabeza de alce disecada*); *VW*, vol. 1, 156.

19. *Dos brigadas paracaidistas: VW*, vol. 1, 149-150; Wilmot, *The Struggle for Europe*, 234-235; Shannon y Wright, *One Night in June*, 52; Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol. 3, 108 (solo diecisiete sobrevolaron); Saunders, *The Red Beret*, 159 (enrollada alrededor de la pierna).

20. *Peor suerte corrieron los hombres*: Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 41; Liddle, *D-Day by Those Who Were There*, 76 (saquitos de té), 81 («círculos de seda»); Shannon y Wright, *One Night in June*, 83 (los lodazales del Dives).

21. *En medio de tantas calamidades, sin embargo, hubo algo que celebrar:* Urquhart, *A Life in Peace and War*, 49 (rey sajón); Holt y Holt, *Major & Mrs. Holt's Battlefield Guide to the Normandy Landing Beaches*, 217-219 («la Morgue Voladora»); Liddle, *D-Day by Those Who Were There*, 66 (dosis de ron); Ambrose, *Pegasus Bridge*, 5-13 («Cow Cow Boogie»); Chatterton, *The Wings of Pegasus*, 138; Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 36 («una sábana gigante»); Howarth, *Dawn of D-Day*, 46-47.

22. «Disparábamos contra todo lo que se movía»: Ambrose, *Pegasus Bridge*, 76-83.

23. *El jefe de una sección fue abatido: Holt y Holt, Major & Mrs. Holt's Battlefield Guide to the Normandy Landing Beaches, 217-221 (pidió en vano que lo mataran).*

24. *En las llanuras inundables del Orne y del Dives*: Chatterton, *The Wings of Pegasus*, 140-141; Howarth, *Dawn of D-Day*, 64 (*cama de matrimonio*); Ryan, *The Longest Day*, 108-109 («*¡Han alcanzado a mi compañero!*»); VW, vol. 1, 155.

25. *Probablemente la misión más peligrosa*: VW, vol. 1, 154-155; *By Air to Battle*, 85 (paloma mensajera); Shannon y Wright, *One Night in June*, 83 (sesenta pedazos de torpedo bangalore).

26. «Entré con ciento cincuenta»: Liddle, *D-Day by Those Who Were There*, 75.

La primera oleada

27. *Un barco tras otro*: «War Diary of Force 'U, '» 5-6 de junio de 1944, SEM, NHHC, caja 82, carpeta 46; *IFG*, 87; Buffetaut, *D-Day Ships*, 75; Robb, *The Discovery of France*, 312 (*piratas normandos*); Colville, *Footprints in Time*, 161 («*En estas condiciones la guerra*»); Colville, *The Fringes of Power*, 492.

28. *Abajo los barcos cabeceaban*: John C. Raaen, Jr., «Sir, the 5th Rangers Have Landed Intact», mec., 2000, MMD, 1 (*en busca de minas*); Liebling, *Mollie & Other War Pieces*, 188 («una pasión»); Alter y Crouch (eds.), «My Dear Moon», sin paginar («mi corazón se aceleraba»); Reynolds, *How I Survived the Three First Wave Invasions*, 89 («El hombre puede dejar correr su imaginación»); Balkoski, *Omaha Beach*, 111 («cuando una bala te alcanza»), 163 (Sátiras de Horacio).

29. *A las dos de la madrugada*: Capa, *Slightly Out of Focus*, 139 (*chaquetas blancas*); Liebling, *Mollie & Other War Pieces*, 204 (*carne de buey enlatada*); Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 305 («*mejor brandy de 1812*»); K. G. Oakley, «Normandy 'D' Day 1944», *mec.*, s. f., IWM, 96/22/1, 1-2 («*No os preocupéis*»).

30. *Lo que el enemigo sabía realmente*: ALH, vol. 2, 35-36; Hinsley, 466-467 (5 %); Leppert, «Communication Plans and Lessons, Europe and Africa», conferencia, 30 de octubre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 199, L-7-44, 22-24; «The Invasion of Normandy», USNAd, vol. 5, 479-482; Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 290 (firma electrónica); Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, 333 (simular el avance de dos grandes flotas navales).

31. *Las flotas utilizadas realmente*: Allen, «Electronics Warfare», conferencia, 21 de septiembre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, L-7-44, 4; Leppert, «Communication Plans and Lessons, Europe and Africa», conferencia, 30 de octubre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 199, L-7-44, 22-24; «The Invasion of Normandy», USNAd, vol. 5, 479-82 (*Los ataques electrónicos habían comenzado*).

32. *Una cosa que preocupaba particularmente: DOB*, 217-219; *Sunset* 592, 6 de junio de 1944, NARA RG 457, E 9026, SRS-1869 (*bombarderos con sistemas de radiocontrol*); Martin J. Bollinger, «Warriors and Wizards: The Development and Defeat of Radio-Controlled Bombs of the Third Reich», *mec.*, 2010, p. a., 326, 345-346; Orus Kinney, «Nazi Smart Bombs», VHP, enero de 2010, www.kilroywashere.org/003-Pages/03-OrusKinney.html («*como el pene en erección de un hombre*»).

33. «Cada vez que nos despertaban»: Stiles, *Serenade to the Big Bird*, 127; WaS, 42-43; Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 336 («un té para luego»); Philip Cole, «Air Planning for Overlord», conferencia, 28 de octubre de 1944, NARA RG 334, E315, ANSCOL, caja 199, 14-16; Mason (ed.), *The Atlantic War Remembered*, 403 (*chocando contra las olas*).

34. *Tras británicos venía: Balkoski, Utah Beach, 87-91.*

35. *Menos precisa fue la fuerza principal americana: ibídem, 92; Juliette Hennessy, «Tactical Operations of the Eighth Air Force», 1952, AFHRA, estudio histórico n.º 70, 15-17 (cuarenta y cinco fortificaciones costeras).*

36. *Las condiciones climatológicas*: memorándum, «Statement of Result of D-Day Bombing by 4-Engine Aircraft», VIII Fuerza Aérea, 8 de agosto de 1944, NARARG 407, AFIA, 2-3.7 BG; AAFinWWII, 190-193.

37. *Durante una hora y media*: Robert W. Ackerman, «The Employment of Strategic Bombers in a Tactical Role», 1954, AFHRA, estudio n.º 88, 78; Crane, *Bombs, Cities & Civilians*, 70-71; memorándum, «Statement of Result of D-Day Bombing by 4-Engine Aircraft», VIII Fuerza Aérea, 8 de agosto de 1944, NARA RG407, AFIA, 2-3.7 BG («*muchos segundos*»); Davis, *Bombing the European Axis Powers*, 357.

38. *A lo largo y ancho de la bahía*: Naval Guns, 35-36; Breuer, *Hitler's Fortress Cherbourg*, 83 («¡Por Dios!»); IFG, 93 («Anclaje a diecisiete brazas»).

39. *A bordo del Princess Astrid*: J. H. Patterson, mec., s. f., IWM, 05/491, 1/7, 6 («¡Tropas a formar!»); Ewing, 29 *Let's Go!*, 37-39 (*una cortina doble*); Smith, *The Big Red One at D-Day*, 32 («cajas de zapatos metálicas»); diario, Cyrus C. Aydlett, 6 de junio de 1944, NWWIIM («un gran abismo»).

40. *El 6 de junio, el crepúsculo náutico*: «War Diary of Force 'U'», 6 de junio de 1944, SEM, NHHC, caja 82, carpeta 46; Beevor, *D-Day*, 92 («una gigantesca ciudad»); Raitberger, «French Remember D-Day Landings», Reuters, 18 de mayo de 1994 («más barcos que mar»).

41. *Los dragaminas navegaban*: Yung, «Action This Day», *Naval History* (junio de 2009): 20+; Yung, *Gators of Neptune*, 178; *IFG*, 96 (dos destructores fueron alcanzados); *Naval Guns*, 36-37 («Abran fuego de contrabatería»).

42. *Inmediatamente, ochocientos cañones navales*: «Notes on the Assault», vol. 1, mec., s. f., Sidney Negretto Papers, MHI, caja 4; VW, vol. 1, 161; Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 204 («El aire vibraba»); Naval Guns, 37; Liebling, *Mollie & Other Pieces*, 180 («humo de cordita»); Baker, *Ernest Hemingway*, 501 («como trenes»); Reynolds, *Hemingway: The Final Years*, 96-98, 102; Heinz, *When We Were One*, 10-11; McManus, *The Americans at D-Day*, 261 (*el pavonado*); Lankford (ed.), *OSS Against the Reich*, 60-61 («Los cañonazos son constantes»).

43. «*El arco y su zénit*»: John F. Latimer, s. f., NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 12; Dailey, *Joining the War at Sea, 1939-1945*, 314 (*el agua que levantaba al impactar*); Ryan, *The Longest Day*, 162 («*Es terrible y monstruoso*»); Raitberger, «French Remember D-Day Landings», Reuters, 18 de mayo de 1994 («*Llueve acero*»).

44. *Los aviones aliados*: El aparato que liberaba humo en el sector de Corry fue derribado, lo que debilitó la cortina de humo. Buffetaut, *D-Day Ships*, 83; AR, U.S.S. *Corry*, 19 de junio de 1944, MMD; McKernon, *Corry*, 38-52.

45. «Nos pareció que saltábamos»: Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 334;

46. *La mayoría de los hombres del destructor*: W. H. Greear, conferencia, s. f., NARARG 334, E 315, ANSCOL, caja 199, 7; Hinsley, 478 («no hicieron caso de él»); «The Invasion of Normandy», USNAd, vol.5, 504; http://www.uss-corry-dd463.com/d-day_u-boat_photos/d-day_photos.htm. Las causas del hundimiento del *Corry* siguieron siendo objeto de controversia una vez terminada la guerra.

47. *Ocho minutos después de la primera explosión*: AR, U.S.S. Corry, 19 de junio de 1944, NARA RG 38, CNO, 370/45/31/1, caja 932, 5; Robert Beeman, «The Sinking of the U.S.S. Corry, June 6, 1944», mec., s. f., MMD (*con la corbata*); memorándum, R. M. Allan, «U.S.S. Corry—Sinking of», s. f., SEM, NHHC, caja 81; HO, George D. Hoffman, CO, U.S.S. Corry, 11 de julio de 1944, NARA RG38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories; Balkoski, *Utah Beach*, 214-215; Hinsley, 478; «The Invasion of Normandy», USNAd, vol. 5, 504.

48. *Las experiencias vividas en el Pacífico*: Yung, «The Planners' Daunting Task», *Naval History* (junio de 2009): 12+; *WaS*, 31-33; «Notes on the Assault», vol.1, mec., s.f., Sidney Negretto Papers, MHI, caja 4 (*ciento cuarenta mil proyectiles*); «Enemy Defenses and Beach Obstacles Above Highwater Mark», boletín Y/23, noviembre de 1944, COHQ, CARL, N-6530-12, 7 (*pocas casamatas enemigas*); Yung, *Gators of Neptune*, 209 (*batería de Houlgate*); AR, Don P. Moon, Force U, 26 de junio de 1944, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #217 (*ninguna fue completamente destruida*); Yung, «Action This Day», *Naval History* (junio de 2009): 20+ (*maldita batería de St.-Marcouf*).

49. *Las variaciones del nivel del mar*: Wilmot, *The Struggle for Europe*, 220; Babcock, *War Stories*, 97 («Puedo saltar»); Jeffers, *In the Rough Rider's Shadow*, 236 («surgen las sombras»).

50. «*Todas las embarcaciones en marcha*»: Vining (ed.), *American Diaries of World War II*, 101.

51. No puede decirse que fuera considerado un precursor: Liebling, *Mollie & Other War Pieces*, 221; Howarth, *Dawn of D-Day*, 112-113 («tozudo y acabado»); Jeffers, *In the Rough Rider's Shadow*, 4, 243; Morris, *Colonel Roosevelt*, 548.

52. «*estar a la altura de su padre*»: Morris, *Edith Kermit Roosevelt*, 173 (*anteojos de metal*), 307, 330, 461-463, 474, 487; AAAD, 85-86; DOB, 94-95; Hamilton, «Junior in Name Only», *Retired Officer* (junio de 1981): 28+; <http://www.loc.gov/rr/mss/text/roosvlt.html>, TR, LOC MS Div; <http://www.nps.gov/archive/elro/glossary/smith-al.htm>.

53. «¿Qué hombre con carácter...?»: Morris, *Colonel Roosevelt*, 509; Renehan, *The Lion's Pride*, 239 («desde un principio el mejor destino»); *DOB*, 160; Michael David Pearlman, «To Make Democracy Safe for the World», tesis doctoral, University of Illinois, 1978, 606 («seguiré demostrando mi hombría»); Roosevelt, *Day Before Yesterday*, 450-451 («nada de malo»); Eleanor Roosevelt a GCM, 7 de febrero de 1944, GCM Lib, caja 83, carpeta 31 («tan grave el asunto en cuestión»).

54. *El jefe del ejército capituló*: TR a R. O. Barton, 26 de mayo de 1944, TR, LOC MS Div, caja 39 («*modelo de comportamiento*»); Jeffers, *In the Rough Rider's Shadow*, 5 («*no puede ser tan ardua*»); TR a Eleanor, 11 de julio de 1944, TR, LOC MS Div, caja 10; *IFG*, 100.

55. *Había llegado a la playa equivocada*: Balkoski, *Utah Beach*, 182; *IFG*, 98; Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 172-173; Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 231 (*unos dos mil metros más al sur*); *Naval Guns*, 44 («*Se eleva en toda su longitud*»); Maynard D. Pederson *et alii*, «*Armor in Operation Neptune*», mayo de 1949, *AS*, Ft. K, 21 (*los demás tanques*).

56. «*No estamos donde deberíamos*»: James A. Van Fleet, SOOHP, H. Williams, 1973, MHI, 55-56.

57. *La playa a la que habían llegado*: «Combat Engineering», CE, diciembre de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #547, 19-21; Baker, *Ernest Hemingway*, 501 («piqueros medievales»); Ryan, *The Longest Day*, 179 («una finca»); Rollyson, *Nothing Ever Happens to the Brave*, 197 («pesado guante de goma»).

58. «*Muchachos, ¿qué os parece la playa?*»: Astor, *June 6, 1944*, 229; Balkoski, *Utah Beach*, 236 («*para ir de caza*»); «Notes on Utah Beach and the 1st Engineer Special Brigade», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #359A, 67; Fane y Moore, *The Naked Warriors*, 68 («*volar todos los obstáculos*»); HO, Herbert A. Peterson, *Naval Combat Demolition*, 1 de octubre de 1944, NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 2-3 («*quedar encalladas*»).

59. *Entre las dunas y a lo largo de la carretera*: Royce L. Thompson, «American Strength in D-Day Landings», s. f., CMH, 2-3.7 AE. P-5; Ingersoll, *Top Secret*, 126 («completamente chafado»); Fowle (ed.), *Builders and Fighters*, 448-449 (*Cuatro caminos*); Balkoski, *Utah Beach*, 236 («señal con el brazo»).

60. *Los silbidos de los proyectiles*: Maynard D. Pederson *et alii*, «Armor in Operation Neptune», mayo de 1949, AS, Ft. K, 28-29; Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 181 (*crema de afeitar*); Balkoski, *Utah Beach*, 254 (*cañones de 88 mm arrastrados por caballos*); diario, Cyrus C. Aydlett, 10 de junio de 1944, NWWIIM («*Cuesta muchísimo*»); «D-Day Experience of Eugene D. Brierre», *mec.*, 15 de marzo de 1998, NWWIIM, 2001.160, 5-6 (*arrancaban los distintivos*).

61. *Al este de Pouppeville*: CCA, 283; Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 233-234 («¿Dónde está la guerra?»); Babcock, *War Stories*, 52 («¡Oye, muchacho...!»).

62. *A unos dieciocho kilómetros de la costa: «War Diary of Force 'U'», 5-6 de junio de 1944, SEM, NHHC, caja 82, carpeta 46; Chandler y Collins (eds.), *The D-Day Encyclopedia*, 373 (posponer siete oleadas).*

63. *A sus cincuenta años de edad*: Alter y Crouch (eds.), «My Dear Moon», sin paginar; John A. Moreno, «The Death of Admiral Moon», s. f., p. a., 225+.

64. *En su sala de reuniones a bordo del Bayfield*: «Conference on the Operations of the VII Corps», 16 de mayo de 1946, SLAM, MHI, caja 2; Collins, *Lightning Joe*, 200-201 («*Tuve que mostrarme firme*»); CCA, 329. El historiador Joseph Balkoski cree que el 6 de junio las bajas de la 4.^a División de Infantería superaron «sin duda las 300». Balkoski, *Utah Beach*, 322.

65. «*Es para nosotros una suerte*»: «War Diary of Force 'U'», 5-6 de junio de 1944, SEM, NHHC, caja 82, carpeta 46.

La playa del infierno

66. *A unos veinticinco kilómetros al sureste de Utah: IFG, 110-111 (galeón español); ALH, 21; «Beach 46—Omaha, Tidal Curves», s. f., CARL, N-7374E; «Operation Report Neptune», Provisional Engineer Special Brigade Group, septiembre de 1944, NARA RG 407, ML #951, caja 24198, 57; CCA, 18; 1st ID, HI; «Operation Report Neptune», Provisional Engineer Special Brigade Group, septiembre de 1944, NARA RG 407, ML #951, caja 24198, 60 (de dos a tres nudos).*

67. *Aquella marea normanda: IFG*, 138; «The Invasion of Normandy», USNAd, vol.5, 566; Balkoski, *Omaha Beach*, 41 (*más de seis metros de agua*), 22; Royce L. Thompson, «American Strength in D-Day Landings», s. f., CMH, 2-3.7 AE. P-5; «Strategy of the Campaign in Western Europe, 1944-1945», s. f., USFET, General Board, estudio n.º 1, 25 (*sin correr el peligro de que las embarcaciones encallaran*); Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 53 (*media hora*).

68. *La Operación Overlord establecía que nueve compañías de infantería: Omaha Beachhead, AFIA, 42; Buffetaut, D-Day Ships, 101. Incluían una compañía Ranger.*

69. *Para minimizar los riesgos*: Yung, *Gators of Neptune*, 216; Wilmot, *The Struggle for Europe*, 264; *IFG*, 124. En Omaha cayeron mil cuatrocientas toneladas de bombas navales, esto es, una tercera parte de lo que se lanzó sobre un reducto pobremente defendido como la isla de Kwajalein. «Amphibious Operations: Invasion of Northern France», CINC, U.S. Fleet, octubre de 1944, NARA RG 407, ML#252, 2-27.

70. *Las defensas alemanas eran temibles: «Comparison of British and American Areas in Normandy in Terms of Fire Support and Its Effects»*, Army Operational Group Report n.º 292, 14 de agosto de 1945, UK NA, WO 291/270; McManus, *The Americans at D-Day*, 305 («*agujeros asesinos*»); HO, J. D. Small, 23 de junio de 1944, NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 9 («*como arándanos*»); Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 283 («*el ayuntamiento de una localidad de Nueva Inglaterra*»); «The Invasion of Normandy», USNAd, vol. 5, 512; IFG, 114-115 (*fotografías aéreas*).

71. *Otro elemento inesperado*: Hinsley *et alii*, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, parte 2, 842-843; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, 119 (*radios apagadas*); Fritz Ziegelmann, «The 352nd Infantry Division», FMS, #B-432, en Isby (ed.), *Fighting the Invasion*, 122-124 (*requisar leche*), 194-195, 202; Bennett, *Ultra in the West*, 45; Balkoski, *Omaha Beach*, 48-49; Beevor, *D-Day*, 93; Zetterling, *Normandy 1944*, 277-279; Holt, *The Deceivers*, 578; Foot, *SOE in France*, 386-387 (*engañar al enemigo*).

72. *Si bien las defensas de Omaha*: Murray, «Needless D-Day Slaughter», *MHQ* (primavera de 2003): 26+; Hinsley *et alii*, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, parte 2, 842-843; Balkoski, *Beyond the Beachhead*, 67, 78; Clay, *Blood and Sacrifice*, 201 (*de tres a cinco*).

73. *Para los que aquel día sobrevivieron*: «Greek lyric», epigrama, Ridgway, *Soldier (this high thing)*.

73. «ruidos absolutamente monstruosos»: memorándum, Cleave A. Jones, 4 de julio de 1944, NARA RG 498, UD 603, ETO HD, caja 1, SLAM 201 expediente; Baumgartner *et alii*, *The 16th Infantry, 1798-1946*, 84 (impermeables); HO, J. D. Small, 23 de junio de 1944, NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 9 («es todo vuestro»).

74. Recordarían el rojizo destello: Cawthon, *Other Clay*, 51-53; Lebda, *Million Miles to Go*, 81-82 («granizo impulsado por el viento»); Alan Anderson, mec., s. f., 467th AA Bn, NWWIIM («mazorcas de maíz»); diario, Jack Shea, mec., 1 de noviembre de 1944, NARA RG 407, CI, 29th ID, caja 24034, 17 (*del tamaño de una plancha de pala*); Howarth, *Dawn of D-Day*, 134 («pequeños seres malvados»); Scannell, *Argument of Kings*, 152 («enjambre de insectos»); Gaskill, «Bloody Beach», *American Magazine* (septiembre de 1944): 26+ (*animales asustados*); AAR, 146th Engineer Combat Bn, 30 de junio de 1944, CEHO, X-37A (*cuchara*); Whitehead, «Beachhead Don», xxii (*manos desnudas*); W. Garwood Bacon, mec., s. f., 7th Naval Beach Bn, NWWIIM (*tímpanos*).

75. «caminaran con un violento viento en contra»: Pogue, *Pogue's War*, 67; Gaskill, «Bloody Beach», *American Magazine* (septiembre de 1944): 26+; Howarth, *Dawn of D-Day*, 155 («gemido de muerte»).

76. *Los zapadores del ejército y de la marina*: HO, John T. O'Neill, 299th Engineer Combat Bn, 9 de junio de 1944, NARA 407, E 427, ML #2210; Beck, 308, 320; «Combat Engineering», CE, ETOUSA, diciembre de 1945, informe n.º 10, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #547, 10-16 (*a la izquierda*); *Omaha Beachhead*, 42-43; AAR, 299th Engineer Combat Bn, julio de 1944, NARA 407, E 427, ML #2210 (*la embarcación del Equipo 14*); McManus, *The Americans at D-Day*, 340 («'V' de victoria»); Fowle (ed.), *Builders and Fighters*, 438 (*En el Equipo 11 siete perdieron la vida*); AAR, 146th Engineer Combat Bn, 30 de junio de 1944, CEHO, X-37A («*barrotes de una cerca*»).

77. *Los encargados de las demoliciones*: Field Order n.º 35, 1st ID, 16 de abril de 1944, NARA RG 407, E 427, 301-3.9; Fowle (ed.), *Builders and Fighters*, 438 (*los dedos de la mano*); Howarth, *Dawn of D-Day*, 134 («enjambres de abejas»); Fane y Moore, *The Naked Warriors*, 56-58 (*los zapadores les gritaban*); Yung, *Gators of Neptune*, 187; Balkoski, *Omaha Beach*, 143 (*solo seis de los dieciséis corredores*); HO, W. M. Hoge, CO, Provisional Brigade Group, 3 de julio de 1944, NARA RG 498, ETOHD, expediente admin. #493C; CCA, 317; IFG, 138n.

78. *Los fracasos se multiplicaron*: Keegan, *Six Armies in Normandy*, 135 («como sapos»); Lewis, «Landing Craft», conferencia, 18 de septiembre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 199, 18; Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 234 (*veintitrés centímetros de francobordo*); HO, Robert K. Skagg, 741st Tank Bn, 18 de junio de 1944, NARA RG 407, AFIA, 2-3.7 BG (*de los treinta y dos Sherman*); Howarth, *Dawn of D-Day*, 147 («una cierta gallardía»).

79. *Los artilleros también tuvieron que esforzarse*: Marshall, «The Mobility of One Man», IJ (octubre de 1949): 6+ (*dieciocho sacos de arena*); «111th FA Bn on D-Day», s. f., NARA RG 407, AFIA, 2-3.7 BG («*no aptos para la navegación*»); Balkoski, *Omaha Beach*, 239 («*Todavía puedo oír*»).

80. *Dos regimientos de infantería*: Balkoski, *Omaha Beach*, 28-29, 161 («y se vinieran abajo»); HO, 116th Inf, Co A, s. f., NARA RG 407, AFIA, 2-3.7 BG; Marshall, *Battle at Best*, 54-55 («paralizada y sin líder»); Kershaw, *The Bedford Boys*, 144-151 («no llegó a matar a nadie»); Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 213 («como heno»).

81. «una persiana subida bruscamente»: Baumgarten, *Eyewitness on Omaha Beach*, 17; Balkoski, *Beyond the Beachhead*, 125 (LCA-1015); S. L. A. Marshall, «First Wave at Omaha Beach», *Atlantic*, noviembre de 1960, www.theatlantic.com/magazine/archive/1960/11/fir; Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 209 («se sentó»); Ryan, *The Longest Day*, 176 (*imperdibles*); Richler (ed.), *Writers on World War II*, 508 («Yo seguí corriendo»); Cawthon, *Other Clay*, 57 («una debacle»).

82. «la mayoría de los muertos»: Baumgartner *et alii*, *The 16th Infantry, 1798-1946*, 107; Pogue, *Pogue's War*, 87 (los distintivos); William Haynes, Co. E, 16th Inf, HI, caja 24242 («tanto los proyectiles pequeños como los más grandes»); Lebeda, *Million Miles to Go*, 81-82 («veinte mil balas»); Capa, *Slightly Out of Focus*, 139-140 («Es una cosa muy seria»).

83. *Frente a la línea que dividía los sectores*: AR, LCI (L) 85, 24 de junio de 1944, NARA RG 38, CNO, 370/45/3/1, caja 1102; AAR, Company A, 1st Medical Bn, s. f., NARA 407, AFIA, 2-3.7 BG; Clay, *Blood and Sacrifice*, 195-196 (*vendas blancas*); Kenneth C. Davey, «Navy Medicine on Bloody Omaha», en «Sixth Naval Battalion 1998 Reunion», MRC FDM («podíamos oír»).

84. *A eso de las ocho y media de la mañana*: McManus, *The Americans at D-Day*, 327; Cowdrey, *Fighting for Life*, 248 («Boca abajo»).

85. *Dos embarcaciones grandes fueron pasto de las llamas*: AR, LCI 91, 10 de junio de 1944, MMD; Robert E. Walker, «With the Stonewallers», s. f., MMD (*las suelas de sus botas*); AR, LCI (L) 92, 2 de septiembre de 1944, NARA RG 38, CNO, 370/45/3/1, caja 549 (*taponos de una botella de champagne*); «Actions Group, CT116», s. f., John P. McKnight Papers, HIA, caja 1; Seth Shepard, «The Story of the LCI (L) 92», 25 de junio de 1944, MMD, 9-12; Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 223 («El pánico se apoderó de mí» y «naufragio»).

86. *El asalto de primera hora de la mañana*: 2nd Ranger Bn, AAR, 22 de julio de 1944, y «A Narrative History of the Second Ranger Infantry Battalion», s. f., ambos en Robert W. Black Collection, MHI, caja 3; CI, 2nd and 5th Ranger Bn, s.f., NARARG 407, E 427-A, carpeta 337; *IFG*, 126-129; Ryan, *The Longest Day*, 182-184.

86. «*tierra desgarrada*»: Heinz, «I Took My Son to Omaha Beach», *Collier's* (11 de junio de 1954): 21+; «Amphibious Operations: Invasion of Northern France», CINC, U.S. Fleet, octubre de 1944, NARA RG 407, ML #252, 2-11 (*cañones de 356 mm... Texas*).

86. *Los rangers alcanzaron la cima*: Entrevista del autor con Leonard G. Lommell, mayo de 2008; HO, Leonard G. Lommell, 2nd Ranger Bn, 16 de marzo de 1993, NWWIIM; Kingseed, *Old Glory Stories*, 198-199; visita del autor, mayo de 2009.

87. *Mientras tanto, en la playa del infierno: Knickerbocker et alii, Danger Forward*, 212-213 («Se lanzarán en tropel»); FCP, «The 25th Anniversary of D-Day», *Congressional Record*, 25 de junio de 1969, E5246+ («no podíamos seguir mirando atrás»); Kingseed, *From Omaha Beach to Dawson's Ridge*, 145-149, 163 («Las limitaciones de la vida»).

88. *Desde la cubierta grisácea del buque insignia*: Pyle, *Brave Men*, 246; CBH, 3 y 6 de junio de 1944 (*una estrecha sala de operaciones*); Bradley, *A Soldier's Story*, 252-253; Hastings, *OVERLORD*, 92; memorias, William Puntenney, 29th ID, s.f., MMD, 40-41 («*como a cerdos*»).

89. *Junto a una mesa trazadora*: Hanson W. Baldwin, «Getting the D-Day News Out», en Mason (ed.), *The Atlantic War Remembered*, 394; ONB, HO, 1975, Charles Hanson, MHI, VII, 22 («llegar a tierra lo antes posible»); Astor, *June 6, 1944*, 212-213 (*los dos regimientos de asalto*); Bradley y Blair, *A General's Life*, 243-244 (*A los fotógrafos les habían prohibido*).

90. «Lincolnesco»: «Doughboy's General», *Time* (1 de mayo de 1944): 23+; Pyle, *Brave Men*, 210-211 («hablaba con tacto»); Liebling, «Five-Star Schoolmaster», *New Yorker* (10 de marzo de 1951): 40+.

91. *Pocos podían superar su currículum*: HO, ONB, 14 de octubre de 1946, FCP (con su voz nasal); Liebling, «Five-Star Schoolmaster», *New Yorker* (10 de marzo de 1951): 40+; «Doughboy's General», *Time* (1 de mayo de 1944): 23+; CBH, 3 de junio de 1944 (*dos frascos de brandy*); Wertebaker, *Invasion!*, 77 («*Si hay un pájaro a tiro*»), 85-93; ONB, HO, 1975, Charles Hanson, MHI, II, 11, 24-26, 52-53 («*Dios me guió*»); *DOB*, 96, 114-15; *AAAD*, 485-486.

92. *Tal vez fuera así. Pero lo cierto es que*: C. B. Hansen, «General Bradley As Seen Close Up», *NYT Magazine*, 30 de noviembre de 1947, 14+ («excelente»); Blumenson, *The Battle of the Generals*, 37 («mediocre»); Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, 216 («Tiene una mandíbula potente»); Murray, «Needless D-Day Slaughter», *MHQ* (primavera de 2003): 26+ (*concebido en gran medida por Bradley*); «Doughboy's General», *Time* (1 de mayo de 1944): 23 («tonterías»). Agradezco al prof. Allan R. Millett sus opiniones sobre este tema.

93. *En aquellos momentos comenzaban a asaltarle las dudas: Bradley, A Soldier's Story, 271-277; Astor, June 6, 1944, 212-213 («¡Es una verdadera carnicería!»).*

94. *Pasarían aún varias horas*: Miller, *Division Commander*, 5-14; diario, Jack Shea [ayudante de Cota], mec., 1 de noviembre de 1944, NARA RG 407, CI, 29th ID, box 24034, 14-17 (*abrazándose a los espigones de madera*).

95. *Pistola en mano, recitaba*: Kershaw, *The Bedford Boys*, 155; John C. Raaen, Jr., «Sir, the 5th Rangers Have Landed Intact», mec., 2000, MMD, 28-29; McManus, *The Americans at D-Day*, 333; HO, 116th Inf, 25 de marzo de 1945, NARA RG407, AFIA, 2-3.7 BG; diario, Jack Shea, mec., 1 de noviembre de 1944, NARARG 407, CI, 29th ID, caja 24034, 18-22 («¡Un médico! ¡Me han dado!»).

96. *Subieron a lo alto del promontorio*: diario, Jack Shea, mec., 1 de noviembre 1944, NARA RG 407, CI, 29th ID, box 24034, 19-22, 29; HO, 116th Inf, 25 de marzo de 1945, NARA RG 407, AFIA, 2-3.7 BG.

97. «¿*Dónde demonios estabais...?*»: HO, 116.º Inf., 25 de marzo de 1945, NARA RG407, AFIA, 2-3.7 BG.

98. «una demostración final»: Howarth, *Dawn of D-Day*, 161; Balkoski, *Omaha Beach*, 346 («espíritu reluctante»), 262 («¡Cuidado!»); «16-G on D-Day», s.f., NARA RG 407, AFIA, 2-3.7 BG (*a modo de pasaderos*); diario, Stanley Bach, First Army, NARA RG 407, AFIA, 2-3.7 BG («Parece que el fuego nos rodea»); HO, Joseph Dorchak, Co B, 2nd Ranger Bn, HI («disparó... cadáver»).

99. *Una docena de destructores: IFG*, 143; HO, Maurice F. McGrath, 116th Inf, 20 de septiembre de 1944, p. a. («cogerlas al vuelo»); Buffetaut, *D-Day Ships*, 108 (derribó la torre); Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 327 («¡Simplemente todo un campeón!»).

100. «*que se consolidaron aleatoriamente*»: CCA, 324; «Operation Neptune Report», Provisional Engineer Special Brigade Group, 30 de septiembre de 1944, CEHO, caja X-24, 91-93, 93n («*Los muchachos creían nuestros*»); Wheeler, *The Big Red One*, 277-282; *Omaha Beachhead*, 82-83, 87 («*Las tropas anteriormente acorraladas*»).

101. *Cota siguió con su día de suerte: Omaha Beachhead*, 95; diario, Jack Shea, mec., 1 de noviembre de 1944, NARA RG 407, CI, 29th ID, caja 24034, 23; Balkoski, *Omaha Beach*, 278 («Bajad aquí»).

102. *Por otro lado, británicos y canadienses: WaS, 46-48; IFG, 183 (cuatro veces más); Howarth, Dawn of D-Day, 170-171 (seis artilugios).*

103. *En otros aspectos, «las zorras»*: Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 293; «Force G and 50 Division», boletín Y/36, noviembre de 1944, COHQ, CARL, N-6530.16, 19-23 (*sala de máquinas*); Hastings, *OVERLORD*, 105-106 (*tanques Centaur*); Vian, *Action This Day*, 138 (*dos acorazados y un monitor*); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 56 («*como grandes bandadas de aves*»); VW, vol.1, 197 (*defendida por noventa cañones*); visita del autor, Crépon, 25-29 de mayo de 2009; «Casualties and Effects of Fire Support on the British Beaches in Normandy», Army Operational Research Group (U.K.), informe n.º 261, s.f., NARARG 334, E 315, ANSCOL, caja 451, 5 («*no simplemente desorganizados*»).

104. *Durante el trayecto hasta la costa*: Hastings, *Winston's War*, 393; diario, S. C. Donnison, 6 de junio de 1944, IWM, 94/50/1 («como el jarabe»); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 48, 60; «An Account of the Assault by an Infantry Battalion», boletín Y/44, febrero de 1945, COHQ, CARL, N-6350.22, 5-6; J. H. Patterson, mec., s.f., No.4 Commando, s.f., IWM, 05/491, 1/7 («Jerusalem»); Hills, *Phantom Was There*, 178 («The Beer Barrel Polka»).

105. *Cerca de Omaha se encontraba Gold*: Roskill, *White Ensign*, 377; «Report on the Battle of Normandy», Royal Engineers, s. f., CARL, N-5785 (*dos vías de acceso*); «An Account of the Assault by an Infantry Battalion», boletín Y/44, febrero de 1945, COHQ, CARL, N-6350.22, 9; Wilmot, *The Struggle for Europe*, 270-272; Ryan, *The Longest Day*, 188 («Quizá estemos molestando»); *WaS*, 46-48 (*Port-en-Bessin*); *VW*, vol. 1, 178, 193 (*las cuatro brigadas*).

106. *En el extremo oriental de la cabeza de playa aliada: VW*, vol. 1, 185.

106. «¡Bajen rampa!»: Hastings, *OVERLORD*, 103; Ryan, *The Longest Day*, 186 («¡Adelante!»); «Report on the Battle of Normandy», Royal Engineers, s. f., CARL, N-5785 (*no pudieron despejar de obstáculos la playa*); Collier, *Fighting Words*, 161 («hombros encorvados como boxeadores»); Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 313 («se ahogaban en su propia sangre»); Liddle, *D-Day by Those Who Were There*, 12-13 («Playa un desastre»); D'Este, *Decision in Normandy*, 129 (*a menos de nueve metros*); *VW*, vol. 1, 186, 194-195; Wilmot, *The Struggle for Europe*, 278.

106. *Aun así, un gaiter escocés*: Millership, «Scots Piper Dodged Bullets», Reuters, 1 de junio de 1994; Burns, «Bill Millin, Scottish D-Day Piper, Dies at 88», *NYT*, 19 de agosto de 2010, B9 («Highland Laddie»); Holt and Holt, *Major & Mrs. Holt's Battlefield Guide to the Normandy Landing Beaches*, 202 («¡Échate al suelo...!»); Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 316-318 («un desfile en una plaza de armas»); Liddle, *D-Day by Those Who Were There*, 189-190.

107. *La marea impulsada por el viento y una fuerte corriente*: VW, vol. 1, 179-183; VC, 100-106; Collier, *Fighting Words*, 164 («¡Traidoras!»).

108. *A pesar de estos reveses*: Keegan, *Six Armies in Normandy*, 141 (la mitad de lo que se esperaba); Wilmot, *The Struggle for Europe*, 275 (más de tres kilómetros); Saunders, *The Red Beret*, 153; Ambrose, *Pegasus Bridge*, 125; visita del autor, Crépon, 25-29 de mayo de 2009; Isby (ed.), *Fighting the Invasion*, 199.

109. *Los periodistas habían sido informados*: Ryan, *The Longest Day*, 196-197; Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 297-301 («pedalear como locos»).

110. *Pero no parecía un día perdido*: visita del autor, Crépon, 25-29 de mayo de 2009; Ryan, *The Longest Day*, 206 (*sosteniéndose los pantalones*); Ambrose, *Pegasus Bridge*, 109 (*Las francesas salían*); Howarth, *Dawn of D-Day*, 228 (*dialecto normando*); Thompson, *The Price of Victory*, 253 (*gramófono*).

Un paraíso del conquistador

111. *Como si fuera a la caza: AAFinWWII*, 159 (veintiséis puentes); Irving, *The Trail of the Fox*, fotografía del Horch; Douglas-Home, *Rommel*, 205; Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, 198 (más joven, pero más famoso); Fraser, *Knight's Cross*, 457 («C'est Rommel!»).

112. *El día antes había emprendido un viaje a su casa*: Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 470-471; Ryan, *The Longest Day*, 237-238 («Si yo fuera el comandante»).

113. *A las nueve y media de la tarde*: Ryan, *The Longest Day*, 15; visita del autor, La Roche-Guyon, 30 de mayo de 2009, y folleto «A Visit to La Roche-Guyon Castle».

114. «¡Cuán apacible parece el mundo!»: Fraser, *Knight's Cross*, 471-473; Beevor, *D-Day*, 40 («paraíso del conquistador»); Camille Pissarro, «A Square in La Roche-Guyon», Alte Nationalgaleri, Berlin; www.musee-imaginaire.de/lesesaal/renoir/biografi.html; www.artchive.com/artchive/B/braque/castle.jpg.html.

115. *En los riscos de caliza*: Irving, *The Trail of the Fox*, 334, 345-354, 392.

116. Podía oírse el repicar de las máquinas de escribir: Speidel, *We Defended Normandy*, 53 (*Edicto de Nantes*); Irving, *The Trail of the Fox*, 372-374 («Parece muy tranquilo»).

117. *Había muchas razones para tener un semblante serio: CCA, 275; Germany VII, 586 («no hay todavía indicios»); Lewin, Rommel as Military Commander, 223 (ausentes de su puesto); diario de guerra, VII Ejército, 6 de junio de 1944, NARA RG 407, E427, ML #2201 («No se trata de una acción de envergadura»).*

118. *La verdad no se hizo patente hasta que aquella fantástica armada:* Horst Boog, «Invasion to Surrender: The Defense of Germany», en Brower (ed.), *World War II in Europe: The Final Year*, 120 (los alemanes habían perdido); *Germany VII*, 328-330 (trescientos diecinueve aparatos y soltaron sus bombas prematuramente); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 143; Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, 414; Wieviorka, *Normandy*, 207 (los aviones americanos eran grises).

119. «*El enemigo, en su intento de penetrar nuestras posiciones*»: diario de guerra, VII Ejército, 6 de junio de 1944, NARA RG 407, E 427, ML #2201.

120. «*animal de combate*»: Carver (ed.), *The War Lords*, 274; Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, 299; MMB, 462-463; Isby (ed.), *Fighting the Invasion*, 48 («*volver a alcanzar una gran fama*»).

121. *La decision tomada por Hitler en noviembre de 1943*: Keegan, *Six Armies in Normandy*, 60-61, 65 («Una vez derrotado»); *Germany VII*, 512; Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 458 («zona de la muerte»), 464 («El enemigo se enterará de lo que es bueno»).

122. *Por muy seguro que se sintiera*: Keegan, *Six Armies in Normandy*, 60-61 (sino doscientos); Cooper, *The German Army, 1933-1945*, 496 (ocho lenguas distintas); Overy, *Why the Allies Won*, 225-227 (*El Grupo de Ejércitos B contaba*); barón Friederich von der Heydte, «A German Parachute Regiment in Normandy», 1954, FMS, #B-839, MHI, 8 («*Posiciones sin armas*»).

123. «*Nuestros amigos del Este*»: Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 467-468; F. Ruge, «Coast Defense and Invasion», 9 de junio de 1947, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, ONI IR 243, caja 642, 9, 14 («*clavado en el suelo*»); «Railway Sabotage in France and Belgium», SHAEF, G-3, s.f., CARL, N-16313 (*ferroviarios armados*); Mark, *Aerial Interdiction in Three Wars*, 233-241; CCA, 225-230; *AAF in WWII*, 160; *GS V*, 287; memorándum, Erwin Rommel, 22 de abril de 1944, documento capturado, NARA RG 498, ETO HD, «Combat Engineering», expediente admin. #547, 8-9 («*Lo más probable es que el enemigo*»).

124. «*controversia entre gallos de pelea*»: Bodo Zimmerman, 1946, FMS, #B-308, MHI, 42-43.

124. «*la principal línea de la batalla*»: Fraser, *Knight's Cross*, 455; HO, Hans von Luck al autor, Hamburgo, 3 de marzo y 7 de abril de 1994 («*Si conseguimos empujar*»); CCA, 247.

125. *Esta impertinencia no fue bien recibida*: Stafford, *Ten Days to D-Day*, 43 («el cachorro por formar»); Isby (ed.), *Fighting the Invasion*, 48 («el muchachito mariscal»); Leo Geyr von Schweppenburg, ETHINT 13, 11 de diciembre de 1947, MHI, 2 (S'engager).

126. *Hitler no sabía qué hacer: Germany VII*, 508-20 («*En el este*»); Wood (ed.), *Army of the West*, 4; *CCA*, 243-249; Ose, «Rommel and Rundstedt: The 1944 Panzer Controversy», *Military Affairs* (enero de 1986): 7+; *CCA*, 333-34 (*ocho horas*); Beevor, *D-Day*, 150 («*demasiado tarde*»).

127. «Der Führer vertraut mir»: Fraser, *Knight's Cross*, 476-478; Isby (ed.), *Fighting the Invasion*, 48 («el mariscal del Führer»); Young, *Rommel, the Desert Fox*, 151 (*coleccionista de sellos*); Margry, «The Death of Rommel», *AB*, n.º 80 (1993): 38+ (*confiscada a una familia de judíos*); Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 485 («cambiara de postura»), 468, («el destino del pueblo alemán»).

128. *En Normandía, los combates dependerían*: VW, vol. 1, 201-204: Lefèvre, *Panzers in Normandy Then and Now*, 65 (vistiendo restos), 106-8 (pulverizado por el fuego naval); HO, Hans von Luck al autor, Hamburgo, 3 de marzo y 7 de abril de 1994; Luck, *Panzer Commander*, 139-144; Reynolds, *Steel Inferno*, 57-58; Daghish, *Operation Goodwood*, 67 (burdel parisino); Isby (ed.), *Fighting the Invasion*, 241; VW, vol. 1, 204-205; Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol. 3, 113 (planeadores británicos).

129. *A las 22: 40, el general Friedrich Dollmann: diario de guerra, VII Ejército, 6 de junio de 1944, NARA RG 407, E 427, ML #2201. El comandante de la 21.ª División Panzer informó de haber perdido el 25 % de sus tanques el 6 de junio; sin embargo, fuentes británicas oficiales hablan de entre un 40 y un 44 %. La historia oficial alemana afirma que se perdieron 80 de los 125 tanques desplegados. Germany VII, 593; Hinsley, 474; VW, vol. 1, 204; Reynolds, Steel Inferno, 57-58.*
129. *El enjambre de aviones enemigos impedía cualquier movimiento: Luther, Blood and Honor, 70-73; Hastings, OVERLORD, 117 (los granaderos se retiraban precipitadamente).*

130. «No podremos resistir en todas partes»: Speidel, *We Defended Normandy*, 98-99; Ryan, *The Longest Day*, 237-238 («casi siempre he salido victorioso»).

131. *Una gran luna llena: VW*, vol. 1, 222; *AAF in WWII*, 562-563 (el primero de los doscientos cuarenta y un aeródromos); *Omaha Beachhead*, 108 (cien toneladas); Balkoski, *Utah Beach*, 317 (diecinueve batallones aerotransportados); Astor, *June 6, 1944*, 239 («matarnos los unos a los otros»).

132. «*Caen debe ser mía*»: apuntes, Miles Dempsey, 15 de mayo de 1944, UK NA, WO285/1; Hinsley *et alii*, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, parte 2, 841-842; Beevor, *D-Day*, 142; Hastings, *OVERLORD*, 115 («*no estábamos insatisfechos*»).

133. «¡Esposa mía! ¡Hijos míos!»: Beevor, *D-Day*, 146; Harris G. Warren, «Special Operations: AAF Aid to European Resistance Movements», 1947, AFHRA, estudio n.º 121, 149 (*diecisiete localidades normandas*); «Historical Record, A. E. A. F.», s. f., UK NA, AIR 37/1057 (*la llegada de flotas de bombarderos*); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 183 (*once días*), 185 (*Abadía de Westminster*); Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, 29-33; Gilbert, *D-Day*, 158-159 (*quinientos ataúdes*); Arthur Layton Funk, «Caught in the Middle: The French Population in Normandy», en Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 252.

134. *tres mil normandos perderían la vida*: Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, 27; Beevor, *D-Day*, 49 (*quince mil civiles franceses*), 123 (*calvados*); Moorehead, *Eclipse*, 120 («*excesivas penalidades*»).

135. *En cuanto a los liberadores*: los diversos cálculos del número de bajas sufridas arrojan cifras muy distintas. VW, vol. 1, 222-223; Buffetaut, *D-Day Ships*, 122.
135. *Las 8.230 bajas estadounidenses*: el historiador Joseph Balkoski contabiliza 4.720 en Omaha, más 3.510 en Utah y en la península de Cotentin. Omaha y Utah, las dos en el apéndice 1; Reister (ed.), *Medical Statistics in World War II*, 13-20 (*los primeros de los casi cuatrocientos mil hombres*).
135. *Muchas fueron provocadas por balas de 9.6 gramos*: Andrus et alii (eds.), *Advances in Military Medicine*, vol.1, 192-201; Capa, *Slightly Out of Focus*, 149 (*sacos en los que iban introduciéndose los cadáveres*); J. H. Patterson, No. 4 Commando, mec., s. f., IWM, 05/491, 1/7, 13 (*«nada pudo hacerse»*); George E. McIntyre, «As Mac Saw It», mec., s.f., MHI, 159 (*se les cubrió la cara con pañuelos*); HO, Richard Oliphant, NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 2-3 (*«parece que impactan menos»*).

136. *Ni que decir tiene que Omaha fue la peor playa*: «Operation Report Neptune», Provisional Engineer Special Brigade Group, septiembre de 1944, NARA RG 407, ML #951, caja 24198, 328-329; «Activities of Medical Detachment», 16th Inf, D-Day, s. f., NARA RG 407, AFIA, 2-3.7 BG; diario, Jack Shea, mec., 1 de noviembre de 1944, NARA RG 407, CI, 29th ID, caja 24034, 37 (*faros reflectores*); Fisher, *Legacy of Heroes*, 33, 38, 64 (*gangrena gaseosa*); Kenneth C. Davey, «Navy Medicine on Bloody Omaha», en «Sixth Naval Beach Battalion 1998 Reunion», 1998, MRC FDM (*un tiro en la cabeza*); «Vierville-sur-Mer», mec., s. f., MMD («*Había hombres llorando*»).

137. «sacos grises hinchados»: Moorehead, Gellhorn, 219.

137. «Caminé lentamente»: Gaskill, «Bloody Beach», *American Magazine* (septiembre de 1944): 26+; Andrew T. McNamara, «QM Activities», 1955, PIR, MHI, 128 (*más del doble de esta cantidad*); Pyle, *Brave Men*, 246 (*filas perfectas*); Richard H. Oliphant, «Eleventh Amphibious Force», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #217 («*mirar fijamente es siempre una falta de educación*»).

138. *Los equipos de registro de difuntos*: Perret, *There's a War to Be Won*, 485 (*imperdibles*); «Operation Report Neptune», Provisional Engineer Special Brigade Group, septiembre de 1944, NARA RG 407, ML #951, caja 24198, 341 (*dos emplazamientos*); Kenneth C. Davey, «Navy Medicine on Bloody Omaha», en «Sixth Naval Beach Battalion 1998 Reunion», 1998, MRC FDM (*Con la ayuda del brandy*).

139. «desde que Alejandro Magno partiera de Macedonia»: Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol. 3, 114; Gellhorn, *The Face of War*, 134-136 («pequeños hombres desaliñados»); *Reporting World War II*, vol. 2, 155 («Lo mataría»).

140. «*Nunca más nos veremos obligados a desembarcar*»: Balkoski, *Omaha Beach*, 261.

141. «Hemos llegado al momento por el que nacimos»: Stephen E. Ambrose, «Battle Scars Remain But Little Has Changed in Normandy», *International Herald Tribune*, 22 de abril de 1994, 12; Wacker, «The Voces of D-Day», *Retired Officer* (junio de 1994): 26+ (anotando «fallecido»); Crosswell, *Beetle*, 795 («repertorio de muertos»); Taper t (ed.), *Lines of Battle*, 162-164 («Me pregunté quién era»).

CAPÍTULO 2. EL AFIANZAMIENTO

«Esa delgada y larguísima línea de angustia personal»

1. *El miércoles 7 de junio por la mañana lloviznaba en Portsmouth:* www.britishlistedbuildings.co.uk/en-474304-18-gun-battery-and-flanking-battery-king; *Three Years*, 571 (cuatro estrellas blancas).

2. «Esta escena de gran confusión»: Love and Major (eds.), *The Year of D-Day*, 84-85.

3. *Las minas seguían causando estragos*: AR, *Tide*, 6 de julio de 1944, NARA RG 38, CNO, 370/45/3/1, 2-3; HO, George Crane, XO, *Tide*, 30 de septiembre de 1944, NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories; AR, Susan B. Anthony, 7 de junio de 1944, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #217; «The United States Medical Department at War, 1941-1945», vol. 1, parte 3, Bureau of Medicine and Surgery, 1946, NHHC, 732-733 («*El barco se elevó y se arqueó*»); HO, Byron S. Huie, oficial de salvamento, 18 de agosto de 1944, NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories (*a los asustados pasajeros por la proa*); Liebling, *Mollie & Other War Pieces*, 191 («*levantó la nariz de su casco*»).

4. «¿Por qué diablos...?»: Bradley, *A Soldier's Story*, 280-281.

5. «arraigado firmemente en Francia»: Bradley y Blair, *A General's Life*, 256-257; Bradley Commentaries, CBH, MHI, caja 41 (*en el estribo de un camión*); «The Administrative History of the Operations of 21 Army Group», s. f., NARA RG334, E 315, ANSCOL, GB 21-AG AH, caja 458, 25 (*colaboraban en la construcción*); memorándum, F-48 a «Secret Mail Room», 12 de agosto de 1944, U.S. Fleet, OPD, Boletín Informativo, suplemento anfibio n.º 8, 9 de junio de 1945, GCM Lib, caja 1, expediente 34 (*Más de un tercio de los obstáculos de la playa*); Bertram H. Ramsay, despacho, *London Gazette*, 30 de octubre de 1947, CMH, 5109+ (*estrecho de Dover*); memorándum, B. B. Talley, febrero de 1948, RG 407, AFIA, 2-3.7 BG (*indicaba no solo las baterías enemigas*); corr., John H. Lauten, 16.º de Inf., al Departamento de Guerra, 22 de julio de 1947, «1st U.S. Infantry Division, G-2 Report Intelligence Activities», MMD (*en aquellos momentos ya estaban siendo bombardeadas*).

6. *Pero el I Ejército aún no había cumplido: CCA, 341, 351 (una cuarta parte); «A Narrative History of the Second Ranger Infantry Battalion», mec., s. f., Robert W. Black Papers, MHI, caja 3; HO, Charles M. Bulap, Co E, 2nd Ranger Bn, HI (Pointe du Hoc).*

7. *Al otro lado de la playa Utah, la confusión seguía: «Continuation of Command Narrative»*, s.f., JMG, MHI, caja 12; Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 257 (*Benzedrina*), 259-260 («¿Dónde está la fiesta?»).

8. *En aquellos momentos la 82.^a Aerotransportada ocupaba: Gavin, On to Berlin, 111; CCA, 291 (no se había establecido ninguna verdadera cabeza de puente al oeste); Ruppenthal, Utah Beach to Cherbourg, 74-75.*

9. «*La cabeza de Puente sigue siendo poco profunda*»: Love y Major (eds.), *The Year of D-Day*, 84-85; Bradley y Blair, *A General's Life*, 257 («interrupción sin sentido alguno»).

10. «El mástil se agitaba violentamente»: *Three Years*, 572-573; Love y Major (eds.), *The Year of D-Day*, xvi («un aura de vinagre»).

11. «*Hemos empezado*»: Eisenhower, *Letters to Mamie*, 190.

12. *Ni siquiera la guerra podía ensombrecer el esplendor*: VW, vol. 1, 265; CCA, 339; Aron, *France Reborn*, 30 (*gorroneaban cigarrillos*), 24 (*cuarenta mil quesos*); HO, Lt. Richard Oliphant, NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories (*proliferaban las flores blancas*); Liddle, *D-Day by Those Who Were There*, 145 (*las vacas sin ordeñar mugían*); Watney, *The Enemy Within*, 108 (*batas azules*); CBH, 2 de julio de 1944, MHI, caja 4 (*saludo fascista*); Lankford (ed.), *OSS Against the Reich*, 88 (*las tiendas vendían productos*); visita del autor, Bayeux, 26-27 de mayo de 2009; Osmont, *The Normandy Diary of Marie-Louise Osmont*, 45, 49 («*sin abrigos*»).

13. «rodeados de gigantescos flotadores»: Aron, *France Reborn*, 30 y prólogo (treinta y seis mil municipios franceses); Drez (ed.), *Voices of D-Day*, 293; Donnison, *Civil Affairs and Military Government in North-West Europe*, 74-77 («imposibles de diferenciar», «los saqueos por parte de las tropas»); Middleton, *Our Share of Night*, 315 (instalaron un centro de prensa); Moorehead, *Eclipse*, 113 («un vino blanco seco»).

14. «*simples cascarones con el interior derrumbado*»: Moorehead, *Eclipse*, 109; Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 90-91 («*¡Por favor, detén las bombas!*»); Scannell, *Argument of Kings*, 157, 165-166 («*Lo que no logro comprender*»); Osmont, *The Normandy Diary of Marie-Louise Osmont*, 41, 46-47 («*Los pitidos y los silbidos*»).

15. «con un aspecto de individuo indefenso e insignificante»: CBH, 8 de junio de 1944, MHI, caja 4; Pyle, *Brave Men*, 251-252; Tobin, *Ernie Pyle's War*, 173-179.

Un mundo de artilleros

16. *Decenas de miles de soldados enemigos: Keegan, Six Armies in Normandy, 157; Wilmot, The Struggle for Europe, 305 (viejos autobuses franceses).*

17. *En su avance por cinco polvorientas carreteras*: Lefèvre, *Panzers in Normandy Then and Now*, 81; VW, vol. 1, 23; Carell, *Invasion—They're Coming!*, 107-108 («los bombarderos sobrevolaban»); Mark, *Aerial Interdiction in Three Wars*, 246 (nueve kilómetros por hora); Wilmot, *The Struggle for Europe*, 300; Cooper, *The German Army, 1933-1945*, 503 (*hasta el 9 de junio*). El historiador Niklas Zetterling sostiene que las pérdidas sufridas por la *Panzer-Lehr-Division* durante la marcha fueron exageradas, pero los retrasos considerables. *Normandy 1944*, 47, 384-389.

18. *Seis batallones antiaéreos*: Carell, *Invasion—They're Coming!*, 114-115; Zetterling, *Normandy 1944*, 48 (*sesenta trenes*); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 156 (*El material y las tropas de Das Reich*).

19. «Amigos míos, vais a comparecer ante Dios»: Hastings, *Das Reich*, 116-126, 170-182; Foot, *SOE in France*, 399 («el libro de la iniquidad»).

20. *La vileza también fue de la mano*: Cooper, *The German Army, 1933-1945*, 503; Milner, «Stopping the Panzers», *JMH* (abril de 2010): 491+; Isby (ed.), *Fighting the Invasion*, 241; Zetterling, *Normandy 1944*, 46 (*sin el combustible suficiente*); Chandler y Collins (eds.), *The D-Day Encyclopedia*, 361 (*antiguo minero y policía robusto*); Luther, *Blood and Honor*, 72-73 (*diecinueve roturas de huesos*); Murray y Millett, *A War to Be Won*, 423 (*granadas de mano a los pies*).

21. *Como un enjambre de avispones, los granaderos avanzaron*: Milner, «Stopping the Panzers», *JMH* (abril de 2010): 491+; Luther, *Blood and Honor*, 147 (*chocolate, cacahuetes*).

22. *Aunque tarde, los cañonazos de los buques de guerra*: VC, 132-133; C. P. Stacey, «Operation Overlord and Its Sequel», Canadian Military HQ, informe n.º 131, s. f., NARA RG 407, E 427, ETO ML, #640, 13-14 (*más de tres kilómetros*); HO, Dixon M. Raymond, 1981, Craig W. H. Luther Papers, HIA, caja 1, 4-5 («*un par de días*»).

23. Sin embargo, «Panzermeier» carecía de la fuerza necesaria: Margolian, *Conduct Unbecoming*, 58-64.

24. «¿Por qué trasladáis...?»: Luther, *Blood and Honor*, 181-182; C. P. Stacey, «Canadian Participation in the Operations of North-West Europe», Canadian Military HQ, informe n.º 147, octubre de 1945, NARA RG 407, E 427, ETO ML (*División Asesina*); «Report on the Court of Inquiry», SHAEF, julio de 1944, NARARG 331, 290/715/2, E-56, caja 2; Margolian, *Conduct Unbecoming*, 102; Hart, *Clash of Arms*, 383-385 (*ciclo de atrocidades*); McKee, *Caen: Anvil of Victory*, 201 («Nos limitábamos a dispararles»); Beevor, *The Second World War*, 594 («NHP rango inferior comandante»). Más tarde, en los juicios por crímenes de guerra, se declaró a la 12.^a División SS-Panzer culpable de sesenta y dos asesinatos a sangre fría; muchos historiadores y muchos soldados consideran que el número de víctimas fue, por lo menos, el doble. Reynolds, *Steel Inferno*, 94.

25. *los canadienses sufrieron alrededor de tres mil bajas: VC, 140; Granatstein, The Generals, 132 («joder» y «frontal»); English, The Canadian Army and the Normandy Campaign, 310 (había quintuplicado sus fuerzas).*

26. «Lanzándose en aquella empresa como verdaderos jugadores de hockey»: Hastings, *OVERLORD*, 125; CCA, 373-374 (imposible repetir el éxito obtenido en Authie); Luther, *Blood and Honor*, 175 («gritar de rabia y de dolor»); Milner, «Stopping the Panzers», *JMH* (abril de 2010): 491+ («estupideces»).

27. *Entre los bastardos que el 9 de junio observaban*: Bodo Zimmermann, 1946, FMS, #B-308, MHI, 42-43; MMB, 181; Luther, *Blood and Honor*, 170 («Mi querido Meyer»); CCA, 373-374.

28. *Los remolques, las tiendas de campaña y cuatro grandes...: Wilmot, The Struggle for Europe, 303; Bennett, Ultra in the West, 58-59 (dependen cada vez más de las radios), 68-69; George F. Howe, «American Signal Intelligence in Northwest Africa and Western Europe», s. f., SRH 391, NSA, NARA RG 457, E 9002, 134 (diecisiete mil mensajes al día); Hinsley, 486-490.*

29. *De repente, Geyr von Schweppenburg aguzó el oído: Luther, Blood and Honor*, 179-180.

30. *El baron logró escapar con heridas leves: Wilmot, The Struggle for Europe, 303; Bennett, Ultra in the West, 68-69 (huyeron a París).*

31. Otras decapitaciones de ese mismo calibre vinieron a mermar: Geyr, «Reflections on the Invasion», *Military Review* (enero de 1961): 2+; Luther, *Blood and Honor*, 195; Günther Keil, «919th Grenadier Regiment», s. f., FMS, #C-018, MHI, 36-38 («insignificante vida»); Hastings, *OVERLORD*, 173-174 (pierna ortopédica); McLean, *Quiet Flows the Rhine*, 2, 130 (675 generales alemanes).

32. «El VII Ejército se ve obligado a actuar»: VW, vol. 1, 258; «Special Messages», 11 de junio de 1944, UK NA, HW 1/2927 (*interceptado por Ultra*); Leo Geyr von Schweppenburg, ETHINT 13, 11 de diciembre de 1947, MHI, 6 (*cañones antiaéreos autopropulsados*); BP, 33 (*tomar prestadas quince ametralladoras*).

33. *También Rommel estaba muy nervioso*: Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 477-478; Ruge, *Rommel in Normandy*, 183 («algún territorio con el que negociar»); Cooper, *The German Army, 1933-1945*, 504-505 («todos los hombres luchan»).

34. «*La batalla no va en absoluto bien*»: Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 491-493.

35. *El lamento de Rommel habría hecho las delicias: «Monty's Wartime Caravans»*, *AB*, n.º 20 (1978): 32+; Wilmot, *The Struggle for Europe*, 336. John Colville, el secretario privado de Churchill, contaría que Montgomery había firmado incluso algunas de sus propias fotografías. Colville, *Footprints in Time*, 184-187 («tres de Rommel»).

36. *Dos días después del Día D había llegado a casa, a Normandía*: Montgomery, *A Field-Marshal in the Family*, 7-8; visita del autor, Creullet, 29 de mayo de 2009; Eisenhower, *General Ike*, 115 («Conduzcan por la izquierda»); Kennedy, *The Business of War*, 343 («libro de apuestas»); Hamilton, *Master of the Battlefield*, 718 («una zurra cuando la merecen»); Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, 419 (A toda esta fauna); Kingston McCloughry, *Direction of War*, 158 («Delgado, enjuto, enérgico, con aspecto de halcón»); J. S. W. Stone, memorias, s. f., LHC, carpeta 5, 22 (leer las escrituras).

37. «El camino a la fama»: D'Este, *Decision in Normandy*, 504; Moorehead, *Montgomery*, 188-89 (275 guineas); Howarth (ed.), *Monty at Close Quarters*, 22 («maestro»), 79 («un personaje provocador e interesante»); Lewin, *Montgomery as Military Commander*, 349 («figura cromwelliana»); Granatstein, *The Generals*, 113 («Dios Almonty»); *PP*, 472 («el monito»); Hastings, *Armageddon*, 26 («una mierdecita»); Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 174 («Monty quiere ser un rey»); HO, Charles Miles Dempsey, 12-13 de marzo de 1947, FCP, MHI («Monty es un buen hombre»).

38. *había llegado por segunda vez*: Carver (ed.), *The War Lords*, 501; Raymond Callahan, «Two Armies in Normandy», en Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 261 («el ultimo gran ejército de tierra»); Belfield y Essame, *The Battle for Normandy*, 47 (*Ejército Británico de Liberación*).

39. «la capacidad de ganarse simpatías»: Carver (ed.), *The War Lords*, 503; Bradley, *A Soldier's Story*, 319-320 («tolerante y juicioso»); Moorehead, *Montgomery*, 36 («trampa para ratones»); Howarth (ed.), *Monty at Close Quarters*, 11 («un espejo ustorio»).

40. «Evito todos los detalles»: Richardson, *Send for Freddie*, 146; Leason, *The Clock with Four Hands*, 7 («¿Están de acuerdo?»); Howarth (ed.), *Monty at Close Quarters*, 28 («Uno quedaba impresionado»); HO, Field Marshal Montgomery of Alamein, 1 de octubre de 1966, John S. D. Eisenhower, CBM, MHI, caja 6, 9 (*la hora que solía acostarse*).

41. «muchas de sus mejores cualidades»: Lewin, *Montgomery as Military Commander*, 342; Carver (ed.), *The War Lords*, 501-503 («Como Bottom»); Howarth (ed.), *Monty at Close Quarters*, 37 («que solo es maleducado cuando quiere»).

42. «muy infantil»: Hamilton, *Master of the Battlefield*, 537, 546 («el 51 % de tus decisiones»); Miller, *Ike the Soldier*, 660 (se negó a asistir a su funeral); Irving, *The War Between the Generals*, 170; Moorehead, *Montgomery*, 36; Howarth (ed.), *Monty at Close Quarters*, 23 («Yo solo lo hice»).

43. «Estoy disfrutando muchísimo de la vida»: Hamilton, *Master of the Battlefield*, 652.

44. *La planificación de la Operación Overlord era en gran medida obra suya*: Ellis, *Brute Force*, 374; HO, David Belchem, 21st AG, 20 de febrero de 1947, FCP, MHI (*por el derecho los americanos capturaran Cherburgo*); Wilmot, *The Struggle for Europe*, 311-312 («*Mi política general*»); memorándum, B. L. Montgomery, 14 de abril de 1944, IWM, Christopher «Kit» Dawnay Collection, PP/MCR, C46, Ancillary Collections, micro R-1 («*contundentes ataques de fuerzas blindadas*»).

45. *Habían desembarcado treinta y cuatro batallones blindados: Zetterling, Normandy 1944, 107; Davis, Carl A. Spaatz and the Air War in Europe, 457 («un maricón sin agallas»).*

46. *El 13 de junio empezó un ataque por los flancos al oeste de Caen: D'Este, Decision in Normandy, 176-189; VW, vol. 1, 254-256.*

47. «*En tierra todo es un verdadero cacao*»: Trafford Leigh-Mallory, «Daily Reflections on the Course of the Battle», UK NA, AIR 37/784; Moorehead, *Montgomery*, 217 («*un mundo de artilleros*»); Hastings, *Inferno*, 524 («*Maldita matanza*»); Lewis (ed.), *The Mammoth Book of Eyewitness World War II*, 405-406 («*Día infernal*»).

48. *Para los americanos en el oeste*: barón Friedrich von der Heydte, «A German Parachute Regiment in Normandy», 1954, FMS, #B-839, MHI, 16-19; CCA, 366-367; Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 93 («Piojosos, menudos»), 125 («me vino a la mente Cartago»); «FUSA Weekly Report, 6-14 June 1944», en «Memorandum to Harrison», 27 de mayo de 1948, CMH.

49. *Ese mismo 13 de junio, pero más tarde, Bradley: corr., Clarence R. Huebner a G. A. Harrison, 17 de octubre de 1947, NARA RG 319, CCA expedientes históricos, caja 164.*

50. «*Estoy sentado en un pequeño castillo normando de piedra gris*»: TR a Eleanor, 11 de junio de 1944, LOC MS, caja 10.

51. *Nadie mostraba un interés tan patriótico: «General De Gaulle Visit to Normandy, 14 June 1944»*, UK NA, ADM 1/16018; Aron, *France Reborn*, 45-47 («de acuerdo con la normativa»).

52. «escribí al señor Churchill»: Kersaudy, *Churchill and De Gaulle*, 357; Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, 29 («¿Se ha dado cuenta,...?»); Fenby, *The General*, 142-144.

53. «No hemos venido a Francia»: Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, 109; «General De Gaulle Visit to Normandy, 14 June 1944», UK NA, ADM 1/16018 («que la gente fumara»); Aron, *France Reborn*, 45-47 («Se me escapó en África»).

54. «una figura rígida y lúgubre»: Moorehead, *Eclipse*, 122; Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, 30 (unos gendarmes que saludaban); Whitehead, «Beachhead Don», 130-131 («Vive De Gaulle!»); Donnison, *Civil Affairs and Military Government in North-West Europe*, 78-79 (Varios miles de personas aguardaban); De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, 563-564 («Las mujeres sonreían y sollozaban»); visita del autor, Bayeux, 27 de mayo de 2009, placas conmemorativas, Place De Gaulle («Nuestra gloriosa y mutilada»); Aron, *France Reborn*, 45-47 («El sendero de la guerra»).

55. *Tras cantar a pleno pulmón La Marsellesa: «General De Gaulle Visit to Normandy, 14 June 1944»*, UK NA, ADM 1/16018 (*catorce habitaciones en un hotel*); Hamilton, *Master of the Battlefield*, 666; De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, 638 («*Francia viviría*»); Robb, *The Discovery of France*, 29 («*queso*»).

56. *Montgomery escribió a Churchill*: BLM a WSC, 15 de junio de 1944, UK NA, CAB 120/867; Guérard, *France: A Short History*, 239 («*Bendito sea*»).

Solo se vence un terror con otro terror

57. *En tiempos pasados más felices, cuando el Reich: Germany IX*, 415 (una fuerza de veintiocho mil hombres); *World War II Diary of Jean Gordon Peltier*, MRC FDM, 181-182 (flamantes muebles de madera de arce); Mark Watson, «As I Saw It», en Knickerbocker et alii, *Danger Forward*, 269-270 (sacabotas); Stenbuck (ed.), *Typewriter Battalion*, 222-224 (Falsos graneros); Speidel, *We Defended Normandy*, 105 (catedral de Soissons).

58. «el sitio más prohibido de Francia»: Stenbuck (ed.), *Typewriter Battalion*, 222-224; Beevor, *D-Day*, 172 («moscas de la carne»); <http://www.hitlerpages.com/pagina33.html>.

59. *Se trataba de la primera visita de Hitler a Francia: CCA, 140; Fest, Hitler, 695-698 («me inclino hacia la derecha»); Bodo Zimmermann, 1946, FMS, #B-308, MHI, 111 (asumir personalmente el mando).*

60. *Hitler se sentó encorvado en un taburete de madera*: Speidel, *We Defended Normandy*, 106-107; Bertram H. Ramsay, despacho, *London Gazette*, 30 de octubre de 1947, CMH, 5109+. El Día D+9 habían desembarcado veinte divisiones aliadas, pero Rommel exageró la cifra, diciendo que habían sido veintiséis. James Hodgson, «The German Defense of Normandy», septiembre de 1953, R-24, NARA RG319, 270/19/30/4-7, caja 6, 8-9.

60. *El VII Ejército alemán se enfrentaba a ellos*: Cooper, *The German Army, 1933-1945*, 503; Edward J. Drea, «Unit Reconstitution: A Historical Perspective», diciembre de 1983, CSI, 16 (*no llegaban a los once mil efectivos*); *VW*, vol. 1, 262 (*eran ya más de veintiséis mil*); *WaS*, 62; James Hodgson, «The German Defense of Normandy», septiembre de 1953, R-24, NARA RG 319, 270/19/30/4-7, caja 6, 8-9 (*superioridad del enemigo*).

61. *Los aviones de guerra angloamericanos*: G. Rundstedt, «Experiences from the Invasion Battles of Normandy», 20 de junio de 1944, en *Naval Intelligence Weekly*, 15 de noviembre de 1944, Sidney Negretto Papers, MHI, caja 4; Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, 280 (trescientos trenes); *Germany VII*, 328-330 (refuerzos de la aviación alemana); F. Ruge, «Coast Defense and Invasion», 9 de junio de 1947, ONI IR 243, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 642; Buffetaut, *D-Day Ships*, 147 (Le Havre).

62. los tanques americanos había cruzado la carretera que iba de Cherburgo a Coutances: Isby (ed.), *Fighting the Invasion*, 30.

63. «No lo llame una cabeza de playa»: Keegan, *Six Armies in Normandy*, 165; Blumentritt, *Von Rundstedt*, 235; Speidel, *We Defended Normandy*, 106-107 («Hay que conservar Cherburgo»).

64. *Rundstedt apenas hablaba*: Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, 175-176, 191-198; Roberts, *The Storm of War*, 501 (Der alte Herr); Holt, *The Deceivers*, 570-571 (Der schwarze Ritter); Blumentritt, *Von Rundstedt*, 13-15 (*de la elite Junker*); MMB, 477-478.

65. *Atormentado por el reumatismo*: Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, 390 («resignación psíquica»); Holt, *The Deceivers*, 570-571 (*se acostaba tarde*); Isby (ed.), *Fighting the Invasion*, 47 (*Le disgustaba tanto el teléfono como*), 50 («como antes de 1866»); Liddell Hart, *The German Generals Talk*, 71-72 («porquería parda»); Speidel, *We Defended Normandy*, 89-90 («el cabo bohemio»); «Battle of the Bulge», PIR, MHI, 12 («Quatsch!»); G. Rundstedt, interrogatorio británico, 9 de julio de 1945, NARA RG 407, E 427, ETO ML #2126, caja 24231 («una burda fanfarronada»); Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, 185; Günther Blumentritt, ETHINT 73, enero de 1946, MHI, 2-4 (*aumentar su abatimiento*).

66. *Rundstedt daría un paso al frente*: James Hodgson, «The German Defense of Normandy», septiembre de 1953, R-24, NARA RG 319, 270/19/30/4-7, caja 6, 8-9; Irving, *The Trail of the Fox*, 387 («La fortaleza debe resistir»); Wilmot, *The Struggle for Europe*, 326 («¡Tienen que resistir aquí!»).

67. *Rundstedt creía probable que se produjera otra invasión*: G. Rundstedt, interrogatorio británico, 9 de julio de 1945, NARA RG 407, E 427, ETO ML #2126, caja 24231; Holt, *The Deceivers*, 580-581 (solo había enviado una división); Howard, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 5, *Strategic Deception*, 189 (otras veintiuna); Bodo Zimmermann, 1946, FMS, #B-308, MHI, 86 (*Rundstedt coincidía con el mariscal Rommel*); Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, 401; Speidel, *We Defended Normandy*, 98-99; CCA, 412-413.

68. «Deben permanecer donde están»: Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, 410.

68. *Estaban por venir grandes cosas*: IFG, 46-47; Hinsley, 483-484; WaS, 69.

69. «locura de la imaginación»: *Germany VII*, 420; Hinsley, 424 (*fábrica de Volkswagen*); *AAFIn-WWII*, 105 (*treinta y seis mil toneladas*); «The V-Weapons», *AB*, n.º 6 (1974): 2+ (*un simple equipamiento móvil*); M. C. Helfers, «The Employment of V-Weapons by the Germans During World War II», 1954, OCMH, NARA RG319, 2-3.7 AW, 85 (*el arma era un torpedo volador*); Irving, *The Mare's Nest*, 299 («*huesos de cereza*»).

70. *El primero de ellos, lanzado desde el oeste de Francia: Hinsley, 428-429; Germany VII, 375 («Solo se vence un terror con otro terror»).*

71. Rundstedt sugirió utilizar el V-1: Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 454n; Goerlitz, *History of the German General Staff, 1657-1945*, 460-461; *Germany VII*, 426-429 (margen de error); Speidel, *We Defended Normandy*, 109 («facilitaría alcanzar una paz»).

72. *Interrumpieron la reunión para almorzar*: Blumentritt, *Von Rundstedt*, 235; Speidel, *We Defended Normandy*, 110; Irving, *The Trail of the Fox*, 386-388 (tres copitas de jarabes).

73. «¿Qué piensa realmente de nuestras posibilidades...?»: Wilmot, *The Struggle for Europe*, 333; Goerlitz, *History of the German General Staff, 1657-1945*, 460-461 («Preocúpese de su frente de invasión»).

74. «Fue un fracaso»: VW, vol. 1, 269; Bodo Zimmermann, 1946, FMS, #B-308, MHI, 112 (*un V-1 errante volara hacia el este en lugar del oeste*); *Germany VII*, 432 (*se abrió una investigación*); Kershaw, *Hitler, 1936-45: Nemesis*, 643 («Solo los optimistas»).

75. «capaz de escapar a la influencia del Führer»: Irving, *The Trail of the Fox*, 387; Ruge, *Rommel in Normandy*, 190-197, 234 («un sinfín de paralelismos»).

76. *Rommel se retiró a sus dependencias*: visita del autor, La Roche-Guyon, 30 de mayo de 2009; Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 492 («*Las acciones de largo alcance*»).

77. *Incluso el domingo por la mañana:* <http://myweb.tiscali.co.uk/homefront/arp/arp4a.html> (*llenaban de par en par las iglesias*).

78. *En la Capilla de la Guardia de los cuarteles Wellington: «Services Tomorrow»*, *Times* (Londres), 17 de junio de 1944, 8; Ziegler, *London at War, 1939-1945*, 290 (*Te Deum*); Baker, *Ernest Hemingway*, 501-503 («*estela candente*»); Churchill, *Triumph and Tragedy*, 39-40.

79. *Luego se hizo el silencio*: King y Kutta, *Impact*, 198-199; www.flyingbombsandrockets.com/V1; War Damage Inform n.º 1861, Royal Military Guards Chapel, 3 de agosto de 1944, UK NA, IR 37/59 (*derrumbó muros*); visita del autor, Guards Chapel and Museum, 5 de abril de 2010; McKee, *Caen: Anvil of Victory*, 133-134 («*Pruébate fiel*»).

80. *Clementine Churchill fue corriendo a casa*: Churchill, *Triumph and Tragedy*, 39-40; recuerdos, George Laity, 15 de agosto de 2005, www.bbc.co.uk/print/ww-2peopleswar/stories/66 (wax tableau); McKee, *Caen: Anvil of Victory*, 133-134 (*Churchill no pudo contener las lágrimas*).

81. *Aquella tarde su automóvil lo condujo a Bushy Park*: Chandler, 1933; *AAF in WWII*, 526-532; *CCA*, 215-217 (*habían despegado más de treinta mil veces*); www.discoverfrance.net/France/Paris/Monuments-Paris/Eiffel.shtml (*cuatro torres Eiffel*); M. C. Helfers, «The Employment of V-Weapons by the Germans During World War II», 1954, OCMH, NARA RG 319, 2-3.7 AW, 33-34 (*cuarenta veces o más*); Lyall (ed.), *The War in the Air*, 374 (*projectiles llenos de*).

82. Durante las semanas siguientes, las contramedidas adoptadas: Hillson, «Barrage Balloons for Low-Level Air Defense», *Airpower Journal* (verano de 1989): 37+; *Germany VII*, 430; Lyall (ed.), *The War in the Air*, 378 (aprendieron incluso a utilizar las alas); Baldwin, *The Deadly Fuze*, 257-258 (ocho veces más difícil); Collier, *The Defence of the United Kingdom*, 383-384 (fueron trasladados de la zona de Londres); Churchill, *Triumph and Tragedy*, 40 (el callejón de las bombas).

83. El edicto de «máxima prioridad» de Eisenhower: AAFinWWII, 532, 528 (cada día un centenar de bombas V-1 contra el Objetivo 42); M. C. Helfers, «The Employment of V-Weapons by the Germans During World War II», 1954, OCMH, NARARG 319, 2-3.7 AW, 100 (una cuarta parte de todas las misiones aéreas); Collier, *The Defence of the United Kingdom*, 387 (setenta y tres mil toneladas); Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, 432 (tuvo poco impacto); diario, 4 de julio de 1944, Frederick L. Anderson Papers, HIA, caja 2 («Debemos reconocer al enemigo el mérito»).

84. *Un estudio británico calculó: «CROSSBOW Probable Scale and Effect of Attack on London by Pilotless Aircraft », 10 de enero de 1944, British COS, NARARG 331, E 3, SHAEF SGS, 290/7/4/4-5, caja 132; corr., Bernard Lipford, 115th Inf, NARA RG 407, E 427, HI («atravesó las paredes»).*

85. *con las ventanas rotas*: King y Kutta, *Impact*, 202, 211; Fussell, *Wartime*, 215 («ese crujido malicioso, ese sonido similar al de una risilla perversa»); Eisenhower, *Letters to Mamie*, 197 (diecinueve veces); Ziegler, *London at War, 1939-1945*, 306 («¡Qué sórdido...!»).

86. *Cada vez eran menos*: King y Kutta, *Impact*, 211; Collier, *The Defence of the United Kingdom*, 395 («un suplicio, probablemente el más duro»).

Cuán fácil es crear un fantasma

87. *Al oeste de Bayeux, la region montañosa normanda*: Keegan, *Six Armies in Normandy*, 152-153; Davies, «Geographical Factors in the Invasion and Battle of Normandy», *Geographical Review* (octubre de 1946): 613+ (*esquisto precámbrico*); memorándum, Cleave A. Jones, 17 de julio de 1944, SHAEF, NARA RG 498, ETOHD, UD 603, SLAM 201, expediente, caja 1 (*congostos*); *Nouveau Petit Larousse*, 1934, <http://en.wikipedia.org/wiki/Bocage> («*agradable bosquecillo frondoso y sombreado*»); Wellard, *The Man in a Helmet*, 126 («*Getsemaní*»); Doubler, *Busting the Bocage*, 21 (*Guadalcanal*).

88. «No podía imaginarme el bocage»: HO, ONB, 1974-1975, Charles Hanson, MHI, IX-4; «Neptune Monograph», TF 122, 21 de abril de 1944, NARA RG 331, E23, SHAEF G-3 Plans, 290/7/10/6, caja 43 (*ampliamente avisados*); *The 35th Infantry Division in World War II* («una fortificación como una muralla»); estudio del terreno, Charles H. Bonesteel III, FUSA, 18 de abril de 1944, Arthur S. Nevins Papers, MHI («bocage normando»); HO, Charles H. Bonesteel III, 1973, Robert St. Louis, SOOHP, MHI, 164; «Appreciation of Possible Development of Operations to Secure a Lodgment Area», 7 de mayo de 1944, 21st AG, UKNA, WO 205/118, 2; *St.-Lô*, 4 (*cuatro mil parcelas cercadas por setos*); Cawthon, *Other Clay*, 76 («Fuimos entrenados sin descanso»).

89. «*Presiento que llegaremos a St. Lô*»: CCA, 383.

90. *Las compañías de blindados ya empezaban a informar*: Doubler, *Closing with the Enemy*, 43-44; Mack Morriss, «My Old Outfit», en *Reporting World War II*, vol.2, 539 («un muro de fuego»); «Terrain—Cotentin Peninsula», 8 de julio de 1944, VIII Corps, NARA RG 498, G-3 OR, caja 10 («desde muy cerca»); Charles H. Coates, «German Defense in Hedgerow Terrain», WD Observer Board, 27 de julio de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, AGF ETO C-117 (*tanta proximidad neutralizaba*); Pyle, *Brave Men*, 255 («Había francotiradores por todas partes»); mens., XV Grupo de Ejércitos al SHAEF, 11 de febrero de 1945, NARARG 331, SHAEF SGS, 383.6/4 (*escala ascendente de premios*).

91. *El fuego feroz de los tanques*: Simpson, *Selected Prose*, 139, 122 («el ronroneo de las balas»), 125 («*Algunas ideas apestan*»); Linderman, *The World Within War*, 85 («*Estaba echado en la hierba*»); Shephard, *A War of Nerves*, 252 («*suaves ráfagas*»); Whitaker et alii, *Victory at Falaise*, 309-310 (fragmentos de mortero).

92. *Los civiles franceses, agitando trapos blancos*: Pyle, *Brave Men*, 284-285 (ocho centavos); Belfield y Essame, *The Battle for Normandy*, 132 («empotradas en las paredes»); Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 254 (tan rígidas como muñecos de madera); Rossey Hill, *The Story of the Guards Armoured Division*, 33 («segado de cuajo»); Daghish, *Operation Goodwood*, 96 (humo teñido de rojo); Whitehead, «Beachhead Don», 133 («no quedó un edificio en pie»); Peckham y Snyder (eds.), *Letters from Fighting Hoosiers*, vol. 2, 120 («desierto y en absoluto silencio»).

93. *Cada localidad en disputa, como cada seto en disputa*: memorándum, Royce L. Thompson, «ETO Invasion Casualties», 27 de mayo de 1948, OCMH, GCM Lib, Royce L. Thompson Collection, caja 1; Osmont, *The Normandy Diary of Marie-Louise Osmont*, 88 («blancos como el papel», «animalitos aterrorizados»); Shephard, *A War of Nerves*, 252; memorándum, 15 de julio de 1944, NARA RG498, ETO, SGS, 333.5, 290/50/10/11/7-1, caja 35; memorándum, First Army IG, 7 de agosto de 1944, NARA RG 338, First Army AG Gen'l Corr, OIG, caja 218 (*quinientos soldados sospechosos*); memorándum, Cleave A. Jones, 17 de julio de 1944, SHAEF, NARA RG 498, ETO HD, UD 603, SLAM 201, expediente, caja 1 («¿Acaso disponemos de cien divisiones...?»).

94. «Las cosas siempre resultan confusas»: Pyle, *Brave Men*, 269, 305; Hadley, *Heads or Tails*, 90 («crear un fantasma»); Holt y Holt, *Major & Mrs. Holt's Battlefield Guide to the Normandy Landing Beaches*, 133 (*herido de muerte por un fragmento de mortero*); L. F. Skinner, «The Man Who Worked on Sundays», s. f., IWM, 01/13/1, 18 («Lo enterré cerca del seto»).

95. *Solo el ojo más acostumbrado*: WaS, 64; Stagg, *Forecast for Overlord*, 126; Bates y Fuller, *America's Weather Warriors*, 96; Woodward, *Ramsay at War*, 164-165 (*los meteorólogos del SHAEF pronosticaron*); Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 352-356 (*un temporal aquel mes de junio*); «Operation OVERLORD: Report on the Effect of Bad Weather, 19-23 June 1944», SHAEF, s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #220 (300 contra 1).

96. *En aquellos momentos, más de doscientos barcos*: «Report by the Allied Naval Commander-in-Chief», octubre de 1944, NARA RG 407, ML, #624, 94-95; CCA, 423 (218000 toneladas); Bynell, «Logistical Planning and Operations—Europe», conferencia, 16 de marzo de 1945, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 207, 5 (30 % menos de las previstas); LSA, vol. 2, 392-393 (*anclaban a menudo frente a la playa equivocada*); «Amphibious Operations: Invasion of Northern France», CINC, U.S. Fleet, octubre de 1944, NARA RG 407, ML #252, caja 24148, 5-13 (*petulantes oficiales*); Waddell, *United States Army Logistics*, 65, 134 («¡Por favor! ¡Por favor!»).

97. *Pero la escasez era el fenómeno más habitual*: Waddell, *United States Army Logistics*, 75-76, 83 (*se acotarían estrictamente el número de disparos*); Bynell, «Logistical Planning and Operations—Europe», conferencia, 16 de marzo de 1945, NARARG 334, E 315, ANSCOL, caja 207, 5; Charles F. MacDermut y Adolph P. Gratiot, «History of G-4 Com Z ETO», 1946, CMH, 8-3.4 AA, 73 (*paquetes con mapas*); «Supply and Maintenance on the European Continent», NARA RG407, E 427, AG WWII Operations Report n.º 130, 97-USF5-0.3.0, 41; «G-4 History», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #553A-C, 22 (145,000 tons); Howard, conferencia, 8 de agosto de 1944, NARA RG 334, E315, ANSCOL, L-6-44, H-83, caja 191, 9 (*más de 125 proyectiles diarios*).

98. *La salvación llegó por el mar*: Churchill, *Triumph and Tragedy*, 8 («puertos sintéticos»); H. D. Bynell, conferencia, 31 de octubre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, L-7-44, caja 199, 6 (*cien millones de dólares estadounidenses*); «Invasion Harbors Towed to France», British Information Services, 17 de octubre de 1944, Hanson Baldwin Papers, YU, caja 109, carpeta 862 (*otros diez mil*); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 161; IFG, 25-26; «Prefabricated Pormec.», octubre de 1944, British Information Services, Hanson Baldwin Papers, YU, caja 109, carpeta 862; WaS, 28 (*160 remolcadores*); VW, vol. 1, 88-90; IFG, 25-26; WaS, 26-27 («*un último viaje de autoinmolación*»); Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 347 (*anticuados buques mercantes*); «Mulberry B», SHAEF G-4, noviembre de 1944, NARARG 498, ETO HD, expediente admin. #44 (*enorme bandera tricolor*).

99. *A esta flota suicida se sumaron: «Prefabricated Pormec.»*, octubre de 1944, British Information Services, Hanson Baldwin Papers, YU, caja 109, carpeta 862; «Mulberry B», SHAEF G-4, noviembre de 1944, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #44 (*más de quince kilómetros de muelles flotantes*); VW, vol. 1, 88-90 (*dos millones de toneladas*); www.nycgovparks.org/sub_your_park/historical_sig-ns/hs_historical_sign.php?id=8771 (*una cantidad de hormigón que multiplicaba por diecisiete*); Mason (ed.), *The Atlantic War Remembered*, 377 («Una tormenta los barrerá»); «Task Force 128: Report on Installation of Mulberry A», s. f., DDE Lib, A. Dayton Clark Papers, caja 2 (*las operaciones de descarga ya habían comenzado en el Mulberry A*); Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 352-356 (*las LST quedar vacías en menos de una hora*).

100. *una de las peores tempestades de junio de los últimos ocho años*: Woodward, *Ramsay at War*, 164-165; cuaderno de bitácora, H. M.S. *Despatch*, 19 de junio de 1944, UKNA, WO 32/12211; «Construction Battalions in the Invasion of Normandy», 30 de noviembre de 1944, SEM, NHHC, caja 81, carpeta 28, 39-40 (*Las anclas se hacían pesadas y se atascaban*); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 96 («*La tempestad no amaina*»).

101. *Y estaban siendo barridos, muelle por muelle*: «Task Force 128: Report on Installation of Mulberry A», s. f., DDE Lib, A. Dayton Clark Papers, caja 2; *IFG*, 177 (*e incluso dispararan*); Buffetaut, *D-Day Ships*, 140-142; *CCA*, 423-426; Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 352-356 (*Las llamadas de angustia*); Love y Major (eds.), *The Year of D-Day*, 93 («*Estamos viviendo una maldición*»).

102. *Al cabo de ocho horas, la maldición empezó a romperse: WaS, 64 («un claro en el cielo»); cuaderno de bitácora, H. M.S. Despatch, 19 de junio de 1944, UK NA, WO32/12211 (Fuerza 7); HO, Byron S. Huie, Jr., 18 de agosto de 1944, NARA RG38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 5-6 («Ni siquiera una incursión de mil bombarderos»); Belfield y Essame, *The Battle for Normandy*, 102-103; Fergusson, *The Watery Maze*, 346-347 (un pequeño buque cisterna que acabó en medio de las dunas); AAR, 21st Weather Squadron, AAF, 1944, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #493-A (habían quedado obstruidas); VW, vol. 1, 272-273 (más de tres kilómetros de muelles articulados de acero).*

103. *El Mulberry A se perdió por completo*: R. W. Crawford, «Guns, Gas and Rations», junio de 1945, SHAEF G-4, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #145; Chalmers, *Full Cycle*, 238-239 (los Gooseberries habían sido colocados); Mason (ed.), *The Atlantic War Remembered*, 377 («un fracaso aún más estrepitoso»).

104. *Al final, el Mulberry B sería de utilidad*: Buffetaut, *D-Day Ships*, 136 (*a mediados de julio*); Hickling y Mackillop, «The OVERLORD Artificial Harbors», conferencia, 6 de noviembre de 1944, CARL, N-12217; Charles C. Bates, «Sea, Swell and Surf Forecasting for D-Day and Beyond: The Anglo-American Effort, 1943-1945», 2010, p. a., 20 (*Puerto Winston*); H. D. Crerar, «Notes on Conference Given by C-in-C 21 Army Group», 22 de junio de 1944, National Archives of Canada, RG 24, vol. 1054 2, expediente 215A21.016 (9) («*un retraso de al menos seis días*»); WaS, 65-66 (*hasta finales de julio*); VW, vol. 1, 274 (*Rommel había sabido aprovechar el mal tiempo*); «Supply and Evacuation by Air», s. f., NARARG 407, E 427, AG WWII Operations Reports, 97-USF5-0.3.0, n.º 26 (*se enviaron cajas de granadas de mano*); LSA, vol. 1, 407 (*varar adrede ocho barcos de cabotaje*).

105. *Con las playas sumidas de nuevo en el caos*: memorándum, R. C. Partridge y C. H. Bonesteel III, 31 de diciembre de 1943, NARA RG 407, ETO ML, #205, caja 24143 («*arrollarnos*»); «Official Study of Port of Cherbourg», 1945, NARARG 498, ETO HD, expediente admin. #492 (*suministros de hasta treinta divisiones*); Coles y Weinberg, *Civil Affairs*, 721 («*la ciudad portuaria más importante del mundo*»).

106. *Grandes desgracias habían caído sobre Cherburgo*: «Official Study of Port of Cherbourg», 1945, RG 498, ETO HD, expediente admin. #492 (*el pillaje del enemigo hereditario*); Baedeker, *Northern France*, 158-161; «Cherbourg, Gateway to France: Rehabilitation and Operation of the First Major Port», 1945, NARA RG319, ETO HD, 8-3.1 AE (*financiada con las reparaciones de guerra de Alemania*).

107. *En aquellos momentos Cherburgo volvía a estar sitiada: CCA*, 420-422; Whitehead, «Beachhead Don», 146-147 (*Los campesinos franceses tiraban rosas*); Pyle, *Brave Men*, 273-275 («terriblemente patético»); Bradley, *A Soldier's Story*, 308 (*valse de Strauss*); *Three Years*, 596-597 («reclamo para cerdos»); Fussell, *Wartime*, 255 («bumf»); Lasky, «Military History Stood on Its Head», *Berlin Journal* 14 (primavera de 2007), American Academy of Berlin: 20+ («Ei sörrrender»).

108. *Un ultimátum de los americanos*: Ruppenthal, *Utah Beach to Cherbourg*, 172-177, 189; Whitehead, *World War II: An Ex-Sergeant Remembers*, 79 («Todos vosotros, hijos de perra»).

109. En unos mensajes de radio descifrados por Ultra: CCA, 431-434 («parálisis de búnker»); Sunset 604, 25 de junio de 1944, NARA RG 457, E 9026, SRS-1869 («extremadamente agotados»); Reardon (ed.), *Defending Fortress Europe*, mss, 165 (unas cinco mil vacas); Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol. 3, 123 (cuatro submarinos); CCA, 434 («Usted continuará luchando»).

110. *Las desgracias se multiplicaron para Schlieben*: «The Reminiscences of Alan Goodrich Kirk», 1962, John Mason, Col U OHRO, NHHC, 349-350 (*la fuerza de bombardeo se dividió en dos escuadras*); Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 362-365.

111. *Enseguida comenzó un estruendoso intercambio de salvas*: HO, John F. Latimer, s. f., NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 19-20 («*el fuego más concentrado*»); Morton L. Deyo, «Cherbourg», febrero de 1956, SEM, NHHC, caja 81, expediente 33; *IFG*, 198-205 (*la batería alemana más combativa*).

112. *A unos diez kilómetros al este de Cherburgo: Buffetaut, D-Day Ships*, 151-152; AR, U.S.S. *Texas*, 12 de julio de 1944, NARA RG 38, CNO, 370/45/3/1, caja 1470, 3-5; *IFG*, 205-212 (ochocientas descargas sobre la Batería Hamburgo).

113. *Y a ello estaba dispuesto el general Collins*: memorándum, Cleave A. Jones, 22 de junio de 1944, SHAEF, NARA RG 498, ETO HD, UD 603, SLAM 201, expediente, caja 1; Johnson, *History of the Twelfth Infantry Regiment in World War II*, 111 (a una altura de unos ciento veinte metros); Collins, *Lightning Joe*, 221 («la vista de Cherburgo»).

114. «puedes conseguir que el otro se avenga»: HO, JLC, 21 de enero de 1954, CBM, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CB 3; CBH, 15 de julio de 1944, MHI, caja 4 (*sus dotes persuasivas*); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 159 (*su despreocupación por las bajas*); Berlin, *U.S. Army World War II Corps Commanders*, 3-5 (*el más joven de los treinta y cuatro*), 16 («concentración y determinación»); diario, JMG, 16 de mayo de 1944, MHI, caja 10 («escuchimizado, engreído»); Collins, *Lightning Joe*, 2-3 (*almacenes de Nueva Orleans*); HO, JLC, 1972, Charles C. Sperow, SOOHP, MHI, 6 (*convulsiones*); Arlington National Cemetery, página web, <http://www.arlingtoncemetery.net/josephla.htm>; corr., JLC a Brentano, 24 de octubre de 1944, JLC Papers, DDE Lib, caja 3, 201, expediente (*Moby-Dick*); Carafano, *After D-Day*, 186 («Una orden no es más que una aspiración»).

115. *En aquellos momentos, Cherburgo era prácticamente suya: Ruppenthal, Utah Beach to Cherbourg, 193; Wertebaker, Invasion!, 150-152 (Los soldados americanos tomaron el puerto); Johnson, History of the Twelfth Infantry Regiment in World War II, 112.*

116. *El general von Schlieben ya se había retirado: Carell, Invasion—They're Coming!*, 177 («no cabía ni un alfiler»); *CCA*, 438 («Documentos quemados»); memorándum, Cleave A. Jones, 26 de junio de 1944, SHAEF, NARA RG 498, ETO HD, UD603, SLAM 201, expediente, caja 1 («Ha sido muy bueno»).

117. Al cabo de unos minutos apareció un soldado alemán: Wertenbaker, *Invasion!*, 158-159; Breuer, *Hitler's Fortress Cherbourg*, 232; Bradley, *A Soldier's Story*, 313 (el menú de una cena); Mittelman (ed.), *Hold Fast!*, 17 («yo estoy igualmente cansado»).

118. «*paraíso para el saqueador*»: corr., Thor M. Smith a su familia, 5 de julio de 1944, Smith Papers, HIA; Whitehead, «Beachhead Don», 159-160 («*crema de afeitar*»); HO, Albert Mumma, 22 de julio de 1944, NARA RG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 11 (*hotel Atlantique*); memorándum, Cleave A. Jones, 26 de junio de 1944, SHAEF, NARA RG 498, ETO HD, UD 603, SLAM 201, expediente, caja 1 (*pulpo en lata*); «Cherbourg, Gateway to France: Rehabilitation and Operation of the First Major Port», 1945, NARA RG 319, ETO HD, 8-3.1AE; Andrew T. McNamara, «QM Activities of II Corps», 1955, PIR, MHI, 136 (*dos botellas de vino y tres de licor*); Mason (ed.), *The Atlantic War Remembered*, 411-415 («*cogió una bien gorda*»); Wertebaker, *Invasion!*, 162-163. La captura de las cisternas de combustible «fue similar a la del puente de Remagen» sobre el Rin nueve meses más tarde, señalaría un estudio logístico. *LSA*, vol. 1, 500.

119. *Los que habían inspeccionado el puerto*: Frank A. Osmanski, «Critical Analysis of the Planning and Execution of the Logistic Support of the Normandy Invasion», diciembre de 1949, Armed Forces Staff College, Osmanski Papers, MHI; CCA, 441-442 («*un trabajo magistral*»); «Official Study of Port of Cherbourg», 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #492 («*totalmente arrasadas*»); «Port Plans, Pre-Invasion», s. f., NARA RG 319, LSA expedientes preliminares, 2-3.7 CB 6 (*Con sus grandes cargamentos de explosivos*); F. K. Newcomer, Jr., «Analytical Study of the Rehabilitation of the Port of Cherbourg», s. f., NARARG 334, E 315, NWC, ANSCOL, caja 234, 14-18; Beck, 352.

120. *Aquellas ruinas estaban sembradas de trampas cazabobos*: «Cherbourg Port Reconstruction», Office of the Chief Engineer, ETO, marzo de 1945, NARA RG 334, E 315, NWC, ANSCOL, USA ETO Z-2, caja 1128, 30-32; Mason (ed.), *The Atlantic War Remembered*, 410 (*más de cuatrocientas minas*); IFG, 217 (*ocho barridos magnéticos y acústicos del puerto*); Harlan D. Bynell, «Logistical Planning and Operations—Europe», conferencia, 31 de octubre de 1944, NARA RG 334, E315, NWC, ANSCOL, L-7-44, caja 199, 9 (*una reconstrucción tediosa y peligrosísima*); LSA, vol. 2, 71-75; «Official Study of Port of Cherbourg», 1945, NARARG 498, ETO HD, expediente admin. #492 (*no sería hasta mediados de julio*); Beck, 355 (*el estado de las dársenas*); «Port Plans, Pre-Invasion», s. f., NARA RG319, LSA expedientes preliminares, 2-3.7 CB 6 (*«Es imposible no darse cuenta»*).

121. «esta Victoria tan significativa»: WSC a J. Stalin, 29 de junio de 1944, «Strategy and Operations, vol. 2», UK NA, CAB 120/421.

121. *el VII Cuerpo Había pagado con veintidós mil bajas*: Ruppenthal, *Utah Beach to Cherbourg*, 199; Coles y Weinberg, *Civil Affairs*, 731 (*pedazos de tela de paracaídas americanos*), 735 (*las armas de fuego y las palomas*); Wertebaker, *Invasion!*, 162-163 («*los jodidos generales*»).

122. *un montón de prisioneros*: Wertenbaker, *Invasion!*, 153; Moorehead, *Eclipse*, 138 («inventando nuevos insultos»); HO, Albert Mumma, 22 de julio de 1944, NARARG 38, E 11, U.S. Navy WWII Oral Histories, 7 (*otro tipo de embarcaciones de transporte*); memorándum, W. H. S. Wright, 25 de julio de 1944, NARA RG 337, E 54, AGF Top Secret Gen'l Corr., caja 2, carpeta 319.1 (*baladas de la guerra de los Siete Años*); Blumentritt, *Von Rundstedt*, 238-39; MMB, 138; Keegan, *Six Armies in Normandy*, 160-161.

123. «A Alton C. Bright»: Babcock, *War Stories*, 213-216.

124. *En un hospital decimonónico de la marina francesa: Cosmas y Cowdrey, Medical Service in the European Theater of Operations*, 261-263; Joseph R. Darnall, «Powdered Eggs and Purple Hearmec.», 1946, MHUC, Professional Papers, Group 1, caja 24, 133 («apestaban a sangre y a excrementos»); Sforza, *A Nurse Remembers*, sin paginar («Había instrumentos sucios por doquier»); Wertebaker, *Invasion!*, 164 («Tal vez tendría que haber más hombres que supieran»), 159.

125. *Enseguida se abrieron dos burdeles en Cherburgo*: «Official Study of Port of Cherbourg», 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #492; Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, 49 («la camioneta de los colaboracionistas»), 382n; Beevor, *D-Day*, 449 (*el olor podía percibirse a kilómetros de distancia*), 516.

126. «el Cosmoline utilizado para prevenir la oxidación»: Babcock, *Taught to Kill*, 84.

CAPÍTULO 3. LA LIBERACIÓN

Una monstruosa fábrica de muerte

1. *A comienzos de julio, habían desembarcado*: El soldado un millón desembarcó el 5 de julio. Despacho, Bertram H. Ramsay, *London Gazette*, 30 de octubre de 1947, CMH, 5109+.
1. *la invasión recordaba... Anzio*: HO, ONB, 7 de junio de 1956, CBM, NARA RG319, OCMH, 2-3.7, 270/19/5/4, caja 184; Sylvan, 31 (*laberínticas madrigueras*); Faubus, *In This Faraway Land*, 157 («Nos siguen machando con morteros»); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 137 (*las bajas diarias en Normandía*); mens., Dietrich von Choltitz, 15 de julio de 1944, en James Hodgson, «The Battle of the Hedgerows», agosto de 1954, NARA RG 319, OCMH, R-54, caja 8, IV-27 («una monstruosa fábrica de muerte»); Zuckerman, *From Apes to Warlords*, 280 («No aguanto estar aquí»).

2. «concentrar todas las fuerzas aéreas»: ALH, vol. 2, 104.

3. *El nerviosismo del comandante supremo*: Crosswell, *Beetle*, 657 (*Chesterfield*); Miller, *Ike the Soldier*, 662 («reducir la actividad»); *Three Years*, 584, 602 (*rompiendo las ventanas*); diario, 30 de junio y 8 de julio de 1944, Barbara Wyden Papers, DDE Lib, caja 1 («¡Cómo sufro!»); Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, 348 (*a la trasera de un Mustang P-51*); Davis, *Soldier of Democracy*, 501 («Marshall se pondría hecho una furia»); diario, CBH, 2 de julio de 1944, MHI, caja n.º 4 («¡Pegadle un tiro a ese bastardo!»).

4. «*pelea de perros*»: Jackson, *Overlord*, 174.

4. «*Conozco su plan*»: DDE a BLM, 7 de julio de 1944, NARA RG 331, E 1, SHAEF SGS, 381.

5. *La respuesta enviada un día después por Montgomery: Copp y McAndrew, Battle Exhaustion, 116-117 (3.ª División canadiense); BLM a DDE, 8 de julio de 1944, DDE Lib, PP-pres, caja 83 («Personalmente, estoy bastante satisfecho»); BLM a DDE, 8 de julio de 1944, NARA RG 331, E 1, SHAEF SGS, 381 («la batalla va muy bien»).*

6. «*Me cae muy bien*»: D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, 564; Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, 273 («*asegurándome de que no me destituyan*»).

7. «Jefe Gran Vendaval»: Crosswell, *Beetle*, 659; Kingston McCloughry, *Direction of War*, 144 («una especie de dictador»); Tedder, *With Prejudice*, 556 (*A finales de junio... comunicó a Churchill*); «Excerpts from Diary, D/SAC», del comandante de ala Leslie Scarman, 8 de julio de 1944, NARA RG 319, Supreme Command, expedientes preliminares, 2-3.7 CB 8 («*El problema es Monty*»); Trafford Leigh-Mallory, «Daily Reflections on the Course of the Battle», 15, 19 y 27 de junio y 17 de julio de 1944, UK NA, AIR 37/784 («*muy fría*»).

8. *Churchill... irascible*: WSC a A. Brooke, 18 de junio de 1944, y WSC a H. Ismay, 16 de julio de 1944, «Strategy and Operations, vol. II», UK NA, CAB120/421; Parkinson, *A Day's March Nearer Home*, 334-341 (*ántrax podía ser una de ellas*); Addison, *Churchill, the Unexpected Hero*, 194-195 («*una a una con bombardeos*»).

9. «se valorara fríamente»: Addison, *Churchill, the Unexpected Hero*, 194-195.
9. *si el gas venenoso... acortaría la guerra*: A finales de junio de 1944, Eisenhower había reiterado la política del SHAEF de no ser los primeros en utilizarlo. ALH, vol. 2, 116.
9. «Sería absurdo»: Addison, *Churchill, the Unexpected Hero*, 194-195; Parkinson, *A Day's March Nearer Home*, 334-341 («un efecto hostigador»); nota al margen, actas de la reunión de los jefes de estado mayor del SHAEF, 5 de julio de 1944, NARARG 331, E 3, SGS, 290/7/4/4-5, caja 128 («No estoy dispuesto a participar»).

10. *El plan de batalla de Montgomery*: Hogan, *A Command Post at War*, 91-95 (poca imaginación); Blumenson, *The Battle of the Generals*, 113 (el avance de tres contingentes); BP, 125-127 («más o menos confundidos»).

11. *Más allá de la playa Omaha, en el flanco izquierdo: BP, 109-114 (congestión, fuego amigo), 82-84 («Eso es precisamente lo que no quiero»); Baker, Ernest Hemingway, 511 («las carcasas»); Hogan, A Command Post at War, 100 (nueve generales); Belfield y Essame, The Battle for Normandy, 187 («Su miseria»).*

12. «muy blando para asumir»: Bradley, *A Soldier's Story*, 333.

12. Roosevelt había estado atareadísimo: Jeffers, *In the Rough Rider's Shadow*, 261; BP, 86, 131; corr., TR a Eleanor, 17 y 24 de junio y 3 y 7 de julio de 1944, TR, LOCMS Div, caja 10; Renahan, *The Lion's Pride*, 239 («desesperado y agotado»); Michael David Pearlman, «To Make Democracy Safe for the World», tesis doctoral, University of Illinois, 1978, 603 («Tal vez me duelan los pies»).

13. *Tras celebrar una conferencia con Collins: «Official Statement of the Military Service and Death of Theodore Roosevelt, Jr.»*, 29 de agosto de 1958, TR, LOC MS Div, caja 39; corr., R. O. Barton a Eleanor Roosevelt, 13 de julio de 1944, TR, LOC MS Div, caja 32 (*«El espectáculo debe continuar»*).

14. *un semioruga del ejército: Liebling, Mollie & Other War Pieces*, 220
(«Libérateurs»).

15. *Roosevelt nunca supo*: recomendación de Medalla de Honor, R. O. Barton, 27 de junio de 1944, TR, LOC MS Div, caja 39; Wheeler, *The Big Red One*, 300-301 (*Marshall se aseguró*); corr., Elizabeth Beston Henry a Eleanor Roosevelt, 25 de julio de 1944, TR, LOC MS Div, caja 26 («*de la época isabelina*»).

16. «un lugar antiquísimo»: Baedeker, *Northern France*, 162-163.

16. Aunque saqueado por los vikingos: Balkoski, *Beyond the Beachhead*, 268; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 138 (calvinistas apóstatas); BP, 146 (los bombarderos regresaron todos los días); Aron, *France Reborn*, 104 (diez habitantes).

17. Ocho carreteras y una línea ferroviaria: Mansoor, *The GI Offensive in Europe*, 153; Doubler, *Busting the Bocage*, 15; Whitehead, «Beachhead Don», 190 (un frente de ochenta kilómetros); *Reporting World War II*, vol. 2, 541 («bombas de las grandes»); *BP*, 150-51 («comida por la polilla»), 140 («en las últimas»); Mayo, *The Ordnance Department*, 250 (guerra de Secesión); Daghish, *Operation Goodwood*, 27 (quinientos metros al día); St.-Lô, 51 (29.^a División de Infantería).

18. «En él todo era explosivo»: Cawthon, *Other Clay*, 27-28, 34 («¡Veintinueve, en marcha!»); Cawthon, «Pursuit: Normandy, 1944», *American Heritage* (febrero de 1978): 80+ («erradicar el letargo»); «Memoirs of Charles Hunter Gerhardt», julio de 1964, MHI; material biográfico de Gerhardt, MMD; Miller, *Division Commander*, 71 («Rienda Suelta»); correo electrónico, Roy Livengood al autor, 8 de noviembre de 2008 («General Tiquismiquis»); HO, Charles L. Bolte, Maclyn Burg, 29 de enero de 1975, MHI, 172-177 («cómo se resucita», «guerrero indio»); Ewing, 29 *Let's Go!*, 283 («duro, exigente, agresivo»); Balkoski, *Beyond the Beachhead*, 253-254 (*un cuerpo de tres divisiones*).

19. *El 15 de julio, a última hora de la tarde*: BP, 154; HO, 2.^a Div. Inf., 13-18 de julio de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 12 (*dinamita*); Cawthon, «July, 1944: St. Lô», *American Heritage* (junio de 1974): 4+ («con una cuerda»); Linderman, *The World Within War*, 346 («el final de todo»).

20. *El lunes... antes del amanecer*: Balkoski, *Beyond the Beachhead*, 262; memorias, William Puntenney, mec., s. f., MMD, 59-63 (*matando al nuevo comandante*); *St.-Lô*, 110-111 (*camisetas*); *BP*, 167 (*las bolsas de plasma*); Robert E. Walker, «With the Stonewallers», mec., s. f., MMD, 65 («*una escena tremendamente lamentable*»).

21. Pero las defensas alemanas iban desvaneciéndose: BP, 170-71; Johns, *The Clay Pigeons of St. Lo*, 198, 233-34 (sarcófago de piedra); Whitehead, «Beachhead Don», 195 («Allí, entre los muertos»); Miller, *Division Commander*, 90 (impactó en uno de sus brazos); St.-Lô, 117-19 (diecisiete reductos); Balkoski, *Beyond the Beachhead*, 278 (los restos mortales de Howie).

22. «Ya no se podía identificar nada»: «Between Collaboration and Resistance: French Literary Life Under Nazi Occupation», New York Public Library, exposición, junio de 2009; Carpenter, *No Woman's World*, 59 («En ese lago»); Blumenson, *Liberation*, 28 («desatamos un infierno»); Bair, *Samuel Beckett: A Biography*, 242-244; Perloff, «In Love with Hiding», *Iowa Review* (2005): 82 («la capital de las ruinas»); Linderman, *The World Within War*, 117 («las estacas de las cercas, las tazas de té...»); AAR, George V. Bleier, Jr., registro de sepulturas, 11.º de Inf., s. f., NARARG 407, ETO G-3 OR, 290/56/5/1-3, caja 11 (*los primeros cadáveres alemanes convertidos en...*); «Graves Registration Service», NARA RG 407, E 427, AGWWII informes de actividades, 97-USF5-0.3.0 n.º 107, 10 («arrastrados primero con una cuerda»).

23. «*Si era verdad que había un mundo*»: Cawthon, «Pursuit: Normandy, 1944», *American Heritage* (febrero de 1978): 80+.

24. «*comido las agallas*»: HO, 2.º Div. Inf., 13-18 de julio de 1944, NARA RG 407, E427-A, CI, carpeta 12.

25. «¡Presente!»: Whitehead, «Beachhead Don», 198; Balkoski, *Beyond the Beachhead*, 278. Todavía no se han recuperado los cadáveres de muchos soldados de la división.

26. *Rommel se levantó como siempre...: Irving, The Trail of the Fox, 372-374; Liddell Hart, The Rommel Papers, 463-464 («capaz de hacer que te olvides»).*

27. *Tenía muchos problemas*: Ruge, *Rommel in Normandy*, 228; VW, vol.1, 307; memorias, J. S. W. Stone, s. f., LHC, carpeta 5, 54 («*fosos del pánico*»).

28. «Los asuntos militares van francamente mal»: Liddell Hart, *The Rommel Papers*, 491-493; Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, 460 (seis mil bombas); *BP*, 120 (cuarenta minutos); Moorehead, *Eclipse*, 145 («No podía verse nada»); Aron, *France Reborn*, 106 (unos ocho mil refugiados); *VW*, vol. 1, 316 (a un simple batallón).

29. *Cualquier día*: Liddell Hart, *The Rommel Papers*, 496, 486-487 (diez mil reemplazos); BP, 181 (ochenta mil proyectiles); Ruge, *Rommel in Normandy*, 213-219 («desangrándose»); James Hodgson, «The Battle of the Hedgerows», agosto de 1954, NARA RG 319, OCMH, R-54, caja 8, IV-5 (1,6 millones de bajas alemanas).

30. *Aquel derramamiento de sangre se había intensificado: Gilbert, The Second World War, 544; Megargee, Inside Hitler's High Command, 210; Erickson, The Road to Berlin, 228 (por las calles de Moscú).*

31. *La desafección de Rommel*: Lewin, *Rommel as Military Commander*, 230; Young, *Rommel, the Desert Fox*, 165 («sin la más mínima consideración»); Speidel, *We Defended Normandy*, 84-85 (*peligrosas conversaciones*); Beevor, *D-Day*, 326-330 (*estaría dispuesto a asumir el mando*); Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, 200 (*Rundstedt había sido relevado*); Günther Blumentritt, ETHINT 73, 8-11 de enero de 1946, MHI, 2-4 («fin a toda una guerra»); Carver (ed.), *The War Lords*, 197 (250.000 marcos); CCA, 447 («Yo seré el siguiente»).

32. *El sucesor de Rundstedt*: MMB, 282-83 («el taimado Hans»); Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, 404-405; Speidel, *We Defended Normandy*, 120-122 («obstinado impenitente»); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 240 («no podría ser más lúgubre»); Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 486-487 («empeora día a día»); VC, 179 (*Kluge dio el visto bueno*).

33. *Unos huevos fritos...*: Ruge, *Rommel in Normandy*, 233; «Rommel's Accident», AB nº 8 (1975): 42+; Luther, *Blood and Honor*, 229 («¿Con quién cree...?»).

34. Durante una conferencia en Saint-Pierre: Belfield y Essame, *The Battle for Normandy*, 149; McKee, *Caen: Anvil of Victory*, 256 (esfuerzos por ocultar el ruido); *Germany VII*, 596-97 (esperándose en el paso de Calais).

35. *Dietrich admitió que el ataque...: Darglish, Operation Goodwood, 83-86; Liddell Hart, The Tanks, vol. 2, 362 (oreja contra el suelo); Irving, The Trail of the Fox, 417-418 («Yo solo lo obedezco a usted»).*

36. *A toda velocidad, el automóvil tomó la carretera D-4*: Fraser, *Knight's Cross*, 510. Esta acción fue reivindicada por varios grupos de las fuerzas aéreas británicas. La historia oficial de la RAF la atribuye a los Spitfire del Escuadrón n.º 602, que volaba desde el aeródromo B11. Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol.3, 121.

37. *Las balas taladraron... del Horch: «Rommel's Accident», AB n.º 8 (1975): 42+; Young, Rommel, the Desert Fox, 170-171 (Rommel... quedando tendido).*

38. *Estaba gravemente herido*: Brown, *Bodyguard of Lies*, 743-744; «Rommel's Death Reported» (Melbourne, Australia), *Argus*, 23 de agosto de 1944, 16.

39. *Pasarían semanas*: Bodo Zimmermann, 1946, FMS, #B-308, MHI, 121-122.

40. *Rommel no se equivocaba en lo concerniente al ataque aliado*: Trafford Leigh-Mallory, «Daily Reflections on the Course of the Battle», 18 de julio de 1944, UKNA, AIR 37/784 («Los aviones se aproximaban»); McKee, *Caen: Anvil of Victory*, 258-259 («unos puntitos se soltaban»).

41. Solo la primera oleada de bombarderos: D'Este, *Decision in Normandy*, 371; «Operation Goodwood», octubre de 1946, (U.K.) Military Operational Research Unit, informe #23, CARL, R-14999, 15, 22 (*más de once kilos de explosivos detonantes*); Watney, *The Enemy Within*, 217 («un continuo estruendo»); Copp (ed.), *Montgomery's Scientists.*, 85; VW, vol. 1, 338-339 («*dignidad imperturbable*»); Liddell Hart, *The Tanks*, vol. 2, 366-367 («*¡Ahora! ¡Adelante!*»); Daghish, *Operation Goodwood*, 11 (*la batalla de tanques más impresionante*).

42. *La Operación Goodwood reunió: «Operation Goodwood», octubre de 1946, (U.K.) Military Operational Research Unit, informe #23, CARL, R-14999, 7, 18-22; VW, vol. 1, 329-330, 336; TSC, 186-187 («atraer el grueso de las fuerzas enemigas»).*

43. *Este plan de batalla simple y factible*: Callahan, *Churchill & His Generals*, 214-215; B. L. Montgomery, «Notes on Second Army Operations», 15 de julio 1944, National Archives of Canada, RG 24, vol. 1054 2, expediente 215A21.016 (9) («a los blindados alemanes a entrar en acción»); BLM a A. Brooke, 14 de julio 1944, Alanbrooke Papers, LHC, 6/2/27; Beevor, *D-Day*, 321 (ataque «a la rusa»).

44. *Montgomery había puesto demasiada carne en el asador*: AAR, «Operation Goodwood», 1945, UK NA, CAB 106/959, 4-8; «Lessons from Operation Goodwood», julio de 1944, UK NA, AIR 37/858; Liddell Hart, *The Tanks*, vol. 2, 360-361; DGLISH, *Operation Goodwood*, 31-32 (*batalla titánica*); Chandler, 2003-2004 («estallará en llamas»).

45. «pintar el panorama con colores»: HO, M. Dempsey, 8 de marzo de 1951, G. S. Jackson, UK NA, CAB 106/1061; HO, M. Dempsey, 28 de marzo de 1952, B. H. Liddell Hart, UK NA, CAB 106/1061 («demostró poca confianza en Eisenhower»); Hamilton, *Master of the Battlefield*, 760 («un exceso de confianza»).

46. «como una flota levando anclas»: Daghish, Operation Goodwood, 101-103; AAR, «Operation Goodwood», 1945, UK NA, CAB 106/959, 4-8 (*un vehículo cada veinte segundos*); «Operation Goodwood», octubre de. 1946, (U.K.) Military Operational Research Unit, informe #23, CARL, R-14999, 5 (*un amplio campo de tiro*), 15, 22; Watney, *The Enemy Within*, 217 («*mujeres enfadadas*»); Liddell Hart, *The Tanks*, vol. 2, 363-364 (*ciento cincuenta metros por minuto*); William Steel Brownlie, «And Came Safe Home», mec., s. f., IWM, 92/371, 18 («*muro gris de explosiones*»); VW, vol. 1, 340-341 (*terraplén*).

47. *Violentas llamaradas de fuego*: DGLISH, *Operation Goodwood*, 131; HO, Hans von Luck lo cuenta al autor, 3 de marzo y 7 de abril de 1994, Hamburgo; Luck, *Panzer Commander*, 157 («como torpedos»); AAR, «Operation Goodwood», 1945, UKNA, CAB 106/959, 4-8 («la gran dificultad para averiguar»); Baynes, *The Forgotten Victor*, 203-204 (dieciséis tanques Sherman ardían); Rosse y Hill, *The Story of the Guards Armoured Division*, 42.

48. *No tardaron en ser pasto de las llamas*: Belfield y Essame, *The Battle for Normandy*, 155; Liddell Hart, *The Tanks*, vol. 2, 362-363; «Operation Goodwood», octubre de 1946, (U.K.) Military Operational Research Unit, informe #23, CARL, R-14999, 18; «Lessons from Operation Goodwood», julio de 1944, UK NA, AIR 37/858 (*pólvora sin humo*); Howard y Sparrow, *The Coldstream Guards, 1920-1946*, 268 («Una cortina de fuego violenta e infranqueable»).

49. «*Las tripulaciones de algunos tanques salen envueltas en llamas*»: John M. Thorpe, «A Soldier's Tale, to Normandy and Beyond», mec., noviembre de 1982, IWM, 84/50/1, 96-98; William Steel Brownlie, «And Came Safe Home», mec., s. f., IWM, 92/371, 19 («*hombres quemados y heridos*»); Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 337 («*horrible cementerio*»).

50. «*Las operaciones de esta mañana han sido un gran éxito*»: VW, vol. 1, 344-346, 355-357; BLM a DDE, julio de 18, 1944, DDE Lib, PP-pres, caja 83 («*Estoy plenamente satisfecho*»); Fraser, *And We Shall Shock Them*, 335 (*pura fantasía*); McKee, *Caen: Anvil of Victory*, 278 («*El II Ejército ha atacado y se ha abierto paso*»); «Caen: The Big Break-Through», (R. U.) *Daily Mail*, 19 de julio 1944, 1.

51. «*E está preocupado*»: calendario de mesa, 19 de julio de 1944, Barbara Wyden Papers, DDE Lib, caja 1; VW, vol. 1, 347-350 («*crujen con la llegada de tropas enemigas*»); Copp y McAndrew, *Battle Exhaustion*, 124-125 («*los hombres que seguían vivos*»); Rosse y Hill, *The Story of the Guards Armoured Division*, 46 («*violencia tropical*»); Howard y Sparrow, *The Coldstream Guards, 1920-1946*, 270 (*raciones de ron*).

52. *La ofensiva había liberado: «Operation Goodwood»*, octubre de 1946, (R. U.) Military Operational Research Unit, informe #23, CARL, R-14999, 15, 22; AAR, «Operation Goodwood», 1945, UK NA, CAB 106/959, 4-8 (*vanguardia del I Ejército canadiense*); Daghish, *Operation Goodwood*, 170, 183 (*atrayendo a más fuerzas blindadas*); Reynolds, *Steel Inferno*, 186-187; Liddell Hart, *The Tanks*, vol. 2, 369. La mayoría de los tanques británicos inutilizados fueron reparados o sustituidos en poco tiempo. «Operation Goodwood», octubre de 1946, (R. U.) Military Operational Research Unit, informe #23, CARL, R-14999, 15, 22.

53. *Después de casi siete semanas: TSC*, 189-193; Everett S. Hughes a su esposa, 22 de julio de 1944, Hughes Papers, LOC, caja 2; VW, vol. 1, 353 («*Los Aliados empantanados*»); Daghish, *Operation Goodwood*, 11 («*sentido limitado*»); Trafford Leigh-Mallory, «Daily Reflections on the Course of the Battle», 28 de julio de 1944, UKNA, AIR 37/784 («*Nuestro error*»).

54. «En ese caso, hay que cambiar a nuestros líderes»: «Excerpts from Diary, D/SAC», 21 de julio de 1944, NARA RG 319, TSC, expedientes preliminares, 2-3.7 CB 8; Orange, *Tedder: Quietly in Command*, 271 («No creo»); Tedder, *With Prejudice*, 566; Kershaw, *Hitler, 1936-45: Nemesis*, 693 (al menos otros doscientos); Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, 477; Evans, *The Third Reich at War*, 642-643; Megargee, *Inside Hitler's High Command*, 222 (con el brazo en alto...). Martin Gilbert habla de más de cinco mil personas ejecutadas (*The Second World War*, 558). Andrew Roberts indica que 5800 individuos vinculados al atentado fueron detenidos en 1944, y un número similar en 1945 (*The Storm of War*, 482).

55. «¿Qué piensa vuestra gente...?»: D'Este, *Decision in Normandy*, 398; Chandler, 2020 (n) («se montara en su bicicleta»), 2018-2019 («El tiempo es vital»), 2026 («sería capaz de tumbarme»).

El día despejado se oscurece

56. *Enfundado en el batín de West Point*: corr., Chester B. Hansen a wife, s. f., CBH, MHI; diario, CBH, 12 y 28 de julio de 1944, MHI, caja 4 (*pastillas para dormir y «la cosa más imponente»*); Pyle, *Brave Men*, 213 («*temible territorio*»); Bradley, *A Soldier's Story*, 330; HO, ONB, 7 de junio de 1956, CBM, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7, caja 184; Whitehead, «*Beachhead Don*», 136 (*larga rama de haya*).

57. «Tómate todo el tiempo que necesites, Brad»: HO, M. Dempsey, 28 de marzo de 1952, B. H. Liddell Hart, UK NA, CAB 106/1061; HO, J. Lawton Collins, 1972, Charles C. Sperow, SOOHP, MHI, 195 (*bosquecillo del bocage*); Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 162-163; memorándum, B. L. Montgomery a ONB, 21 de julio de 1944, NARA RG 407, ML, caja 24143; DDE a ONB, 24 de julio de 1944, en *BP*, 331 («*Consiga cualquier ventaja*»). El sector elegido por Bradley para el ataque también evitaba los ríos más caudalosos de la región. Prados, *Normandy Crucible*, 86.

58. *Aquella ventaja dependía principalmente de la aviación*: Davis, *Bombing the European Axis Powers*, 386; Carafano, *After D-Day*, 102 (*más de cien obuses*); Bradley, *A Soldier's Story*, 341 (*mil quinientos de esos aparatos pesados*); *AAF in WWII*, 231 (*ocho kilómetros de longitud*); diario, CBH, 19 de julio de 1944, MHI, caja 4 (*un proyectil cada cinco metros*).

59. *La idea de Bradley no pareció muy sugestiva*: Informe de Investigación, 14 de agosto de 1944, HQ, USSAFE, Frederick L. Anderson Papers, HIA, caja 84, carpeta 10, 1-2, 5-6; «Manual de bombarderos», TM 1-251, 31 de marzo de 1941, Frederick L. Anderson Papers, HIA, caja 93; «Use of Heavy Bombers in a Tactical Role», octubre de 1944, SHAEF, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 94 (*Solo si los aviones atacaban perpendiculares*); informe, firma ilegible, 27 de julio de 1944, UK NA, AIR 37/762 (*«entre las piernas del ejército»*).

60. *Bradley accedió a que sus batallones de asalto retrocedieran*: BP, 220-221. Un coronel de las Fuerzas Aéreas americanas informó de haber advertido a Bradley de que un 3 % de las bombas caería en un lugar equivocado, pero este oficial creía erróneamente que el general había accedido a que los aviones volaran perpendicularmente, mientras que Bradley seguía creyendo que atacarían paralelos a la carretera, circunstancia que disminuía considerablemente el peligro derivado de los impactos «en zona equivocada». HO, John R. De Russey, oficial de enlace de la VIII Fuerza Aérea, 9-12 de septiembre de 1947, NARA RG 319, CCA, expedientes preliminares.

60. *no eran «más que instrumentos para ser utilizados»*: Bradley, *A Soldier's Story*, 154; Pyle, *Brave Men*, 214 («me he pasado treinta años»).

61. *Pyle pasó la noche del lunes, 24 de julio*: Pyle, *Brave Men*, 296; Tobin, *Ernie Pyle's War*, 199 («su pequeño cupo personal»); Cawthon, «July, 1944: St. Lô», *American Heritage* (junio de 1974): 4+ («su zona»).

62. *En aquellos momentos volvía... frente*: Field Order 44, 305th Bomb Group, 25 de julio de 1944, NARA RG 18, AAF WWII, 190/58/17/1, caja 925; «Investigation of Bombing of Ground Troops», 16 de agosto de 1944, FUSA IG, NARARG 338, FUSA AG, corr. general, caja 216; *BP*, 222-223 (*estrella blanca de los Aliados*); corr., J. H. Phillips a Ray E. Porter, Departamento de Guerra, 6 de mayo de 1944, James H. Phillips Papers, HIA (*diseño geométrico*).

63. «como niños en un partido de béisbol»: Carafano, *After D-Day*, 119; Nichols (ed.), *Ernie's War*, 333; Tobin, *Ernie Pyle's War*, 195 («constante traqueteo»).

64. *La Operación Cobra no estaba desarrollándose todo lo bien que se esperaba:*
«World Battle fronts, Western Front», *Time* (4 de diciembre de 1944) (tres barómetros).

65. *en un vuelo que partió de Stanmore*: Sullivan, «The Botched Air Support of Operation COBRA», *Parameters* (marzo de 1988): 97+; Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, 470-472; AAR, 305th Bomb Group, 24 de Julio de 1944, NARA RG 18, AAF WWII, 190/58/17/1, caja 925 («no bombardear sin precisión»); memorándum, «Bombing Errors Committed on the Normandy Battle Front, 24 July 1944», Cuartel General, VIII Fuerza Aérea, 30 de julio de 1944, Frederick L. Anderson Papers, HIA, caja 84, carpeta 10 (*haces de chaff cayeron sobre la nariz*); «The Effectiveness of Third Phase Tactical Air Operations», AAF Evaluation Board, agosto de 1945, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 15; «Investigation of Bombing of Ground Troops», 16 de agosto de 1944, FUSA IG, NARA RG 338, FUSA AG, corr. general, caja 216 («como fiasco»).

66. *Bradley se puso hecho una furia*: Bradley, *A Soldier's Story*, 347; Bradley y Blair, *A General's Life*, 278-279; memorándum, ONB, 25 de julio de 1944, en diario, CBH, MHI, caja 4 (*A las 22: 30 telefoneó a Bradley*); T. Leigh-Mallory a ONB, 19 de julio de 1944, UK NA, AIR 37/762 (*había abandonado aquella reunión antes*); *BP*, 229-237.

67. Desde su reducto en la casa de campo: Tobin, *Ernie Pyle's War*, 198; Pyle, *Brave Men*, 298-301 («¡Maldita sea!»).

68. *Esa mañana, la desventurada 30.^a División*: Hewitt, *Work horse of the Western Front*, 36-37.

68. «*aquel horrible viento racheado*»: Sullivan, «The Botched Air Support of Operation COBRA», *Parameters* (marzo de 1988): 97+; *History of the 120th Infantry Regiment*, 35-36 (*Las bombas sepultaron a los hombres*); Alosi, *War Birds*, 64 (*vacas en los árboles*); Regan, *Blue on Blue*, 166-167 («*como si alguien estuviera aporreándote*»); «Investigation of Bombing of Ground Troops», 16 de agosto de 1944, FUSAIG, NARA RG 338, FUSA AG, corr. general, caja 216 (*pedazo de cuerpo humano*); «Operations of 30th Infantry Division, 24 Jul-1 Aug 1944», s. f., CMH, 8-3.1, parte 5, 6-7 («*Luftwaffe americana*»).

69. *Unos mil quinientos bombarderos pesados*: Sullivan, «The Botched Air Support of Operation COBRA», *Parameters* (marzo de 1988): 97+; *BP*, 236-237 (*treinta y seis de ellos soltaron sus cargas*); *AAF in WWII*, 233-234 (*cuarenta y dos bombarderos medios*); Juliette Hennessy, «Tactical Operations of the Eighth Air Force», 1952, AFHRA, estudio histórico n.º 70, 53-56 (*humo rojizo señalizador*); diario, 25 de julio de 1944, Hoyt S. Vandenberg Papers, LOC MS Div, caja 1 (*viento de cinco nudos*); Sylvan, 68-71; diario, CBH, 25 de julio de 1944, MHI, caja 4 (*su cuerpo fue hallado*); DDE a GCM, 26 de julio de 1944, GCM Lib, caja 67, carpeta 10 («*Le advertí una y otra vez*»); Individual Deceased Personnel File, Lesley J. McNair, p. a., en FOIA, U.S. Army Human Resources Command, diciembre de 2008 («*6 estrellas de teniente general*»).

70. *Cuando el último bombardero medio: BP, 222-223; Pyle, Brave Men, 301*
(«Cualquiera puede cometer errores»).

71. «Ese trabajo le corresponde a la artillería»: Bradley, *A Soldier's Story*, 349.

72. «he disparado tres proyectiles, y los tres han rebotado»: Hewitt, *Work horse of the Western Front*, 37; *History of the 120th Infantry Regiment*, 37 («Allí solo quedaron las piernas»); BP, 246 (un kilómetro y medio); Kenneth W. Hechler, «VII Corps in Operation COBRA», s. f., CMH, 8-3.1 AK, parte 2 («la artillería enemiga había salido indemne»).

73. *Los veteranos de África como Eisenhower y Bradley*: Reardon (ed.), *Defending Fortress Europe*, mss, 179 («acabada»); BP, 240 (*perdido tanques*); James Hodgson, «Thrust-Counterthrust: The Battle of France (21 Jul-25 Aug 44)», marzo de 1955, NARA RG 319, R-58, 20-21 («soldados medio locos»); Spayd, *Bayerlein*, 167 («No había más que tierra quemada», «Solo los muertos pueden seguir resistiendo»); «Air Power in the ETO», USFET General Board, estudio n.º 56, s. f., NARARG 407, E 427, 97-USF5-0.30, 16-17 (*el 70 % de sus hombres*). Un estudio de la VIII Fuerza Aérea situó la cantidad de bajas alemanas por razones físicas en menos de un 10 %. Kenneth W. Hechler, «VII Corps in Operation COBRA», s. f., CMH, 8-3.1 AK, parte 2 («bombardeo táctico sistemático», «una sensación de impotencia»).

74. *Satisfechos con el ataque abortado del lunes...: Kenneth W. Hechler, «VII Corps in Operation COBRA», s. f., CMH, 8-3.1 AK, parte 2; Bennett, *Ultra in the West*, 43; Hinsley, 500 (treinta divisiones aliadas).*
74. «*El frente, por decirlo de alguna manera, ha estallado*»: James Hodgson, «Thrust-Counterthrust: The Battle of France (21 Jul-25 Aug 44)», marzo de 1955, NARA RG 319, R-58, apéndice, 30.

75. *Collins había reunido 120.000 efectivos*: Kenneth W. Hechler, «VII Corps in Operation COBRA», s. f., CMH, 8-3.1 AK, parte 2; «List of Weapons Available to VII Corps for the Attack of July 25», 4 de agosto de 1944, NARA RG 407, AFIA, 2-3.7 BG (*seiscientas piezas de artillería*); «Artillery in Operation Cobra», s. f., NARA RG 407, E 427, ML #2229 (*140000 proyectiles*); Cooper, *Death Traps*, 51-52 (*resistentes colmillos*); Mark J. Reardon, «Conquering the Hedgerows», mec., 2009, p. a.; Mayo, *The Ordnance Department*, 254-255 (*cilindros de oxígeno-acetileno*); *AAF in WWII*, 239-241 («aturdir al teutón»).

76. *Collins no tenía pensado lanzar*: Persons, «St. Lô Breakthrough», *Military Review* (diciembre de 1948): 13+; HO, J. Lawton Collins, 1972, Charles C. Sperow, SO-OHP, MHI, 196-199; Collins, *Lightning Joe*, 242-243; *BP*, 246; Hewitt, *Work horse of the Western Front*, 41 (*localizar trampas cazabobos*).

77. *Con el nuevo día, la ofensiva americana*: Doubler, *Busting the Bocage*, 58 («a la rusa»); Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 155 (*menos de tres minutos*); «Operations of 30th Infantry Division, 24 Jul-1 Aug 1944», s. f., CMH, 8-3.1, parte 5, 18 (*angosta carretera... a Saint-Gilles*); BP, 253-254, 275 (*mató al comandante de la Das Reich*); documentos del VII Ejército, 26 de julio de 1944, NARA RG 407, ML #488, caja 24154 (*siete brechas*); Hart, *Clash of Arms*, 390 (*retirada de dos compañías de tanques Panther*); Kenneth W. Hechler, «VII Corps in Operation COBRA», s. f., CMH, 8-3.1 AK, part2 2 (*no contaran con más refuerzos*).

78. «*Rem*»-remnants: Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, 130; *BP*, 250-251 («*se ha hecho verdaderamente grande*»).

79. *Los campesinos franceses iban y venían*: Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 194; George E. McIntyre, «As Mac Saw It», *mec.*, s. f., MHI, 273-274 (*ejemplares de Life*); Hastings, *OVERLORD*, 261-262 («*la cabeza agujereada*»).

80. *El viernes las fuerzas enemigas se replegaron: BP, 278-279, 287 («Parece que las cosas en nuestro frente marchan realmente bien»).*

80. *Más adelante aguardaba Avranches: Abram et alii, The Rough Guide to France, 389; BP, 308 («Nos enfrentamos a un enemigo derrotado»), 323 («Esto es un manicomio»), 333 (diez mil salidas de la aviación en misiones tácticas).*

Los ministros de tu castigo

81. *por carreteras de gravilla y por caminos rurales: Liebling, Mollie & Other War Pieces*, 232; Pogue, *Pogue's War*, 193 (*reprendiendo a los remolones*); Belfield y Essame, *The Battle for Normandy*, 228 (*el cabello blanquecino*); Lee Miller, «The Siege of St. Malo», en *Reporting World War II*, vol. 2, 233 («*broches de Cartier*»).

82. *Seguían adelante marchando hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste*: diario, CBH, 17 de julio de 1944, MHI (*cántaras de cobre*); Lankford (ed.), *OSS Against the Reich*, 152 (*perfume*); AAR, «Battle of Mortain», s. f., NARA RG 165, 330 (Inf), 120-0.3, 42 (*esvásticas pintadas torpemente*); Pogue, *Pogue's War*, 199, 209, 134 («*Mi mujer no me comprende*»); «Combat Diary of Edward McCosh Elliott, 1944», s. f., 2nd Bn, Glasgow Highlanders, IWM, 99/61/1, VI-18 (*ramilletes de flores con la enseña tricolor*); Joseph R. Darnall, «Powdered Eggs and Purple Hearnec.», mec., 1946, MHUC, Group 1, MHI, caja 24, 190 («*I speeg Engless*»); Neal Beaver, 3rd Bn, 508th PIR, mec., s. f., MMD (*jarras de calvados*); Rottman, *FUBAR: American Soldier Slang of World War II*, 55.

83. *Los carteles turísticos de Alemania seguían colgando*: Lee Miller, «The Siege of St. Malo», en *Reporting World War II*, vol. 2, 233; Cawthon, «Pursuit: Normandy, 1944», *American Heritage* (febrero de 1978), 80+ (*alemán de Milwaukee*); Watney, *The Enemy Within*, 186 («Un Alemán»); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 259 («Por muchas órdenes que se den»).

84. *En campamentos montados a toda prisa*: Perry Wolff , «Why We Fight», panel, Conferencia Internacional sobre la Segunda Guerra Mundial, NWWIIM, 10 de abril de 2008; McManus, *The Deadly Brotherhood*, 254 («un trocito de metal»); Beevor, *D-Day*, 390 («Lo enterramos oscuramente»).

85. *A finales de julio los planificadores del SHAEF: ALH, vol.2, 114-117; PP, 524 («cometa belicoso lanzando rugidos»); Allen, Lucky Forward, 26 («un gallo de pelea pura sangre con cerebro»).*

86. *la primera visión del teniente general George S. Patton, Jr.:* Codman, *Drive*, 159 («¿Puede haber algo más magnífico?»); D'Este, *Patton: A Genius for War*, 630, 636-637 («malditos cabrones, ¡me cago en Dios!»).

87. El martes 1 de agosto a mediodía: Allen, *Lucky Forward*, 71-72 («hasta que vencamos o muramos»); *PP*, 491 («muy feliz»).

88. «*Aparentemente hay dos tipos*»: *PP*, 464.

88. «*Patton ha vuelto a desmadrarse*»: mens., GCM a DDE, W. B. Smith a GCM, DDE a GCM, etc., 26 de abril-3 de mayo de 1944, NARA RG 165, E 422, WD, OPD, unidad de historia, caja 4; affidavits, GSP, LOC MS Div, caja 12, carpeta 1.

89. *Consiguió ser perdonado, aunque por los pelos*: corr, Everett S. Hughes a su esposa, 12 de mayo de 1944, LOC MS Div, Hughes Papers, caja II: 3, carpeta 1 (*escopetas de caza y sillas de montar*); diario, CBH, 2 de julio de 1944, MHI, caja 4 (*ofreció a Eisenhower 1.000 dólares*); White, *Conquerors' Road*, 34 («neurótico y sanguinario»); Patton, *The Pattons*, 109 (*salón de tatuajes*); GSP a Beatrice, 3 de julio de 1944, GSP, LOC MS Div, caja 12 («No puedo soportar el tiempo que pasa entre una guerra y otra»).

90. Reflexionó también profundamente sobre el generalato: Essame, *Patton: A Study in Command*, 122-124; Collins, *Lightning Joe*, 248-249 («Estoy castigado»); Blumenson, «Bradley-Patton: World War II's 'Odd Couple'», *Army* (diciembre de 1985), 56+ («no pedí que vinieras»); Bradley, *A Soldier's Story*, 356 («juicioso, más razonable»); discurso, GSP, s. f., George Smith Patton Papers, HIA, carpeta 1 («se levantaría sobre sus patas traseras»).

91. «Tenía que repetirme constantemente»: *PP*, 499; Koch y Hays, *G-2: Intelligence for Patton*, 61 («¡Yo voy a ir a Berlín!»).

92. *Primero tenía que ir a Brest: Waddell, United States Army Logistics, 46; IFG, 297; LSA, vol. 2, 467-474 (no enfriaron los ardores).*

93. *Pero el hundimiento del ala izquierda alemana*: Ganz, «Questionable Objective: The Brittany Pormec., 1944», *JMH* (enero de 1995), 77+; BP, 370 (cinco libras y «Tomad Brest»); GSP a Robert Howe Fletcher, 25 de abril de 1945, LOC MS Div, caja 13 («sexto sentido»); Price, *Troy H. Middleton: A Biography*, 189 (diez mil Krauts).

94. *otra punta de lanza del III Ejército, la 4.^a División Acorazada: BP*, 357-359; Ganz, «Patton's Relief of General Wood», *JMH* (julio de 1989), 257+ (*pues había dado clases particulares a sus compañeros de curso*); Carr, «The American Rommel», *MHQ* (veao de 1992), 77+ (*Aficionado a la jardinería y al cultivo de las rosas*); Raines, *Eyes of Artillery*, 213 (*Piper Cub*).

95. «Vamos a ganar esta guerra de la manera equivocada»: Price, Troy H. *Middleton: A Biography*, 188; BP, 361-365 («Querido George»); D'Este, Patton: *A Genius for War*, 631 (proponiéndole llegar a Chartres); Hirshson, *General Patton: A Soldier's Life*, 508-509 (sangriento asedio de Lorient).

96. «*lo principal está al este*»: *BP*, 431-432; Ganz, «Questionable Objective: The Brittany Pormec., 1944», *JMH* (enero de 1995), 77+.

97. *La campaña de Bretaña no tardó en revelarse inútil: BP, 340 («último cartucho»); Blumenson, The Battle of the Generals, 164 (sitio de Saint-Malo); Mitcham, Retreat to the Reich, 214 (setenta y cinco fortines); «Combat Engineering», CE, informe n.º 10, diciembre de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #547, 47-53 (murallas que alcanzaban los siete metros y medio de espesor); HO, ONB, 7 de junio de 1956, CBM, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 (la guarnición de Brest era demasiado peligrosa); diario, GSP, 9 de septiembre de 1944, LOC MS Div, caja 3, carpeta 5 («Debemos tomar Brest»).*

98. *La guerra terminó sin que ni un solo mercante ni un solo buque de transporte de tropas*: Balkoski, *From Beachhead to Brittany*, 331; memorándum, «Fighting in Cities», IX Ejército, 26 de octubre de 1944, NARA RG 498, Informe de Observadores G-3, caja 9 (*medio millón de bombas y proyectiles americanos*); Ganz, «Patton's Relief of General Wood», *JMH* (julio de 1989), 257+ («*una de las estupideces más colosales*»); M-516, 4 de agosto de 1944, y M-517, 6 de agosto de 1944, National Archives of Canada, RG 24, vol. 1054 2, expediente 215A21.016 (9) («*Nos hemos quitado los grilletes*»).

99. *El plan de Montgomery era muy sencillo y muy bonito*: BLM, «Task of First Canadian Army», 4 de agosto de 1944, National Archives of Canada, RG 24, vol. 10542, expediente 215A21.016 (9); *BP*, 435, 449-452 (*recorrieron a marchas forzadas quince kilómetros en dirección a Vire*); *VW*, vol. 1, 386, 408.

100. «sigue ella sola un guión equivocado»: Catton, *A Stillness at Appomattox*, 149.

100. *Uno de esos lugares fue Mortain: The Green Guide to Normandy*, 309; Beevor, *D-Day*, 401 (niños provistos de chapas de identificación).

101. *El último ocupante alemán de Mortain: BP, 466n; Hewitt, Work horse of the Western Front, 51 (La población civil vitoreó); SLC, 102.*

102. *De particular interés era Montjoie*: visita del autor, placa conmemorativa, 29 de mayo de 2009; Weiss, *Fire Mission*, 5, 25, 35, 75-76.

103. «*una oportunidad única, que no volverá a presentarse*»: James Hodgson, «Thrust-Counterthrust: The Battle of France», marzo de 1955, NARA RG 319, R-series, R-58, 80; TSC, 203 («*debe tener la vista fija*»).

104. «un ataque como ese, si no tiene un éxito inmediato»: Rosengarten, «With Ultra from Omaha Beach to Weimar, Germany», *Military Affairs* (octubre de 1978), 127+; Hans Eberbach, «Panzer Group Eberbach and the Falaise Encirclement», febrero de 1946, FMS, #A-922, MHI, 9-10; *BP*, 442; orden de batalla, Gilmore (ed.), *U.S. Army Atlas of the European Theater in World War II*, 52 (*una docena de divisiones repartidas en cuatro cuerpos*); Mitcham, *Retreat to the Reich*, 120-121 («temerariamente hasta el mar»).

105. *Remolinos de niebla subieron y bajaron*: AAR, «Battle of Mortain», s. f., NARARG 165, 330 (Inf), 120-0.3, 4-5; Baily y Karamales, «The 823rd at Mortain», *Armor* (enero-febrero de 1992), 12+ (26.000 alemanes); BP, 461 (120 tanques); Lefèvre, *Panzers in Normandy Then and Now*, 62 (caballería imperial); Hewitt, *Work horse of the Western Front*, 57 (tirando a corta distancia); «Armored Reconnaissance in the ETO», s. f., NARA RG 337, AGF OR #157 («se ha acabado todo»); Robert J. Kenney, «Somewhere in France», mec., 1978, 1st Bn, 117th Inf, p. a. (*Los heridos gemían*).

106. *En el ataque alemán no salió casi nada bien*: Isby (ed.), *Fighting the Breakout*, 128-129 (no apareció en el teatro de operaciones ni uno solo); *BP*, 464-465 (*tres de las seis cabezas de lanza*); diario de guerra, VII Ejército, 6 de agosto de 1944, NARA RG407, E 427, ML, #2201 («poco inspirado o negativo»).

107. *Donde más se dejó sentir el peso de los alemanes fue en Saint-Barthélemy: Baily y Karamales, «The 823rd at Mortain», Armor (enero-febrero de 1992), 12+; Reynolds, Steel Inferno, 216-217 (dejaron que pasaran los Panzer); McManus, The Americans at Normandy, 381-382 (se había retrasado seis horas); Baedeker, Northern France, 180 (Abbaye Blanche); visita del autor, placa conmemorativa, 29 de mayo de 2009 (sesenta y seis hombres con bazookas); HO, 120th Inf, agosto de 1944, NARA RG407, E 427-A, CI, carpeta 96; AAR, «Battle of Mortain», s. f., NARA RG 165, 330 (Inf), 120-0.3, 13-14 (Más de sesenta vehículos enemigos).*

108. «*La primera concentración verdaderamente grande*»: VC, 233; Featherston, *Saving the Breakout*, 133-135; Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol. 3, 132; BP, 464-465.

109. «Centenares de soldados alemanes empezaron a bajarse»: Featherston, *Saving the Breakout*, 133-135. Los pilotos aseguraron haber destruido cuatro veces más vehículos que los que las posteriores investigaciones sobre el terreno pudieron confirmar. Copp (ed.), *Montgomery's Scientists*, 175.

109. *varias escuadrillas se lanzaron erróneamente contra los parapetos americanos*: HO, 120th Inf, agosto de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 96; HO, Gen. Brig: James M. Lewis, 30th ID, 25 de agosto de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 96 (*barrieron las dos carreteras que se dirigían al oeste*); VW, vol. 1, 414 («prácticamente insoportables»).

110. «comienzo excepcionalmente pobre»: diario de guerra, VII Ejército, 6 de agosto de 1944, NARA RG 407, E 427, ML, #2201. 110. *dos guías franceses traidores*: Reardon, *Victory at Mortain*, 99; HO, 120th Inf, agosto de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 96 (*la despensa del hospital*); BP, 487 («*Infernal*»).

111. *Provisto de sus prismáticos de campaña, el teniente Weiss: Weiss, Fire Mission, 53, 68-69, 82, 105; Hewitt, Work horse of the Western Front, 69-74; Alosi, War Birds, 68 («no había pájaros cantando»).*

112. *Pero los alemanes no ganaban terreno*: Reardon, *Victory at Mortain*, 117, 143; Baily y Karamales, «The 823rd at Mortain», *Armor* (enero-febrero de 1992), 12+ (*menos de seis mil soldados de infantería*); *VW*, vol. 1, 416 («¡Ojalá los alemanes sigan atacando!»).

113. «*Les ha hecho mucha pupa*»: McManus, *The Americans at Normandy*, 399-400.

113. «*Tenemos que arriesgarlo todo*»: Hewitt, *Work horse of the Western Front*, 66.

114. «*espinita clavada en el corazón*»: BP, 488-90.

114. *El 9 de agosto Hitler volvió a exigir*: Hans Eberbach, «Panzer Group Eberbach and the Falaise Encirclement», febrero de 1946, FMS, #A-922, MHI, 9-12 («*muy desagradable*»); barón Rudolph von Gersdorff, «Avranches Counterattack, Seventh Army», s.f., FMS, #A-921, 27-31; HO, 120.º Regimiento de Inf, agosto de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 96 («*no os rindáis*»); Ralph A. Kerley, «Operations of the 2nd Battalion, 120th Infantry at Mortain», 1949, IS, 14.

115. *En la Colina 314 cada noche había más soldados muertos*: Ralph A. Kerley, «Operations of the 2nd Battalion, 120th Infantry at Mortain», 1949, IS, 19 (*levantar la moral*); HO, 120.º Regimiento de Inf, agosto de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 96; AAR, «Battle of Mortain», s. f., NARA RG 165, 330 (Inf), 120-0.3, 24 (*nabos, coles*); Weiss, *Fire Mission*, 124 (*esparadrapo*); Hewitt, *Work horse of the Western Front*, 67 (*la mitad de los paquetes*); Reardon, *Victory at Mortain*, 267 («*Quiero que Mortain sea demolida*»).

116. «El ataque ha fracasado»: Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, 449; Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, 416-417 («donde perderé mi reputación»).

117. *Cuando regresó a Mortain y la encontró convertida en ruinas, la población civil francesa*: Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 200 («llorando y balanceándose»); corr, Thor M. Smith a su familia, 28 de agosto de 1944, HIA, caja 1 («ob-
liberada»); Weiss, «Normandy: Recollections of the ‘Lost Battalion’ at the Battle of Mortain», *Prologue* (primavera de 1996), 44+ («No tengo mucho que contar de aquí»).

118. *Las grandes orejas de Ultra habían proporcionado al alto mando aliado:* Lewin, *Ultra Goes to War*, 405-409; Sunset 647-649, 7-9 de agosto de 1944, NARA RG 457, E9026, SRS-1869; Hinsley *et alii*, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, Segunda Parte, 246; Prados, *Normandy Crucible*, 181; Bennett, *Ultra in the West*, 118-119; Sunset 650, 10 de agosto de 1944, NARA RG 457, E 9026, SRS-1869 («el embate decisivo debe conducirnos»).

119. *Animado por Eisenhower, Bradley ordenó*: Chandler, 2060; Reardon, *Victory at Mortain*, 152; memorias, John W. Castles, Jr., s. f., USMA Arch («Yo soy el oficial al mando del general Patton»).

120. *Lo que sí estaban era pensando en ella*: Keegan, *Six Armies in Normandy*, 251 (una décima parte del territorio de Francia); *Three Years*, 789 («se obstinaron»); Greenfield (ed.), *Command Decisions*, 308; VC, 216-224; Liddell Hart, *The Tanks*, vol.2, 383-286 («el ciego que guía a otro ciego»); Copp y Vogel, *Maple Leaf Route: Falaise*, 94-99 (antes de frenarse debido a la confusión); BP, 479; «Battlefield Tour: Operation Totalize», septiembre de 1947, HQ, British Army of the Rhine and Canadian Army Historical Section, CMH, 65 («¡Atacad, perros!»).

121. *Mientras se desarrollaban estos sucesos, Bradley seguía estudiando: Featherston, Saving the Breakout, 144-145; Bradley y Blair, A General's Life, 294-295 (almuerzo al borde de la carretera a base de raciones K); diario, 8 de agosto de 1944, Hobart Gay Papers, MHI, caja 2, 446 (brusco giro a la izquierda en Le Mans).*

122. Un Eisenhower exultante siguió a Bradley: Blumenson, *The Battle of the Generals*, 190-191; PP, 505 («De haber sido por mí»).

123. «Se trata de una prioridad primordial»: VC, 236; Hills, *Phantom Was There*, 211 («los ministros de tu castigo»).

124. «la metedura de pata táctica más grande»: McManus, *The Americans at Normandy*, 391; Bradley, *A Soldier's Story*, 375 («Se trata de una ocasión»).

125. *Leclerc se desplegó por todas las carreteras a su alcance: Blumenson, The Battle of the Generals, 204-205; Essame, Patton: A Study in Command, 166-167 (dando así a los alemanes seis horas).*

126. Patton se irritó muchísimo, pero no se dejó amilanar: Essame, *Patton: A Study in Command*, 166-167; D'Este, *Decision in Normandy*, 429 («reducir la marcha»); diario, CBH, 12 de agosto de 1944, MHI, 1944, caja 4 («¿Seguimos adelante...?»).

127. «No hagas nada»: Blumenson, *The Battle of the Generals*, 206-207; Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, 223 (Bradley creía erróneamente); Greenfield (ed.), *Command Decisions*, 313 (diecinueve divisiones alemanas); Bradley, *A Soldier's Story*, 376-377 («No consulté»); *PP*, 509 («un gran error»); Codman, *Drive*, 163 («fuera de sí»).

128. *Las dificultades de los canadienses trastornaron*: Granatstein, *The Generals*, 114; English, *Patton's Peers*, 32-33; BLM a Brooke, 26 de julio de 1944, Alanbrooke Papers, LHC, 6/2/27 («*Me temo que se cree*»).

129. *Peor aún. El 13 de agosto los alemanes*: «Operations of the First Canadian Army in Northwest Europe», octubre de 1945, Historical Section, Canadian Military HQ, report n.º 146, NARA RG 407, E 427, ML; Stacey, *The Canadian Army, 1939-1945*, 202; Copp y Vogel, *Maple Leaf Route: Falaise*, 117 («baño de fuego fundido»); VW, vol. 1, 430-431 («Cuantas más bengalas amarillas encendían los soldados»); VC, 240-44 («un polvo como no lo había visto nunca»).

130. Bradley tomó entonces otra decisión trascendental: BP, 523-527; ONB, 15 de agosto de 1944, «Twelfth U.S. Army Group Directives», CMH («Debido al retraso»).

131. «*Por primera y única vez*»: Bradley, *A Soldier's Story*, 379; HO, ONB, 7 de junio de 1956, CBM, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7, 270/19/5/4, caja 184; Prados, *Normandy Crucible*, 216-221, 251.

132. *Los dos altos mandos aliados de mayor rango en campaña*: Weigley, «From the Normandy Beaches to the Falaise-Argentan Pocket», *Military Review* (septiembre de 1990), 45+; Belchem, *All in the Day's March*, 208; Hastings, *OVERLORD*, 301; Beevor, *D-Day*, 455; Blumenson, *The Battle of the Generals*, 217-218 (*tampoco hizo demasiados esfuerzos por asegurarse*); Kennedy, *The Business of War*, 344 («los gorjeos y las modulaciones»); D'Este, *Decision in Normandy*, 449 («Estos días están siendo estupendos»).

133. *Bradley no tardó en censurar a Montgomery*: Bradley, *A Soldier's Story*, 376-379; Wertebaker, *Invasion!*, 91 («la única cualidad que tienen en común todos los grandes generales»); Weigley, «From the Normandy Beaches to the Falaise-Argentan Pocket», *Military Review* (septiembre de 1990), 45+ («previsión operacional»).

134. *Tampoco prestó mucha ayuda Eisenhower*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 216; diario, CBH, 12 de agosto de 1944, MHI, 1944, caja 4 («arreglado y bronceado»); Essame, *Patton: A Study in Command*, 171 («realmente nunca tuvo la sensación»).

135. *Independientemente de cuáles fueran las deficiencias que aquejaban al alto mando aliado: memorándums, VII Ejército, 12, 15, 19 de agosto de 1944, NARA RG407, M. L. #483, caja 24154; Hans Eberbach, «Panzer Group Eberbach and the Falaise Encirclement», febrero de 1946, FMS, #A-922, MHI, 20 («tiene la fuerza de una compañía»); Lucas y Barker, *The Killing Ground*, 122 («Semejante cansancio»); BP, 516-519 («cinco minutos para la media noche»).*

136. *Y entonces Kluge desapareció*: Mitcham, *Retreat to the Reich*, 138-139; Hans Eberbach, «Panzer Group Eberbach and the Falaise Encirclement», febrero de 1946, FMS, #A-922, MHI, 24 («*Descubran el paradero*»); Speidel, *We Defended Normandy*, 142 (*si el mariscal había desertado*).

137. *Poco antes de la medianoche apareció*: Reardon (ed.), *Defending Fortress Europe*, mss, 378-379; Hans Eberbach, «Panzer Group Eberbach and the Falaise Encirclement», febrero de 1946, FMS, #A-922, MHI, 24 («*vive en otro mundo*»); VC, 254; Reardon, *Victory at Mortain*, 277 (*en un coche prestado*); Blumenson, *The Battle of the Generals*, 227-228 (*Hitler confirmó su decisión*).

138. *Aquella sería la última orden de Kluge*: Reardon (ed.), *Defending Fortress Europe*, mss, 382-383; MMB, 369 (*director de música prusiano*); Wilmot, *The Struggle for Europe*, 436 («*el bombero de Hitler*»); Kershaw, «*It Never Snows in September*», 76 (*estabilizar una campaña después de varias derrotas*); Charles V. von Lüttichau, «*Diary of Thuisko von Metzch*», mayo de 1952, NARA RG 319, R-10, 32 (*pelotones de fusilamiento*); Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, 320-326 («*un buen sargento*»); Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, 4 («*¿Ven esos ojos?*»).

139. «*Den lieb' ich*»: Lewin, *Montgomery as Military Commander*, 312; Hans Eberbach, «Panzer Group Eberbach and the Falaise Encirclement», febrero de 1946, FMS, #A-922, MHI, 26 («*Tengo la intención de retirarme*»).

140. *Cuenta la leyenda: visita del autor, Falaise, 29 de mayo de 2009; Abram et alii, The Rough Guide to France, 398; The Green Guide to Normandy, 74, 237; Baedeker, Northern France, 185-186.*

140. *Los agujeros de las balas afeaban el vetusto torreón del castillo: VC, 250-251; Lucas y Barker, The Killing Ground, 124 (habían salido los últimos tanques Tiger); Carell, Invasion-They're Coming!, 260-261 (dos adolescentes).*

141. *Ultra había descifrado la orden de retirada de Kluge*: Sunset 657, 16 de agosto de 1944, NARA RG 457, E 9026, SRS-1869; Hinsley, 508.

142. *Bradley se vio obligado a confesar*: Bradley, *A Soldier's Story*, 379; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants.*, 211 (*tres jeeps, nueve oficiales*); *BP*, 515, 529-530; diario, 16-17 de agosto de 1944, Hobart Gay Papers, MHI, caja 2, 446 (*dispuesto a atacar en una hora*).

143. *La situación no era ni mucho menos napoleónica*: Blumenson, *The Battle of the Generals*, 239-242; VC, 257-259; «The Battle of the Falaise Pocket», AB, n.º 8 (1975), 1+ («relativamente fáciles»); VW, vol. 1, 442-443 («Los daños sufridos eran inmensos»).

144. «un infierno de ruinas incandescentes»: visita del autor, Trun, 29 de mayo de 2009, placa conmemorativa; Kennedy, *The Business of War*, 344 («Disparad contra todo»); Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol. 3, 135 (*Shambles*); «Closing of the Chambois Gap», s. f., CMH, 8-3.1 AK, Primera Parte 1, 22-23 («corría a chorros bastante grandes por las cunetas»); Colby, *War from the Ground Up*, 230-241 («vértebras»); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 275 («me levantó por los aires»); Maczek, *Od Podwody do Czolga, Wspomnienia Wojenne 1918-1945*, 167-168 (*brindaron todos juntos*).

145. *Con las carreteras que iban al este cortadas*: Zuckerman, *From Apes to Warlords*, 282; VW, vol. 1, 446-447 (*guiándose por la brújula*); Horrocks, *Corps Commander*, 46-50 (*Tres mil cañones aliados*); diario, D. K. Reimers, «My War», 19 de agosto de 1944, MHI, 151 («*La bolsa que rodea a los alemanes*»).

146. «Siempre le dábamos a algo»: Raines, *Eyes of Artillery*, 220; Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol. 3, 133 («Muchos incluso no llevaban nada en los pies»), 136-137 (el elocuente destello); Copp (ed.), *Montgomery's Scientists*, 189 («Fuerte tiroteo abajo en la carretera»); McKee, *Caen: Anvil of Victory*, 350 («Vi a los tripulantes de unos camiones»); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 271-273 («rodeados de fuego»).

147. *Dos luchas a muerte: Copp y Vogel, Maple Leaf Route: Falaise*, 121 («*hombres vestidos de gris*»); Barón von Lüttwitz, octubre de 1945, FMS, #A-904, MHI, 21-22 («*montón horrible*»); HO, Dixon M. Raymond, s. f., Craig W. H. Luther Papers, HIA, caja 1, 7-8 («*la ametralladora se recalentó*»); Reynolds, *Steel Inferno*, 264 («*como si les hubieran salido propágulos*»); Stacey, *The Canadian Army, 1939-1945*, 205-206.

148. *Cinco kilómetros al nordeste, mil ochocientos hombres*: Maczek, *Od Podwody do Czolga, Wspomnienia Wojenne 1918-1945*, 167; Mieczkowski (ed.), *The Soldiers of General Maczek in World War II*, 50-52 (los polacos soportaron); «The Battle of the Falaise Pocket», *AB*, n.º 8 (1975), 1+ (los alemanes en fuga pasaron en masa por delante); Whitaker et alii, *Victory at Falaise*, 277-287 (los cadáveres de los SS se freían).

149. «Merde pour la guerre»: Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol. 3, 136-137; Hastings, *OVERLORD*, 305 («más una ejecución»); HO, Dixon M. Raymond, s.f., Craig W. H. Luther Papers, HIA, caja 1, 7-8 («los acribillaron en manada»); Carpenter, *No Woman's World*, 75 (mientras meaba encima).

150. «uno de esos cuadros de Waterloo»: «The Battle of the Falaise Pocket», *AB*, n.º 8 (1975), 1+; Collier, *Fighting Words*, 170 («el fin de Alemania»); *DOB*, 168 (habían escapado de una destrucción aparentemente segura en Messina).

151. «*Todas las formaciones alemanas*»: Blumenson, *The Battle of the Generals*, 241-242, 254-257.

152. *Tras liberar Orleans y Chartres: «Memoranda for Record»*, 19 de agosto de 1944, XII AG, NARA RG 407, ML #205; *BP*, 566-570, 574-575; *AAR*, «Bridging the Seine», XV Cuerpo, noviembre de 1944, NARA RG 498, G-3 OR, caja 10; Conde Gerhard von Schwerin, *ETHINT* 18, octubre de 1945, *MHI*, 1.

153. «*confusión inabordable*»: Conde Gerhard von Schwerin, ETHINT 18, octubre de 1945, MHI, 6-7; *AAF in WWII*, 272 (*sesenta puestos de cruce del Sena*); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 285 (*transbordadores improvisados*); BP, 557, 581 (*25.000 vehículos*); Wilmot, *The Struggle for Europe*, 433 (*barricas de sidra*), 424 (*doce de los quince oficiales al mando de una división*); Luck, *Panzer Commander*, 165 (*bidones de combustible vacíos*); Hastings, *OVERLORD*, 309 (*vaca muerta*); Zuckerman, *From Apes to Warlords*, 282 (*95 % de las tropas alemanas*); TSC, 215. El historiador John Prados calcula que escaparon 115.000 hombres (*Normandy Crucible*, 249, 262).

154. *Se mire como se mire, en cualquier caso la derrota de Falaise*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 214; diario, D. K. Reimers, «My War», 24 de agosto de 1944, MHI, 157 («*La vida en las jaulas*»); Beevor, *D-Day*, 460-461; *BP*, 535-536 («*Cuando lea estas líneas*»); Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, 454 («*película del Oeste*»).

155. *Los investigadores aliados contaron*: Ellis, *Brute Force*, 391. Se han ofrecido diversas cifras. El XXI Grupo de Ejércitos comunicó el hallazgo en la Bolsa de 571 cañones alemanes, 358 tanques y cañones autopropulsados, y 4.700 camiones, automóviles, y vehículos de oruga blindados. «The Operations of 21 Army Group», 1946, CARL, N-133331, 15. Ludewig sitúa la pérdida de pánzers en Falaise en más de 400, o lo que es lo mismo, más de la mitad de la flota. Ludewig, *Rückzug*, 99-100.
155. *No había transbordador capaz de cruzar un tanque Tiger*: Lefèvre, *Panzers in Normandy Then and Now*, fotografía (carbonizados en los muelles); Westermann, *Flak*, 260; Ellis, *Brute Force*, 391; VW, vol. 1, 448 (dos mil quinientos camiones y automóviles); Wilmot, *The Struggle for Europe*, 434 («entre cinco y diez tanques cada una»); Ludewig, *Rückzug*, 164 (V Ejército Panzer); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 283-284 (Grupo de Ejércitos Centro); Callahan citado en Blumenson, *The Battle of the Generals*, 272 («notable resurgimiento»).

156. *Eisenhower efectuó una gira rápida: corr, Thor M. Smith a su familia, 28 de agosto de 1944, HIA, caja 1 («cadáveres tumefactos»); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 139 (cartillas de intendencia); «The Battle of the Falaise Pocket», *AB*, n.º 8 (1975), 1+ (fosa común abierta por una excavadora); Skibinski, *Pierwsza Pancerna*, 311 («monumentos de carbón»); Hastings, *OVERLORD*, 312 (evacuar los gases); Saunders, *Royal Air Force, 1939-1945*, vol. 3, 136-137 (asiento tarsero de una limusina); *BP*, 558 («ángel vengador»).*

157. *Las tropas encargadas de limpiar la Bolsa llevaban máscaras antigás*: Lyall (ed.), *The War in the Air*, 428; *Reporting World War II*, vol.2, 217 («todo está muerto»); Moorehead, *Eclipse*, 158 («aguardaban a morir en el agua»); Stacey, *The Canadian Army, 1939-1945*, 205-206 (ocho mil caballos sacrificados); Lucas y Barker, *The Killing Ground*, 158-159 (Hasta 1961).

158. «Gracias por liberarnos»: Copp, *Cinderella Army*, 27; Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 331 (*Muchos se acordaban de noviembre de 1918*); memorándum, BLM, 20 de agosto de 1944, NARA RG407, ML, caja 24143 («*el principio del fin*»).

La historia más hermosa de nuestros tiempos

159. *una cálida lluvia de verano*: Marshall, *Battle at Best*, 226 («resonando como avetoros»).

160. *Banderas tricolores ondeaban*: Keegan, *Six Armies in Normandy*, 306; Hills, *Phantom Was There*, 217-218 (*silueta blanca*); Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, 31; Yeide y Stout, *First to the Rhine*, 201.

161. Un gran número de «warcos»: Moorehead, *Eclipse*, 160; Lankford (ed.), *OSS Against the Reich*, 168-169 (*cualquier desfile por las calles de París*), 160-162 («París» y «Orleans»); Baker, *Ernest Hemingway*, 521; Reynolds, *Hemingway: The Final Years*, 105-106; Voss, *Reporting the War*, 185-190 (*le grand capitaine*); Capa, *Slightly Out of Focus*, 179 («espetar breves comentarios»); Babcock, *War Stories*, 178 («por si acaso»).

162. *En medio de la carretera...*: Beevor, *D-Day*, 387; Baker, *Ernest Hemingway*, 525 («*Cual Pimpinela Escarlata*»); Clayton, *Three Marshals of France*, 39-42 (*juego de imprenta infantil*); MMB, 310; Porch, *The Path to Victory*, 583-584; HO, SLAM, 1973, George J. Stapleton, MHI, V, 19-24 («*No temáis*»); Marshall, *Battle at Best*, 226.

163. «una curiosa mezcla de automóviles particulares»: Whitehead, «Beachhead Don», 211-212; Marshall, *Battle at Best*, 226 (*Veteranos de la guerra franco-prusiana*); Lankford (ed.), *OSS Against the Reich*, 171 («acabar con uno»).

164. *El jueves por la tarde, la punta de lanza seguía detenida a ocho kilómetros:
BP, 611-614.*

165. «con los tanques avanzando en columna de a uno»: Keegan, *Six Armies in Normandy*, 308; Blumenson, «Politics and the Military in the Liberation of Paris», *Parameters* (verano de 1998): 4+ («se lanzara»); Zaloga, *Liberation of Paris 1944*, 67-68 («Tenez bon»).

166. *Eisenhower hacía tiempo que había planeado*: «Crossing of the Seine and Capture of Paris», 17 de agosto de 1944, SHAEF, equipo de planificación, Post-Neptune, NARA RG 331, E 23 («ocho divisiones»); Wieviorka, *Normandy*, 350-351; Keegan, *Six Armies in Normandy*, 291-292; Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, 39 (convoyes... fueron asaltados); Riding, *And the Show Went On*, 308 (deportados judíos).

167. «*París bien vale 200.000 vidas*»: Zaloga, *Liberation of Paris 1944*, 34, 24; Keegan, *Six Armies in Normandy*, 296 («*superioridad moral*»).

168. Parecía que la cosa estaba a punto de estallar: Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, 37 (augurando una catástrofe), 40 (abrían las ventanas); «Paris», AB nº 14, 1976, 11+; Collins y Lapierre, *Is Paris Burning?*, 149-150 (cuatrocientos de esos reductos), 133 («las cosas se van a poner mal muy pronto»), 219; Jacques Kim (ed.), *La Libération de Paris*, 1944, sin paginar, en HIA, Boris T. Pash Papers, caja 4, carpeta 4 (retratos de Hitler); Thornton, *The Liberation of Paris*, 165 («los cuadros de Delacroix»); Aron, *France Reborn*, 262 (bufandas y pañuelos de Hèrmes); Riding, *And the Show Went On*, 309 («Por cada parisino»); Collier, *The Freedom Road, 1944-45*, 165 (un sueco robusto que trabajaba como director de una fábrica de cojinetes).

169. «*Si el enemigo intenta retener París*»: Chandler, 2088-2089.

170. «individuos de la Gestapo»: Thornton, *The Liberation of Paris*, 127, 121 (*Las cenizas de los documentos quemados*); Joseph R. Darnall, «Hospitalization in European Theater of Operations», s. f., MHUC, Grupo 1, caja 24, 25 (*atascar las cañerías*); Collins y Lapierre, *Is Paris Burning?*, 72-73 («*Volveremos en Navidad*»); Blumenson, *Liberation*, 13 («*la ville sans regard*»); Beevor, *D-Day*, 485 (*escobillas de inodoro*).

171. *con el avance principal interrumpido*: «Paris», *AB*, n.º 14, 1976, 11+ («Les Américains!»); *BP*, 615; Maule, *Out of the Sand*, 214 («¡Alegraos!»).

172. *Desde un balcón del hotel Meurice*: MWB, 89-90; Neiburg, *The Blood of Free Men*, 85. Choltitz había sido vinculado al asesinato de judíos en Crimea. Roberts, *The Storm of War*, 495-496.

172. «*campo de ruinas*»: BP, 598.

172. «*Ha sido mi destino*»: Collins y Lapierre, *Is Paris Burning?*, 24, 158 («*Tenemos por delante una ardua tarea*»); Ludewig, *Rückzug*, 138 (*de Sajonia*), 143 (*ocho siglos*).

173. *Con solo veinte mil hombres: Germany VII*, 615; Ludewig, *Rückzug*, 144-147; Blumenson, «Politics and the Military in the Liberation of Paris», *Parameters* (verano de 1998): 4+ («Desde que nuestros enemigos»); BP, 609 (*Habló a sus superiores de colocar explosivos*); Aron, *France Reborn*, 279-280 («comportamiento prudente e inteligente»), 284-285; Maule, *Out of the Sand*, 214 («los Aliados ya están aquí»). Después de la guerra, el papel desempeñado por Choltitz en la salvación de París sería objeto de enérgicos debates durante más de sesenta años.
<http://www.ina.fr/recherche/recherche/search/la+liberation+de+paris>

174. Leclerc consiguió que toda su división entrara en la ciudad: «Paris», *AB*, n.º 14, 1976, 11+; *BP*, 615 (el 12.º Regimiento de Infantería de la 4.ª División llegó a Notre Dame); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 309; Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, 45 (las mujeres se rizaban el pelo); Aron, *France Reborn*, 286 (ondeaban los colores nacionales en la torre Eiffel); Thornton, *The Liberation of Paris*, 173 (Los animales... en libertad), 187 (olor a naftalina).

175. «*La ola creciente de valentía*»: *Reporting World War II*, vol. 2, 251, 260 (yiddish); Marshall, *Battle at Best*, 246-247 («no menos de cinco mil proyectiles»); Moorehead, *Eclipse*, 168-169 (*desde las traseras de los vehículos*); cronología, 25 de agosto de 1944, 1556 horas, GSP, LOC MS Div, caja 53, carpeta 1 («*lo matan o lo hacen prisionero*»); «Paris», *AB*, n.º 14, 1976, 11+ (*se rindieron... al fotógrafo de un Cuerpo de Señales*); Collins y Lapierre, *Is Paris Burning?*, 313, 325 (*sus armas en el guardarropía*); Aron, *France Reborn*, 286-287 (*almorzó aquel día a la hora habitual*).

176. «Alemania ha perdido la guerra»: Collier, *The Freedom Road*, 1944-45, 170; Collins y Lapierre, *Is Paris Burning?*, 312 (preparaba el equipaje), 307 («nuestro último combate»); Beevor, *D-Day*, 508 («en silencio, en un esfuerzo»); Aron, *France Reborn*, 287-289 («y menos un día como hoy»).

177. *En la calle, un poco más abajo: Tillier et alii, Paris, 131; Choltitz, Soldat Unter Soldaten, 268-269 («Sprechen deutsch?»).*

178. *Una multitud enfurecida aporreaba y escupía*: Beevor, *D-Day*, 510; Aron, *France Reborn*, 291-292 («¡Oh, no!»). Con posterioridad a su captura, Choltitz sería juzgado *in absentia* por un tribunal militar. Ludewig, *Rückzug*, 148-149.

179. Grupos formados por oficiales franceses y alemanes: Collins y Lapierre, *Is Paris Burning?*, 338-339; Germany VII, 615; Riding, *And the Show Went On*, 313 (Louvre).

180. Los carteles de «Se habla alemán»: «Inside Paris», *Newsweek*, 28 de agosto de 1944, 25+; Pogue, *Pogue's War*, 199 («Proveedor de los boches»); Marshall, *Battle at Best*, 212 («¡Dejadla en paz, condenados!»); Edsel, *The Monuments Men*, 121 («Detenciones y Purgas»); Aron, *France Reborn*, 423 («una psicosis»); Riding, *And the Show Went On*, 318 (indignité nationale). El biógrafo Jonathan Fenby indica que las cifras dadas por Aron fueron objeto de controversia, y que un estudio del Ministerio del Interior determinó que la Resistencia efectuó 9.673 ejecuciones sumarias durante la guerra. En París, 126.000 individuos fueron detenidos acusados de colaboracionismo. *The General*, 659-660, 722.

181. *A las diez de la noche, el primero de los que al final serían mil ochocientos*: AAR, «T Force and T Branch», s. f., 12th AG, NARA RG 331, E 180, SHAEF, caja 44; «T Force-The CIC in Paris», Military Intelligence Service, n.º 25, enero de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #494L, 66+; AAR, T Force, s. f., 6th AG, G-2, Boris T. Pash Papers, HIA, caja 4, expediente 6; Gellhorn, *The Face of War*, 180-182 («Vengadme»); Moorehead, *Eclipse*, 178 («llamar a mi puerta»).

182. «una gran ciudad en la que todo el mundo está alegre»: Liebling, *Mollie & Other War Pieces*, 235; Prinsburg (Minn.) Record News, 2 de septiembre de 1944, 2 («nunca en mi vida me han besado tanto»); George E. McIntyre, «As Mac Saw It», s. f., MHI; Collier, *Fighting Words*, 172 («¿Habíamos dejado de estar allí...?»); Nicholas, *The Rape of Europa*, 292 (tesoros del Jeu de Paume); Thornton, *The Liberation of Paris*, 154 (los sótanos del Banco de Francia).

183. «Tiene solo treinta segundos»: HO, SLAM, 1973, George J. Stapleton, MHI, V, 19-28; Collier, *Fighting Words*, 173 («setenta y tres Dry Martini»); Carpenter, *No Woman's World*, 113 (*frambuesas con licor*); Marshall, *Battle at Best*, 212 («Es la ley»); Blumenson, *Liberation*, 156 («en día en el que la guerra debería haber acabado»).

184. «*París parece tener*»: Nichols (ed.), *Ernie's War*, 354; Pyle, *Brave Men*, 314
(«*la historia más hermosa, más brillante*»).

185. *De Gaulle entró en la ciudad*: De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, 648 («No faltaba nada»); Aron, *France Reborn*, 293 (*de donde había tenido que huir*); Foote, *SOE in France*, 416 (*papel secante*); Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, x (*No pronunció prácticamente ni una sola palabra*); D'Este, *Decision in Normandy*, 517; VW, vol. 1, 488, 493; Collins y Lapierre, *Is Paris Burning?*, 349 (*linternas Coleman*). Jonathan Fenby cuenta que De Gaulle citó a «nuestros queridos y admirable Aliados». *The General*, 679-680. Michael Neiberg lo califica de «el mejor discurso de su vida». *The Blood of Free Men*, 237.

186. «*La ciudad apenas ha sufrido daños*»: memorándum, N. H. Vissering, SHAEFG-4, 30 de agosto de 1944, NARA RG 331, SHAEF SGS, Geog, Corr., caja 108; «The Coal Situation on the Continent», s. f., «G-4 History», NARA RG498, ETO HD, expediente admin. #553A-C; Harold S. Frum, «The Soldier Must Write», 1984, GCM Lib (*con carbón*); «Paris Is Free!», *Time* (4 de septiembre de 1944): 34+ (*cafés de Montparnasse*); Wiewiorka, *Normandy*, 354 (dos mil combatientes de la Resistencia y dos mil quinientos civiles); Zaloga, *Liberation of Paris, 1944*, 83-90 (*mil doscientas bajas en los suburbios del este de la ciudad*); Lankford (ed.), *OSS Against the Reich*, 175-77 («Al cabo de una hora de continuos estruendos»); Chandler, 2108 («*No deberíamos culpabilizar a los franceses*»). Algunos ponen en tela de juicio que Hitler hubiera formulado realmente la famosa pregunta, «¿Arde París?» Neiberg, *The Blood of Free Men*, 214.

187. *A las tres de la tarde del sábado, 26 de agosto, De Gaulle se presentó: Aron, France Reborn, 297-300 («pone su seguridad en manos de»); Foote, SOE in France, 416 («convento de monjas»).*

188. *Un millón de personas, o más, llenaban el bulevar*: Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, 53; Thornton, *The Liberation of Paris*, 204-205 (se oyeron disparos); Moorehead, *Eclipse*, 170-173 («Fue como si un tragal»); Lankford (ed.), *OSS Against the Reich*, 175-177 («abriendo fuego con sus ametralladoras»); corr., P. B. Rogers a su familia, 23 de septiembre de 1944, Pleas B. Rogers Papers, MHI («hasta la última bala... aquí y allá»).

189. «Todos los allí congregados»: Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, 56; Voss, *Reporting the War*, 90-91 (disparaban hacia los tubos del órgano); Blumenson, *Liberation*, 166 («el ejemplo más extraordinario de valentía»); Maule, *Out of the Sand*, 226 («¿No tenéis dignidad?»).

190. «Los primeros tiros»: Aron, *France Reborn*, 300.

191. *Así terminó la gran lucha*: Keegan, *Six Armies in Europe*, 317; Fritz Bayerlein, ETHINT 67, 15 de agosto de 1945, MHI, 7.

192. *Las bajas alemanas en el oeste*: memorándum, DDE a CCS, 30 de agosto de 1944, NARA RG 331, E 1, SHAEF SGS, 381; D'Este, *Decision in Normandy*, 517; Zetterling, *Normandy 1944*, 82; Ellis, *Brute Force*, 355-356; Zaloga, *Armored Thunderbolt*, 169; memorándum, DDE a CCS, 30 de agosto de 1944, NARA RG 331, E 1, SHAEF SGS, 381 («*dañadas de mala manera*»); Keegan, *Six Armies in Normandy*, 316 (*red de alarma precoz*); «The Process of Collapse of the German Armies», 29 de agosto de 1944, OSS, investigación y análisis, n.º 2458, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 922 (*una media de un cuarto de millón de bajas mensuales*); «Age-Distribution of Dead in the German Ground Forces», 3 de abril de 1945, OSS, investigación y análisis, n.º 1087.6, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 888.

193. *El número de americanos muertos, heridos, desaparecidos o capturados: incluyen las tripulaciones de los aviones. D'Este, Decision in Normandy, 517.*
193. *En el medio millón de salidas: In half a million sorties flown: VW, vol. 1, 488.*
193. *La 82.ª División Aerotransportada había peleado: Gavin, On to Berlin, 12.*
193. *Normandía pagó un alto precio: Blumenson, Liberation, 73 (de 3.400 ciudades y pueblos normandos); Vigneras, Rearming the French, 306 (24.000 combatientes de las FFI); Wieviorka, Normandy, 131; Neiberg, The Blood of Free Men, 13; Kedward, France and the French, 298; <http://www.discoverfrance.net/France/Paris/Monuments-Paris/Eiffel.shtml>.*

194. *El más destacado entre los alemanes*: Ruge, *Rommel in Normandy*, 246; Marshall, *A Ramble Through My War*, 232 (solo abrir el párpado); Margry, «The Death of Rommel», *AB*, n.º 80 (1993): 38+ («Un solo pensamiento»).

195. *Los asesinos llegarían a Herrlingen*: Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, 501-505; Margry, «The Death of Rommel», *AB*, n.º 80 (1993): 38+ («uno más de los veteranos»); Douglas-Home, *Rommel*, 210 («Su corazón pertenecía»).

196. «Si alguna vez fui valiente»: Miller, *The Story of Ernie Pyle*, 345.

196. «una depresión plana, negra»: Pyle, *Brave Men*, 319; Miller, *The Story of Ernie Pyle*, 364 («me he tragado todo lo que podía tragar»); CBH, 2 de septiembre de 1944, caja 4 («desaliñado, delgado»).

197. *Se apoderó de muchas de las tropas*: corr., T. M. Smith a su familia, 8 de agosto de 1944 («*que se extendía como una enfermedad*») y 15 de agosto de 1944 («*un maldito loco*»), HIA, Thor M. Smith Papers, caja 1; Pogue, *George C. Marshall of Victory*, 430 (*los regalos de Navidad*); corr., P. B. Rogers, 17 de agosto de 1944, Pleas B. Rogers Papers, MHI («*cuerda para rato*»).

198. «una incapacidad fundamental de tener criterios sanos»: Megargee, *Inside Hitler's High Command*, 232-236; Overy, *Why the Allies Won*, 227 (ventaja táctica); «The Effectiveness of Third Phase Tactical Air Operations», AAF Evaluation Board, agosto de 1945, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 15 (treinta y un aeródromos); Murray y Millett, *A War to Be Won*, 416-417; Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 135 («mucho más divertida»).

199. «una estructura moral muy viva»: Fussell, *The Boys' Crusade*, ix.

199. *el ejército soviético ocupaba en Polonia*: Algunos historiadores hablan de trescientas mil víctimas o más en el campo de concentración de Majdanek. Weinberg, *A World at Arms*, 708.

199. «He visto el lugar más terrible»: Robert H. Abzug, «The Liberation of the Concentration Camps», en *Liberation 1945*, 35-36; «Murder, Inc.», *Time* (11 de septiembre de 1944): 36 («zapatos de niño»); William J. van den Heuvel, «Commentson Michael Beschloss' The Conquerors», *SHAFR Newsletter*, marzo de 2003, 27+ («asesinato sistemático»).

200. «*Los salvadores no vuelven esta noche a casa*»: Harold S. Frum, «The Soldier Must Write», 1984, GCM Lib; Whitehead, «Beachhead Don», 365 («*como a un cordero*»).

201. *Será mi cruz*: Carroll, *Behind the Lines*, 69-73.

202. «*Estamos en verano*»: Stiles, *Serenade to the Big Bird*, 215.

203. *Una última aparición de las armas americanas: Eisenhower, Crusade in Europe*, 316 («demostración de fuerza»); Huie, *The Execution of Private Slovik*, 106-107 (*Benjamin Franklin*).

204. *Conducidos precipitadamente... a Versalles*: Miller, *Division Commander*, 100; Bradley, *A Soldier's Story*, 396 («Khaki Bill»); Ent (ed.), *The First Century*, 165 (*sellos de correos de tres centavos*).

CAPÍTULO 4. LA PERSECUCIÓN

«El cazador está hambriento»

1. *En agosto de 1944 Nápoles tenía aún las cicatrices*: Taylor y Taylor (eds.), *The War Diaries*, 128 (*hechas supuestamente con huesos de santos*); Kennett, G. I. : *The American Soldier in World War II*, 204-205 (*una tercera parte de todos los cargamentos*); Lewis, *Naples '44*, 134-135 (*trajes de paisano*); Richler (ed.), *Writers on World War II*, 477 («*hasta el más allá*»).

2. *La ciudad era «abigarrada»*: Fairbanks, *A Hell of a War*, 224; Taylor y Taylor (eds.), *The War Diaries*, 448 (*tocarse los testículos*); Lewis, *Naples '44*, 93 (*«frustración romántica»*); Vining (ed.), *American Diaries of World War II*, 114 (*El precio de las prostitutas se había multiplicado por treinta*); diario, Cyrus C. Aydlett, 15 de julio de 1944, NWWIIM (*«¡Menudo culo!»*).

3. *Nápoles era en aquellos momentos más que nunca: Fisher, Cassino to the Alps*, 292-299.

4. *En cumplimiento del Plan 4-44*: Hewitt, «Planning Operation Anvil-Dragoon», *U. S. Naval Institute Proceedings* (julio-agosto de 1954): 731 ss. ; «*sur de Francia*», s. f., NARA RG 319, OCMH, expedientes preliminares, capítulo 10 (*novecientas embarcaciones*); IFG, 238-239.

5. *El 13 de agosto, la 36.^a y la 45.^a División de Infantería: «sur de Francia»*, s. f., NARARG 319, OCMH, expedientes preliminares, capítulo 10; Mauldin, *Up Front*, 198-199 (*cadáveres en descomposición*); Even, *The Tenth Engineers*, 38 (*portaaviones provisional*); Wyant, *Sandy Patch*, 114-115 («*Many a New Day*»); Taggart (ed.), *History of the Third Infantry Division*, 202 (*sin levantar la vista*).

6. *Paseando arriba y abajo por el puente de su buque insignia*: HO, «The Reminiscences of Admiral H. Kent Hewitt», Col U OHRO, 1962, 6: 1-3; AAAD, 21-23; *DOB*, 30-32.

7. *La Operación Dragón había empezado de un modo espantoso*: Hewitt, «Planning Operation Anvil-Dragoon», *U. S. Naval Institute Proceedings* (julio-agosto de 1954): 731 ss. ; John A. Moreno, «The Death of Admiral Moon», s. f., p. a., 225+; Alter y Crouch (eds.), «My Dear Moon», sin paginar; HO, «The Reminiscences of Admiral H. Kent Hewitt», Col U OHRO, 1962, 24: 33-35 («*No creas que las cosas están tan mal*»).

8. *A las siete de la mañana del día siguiente*: Alter y Crouch (eds.), «My Dear Moon», sin paginar («*Estoy enfermo*»); Individual Deceased Personnel Expediente, Don P. Moon, p. a., obtenido gracias al FOIA, 2008 («*Causa de la muerte: suicidio*»); corr., JLC a la Sra. de Don P. Moon, 17 de agosto de 1944, JLC Papers, DDE Lib, caja 3, 201 expediente («*una víctima más de esta guerra*»).

9. *A las dos de la tarde del 13 de agosto, con el cielo sereno*: Hewitt, «Planning Operation Anvil-Dragoon», *U. S. Naval Institute Proceedings* (julio-agosto de 1954): 731+; Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 179 («Lo único que sentían»).

10. *El Vesubio había empezado a difuminarse*: Hewitt, «Planning Operation Anvil-Dragoon», *U. S. Naval Institute Proceedings* (julio-agosto de 1954): 731+; Pawle, *The War and Colonel Warden*, 315-316 (con un traje tropical de tela ligera); Taggart (ed.), *History of the Third Infantry Division*, 202 («¡Es Churchill!»); Reitan, *Riflemen*, 41.

11. *Coronel Kent*: Jackson, *The Mediterranean and the Middle East*, vol. 6, segunda parte, 174.
11. *quince días de vacaciones*: Jenkins, *Churchill: A Biography*, 752-753; Reynolds, *In Command of History*, 3 («como un hipopótamo bonachón»); Macmillan, *War Diaries*, 502 (*sala de mapas portátil*).

12. *La Operación Dragón, llamada originalmente Anvil: una historia reciente de la retirada alemana de Francia* afirma que el 6 de junio de 1944 los dos ejércitos de la Wehrmacht que componían el Grupo de Ejércitos G sumaban en total dieciséis divisiones. Ludewig, *Rückzug*, 48.

12. *La escasez de barcos y el retraso de la toma de Roma*: Charles V. von Lüttichau, «Army Group G Prepares to Meet the Invasion», 1957, OCMH, NARA RG319, R-series #103, caja 16; H. Maitland Wilson, «Dispatch, Invasion of Southern France», 1944, NARA RG 498, ETO HD, admin expediente #108, 4-31; CCA, 76n, 100; «The Invasion of Southern France, Operation Dragoon», ETOUSA, 1944, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #314; TSC, 220-221 («teatro de operaciones decisivo»); Howard, *The Mediterranean Strategy in World War II*, 61; Ambrose, *The Supreme Commander*, 338; HO, Charles de Gaulle, 14 de enero de 1947, FCP, MHI; De Gaulle, *The Complete Memoirs of Charles de Gaulle*, 613-614.

13. Los británicos discreparon, al principio cortésmente: TSC, 221-222 («poco alentadora y estéril»); IFG, 229-230 («muchos accidentes»); Eisenhower, *Crusade in Europe*, 301 (llevaría tres meses); memorádum, altos mandos británicos, 26 de junio de 1944, NARA RG 165, E 422, OPD, history unit, caja 12 («para nosotros es inadmisibile»); H. Maitland Wilson, «Dispatch, Invasion of Southern France», 1944, NARA RG 498, ETO HD, expediente admi. #108, 31; Macmillan, *War Diaries*, 470 («eliminar a las fuerzas alemanas»); Kennedy, *The Business of War*, 333 («una puñalada por el sobaco»).

14. «Necesitamos puertos grandes»: Chandler, 1938; Howard, *The Mediterranean Strategy in World War II*, 67 (*abrirse paso por la Hoya de Ljubljana*); Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, 408 («los austríacos cortaron el paso a los italianos»); HO, John E. Hull, 1974, James W. Wurman, SOOHP, MHI, III-54, V-26 («más de siete divisiones como mucho»); Barker, «The Ljubljana Gap Strategy», *JMH* (enero de 1992): 57+ (*a toda velocidad en Viena*); Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 233 («Winston es un jugador»); Danchev, 561-565 («soberana tontería»).

15. *El primer ministro no conseguiría ni una cosa ni otra*: Kimball (ed.), *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 3, 523 (*impedir la dominación soviética*), 214-223 («*impedir la dominación soviética*»).

16. *Pero Churchill insistió*: diario, CBH, 7 de agosto de 1944, MHI, caja 4 («discurso hermosamente adobado»); despacho, Henry Maitland Wilson a CCS, s. f., CMH, UH 0-1, 23 («con el mayor secreto»); mens., U. S. JCS, 5 de agosto de 1944, NARARG 331, AFHQ micro, R-323-A («exageradamente alocado»); Jackson, *The Mediterranean and the Middle East*, vol. 6, Segunda Parte, 174 («la más absoluta confusión»); IFG, 231 (*naves demasiado poco marineras*); Chandler, 2057 (*no habría ningún gran puerto bretón abierto*), 2066-2067; *Three Years*, 635 («Ike dijo que no»), 639 («quitarme el manto»), 644; Strong, *Intelligence at the Top*, 197 (*lloró copiosamente*); Churchill, *Triumph and Tragedy*, 68-71 («No hay nada más que decir»).

17. *Tras denunciar la «pura estupidez»*: Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 173.

17. *«socio más fuerte y dominante»*: TSC, 226.

17. *«Hemos sido maltratados»*: Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, 412-413; Roberts, *Masters and Commanders*, 501 (*«sin rechistar»*), 500 (*«Winston está disgustadísimo»*); Hastings, *Armageddon*, 232 (*«uno de los equipos estratégicos más estúpidos»*); Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 38 (*«Las únicas veces que discuto»*).

18. «la idea de cooperación que tiene un inglés»: Brower (ed.), *World War II in Europe: The Final Year*, 59; Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, 491 («no le gusta más que dispersar»); Howard, *The Mediterranean Strategy in World War II*, 67 (incoherente); Brower (ed.), *World War II in Europe*, 42 («un eslogan, no una estrategia»); VW, vol. 2, 19; TSC, 246-247 («destripamiento»).

19. *Por supuesto que también estaban en juego los rígidos imperativos: Powers, «The Battle of Normandy», (julio de 1992): 455+; Roberts, Masters and Commanders, 505 («perfectos profesionales»); opúsculo, «Beachheads and Mountains», MTO, U. S. Army, junio de 1945, Theodore J. Conway Papers, MHI, caja 2 (uno de cada diez).*

20. «Siempre debe tener razón»: Roberts, *Masters and Commanders*, 500.

20. «Literalmente echaba espumarajos»: Danchev, 571; Colville, *The Fringes of Power*, 564 («burlas correctivas»), 522 (*las cerdas de color negro de los cepillos del pelo*); Hastings, *Winston's War*, 411 («su propio mundo vivo»); Buhite, *Decisions at Yalta*, 15 («Por supuesto que soy egocéntrico»).

21. «aquel genio incansable»: Fraser, *Alanbrooke*, 22.

21. «*El primer ministro está muy fatigado*»: Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 194; Macmillan, *War Diaries*, 474 («viejo y cansado»); Foreman, «Winston Churchill, Distilled», *Wall Street Journal*, 10 de diciembre de 2009, D6 («ahorrar esfuerzos»).

22. *Su estancia en el Mediterráneo lo había tonificado: Addison, Churchill, the Unexpected Hero*, 184 (almuerzo con champaña); Kimball, *Forged in War*, 22 (Churchill no era un alcohólico); mens., U. S. JCS, 5 de agosto de 1944, NARA RG 331, AFHQ micro, R-323-A («la Operación Dragón será un éxito»).

23. *A primera hora del martes 15 de agosto: «Invasion of Southern France»*, s. f., Office of the Theater Historian, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #607, 11-12; *IFG*, 255-257 (*cien brazas*); Robichon, *The Second D-Day*, 163 («un diluvio de metal»).
23. «Nancy tiene tortícolis»: De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, 64. En el sur de Francia, la OSS tenía veintiocho redes de agentes que enviaban informes por radio acerca de las defensas y los movimientos de tropas de los alemanes. Waller, *Wild Bill Donovan*, 264.
23. *Todos los soldados que iban a bordo de un buque de desembarco*: Stephen J. Weiss, «Operation ANVIL-DRAGOON: The Allied Invasion of Southern France», s. f., p. a. ; Garland, *Unknown Soldiers*, 277 («Bebiendo café»), 309 («tormentas solares»); Langan W. Swent, «Personal Diary», 14 de agosto de 1944, HIA, caja 1 («las cosas suceden con mucha tranquilidad»).

24. *El mal funcionamiento el sistema de ventilación del Catocin*: Will Lang, borrador de cable para *Life*, 1 de agosto de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 21 (*semblante de «depredador»*); corr., Don E. Carleton a Sarah Truscott, Julio de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 1 (*nitrate de plata*); Mauldin, *The Brass Ring*, 241 (*«uno de los generales realmente duros»*).

25. *El camino de Truscott hacia el alto mando no había sido muy ortodoxo: material biográfico, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 21, carpeta 7; Jeffers, Command of Honor, 215 (la mala suerte en las apuestas); Heefner, Dogface Soldier, 9-13 (no dudó en renunciar a la bebida).*
25. «fuerza de voluntad, decisión y empuje»: descripción de Ernest Harmon en Layne Van Arsdale (ed.), «Allied Biographies», USAREUR, ejercicios tácticos, Alsacia, mayo de 2009; Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 296 (*lamentaba no haber sido capaz de sacar a Truscott*); Will Lang, borrador de cable para *Life*, 1 de agosto de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 21 («Chorradas»); Jeffers, *Command of Honor*, 215 («cazadores por instinto»).

26. «remotamente alejado del toque enternecedor»: LKT Jr. a Sarah, 19 de julio y 14 de agosto de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 1; *DOB*, 586.

27. *El enemigo no tuvo ninguna oportunidad: IFG*, 251; HO, Paul D. Adams, 1975, Irving Monclova y Marlin Lang, SOOHP, MHI (*cañones de mentirijillas*); informe de mensajes por radio, apéndice H, «Airborne Diversion in Support of Operation Dragoon», NARA RG 331, AFHQ micro, R-69 Spec, caja 294; John C. Warren, «Airborne Missions in the Mediterranean, 1942-1945, 1945», 1955, AFHRA, estudio n.º 74, 92-93; Holt, *The Deceivers*, 619-620 (*ataque en Génova*).

28. *la anarquía y la intrepidez habituales*: «Report on Airborne Operations in Dragoon», 30 de octubre de 1944, Allied Force HQ, HIA, 10; RR, 104; John C. Warren, «Airborne Missions in the Mediterranean, 1942-1945», 1955, AFHRA, study n.º 74, 99-102; «The Night Landing in Provence, Aug. 1944», s. f., SEM, NHHC, caja 87, expediente 97, 2-3.

29. *A las ocho de la mañana, once batallones de asalto norteamericanos: «Invasion of Southern France»*, s. f., WD HD, CMH, 8-3 SF, 50; «Operation Dragoon», Dec. 1944, COHQ, bulletin Y/42, CARL, N-6530. 20.

30. *Entre los integrantes de la punta de lanza: certificado de servicio, ALM; Simpson, Audie Murphy, American Soldier, 1 («el mayor héroe popular»); Graham, No Name on the Bullet, 16-17 («No recuerdo»); Audie L. Murphy Memorial Website, <http://www.audiemurphy.com/biography.htm> (dieciocho); Arlington National Cemeterywebsite, http://www.arlingtoncemetery.mil/History/Military/HF_AudieMurphy.aspx; Hubler, «He Doesn't Want to Be a Star», *Saturday Evening Post* (18 de abril de 1953): 34+ (llegó a desmayarse).*

31. *Su puntería le sería muy útil*: Simpson, *Audie Murphy, American Soldier*, 121-122; Murphy, *To Hell and Back*, 176-177 («*Todo mi ser*»).

32. solo ofreció resistencia en el flanco derecho: WaS, 97; IFG, 267-268; RR, 115-118; Swent, «Personal Diary», 9 de agosto de 1944, HIA, caja 1 (*lanchas de desembarco pilotadas por control remoto*); Greear, «Operation Neptune and Landing on Coast of Southern France», conferencia, noviembre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 199, 12-13 (*utilizaban su misma frecuencia*); LKT Jr., «Comments on 'Dragoon Secondary Attack Against Fortress Europe'», s. f., NARARG 319, OCMH, 2-3. 7 CC2, 2-3 (*«se arremolinaban como locas a toda velocidad»*); HO, Herbert A. Peterson, 1 de octubre de 1944, NARA RG 38, E 11, U. S. Navy WWII Oral Histories, 5 (*«En términos generales»*).

33. «*Todos los buques y las lanchas alcanzaron su destino final de ataque*»: mens., HKH, 15 de agosto de 1944, NARA RG 331, AFHQ micro, R-323-A.

34. «*esta ha sido la cabeza de playa más tranquila que he visto nunca*»: Langan W. Swent, «Personal Diary», 15 de agosto de 1944, HIA, caja 1.

35. *Al término de este Día-D: «Invasion of Southern France»*, s. f., WD HD, CMH, 8-3 SF, 56; RR, 123-124, 63, 70 (*menos de 300. 000*); «Operation Dragoon», diciembre de 1944, COHQ, bulletin Y/42, ANSCOL, NARA 334, E 315, caja 465 (*prefirieron rendirse*); Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, 451 («*el peor día de mi vida*»); MMB, 45; Bonn, *When the Odds Were Even*, 68 (*las atrocidades de la SS en Polonia*); Pallud, «The Riviera Landings», AB, n.º 110 (2000): 2+ (*una cuarta parte de sus divisiones de infantería*); Charles V. von Lüttichau, «The Invasion», 1957, NARA RG 319, OCMH, R-series # 104, caja 16, 12-13; Jackson, *The Mediterranean and the Middle East*, vol. 6, Segunda Parte, 189; Ludewig, *Rückzug*, 57-61 («*rusos de Francia*»). Las necesidades del frente de Normandía habían dejado la 11.^a División Panzer reducida apenas a cien tanques y cañones de asalto.

36. *Al atardecer del martes: Le Victorieux*, s. f., traducción al inglés, Robert T. Frederick Papers, HIA, caja 4; diario de Guerra del VII Ejército, 16 de agosto de 1944, MHI («débil en casi todos los puntos»); Severeid, *Not So Wild a Dream*, 432 («el olor vagamente ácido»); «The Night Landing in Provence, Aug. 1944», s. f., SEM, NHHC, caja 87, expediente 97, 1 («¡Qué felicidad!»); HO, Theodore J. Conway, 1978, Robert F. Ensslin, SOOHP, MHI, III-21 (*la cristalería y la cubertería de plata del VI Cuerpo*); Conway, «Operation Anvil», conferencia, s. f., Norfolk, Theodore J. Conway Papers, MHI, caja 2, 16 («la mejor invasión a la que he asistido»).

37. «*moros franchutes*»: Orange, *Tedder: Quietly in Command*, 273.

37. *el Kimberly no se aventuró a pasar más allá*: Churchill, *Triumph and Tragedy*, 94-95; Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 180 («*con ganas de pelea*»); Pawle, *The War and Colonel Warden*, 315-316 («*mucho más apasionante*»).

La avenida de la fetidez

38. *El objetivo inmediato de la Operación Dragón*: memorándum, Consejo de Seguridad Conjunto, 4 de julio de 1944, NARA RG 165, E 422, WD OPD, history unit, caja 39; RR, 137; IFG, 282; *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 1, 151 (otras tres divisiones).

39. Llamado de momento Ejército B: Yeide y Stout, *First to the Rhine*, 23; de Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, 67 (*Nueva Caledonia, Tahití*); Porch, *The Path to Victory*, 596 (*con las botas atadas alrededor del cuello*); Vigneras, *Rearming the French*, 229, 245, 248, 258, 264-266; memorádum, Charles L. Kades, «Allied Civil Affairs Administration in Southeastern France», 30 de octubre de 1944, CARL, N-3972, 14-17 (*los valiosos vehículos que empleaban para transportar vino*).

40. *El oficial al mando de aquella fuerza*: Salisbury-Jones, *So Full a Glory*, 16; Aron, *France Reborn*, 317-318 («*animal de acción*»); Clayton, *Three Marshals of France*, 26-27 («*jupiterien*»), 22-23 («*el soldado más grande que ha tenido Francia a su servicio*»); HO, «The Reminiscences of Admiral H. Kent Hewitt», Col U OHRO, 1962 copia en NHHC, 24: 28 («*muy volátil*»); Truscott, *Command Missions*, 403 («*cabello fino, canoso*»); Yeide y Stout, *First to the Rhine*, 25 («*¿Qué habéis hecho por Francia?*»).

41. *De Lattre pertenecía a la pequeña nobleza rural: Clayton, Three Marshals of France, 22-33.*

42. *Leal a Vichy durante más de dos años*: Codman, *Drive*, 220-221 (a la entrada de su despacho), 222 («ave nocturnal»); Porch, *The Path to Victory*, 594-595 («vivía en el escenario»); Clayton, *Three Marshalls of France*, 117-118 (podían pasarse días enteros).

43. *El plan de desembarco previsto por la Operación Dragón para el Ejército B: Aron, France Reborn, 314 («el precio que debemos pagar»); HO, JLD, 1968, Thomas E. Griess, YCHT, caja 110 (torrente de palabras en francés); Porch, The Path to Victory, 594-596 («ardiente hasta el punto de la efervescencia»).*

44. *También esperaban los alemanes: RR*, 138-140; Charles V. von Lüttichau, «Army Group G Prepares to Meet the Invasion», 1957, NARA RG 319, OCMH, R-series #103, 24 (*sus fortificaciones en Toulon*); Wilt, *The French Riviera Campaign of August 1944*, 121 (*las guarniciones de ambas plazas habían sido reforzadas*); Jackson, *The Mediterranean and the Middle East*, vol. 6, segunda parte, 191.

45. *Toulon era la basa naval más grande: The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 1, 155-159; de Belot, *The Struggle for the Mediterranean, 1939-1945*, 260 (con un alcance de más de treinta y cinco kilómetros); Hewitt, «Planning Operation Anvil-Dragoon», *U. S. Naval Institute Proceedings* (julio-agosto de 1954): 731+; IFG, 290-291; AR, U. S. S. Quincy, 6 de septiembre de 1944, NARARG 38, CNO, 57 (haciendo retroceder a los intrusos); HO, John F. Latimer, s. f., NARA RG 38, E 11, U. S. Navy WWII Oral Histories, 23; HO, Glynn Markham, s. f., WWII Oral History Collection, Samuel F. Proctor Archive, Department of History, University of Florida («un escupitajo contra una pared»).

46. *De Lattre había llegado a la misma conclusión: Yeide y Stout, First to the Rhine*, 111; «Invasion of Southern France», Office of the Theater Historian, s. f., NARA RG498, ETO HD, expediente admin. #607, 145-150; *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 1, 154.

47. *Al anochecer del lunes 21 de agosto*: Salisbury-Jones, *So Full a Glory*, 144 (los frailes de un monasterio de la zona); De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, 77-78 (con un uniforme de policía que le prestaron), 92-94 («tres horas más tarde»); *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 1, 158-159; «Invasion of Southern France», Office of the Theater Historian, s. f., NARA RG498, ETO HD, expediente admin. #607, 160-162 (hicieron estallar las municiones que les quedaban); Hewitt, «Planning Operation Anvil-Dragoon», *U. S. Naval Institute Proceedings* (julio-agosto de 1954), 731+ (más de mil bombas).

48. *Marsella cayó casi al mismo tiempo: LSA*, vol. 1, 163-164; de Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, 99-102; Robichon, *The Second D-Day*, 292-293 («personajes de otro mundo»), 289-290 (civiles, todavía en pijama y camisón); Salisbury-Jones, *So Full a Glory*, 147 (la ciudad no tardó en ser indefendible); Aron, *France Reborn*, 335 (desplegó sus mapas).

49. «No tendría sentido»: Aron, *France Reborn*, 342; *RR*, 80.

50. *Treinta y siete mil prisioneros: Wilt, The French Riviera Campaign of August 1944*, 130-131; «Supply and Maintenance on the European Continent», s. f., USFET General Board, NARA RG 407, E 427, 97-USF5-0. 3. 0, n.º 130, 50. Toulon acogió su primer buque de clase Liberty el 20 de septiembre. LSA, vol. 2, 122.

50. *Marsella había sufrido unos daños mucho mayores de lo que se temían los Aliados: H. H. Dunham, «U. S. Army Transportation in the ETO», 1946, CMH, 4-13. 1 AA29, 283-284 («obra maestra alemana» de destrucción y cinco mil minas); Aron, France Reborn, 343 («caos de acero»); HO, HKH, 26 de julio de 1945, NARA RG 38, E11, U. S. Navy WWII Oral Histories, 21 (dirigibles).*

51. *Los Aliados tenían ya su puerto: LSA*, vol. 2, 122; *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, 331 (12500 toneladas diarias de mercancías); de Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, 115 («ni un solo alemán ni muerto ni cautivo»).

52. *Tras su abdicación y su destierro en la isla de Elba: Young, Napoleon in Exile: Elba*, 136, 229, 283, 292-293, 304-318; Norwich, *The Middle Sea*, 456.

53. *La Ruta de Napoleón lo conduciría indirectamente a Waterloo*: Conway, «Operation Anvil», conferencia, s. f., Norfolk, Theodore J. Conway Papers, MHI, caja 2, 18-24; memo, LKT Jr. a A. Patch, 21 de julio de 1944, NARA RG 319, OCMH2-3. 7 CC2, Hamilton mss.
53. *Al frente de esa agrupación montada a la buena de Dios*: HO, Frederic B. Bates, 6 de octubre de 1967, Raymond Henle, HIA, <http://millercenter.org/scripps/archive/oralhistories/detail/2000>, 1; Layne Van Arsdale (ed.), «Allied Biographies», USA-REUR, ejercicios tácticos, Alsacia, mayo de 2009.

54. *Una orden enviada por radio por el alto mando alemán*: Hinsley, 509 (descifrada por los criptógrafos ingleses); Jackson, *The Mediterranean and the Middle East*, vol. 6, Segunda Parte, 193. El historiador Joachim Ludewig dice que Blaskowitz no recibió la orden de retirada hasta el 18 de agosto por la mañana, y que al XIX Ejército no le llegó hasta esa tarde (*Rückzug*, 82). David T. Zabecki señala que «el Grupo de Ejércitos B y el Grupo de Ejércitos G no eran iguales» pues el primero se denominaba *Armeegruppe*, equivalente a un ejército de gran tamaño según los términos usados por los Aliados, y el segundo era una *Heeresgruppe*, equivalente a un Grupo de Ejércitos de los Aliados (corr. con el autor, 9 de mayo de 2012).

54. *el VII Ejército estadounidense podría acelerar su marcha hacia el norte*: Donald S. Bussey, «Ultra and the U. S. Seventh Army», 12 de mayo de 1945, NARA RG457, E 9002, NSA, SRH-022; Arthur L. Funk, «General Patch, Ultra, and the Alpine Passes, 1944», s. f., University of Florida, p. a., 3-8 (*novocaína*); Beavan, *Operation Jedburgh*, 258-259.

55. *Truscott espoleó a Butler*: Butler, «Task Force Butler», *Armored Cavalry Journal*, primera parte (enero-febrero), 12+ («llorando dignamente»), y segunda parte (marzo-abril de 1948), 30+; memorádum, F. B. Butler, 3 de marzo de 1947, NARA RG 319, OCMH expedientes preliminares, Hamilton mss, caja 7.

56. *La Fuerza Operacional Butler recorrió más de setenta kilómetros*: John A. Hixson, «Analysis of Deep Attack Operations: U. S. VI Corps, Task Force Butler, Aug. 1944», marzo de 1987, CSI, 27-33; Yeide y Stout, *First to the Rhine*, 69; Butler, «Task Force Butler», *Armored Cavalry Journal*, primera parte (enero-febrero de 1948), ss. (*formó una brigada de bomberos*); HO, 2.º Bn, 143.º de Escuadrón de Recon de Inf. y 117.º de Caballería, s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 117; Jackson, *The Mediterranean and the Middle East*, vol. 6, segunda parte, 197.

57. *A través de onduladas colinas de piedra caliza: «Invasion of Southern France»*, s. f., WD HD, CMH, 8-3 SF, 109; Severeid, *Not So Wild a Dream*, 440-442 («*a través de la tierra estable y civilizada de Provenza*»).

58. *En Gap, a poco más de doscientos kilómetros del mar*: Arthur L. Funk, «Allies and Maquis», s. f., NARA RG 319, RR expedientes preliminares, FRC 5; Butler, «Task Force Butler», *Armored Cavalry Journal*, segunda parte (marzo-abril de 1948), 30. (sesenta aviones B-17); HO, 117th Cavalry Recon Squadron, s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 117 (con toda su impedimenta encima).

59. «*trasládete con las primeras luces del alba*»: «Invasion of Southern France», s. f., WDHD, CMH, 8-3 SF, 199-200; John A. Hixson, «Analysis of Deep Attack Operations: U. S. VI Corps, Task Force Butler, Aug. 1944», marzo de 1987, CSI, 27-33; Truscott, *Command Missions*, 437; Jackson, *The Mediterranean and the Middle East*, vol. 6, segunda parte, 197; *RR*, 147 (*a toda velocidad en dirección al río*).

60. *la escasez de pertrechos amenazaba con echar por tierra*: «Supply and Maintenance on the European Continent», s. f., USFET General Board, NARA RG 407, E427, 97-USF5-0. 3. 0, n.º 130, 50; *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 1, 218-220 (*viajes de ida y vuelta de casi quinientos kilómetros*); Leo J. Meyer, «Moving Men and Supplies in Southern France», s. f., NARA RG 319, E99, OCMH expedientes preliminares, 314. 7, caja 1, 14-17a (*solo poco más de 40. 000*); «History of Ordnance Service in the MTO», s. f., vol. 2, CMH, 8-4 JA, 188-189 (*parches de neumáticos*).

61. *Aun así, a última hora de la tarde del lunes la vanguardia: Yeide y Stout, First to the Rhine, 74-75; RR, 149 (cincuenta vehículos de la Wehrmacht).*

62. El VI Ejército había cortado la vía de escape del enemigo: Yeide y Stout, *First to the Rhine*, 75-78; RR, 149 (un ataque en toda regla).

63. «*Todo ha salido mejor*»: LKT Jr. a Sarah, 17, 21 y 29 de agosto, y 1, 3, y 13 de septiembre de 1944, GCM Lib, caja 1.

64. *Su adversario se sentía fatal*: Yeide y Stout, *First to the Rhine*, 80 («los tiempos anteriores a la existencia de la técnica»); Charles V. von Lüttichau, «Breakout and Withdrawal to the Dijon Salient», septiembre de 1958, OCMH, NARA RG319, R-series #106, 5 (*salvarse dándose a la fuga*); Ganz, «The 11th Panzers in the Defense, 1944», *Armor* (marzo-abril de 1944), 26+; Giziowski, *The Enigma of General Blaskowitz*, 323-324 (*cuerdas colgando*).

65. *Truscott se tragó el anzuelo*: de Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, 356-357 («*esculpida a golpe de hacha*»); HO, «The Invasion of Southern France», Seventh Army, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetar #368, 160-162 («*Digan al general O'Daniel*»); RR, 164.

66. *En Montélimar, la Fuerza Operacional Butler se esforzaba: RR, 144-150; «Operation Dragoon», diciembre de 1944, COHQ, bulletin Y/42, CARL, N-6530. 20 (el rápido avance del ejército había sobrepasado la autonomía de vuelo de los P-47).*

67. *Aquello no le gustó nada a Truscott*: Truscott, *Command Missions*, 426-427; mens., LKT Jr. a J. Dahlquist, 22 de agosto de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 12, carpeta 6 («¿No se dan cuenta?»).

68. *En realidad, Dahlquist no entendía nada de todo aquello: fotografías, obras biográficas, John E. Dahlquist Papers, MHI; Steidl, Lost Battalions, 24, 57, 142-146 (propenso al retraimiento); corr., John E. Dahlquist a Ruth, 29 de octubre de 1944, Dahlquist Papers, MHI («me deja sin resuello»); corr., John E. Dahlquist a Homer Case, 5 de junio de 1945, Dahlquist Papers, MHI (La mitad de sus vehículos de transporte estaban todavía por descargar); Yeide y Stout, First to the Rhine, 76 (el coche de un cónsul de España); LKT Jr., «Comments on 'Dragoon Secondary Attack Against Fortress Europe'», s. f., NARA RG 319, OCMH, 2-3. 7 CC2, Hamilton mss, 3 (con más de treinta hombres); «Invasion of Southern France», s. f., WD HD, CMH, 8-3 SF, 237 («Tu misión primordial»).*

69. El batallón se retiró «por la noche de la colina»: Yeide y Stout, *First to the Rhine*, 85.

70. *la captura por parte de los alemanes de un plan de combate de la 36.^a División: «Invasion of Southern France», s. f., WD HD, CMH, 8-3 SF, apéndice B, v-xii; Yeide y Stout, First to the Rhine, 92 («¡Venga, cabrones, rendíos!»).*

71. «John, he venido hasta aquí»: Truscott, *Command Missions*, 430-431.

72. *Más de ocho batallones —unos cien cañones: «Invasion of Southern France»*, s. f., WD HD, CMH, 8-3 SF, 243; Holt, *The Deceivers*, 621 (*el asfalto de la carrera se puso a arder*); HO, 3.º Bn, 143.º de Inf, s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 117 (*2500 proyectiles de mortero*); Lucian Reichler, «German Defense of the Gateway to Antwerp», diciembre de 1953, NARA RG 319, R-series #23, 21-27; Turner y Jackson, *Destination Berchtesgaden*, 62; Giziowski, *The Enigma of General Blaskowitz*, 330-331 (*habían logrado cruzar el Drôme*).

73. *En una confusa escaramuza: RR, 166.*

74. *La Fuerza Operacional Butler, reducida a poco más de un batallón*: HO, 3rd Bn, 36.^a DI, s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 117.

75. «Es la primera vez que veo a un texano»: Murphy, *To Hell and Back*, 188-189.

76. *La batalla de Montélimar había terminado*: Conway, «Operation Anvil», conferencia, s. f., Norfolk, Theodore J. Conway Papers, MHI, caja 2, 22-24 («*el concepto era muy audaz*»); «Invasion of Southern France», s. f., WD HD, CMH, 8-3 SF, 245 (*sesenta mil proyectiles de la artillería norteamericana*); Wilt, *The French Riviera Campaign of August 1944*, 141 («*Lo hice muy mal*»); RR, 167-168 (*las pérdidas de Blaskowitz fueron más de diez mil*); Lucian Heichler, «German Defense of the Gateway to Antwerp», diciembre de 1953, NARA RG 319, R-series #23, 31-32; Charles V. von Lüttichau, «Breakout and Withdrawal to the Dijon Salient», septiembre de 1958, OCMH, NARA RG 319, R-series #106, 16-17 (*la 338.^a División apenas disponía de mil hombres*); Ludewig, *Rückzug*, 178-179 («*casi un milagro*»).

77. «carnicería delimitada»: Truscott, *Command Missions*, 432-433; Taggart (ed.), *History of the Third Infantry Division*, 222 (*Avenida de la Fetidez*); Simpson, *Audie Murphy, American Soldier*, 125 (*máscaras antigás*).

78. «*cierto grado de satisfacción*»: Truscott, *Command Missions*, 432-433; HO, «The Invasion of Southern France», Seventh Army, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #368, 176-177 (16000 kilómetros cuadrados); RR, 167 (*había hecho 23.000 prisioneros alemanes*).

79. *Dos chorros de color gris verdoso corrían torrencialmente*: Dean H. Krasomil, «German Operations in Southern France: The Withdrawal of the LXIV Corps», marzo de 1954, NARA RG 319, R-series #47, 4-18; *Germany VII*, 650-661 («comentarios inadecuados»); Ludewig, *Rückzug*, 80 (*debían ser secuestrados siempre que fuera posible*).

80. *Los ataques aéreos de los Aliados y los merodeadores de las FFI: Steidl, Lost Battalions, 20 (ocho millones de francos); «German Surrenders», AB, n.º 48 (1985), 1+ (en la hoguera).*

81. *La otra bandada de soldados en retirada*: Wilhelm Heinrich Scheidt, «German Operations in the West», septiembre de 1945, OKW Historical Section, NARARG 407, ML #874, VI, 13-15 («Wehrmacht en marcha»); *Germany VII*, 657-661 (138000 hombres); Marshall, *A Ramble Through My War*, 131 («matorrales ambulantes»); *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 1, 220-221 (Orden de Campaña n.º 4); HO, Viscount Portal, 7 de febrero de 1947, FCP («cerdos»); Wilt, *The French Riviera Campaign of August 1944*, 157 (ametrallaron un tren). Stalin volvió a sugerir la idea en octubre de 1944. TSC, 406.

82. *A primeros de septiembre casi 200.000 soldados aliados: IFG, 276; Garland, Unknown Soldiers, 282 («liberación, libación»); Collier, Fighting Words, 177 («engalanado de humanidad»); Marshall, A Ramble Through My War, 151 («repartir banderas de Inglaterra»); Pallud, «The Riviera Landings», AB, n.º 110 (2000), 2+ (pasteles de mantequilla).*

83. «A veces las sábanas de los hoteles»: Gray, *The Warriors*, 155; Severeid, *Not So Wild a Dream*, 457-459 (pintado por Picasso); corr., Gertrude Stein a A. M. Patch Jr., s. f. y 15 de noviembre de 1944, Alexander M. Patch Jr., Papers, USMA Arch, caja 1; Wyant, *Sandy Patch*, 141 («todo ese montón de repeticiones»).

84. *En Grenoble, los alemanes en fuga*: Severeid, *Not So Wild a Dream*, 454;
Mauldin, *The Brass Ring*, 227-228 (tiro de gracia en la oreja).

85. *Una patrulla de la 36.^a División entró en Lyon*: Truscott, *Command Missions*, 434; Higgins, *Soft Underbelly*, 220 («los ingleses se opusieron al final»).

86. «En las tiendas se podía comprar de todo»: Garland, *Unknown Soldiers*, 312; Aron, *France Reborn*, 354 («la capital de la represión»); diario, 19 de septiembre de 1944, Kingsley Andersson Papers, HIA, caja 1 («Muchos tiroteos»).

87. *Las balas trazadoras lanzadas contra un hospital: Sevareid, Not So Wild a Dream, 462; Coles y Weinberg, Civil Affairs, 768-769 (pasarelas improvisadas sobre el Ródano).* Un reciente estudio alemán afirma que los treinta y tres puentes de Lyon y sus alrededores fueron volados (Ludewig, *Rückzug*, 192).

88. *Dónde debían dirigirse exactamente esos convoyes: A. M. Patch Jr. a Julia, 14 de septiembre de 1944, Patch Papers, USMA Arch, caja 1 («Esta fama transitoria»).*

89. *Sandy Patch era alto, desgarrado*: Truscott, *Command Missions*, 383 («dificultad para expresarse»); Colley, *Decision at Strasbourg*, 27 («mentalidad mística»); «Patch of Provence», *Time* (28 de agosto de 1944), 22+ («genio como el del diablo antes del amanecer»); Strobridge y Nalty, «From the South Pacific to the Brenner Pass: General Alexander M. Patch», *Military Review* (junio de 1981), 41+ (*territorio apache*); memorándum, J. N. Wenger, 17 de junio de 1943; memorándum, E. J. King «para el gen. Marshall únicamente», 21 de junio de 1943; memorándum, A. M. Patch Jr., 29 de junio de 1943; «solo para el destinatario», GCM a A. M. Patch Jr., 29 de junio de 1943; memorándum, GCM a E. J. King, 28 de julio de 1943, GCM Lib, caja 78, carpeta 49 («No sé qué camino seguir»).

90. «Da la sensación de que fuera hace tres meses»: A. M. Patch Jr. a Julia, 14 de septiembre de 1944, Patch Papers, USMA Arch, caja 1; Giziowski, *The Enigma of General Blaskowitz*, 355 (*Blaskowitz detuvo al XIX Ejército*); Yeide y Stout, *First to the Rhine*, 168-170 (*escalas*); RR, 189; Sevareid, *Not So Wild a Dream*, 466 (*bicicletas robadas*); Wilt, *The French Riviera Campaign of August 1944*, 154 («*Nunca en mi vida vi semejante confusión*»).

91. *Entre el botín capturado*: Wilt, *The French Riviera Campaign of August 1944*, 150-151 («oportunidad efímera»); *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, 399; Salisbury-Jones, *So Full a Glory*, 161 (irritó a de Lattre); *RR*, 182-183, 223 (*Patch accedió a permitir*); Truscott, *Command Missions*, 443 («la puerta de entrada a Alemania»).

92. *Entonces el suelo se movió bajo sus pies: RR, 228-229; Chandler, 2146-2147 (A mediados de septiembre el comandante supremo); Mansoor, The GI Offensive in Europe, 207 (debían juntarse de manera inseparable).*

93. «*sorprendido y decepcionado*»: diario, VI Cuerpo, 14-15 de septiembre de 1944, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1.

94. «*El asalto de la Brecha de Belfort*»: LKT Jr. a A. M. Patch Jr., 15 de septiembre de 1955, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 12, carpeta 6; Truscott, *Command Missions*, 443-444; Wyant, *Sandy Patch*, 138 (*Lons-le-Saunier*).

95. *Patch telefoneó a las 18: 30 h: «Telephone Conversation Between Gen. Patch and Gen. Truscott»*, 1830 hrs, 16 de septiembre de 1944, NARA RG 319, OCMH2-3. 7 CC2, Hamilton mss.

96. Y así acabó la Operación Dragón: RR, 563 («con los pertrechos justos para un día»), 237 (apenas le quedaban dos docenas de tanques); John W. Mosenthal, «The Establishment of a Continuous Defensive Front by Army Group G», noviembre de 1955, NARA RG 319, OCMH, R-series, #68, 3-11 («todavía capaces de combatir»), 13-15 (Blaskowitz fue destituido); Ludewig, *Rückzug*, 180 (Su mayor temor); Charles V. von Lüttichau, «Army Group G Operations in Southern France», agosto de 1956, NARA RG 319, OCMH, R-series #87, 36 (130.000 habían logrado escapar); Charles V. von Lüttichau, «Breakout and Withdrawal to the Dijon Salient», septiembre de 1958, NARA RG 319, OCMH, R-series #112, 28 (solo había logrado salvar 165 de sus 1.600 piezas de artillería); Giziowski, *The Enigma of General Blaskowitz*, 361 («plantando coles»). Ludewig calcula que llegaron a Dijon al menos 160.000 alemanes provenientes del sur y del sudoeste de Francia (*Rückzug*, 267-268).

97. *El mismo martes que Blaskowitz fue relevado del mando*: Pogue, George C. *Marshall*, 415. La historia oficial del ejército reconoce que «es imposible determinar con un mínimo grado de exactitud» las bajas sufridas por el Grupo de Ejércitos G a finales de verano de 1944. RR, 197.

98. *Pero por delante tenían el terreno escarpado de granito y gneis*: visita del autor, 24-28 de mayo de 2009; Taggart (ed.), *History of the Third Infantry Division*, 237-238; Severeid, *Not So Wild a Dream*, 473 («de nuevo echaran de menos el hogar»); diario, VI Cuerpo, 28 de septiembre de 1944, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1 («*Hacen falta esquíes*»); LKT Jr. a Sarah, 16 de septiembre, 18 de octubre de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 1.

¡Hacer de tripas corazón y a volar!

99. *A un mundo de distancia de allí: Robb, *The Discovery of France*, 42; Roach, *The 8.15 to War*, 170 (con una mano los saludaban).*

100. A finales de agosto el frente se extendía: BP, 667; Gilmore (ed.), *U. S. Army Atlas of the European Theater in World War II*, 65; LC, 2-3 (más de dos millones de soldados); AAFinWWII, 596 (7.500 bombarderos y 4.300 cazas); «Strategy of the Campaign in Western Europe, 1944-1945», s. f., USFET General Board, estudio n.º 1, 50 (*Las quince divisiones de Montgomery*); King y Kutta, *Impact*, 221-223; Hinsley, 570 (*aviones de la Luftwaffe*); Howard, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 5, *Strategic Deception*, 177; *Germany VII*, 434; Churchill, *Triumph and Tragedy*, 48 («*La batalla de Londres ha sido ganada*»); corr., WSC a A. Eden, 2 de septiembre de 1944, «Strategy and Operations, vol. II», UK NA, CAB 120/421 («*por si pierden los estribos con nosotros*»).

101. *En el XII Grupo de Ejércitos, Bradley estaba al mando: LC, 4-5; Balkoski, From Beachhead to Brittany, 316-317; Mitcham, Retreat to the Reich, 214 (su equipo de pesca).*

102 *En medio de aquella acometida la Wehrmacht*: Alfred Jodl, ETHINT 52, Aug. 2, 1945, MHI, 6 («en una huida carente por completo de planes»); Mitcham, *Retreat to the Reich*, 222 (El OB West aseguraba disponer de dieciocho divisiones); Ludewig, *Rückzug*, 191 («Hemos perdido una batalla»); «Penetration of Siegfried Line», 4.^a DI, s. f., CARL, N-12159. 1 («Los americanos estarán aquí en veinte minutos»); *Germany VII*, 624 («desbandada ignominiosa»); Boesch, *Road to Huertgen*, 110 (blandiendo pollos).

103. «¿Hay boches por aquí?»: Knickerbocker *et alii*, *Danger Forward*, 272.

103. *En camiones y a pie los perseguidores continuaron su persecución: Blue Spaders*, 69; Horrocks, *Corps Commander*, 71-72 («hacer de tripas corazón»); Pyle, *Brave Men*, 310 (una especie de puntilla gris de pólvora quemada); *SLC*, 15 (murieron cerca de medio millón).

104. «Volábamos todo»: Will Thornton, «World War II ‘M’ Co. History as Told by the Survivors», s. f., p. a.

104. *En Braine, cerca de Reims*: Wellard, *The Man in a Helmet*, 158 (*la vanguardia de Patton*); White, *Conqueror’s Road*, 10 («agonía estática»), 25 («tetas»); Kershaw, «It Never Snows in September», 19 («*Todo el Frente Occidental se ha venido abajo*»).

105. *La escasez de combustible, irritante ya desde primeros de agosto*: Waddell, *United States Army Logistics*, 63 (*se había triplicado, pasando de los veintitrés litros*); *LC*, 24-25 (*casi 380000 litros y los depósitos de combustible de Patton*), 117-118 (*tanques enviados para capturar un puente sobre el Mosa*); HO, ten. Gen. sir Humphrey Gale, 27 de enero de 1947, FCP; VW, vol. 2, 72 (*acorazados*); Greenfield (ed.), *Command Decisions*, 332 (*estuvo sin moverse cuatro días*); diario, 6 de septiembre de 1944, CBH, MHI, caja 4 (*sus mandos tenían que mendigar bidones de gasolina*); «G-4 Periodic Report», III Ejército, 5 de septiembre de 1944, Walter J. Muller Papers, HIA, caja 6 («*extremadamente crítico*»); Bradley, *A Soldier's Story*, 402 («*¡Joder, Brad!*»).

106. *Siguieron adelante, a pie*: Heinz, *When We Were One*, 220 (*estrellas de lunares*); Kennett, G. I. : *The American Soldier in World War II*, 194 («*Vota a Dewey*»); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 131 («*Si ése fuera el único error*»).

107. *Empezaron a correr rumores disparatados*: Hastings, *Armageddon*, 14 (*había huido a España*); Sylvan, 133-134 (*insurrección en Colonia*); HO, A. F. Kibler, XII GE, 29 de mayo de 1946, NARA RG 407, ML #501, caja 24155 (*lugares en los que podían cruzar el río*); diario, CBH, 1 de septiembre de 1944, MHI, caja 4 (*«Si la guerra dura tanto»*); diario, Raymond G. Moses, 4 de septiembre de 1944, MHI, caja 1.

108. «Que acabe la guerra en el '44»: Perret, *There's a War to Be Won*, 359; «Ready for V-Day?», *Time* (4 de septiembre de 1944): 17 («al primer repartidor de periódicos»); Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, 12 (si podía prescindir de un cuartel general del ejército extra); memorándum, E. E. MacMorland a H. B. Sayler, 29 de julio de 1944, Henry B. Sayler Papers, DDE Lib, caja 4 (*El Pentágono elaboró planes*).

109. «Hay una sensación generalizada de euforia»: Colville, *The Fringes of Power*, 507.

109. «Desde el punto de vista militar la guerra está ganada»: *Three Years*, 657; Ferrell (ed.), *The Eisenhower Diaries*, 127 («avanzar casi a su capricho»).

110. *El gigante que constituían los Aliados aspiraba vagamente a llegar a Berlín:* HO, W. B. Smith y H. R. Bull, 14 de septiembre de 1945, OCMH WWII Europe Interviews, MHI; SLC, 28; LO, 294 (*Dos tercios del acero alemán*); «Industrial Value of the Ruhr to the German War Effort», 30 de octubre de 1944, British Brief and Action Report, JIC, NARA RG 331, E 3, caja 132 (*un descenso previsto de un 40 % de la producción de explosivos y de munición de artillería*); VW, vol. 1, 82 («*todas las posibilidades de atraer a la lucha*»).

111. *Había cuatro caminos que conducían al Ruhr: «Strategy of the Campaign in Western Europe, 1944-1945», s. f., USFET General Board, estudio n.º 1, 42-50; BP, 658-659 (Los planificadores de Eisenhower habían propuesto).*

112. *Montgomery no estaba en absoluto de acuerdo: BP, 658-659; VW, vol. 1, 459-461; HO, David Belchem, 20 de febrero de 1947, FCP, MHI (supremacía en materia de blindados).*

113. *Es indudable que Bradley no la aceptó*: Bradley y Blair, *A General's Life*, 314; De Guingand, *Operation Victory*, 411; HO, Lord Tedder, 13 de febrero de 1947, FCP, MHI («mejor usar las dos manos»); VW, vol. 1, 461 (fue excluido Beetle Smith); Wilmot, *The Struggle for Europe*, 468 («Las victorias son las que ganan las guerras»).

114. Montgomery salió de su remolque: Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 340-341; BP, 659-660 (*el I Ejército se desplazaría bastante al norte*); borrador de memorádum, W. B. Smith, «Command and organization after D-day “Overlord”», 23 de mayo de 1944, Raymond G. Moses Papers, MHI, caja 1 (*algunos planificadores del SHAEF venían ya considerando*).

115 *Eisenhower se mostró también de acuerdo en que hubiera un solo comandante en jefe: Ambrose, Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952, vol. 1, 340-341; «General Eisenhower's Comments on Command», 18 de mayo de 1944, Arthur S. Nevins Papers, MHI («no debe decirse nada»).*

116. «Como consuelo», *Churchill: Moran, Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 254; Roberts, *Masters and Commanders*, 512 («perspectiva adecuada»); Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 345 («mi íntimo y querido amigo»).

117. «¡Malditos estúpidos!»: Love y Major (eds.), *The Year of D-Day*, 129; *PP*, 535 («nos ha sentado fatal»); Hamilton, *Master of the Battlefield*, 799 («casi un desastre»).

118. *A última hora de la mañana del sábado 2 de septiembre*: Chandler, vol. 5, cronología, 165; diario, CBH, Sept. 2, 12, 15, 21, 1944, MHI, caja 4.

119. *El mensaje de Beetle Smith*: Williams, «Supreme Headquarters for D-Day», *AB*, n.º 84 (1994), 1+; Baedeker, *Northern France*, 179.

120. *Eisenhower resbaló en la arena*: Thomas W. Mattingly y Olive F. G. Marsh, «A Compilation of the General Health System of Dwight D. Eisenhower», s. f., DDE Lib, Thomas W. Mattingly Papers, caja 1; Eisenhower, *Crusade in Europe*, 326; Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 347-348 (*se negó a que le tomaran la tensión*).

121. *Durante más de quince días*: Chandler, vol. 5, cronología, 165-167; *Three Years*, 661 (*Vivían en ella dos vacas*); Eisenhower, *Letters to Mamie*, 195 («desafinar siempre un poco»), 210-211 (*hijo muerto*); Chandler, 2141 («¿Y quién va a comprar el avión?»).

122. Incluso para un comandante en jefe itinerante: D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, 593; Crosswell, *Beetle*, 700 (a través de la RAF); BP, 686 (reafirmaría su decisión de llevar a cabo un avance en varias direcciones); Love y Major (eds.), *The Year of D-Day*, 132 («típica de Monty»).

123. *El lunes 4 de septiembre: LSA, vol. 1, 492; TSC, 253 («Ahora más que nunca»).*

124. *Exasperado, Montgomery: Roberts, Masters and Commanders*, 531 («una idea muy curiosa»); «Notes on Conversation with Monty, 18.5.46», R. W. W. «Chester» Wilmot Papers, LHC, LH 15/15/127 (*la primera en recibir suministros*).

125. «*Hemos llegado a un momento*»: BLM to DDE, 4 de septiembre de 1944, DDE Lib, PP-pres, caja 83; Chandler, 2120-2121.

126. *Eisenhower contestó el martes*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 278-279; HO, Arthur Coningham, 14 de febrero de 1947, FCP, MHI («*La guerra está perdida*»).

127. *Los errores del sistema de comunicaciones estaban perfectamente en consonancia*: corr., DDE a H. L. Ismay, 14 de enero de 1959, LHC, 4/12/131 («*propuesta absurda*»); Crosswell, *Beetle*, 687 («*tontería*»); Bradley Commentaries, CBH, MHI, caja 41 («*arrogante y egoísta*»).

128. *La postura de Montgomery tenía la ventaja militar: Strong, Intelligence at the Top*, 199-201 (*en contra de los cálculos que había elaborado el SHAEF*); *LSA*, vol. 2, 10-11 (*casi 500 compañías de camiones y «situar sobre el terreno»*); *LSA*, vol. 1, 487-488. Una ofensiva de tres cuerpos contra Berlín a finales de septiembre incluso en condiciones inmejorables habría exigido situar sobre el terreno cinco cuerpos, según el SHAEF (*TSC*, 253-254).

128. *Además, la necesidad de proteger unos flancos abiertos tan largos: TSC*, 260; Frank A. Osanski, «Critical Analysis of the Planning and Execution of the Logistic Support of the Normandy Invasion», diciembre de 1949, Armed Forces Staff College, Osanski Papers, MHI (*«presa fácil para las reservas móviles alemanas»*); HO, E. J. Foord, 12 de diciembre de 1946, R. W. W. «Chester» Wilmot Papers, LHC, LH 15/15/27 (*«está jugándose más de lo que tiene»*); De Guingand, *Operation Victory*, 412 (*la derrota final de Hitler*).

129. *La mayoría de los estrategas llegarían a conclusiones parecidas*: Dan van der Vat, obituario, «Field-Marshal Lord Carver», *The Guardian*, 12 de diciembre de 2001 (*El general de brigada más joven*); Keegan (ed.), *Churchill's Generals*, 162-163 (*En las dos guerras mundiales*).

130. *propinar dos golpes a la vez*: Weigley, *The American Way of War*, 352; Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 334 («*aparte de cuáles fueran los talentos de Montgomery*»).

131. «los factores políticos a veces tienen el mismo peso»: Lewin, *Montgomery as Military Commander*, 298.

131. «La ignorancia» que demostraba Eisenhower: Hamilton, *Master of the Battlefield*, 799; Danchev, 575 («bastante poco apto»), 585 («entre tres y seis meses»).

132. «*extremadamente susceptible a dejarse influir por la personalidad*»: «Notes on Conversation with Monty, 18.5.46», R. W. W. «Chester» Wilmot Papers, LHC, LH15/15/127.
132. «*Ike es demasiado cauteloso*»: diario, 2 de septiembre de 1944, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 7.
132. «*el problema con Ike*»: Crosswell, *Beetle*, 696, 702, 708, 722.
132. «*no fue desde luego terminante en la forma en que se lo hizo saber*»: Stephen E. Ambrose, «Eisenhower as Commander: Single Thrust Versus Broad Front», en Chandler, vol. 5, 47.

133. «No hay ni un solo momento»: Eisenhower, *Letters to Mamie*, 195, 217; Chandler, 2158 («El equipo funciona bien»).

134. *Los ejércitos siguieron luchando, sin saber en gran medida: LC, 52 (los primeros cinco días de septiembre); LSA, vol. 1, 513; diario de guerra, Leroy Irwin, 6 de septiembre de 1944, 5.ª DI, Hugh Cole Papers, MHI («Frankfort»); AAFinWWII, 277 (distribuidores de gasolina volantes); Semmes, Portrait of Patton, 205 (botellas de coñac y champaña confiscado); «G-4 Periodic Report», Third Army, 5 de septiembre de 1944, Walter J. Muller Papers, HIA, caja 6 (las carencias del ejército); Allen, Lucky Forward, 41, 101-102; PP, 549 (cincuenta mil cajas de champaña).*

135. «un comandante en jefe de un ejército, ¡me cago en Dios!»: PP, 542; Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, 240-241 («con tanta facilidad como caga un ganso»).

136. Al noroeste de su posición, el I Ejército de Courtney Hodges: BP, 694-695 («chicas guapas»); Blue Spaders, 71-72 («una masa confusa»).

137. *Avanzando a pasos agigantados desde el sur, la 1.^a División*: Stanhope B. Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II», 1988, MRC FDM, 1994. 126, 87, 206-210; HO, C. A. Wollmer, 83.^o Bn Acorazado de Reconocimiento, s. f., NARA RG 407, E 427, HI; Heinz, *When We Were One*, 197, 213 (*barrer las columnas de soldados alemanes*); Knickerbocker *et alii*, *Danger Forward*, 274 («*caballos belgas*»); George W. Williams *et alii*, «Exploitation by the 3rd Armored Division—Seine River to Germany», AS, Ft. K, 1949, NARA RG 337, 44-45 («*Lo único que queréis es hacer una carnicería con nosotros*»).

138. Además de unos 3500 soldados enemigos muertos: Wheeler, *The Big Red One*, 311-312; Pallud, «The Battle of the Mons Pocket», *AB*, n.º 115 (2002), 2+ (*filetes*); AAR, 1.ª DI, Oct. 31, 1944, p. a., 1-6; Heinz, *When We Were One*, 200-204 («*sin hacer el amor*»).

139. *Unos cincuenta kilómetros más al norte, el II Ejército británico: BP, 686; VW, vol. 2, 15 (rendirse, en pijama), 6; Wilmot, The Struggle for Europe, 471 (mientras huía en un Volkswagen); Taurus Pursuant, 67 («lo que fue el VII Ejército»).*

140. *A las ocho de la tarde del domingo 3 de septiembre*: VW, vol. 2, 5; «Advance of 30Corps Across R. Seine to Brussels and Antwerp», War Office, s. f., NARA RG407, ML #226; Moorehead, *Eclipse*, 191 («*quedó en nada*»); Collier, *Fighting Words*, 177 («*una antorcha*»); Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 450-453 («*Goodbye, Tommy*»).

141. Los dignatarios locales hicieron su aparición: Daniell, *The Royal Hampshire Regiment*, vol. 3, 231; Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 450-453 (*Los bistrots mandaban a sus camareros*); Hastings, *Armageddon*, 7 («comiendo todo lo que habían podido»); Moorehead, *Eclipse*, 191 («un clarete muy notable»).

142. *El lunes a mediodía los tanques británicos*: J. B. Churcher, «A Soldier's Story», 159.^a Bda. Inf., LHC, 52-54 (*casas incendiadas por los combatientes de la resistencia belga y búsqueda infructuosa de algún cine*); Collier, *Fighting Words*, 177-179 (*seguían tomándose sus cervezas*); VW, vol. 2, 5, 10-11, 414-415 (*dos millones de barriles*); Freeman W. Burford, «The Inside Story of Oil in the European War», 25 de noviembre de 1946, NARA RG 319, 2-37 CB 6; «Advance of 30 Corps Across R. Seine to Brussels and Antwerp», War Office, s. f., NARA RG 407, ML #226 (*cesó a las 21: 30 h*); Moorehead, *Eclipse*, 192-193 (*al recinto de los leones*); Moorehead, Gellhorn, 227 («*sentados en montones de paja*»).

143. *Ahora que iba a ser posible abandonar los puertos de Gran Bretaña: Baedeker, Belgium and Holland, 150-152 («al menos un año para reducirlas»); Lucian Reichler, «German Defense of the Gateway to Antwerp», diciembre de 1953, OCMH, NARA RG 319, R-series #22, 2; LSA, vol. 2, 104 (mil barcos al mes).*

144. *la toma de Amberes y el aprovechamiento*: Weinberg, *A World at Arms*, 700; Chandler, 2090, 2100, 2116; mens., Montgomery, 26 de agosto de 1944, M-520, National Archives of Canada, RG 24, vol. 1054 2, expediente 215A21.016 (9) («destruir todas las fuerzas del enemigo»).

145. *llevaba siglos navegando en tiempos de paz y de guerra por aquellas aguas:* WaS, 142-143; Fergusson, *The Watery Maze*, 352 (*campaña de 1809*); Jenkins, *Churchill: A Biography*, 248-250 (*trasladado precipitadamente a Amberes*); VW, vol. 2, 10-11; Love y Major (eds.), *The Year of D-Day*, 131; Roskill, *Churchill and the Admirals*, 245 («Tombuctú»).

146. «importancia trascendental» de retener el Escalda: Bennett, *Ultra in the West*, 147-148; Ralph Bennett, «Ultra and Some Command Decisions», en Laqueur (ed.), *The Second World War*, 231 (*error estratégico*); Crosswell, *Beetle*, 706 («Ya tenemos puesto el tapón a la botella»).

147. *Un comando de la Marina Real: Roskill, White Ensign, 397; Taurus Pursuant, 56-58 (que se apoderara de los muelles); Horrocks, Corps Commander, 79-81 («Tenía los ojos puestos»).*

148. *La acometida británica no tardó en ser frenada*: Moulton, *Battle for Antwerp*, 30; Ludewig, *Rückzug*, 214 (*quince de los diecisiete*); J. B. Churcher, «A Soldier's Story», 159.^a Bda. Inf., LHC, 52-54 («rápida y sumamente desagradable»); Copp, *Cinderella Army*, 38-39 (*reforzar los canales*); Moulton, *Battle for Antwerp*, 52; Lamb, *Montgomery in Europe, 1943-1945*, 201-104; Horrocks, *Corps Commander*, 84.

149. *Evacuación de las tropas alemanas en transbordador*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 293; Lucian Heichler, «German Defense of the Gateway to Antwerp», diciembre de 1953, OCMH, NARA RG 319, R-series #22, 13-14 (5.000 vehículos); Ludewig, *Rückzug*, 272 (*once mil soldados*).

150. *El 7 de septiembre Montgomery hizo saber a Londres: Orange, Coningham, 215; SLC, 207 («una piedra preciosa que no podía lucirse»); Hills, Phantom Was There, 247 («de lo más desconcertante»).*

CAPÍTULO 5. FRENTE AL MURO OCCIDENTAL

«Cinco panes de cebada y dos pececillos»

1. *Versalles había resultado irresistible para los constructores de imperios: Abram et alii, The Rough Guide to France, 213 («sordidez antihigiénica»); McCullough, The Greater Journey, 296, 303 (las hambres del invierno de 1870); Tillier et alii, Paris, 252; [http://en. wikipedia.org/wiki/Palace_of_Versailles](http://en.wikipedia.org/wiki/Palace_of_Versailles); Macmillan, Paris 1919, 474-478 (guardia republicana).*

2. *Fue este el emplazamiento que escogió Eisenhower*: Baedeker, *Paris and Its Environs*, 376 (175 francos); memorándum, actas del gabinete de guerra, 19 de marzo de 1945, Sidney H. Negrotto papers, MHI (visado de primera del SHAEF); memorias, 1974, Raymond H. Croll papers, MHI, 277-289 (almuerzos de raciones-K); http://www.normandybattlefields.com/normandy_today.htm; Pogue, *Pogue's War*, 202-203 (macizos de antenas); Abram et alii, *The Rough Guide to France*, 213 (María Antonieta); TSC, 276-278; Hammon, «When the Second Lieutenant Bearded General Eisenhower», *Military Affairs* (octubre de 1983), 129+ («capitolios estatales»).

3. «*había sido un niño malo*»: diario, CBH, 22 de septiembre de 1944, MHI, caja 4; Bradley, *A Soldier's Story*, 422.
3. *Once cuadros, entre ellos uno de Van Dyck*: Coles y Weinberg, *Civil Affairs*, 868-869; Hammon, «When the Second Lieutenant Bearded General Eisenhower», *Military Affairs* (octubre de 1983): 129 ss. ; Nicholas, *The Rape of Europa*, 302.

4. A mediados del verano el SHAEF.. había triplicado ya sus efectivos: TSC, 276-277 (70. 000 metros cuadrados) y apéndice B, 529-534. El número de personal autorizado del SHAEF 1 de febrero de 1945 ascendía a 16. 312 individuos.
4. Finalmente se confiscarían 1. 800 inmuebles: LSA, vol. 2, 497; Larrabee, *Commander in Chief*, 473 (*Una revista francesa*); HO, Adolph Rosengarten, Jr., 22 de diciembre de 1947, FCP, MHI (*Primero deberían tener experiencia militar*); HO, Ford Trimble, 17 de diciembre de 1946, FCP, MHI (*serpiente marina*).

5. *Otra serpiente había rodeado con sus tentáculos París*: «Activities and Organization of COMZ», vista ante el Senado de los Estados Unidos, 28 de mayo de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #89, 1-5; Robert W. Coakley, «The Administrative and Logistical History of the ETO», vol. 2, 1946, CMH, 8-3. 1 AA 2, 119-28; «U. S. Army Operations in the ETO from January 1942 to V-E Day», mayo de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #353 (*uno de cada cuatro soldados*); «Engineer Memoirs: General William M. Hoge», 1993, CEHO, 128; Beck, 350 (*tiendas*); Ingersoll, *Top Secret*, 207 (*«toneladas de archivos»*); memorándum, Sección del Sena, COMZ al SHAEF, 20 de septiembre de 1944, NARA RG 331, SHAEF SGS, Geog corr., caja 108 (*315 hoteles*); memorias, s. f., Pleas B. Rogers papers, MHI (*otros tres mil inmuebles de París*); corr., «GHH» a Ralph Ingersoll, 14 de mayo de 1946, Thaddeus Holt papers, MHI, caja 1 (*«elegantes y de postín»*); Crosswell, *Beetle*, 739 (*se permitió que los niños de París siguieran ocupando sus escuelas*); TSC, 322-23 (*las exigencias de los americanos superaban*).

6. *Todo esto y mucho más fue obra: «Miracle of Supply»*, *Time* (25 de septiembre de 1944), 8+ («*excepcionalmente cariñosa*»); «The Tendons of an Army», s. f., NARARG 498, ETO HD, expediente admin. #531, 5-6; John Kennedy Ohl, «General Brehon B. Somervell and Logistics in the European Theater of Operations in World War II», 1993, Alexandria, Va., Historical Office, U. S. Army Materiel Command, 20-22 («*regalo personal*»); Irving, *The War Between the Generals*, 78 (*de pie en un teatro de Londres*); John C. H. Lee, «Service Reminiscences», s. f., Leepapers, MHI, caja 1 («*mi capacidad de llevarme bien*»); LSA, vol. 2, 267 («*Pesado en lo ceremonioso*»); Cowdrey, *Fighting for Life*, 224 («*no es una persona con la que me gustaría irme una semana de pesca*»); PP, 555-557 («*un mentiroso con mucha labia*»); diario, GSP, 7 de agosto de 1944, LOC MS Div, caja 3, carpeta 7 («*pequeño hijo de puta pomposo*»); D'Este, *Patton: A Genius for War*, 649 (*Patton lo recibió*).

7. *Con botas y vestido de punta en blanco: Pogue, George C. Marshall: Organizer of Victory*, 391 (*fusta*); «Miracle of Supply», *Time* (25 de septiembre de 1944), 8+ (*Biblia encima de su escritorio y limusina negra con tapicería roja*); John C. H. Lee, «Service Reminiscences», s. f., Lee papers, MHI, caja 1 («*en el altar de Dios*»); «Engineer Memoirs: Major General William E. Potter», 1983, CEHO, 35 (*séquito personal, formado por cuarenta personas*); Irving, *The War Between the Generals*, 92 (*ocho secretarios encargados de la correspondencia*); «The U. S. Army Special Train ‘Alive’», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #16; John Connell, «Over Age in Grade», s. f., MHI, 49 (*vagón de tren especial*); LSA, vol. 2, 267 («*instrumento de tortura*»); HO, Henry S. Aurand, 1974, William O. Morrison, SOOHP, MHI (*le gustaba leer las Sagradas Escrituras en voz alta*); Irving, *The War Between the Generals*, 316 («*Vístanse debidamente*»); HO, Leonard D. Heaton, 1978, Robert B. McLean, SOOHP, MHI («*tenían que permanecer en posición de firmes*»); «Engineer Memoirs: General William M. Hoge», 1993, CEHO, 125-26 («*Yo puedo comérmelo*»); Pyle, *Brave Men*, 233.

8. *En París Lee tenía un enorme gabinete de guerra*: HO, Henry S. Aurand, 1974, William O. Morrison, SOOHP, MHI; Crosswell, *Beetle*, 739 (tres suites en el piso superior); Murray y Millett, *A War to Be Won*, 437 (un piano); Pogue, *Pogue's War* («avenida ¡Firmes!»); Allen, *Lucky Forward*, 69 («residencia personal del general Lee»).

9. «¿Por qué nadie me contó esas cosas?»: HO, Leonard D. Heaton, 1978, Robert B. McLean, SOOHP, MHI; HO, W. B. Smith, 13 de mayo de 1947, FCP, MHI; MMB, 311 («un Cromwell moderno»).

10. «*Debido a los voluminosos envíos*»: DDE a J. C. H. Lee, 16 de septiembre de 1944, adjunto a memorándum, W. B. Smith a G-1, «Discipline in the Paris Area», 17 de septiembre de 1944, NARA RG 331, SHAEF SGS, Geog corr., caja 108.

11. «*No tengo de qué arrepentirme*»: John C. H. Lee, «Service Reminiscences», s. f., Leepapers, MHI, caja 1.

12. Las «obligaciones prioritarias» de Lee: Crosswell, *Beetle*, 739 (Sears-Roebuck); Greenfield (ed.), *Command Decisions*, 323 (*habían dado por supuesto que el Día D + 90*); «Strategy of the Campaign in Western Europe, 1944-1945», s. f., USFET, estudio de la Junta General n.º 1, 35; *LSA*, vol. 2, 6-7 (*Ningún experto en logística contaba con llegar*).

13. *Las exigencias del combate dieron al traste*: Frank O. Osmanski, «Critical Analysis of the Planning and Execution of the Logistic Support of the Normandy Invasion», diciembre de 1949, Armed Forces Staff College, Osmanski papers, MHI, 43; «Logistics of Overlord», s. f., CARL, N-13587; *LSA*, vol. 1, 479; Crosswell, *Beetle*, 688-689 (*Marshall y Eisenhower aceleraron todavía más*); *TSC*, 258-259; Greenfield (ed.), *Command Decisions*, 327 (*dos divisiones y media en combate*).

14. *Los convoyes de camiones que en julio*: H. H. Dunham, «U. S. Army Transportation in the ETO», 1946, CMH, 4-13. 1 AA 29, 216; Hogan, *A Command Post at War*, 145-146 (*El almacén de intendencia del I Ejército cambió de emplazamiento seis veces*); Weinberg, *A World at Arms*, 761 (*dos mil tanques*); *PP*, 555-57 («cinco panes de cebada»).

15. *muchas más cosas que hogazas de pan y pescado*: «Quartermaster Procurement», capítulo 41, PIR, MHI, 7; «Food Service in the ETO», chapter 47, PIR, MHI, 71; «Quartermaster Procurement on the Continent», s. f., SHAEF QM, NARA RG498, ETO HD, expediente admin. #154, 1-2 («una décimo sexta parte de pulgada»), 11 (*serrerías*), 14 (*papel higiénico*).

16. *Las necesidades de abastecimiento diarias ascendían por término medio:* Coakley, 825; «Supply and Maintenance on the European Continent», USFET General Board study nº. 130, NARA RG 407, E 427, 97-USF5-0. 3. 0, 37 (*comían un 30 % más*); TSC, 256-57 (*3.800.000 litros de gasolina*); Charles K. MacDermut y Adolph P. Gratiot, «History of G-4 Com Z ETO», 1946, CMH, 8-3. 4 AA, 83 (*gasto asombroso de municiones*); Henry F. Pringle, «Weapons Win Wars», s. f., CMH, 2-3. 7AB. B, 187 (*ocho millones de bombas de artillería y de mortero*).

17. *El exceso de desperdicios, rasgo constante de los americanos*: memorándum, «Supply Discipline», ONB, julio de 23, 1944, Walter J. Muller papers, HIA, caja 8; Henry F. Pringle, «Weapons Win Wars», s. f., CMH, 2-3. 7 AB. B, 187 («*exageradamente alta*»); «Supply: Oversea Theaters of Operation», 1945, NARA RG 319, expedientes preliminares, 2-3. 7 (*detectores de minas*); Waddell, *United States Army Logistics*, 149 (*150 km cada hora*); Hastings, *Armageddon*, 23 (*22 millones de bidones de combustible*); LSA, vol. 2, 203 (*7 millones más*); Chandler, 2200 («*ahora nos cuesta*»).

18. *Casi ninguno de estos detalles había sido previsto*: memorándum, Raymond G. Moses a ONB, 26 de septiembre de 1944, y borrador de memorándum a W. B. Smith, 7 de noviembre de 1944, Moses papers, MHI, caja 1; Graham y Bidwell, *Coalitions, Politicians & Generals*, 259 (*cajas de naranjas*); HO, J. C. H. Lee, 21 de marzo de 1947, FCP, MHI (*Lamentaba muchísimo no saber jugar al bridge*); Frank A. Osmanski, «Critical Analysis of the Planning and Execution of the Logistic Support of the Normandy Invasion», diciembre de 1949, Armed Forces Staff College, Osmanski papers, MHI, 29 (*depósitos ad hoc*); actas, Reunión sobre Prioridades de Envíos Militares, 9 de septiembre 1944, NARA RG 331, E 1, SHAEFSGS, caja 54 (*«estirado hasta el límite»*); memorándum, Raymond G. Moses a ONB, 26 de septiembre de 1944, Moses papers, MHI, caja 1 (*«Durante un período de aproximadamente un mes»*).

19. *La COMZ se dedicaba a improvisar, con resultados de lo más variopinto:* «Pluto: Pipeline Under the Ocean», *AB*, no. 116 (2002), 2+ («Bambi»); Moore, «Operation Pluto», *Proceedings* (junio de 1954), 647+; Freeman W. Burford, «The Inside Story of Oil in the European War», 25 de noviembre de 1946, NARA RG 319, CMH expediente preliminar, 2-37 CB 6; Mason (ed.), *The Atlantic War Remembered*, 417 («un desperdicio escandaloso»).

20. *Una innovación por vía terrestre fue el Red Ball Express*: Henry F. Pringle, «Weapons Win Wars», s. f., CMH, 2-3. 7 AB. B, 188; Andrew T. McNamara, «QM Activities of II Corps... and First Army Through Europe», 1955, capítulo 46, PIR, MHI, 142 (*aviones Cub*); BP, 691 (1, 1 millones de litros de gasolina); «Red Ball», 3 de febrero de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #281, 1-3, 14, 16-18, 28-29, 40, 55, 56-57, 63-65 («pendiente pronunciada»); memorias, Robert P. Patterson, mec., 1947 (?), a. p., 273 («La gasolina se desparrama en el interior»); «Shipping Situation and Supply Requiremenmec.», 25 de noviembre de 1944, COM Z, G-4, CARL, N-6726 («sobrepasado el límite»); HO, Henry S. Aurand, 1974, William O. Morrison, SOOHP, MHI (*nueve mil eran camiones*). Al final de la guerra, el ejército estadounidense tenía 464 compañías de camiones en Europa, cada una de ellas formada habitualmente por 48 vehículos (Eudora Ramsay Richardson y Sherman Allan, «Quartermaster Supply in the ETO in WWII», vol. 1, 1947, QM School, Camp Lee, Va.).

21. *Las carreteras quedaron muy deterioradas*: Waddell, *United States Army Logistics*, 124-131; «Supply: Oversea Theaters of Operations», 1945, NARA RG 319, expedientes preliminares, 2-3. 7 (*avería diaria de cinco mil neumáticos*); D'Este, *Patton: A Genius for War*, 649 (*Lee solicitó que se le concedieran trece batallones de infantería*); «Subsistence in the ETO», 1959, Robert M. Littlejohn papers, HIA (*con autoridad para disparar a matar*); Gropman (ed.), *The Big «L»*, 389 (*400.000 toneladas*); LSA, vol. 2, 140; HO, Henry S. Aurand, 1974, William O. Morrison, SOOHP, MHI (*«el mayor destructor de camiones»*).

22. *Un solo tren podía transportar*: Gropman (ed.), *The Big «L»*, 389-390 (casi 8.000 kilómetros de vías); *LSA*, vol. 1, 551 (arrasado por años y años de bombardeos aliados); «Supply and Maintenance on the European Continent», estudio de la Junta General USFET n.º 130, NARA RG 407, E 427, 97-USF 5-0.3.0, 30-36; Waddell, *United States Army Logistics*, 118 (cruzando fatigosamente los puentes); «Military Railway Service», estudio de la Junta General del USFET n.º 123, NARA RG407, E 427, 97-USF5-0.3.0 (*La línea de París y lugares tan distantes como Persia*); H. H. Dunham, «U. S. Army Transportation in the ETO», 1946, CMH, 4-13. 1AA 29, 232 (*hacer sus señales con mecheros*); «Activities and Organization of COMZ», vista del Senado de los Estados Unidos, 28 de mayo de 1945, NARARG 498, ETO HD, expediente admin. #89, 21-22 (*mil trescientas potentes locomotoras americanas*); memorándum, asistente G-5 de la COMZ, 18 de febrero de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #494U (*más de 17.700 kilómetros de vía férrea*).

23. «el número de divisiones necesarias para capturar el número de puertos»: Whipple, «Logistical Bottleneck», *IJ* (marzo de 1948), 6+.

23. *habían estudiado cincuenta y cuatro puertos*: R. W. Crawford, «Guns, Gas and Rations», SHAEF G-4, junio de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #145; «American Port Plans, August to November 1944», s. f., NARA RG 319, expedientes preliminares, 2-37 CB 6 (*la mitad de los cuales acabaron desempeñando un papel*); RR, 575 (*un tercio de todos los pertrechos aliados*); LSA, vol. 2, 71 (*Cherburgo triplicó su capacidad de transporte de carga prevista*); HO, Henry S. Aurand, 1974, William O. Morrison, SOOHP, MHI («*la mano de Napoleón*»); Whipple, «Logistical Bottleneck», *IJ* (marzo de 1948), 6+ (*doscientos a mediados de octubre*).

24. Evidentemente la solución debía encontrarse en Amberes: LC, 211; LSA, vol. 2, 52 («transfusión de sangre»); John Connell, «Over Age in Grade», s. f., 11th Port Engineer Special Brigade Group, MHI, 99-100 («¡Menuda vida»).

Cada aldea, una fortaleza

25. *un achaparrado avión de transporte C-47*: Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 1, 27 (B-58); http://en.wikipedia.org/wiki/Brussels_Airport.

26. *Encontró en ella a Eisenhower*: Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 348. Ambrose sitúa la reunión en el avión B-25 de Eisenhower.

27. «Bueno, no son más que bobadas»: HO, Miles Graham, 19 de ener de 1949, «Allied Strategy After Fall of Paris», R. W. W. «Chester» Wilmot, LHC, LH 15/15/48; Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 348-349 (*Patton el que estaba dirigiendo la guerra*).

28. Estuvieron discutiendo una hora larga: Wilmot, *The Struggle for Europe*, 489 (conquistar el Ruhr con veinte divisiones); TSC, 255.

29. *Eisenhower reconoció que el Ruhr*: HO, DDE, s. f., CJR, caja 43, expediente 7 («¡qué diablos!»).

30. «*Ahora pelearémos con las dos manos*»: VW, vol. 2, 22; SLC, 120-122.

30. «*Justo cuando se necesitaba una mano firme*»: BLM a Brooke, 10 de septiembre de 1944, AB papers, LHC, 6/2/27.

31. *Independientemente de las exigencias de los americanos*: HO, Miles Graham, 19 de enero de 1949, «Allied Strategy After Fall of Paris», R. W. W. «Chester» Wilmot, LHC, LH 15/15/48 (350 o 400 toneladas); Hinsley, 542 (Dieppe y Le Havre); VC, 310 (un «buen puerto en el paso de Calais» y «última prioridad»); diario de guerra del II Ejército, «The First 100 Days», 7 de septiembre de 1944, UK NA, WO 285/9; VW, vol. 2, 131-132 (no quedaría abierto hasta mediados de octubre), 15; SLC, 208; Hastings, *Armageddon*, 23 (camiones británicos, capaces de desplazar mil cuatrocientas tres toneladas); Crosswell, *Beetle*, 707.

32. otra novedad igualmente sombría en el terreno de los combates: Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, 42 (cable secreto del Departamento de Guerra); Longmate, *Hitler's Rockets*, 164-174 (Stavely Road y «cañerías de gas volantes»); Collier, *The Defence of the United Kingdom*, 406; *AAF in WWII*, 542 (se negaba a reconocer públicamente).

33. *El verdadero culpable, el cohete V-2*: Collier, *The Defence of the United Kingdom*, 521; *Germany VII*, 438 (cincuenta locomotoras grandes). Se propuso que una película de 1960 basada en la vida Von Braun, llamada *Apunto a las estrellas*, llevara el subtítulo de «Pero a veces di a Londres». Mallon, «Rocket Man», reseña de Michael J. Neufeld, *Von Braun*, *New Yorker* (22 de octubre de 2007), 170+ (un joven Junker prusiano).

34. *llevaban ya algún tiempo esperando la llegada del cohete: actas, reunión de los jefes del Estado Mayor británico, 11 de julio de 1944, NARA RG 331, E 3, caja 129; Hinsley, 421-423 (bombardeos de saturación de Peenemünde); Germany VII, 443 (tendencia a estallar en pleno vuelo); Howard, British Intelligence in the Second World War, vol. 5, Strategic Deception, 180-181 (el gobierno inglés estaba considerando también evacuar la ciudad).*

35. *La primera andanada había sido lanzada*: M. C. Helfers, «The Employment of V-Weapons by the Germans During World War II», 1954, OCMH, NARA RG319, 2-3. 7 AW, 72; Collier, *The Defence of the United Kingdom*, 408 (*a las afueras de Nimega*); King y Kutta, *Impact*, 245 («¿Querría informarnos, por favor...?») y «*Tiene que ser hacia Arnhem*»); HO, Miles Dempsey, 4 de junio de 1946, R. W. W. «Chester» Wilmot papers, LHC, 15/15/30 (*eran partidarios de un avance más hacia al este*).

36. «Esta demora», añadía: VW, vol. 2, 22.

37. «*E. está pasando unos días en cama*»: diario, Kay Summersby, 11 de septiembre de 1944, DDE Lib, PPpres, caja 140.
37. «*A Monty no parece impresionarle mucho*»: calendario de mesa, DDE, 11-13 de septiembre de 1944, Barbara Wyden papers, DDE Lib, PP-pres, caja 1.

38. «Se explayó hablando del tema de Monty»: Love y Major (eds.), *The Year of D-Day*, 137.

39. *En un momento en el que el alto mando aliado necesitaba armonía estratégica:* HO, SLAM, 1973, George J. Stapleton, SOOHP, MHI, III, 2-3; VW, vol. 2, 351-252; mens., DDE a ONB, 15 de septiembre de 1944, ONB papers, MHI («No hay ningún motivo»); PP, 552 («ese listillo hijo de puta»); HO, DDE, s. f., CJR, caja 43, expediente 7, 17, 36-37 («psicópata»).

40. Autorizó además a Montgomery a ponerse en comunicación directa: Chandler, 2133-2134; VW, vol. 2, 24 («Ike ha cedido»).

41. «*Montgomery de repente se obsesionó*»: Chandler, 2144.

42. *El lunes 11 de septiembre fue un día claro y caluroso. Poco después de las seis de la tarde:* Después de que varias unidades afirmaran haber sido las primeras en entrar en Alemania, una investigación histórica del ejército llegó a la conclusión de que Holzinger y su patrulla habían merecido esa distinción. Emerson F. Hurley, «Study of the First Entry into Germany in World War II», s. f., NARA RG 407, E 427, 605-CAV-0. 20; SLC, 3.

43. *Unos cuatrocientos metros más allá, subiendo un repecho*: «Unit History, 85th Cavalry Reconnaissance Squadron», 5th AD, s. f., y carta, W. W. Holzinger, 3 de noviembre de 1947, NARA RG 407, E 429, 95-USF 2-0. 3. 0; Pogue, *Pogue's War*, 264.

44. A medianoche, también otras patrullas de la 4.^a y la 28.^a División de Infantería: Pogue, *Pogue's War*, 264; MacDonald, *The Battle of the Huertgen Forest*, 6 (*Dividido en tres cuerpos*); memorándum, conferencia de comandantes en jefe, I Ejército canadiense, 16 de octubre de 1944, National Archives of Canada, RG 24, vol. 10542, expediente 215A21.016 (9) («*cucos*»); Heinz, *When We Were One*, 29, 258 («*se comían entre sí*»); RR, 223 (*divisó a unos dragones franceses*); Robichon, *The Second D-Day*, 295-296; William K. Wyant, «*Seventh Army History*», s. f., NARA RG319, expediente histórico preliminar, FRC 4.

45. *Desde el mar del Norte hasta el Mediterráneo*: Greenfield (ed.), *Command Decisions*, 345; *BP*, 701-702; Roskill, *White Ensign*, 390 (*evacuar el sur de Grecia*); «Germany's War Effort and Its Failure», 8 de octubre de 1945, comité de jefes de Estado Mayor del Reino Unido, Subcomité Conjunto de Inteligencia, ANSCOL, NARA RG 334, E 315, 91 (*La vida operacional de un comandante de U-Boot*); *GSV*, 343-345; *SLC*, 14 (*superaban los 114.000 oficiales y los 3, 6 millones de soldados rasos*).

46. «*Me gustaría poner el Frente Occidental*»: Rundstedt había presidido también un «tribunal de honor» no autorizado reunido para expulsar del servicio activo a los oficiales implicados en el intento de asesinato del 20 de julio. Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, 201.

47. *Desde su nuevo cuartel general de Coblenza: Germany VII, 632-635 (su fuerza de combate en el oeste); VC, 317-324 («aproximadamente 1700»); interrogatorio, Erich Brandenberger, septiembre de 1945, Centro de Inteligencia del III Ejército, NARA RG 407, E 427, ML #978, 1-2, 14 (doscientos destacamentos postales); «Weaknesses in Germany's Capacity to Resist», evolución del Comité Conjunto de Inteligencia, instrucciones e informe de acción del jefe del Estado Mayor del Reino Unido, 27 de septiembre de 1944, NARA RG 331, E 3, SHAEF SGS, caja 132 (desde tanques y camiones hasta municiones y uniformes); LC, 33 (A finales de verano habían sido creadas); SLC, 15 (Iniciadas en 1936).*

48. *La Línea Sigfrido*: interrogatorio, Erich Brandenberger, septiembre de 1945, Centro de Inteligencia del III Ejército, NARA RG 407, E 427, ML #978, 11; *SLC*, 34-35 (*se había conseguido que la patria fuera inexpugnable*); «Combat Engineering», agosto de 1945, CE, informe histórico n.º 10, CEOH caja X-30, 63 (*disimulados como si fueran subestaciones eléctricas*), 57; *LC*, 548-551 (*ángulo de tiro*); análisis del G-2, XIX Cuerpo, 14 de septiembre de 1944, Thomas L. Crystal papers, HIA (*podía llegar a haber hasta quince grandes búnkeres*); «Breaching the Siegfried Line», 5 de diciembre de 1944, VII Ejército, boletín especial de inteligencia, NARA RG 200, E 4100 (UD), Garrison H. Davidson, archivo personal, caja 1.

49. *Pero años y años de incuria habían asolado la Línea Sigfrido*: interrogatorio, Erich Brandenberger, septiembre de 1945, Centro de Inteligencia del III Ejército, NARA RG 407, E 427, ML #978, 17-18; Lucian Heichler, «The Germans Facing V Corps, September 1944», mayo de 1952, NARA RG 319, R-series, #37, 2-5 (*Los campesinos tendieron calzadas*); HO, Gerhard Graf von Schwerin, ETHINT 18, octubre-noviembre de 1945, MHI, 34 (*cobertizos para guardar sus herramientas o almacenar patatas y nabos*); Rudolf Freiherr von Gersdorff , «The Battle of Schmidt», noviembre de 1945, FMS, #A-891, MHI (*escondite para los soldados*); White, *Conquerors' Road*, 12-13 («parecían más obras de alcantarillado»).

50. A mediados de agosto Hitler ordenó: LC, 548-551; Wilmot, *The Struggle for Europe*, 478 (*Solo el hallazgo de las llaves de las puertas cerradas*); *Germany VII*, 633 (*Liga de Muchachas Alemanas*); Cooper, *The German Army, 1933-1945*, 517 (*sacados de los centros de alistamiento*); Lucian Reichler, «The Germans Facing V Corps, September 1944», mayo de 1952, NARA RG 319, R-series, #37, 5 (*Las armas capturadas en el Frente Oriental*); Rudolf Christoph Freiherr von Gersdorff, ETHINT 53, 24 de noviembre de 1945, MHI, 1 (*las grandes dimensiones del cañón de la MG-42*).

51. Con su característica agilidad, Rundstedt guarneció: SLC, 43; Henry P. Halsell, «Hürtgen Forest and Roer River Dams», s. f., CMH, 314. 7, I-20 (*improvisó con los tripulantes de los panzer desmontados*); Lucian Heichler, «The Germans Opposite XIX Corps», mayo de 1953, OCMH, NARA RG 319, R-series, #21, 77 (*La 49.^a División de Infantería*); Cooper, *The German Army, 1933-1945*, 517 (*dos divisiones de la Luftwaffe*); *Germany VII*, 634-635 (*160.000 soldados en retirada habían sido dirigidos de nuevo al frente*).

52. «mantener la posición hasta la aniquilación total»: John W. Mosenthal, «The Establishment of a Continuous Defensive Front by Army Group G», noviembre de 1955, OCMH, NARA RG 319, R-series, #68, 11; Lucian Reichler, «The Germans Facing V Corps, September 1944», mayo de 1952, NARA RG 319, R-series, #37, 30 («Cada búnker, cada manzana de casas»).

53. «Es un monumento a la estupidez»: Semmes, *Portrait of Patton*, 223.

53. *Pero el ejército estadounidense tenía poca experiencia*: Hogg, *The Biography of General George S. Patton*, 116; «Combat Engineering», agosto de 1945, CE, informe histórico n.º 10, CEOH caja X-30, 65-66 (*Un solo búnker situado en lo alto de una colina al sur de Aquisgrán*).

54. *Las cortinas de fuego de artillería habituales: SLC, 45 («quitaban el camuflaje»); «Breaching the Siegfried Line», XIX Cuerpo, 2 de octubre de 1944, CARL, N-7623, 9-15 (Napalm), 23-26 (soldador electrógeno remolcado por un jeep); Klebery Birdsell, The Chemical Warfare Service, 602-603; «Combat Engineering», diciembre de 1945, CE, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #547, 70 (entre doce y veinticinco kilos de explosivos), 66 (a los defensores les costara trabajo respirar); memorándum, Albert H. Peyton al general al mando del I Ejército, 20 de octubre de 1944, NARA RG 407, ETO G-3 OR, caja 9 (los fortines grandes requerían media tonelada).*

55. *Mientras Rundstedt guarnecía a toda prisa la línea de defensores: AAR, «Reconnaissance in a Tactical Air Command», 10th Photo Group, XIX Tactical Air Command, Ninth AF, 1945, CARL, N-9395, 29 (las 200.000 fotografías aéreas); LC, 55; SLC, 37; «Mobility, Unused: Study Based on Lorraine Campaign», octubre de 1952, MHI, OCMH WWII Europe Interviews («como un higo maduro»).*

56. *Hitler tenía otra idea muy distinta: Doubler, Closing with the Enemy, 127 (la compleja constelación de fuertes).*

57. *A la mañana siguiente, un batallón de la 5.^a División de Infantería: LC*, 139-141, 145-146, 157 («*agujero infernal*»); *AAR*, 2nd Bn, 11th Inf, s. f., NARA RG 407, ETO G-3 OR, caja 11; John K. Rieth, «We Seek: Patton's Forward Observers», 2002, a. p., 101.

58. Patton conseguiría varias otras cabezas de puente: LC, 93-96; Rickard, *Patton at Bay*, 107, 160, 230-231; Ludewig, *Rückzug*, 22 («revolverse y morder»); Ayer, *Before the Colors Fade*, 166 («Llevo estudiando a los alemanes»).

59. *Más al norte, las perspectivas del I Ejército: SLC, 46-48, 56.*

60. «*En aquel momento todos parecíamos*»: Baker, *Ernest Hemingway*, 539-540.

60. *El viernes 15 de septiembre, el puesto de mando de la división*: AAR, «*Penetration of Siegfried Line*», 4th ID, s. f., CARL, N-12159. 1; *SLC*, 52-53, 61-65.

61. *En el flanco izquierdo del I Ejército, el XIX Cuerpo: SLC, 106, 111-115; MacDonald, The Battle of the Huertgen Forest, 58-59.*

62. *Eso hizo que llegara la última, y también la mejor ocasión: SLC, 66, 29; HO, JLC, 21 de enero de 1954, CBM, NARA RG 319, OCMH expediente preliminar, 2-3. 7CB 3 («la verdadera ruta»); Blue Spaders, 74 (doble cinturón de fortificaciones).*

63. Collins eligió entonces una opción táctica: HO, JLC, 1972, Charles C. Sperow, SOOHP, MHI, 219; *Blue Spaders*, 76; Clay, *Blood and Sacrifice*, 213; Collins, *Lightning Joe*, 269, 279; Wheeler, *The Big Red One*, 329 (los alemanes abandonarían Aquisgrán).

64. *La repentina aparición del VII Cuerpo*: Lucian Reichler, «The Germans Opposite VII Corps in September 1944», diciembre de 1952, CMH, CMH 2-3. 7 EB, 12, 18-19.

65. *En medio de aquel caos*: SLC, 71, 81; Gerhard Graf von Schwerin, ETHINT 18, octubre-noviembre de 1945, MHI, 44 («San Nicolás»); <http://www.waffenhq.de/biographien/biographien/schwerin.html>; Whiting, *The Home Front: Germany*, 176 («comandante espléndido en el campo de batalla»); Fritz Krämer, ETHINT 24, 17 de noviembre de 1945, MHI, 1 («Era inteligente»).

66. «*He interrumpido la absurda evacuación*»: Gerhard Graf von Schwerin, ETHINT 18, octubre-noviembre de 1945, MHI, 37-41.

67. *Pasó un día y luego otro*: MacDonald, *The Battle of the Huertgen Forest*, 37; Reynolds, *How I Survived the Three First Wave Invasions* (dejaron la comida sin acabar).

68. Pero a Collins se le había escurrido de las manos el ímpetu de su ataque: SLC, 86; Meyer A. Edwards, Jr., *et alii*, «Armor in the Attack of a Fortified Position», mayo de 1950, AS, Ft. K, NARA RG 337, 62-64 (*un viaje de más de trescientos kilómetros entre ir y volver*); *Blue Spaders*, 77 (*cincuenta proyectiles de cazacarros*). La historia oficial del ejército afirma que a la 3.^a División Acorazada se le asignaron 232 tanques, pero era una las dos divisiones acorazadas «pesadas» a las que en realidad se habían asignado más de 300.

69. *Al darse cuenta de que los americanos pretendían: Clay, Blood and Sacrifice*, 214 (*Toros Bravos*); *Stolberg: Penetrating the Westwall*, 19; *SLC*, 81-82 (*evacuación forzosa*); Lucian Heichler, «The Germans Opposite VII Corps in September 1944», diciembre de 1952, NARA RG 319, R-series, #38, 56; Gerhard Graf von Schwerin, *ETHINT* 18, octubre-noviembre de 1945, MHI, 48-53 («*El destino*»).

70. *El domingo un contraataque alemán*: Wheeler, *The Big Red One*, 332; Lewis (ed.), *The Mammoth Book of Eyewitness World War II*, 434 («como una antorcha enorme»); Heinz, *When We Were One*, 23-25 («un último saludo»).

71. *Al cabo de cinco días de lucha, Collins había abierto un boquete: SLC, 86; Blue Spaders, 84-85 (una tortuosa ciudad de piedra); Collins, Lightning Joe, 270; Stanhope B. Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II», 1988, MRC FDM, 234 (tuvieron que clavar mantas en la pared); «Aachen: Military Operations in Urban Terrain», 1999, 26th Infantry Regiment Association, 10.*

72. *Tres divisiones alemanas taponaron enseguida*: Lucian Reichler, «The Germans Opposite VII Corps in September 1944», diciembre de 1952, CMH, CMH2-3. 7 EB, 83-84, 36 («todas y cada una de las casas»); *SLC*, 88 («la última bala»).

Un mercado y un jardín

73. *Desde su fundación en 1835: Ivan Sache y Jan Martens, «Presentation of Leopoldsburg», 14 de abril de 2006, <http://www.crwflags.com/fotw/flags/be-vlilp.html>.*

74. *Ahora los alemanes habían vuelto a marcharse: memorias*, J. S. W. Stone, Royal Engineers, LHC, carpeta 5, 70-71 (*colmenas de madera pintadas de brillantes colores*); <http://home.mweb.co.za/re/redcap/rmp.htm>; Horrocks, *A Full Life*, 210; AAR, «Operation Market Garden», 21st AG, s. f., UK NA, AIR 37/1249, apéndice D (*dos mil cargamentos*).

75. *El domingo 17 de septiembre hacía una mañana radiante*: C. D. Renfro, 101st AB, oficial de enlace al XXX Cuerpo, «Operation Market», 10 de octubre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #226; Ryan, *A Bridge Too Far*, 146 («guerreras de camuflaje de francotiradores»); Horrocks, *Corps Commander*, 98-99 (*un gigantesco mapa sumario*).

76. *A las once de la mañana, el teniente coronel Brian Horrocks*: Horrocks, *Corps Commander*, 98-99; Moorehead, *Eclipse*, 239 («un rostro ascético, casi eclesiástico»).

77. *Horrocks estaba hecho para momentos como aquél*: Keegan (ed.), *Churchill's Generals*, 225-236; MMB, 238-239; Warner, *Horrocks*, 101-103, 110 (*Montgomery lo mandó llamar en agosto*); Baynes, *Urquhart of Arnhem*, 101 (*un poquito frágil*).

78. *Con los ojos brillantes, moviendo arriba y abajo sus bonitas manos*: Urquhart, *Arnhem*, 184-185; C. D. Renfro, 101st AB, oficial de enlace al XXX Cuerpo, «Operation Market», 10 de octubre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #226; AAR, Operation Market Garden, 21st AG, s. f., CARL, R-13333, 3 («dominar el país»); Belchem, *All in the Day's March*, 224 (lugares desde los que se lanzaban los V-2); Verney, *The Guards Armoured Division*, 99 (gigantesca punta de lanza aliada formada por tres divisiones blindadas); nombres en clave, NARA RG 407, E427-A, CI, carpeta 226-A (*Hamlet*).

79. *Estas tres ciudades estaban unidas por una única carretera estrecha: SLC, 131; GS V, 527-528 (nueve importantísimos puentes); SLC, 131-132; www.rollintl.com/roll/rhine.htm («ramales»); Baedeker, *Belgium and Holland*, 400 (lugar de retiro predilecto); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 49 («una atmósfera extraordinariamente saludable»).*

80. Horrocks hizo una pausa y echó una ojeada primero a sus notas: AAR, «Operations in Holland», I Ejército Aerotransportado Aliado, diciembre de 1944, ANS-COL, NARA RG 334, E 315, Act R A-104, caja 62, 19; HO, Brian Urquhart, 24 de enero de 1967, CJR, caja 108, carpeta 6 («una alfombra de tropas aerotransportadas»).

81. *Mientras se desarrollaban todas estas acciones, el asalto por tierra: SLC, 133-134; Horrocks, Corps Commander, 98-99 («absolutamente vital»).*

82. «*en estos momentos el enemigo ha sufrido*»: resumen semanal de inteligencia n.º 26, SHAEF, 16 de septiembre de 1944, JMG, MHI, caja 15.

82. *Las fuerzas alemanas que iban a enfrentarse a los 100.000 hombres del XXX Cuerpo*: AAR, Operation Market Garden, 21st AG, s. f., CARL, R-13333, 36; Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 486 («*más fácil que un rico entrara*»).

83. *los oficiales de la Guardia Irlandesa parecían especialmente preocupados:*
Horrocks, *Corps Commander*, 100.

84. *Los tanques avanzaban rodando pesadamente, muy despacio: ibídem, 209-210.*

85. «¿Qué piensas del plan?»: C. D. Renfro, 101st AB, oficial de enlace al XXX Cuerpo, «Operation Market», 10 de octubre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #226.
85. *Horrocks estaba realmente inquieto*: Badsey, *Arnhem 1944*, 11-12; Keegan (ed.), *Churchill's Generals*, 236-238 («no voy a mandarte a casa por invalidez»); Horrocks, *A Full Life*, 210 (ningún ataque lanzado en domingo).

86. *Desde una radio cercana se oyó la noticia: Horrocks, Corps Commander, 100-101.*

87. *Muchas otras personalidades comprometidas con la Operación Market Garden*: Chandler, 1947 (*Debido a las constantes presiones*); diario administrativo, I Ejército Aerotransportado aliado, 10-17 de septiembre de 1944, Floyd Lavinius Parkspapers, MHI, caja 2 (*en menos de una semana*); Greenfield (ed.), *Command Decisions*, 334 (*creado entre otras razones debido a la insistencia del Departamento de Guerra*); Brereton, *The Brereton Diaries*, 343 (*dieciocho planes operacionales distintos*); Baynes, *Urquhart of Arnhem*, 76 (*Wild Oats*); Lewin, *Montgomery as Military Commander*, 338 («boñigas de vaca»).

88. *A algunos mandos les preocupaba la dispersión de paracaidistas: corr.*, A. C. McAuliffe a A. C. Smith, 8 de febrero de 1954, NARA RG 319, OCMH, 2-3. 7 CB3; Willmott, *The Great Crusade*, 361-363; Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, 22-24; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 295; HO, ONB, 1974-1975, Charles Hanson, MHI, V-58-61 («*Es una temeridad*»); Bradley Commentaries, CBH, MHI, cajas 41-42 («*Alelado*»); Bradley, *A Soldier's Story*, 402 («*asombrosa facilidad*»).

89. *Algunas personalidades añadieron más leña al fuego*: Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 181; MMB, 61-62; Brereton, *The Brereton Diaries*, 342 («Desconcierta, confunde»), 308-309; Bradley Commentaries, CBH, MHI, cajas 41-42 (no era «sincero ni enérgico»); Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 299 («¡Gracias a Dios!»); Taylor, *General Maxwell Taylor*, 97.

90. Si la interacción de Brereton con sus colegas americanos: Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 181 («un burro estúpido»); Badsey, *Arnhem 1944*, 36 (*falsa pechera de ulano*); HO, Eddie Newbury, secretario particular de Browning, s. f., CJR, caja 108, carpeta 6 (*patadas a los muebles*); Hastings, *Armageddon*, 36 («*petimetre*»); diario, 2 de julio de 1944, CBH, MHI, caja 4 («*sonrisa demasiado premeditada*»); MMB, 66 (*salto de vallas*). Hitchcock dirigió posteriormente otra película basada en un relato breve de Daphne du Maurier, *Los pájaros* (http://en.wikipedia.org/wiki/Daphne_du_Maurier).

90. *Browning detestaba tanto a Brereton*: Brereton, *The Brereton Diaries*, 337-338; Badsey, *Arnhem 1944*, 12.

91. la «apreciación del enemigo era muy inconsistente»: HO, E. T. Williams, mayo de 1947, FCP, MHI.
91. *El puente sobre el Neder Rijn*: Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 1, 27; Hinsley, 544 (*El desciframiento de los mensajes por radio*).
91. «¿Pero y los alemanes? ¿Qué pasa con los alemanes?»: Gavin, *On to Berlin*, 150. Otros relatos sitúan este comentario un poco antes, durante la planificación de la malograda Operación Comet. Véase http://www.pegasusarchive.org/arnhem/stanislaw_sosabowski.htm.
91. alguien «con mucha imaginación»: Sosabowski, *Freely I Served*, 140; Middlebrook, *Arnhem 1944*, 8 («la parte correspondiente a la lucha contra los alemanes»). El rango que ostentaba Sosabowski en el ejército polaco o tenía equivalente directo en el angloamericano, y se traducía unas veces por general de brigada y otras por general de división (David T. Zabecki, nota para el autor, 9 de mayo de 2012).

92. *Adivinar con qué alemanes iba a haber que combatir*: Hinsley, 544; TSC, 282-283 («*categoría inferior*»), 142; Lucian Heichler, «Holland, Allied Invasion from the Sky», octubre de 1953, NARA RG 319, R-series, #5, 16 (*carecían de cocinas de campaña*); Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 1, 79 (*II SS-Panzerkorps*); Zetterling, *Normandy 1944*, 336-339, 344-347 (*nueve mil bajas*); Bennett, *Ultra in the West*, 151-153 (*120 tanques*).

93. *Los oficiales de Estado Mayor de rango superior de Montgomery*: Crosswell, *Beetle*, 717-718; Powell, *The Devil's Birthday*, 42-43 (*Smith voló a Bruselas*); *SLC*, 122. Crosswell, su biógrafo, cree que Smith no viajó nunca físicamente al cuartel general de Montgomery (*Beetle*, 717).
93. «*Montgomery ridiculizó mi idea*»: HO, W. B. Smith y Pink Bull, 14 de septiembre de 1945, OCMH WWII Europe Interviews, MHI; HO, W. B. Smith, 18 de abril de 1949, SLAM, NARA RG 319, OCMH, 2-3. 7 («*Desechó mis objeciones a la ligera*»).

94. *La despreocupación de Montgomery era comprensible: Ryan, A Bridge Too Far*, 144 («débil, estaba desmoralizado y era probable que se viniera abajo»); Saunders, *The Red Beret*, 212-213 (*no eran mayores que una brigada*); Hinsley, 543; *SLC*, 121-122; HO, Brian Urquhart, 24 de enero de 1967, CJR, caja 108, carpeta 6; *VW*, vol. 1, 52 (*las actividades clandestinas holandesas*); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 56; Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 1, 79; Horrocks, *Corps Commander*, 93; Ralph Bennett, «Ultra and Some Command Decisions», en Laqueur (ed.), *The Second World War*, 232. Bennett comunica que Browning estaba incluido en la lista de destinatarios de Ultra («presencia de tanques en Arnhem»).

95. *Boy Browning se declaró dispuesto*: memorándum, G-3, 82nd Airborne, 23 de octubre de 1945 [sic], JMG papers, CJR, caja 100, carpeta 3; SLC, 137-139; Hills, *Phantom Was There*, 251 («Eso significa que va a haber lío»); Saunders, *The Red Beret*, 216 (un sargento británico pasó pavoneándose).

96. «¡Embarquen!»: memorias, Dwayne Burns, 508th PIR, s. f., NWWIIM; Ryan, *A Bridge Too Far*, 173 (*más de veinte mil soldados*); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 83-85 («subían y bajaban flotando»).

97. *Los primeros exploradores británicos saltaron: McNally, As Ever, John, 53 («levantando remolinos de tierra»); Kershaw, «It Never Snows in September», 66 (copos de nieve); SLC, 137-139 (en el lapso de ochenta minutos); Middlebrook, Arnhem 1944, 112 («Jingle Bells»).*

98. *El hecho de que aquel coro de bienvenida se congregara*: AAR, «Airborne Division Report on Operation Market», UK 1st Airborne Division, 10 de enero de 1945, CARL, N-5647, 43; *Airborne Forces*, 174; John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 149; Murray y Millett, *A War to Be Won*, 441; Urquhart, *Arnhem*, 6-7; Middlebrook, *Arnhem 1944*, 54-55;

99. *La segunda complicación se pondría de manifiesto*: los mandos responsables del transporte de tropas de la fase Market sostuvieron que al ser los días más cortos a mediados de septiembre resultaba más difícil comprimirlas a todas en dos misiones (John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 150). 99. *Las solicitudes presentadas por los diversos mandos y por un emisario*: Powell, *The Devil's Birthday*, 33-34; Baynes, *Urquhart of Arnhem*, 92; *SLC*, 131-132 (*hasta cuatro días*).

100. *La jornada salió bastante bien para los yanquis: «Kinnard's Operation in Holland»*, 1st Bn, 501st PIR, 1946, Estudio de Batallón y Pequeña Unidad n.º 1, ETOUSA, sección de historia, CJR, caja 100, carpeta 5; Simpson, *Selected Prose*, 129 («depositado allí para que muriera»).

101. *había nueve puentes en la carretera o en la vía férrea: «Eindhoven»*, 506th PIR, s. f., NARA RG 407, E 427A, CI, carpeta #226; HO, Lynn Compton, 506th PIR, s. f., NARA RG 407, E 427, HI; John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 105 (*iba a marchar a toda velocidad al sur e iba a tomar Eindhoven*).

102. *Treinta kilómetros más al norte, los 7.300 soldados*: A. D. Bestebreurtje, «The Airborne Operation in Netherlands in Fall 1944», *De Militaire Spectator*, trad. ing. del holandés, enero de 1946, CJR, caja 100, carpeta 4; *SLC*, 159 (*La totalidad de los 482 aviones menos uno*); Gavin, *On to Berlin*, 161; corr., JMG a CJR, 16 de noviembre de 1966, y a A. D. Bestebreurtje, 9 de julio de 1973, JMG papers, CJR, caja 100, carpetas 4 y 9.

103. *Tras el ascenso de Matthew Ridgway*: Muir (ed.), *The Human Tradition in the World War II Era*, 178; Nordyke, *All American All the Way*, 412 (*el comandante más joven de una división*); D'Este, «Raw Courage», *World War II* (julio-agosto de 2011), 30+. 103. *adoptado cuando todavía era un niño de pecho*: memorias, «Beyond the Stars», mec., 1983, James M. Gavin Irrecovable Trust, JMG, MHI, caja 2, 3, 10, 21-27 (*invocaba a la Sagrada Familia*), 410-411; Booth y Spencer, *Paratrooper*, 26-27 (*enjaponando la cara a los mineros*), 42-43 (*Mintió sobre su edad*); solicitud de ingreso en West Point, 1925, JMG, MHI, caja 9 (*mozo en una gasolinera*); Fauntleroy, *The General and His Daughter*, 124 (*Book-of-the-Month Club*); «Generalship», JMG, MHI, caja 10; HO, JMG, 1975, Donald G. Andrews y Charles H. Ferguson, SOOHP, MHI, 23 («*las dos de la mañana*»); Nordyke, *All American All the Way*, 412 («*encanto de su temperamento*»).

104. lanzamientos sobre el campo de batalla en Sicilia: Fauntleroy, *The General and His Daughter*, 105 («la brega»); Gavin, *On to Berlin*, 152 («una cuenta bancaria»); «Personal Diary», 14 de septiembre 1944, JMG, MHI, caja 10 («Parece que va a ser una acción muy dura»).

105. *En el sector de la 82.^a División se encontraban once puentes: Orden de campaña n.º 11, 82nd AB Div, 13 de septiembre de 1944, anexo sobre «datos de puentes», CARL; John S. Thompson, «The Holland Jump», 1944, CJR, caja 101, carpeta 9 (un tiroteo con dos camiones); AAR, Reuben H. Tucker, 504th PIR, s. f., y AAR, 2nd Bn, 504th PIR, s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #171 (retiraron los cartuchos de dinamita); placa conmemorativa, puente de Grave, visita del autor, mayo de 2009 («El puente número once»).*

106. *Ni el puente número once ni todos sus hermanos*: memorándum, JMG a Oficina del Historiador del Teatro de Operaciones, 25 de julio de 1945, NARA RG 407, E427-A, carpeta 171; memorándum, G-3, 82nd Airborne, 23 de octubre de 1945, CJR, caja 100, carpeta 3 («*a captura y posterior retención*»); SLC, 159 (*ocho obuses de 75 mm*); Ryan, *A Bridge Too Far*, 221-222 (*siete piezas*).

107. «*Todo está saliendo según lo planeado*»: corr., JMG a A. Bestebreurtje, 9 de julio de 1973, CJR, caja 100, carpeta 9; HO, JMG, 20 de enero de 1967, CJR, caja 101, carpeta 10.

108. *También lo habían hecho los alemanes*: Kershaw, «It Never Snows in September», 68 («*Todo el mundo fuera*»); Ryan, *A Bridge Too Far*, 199 (*la ropa interior saliéndosele*); Hastings, *Armageddon*, 41; *SLC*, 140.

109. *Sedientos de venganza, los holandeses arrancaron las insignias*: Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 1, 299; fotografía, Kershaw, «It Never Snows in September», 95.

110. no tuvieron muchos más éxitos: Urquhart, *Arnhem*, 40-41; Kershaw, «It Never Snows in September», 304-305 (*coches de bomberos*); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 117-119.

111. *Desatendiendo las advertencias sobre el peligro que los acechaba*: Urquhart, *Arnhem*, 64-66; Baynes, *Urquhart of Arnhem*, 108-111; Ryan, *A Bridge Too Far*, 298 («idiota, ridículo»).

112. Solo un batallón de paracaidistas británicos: Sims, *Arnhem Spearhead*, 38 («besuqueándose»); Frost, *A Drop Too Many*, 210-211 (el puente del ferrocarril de Arnhem voló por los aires); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 147-148, 152-158; Kershaw, «It Never Snows in September», 99 (camiones enemigos ardiendo al pie de la rampa).

113. Se llegó así a un punto muerto espantoso: VW, vol. 2, 51; Middlebrook, *Arnhem 1944*, 292-293 (solo 740); Saunders, *The Red Beret*, 225-226 (atados con cuerdas a las ramas de los árboles); Frost, *A Drop Too Many*, 204 (palos de golf).

114. Pero no sería así. Exactamente a las dos de la tarde: Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 489-490; AAR, Operation Market Garden, 21st AG, s. f., CARL, R-13333, 37 (cazabombarderos Typhoon se lanzaban en picado).

115. «¡Conductores! ¡En marcha!»: Verney, *The Guards Armoured Division*, 99-101.
115. *La cortina de fuego de artillería continuó*: AAR, 2nd Bn, Irish Guards, UK NA, WO 171/1256; Rosse y Hill, *The Story of the Guards Armoured Division*, 127 («El avance va bien»).

116. *No habían acabado los de la azotea de frotarse las manos*: Horrocks, *A Full Life*, 211-212; Rosse y Hill, *The Story of the Guards Armoured Division*, 127-128 («armatostes ardiendo»); Verney, *The Guards Armoured Division*, 101-103; Hastings, *Armageddon*, 55 (*con las botas puestas*).

117. *Los defensores alemanes fueron identificados enseguida*: AAR, Operation Market-Garden, 21st AG, s. f., CARL, R-13333, 37 («una sorpresa total»); Rosse y Hill, *The Story of the Guards Armoured Division*, 129 (6.º Regimiento Paracaidista); Ryan, *A Bridge Too Far*, 230 («sorpresa e indignación»); Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 492-493 («mal humor»); HO, Giles A. M. Vandeleur, Irish Guards, 10 de agosto de 1967, CJR, caja 102, carpeta 17; Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 1, 216-217, 226; AAR, 2nd Bn, Irish Guards, UK NA, WO 171/1256.

118. *A lo largo de unos doce kilómetros desde la frontera holandesa*: Bredin, *Three Assault Landings*, 126; AAR, *Operation Market Garden*, 21st AG, s. f., CARL, R-13333, 89 (*diez metros*); «Preliminary Tactical Study of the Terrain», XVIII Airborne Corps, 11 de septiembre de 1944, CARL («*de lo impracticable a lo imposible*»); SLC, 148-149; Verney, *The Guards Armoured Division*, 101-103 (*solo quince muertos*); Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 1, 227.

119. «*Las cosas están saliendo muy bien*»: diario de despacho, 17-18 de septiembre de 1944, First Allied Airborne Army, Floyd Lavinius Parks papers, MHI, caja 2.

120. *Eindhoven era la sede: Baedeker's Netherlands*, 178; www.hansvogels.nl/eindhovenENG/violet2en.htm; www.frits.philips.com/en/darkcloud.html; Crouch, «Frederik Philips Dies at 100; Business man Saved Dutch Jews», *NYT*, 7 de diciembre de 2005; Teulings, «Structure and Logic of Industrial Development: Philips and Electronics Industry», *Social Scientist* 9, 4 (noviembre de 1979), 3+; <http://en.wikipedia.org/wiki/Philips>.

121. *aquella ciudad industrial de tejados*: Moorehead, *Eclipse*, 202-203; «Eindhoven», 506th PIR, s. f., NARA RG 407, E 427A, CI, carpeta #226 (*todos los puentes intactos*); *SLC*, 150 («parecía apestar a odio»).

122. *El XXX Cuerpo no llegó por el sur hasta el anochecer*: AAR, 3rd Bn, Irish Guards, 18 de septiembre de 1944, UK NA, WO 171/1257; AAR, Operation Market Garden, 21st AG, s. f., CARL, R-13333, 39-42 (*tanques Panther*); Powell, *The Devil's Birthday*, 113 (*obligaron a los Typhoon a permanecer en tierra*); Verney, *The Guards Armoured Division*, 103; Forbes, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 1, 122 («Cada vez que el avance»); SLC, 150.

123. *También llegaron refuerzos de Inglaterra: «327th RCT at Zon»*, 327th PIR, s. f., NARA RG 407, E 427A, CI, carpeta #226-A; H. J. Jablonsky, «Combat Lessons of 82nd Airborne Division», Junta de Observadores, WD, 9 de diciembre de 1944, CARL, 5; *SLC*, 167; Ryan, *A Bridge Too Far*, 311-316 (*cuatro mil aviones*); AAR, «Air Resupply and Resupply by B-24 Aircraft», 29 de octubre de 1944, 2.^a División de Bombarderos, CARL, 1-7 (*desprovistos de torretas de ametralladoras*); John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico no. 97, 124.

124. *La 101.^a División encontró otros problemas inesperados: «Combat Diary of Edward McCosh Elliott, 1944»*, 2nd Bn, Glasgow Highlanders, IWM, 99/61/1, VIII-12; «A Historical Study histórico of Some World War II Airborne Operations», [1951?], WSEG Staff Study n.º 3, CARL, N-17309. 1; Ryan, *A Bridge Too Far*, 308-309 (*soldados del XV Ejército*).

125. *Entre los siete heridos*: Nappi, «War Hero Enriches Soul History», (Spokane, Wash.) *Spokesman-Review*, 14 de agosto de 2004, www.spokesmanreview.com/tools/story_pf.asp?ID=20967; Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, 287-299; Marshall, *Battle at Best*, 10-36; mención para Medalla de Honor, http://www.homeofheroes.com/moh/citations_1940_wwii/mann.html.

126. *Casi sin municiones*: Kershaw, «It Never Snows in September», 144; *SLC*, 152 (*trescientos cadáveres enemigos*); «Battalion and Small Unit Study n.º 6», octubre de 1944, NARA 498, ETO HD, UD 602, caja 5, 35-36 (*tirroteados por sus propios compañeros*); Marshall, *Battle at Best*, 41.

127. «los holandeses comunican que los alemanes están venciendo»: SLC, 170.

127. «situación sumamente descompuesta»: Powell, *The Devil's Birthday*, 110.

127. *En una ciudad acribillada a balazos*: Ryan, *A Bridge Too Far*, 282 (panaderías), 218 (amontonados como si fueran sacos de arena), 232-233 («Todo había salido mal»); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 200-202, 209, 281; Saunders, *The Red Beret*, 232-234 («pequeñas cargas a la bayoneta»); *Airborne Forces*, 167; SLC, 172-173 (*Las radios que solo funcionaban cuando querían*); Baynes, *Urquhart of Arnhem*, 111 (*se reuniría con su cuartel general*); Powell, *The Devil's Birthday*, 130 (*más de la mitad de los soldados británicos*).

128. *Nada iba bien excepto el valor*: Ryan, *A Bridge Too Far*, 344-345; Sims, *Arnhem Spearhead*, 72 (*aguardiente de cerezas*); Mackay, «The Battle of Arnhem Bridge», *Royal Engineer Journal* (diciembre de 1954): 305 ss. (*Benzedrina* y «*Enorme alegría por todas partes*»); Kershaw, «It Never Snows in September», 177 (*perímetro de diez edificios*); Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 359 (*jarras y floreros fueron llenados de agua*); Saunders, *The Red Beret*, 239 (*jirones de papel de pared enrollados*); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 292-295; Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 2, 465 (*camiones Mercedes*); «Arnhem», *AB*, n.º 2 (1973): 1 ss.

129. *Los alemanes apostados en la margen sur del Neder Rijn*: Frost, *A Drop Too Many*, 223-225; Kershaw, «It Never Snows in September», 177-178 («la piel que se separa de los huesos»); Sims, *Arnhem Spearhead*, 74 («se sacudía como un perro»).

130. «Arnhem estaba ardiendo»: Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 359 («parecía que era de día, con una terrible luz esmaltada, metálica»), 354 («Nadie necesita más»); Saunders, *The Red Beret*, 236-237 («Nunca vi una cosa más hermosa»); Mackay, «The Battle of Arnhem Bridge», *Royal Engineer Journal* (diciembre de 1954): 305 ss. (*Pese a las noticias de la BBC*); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 312 («algo realmente desalentador»); Kershaw, «It Never Snows in September», 216-217 (*arrojados a la calle desde las ventanas de los pisos superiores*).

131. «un mar de llamas»: Middlebrook, *Arnhem 1944*, 307.

131. «Nuestro edificio está ardiendo»: Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 167-168.

131. «*Deutschland, Deutschland*»: HO, Joseph Enthammer, Arnhem History Museum, John Frost Bridge, visita del autor, mayo de 2009.

132. *Los dos bandos acordaron un alto el fuego de dos horas*: Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 167-168. («¿Sois ingleses o americanos?»), 169 (*invitaron a coñac y chocolate*); Sims, *Arnhem Spearhead*, 85 («*La última batalla*»), 88 («*remos grotescos*»); Kershaw, «It Never Snows in September», 125-126 («*una batalla más dura que cualquiera*»); Frost, *Nearly There*, 80-81; Frost, *A Drop Too Many*, 233 («*amables, caballerosos*»); exposición sobre el Dr. Jan Zwolle, Arnhem History Museum, John Frost Bridge, visita del autor, mayo de 2009 (*llevado ante un pelotón de fusilamiento*).

133. *Ochenta y un paracaidistas perdieron la vida: Middlebrook, Arnhem 1944*, 321.

133. «¡Dios salve al rey!»: Ryan, *A Bridge Too Far*, 430.

Ni saeta que vuela de día

134. A las 16:30 h del martes 19 de septiembre: HO, JMG, 20 de enero de 1967, CJR, caja 101, carpeta 10, 1-3 (*bordillo de la acera*); Gavin, *On to Berlin*, 170-171.

135. *Las sombras del atardecer se alargaban: Bates y Fuller, America's Weather Warriors*, 99-100 (*El buen tiempo se había deteriorado*); John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 129-133; *SLC*, 154.

136. *De los cinco grandes objetivos: «A Historical Study of Some World War II Airborne Operations»*, [1951?], WSEG Staff Study n.º 3, CARL, N-17309. 1, 22; AAR, JMG, 25 de julio de 1945, Oficina del Historiador del Teatro de Operaciones, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #171; Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 1, 164; SLC, 163-166 (*confuso tiroteo en la oscuridad*); Nordyke, *All American All the Way*, 457 (*Los soldados de la 10.ª División SS-Panzer*); Baedeker, *Belgium and Holland*, 404; *Baedeker's Netherlands*, 288 (*halcones*).

137. *Tampoco la llegada tardía del XXX Cuerpo*: VW, vol. 2, 37; Forbes, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 1, 129-133; Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 2, 349, 360-363; AAR, «The Capture of Nijmegen Bridge», XXX Corps, UK NA, WO 205/1125. Ningún holandés explicó por qué los detonadores fueron colocados en el lado equivocado de los puentes que debían ser destruidos (Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 499-500).

137. *Los mandos enemigos estaban tan seguros de poder retener los puentes*: Badsey, *Arnhem 1944*, 43; Forbes, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 1, 128 (*granadas de termita*).

138. *Junto al bordillo de la acera de la escuela de Malden*: Datos biográficos de Tucker, CJR, caja 103, carpeta 23; Chatterton, *The Wings of Pegasus*, 178 («unos aires sumamente curiosos de despreocupación»); Powell, *The Devil's Birthday*, 118 (*acababa de aterrizar en un campo de coles cercano*); HO, Eddie Newbury, secretario particular de Browning, s. f., CJR, caja 108, carpeta 6 (*Retorciéndose el bigote*); Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 2, 344 (*chaquetón de camuflaje*); diario del despacho, First Allied Airborne Army, 19 de septiembre de 1944, Floyd Lavinus Parks papers, MHI, caja 2 («enormemente complacido»); Badsey, *Arnhem 1944*, 60 (*tintero*).

139. Gavin explicó rápidamente cómo estaba la situación: Kershaw, «It Never Snows in September», 193; SLC, 175; Gavin, *On to Berlin*, 175, 163 («recios y seguros»); Rosse y Hill, *The Story of the Guards Armoured Division*, 134-135 (Incluso el quiosco de música situado a orillas del río); Wills, *Put on Your Boots and Parachutes!*, 141-143 (a pie y en bicicleta); Otis L. Sampson, «My Last Combat Jump», s. f., Co E, 505th PIR, JMG, MHI, caja 15 (obligados a envolverse en cortinajes); corr., JMG a CJR, 2 de octubre de 1973, y JMG a M. C. Hustinx, 8 de marzo de 1947, CJR, caja 101, carpetas 9 y 10 (seiscientos combatientes de la Resistencia holandesa); Powell, *The Devil's Birthday*, 118 (las radios de Browning).

140. *El coronel Tucker, el borde de cuyo casco: Chatterton, The Wings of Pegasus, 178 («Cada vez que lo hacía»); Gavin, On to Berlin, 173 (atacara a los alemanes por la retaguardia).*

141. *Browning y Adair no dijeron gran cosa: corr., JMG a CJR, 2 de octubre de 1973, CJR, caja 101, carpeta 9 (Horrocks se mostró escéptico); DOB, 347 (Rapido); Gavin, On to Berlin, 170-171 («no intentes nunca luchar contra un cuerpo de ejércitos entero»).*

142. *Dos horas después, mientras la oscuridad*: Powell, *The Devil's Birthday*, 135; *SLC*, 153 (el único ataque aéreo importante a gran distancia); Bredin, *Three Assault Landings*, 126-128 (las banderas holandesas desaparecieron de repente); Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 2, 395-297 («Todas las sonrisas se esfumaron»).

143. No apareció ningún tanque enemigo: Powell, *The Devil's Birthday*, 135; Brereton, *The Brereton Diaries*, 349-350 («con el estómago aplastado contra el suelo»); Booth y Spencer, *Paratrooper*, 228 («grandes incendios»).

144. «Un acto ciego de maldad»: Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 2, 395-401.

145. *Las barcas llegaron el miércoles con retraso*: Horrocks, *Corps Commander*, 112 («¡Por Dios, inténtalo!»); HO, Giles A. M. Vandeleur, *Irish Guards*, 10 de agosto de 1967, CJR, caja 102, carpeta 17 (*había solo veintiséis*); Rosse y Hill, *The Story of the Guards Armoured Division*, 137 («apropiado para los plácidos ríos»); Ryan, *A Bridge Too Far*, 406-408 (*dos remos*); corr., Henry B. Keep a su madre, 20 de noviembre de 1944, JMG, MHI, caja 15 («el esquife de aluminio de papá»).

146. Después de que un comandante del Real Cuerpo de Ingenieros les diera algunas instrucciones rudimentarias: HO, Robert M. Tallon, 6 de marzo de 1968, CJR, caja 103, carpeta 20 («Subid lo más que podáis río arriba»); Nordyke, *More Than Courage*, 225 (varios cucharones de carne de cerdo); AAR, Reuben H. Tucker, 504th PIR, s. f., y AAR, 2nd Bn, 504th PIR, s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta#171; HO, Giles A. M. Vandeleur, Irish Guards, 10 de agosto de 1967, CJR, caja 102, carpeta 17 (*cortina de humo lechoso*); AAR, 3rd Bn, 504th PIR, s. f., NARARG 407, E 427-A, CI, carpeta #171 (*Cuatrocientos hombres lanzando gruñidos*).

147. *De repente el fuego de las defensas alemanas, desde tres direcciones distintas:* AAR, 3rd Bn, 504th PIR, s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #171 («como un banco de caballas que se han juntado para comer»); Ryan, *A Bridge Too Far*, 406-408; SLC, 180; HO, Robert M. Tallon, 6 de marzo de 1968, CJR, caja 103, carpeta 20 (*El impacto directo de una bomba de mortero*); Burriss, *Strike and Hold*, 113-115 (*Un ingeniero con la cabeza atravesada*), 116-117 («Hágase tu voluntad»); Nordyke, *More Than Courage*, 234 («los sesos le colgaban»).

148. «*Fue un espectáculo horrible, horrible*»: HO, Giles A. M. Vandeleur, Irish Guards, 10 de agosto de 1967, CJR, caja 102, carpeta 17.

148. *El rugido de los cañones y el ruido de la lona al desgarrarse*: Nordyke, *More Than Courage*, 237, 256; Reuben H. Tucker, mec., s. f., CJR, caja 103, carpeta 23 («¡Miradlos!»).

149. *La mitad de los hombres lograron llegar a la otra orilla: SLC, 181; AAR, 3rd Bn, 504th PIR, s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #171 (galeotes).*

150. «¡Dios ayude a cualquiera que se interponga en nuestro camino!»: Nordyke, *More Than Courage*, 240.
150. «muñeco de una caja de sorpresas»: HO, Theodore Finkbeiner, Jr., 4 de marzo de 1968, CJR, caja 102, carpeta 24; *SLC*, 181.
150. *Una compañía hizo una auténtica escabechina con la guarnición alemana de Hof*: AAR, «The Capture of Nijmegen Bridge», XXX Corps, UK NA, WO 205/1125; Powell, *The Devil's Birthday*, 160; corr., Henry B. Keep a su madre, 20 de noviembre de 1944, JMG, MHI, caja 15 («movidos por un estado de agitación extrema»).

151. *Conscientes de que se habían cambiado las tornas*: AAR, Co. A, 1st Bn, 504th PIR, s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #171 (*banderas amarillas de reconocimiento*); Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 504 (*balanceándose sujetos a las vigas*); corr., Henry B. Keep a su madre, 20 de noviembre de 1944, JMG, MHI, caja 15 («*gárgolas*»); corr., Virgil F. Carmichael, 13 de octubre de 1967, CJR, caja 102, expediente 16 (*muertos cuando intentaban rendirse*); Nordyke, *More Than Courage*, 260 («*Unos alemanes viejos se agarraron*»); Kershaw, «*It Never Snows in September*», 211-212 («*arrojando a nuestros heridos al Waal desde lo alto del puente*»); SLC, 183 (*doscientos sesenta y siete cadáveres enemigos*).

152. *Los paracaidistas que se lanzaron como una flecha a través de la hierba*: Nordyke, *More Than Courage*, 263 («candelas romanas o bolas de fuego»); Forbes, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 1, 137-138 (*patinó hacia un lado*); AAR, «The Capture of Nijmegen Bridge», XXX Corps, UK NA, WO 205/1125 (*detonadores sujetos a una pasarela*).

153. «*El ataque más valiente*»: Horrocks, *Corps Commander*, 112; *SLC*, 183; Kershaw, «It Never Snows in September», 211-212 («*volar el puente*»); Nordyke, *More Than Courage*, 264 («Han cruzado el Waal»).

154. *Montgomery supervisó el combate: Hamilton, Monty: The Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976, 73, 76, 87-89.*

155. «*Las cosas van a funcionar bien*»: mens., BLM a DDE, 20 de septiembre de 1944, DDE Lib, PPpres, caja 83.
155. «*Considero la situación general en los ríos*»: Powell, *The Devil's Birthday*, 184.
155. «*todo iba mal*»: Randal, *A Short History of 30 Corps in the European Campaign*, 35.

156. «*General, ¡qué demonios!, más vale que vuelva*»: HO, JMG, 1975, Donald G. Andrews y Charles H. Ferguson, SOOHP, MHI, JMG papers, caja 1. 156. *Marchó a toda prisa a su puesto de mando*: corr., JMG a MBR, 27 de enero de 1973, CJR, caja 102, carpeta 6; Gavin, *On to Berlin*, 176-177.

157. *Pero los problemas en la retaguardia angloamericana: SLC*, 187; «A Historical Study of Some World War II Airborne Operations», [1951?], WSEG Staff Study n.º 3, CARL, N-17309. 1 (*otros 85000 alemanes*); John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 150; Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 2, 569.

158. *Esa misma mañana la Carretera del Infierno*: Ryan, *A Bridge Too Far*, 476-477; Horrocks, *A Full Life*, 228 («el momento más negro»); *SLC*, 189-192; Kershaw, «It Never Snows in September», 283-287 (*destruyera cincuenta vehículos*).

159. *La nueva cabeza de puente sobre el Waal*: SLC, 184-186; Crosswell, *Beetle: The Life of General Walter Bedell Smith*, 720 (pertrechos prometidos por el SHAEF); HO, JMG, 1975, Donald G. Andrews y Charles H. Ferguson, SOOHP, MHI, JMG papers, caja 1 («¿Por qué morir ahora?»); corr., JMG a MBR, 27 de enero de 1973, CJR, caja 102, carpeta 6 (*Encontró al coronel Tucker en una granja*); Powell, *The Devil's Birthday*, 162-163 («¿Qué demonios están haciendo?»).

160. *El jueves 21 de septiembre a las 13: 30 h: AAR, 3rd Battalion, Irish Guards, UKNA, WO 171/1257 (mapa alemán capturado); SLC, 185 (aguardaban emboscados); Fitzgerald, History of the Irish Guards in the Second World War, 508-509 («según podía apreciarse a la distancia»); Ellis, Welsh Guards at War, 229 («esas terribles tierras llanas»); Margry (ed.), Operation Market-Garden Then and Now, vol. 2, 576-577 («¡No vamos a avanzar ni un solo metro!»).*

161. «*Pero no pudo pasar más allá*»: Forbes, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 1, 141; T. G. Lindsay, «Operation Overlord Plus», s. f., LHC, 43-44 (*chorlitos y faisanes*).

162. *Los británicos que habían logrado sobrevivir en Arnhem*: Urquhart, *Arnhem*, 105-107, 131; Saunders, *The Red Beret*, 242-243 («Solía quedarme mirando un manzano»).

163. *Entre una cortina de fuego de mortero y otra —que los ingleses llamaban «odio»—*: Powell, *The Devil's Birthday*, 208 («*In the Mood*»); *By Air to Battle*, 124-125 (*hacían una muesca en la culata de su fusil*); Kershaw, «*It Never Snows in September*», 240 («*de habitación en habitación*»); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 344-346 («*No puedes hacerte idea*»); Baynes, *Urquhart of Arnhem*, 147 (*mantenía a raya a la 9.ª División SS-Panzer*).

164. *De los casi 9.000 soldados británicos que habían logrado colarse: Middlebrook, Arnhem 1944*, 39, 339, 398-400. Urquhart citaba ochenta y cuatro aviones de aprovisionamiento perdidos (AAR, «Airborne Division Report on Operation Market», 1st Airborne Division, 10 de enero de 1945, CARL, N-5647, 34).

164. «No temerás»: *By Air to Battle*, 125; http://www.pegasusarchive.org/arnhem/jimmy_cleminson.htm.

164. «Nuestras bajas son muy numerosas»: Urquhart, *Arnhem*, 132.

165. *Los refuerzos llegaron, aunque muy pocos*: Sosabowski, *Freely I Served*, 152, 156, 164; John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, 138-139 (*obligó a dar media vuelta a muchos pilotos confundidos*); Middlebrook, *Arnhem 1944*, 410-411, 341-343 (*estrechando la parte de ribera controlada por Urquhart*); *SLC*, 186-186; Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 2, 588-589.

166. *Pasó una noche y otra noche*: Chmielewska-Szymańska, *Życie i działalność Stanisława Sosabowskiego*, 144-145; Sosabowski, *Najkrótszą Drogą*, 247; Peszke, «The Polish Parachute Brigade in World War II», *Military Affairs* (octubre de 1984): 188 ss.
166. *Un batallón de Regimiento de Dorsetshire*: «Pegasus and the Wyvern», *Royal Engineers Journal* (marzo de 1946): 22 ss.; SLC, 196-197; Powell, *The Devil's Birthday*, 215 («bastante inútil»); Swiecicki, *With the Red Devils at Arnhem*, 82 («Todo parece indicar»).

167. *Cuando llegó el final, fue rápido*: Horrocks, *A Full Life*, 230-232; Urquhart, *Arnhem*, 170-177 (arrastrar a los que sufrían heridas leves); Badsey, *Arnhem 1944*, 76 (treguas médicas).

168. «*La noche ha sido hecha para las salidas clandestinas*»: Powell, *The Devil's Birthday*, 221; visita del autor, 24 de mayo de 2009; Badsey, *Arnhem 1944*, 83 (*cruzando la superficie embarrada de las charcas*); Urquhart, *Arnhem*, 170-177 («*¡Vamos a por vosotros!*»); *By Air to Battle*, 130 (*vasitos de Cointreau y tazas de té*); Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 2, 684.

169. *El amanecer llegó antes de que toda la división: «Pegasus and the Wyvern», Royal Engineers Journal* (marzo de 1946), 22+; Tucholski, *Spadochronowa opowieść, czyli o żołnierzach gen. Sosabowskiego i cichociemnych*, 72-73 (intentaron llegar a la margen izquierda); Waddy, *A Tour of the Arnhem Battlefields*, 177 (solo cuatro de sus veinticinco ocupantes).

169. *Urquhart fue uno de ellos: Urquhart, Arnhem*, 179-180.

169. «*Hicisteis todo lo que pudisteis*»: Baynes, *Urquhart of Arnhem*, 151. El historiador Max Hastings llega a la conclusión de que Browning «demostró una incompetencia vergonzosa y mereció ser destituido con deshonra» (*Inferno*, 561).

170. *Durante la madrugada del viernes 29 de septiembre: «Germans Use Expert Swimmers to Mine Dutch Bridges»*, *Military Intelligence Service*, n.º 25, enero de 1945, NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #494L, 61+; Margry (ed.), *Operation Market-Garden Then and Now*, vol. 2, 706-707 (*cilindros neumáticos*); «Forced Crossing of the Rhine, 1945», agosto de 1945, CE, Informe histórico n.º 20, CEOH caja X-32, carpeta 20, 14; Randal, *A Short History of 30 Corps in the European Campaign*, 38.

171. *Aquel gesto brutal no desalentó*: Powell, *The Devil's Birthday*, 232 («decidida victoria»); Brereton, *The Brereton Diaries*, 360-361 («éxito brillante»); Hart-Davis (ed.), *King's Counsellor*, 258 («muy complacido con el grandioso resultado»); AAR, Operation Market Garden, 21st AG, s. f., CARL, R-13333, 115 («un éxito en un 90 %»); Orange, *Tedder: Quietly in Command*, 279 («cuando uno se tira por un precipicio»); HO, F. A. M. Browning, febrero de 1955, NARA RG 319, SLC background papers, 2-3. 7 CB 3 («¿Quién habría podido decir... ?»); SLC, 198 («No tenemos queja ninguna»).

172. *Magníficas palabras provenientes de un general de división*: Middlebrook, *Arnhem 1944*, 445; *SLC*, 200 (en la fase Market ascendieron a 12000); *VW*, vol. 2, 54 (en las 17000 salidas aéreas); Ryan, *A Bridge Too Far*, 523; Kershaw, «It Never Snows in September», 311 (las pérdidas alemanas); *De Slag Om Arnhem*, 24 (siguieron encontrando esqueletos). Un estudio alemán reciente sitúa las pérdidas de Model solo en la batalla de Arnhem en 3.300 (Ludewig, *Rückzug*, 278).

173. *Incluso las decididas victorias y los éxitos brillantes*: AAR, Operation Market Garden, 21st AG, s. f., CARL, R-13333, 115 (*Montgomery echó la culpa a la climatología*); AAR, «Operations in Holland», First Allied Airborne Army, diciembre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, Act R A-104, caja 62; Brereton, *The Brereton Diaries*, 360-361.
173. *Browning echó la culpa a Sosabowski*: en 2006, la reina Beatriz concedió el León de Bronce a Sosabowski, que había muerto en 1967 (Placa conmemorativa del transbordador de Driel, visita del autor, 24 de mayo de 2009. www.ww2awards.com/person/34944).
173. «*demasiado ocupado peleándose con Eisenhower*»: Baynes, *Urquhart of Arnhem*, 160, 167 («un poco más de crítica constructiva»).
173. «*una sola mente organizativa*»: *ibídem*, 159.
173. *Horrocks al menos tuvo la gallardía*: Horrocks, *A Full Life*, 231; Keegan (ed.), *Churchill's Generals*, 236-238 (ningún oficial holandés de alto rango).

174. *Varios centenares de soldados aliados fugitivos*: folleto, «Airborne Museum 'Hartenstein'», Oosterbeek, visita del autor, mayo de 2009, 12-13; Badsey, *Arnhem 1944*, 83-85; Middlebrook, *Arnhem 1944*, 439 (*más de otros seis mil*); Hastings, *Armageddon*, 56 («Green grow the rushes»); Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 364 («enseñar a estos hijos de puta»).

175. También los holandeses tuvieron que emprender la marcha: «Freedom Trail Arnhem», s. f., ciudad de Arnhem, visita del autor, 24 de mayo de 2009; Powell, *The Devil's Birthday*, 229 (saquearon sistemáticamente y comerse hasta los perros y los bulbos de los tulipanes); Saunders, *The Red Beret*, 262 (ejecución de cincuenta miembros de la resistencia); VW, vol. 2, 416-417 (huelga del ferrocarril); Placa conmemorativa de Nimega, visita del autor, 22 de mayo de 2009 (cinco mil edificios); Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, 122 (dieciséis mil personas murieron de hambre); Urquhart, *A Life in Peace and War*, 75 («no puede volver a permitirse el lujo»).

176. *el XXI Grupo de Ejércitos casi había doblado ese perímetro: SLC, 204-205.*

176. *En la tarea se vería envuelta la mayor parte del II Ejército: Rapport y Northwood, Rendezvous with Destiny, 381 (sopa de rabo de buey); Arthur, Forgotten Voices of World War II, 368 (bidones de gasolina vacíos); Fauntleroy, The General and His Daughter, 134-135 («me sentiría mortificado»); SLC, 206 (otras 3600 bajas); corr., JMG a MBR, 3 de octubre de 1944, MBR papers, MHI, caja 21 («mucho más violentos»); T. G. Lindsay, «Operation Overlord Plus», s. f., LHC, 54-55 (patinando sobre el hielo).*

177. «un desmadre épico»: Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, 346-347.

177. *Eisenhower ofreció a Montgomery un puñado*: corr., DDE a BLM, 11 octubre de 1944, DDE Lib, PP-pres, caja 83.

177. *Montgomery trasladó su puesto de mando*: El biógrafo Nigel Hamilton consideraba la Operación Market Garden «el peor error de Monty en toda la guerra» (*Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, 56, 97, 115).

178. «no afectará a las operaciones por el este»: Fraser, *And We Shall Shock Them*, 348.

178. «la última ocasión de la guerra»: Hastings, *Armageddon*, 60-61.

178. «La apertura del puerto»: BLM, M-527, 27 de septiembre de 1944, National Archives of Canada, RG 24, vol. 1054 2, expediente 215A21. 016 (9).

179. «*Después de lo de Arnhem hubo un cambio de actitud*»: Hastings, *Armageddon*, 141.
179. «*La cosa no pinta muy bien*»: diario, 24 de septiembre de 1944, Raymond G. Mosespapers, MHI, caja 1.

180. «No deseo ni mucho menos que empiece la guerra invernal»: Fauntleroy, *The General and His Daughter*, 57.

CAPÍTULO 6. LOS BOSQUES IMPLICADOS

La tumba de Carlomagno

1. *Los alemanes más leales*: «Concise Guide to Aachen Cathedral», s. f., *Europäische Stiftung für den Aachener Dom*, www.aachendom.de; «Aachen at a Glance», Oficina de Turismo de Aquisgrán, visita del autor, 25-27 de septiembre de 2009.

2. *Se decía que los temerarios habitantes:* Friedrich, *The Fire*, 116-117, 246-247.

3. *Ahora volvía a levantarse humo en Aquisgrán: SLC, 252 (el I Ejército estadounidense había reducido su frente), 281-284 (dieciocho mil soldados alemanes); «Aachen: Military Operations in Urban Terrain», 26th Infantry Regiment Association, 49 (Setenta y cuatro baterías de artillería estadounidenses); Middleton, Our Share of Night, 345 («una masa gris y pardusca»).*

4. *Para ayudar al VII Cuerpo a acabar de rodear Aquisgrán: «Breaching the Siegfried Line»*, XIX Cuerpo, 2 de octubre de 1944, Charles H. Corlett papers, MHI, caja1, 9-15 (*El napalm se apagaba*); SLC, 260-261, 279-280 (*«Hemos abierto aquí un boquete»*), 294 (*«El trabajo ya está hecho»*).

5. *Hobbs se equivocaba por completo*: «German Reaction to XIX Corps Breakthrough Siegfried Line, 2-16 Oct., 1944», s. f., NARA RG 407, ML, caja 24130; *SLC*, 287 (*la enorme cruz blanca*); «Battle of Aachen, 18th Infantry Regiment», s. f., NARA RG 407, E 427-A, CI (*se zamparon el desayuno*).

6. *El mariscal Rundstedt advirtió a Berlín: SLC, 299n; Wheeler, The Big Red One, 337 (apenas dos kilómetros separaban); «The Fall of Aachen», s. f., Stanhope Mason papers, MRC FDM, 1994. 126 («No hay término medio»).*

7. *Por si los alemanes no habían entendido bien el mensaje: «The Fall of Aachen», s. f., Stanhope Mason papers, MRC FDM, 1994. 126; «Aachen: Military Operations in Urban Terrain», 26th Infantry Regiment Association, 17-18.*

8. *El desmembramiento de Aquisgrán empezó en serio: «Aachen: Military Operations in Urban Terrain», 26th Infantry Regiment Association, 17-18; Daniel, «The Capture of Aachen», lecture, CO, 2nd Bn, 26th Inf, s. f., Quantico, Va., 8-11 (lanzaron simultáneamente mil granadas).*

9. Se encontraron con «un estéril mar de ruinas»: SLC, 308, 289; Daniel, «The Capture of Aachen», conferencia, CO, 2nd Bn, 26th Inf, s. f., Quantico, Va., 5 («¡Arrolladlos a todos!»).

10. *Calle por calle, casa por casa*: «Aachen: Military Operations in Urban Terrain», 26th Infantry Regiment Association, 29-30; «Battle Experiences», 15 de abril de 1945, NARA RG 407, ML #248, caja 24148 (*perforaban cada edificio*); Beck, 384 (*cargas Beehive*); Wheeler, *The Big Red One*, 339 (*las excavadoras amontonaban escombros*); «Battle Experiences, Twelfth Army Group», 5 de diciembre de 1944, NARA RG 337, AGF OR, n.º 173 (*una lata de judías verdes del n.º 2*).

11. *Fueron capturados tres tranvías alemanes*: «1106th Engineer Group South of Aachen», s. f., Stanhope Mason papers, MRC FDM, 1994. 126; «Aachen: Military Operations in Urban Terrain», 26th Infantry Regiment Association, 6; Daniel, «The Capture of Aachen», conferencia, CO, 2nd Bn, 26th Inf, s. f., Quantico, Va., 15-16 («¡Rendíos u os freímos!»); «1st Division World War II Combat Achievements Report», capítulo XXV, «Aachen», 2nd Bn, 26th Inf, 14 de octubre de 1944, MRC FDM; Stanhope B. Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II», 1988, MRC FDM, 1994. 126, 226 (*recoger colchones*).

12. *Otro legado fatal de la campaña italiana*: Mayo, *The Ordnance Department*, 301 (*capaz de seguir el paso*); visita del autor, 25-27 de septiembre de 2009; «Clearing the Area South of the Railroad Tracks», s. f., Stanhope Mason papers, MRCFDM, 1994. 126 (*siete descargas a lo largo de la Hindenburgstrasse*).

13. *A lo largo y ancho de la ciudad los americanos avanzaron: Middleton, Our Share of Night, 349, 354 («¡Cabrones hijos de puta!»).*

14. *Mientras continuaba la labor de devastación casa por casa: «1st Division World War II Combat Achievements Report», capítulo XXV, «Aachen», 2nd Bn, 26th Inf, 8-9 de octubre de 1944, MRC FDM; Marshall (ed.), *Proud Americans*, 224 (ni una sola antena de radio); *SLC*, 302 («Tenemos que tapar ese agujero»).*

15. *Hodges también puso verde al comandante del XIX Cuerpo*: Farrington (ed.), *Cowboy Pete*, 9, 13, 21, 103.

16. «Cada hora que pasa parece interminable»: Kingseed, *From Omaha Beach to Dawson's Ridge*, 209-210. 16. «he curtido mis emociones»: corr., Joseph T. Dawson a su hermana, 19 de septiembre de 1944, MRC FDM, 1991. 65.

17. «*Su cara es huesuda*»: Heinz, *When We Were One*, 39 («*tiene orejas grandes*»),
20 («*Retiremos solo los que están a tres metros*»).

17. *Bruno y sus Swinging Tigers*: Alosi, *War Birds*, 91.

18. «Podíamos oírlos cantar»: Wheeler, *The Big Red One*, 340.

18. *A las diez de la mañana varios Tiger habían empezado a subir: «Attack on G and I Companies», 16th Infantry, NARA RG 407, E 427-A, CI; Clay, Blood and Sacrifice, 216.*

18. «Situación muy crítica»: Kingseed, *From Omaha Beach to Dawson's Ridge*, 212-215; Heinz, *When We Were One*, 49 («como si arrojaran un cuerpo contra la puerta» y cantaban Bing Crosby y Judy Garland); Clay, *Blood and Sacrifice*, 216 (cazas P-47).

19. «*Muchos gritos y gruñidos*»: «Attack on G and I Companies of the 16th Infantry Regiment», s. f., Stanhope Mason papers, MRC FDM, 1994. 126.
19. «*Si la superioridad decide*»: HO, James K. Woolnough, 1971, W. D. Macmillan y William M. Stevenson, SOOHP, MHI, 18.

20. *Cuando los ataques enemigos fueron amortiguándose: «Attack on G and I Companies of the 16th Infantry Regiment»*, s. f., Stanhope Mason papers, MRC FDM, 1994. 126; Heinz, *When We Were One*, 223, 41-42 («Él desde luego no sabe por qué»).

21. *El lunes 16 de octubre, a las 16:15 h: SLC, 306; Marshall (ed.), Proud Americans, 241 (sesenta y tres de los noventa panzer).*

22. *La cuenta que tuvo que pagar la Compañía G: Kingseed, From Omaha Beach to Dawson's Ridge, 219-220 («lo que se dice destrozados»); Heinz, When We Were One, 223 («Hemos muerto aquí»).*

23. *De acuerdo con los deseos del Führer: «Aachen: Military Operations in Urban Terrain»*, 26th Infantry Regiment Association, 40 («*Pelearnos*»); «Clearing Area South of the Rail Road Tracks», 26th Inf, s. f., y borrador, mapa, Palast-Hotel, «Aachener Quellenhof», NARA RG 407, E 427-A, CI; *Register of Graduates*, U. S. Military Academy, promoción de 1938 (*John T. Corley*).

24. *A las siete de la mañana, mientras los morteros vapuleaban*: «1st Division World War II Combat Achievements Report», capítulo XXVI, «Farwick Park, Aachen», 3rd Bn, 26th Inf, 14 de octubre de 1944, MRC FDM; «Clearing Area South of the Rail Road Tracks», 26th Inf, s. f., NAR0A RG 407, E 427-A, CI (*intercambio de granadas*); Robert G. Botsford, «The City of Aachen», en Stanhope B. Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II», 1988, MRC FDM, 1994. 126 (*las telas de los cuadros de escenas de cacería*); SLC, 316 (*diez mil marcos*).

25. *Pero el coronel ya había hecho las maletas*: SLC, 316; Whitehead, «*Beachhead Don*», 273-274 («*Desfilaron elegantemente*»); «*Aachen: Military Operations in Urban Terrain*», 26th Infantry Regiment Association, 42 («*Pero podemos hacerlo en nuestros corazones*»); Knickerbocker *et alii*, *Danger Forward*, 266 («*Ya no creo en los milagros*»).

26. *Casi doce mil alemanes habían sido capturados: SLC*, 317-318; Wheeler, *The Big Red One*, 342.
26. «*Estos tristes, trágicos meses*»: Wheeler, *The Big Red One*, 342-343. Tras ser ascendido a comandante, Dawson regresaría a Europa para trabajar con el OSS. Geólogo de la industria petrolera después de la guerra, murió en 1998.
26. *También fue devuelto a casa el general Corlett*: corr., ONB a DDE, 19 de octubre de 1944, Charles H. Corlett papers, MHI, caja 1 (*aparentemente por motivos de salud*); Farrington (ed.), *Cowboy Pete*, 104-105 («*auténtica pena*»); HO, George I. Forsythe, 1974, Frank L. Henry, SOOHP, MHI, 212 («*Cualquiera que replica a su superior*»); Berlin, *U. S. Army World War II Corps Commanders*, 6 (*miembro de la Guardia Nacional de Oklahoma*); <http://digital.library.okstate.edu/encyclopedia/entries/M/MC033.html>.

27. *Nadie volvería a tomar las aguas en Aquisgrán*: Robert G. Botsford, «The City of Aachen», en Stanhope B. Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II», 1988, MRC FDM, 1994. 126 («*carece por completo de la hermosura*»); Carpenter, *No Woman's World*, 165 («*tan muerta como ayer*» y «*los muertos de mi casa*»); Heinz, *When We Were One*, 226 (83 %); *Reporting World War II*, vol. 2, 546-547 («*¡Menudas ruinas!*»).

28. *Un hombre rechoncho y cubierto de hollín que vagaba por las calles*: Whiting, *The Home Front: Germany, 178-179* («Gebt mir fünf Jahre»); Robert G. Botsford, «The City of Aachen», en Stanhope B. Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II», 1988, MRC FDM, 1994. 126 (*el cementerio había quedado des- trozado*); Edsel, *The Monuments Men*, 142-144 (*habían formado una brigada de bomberos*).

29. «Podemos obligar a los boches a hincarse de rodillas»: corr., JLC a M. S. Eddy, 24 de octubre de 1944, JLC papers, DDE Lib, caja 3, expediente 201; «U. S. Military Government in Germany: Operations During the Rhineland Campaign», 1950, CMH, 8-3. 1 DA5, 34-35, 138; Whiting, *The Home Front: Germany*, 178-179 (*Se impuso un toque de queda*); Alosi, *War Birds*, 134 («destacamentos de recorte»); «Pigeon Report», AFHQ G-2 al SHAEF G-2, 12 de marzo de 1945, NARA RG331, SGS, Artículo 15, caja 112 («unidad de halconeros»).

30. «*Venimos como conquistadores*»: «U. S. Military Government in Germany: Operations During the Rhineland Campaign», 1950, CMH, 8-3. 1 DA5, 34-39, 55a, 57, 105-6; TSC, 356-357 («*no como opresores*»).

31. *Un estudio del ejército norteamericano llegaba también a la conclusión:*
Lerner, *Psychological Warfare Against Nazi Germany*, 276-279.

32. «la primera ciudad alemana tomada»: Knickerbocker et alii, *Danger Forward*, 402.

«No vayamos a pretender que estamos bien»

33. *Los combates de aquel otoño en Arnhem y Aquisgrán*: ALH, 142; Cundiff, *45th Infantry CP*, 207 («*Los tenemos vencidos*»); Royce L. Thompson, «Proposed CCS Directive to Eisenhower to End ETO War in 1944», 19 de enero de 1950, Historical Section, CMH, 2-3. 7 AE. P-9 («*jugárselo todo a la conclusión*»); HO, W. B. Smith, 14 de septiembre de 1945, OCMH WWII Europe Interviews, MHI (*al Pacífico para que continuaran luchando*).

34. «*Nos enfrentamos ahora*»: Chandler, 2208.

34. «*Muchos de los que me escriben*»: ibídem, 2288.

35. *Eisenhower estaba en aquellos momentos al mando de cincuenta y ocho divisiones: SLC, 378, 388, 390; Chandler, 2168 («en mal estado»); TSC, 296 (medios suficientes para mantenerlas); LSA, vol. 2, 13 (no más de veinte divisiones).*

36. *Para explicar mejor su situación:* Chandler, 2281-2285; «G-4 History», s. f., NARARG 498, ETO HD, expediente admin. #553A-C, 82; Cooper, *Death Traps*, 239 (*almacén de Lieja abandonado por los enemigos*).

37. *La necesidad más perentoria era la de municiones*: Chandler, 2281 (dos toneladas por minuto), 2311n; «Ammunition Supply for Field Artillery», s. f., USFET, estudio de la Junta General n.º 58, NARA RG 407, E 427, 97-USF-0. 3. 0, 8-9 (*incesantes racionamientos*), 24-27 («colapso casi absoluto»); LSA, vol. 2, 247-248, 255-256 (*Patton necesitaba sesenta*); Waddell, *United States Army Logistics*, 45 («política de silencio»).

38. *Esa escasez reflejaba en parte la incapacidad: LSA, vol. 2, 269, 274, 255-256 (en buena parte a la defensiva); «Ammunition Supply and Operations, European Campaign», USFET, estudio de la Junta General n.º 100, NARA RG 407, E 427, 97USF-0.3.0 (25000 horas de trabajo); Eiler, Mobilizing America, 410 («Firepower for Eisenhower»).*

39. *Un destacado general americano: «Ammunition Supply for Field Artillery»*, s. f., USFET, estudio de la Junta General n.º 58, NARA RG 407, E 427, 97-USF-0.3.0, 28-29 (*«habría salvado muchas vidas»*); corr., Gen. Brig. John H. Hinds a Gen. Div. Orlando Ward, 6 de julio de 1951, NARA RG 319, E 97, documentos preliminares, *LSA*, vol. 1, caja 6 (*miles de toneladas de ella amontonadas*); Charles K. MacDermut y Adolph P. Gratiot, «History of G-4 Com Z ETO», 1946, CMH, 8-3. 4 AA, 86-87 (*en realidad esa cifra era inferior a 100*); «G-4 History», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #553A-C, 56, 87-88 (*246 buques mercantes*); *LSA*, vol. 2, 128 (*almacenes flotantes*).

40. *El Departamento de Guerra, en su intento de mantener abastecida una guerra global*: Charles K. MacDermut y Adolph P. Gratiot, «History of G-4 Com Z ETO», 1946, CMH, 8-3. 4 AA, 87-89 («ningún otro barco cargado con mercancías»); «G-4 History», s. f., NARA RG 498, ETO HD, expediente admin. #553A-C, 92 (*Estrellas de Bronce*).

41. *¡Si se hubiera liberado Amberes!*: corr., BLM a H. Crerar, 13 de septiembre de 1944, M-523, National Archives of Canada, RG 24, vol. 1054 2, expediente 215A21.016 (9) («*Hemos capturado un puerto*»); actas, 22 de septiembre de 1944, reunión, SHAEF, gabinete de guerra, 2:30 P. M., Arthur S. Nevins papers, MHI («*requisito indispensable*» y «*asunto de la máxima urgencia*»); Wilmot, *The Struggle for Europe*, 534 (*envió a su jefe de Estado Mayor*); Chandler, 2202 («*terriblemente angustiado*»), 2212 («*deben tener como primer objetivo*»); Crosswell, *Beetle*, 726.

42. *Montgomery había encomendado la misión de despejar el Escalda: VW, vol. 2, 59-67, 70-71, 104-107, 116; SLC, 220-221.*

43. «*Necesitamos este lugar más de lo que necesitamos a FDR*»: corr., 23 de septiembre de 1944, Everett S. Hughes papers, LOC MS Div, caja II: 3, carpeta 4.
43. *El II Ejército de Dampsey seguía mirando más allá del Rin*: Love y Major (eds.), *The Year of D-Day*, 152n; Danchev, 600 («*Amberes debe ser capturada*»); Callahan, *Churchill & His Generals*, 220 («*Me equivoqué*»).

44. Pero en octubre de 1944, el mariscal no mostraba: ONB a C. Hodges, 23 de septiembre de 1944, «Memoranda for Record», 12th Army Group, NARA RG 407, ML#205, caja 24143 (*Ramsey advirtió que limpiar el Escalda*); Chalmers, *Full Cycle*, 251 («no está tomándose esta operación lo bastante en serio»); Love y Major (eds.), *The Year of D-Day*, 151 («Me despaché a gusto»); corr., BLM a DDE, 9 de octubre de 1944, DDE Lib PP-pres, caja 83 («efectúa afirmaciones tan duras»). Eisenhower negó haber escuchado «afirmaciones duras» de Ramsay (Chandler, 2216).

45. «No puedo admitir que nuestras concepciones»: TSC, 293.

46. *servieran de escarmiento: Pogue, George C. Marshall, 475 («insoponable egocentrismo»).*

47. «*Nuestro avance hacia Alemania puede quedar retrasado*»: LSA, vol. 2, 107; Chandler, 2215n (*ese mismo día se desataron vientos muy fuertes*).

48. «Esta situación vuelve a subrayar la importancia superlativa»: Chandler, 2215.

49. *Montgomery aseveraría*: VW, vol. 2, 95 («*poco justificada*»); corr., BLM a DDE, 9 de octubre de 1944, DDE Lib PP-pres, caja 83 («*Puedes confiar en mí*»); corr., BLM al I Ejército canadiense, M-530, 9 de octubre de 1944, National Archives of Canada, RG 24, vol. 1054 2, expediente 215A21.016 (9) («*la apertura de este puerto tendrá prioridad*»); SLC, 220; VW, vol. 2, 85.

50. «*Nada de lo que pueda decir o escribir*»: Chandler, 2216.

51. «*Puede que consideraciones políticas y nacionales*»: VW, vol. 2, 85-88.

52. «*Las cuestiones que planteas son serias*»: Chandler, 2221-2224.

53. *No había forma de malinterpretar la amenaza: VW, vol. 2, 92, 103, 109.*

54. «*No volverás a oír de mí*»: corr., BLM a DDE, 16 de octubre de 1944, DDE Lib PP-pres, caja 83.

55. *había un modelo más nuevo enviado desde Detroit en no se sabe qué bodega:* Chandler, 2265.

55. *Con Kay Summersby al volante:* Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, 191; Chandler, vol. 5, cronología, 13-14 de octubre de 1944; Bradley, *A Soldier's Story*, 432-433 («Pues yo debo de haber matado a una docena»).

56. *Tras despedirse del monarca y de todos los demás: Bradley, A Soldier's Story,*
433.

57. «no ha envejecido visiblemente»: Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, 489; Chandler, vol. 5, cronología, 14 de octubre de 1942, y 14 de octubre de 1943.

58. *incluso la omnisciencia de Time*: John P. Roche, «Eisenhower Redux», NYT Book Review, 28 de junio de 1981 («*carácter cerrado, calculador*»); Larrabee, *Commander in Chief*, 419 («*un hombre tapado*»); Wilson (ed.), *D-Day 1944*, 212 («*mucho más complicado*»).

59. *Nunca sería un Gran Capitán*: Ambrose, *The Supreme Commander*, 610 (Cannas), 338 («presidente de la junta de administración»); D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, 467 (dotado de un instinto político excepcional); Kingston McCloughry, *Direction of War*, 168 («genio especial para llevarse bien»).

60. *Por temperamento era conciliador*: Graham y Bidwell, *Coalitions, Politicians & Generals*, 193; VW, vol. 2, 92; Kingston McCloughry, *Direction of War*, 168 («astuto sin ser sutil»).

61. «nadie supo mejor que él»: Churchill, *Triumph and Tragedy*, 31; *DOB*, 50 («resolver los problemas razonando»).

62. «En estos momentos llevamos separados»: Eisenhower, *Mrs. Ike*, 226.

63. *Los kilómetros fueron pasando y con ellos el día*: Bradley, *A Soldier's Story*, 432 (*edificios de piedra provistos de calefacción*); HO, William H. Simpson, 1971, Thomas R. Stone, SOOHP, MHI; HO, James E. Moore, 1984, Larry F. Paul, SOOHP, MHI, 111; «Brief Historical Survey of the War Years in Luxembourg», National Museum of Military History, <http://www.luxembourg.co.uk/NMMH/waryears.html> (*germanizado*); David Lardner, «Letter from Luxembourg», en *The New Yorker Book of War Pieces*, 399-401 (*reclutaron a diez mil hombres*). Lardner resultó muerto en Aquisgrán una semana después de escribir este artículo.

64. *El despacho de Bradley en la place de Metz*: MacDonald, *A Time for Trumpets*, 71; visita del autor, 4 de junio de 2009; *A Walk Through Luxembourg*, folleto turístico, s. f., 2-3, 24, 29.

65. *En el comedor del hotel*: Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, 191; Bradley, *A Soldier's Story*, 433.

El peor lugar imaginable

66. *la ciudad belga de Spa*: Baedeker, *Belgium and Holland*, 249-253; *PP*, 632-633 (*Hindenburg llegó a la conclusión*); Keegan, *The First World War*, 417-419 (*delirar con la fantasía de lanzar al ejército*).

67. *Ahora los soldados americanos retiraban las ruletas*: Andrew T. McNamara, «QM Activities of II Corps Through Algeria, Tunisia & Sicily and First Army Through Europe», 1955, PIR, MHI, 149; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, 171 (*literas de tres pisos*); Knickerbocker et alii, *Danger Forward*, 333 («*Le quitaremos el “hit” a Hitler*»); William A. Carter, «Carter’s War», 1983, CEHO, caja V, 14, XI, 25 (*once fuentes de agua potable*), 27 (*un gran salón de baile con espejos*); Marshall (ed.), *Proud Americans*, 258 (*carne de caballo*); HO, Charles G. Patterson, oficial AA del I Ejército, 1973, G. Patrick Murray, SOOHP, MHI, 118 (*asignación mensual*); Sylvan, 155 (*la mansión de un magnate*), 154 (*el estruendo de un V-1*); *Medicine Under Canvas*, 138 (*Gaslight y A Guy Named Joe*); Middleton, *Our Share of Night*, 344 («*la canción ha sido hecha prisionera*»).

68. *El teniente general Courtney H. Hodges trasladó*: Wishnevsky, *Courtney Hicks Hodges*, 10-13 («#10 azul»); MacDonald, *A Time for Trumpets*, 188 («pesimista»); Sylvan, 119 («un poco triste»).

69. *Tirador de primera y aficionado a la caza mayor: «Precise Puncher», Time* (16 de octubre de 1944), artículo de portada; HO, Mildred Lee Hodges (viuda), 1973, G. Patrick Murray, SOOHP, MHI, 12 («*mariquitas*»), 40 («*una pizca de bitter*»); HO, Charles G. Patterson, oficial de antiaéreos del I Ejército, 1973, G. Patrick Murray, SOOHP, MHI, 18; Miller, *Ike the Soldier*, 705 («*Me gustaría que los viera todo el mundo*»); corr., Walter E. Lauer, CG, 99th ID, 8 de mayo de 1963, MHI, Maurice Delaval collection, caja 13 («*Inasequible al nerviosismo. Un asesino*»); Wishnevsky, *Courtney Hicks Hodges*, 187-188 («*un campesino de Georgia*»), 52 («*señor*»); HO, ONB, [1966?], Kitty Buhler, MHI, 45-47 («*muy digno*»).

70. *El I Ejército era la fuerza de combate americana más grande*: Beetle Smith lo llamó «el comandante más flojo que tenemos» (HO, W. B. Smith, 8 de mayo de 1947, FCP, MHI).

70. *Suficientemente capaz durante la persecución*: Hogan, *A Command Post at War*, 288-290 (*la enfermedad, el cansancio*); corr., David T. Griggs, asesor del secretario de la guerra, 22 de febrero de 1945, a Edward L. Bowles, AFHRA, 519. 161-7 («no tenía muy claro»); SLC, 619-620 («carente de vigor» y «bastante lento»), 21-22 (*posiciones de los pelotones*); LSA, vol. 2, 349 («el menos dispuesto a hacer cualquier intento»); Bolger, «Zero Defects: Command Climate in First U. S. Army, 1944-1945», *Military Review* (mayo de 1991), : 61+ (*raramente salía de Spa y «se negaba a discutir las órdenes»*); Sylvan, 144 (*Hobbs, al mando de la 30.ª División, no lo vio nunca*), 76 («más rápido seguir lanzándose de cabeza»).

71. *Malhumorado y aislado*: Hogan, *A Command Post at War*, 184-185, 288-289.

71. *De los trece comandantes de un cuerpo o de una división que fueron relevados*: Las primeras destituciones en el I Ejército tuvieron lugar naturalmente en tiempos de Bradley, antes de que cediera el mando a Hodges. Bolger, «Zero Defects: Command Climate in First U. S. Army, 1944-1945», *Military Review* (mayo de 1991), 61+.

71 «*como un mendigo*»: Pogue, *Pogue's War*, 111-112.

72. «Agresivos, suspicaces y quisquillosos»: Bradley, *A Soldier's Story*, 180 («Críticos, incapaces de perdonar»); Bradley Commentaries, CBH papers, MHI.

72. *Tres personajes enormemente competitivos*: Hogan, *A Command Post at War*, 28 («Capitán Bligh»), 32 (*Tubby*); Bradley Commentaries, CBH papers, MHI; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, 150, 197 (*Iago*); Baldwin, *Battles Lost and Won*, 497; obituario de Dickson, *Assembly*, septiembre de 1978.

73. «perplejidad ligeramente irritada»: Baldwin, *Battles Lost and Won*, 318.

74. «*El enemigo ha seguido reforzando*»: Chandler, 2257-2259.

74. *Las tropas del I Ejército canadiense habían capturado Breskens*: La bolsa de Breskensse desintegró el 3 de noviembre. El I Cuerpo británico, bajo la supervisión del ejército canadiense, constaba de una división de infantería británica, la 104.^a División de Infantería estadounidense (desde el 23 de octubre), y divisiones acorazadas polacas y canadienses. *VW*, vol. 2, 107, 111-113; *SLC*, 215-229.

75. «tres fases generales»: Chandler, 2257-2259.

76. *La toma de Aquisgrán por el I Ejército: «Approach to and Crossing of the Rhine, 18 Oct. 1944»*, 12th Army Group, G-3, NARA RG 407, ML, caja 24143; HO, «Hürtgen Forest», 28th ID, noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77 (*el frente más prometedor*).

77. *Cuatro espesos macizos de arbolado formaban el bosque de Hürtgen*: Rush, *Hell in Hürtgen Forest*, 17; Pogue, *Pogue's War*, 272 (*regulado la tala*); Heinz, *When We Were One*, 141 («*un bosque de fotografía*»); Currey, *Follow Me and Die*, 108 («*el peor lugar imaginable*»).

78. *El Hürtgenwald había sido fortificado*: Rush, *Hell in Hürtgen Forest*, 19; McManus, *The Deadly Brotherhood*, 62 (sembrado miles de minas); Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 366 (tardó cuatro días en avanzar menos de dos kilómetros); SLC, 337-340 (4. 500 bajas); Pogue, *Pogue's War*, 272 («batalla de la Espesura»).

79. *Casi la mitad de los 6.500 defensores alemanes*: Lucian Reichler, «The First Battle of the Hürtgen Forest», marzo de 1954, OCMH, NARA RG 319, R-series #42, 10-17 («padres de familia»); *SLC*, 335-340, 333-334 («amplio, espeso y casi sin senderos»); Mack Morriss, «War in the Huertgen Forest», *Yank*, 5 de enero de 1945, en *Reporting World War II*, vol. 2, 562-563 («cajita de pomada»).

80. *Semejante opinión subestimaba la obstinación americana: visita del autor, 26 de septiembre de 2009; SLC, 323-324 (Bosque de la Argonne); Weigley, Eisenhower's Lieutenants, 365 («convertir el bosque de Hürtgen en una amenaza»).*

81. *No se consideró ni siquiera la posibilidad de dar un rodeo*: HO, T. C. Thorson, 12 de septiembre de 1956, y R. F. Akers, 11 de junio de 1956, CBM, NARA RG 319, OCMH, 2-3. 7; Hogan, *A Command Post at War*, 182; MacDonald, *The Battle of the Huertgen Forest*, 88; HO, JLC, 25 de enero de 1954, CBM, NARA RG 319, OCMH, 2-3. 7 («no habría cuestionado a Courtney»).

82. «*Teníamos que entrar en el bosque*»: HO, JLC, 25 de enero de 1954, CBM, NARARG 319, OCMH, 2-3. 7; HO, «Conversations with General J. Lawton Collins», 17 de mayo de 1983, Gary Wade (ed.), CSI, informe n.º 5, CARL («*habrían podido atacar mi flanco*»).

83. *habían sido construidas siete presas*: En conjunto los dos pantanos más importantes tenían una capacidad de embalse de más de 150 millones de metros cúbicos de agua (SLC, 325).
83. «*grandes inundaciones destructivas*»: Miller, *A Dark and Bloody Ground*, 32; Collins, *Lightning Joe*, 273 (*las presas tampoco se mencionaron en los planes tácticos*); HO, «Conversations with General J. Lawton Collins», 17 de mayo de 1983, Gary Wade (ed.), CSI, informe n.º 5, CARL («*un fallo de los servicios de inteligencia*»).

84. *A finales de octubre, mientras el I Ejército se enroscaba: SLC, 327 (las campanas de la iglesia de Düren), 342; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, 190; Hogan, A Command Post at War, 181; Edgar Holton, antiguo teniente G-2 del XIX Cuerpo, e-mails al author, 30 de junio, 23 de julio, y 3 de agosto de 2011 (En una caja fuerte encontrada en Aquisgrán); historia del XIX Cuerpo, julio de 1945, NARA RG 407, E 427, ML #2220, 21-23 (cien millones de toneladas métricas de agua); memorándum, W. Simpson a C. Hodges, 5 de noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427, ML #1024 («instalaciones»); English, Patton's Peers, 119 (Un ataque por los flancos en dirección a Schmidt).*

85. «una especie de torpor»: HO, T. C. Thorson, 12 de septiembre de 1956, CBM, NARA RG 319, OCMH, 2-3. 7.
85. «los actuales planes de este ejército»: Hogan, *A Command Post at War*, 181; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, 434-445 (rellenados).
85. *Bradley afirmaría después*: Bradley Commentaries, CBH papers, MHI; Bradley y Blair, *A General's Life*, 341; Bradley, *A Soldier's Story*, 442.
85. *Hasta el 7 de noviembre Hodges no ordenó*: Hogan, *A Command Post at War*, 181; diario de guerra, 4 de diciembre de 1944, ONB papers, MHI («es preciso controlar la presa del Ruhr»).

86. «¡Malditas presas!»: HO, T. C. Thorson, 12 de septiembre de 1956, CBM, NARARG 319, OCMH, 2-3. 7.

87. *Atacar en el peor lugar imaginable*: HO, «Hürtgen Forest», 28th ID, noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77; Heinz, *When We Were One*, 239, 244-246 («habría ahorrado a todos muchos problemas»).

88. *A finales de octubre los del Cubo Sangriento*: Currey, *Follow Me and Die*, 28, 87 (*latas de Sterno*); Mack Morriss, «War in the Huertgen Forest», *Yank*, 5 de enero de 1945, en *Reporting World War II*, vol. 2, 562-563 (*cable del n.º 8*); Will Thornton, «World War II 'M' Co. History as Told by the Survivors», s. f., p. a. («*Su ropa y las cadenas de los neumáticos*»); Boesch, *Road to Huertgen*, 162 (*quitarles las botas*).

89. *El mal tiempo, la escasez de pertrechos y la lenta llegada*: Hogan, *A Command Post at War*, 184-185; Margry, «Battle of the Hürtgen Forest», *AB*, n.º 171 (1991), 1+ (*el edificio de dos pisos que albergaba el Gasthaus*); visita del autor, 26 de septiembre de 2009; Sylvan, 161 («*en perfectas condiciones*»).

90. *En realidad estaba lleno de defectos*: SLC, 346-347; HO, «Hürtgen Forest», 28th ID, noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77; Carey A. Clark *et alii*, «Armor in the Hürtgen Forest», mayo de 1949, AS, Ft. K, 36; Miller, *Division Commander*, 117 («un jugador»); Carpenter, *No Woman's World*, 191 («Desmonten y peleen»).

91. *El 2 de noviembre a las nueve de la mañana*: MacDonald y Mathews, *Three Battles*, 259; Ent (ed.), *The First Century*, 170-172 («uno a uno, en grupos»).

92. *El ataque no empezó mucho mejor para el 109.º Regimiento*: Paul Brückner, «The Battle in the Hürtgen Forest», s. f., p. a. Deseo expresar mi agradecimiento al general de división (ret.) David Zabecki por sus ideas acerca de la batalla y por facilitarme diversos documentos, incluido éste.

92. *El 109.º Regimiento había avanzado apenas trescientos metros*: MacDonald y Mathews, *Three Battles*, 272; *SLC*, 349-450.

93. *Con unas perspectivas tan funestas y para sorpresa: MacDonald y Mathews, Three Battles, 259-263; SLC, 349; Carey A. Clark et alii, «Armor in the Hürtgen Forest», mayo de 1949, AS, Ft. K, 36-39 (acabaron con cinco de los Sherman); corr., Edwin M. Burnett a 12th AG, 6 de noviembre de 1944, NARA RG 498, G-3OR, caja 1 (se colaron por el morro, al nordeste).*

94. *El viernes 3 de noviembre al amanecer*: visita del autor, Bosque de Hürtgen, 26 de septiembre de 2009; Currey, *Follow Me and Die*, 113-114 (*la desconcertada guarnición de Schmidt*).

95. «*extremadamente satisfecho*»: Sylvan, 163; *SLC*, 352 («*un pequeño Napoleón*»).

96. *las malas noticias procedentes de Schmidt*: General barón von Gersdorff, «The Battle of Schmidt», noviembre de 1945, FMS, #A-891 y A-892, MHI.

97. *Model ordenó al comandante en jefe de ese cuerpo: monumento conmemorativo y cementerio de la 116.^a División Panzer, Vossenack, visita del autor, 26 de septiembre de 2009; Henry P. Halsell, «Hürtgen Forest and Roer River Dams», s. f., CMH, 314. 7, I-22; General barón von Gersdorff, «The Battle of Schmidt», noviembre de 1945, FMS, #A-891 y A-892, MHI.*

98. *Tres compañías aisladas de fusileros americanos*: Miller, *A Dark and Bloody Ground*, 64-65, 77; MacDonald y Mathews, *Three Battles*, 290-291 (*diseminó a la buena de Dios sesenta minas antitanque*); AAR, 28th ID, s. f., p.a. recibido de David Zabecki; Bradbeer, «General Cota and the Battle of the Hürtgen Forest», *Army History* (primavera de 2010), 18+ (*Cota permaneció en Rott*).

99. *El sábado 4 de noviembre, justo antes del amanecer: «Combat Experiences»*, 28th ID hq, 9 de marzo de 1945, NARA RG 498, informes de los observadores G-3, caja 2.

100. *A las 08:30 de la mañana un pelotón americano*: HO, Jack W. Walker, Co L, 112th Inf, noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, 28th ID, carpetas 74-77; Currey, *Follow Me and Die*, 129-134 («desarticulados, desperdigados, sin organización»); SLC, 360-361; MacDonald y Mathews, *Three Battles*, 297-300.

100. *en estampida en la dirección equivocada*: La historia de la división calcula que solo sobrevivieron 67 de los 200 (Ent [ed.], *The First Century*, 17).

101. *El combate por el bosque de Hürtgen había dado un giro: visita del autor, Bergstein, 26 de septiembre de 2009; e-mail, David T. Zabecki al autor, 22 de septiembre de 2009 (tardaron en darse cuenta).*
101. *La confusión enseguida se convirtió en caos: SLC, 359-360; MacDonald y Mathews, Three Battles, 288, 310 (escasos tres metros); Carey A. Clark et alii, «Armor in the Hürtgen Forest», mayo de 1949, AS, Ft. K, 61 (desenganchar los remolques y acarrear en brazos los pertrechos).*

102. *En Rott, la perplejidad de Cota* : AAR, 893rd TD Bn, 18 de noviembre de 1944, noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, 28th ID, carpetas 74-77; Miller, *A Dark and Bloody Ground*, 73; SLC, 359-360 («*cariñoso afecto*»); MacDonald y Mathews, *Three Battles*, 313.

103. *Lleno de inquietud, el general Gerow*: Miller, *Division Commander*, 122-124; HO, JLC, 1973, G. Patrick Murray, SOOHP, MHI («con más dureza de la que le había oído emplear nunca»); Currey, *Follow Me and Die*, 155 («¡Adelante!»).

104. Si los generales hubieran visto con claridad el campo de batalla: SLC, 360-363; HO, «Hürtgen Forest», 28th ID, noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77 («pozos artesianos»); MacDonald y Mathews, *Three Battles*, 335 (eliminando un cañón tras otro).

105. *un batallón de relevo del 110.º Regimiento de Infantería*: HO, Anthony R. Seymour, Warren G. Holmes, John Hayducok, 110th Inf, s. f., NARA RG 407, E 427, HI («*igual que las vacas*»).

106. *En aquel claustrofóbico bosque los soldados*: Linderman, *The World Within War*, 29 (cigarrillos), 16 («*Esto es el combate*»); Cowdrey, *Fighting for Life*, 260 («*hígado sanguinolento*»); memorias, Robert D. Georgen, s. f., 2nd Bn, 110th Inf, NWWIIM (*los francotiradores alemanes apuntaban*).

107. «A empujones, atropellándolo todo, tirando de cualquier forma el equipo»: Miller, *A Dark and Bloody Ground*, 79; Currey, *Follow Me and Die*, 165 («el espectáculo más triste»).

108. *Los oficiales lograron reunir: memorias*, Thomas E. Wilkins, Co. C, 146th Engineers, s. f., CEHO, caja X-37A (*botas de goma hasta las caderas*); Miller, A *Dark and Bloody Ground*, 79-82 (*Montón de Escombros*); Ent (ed.), *The First Century*, 172 («*aniquilado como unidad de combate*»).

109. «*La situación de la 28.ª División*»: Sylvan, 167; HO, Richard W. Ripple, CO, 707th Tank Bn, 14 de noviembre de 14, 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77; Currey, *Follow Me and Die*, 183-186; SLC, 362-365; MacDonald y Mathews, *Three Battles*, 378 (*chapas de identificación*).

110. *Tambaleándose debido a la falta de sueño*: En momento determinado de aquel desastre, se cuenta que Cota se desmayó (Miller, *Division Commander*, 128-129).
110. «*Parece que lo único que estamos haciendo es perder terreno*»: Bradbeer, «General Cota and the Battle of the Hürtgen Forest», *Army History* (primavera de 2010), 18+; HO, Richard W. Ripple, CO, 707th Tank Bn, 14 de noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77 (*al reducto acorralado*); HO, George R. Sedberry, Jr., Co C, 112th Inf, s. f., NARA RG 407, E 427, HI (*improvisaron unas camillas utilizando ramas*); HO, G. M. Nelson, CO, 112th Inf, 13 de noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77 (*tiró también erróneamente su brújula*); HO, 20th Engineer Combat Bn, noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77 (*abandonaron dos toneladas de dinamita*).

111. *Llegada la noche, la artillería americana machacó*: MacDonald y Mathews, *Three Battles*, 380; HO, G. M. Nelson, CO, 112th Inf, 13 de noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77 (*meterse en un lago*).

112. «Como una manada de reses ciegas, los hombres avanzaron»: SLC, 371.

113. *Los cadáveres se acumulaban formando pilas altísimas: Babcock, War Stories,*
275.

114. *Eisenhower y Bradley habían viajado a Rott*: Sylvan, 167-168; Bradbeer, «General Cota and the Battle of the Hürtgen Forest», *Army History* (primavera de 2010), 18+ («te han dado una buena paliza»).

115. «He condenado a todo un regimiento»: Carpenter, *No Woman's World*, 181.

116. *Los supervivientes del Kall*: AAR, Albert L. Berndt, cirujano del 112.º Regimiento de Infantería, 10 de noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77; Miller, *A Dark and Bloody Ground*, 89 (*aires marciales*); Carpenter, *No Woman's World*, 232 («¿La comida está buena, hijo?»).

117. *El jueves 9 de noviembre*: Bradbeer, «General Cota and the Battle of the Hürtgen Forest», *Army History* (primavera de 2010), 18+.
117. *Aquella semana de combate había constituido uno de los ataques más costosos*: Entre las pérdidas hay que contar las de las unidades asociadas a la 28.^a División (SLC, 374). Entre las bajas de la División se incluyeron 750 casos de pie de trinchera (HO, «Hürtgen Forest», 28th ID, noviembre de 1944, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #74-77).
117. *El Cubo Sangriento era más sangriento que nunca*: SLC, 372 (*reducido a 57 hombres*); Bradbeer, «General Cota and the Battle of the Hürtgen Forest», *Army History* (primavera de 2010), 18+ (*pasando de 2.200 a 300 efectivos*); Ent (ed.), *The First Century*, 172 («*ha conseguido muy poca cosa*»); memorándum, N. Cota, 29 de noviembre de 1944, en AAR, 28th ID, s. f., p. a., proporcionado por David Zabecki («*¡Firmes! ¡Adelante! ¡Disparen! ¡Obedezcan!*»).

118. *Las pérdidas de los alemanes a lo largo de la semana*: MacDonald, *The Battle of the Huertgen Forest*, 120 (*unas tres mil*); corr., Hans-Helmut Jansen a sus padres, 5 de diciembre de 1944, traducción de David Zabecki, p.a. («*Estamos agazapados en un sótano sin aire*»); Ivan «Cy» H. Peterman, «As I Saw It», en Knickerbocker *et alii*, *Danger Forward*, 304 («*South of the Border*»); Miller, *A Dark and Bloody Ground*, 60 («*Los días eran tan terribles*»).

119. *En menos de tres meses, seis divisiones de infantería estadounidenses: SLC, 437-438, 492; Charles B. MacDonald, introducción a Boesch, Road to Huertgen.*
119. *Al final, de un total de 120.000 soldados: MacDonald, The Battle of the Huertgen Forest, 195.*
119. «*la serie de batallas libradas de forma más inepta*»: citado en Hastings, *Armageddon*, 193; 183.^a Volksgrenadier Div, s. f., en «Tactical Lessons», I Ejército, agosto de 1944-febrero de 1945, 5A, USAREUR, ejercicio táctico, bosque de Hürtgen, 5-8 de diciembre de 2001 («*absolutamente ineptos*»).

120. «Seguía perorando sin parar»: Hogan, *A Command Post at War*, 186; Sylvan, 184 (*pastel individual*).

121. «*Pensábamos que los bosques*»: Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 6.

121. «*no tanto una zona*»: Henry P. Halsell, «Hürtgen Forest and the Roer River Dams», s. f., CMH, 314. 7, I-32.

121. *Los cazabombarderos incinerarían las ciudades recalcitrantes*: Sylvan, 189; Boesch, *Road to Huertgen*, 142 («*C'est la maldita puta guerre*»); Towne, *Doctor Danger Forward*, 150 (*tesoro escondido de orejas cortadas*); Baker, *Ernest Hemingway*, 555 (*achicharrados por las bombas de fósforo blanco*); McManus, *The Deadly Brotherhood*, 253 («*mi Valle de las Sombras personal*»).

122. Desde su casa de piedra rústica en las inmediaciones de Vicht: Heinz, *When We Were One*, 243-246 («hacía que abultara todavía más»); Baker, *Ernest Hemingway*, 556; Reynolds, *Hemingway: The Final Years*, 113-125; Carpenter, *No Woman's World*, 240 («jodidos animales»); William P. Shaw, «Fellowship of Dust: The WWII Journey of Sgt. Frank Shaw», s. f., NWWIIM, 70 (*Rey Lear*).

123. «Te veo en todas partes»: Frank Maddalena fue declarado muerto en acción un año más tarde (Litoff y Smith [eds.], *Since You Went Away*, 247-248).

CAPÍTULO 7. EL BATIR DE ALAS

«Una ciudad demasiado pequeña para la tragedia»

1. *Una imponente procesión de diecinueve cargueros*: noticiario de British Pathé, 1944, <http://www.britishpathe.com/record.php?id=23525>.
1. *Marineros y ansiosos corresponsales de guerra*: Los corresponsales navegaban con el cuartel general a bordo del buque estadounidense *James B. Weaver* (*LSA*, vol. 2, 110).
1. *Tres pequeños buques de cabotaje habían hecho el recorrido*: *VW*, vol. 2, 127; Rawling, *Cinderella Operation*, pp. 147-148; *VC*, pp. 422-424.

2. *Tres días antes, la COMZ había advertido: «Shipping Situation and Supply Requirements»*, COMZ, G-4, 25 de nov., 1944, CARL, N-6726.

3. *Un descuido de protocolo había excluido*: VC, pp. 422-424 (*desaire*). Aproximadamente la mitad de aquellas bajas del I Ejército canadiense eran ciudadanos canadienses, dividiendo el balance con unidades británicas, polacas, checas, francesas y americanas (SLC, p. 229; VW, vol. 2, pp. 127-128).

3. *La continuada «lucha en los pólderes»*: VC, vol. 3, p. 386; SCL, p. 221 (*lanzallamas*); Thompson, *Men Under Fire*, p. 17 (*de un molino de viento a otro*); Reed, «Assaulton Walcheren», AB, n.º 36 (1982): 1 ss (*bombardeo de los antiguos diques holandeses*); Wilmott, *The Struggle for Europe*, pp. 545-546; Chalmers, *Full Cycle*, p. 256 («¡Buenos días!»); Woodward, *Ramsay at War*, pp. 192-193 (*arrancado de la cama*); Roskill, *White Ensign*, p. 397; VW, vol. 2, pp. 115-123 (*dos mil últimos*); Rawling, *Cinderella Operation*, pp. 147-148 (*a las doce del mediodía*).

4. *Con los cañones costeros enemigos finalmente silenciados*: Rawling, *Cinderella Operation*, pp. 147-148; Moulton, *Battle for Antwerp*, pp. 181-182 (*galón blanco y nueve explosiones*); Thompson, *Men Under Fire*, p. 21 (*tanteando el camino*); Roskill, Roskill, *White Ensign*, p. 153 (*doscientas sesenta y siete minas*).

5. *Arribaron otros veinte barcos: LSA*, vol. 2, p. 110; «G-4 History», ETOUSA, n. d., NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #553A-C, 99. (23.000 toneladas); Edwin T. Bowden, «Quartermaster Operations at the Port of Antwerp», n. d., capítulo 22, PIR, MHI, 9; «American Port Plans, August to November 1944», n. d., NARA RG 319, *LSA* documentos de referencia, 2-3.7 CB 7, pp. 65-66 (*Seis mil estibadores civiles*); Eudora Ramsay Richardson y Sherman Allan, «Quartermaster Supply in the ETO in WWII», vol. 1, QM School, Ft. Lee, Va., 1947 (*la red ferroviaria más densa*); *LSA*, vol. 2, p. 111 (85.000 toneladas de material); «Clothing and Footwear», capítulo 56, PIR, 1959, documentos de Robert M. Littlejohn, HIA (*depósitos en Lille, Mons*); «Development of Antwerp», ETOUSA, 1944, NARA RG 498 HD, archivo admón. #244, pp. 15-15 (*barcos de munición*).

6. *Las explosiones se habían convertido ya en algo demasiado habitual*: King y Kutta, *Impact*, p. 274. Varios relatos dan diferentes fechas para el inicio de los ataques con armas V en Amberes. Véase VW, vol. 2, p. 149.
6. *El 13 de octubre cayeron de los dos tipos, V-1 y V-2*: SLC, p. 229 («*Algo bestial*»); Rely, «Antwerp ‘City of Sudden Death’», AB, n.º 57 (1987) 43 ss (*bolsos de mujeres*).

7. *Apenas por encima del nivel de mar*: King y Kutta, *Impact*, pp. 279-281 («*la ciudad de la muerte súbita*»); «Development of Antwerp», ETOUSA, 1944, NARA RG498 HD, archivo admón. #244, p. 17 (*campamentos dispersos*); Antrobus, «V-2 in Antwerp», *Yank*, 4 de mayo, 1945, 6 ss («*indeseable olor*»); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, 195 («*los actores continuaron cantando*»).

8. *Hacia tiempo que Hitler conocía*: M. C. Helfers, «The Employment of V-Weapons by the Germans During World War II», OCMH, 1954, NARA RG 319, 2-3.7AW, caja 28, 75; Rely, «Antwerp ‘City of Sudden Death’», *AB*, n.º 57 (1987) pp. 43 ss (*en el curso de seis meses*). La historia oficial alemana afirma que de 3.170 V-2 lanzados, 1.610 iban dirigidos a Amberes (*Germany VII*, p. 444).

8. *Sesenta y siete mil edificios del gran Amberes*: «5th Major Port: A Story of Three Years Overseas», Cuerpo de Transportes del Ejército de los EE.UU., 1945, MHI, pp. 68-71; *TSC*, p. 332 (*dos tercios de todas las casas*); *VW*, vol. 2, pp. 149-150, 235 (*las tareas portuarias continuasen en gran medida sin percances*); «The Story of Antwerp», 50th AAA bde, 1945, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón.#244A (*22.000 efectivos de artillería antiaérea*); película, «Defense of Antwerp Against the V-1», 1947, <http://www.archive.org/details/gov.dod.dimoc.20375>; Rely, «Antwerp ‘City of Sudden Death’», *AB*, n.º 57 (1987): pp. 43 ss (*nuevos tubos de cañón y reservas de munición*).

9. *En diciembre las tripulaciones alemanas de los V-1: «The Story of Antwerp»*, 50th AAA Bde, 1945, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #244A; «Tactical Employment of Anticraft Artillery Units», estudio del Consejo General de US-FET n.º 38, n.d., NARA RG407, E 427, Informes de operaciones AGWWII, 97-USF5-0.30, pp. 40-41 («*el característico rugido*»); M. C. Helfers, «The Employment of V-Weapons by the Germans During World War II», 1954, OCMH, NARARG 319, 2-3.7 AW, caja 28, p. 131 (*a menos de doce kilómetros del centro de Amberes*).

10. «El ángel exterminador»: Roberts, *Masters and Commanders*, p. 537.

11. *Casi mil doscientos asientos ocupados: «Ciné Rex: 1935-1993», <http://users.telenet.be/rudolf.bosschaerts/rex1e.html> (solo se habían exhibido películas alemanas); Huntington, «Lights. Camera. War!» *America in World War II* (junio 2008): pp. 34 ss (mil trescientas películas).*

12. *A las 15: 20 h, justo después de que Gary Cooper: Rely, «Antwerp ‘City of Sudden Death’», AB, n.º 57 (1987) 43 ss.*

13. Finalmente, los equipos de rescate recuperaron: «The Antwerp Story», en «Stories of Transportation», vol. 1, documentos de Frank S. Ross, HIA, caja 20, 407; SLC, p. 230 (*doscientos militares*); «Antwerp ‘City of Sudden Death’», <http://www.v2rocket.com/start/chapters/antwerp.html> (*El zoo de la ciudad se convirtió en un depósito de cadáveres*); Antrobus, «V-2 in Antwerp», *Yank*, 4 de mayo, 1945, pp. 6 ss (*brigadas de descontaminación*).

«Fe en un universo amable»

14. *A pesar de los esfuerzos del bosque de Hürtgen*: Sylvan, p. 175 («última gran ofensiva»); Bradley, *A Soldier's Story*, pp. 438-441; Bradley y Blair, *A General's Life*, pp. 342-343.

15. *Justo después del mediodía del 16 de noviembre*: AAR, «Operation Q», IX Mando Aéreo Táctico, n. d., documentos de Courtney H. Hodges, Bib. DDE, caja 7 («*Me alegro*»); Heinz, *When We Were One*, p. 58 («*flores amarillas*»), p. 59 («*no tenían expresión ninguna*»); Harmon, *Combat Commander*, p. 219 («*Sábanas fluorescentes de color naranja*»); memo, William L. Blanton, XIII Cuerpo, n. d., NARARG 407, ETO G-3 OR (*800 millones de bugías*).

16. *El enemigo atrincherado se fortaleció rápidamente: SLC*, pp. 420-424, 492, 505 (*la comida todavía caliente y las velas encendidas*), pp. 416-418 («*una matanza casa por casa*»); «Further Technical Notes on German Minefields», 7 de marzo, 1945, Departamento de Guerra R.U., NARA RG 407, ML #225, apéndice J (*una decena de distintos tipos de minas*). Las bajas de la 1.^a División incluían las de la 47.^a de Infantería adjunta.

17. *Treinta días tiene noviembre*: SLC, p. 518; «Weather Conditions in the ETO on D-Day and in Nov. 1944», Cuartel general, Servicios Meteorológicos del Aire, sept. 1946, NARA RG 319, CCA archivos de antecedentes históricos, caja 164 (*triplicaron el promedio mensual*).
17. «Los hombres se vieron obligados a deshacerse de sus tabardos»: SLC, pp. 446, 457, 518; Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 16 (*condones*); LSA, vol. 2, p. 492 («*picos de pato*»).

18. *Aquel era un combate de «tú o yo»*: Rosengarten, «With Ultra from Omaha Beach to Weimar, Germany», *Military Affairs* (oct.1978): pp. 127 ss; Nickell, *Red Devil*, p. 79 («Dicen que la limpieza»), pp. 84-85 («A cada latido»); Capa, *Slightly Out of Focus*, p. 203 («Tú no vas a volver»); Babcock, *Taught to Kill*, p. 123 («mearse en los pantalones»); Linderman, *The World Within War*, p. 306 («Uno olvida tantas cosas»), p. 311 (Blancanieves).

19. «*Mi corazón y mi alma se han desgarrado*»: Sorley, *Thunderbolt*, p. 62.

20. «*La guerra se produce en el interior del hombre*»: Severeid, *Not So Wild a Dream*, p. 62. 20. *Entre las sillas vacías*: AAR, Compañía de cañones, 16.^a de Infantería y «Cartas de Jack», 6 de nov., 8 de dic., 10 de dic., 1944, p. a., recopiladas por Rick Perry.

21. *A medida que llegaban nuevas reservas: «Servicio de Registro de Tumbas», NARARG 407, E 427, estudio del Consejo General de USFET n.º 107; Ross, pp. 219, 688 (Se realizaban grandes esfuerzos).*

22. *Para los vivos, los pequeños placeres*: diario, Harold S. Frum, 11 de nov., 1944, «The Soldier Must Write», 1984, Bib. GCM («90 % aburrimiento»); Nickell, *Red Devil*, p. 80 (*guaridas de remolacha y nabos de tres metros cuadrados*); Tapert, ed., *Lines of Battle*, pp. 214-215 («*la guerra queda aparcada*»); corr., T. R. Bruskin a esposa, 5 de dic., 1944, p. a. («*tirando de la cadena*»).

23. «*He aprendido lo que significa*»: McNally, *As Ever, John*, p. 52.

23. «*Ahora puedo ver*»: Blunt, *Foot Soldier*, fotografía por correo-v, p. 154.

24. *La Operación Reina chisporroteaba y paraba: SLC*, p. 578, 593, 616-617. *En octubre el SHAEF había establecido cuotas. Las más altas condecoraciones requerían autorización de los altos cuarteles generales («Awards and Decorations», estudio del Consejo General de USFET n.º 10, s. f. , NARA RG 407, E 427, AG WWII informes de operaciones, 97-USF-0.30).*

25. *El Ruhr, convertido ya en un torrente a causa de las lluvias diarias: SLC*, p. 598 (casi dos mil toneladas), pp. 581, 594; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, pp. 434-435; AAR, 12th AG, vol. 14, publicidad y guerra psicológica, NARA RG 331, E-200A, archivos del SHAEF, caja 267, pp. 82-83 (*Los censores del SHAEF prohibieron toda referencia*).

26. *Indudablemente, el enemigo había resultado gravemente dañado: SLC, pp. 412-414, 583 (siquiera un centenar de hombres), pp. 594, 457 («provocadas por la congelación»).*

27. «*Es totalmente posible*»: Crosswell, *Beetle*, p. 798.

28. *El invierno parecía siempre coger*: Bynell, «Logistical Planning and Operations —Europe», conferencia, 16 de marzo, 1945, NARA RG 334, E315, ANSCOL, caja 207, p. 13 (*La vestimenta ártica probada en Anzio*); *LSA*, vol. 2, pp. 222-224 («*la lucha encarnizada*» y «*medida preventiva*»); «Report Observers, ETO, 11 March-21 Apr 1945», 27 de abril, 1945, NARA RG 337, AGF OR #371; Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations* 490 («*No sabéis*»).

29. «*General, el tiempo está siendo cada vez más frío*»: Robert M. Littlejohn, «Ports and Transportation», n. d., capítulo 27, PIR, MHI, 9; Andrew T. Mcnamara, «QM Activities of II Corps... and First Army Through Europe», 1955, capítulo 46, PIR, MHI, pp. 147-148 (*los retrasos en la apertura de Amberes*); LSA, vol. 2, pp. 224-226 (*850.000 tabardos gruesos*); «Jack's Letters», 4 de feb., 1945, p. a. («*No podemos librar una guerra en invierno*»).

30. «*las tropas de primera línea combatieron*»: LSA, vol. 2, p. 227.

30. *Bastante menos de la mitad de la ropa interior solicitada*: Ross, pp. 599, 571 (*encoger las tallas 12*); Robert M. Littlejohn, «Helpful Hints to Would-Be Quartermaster Generals», 1945, PIR, MHI, 3 («*la lana es tan esencial para el combate*»); Erna Risch y Thomas M. Pitkin, «Clothing the Soldier in World War II», 1946, CMH, 4-10.2 AA 16, pp. 244-251 (*siete millones de pares nuevos*).

31. *El ejército hizo una lista de setenta diferentes artículos: LSA*, vol. 2, p. 233; Morris M. Bryan, «Quartermaster Planning», n. d., capítulo 45, PIR, MHI («chaqueta, campo, M-43»); Andrus et al., eds., *Advances in Military Medicine*, vol. 2, pp. 499-500 (la «Clo»); «Blankets», NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #500.

32. *Se decía que el ejército creía que cada GI*: Sherry, *In the Shadow of War*, p. 94; «Trench Foot», n. d., NARA RG 407, E 427, AG WWII informes de operaciones, 97-USF5-0.30, n.º 94, pp. 4-5 («ninguno de ellos»); «Clothing and Footwear», capítulo 56, PIR, 1959, documentos de Robert M. Littlejohn, HIA (no era «más que una esponja»); Ross, pp. 602-603 (ninguno más grande que la talla 11); Harold M. Florsheim, «Quartermasters Supply», s.f., capítulo 40, PIR, MHI, pp. 27-28; Lawrence B. Sheppard, «Supply of Footwear and Socks in the European Theater», 1945, capítulo 31, PIR, MHI; *LSA*, vol. 2, pp. 228-229; Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, pp. 492-492.

33. *El primer caso de pie de trinchera*: «Notes Taken at Trench Foot Conference», 24 de enero, 1945, Oficina del Cirujano jefe, París, documentos de Paul R. Hawley, MHI, pp. 1-6; Chandler, 2320 («*Estamos haciendo progresos*»); Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, p. 494; Cowdrey, *Fighting for Life*, p. 267; corr., D. G. Gilbert a JT, 28 de enero, 1959, JT, LOC, caja 38 (*una cuarta parte de las admisiones hospitalarias*); Ellis, *On the Front Lines*, p. 187 («*largas hileras de catres*»).

34. *No se había aprendido casi nada*: El informe oficial sobre el pie de trinchera en Italia, completado en enero de 1944, tardó un año en llegar al ETO (Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, p. 489).
34. *Los americanos tampoco habían aprendido de los británicos*: «Notes Taken at Trench Foot Conference», 24 de enero, 1945, Oficina del Cirujano jefe, París, documentos de Paul R. Hawley, MHI, p. 6; «German Training on Proper Use of Winter Clothing», 21 de julio, 1945, NARA RG 337, AGF OR #559; monografía, «Cold Weather Injuries», n. d., NWWIIM.
34. *A muchos GI se les dijo que se ataran más fuerte las botas*: Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, pp. 490, 496; corr., W. H. Simpson a A. C. Gillem, Jr., 25 de nov., 1944, Alvan Cullom Gillem, Jr., documentos, MHI, caja 6 (*podía perder a mil hombres*); *LSA*, vol. 2, p. 229; «Trench Foot», n. d., NARA RG 407, E 427, 97-USF5-0.30, estudio del Consejo General de USFET n.º 94, pp. 1-5 (*Corazón Púrpura*); Cowdrey, *Fighting for Life*, p. 267; «Trench Foot», XV Cuerpo, 28 de dic., 1944, NARA RG 498, G-3 OR, caja 10, pp. 1-2.

35. *Como todo soldado raso sabía*: Sylvan, p. 172 («1 de 1.000»); diario, Harold S. Frum, 21 de oct., 1944, «The Soldier Must Write», 1984, Bib. GCM («nunca se había percatado de su omnipresencia»); Miller, *Ike the Soldier*, p. 705 («cuerpo de trinchera»); monografía, «Cold Weather Injuries», n. d., NWWIIM (metiendo papel de periódico); OH, John Cappell, 8.º Inf, 4.ª DI, NWWIIM (plataformas para dormir); Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, pp. 492-493 (fabricando calzado casero); diario, Manton Eddy, 15 de nov., 1944, FCP, MHI («un kraut muerto»).

36. *El sufrimiento de los soldados se añadió al aumento: DOB*, pp. 508-509; Sherry, *In the Shadow of War*, p. 96 («fantasmas»); «The Execution of Eddie Slovik», *AB*, n.º32 (1981): pp. 28 ss («Cada instante de combate»).

37. *De aquellos que eran evacuados del frente*: Ewing, 29 *Let's Go!*, p. 88 («volvían a la cocina»); «SHAEF Censorship Guidance», n.º 11, 4 de mayo, 1944, NARARGM331, E 1, SGS, caja 4; Reister, ed., *Medical Statistics in World War II*, 43 (929.000 hombres); Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, pp. 385-386 (*una de cada cuatro admisiones*); extracto, informe de censura, sept. 1944, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. («No puedo soportar más»).

38. *En comparación con la despreocupación del ejército*: Copp y McAndrew, *Battle Exhaustion*, pp. 110, 126; «Study of AGF Battle Casualties», AGF G-3, 25 de sept. 1946, NARA RG 337, E 16.a, archivo diversos temas admón., caja 48, pp. 2-3; Cawthon, *Other Clay*, 100 («Azules 88»); Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, pp. 385-387 (*noventa volvían en cierto modo al servicio*); «Combat Fatigue», n. d., NARA RG 407, E 427, 97-USF5-0.30, estudio del Consejo General de USFET n.º 91, pp. 1-4; *DOB*, p. 509.

39. *tratamiento eficiente, ni siquiera las Azules 88*: Rush, *Hell in Hürtgen Forest*, p. 309 («Entre el temor físico»); Copp y McAndrew, *Battle Exhaustion*, p. 144 («La única manera que había para salir»); Fussell, *Doing Battle*, p. 31 («después de cinco meses»); Linderman, *The World Within War*, pp. 356-357 («No son heridas graves»); «Study of AGF Battle Casualties», AGF G-3, 25 de sept., 1946, NARA RG 337, E 16A, archivo diversos temas admón., caja 48, p. 3 (*de 200 a 240 días*). Diez días de combate equivalían normalmente a diecisiete días del calendario.

40. «*La moral es una llanura sombría*»: Martin R. R. Goldman, «Morale in the AAF in World War II», 1953, AFHRA, estudio histórico n.º 78, p. 4.
40. *El general cirujano del ejército recomendó*: Palmer et al., *The Procurement and Training of Ground Combat Troops*, pp. 231-232; «The Execution of Eddie Slovik», *AB*, n.º 32 (1981): pp. 28 ss. («*Con la política actual*»); «Military History of the Second World War: The Corps of Chaplains», 1946, CMH, 4-3 AA, p. 86 («*fe en un universo amable*»).

41. *George Patton se había instalado en una villa: Codman, Drive*, pp. 202-203, Hirshson, *General Patton: A Soldier's Life*, p. 553 («curiosidades más impensables»); John K. Rieth, «We Seek: Patton's Forward Observers», 2002, p. a., p. 101 (*cañones alemanes de riel*); *PP*, 566; diario, 24 de oct., 1944, documentos de Hobart Gay, MHI, caja 2, p. 539 (*rompieron las ventanas*).

42. *Patton se paseaba por la Lorena*: D'Este, *Patton: A Genius for War*, pp. 655, 691, 689; Hirshson, *General Patton: A Soldier's Life*, 521 (una oferta de 250.000 dólares); diario, 28 y 29 de oct., 1944, GSP, LOC MS Div., caja 3, carpeta 8; Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, p. 241; *PP*, pp. 557-558 («Que Dios pudra sus entrañas»).

43. «¿Hasta cuándo, oh Señor?»: Codman, *Drive*, pp. 202-203.

43. «Envíame un par de botellas»: *PP*, pp. 567, 570.

44. Debido al arco que el Westwall dibujaba en dirección este: Allen, *Lucky Forward*, p. 113 (traslado del XV Cuerpo); LC, pp. 302-303; Wellard, *The Man in a Helmet*, p. 169 (veintenas de pueblos de la Lorena con montones de estiércol).

45. Patton afirmaba que Metz no había caído: PP, p. 576 (los alemanes se la habían arrebatado); Hirshson, *General Patton: A Soldier's Life*, p. 544 (Vauban le había dicho a Luis XIV); John P. Ludwikosky et al., «735th Tank Battalion in the Reduction of Metz», mayo de 1950, AS, Ft. K, NARA RG 337, pp. 6-7 (cuarenta y tres fuertes); Rickard, *Patton at Bay*, p. 123 (obras más modernas daban al oeste); Bradley, *A Soldier's Story*, p. 427 («dar sangre a las nuevas divisiones»); Comentarios de Bradley, CBH, MHI, caja 42 («Déjalo correr»); OH, ONB, dic. 1974-oct. 1975, Charles Hanson, MHI, VI, p. 47 («demasiadas bajas»); PP, p. 566 («más atrevido»).

46. *Hasta ahora el atrevimiento no había conseguido nada*: Doubler, *Closing with the Enemy*, p. 130 («más formidable»); Meyer A. Edwards, Jr., et al., «Armor in the Attack of a Fortified Position», mayo de 1950, AS, Ft. K, NARA RG 337, pp. 88-91 («cien hombres viejos y muchachos»); LC, pp. 264-266 (*murallas de dos metros de grosor*); Wellart, *The Man in a Helmet*, pp. 173-174 (*fortaleza medieval*); diario, 4 de oct., 1944, documentos de Hobart Gay, MHI, caja 2, p. 522 («no podía permitir que un ataque»).

47. *De todas formas falló*: Patton, *The Pattons*, p. 268 («o que no vuelvan»); LC, pp. 270-275 (primer importante revés); Wellart, *The Man in a Helmet*, p. 174 (que las malas noticias saltasen a la prensa); Tapert, ed., *Lines of Battle*, pp. 189-190 («Aquellos malditos bastardos»).

48. «*tuve una grave insuficiencia respiratoria*»: *PP*, pp. 568-569.

49. «aspecto agotado y envejecido»: Wellart, *The Man in a Helmet*, p. 185; *PP*, pp. 568-570 (solicitaron un aplazamiento).

50. *Se despertó a las tres de la madrugada del miércoles 8 de noviembre: PP, p. 571; LC, pp. 317-319.*

51. *Bradley telefoneó a las 7: 45: Codman, Drive*, p. 213 («Casi me sabe mal» y «relajado y parlanchín»); *PP*, p. 571.

52. *El jueves, las flotas aéreas de Doolittle*: Robert W. Ackerman, «The Employment of Strategic Bombers in a Tactical Role», 1954, AFHRA, studio n.º 88, pp. 86-88; «The Effectiveness of Third Phase tactical Air Operations in the European Theater», Consejo de Evaluación AAF, agosto 1945, 4, pp. 162-165; *LC*, p. 425.
52. *La infantería perseveraba, reabastecida*: AAR, 95.ª DI, nov 11944, AGF OR, CARL, N-6741; Raines, *Eyes of Artillery*, p. 227; AAR, 1.º Bat. 358.ª Inf., nov. 1944, <http://www.worldhistorycompass.com/peragimus/358journal.html> (se lanzaron a toda prisa por el tejado); Colby, *War from the Ground Up*, p. 308 («Este fuerte es nuestro»); Braim, *The Will to Win*, pp. 108-111.

53. *Casi a un kilómetro de distancia, el Mosela*: Rickard, *Patton at Bay*, pp. 177-179; Nickell, *Red Devil*, p. 91 («El aire parecía lleno»).

54. «Gemidos, sufrimiento y dolor»: Knight, *Would You Remember This?*, pp. 128-129. 54. «tornillos, arandelas [y] casquillos»: Cowdrey, *Fighting for Life*, pp. 262-263.

54. «deteniéndose donde los muertos todavía estaban calientes»: *PP*, pp. 573-574.

55. *El 14 de noviembre, tras casi una semana: LC*, pp. 408-409, 417 («Halbsoldaten»); Codman, *Drive*, pp. 213-214 («Fue muy alegre»).

56. «Si ganamos ahora»: *PP*, p. 575.

56. *Hitler había rechazado dos veces la recomendación de Rundstedt: LC*, pp. 418-423.

57. *A las 10: 30 del 19 de noviembre: Rickard, Patton at Bay*, p. 193; *LC*, p. 447.

58. *Patton entró en Metz*: Farago, *Patton: Ordeal and Triumph*, p. 643; *PP*, p. 581 («Será difícil vivir conmigo»), pp. 577-578 («Cuando trato con víboras»); Wellard, *The Man in a Helmet*, pp. 181-182 (Él mismo interrogó).

59. *Una guardia de honor saludó*: diario, 23 de nov., 1944, documentos de Hobart Gay, MHI, caja 2, p. 580; Mansoor, *The GI Offensive in Europe*, p. 206 («uno de los cruces épicos de ríos»); Nickell, *Red Devil*, p. 111 (soldados franceses).

60. *Apenas se hizo mención de los fuertes periféricos*: John P. Ludwikosky et al., «735th Tank Battalion in the Reduction of Metz», mayo 1950, AS, Ft. K, NARA RG337, pp. 54-55 (*francesa de fósforo blanco*); LC, pp. 448-449.

61. «*la campaña menos exitosa y más sangrienta de Patton*»: D'Este, *Patton: A Genius for War*, pp. 666-669; «*Mobility, Unused: Study Based on the Lorraine*», oct. 1952, OCMH WWII Entrevistas en Europa, MHI, pp. 5-7 (*había renunciado a la única ventaja*).

62. «este horrible país en el que llueve»: *PP*, pp. 588-589.

62. «¿Capellán, cuánto se reza?»: James H. O'Neil, «The True Story of the Patton Prayer», n. d., cap. 25, PIR, MHI; *PP*, p. 591 («Sin duda ha llovido menos»).

A la tierra de la desolación

63. *Muy por encima de los campos de matanza: AAFin WWII*, p. 280; Miller, *Masters of the Air*, p. 278 («el asunto de los asesinatos»); Westermann, *Flak*, p. 1 (más de un millón de toneladas); *DOB*, pp. 495-497.

64. *Las terribles pérdidas de la aviación en los tres primeros meses*: Jean H. Dubuque y Robert F. Gleckner, «The Development of the Heavy Bomber, 1918-1944», 1951, AFHRA, estudio histórico n.º 6, pp. 114-120 (*800 bombarderos pesados estadounidenses derribados*); Bernard Boyland, «Development of the Long-Range Escort Fighter», 1955, AFHRA estudio histórico n.º 136, pp. 242-245, 147-161; Kennedy, «History from the Middle: The Case of the Second World War», *JMH* (enero 2010): pp. 35 ss; *AAF in WWII*, pp. 287-288, 303 (*cayeron otros 900 bombarderos*); Hastings, *Armageddon*, p. 301 (*la Luftwaffe estaba ahora en una espiral de muerte*), 310 («*Cada vez que cierro la cúpula*»); Muller, «Losing Air Superiority: A Case Study from the Second World War», *Air & Space Power Journal* (invierno 2003): pp. 55 ss; Ehlers, *Targeting the Reich*, p. 319 (*menos de treinta horas de vuelo*).

65. *Por necesidad, la artillería antiaérea*: Westermann, *Flak*, pp. 278, 295 (1, 2 millones de alemanes); Friedrich, *The Fire*, p. 40 (cualquier avión a una distancia de ciento ochenta metros); Davis, *Bombing the European Axis Powers*, p. 594 (dieciséis mil proyectiles de 88 mm); Ferguson, *All's Fair*, p. 162 («aviesa e hipnótica fascinación»); Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, p. 439 (artillería pesada alemana).

66. *Los bombarderos británicos, que volaban preferentemente de noche*: Sebald, *On the Natural History of Destruction*, p. 21 («una muralla de luz»); Friedrich, *The Fire*, p. 42 («vértice móvil»); «An Evaluation of German Capabilities in 1945», US-SAFE, 19 de enero, 1945, documentos de Frederick L. Anderson, HIA, caja 80, carpeta 7 (*bloqueo electrónico*); «Signal Service in ETOUSA», n. d., NARA RG498, ETO HD, archivo admón. #299, p. 24 (*bloqueo efectivo significaba un 25 %*).

67. «A seis millas de la tierra»: Randall Jarrell, «The Death of the Ball Turret Gunner», en Stallworthy, ed., *The Oxford Book of War Poetry*, p. 277.

68. La supremacía aérea proporcionó una inestimable ventaja: Millett y Murray; *Military Effectiveness*, vol. 3, *The Second World War*, p. 64 (ochenta mil vidas); Crane, *Bombs, Cities & Civilians*, p. 51 (cifras de bajas en combate por cada 1.000 tripulantes de bombarderos); Linderman, *The World Within War*, p. 39 (apenas uno de cada cuatro); «Study of AGF Battle Casualties», HQ, AGF G-3, 25 de sept., 1946, NARA RG 337, E 16A, archivo diversos temas admón., caja 48, p. 4; Cowdrey, *Fighting for Life*, pp. 233, 237. Algunas tripulaciones a las que se les permitió regresar a casa tras completar la cuota mínima, recibieron la orden de regresar a Europa cuando el número aumentó (Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, pp. 439, 446).

69. Quizás menos letales, pero no menos estresantes: Tripp, *The Eighth Passenger*, pp. 4-5; Davis, *Bombing the European Axis Powers*, pp. 583-588 (dos de cada cinco aviadores no vivieron).

70. *Las misiones más sencillas podían ser fatales*: memo, «Bomber Crash at Freckleton», Oficina del Capellán, USSAFE, 29 de agosto, 1944, documentos de Carl Spaatz, LOC MS Div, diario, caja 18; Russell Brown y Nick Wotherspoon, «The Freckleton Disaster», 2007, <http://web.ukonline.co.uk/lait/site/B-24%2042-50291.htm>; Freckleton Air Disaster of 1944», Noticias de la BBC, 7 de agosto, 2009, http://news.bbc.co.uk/local/lancashire/hi/people_and_places/history/newsid_8189000/8189386.stm; «Plane Kills 35 Infants in School», *Daily Telegraph*, 24 de agosto, 1944, p. 3 «Crashing Bomber Wipes Out nearly All a Village's 4 to 6 Children», *Daily Express*, 24 de agosto, 1944, p. 3.

71. *A pesar del elevado coste de la guerra en hombres y máquinas*: Arnold, *Global Missions*, p. 530 (*se cortó por encima del 70 %*); corr., H. H. Arnold a C.A. Spaatz, 14 de agosto, 1944, documentos de Carl A. Spaatz, LOC MS Div, diarios personales, caja 15 (*«incipiente debilidad»*); *AAF in WWII*, p. 306 (*programa de descanso y recuperación*); corr. 319.º Grupo de Bombardeo, 438.º Escuadrón de Bombardeo, n.d., NARA RG 492, MTOUSA, oficina del cirujano, 1944, 290/54/33/2 (*«desparrama la comida en la mesa»*); Brendan Gill, «Young Man Behind Plexiglass», *New Yorker*, 12 de agosto, 1944, en *Reporting World War II*, vol. 2, pp. 474-484 (*«Dios tienes que dejarme»*).

72. *En el mundo de la aviación, aquellos que sufrían: Crane, Bombs, Cities & Civilians*, p. 54 («agarrotamiento»); Tripp, *The Eighth Passenger*, pp. 70, 34, 197 («muertos volando»); Stiles, *Serenade to the Big Bird*, p. 159 («dar a luz»); Andrus et al., eds., *Advances in Military Medicine*, vol. 2, pp. 502-503; Jean H. Dubuque y Robert F. Gleckner, «The Development of the Heavy Bomber, 1918-1944», 1951, AFHRA, estudio histórico n.º 6, pp. 111-113; Fisher, *Legacy of Heroes*, p. 16 (*los tatuaban de rojo*).

73. un piloto B-17 se sentaba en el cubículo de metro y medio: Stiles, *Serenade to the Big Bird*, p. 133 («una máscara de oxígeno» y «cosas muertas»); Miller, *Masters of the Air*, p. 316 («Tierra de la Desolación»); Crane, *Bombs, Cities & Civilians*, p. 54 («no se afligiría»).

74. *la mejor manera de destruir la Tierra de la Desolación*: «Target Priorities of the Eighth Air Force», 15 de mayo, documentos de Carl A. Spaatz, LOC MS Div, caja 326, carpeta VIII A. F., p. 20 («*la progresiva destrucción*»); Earle, «Selection of Strategic Bombing Targets», conferencia, 23 de abril, 1946, NARA RG 334, E315, ANSCOL, caja, 235, pp. 4-12 («*indicios que pudieran señalar*»).

75. No obstante, Alemania tenía su talón de Aquiles: Overy, *Why the Allies Won*, pp. 228-231 («el mísero 3 % del Eje»); «German Petroleum Situation», OSS, R&A n.º 2340, 13 de julio, 1944, NARA RG 334, E315, ANSCOL, caja 919, p. 3 (yacimientos soviéticos de petróleo y «rápidos y drásticos efectos»); Rostow, *Concept and Controversy*, pp. 45-47 (motores alimentados con leña); Hinsley et al., *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, parte 2, pp. 57-58 (A finales de mayo, la inteligencia británica); Hinsley, p. 580 («el problema de Alemania»).

76. *Nadie confiaba en ello más*: Carver, ed., *The War Lords*, pp. 568-569 (*Taciturno y sin pretensiones*); Middleton, «Boss of the Heavyweights», *Saturday Evening Post* (20 de mayo, 1944) pp. 18 ss (*aficionado a la pesca y a las cartas*); James, *A Time for Giants*, pp. 98-100 (*pionero de la aviación*); MMB, p. 518; «The Man Who Paved the Way», *Time* (12 de junio, 1944): pp. 23 ss («*la mejor mesa de póker*»); Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, p. 552 (*la carta adecuada para ligar una escalera*); *Three Years*, p. 629 (*jugaba a veces con un gatito*); Miller, *Masters of the Air*, p. 290 (*una ofensiva a mediados de mayo con novecientos bombarderos*).

77. *Tan pronto como las fuerzas de Overlord llegaron a tierra: «Target Priorities of the Eighth Air Force»*, 15 de mayo, 1945, documentos de Carl A. Spaatz, LOC MS Div, caja 326, carpeta VIII A. F., p. 22; Hinsley et al., *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, parte 2, p. 58.

78. *Aquel cálculo fue demasiado ingenuo: TSC, p. 308; AAFin WWII (solo tres seguían a pleno rendimiento).*

79. *No todo el mundo suscribió la estrategia del petróleo: VW*, vol. 2, pp. 150-151 (*Pero el Mando de Bombardeo se resistió al edicto*); *Germany VII*, p. 367 (*Lübeck y Rostock*); *Germany IX*, p. 385 (*tormenta de fuego que carbonizó Hamburgo*); Friedrich, *The Fire*, pp. 9 («*incendio premeditado*»), 16-17 (*ochenta millones de bombas incendiarias*), 167 («*la atmósfera de otro planeta*»).

80. *El comandante supremo de las Fuerzas Aéreas Arthur T. Harris, jefe del Mando de Bombardeo: Biddle, Rhetoric and Reality in Air Warfare*, pp. 229-232 («entre el 40 y el 50 %»); *Davis, No Simple Victory*, p. 69 («como si fuesen muelas»); *Germany IX*, p. 387 (hoyos de cal).

81. «no encontraba razones para suponer»: Hinsley, pp. 582-583.

81. «el desmoronamiento interno indudablemente no se producirá»: Hinsley et al., *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, parte 2, p. 304.

82. *Harris pensaba de otro modo*: Tripp, *The Eighth Passenger*, p. 18; Hastings, *Armageddon*, p. 304-305 («una cierta ordinariéz»); Grayling, *Among the Dead Cities*, p. 192 («tigre sin piedad»); Zuckerman, *From Apes to Warlords*, p. 218; Hastings, *Bomber Command*, pp. 278-279 (úlceras), 282-283 («Estoy harto de estos ataques»); Probert, *Bomber Harris*, pp. 154-158 (*Bentley negro*).

83. «Tenía tendencia a confundir consejo»: Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, vol. 3, parte 5, p. 80.

84. *Harris creía que los bombarderos*: Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, p. 249 («Si se les preguntase hoy a los alemanes»); Davis, *Bombing the European Axis Powers*, p. 566 (más de la mitad de las cargas explosivas que el Mando de Bombardeo); Hastings, *Bomber Command*, pp. 282-284 (el Agujero), pp. 386-387 («Si supiera que»); Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, vol.3, pp. 44 («para destruir una cosa»), 82 («prácticamente destruidas»); Probert, *Bomber Harris*, p. 309 («el programa ciudad»).

85. *La resolución de Harris de quebrar la voluntad del enemigo*: Probert, *Bomber Harris*, p. 336 («se reveló totalmente carente de fundamento»); Miller, *Masters of the Air*, p. 473 («los bombardeos afectaron seriamente»); *Germany IX*, p. 458 (dos mil aviones aliados); Randall Jarrell, «Losses», <http://www.poemhunter.com/poem/losses/>.

86. *Mientras el Mando de Bombardeo británico creía en arrasar*: Earle, «Selection of Strategic Bombing Targets», conferencia, 23 de abril, 1946, NARA RG 334, E315, ANSCOL, caja 235, p. 18; Hugh Odishaw, «Radar Bombing in the Eighth Air Force», 1946, documentos de Carl A. Spaatz, LOC MS Div, caja 80, pp. 88, 39, 94-97 (*solo una de cada diez bombas*); Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, p. 504 (*una de cada siete misiones*); Crane, *Bombs, Cities & Civilians*, pp. 63-67 («*en sentido relativo, no literal*»); Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, pp. 243-245, 258 (*frecuentes desvíos*), 280 (*Estos ataques a objetivos de transporte*); Schaffer, «American Military Ethics in World War II: The Bombing of German Civilians», *Journal of American History* (sept. 1980): pp. 318 ss («*La manera de detener la matanza*»); Davis, *Bombing the European Axis Powers*, p. 574 (*20 % de su cargamento*).

87. *Los americanos no estaban menos empeñados*: Miller, *Master of the Air*, p. 455; Kleber y Birdsell, *The Chemical Warfare Service*, p. 622 (Quemador de Bloques M-76), 614 («tanta muerte y destrucción»).

88. *El comandante supremo de las Fuerzas Aéreas Harris nunca creyó*: Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, p. 252 («no solo no me he convertido»); Davis, *Bombing the European Axis Powers*, p. 569 (objetivos petrolíferos en agosto y septiembre), 570 (llevó a cabo más del doble de misiones que la Octava Fuerza Aérea); Ehlers, *Targeting the Reich*, pp. 287-288 (los británicos atacaron con mayor efecto); *AAF in WWII*, p. 795 (espoletas defectuosas).

89. *La inclemencia del tiempo otoñal concedió a Alemania*: Hinsley et al., *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, parte 2, p. 58; *AAF in WWII*, pp. 283-287, 641 (350.000 trabajadores); Westermann, *Flak*, pp. 263-264; Doolittle, *I Could Never Be So Lucky Again*, p. 433 (más bien defendida).

90. *De todos modos, la suerte estaba echada*: Ehlers, *Targeting the Reich*, pp. 266, 279 (4.500 litros de gasolina y bueyes); Willmott; *The Great Crusade*, p. 418-419 (se había reducido a una cuarta parte del nivel del mes de mayo); Westermann, *Flak*, p. 270; Weigley, *The American Way of War*, pp. 356-357; Miller, *Masters of the Air*, pp. 312-314 (goma sintética).

91. *ninguna otra desigualdad*: Zetterling, *Normandy 1944*, p. 47; Weigley, *The American Way of War*, pp. 356-357 (*descendió al 12 %*). Los comandantes del aire, al final de la guerra, situaron la producción alemana de motores y aviación al 2 % de su punto álgido anterior. «Joint Statement on Strategic Bombing by Air Ministry and U.S. Strategic Air Forces in Europe», 30 de abril, 1945, UK NA, AIR2/5737, 4.

92. «Están sembrando vientos»: Daghish, *Operation Goodwood*, p. 96; Sebald, *On the Natural History of Destruction*, pp. 3-4 (131 ciudades alemanas); *Germany IX*, pp. 475-476 (400.000 muertos).

93. *Para los que estaban en tierra, el sufrimiento*: Hastings, *Armageddon*, p. 328; *Germany IX*, p. 390 («*La gente a nuestro lado*»); Friedrich, *The Fire*, p. 363 (pintura fosforescente).

94. *tres mil refugios antiaéreos municipales*: Foedrowitz, «Air Raid Shelters in Hannover», *AB*, n.º 124 (2004): pp. 2 ss; *Germany IX*, p. 391 («*la porquería y el desorden*»); Whiting, *The Home Front: Germany*, pp. 144-145 (*abrían la boca*); Friedrich, *The Fire*, p. 356 («*niños con escarlatina*»).

95. «En Colonia la vida ya no es posible»: Friedrich, *The Fire*, pp. 258, 45.

96. *El centro del hierro y del acero de Duisburgo*: Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, vol. 3, *Victory*, parte 5, p. 66; Friedrich, *The Fire*, p. 201 («La noche ha hecho su trabajo»), pp. 176-177, 294-295 (monóxido de carbono); *Germany IX*, p. 461 (Heilbronn), 462 («una horrible visión»); Whiting, *The Home Front: Germany*, p. 140 («Semana de la Cordialidad»).

97. *Incluso desde la costa holandesa*: Sebald, *On the Natural History of Destruction*, pp. 22-23; Friedrich, *The Fire*, p. 382 (210 marcos del Reich); Steinhoff et al., *Voices from the Third Reich*, p. 488 («caras azules»); Wilhelm von Grolmann, «The Collapse of the German Reich as Seen from Leipzig», n. d., FMS, #B-478, MHI, pp. 14-15 (*se fortalecía con alcohol*); corr., «Annemarie», 29 de dic. 1944, documentos de Norman D. King, HIA, caja 1 («¿Te acuerdas?»). *La campana* de Friedrich Schiller se publicó en 1798.

98. *Y no cesaba, miles de toneladas de bombas incendiarias*: Sebald, *On the Natural History of Destruction*, pp. 22-29 (*Madres perturbadas*); Friedrich, *The Fire*, p. 213 («El calor era tal»), 447 («un hombre que arrastraba un saco»); Hastings, *Bomber Command*, pp. 361-378.

99. «La destrucción continuará»: Lubrich, ed., *Travels in the Third Reich, 1933-1945*, p. 299.

«La Providencia decreta y nosotros debemos obedecer»

100. Después de avanzar casi seiscientos cincuenta kilómetros: Yeide y Stout, *First to the Rhine*, p. 227; RR, p. 335 (*Nueve divisiones enemigas debilitadas*); «A History of the Headquarters Sixth Army Group», vol. 1, NARA RG 331, E 242A, caja 157, de James Scott Wheeler (*casi medio millón de hombres*); William K. Wyant, «Seventh Army History», n. d., NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 4 («*la primera travesía de los Vosgos*»).

101. *Pocos podían sentirse optimistas: RR*, pp. 240-242, 245, 291-291 («*letargo físico y mental*»); Steidl, *Lost Battalions*, pp. 121-122 («*Montañas, bosques y lluvia*»).

102. *Aquella temporada se había caracterizado por el agotamiento: RR*, pp. 291-293 («ineptos»); Taggart, ed., *History of the Third Infantry Division*, p. 257; Pete T. Heffner, Jr., «Lessons Learned in the Vosges Mountains Campaign», 12 de dic. 1944, NARA RG 407, ETO G-3 OR, caja 3 (*trampas para osos*); Aron, *France Reborn*, p. 445 (*La primera nevada*); *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 1, p. 323 (*envíos de emergencia*); «The Invasion of Southern France, Operation Dragoon», ETOUSA, G-4, 1944, NARA RG 498, ETO HD, archive admón. #314 (*seiscientos mil hombres*); Gilland, «Logistical Support for the Combat Zone», conferencia, 1948, Curso avanzado de oficiales ingenieros, NARA RG 319, LSA archivo de historial, 2-3.7 CB 6 (*diversos errores de cálculo*); Coles y Weinberg, *Civil Affairs*, p. 752 (*el 20 % del cargamento*); «Supply and Maintenance on the European Continent», NARA RG 407, E 427, estudio del Consejo General de USFET n.º 130, 97-USF-0.30, pp. 50-54 (*escasez de alimentos, munición y combustible*).

103. «Querida familia»: Wandrey, *Bedpan Commando*, pp. 141, 144, 190.

104. *La estación también había estado marcada*: diario, 29 de oct., 1944, documentos de John E. Dahalquist, MHI, caja 3; Steidl, *Lost Battalions*, pp. 140-141.

105. *La misma semana cayó*: corr. Frank McCarthy a Julia Littell Patch, 22 de oct., 1944, Bib. GCM, caja 78, carpeta 50; Wyant, *Sandy Patch*, pp. 149-151 («*Hasta pronto, hijo*»); obit, Alexander McC. Patch, Jr., *Assembly*, Julio 1946, p. 12 («*ni frío, ni hambre, ni está mojado*»).

106. «*He estado temiendo tu primera carta*»: corr., A. M. Patch a Julia, 6, 10, 14 de nov., 1944, Alexander M. Patch, Jr., documentos , USMA Arch, caja 1.

107. «No puedo ni debo permitirme»: Wyant, *Sandy Patch*, pp. 149-150.

108. «*el efecto psicológico que sufre Patch*»: «Allied Biographies», personal del USA-REUR, mayo 2009, recopilado por Layne Van Arsdale.

108. «*Escapa a toda comprensión*»: Steidl, *Lost Battalions*, pp. 92-95.

109. *La ciudad de Baccarat había sido liberada: Maule, Out of the Sand*, p. 242; corr., John E. Dahlquist a Ruth, 2 y 5 de nov., 1944, documentos de Dahlquist, MHI («*Ha empezado a llover de nuevo*»).

110. *La perpetua fricción con los franceses*: De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, pp. 167-171 («Nuestros soldados africanos»), 179; OH, Albert Kenner, oficial médico jefe del SHAEF, 29 de mayo, 1948, FCP, MHI (*vulnerables al pie de trinchera*); AAR, «Supply of Petroleum Products in Southern France», junio 1945, CARL, N-15081, p. 3 (*zapatos de madera*); Porch, *The Path to Victory*, pp. 565, 591-592, 601-604 (*blanqueamiento*); Yeide y Stout, *First to the Rhine*, pp. 197-183 (*137.000 maquis*).

111. *La Base 901, la organización de abastecimiento francesa*: Vigneras, *Rearming the French*, pp. 187-188, 270 (6, 67 dólares al día); «The Service Forces in Southern France», n. d., NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. 314, pp. 13-14 (*avena molida*).

112. *Los roces franco-americanos se fueron intensificando*: Vigner, *Rearming the French*, pp. 325-326; Ross, pp. 122, 205 («obligado a retirarlos»); diario de guerra del VII Ejército, 1 de oct., 1944, MHI, pp. 277-278 (recibía menos de un tercio); De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 162 («asfixia en la primera línea de frente»).
112. *Los intendentes negaron vehementemente*: La historia oficial de la intendencia estadounidense sostiene que el I Ejército francés recibió el doble de ropa y equipamiento que el VII Ejército (Ross, p. 205).
112. *replicaron que las imprudentes tropas francesas habían estropeado tres mil*: memo, «Housing Tentage Used by French in N. Africa», 17 de nov., 1944, NARA RG331, E 34, SHAEF, caja 60; diario, JLD, 8 de oct., 1944, MHI, original en YCHT («Lanza estas diatribas»); Pogue, *George Marshall*, p. 476 («Estuviste de celebración»).

113. «Nuestro deber era»: De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 162.

114. *Ahora Truscott se había marchado*: Truscott, *Command Missions*, p. 446; OH, Theodore J. Conway, 1978, Robert F. Ensslin, SOOHP, MHI, III-26 (*lágrimas recorrían*).

115. *Tras la partida de Truscott, la figura dominante*: Markey, *Jake: The General from West York Avenue*, p. 16 (*nieta de un herrero*); Martin Weil, «Gen. Jacob Veders Dies; Leader in World War II», *WP*, oct. 1979 (*compañero de clase de Patton y quinientos coroneles más mayores*); Colley, *Decision at Strasbourg*, p. 10 («*un muchacho extremadamente serio*»), 155 («*He cometido muchos errores hoy*»); Franklin L. Gurley, «The Relationship Between Jean de Lattre de Tassigny and Jacob L. Devers», 26 de marzo, 1994, Sorbona, NARA RG 319, *RR* archivos de historial, FRC p. 4; MMB, pp. 129-130.

116. *Capaz y decidido, tenía la habilidad: «Battlebook»*, líder superior del personal de USAREUR, Alsacia, mayo 2009; OH, mariscal de campo Harold Alexander, 10-15 de enero, 1949, SM, CMH, Archivos geográficos (*«un muchacho que no ha crecido»*); *DOB*, p. 506 (*se odiaban mutuamente*); diario, GSP, 29 de feb., 1944, LOCMS Div, caja 3, carpeta 5 (*«muy pequeño calibre»*); notas, Daniel Noce, 4 de dic., 1944, NARA RG 319, *RR* documentos de historial, FRC 5 (*«Devers habla demasiado»*); Bradley y Blair, *A General's Life*, p. 120 (*«excesivamente charlatán»*).

117. «Ike le odia»: PP, p. 552.

117. *El comandante supremo sin duda albergaba viejos resentimientos*: mens, DDE a JLD, 16 de enero, 1944, y JLD a DDE, 18 de enero, 1944, «Eyes Only, General Devers, Incoming», NARA RG 492, MTOUSA, SGS, caja 135; Colley, *Decision at Strasbourg*, p. 86; diario, Kay Summersby, 20 de oct., 1944, Bib. DDE, PP-pres, caja 140 («habla mucho»); corr., DDE a GCM, 12 de julio, 1944, Bib. GCM, caja 67, carpeta 10 («No tengo nada en absoluto»). Eisenhower había advertido a Marshall de que «Devers sería una buena apuesta» para el mando de un grupo de ejército en el sur de Francia. DDE a GCM, 15 de julio, 1944, NARA RG 165, E422, WD, división de operaciones, unidad de historia, caja 55.

118. *Entusiasta pero a menudo impreciso*: Chandler, 2466-69.

119. *Eisenhower subestimó a Devers*: OH, Ira C. Eaker, 1 de agosto, 1975, Thomas E. Griess, JLD, YCHT, caja 81 («*el comandante más capaz que he visto*»); diario, JLD, 7 y 18 de nov., 1944, MHI («*es un hombre muy difícil de manejar*» y «*líder inspirador*»); Franklin L. Gurley, «The Relationship Between Jean de Lattre de Tassigny and Jacob L. Devers», 29 de marzo, 1994, Sorbona, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC p. 4 («*nunca conseguí aprender a pronunciar*»); OH, JLD, 1968, Thomas E. Griess, YCHT, caja 110, p. 20 («*el gesto y la sonrisa*»).

120. «*el mismo buen carácter de siempre*»: diario, JLD, 5 de nov., 1944, MHI.

120. «*la deslealtad que persiste*»: corr, JLD a su esposa, 23 de sept., 1944, NARA RG319, RR documentos de historial, FRC 5; OH, Reuben Jenkins, 14 de oct., 1970, JLD, YCHT, caja 94, pp. 18-20 («*Está más solo que el diablo*»).

121. *Las órdenes del SHAEF conminaban al VI Grupo de Ejércitos: RR*, pp. 351-353.

122. *Devers tenía mayores ambiciones: The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, p. 402; RR, pp. 352-353; OH, JLD, agosto 1971, Thomas E. Griess, YCHT, p. 16. («No os quedéis parados»).

123. *De Lattre movió primero*: De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, pp. 225-230; John W. Price, «Forcing the Belfort Gap», n. d., NARA RG319, *RR* archivos de historial, FRC p. 5 (*Una serie de engaños*); *RR*, pp. 414-418; visita del autor, Belfort, mayo 2009.

124. *El jueves, los tanques franceses fueron «decisivos en todas partes»*: De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, pp. 233-236; *RR*, p. 410.

125. *Tras haber renunciado a una importante cuña*: Freidrich-Wilhelm von Mellenthin, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos G, ts, marzo 1946, FMS #A-999, MHI, p. 79; Seaman, «Reduction of the Colmar Pocket», *Military Review* (oct. 1951): pp. 37 ss (*La confusión en las filas francesas*); De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, pp. 253-262 (*trabajadores alemanes del Feldpost*); RR, p. 431 (*una fuerza amortizada*).

126. *Las esperanzas de abrir una brecha decisiva*: diario de guerra del VII Ejército, 20 de nov., 1944, MHI, p. 393; Robb, *The Discovery of France*, p. 227 («una de las obras maestras del hombre»); Bonn, *When the Odds Were Even*, pp. 111-116 («moral de sustitución»).

127. *El 19 de noviembre, la potencia de fuego*: OH, 79.^a DI, brecha de Saverne, n. d., NARA RG 407, E427-A, CI, carpeta 156; RR, pp. 368-371 (*la 44.^a División caminó durante catorce kilómetros*); *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, p. 411 (*se abrió paso hasta Sarrebourg*); Aron, *France Reborn*, pp. 440-441 (*Los policías franceses se pusieron los uniformes*); diario, JLD, 20 de nov., 1944, MHI («*tan copiosamente como nunca he visto llover*»).

128. *Por la brecha abierta*: Porch, *The Path to Victory*, p. 538 («*Juramos*»); Maule, *Out of the Sand*, p. 249 («*Vence al diablo*»).

129. «*Los intrépidos caballos galopaban*»: «Capture of Strasbourg», 2.^a DE francés, 28 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #247.

130. *Tout au contraire*: De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, p. 824 (cinco columnas); Colley, *Decision at Strasbourg*, pp. 123-124 («Marchamos rugiendo» y «hicieron saltar hasta la calle los cristales de las ventanas»); *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, pp. 413-416 (Dieciséis bastiones); Yeide y Stout, *First to the Rhine*, pp. 243-244 (tanques franceses penetraron y se dispersaron por la ciudad de Estrasburgo).

131. *Mientras la lluvia tamborileaba sobre su quepí*: Maule, *Out of the Sand*, pp. 252-254; «Capture of Strasbourg», 2.^a DE francés, 28 de enero, 1945, NARA RG 407, E427-A, CI, carpeta #247; Susan Bernstein, «Goethe's Architectonic *Bildung* y Buildings in Classical Weimar», 2000, Johns Hopkins University Press, <http://www2.winchester.ac.uk/edstudies/courses/level%20two%20sem%20two/114.5bernstein.html> (*árbol de Dios*); Porch, *The Path to Victory*, p. 606 («*Ahora ya podemos morir*»).

132. *Un ingeniero alemán hecho prisionero fue forzado*: Charles V. von Lüttichau, «The Fall of Strasbourg and the Birth of the Colmar Pocket», n. d., NARA RG 319, OCMH, R-series, #129, pp. 2-3, 13-14; *RR*, pp. 380-381; AAR, XV Cuerpo, 23 de enero, 1945, documentos de Wade H. Haislip, MHI, caja 2; «Capture of Strasbourg», 2.^a DE francés, 28 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta#247 («sólido argumento de la artillería»).

133. «*Muchos muertos civiles*»: diario, 25 de nov, 1944, documentos de Kingsley Andersson, HIA, caja 1; «Capture of Strasbourg», 2.^a DE francés, 28 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #247 («*Uno a uno*»).

134. *La liberación de Estrasburgo: «Natzweiler-Struthof»*, USHMM, <http://ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10007260>. Las tropas británicas habían invadido el campo de internamiento de Breendonk cerca de Amberes en septiembre (<http://ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10005423>).

134. *Construido en 1941, Natzweiler había albergado*: Turner y Jackson, *Destination Berchtesgaden*, p. 97 (*socialmente inadecuados*); Yurka N. Galitzine, «Investigation Report on the Life in a German Extermination Camp (KZ Natzweiler)», n. d., documentos de C. D. Jackson, Bib. DDE, caja 2 (*dulces y pasteles y urna de barro con las cenizas*); J. M. Barnes, Cuerpo Médico del Ejército Real, «Report on a Third Visit to France», feb. 1945, documentos de Boris T. Pash, HIA, caja 2, carpeta 1; Evans, *The Third Reich at War*, p. 607 (*gas mostaza*).

135. *El segundo descubrimiento no fue menos portentoso*: corr. J. R. Oppenheimer y Luis Álvarez a Robert Furman, 5 de junio, 1944, documentos de Boris T. Pash, HIA, caja 3, carpeta 2; memo, S. A. Goudsmit, «Strassburg [sic] Intelligence on German Nuclear Physics», 17 de dic., 1944, y «Progress Report #8-Strasbourg Operation, ALSOS Mission», 7 de dic.1944, documentos de Boris T. Pash, HIA, caja 2, carpetas 1 y 3; Pash, *The Alsos Mission*, pp. 155-157; Groves, *Now It Can Be Told*, pp. 212-223.

136. «*la información con datos más completa y creíble*»: memo, L. R. Groves al general del división Clayton Bissell, 16 de marzo, 1945, documentos de George Bryan Conrad, Archivos USMA; memo, S. A. Goudsmit, ««Strassburg [sic] Intelligence on German Nuclear Physics», 17 de dic., 1944, documentos de Boris T. Pash, HIA, caja 2, carpeta 1 («*dos reglas de cálculo*»); «Alsos Mission History», n. d., y «Report by the Scientific Chief of the ALSOS Mission», n. d., documentos de Boris T. Pash, HIA, caja 2, carpeta 8; Pash, *The Alsos Mission*, p. 159 («*los nazis no habían progresado*»).

137. *Leclerc y sus tenientes hicieron vivaque: «Capture of Strasbourg»*, 2.^a DE francés, 28 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #247 («su pretencioso diseño»); Gray, *The Warriors*, pp. 4-5 (*volvieron a poner los letreros*); Aron, *France Reborn*, pp. 437-438 (*deportados a Alemania*). Los franceses se negaron a imprimir las garantías del 6.^o Grupo de Ejércitos de la Convención de Ginebra, obligando al VII Ejército a colgar sus propios carteles para tal efecto (diario de guerra del VII Ejército, 6-10 de dic., 1944, MHI, pp. 426-435).

137. «*Es innegable que los franceses odian*»: Gray, *The Warriors*, p. 200.

138. *Una ceremonia cerca de la catedral: «Capture of Strasbourg»*, 2.^a DE francés, 28 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #247; Franklin Louis Gurley, «Policy versus Strategy: The Defense of Strasbourg in Dec. 1944», 1992, NARARG 319, RR archivos de historial, FRC p. 5 («*Nunca la devolveremos*»).

139. *Durante casi tres meses el VII Ejército*: diario de guerra del VII Ejército, 26 de sept., 1944, MHI, p. 266.

139. *Ochocientos operadores de motores fuera borda*: «The Crossing of the Rhine», 1945CEOH, caja X-25, carpeta 2; diario de guerra del VII Ejército, 19 de sept. y 18 de nov., 1944, MHI, p. 256, 356, 380; corr., Garrison H. Davidson a Hal C. Pattison, CMH, 23 de julio, 1988, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 4 (*El SHAEF rechazó una propuesta*).

140. *A pesar de que el puente desde Estrasburgo hasta Kehl: The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, p. 419; OH, Reuben Jenkins, 14 de oct., 1970, Thomas E. Griess, JLD, YCHT, caja 94, pp. 29-30 (*Las patrullas encontraron pocas defensas*); RR, p. 439; Colley, *Decision at Strasbourg*, p. 150; corr., Garrison H. Davidson, 21 de abril, 1953, CEOH, caja X-25 (*La noche de Acción de Gracias, los ingenieros de Patch*).

141. *Eisenhower no sabía casi nada*: diario, JLD, 24 de nov., 1944, MHI; Colley, *Decision at Strasbourg*, pp. 135-136 («feliz y añorado» y «rostros alsacianos cuadrados e impasibles»); http://www2.lib.virginia.edu/exhibits/lewis_clark/exploring/ch1-1.html (nombre de «América»); Steidl, *Lost Battalions*, p. 126 (las fábricas de textiles de Saint-Dié); Turner y Jackson, *Destination Berchtesgaden*, p. 92 (granadas incendiarias y dinamita); Marshall, *A Ramble Through My War*, p. 168 (destrucción gratuita).

142. *Un último tramo de sesenta y cinco kilómetros: Colley, Decision at Strasbourg*, pp. 135-136; *RR*, pp. 439-440 (*Hotel Heritage*).

143. *El comandante supremo no se fue por las ramas: memo, ONB a G-3, 12 de agosto, 26 de nov., 1944, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC p. 5 (Bradley le aseguró la transferencia); RR, pp. 439-440.*

144. «Está clavado en el barro»: Colley, *Decision at Strasbourg*, pp. 136-138.

145. *Los nuevos informes de un contraataque alemán: RR*, pp. 382-386; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 407 (*solo el ataque masivo de la artillería*); corr., Robert R. Smith, CMH, a Thomas E. Griess, USMA, 28 de nov., 1978, NARA RG 319, *RR* archivos de historial, FRC p. 4 («*una forma infernal de llegar a Berlín*»).

146. «Ike, estoy en el Haguenau»: el río en Haguenau se llama Moder, un afluente del Rin.

146. «Lo tengo todo preparado en el bosque»: Colley, *Decision at Strasbourg*, pp. 136-138; RR, pp. 439-442; corr., Hal. C. Pattison, CMH, a Garrison H. Davidson, 1 de agosto, 1968, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC p. 4 (*el ejército de Patton debería ser transferido*).

147. *Devers se puso a chillar: RR*, pp. 439-442, 575; Colley, *Decision at Strasbourg*, pp. 136-138 (lo equiparaba al esfuerzo de Patton en agosto de 1943); *DOB*, pp. 162-164 (una analogía poco afortunada).

148. *Eisenhower se mantuvo inflexible*: corr., Robert R. Smith, CMH, a Thomas E. Griess, USMA, 28 de nov., 1978, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC p. 4; *Three Years*, pp. 702-705 («ninguna zona decisiva»); RR, pp. 439-442 («con un enfado de narices»).

149. *Los tres generales se retiraron para dormir unas pocas horas: diario de guerra del VII Ejército, MHI, pp. 400-403; LC, pp. 520-521 («ofrece la mejor oportunidad»).*

150. «*La decisión de no cruzar el Rin*»: diario, JLD, 24 y 26 de nov., 1944, MHI.

151. Incluso la historia oficial del ejército: RR, p. 563 («difícil de comprender»), 445 («estrategia» operativa de potencia de fuego y desgaste); Mansoor, *The GI Offensive in Europe*, p. 207 (ni un objetivo estratégico coherente); corr., Robert R. Smith, CMH, a Thomas E. Griess, USMA, 28 de nov., 1978, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC p. 4 («utilizar mal el VI Grupo de Ejércitos»); Friedrich-Wilhelm von Mellenthin, jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos G, ts, marzo 1946, FMS #A-999, MHI, pp. 100-112 (dio un respiro a los alemanes).

152. *Probablemente la antipatía personal del comandante supremo*: corr., Thomas E. Griess, USMA, a Robert R. Smith, CMH, 19 de dic., 1978, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC p. 4; OH, Reuben Jenkins, 14 de oct., 1970, Thomas E. Griess, JLD, YCHT, caja 94, pp. 35-36 (*sentía favoritismo por Bradley*); RR, pp. 439-440 («*miembro del mismo equipo*»); Colley, *Decision at Strasbourg*, pp. 178, 154 («*acercar la guerra más rápidamente a su fin*»); diario, JLD, 19 de dic., 1944, MHI («*En mi opinión, la tragedia*»).

153. *No obstante, Devers cometió sus propios errores: RR*, pp. 433, 437; Charles V. von Lüttichau, «The Fall of Strasbourg and the Birth of the Colmar Pocket», n. d., NARA RG 319, OCMH, R-series, #129, pp. 24-26 («*no era negociable*»); diario, JLD, 2 de dic., 1944, MHI («*Espero que para el 15 de diciembre el ejército francés*»).

154. «con ayuda de la oscuridad y la niebla»: De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 291; memo, Reuben E. Jenkins a JLD, 24 de feb., 1947, documentos de Jenkins, MHI, caja 1, p. 8 (*solo unos pocos miles de soldados*), 6 («confusión»).

155. *Todavía más descorazonadora*: Clayton, *Three Marshals of France*, pp. 60-61; Mitchell, *Hitler's Mountain*, p. 124 («No serviré»); Porch, *The Path to Victory*, p. 588 (*su nombre previo a la guerra*); diario, JLD, 6 de dic., 1944, MHI («Me cuesta un gran esfuerzo»); Maule, *Out of the Sand*, pp. 260-262 («el único fallo de mando»); John Hixson y Benjamin Franklin Cooling, «Combined Operations in Peace and War», 1982, MHI, pp. 190-192 (*Ni siquiera reforzado*); OH, Russell L. Vittrup, 1989, Henry E. Fitzgerald, 1989, SOOHP, MHI, p. 124 («consternación y rencor»).

156. Ingenieros del VII Ejército transportaron en camiones sus lanchas de asalto: Colley, *Decision at Strasbourg*, p. 144; Taggart, ed., *History of the Third Infantry Division*, p. 278 (*hundió el puente Kehl*); Yeide y Stout, *First to the Rhine*, p. 254 (*mantuvieron abastecida la bolsa*); Peter T. Heffner, Jr., VI Cuerpo, 29 de dic., 1944, G-3 OR, NARA RG 498, caja 3 (*Emisiones por megafonía*).

157. «*El SHAEF nos trata como si fuéramos hijos bastardos*»: corr., T. R. Bruskin a esposa, 15 de abril, 1945, p. a.

CAPÍTULO 8. UNA SOMBRA INVERNAL

«Somos todos tan humanos que resulta penoso»

1. *Nueve millones de panfletos de propaganda aliada*: «The Psychological Warfare Division», 1945, CMH, 8-3.6 BA, pp. 45-48; Robert H. Garey, «Leaflet Operations in the Western European Theater», SHAEF, julio 1945, documentos de C. D. Jackson, Bib. DDE, caja 9, pp. 1, 19, 25 (*mil toneladas*); Lerner, *Psychological Warfare Against Nazi Germany*, pp. 239-240.
1. *Los primeros días de este «lanzamiento»*: «The Psychological Warfare Division», 1945, CMH, 8-3.6 BA, p. 47; Harris G. Warren, «Special Operations: AAF Aid to European resistance Movements», 1947, AFHRA, studio historic n.º 121, pp. 44-45 (*hasta Italia*); «Psychological Warfare in the ETO», n. d., estudio del Consejo General de USFET n.º 131, NARA RG 407, E 427, 97-USF5-0.30, pp. 32-33 (*Bomba Panfleto Monroe T-1*); Robert H. Garey, «Leaflet Operations in the Western European Theater», SHAEF, julio 1945, documentos de C. D. Jackson, Bib. DDE, caja 9, p. 25 (*Un solo B-24*). Inventada por el oficial de un escuadrón de armamento, la munición técnicamente se conocía como «Bomba, Propaganda, T-1».

2. *Los equipos de la guerra psicológica estudiaron: TSC, 344; «Psychological Warfare in the ETO», n. d., estudio del Consejo General de USFET n.º 131, NARA RG407, E 427, 97-USF5-0.30, p. 8 (ejército mejor alimentado), 43 («táctica del señuelo»); «The Psychological Warfare Division», 1945, CMH, 8-3.6 BA, pp. 39-42 (La voz de SHAEF). Radio Luxemburgo a menudo emitía informes de los daños como si provinieran de una emisora alemana clandestina en Renania (AAR, 12.ºGE, vol. 14, NARA RG 331, E-200A, SHAEF, caja 268, pp. 187-191).*

3. *millones de bombas incendiarias de temporizador*: «The Psychological Warfare Division», 1945, CMH, 8-3.6 BA, p. 53; OSS, «Simple Sabotage Field Manual», Manual de Campo n.º 3, enero 1944, pp. 5, 11-14 («*Tratad de cometer actos*»).

4. *A pesar de todo Alemania seguía luchando*: Murphy, *Diplomat Among Warriors*, p. 240 (*rendición incondicional*); memo, Wallace Carroll, Información del Departamento de Guerra, 25 de marzo, 1944, documentos de Wallace Carroll, LOCMS Div, caja 1, carpeta: archivos de marzo de 1944, p. 1 (*nada que perder*); Matloff, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1943-1944*, p. 529 (*frase acuñada en la conferencia*), 431 («*Quiero a toda costa*»); TSC, pp. 354-355 (*conspiración ilegal*).

5. *la victoria aliada final*: McCreehy, «Planning the Peace: Operation Eclipse and the Occupation of Germany», *JMH* (julio 2001): pp. 713 ss (*setenta y dos estudios*); Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, p. 466 (*cuatro de cada cinco americanos apoyaban*); Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 86-90 (*mejor lingüista del Departamento de Guerra*).

6. *El Ejército Rojo victorioso*: Mosely, «The Occupation of Germany», *Foreign Affairs* (julio 1950): pp. 580 ss.

7. «*La derrota de Alemania garantizará a Rusia*»: Matloff, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1943-1944*, pp. 523-524.

8. *Winston Churchill se percató también*: Kimball, *Forged in War*, p. 286; Reynolds, *In Command of History*, pp. 460-463 («pícaro documento»). Un destacado historiador cree que el visto bueno de Stalin se refería solo a Rumanía, y que en realidad quería un 90 % del territorio de Bulgaria más que la propuesta de Churchill del 75 % (Plokhy, *Yalta*, p. 147). 8. *Aunque el «acuerdo de los porcentajes»*: Hastings, *Winston's War*, pp. 415-419; Jenkins, *Churchill: A Biography*, pp. 759-761.

9. *Aquel otoño, una controversia aparte*: Kimball, *Forged in War*, p. 275 («dos terratenientes jeffersonianos»), 276 («no natural, no cristiano»); Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, p. 474 «la recreación de un estado agrícola»). El cambio de idea de Churchill debió también de estar motivado por un acuerdo estadounidense de continuar proporcionando ayuda americana a Gran Bretaña después de la guerra (Stoler, *Allies at War*, p. 170).
9. «Ellos se lo han buscado»: Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, pp. 190-191.

10. Otros miembros del consejo de expertos anglo-americano: *ibid.*, p. 193 («montó en cólera»); Grayling, *Among the Dead Cities*, p. 161 («venganza ciega»); Stimson y Bundy, *On Active Service in Peace and War*, pp. 569-571 («males generales»); Weinberg, *A World at Arms*, pp. 796-797; Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, p. 467 (propuesta de ejecutar sumariamente).

11. «Los periódicos reaccionaron con violencia»: Stimson y Bundy, *On Active Service in Peace and War*, pp. 580-581; Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 101-105.
11. «una tierra de nadie arruinada»: Collier, *The Freedom Road, 1944-45*, p. 189.
11. «Una política que consiente o favorece el caos»: VW, vol. 2, p. 147.
11. «Henry Morgenthau metió la pata»: Stimson y Bundy, *On Active Service in Peace and War*, pp. 580-581; TSC, p. 342 («inspirado por los judíos»).

12. *Este contratiempo enfrió el entusiasmo de Roosevelt*: Murphy, *Diplomat Among Warriors*, p. 228 («No me gusta hacer planes detallados»); TSC, pp. 342-343 (no serían esclavizados), p. 351; Mosley, «Dismemberment of Germany», *Foreign Affairs* (abril 1950): pp. 487 ss (siete estados diferentes); Mosely, «The Occupation of Germany», *Foreign Affairs* (julio 1950): pp. 580 ss (tres zonas de ocupación); ALH, I-178-79; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 792-795.

13. No hubo ninguna ratificación formal de este plan: Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, p. 280 (único mando aliado); Chandler, 1873 («parte oriental de Alemania»); Murphy, *Diplomat Among Warriors*, pp. 231-232 («no tener fe»).

14. «Algo “grande” saldrá de esta guerra»: Brower, ed., *World War II in Europe: The Final Year*, p. 22.

15. *La promesa de Montgomery a Eisenhower*: Bryant, *Triumph in the West*, p. 252 («Jamás ha estado al mando de nada»), 254 («Siempre me has dicho»); Hastings, *Armageddon*, p. 153 (sensación de optimismo); Crosswell, *Beetle*, p. 778 («Eisenhower es completamente inútil»).

16. *El martes 28 de noviembre por la tarde*: VW, vol.2, pp. 167-168; Bryant, *Triumph in the West*, pp. 258-259 («*Hablamos durante horas*»).

17. «Ike no está de acuerdo»: Howarth, ed., *Monty at Close Quarters*, p. 16.

18. «Piensa que Bradley le ha fallado»: Bryant, *Triumph in the West*, pp. 258-259.

19. «*No hemos logrado nada de esto*»: mens, BLM a DDE, 30 de nov., 1944, Bib. DDE, PP-pres, caja 83; Chandler, p. 2315.

20. *El viernes 1 de diciembre*: Sylvan, p. 197 (*erupción*); Bradley y Blair, *A General's Life*, p. 346 («*más enfadado de lo que le había visto jamás*»).

21. «*Hay ciertas cosas en tu carta*»: Chandler, pp. 2323-2325.

22. «*semejante egocentrismo*»: Hart-Davis, ed., *King's Counsellor*, pp. 265, 311 («*desequilibrio mental*»).

22. «*No tenía habilidad alguna en el arte*»: Ambrose, *The Supreme Commander*, p. 512.

23. *Un funcionario británico que estuvo observando: Hamilton, Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 117 («como un pajarito»); Danchev, p. 620 («sigue machacando»).

24. No obstante, otros que estaban en los círculos británicos más altos: Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 267 («Por supuesto hemos padecido»); VW, vol. 2, p. 167 («Definitivamente no hemos conseguido»); TSC, p. 315 («una brecha decisiva»); Love and Major. Eds., *The Year of D-Day*, xliii («perspectivas de que Ike»).

25. *Algunos de los partidarios de Montgomery eran aún más feroces: Danchev, p. 625, 628.*

26. *Las calles del golf de Reims*: Sixsmith, *Eisenhower as Military Commander*, p. 178 (*nunca blandió un palo de golf*); Danchev, pp. 627-630 («*Eisenhower fracasa estrepitosamente*»).

27. A petición de Montgomery, se programó otro cónclave del alto mando:
Baedeker, *Belgium and Holland*, pp. 239-240;
<http://en.wikipedia.org/wiki/Maastricht>;
www.fortified-places.com/sieges/maastricht1673.html.

28. *Eisenhower y Tedder pasaron la noche del miércoles: Bradley y Blair, A General's Life*, p. 347; Chandler, vol. 5, cronología, p. 175; filmación del Cuerpo de Comunicaciones, http://www.critical.past.com/video/65675070150_General-Eisenhower_Omar-Bradley_Bernard-Montgomery_World-War-II (*elegantemente vestido*); «Extracts from Report of Maj. Gen. K. W. D. Strong», 29 de nov., 1944, BLM corr., Bib. DDE, PP-pres, caja 83 (*veinte divisiones alemanas al mes*); Hastings, *Armageddon*, p. 140 (*menos de dieciséis kilómetros*), 148.

29. «*El plan maestro*»: «Notes of Meeting at Maastricht on 7.12.1944», notas de Tedder, documentos de Sidney H. Negrotto, MHI, caja 4; copia en documentos de Harold R. Bull, Bib. DDE, caja 2. VW, vol. 2, pp. 167-168.

30. *Dieron vueltas y más vueltas*: Bradley y Blair, *A General's Life*, p. 347 («tedioso asunto»); Ambrose, *The Supreme Commander*, p. 610.

31. «*La reunión fue aparentemente afable*»: corr., D/SAC a CAS, 7 de nov., 1944, NARA RG 319, SC archivos de historial, 2-3.7 CB 8 («*Otra cagada*»).

32. *Personalmente creo que todo este asunto:* Bryant, *Triumph in the West*, pp. 264-265; Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 163.

33. *Unos días después Bradley escribió: Hamilton, Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976, p. 163 («Se negó a admitir»); D'Este, Eisenhower: A Soldier's Life, p. 635 («un indicio de que he fracasado»); corr., Everett S. Hughes a su esposa, 1 de dic., 1944, documentos de Hughes, LOC MS Div, caja II: 3, carpeta 4 («Somos todos tan humanos»).*

Apostándolo todo a una sola carta

34. *Un cielo plumizo cubría las grises y verdosas colinas del Taunus: Alfred Jodl, ETHINT51, 31 de julio, 1945, MHI, p. 24.*

35. *Para el ojo inexperto*: Kappes, «Hitler's Ultra Secret Adlerhorst», 2003, <http://www.militaryhistoryonline.com/wwii/articles/adlerhorst.aspx> (*El mobiliario interior*); White, *Conquerors' Road*, pp. 54-57 (*pesadas puertas de metal y mirillas*); Raiber, «The Führerhauptquartiere», *AB*, n.º 19 (1977): pp. 1 ss (*Árboles artificiales*); «Kransbergdie Perle in Taunus», www.kransberg.com (*siglos de olvido*).

36. *Hitler entró arrastrando los pies en su chalet privado*: Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 762; Percy Ernst Schramm, «The Preparations for the German Offensive in the Ardennes», en Parker, ed., *The Battle of the Bulge: The German View*, pp. 121-122 (*cuerdas vocals*); Günther Blumentritt, «Battle of the Bulge», parte 1, n.d., PIR, MHI, p. 6 («*Parecía a punto de derrumbarse*»); Overy, *Why the Allies Won*, pp. 274-275 («*una quimera*»); *Germany VII*, p. 680 («*todo a una sola carta*»).

37. Incluso un delirante megalomaniaco: Greenfield, ed., *Command Decisions*, p. 345.

38. *La producción de guerra alemana: Ardennes*, p. 4-5 (118.000 camiones militares), 8 (abolido los festivos); Charles V. P. von Lüttichau, «The Ardennes Offensive: Germany's Situation in the Fall of 1944» OCMH, 1953, parte II, NARA RG319, R-series, #25, caja 6, 44, 52, 59, 62, 67, 69 [copia también en CMH, 2-3.7]; Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 595 («Los Héroes del Trabajo Nacional Socialista»), pp. 603, 629 (vitaminas); Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, p. 249 (Siete millones de prisioneros de guerra).

39. *Para apuntalar un ejército que estaba perdiendo*: MEB, «Overall View of Germany's Economic, Political, and Military Situation at the Beginning of 1945», mayo de 1950, NARA RG 319, R-series #28, p. 12; Greenfield, ed., *Command Decisions*, p. 347; *Ardennes*, p. 8 («cerdos de retaguardia»), 15; Steinhoff et al., *Voices from the Third Reich*, p. 461 («por puro terror»); *TT*, p. 43; Megargee, *Inside Hitler's High Command*, p. 221 (Volkssturm); Evans, *The Third Reich at War*, p. 676 («Cerrado por reclutamiento»); Willmott, *The Great Crusade*, p. 416 (privó a la industria alemana); Rush, *Hell in Hürsten Forest*, p. 306 («infantería de arco y flecha»).

40. *Las armas secretas siempre cautivaron*: Rudolf Lusar, «The German Weapons and Secret Weapons of World War II and Their Subsequent Development», 1956, CMH, pp. 16-17; *Germany VII*, p. 339 («como si un angel»), 341-348, 353-354; *VW*, vol. 2, p. 144 (*ineficaces*); Muller, «Losing Air Superiority: A Case Study from the Second World War», *Air & Space Power Journal* (invierno 2003): pp. 55 ss.

41. No menos innovadores fueron los nuevos «electrosubmarinos»: Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 613-616; Spector, *At War at Sea*, p. 253; Brower, ed., *World War II in Europe: The Final Year*, p. 128; Hinsley, pp. 600-603; Blair, *Hitler's U-Boat War*, vol. 2, *The Hunted, 1942-1945*, pp. 627, 657-659.

41. Bien entrado el año 1945, los submarinos continuaron: Durante la guerra se atribuyó a los submarinos el hundimiento de tres mil buques aliados y neutrales (Roskill, *White Ensign*, pp. 413-415, 422-423). Clay Blair calcula que en 1944-1945, los submarinos hundieron un total de 188 barcos (*Hitler's U-Boat War*, vol. 2, *The Hunted, 1943-1945*, p. 820).

41. No obstante, muy pocos buques fueron hundidos por los nuevos submarinos: Blair, *Hitler's U-Boat War*, vol. 2, *The Hunted, 1942-1945*, pp. 659, 820; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 771-772.

42. *El crepúsculo envolvía las colinas del Taunus*: Günther Blumentritt, «Battle of the Bulge», parte 1, n. d., PIR, MHI, pp. 8-10 (*Muchos creían que habían sido convocados*); Spayd, *Bayerlein*, pp. 179-180 (*todos entregasen su pistola*); Kappes, «Hitler's Ultra-Secret Adlerhorst», 2003, <http://www.militaryhistoryonline.com/wwii/articles/adlerhorst.aspx>.

43. *Una doble fila de guardias armados de las SS: Spayd, Bayerlein*, pp. 179-180; *TT*, p. 47 («pañuelo»).

44. *Diez minutos después Hitler entró renqueando*: Günther Blumentritt, «Battle of the Bulge», parte 1, n. d., PIR, MHI, 1; OH, Hasso von Manteuffel, 12 de oct., 1966, John S. D. Eisenhower, CBM, MHI, caja 6, pp. 15-17; Spayd, *Bayerlein*, p. 180 (*Nick-Esel*); Hasso von Manteuffel, «The 5.Pz Army and the Offensive in the Ardennes», abril 1946, FMS, #B-151, NHI, pp. 78-79 («*un hombre roto*»); Parker, ed., *The Battle of the Bulge: The German View*, pp. 121-122 (*miraba fijamente al vacío*).

45. *Entonces habló*: Parker, ed., *The Battle of the Bulge: The German View*, p. 4.

46. «Nunca en la historia»: Wilmot, *The Struggle for Europe*, p. 578.

47. *A medida que los aliados se iban acercando los unos a los otros: GS VI, p. 65; Jacobsen y Rohwer, eds., Decisive Battles of the World War II: The German View, pp. 401-402 (Canadá).*

48. «Roma sería impensable»: Parker, ed., *The Battle of the Bulge: The German View*, pp. 4-8 («más osado»); Megargee, *Inside Hitler's High Command*, p. 218.

49. *Para aquel fin él tenía un plan*: El nombre se cambió poco antes del ataque por razones de seguridad. Herbstnebel había sido el nombre en clave del grupo de ejércitos (*TT*, pp. 36-38).

50. *Se le había ocurrido en un delirio febril*: Alfred Jodl, ETHINT 50, 26 de julio, 1945, K. W. Hechler, CBM, MHI, caja 12; Kershaw, *Hitler, 1936-1945: Nemesis*, p. 732; *Ardennes*, pp. 1-10, 13; Charles V. von Lüttichau, «The Ardennes Offensive: Planning and Preparations», agosto 1953, OCMH, NARA RG 319, R-series #12, 11-13, 31-33 («*Amberes*»); MEB, «The Idea for the German Ardennes Offensive en 9144», mayo 1952, OCMH, NARA RG 319, R-series#9, 22-23 («*sellarse en Occidente*»).

51. *Los negativos en seguida dijeron no*: MEB, «The Idea for the German Ardennes Offensive in 1944», mayo 1952, OCMH, NARA RG 319, R-series #9, p. 109 («*gran sorpresa*»); Parker, ed., *Hitler's Ardennes Offensive*, p. 248 («*ninguna ofensiva*»); Charles V. von Lüttichau, «The Ardennes Offensive: Germany's Situation in the Fall of 1944», 1953, OCMH, CMH, 2-3.7, p. 39; *Ardennes*, 72 (*invasión de la Unión Soviética*); informe de interrogatorio británico, Gerd von Rundstedt, 9 de julio, 1945, NARA RG 407, E 427, ML #2126, caja 24231 (*pero que muy débil*); Jacobsen y Rohwer, eds., *Decisive Battles of World War II: The German View*, pp. 396-397.

52. «*El soldado no puede hacer más*»: Günther Blumentritt, «Battle of the Bulge», parte 1, n. d., PIR, MHI, 6; Blumentritt, *Von Rundstedt*, pp. 268-270 («*soy mejor juez*»).

53. *Incluso Model, que declaraba amar*: Lewin, *Montgomery as Military Commander*, p. 312 («maldito decrépito»); Westphal, *The German Army in the West*, pp. 180-181 («pequeña solución»); «The Ardennes Offensive», monografía británica, 1 de agosto, 1945, CMH, Georg Belgium, 370.2, pp. 7-8; OH, Hasso von Manteuffel, 12 de oct., 1966, John S. D. Eisenhower, CBM, MHI, caja 6, pp. 15-16; Hasso von Manteuffel, «The 5. Pz Army and the Offensive in the Ardennes», abril 1946, FMS, #B-151, MHI, pp. 78-38-45, 71; Fritz Krämer, ETHINT 21, 14-15 de agosto, 1945, MHI, p. 3 (*los soldados de la Wehrmacht lucharían*).

54. *El Führer permaneció impasible*: Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, pp. 482-485; *Ardennes*, pp. 34-35 (*Prometió treinta y ocho divisiones*), 30-32 (*prácticamente no había cambiado*); Hasso von Manteuffel, «The 5. Pz Army and the Offensive in the Ardennes», abril 1946, FMS, #B-151, MHI, p. 73 (*dos mil aviones*); *GSVI*, pp. 66-67 («*No alterar*»).

55. *Y así se estableció el plan: Ardennes*, pp. 71-72; *Germany VII*, p. 681; Cirillo, «Ardennes-Alsace», pp. 3, 10.

56. *Con la posible excepción de los Vosgos*: MacDonald, «The Neglected Ardennes», *Military Review* (abril 1963): pp. 74 ss. («macizo casi impenetrable»); *Ardennes*, p. 43 (*diez carreteras aptas para todo tipo de clima*).

57. *Hitler se había consumido durante semanas*: Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, pp. 482-485 (*tropas alsacianas*); «Germany's War Effort and Its Failure», 8 de oct., 1945, Comité de Jefes de Estado Mayor del R.U., NARA RG 334, E 315, ANSCOL, GB JIC (46) 33, p. 153 (*vehículos blindados alemanes construidos en noviembre*); Merriam, *Dark December*, p. 105 («*soltad las riendas*»); Jacobsen y Rohwer, eds., *Decisive Battles of World War II: The German View*, pp. 396-397 (*fuerzas alemanas llegasen al Mosa en cuarenta y ocho horas*); Hasso von Manteuffel, ETHINT 46, 29 de oct., 1945, MHI, p. 9 (*de cuatro a seis días*). Westphal citó a Jodl diciendo que seis días para el Mosa serían «perfectamente aceptables para esta fase» (*The German Army in the West*, p. 182).
57. *No se esperaban ninguna interferencia*: *Germany VII*, p. 682 (*Bruselas*); Herbert Büchs, asistente de Jodl, ETHINT 34, 31 de agosto, 1945, MHI, pp. 12-13 (*planes imprecisos*).

58. *Dos ejércitos de tanques formarían la punta*: Barnett, ed., *Hitler's Generals*, pp. 411-413, 419; MMB, p. 133 (*látigos de hipopótamo*); Belfield y Essame, *The Battle for Normandy*, pp. 166-167 (*de sus 23.000 hombres originales*); TT, pp. 160-161 (*«decente pero estúpido»*), 26, 29 (*brecha de Losheim*); Jacobsen y Rohwer, eds., *Decisive Battles of World War II: The German View*, pp. 396-397 (*nueve divisiones*); Cirillo, «*Ardennes-Alsace*», p. 11; *Ardennes*, p. 77 (*virar hacia el noroeste en dirección a Amberes*).

59. *A la izquierda, el V Ejército Panzer*: Jacobsen y Rohwer, eds., *Decisive Battles of World War II: The German View*, pp. 396-397; «Battlebook», personal del USA-REUR, Ardenas, dic. 2001 («temerario»); SLC, 396 (*mil cañones de artillería*) Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, p. 450 (*se inquietaba por el combustible*); «The Ardennes Offensive», monografía británica, 1 de agosto, 1945, CMH, Geog Belgium, 370.2, p. 11; Parker ed., *The Battle of the Bulge: The German View*, pp. 136-137 (*once millones de litros*), 133 (*dos mil caballos*); Barnett, ed., *Hitler's Generals*, p. 327 («cogedlo de los americanos»).

60. *A comienzos de diciembre mil trenes empezaron:* después de la guerra se cambió el nombre de München-Gladbach por el de Mönchengladbach. «The German Counter-Offensive in the Bulge», sept. 1945, Departamento de Guerra de los EE.UU, Junta Directiva de Investigación Táctica, CARL, N-13205, p. 3.
60. *La seguridad seguía siendo lo más importante: Ardennes*, pp. 48-51; Hasso von Manteuffel, ETHINT46, 29 de oct., 1945, MHI, pp. 1-2 (*inició personalmente el rumor*).

61. *Los mapas permanecieron sellados: «The Ardennes Offensive», monografía británica, 1 de agosto, 1945, CMH, Geog Belgium, 370.2, pp. 12-16, 23; Ardennes, pp. 69-70 (vuelto a retrasarse casi una semana).*

62. «El ejército debe conseguir una victoria»: Josef «Sepp» Dietrich, ETHINT 16, 10 de julio, 1945, MHI, pp. 2-3; Parker, ed., *The Battle of the Bulge: The German View*, pp. 9-10 («ambos bandos están igualados»).

63. *La oficina central meteorología en Berlín*: Royce L. Thompson, «Weather of the Ardennes Campaign», 2 de oct., 1953, CMH, pp. 10-12.
63. «*Las tropas tienen que actuar con brutalidad*»: Bauserman, *The Malmédy Massacre*, pp. 2-6.

64. «La guerra es sin duda una prueba de resistencia»: Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, pp. 486-487; Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 762.

65. *Agotado al fin, Hitler terminó*: Spayd, *Bayerlein*, p. 180 (*no le decepcionarían*); *Ardennes*, pp. 28-32 («*serias dudas*»).

La línea de la luz

66. *Durante tres meses después de la gloriosa liberación*: Moorehead, *Eclipse*, p. 186 («sin luz»); Pogue, *Pogue's War*, p. 212 (úlceras en las piernas); Gellhorn, *The Face of War*, p. 183 («bañarse en champán»); Moorehead, Gellhorn, p. 224 («plataformas de suela»).

67. *La pequeña ración de combustible*: corr., Pleas B. Rogers a su familia, 17 de enero, 1945, y 14 de nov., 1944 («*frío como la caridad*»), y 14 de oct., 1944 (*crematorio*), documentos de Rogers, MHI; Richler, ed., *Writers on World War II*, pp. 542-543 (*serrín a toneladas*); memorias, William Henry Baumer, n. d., HIA, caja 1, p. 170 («*abríamos las ventanas*»); memorias, Raymond H. Croll, 1974, documentos de Croll, MHI, p. 300 («*puerta de una nevera*»).

68. A finales de noviembre la situación empezó a mejorar: Pogue, *Pogue's War*, p. 212; panfleto, «Red Ball SOP», 1 de oct., 1944, documentos de Ewart G. Plank, HIA («línea de la luz»); Whipple, «Logistical Bottleneck», *IJ* (marzo 1948): PP. 6 ss (*siete mil toneladas diarias*); actas, reunión de los principales oficiales administrativos, 22 de dic., 1944, Versailles, NARA RG 331, E 1, SHAEF SGS, caja 55 («*el consumo de electricidad en París*»).

69. *Para los libertadores detrás de la línea de la luz*: diario, 22 de enero, 1945, Kingsley Andersson, HIA, caja 1 (*Un economato militar abierto solamente a los oficiales generales*); corr., E. S. Hughes a su esposa, 8 de dic., 1944, documentos de Everett S. Hughes, LOC MS Div, caja II: 3, carpeta 4 (*cacería de perdices*); diario, CBH, 27 de dic., 1944 MHI, caja 4 (*ostras de Chesapeake*); Middleton, *Our Share of Night*, p. 336 («*oficina de la infantería*»); Pogue, *Pogue's War*, p. 334 («*La organización de la COMZ*»), 213 (*camareras francesas*).

70. *El Majestic no era único*: OH, J. C. H. Lee, 21 de marzo, 1947, FCP, MHI (cincuenta y un generales); Pogue, *Pogue's War*, p. 203 (vestían de frac); Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, p. 126 (cuero de las botas de la Wehrmacht).

71. *No avances en el grupo de ejército*»: Rosengarten, «With Ultra from Omaha Beach to Weimar, Germany», *Military Affairs* (oct. 1978): p. 127 ss.

72. *Los británicos ocupaban doce hoteles*: actas, SHAEF, 20 de oct., 1944, Versailles, NARA RG 331, SHAEF SGE, Geog Corr, caja 108; corr., Thor M. Smith a su familia, 25 de oct., 1944, HIA, caja 1 (*champán costaba*); ASF, Informe Técnico de Inteligencia n.º 2426, 12 de abril, 1945, CARL, N-9270 (*en el mercado negro*). En diciembre el SHAEF observó que los soldados sentían que eran «víctimas de una extrema injusticia económica» porque el tipo de cambio oficial de 50 francos por dólar era de cuatro a cinco veces menor que en las transacciones del mercado negro (Coles y Weinberg, *Civil Affairs*, pp. 747-748).

72. *los tapones eran valiosos*: «The Reminiscences of Alan Goodrich Kirk», Col UOHRO, transcripción en NHHC, 374; memo, «Whiskey and Gin for General Officers», 2 de dic. 1944, COMZ, MBR, MHI, caja 22.

73. *Para los GI sin estrellas*: «Leaves, Furloughs and Passes in the Theater», mayo 1946, estudio del Consejo General n.º 4, NARA RG 407, AG WWII informes de operaciones, E 427, 97-USF5-0.3.0 (*primer centro de permiso*); memo, 8 de nov. 1944, Actas, NARA RG 331, SHAEF SGS, Geog Corr, caja 108; «Special Service Clubs», informe del Consejo General n.º 121, s. f. , NARA RG 407, AG WWII Informes de Operaciones, E 427, 97-USF-0.3.0 (*cincuenta y un clubes para GI*); Pogue, *Pogue's War*, p. 224 (*la orquesta del general de división Glenn Miller*), 230-231 (*diez mil soldados al día*); corr., T. R. Bruskin a su esposa, 27 de sept., 1944, p. a. («Acabo de regresar de un viaje»); Helen Van Zonneveld, «A Time to Every Purpose», n. d., HIA, pp. 382-383 («bañeras cubiertas con lonas»); Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, pp. 125-126 («el talante despreocupado»).

74. *Las tropas abarrotaban los cines*: Pogue, *Pogue's War*, p. 224 (*hamburguesas y bourbon*); Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, p. 130 (*The Sunny Side of the Street*); «History of Special Service Operations in the ETO», n. d., NARA RG 498, ETO HD, archive admón. #573, pp. 46, 51-52 (*actividades*); Nicholas, *The Rape of Europa*, pp. 306-307 (*Tapiz de Bayeux*).

75. A comienzos de diciembre, Gertrude Stein: Nicholas, *The Rape of Europa*, pp. 306-307 (estratificados); Pogue, *Pogue's War*, p. 225 (cigarrillos y jabón); Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, p. 71 (ropa interior); Taylor y Taylor, eds., *The War Diaries*, p. 525 («¿en todo el mundo?»).

76. Evidentemente, para muchos soldados la cultura: Fussell, *The Boy's Crusade*, p. 41 («Vamos todos a echar un polvo»); informe, Sección Seine, COMZ, n. d., NARARG 498, ETO HD, archivo admón. #599, (230 burdeles); memo, «Venereal Disease», 21 de febrero, 1945, SHAEF G-5, división de seguridad pública, NARARG 331, SHAEF, E-47, caja 931 (*más de un tercio*); Neillands, *The Battle for the Rhine*, p. 75 (*tres paquetes de Chesterfield*); memo de un cirujano jefe, COMZ, «Remarks on Attitudes and Behaviour of Enlisted Men Related to VD», n. d., NARA RG 330, E 94, estudios de actitud, ETO B-24, 1 (*relaciones sexuales como mínimo una vez*); Pogue, *Pogue's War*, p. 233 («Ven conmigo»); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 182 («¿Ñaca ñaca?»); Cosmas y Cowdrey, *Medical Service in the European Theater of Operations*, p. 541 («formulario de contacto de ETS»); Kennett, *G. I.: The American Soldier in the World War II*, p. 207 («sueños afrodisíacos»).

77. *Estaban consumidos por algo más que sueños: Cosmas y Cowdrey, Medical Service in the European Theater of Operations*, p. 541 (*dos tercios de todas las infecciones*); «V. D.», *Army Talks* 46, 2 de dic., 1944, NARA RG 498, ETO HD (*desde 1830*); memo, A. W. Kenner, oficial médico jefe, a R. W. Barker, 8 de nov. 1944, y memo, R. W. Barker a W. B. Smith, 10 de nov., 1944, NARA RG 331, E1, SHAEFSGS, entrada 6, caja 45 (*tasa en Europa*); G-1 historia, n. d., NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #550, p. 12 (*zona prohibida*).

78. *veintinueve dispensarios profilácticos*: Steckel, «Morale Problems in Combat», *Army History* (verano 1944): p. 1 ss; Rottman, *FUBAR: American Soldier Slang of World War II*, p. 98; «The Reminiscences of Alan Goodrich Kirk», Col U OHRO, transcripción en NHHC, p. 368 («prueba de castidad»); «V. D.», *Army Talks* 46, 2 de dic., 1944, NARA RG 498, ETO HD («No olvidéis que los krauts»).

79. *A pesar de todo, los índices de ETS siguieron aumentando*: Nickell, *Red Devil*, p. 139 («*putas de combate*»); Rottman, *FUBAR: American Soldier Slang of World War II*, p. 80 («*Medalla de la No Gonorrea*»); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 182 («*tabletas Hershey*»); Blunt, *Foot Soldier*, p. 49 («*refrigerio horizontal*»); corr., Ministerio de Asuntos Exteriores francés al SHAEF, 24 de febrero, 1945, NARA RG 331, E1, SHAEF SGS, entrada 6, caja 45 («*un notable recrudecimiento*»); corr., GSP a DDE, 19 de oct., 1944 (*naturaleza humana*), y DDE a GSP, 21 de oct.1944 («*Estoy rotundamente en contra*»), NARA RG 331, E1, SHAEF SGS, entrada 6, caja 45.

80. *París no aflojaba*: corr., Thor M. Smith a su familia, 24 y 25 de oct., 1944, HIA, caja 1 (*mercado de sellos*) y 17 de nov., 1944 (*bailando a escondidas*); Beevor y Cooper, *Paris After Liberation, 1944-1949*, p. 68 (*saludos con el puño cerrado*); Mauldin, *The Brass Ring*, pp. 250-251 («*abarrotado de civiles franceses*»).

81. *un bullicioso cuadro*: Beevor y Cooper, *Paris After Liberation, 1944-1949*, p. 73 («enclave americano»); Capa, *Slightly Out of Focus*, p. 189 (*Bastardo Doliente*); *TSC*, pp. 523-525 (*100.000 palabras*); «A History of Field Press Censorship in SHAEF», n. d., MHI, pp. 47-52 («bloqueos candentes»); White, *Conquerors' Road*, p. 110 («veloces jóvenes franceses»).

82. *Privaciones esporádicas asaltaban París*: actas, «Critical Supply Situation in Paris», 18 de enero, 1945, NARA RG 331, SHAEF SGS, Geog Corr, caja 108; Beevor y Cooper, *Paris After Liberation, 1944-1949*, p. 101 (*material de oficina gubernamental*); informe de inspección de ETO, escasez de cigarrillos, 15 de dic., 1944, NARA RG 498, archivo #44, caja 10; Robert M. Littlejohn, «Ports and Transportation», capítulo 27, PIR, MHI, pp. 11-12, apéndice B (*mantas y sacos de dormir*); D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, p. 620 (*liar los suyos*).

83. *Un problema en particular que preocupaba al Tribunal de Justicia Lee*: Ecker, «G.I Racketeers in the Paris Black Market», *Yank*, 4 de mayo, 1945, p. 2; Pogue, *Pogue's War*, pp. 231-232 («bolsa del mercado negro»); Durnford-Slater, *Commando*, p. 205 (*mantequilla danesa*); OH, Henry S. Aurand, 1974, William O. Morrison, SO-OHP, MHI (*Un tren entero con tres locomotoras*); «The Administrative History of the Operations of 21 Army Group on the Continent of Europe, 6 June [1944]-8 May, 1945», nov. 1945, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, GB 21-AG AH, p. 53 (*caballos capturados a los alemanes*); White, *Conquerors' Road*, p. 110 («bistec de caballo magníficamente camuflado»).

84. *El capitán preboste de Eisenhower calculó*: Hastings, *Armageddon*, p. 185; Cawthon, *Other Clay*, p. 165 (*se escondía entre las clases marginales de París*); «Subsistence in the ETO», 1959, capítulo 55, PIR, documentos de Robert M Littlejohn, HIA (*vender raciones K*); informe, capitán preboste, Sección Seine, COMZ, n. d., NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #599-G (*centenares de vehículos*); Pogue, *Pogue's War*, pp. 230-231 (*vendiendo la carga entera y «Chicago-sur-Seine»*); continuación, n. d., documentos de Pleas B. Rogers, MHI (*cuatro mil policías militares*); «Report of Visit to Paris Detention Barracks», 9 de marzo, 1945, NARARG 498, informe de inspección de ETO, archivo #37 (*enviados de nuevo al frente*); Bykofsky y Larson, *The Transportation Corps: Operations Overseas*, p. 351; Ecker, «G.I. Racketeers in the Paris Black Market», *Yank*, 4 de mayo, 1945, p. 2 (*cincuenta años*).

85. *Poco antes de las seis de la tarde del martes 12 de diciembre*: Chandler, vol.5, cronología, p. 175; «The Tendons of an Army», ETOUSA, n. d., RG 490, ETO HD, archivo admón. #531, p. 2.

86. *Mientras su coche circulaba en dirección sureste atravesando Piccadilly*: S. N. Behrman, «The Suspended Drawing Room», en *The New Yorker Book of War Pieces*, p. 424 («*diminutos puntos de luz azulada*»); Ziegler, *London at War, 1939-1945*, p. 309 («*sección de diversión infantil*»).

87. prohibición nacional de hacer helados: Ziegler, *London at War, 1939-1945*, p. 305; Stiles, *Serenade to the Big Bird*, p. 170 («cavernícolas»); S. N. Behrman, «The Suspended Drawing Room», en *The New Yorker Book of War Pieces*, p. 429 (*cinco a la vez*); Ackroyd, *London Under*, e-book, capítulo 12 (*los Mármoles de Elgin*); Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, p. 372 («Es la muerte»).

88. *Igual que en Amberes, la muerte podía llegar*: M. C. Helfers, «The Employment of V-Weapons by the Germans During World War II», OCMH, 1954, NARA RG319, 2-3.7 AW, p. 75; Ziegler, *London at War, 1939-1945*, p. 298 (*la mitad aproximadamente en el gran Londres*); *Germany VII*, pp. 454-455 (*equivalente al dedicado a producir 24.000 aviones de caza*).

89. *El radar solía detectar los lanzamientos de V-2: «V-2 Countermeasures in the ETO»*, 4 de julio, 1945, NARA RG 337, AGF OR#506, pp. 18-20, 40-41; Ackroyd, *London Under*, e-book, capítulo 12 (*compuertas*); S. N. Behrman, «The Suspended Drawing Room», en *The New Yorker Book of War Pieces*, p. 421 («Uno simplemente paseaba»); Collier, *The Defence of the United Kingdom*, p. 417 (*eran de mil a una*); Masterman, *The Double-Cross System*, p. 181 (*agentes controlados por la contrainteligencia británica*); Howard, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 5, *Strategic Deception*, pp. 182-183 (*se estimó que había salvado 1.300 vidas británicas*).

90. *Aquel fue un triste consuelo para los casi tres mil*: las cifras oficiales británicas arrojaban 9.300 bajas por V-2, incluyendo 2.800 muertes, un poco menos de la mitad de las cifras correspondientes a las de los ataques con V-1 (Collier, *The Defence of the United Kingdom*, p. 527).
90. «*Nunca había visto edificios*»: Ziegler, *London at War, 1939-1945*, pp. 296-297; Longmate, *Hitler's Rockets*, p. 209 (*rebajas de cacerolas*).

91. *Una cabeza de caballo yacía en la alcantarilla*: Roberts, *The Storm of War*, p. 518; [http://lewishamwarmemorials.wikidot.com/incident: world-war-ii-new-cross-woolworths-v2-rocket](http://lewishamwarmemorials.wikidot.com/incident:world-war-ii-new-cross-woolworths-v2-rocket); Ziegler, *London at War, 1939-1945*, p. 298; Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, 836 («haya mucho que soportar»).

92. *Ninguna bomba V cayó en Whitehall: Eisenhower, Eisenhower at War, 1943-1945*, p. 551.

93. *Eisenhower estaba al mando de sesenta y nueve divisiones: GS VI, pp. 18-19; visita del autor, Churchill Museum y Salas del Gabinete de Guerra, Londres, 2005 (chinchetas e hilo de color).*

94. *Ike expuso su plan*: Danchev, pp. 634-635.

95. *Dos años antes, bajo circunstancias similares: AAAD*, pp. 282-283 (*retirarse desordenadamente*); «U.S. Military Government in Germany: Operations During Rhineland Campaign», 1950, CMH, 8-3.1 DA 5, p. 28 («*capacidad de concentración*»); Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, p. 551; Chandler, p. 2341.

96. «Ike estuvo bien»: Crosswell, *Beetle*, p. 786.

97. *La velada terminó en silencios forzados*: Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, p. 552 («noche de mi vida»); Danchev, pp. 634-635 («fracasado estrepitosamente»); Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, p. 361.

98. *Eisenhower voló de vuelta a Versalles*: Carver, ed., *The War Lords*, p. 533; Chandler, p. 2341 (*Brooke parecía perturbado*); Eisenhower, *Eisenhower at War, 1943-1945*, p. 550 («*que haga sol*»).

99. «Temo sobremanera que la reducción»: D'Este, *Decision in Normandy*, p. 265; Howard, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 5, *Strategic Deception*, p. 199 (*catorce divisiones británicas*); memo, E. I. C. Jacob, 5 de dic., 1944. También, BLM a A. Brooke, 26 de oct., 1944 («*un grave problema en los próximos seis meses*»), y A. Brooke a WSC, 3 de nov., 1944; WSC, «Personal Minute», 3 de dic., 1944, y «Note on Reduction of 50 Div in 21 Army Group», 8 de dic., 1944, y memo, WSC, 12 de dic. 1944; todo en UK NA, WO 215/101; VW, vol. 2, pp. 142-143 (*desgaste de los fusileros de infantería*); Hastings, *Armageddon*, p. 77 (20 %).

100. *Todos nosotros nos enfrentamos ahora a una inesperada escasez*: FDR a WSC, 16 de oct., 1944, en NARA RG 165, E 422, WD, OPD, unidad de historia, caja 55.

100. *La carestía de los americanos era todavía más problemática*: GS VI, p. 19; Matloff, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1943-1944*, p. 409 (nuevo bombardero B-29); Eiler, *Mobilizing America*, p. 400 (300.000 obreros que ya estaban fabricando), 397 (prórrogas laborales), 417n (industrias de crucial importancia); Bland, ed., *George C. Marshall Interviews and Reminiscences for Forrest C. Pogue*, p. 390 (Marshall incluso se sentía presionado).

101. *Para llenar las filas, las exenciones del Servicio Selectivo*: Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 635; Eiler, *Mobilizing America*, p. 635 (muchos de los nuevos soldados); Palmer et al., *The Procurement and Training of Ground Combat Troops*, pp. 207, 224 (prohibición de enviar a ultramar a menores de dieciocho años); LSA, vol. 2, p. 506 («hombres físicamente imperfectos»); Wiltse, ed., *Physical Standards in World War II*, p. 194 («términos tales como “imbécil”»), p. 42, 199-200 (ponen las manos bajo los coches).

102. *La necesidad de soldados: LSA*, vol. 2, pp. 316-317 (*dos mil diarias y epidemia del pie de trinchera*); Palmer et al., *The Procurement and Training of Ground Combat Troops*, p. 217 (*la cifra llegó a tres mil*); «Reinforcement System and Reinforcement Procedures in the European Theater», n. d., NARA RG 407, E 427, AG WWII informes de operaciones, 97-USF-0.3.0, estudio n.º 3 (*trescientas mil tropas de reemplazo*); Robert J. Greenwald, «Human Logistics: The Supplying of Men, a Study of the Reinforcement System», 31 de enero, 1945, ETOUSA, NARA RG498, ETO HD, archivo admón. #571-K, p. 94 (*por debajo de su fuerza autorizada*); comentarios de Bradley, colección de Chester B. Hansen, MHI, caja 42 («*La esperanza de vida de un oficial subalterno*»); diario, 3 de dic., 1944, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 9 («*Nuestra situación es mala*»).

103. *Todas las armas del ejército pasaban apuros: «Report of Observers, ETO»*, 27 de abril, 1945, NARA RG 337, AGF OR n.º 371 («entrega de repuestos blindados»); Rush, *Hell in Hürtgen Forest*, p. 65 («línea negra en un mapa»); *LSA*, vol. 2, p. 506 (*datos obsoletos*); Greenwald, «Human Logistics: The Supplying of Men, a Study of the Reinforcement System», 31 de enero, 1945, ETOUSA, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #571-K, p. 75 (*la cifra real fue del 83 %*); Palmer et al., *The Procurement and Training of Ground Combat Troops*, p. 216 (*necesitaría 300.000*).

104. *De más de ocho millones de soldados que había en el ejército*: Weighly, *History of the United States Army*, p. 440; Palmer «Procurement of Enlisted Personnel for the AGF: The Problem of Quality», 1946, AGF sección histórica S #4, NARA RG334, E 315, ANSCOL, caja 150, p. 40 (*parte desproporcionada*); Eric Klinek, «The Army's Orphans: The United States Army Replacement System During World War II and Its Impact on Combat Effectiveness», document, SMH, Ogden, Utah, 19 de abril, 2008.
104. *La escasez más grave era la de aquellas valiosas criaturas*: Crosswell, *Beetle*, p. 797; Weigley, *History of the United States Army*, p. 464 (*veintisiete compañías de fusileros*); «Reinforcement System and Reinforcement Procedures in the European Theater», n.d., NARA RG 407, E 427, AG WWII informes de operaciones, 97-USF-0.3.0, estudio n.º 3 («*Carecemos por completo*»); Fussell, *The Boys' Crusade*, p. 96 («*Nadie sale*»); Fussell, *Doing Battle*, p. 122 («*ningún soldado de infantería puede sobrevivir*»).

105. *Se llevaron a cabo frenéticos esfuerzos*: Crosswell, *Beetle*, p. 788 (*Diecisiete de aquellas divisiones*); Palmer et al., *The Procurement and Training of Ground Combat Troops*, pp. 472-474 (*dieciséis líderes de pelotón*); Informe n.º ETO-5, n. d., *Investigaciones sobre la actitud de los soldados que combatían en la ETO*, NARA RG 330, E94, p. 6 («enseñarles a cargar los fusiles»).

106. *Los programas de choque para convertir a soldados de intendencia*: Robert J. Greenwald, «Human Logistics: The Supplying of Men, a Study of the Reinforcement System», 31 de enero, 1945, ETOUSA, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón.#571-K, pp. 84-85; Informe n.º ETO-5, n.d., Investigaciones sobre la actitud de los soldados que combatían en la ETO, NARA RG 330, E 94, p. 13 («*hombres milagro*»); Steckel, «Morale Problems in Combat», *Army History* (verano 1994): p. 1 ss («*nuevas versiones*»); Edward J. Drea, «Unit Reconstitution: A Historical Perspective», dic. 1983, CSI, p. 19 (*se negó a aceptar cientos*); informe de inspección, 16.º Depósito de Refuerzos, 29-31 de dic., 1944, NARA RG 498, 290/57/30/4, caja 2, archivo 3 («*El estado de ánimo de los hombres*»); Crosswell, *Beetle*, p. 789 («*no sirven para ninguna otra cosa*»); Fussell, *Doing Battle*, p. 108 («*Eres prescindible*»).

107. *Incluso el despliegue de divisiones intactas: «History of the Red List», 1946, CMH, 3-5.1 A BA, pp. 1-4, 55s, 60-66, 75.*

108. *La Lista Roja era un modelo de eficiencia*: memo, DDE a GCM, 12 de febrero, 1945, NARA RG 498, SGS IG, 333.5 («*la sensación de ser un alma perdida*»); Greenwald, «Human Logistics: The Supplying of Men, a Study of Reinforcement System», 31 de enero, 1945, ETOUSA, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #571-K, p. 34 (*cinta adhesiva*); «History of the Ground Force Replacement System, ETO», s. f. , NARA RG 498, ETO HD archive #571A (*fusiles antiguos de la primera guerra mundial*); OH, Andre Beaumont, n. d., ROHA, <http://oralhistory.rutgers.edu> («*Salimos de Fort Meade*»).

109. *Los reemplazos viajaban durante días*: Robert J. Greenwald, «Human Logistics: The Supplying of Men, a Study of the Reinforcement System», 31 de enero, 1945, ETOUSA, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #571-K, pp. 16-17, 21; corr., DDE a GCM, 25 de febrero, 1945, NARA RG 498, SGS IG, 333.5 («*Hemos reducido la cifra*»); informe de inspección, 16.º Depósito de Refuerzos, 29-31 dic., 1944, NARA RG 498, 290/57/30/4, caja 2, archivo 3 («*depósitos de almacenaje*»); Eric Klinek, «The Army's Orphans: The United States Army Replacement System During World War II and Its Impact on Combat Effectiveness», document, conferencia SMH, 19 de abril 2008, Ogden, Utah (*capacidad de combate estuvieran mermadas*); «History of the Ground Force Reinforcement Command», NARA RG 498, ETO HD, archivo #571F, p. 346 («*no se habían duchado en treinta días*»).

110. «*Queremos sentir que somos parte de algo*»: Informe n.º ETO-5, n. d., Investigaciones sobre la actitud de los soldados que combatían en la ETO, NARA RG 330, E94, p. 14; Robert J. Greenwald, «Human Logistics: The Supplying of Men, a Study of the Reinforcement System», 31 de enero, 1945, ETOUSA, NARA RG498, ETO HD, archivo admón.#571-K, pp. 34-36 («*aterrorizaban a los novatos*»).

111. *El 1 de diciembre el Tribunal de Justicia Lee*: Robert J. Greenwald, «Human Logistics: The Supplying of Men, a Study of the Reinforcement System», 31 de enero, 1945, ETOUSA, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #571-K, pp. 34-35, 65, 36 (*casi medio millón de reemplazos*); Bradley, *A Soldier's Story*, pp. 446-447 («*significado de carne de cañón*»); memo, «Replacement System», 29 de julio, 1944, 9.^a DI IG, NARA RG 498, caja 9, archivo 34 («*la moral de nuestros oficiales*»).

112. *Ahora, la capacidad del ejército de reponer sus filas*: Lee, *The Employment of Negro Troops*, pp. 688-689 (*escasez de 23.000*); *LSA*, vol. 2, pp. 321-328 (*reducido a dos semanas*).

113. *Nadie estaba más inquieto que Omar Bradley*: La cifra de tanques incluye los del IX Ejército, temporalmente transferido al XXI GE (Royce L. Thompson, «Ardenne Campaign Statistics», abril 1952, OCMH, NARA RG 319, E 97, LSA vol.1, archivos de historial, caja 7).

113. *reunía menos del 80 %*: «Report of Operations», n. d., 12.º GE, vol 2, sección G-1, CARL, p. 30; Bradley, *A Soldier's Story*, pp. 446-447 («¿No se dan cuenta?»).

«Espacio, muchachos. Hay peligro más adelante»

114. *La inteligencia aliada reconoció en septiembre*: Hinsley, pp. 550-555; Bennett, *Ultra in the West*, pp. 189-199; «Estimate No. 37», I Ejército, G-2, 10 dic., 1944, personal del USAREUR, dic. 2001 (*Skorzeny*); memo, K. W. D. Strong, SHAEF, a los grupos de ejército, 19 oct., 1944, NARA RG 331, SHAEF SGS, 383.6/4, caja 86.

114. *El I Ejército estadounidense había realizado 361 vuelos*: Hinsley, pp. 558-559 (*361 vuelos de reconocimiento*); *AAFIn-WWII*, p. 679 (*bateas cubiertas con lonas*); Bennett, *Ultra in the West*, p. 196 (*doscientos trenes de tropas*).

115. *Nada de todo esto sugirió una ofensiva enemiga*: Royce L. Thompson, «American Intelligence on the German Counteroffensive», vol. 1, nov. 1949, CMH, 2-3.7AE P-1 (*fuerza de contraataque*); Hinsley, pp. 558-559 («*una verdadera contraofensiva*»); Sibert, G-2, 12.º GE, «Military Intelligence Aspects of the Period Prior to the Ardennes Counter Offensive», enviado a Hanson Baldwin, 2 de ene-ro, 1947, CBM, MHI, caja 6, pp. 8-9 (*reconocimiento aéreo de los puentes del Mosa*); VW, vol. 2, p. 175 («*El rumor de un ataque a Amberes*»).

116. *Los que estaban más cerca del frente: «Estimate on Enemy Capabilities Prior to the Counter Offensive», n. d., en «History of the Ardennes Campaign», NARA RG498, ETOUSA HD, UD 584, caja 1, p. 4 (oficiales entrevistaron a prisioneros alemanes); TSC, p. 365 (se tomaron por unidades de refresco); Royce L. Thompson, «American Intelligence on the German Counteroffensive», vol. 2, «Division Level», marzo 1949, CARL, N-16829.2 («el ejército alemán al completo [se está] desintegrando»); Ardennes, pp. 59-61.*

117. *Varios factores alimentaron esta indiferencia: TSC, p. 372 (Hitler y no el prudente Rundstedt); VW, vol. 2, p. 171 («en manos de los soldados»); análisis de inteligencia del XXI GE, 3 de dic., 1944, documentos de Oscar W. Koch, MHI, caja 12 (Ningún mariscal de campo en su sano juicio); Pogue, «The Ardennes Campaign: The Impact of Intelligence», conferencia, 16 de dic., 1980, Asociación de Análisis de Comunicaciones HSA, p. a. («nosotros no atacaríamos»); Sibert, G-2, 12.º GE, «Military Intelligence Aspects of the Period Prior to the Ardennes Counter Offensive», enviado a Hanson Baldwin, 2 de enero, 1947, CBM, MHI, caja 6, p. 3 («intenciones de un maníaco»).*

118. *Los oficiales superiores aliados estaban extremadamente encantados*: Bennett, *Ultra in the West*, p. 191; «Synthesis of Experiences in the Use of Ultra Intelligence by U.S. Army Field Command in the ETO», n. d., NARA RG 457, E9002, NSA, SRH-006, PP. 12-16.
118. «*Dependían tanto*»: oh, Richard Collins, 1976, Donald Bowman, SOOHP, MHI, 8; OH, Ralph Hauenstein, enero y febrero de 2012, autor Palm Beach y Nápoles, Fla. La lista de receptores de Ultra creció a unos seiscientos en marzo de 1945 («List of Recipients», 25 de marzo, 1945, documentos de Richard Collins, MHI, caja 1).
118. «*En lugar de ser la mejor*»: E. T. Williams, «Reports Received by U.S. War Department on Use of Ultra in the European Theater», oct. 1945, NARA RG 457, E 9002, NSA, SRH-037, p. 1, 13; Bennett, *Ultra in the West*, p. 202-203; Lewin, *Ultra Goes to War*, pp. 428-433.

119. *Más tarde algunos se atribuyeron clarividencia: «Estimate No. 37»*, I Ejército, G-2, 10 de dic., 1944, personal del USAREUR, dic. 2001; *TSC*, pp. 366-368 (*alarmista sin fundamento*); OH, E. T. Williams, 30-31 de mayo, 1947, FCP, MHI; Strong, *Intelligence at the Top*, pp. 242-243; *TT*, pp. 76-77 (*partida de Spa*); Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 460.

120. *A principios de diciembre, la sugerencia*: OH, W. B. Smith, abril 1949, SLAM, OCMH WWII Miscelánea general; MHI; TSC, 365n (*se habían posicionado amplios refuerzos*); corr., K. W. D. Strong a FCP, 31 de agosto, 1951, NARA RG 319, SC archivos de historial, 2-3.7 CB 8 (*decidió no molestar a Eisenhower*); OH, Edwin L. Sibert, 11 de mayo, 1951, FCP, NARA RG 319, SC archivos de historial, 2-3.7 CB 8 («*No creo que vengan*»). Bradley se inquietó lo suficiente como para decirle a Sibert que quería que Eisenhower lo reforzase con la 12.^a División Blindada.

121. Quizás la única y genuina premonición: *TT*, p. 52 («no ha sido una derrota»); resúmenes de inteligencia del III Ejército, 7 y 14 de dic., 1944, documentos Oscar W. Koch, MHI, caja 12 («gran concentración de panzers» y persistente misterio); Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, p. 245 (vulnerabilidad del VIII Cuerpo); *TSC*, p. 366-367; *PP*, p. 582 («El I Ejército está cometiendo un terrible error»).

122. Sin embargo, en otros altos consejos aliados prevalecía una exagerada confianza: «Strategy of the Campaign in Western Europe, 1944-1945», n. d., USFET, estudio del Consejo General n.º 1, p. 69; Hinsley, p. 563 («*repentino ataque en el oeste*»); OH, Edwin L. Sibert, 11 de mayo, 1951, FCP, NARA RG 319, SC archivos de historial, 2-3.7 CB 8 (*que mejorase la prosa*); TSC, p. 369n; resumen intel n.º 18, 12.º GE, 12 de dic., 1944, documentos de Oscar W. Koch, MHI, caja 11 («*El desgaste está minando sin cesar*»); Royce L. Thompson, «American Intelligence on the German Counteroffensive», vol.1, nov.1949, CMH, 2-3.7 AE P-1 («*con tiempo y buen clima*»).

123. *Montgomery no necesitaba ningún negro: Wilmot, The Struggle for Europe*, p. 587n («no puede organizar grandes operaciones ofensivas»).

124. «*Todavía me quedan nueve días*»: TSC, p. 370n.

125. *Marlene Dietrich despertó gran revuelo: Weintraub, 11 Days in December*, pp. 28-30; Atkinson, «Ghost of a Chanteuse», *WP*, 7 de mayo, 1996; Joseph Edgar Martin, «From Casablanca to Berchtesgaden: A Memoir of World War II», 2003, p. a., p. 53 (*vestido de lentejuelas*); Goolrick y Tanner, *The Battle of the Bulge*, p. 41 (*autógrafo con pintalabios*); Kennett, *G.I.: The American Soldier in World War II*, p. 202 (*once pistolas*); Codman, *Drive*, pp. 200-201 («*la primera chica se rió*»); Spoto, *Blue Angel*, pp. 196-200 («*¿cómo podía ser Eisenhower?*»).

126. *En una lluviosa noche del jueves 14 de diciembre*: corr. Malcolm Richard Wilkey, 7de marzo, 1983, CBM, MHI, caja 1, p. 3; *TT*, pp. 96-97; McManus, *Alamo in the Ardennes*, p. 33.

127. *La Guía de las ciudades de Bélgica del ejército de los EE.UU.*: Schrijvers, *The Crash o Ruin*, p. 31, p. 213, *Ardennes*, p. 238 («tranquilo paraíso»); Babcock, *Taught to Kill*, p. 63 («Hace un espléndido día soleado»); Richard Henry Byers, «Battle of the Bulge», 1983, p. a., pp. 22-23 («Engordaré»); Toland, *Battle*, p. 18 (*cantaba mientras comía galletas saladas*); Blunt, *Foot Soldier*, p. 108; OH, Albert Handaly, ROHA, http://oralhistory.rutgers.edu/Interviews/handaly_albert.html (notificación de fallecimiento).

128. *Entre los visitantes al cuartel general del I Ejército*: Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, pp. 180-183; Sylvan, p. 211; Hogan, *A Command Post at War*, pp. 207, 212 (*exhausto por la fatiga*); Holt, *The Deceivers*, p. 657 («*La retirada que batimos*»).

129. *diez mil civiles belgas*: Schrijvers, *The Unknown Dead*, p. 12 («vinculados a Alemania»); corr., Ralph G. Hill, Jr., 10 de nov., 1973, colección de Maurice Delaval, MHI, caja 9 (*camiones del ejército transportaron la carne*); *TT*, pp. 127-128 (*otra reunión*); corr., John I. Hungerford, 26 de junio, 1957, JT, LOC MS Div, caja 36 («bosque de maizales»); Marshall, *A Ramble Through My War*, p. 170 («Despacio, muchachos»).

130. *De los 341.000 soldados del I Ejército estadounidense*: Royce L. Thompson, «Ardenne Campaign Statistics», abril 1952, OCMH, NARA RG 319, E 97, LSA vol.1, archivos de historial, caja 7; *Ardenne*, p. 56; corr., Troy H. Middleton a historiadores de campo de operaciones, 30 de julio, 1945, NARA RG 498, ETOUSAHD, UD 584; *TSC*, p. 371; Price, *Troy H. Middleton: A Biography*, pp. 212-213 (*falsos galones brillantes*); John C. Hollinger, «The Operations of the 422nd Infantry Regiment», 1949, Escuela de Infantería, Ft. Benning, Ga. (*frentes*); Lauer, *Battle Babies*, pp. 6-7.

131. *Durante gran parte del otoño, cuatro divisiones veteranas estadounidenses: SLC, pp. 612-615; Beck, p. 461 (reclutas de dieciocho años); Alan W. Jones, Jr., «The Operations of the 423rd Infantry», 1949, IS, p. 6 (al otro lado de la brecha de Losheim).*

132. *Igual que otras muchas divisiones novatas*: John C. Hollinger, «The Operations of the 422nd Infantry Regiment», 1949, IS (*siete mil hombres fueron enviados*); OH, «German Breakthrough in the Ardennes», 106.^a DI, n. d., NARA RG 407, E427-A (*llegada a Le Havre*); Dupuy, *St. Vith: Lion in the Way*, pp. 15-16 («*entumecida, empapada y congelada*»).

133. *Pocos soldados de la 106.^a habían oído nunca*: corr., John I. Hungerford, 26 de junio, 1957, JT, LOC MS Div, caja 36; Alan W. Jones, Jr., ««The Operations of the 423rd Infantry», 1949, IS, p. 8 (*calibración de nuevos equipos*); OH, «German Breakthrough in the Ardennes», 106.^a DI, n. d., NARA RG 407, E 427-A (*falta de ropas de invierno*); Rosser L. Hunter, informe IG; «Action of 106th Infantry Division», 26 de enero, 1945, NARA RG 338, FUSA AG, 333.9, 1 («*defensa agresiva*»); informe, M. C. Shattuck, VIII Cuerpo, 13 de dic., 1944, NARA RG498, G-3 OR, caja 9 (*perros de guerra alemanes*).

134. «*Los bosques son de pinos altos*»: Richard Henry Byers, «Battle of the Bulge», 1983, p. a., p. 14; «The Losheim Gap», n. d., ETO HD, NARA RG 498, UD 584, caja 4; OH, Mark Devine, 14.º Grupo de Caballería, n. d., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #329 («*azucareros*»).

135. «Se está muy tranquilo»: Dupuy, *St. Vith: Lion in the Way*, pp. 15-16.

136. *Paja y jirones de tela amortiguaban las ruedas de los cañones: Ardennes*, p. 70; OH Hasso von Manteuffel, 12 de oct., 1966, John S. D. Eisenhower, CBM, MHI, caja 6, pp. 21-22 (*autorización para disparar a los neumáticos*); Parker, ed., *The Battle of the Bulge: The German View*, pp. 139-140 (*acarreaban la munición*); memo, Walter Model, «Maximum Performance Without Sleep», 17 de dic., 1944, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584 («*comida revitalizante*»); Wilmot, *The Struggle for Europe*, p. 582 («*Algunos creen en la vida*»).

137. *Doscientas mil tropas de asalto: Ardennes*, pp. 72-73, 650.

138. «*Mañana traerá el inicio*»: *ibid.*, p. 74.

139. *En los barracones de tejado rojo del ejército belga: TT*, p. 189; Price, Troy H. *Middleton: A Biography*, pp. 215-216 (*tapones de champán*); Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 121 («*el jefe de regimiento de infantería más destacado*»).

140. *Unos pocos kilómetros al este, el amortiguado ruido: Ardennes*, pp. 194, 63 («*Nada de que informar*»); Royce L. Thompson, «Weather of the Ardennes Campaign», 2 oct., 1953, CMH, p. 22.

CAPÍTULO 9. LAS ARDENAS

Una cita en alguna ciudad en llamas

1. *Cortinas de llamas salieron*: Richard Henry Byers, «Battle of the Bulge», 1983, p. a., p. 26; OH video, pelotón I&R, 394.º Inf., 99.ª DI, recopilado por NWWIIM, 2008 («*el fin del mundo*»).

2. *Para algunos sí*: OH, XIV Grupo de Caballería, n. d., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 329; Dupuy, *St. Vith: Lion in the Way*, p. 3; OH video, pelotón I&R, 394.º Inf., 99.ª DI, recopilado por NWWIIM, 2008 («*El ejército alemán entero*»).

3. *La batalla estalló, aquel último gran combate*: Como se describe más adelante en este capítulo, la Operación Nordwind, a efectos prácticos una secuela del ataque de las Ardenas, fue la última ofensiva alemana importante en el oeste (OH, 99.^a DI, enero 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 209; *Ardennes*, p. 82).
3. Es geht um das Ganze: «Intelligence Notes on the Breakthrough», 99.^a DI, G-2, s. f. , CBM, MHI, caja 4.

4. *Ningún hombre asumió los sentimientos del mariscal de campo*: Royce L. Thompson, «The ETO Ardennes Campaign: Operations of the Combat Group Peiper», 24 de julio, 1952, CMH; *Ardennes*, pp. 260-261; http://www.ss501panzer.com/Trail_KG_Peiper.htm.

5. Como jefe del 1.^{er} Regimiento SS-Panzer: *TT*, pp. 198-199, 462-463; «Malmedy Massacre Investigation», Comité de Servicios Armados del Senado de los Estados Unidos, oct. 1949 (*Brigada Antorcha*); Bauserman, *The Malmédy Massacre*, pp. 5-6; MMB, p. 418; Reynolds, *The Devil's Adjutant*, p. 25 (*dos hermanos, también de las SS*); memo, fiscal militar del mando europeo, 28 de marzo, 1949, CMH, LAW 2-7, 2. (*órdenes de Hitler de blandir el miedo*).

6. *A comienzos de diciembre, tras una carrera de prueba: «An Interview with Obst Joachim Peiper»*, ETHINT 10, 7 de sept., 1945, MHI, pp. 2-3, 7, 13-14 («estas carreteras no son para tanques»).

7. *Minas alemanas y americanas le costaron a Peiper*: *ibid.*, p. 15; Eisenhower, *The Bitter Woods*, p. 218; Royce L. Thompson, «The ETO Ardennes Campaign: Operations of the Combat Group Peiper», 24 de julio, 1952, CMH (*retumbando en Honsfeld*); *TT*, p. 203; *Ardennes*, p. 261; «The Battle of the Bulge», *AB*, n.º 4 (1974): 1 ss (*les sacaron las botas*).

8. *La inteligencia alemana había identificado correctamente: Ardennes*, pp. 261, 91; Royce L. Thompson, «The ETO Ardennes Campaign: Operations of the Combat Group Peiper», 24 de julio, 1952, CMH. «An Interview with Obst Joachim Peiper», ETHINT 10, 7 de sept., 1945, MHI, p. 16 (*190.000 litros de gasolina*). La historia oficial del ejército afirma que cincuenta soldados americanos fueron asesinados en Büllingen, pero Charles B. MacDonald, un historiador especialmente competente, asegura que allí solo se asesinó a un GI (*TT*, pp. 206-209).

9. *Esta inesperada casualidad resultó catastrófica para la Batería B*: Bauserman, *The Malmédy Massacre*, ix, Schrijvers, *The Unknown Dead*, pp. 37-38 («¡Boches!»); *TT*, pp. 213-215.

10. *Había boches, y con un humor de perros*: Royce L. Thompson, «The ETO Ardennes Campaign: Operations of the Combat Group Peiper», 24 de julio, 1952, CMH; Bauserman, *The Malmédy Massacre*, pp. 40-50, 62; Schrijvers, *The Unknown Dead*, p. 37 (*sus captores los despojaron de sus anillos*).

11. «Da kriegt noch einer Luft»: Bauserman, *The Malmédy Massacre*, p. 67.

12. «Yo estaba herido en el brazo izquierdo»: affidavit, Homer D. Ford, en memo de ONB, 29 de dic., 1944, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584; Ed Cunningham, «The Battle of the Bulge», *Yank*, 2 de marzo, 1945, en *Reporting World War 2*, p. 582 («después apretaban el gatillo»).

13. *Durante veinte minutos los verdugos merodearon: TT*, p. 219; entrevistas del autor, Bastogne, 50 aniversario, «The Battle of the Bulge», 17 de dic., 1994 (*color burdeos*).

14. *Inconsciente por el momento de que sus secuaces: «An Interview with Obst Joachim Peiper»*, ETHINT 10, 7 de sept., 1945, en MHI, pp. 16-17; «The Battle of the Bulge», *AB*, n.º 4 (1974): p. 1 ss (*engullendo la comida*); *TT*, p. 229 (*matando a siete. El octavo huyó*).

15. «Dios me hizo para que le conociera»: McNally, *As Ever, John*, pp. 57-58.

15. *Había anochecido cuando Peiper llegó: Ardennes*, pp. 265-266; Royce L. Thompson, «The ETO Ardennes Campaign: Operations of the Combat Group Peiper», 24 de julio, 1952, CMH (*extendía a lo largo de veinticuatro kilómetros*).

16. *Detrás de él, cerca del Malmédy*: Bauserman, *The Malmédy Massacre*, p. 83 (*La noticia de la masacre no tardó en extenderse*); entrevistas del autor, Bastogne, 50 aniversario, «The Battle of the Bulge», 17 de dic., 1994 (*Juramentos de no dar cuartel*); Linderman, *The World Within War*: diario de guerra, IX Ejército, 23 de dic., 1944, documentos de William H. Simpson, MHI, caja 11 («*Las tropas americanas se niegan ahora*»).

17. Peiper había abierto un pequeño y sanguinario agujero: Ardennes, p. 78, 101-106; Brower, ed., *World War II in Europe The Final Year*, p. 225 («una pesadilla roja»); Lauer, *Battle Babies*, pp. 17, 42 (*fuego a los pozos*); OH, 99.^a DI, enero 1945, NARA 407, E 427-A, CI, carpeta 209 (*propinando bayonetazos a los GI*).

18. «Uno de nuestros jóvenes tenientes»: Brower, ed., *World War II in Europe The Final Year*, p. 225; OH, 99.^a DI, enero 1945, NARA 407, E 427-A, CI, carpeta 209; Richard Henry Byers, «The Battle of the Bulge», 1983, p. a., pp. 33-34 (*mataron a su propio comandante*), 32 («Tengo una cita con la muerte»); *TT*, p. 179 (*tocaba el piano*); *Ardennes*, p. 123 (*ascendían a dos mil*).

19. *Dos ciudades en realidad*: Royce L. Thompson, «Tank Fight of Rocherath-Krinkelt», 13 de feb., 1952, CMH, 2-37 AE P-12, 2-8; Toland, *Battle*, 80 «parecían más carteros»).

20. *Un violento ataque alemán*: Royce L. Thompson, «Tank Fight of Rocherath-Krinkelt», 13 de feb., 1952, CMH, 2-37 AE P-12, 4; Reynolds, *Men of Steel*, p. 87 («un perfecto cementerio de panzers»).

21. *Al atardecer del martes, con los restos: personal de USAREUR, Elsenborn, 5-8 dedic., 2001 (no estaba señalada en los mapas militares belgas).*

22. *Los artilleros del cuerpo trasladaron cientos de bazucas: Blue Spaders*, pp. 99-100 (*dejando caer en paracaídas tanques Tiger*), 99 («No tenéis que preocuparos más»); Richard Harry Byers, «*Battle of the Bulge*», 1983, p. a., p. 32 («echar la cabeza hacia atrás»).

23. *Así era. En un momento en que el arrojó de la artillería*: Albert H. Smith, Jr., ed., «Biographical Sketches», n. d., documentos de Stanhope Mason, MRC FDM, 1994.126.

24. *Aquí durante tres días y tres noches*: Wheeler, *The Big Red One*, pp. 353-257; Knickerbocker et al., *Danger Forward*, p. 341 («Ataque rechazado»); *Blue Spaders*, p. 104 («Estamos matando»).

25. *Los reveses más fuertes los recibió*: corr., Derrill M. Daniel a JT, «The Operations of the 2nd Battalion, 26th Infantry, at Dom Bütgenbach», 9 de junio, 1958, CBM, MHI, caja 2; *TT*, pp. 404-405; *Blue Spaders*, p. 105; *Ardennes*, pp. 129-132; Rivette, «The Hot Corner at Dom Bütgenbach», *IJ* (oct. 1945): pp. 19 ss (*El jueves todavía fue peor*).

26. «Enviadme toda la maldita artillería»: *Blue Spaders*, p. 108; Rivette, «The Hot Corner at Dom Bütgenbach», *IJ* (oct. 1945): pp. 19 ss (*finalmente expulsaron a los últimos atacantes*).

27. *Patrullas del ejército informaron de que había tantos enemigos muertos: corr.,* Derrill M. Daniel a JT, «The Operations of the 2nd Battalion, 26th Infantry, at Dom Bütgenbach», 9 de junio, 1958, CBM, MHI, caja 2; *TT*, pp. 406-407, 410-411 (*desaparecieron otros 5.000*).

28. Sin embargo, la línea americana resistió: Percy E. Schramm, «The Course of Events in the German Offensive in the Ardennes», n. d., FMS, #A-858, MHI, pp. 4, 7; visita del autor, memorial de la 1.^a DI, Dom Bütgenbach, 2 de junio, 2009; Cirillo, «Ardennes-Alsace», p. 16; *TT*, p. 410; Westphal, *The German Army in the West*, p. 183 (*rígidas y torpes*). Más tarde Dietrich aseguró que una cuarta parte de sus tanques había quedado inmovilizada por diversos percances simplemente mientras avanzaba hacia la línea de partida (personal del USAEUR, Elsenborn, 5-8 dedic., 2001).

29. *En cambio, los americanos demostraron agilidad*: MacDonald, «The Neglected Ardennes», *Military Review* (abril 1963): p. 74 ss; Charles V von Lüttichau, «Key Dates During the Ardennes Offensive», parte 2, abril 1952, NARA RG 319, R-series, #11, pp. 104-108 («*el ataque de Elsenborn está ganando*»); «Answers to Questions Asked General Westphal», 1954, FMS, #A-896, MHI, pp. 8-9 (*aciertos tácticos de Dietrich*). El cambio formal de énfasis del norte al sur se produjo el 20 de diciembre (*Ardennes*, pp. 134-135).

30. *Dos cuerpos blindados uno junto al otro habían bajado: TT*, pp. 130-131; David E. Wright, «The Operations of the 1st Battalion, 110th Infantry», 1948, IS, p. 7 (*28.ª División de Cota*); Royce L. Thompson, «American Intelligence on the German Counteroffensive», vol. 2, «Division Level», marzo 1949, CARL, N-16829.2, pp. 140-141 (*se encontraron combatiendo contra cinco*).

31. *Mientras las cortinas de artillería y mortero trituraban: Ardennes*, p. 181-182; Phillips, *To Save Bastogne*, p. 52; AAR, 28.^a DI, Informe de Unidad n.º 6, dic. 1944, JT, LOC MS Div, caja 34 (*los topes alemanes vadeaban el Our*); corr., Bill Jarrett, 23 de mayo, 1945, documentos de Norman D. Cota, Bib. DDE, caja 2 («*Mientras me estaban cacheando*»); *Ardennes*, p. 188 («*como pipas de arcilla*»), 198-199 («*ya no es saludable*»).

32. Sin embargo, como en el norte, las fricciones y los enfados: *TT*, pp. 134-144; *Ardennes*, p. 186 (*Finalmente los ingenieros construyeron dos arcadas*); «The Breakthrough to Bastogne», vol.2, n.d., CMH, 8-3.1 AR, pp. 4-6 (*tráfico avanzase a paso de tortuga*).

33. *A lo largo de la derecha americana, donde cuatro divisiones de infantería: Ardennes*, pp. 212-213; Ent, ed., *The First Century*, p. 176 (*fue retrocediendo seis kilómetros lentamente*). El VII Ejército tardó varios días en tender cinco puentes sobre el Our. Jacobsen y Rohwer, eds., *Decisive Battles of World War II: The German View*, pp. 405-406. 33. *A la izquierda de Cota, dos cocinas de batallón: corr.*, Gustin M. Nelson, CO, 112.^a Inf, a su padre, mayo 1945, CBM, MHI, caja 3; *Ardennes*, p. 193; Ent, ed., *The First Century*, p. 174.

34. *Aquello dejaba a Cota un solo regimiento*: La 110.^a Inf. tenía también dos batallones de infantería en el frente, con un tercero retenido en el oeste como reserva («The Breakthrough to Bastogne», vol. 2, n. d., CMH, 8-3.1 AR, pp. 4-6).
34. *Allí descargó Manteuffel su ataque más mortífero: Ardennes*, pp. 176-177, 190-191 (*se parapetó con barricadas*); Jacobsen y Rohwer, eds., *Decisive Battles of the World War II: The German View*, pp. 394-395 (*por orden del Führer*); *Clervaux en Ardennes*, pp. 12, 26-27 (*Juan el Ciego*); Toland, *Battle*, p. 99 (*lamentos pidiendo ayuda*).

35. *Un kilómetro y medio más arriba subiendo por la carretera, en el Hotel Claravallis de tres pisos: visita del autor, Clervaux, 3 de junio, 2009; AAR, 110.^a Inf., n. d., JT, LOCMS Div, caja 35 (avisó por radio a Cota); Toland, Battle, p. 88 («Resistid a toda costa»).*

36. *A las 19: 30 h del domingo: TT*, pp. 276-279; AAR, 110.^a Inf., n. d., JT, LOC MS Div, caja 35; corr., Hurley E. Fuller a Norman D. Cota, 22 de feb., 1945, documentos de Cota, Biblioteca DDE, caja 2 (*Al cabo de unas horas Fuller fue capturado*).

37. *También el castillo estaba ardiendo*: McManus, *Alamo in the Ardennes*, pp. 93-94; Phillips, *To Save Bastogne*, pp. 142-143 (*guarnición enarboló una bandera blanca*); Jos. Mäetz, «Luxemburg in der Rundstedt-Offensive», JT, LOC MS Div, caja 39, p. 144 (*saqueo alemán*); Margaret Henry Fleming, «With the American Red Cross in the Battle of the Bulge», n. d., mesa redonda sobre la segunda guerra mundial en Columbus, MHI, caja 1 («*Claro que estamos abiertos*»).

38. *No lejos de Clervaux, los aterrorizados civiles*: diario, «I Ejército», 19 de dic., 1944, JT, LOC MS Div, caja 36; *Ardennes*, p. 226 (*huían de Diekirch a medianoche del martes con un frío glacial*); Weintraub, *11 Days in December*, p. 40 (*paquetes y cartas de Navidad*); «The Breakthrough to Bastogne», vol. 2, n. d., CBM, 8-3.1 AR, pp. 31, 37-40 (*partida de músicos*).

39. «*Aquello era el fin*»: *Ardennes*, pp. 210-211; Daniel B. Stickler, XO, 110.^a Inf., «The Battle of the Bulge», n. d., CBM, MHI, caja 3 (*brújulas luminiscentes*); McManus, *The Deadly Brotherhood*, p. 160 («*se burlaban de mí*»).

40. *La 110.^a de Infantería había sido aniquilada: «The Breakthrough to Bastogne»*, vol. 2, n. d., CMH, 8-3.1 AR, pp. 31, 40-41; Cirillo «Ardennes-Alsace», p. 25.

41. *Solo en el centro de la embestida alemana*: Royce L. Thompson, «Intensity of Fighting on a Division Level: The Ordeal of the 106th ID», n. d., CMH, 2-3.7AE P-5, p. 135; Dupuy, *St. Vith: Lion in the Way*, pp. 35, 46 (*casamatas capturadas de la Línea Sigfrido*); «The Defense of St. Vith, Belgium», n.d., AS, Ft.K, NARARG 407, E 427 , Misc. Archivos GE, #2280, pp. 2-7 (*esperaba capturar Saint-Vith en un día*); *Ardennes*, p. 145 (*En ningún otro segmento del frente occidental*), 147 («*Tomaros un descanso de diez minutos*»); «The Losheim Gap», n. d., NARA RG498, ETO HD, UD 584, pp. 6-10.

42. *No por mucho tiempo, por lo menos en el flanco izquierdo: «VIII Corps Strength, 16 Dec 1944» n. d., CMH, 2-3.7, AE P-14 (mil seiscientos soldados); «The Losheim Gap», n. d., NARA RG 498, ETO HD, UD 584, pp. 3-4, 18 (prendieron fuego a Manderfeld); OH, 14.º Gr. Caballería, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #329 («Tu maldita ciudad» y «Tanques a sesenta y ocho metros»); «The Losheim Gap», n. d., NARA RG 498, ETO HD, UD 584, pp. 2, 14-16; TT, p. 117 (la caballería cedió); Dupuy, *St. Vith: Lion in the Way*, pp. 28-29 («Las líneas del frente siguen intactas»); affidavit, A. D. «Pat» Dugan, antiguo XO, 14.º Gr. Caballería, 12 de junio, 1950, p. a., pp. 2-4 (tirase a Devine al suelo); «Report of Investigation, Action of 14th Cavalry Group», 29 de enero, 1945, IG NARA RG 338, Primer Ejército AG Corr Gral. (ocho de los doce destructores de tanques).*

43. *Ahora el comportamiento de Devine se tornó extraño*: corr., M. A. Devine, Jr., a «Gen. Searcy», 27 de feb., 1945, y notas manuscritas, n. d., p. a. (*comiendo pan, queso*); affidavit, W. M. Hoge, 4.^a DE, 20 de abril, 1945, p. a. (*pensó que su comportamiento no tenía nada de especial*); testimonio, Henry B. Perrine, ADC, 106.^a DI, y William C. Baker, Jr., jefe de estado mayor, 106.^a DI, en IG memo, 2 de feb., 1945, NARA RG 338, Primer Ejército AG Corr Gral., caja 222 («*casi incoherente*»).

44. *Todo lo contrario, al amanecer del domingo Devine: Ardennes*, pp. 162-164. En sus dos primeras visitas a Saint-Vith, Devine se llevó consigo a un oficial de enlace francés, Aspirante George Guderin (Affidávit, G. Guderin, 12 de marzo, 1945, p. a.).
44. «*¡Los alemanes están justo detrás de nosotros!*»: Toland, *Battle*, p. 66 («*Han penetrado*»); Morelock, *Generals of the Ardennes*, pp. 338-339; Rosser L. Hunter, «Action of 106th Infantry Division», IG, 26 de enero, 1945, NARA RG 338, FUSA AG, 333.9, pp. 1-6; «Report of Investigation, Action of 14th Cavalry Group», 29 de enero, 1945, IG, NARARG 338, Primer Ejército AG Corr. Gral.; «The Losheim Gap», n. d., NARA RG 498, ETO HD, UD 584, pp. 28, 32.

45. *Al anochecer del domingo, Devine volvió a marcharse*: OH, 14.º Gr. De Caballería, NARA RG 407, E 427-A, CI carpeta #329.
45. *Ralentizada por el ingente tráfico*: corr., Lawrence J. Smith, antes en la 14.ª Caballería S-3, a CBM, 22 de oct. 1983, CBM, MHI, caja 5 (*desaliñado e incoherente*); testimonio, William F. Damon, Jr., en IG memo, 2 de feb., 1945, NARA RG 338, I Ejército AG Corr. Gral., caja 222 («*Quiero que tomes el mando*»); affidavit, Robert N. Pritchard, n. d., p. a. (*evacuado a Vielsalm*).
45. *Un cirujano del batallón encontró más tarde a Devine*: testimonio, Clark P. Searle, cirujano, 820.º Bat. de Tanques, en memo IG, 2 de feb., 1945, NARA RG 338, Primer Ejército AG Corr. Gral., caja 222. Antes incluso de que terminase la guerra, y durante los cinco años siguientes, Devine trató de explicar sus acciones. El Gen. Middleton lo describió como «mejor que el oficial medio» (Corr, Troy H. Middleton, 20 de julio, 1949, p. a.).

46. *El daño estaba hecho*: memo, «Action of 106th Infantry Division», I Ejército I Gal jefe de Estado Mayor, 26 de enero, 1945, NARA RG 338, I Ejército AG Corr. Gral.; *Ardennes*, pp. 90-91 (*el flanco izquierdo americano repentinamente desmantelado*); «The Losheim Gap», n. d., NARA RG 498, ETO HD, UD 584, pp. 12, 32.

47. *En Saint-Vith, el general Jones, un corpulento nativo: Persons, Relieved of Command*, pp. 159-161; *Ardennes* pp. 155-157.

48. «Sabes mejor que yo cómo están las cosas allí»: *TT*, pp. 128-129; OH, Troy H. Middleton, 30 de julio, 1945, historiador de campos de operaciones, NARA RG498, ETOUSA HD, UD 584 («Pensó que podía resistir»).

49. *Jones pensaba también que la ayuda estaba en camino*: Morelock, *Generals of the Ardennes*, p. 295; Rosser L. Hunter, «Action of the 106th Infantry Division», IG, 26 de enero, 1945, NARA RG 338, FUSA AG, 333.9, pp. 1-6 (*El VIII Cuerpo prometió*); Dupuy, *St. Vith: Lion in the Way*, pp. 113-114 («*indescribable confusión*»); *The Defense of St. Vith, Belgium*, n. d., AS, Ft. K, NARA RG 407, E427, Misc. Archivos GR, #2280, pp. 9-10 («*sálvese quien pueda*») ; Baldwin, *Battles Lost and Won*, p. 329 («*los aterrorizados ocupantes*»).

50. *A mediodía del domingo: TT*, pp. 322-323 (*cálculo biliar*); Clarke, «The Battle for St. Vith», *Armor* (nov.-dic. 1974): p. 1ss. (*teniendo problemas*); Morelock, *Generals of the Ardennes*, pp. 295-300 («*ya tenía bastantes problemas*»).

51. *El chasquido del fuego de armas pequeñas*: <http://www.cellitinnenosa.de/en/geschichte-teil3.html>; *TT*, p. 327 («*He hecho mi última apuesta*»); Clarke, «The Battle for St. Vith», *Armor* (nov.-dic. 1974): p. 1ss. («*Ahora te toca a ti*»); Rosser L. Hunter, «Action of the 106th Infantry Division», *IG*, 26 de enero, 1945, NARA RG 338, FUSA AG, 333.9, p. 5 (*se unió al frenético éxodo*).

52. *La decisión de Jones de mantenerse firme: «The Losheim Gap»*, n. d., NARA RG498, ETO HD, UD 584, p. 32; *Ardennes*, pp. 165-167; «Report of Action Against Enemy», 106.^a DI, 6 de enero, 1945, documentos de Alan W. Jones, MHI, caja 1; John C. Hollinger, «The Operations of the 422nd Infantry Regiment», IS, 1949 («*absolutamente ninguna expresión*»).

53. «*Mis pobres hombres*»: *TT*, p. 340.

54. *Los cocineros hicieron enormes pilas de tortitas*: John P. Kline, «The Service Diary of German War Prisoner #315-136», n. d., CBM, MHI, caja 2; OH, 106.^a DI, «German Breakthrough in the Ardennes», n. d., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas 244-245a (*brújula con acimut*); Dupuy, *St. Vith: Lion in the Way*, p. 123 («¿Dónde diablos estamos?») «Report on Allied Air Force Operations», 21 de mayo, 1945, SHAEF, A-3, CARL, N-9371; Royce L. Thompson, «Air Resupply to Isolated Units, Ardennes Campaign», feb. 1951, CMH, 2-3.7 AE P, pp. 2-3, 26-29 («descoordinación del mando»).

55. *Atacad Schönberg: TT*, p. 340.

56. *Al amanecer del martes, tres batallones*: OH, 106.^a DI, «German Breakthrough in the Ardennes», n. d., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas 244-245a; corr., George A. Curtis, 7 de sept., 1957, CBM, MHI, caja 4 («no es exactamente como lo planeamos»).

57. *A la una de la tarde, un batallón al menos: memorias, nominación de Mención de Unidad Meritoria, 423.^a Inf, CBM, MHI, caja 4; «A Glimpse of War», n. d., enviado por Robert Fullam, NWWIIM, p. 9 («su piel del color blanco amarillo»); OH, 106.^a DI, «German Breakthrough in the Ardennes», n. d., NARA RG 407, E427-A, CI, carpetas 244-245a («¡A tomar por el culo!»); Alan W. Jones, Jr., «The Operations of the 423rd Infantry», IS, 1949, p. 26 (*Los ánimos se levantaron por un momento*).*

58. A las 14: 30 h, con dos mil de sus hombres: <http://www.purplehearts.net/descheneaux/descheneaux.htm> («como peces en un estanque») OH, 106.^a DI, «German Breakthrough in the Ardennes», n. d., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas 244-245a («Destruid todas las armas»); TT, pp. 343-345 (*Descheneaux se sentó en el borde*); memo, nominación de Mención de Unidad Meritoria, 423.^a Inf, CBM, MHI, caja 4; Leo R. Leisse, «Diary of an Ex-P.O.W.», n. d., CBM, MHI, caja 5, p. 2-4 (*Cavender había llegado a la misma conclusión*); Richard A. Hartman, «The Combat History of the 590th Field Artillery Battalion», 1949, CBM, MHI, caja2 («Nos rendimos»).

59. *Unos pocos empecinados se escondieron: Ardennes*, p. 170; Morelock, *Generals of the Ardennes*, p. 275 («He perdido una división más deprisa»); memos, 26 de enero y 8 de marzo, 1945, 365.º Hospital, documentos de Alan W. Jones, MHI, caja 1 («Destacamento de Pacientes»); Winton, *Corps Commanders of the Bulge*, pp. 253-256, 412.

60. *Interminables columnas de prisioneros marchaban*: John P. Kline, «The Service Diary of German War Prisoner #315-136», CBM, MHI, caja 2 (*hombres heridos suplicando*); OH, Jacques Peterges, 5 de agosto, 1981, y Adolf Schür, 10 de agosto, 1981, CBM, MHI, caja 6 (*gritando*); William P. Kirkbridge, «Negotiations for the Surrender at Losheimergraben», n. d., documentos de Richard H. Byers, 99.^a DI, MHI, caja 1 («*tanques que remolcaban otros tanques*»).

61. «No huyáis»: corr., John I. Hungerford a JT, 26 de junio, 1957, CBM, MHI, caja 4; Leo R. Leisse, «Diary of an Ex-P.O.W.», n. d., CBM, MHI, caja 5, p. 3-4 (*la barriga a la espalda*); Roger S. Durham, «The Past Is Present: The World War II Service of George E. Durham», 1996, p. a., pp. 174-175 (*pieles de patata*); John P. Kline, «The Service Diary of German War Prisoner #315136», n. d., CBM, MHI, caja 2 («nos hicieron sacar el cubrecalzado»).

62. «Las bayonetas no sirven de mucho»: Carroll, *Behind the Lines*, pp. 318-320.

63. «El éxito, el éxito total»: *TT*, p. 193.

«¿Por qué no están haciendo las maletas?»

64. *Un cielo encapotado y plomizo sobre Ciudad de Luxemburgo*: Bradley, *A Soldier's Story*, p. 449 (*Coca-Colas* y «chimeneas sin vida»); diarios de guerra, 16 de dic., 1944, documentos de ONB, MHI; «Destroy the Enemy», *Time*, 4 de dic., 1944; Weintraub, *11 Days in December*, 54-55 («Ha sido un completo desastre»).

65. *Poco antes de las tres de la tarde, un coronel del SHAEF*: memo, «Conference in War Room», 16 de dic., 1944, documentos de Harold R. Bull, Bib. DDE, caja 2; «Excerpts from Diary, D/SAC», 16 de dic., 1944, MARA RG 319, SC archivos de historial, 2-3.7 CB 8; Bradley, *A Soldier's Story*, p. 449; Strong, *Intelligence at the Top*, pp. 212-217 («sería un error subestimar»).

66. Eisenhower y Bradley cenaron aquella noche:
[http://www.ibiblio.org/lia/president/
EisenhowerLibrary/_General_Materials/DDE_Biography.html](http://www.ibiblio.org/lia/president/EisenhowerLibrary/_General_Materials/DDE_Biography.html) (ascendido de
teniente coronel a general); Miller, *Ike the Soldier*, p. 723 (*Piper Scotch*); diario,
17 dedic., 1944, CBH, MHI, caja 4 (*cinco rondas de bridge*).

67. *En un telegrama posterior, Eisenhower confesaría a Marshall: TSC, pp. 375, 376n; TT, p. 186 («Dile que Ike»).*

68. *Rápidamente le siguieron otros movimientos*: DDE, «The Battle of the Ardennes Salient», 23 de dic., 1944, documentos de Sidney H. Negrotto, MHI; *Ardennes*, p. 334 (*doctrina táctica del ejército*); *TSC*, p. 380 («*sale precipitadamente*»); Strong, *Intelligence at the Top*, p. 219 («*¿Por qué no están haciendo las maletas?*»).

69. *En un mensaje a Marshall*: Chandler, p. 2368; diarios de guerra, 17 de dic., 1944, documentos de ONB, MHI (*por lo menos catorce divisiones alemanas*); diario, 17 de dic., 1944, CBH, MHI, caja 4 (*sedantes*); memoria, H. Wentworth Eldredge, n. d., documentos de Thaddeus Holt, MHI (*enterraron documentos secretos*).

70. *A pesar de todo, Bradley fingía despreocupación*: diario, 17 de dic., 1944, documentos de Raymond G. Moses, MHI, caja 1 («*plan de cruce del Rin*»); diario, 18 de dic. 1944, CBH, MHI, caja 4 («*No me tomo muy en serio*»). Gen. Sibert, G-2 del grupo de ejército, continuaba pensando que la ofensiva era un «ataque de distracción» que «no ha de considerarse una amenaza a largo plazo» (*TT*, p. 190).

71. *uno de los que ya no estaban de acuerdo: Ardennes, p. 332 (compañía de ingenieros); memoria, H. Wentworth Eldredge, n. d., documentos de Thaddeus Holt, MHI («Oh, what a beautiful mornin'»); Carpenter, No Woman's World, p. 209 («enérgicamente por encima de la cama y alrededor»).*

72. *Catorce divisiones del Primer Ejército: Ardennes*, p. 259; «The Defense of St. Vith, Belgium», n. d., AS, Ft. K, NARA RG 407, E 427, Archivos Misc. AG, #2280, pp. 5-6 (*frente de 265 kilómetros*); Knickerbocker et al., *Danger Forward*, p. 338 (*campanas de las iglesias*); «Defense of Spa», 518th M. P. Bn, n. d., en «History of the Ardennes Campaign», NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 2 (*toque de queda para los civiles*); Middleton, *Our Share of Night*, p. 341 (*cacharros de hojalata*); Carpenter, *No Woman's World*, pp. 205-206 (*fortificaciones perimetrales*); Rosengarten, «With Ultra from Omaha Beach to Weimar, Germany», *Military Affairs* (oct. 1978): pp. 127 ss (*paracaidistas alemanes*); Pogue, *Pogue's War*, pp. 296-297 (*abogados y contables*).

72. *Soldados con las botas embarradas entraron en el salón de cócteles del Britannique*: «Defense of Spa», 518th M. P. Bn, n. d., en «History of the Ardennes Campaign», NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 2 (*veintiún presos colaboracionistas*); Pogue, *Pogue's War*, p. 294 (*granadas termita*); Zuckerman, *From Apes to Warlords*, p. 312 (*entre los que encendieron hogueras*); OH, Robert A. Hewitt, 1981, Earl D. Bevan, SOOHP, MHI, p. 175; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, p. 183 (*paso de Kasserine*).

73. Quizás la perspectiva de una debacle similar: el relato más completo de este episodio puede encontrarse en Hogan, *A Command Post at War*, p. 212.

73. «probablemente el hombre más inestable que he visto»: corr., E. N. Harmon a G. F. Howe, 21 de oct., 1952, OCMH, NARA RG 319, documentos de Howe, archivos de historial para *Northwest Africa: Seizing the Initiative in the West, USAWWII*; Comentarios de Bradley, CBH, MHI, cajas 41-42 («casi se había venido abajo»); Bolger, «Zero Defects: Command Climate in First U.S. Army, 1944-1945», *Military Review* (mayo 1991): pp. 61 ss.; OH, Adolph Rosengarten, Jr. 22 de dic. 1947, FCP, MHI (*pensaron en relevar a Hodges*).

74. Los oficiales discutieron sobre cómo guardar: Pogue, *Pogue's War*, pp. 296-297 («Imagino que los alemanes»); Sylvan, p. 225 (fotografías del presidente Roosevelt); Carpenter, *No Woman's World*, p. 212 («llevaos a mi hijo»); memo, IG, 21 de marzo, 1945, NARA RG 338, corr. general del I Ejército, caja 223 («a toda prisa hacia Huy»); Royce L. Thompson, «Military Impact of the German V-Weapons, 1943-1945», 31 de julio, 1953, CMH, 2-3.7 AE-P-4, p. 38 (bombas V-1 alcanzaron a dos de los convoyes que huían).

75. *Cuando Hodges remoloneaba por el Britannique*: Carpenter, *No Woman's World*, p. 213 («*Sálvese general*»); OH, JLC, 1972, Charles C. Sperow, SOOHP, MHI, pp. 229-230; Sylvan, p. 221 (*se abrió un nuevo cuartel a las doce*); Morelock, *Generals of the Ardennes*, p. 150 (*comida cociéndose*).

76. *Un oficial de enlace británico*: Hastings, *Armageddon*, 205-207; Hogan, *A Command Post at War*, p. 217 (*señales a los camiones que pasaban*), 223 (*hasta una semana antes de la ofensiva alemana*); Morelock, *Generals of the Ardennes*, p. 150 (*dónde había ido a parar el puesto de mando*); corr., Weldon Hogue a su familia, 30 de dic., 1944, «Letters Back Home», p. a., pp. 82-83 («*No podemos perder en tres días lo que habíamos ganado en tres meses*»).

77. *La evacuación de los enormes depósitos de abastecimiento*: «Operational History of the Advance Section, COMZ», n. d., NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #583F, p. 109; Robert M. Littlejohn, ed., «Battle of the Bulge», 1955, capítulo 21, PIR, MHI, pp. 3-4 (*en la retaguardia todavía había reservas*); Fest, «The German Ardennes Offensive: A Study in Retrograde Logistics», *Ordnance* (feb. 1983): pp. 51 ss; Wendt, «Logistics in Retrograde Movements», *Military Review* (julio 1948): pp. 34 ss.

78. *cinco kilómetros de cable*: «Ardennes, Supply Installations, Withdraw of», FUSA, 29 de abril, 1945, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 2; Cooper, *Death Traps*, p. 183 (*el depósito de combustible cubría varios kilómetros cuadrados*); «The Quartermaster in the Bulge», en «History of the Ardennes Campaign», NARARG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 2 (*incendiados en un gran hoguera que bloqueó*); Wendt, «Logistics in Retrograde Movements», *Military Review* (julio1948): pp. 34 ss.

79. *Puede que se confundieran cuervos y estorninos: «Kampfgruppe von der Heydte»*, FMS, #B-823, JT, LOC MS Div, caja 38; interrogatorio, F. von der Heydte, 31 de oct., 1945, Londres, NARA RG 407, E 427, ML #1068; *Ardennes*, p. 271.

80. *La operación GREIF, o «cóndor»*: DOB, p. 244 (*ostentoso oficial de comando vienés*); *Ardennes*, p. 270 (*150.^a Brigada Acorazada*); Skorzeny, *Skorzeny's Special Missions*, pp. 156-158; interrogatorio, Otto Skorzeny, n. d., ETHINT 12, CBM, caja 12; Weingartner, «Otto Skorzeny and the Laws of War», *JMH* (abril 1991): pp. 207ss (Casablanca).

81. *portaban brazales con esvásticas*: «The History of the CIC», n. d., Intelligence Center, Ft. Holabird, CBM, caja 6, pp. 2-3, 10-12, 19; memo, Richard F. Shappell a Hugh M. Cole, 14 de mayo, 1945, FUSA G-2, Operación GREIF, NARA RG 407, E 429, ML #994 (*dieciséis infiltrados*); *Ardennes*, 559 (*sin que pudiesen llevar a cabo un solo acto*), 360-363; Weingartner, «Otto Skorzeny and the Laws of War», *JMH* (abril 1991): pp. 207 ss.

82. *El único objetivo que consiguió GREIF*: memo, C. Hodges a SHAEF, 20 de dic., 1944, NARA RG 331, E 1, SGS, «Assassins», caja 8; «The History of the CIC», n. d., Intelligence Center, Ft. Holabird, CBM, caja 6, p. 12; memo, FUSA a SHAEF, 22 de dic., 1944, NARA RG 331, E 1, SGS, «Assassins», caja 8 («*cicatrices de un duelo*»); Toland, *Battle*, pp. 158-159 (*pelea por una bailarina y monjas*); Hoja Informativa CI n.º 12, 26 de dic., 1944, 21 de agosto, en FUSA G-2, Operation GREIF, NARA RG 407, E 429, ML #994 (*ácido sulfúrico*); Paul E. Kohli, «Stavelot, Belgium, 16-18 December 1944», 1985, mesa redonda sobre la segunda guerra mundial en Columbus, MHI, caja 1, p. 5 (*hablaban inglés mejor*); «The History of the CIC», n. d., Intelligence Center, Ft. Holabird, CBM, caja 6, p. 18 (*botón superior de la chaqueta del uniforme*); *Ardennes*, p. 559 (*los camareros belgas o franceses*).

83. *La policía militar de los puestos de control trataba de distinguir*: FUSA G-2, Operation GREIF, NARA RG 407, E 429, ML #994; «The History of the CIC», n.d., Intelligence Center, Ft. Holabird, CBM, caja 6, p. 18 (¿nombre de pila de Sinatra?); Elstob, *Hitler's Last Offensive*, p. 189 (¿Dónde está Little Rock?); Capa, *Slightly Out of Focus*, p. 208 (capital de Nebraska); Pogue, *Pogue's War*, pp. 302-303 («La capital es Frankfort»); Weintraub, *11 Days in December*, p. 59 («¿Quién ganó el Campeonato Mundial de Béisbol?»). Niven estaba agregado al XII Grupo de Ejércitos como oficial de enlace.

84. *Los cocineros, panaderos y empleados recibieron entrenamiento*: Price, Troy H. *Middleton: A Biography*, p. 223; memo a W. B. Smith, 21 de dic., 1944, NARARG 331, E 1, SGS, «Assassins», caja 8 (*acribillaron a cuatro civiles franceses*); diario de guerra, 22 de dic., 1944, IX Ejército, documentos de William H. Simpson, MHI, caja 11 («*sal de mi camino*»); Murphy, *Diplomat Among Warriors*, p. 239 («*Nos desplegamos por el jardín*»).

85. *perfecto doble*: «The History of the CIC», n. d., Intelligence Center, Ft. Holabird, CBM, caja 6, p. 14; *TT*, p. 226.

86. *El auténtico Eisenhower, que viajaba con Tedder*: diario, 19-20 de dic., 1944, CBH, MHI, caja 4; Baldwin, *Battles Lost and Won*, p. 335 («¿Qué demonios es esto?»).

87. «La situación actual ha de ser considerada»: Eisenhower, *Crusade in Europe*, p. 371.

88. *Dos oficiales del Estado Mayor repasaron el frente de combate: «Record of Meeting», 19 de dic., 1944, documentos de Harold R. Bull, Bib. DDE, caja 2; TT., pp. 419-420 (diecisiete divisiones alemanas), 417 (180.000 soldados); «Allied Air Power and the Ardennes Offensive», n. d., director de inteligencia, USSAFE, NARA RG498, ETOUSA HD, UD 584, caja 1 (misiones diarias de la Luftwaffe); «Task Force Thrasher: History of the Defense of the Meuse River», 1945, NARA RG 407, ML #945, caja 24198 (Siete batallones de infantería franceses).*

89. *Después habló Eisenhower*: «Record of Meeting», 19 de dic., 1944, documentos de Harold R. Bull, Bib. DDE, caja 2; («*una acción concertada positiva*»); «Counteroffensive Measures», SHAEF, 22 de dic., 1944, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 1 («*desierto de abastecimiento*»); *Ardennes*, p. 487; «The Intervention of the Third Army: III Corps in the Attack», n. d., CMH, 8-3.1 AR, I-1 (*tres cuerpos frente al Saar*).

90. «George, ¿para cuándo?»: los participantes en la conferencia de Verdún dejaron diversos relatos de este encuentro, entre ellos el de un oficial de Estado Mayor que recordaba que Patton había dicho que podía atacar en dos días (OH, Reuben Jenkins, 6th AG G-3, 14 de oct., 1970, Thomas E. Griess, YCHT, pp. 39-40). La mayoría recordaba que la afirmación fue de tres días. «Notes on Bastogne Operation», Tercer Ejército, 15 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, «The Siege of Bastogne», carpeta #227.

91. «*El 22 de diciembre*»: *PP*, pp. 599-600. John Nelson Rickard advierte de que hay ciertas evidencias que sugieren que Patton propuso el 21 de diciembre (*Advance and Destroy*, p. 106).

92. *Inclinándose hacia adelante, Eisenhower calculó rápidamente*: OH, Reuben Jenkins, 6th AG G-3, 14 de oct., 1970, Thomas E. Griess, YCHT, pp. 39-40; *TT*, p. 421«*No seas fatuo*»).

93. «Podemos hacerlo»: Hirshson, *General Patton: A Soldier's Life*, p. 577.

94. *Antes de salir de los barracones, Patton telefoneó: «Notes on Bastogne Operation»*, III Ejército, 16 de enero, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 49, carpeta 13; Allen, *Lucky Forward*, p. 33 («*Todo el mundo es un hijo de puta*»).

95. «Sí, y cada vez que te atacan»: Codman, *Drive*, pp. 233-234; diario, 19 de dic., 1944, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 9; diario, 19 de dic., 1944, CBH, MHI, caja 4 («*gran exuberancia expansiva*»).

96. «*Hay algo en este tío*»: diario, 8 de nov., 1944, CBH. MHI, caja 4.

97. Eisenhower había exigido a sus tenientes: «Record of Meeting», 19 de dic., 1944, documentos de Harold R. Bull, Bib. DDE, caja 2 («que evitasen cualquier desánimo»).

98. *El martes por la noche la inteligencia británica: Belchem, All in the Day's March*, p. 247; mens, BLM, a Brooke, 19 de dic., 1944, IWM, PP/MCR, C46, Recopilaciones Secundarias, micro R-1 («*Ike tendría que darme*»); *Ardennes*: pp. 423-424 (*estaría mejor gestionado por dos comandantes*).

99. *Los generales subordinados de Bradley en el norte: Ardennes*, pp. 423-424; Merriam, *Dark December*, p. 123; Belchem, *All in the Day's March*, pp. 248-249; notas, conversación telefónica, A. Coningham y James M. Robb, SHAEF, 22 de dic., 1944, Bib. DDE, PP-pres, caja 98 (*ni un solo oficial del Estado Mayor*); OH; ONB, dic. 1974 a oct. 1975, Charles Hanson, MHI, VI, p. 34 («*Esto asustaría demasiado a la población de Luxemburgo*»).

100. *sacaron de la cama*: Strong, *Intelligence at the Top*, pp. 224-225.

101. *Después de que Whiteley y Strong: Comentarios de Bradley, CBH, MHI, cajas 41-42; Ardennes, pp. 423-424; TT, pp. 422-423 (trazó una línea en el mapa).*

102. *Ike piensa que sería buena idea*: Bradley, *A Soldier's Story*, p. 476; Bradley y Blair, *A General's Life*, pp. 363-364 («*Dudo que este cambio*»).

103. *El miércoles por la mañana, cuando Eisenhower llamó*: Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, p. 368; Strong, *Intelligence at the Top*, p. 226 («estas son mis órdenes»), 233; OH, BLM, 29 de marzo, 1949, R. W. W. «Chester» documentos de Wilmot, LHC, LH 15/15/127 («Creo que es mejor que te encargues»).

104. A las 12: 52 h, una entrada del diario del SHAEF: corr., H. R. Bull a Hanson Baldwin, 12 de sept., 1946, documentos de Harold R. Bull, Bib. DDE, caja 2; OH, Arthur Coningham, 14 de feb. 1947, FCP, MHI («absolutamente lívido»).

105. *Entre los perros, los peces de colores y los canarios cantores*: Hamilton, Monty: *Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 181; Hastings, *Armageddon*, pp. 205-207 («ahora tuviéramos que pagar el precio»).

106. *Hay una gran confusión*: corr., BLM a A. Brooke, 19 de dic., 1944, IWM, PP/MCR, C-46, Recopilaciones Secundarias, micro R-1.

107. *Poco de esto era verdad*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 505 («la energía y el brío»); Sylvan, 223 («conferencia junto a la cama»); «Operations of 30 (BR) Corps During the German Attack in the Ardennes», n. d., NARA RG 498, ETOUSAHD, UD 584, caja 2; Belchem, *All in the Day's March*, p. 247 (carros amontonados).

108. *El propio mariscal de campo llegó*: OH, BLM, 1 de oct., 1966, John S. D. Eisenhower, CBM, MHI, caja 6, p. 6; Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 246 (ocho jerséis); Carpenter, *No Woman's World*, pp. 215-216 («Despojándose de la piel de oso»); Wishnevsky, *Courtney Hicks Hodges*, p. 161 («un mono sobre un palo»); Wilmot, *The Struggle for Europe*, p. 592 («Jesucristo venido a purificar»).

109. *Tres horas después ambos tenían un plan*: Hogan, *A command Post at War*, pp. 219-220; Belchem, *All in the Day's March*, pp. 248-249 (*Hodges temía que dos divisiones americanas*); Wilmot, *The Struggle for Europe*, p. 593; *Ardennes*, pp. 426-427; diario de guerra, Noveno Ejército, 20 de dic., 1944, documentos de William H. Simpson, MHI, caja 11 (*reuniría una fuerza de combate*); «Operations of 30 (Br)Corps During the German Attack in the Ardennes», y recuento de equipamiento británico transferido, n. d., NARA RG 498, ETOUSAQ HD, UD 584, caja 2 («*las esperanzas del enemigo de saltar*» y *las reservas británicas*); «Combat Engineering», agosto 1945, Informe histórico n.º 19, CEOH, caja X-30, pp. 89-90 (*todos los puentes del Mosa*).

110. «*Hodges no es el hombre que yo elegiría*»: OH, W. B. Smith, 8 de mayo, 1947, FCP, MHI. 110. «*Hodges es del tipo callado y reticente*»: Chandler, p. 2369.

111. *El SHAEF ordenó que la nueva organización de mando: «The Old Army Game», Time (1 de enero, 1945): P. 45; Elstob, Hitler's last Offensive, p. 462 («Parecían encantados»); Hamilton, Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976, p. 238 («hemorragia nasal de primera»).*

112. *En cuanto a Bradley*: OH, James M Robb, n. d., FCP, MHI (*Estrella de Bronce*); Chandler, p. 2367-2368 («*Conservo toda mi antigua confianza*»).

Una guerra despiadada

113. *Los refugiados civiles con lamentables historias*: «The Battle of Bastogne», 19-28 Dec. 44», n. d., Estudios de batalla, CMH, Geog Belgium 370.2, p. 2; Rapporty Northwood, *Rendezvous with Destiny*, p. 665 («antigua ciudad sita en la parte más sombría»); «The Battle of the Bulge», *AB*, n.º 4 (1974): p. 1 ss («vehículos abandonados»); *TT*, pp. 506-507 (*se refugiaron centenares*).

114. *Los primeros paracaidistas de la 101.^a Aerotransportada: Ardennes*, pp. 305-309; Booth y Spencer, *Paratrooper*, p. 244 («Fuera de los sacos»); Toland, *Battle*, p. 94 (*interrumpieron la representación de un ballet*).

115. *Desde que abandonó Holanda en noviembre*: memo, MBR a Maxwell D. Taylor, 12 de nov., 1944, documentos de MBR, MHI, caja 21 (*deserciones*); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 171 (*peleas de borrachos*); Kennett, G.I.: *The American Soldier in World War II*, pp. 209-210 (*Los soldados hacían concursos*); Marshall, *Bastogne*, p. 10 (*en Inglaterra con diecisiete oficiales*); Blair, *Ridgway's Paratroopers*, pp. 362, 513 (*se había suicidado con una pistola*).
115. *Anthony Clement McAuliffe*: MMB, p. 351. McAuliffe había nacido en Washington, D. C., y asistió a West Virginia University antes de ir a West Point (<http://www.arlingtoncemetery.net/amcauli.htm>;
http://en.wikipedia.org/wiki/Anthony_McAuliffe#cite_note-2; «Gale Encyclopedia of Biography», <http://www.answers.com/topic/anthony-mcauliffe>;
Blair, *Ridgway's Paratroopers*, pp. 221, 336-337).

116. *Varios miles de paracaidistas de reemplazo*: OH, A. C. McAuliffe, 2 de enero, 1945, París, en Brereton, *The Brereton Diaries*, 378-382; Bowen, *Fighting with the Screaming Eagles*, p. 161 («un bote de aceitunas»); «Bastogne», n. d., NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584 (*sin cascos ni fusiles*); «Battle of the Bulge», miscelánea de la 101.^a Aerotransportada, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #229 (*un convoy de emergencia*); OH, William L. Roberts, CCB, 10.^a AG, 12 de enero, 1945, NARARG 407, E 427-A, carpeta #305 («*fluido y oscuro*»); «The Battle of Bastogne, 19-28 Dec.44», n.d., Estudios de Batalla, CMH, Geog Belgium 370.2, p. 2 (*primer herido*); *Ardennes*, p. 315; Price, *Troy H. Middleton: A Biography*, p. 248 (*en su Packard*).

117. *Se acercaban a Bastoña: Ardennes*, pp. 449, 229 (*soldados a pie que marchaban hacia el oeste*); Cirillo, «Ardennes-Alsace», p. 26; Ritgen, *Die Geschichte del Panzer-Lehr Division in Westen*, sin paginación; «The Battle of the Bulge», *AB*, n.º 4 (1974): pp. 1 ss; Charles V. von Lüttichau, «Diary of Thuisko von Metzch», Grupo de ejércitos B, mayo 1952, y OH con von Metzch, n. d., NARA RG 319, R-series, #10, pp. 25-26 (*Model dudaba en privado*).

118. «un absceso en nuestra línea»: Toland, *Battle*, p. 119.

118. *Dos batallones de artillería dispersos en Longvilly: Ardenes*, pp. 449, 303-304 («No nos están echando»), 319-320.

119. *No menos crucial en el retraso del enemigo: Price, Troy H. Middleton: A Biography*, p. 230; OH, William R. Desobry, 1978, Ted S. Chesney, SOOHP, MHI («al azar»); Marshall, *Bastogne*, pp. 57-59 (*arremetieron contra nueve panzers*).

120. *Durante toda la mañana y tarde*: OH, William R. Desobry, 1978, Ted S. Chesney, SOOHP, MHI; AAR, 506th PIR, 8 de enero, 1945, en «Battle of the Bulge»; NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #229 (*redujeron Noville a escombros*).

121. *Al mediodía del miércoles 20 de diciembre: Ardennes*, pp. 454-455 («Situación crítica»); OH, R. Harwick, 506th PIR, n. d., HI (*cuatro Shermans que quedaban*); TT, p. 500; McManus, *Alamo in the Ardennes*, p. 252; visita del autor, Noville, Bastoña, 3 de junio, 2009, panfleto turístico (*agentes de la Gestapo*).

122. *Los puestos fortificados al este de Bastoña, ahora reforzados*: OH, J. Ewell, «Action of 501st Regiment at Bastogne», 6 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #230 («trampa para hombres»); OH, Stanfield Stach, 501st PIR, n. d., HI («No hicimos ningún prisionero»); Marshall, *Bastogne*, p. 76 («una presa de fuego»); *Ardennes*, pp. 456-458.

123. *Los ataques frontales habían producido pocos beneficios: Ardennes*, p. 321; Jacobsen y Rohwer, eds., *Decisive Battles of World War II: The German View*, pp. 405-406.

124. *Entre los pocos informes alentadores*: AAR, Albert J. Crandall, Equipo Quirúrgico de la Primera Aerotransportada, 8 de junio, 1945, «Medical Department Activities in ETO», NARA; Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, p. 469 («*las balas estaban tan cerca*»); «Bastogne», n. d., NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584 (*cirujano de división*).

125. «Sobre todo», *había insistido Middleton: «Bastogne»*, n. d., NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584; «Report on Allied Air Forces Operations», SHAEF, 21 de mayo, 1945, CARL, N-9371 (*veintinueve misiones en Europa*); Jacobsen y Rohwer, eds., *Decisive Battles of World War II: The German View*, pp. 407-409 (*optimismo renovado*).

126. *A las 11: 30 de la mañana del viernes*: Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, pp. 510-511.

127. «El signo de la guerra está cambiando»: Devlin, *Paratrooper!*, pp. 529-530.

128. *A las 12: 25 h el ultimátum llegó a McAuliffe: «The Battle of Bastogne, 19-28 Dec. 44»*, n. d., Estudios de Batalla, CMH, Geog Belgium 370.2, p. 3; «Bastogne», n. d., NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584; corr., Eugene A. Watts a CBM, 12 de feb., 1985, CBM, MHI, caja 1; *Ardennes*, p. 459 (*solamente cinco batallones entre los cuatro regimientos*); OH, William L. Roberts, CCB, 10th AD, 12 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, carpeta #305 (*mimeografiaron consejos útiles y dos comidas al día*); Marshall, *Bastogne*, pp. 133-134 (*«el blanco de sus ojos»*); *Ardennes*, pp. 460-461 (*tortitas*).

129. *Inspirado quizás en el legendario epíteto*: John Glendower Westover, «Selected Memories», vol. 3, MHI, pp. 56, 89-90; OH, Harry W. O. Kinnard, mayo de 2004, autor, Arlington, Va.

130. «*Mataremos a muchos americanos*»: «Bastogne», n. d., NARA RG 498, ETOUSAHD, UD 584.

131. «*Es de locos*»: OH, Hasso von Manteuffel, 12 de oct., 1966, John S. D. Eisenhower, CBM, MHI, caja 6, p. 21.

132. La ciudad había adoptado el nombre de San Vito:
http://saintvitus.com/SaintVitus/Catholic_Encyclopedia.html;
<http://www.catholic-saints.info/patron-saints/saintvitus.htm>; visita del autor,
Saint-Vith, 2 de junio, 2009, señalización (*Diversos sucesos desagradables*);
<http://st.vith.be/touristinfo/?Geschichtliches>; estimación de Manteuffel, 1964, en
estudio del terreno, Grupo del Ejército del Norte, junio 1976, MHI, 11 (*el plan
de los alemanes de ocupar Saint-Vith*).

133. *Los combates de artillería habían estallado en torno a la ciudad: AAR, 106th ID, 6 de enero, 1945, documentos de Alan W. Jones, MHI, caja 1; Morelock, Generals of the Ardennes, pp. 306-307 (reducto estadounidense más oriental); Ardennes, pp. 292-293 («oleaje alemán»).*

134. *Con las líneas de abastecimiento cortadas: Ardennes*, p. 399 (*siete disparos*); AAR, 442nd FA Group, 16 de marzo, 1946, documentos de Robert W. Hasbrouck, MHI, caja 1 («*viejos proyectiles de propaganda*»); Donald P. Boyer, Jr., «Narrative Account of Action of 38th Armored Infantry Battalion», n. d., documentos de Robert W. Hasbrouck, MHI, caja 1 («*por cada disparo*»); Schrijvers, *The Unknown Dead*, pp. 169-170 (*matadero en llamas*); «Engineer Memoirs: General William M. Hoge», 1993, CEOH, p. 134 (*engullían anfetaminas*); Lauer, *Battle Babies*, p. 83 (*humo grasiento*); Ellis, *On the Front Lines*, p. 97 («*fría, reticente, irregular*»); memoir, Archie Ross, n. d., 424.º Inf. NWWIIM («*me convertiría en un viejo*»).

135. *El 20 de diciembre, Manteuffel: «The Defense of St. Vith, Belgium»*, n. d., AS, Ft.K, NARA RG 407, E 427, Misc. Archivos de GE, #2280, p. 25; *Ardennes*, pp. 404-406 (*bengalas de trayectoria baja*); Donald P. Boyer, Jr., «Narrative Account of Action of 38th Armored Infantry Battalion», n. d., documentos de Robert W. Hasbrouck, MHI, caja 1 («*Están acribillando a mis hombres*»); «The Defense of St. Vith, Belgium», n. d., , Ft. K, AS, NARA RG 407, E 427, Misc. Archivos de GE; #2280, p. 29 (*ordenó a sus tropas que se retirasen*); Blair, *Ridgway's Paratroopers*, p. 385; *TT*, p. 481 (*otros veinte mil*).

136. *El general Hodges había dado al XVIII Cuerpo Aerotransportado: diario de guerra, XVIII Cuerpo Aerotransportado, 19 de dic., 1944, documentos MBR, MHI, caja 59; Ardennes, p. 401 (de cuarenta kilómetros a ciento treinta y siete), pp. 410-413 (en Neubrück, cinco kilómetros al sur de Saint-Vith, un batallón entero); Morelock, Generals of the Ardennes, pp. 308-310, 326 (había perdido la mitad de su fuerza).*

137. «*Este terreno no vale ni cinco centavos*»): Bruce C. Clarke, «The Battle of St. Vith: A Concept in Defensive Tactics», n. d., CARL, N-8467.297; mens, R. Hasbrouck a MBR, 22 de dic., 1944, documentos de Robert W. Hasbrouck, MHI, caja 1; corr., MBR a JMG, 6 de oct., 1978, documentos de Maurice Delaval, MHI, caja 9; Ridgway, *Soldier*, p. 120 («*No te dejaremos*»).

138. *a media tarde Ridgway ordenó de mala gana: Ardennes*, pp. 412-413; corr. MBR a JMG, 6 de oct., 1978, documentos de Maurice Delaval, MHI, caja 9; Morelock, *Generals of the Ardennes*, pp. 308-310 («*Pueden volver*»).

139. *Catorce horas de oscuridad de diciembre*: Coolrick y Tanner, *The Battle of the Bulge*, p. 124 («*Id hacia el oeste*»); memoir, Roger W. Cresswell, 7.^a DE, 23 de sept., 1979, colección de Maurice Delaval, MHI, caja 7 (*cada uno sujetando el cinturón y «con solo los ojos descubiertos» y «Quédate justo donde estás»*); «The Defense of St. Vith, Belgium», n. d., AS, Ft K, NARA RG 407, E 427, Misc. Archivos AG, #2280, p. 36 (*abundante contrafuego*); *TT*, p. 481, 487 (*Hasbrouck estaba de pie en un extremo de la carretera*).

140. *Ridgway calculó que quince mil tropas*: Blair, *Ridgway's Paratroopers*, p. 389; *Ardennes*, p. 422 (*bajas al este del Salm*); *TT*, p. 487 (*estuvieron resentidos con Ridgway*); Soffer, *General Matthew B. Ridgway*, p. 71 («*nadie está inquieto*»).

141. *Las tropas alemanas saquearon Saint-Vith: Ardennes*, pp. 412-413.

141. «*El propio Model está dirigiendo el tráfico*»: Baldwin, *Battles Lost and Won*, p. 338.

142. *Más valía darse prisa en el saqueo: «Allied Air Power and the Ardennes Offensive»*, n. d., director de inteligencia, USSAFE, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 1 (*mil setecientas toneladas*); visita del autor, 2 de junio, 2009, señalización, folleto turístico; Schrijvers, *The Unknown Dead*, pp. 183-184; Hastings, *Armageddon*, p. 211 («*monos bocazas*»).

143. *Un GI temblando en una trinchera de las Ardenas*: Blunt, *Foot Soldier*, p. 119 («¿Cómo es posible que nosotros no?»); Baxter, *Scientists Against Time*, p. 222 («el logro científico más extraordinario»).

144. *El origen de la nueva arma se remontaba a 1940: «Employment of VT Fuzes in the Ardennes Campaign»*, n. d., CMH, pp. 3-6 (2.500 obuses de artillería antiaérea); Baxter, *Scientists Against Time*, pp. 223-224 (cucurucho de helado).

145. *El artefacto resultante, conocido finalmente*: Baxter, *Scientists Against Time*, pp. 223-224, 235; Green et al., *The Ordnance Department*, pp. 363-366 (solo pudo usarse sobre aguas abiertas); Appleman et al., *Okinawa: The Last Battle*, 257; «Employment of VT Fuzes in the Ardennes Campaign», n. d., CMH, pp. 3-6, 17; Morton, «The VT Fuze», *Army Ordnance* (enero-febrero 1946): pp. 43 ss. (cinco veces más efectivos); Baldwin, *The Deadly Fuze*, pp. 275-276 (los bombarderos británicos Lancaster habían transportado).

146. *Se habían desarrollado variantes de pozit*: Cooper, *Death Traps*, p. 206; corr., Ben Lear a GCM, n. d., (otoño 1944), documentos de Henry B. Sayler, Bib. DDE, caja 9 («*el perfeccionamiento más importante*»); Morton, «The VT Fuze», *Army Ordnance* (enero-febrero 1946): pp. 43 ss.

147. *Con la aprobación los Charlie-Charlies: «Employment of VT Fuzes in the Ardennes Campaign», n. d., CMH, pp. 9-11, 21-24 («la matanza de concentraciones enemigas» y «arma de terror»); Richard Henry Byers, «Battle of the Bulge», 1983, a. pp. 39 («montones de proyectiles»); «Operational Use of VT Artillery Fuzes», Boletín informativo de OPD, 23 de feb., 1945, vol. 4, #2, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 1164; Green et al., *The Ordnance Department*, pp. 363-366 («gravemente descompuesto»).*

148. *Trescientas compañías americanas*: Baxter, *Scientists Against Time*, pp. 233, 236 («*La otra noche pillamos*»); *Ardennes*, pp. 655-656; «VT Fuzes», 29 de marzo, 1945, NARA RG 337, AGF OR #282 (*exageraciones*); «Employment of VT Fuzes in the Ardennes Campaign», n. d., CMH, p. 3 (*los proyectiles más pesados del ejército*); Green et al., *The Ordnance Department*, p. 366; Chester C. Hough, «Effectiveness of VT Fuze», 18 de abril, 1945, NARA RG 337, AGF OR #305.

149. *A pesar de todo, el pozit resultó tan desmoralizante*: Baldwin, *The Deadly Fuze*, p. 284; Carpenter, *No Woman's World*, p. 232 («Cuelga en el aire»); memo, «Results of Use of Pozit Fuzes», 10 de enero, 1945, V Cuerpo del Primer Ejército, NARARG 498, G-3 OR, caja 1 (*una sola explosión de 155 mm.*); «Effect of Pozit Fuze», 6 de enero, 1945, XV Cuerpo, NARA RG 498, G-3 OR, caja 10 («*Ni siquiera el diablo*»).

150. *Pero ¿y los secuaces del diablo?:* Los cañones de la 30.^a DI utilizaron por primera vez proyectiles pozit el 19 de diciembre, y los artilleros calcularon que una cuarta parte de todos los disparos en torno a La Gleize llevaban esta espoleta («VT Fuzes», 29 de marzo, 1945, NARA RG 337, AGF OR #282).

151. *El avance de Peiper hacia el Mosa*: corr., J. Peiper a John S. D. Eisenhower, 4 de abril, 1967, CBM, MHI, caja 6; *TT*, pp. 239-240 (*volaron los tres puentes*); «An Interview with Obst Joachim Peiper», *ETHINT* 10, 7 de sept., 1945, MHI, p. 21 (*Peiper viró al norte*); Reynolds, *Men of Steel*, p. 95; *Ardennes*, pp. 337-339 (*latas de agua*).

152. *Numerosos arcos de puente fueron demolidos*: Royce L. Thompson, «The ETO Ardennes Campaign: Operations of the Combat Group Peiper», 24 de julio, 1952, CMH; Tolando, *Battle*, p. 176 (*latas de combustible al Amblève*); Weingartner, *Crossroads of Death*, pp. 58-60; *Ardennes*, pp. 349-350, 364-365; Schrijvers, *The Unknown Dead*, pp. 54-56 (*Un sacerdote daba la absolución general*); *TT*, p. 445.

153. *Peiper había recorrido unos cien kilómetros*: Royce L. Thompson, «The ETO Ardennes Campaign: Operations of the Combat Group Peiper», 24 de julio, 1952, CMH; Reynolds, *Men of Steel*, p. 125 (*mil quinientos supervivientes*); «Kampfgruppe Peiper», n. d., FMS, #C-004, MHI, pp. 12-13 (*cien prisioneros americanos*); Hal D. McCown, CO, 2.º Bn., 119.^a Inf., «Observations of an American Field Officer», n.d., MHI; *TT*, p. 459 (*amenaza comunista*); Schrijvers, *The Unknown Dead*, pp. 42-48; Moriss, «The Defense of Stavelot», *Yank*, 9 de feb., 1945, pp. 8 ss.; Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, pp. 84-85; «Malmédy Massacre Investigation», Comité de Servicios Armados del Senado de los Estados Unidos, oct.1949, p. 2.

154. *A última hora del viernes, las ametralladoras americanas*: TT, p. 459; Royce L. Thompson, «The ETO Ardennes Campaign: Operations of the Combat Group Peiper», 24 de julio, 1952, CMH (*quemaba los papeles secretos en el sótano*); Reynolds, *Men of Steel*, p. 126; *Ardennes*, pp. 374-377; TT, pp. 457-459 (pistolas Luger), p. 465 (*atacaron Malmédy por error*).

155. «*La posición ha empeorado considerablemente*»: H. Priess, «Commitment of the I SS-Panzer Corps During the Ardennes Offensive», marzo 1946, FMS, #A-877, MHI, pp. 40-43; Reynolds, *Men of Steel*, p. 133 (*mensaje codificado*); Reynolds, *The Devil's Adjutant*, pp. 225-235 (*ejecutado por desertor*); *Ardennes*, pp. 376-377 (*últimos veintiocho panzer*).

156. *A las dos de la madrugada del domingo 24 de diciembre: Ardennes*, pp. 376-377. Otros relatos mencionan menos alemanes heridos y más americanos abandonados (Reynolds, *Men of Steel*, p. 133).
156. *Durante una breve escaramuza con una patrulla americana*: Hal D. McCown, CO, 2.º Bn., 119.ª Inf., «Observations of an American Field Officer», n.d., MHI; *TT*, pp. 462-463 («*Yankee Doodle*»).

157. *En un vado del gélido Salm*: Reynolds, *Men of Steel*, pp. 134-135 (*cadena humana*); Royce L. Thompson, «The ETO Ardennes Campaign: Operations of the Combat Group Peiper», 24 de julio, 1952, CMH (*línea alemana en Wanne*); *TT*, pp. 462-463; Reynolds, *Men of Steel*, pp. 134-135 (*quedaban 770*); «Malmédy Massacre Investigation», Comité de Servicios Armados del Senado de los Estados Unidos, oct. 1949, p. 2; *Ardennes*, p. 262; Royce L. Thompson, «Bibliography of the Malmédy Massacre Case», 9 de dic., 1954, CMH, *Geog Belgium*, 370.2.

158. *En las Ardenas, las densas nevadas*: Royce L. Thompson, «Weather of the Ardennes Campaign», 2 de oct., 1953, CMH, p. 29; *Ardennes*, p. 470; Moorehead, *Eclipse*, p. 228 («*mundo radiante*»); William A. Carter, «Carter's War», 1983, CEOH, caja V-14, XII, p. 22 (*amontonados como sacos de arena*); Wellard, *The Man in a Helmet*, p. 209 (*vestidos de mujer*); Lewis, ed., *The Mammoth Book of Eyewitness World War II*, p. 441 («*Todo el mundo parece de la misma edad*»).

159. *Las tropas fabricaron trineos*: «Ardenness, Supply Installations, Withdraw of», FUSA, 29 de abril, 1945, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584; «Chief Engineers Report on Camouflage Activities in the ETO», 15 de nov., 1945, documentos de Howard V. Canan, HIA, caja 3 (*cal y sal*); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 208 (*encaje belga*); «Third U.S. Army After Action Report», n. d., capítulo 21, CMH (*fundas de los colchones*); «Unit History, 93rd Evacuation Hospital, 1944», documentos de Donald E. Currier, MHI, caja 1, pp. 42-43 (*Guantes quirúrgicos inflados empapados de pintura*); Simpson, *Selected Prose*, p. 138 («*se extinga como una cerilla*»); Mary Ferrell, 101.º Hospital de Evacuación, ts, marzo 1970, NWWIIM («*como una radio mal sintonizada*»).

160. *Torpes escaramuzas y batallas campales: Ardennes*, pp. 438-439; «Engineer Troops in Ardennes Breakthrough», NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 2, p. 2 (*el extremo norte*); Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, p. 463 (*expuesto el flanco izquierdo de Manteuffel*); Horst Stumpff, oficial jefe blindado del OB West, 11 de agosto, 1945, ETHINT 61, MHI, p. 61 (*nuevos panzers del valle del Rin*).

161. Sin embargo, al oeste de Saint-Vith, en el centro alemán: Gilmore, ed., *U.S. Army Atlas of the European Theater in World War II*, pp. 142-143; Cirillo, «Ardennes-Alsace», p. 33 (*frente de combate de cuarenta kilómetros*).

162. *Una nueva preocupación irrumpió en el cuartel general del Primer Ejército:* Sylvan, p. 231; diario de guerra, 24 de dic., 1944, 0615 h., documentos MBR, MHI, caja 59 («*La situación es normal*»).

163. *Otros eran mucho menos optimistas*: «Report on Allied Air Force Operations», 21 de mayo, 1945, SHAEF, A-3, CARL, N-9371; *AAF in WWII*, p. 773 («procesado del terreno»); Royce L. Thompson, «Weather of the Ardennes Campaign», 2 oct., 1953, CMH, pp. 29-30 (*Los GI estiraban el cuello*); Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, pp. 532-533 (*los ataques más intensos de la guerra*); *Ardennes*, pp. 649-650 (*arados tirados por caballos*); Quesada, «Operations of the Ninth Tactical Air Command», conferencia, 20 de mayo, 1945, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, L-10-45, P. 13; diario, Martin Opitz, 295.^a VG Div, 25 de dic., 1944, NARA RG 407, ETO G-3 OR, caja 8 («*Los Jabos americanos*»).

164. *Los cielos despejados permitieron el reaprovisionamiento de Bastoña*: «Report on Air Resupply to 101st Airborne Division at Bastogne», 11 de enero, 1945, en «Battle of the Bulge», y OH, Carl W. Kohls, G-4, et al., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas #229 y 230. De 900 salidas a Bastoña, se perdieron 23 aviones (Royce L. Thompson, «Air Resupply to Isolated Units, Ardennes Campaign», feb. 1951, CMH, 2-3.7 AE P, p. 73).

164. *El general McAuliffe contaba también con los valiosos servicios*: OH, James E. Parker, «Air Support Part at Bastogne», 1 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #230; Marshall, *Bastogne*, pp. 134-156; «Bastogne», n. d., NARA RG498, ETOUSA HD, UD 584 (*En la nieve fue fácil encontrar su rastro*).

165. *Bastuña fue dispensada*: OH, William L. Roberts, CCB, 10.^a DE, 12 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, carpeta #305; «Bastogne», n. d., NARA RG498, ETOUSA HD, UD 584 (*racionamiento de diez cargadores*); *Ardennes*, p. 474 (*veinticinco kilómetros de circunferencia*); Ingersoll, *Top Secret*, p. 250 («*limaduras de acero*»).

166. *Más de tres mil civiles quedaron atrapados*: Toland, *Battle*, pp. 255-257; «Medical Evacuation and Supply, Bastogne», n. d., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 230 (*Varios centenares de GI heridos*); Cowdrey, *Fighting for Life*, pp. 265-266 («sus rostros estaban envejecidos»); Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, pp. 469-470 (*se afanaban bajo la luz y campo de tiro*); Cosmas y Cowdrey, *Medical Services in the European Theater of Operations*, p. 418 (*Los moribundos yacían a lo largo de una pared y coñac*); «Bastogne», n. d., NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584 (*café y Ovaltine*); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, pp. 166-167.

167. *El fuego de napalm rodeaba la ciudad: Ardennes*, p. 475.

167. «No hagáis planes, porque el plan de Dios»: Weintraub, *11 Days in December*, p. 137; Simpson, *Selected Prose*, p. 140 («Aquello que os están atacando»); Toland, *Battle*, pp. 255-257 («Santa Claus is Coming»); *Ardennes*, p. 475 («regalo de Navidad»); Marshall, *Bastogne*, p. 169 («Nos han decepcionado»).

168. *A las 17: 10 h, un intrépido piloto: «Medical Evacuation and Supply, Bastogne»*, n.d., NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 230; visita del autor, Bastoña, 3 de junio, 2009, señalización; OH William L. Roberts, CCB, 10.^a DE, 12 de enero, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #305 (*enfermera civil*); Rapporty Northwood, *Rendezvous with Destiny*, p. 471; «The Battle of Bastogne, 19-24 Dec. 44», n. d., CMH, Geog Belgium 370.2, p. 4.

169. Patton asistió en Nochebuena a un servicio de comunión a la luz de las velas: PP, p. 606; corr., GSP a Bea, 25 de dic., 1944, GSP, LOC MS Div, caja 12; D'Este, *Patton: A Genius for War*, p. 691 (instalado junto con Bradley); Codman, *Drive*, p. 235 (abarrotaada y gélida).

169. «un rostro rojo teja»: PP, p. 852-853.

170. *Escudriñando el cielo estrellado fuera*: Allen, *Lucky Forward*, p. 184 («Navidad, Navidad»); Wellard, *The Man in a Helmet*, p. 210 (*desafiaba personalmente a los centinelas*); Allen, *Lucky Forward*, p. 184 («espabilar o morir»); D'Este, *Patton: A Genius for War*, pp. 682-683 (*guerra despiadada*); Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, p. 251 (*Le había pedido a Dios buen tiempo*); *PP*, p. 606 («despejada y fría Navidad»).

171. *Patton había cumplido su audaz promesa*: H. P. Hudson, «The Intervention of the Third Army: III Corps in the Attack», n. d., NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 3 (*hazaña era prodigiosa y «Conducid como locos»*); Allen, *Lucky Forward*, p. 180 (*108 batallones de artillería*); Rickard, *Advance and Destroy*, p. 167 (*no había que coger a ningún prisionero vivo de las SS*); Baily, *Faint Praise*, p. 120 (*tanques «Jumbo»*).

172. *Tanto el mando como los subordinados dieron también pasos en falso*: Albret Praun, jefe de comunicaciones de la Wehrmacht, «German Radio Intelligence», n. d., FMS, #P-038, CMH, pp. 84-85; Holt, *The Deceivers*, pp. 647-648, 658-659; Cirillo, «Ardennes-Alsace», p. 36 (*contundente ataque frontal*); Robert R. Summers et al., «Armor at Bastogne», mayo 1949, AS, CARL, N-2146.71-2, p. 123 (*primera vez desde octubre*); *Ardennes*, p. 526 (*peligroso ataque nocturno*); Fox, *Patton's Vanguard*, p. 388 (*solo con catorce Shermans*), pp. 382-384 (*«endemoniado pueblo cubierto de estiércol»*); «The Intervention of the Third Army: III Corps in the Attack», n. d., CMH, 8-3.1 AR, II, pp. 12-13; Taylor, *General Maxwell Taylor*, p. 130 (*«Las tropas encendían pequeños fuegos»*).

173. «Quizás fue culpa mía»: PP, p. 605.

173. «el tiempo que hace falta para aprender la guerra»: Rickard, *Advance and Destroy*, 172; Fox, *Patton's Vanguard*, p. 388; Robert R. Summers *et al.*, «Armor at Bastogne», mayo 1949, AS, CARL, N-2146.71-2, pp. 128-131 (*los paracaidistas alemanes continuaban infiltrándose*); notas, 26 de dic., 1944, SHAEF, corr. James M. Robb, Bib. DDE, PP-pres, caja 98 (*Patton tuvo que telefonar dos veces*); «The Intervention of the Third Army: III Corps in the Attack», n. d., CMH, 8-3.1 AR, II, pp. 12-13 («*Lamento todo esto*»).

174. *Buscando una costura*: Sorley, *Thunderbolt*, pp. 22, 55 (tomando aspirinas); Fox, *Patton's Vanguard*, p. 399. 174. «*melé de disparos, golpes y puñaladas*»: *Ardennes*, pp. 552-555; «The Intervention of the Third Army: III Corps in the Attack», n. d., CMH, 8-3.1 AR, VIII, p. 10 («*Han pasado por Assenois*»).

175. *Cinco Shermans y un camión semioruga*: Sorley, *Thunderbolt*, pp. 80-81; Toland, *Battle*, pp. 282-283 («¡Venid aquí!»); Capa, *Slightly Out of Focus*, p. 212 («Qué alegría verle»).

176. «Kilroy estuvo atascado aquí»: Capa, *Slightly Out of Focus*, p. 212; *Ardennes*, pp. 607-609 (*setecientos prisioneros enemigos*), 480-481 (*dos mil bajas americanas*); Hastings, *Armageddon*, p. 234 (*aplastando con violencia la culata de su fusil*); «Bastogne», n.d., NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584 (*fuerza de tanques de la división*); «Answers to Questions Asked General Westphal», 1954, FMS #A-896, MHI, p. 11 («*el fracaso en la conquista de Bastoña*»).

177. «tan importante como la batalla de Gettysburg»: *PP*, p. 613.

«La gloria tiene un precio»

178. *Time de la última semana de diciembre*: «Man of the Year», *Time* (1 de enero, 1945): portada; *TT*, 600 (*actual saliente alemán*); Royce L. Thompson; «Ardennes Campaign Statistics», 28 de abril, 1952, CMH, 2-3.7 AE P-15; «Ordnance», n. d., «History of the Ardennes Campaign», NARA RG 498, UD 584, caja 2; «Tactical Air Operations in Europe», XIX Comando Táctico del Aire, mayo 1945, documentos de Frederick L. Anderson, HIA. caja 83, carpeta 1, p. 56 (*bombardear cualquier columna*).

179. *La mayor preocupación era una punta de lanza blindada alemana*: Rickard, *Advance and Destroy*, pp. 202-203; *Ardennes*, pp. 430-435, 535 (un viaje de cuatro noches de ida y vuelta), 426-427; *TT*, pp. 577-579 (a ocho kilómetros de Dinant); Collins, *Lightning Joe*, p. 292 (casi 100.000 efectivos).

180. *Un combate feroz se propagó desde el Salm*: William E. Dressler et al., «Armor Under Adverse Conditions», 1949, AS, Ft. K, pp. 41-48; *TT*, p. 583; *Ardennes*, p. 570 (*equipamiento de seis batallones*), 595-603 (*última salida del Sexto Ejército Panzer*); Harmon, *Combat Commander*, p. 240 (*tanque lanzallamas británico*).

181. *Durante la semana anterior Eisenhower*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 545.

181. *Un mensaje interceptado y descifrado por Ultra justo después de Navidad*: Enviado el 21 de diciembre, el mensaje tardó cinco días en ser descifrado (Bennett, *Ultra in the West*, p. 214); Royce L. Thompson «*Ardennes Campaign Statistics*», 28 de abril, 1952, CMH, 2-3.7 AE P-15 (*casi cuatro mil tanques*).

182. *Patton abogaba por penetrar desde el sur: Ardennes*, pp. 610-611; Rickard, *Advance and Destroy*, pp. 191-196.
182. *Collins, en un memorándum del miércoles*: memo, JLC a C. Hodges, «Plans for Offensive Operations», 27 de dic. 1944, documentos de JLC, Bib. DDE, caja 3, archivo 201.
182. *Montgomery dudaba*: diario de guerra, Noveno Ejército, 28 de dic., 1944, documentos de William H. Simpson, MHI, caja 11; corr., JLC a Bruce C. Clarke, 21 de feb., 1975, CARL, N-8467.297; OH, JLC, 1973, G. Patrick Murray, SOOHP, in «Courtney Hodges Story», MHI («*Nadie va a atravesar*»); OH, JLC, 1972, Charles C. Sperow, SOOHP, MHI, pp. 235-238 («*Vas a empujar a los alemanes hasta sacarlos*»).

183. *Falaise no podía achacarse solo a Montgomery*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 539; mens, BLM a DDE, 2 de dic., 1944, 21: 55h., Bib. DDE, PP-pres, caja 83 (*Había dudado de la capacidad de Patton*); memo, JLC a C. Hodges, 30 de dic., 1944, documentos de JLC, Bib. DDe, caja 3 («*agotado a sí misma definitivamente*»).

184. «¡Gracias a Dios!»: notas, James M. Robb, 27 de dic., 1944, oficina DDE, Bib.DDE, PP-pres, caja 98.

184. «Monty es un auténtico coñazo»: PP, p. 608; notas, James M. Robb, 27 de dic., 1944, oficina de W. B. Smith, Bib. DDE, PP-pres, caja 98 («nuestros superiores en Washington»); Rickard, *Advance and Destroy*, pp. 193, 198-199 (*Bradley también respaldaba azuzar al enemigo en Houffalize*); Hogan, *A Coomand Post at War*, p. 225 (*contaba con diecisiete divisiones alemanas con libertad de acción*); *Ardennes*, p. 614 (*cielos despejados terminaba*).

185. *Más tarde, Montgomery declaró:* OH, BLM, 1 de oct., 1966, John S. D. Eisenhower, CBM, MHI, caja 6, p. 7; Bolger, «Zero Defects: Command Climate in First U.S. Army, 1944-1945», *Military Review* (mayo 1991): pp. 61 ss. (*prefería la ruta más conservadora*); Sylvan, p. 241 («*Hodges ya ha tenido bastante*»).

186. *Demorado por la niebla, los bancos de nieve y numerosos informes: Hamilton, Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, pp. 259-263; Eisenhower, *Crusade in Europe*, p. 360; *TT*, p. 609 (*Montgomery trazaba el plan*).

187. Sin embargo, el mariscal de campo se mostró impreciso: Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 222 («galopeadores»), 259-263 (un «plan maestro»); Wilmot, *The Struggle for Europe*, p. 605 («un ataque sangriento más»); TSC, p. 385n.

188. *Tras resucitar este antiguo tema: TSC*, p. 385. Eisenhower pasa por alto este episodio en su memoria (Eisenhower, *Crusade in Europe*, pp. 360-361).

189. «definitivamente en una especie de estado mental de sumisión»: Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, pp. 265, 246-248 («un tipo decente» y «Estáis mucho mejor informados»); Hastings, *Armageddon*, p. 223 («Hemos arreglado el desorden»).

190. «*Hemos sufrido un fracaso evidente*»: Chandler, p. 2387.

191. «*Le planteo este asunto solo*»: corr. BLM a DDE, 29 de dic., 1944, Bib. DDE, PP-pres, caja 83.

192. «*Que bajo ninguna circunstancia se haga ninguna concesión de ninguna clase*»: corr. GCM a DDE, 30 de dic., 1944, mensaje personal, colección de Walter B. Smith, Bib. DDE, documentos de WWII, caja 27; *TSC*, pp. 385-386.

193. «*Están todos furiosos con Monty*»: diario, Kay Summersby, 29 y 31 de dic., 1944, Bib. DDE, PP-pres, caja 140.

194. «conociendo a Monty, lo último que haría»: notas, James Robb, SHAEF, 31 de dic., 1944, NARA RG 319, SC archivos de historial, 2-3.7 CB 8.

195. «*Muy bien, Beetle*»: OH, DDE, n. d., CJR, caja 43, carpeta 7, p. 33.

196. *Conocedor del peligro de Montgomery*: Chandler, p. 2387n.

197. «*Muy bien Freddie*»: OH, DDE, n. d., CJR, caja 43, carpeta 7, p. 34.

198. *No estoy de acuerdo en que un comandante de grupo de ejército: corr. DDE a BLM, 31 de dic. 1944, Bib. DDE, PP-pres, caja 83.*

199. *Ya frágil de salud*: OH, Alan Moorehead, 21 de enero, 1947, FCP, MHI («uno de los dos tendrá que marcharse»); AAAD, p. 425 (Mareth); Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol.1, p. 376 («¿Qué voy a hacer?»).

200. «*Apreciado Ike...Cualquiera que sea su decisión*»: corr. BLM a DDE, 31 de dic., 1944, Bib. DDE, PP-pres, caja 83.

201. «*La tendencia general del SHAEF*»: Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, pp. 288-289; Chandler, p. 2389 («*tu muy amable telegrama*»), xxiii («*Es solo un hombre pequeño*»); OH, John Whiteley, 15 de mayo, 1963, CR, caja 44, carpeta 3 (*lo mantuvo despierto*).

202. *A pesar de estar al mando de diez divisiones francesas y ocho americanas: RR, pp. 462-463, 482-483, 492; Garland, Unknown Soldiers, p. 346 («Me cago en la Casa de Hitler»).*

203. *La bolsa de Colmar, tan ancha como las Ardenas*: OH, Paul D. Adams, 1975, Irving Monclova y Marlin Lang, SOOHP, MHI; diario, 12 de dic., 1944, documentos de John E. Dahlquist, MHI, caja 3 («*El enemigo ha atacado hoy en tres frentes*»); corr. J. E. Dahlquist a Homer Case, 5 de junio, 1945, documentos de John E. Dahlquist, MHI, caja 1 («*defendiera la bolsa*»); corr. JLD a DDE, 18 de dic., 1944, NARA RG 319, RR archivos historial, FRC 5; diario, JLD, 15 de dic., 1944, MHI; Franklin L. Gurley «The Relationship Between Jean de Lattre de Tassigny and Jacob L. Devers», 26 de marzo, 1944, Sorbona, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 4 («*dos niños problemáticos*»).

204. *En Verdún, el 19 de diciembre: RR* , pp. 486-489, 495-497, 511, 533; notas, 26 de dic., 1944, SHAEF, corr. James M. Robb, Bib. DDE, PP-pres, caja 98 (*llevó a Devers el 26 de diciembre un mapa*); Gurley, «Policy Versus Strategy: The Defense of Strasbourg in Dec. 1944», NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5 (*abandonando Estrasburgo y la llanura alsaciana*); memo, DDE a JLD, 28 de dic., 1944, 10: 24h, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584 (*reserva del SHAEF al oeste de los Vosgos*).

205. *Sin duda ahora los alemanes me atacarán*: diario, JLD, 26, 28, 29 de dic., 1944, MHI.

206. *De Gaulle también era de este parecer: DOB, p. 401 (saludar con la mano izquierda); Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC5 («Están tramando algo»).*

207. *Mientras Smith prevaricaba*: John W. Price, «The Strasbourg Incident», 1967, OCMH; NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5, pp. 3-5 (*posiciones intermedias*); OH, Russell L. Vittrup, 1989, Henry E. Fitzgerald, SOOHP, MHI, pp. 125-126 («*No voy a hacerlo*»); De Lattre de Tassigny, *The History of the French Army*, pp. 303-304 («*una psicosis de retirada*»); Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5 («*mantener la integridad del frente actual*»).

208. «*Llama a Devers y dile*»: notas, 1 de enero, 1945, SHAEF, corr. James M. Robb, Bib. DDE, PP-pres, caja 98.

208. «*No le voy a ir con este cuento*»: Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5.

209. *La presión política de retener suelo francés: corr. DDE a JLD, 1 de enero, 1945, documentos de JLD, MHI.*

210. *Devers capituló*: diario, JLD, 1 de enero, 1945, MHI («no me ha dejado alternativa»); Franklin L. Gurley, «The Relationship Between Jean de Lattre de Tassigny and Jacob L. Devers», 26 de marzo, 1994, Sorbona, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 4; Gurley, «Policy Versus Strategy», *JMH* (julio 1994): pp. 481 ss.

211. «*Se puede matar a un caballo dócil*»: diario, JLD, 30 de dic., 1944, MHI.

211. «*convertirla en un Stalingrado*»: diario, JLD, 1 de enero, 1945, MHI.

212. *El último día del año transcurrió*: diario de guerra, Séptimo Ejército, 31 de dic., 1944, MHI; Cochran, «Protecting the Ultimate Advantage», *Military History* (junio 1985): pp. 45 ss; Bradley, *A Soldier's Story*, p. 483 («El mundo nunca estuvo tan maldecido»); diario, JLD, 31 dic., 1944, MHI («Patch me llamó»).

213. *Efectivamente, el ataque se produjo aquella noche: RR, pp. 493-497, 499-500 (VII Ejército estadounidense estaba muy disperso); Bonn, When the Odds Were Even, pp. 181-183; Rickard, Advance and Destroy, pp. 173, 241 (forzaría la retirada de Patton).*

214. *Los americanos estaban también en alerta y atrincherados*: Cochran, «Protecting the Ultimate Advantage», *Military History* (junio 1985): pp. 45 ss; Donald S. Bussey, «Ultra and the U.S. Seventh Army», 12 de mayo, 1945, SRH-022, y «Reports by U.S. Army Ultra Representatives», VI Grupo de Ejércitos, n. d., SRH-023, NARA RG 457, E 022 (*Patch tenía pocas dudas*).

215. «*La ofensiva alemana empezó*»: Wyant, *Sandy Patch*, pp. 9-11 («*Los maté*»); Bonn, *When the Odds Were Even*, pp. 197, 200, 203-204 («*El terreno que ganamos es insignificante*»); RR, pp. 504-505; Yeide y Stout, *First to the Rhine*, p. 275 («*Valle de la Morgue*»).

216. *La salida más extravagante de los alemanes: TT*, p. 608 («Ataque de Resaca»); Miller, *Masters of the Air*, p. 374 (*guantes blancos*); VW, vol. 2, p. 190. Richard G. Davis sitúa el cálculo de aviones aliados destruidos en casi doscientos, incluyendo tres docenas de aparatos americanos (*Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, p. 535).

216. *las pérdidas alemanas ascendieron a 300 aviones: Germany VII*, pp. 693-694; Miller, *Masters of the Air*, p. 374 («*nuestra última sustancia*»). Miller sitúa las pérdidas americanas en más de 450 aviones y las alemanas por encima de 400.

217. *A pesar de que NORDWIND se desmoronase: RR*, pp. 505-509; «The Psychological Warfare Division», 1945, CMH, 8-3.6 BA, pp. 78-79 (*Radio Stuttgart*): Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG 319, *RR* archivos de historial, FRC 5 («*provocaron el pánico general*»).

218. *La visión de las tricolores arriadas y de los sedanes oficiales*: Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5; memo, «Misleading Briefing Data», Frank A. Allen, Jr., a JLD, 16 de enero, 1945, y memo, VI Grupo de Ejércitos, 21 de enero, 1945, NARA RG 331, E 240P, sección de relaciones públicas del SHAEF, caja 38 («mujeres empujando cochecitos de bebés»); Fussell, *Doing Battle*, p. 129 (*cubierta de platos llanos del revés*).

219. *Charles de Gaulle, una vez más hablando de sí mismo*: De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, p. 834. El mensaje de De Gaulle, escrito el 1 de enero, tardó veintisiete horas en llegar a De Lattre (OH, Philippe de Camas, ast. G-3, I Ejército francés, oct.-dic. 1948, Miguel Vigneras, París, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5).

219. «*un efecto bomba*»: OH, Philippe de Camas, ast. G-3, I Ejército francés, oct.-dic. 1948, Miguel Vigneras, París, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5; Salisbury-Jones, *So Full a Glory*, p. 171 («Ça, non!»); Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5 («*problema de conciencia*»).

220. *De Gaulle no veía dilema alguno*: De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, pp. 834-837; Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5 (*desairó a Madame de Lattre*); De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 311 («*nuestra última esperanza*»).

221. *A las nueve de la noche del martes, el general Juin*: Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5 («*extremadamente graves consecuencias*» y «*ellos dependen de nosotros*»); corr. David G. Barr a JLD, 15 de agosto, 1967, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5 (*sacó de su bolsillo*).

222. «*Anoche Juin me dijo cosas*»: notas, 3 de enero, 1945, oficina DDE y oficina de W. B. Smith, corr. James M. Robb, Bib. DDE, PP-pres, caja 98; «Summary of Directions in Chronological Order Concerning Holding Strasbourg or Not Holding Strasbourg», 3 de enero, 1945, documentos de JLD, MHI («*olvidar Estrasburgo*»); John W. Price, «The Strasbourg Incident», 1967, OCMH, NARA RG 319, RR archivos historial, FRC 5, p. 26 («*vergüenza imborrable*»); diario de Guerra del Séptimo Ejército, 3 de enero, 1945, MHI («*terribles represalias*»); Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5 («*planes de evacuación*»); memo, «Misleading Briefing Data», Frank A. Allen, Jr., a JLD, 16 de enero, 1945, y memo, VI Grupo de Ejércitos, 21 de enero, 1945, NARA RG 331, E 240P, sección de relaciones públicas del SHAEF, caja 38 (*solo había doscientos vagones*).

223. «*Después del tiempo*»: Chandler, p. 2491.

224. *Smith* *telefoneó a Devers para preguntar: «Summary of Directions in Chronological Order Concerning Holding Strasbourg or Not Holding Strasbourg»*, 3 de enero, 1945, documentos de JLD, MHI.

225. *El abarrotado escenario de este melodrama*: John W. Price, «The Strasbourg Incident», 1967, OCMH, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5, pp. 21-22; Danchev, p. 642 (*Eisenhower los trasladó*); Chandler, p. 2396n (*una copia de su carta*).

226. Eisenhower señaló hacia el mapa: De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, pp. 834-837 («En Alsacia, donde el enemigo»).

227. «una situación al borde de la anarquía»: memo, DDE a GCM, 6 de enero, 1945, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5.

228. «Toda mi vida», dijo Churchill: De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, pp. 837-839; Porch, *The Path to Victory*, p. 603 (había pedido un total de cincuenta).

229. *Ahora la cara del comandante supremo*: Gurley, «Policy Versus Strategy», NARARG 319, RR archivos de historial, FRC 5 («Si lleva a cabo la retirada»); De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, pp. 837-839 («Estoy teniendo muchos problemas»).

230. «Creo que ha tomado la decisión más sabia y correcta»: Eisenhower, *Crusade in Europe*, p. 384.

230. «no siempre era consciente de las consecuencias políticas»: Kersaudy, *Churchill y De Gaulle*, p. 300; De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*, pp. 838-839 («La gloria tiene un precio»); Gurley, «Policy Versus Strategy», NARARG 319, RR archivos de historial, FRC 5 («Imagínate, pedirnos que retirásemos»); Porch, *Path to Victory*, p. 610 («equiparan la política a los sentimientos»).

231. *Cuando la feliz noticia de salvación*: Gurley, «Policy Versus Strategy», NARA RG319, RR archivos de historial, FRC 5; mens, DDE a JLD, 7 de enero, 1945, y «Summary of Directions in Chronological Order Concerning Holding Strasbourg or Not Holding Strasbourg», 3 de enero, 1945, documentos de JLD, MHI («*tan vehementemente como fuera posible*»).

232. *NORDWIND* continuó: *RR*, pp. 505-509, 513, 527, 564; *VW*, vol. 2, p. 249 (*tropas enemigas que habían atravesado el río*); *MEB*, «Army Group G», dic. 1956, *OCMH*, *NARA RG 319*, R-91, caja 14, p. 18; Giziowski, *The Enigma of General Blaskowitz*, p. 373 (*Hitler tachó de «pesimistas»*), 371 («*División Nata Montada*»); Bonn, *When the Odds Were Even*, p. 219 (*reclutas de la Europa oriental*).

233. «Hemos de creer en el propósito final»: Eisenhower, *Letters to Mamie*, p. 229.

234. *tenía nuevas preocupaciones*: diario de la oficina, 5 de enero, 1945, Kay Summersby, Bib. DDE, PP-pres, caja 140 (*desarrollando un rayo*); Gardner, «The Death of Admiral Ramsay», *AB*, n.º 87 (1995): pp. 44 ss; Woodward, *Ramsay at War*, p. 194; Chalmers, *Full Cycle*, p. 267.

235. «*E. se marcha temprano de la oficina*»: calendario de escritorio, 7 de enero, 1945, documentos de Barbara Wyden, Bib. DDE, caja 1.

Rumores de agonía

236. *El 5 de enero, el SHAEF confirmó*: diario de oficina, 5 de enero, 1945, Kay Summersby, Bib. DDE, PP-pres, caja 140; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 565 («por instantáneo consenso»); Eisenhower, *The Bitter Woods*, p. 465.

237. «No tenemos que disculparnos de nada»: diario, 1, 5 y 6 de enero, 1945, CBH, MHI, caja 5. Incluso *Stars and Stripes* llamaba a los GI «tropas de Monty» (Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 302).

238. «*Pondré de manifiesto cómo se unió todo el equipo aliado*»: mens, BLM a WSC, 6 de enero, 1945, UK NA, CAB 120/867.

239. «El verdadero problema con los yanquis»: Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 411.

239. *Cuando el general de brigada Williams, jefe de inteligencia, preguntó por qué*: OH, E. T. Williams, 30-31 de mayo, 1947, FCP, MHI; Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 304 («No, por favor»); OH, David Belchem, 20 de feb., 1947, FCP, MHI (oliéndose condescendencia); OH, Alan Moorehead, 21 de enero, 1947, FCP, MHI («ningún maldito y terrible error»).

240. *con una boina de doble distintivo*: OH, Alan Moorehead, 21 de enero, 1947, FCP, MHI («vestido como un payaso»); VW, vol. 2, pp. 425-427 («arrojados combatientes»); Wilmot, *The Struggle for Europe*, pp. 610-611 (No mencionó a Bradley); TT, p. 611 (las tropas británicas estaban «luchando duramente»).

241. «Lo primero que hice»: Davis, *Soldier of Democracy*, p. 530.

242. «Terminemos con la destructiva crítica»: VW, vol. 2 pp. 425-427.

243. «Oh, Dios, ¿por qué no le detuvisteis?»: Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 303; Colville, *The Fringes of Power*, p. 551 («indecentemente exultante» y «exageradamente autocomplaciente»); Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 565 («qué buen chico que soy»); Richardson, *Send for Freddie*, p. 172 («gallo sobre un estercolero»); Bradley y Blair, *A General's Life*, p. 382 («Montgomery previó el ataque»); VW, vol. 2, p. 428 («un poco desconcertados»).

244. «*Considera correcto asumir*»: diario de guerra, Noveno Ejército, 19 de enero, 1945, documentos de William H. Simpson, «Personal Calendar», MHI, caja 11; OH, Frederick E. Morgan, n. d., FCP, MHI («*odio activo*»); «Excerpt from Diary, D/SAC», 31 de enero, 1945, NARA RG 319, SC documentos de historial, 2-3.7CB 8 («*impensable*»).

245. *Bradley llamó dos veces a Versalles*: diario de oficina, 9 de enero, 1945, Kay Summersby, Bib. DDE, PP-pres, caja 140. La explicación del «riesgo calculado» salió primero del XII Grupo de Ejércitos el 21 de diciembre y fue ampliamente citada durante mucho tiempo después de la guerra (Royce L. Thompson, «American Intelligence on the German Counteroffensive», vol. 1, nov. 1949, CMH, 2-3.7AE P-1).
245. «*intento de desacreditarme*»: Comentarios de Bradley, colección CBH , MHI, caja 41.

246. «No puedo servir bajo las órdenes de Montgomery»: Bradley, *A Soldier's Story*, pp. 487-488; diario, 8 de enero, 1945, CBH, MHI, caja 5.

247. «Ni un solo incidente de los ocurridos»: Chandler, p. 2481.

248. *Interceptar, expulsar y eliminar*: Rickard, *Advance and Destroy*, pp. 200-203 («tiene que ocuparse de sí mismo»); *Ardennes*, pp. 650-651 (*más del doble de tanques*); Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 572 («Deserciones pocas»).

249. Sin embargo, muchos comandantes enemigos habían muerto: Ardennes, p. 615; MEB, «The German Withdrawal from the Ardennes», mayo 1955, NARA RG 319, OCMH, R-series #59, p. 20 (*peinaban la campiña en busca de gasolina*); Rickard, *Advance and Destroy*, p. 319 (*viajó en bicicleta*); Roger S. Durham, «The Past Is Present: The World War II Service of George E. Durham», 1996, p. a., p. 124 («*un cagón*»).

250. «Diez proyectiles por un suyo»: White, *Conquerors' Road*, pp. 7, 14 («Vamos, sigue»); *PP*, p. 615 («desafortunados incidentes»); *TT*, p. 226 (*saboteadores de Skorzeny*); FUSA G-2, Operación GREIF n. d., NARA RG 407, E 429, ML #994 (*fusilamiento*); Heinz, «The Morning They Shot the Spies», *True* (dic. 1949: pp. 28 ss. («tuvimos que hacerlos callar»)); «W. C. Heinz, 93, Writing Craftsman, Dies», *NYT*, 28 de feb., 2008.

251. *Una última embestida alemana en Bastoña*: Wilmot, *The Struggle for Europe*, pp. 607-608; Cirillo, «Ardennes-Alsace», p. 45 (*augmentó de tres a nueve*); «Allied Air Power and the Ardennes Offensive», n. d., director de inteligencia, USSAFE, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 1 (*El mal tiempo*); *Ardennes*: pp. 628-629 (*sopletes y palancas*); Rickard, *Advance and Destroy*, pp. 216, 314 (*apenas un kilómetro y medio diario*); *LO*, pp. 226-33 (*cinco mil bajas*), 39-42 (*debía detenerse en el Muro del Oeste*).

252. A las 11: 40 a. m. del martes 16 de enero: LO, pp. 42-43; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 561; visita del autor, Houffalize, 4 de junio, 2009, señalización; «Allied Air Power and the Ardennes Offensive», n.d., director de inteligencia, USSAFE, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 1 (*mil toneladas*); PP, p. 632 («*No había visto nada semejante*»). De los casi doscientos civiles muertos en Houffalize, casi todos murieron «a manos de sus liberadores» (Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, p. 87).

253. «Pequeña ciudad de Houffalize»: D'Este, *Patton: A Genius for War*, pp. 696-697.

254. *Un día después, Eisenhower devolvió el Primer Ejército*: Sylvan, p. 262; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, p. 203 (*Hôtel Britannique*); Hogan, *A Command Post at War*, p. 239 («como si estuviera borracho»); diario de guerra, Noveno Ejército, 30 de enero, 1945, documentos de William H. Simpson, «Personal Calendar», MHI, caja 11; Bradley, *A Soldier's Story*, p. 502 («Campamento de Putas»).

255. *Pueblo a pueblo, parcela a parcela*: Fussell, *Wartime*, p. 122 («desinfectada de krauts»); «The Defense of St. Vith, Belgium», n. d., AS, Ft., K, NARA RG 407, Misc. archivos AG, #2280, p. 42 («El ruido de la batalla»); *LO*, p. 51.

256. *Hitler ya había levantado el campamento*: Raiber, «The Führerhauptquartiere», *AB*, n.º 19 (1977): pp. 1 ss.; Kershaw, *Hitler, 1936-1945: Nemesis*, p. 747 («*Sé que la guerra está perdida*»); Rickard, *Advance and Destroy*, pp. 290-292 (*cinco puentes tendidos sobre el Our*); Chandler, p. 2439 («*posiblemente consiga retirar*»). Una historia oficial del ejército estadounidense calculó que «quizás una tercera parte» de los blindados alemanes asignados a las Ardenas escapó (Cirillo, «*Ardennes-Alsace*», p. 52).

257. *El Ejército Rojo había concentrado a más de 180 divisiones*: GS, vol. 4, p. 80; Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, p. 499; LO, p. 51; MEB, «The German Withdrawal from the Ardennes», mayo 1955, NARA RG 319, OCMH, R-series #59, pp. 1-2, 20; Josef «Sepp» Dietrich, 8-9 agosto, 1945, ETHINT 15, MHI, 22; Percy E. Schramm, «The Course of Events in the German Offensive in the Ardennes», n. d., FMS, #A-858, MHI, pp. 18-21 («*bomba de succión*»).

258. *En el oeste la guerra remitía*: Lewis, *The Mammoth Book of Eyewitness World War II*, p. 444 (*cañones de los Thunderbolt*); Moorehead, *Eclipse*, p. 228 («¿Estáis seguros?»).

259. Los muertos «yacían a montones»: Gellhorn, *The Face of War*, p. 194; Bagnulo, ed., *Nothing But Praise*, p. 48 (*impidió los enterramientos*); Schrijvers, *The Unknown Dead*, p. 27 (*mantas*), p. 359. El Museo Nacional de Historia Militar de Diekirchsitúa el total de civiles muertos y heridos en Bélgica y Luxemburgo en 3.800 (Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, p. 385n).
259. *En el cementerio americano de Henri-Chapelle*: Joseph T. Layne y Glenn D. Barquest, «Margraten: U.S. Ninth Army Military Cemetery», 1994, NWWIIM, pp. 7-13; Joseph James Shomon, *Crosses in the Wind*, pp. 91-98, 109; «Third U.S. Army After Action Report», capítulo 21, CMH (*depósito donde se les fotografiaba*).

260. *Entre los muertos recogidos por los equipos de Registro de Tumbas:*
Bauserman, *The Malmédy Massacre*, pp. 100-101.

261. *Bastante tiempo después del final de la guerra, un cómputo del ejército*: las cifras incluían las pérdidas del VI Grupo de Ejércitos. TSC, p. 402. Corr, D. G. Gilbert, jefe, división de servicios históricos del ejército, a JT, 28 de enero, 1959, JT, LOCMS Div, caja 38. Aproximadamente tres cuartas partes de las bajas estadounidenses las sufrió el XII Grupo de Ejércitos; una monografía de 1952 situó la cifra en 71.000 el 19 de enero de 1945 (Royce L. Thompson, «Ardennes Campaign Statistics», 28 de abril, 1952, CMH, 2-3-7 AE P-15).
261. *Otros miles padecieron el pie de trinchera, congelación*: Morelock, *Generals of the Ardennes*, p. 20.
261. *Más de 23.000 fueron hechos prisioneros*: OH, William R. Desobry, 1978, Ted S. Chesney, SOOHP, MHI («tan asqueroso que lo usábamos para bañarnos»).
261. *organizaron la asociación «Rumores de agonía»*: Frank, «The Glorious Collapse of the 106th», *Saturday Evening Post* (9 de nov., 1946).

262. *De más de sesenta mil heridos*: Cowdrey, *Fighting for Life*, p. 263 («la cornisa de un rascacielos»); Fussell, *Doing Battle*, p. 146 («Batalla de Atlanta»); Carroll, ed., *War Letters*, pp. 267-268 («Miré hacia abajo»).

263. *Las pérdidas alemanas serían difíciles de computar: AADD*, p. 484; Sylvan, p. 262; Rickard, *Advance and Destroy*, p. 316 (120.000 pérdidas del enemigo); Bradley, *A Soldier's Story*, p. 492 (más de un cuarto de millón); Percy E. Schramm «The Course of Events in the German Offensive in the Ardennes», FMS, #A-851, MHI, p. 20; *Germany VII*, p. 694 (*historia oficial alemana*). Otros historiadores alemanes sitúan el total de bajas en 68.000 aproximadamente, más las 23.000 de Alsacia (Rickard, *Advance and Destroy*, p. 316; Cirillo, «Ardennes-Alsace», p. 53).

264. *El éxito de Model*: Rickard, *Advance and Destroy*, p. 322 (289 divisiones); OH, Hasso von Manteuffel, 12 de oct., 1966, John S. D. Eisenhower, CBM, MHI, caja 6, p. 7 («Dobló el arco»); Greenfield, ed., *Command Decisions*, p. 356 (prácticamente no tenían reservas de combustible); MEB, «Effects of the Ardennes Offensive: Germany's Remaining War Potential», mayo 1955, OCMH, Filial de Estudios Extranjeros, NARA RG 338, R-series, #61, p. 28 («una caza de conejos»); Zaloga, *Armored Thunderbolt*, p. 258 (setecientos vehículos blindados); Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, p. 537 (cargamento por vía férrea quedaron prohibidos); LO, p. 8 (cuatro millones de soldados alemanes). Un estudio de 1950 situó el total de pérdidas militares alemanas el 31 de enero, 1945, en 8,3 millones (MEB, «Overall View of Germany's Economic, Political and Military Situation at the Beginning of 1945», mayo de 1950, CMH, 2-3.7 EC, p. 12).

265. «*Cuando pescas una carpa*»: transcripción, conferencia de prensa GSP, 1 de enero, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 12, carpeta 18.

265. «*guerra de un cabo*»: Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, p. 464.

266. *Pocos generales estadounidenses habían incrementado su reputación: Millett y Murray, Military Effectiveness, vol. 3, The Second World War, p. 80; Rickard, Advance and Destroy, pp. 193, 291, 320 (Patton resultó ser el más distinguido); ONB, informe de eficiencia de 1945 sobre GSP, Bib. DDE, PP pres, caja 91.*

267. Churchill trató de reparar: TSC, p. 389; Bradley, *A Soldier's Story*, p. 488; Colville, *The Fringes of Power*, p. 583 («mayor exhibición de poder»); TSC, p. 395 («Qué gran honor»); diario, 24 de enero, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 9 («¿Por qué Ike no es un hombre?»).

268. «no había conseguido nada decisivo en ningún aspecto»: «Biennial Report of the Chief of Staff of the Army», oct.1945, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 584, caja 2; Franz Kurowski en Barnett, ed., *Hitler's Generals*, p. 432 («bendición de Dios para el Ejército Rojo»); Ehlers, *Targeting the Reich*, pp. 292, 311-314 (*falta de gasolina*); Erickson, *The Road to Berlin*, pp. 447-448, 460-462; Cooper, *The German Army, 1933-1945*, pp. 525-526; Gerhard L. Weinberg, «D-Day: Analysis of Costs and Benefits», en Wilson, ed., *D-Day 1944*, p. 336 (*a ochenta kilómetros de Berlín*).

269. *Con la marea alemana remitiendo*: Rickard, *Advance and Destroy*, p. 314 (Su programa se había visto interrumpido).

269. *su proyecto básico para acabar la guerra seguía intacto*: Chandler, pp. 2450-2454; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 547. Un estudio del SHAEF, fechado el 23 de diciembre, situaba el número de divisiones que podían ser abastecidas en el norte en tan solo veinticinco hasta que se construyeran los puentes férreos, una cifra que el propio Montgomery consideraba plausible (AHL, pp. 155-156; TSC, p. 410).

270. *Ahora los aliados occidentales sumaban 3, 7 millones*: LO, pp. 5-7; LSA, vol. 2, p. 288; MEB, «Effects of the Ardennes Offensive: Germany's Remaining War Potential», mayo 1955, OCMH, Filial de Estudios Extranjeros, NARA RG 338, R-series, #61, p. 46 (*un frente de 1.173 kilómetros*); TSC, pp. 392-393 («*mucha chicha*»).

270. *La necesidad de líderes de sección de fusileros era tan desesperada*: «History, 1945», Centro de Adiestramiento de Fuerzas Terrestres, n. d., documentos de Harold E. Potter, MHI, caja 1; corr. Servicio de Investigación del Congreso a Rep. Adam Benjamin, enero 1981, p. a. (*30.000 estadounidenses que se alistaron*); D. M. Giangreco, «Spinning the Casualties: Media Strategies During the Roosevelt Administration», *Passport*, boletín informativo, Sociedad para Historiadores de las Relaciones Exteriores Americanas, dic. 2004, pp. 22 ss (*90.000 hombres al mes*); Chandler, p. 2453 (*85 divisiones*).

271. *Aquello debería ser suficiente: «Major Problems Encountered by Ground Force Reinforcement Command»*, capítulo 6, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #571F, pp. 291-295 («*casi agotada*»); *TSC*, pp. 392-393 (*cien mil marines*); corr. David T. Griggs a Edward L. Bowles, consejero a secretario de guerra, 22 de feb., 1945, AFHRA, 519.161-7 («*veinte divisiones de infantería más*»); Kirkpatrick, *An Unknown Future and a Doubtful Present: Writing the Victory Plan of 1941*, CMH, 1990, pp. 113-114.

272. «*Todo el mundo comparte las mismas ideas universales*»: Carroll, ed., *War Letters*, p. 266; *Ardennes*, p. 99; Cirillo, «*Ardennes-Alsace*», p. 20 (*treinta y dos héroes reconocidos*).

273. *Pegada en una pared: «Monty's Wartime Caravans»*, *AB*, n.º 20 (1978): pp. 32 ss.; *VW*, vol. 2, p. 357.

CAPÍTULO 10. LOS ARGONAUTAS

«Ciudadanos del mundo»

1. *El sol matutino y una apacible brisa*: Dilks, ed., *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, pp. 700-701; Eden, *The Reckoning*, p. 592 («La bandera tachonada de estrellas»); *DOB*, pp. 46-51 (*invasión de Sicilia*).

2. *dieciséis mil toneladas*: «Argonaut», n.º AR/2, n. d., UK NA, CAB 120/172 («rumores y habladurías»); «Operation Argonaut», n.d., documentos Frederick L. Anderson, HIA, caja 95, carpeta 14 (*Bastión Láscaris*); Kuter, *Airman at Yalta*, p. 69 («cámaras de refrigeración ventiladas»); King y Whitehill, *Fleet Admiral King*, p. 587 (*envuelto en una bata*); Norwich, *The Middle Sea*, p. 303 (*fondeadero natural más sorprendente*); Cherpak, ed., *The Memoirs of Admiral H. Kent Hewitt*, pp. 213-214 (*garaje flotante*).

3. *Para compensar cualquier incomodidad*: Kuter, *Airman at Yalta*, pp. 70-71, 72-73 (*bibliotecario local*); John E. Hull, «Unpublished Autobiography», n. d., MHI, pp. 14-23 («*El lustro que aplicó a mis zapatos*»); Charles H. Donnelly, «Autobiography», mayo 1979, MHI, pp. 706-710 (*los bares abrían puntualmente*); Roberts, *Masters and Commanders*, p. 540 (*orquesta de veinte miembros*); Pawle, *The War and Colonel Warden*, p. 357 (*rollos de mármol*); Norwich, *The Middle Sea*, pp. 302-307; «Argonaut», n. o AR/2, n. d., UK NA, CAB 1210/172.

4. *A las 09: 30 h del viernes: Stettinius, Roosevelt and the Russians*, p. 68; notas, 2 de febrero, 1945, documentos de Anna Roosevelt Halsted, Bib. FDR, caja 84 («*La entrada al puerto*»).

5. *Mientras el crucero avanzaba a cuatro nudos: «Trips of the President», Bib. FDR, contenedor 21, archivo pp. 6-1; Churchill, *Closing the Ring*, p. 642 (ALMIRANTE Q); Bishop, *FDR's Last Year*, p. 292 (*salva lenta*).*

6. «El sol resplandecía»: Bohlen, *Witness to History, 1929-1969*, p. 171.

7. *Al otro lado del puerto, en el puesto de mando: Moran, Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, p. 234; Bishop, *FDR's Last Year*, p. 292 («Fuera motores»); Eden, *The Reckoning*, p. 592 («uno de aquellos momentos»); William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Great Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, p. 14 (*Amarradero 9*).

8. *Desde que saliera de Washington*: Guy H. Spaman, «President's Trip», 5 de julio, 1945, archivos del Servicio Secreto, Bib. FDR, contenedor 4, archivo 103-1; Byrnes, *Speaking Frankly*, p. 22. El médico que iba a bordo del *Quincy* con Roosevelt informó que durante el viaje había descansado bien y dormido hasta tarde (Bruenn, «Clinical Notes on the Illness and Death of President Franklin D. Roosevelt», *Annals of Internal Medicine* 72, n.º 4 (1 de abril, 1970): pp. 579 ss.).

8. *Dedicó poco tiempo*: William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Greater Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, pp. 1-3 (*Laura y sesenta y un grados*); lista de libros, archivos oficiales, viaje a Yalta, Bib. FDR, caja 3 (*La muerte desafía al doctor*); Bishop, *FDR's Last Year*, pp. 271-272 (*agente del Servicio Secreto y experto nadador estaba cerca de él*); notas, 27 de enero, 1945, documentos de Anna Roosevelt Halsted, Bib. FDR, caja 84 (*medio penique el punto*); Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, p. 481; Brinkley, *Washington Goes to War*, p. 264 (*trece de sus nietos*).

9. *Para celebrar el sexagésimo tercer cumpleaños del presidente*: corr. E. J. Flynn a Helen, 2 de feb., 1945, documentos de Edward J. Flynn, Bib. FDR, caja 25; Goodwin, *No Ordinary Time*, pp. 574-575 (*cenicero de latón*).

10. *Una vez atracado el Quincy*: William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Greater Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, pp. 14-18; King y Whitehill, *Fleet Admiral King*, p. 587 (*círculos violeta*); Bohlen, *Witness to History, 1929-1969*, pp. 172-172 («*Quedé impresionado*»).

11. *La revista Time había catalogado: «The Presidency», Time* (8 de mayo, 1944): p. 8; Altman, «For F. D. R. Sleuths, New Focus on an Old Spot» *NYT*, 5 de enero, 2010, D1; Bruenn, «Clinical Notes on the Illness and Death of President Franklin D. Roosevelt», *Annals of Internal Medicine* 72, n.º 4 (1 de abril, 1970): pp. 579 ss (a 260/150 y «no puedo comer»); Goodwin, *No Ordinary Time*, pp. 494, 496-497 (*digitalina*); Burns, «FDR: The Untold Story of His Last Year», *Saturday Evening Post* (11 de abril, 1970): pp. 12 ss.; Kimball, *Forged in War*, p. 341 («dolor abdominal»); Tully, *F. D. R. My Boss*, pp. 351-353 («Duermo mucho»); Brinkley, *Washington Goes to War*, p. 265 (*fotografías oficiales*).

12. Sin embargo, si el cuerpo era frágil: Burns, «FDR: The Untold Story of His Last Year», *Saturday Evening Post* (11 de abril, 1970): pp. 12 ss; King y Whitehill, *Fleet Admiral King*, p. 587 (*el plan del SHAEF*).

13. *Otro trino del silbato del contramaestre*: archivos de Argonauta, UK NA, PREM4/77/1B; «Trips of the President» Bib. FDR, contenedor 21, archivo 6-1 (*TUNGSTENO*); Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, p. 232 («muy parlanchín»); Eden, *The Reckoning*, pp. 590-591 (*manos ganadoras de cartas*); Leahy, *I Was There*, pp. 294-295 (*Declaración de Independencia*); Black, *Franklin Delano Roosevelt*, p. 1031 («empujar a Winston montaña arriba»); Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, pp. 70-72 (*derrota de Japón*).

14. Churchill sacó un puro de veinte centímetros: Stettinius, Roosevelt and the Russians, pp. 70-72.

15. *recorrió cincuenta kilómetros*: William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Greater Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, pp. 16-18; notas, 2 de febrero, 1945, documentos de Anna Roosevelt Halsted, Bib. FDR, caja 84 (*media hora tarde*); Coffey, *Hap*, p. 349 (*cuarto ataque cardíaco*).

16. «completo acuerdo»: *FRUS*, pp. 542-543; Kimball, ed., *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 2, p. 523 (*impedir la expansión soviética*).

17. Roosevelt iba asintiendo: *FRUS*, pp. 542-543, 548 (*A las ocho*); King y Whitehill, *Fleet Admiral King*, p. 587.

18. *Aquel amable encuentro ocultaba*: Wilmot, *The Struggle for Europe*, p. 666; Charles H. Donnelly, «Autobiography», mayo 1979, MHI, p. 711 (*envueltos en sus abrigos*); *FRUS*, pp. 464-466, 471 («*corazón de Alemania*»); *LO*, pp. 55-56. El 28 de enero el SHAEF calculó que treinta y tres divisiones aliadas podían defender la línea del Rin, comparadas con las cuarenta y dos necesarias si las fuerzas alemanas continuaban ocupando la bolsa de Colmar y otros salientes al oeste del río (ALH, p. 178).

19. *Una vez más el mariscal de campo Brooke: DOB*, pp. 281-282; Danchev, xv («Los hombres le admiraban, le temían»); Kennedy, *The Business of War*, p. 329 (Monografía de las palomas); «Notes About Alan's Childhood and Boyhood», 1943, LHC, documentos Alanbrooke, 1/1 (*había deseado ser médico*); Fraser, *Alanbrooke*, pp. 24-29 («un artillero de talento»), pp. 215, 448, 514; Keegan, *Six Armies in Normandy*, p. 47 («nuevo reconocimiento»).

20. *La táctica era lo suyo*: Danchev, p. 649.

21. *Los jefes británicos, dijo Brooke: FRUS, p. 472; Weigley, Eisenhower's Lieutenants, p. 578 (Las Ardenas había puesto de manifiesto la insensatez); actas, CCS, 30 de enero, 1945, Bib. FDR, conferencias en la Sala de Mapas, caja 29 («Acercarse al Rin»).*

22. *Este argumento se venía arrastrando: FRUS, p. 473; («cada una de las divisiones»); actas, CCS, 30 de enero, 1945, Bib. FDR, conferencias en la Sala de Mapas, caja 29 (apenas podrían mantenerse dos docenas de divisiones); GS VI, p. 91; John E. Hull, «Unpublished Autobiography», n. d., MHI, p. 14-22.*

23. *Marshall estaba de acuerdo: FRUS*, p. 473; Chandler, pp. 2463-2464 («*Puedes asegurar*»).

24. «*Me siento muy cansado*»: Danchev, p. 652.

25. *Lo peor estaba por llegar*: OH, Field Marshal Viscount Alanbrooke, 28 de enero, 1947, FCP, MHI («no estaba abarcando demasiado»); Ambrose, *The Supreme Commander*, pp. 586-587 («Zanjemos la cuestión»); Crosswell, *Beetle*, pp. 862-863; Danchev, p. 652 («Creo que la charla nos hizo bien a los dos»).

26. *Aquello era harto improbable*: SC, 409; GS VI, p. 90; Crosswell, *Beetle*, pp. 862-863 («*Por favor, déjame esto a mí*»).

27. *Cuando los jefes se reunieron de nuevo*: Crosswell, *Beetle*, pp. 862-863; Cray, *General of the Army*, pp. 502-503 («casi nunca ve al general Eisenhower»); Pogue, *George C. Marshall*, pp. 516-517 («van a contrapié»).

28. *No había terminado*: Chandler, p. 2461; Cray, *General of the Army*, pp. 500-501; SC, p. 413; Bland, ed., *George C. Marshall Interviews and Reminiscences for Forrest C. Pogue*, pp. 400-402 («todo lo que había pedido»); Crosswell, *Beetle*, pp. 862-863 («comandante excesivamente cauto»).

29. «A todas luces Marshall no entendía nada»: Danchev, p. 653.

29. «la queja de Marshall no era injustificada»: Cunningham, *A Sailor's Odyssey*, pp. 626-627; Roberts, *Masters and Commanders*, p. 577.

30. *Durante otro mes, los británicos conspiraron*: corr. F. L. Anderson a C. A. Spaatz, 2 de febrero, 1945, «Operation Argonaut», HIA, documentos de Frederick L. Anderson, caja 95, carpeta 14; Orange, *Tedder: Quietly in Command*, p. 297; Hastings, *Armageddon*, p. 195 («un hombre muy, muy pequeño»); Chandler, pp. 2480-2482 («no habría manera»).

31. «El P.M. estaba dolido»: Orange, Tedder: *Quietly in Command*, p. 297.

32. *Una lluvia ligera salpicaba el aeródromo de Luqa*: Pogue, George C. Marshall: *Organizer of Victory*, p. 519; Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, p. 28-29 (Misión N.º 17); «Argonaut», n.º AR/2, n.d., UK NA, CAB 120/172 (cintas negras y etiquetas amarillas).

33. *Durante los últimos meses Roosevelt había propuesto*: Olsen, «Full House at Yalta», *American Heritage* (enero 1972): 1 ss. En un inicio Stalin propuso Odesa, pero aquella ciudad portuaria quedaba dentro del radio de alcance de los bombarderos alemanes (Mason, ed., *The Atlantic War Remembered*, pp. 447-448).
33. «*Hice hincapié en las dificultades*»: memo, A. Harriman a FDR, 27 de dic., 1944, NARA RG 165, E 422, OPD, caja 31; archivo de telegramas, ARGONAUTA, NARA RG 165, E 422, OPD, caja 31 («*las instalaciones de lavabos*»); Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, pp. 844-845 («*su espíritu aventurero*»).

34. Roosevelt y Churchill habían acordado limitar: memo, William Leahy a GCM, E. King, 28 de dic., 1944, NARA RG 165, E 422, OPD, caja 31; Clemens, *Yalta*, p. 111; Mason, ed., *The Atlantic War Remembered*, pp. 447-448 (*Los americanos ascendían a 330*); «Argonaut», n.º AR/2, n.d., UK NA, CAB 120/172; documentos admón.UK NA, CAB 104/177 («*historia apropiada y plausible como tapadera*»).

35. *En vista de las rústicas condiciones*: documentos admón. UK NA, CAB 104/177; Memo, M. Moritz, Mando de Malta, a E. A. Armstrong, Despachos del Gabinete de Guerra, 23 de feb., 1945; documentos admón. UK NA, CAB 104/177 («*Viaje a Yalta 208*»); Harriman y Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*, p. 390 («*bueno para el tifus*»).

36. «*Salimos de Malta en plena oscuridad*»: Charles H. Donnelly, «Autobiography», mayo 1979, MHI, pp. 719-723; Leahy, *I Was There*, pp. 295-301 (*adelantaron dos horas sus relojes*).

37. Churchill subió a bordo de un cuatrimotor C-54: Kuter, *Airman at Yalta*, p. 103; Goodwin, *No Ordinary Time*, p. 575 («sonrosado bebé»).

38. En tierra, en la línea de vuelo había un C-54 N.º 252: http://www.strategic-aircommand.com/aircraft/cargo/c54_skymaster.htm; Bishop, *FDR's Last Year*, p. 300 (ascensor con cabina); Gallagher, *FDR's Splendid Deception*, p. 202 («una transparencia»).

39. *Los cazas Spitfire y P-38 que los escoltaban*: memo, 27 de enero, 1945, Nápoles, «Trips of the President», Bib. FDR, contenedor 21, archivo 6-1; William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Great Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, pp. 17-18.

«Una conferencia profética»

40. Encajada en un anfiteatro natural: Twain, *The Innocents Abroad*, p. 280; Anton Chekhov, «The Lady with the Pet Dog», <http://www.enotes.com/lady-pet-text> («*The Stories Told*»).

41. *Aquel mar, para los antiguos Pontus Euxinus*: Thomas Spencer Baynes, ed., *The Encyclopaedia Britannica*, vol. 3, p. 795, online ed.; «Notes on the Crimea», 1945, «WWII Summit Conferences», documentos de Charles H. Donnelly, MHI (los cimerios y los escitas); Ponomarenko, *Yalta: A Short Guide*, pp. 11, 19-21 (por decreto de Lenin); Yhagapov y Shekurov, *Greater Yalta*, pp. 19-26; Clemens, *Yalta*, p. 113 (tres docenas de sanatorios).

42. *Después vinieron los alemanes*: Leasor, *The Clock with Four Hands*, pp. 286-287; corr. E. J. Flynn a su esposa, 8 de feb., 1945, documentos de Edward J. Flynn, Bib. FDR, caja 25 (*pomos de latón*); John E. Hull, «Unpublished Autobiography», n.d., MHI, pp. 14-24; Mason, ed., *The Atlantic War Remembered*, pp. 449-450; Harriman y Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*, p. 393 (*perchas*).

43. *Los buques de apoyo británicos y americanos*: Buhite, *Decisions at Yalta*, p. 4 («No dejaron un mapa»); Olsen, «Full House at Yalta», *American Heritage* (enero 1972): 1 ss. (*novecientas curvas cerradas*); memo, T. W. Sullivan y L. H. Backus, médicos de la Marina estadounidense, 18 de feb., 1945, documentos de Ross T. McIntire, Bib. FDR, caja 4 («*acusada plaga*»).

44. *Cuatro regimientos soviéticos llegaron: Montefiore, Stalin: The Court of the Red Tsar*, pp. 480-481; Davies, *No Simple Victory*, pp. 191-192 (*doce georgianos*); Plokhy, *Yalta*, pp. 58, 233 (*Espías*).

45. «*Esta puede ser una conferencia profética*»: corr, WSC a FDR, 8 de enero, 1945, Bib. GCM, caja 62, carpeta 19; Pawle, *The War and Colonel Warden*, p. 358 («*diecinueve coroneles*»); Ismay, *The Memoirs of General Lord Ismay*, p. 384 («*Habría sido difícil*»).

46. *El Vaca Sagrada tomó tierra*: William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Great Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, p. 19; Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, pp. 80-81 (*agente del Servicio Secreto lo subió*); Clemens, *Yalta*, p. 128 («*Trasero de Piedra*»); Guy H. Spaman, «President's Trip», 5 de julio, 1945, archivos del Servicio Secreto, Bib. FDR, contenedor 4, archivo 103-1 (*se había confiscado la munición*); Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, p. 234 («*un gran carámbano*»).

47. «Destruiremos»: versión de Aaron Kots, http://en.wikipedia.org/wiki/The_Internationale#Russian_lyrics.

48. *Junto a humeantes vasos de té*: Charles H. Donnelly, «Autobiography», mayo 1979, MHI, pp. 719-723; John E. Hull, «Unpublished Autobiography», n. d., MHI, pp. 14-24 («*Pongámonos en marcha*»); Houghton, «That Was Yalta», *New Yorker* (23 de mayo, 1953): pp. 86 ss (*abrigo caqui*).

49. *Enseguida un zigzagueante convoy*: Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, p. 81; filmación en color de la Marina, Bib. FDR, pp. 71-78: 65-67 (*Campesinas envueltas en sus chales*); Kuter, *Airman at Yalta*, pp. 114-115; Charles H. Donnelly, «Autobiography», mayo 1979, MHI, pp. 719-723; notas, 3-4 de febr., 1945, documentos de Anna Roosevelt Halsted, Bib. FDR, caja 84 (*unas pocas ovejas*); William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Great Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, pp. 18-29 (*Ruta Romanoff*). El autor Michael Dobbs observa que por lo menos parte de la destrucción fue debida probablemente a las fuerzas soviéticas durante una purga de los pueblos tártaros en 1944 (*Six Months in 1945*, pp. 24-25, 10 [Don Juan]).

50. Churchill y el contingente británico: Ismay, *The Memoirs of General Ismay*, 386-387; Dilks, ed., *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, p. 703 («una fealdad»); Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 347 (*peces de colores*).

51. «no se ha omitido nada salvo la limpieza»: Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, pp. 237-238; Leason, *The Clock with Four Hands*, p. 288 (*en un tren especial*); Richardson, *From Churchill's Secret Circle to the BBC*, p. 298 («*Dormimos en manada*»); Plokhy, *Yalta*, p. 50 («*haciendo cola por un cubo*»); Hastings, *Winston's War*, p. 442 («*la Riviera del Hades*»); Danchev, p. 656 («*un gran buceador del norte*»).

52. *A dieciséis kilómetros de distancia, los americanos se instalaron*: Kuter, *Airman at Yalta*, pp. 121-122, 138 (*té hirviendo en vasos altos*); Olsen «Full House at Yalta», *American Heritage* (enero 1972): pp. 1 ss; Houghton, «That Was Yalta», *New Yorker* (23 de mayo, 1953): pp. 86 ss. («*Por favor, no os llevéis*»).

53. Un aire de tragedia: Clemens, *Yalta*, p. 113 (*dos millones de rublos*); Massie, *Nicholas and Alexandra*, pp. 256-164 (*lengua de reno*); Plokhy, *Yalta*, pp. 43-44.

54. *Ahora Roosevelt dormía*: Houghton, «That Was Yalta», *New Yorker* (23 de mayo, 1953): pp. 86 ss.

55. *A las cuatro del domingo*: William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Great Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, foto; OH, John E. Hull, 1974, James W. Wurman, SOOHP, MHI, VI-6, p. 7; Beevor, *Berlin: The Downfall, 1945*, p. 79 (*Héroe de la Unión Soviética*); Dobbs, *Six Months in 1945*, p. 35 (*polvos de talco*); Buhite, *Decisions at Yalta*, p. 17 (*cicatrices de la viruela*); Houghton, «That Was Yalta», *New Yorker* (23 de mayo, 1953): pp. 86 ss. (*las tazas de té no repiqueteasen*).

56. *Josef Stalin intrigó incluso a Roosevelt*: Bohlen, *Witness to History, 1929-1969*, p. 180; Fox «The Super-Powers Then and Now», *International Journal* (verano 1980): pp. 417 ss; Reynolds, *Rich Relations*, p. 438. Véase también William T. R. Fox, *The Super-Powers* (Nueva York: Harcourt Brace, 1944).

56. *En otros aspectos el rico patricio*: Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, p. 25; Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, p. 521 (*caballero cristiano*); Plokhy, *Yalta*, pp. 56-57, 77; MMB, p. 527-528; Overy, *Why the Allies Won*, p. 259 («*cerebro militar*»); Murphy, *Diplomat Among Warriors*, pp. 232-233 («*Puedo manejar a Stalin*»); Roberts, *Masters and Commanders*, p. 486 («*monedas más grandes*»).

57. *bajo una pintura de un granjero*: Hastings, *Winston's War*, 444 («¡Tú lo has dicho!»); Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, p. 99 (*comunicarse directamente*).

58. *El mariscal respondió que la carnicería*: Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 468-469, 477-483; *FRUS*, pp. 571-573 («odio sádico»).

59. Roosevelt ofreció un cigarrillo a Stalin: Bishop, *FDR's Last Year*, pp. 310-311; Kersaudy, *Churchill and De Gaulle*, pp. 392-393 («desagradable e imposible»).

60. «Solo por amabilidad»: *FRUS*, pp. 571-573; Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, p. 492 («¿Por qué tuvo la naturaleza?»).

61. *Con la llegada de Churchill*: William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Great Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, foto; Bishop, *FDR's Last Year*, pp. 312-313; Massie, *Nicholas and Alexandra*, pp. 168-169 (*diamantes y perlas*).

62. *Gran parte de la reunión inicial de Argonauta*: Bland, ed., *George C. Marshall Interviews and Reminiscences for Forrest C. Pogue*, p. 405; *FRUS*, pp. 575-578. Entre otras discrepancias, las actas soviéticas de la conferencia citan a Marshall situando la producción alemana de petróleo al 40 % de los niveles anteriores (Clemens, *Yalta*, p. 124). Un informe soviético declaraba también que Churchill parecía aburrido con las recitaciones militares («The Crimea and Potsdam Conferences of the Leaders of the Three Great Powers», *International Affairs*, Sociedad de Toda la Unión, Moscú [junio 1965]: p. 97).

63. *El resumen soviético: FRUS*, pp. 582-583; Erickson, *The Road to Berlin*, pp. 447-448, 461, 471-472; Read y Fisher, *The Fall of Berlin*, p. 211 («Ahora estáis en la maldita Alemania»).

64. *En la actualidad, los soviéticos contaban con una superioridad respecto a los alemanes de siete a uno*: Horst Boog, «Invasion to Surrender: The Defense of Germany», en Brower, ed., *World War II in Europe: The Final Year*, p. 132; *FRUS*, pp. 582-583 (180 a 80); Robert H. Abzug, «The Liberation of the Concentration Camps», en *Liberation 1945*, p. 35-36; «Auschwitz», USHMM, <http://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10005189>; Posner y Ware, *Mengele: The Complete Story*, pp. 3-8 (*experimentos medicos*); Gill, *The Journey Back from Hell*, pp. 25-27; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 798-800 (*siete toneladas de cabello de mujer*); Read y Fisher, *The Fall of Berlin*, p. 212 (*pirámides de dentaduras*).

65. «Nuestro deseo»: *FRUS*, pp. 582-583; Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, pp. 498-499; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 798-800; Erickson, *The Road to Berlin*, pp. 475-476, 480, 517 (*amenazaban los flancos al este de Pomerania*); Buell, *Master of Seapower*, p. 487 («Hay que ser un hombre muy valiente»).

66. A finales de 1945, aproximadamente dos millones de mujeres: Anthony Beevor, introducción al anónimo *A Woman in Berlin*, xx; Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, pp. 154-167 (arrastradas de las mesas de operaciones y migración de 7, 5 millones de alemanes); Evans, *The Third Reich at War*, p. 710 («Nuestros hombres disparan a las que» y «Recordarán»); Erickson, *The Road to Berlin*, pp. 466-467 (les clavaban las manos).

67. «con muy buen humor»: *FRUS*, pp. 589-590.

67. *Se tuvo la precaución*: notas, 4 de feb. 1945, documentos de Anna Roosevelt Halsted, Bib. FDR, caja 84; Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, p. 852 (*Muchachos filipinos*); William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Great Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, p. 25 (*cinco tipos de vino*); Bishop, *FDR's Last Year*, p. 319 («*paz durante cien años*»); Dilks, ed., *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, p. 707 («*bebiendo cubos*»); Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, p. 111 (*rellenar discretamente su vaso*).

68. *Hasta la última media hora no: FRUS*, pp. 589-590.

69. «*Pero de tus siete millones de polacos*»: Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, p. 113.

70. «El águila debería permitir»: *FRUS*, pp. 589-590.

71. «Un equipo terrible»: Eden, *The Reckoning*, p. 593.

72. *La actitud de Stalin respecto a Alemania: FRUS*, pp. 611-614, 624-627, 633.

73. *Mirando una nota que le había pasado: ibid., pp. 612-618, 629, 634.*

74. «Puedo conseguir que el pueblo y el Congreso»: Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, p. 127.

75. «Alemania debería ser gobernada por aquellos»: *FRUS*, pp. 612-618.

76. «Ama a Francia como a una mujer»: Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, p. 241.

76. *en lugar de recordar a Stalin*: Fenno, ed., *The Yalta Conference*, pp. 48-50; *FRUS*, pp. 612-618, 629 («Francia debe ocupar su lugar»).

77. *Pero ¿quién pagaría?: Clemens, Yalta, p. 37 (Stalin había presionado); Smith. American Diplomacy During the Second World War, p. 132; FRUS, pp. 620-621; Byrnes, Speaking Frankly, pp. 26-27.*

78. *Washington y Londres también habían cambiado de opinión: Clemens, Yalta*, pp. 37-41, 137-139, 172; «The Crimea and Potsdam Conferences of the Leaders of the Three Great Powers», *International Affairs*, Sociedad de Toda la Unión, Moscú (junio 1965): p. 101; Byrnes, *Speaking Frankly*, p. 28 (200 millones de dólares).

79. Recordando las opresivas condiciones: *FRUS*, pp. 612-623.

80. *Durante seis días más prosiguieron: Stettinius, Roosevelt and the Russians*, p. 185 («tenemos para media hora con el tema»); Meacham, *Franklin and Winston*, p. 319 («se alejaba del intérprete»); Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, p. 243 (*estetoscopio de madera*); Danchev, pp. 658-659; Roberts, *Masters and Commanders*, pp. 552-555 (*campos de batalla de Crimea*).

81. *De vuelta a Villa Livadia*: Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 365; Hastings, *Winston's War*, p. 417 («débil pandilla de locos»); Clemens, *Yalta*, pp. 174-177; Harriman y Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*, p. 411 (150.000 soldados polacos); Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, p. 494 (diez millones de tropas del Ejército Rojo).

82. *Levantándose de su silla*: Bohlen, *Witness to History, 1929-1969*, p. 187; Byrnes, *Speaking Frankly*, pp. 30-32 («*Dentro de un mes*»).

83. *en dos años no se celebrarían elecciones en Polonia*: Kimball, *Forged in War*, pp. 307-308; Dobbs, *Six Months in 1945*, pp. 64, 85 (Misuri); Colville, *The Fringes of Power*, p. 555 («*Todos los Balcanes excepto Grecia*»); Addison, *Churchill, the Unexpected Hero*, pp. 206-207 («*terribles y humillantes concesiones*»).

84. *Para Roosevelt, dos preocupaciones primordiales: FRUS*, p. 396; Fenno, ed., *The Yalta Conference*, pp. 96-98; Howarth, ed., *Men of War*, p. 104; FCP, «Yalta in Retrospect», en Snell, ed., *The Meaning of Yalta*, p. 201 (*enormes bajas americanas*); Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, p. 517; Stoler, *George C. Marshall: Soldier-Statesman of the American Century*, p. 126.

85. *En la conferencia de Teherán, Stalin*: Kimball, ed., *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol 3, p. 527; Harriman y Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*, pp. 400, 412 («mismo caballo dos veces»); Plokhy, *Yalta*, pp. 285-288; Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, p. 535 (*la renuncia de Japón a su todo imperio*); Leahy, *I Was There*, pp. 318-321.

86. *El segundo asunto que preocupaba a Roosevelt*: Leahy, *I Was There*, p. 315; <http://www.un.org/en/aboutun/history/> («Naciones Unidas»); Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, p. 507 (*comprometidos con el ancho mundo*); Clemens, *Yalta*, pp. 216-218 (*las dieciséis repúblicas soviéticas*); Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, pp. 174-175, 187, 281; Plokhy, *Yalta*, pp. 289-292, 366-367; Leahy, *I Was There*, p. 321 (*permanecería en secreto*). En un determinado momento Stalin ofreció a Roosevelt dos votos extra para los Estados Unidos.

87. *Argonauta llegó tambaleante al final*: Kimball, *Forged in War*, p. 324 («cansados de todo»); *FRUS*, pp. 797-798 (*cuarenta y cinco brindis*); diario, William D. Leahy, 8 de feb., 1945, LOC MS Div, micro R-4, contenedor 6, p. 27 (*mosquitos*); Bishop, *FDR's Last Year*, pp. 384-385 («¡Apuradlo todo!»); *FRUS*, pp. 797-798; Churchill, *Triumph and Tragedy*, pp. 361-362 («Consideramos la vida del mariscal Stalin»).

88. *Roosevelt, que antes de cenar se había soplado dos cócteles*: Bishop, *FDR's Last Year*, pp. 384-385. Un oficial del estado mayor que después ascendería al rango de cuatro estrellas, John E. Hull, explicó que FDR bebió abundantemente en una cena (OH, 1974, James W. Wurman, SOOHP, MHI, VI-6, p. 7).

88. *Los huéspedes brincaban en torno a la mesa*: diario, William D. Leahy, 8 de feb., 1945, LOC MS Div, micro R-4, contenedor 6, p. 28; Peckham y Snyder, eds., *Letters from Fighting Hoosiers*, vol. 2, p. 211 (*mantequilla y salmón grasiento*); Cunningham, *A Sailor's Odyssey*, p. 628 (*aconsejando al mariscal*); Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, pp. 493, 516-520 («*nuestro Himmler*»).

89. Churchill celebró la última cena: Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 393 («El fuego de la guerra»); Bohlen, *Witness to History, 1929-1969*, pp. 178-180; Meacham, *Franklin and Winston*, p. 320 («arma secreta»); menú, 10 de feb., 1945, documentos de Anna Roosevelt Halsted, Bib. FDR, caja 84; Bishop, *FDR's Last Year*, pp. 421-422 (*reunido en el vestíbulo*).

90. *Habían terminado*: Clemens, *Yalta*, p. 300; *FRUS*, pp. 972-973 («declaración sobre la Europa liberada»); Black, *Franklin Delano Roosevelt*, p. 1072 («nos volveremos a ver»); William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Great Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOCMS Div, p. 31 (Objetivo: Alemania); Roosevelt, *As He Saw It*, pp. 242-243 (*Dos sirvientes rusos*); Bishop, *FDR's Last Year*, pp. 430-431 («había trabajado mucho»).

91. Churchill había comenzado el día: Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, pp. 248-249, 251 (*chef del Queen Mary*); Clemens, *Yalta*, pp. 267-268 («esta maldita cosa»); archivos Argonauta; UK NA, PREM 4/77/1B (*cestas de regalos*).

92. «Papá, afable y vivaz»: Jenkins, *Churchill: A Biography*, p. 782.

93. «*Estoy un poco agotado*»: Goodwin, *No Ordinary Time*, p. 482; Jonathan Daniels, «The Presidency», en Goodman, ed., *While You Were Gone*, p. 124 («*miedo de que le pegaran*»)

93. «*de muy mal humor*»: Willis, *The French in Germany*, p. 13.

94. *el presidente subió de nuevo al Quincy*: OH, W. B. McCarthy, U.S.S. *Murphy*, 8 de marzo, 1945, NARA RG 38, E 11, Historias Orales de la Marina de los EE.UU. en la segunda guerra mundial; archivo oficial, 200-4-E, cuadernos de bitácora de buques, Bib. FDR, caja 67; William M. Rigdon, cuaderno, «The President's Trip to the Crimea Conference and Great Bitter Lake, Egypt», documentos de Averill Harriman, LOC MS Div, pp. 43-49 («*atuendo de harén*»); Tully, *F.D.R. My Boss*, pp. 352-353 («*2 reyes y 1 emperador*»).

95. «un contacto muy delgado con la vida»: Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 397; Roosevelt, *As He Saw It*, p. 246 («Ha sido una guerra global»).

96. «Creíamos realmente en nuestros corazones»: Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, p. 870. Hopkins había sido tratado de cáncer de estómago ya en 1937 (James A. Halsted, «Severe Malnutrition in a Public Servant of the World War II Era: The Medical History of Harry Hopkins», *Transactions of the American Clinical and Climatological Association*, p. 86 (1975), <http://www.scribd.com/doc/20368863/Harry-Hopkins-Medical-Bio>, pp. 23 ss).
96. «Por lo que hemos conseguido aquí»: Stoler, *Allies and Adversaries*, p. 226; Danchev, p. 661 («la conferencia ha terminado»).

97. «Stalin no quiere otra cosa»: Roberts, *Masters and Commanders*, pp. 557-558; Stoler, *Allies in War*, p. 196 («No creo que me equivoque»); Reynolds, *In Command of History*, p. 465 («buen y gran hombre»).

98. «justifican y superan muchas de las esperanzas»: mens, Jonathan Daniels a S. Early, 13 de feb., 1945, archivos oficiales, Bib. FDR, caja 3; memo, Hadley Cantril a FDR, «Public Reaction to the Crimea Conference», 13 de marzo, 1945, archivo oficial 200-4-E, Bib. FDR, caja 67 (*Los resultados de los sondeos*); Byrnes, *Speaking Frankly*, p. 45 («cualquier duda»).

99. «sombras de la victoria»: Colville, *The Fringes of Power*, pp. 562-563; Reynolds, *In Command of History*, p. 468 (*Neville Chamberlain*); Smith, *American Diplomacy During the Second World War*, pp. 134-135; Clemens, *Yalta*, pp. 269-271, 277, 280-289; Weinberg, *A World at Arms*, p. 809 (*Moscú por su parte consolidó su dominio*); Dobbs, *Six Months in 1945*, p. 114 (*obreros esclavos*), 110 («partición de Polonia»); Kissinger, «The Age of Kennan», reseña de John Lewis Gaddis, *George F. Kennan: An American Life*, *NYT Book Review*, 13 de nov., 2011 (*sentimentalismo de ARGONAUTA*); Stoler, *Allies and Adversaries*, p. 231 (*falta de cooperación rusa*); Harriman y Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*, p. 444 («No podemos hacer negocios»); Black, *Franklin Delano Roosevelt*, p. 1081 («el mejor que pude conseguir»).

100. *Las recriminaciones continuaron*: Debo especial gratitud al Profesor Mark A. Stoler por sus conocimientos sobre Malta y Yalta. Su ensayo «World War II» proporciona un interesante análisis de la historiografía posterior a Yalta, en Schulzinger, ed., *A Companion to American Foreign Relations*, pp. 188 ss. («una connotación de vergonzoso fracaso»).

100. *Durante décadas los delegados occidentales serían inculcados*: Miller, F.D.R.: *An Intimate History*, p. 506.

101. *La fragilidad de Roosevelt empezó a ser considerada*: Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, pp. 239-241 («La astucia ha desaparecido»); Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, p. 557; Gallagher, *FDR's Splendid Deception*, pp. 169-170 («un extraordinario esfuerzo»); Goodwin, *No Ordinary Time*, p. 585; Plokhy, *Yalta*, p. 400 («su característica habilidad»); Eden, *The Reckoning*, pp. 592-593 («impresión de debilidad»); rodaje de la Marina de los Estados Unidos, Bib. FDR, pp. 81-78: 65-67; transcripción, 992.^a conferencia de prensa, *Quincy*, 23 de feb., 1945, documentos de Anna Roosevelt Halsted, Bib. FDR, caja 84.

102. *Dos generaciones después, Yalta no puede considerarse*: Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, pp. 519, 533 («un ancho glacis militar y político»); Forrest C. Pogue, «Yalta in Retrospect», en Snell, ed., *The Meaning of Yalta*, p. 191; Plokhy, *Yalta*, pp. 228, 287, 401 («salvado a dos millones de americanos»). James MacGregor Burns escribió después que Roosevelt había «alcanzado el límite de su capacidad negociadora» («FDR: The Untold Story of His Last Year», *Saturday Review* [11 de abril, 1970]: pp. 12 ss.).

103. *La guerra había mantenido juntos a los Tres Grandes*: Addison, *Churchill, the Unexpected Hero*, p. 200 (*reunido en nueve ocasiones*); transcripción, 992.^a conferencia de prensa, Quincy, 23 de feb., 1945, documentos de Anna Roosevelt Halsted, Bib. FDR, caja 84 («*medio victoriano*»); Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, p. 245 («*Parece que le molesta*»); Eden, *The Reckoning*, p. 593 («*dependientes de los Estados Unidos*»).

104. «*Hemos recorrido un gran trecho*»: Hastings, *Winston's War*, p. 459; Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 401 («*un mundo de imponderables*»).

105. «Los americanos entonan su canción»: Moran, Churchill: *Taken from the Diaries of Lord Moran*, p. 249.

«Solo nuestros ojos están vivos»

106. *Desde la frontera suiza: Bonn, When the Odds Were Even*, pp. 177-178 («*Permanecer Vivos*»); L. D. Docken, «My Recollections of the Battle of Phillipsburg in Jan, 1945», 1981, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5 («*Mi mente está completamente desprovista*»).

107. *El invierno más duro en décadas*: Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 21 (diapasones); Blunt, *Foot Soldier*, p. 122 («bloque de hielo»); Fussell, *Doing Battle*, p. 130 («manos en la entrepierna»); Murphy, *To Hell and Back*, p. 233 (mechones de cabello); Blair, *Ridgway's Paratroopers*, p. 424 (iglús); *Blue Spaders*, p. 117 (115 gramos de TNT); Fussell, *The Boys Crusade*, p. 41 («Austin White, Chicago, Ill.»).

108. *Un proyecto del SHAEF de talar un millón de cuerdas de leña: LSA*, vol. 2, p. 213; Frank A. Osmanski, «Critical Analysis of the Planning and Execution of the Logistic Support of the Normandy Invasion», dic. 1949, Escuela Militar de las Fuerzas Armadas, documentos de Osmanski, MHI; OH, Philip Carlquist, 1978, Emory University, <http://sage.library.emory.edu/collection-0608.html>; Cowdrey, *Fighting for Life*, p. 278 (*perros de trineo*).

109. «*Hasta la fecha he dormido*»: Richard Henry Byers, «Battle of the Bulge», 1983, p. a.

110. «Traté de dejarlo sin sentido»: McManus, *The Deadly Brotherhood*, p. 141.

111. «Allí donde buscábamos»: Blunt, *Foot Soldier*, p. 156.

112. «Diles que esto es un infierno»: CBM, *Company Commander*, citado en Ellis, *On the Front Lines*, p. 332; Wandrey, *Bedpan Commando*, p. 163 («bonitas botas de vaquero»); Hauser, «Shock Nurse», *Saturday Evening Post* (10 de marzo, 1945): pp. 12ss («sus madres no puedan verlos»).

113. *Guardias de los campos de prisioneros abrieron*: memo, Teatro IG a CG, Avance-COMZ, 1 de abril, 1945, NARA RG 498, ETO IG, caja 19; DDE a GCM, 18 de marzo, 1945, memos, NARA RG 498, ETO SGS corr. gral. clasificada, 383.6, caja 51 («*Odio*»).

114. «¿Puedes decirme para qué diablos?»: Heinz, *When We Were One*, p. 231; memoria, Ralph M. Morales, 254.^a de Inf., 1964, NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 4 («mil muertes»); L. D. Docken, «My Recollections of a Raiding Party into Lixing, Feb. 1945», n. d., NARA RG 319, RR archivos de historial, FRC 5 («Las cosas no salieron exactamente como planeamos»); Fussell, *Doing Battle*, p. 140 («accidente y la contingencia»).

115. «Cómo me he endurecido»: Vining, ed., *American Diaries of World War II*, p. 106; Blunt, *Foot Soldier*, pp. 138, 86 («Yo me sentaba y comía»); Gray, *The Warriors*, pp. 233-234 («Hace un frío que penetra»).

116. *Una encuesta a cuatro mil GI: «Attitudes of Soldiers in the European Theater»*, abril-mayo 1945, informe n.º ETO 85, NARA RG 330, E 94; Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 76 («*Un odio como nunca he visto*»); Ellis, *On the Front Lines*, p. 286 («*La cuestión de matar*»).

117. «Lentamente empiezan a darse cuenta» Peckham y Snyder, eds., *Letters from Fighting Hoosiers*, vol. 2, p. 165; Christen T. Jonassen, «Living Conditions in the E.T.O.», 1987, Mesa Redonda sobre la segunda guerra mundial en Columbus, MHI, caja1, p. 4 («Joded a los bastardos»); Ellis, *On the Front Lines*, p. 286 («Cuando los Jerries entran»); Toole, *Battle Diary*, p. 57 («Algunos de nuestros mejores hombres»).

118. «Su evidente deseo de rendirse»: Fussell, *Doing Battle*, p. 124.

119. «*Matar es una obsesión*»: corr. Waldo Heinrichs, Jr., a sus padres, 30 abril, 1945, MHI, caja 1.

120. *A las 07: 30 h del miércoles*: Huie, *The Execution of Private Slovik*, pp. 22-25, 34, 60; «The Execution of Eddie Slovik», *AB*, n.º 32 (1981): pp. 28 ss.

121. *La indisciplina se había convertido en una agobiante preocupación: «Military Justice Administration in Theater of Operations», n. d., estudio del Consejo General de USFET n.º 83, NARA RG 407, E 427, AGWWII informe de operaciones, 97-USF-0.30, pp. 1-2 (11.000 consejos de guerra generales); calendario de escritorio, 5 de nov., 1944, NARA RG 331, E 1, SHAEF SGS, caja 11 («La elevada incidencia de delitos»); Wieviorka, Normandy, p. 328 («los libertadores se han convertido en saqueadores»); «Alleged Lawlessness of American Troops in Normandy Area», 18 de nov., 1944, NARA RG 498, ETO archivo de inspección #40 («por miedo a ser abordadas»); Ellis, *On the Front Lines*, p. 200 (menos de la mitad del uno %); memo, SHAEF G-2 a SHAEF G-1, 24 de enero, 1945, NARA RG 331, E 1 SHAEF SGS, caja 11 («un importante porcentaje»).* Beetle Smith se quejó a los comandantes el 20 de marzo, 1945, de que «tanto las tropas británicas como las estadounidenses están realizando saqueos a gran escala en Holanda y Alemania».

122. *Los castigos severos tuvieron un esporádico efecto disuasorio*: «The Military Offender in the Theater of Operations», n. d., estudio del Consejo General de USFET n.º 84, NARA RG 407, E 427, AGWWII informe de operaciones, 97-USF-0.30, pp. 1-2 («*edades mentales*» y *licenciamiento deshonoroso*); «Military Justice Administration in Theater of Operations», n. d., estudio del Consejo General de USFET n.º 83, NARA RG 407, E 427, AGWWII informe de operaciones, 97-USF-0.30, pp. 7-9.
122. *cuatrocientas cuarenta y tres penas de muerte*: «Normandy Executions», AB, n.º 85 (1994). Un autor por lo menos afirmó después que catorce mil mujeres europeas fueron violadas por soldados estadounidenses. John Morrow, Jr., reseña de J. Robert Lilly, *Taken by Force*, JMH (oct. 2008): p. 1324. Véase también Davies, *No Simple Victory*, p. 339. Las cifras del SHAEF y del ejército sugieren que los números, aunque terribles, eran bastante más bajos. Véase AAR, 12.º GE, vol. 10, NARA RG 331, E 200.^a, SHAEF, caja 267; Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, p. 200; y Wiewiorka, *Normandy*, p. 328.
122. *En Europa se llevaron a cabo setenta ejecuciones*: corr. Theodore Wyman, Jr., a OCMH, 5 de mayo, 1954, NARA RG 319, E 97, LSA, vol. 1 archivos de historial, caja 4, p. 14; Lilly, «U.S. Military Executions», AB, n.º 90 (1995): pp. 50 ss.; «Normandy Executions», AB, n.º 85 (1994) («*cáñamo de Manila*»).

123. *La deserción, definida por los militares estadounidenses: «The Execution of Eddie Slovik»*, *AB*, n.º 32 (1981): pp. 28 ss; Laffin, *Combat Surgeons*, pp. 197-198 (*más de 3.000 condenas a muerte*).
123. *Los militares alemanes decretaron*: Geoffrey P. Megargee, panel de la segunda guerra mundial, conferencia SMH, 22 de mayo, 2004, Bethesda, Md.; Rush, *Hell in Hürtgen Forest*, p. 336; Horst Boog, «Invasion to Surrender: The Defense of Germany», en Brower, ed., *World War II in Europe: The Final Year*, p. 129. Boog calcula que «algo menos de la mitad» de los cincuenta mil condenados fueron ejecutados.
123. *veintiún mil soldados desertaron*: *DOB*, p. 508; Fussell, *The Boys' Crusade*, p. 108 (*menos de la mitad fueron atrapados*).
123. *De casi 2.000 desertores condenados en Europa*: «Military Justice Administration in Theater of Operations», n. d., estudio del Consejo General de USFET n.º 83, NARA RG 407, E 427, AGWWII informe de operaciones, 97-USF-0.30, p. 4. Varias docenas más fueron condenados por motín, sedición o mala conducta ante el enemigo, es decir, huir de la batalla.
123. *desde 1864*: Huie, *The Execution of Private Slovik*, p. 146.

124. *Slovik fue arrestado en octubre*: *ibid.*, pp. 121-122, 150-151 («*en un pequeño apuro*»), 174, 179-180; Carroll, «A Deserter Begs Eisenhower to Spare His Life», *World War II* (enero-feb. 2012): pp. 21 ss («*Cómo puedo expresar*»); Morgan, *Eisenhower Was My Boss*, p. 134 («*la Hora del Ahorcamiento*»); «The Execution of Eddie Slovik», *AB*, n.º 32 (1981): pp. 28 ss.

125. *Los guardias de la PM habían perdido la llave de las esposas*: Huie, *The Execution of Private Slovik*, pp. 203-211, 217-221, 227.

126. *Un cielo gris encapotado cubría el jardín: «The Execution of Eddie Slovik»*, *AB*, n.º32 (1981): pp. 28 ss; Miller, *Division Commander*, pp. 160-162. En una carta al autor William Bradford Huie en 1953, el general Cota dijo: «Lamento que el soldado Slovik fuese producto de nuestro sistema de reemplazo. Fue un sistema cruel... y nunca me gustó». Corr., 13 de dic., 1953, documentos de Norman D. Cota, Bib. DDE, archivo 201, caja 1.

127. *Un sacerdote ungió el cuerpo*: L. R. Talbot, «Graves Registration in the European Theater of Operations», 1955, capítulo 26 PIR, MHI; Lilly, «U.S. Military Executions», *AB*, n.º 90 (1995): pp. 50 ss.

128. «la única úlcera de todo el frente»: diario, JLD, 27 de enero, 1945, MHI; Tedder, *With Prejudice*, p. 657 («debíamos hacer limpieza»).

129. *Esto le provocaría más frustración: RR, pp. 533, 538 (Cruz de Hierro); OH, 3.^a DI, bolsa de Colmar, RG 407, E 427-A, CI, 279/65/5/1, carpeta 26 (transformados en fortalezas); MEB, «The Colmar Pockets, 20 Jan-9 Feb 45», oct.1945, NARA RG319, R-56, p. 11 (diez enclaves de transbordadores); «Reduction of the Colmar Pocket», Sexto GE, n. d., CARL, N-11980.3, p. 5 (minas flotantes de contacto).*

130. *El esfuerzo inicial de Devers*: Seaman, «Reduction of the Colmar Pocket», *Military Review* (oct. 1951): pp. 37 ss.; *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, p. 627; «History of Ordnance Service in the Mediterranean Theater», vol. 2, n. d., CMH, 8-4 JA, pp. 196-197; Turner y Jackson, *Destination Berchtesgaden*, pp. 120-121; De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, pp. 345-348 («terreno de hielo pulido»); memo, Reuben E. Jenkins a JLD, 24 de febrero, 1947, documentos de Jenkins, MHI, caja 1 (*II Cuerpo francés*); Yeide y Stout, *First to the Rhine*, p. 307 («Elsass bleibt deutsch»).

131. «*Tras sembrar la sorpresa*»: diario, JLD, 24-26 de enero, 1945, y 1 de febrero, 1945 («*sería ejecutado*»), MHI; RR, p. 537 («*ímpetu o de voluntad para ir a por todas*»); OH, Henry Cabot Lodge, 16 de agosto, 1973, Thomas E. Griess, JLD, YCHT, caja 94, pp. 11-121 («*¡Maldita sea!*»); Tedder, *With Prejudice*, p. 657 («*los franceses nos han decepcionado*»).

132. *Las unidades americanas tenían sus propias dificultades: The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, p. 629 («exhausta y mermada»); William A. Sutton, «Operation Grand-slam, 30th Regiment», 3.^a DI, 2 de junio, 1945, *Relatos de Combate del VII Ejército*, MHI, p. 5 (*improvisados camisones*), 38 («*días de la guerra civil*»); Taggart, ed., *History of the Third Infantry Division*, pp. 305-309 (350 hombres); Even, *The Tenth Engineers*, p. 45 (*Maison Rouge*); Melvin J. Lasky, «La Maison Rouge», 3 de marzo, 1945, *Relatos de Combate del VII Ejército*, MHI, pp. 2-28 («*huyendo presas del pánico*»); *RR*, pp. 544-547; memoria, James T. Cooper, 30.^a de Inf., ts, n. d., documentos de Audie Murphy, USMA Arch («*crujíamos como el papel*»).

133. *Audie Murphy ayudó a redimir*: Simpson, *Audie Murphy, American Soldier*, pp. 130-137, 153-160; Taggart, ed., *History of the Third Infantry Division*, pp. 310-311; Murphy, *To Hell and Back*, pp. 240-243 («acurrucados como perdices»); Graham, *No Name on the Bullet*, p. 90 («Me parecía que las cosas aminoraban la marcha»); De Lattrede Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 361 («lo más arrojado»).

134. *Por fin una preponderancia aliada*: MEB, «The Colmar Pockets, 20 Jan-9 Feb 45», oct. 1945, NARA RG 319, R-56, pp. 18-19; De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 375 («¡Alabado sea Dios!»); *RR*, p. 551.

135. *El 5 de febrero, columnas procedentes del norte y del sur*: Las declaraciones recogidas de los GI por historiadores del ejército poco después de la batalla incluían: «Disparamos a los alemanes heridos porque solo teníamos veinte hombres y no podíamos entretenernos con ellos». OH, 3.^a DI, bolsa de Colmar, RG 407, E 427-A, CI, 270/65/5/1, carpeta 26. 135. *Un patriota francés mostró a los GI*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, pp. 598-599.

136. «Queridos camaradas franceses»: Seaman, «Reduction of the Colmar Pocket», *Military Review* (oct. 1951): pp. 37 ss («acontecimiento nacional»); De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 397; *LO*, p. 238 (rincón del noreste de Alsacia); memo, Reuben E. Jenkins a JLD, 24 de febrero, 1947, documentos de Jenkins, MHI, caja 1 (*tres veces más*); Graham, *No Name on the Bullet*, p. 94 («pollos congelados»).
136. *Colmar se había cobrado*: De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, pp. 398-399. Las bajas estadounidenses ascendieron a ocho mil, aunque solo quinientos murieron en combate (*RR*, pp. 556-557).

137. («*sacrificado sin ninguna ganancia apreciable*»): *RR*, p. 558. Russell F. Weigley afirma que una unidad de Volksgrenadier, la primera en evacuar al otro lado del Rin, escapó razonablemente intacta (*Eisenhower's Lieutenants*, pp. 598-599).

138. *La pulverización del Reich desde el aire*: Willmott, *The Great Crusade*, p. 414; Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, vol. 3, *Victory*, parte 5, p. 204 («bombas terremoto»); Green *et al.*, *The Ordnance Department*, pp. 470-471 (*por la bomba atómica*); «Tactical Air Operations in Europe», XIX TAC, mayo 1945, documentos de Frederick L. Anderson, HIA, caja 83, carpeta 1, pp. 8-9 («incendiaria antipersona»); Miller, *Masters of the Air*, p. 4 («lo más horrible posible»); «Preservation of Historical Monuments, Art Objects, etc.», sept. 1944; memo, DDE, 1 de junio, 1944, NARA RG 331, E 1, SHAEF SGS, caja 1 («como símbolo para el mundo»); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 201 («Stonehenge»); Sebald, *On the Natural History of Destruction*, p. 47 («vida sin vida»).

139. *Los estrategas británicos del aire*: memo, L. S. Kuter a H. H. Arnold, 9 de agosto, 1944, documentos de Frederick L. Anderson, HIA, caja 96; corr. F. L. Anderson a C. A. Spaatz, 2 de febrero, 1945, en «Operation ARGONAUT», n. d., documentos de Frederick L. Anderson, HIA, caja 95, carpeta 14; *AAF in WWII*, pp. 724-726; Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, vol. 3, *Victory*, parte 5, p. 116 («deje de latir»); Davis, *Bombing the European Axis Powers*, pp. 490-495 («una ya quebradiza moral»).

140. *Los escépticos se oponían*: THUNDERCLAP se planeó inicialmente en agosto de 1944 para después ser aplazada seis meses y retomada de forma truncada (Transcripción, conversación telefónica, J. Doolittle y F. L. Anderson, 21 de agosto, 1944, en «Operation Thunderclap: Attack on German Civilian Morale», documentos de Frederick L. Anderson, HIA, caja 96, carpeta 2); Ehlers, *Targeting The Reich*, p. 335 («*extremadamente remotas*»).
140. «*La Gran B no es buena*»: «Survey of Combat Crews in Heavy Bombardment Groups in ETO», junio 1944, Rama de Investigación, Octava FE, documentos de Carl A. Spaatz, LOC MS Div, caja 18.
140. «*Estoy de acuerdo en que el proyecto*»: DDE, notas al margen sobre «Air Attack on German Civilian Morale», Resumen e Informe de Acción del Jefe de Estado Mayor del R.U., 7 de agosto, 1944, NARA RG 331, E 3, SGS conferencias y sesiones informativas, caja 129.

141. *Thunderclap*, nombre en clave del «proyecto»: Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, pp. 552-553; Davis, *Bombing the European Axis Powers*, pp. 496-500, 515n; *AAF in WWII*, pp. 724-726; Miller, *Masters of the Air*, p. 265 (la sexta ciudad más grande).

142. *Aun así, las bombas destrozaron: AAFinWWII*, pp. 724-726. Entre los muertos estaba Roland Freisler, el conocido secretario de estado del Ministerio de Justicia del Reich y participante en la Conferencia de Wannsee (Visita del autor, villa de la Conferencia de Wannsee, Berlín, 30 de sept., 2009).

142. «*Era una hermosa mañana soleada*»: «*Vor Fünfzig Jahren: Ein Tagebuch*», *Frankfurter Allgemeine*, 1994, p. a.; Friedrich, *The Fire*, p. 352 («*la gente literalmente se desgarraba las ropas*»); Miller, *Masters of the Air*, p. 478 («*ciervos en una tormenta*»); Whiting, *The Home Front: Germany*, pp. 144-145 («*llameantes ríos*»), 422-426 (*dejó sin hogar a 120.000 alemanes*); Anónimo, *A Woman in Berlin*, pp. 5, 10 («*solo nuestros ojos*»).

143. (*complejas misiones aéreas*): Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, p. 571; Schaffer, «American Military Ethics in World War II: The Bombing of German Civilians», *Journal of American History* (sept. 1980): pp. 318 ss («*zonas relativamente vírgenes*»); Juliette Hennessy, «Tactical Operations of the Eighth Air Force», 1952, AFHRA, estudio histórico n.º 70, pp. 119-121, 126 (*debilitamiento civil*); *AAF in WWII*, p. 735 («*no tenía moral*»).

144. *La incursión más infame del invierno*: Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, vol. 3, *Victory*, parte 5, pp. 108-109; Biddle, «Dresden 1945: Reality, History, and Memory», *JMH* (abril 2008): pp. 413 ss (*arrancar de cuajo árboles*); Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, p. 404 («*Conductos de chimenea caían*»); Colville, *The Fringes of Power*, pp. 562-563 («*¿Dresde?*»); «Death Toll in Second World War Dresden Bombing», *Daily Mail* (R.U.), 3 de oct., 2008, <http://www.dailymail.co.uk/news/article-1067489/Death-toll-Second-World-War-Dresden-bombing-25-000-commission-finds.html>; *Germany IX*, p. 390; Sebald, *On the Natural History of Destruction*, p. 98 (*Treblinka*).

145. *Nos pusieron a trabajar*: Carroll, *Behind the Lines*, pp. 318-320.

146. *Cada noche y cada día, el bombardeo*: Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, p. 588. El número de muertos alemanes de 406.000, calculado en 1990, incluía austríacos, trabajadores esclavos y prisioneros de guerra (*Germany IX*, pp. 475-476). Max Hastings y W. G. Sebald sitúan la cifra cerca de los 600.000. Véanse, respectivamente, *Armageddon*, p. 299, y *On the Natural History of Destruction*, pp. 3-4. 146. *La devastación calcinó setenta ciudades*: Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, pp. 183, 191 («ardieron como antorchas»); Collier, *Fighting Words*, p. 180 («una horquilla»).

147. *A pesar de todo, la vida sin vida: Crane, Bombs, Cities & Civilians*, p. 105 («quimera»).

148. *El mariscal de campo Montgomery tenía un destello de conquistador: La ofensiva del Primer Ejército canadiense se la conoció por el nombre de Batalla de Reichswald (VW, vol. 2, pp. 253-257; LO, pp. 136-137).*

149. *no se podía cruzar el Ruhr*: OH, 78.^a DI, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas 145-149.

150. *La presa de Urft cayó fácilmente*: Hogan, *A Command Post at War*, p. 243; OH, 78.^a DI, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas 145-149 (*cadáveres de tropas de la 28.^a División atrapados*); Gavin, *On to Berlin*, pp. 262-263; Sylvan, p. 293 (*cuarenta batallones*); *Lightning: The History of the 78th Infantry Division*, p. 110.

151. *A las ocho de la noche del viernes 9 de febrero*: OH, 78.^a DI, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas 145-149; Sylvan, pp. 296-297 (*cuarenta mil proyectiles estadounidenses*); Mittelman, *Eight Stars to Victory*, pp. 309-312; *Lightning: The History of the 78th Infantry Division*, pp. 118-120; Miller, *A Dark and Bloody Ground*, p. 201 (*un estruendo de mal agüero*); OH, 303.er Bn de Ingenieros y 78.^a DI, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas 145-149 (*«túnel bajo el mar»*).

152. *ya se habían infligido heridas mortales: LO, pp. 81-82; VW, vol.2, p. 264 (100 millones de toneladas).*

153. *La lluvia y el deshielo: «Combat Engineering»*, agosto 1945, Informe Histórico n.º 10, ETO, CEOH, caja X-30, p. 129; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 603.

154. *Con la ayuda de Montgomery*: diario de guerra del Noveno Ejército, 8-10 de febrero, 1945, documentos de William H. Simpson, MHI, caja 11; *LO*, p. 143; *OH*, William H. Simpson, 1971, Thomas R. Stone, SOOHP, MHI.

155. *Durante casi quince días, quince divisiones americanas*: OH, William H. Simpson, 1971, Thomas R. Stone, SOOHP, MHI: SLC, p. 379; Bradley y Blair, *A General's Life*, p. 340; Stone, «General William Hood Simpson: Unsung Commander of U.S. Ninth Army», *Parameters* 9, n.º 2 (junio 1981): pp. 44 ss; Bradley, *Soldier's Story*, p. 437 («*inusualmente normal*»); memoria, Richard D. Hughes, n. d., AFHRA, 520.056-234, p. 60 («*No mostraba ansiedad*»).

156. *Mientras Simpson esperaba pacientemente su hora*: La operación anglo-canadiense se conocía con el nombre de Veritable (VW, vol. 2, pp. 264-271; LO, p. 145).
156. «*Las ametralladoras crepitan ahora*»: Thompson, *Men Under Fire*, pp. 80, 83; LO, pp. 141-142.

157. *Por fin, el Noveno Ejército estaba preparado*: diario de guerra del Noveno Ejército, 22 de feb., 1945, documentos de William H. Simpson, MHI, caja 11; OH, George I. Forsythe, 1974, Frank L. Henry, SOOHP, MHI, p. 180 («*podía leerse un documento*»).

158. *Cuarenta y cinco minutos después tres cuerpos embistieron: LO*, pp. 145-155 («*confusión indescriptible*»), pp. 160-162; «Combat Engineering», CE ETOUSA, informe #10, dic. 1945, RG 498, ETO HD, archivo admón. #547, pp. 129-133 (*seiscientas lanchas de combate*); Hubert S. Miller, ingeniero del XIX Cuerpo, «Roer River Crossing», 1947, CARL, N-9924.2, parte I, p. 17 (*alcanzado ocho veces*). El VII Cuerpo todavía formaba parte del I Ejército (*LO*).

159. *al cabo de unas horas la fuerza bruta acabó ganando*: Hubert S. Miller, ingeniero del XIX Cuerpo, «Roer River Crossing», 1947, CARL, N-9924.2, parte I, pp. 12-13; «Combat Engineering», CE ETOUSA, informe #10, dic. 1945, RG 498, ETOHD, archivo admón. #547, pp. 129-133; diario de guerra del Noveno Ejército, 23 de febrero, 1945, documentos de William H. Simpson, MHI, caja 11 («ciudades capturadas»); Wilmot, *The Struggle for Europe*, p. 673 (*diecinueve puentes*); *LO*, p. 167 («*las cosas empiezan a ceder*»).

160. *El martes, Simpson lanzó a sus blindados: LO*, p. 172; diario de guerra del Noveno Ejército, 12 de marzo, 1945, documentos de William H. Simpson, MHI, caja 11 («*el gigante inerte y sin vida*»).

161. *Ocho puentes cruzaban el gran río: LO, p. 174.*

162. «*el enemigo está completamente desorganizado*»: diario de guerra del Noveno Ejército, 4 de marzo, 5 de marzo («*insensato*») y 27 de marzo, 1945 («*descanso para el ejército del té*»), documentos de William H. Simpson, MHI, caja 11; OH, William H. Simpson, 1971, Thomas R. Stone, SOOHP, MHI («*No crucéis*» y «*una idea egoísta*»); *LO*, p. 178; Wilmot, *The Struggle for Europe*, p. 677 («*bosque industrial*»).

163. *Grenade había terminado*: LO, p. 184; VW, vol. 2, p. 277.

164. *A pesar de las terribles pérdidas: LO, p. 171 («un gran pesar»).*

CAPÍTULO 11. TRAVESÍAS

La puerta interior de Alemania

1. *Penetraron en Renania*: William A. Carter, «Carter's War», 1983, CEOH, caja V, XIII-25; Thompson, *Men Under Fire*, p. 54 («otra clase de guerra»).

2. *Los refugiados alemanes se alejaban penosamente*: corr. Thor Smith a su familia, 13 de marzo, 1945, documentos de Thor M. Smith, HIA, caja 1; Ed Cunningham, «The Battle of the Bulge», *Yank*, 2 de marzo, 1945, en *Reporting World War II*, vol. 2, p. 585; diario de guerra, Lasky, «Military History Stood on Its Head», *Berlin Journal* 14 (primavera 2007), Academia Americana de Berlín, pp. 20 ss («wir folgen»); Botting, *From the Ruins of the Reich*, p. 3 («Krieg weg!»); Gander, *After These Many Quests*, pp. 313-314 (carteles «In Memoriam»); Heinz, *When We Were One* p. 156 («Estaban de pie mirando hacia atrás»), 261 (lanzaban pan); Simpson, *Audie Murphy, American Soldier*, p. 212 («tierra de pastos»).

3. *Mientras dos docenas de divisiones británicas, canadienses y americanas*: Fraser, *And We Shall Shock Them*, p. 390; «Report of Rhine River Crossings», mayo 1945, FUSA, Oficina del Ingeniero, NARA RG 407, archivos Mic. AG, ML #887, caja 19135 (*tres cuerpos alineados*); Sylvan, p. 319 («*Es imposible no estar eufórico*»); *LO*, pp. 114-115, 240, 252; White, *Conquerors' Road*, p. 33 («*carro de estiércol*»); entrevistas de combate de la 4.^a DE, marzo-abril 1945, NARA RG 407, archivos misc. AG, ML#857, caja 19133 (*tanques y proyectiles howitzer*); corr. A. C. Gillem a su esposa, 25 de feb., 1945, documentos de Alvan Cullom Gillem, Jr., MHI, caja 7 («*Ayer en la carretera*»); Friedrich, *The Fire*, pp. 122-124; William A. Carter, «Carter's War», 1983, CEOH, caja V, XIII-6 («*la ciudad más destruida*»); Henry L. Barr, «Infantry Living Conditions in Combat Area», n. d. Mesa Redonda sobre la segunda guerra mundial en Columbus, MHI, caja 1 (*puertas arrancadas de los goznes*).

4. «*Todo olía*»: Carpenter, *No Woman's World*, p. 257; White, *Conquerors' Road*, pp. 42-43 («*caza de ratas*»); Moorehead, *Eclipse*, p. 235 («*un atractivo juego de luces*»); corr. P. B. Rogers a su familia, 7 de marzo, 1945, documentos de Pleas B. Rogers, MHI («*totalmente abrasada*»).

5. «El ganado, muy numeroso»: Moorehead, *Eclipse*, pp. 230-231.
5. «Todas las casas parecían tener»: Thompson, *Men Under Fire*, p. 35.
5. «inmensas reservas de azúcar»: Martha Gellhorn, «Das Deutsches Volk», *Collier's*, 26 de mayo, 1945, en *Reporting World War II*, vol. 2, p. 675.

6. *Allí había un mundo de platos de Dresde*: White, *Conquerors' Road*, pp. 20-21; Nickell, *Red Devil*, p. 154 (*huevos duros*); Bourke-White, *Portrait of Myself*, pp. 262-263 (*medallas del Tercer Reich a la maternidad*); Thompson, *Men Under Fire*, p. 145 (*textos cristianos*); Pogue, *Pogue's War*, pp. 356-357 (*holandeses o belgas*); Martha Gellhorn, «*Das Deutsches Volk*», *Collier's*, 26 de mayo, 1945, en *Reporting World War II*, vol. 2, p. 671 («*Nadie es nazi*»).

7. *También allí había un mundo para ser saqueado*: Robert E. Walker, «With the Stonewallers», n. d., MMD, p. 111 («Estamos avanzando»); memo, ONB a GSP, «Misbehavior of Allied Troops», 7 de mayo, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 13 («procesadas»); memo, FUSA IG, 23 de abril, 1945, NARA RG 338, First Army AG corr. gral., caja 220 (cámaras Leica); Wellard, *The Man in a Helmet*, pp. 224-225; Marshall, *A Ramble Through My War*, p. 226 (tumba medieval); memo, W. B. Smith a ONB, 20 de marzo, 1945, NARA RG 331, E 1, SGS, caja 11 (destripaban los suelos); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 205 (detectores de minas); Heinz, *When We Were One*, p. 233 (vestidos de mujer); Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, p. 45 («Lootwaffe»); Christen T. Jonassen, «Living Conditions in the E.T.O.», 1987, Mesa Redonda sobre la segunda guerra mundial en Columbus, MHI, caja 1, p. 2 (dos disparos); Moorehead, *Eclipse*, p. 253 («cientos de coches alemanes»); Adams, «Operations of an American Military Government Detachment in the Saar, 1944-1945», *Military Affairs* (otoño 1955): pp. 121 ss (motos alemanas, máquinas de escribir); Gander, *After These Many Quests*, p. 312 («robar en una tiendas sin obstáculo alguno»).

8. «ebrio y carnavalesco de fin del mundo»: Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 171.

9. «Primero cogí un martillo»: Linderman, *The World Within War*, p. 244.

10. «No sentía pena»: Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, p. 260.

11. *Los mandos aliados se encontraron: LO*, p. 330 («Bitte, schlafen mit»); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, p. 261 («mirar con lujuria»); Willoughby, «The Sexual Behavior of American GIs During the Early Years of the Occupation of Germany», *JMH* (enero 1998): 155 ss («la cuestión de 65 dólares»); Kennet, *G.I.: The American Soldier in World War II*, p. 213 («No hagáis el papel de Sansón»); Stafford, *Endgame 1945*, pp. 128-129 («Fraternizar»); Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 183 («copulación sin conversación»); D'Este, *Patton: A Genius for War*, p. 653 («Decid a los hombres del Tercer Ejército»).

12. *El general Hodges ordenó que se sirviera champán*: Sylvan, p. 322; Friedrich, *The Fire*, p. 221-225 (solo quedaban 10.000); Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, pp. 182-189 («cadáver calcinado»).

13. *Los pensionistas de la Volkssturm luchaban*: Cooper, *Death Traps*, p. 257; Margry, «The Battle for Cologne», *AB*, n.º 104 (1999): pp. 2 ss (*carga de caballería*); Janet Flanner [Genêt], «Letter from Cologne», 31 de marzo, 1945, *New Yorker*, en *Reporting World War II*, vol. 2, pp. 664-668 («*basura escarlata*»).

14. *El miércoles 7 de marzo, Hodges: Margry, «The Battle for Cologne», AB, n.º 104 (1999): pp. 2 ss; LO, p. 191.*

15. «El Rin. No sé»: David Pergrin, 291.er Bn de Ingenieros, «The Remagen Bridgehead», 1983 CEOH, caja X-26, carpeta 2, p. 19; «Combat Engineering», informe histórico n.º 10, agosto 1945, CEOH, caja X-30, pp. 148-149 (150 glaciares); Michael George Mulhall, *The Dictionary of Statistics*, p. 515 (decimoquinto río más grande); LSA, vol.2, p. 373 («un breve viaje por mar»); «Forced Crossing of the Rhine, 1945», informe histórico n.º 20, agosto 1945, CEOH, caja X.32, carpeta 20, p. 1 («vadeable» y («dieciocho kilómetros por hora»); Dziuban, «Rhine River Flood Prediction Service», *Military Engineer* (sept. 1945): pp. 348 ss (las inundaciones invernales habían sido las más altas); Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 651 (sin apenas contaminación); ALH, p. 178 (su lecho estaba obstruido por tal cantidad de escombros); corr. H. L. Ismay a W. B. Smith, 30 de dic., 1944, LHC, 4/29/15 («otro Día D»).

16. *planes para franquear el Rin*: «Forced Crossing of the Rhine», dic. 1945, CE, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #547, p. 4; «Rhine River Crossing», 26 de enero, 1945, ETOUSA, CEOH, caja X-24.^a, carpeta 2; OH, Franklin F. Snyder, «Water Resources: Hydraulic and Hydrology», 1995, CEOH, 5, 45, 57 (*Ingenieros del ejército en Vicksburg*); Dziuban, «Rhine River Flood Prediction Service», *Military Engineer* (sept. 1945): pp. 348 ss (*emisiones de radio y Grenoble*); Abrams, *Our Secret Little War*, pp. 62-63 (*170 modelos*).

17. *Escuelas de travesía de ríos en el Loira: «Forced Crossing of the Rhine»*, dic. 1945, CE, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #547, pp. 10-12; *The U.S. Army Corps of Engineers: A History*, p. 145; Henry F. Pringle, «Weapons Win Wars», n. d., CMH, 2-3.7 AB.B, pp. 201-202 (*Astilleros*); «Supply: Oversea Theaters of Operation», 1945, NARA RG 319, *Global Logistics and Strategy, 1943-1945*, archives de historial, 2-3.7 (*Colocadas una encima de la otra y embaladas*); *We Bought the Eiffel Tower: The Story of the General Purchasing Agent, European Theater*, 1949, MHI, pp. 60, 174-175; OH, Alan G. Kirk, 22 de sept., 1945 NARA RG38, CNO, caja 15, pp. 3-4 (*remontaron el canal Alberto*); Davis, *Across the Rhine*, p. 8 (*buldóceres*); IFG, p. 318; Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, pp. 394-396 («*adornadas con copas de árboles*»).

18. *A principios de marzo, los depósitos avanzados*: Henry F. Pringle, «Weapons Win Wars», n. d., CMH, 2-3.7 AB.B, pp. 201-202 (2.500 motores fuera borda); Davis, *Across the Rhine*, p. 8 (1.100 lanchas de asalto).

19. *Precisamente este puente se encontraba:* Hechler, *The Bridge at Remagen*, 3, 49-53; Zaloga, *Remagen 1945*, p. 35. Algunos lugareños se referían a una galería subterránea adyacente, utilizada como refugio antiaéreo, con el nombre de Hoyo del Enano (http://www.herrlichkeit-erpel.de/EnglischeVersion/Bruecke03_eng.htm).

19. *Los estetas del lugar se quejaban:* visita del autor, Friedenmuseum Brücke von Remagen, 18 de junio, 1996.

20. *Los soldados alemanes en retirada*: Steinhoff et al., *Voices from the Third Reich*, p. 410 («con cañones tirados»); Hechler, *The Bridge at Remagen*, pp. 44-45 (*fragmentada arquitectura de mando*); *LO*, p. 214 (*Model había prometido*).

21. *sesenta cajas forradas de zinc*: *LO*, p. 213; «The Ludendorff Railway Bridge», *AB*, n.º 16 (1977): pp. 2 ss.; Kenneth W. Hechler, «The German Reaction to Remagen», OCMH, Julio 1957, NARA RG 319, R-series, #101, p. 6.

22. «¿Ves?»: OH, John W. Leonard, 9.^a DE, CG, 16 de marzo, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI 300, caja 19081.

23. A las 8: 20^a m.: Reavis, «Crossing of the Rhine Remembered», *Stars and Stripes*, 8 de marzo, 1995, p. 1; Hechler, *The Bridge at Remagen*, p. 79 («No hay gloria»).

24. *Ahora el teniente Timmermann se demostraría*: Hechler, *The Bridge at Remagen*, p. 88; *LHD*, p. 201 («¿Sabes qué demonios?»); corr. L. E. Engeman, CO, 14.º Bn de Tanques, a JT, 5 de abril, 1964, JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 10 (*Dos locomotoras de vapor*).

25. *Mientras tres pelotones descendían*: Hechler, *The Bridge at Remagen*, p. 98; *LHD*, p. 202; Hechler, *Hero of the Rhine*, pp. 18-20.

26. *Poco antes de las dos de la tarde, un oscuro geiser*: OH, Karl Timmermann, Murray Deevers, William M. Hoge et al., 27.º Bn de Inf. Blindada, marzo-abril 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI («cenaremos pollo»); Hechler, *The Bridge at Remagen*, pp. 104-105 («antes de volarlo»).

27. *A menos de un kilómetro de distancia un pandemonio: LO*, p. 217; Hechler, *The Bridge at Remagen*, pp. 112-113 («¡Todo el mundo al suelo!»).

28. *Con un lúgubre estruendo*: «Report of the Rhine River Crossings», mayo 1945, FUSA, Oficina del Ingeniero, NARA RG 407, Misc. archivos AG, ML #887 (*cuarenta y cinco kilos*); «Engineers at Remagen», n. d., p. 7, y OH, Sears Y Coker, 9.º Bn de Ingenieros Blindado, 11 de marzo, 1945, JT, LOC MS Div, *LHD*, cajas9 y 10; *LO*, p. 230.

29. *Indultados, el teniente Timmermann y sus hombres*: OH, Karl Timmermann, Murray Deevers, William M. Hogue et al., 27.º Bn de Infantería Blindada, marzo-abril 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI 300, caja 19081.

30. *A última hora de la tarde, la Compañía A*: *ibid.*, OH, George P. Soumas, 14.º Bn de Tanques, n. d., NARA RG 407, E 427-A, CI 300, caja 19081; «Report of the Rhine River Crossings», mayo 1945, FUSA, Oficina del Ingeniero, NARA RG407, Misc. archivos AG, ML #887 (*los GI destrozaron*); *LHD*, p. 210; Hechler, *The Bridge at Remagen*, p. 128; Kenneth W. Hechler, «The German Reaction to Remagen», OCMH, Julio 1957, NARA RG 319, R-series, #101, p. 7. («*Infórmale*s»). No hay evidencia alguna de que este mensaje en particular llegase al cuartel general del alto mando

31. *Cayó la noche, una noche empapada y sin luna: «Engineer Memoirs: General William M. Hoge», 1993, CEOH, p. 151 («oscura como boca de lobo»); Ben Cothran, «Remagen, 7 March 1945», n. d., JT, LOC MS Div, LHD, caja 10 (Los conductores, exhaustos, durmieron); OH, Donald J. Russel [sic], 27.º Bn de Infantería Blindada, 12 de junio, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI 300, caja 19081 (tres menguadas compañías de fusileros); Reichelt, *Phantom Nine*, p. 210 (media tonelada de explosivos).*

32. *Al final, nueve Shermans*: «Engineers at Remagen», n.d., JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 9 p. 4. («*más desgarradores*»); OH, George P. Soumas, 14.º Bn de Tanques, n. d., NARA RG 407, E 427-A, CI 300, caja 19081 («*Un crujido angustioso y de mal agüero*»); Rudolf Schulz, «The Bridge of Decision», dic. 1951, JT, LOC MS Div, caja 10, *LHD*, p. 5 («*la puerta interior*»).

33. *La antigua y majestuosa Reims: «Code Names and Code Words»*, NARA RG331, E 1, SGS, 290/7/2-4/1, caja 24; Baedeker, *Northern France*, pp. 85, 103; Abram et al., *The Rough Guide to France*, pp. 272-275; memoria, William Henry Baumer, n. d., HIA, caja 1, p. 183 (*catas a ciegas*).

34. *Eisenhower comía en la casa prestada*: Danchev, p. 669.

35. «Brad, esto es maravilloso»: *Three Years*, pp. 764, 767-768.

36. *Volviendo al comedor*: OH, DDE, 3 de junio, 1946, SLAM, documentos de A. S. Nevins, «Message Log Oral History Interview», MHI; Taylor, *Swords and Plowshares*, pp. 105-106 («*mal ubicado*»).

37. *Brindaron por el puente*: Courtney H. Hodges, «Remagen: The Bridge That Changed the War», 1949, documentos de Hodges, MHI, caja 21, pp. 24-25; OH, John Millikin, 19 de marzo, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta 339 («*Nadie habría elegido jamás*»); diario, 7 de marzo, 1945, colección CBH, MHI, caja 4; Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 629; David Pergrin, 291.er Bn de Ingenieros, «The Remagen Bridge», 1983, CEOH, caja X-26, carpeta 2, p. 17 (*el Ludy*).

38. *De momento, Eisenhower enviaría*: memo, «Telephone Conversation —General Bradley- General Bull», 9 de marzo, 1945, documentos de Harold R. Bull, Bib. DDE, caja 2; Bradley, *Soldier's Story*, pp. 510-514 (*llegar a la autopista*); visita del autor, Friedensmuseum Brücke von Remagen, 18 de junio, 1996 (*ocho mil GI*); OH, Ben J. Cothran, 9.^a DE, 14 de marzo, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI300, caja 19081; Report of the Rhine River Crossings», mayo 1945, FUSA, Oficina del Ingeniero, NARA RG 407, Misc. archivos AG, ML #887, caja 19135 (*tres cargas de protección*); B. C. Andrus, III Cuerpo, 24 de marzo, 1945, NARARG 498, ETO G-3 OR (*Focos reflectores barrían el agua*); Beck, pp. 510-511 (*cargas de profundidad*); OH, F. Russell Lyons et al., III Cuerpo de Ingenieros, 21 de marzo, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpetas 339-340 (*siete toneladas*).

39. *Mientras los ingenieros se afanaban: «Report of the Rhine River Crossings»*, mayo 1945, FUSA, Oficina del Ingeniero, NARA RG 407, Misc. archivos AG, ML#887, caja 19135; «Combat Engineering», informe histórico n.º 10, agosto 1945, CEOH, caja X-30, pp. 151-160 (*diecinueve flotadores en diez minutos*); David Pergrin, 291.er Bn. de Ingenieros, «The Remagen Bridgehead», 1983, CEOH, caja X-26, carpeta 2, pp. 32-38 («*Chicos, esto es el fin*»), 70 (*el primer jeep cruzaba*); SC, p. 424; Courtney H. Hodges, «Remagen: The Bridge That Changed the War», 1949, documentos de Hodges, MHI, caja 21, p. 31 (*seis y medio de profundidad*).

40. *La pérdida del Ludendorff*: «History of U.S. Strategic Air Force vs. German Air Force», sept. 1945, SRH-013, NARA RG 457, E 9002, NSA, 338 («*inmediatamente destruidos*»); Rudolf Schulz, «The Bridge of Decision», dic. 1951, JT, LOCMS Div, caja 10, *LHD*, pp. 3, 7 (*11. Panzer-Division*); OH, F. Russell Lyons et al., III Cuerpo de Ingenieros, 21 de marzo, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, caja 19086, carpetas 339-340; *LO*, p. 228; Zaloga, *Remagen 1945*, p. 59; OH, Rich Porter, con el autor, 27 de enero, 2009 (*billetes de Reichsmark*).

41. *Hermann Göring buscó voluntarios*: Zaloga, *Remagen 1945*, pp. 56, 59 (*la más densa concentración del ejército*); Hinsley, p. 592 (*espías aliados*); B. C. Andrus, III Cuerpo, 24 de marzo, 1945, NARA RG 498, ETO G-3 OR (*globos de barrera*); Paul Semmens, «The Hammer of Hell», n. d., CMH, pp. 156-167 (*casi setecientos*); Wishnevsky, *Courtney Hicks Hodges*, p. 183 («*un millón de dólares*»); LO, p. 228 (*haber derribado más de un centenar de aparatos*); Royce L. Thompson, «Military Impact of the German V-Weapons, 1943-1945», 31 de julio, 1953, CMH, 2-3.7 AE-P-4, p. 39; M. C. Helfers, «The Employment of V-Weapons by the Germans During World War II», 1954, OCMH, NARA RG 319, 2-3.7 AW, p. 81; Hechler, *The Bridge at Remagen*, p. 162; Beck, pp. 510-511.

42. *La debacle de Remagen sin duda clamaba*: Blumentritt, *Von Rundstedt*, p. 279; Carver, ed., *The War Lords*, p. 199 (*acabó en Bad Tölz*); Westphal, *The German Army in the West*, pp. 192-193 («*su propia sombra*»); *LO*, p. 222; *AAAD*, pp. 166-167; *DOB*, p. 93.

43. *Peor destino les correspondió*: Günther Kraft, «The Shooting of My Father in Consequence of the Remagen Incidents», 10 de abril, 1946, trad. Duscha Ziegel, OCMH, JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 10; Zumbro, *Battle for the Ruhr*, pp. 102-105; Hechler, *The Bridge of Remagen*, pp. 178-179 (*cartas*). Un quinto official, el capitán Willi Bratge, al haber sido capturado, fue juzgado in absentia.

44. *aquella cruel justicia*: Spayd, *Bayerlein*, p. 198 («*psicosis de puente*»); Colley, *Blood for Dignity*, p. 93.

45. «Hitler fue el que»: Sherry, *In the Shadow of War*, p. 101.

46. «Ya no estáis en intendencia»: Charles Roland, «G.I. Joe: The Citizen Soldier in World War II», 1979, MHI, ASEQ, 3.er Bn, 394.^a Inf., 99.^a DI, p. 24.
46. *Por supuesto que ya habían estado en el ejército*: memo, «Report of Board of Officers on Utilization of Negro Manpower», a GCM, 17 de nov., 1945, y «Negro Platoons in Composite Rifle Companies —World War II Style», «Army Talk», n.º 170, 12 de abril, 1947, documentos de Alvan C. Gillem, Jr., Bib. DDE, caja 14; MacGregor, *Integration of the Armed Forces*, pp. 51-53. Una propuesta por parte de John C. H. Lee de integrarlos por completo fue rechazada por Eisenhower después de que Smith observase que semejante y radical integración contradecía la política del Departamento de Guerra (Colley, *Blood for Dignity*, p. 49; Lee, *The Employment of Negro Troops*, pp. 688-697).
46. *A pesar de las encomiables acciones*: DOB, pp. 381-383; Lee, *The Employment of Negro Troops*, pp. 648-652, 661-664, 679; Patton, *War as I Knew It*, p. 160 («no puede pensar lo bastante rápido»); Colley, *Blood for Dignity*, pp. 53-55 («hacer de los blancos unos mentirosos»); Reynolds, *Rich Relations*, p. 315 («Soy un negro americano»); e-mail, Harry Dewey al autor, 15 de dic., 2008 («Nos faltaba personal»).

47. *Las reparaciones del Ludendorff continuaron*: corr. Justin Dwight Hillyer a Ken Helcher, 25 de oct., 1959, CEOH, caja X-26, carpeta 1.

48. *Justo antes de las tres de la tarde del sábado 17 de marzo*: Beck, pp. 510-511; David Pergrin, 291.er Bn de Ingenieros, «The Remagen Bridgehead», 1983, CEOH, caja X-26, carpeta 2, pp. 100-105 («película a cámara lenta»).

49. *De los que cayeron con el Ludy*: Hechler, *The Bridge at Remagen*, pp. 163-164; OH, F. Russell Lyons et al., ingenieros del III Cuerpo, 21 de marzo, 1945, NARA RG407, E 427-A, CI, caja 19086, carpetas 339-340 (*ingenieros con hachas*); «Report of Rhine River Crossings», mayo 1945, FUSA, Oficina del Ingeniero, NARARG 407, archivos Mic. AG, ML #887, caja 19135 (*baterías del ejército de howitzers de 20 centímetros*); «Combat Engineering», informe histórico n.º 10, agosto 1945, CEOH, caja X-30, pp. 151-160; David Pergrin, 291.er Bn de Ingenieros, «The Remagen Bridgehead», 1983, CEOH, caja X-26, carpeta 2, p. 107 («*nos alegramos de que esta maldita cosa*»). Hodges despidió al General Millikin el día en que cayó el puente por no ser capaz de organizar como es debido la cabeza de puente (Sylvan, pp. 335-337).

50. *A última hora de la noche del sábado, siete hombres rana alemanes*: B. C. Andrus, III Cuerpo, 24 de marzo, 1945, NARA RG 498, ETO G-3 OR; *LO*, pp. 228-230; *VW*, p. vol. 2, p. 283.

51. Eisenhower aprobó: *LO*, p. 234; *Sylvan*, p. 338 («*La guerra ha terminado*»).

Dos si por el mar

52. *El exultante optimismo y la bonhomía bávara del mariscal de campo Kesselring*: Macksey, *Kesselring: The Making of the Luftwaffe*, pp. 6-8; Kesselring, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, pp. 9, 13-14, 243 («Esperar»); Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, p. 451 («No creo»), 506.

53. *Ahora la suerte de Kesselring*: Kesselring, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, pp. 218-219, 241; MacDonald, *The Mighty Endeavor*, p. 457 (*había desaparecido un cuarto de millón de alemanes*), 239 («un centenar de combatientes»); Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, p. 506 (*guarnición de las islas del Canal de la Mancha*); Steinhoff et al., *Voices from the Third Reich*, p. 413 (*matar a todos los cabos*).

54. A mediados de marzo, los comandantes de campo instaron a Kesselring: LO, pp. 244, 257-258; Kesselring, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, pp. 249-250 («ladrillos sin paja»).

55. *El general Patton se había tomado un breve respiro*: PP, p. 643; Codman, *Drive*, pp. 254-257. 55. *En Trier, por ejemplo*: Friedrich, *The Fire*, pp. 248-249.

55. «*La desolación ha quedado paralizada*»: Edsel, *The Monuments Men*, pp. 260-262.

55. «*podía oler el sudor de las legiones*»: PP, p. 655.

56. *Pocas veces, quizás nunca, había sido su generalato*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 639; *LO*, p. 262 («apenas queda nada hecho por el hombre»); Wandrey, *Bedpan Commando*, p. 179 («aferran mi mano»); Allen, *Lucky Forward*, p. 254 («No importan las carreteras»); Ayer, *Before the Colors Fade*, p. 193 (*puedes volar el maldito cañón*).

57. *El miércoles 21 de marzo: LO*, pp. 250-251, 259; Allen, *Lucky Forward*, p. 260 («Vamos a cruzar el Rin»).

58. *Cumplió su alarde*: memo, William Sackville, XII Cuerpo, 26 de marzo, 1945, NARA RG 498, ETO G-3 OR, caja 9; Allen, *Lucky Forward*, p. 263; *LO*, pp. 267-271 («*muerte andante*»); diario, GSP, 24 de marzo, 1945, LOC MS Div, caja 3, carpeta 11 («*condujo hasta el río*»).

59. «¡Brad, hemos cruzado!»: Codman, *Drive*, p. 269; *LO*, p. 273 («sentimiento de rivalidad»).

60. «Me encanta la guerra»: Semmes, *Portrait of Patton*, p. 264.

61. *Churchill había propuesto ir*: Roberts, *Masters and Commanders*, p. 561; Hastings, *Winston's War*, p. 456 («Soy un hombre Viejo»); Colville, *Footprints in Time*, 184-187; AAR, «Operation Varsity», Primer Ejército Aliado Aerotransportado, 19 de mayo, 1945 (*Una pantalla de humo*); Saunders, *The Red Beret*, p. 287 («una gruesa bruma negra»).

61. *Encontraron el puesto de mando de Montgomery*: Colville, *The Fringes of Power*, p. 575; Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 411; *LO*, p. 303 («Dos si por el mar»).

62. *Bajo el mando de Montgomery*: SC, p. 241; LO, p. 301 («pretender que resistía»); Callahan, *Churchill & His Generals*, p. 222 (treinta y cinco batallones de infantería).

63. *El plan de PLUNDER: VW*, vol. 2, pp. 286-287; AAR, «Activities, Final Phase, European War», IX Mando de Transporte de Tropas, junio 1945, documentos de MBR, MHI, caja 62, pp. 56-76; Harris, «The Bigger They Are the Harder They Fall», *FAJ* (mayo-junio 1938): pp. 229 ss (*un solo Howitzer de 105 mm.*); Thompson, *I Was Churchill's Shadow*, p. 151 («*Hitler personalmente*»). El Noveno Ejército había acumulado 138.000 toneladas de suministros (*LO*, p. 297).

64. *Churchill y Brooke paseaban*: Danchev, p. 674.

65. *Iban ligeramente inclinados por el peso de las mochilas*: Severeid, *Not So Wild a Dream*, pp. 499-502.

65. «Si por casualidad oís»: Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, p. 405-406.

66. «una polilla negra revoloteando»: Moorehead, *Eclipse*, p. 240.

67. «Una gran mancha carmesí»: Thompson, *Men Under Fire*, pp. 106-107.

67. «más que fuerzas mortales»: Allen, *One More River*, p. 241.

67. «Como ladrones y en fila india»: Moorehead, *Eclipse*, p. 240; VW, vol. 2, pp. 288-289.

68. *Unos pocos kilómetros río arriba*: Allen, *One More River*, p. 247 («*multitud de pequeñas embarcaciones*»); «The Rhine Crossing», agosto 1945, NARA RG 337, E15A, AGF OR #608 (*mil proyectiles al minuto*); *LO*, pp. 305-307 (*setecientas lanchas de asalto y treinta y una bajas*); Albert H. Peyton, XVI Cuerpo, 31 de marzo, 1945, NARA RG 498, ETO G-3 OR, caja 8 (*grúas de veinte toneladas*).

69. *redes de pesca, mallas de alambre, tela asfáltica*: «Chief Engineers Report on Camouflage Activities in the ETO», 15 de nov., 1945, documentos de Howard V. Canan, HIA, caja 3.

70. *Descansado y exultante*: Colville, *The Fringes of Power*, p. 576; Colville, *Footprints in Time*, pp. 184-187; Moorehead, *Eclipse*, pp. 240-242 («mis ejércitos son demasiado vastos»).

71. «*¡Ya vienen!*»: Moorehead, *Eclipse*, p. 244.

72. *Aquí estaba VARSITY*: «Narrative of Operation Varsity», 31 de marzo, 1945, Primer Ejército Aliado Aerotransportado, documentos de Floyd Lavinius Parks, MHI, caja 3; *LO*, p. 309; John C Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, p. 192. Varias historias oficiales de VARSITY difieren considerablemente en los detalles de la operación. La cobertura de cazas y caza-bombarderos incluía misiones de escolta, cobertura y patrulla. (*AAF in WWII*, p. 774).
72. *Sus órdenes eran capturar el territorio*: «Visita a ETO», 5 de mayo, 1945, NARARG 337, E 15A, AGF OR #320; Gander, *After These Many Quests*, p. 286 («para deshacer la melé»).

73. *En este cometido serían modestamente efectivos: «Visita a ETO», 5 de mayo, 1945, NARA RG 337, E 15A, AGF OR #320; «Narrative of Operation Varsity», 31 de marzo, 1945, Primer Ejército Aliado Aerotransportado, documentos de Floyd Lavinius Parks, MHI, caja 3 (no consiguieron erradicar); corr. Paul M. McGuire, 3.er Bn, 513.^a PIR, a JT, 6 de sept. 1963, JT, LOC MS Div, LHD, caja 3 («empezaron a aparecer agujeros»); A. C. Miller, 2.º Bn, 513.^a PIR, «Operation VARSITY», sept. 1963, JT, LOC MS Div, caja 3, LHD («miré hacia atrás»).*

74. *El cuerpo del avión se precipitó*: Severeid, *Not So Wild a Dream*, p. 503.

75. «caer como marionetas»: Clark, *Crossing the Rhine*, p. 319.

75. «lo partió en dos como un huevo»: Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, p. 412.

75. *De cuatrocientos planeadores del 6.º Aerotransportado*: Ernest M. Layman, Jr., «The Operations of XVIII Airborne Corps Crossing of the Rhine River at Wesel», n. d., JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 3, p. 9; VW, vol. 2, p. 291; John C Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, pp. 176-177, *LO*, p. 313.

76. «*Controles alcanzados por artillería antiaérea*»: John C Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, pp. 184-187.
76. «*Para con estos rezos judíos*»: Capa, *Slightly Out of Focus*, p. 219; Richard C. Hottelet, «Big Jump into Germany», *Collier's*, 5 de mayo, 1945, en *Reporting World War II*, vol. 2, p. 658 («C-47 ardiendo e inutilizados»).

77. *La mañana fue todavía más peligrosa: «A Historical Study of Some World War II Airborne Operations»*, [1951?], estudio de estado mayor WSEG n.º 3, CARLN-17309.1, p. 136; Eckelmeyer, «The Story of the Self-Sealing Tank», *U.S. Naval Institute Proceedings* (febrero 1949): pp. 205 ss (*chispas de hasta trece centímetros*); AAR, «Operation Varsity», 52.ª Ala de Transporte de Tropas, n. d., documentos de MBR, MHI, caja 62; memo, Gral. Div. Donald W. Nyrop, «Fuel Tanks C-46 Aircraft», 9 de sept., 1944, y H. H. Arnold, «Operational and Tactical Suitability of the C-46A Airplane for Troop Carrier Operations», 8 de agosto, 1944, Informe del Consejo Ejército del Aire, en NARA RG 18, sistemas de combustible de AAF, Archivos Centrales de AAF, 1942-1944, archivo 452.22; Holley, *Buying Aircraft*, pp. 550-551 (*tres mil C-46*); S. D. Heron, «Development of Aviation Fuels», en Schlaifer, ed., *Development of Aircraft Engines and Fuels*, p. 640.

77. *Dos capas de goma revestían el tanque de combustible: corr. Tte. Col. David N. Lauxa Henry L. Stimpson*, 1 de junio, 1944; memo Robert Lovett a Henry L. Stimson, 18 de Julio, 1944; memo, Brig. Gen. Mervine E. Gross, «Additional Built-in Fuel Capacity for C-46 Airplanes», 12 de oct., 1944, memo, Lewis H. Brereton, Primer Ejército Aliado Aerotransportado, 30 de nov., 1944; memo, Col. H. A. Shepard a H. H. Arnold, «Self-Sealing Fuel Cells for C-47 Airplanes», 13 dedic., 1944; memo, Col. S. F. Giffin, «Self-Sealing Tanks and Armor Plate for Troop Carrier C-46 y C-54 Aircraft», 3 de febrero, 1945; memo, Col. H. G. Bunker, 16 de abril, 1945; Pearson, «Washington Merry-Go-Round», 29 de abril, 1944, *WP*, todo en NARA RG 18, sistemas de combustible AAF, Archivos Centrales de AAF, 1942-1944, archivo 452.22; John C Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, p. 194 (*algunos C-47*).

78. «Vi como se desgajaban partes»: Allen, *One More River*, p. 267.

78. «Los C-46 se incendiaban»: John C Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, p. 180; AAR «Activities, Final Phase, European War», IX Mando de Transporte de Tropas, junio 1945, documentos de MBR, MHI, caja 62, pp. 80-81 (*setenta y tres C-46*); AAR, «Operation Varsity», 52.^a Ala de Transporte de Tropas, n. d., documentos de MBR, MHI, caja 62 («*no es un avión adecuado para el transporte de tropas*»).

79. *Una última calamidad quedaba*: John C Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, p. 189.

80. *Entre los aparatos derribados*: corr. John E. Cannon a Emma Cheek, 3 de abril, 1945, colección de Earle C. Cheek, USMA Arch; e-mail, <http://www.AccidentReport.com> al autor, 11 de dic., 2009.

80. *Cheek había sobrevivido a muchas misiones peligrosas*: corr. Earle C. Cheek a Doris, familia, nov. 1944-marzo 1945, colección Cheek, USMA Arch; «Missing Air Crew Report», CG, AAF, 27 de marzo, 1945, p. a., www.Accident-Report.com. Otros miembros de la tripulación habían completado de dieciocho a veintiocho misiones.

81. *El único superviviente*: corr. A. W. Keenen a Emma Cheek, 25 de junio, 1945; Cap. T. G. Brown a Doris, 12 de junio, 1945; Gen. Div. Edward F. Witsell a Emma Cheek, 14 de abril, 1945, todo en la colección Cheek, USMA Arch.

82. «El alemán ha sido vapuleado»: Eisenhower, *Crusade in Europe*, p. 390.

82. Churchill entretuvo al comedor: Pawle, *The War and Colonel Warden*, pp. 373-374.

83. *Los ingenieros trabajaban en diversos tramos: «Visit to ETO», 5 de mayo, 1945, NARA RG 337, E 15A, AGF OR #320.*

84. *La utilidad del envolvimiento vertical de VARSITY*: VW, vol. 2, p. 292; *AAF in WWII*, p. 774; John C. Warren, «Airborne Operations in World War II, European Theater», 1956, AFHRA, estudio histórico n.º 97, pp. 191-193 («*éxito formidable*»). La historia oficial del ejército de los Estados Unidos es insólitamente cáustica en la valoración de VARSITY. (*LO*, p. 314).

85. *Las dos divisiones aerotransportadas sufrieron*: «Narrative of Operation Varsity», 31 de marzo, 1945, Primer Ejército Aliado Aerotransportado, documentos de Floyd Lavinius Parks, MHI, caja 3; «Visit to ETO», 5 de mayo, 1945, NARARG 337, E 15A, AGF OR #320; AAR, «Operation Varsity: First Allied Airborne Army», mayo 1945, NARA RG 334, E315, ANSCOL, ACT R A-105, caja62 (*unos 300 C-47*); AAR, «Activities, Final Phase, European War», IX Mando de Transporte de Tropas, junio 1945, documentos de MBR, MHI, caja 62, pp. 80-81 (*otras 357 bajas*); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, p. 234 (VARSITY BLUNDER); Clark, *Crossing the Rhine*, p. 323 (*sierras de podar y escaleras de mano*).

86. «una influencia, suprema y vigilante»: Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, p. 31.

87. *Juntos, y bajo un sol resplandeciente*: OH, William H. Simpson, 1971, Thomas R. Stone, SOOHP, MHI; Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, p. 242 («Nuestros hombres hablaron»); Eisenhower, *Crusade in Europe*, p. 372 («Gracias a Dios, Ike»); Danchev, pp. 676-677 («mis palabras fueron mal citadas»).

88. «yo estoy al mando»: OH, William H. Simpson, 1971, Thomas R. Stone, SOOHP, MHI («Sácalo de aquí»); Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 416 («¿Por qué no cruzamos?»); «Winston Churchill Visits the Rhine», *AB*, n.º 16 (1977): pp. 28 ss (oído atento); Davis, *Across the Rhine*, p. 85 («encender su puro»).

89. «un mohín de enojo en los labios y los ojos enfurecidos»: Danchev, p-677.

90. *Tras regalar a Montgomery*: Colville, *The Fringes of Power*, p. 579; Winston S. Churchill, *Marlborough: His Life and Times*, vol.1 (Chicago: University of Chicago Press, 2002), p. 15.

91. *En poco tiempo, siete ejércitos aliados: LO*, p. 320; OH William H. Simpson, n. d., CJR, caja 44, carpeta 14, pp. 10-12 (*Simpson quedó frenado*); diario de guerra, Noveno Ejército, 27-31 de marzo, 1945, documentos de William H. Simpson, «calendario personal», MHI, caja 11 (*lánguido ritmo británico*); VW, vol. 2, p. 294 (*treinta y dos kilómetros desde el Rin*).

92. *En el flanco derecho, al sur: LO*, pp. 285-289; Wyant, *Sandy Patch*, p. 189 (reducido a seis mil efectivos de combate).

93. «*Mi querido general, tienes que cruzar*»: *LO*, pp. 3221-3222; De Gaulle, *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle, 1940-1946*, pp. 845-846; De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 421 («*por más que no os quieran*»), 425 (*Una sola compañía*).

94. «*Esto es el derrumbe*»: Morehead, *Eclipse*, p. 244; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, pp. 203-212 («*El enemigo es capaz de desmoronarse*»).

95. «una sistemática aniquilación»: SC, p. 429; Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, p. 287 (*el mes de los bombardeos más intensos*); Addison, *Churchill, the Unexpected Hero*, pp. 196-197 («estigmatizar una política»); memoria, Richard D. Hughes, n. d., AFHRA, 520.056-234, p. 64 («se extinguía»).

96. «maquinaria en sus almas»: John Steinbeck, *Bombs Away: The Story of a Bomber Team*, (Nueva York: Penguin, 2009), edición en e-book.
96. «un pueblo acostumbrado a grandes espacios»: «Miracle of Supply», *Time* (25 de sept., 1944): pp. 8 ss.

97. *En el pasado año los Estados Unidos: Wieviorka, Normandy*, p. 43.

97. *durante la guerra las fábricas americanas: Gropman, Mobilizing U.S. Industry in World War II*, p. 133. Colectivamente los aliados superaron a Alemania en camiones militares en la proporción de 12 a 1 (Ellis, *Brute Force*, pp. 348-349).

97. *con más de 700.000 vehículos en el continente: «Ordnance Diary»*, 1 de dic., 1945, NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 602, caja 1; Nevins, «How We Felt About the War», en Goodman, ed., *While You Were Gone*, p. 21 («taller armado»); Freeman W. Burford, «The Inside Story of Oil in the European War», 25 de nov., 1946, NARA RG 319, E 97, LSA, vol. 1, archivos de historial, caja 6 (*quince millones de litros*); «Combat Engineering», CE, ETOUSA informe n.º10, dic. 1945, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón.#547, p. 7 (*diez puentes diarios*); LSA, vol. 2, pp. 422-423 (*cincuenta y siete más sobre el Rin*), 545 (*seis mil tanques*).

98. «uno podría ver el final»: Hastings, *Armageddon*, p. 380.

99. *Como es natural estoy inmensamente contento*: Chandler, 2544.

««El enemigo tiene motivos para temerle»»

100. No había espada más implacable: *Three Years*, p. 797 (quemar casas alemanas); *PP*, p. 660 («La mayoría de casas son montones»), pp. 656-657 («estoy disfrutando tanto»); Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, p. 227 («jungla de ladrillos y piedra»); D'Este, *Patton: A Genius for War*, p. 725 («motivos para temerle»). El alto mando alemán en general no estaba tan pendiente de Patton individualmente como a los americanos les gustaba creer (Yeide, «The German View of Patton», *World War II* [marzo-abril 2012]: pp. 27 ss.).

101. «Estoy muy orgulloso de que»: *PP*, pp. 662-663.

102. *Su querido yerno: AAAD*, pp. 339-344; OH, John K. Waters, 1980, William C. Parnell, III, SOOHP, MHI, pp. 240-258; OH, Brooks Kleber, 27 de junio, 1989, William A. Young, III, documentos de Kleber, MHI, pp. 8-9; http://www.oflag64.us/Oflag64/Oflag_64_Association_homepage.html.

103. *Waters conservaba una libreta de bolsillo*: John K. Waters, «Remembrances», p. a. cortesía de George Patton «Pat» Waters.

104. «Conservó también un «Diario de Guerra»: John K. Waters, «A Wartime Log», p. a., cortesía de George Patton «Pat» Waters.

105. *La gran ofensiva rusa de invierno*: Blatman, *The Death Marches*, p. 407; «Sketches from the Lives of the Kriegies of Oflag 64», 1997, p. a., p. 34; OH, Brooks Kleber, 27 de junio, 1989, William A. Young, III, documentos de Kleber, MHI, pp. 8-18 (*la radio secreta*).

106. *El 26 de febrero, la columna fue hacinada*: Margry, «The Hammelburg Raid», *AB*, n.º 91 (1996): pp. 1 ss; Baron et al., *Raid!*, pp. 46-48.

107. *Las condiciones en Hammelburg eran precarias*: Deborah A. Smith, «American Prisoners of War in Germany, 1944-1945: Hammelburg», 10 de mayo, 1976, y OH, Brooks Kleber, 27 de junio, 1989, William A. Young, III, ambos en documentos de Kleber, MHI, p. 19.

108. *Patton esperaba oír*: diario, 18 de enero, 1945, GSP, LOC, MS Div, caja 3, carpeta 9; diario, jefe de estado mayor del III Ejército, 9 de febrero, 1945, documentos de Hobart Gay, MHI, caja 2, p. 722 (*servicio de inteligencia soviético*); Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, pp. 260-261 (*recién llegados a Hammelburg*); *PP*, p. 667 («*Nos dirigimos*»); corr. GSP a Beatrice, 25 de marzo, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 13 («*Espero poder enviar una expedición*»).

109. *El dudoso honor de rescatar*: Baron et al., *Raid!*, pp. 21-25; «Interview of Major Abraham J. Baum», 14 de sept., 1945, JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 1; Margry, «The Hammelburg Raid», *AB*, n.º 91 (1996): pp. 1 ss; diario, Manton Eddy, XII Cuerpo CG, 26 de marzo, 1945, FCP, MHI (*Patton ordenó al XII Cuerpo*); Alexander C. Stiller, ts, n.d., GSP, LOC MS Div, caja 49, carpeta 13; Blumenson, «The Hammelburg Affair», *Army* (oct. 1965): pp. 16 ss («por emoción y diversión»).

110. *Patton había propuesto enviar*: OH, Abraham Baum, «Interview by Mr. Lake, War Correspondent», n. d., NARA RG 407, E 427; OH Abraham J. Baum, 10 de abril, 1945, D. G. Dayton y S. J. Tobin, JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 1 (*quince mapas*); *PP*, pp. 668-670; Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, pp. 260-261 (*al este de un cuerpo que se dirigía hacia el norte*); Sorely, *Thunderbolt*, pp. 92-93 («¿Qué diablos?») corr. GSP a Beatrice, 27 de marzo, 1945, GSP, LOC MS Div. caja 13 («*con los nervios de punta*»); *PP*, p. 666 («*No creo*»).

111. *Tras unas escaramuzas cerca de Aschaffenburg*: Baron et al., *Raid!*, pp. 99-109. Un meticuloso esfuerzo contemporáneo por parte de Peter Domes para reconstruir el ataque puede encontrarse en «US Schedule», <http://taskforcebaum.de/schedule/schedule%20us.html>.
111. *Fuego americano de tanque y ametralladora*: Margry, «The Hammelburg Raid», *AB*, n.º 91 (1996): pp. 1 ss; Alexander C. Stiller, ts, n. d., GSP, LOC MS Div, caja 49, carpeta 13 («*se dispersaban como codornices*»); Baron et al., *Raid!*, pp. 118-119, 133 («*Mazel Tov*»); «Notes on Task Force Baum, Narrative of Capt. Baum», n. d., NWWIIM.

112. *Aquí les esperaban los problemas*: Alexander C. Stiller, ts, n. d., GSP, LOC MS Div, caja 49, carpeta 13; Margry, «The Hammelburg Raid», *AB*, n.º 91 (1996): pp. 1 ss.

113. *El intenso fuego y las espirales de humo negro*: Herndon Inge, Jr, memoria sin título, n. d., MHI, pp. 711-717; *LHD*, p. 292 (*daba la absolución*), 294 («*Fuera los cigarrillos*»).

114. *Con el consentimiento de un comandante alemán*: corr. John K. Waters a Harry H. Semmes, 15 de sept., 1953, JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 1; OH, John K. Waters, 1980, William C. Parnell, III, pp. 277-279; Baron et al., *Raid!*, pp. 156-157 (*coxis*); Margry, «The Hammelburg Raid», *AB*, n.º 91 (1996): pp. 1 ss (*vendajes de papel*).

115. *Entretanto los tanques de Baum*: Alexander C. Stiller, ts, n. d., GSP, LOC MS Div, caja 49, carpeta 13; Herndon Inge, Jr, memoria sin título, n. d., MHI, pp. 711-717; OH, Col. Paul R. Goode, 17 de mayo, 1945, JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 2 (*se encontró con 1.291*).

116. *Eran ahora las 6: 30 p. m.: Baron et al., Raid!, pp. 162-164.*

117. *Las primeras estrellas de la noche titilaban*: OH, Col. Paul R. Goode, 17 de mayo, 1945, JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 2; OH, R. S. Garner, 707.º Bn de Tanques, 28.^a DI, 4 de mayo, 1945, NARA RG 407, Misc. archivos AG, ML 857, caja 19133 (*brújulas*).

118. *Los exploradores informaron de emboscadas y carreteras bloqueadas: «Notes on Task Force Baum»*, 4.^a DE, 10 de abril, 1945, NARA RG 407, E 427, archivo 604-0.3.0, caja 12337; OH, R. S. Gardner, 28.^a DI, 4 de mayo, 1945, 707.^o Bn de Tanques, 28.^a DI, 4 de mayo, 1945, NARA RG 407, Misc. archivos AG, ML857, caja 19133.

119. «una sábana de infierno»: Baron et al., *Raid!*, pp. 202-203; Alexander C. Stiller, ts, n. d., GSP, MS Div, caja 49, carpeta 13 («nos destruyeron»).

120. «¡Sálvese quien pueda!»: Baron et al., *Raid!*, pp. 202-203; Margry, «The Hammelburg Raid», *AB*, n.º 91 (1996): pp. 1 ss; OH, Brooks Kleber, 27 de junio, 1989, William A. Young, III, documentos de Kleber, MHI, pp. 21-22 («*Que durmáis bien*»).

121. 27 de marzo: «*Tiroteado*»: John K. Waters, «Remembrances», p. a., cortesía de George Patton «Pat» Waters.

122. *Patton tardó algunos días*: Baron et al., *Raid!*, p. 250.

123. Patton eludió la responsabilidad: Phillips, *The Making of a Professional*, p. 184 (*una fuerza demasiado pequeña*); PP, p. 667 («*Pensé que arriesgando*»); D'Este, *Patton: A Genius for War*, p. 171 (*mucho después del ataque*).

124. *me había enterado de que allí había un campo:* corr. GSP a Beatrice, 31 de marzo, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 13.

125. «*Están intentando convertir mi intento de rescatar a John en un fallo*»: corr. GSP a Beatrice, 13 de abril, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 13.
125. *Diez días después del ataque*: Margry, «The Hammelburg Raid», *AB*, n.º 91 (1996): pp. 1 ss; Baron et al., *Raid!*, pp. 244-249 («*valiente devoción*»).

126. *Patton había abusado de su autoridad*: Hirshson, *General Patton: A Soldier's Life*, p. 623; Bradley, *A Soldier's Story*, pp. 542-543 («El fracaso en sí»); Chandler, pp. 2616-1617 («acción disparatada»).

Las peleas de los amantes son parte del amor

127. *El despacho de Eisenhower en Reims*: Williams, «Supreme Headquarters for D-Day», *AB*, n.º 84 (1994): pp. 1 ss; Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, p. 49 (*Convoyes militares circulaban*); *SC*, p. 420 (*más de cinco mil*); Joseph R. Darnall, «Powdered Eggs and Purple Hearts» *MHUC*, grupo 1, caja 24, p. 180 (*soldados bailaban el jitterbug*).

128. «*Francia huele maravillosamente*»: corr. Howard J. Silbar a su familia, 15 de abril, 1945, documentos de Silbar, MHI, caja 1.

129. Eisenhower «tenía un aspecto terrible»: Bradley y Blair, *A General's Life*, p. 410; Morgan, *Past Forgetting*, pp. 216-217 («estado físico y mental»); Crosswell, *Beetle*, pp. 878-889 («Ike grita y despotrica»).

130. *El comandante supremo necesitaba descanso*: Morgan, *Past Forgetting*, pp. 217-218; Thomas W. Mattingly y Olive F. G. Marsh, «A Compilation of the General Health System of Dwight D. Eisenhower», documentos de Mattingly, Bib. DDE, caja 1; D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, pp. 679-681 («A los que tenemos»).

131. «Ike ha aprendido la lección»: Roberts, *Masters and Commanders*, p. 560.

132. *En cuanto te reúnas*: Chandler, pp. 2552, 2593 («es la simplicidad misma»).

133. «*Estoy harto de tratar de alisar*»: *ibid.*, p. 2521; «Strategy of the Campaign in Western Europe, 1944-1945», n. d., USFET, estudio del Consejo General n.º 1, p. 97 (*diez mil soldados alemanes*); OH, John Whiteley, 15 de mayo, 1963, CJR, caja 44, carpeta 3 («*si había que hacer algo*»).

134. *Montgomery estaba patidifuso*: VW, vol. 2, pp. 299-301; Crosswell, *Beetle*, p. 887 («bofetada de Ike»); Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, p. 446 («Los agresivos elementos proamericanos»), 458 («prolongará la guerra»); Roberts, *Masters and Commanders*, p. 564 («solo puede culparse a sí mismo»).

135. *los planificadores aliados habían supuesto que Berlín: Chandler, pp. 2561, 2568 («No menciono para nada Berlín»).*

136. *El Ejército Rojo estaba a cuarenta y ocho kilómetros de Berlín: LO*, pp. 340-341; *GSVI*, pp. 132-133; Murphy, *Diplomat Among Warriors*, p. 229; OH Arthur Nevins, 15 de agosto, 1972, Maclyn P. Burg y John E. Wickman, documentos de Nevins, Bib. DDE, p. 60; *SC*, p. 445; Chandler, p. 2553n («*incidentes desafortunados*»).
136. *En un solo día a comienzos de abril: aquel incidente aéreo se produjo el 2 de abril* (Chandler, p. 2602).
136. *Las zonas de ocupación de postguerra ya: Greenfield, ed., Command Decisions*, p. 387; Kershaw, *Hitler, 1936-1945; Nemesis*, p. 786 («*Medidas Destructivas*»); Ambrose, *Eisenhower and Berlin, 1945*, pp. 29-30, 42; OH, John Whiteley, 15 de marzo, 1963, *CJR*, caja 44, carpeta 3; OH, DDE, n. d., *CJR*, caja 43, archivo 7, p. 26 («¿*Qué habría hecho usted?*»).

137. *Nada de esto resultó fácil*: Kimball, ed., *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 3, p. 604; SC, p. 442 («El comandante en el campo»).

138. «*Quedaremos condenados*»: Greenfield, ed., *Command Decisions*, p. 380.

139. «Berlín sigue teniendo»: Kimball, ed., *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 3, pp. 604-305.

140. «*objetivos muy lógicos*»: *ibíd.*, p. 608.

141. «No haré ningún movimiento»: SC, p. 468.

142. *El gigante aliado en el oeste había aumentado*: Más de dos tercios de las divisiones eran americanas (LO, p. 322).
142. *Se enfrentaban a un enemigo desharrapado*: 12.º GE, G-2 resumen n.º 43, 25 de marzo, 1945, NARA RG 498, ETO HD, UD 603, caja 3.
142. *La gasolina era tan valiosa*: La producción alemana de gasolina era inferior a una décima parte de lo que había sido un año antes («Target Priorities of the Eighth Air Force», 15 de mayo, 1945, documentos de Carl A. Spaatz, LOC MS Div, caja 326, carpeta VIII A.F., p. 23); Robert J. C. Osborne et al., «The 9th Armored Division in the Exploitation of Remagen Bridgehead», marzo 1950, AS, Ft. K, p. 9 («tripulación de cincuenta hombres panzer»).

143. *Montgomery no se había rendido del todo*: Chandler, p. 2594; SC, p. 446
(«Para mí está muy claro»).

144. *Las peleas de los amantes*: traducción del Departamento de Guerra. Kimball, ed., *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 3, pp. 604, 612.

145. *Con la Radio de las Fuerzas Armadas tocando: Knickerbocker et al., Danger Forward*, p. 380 («*The Last Round-Up*»); Robert J. C. Osborne et al., «The 9th Armored Division in the Exploitation of Remagen Bridgehead», marzo 1950, AS, Ft. K, p. 30; Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 141 («*carreteras de ensueño*»); Triplet, *A Colonel in the Armored Regiments*, pp. 232-233 (*rampas de los cruces*); Jack A. Marshall, «Once Upon a War», 2009, p. a., pp. 131-132 («*Adelante, soldados cristianos*»); OH, Andrew J. Boyle, 1971, Frank Walton, SOOHP, MHI, pp. 11-14 (*equipos móviles de microfilms*).

146. *Las ciudades cayeron rápidamente*: Sylvan, p. 351 (*caja de puros*); corr. Gerald Ritchie, 6.^a Div Aerotransportada, a Elspeth, 10 de abril, 1945, IWM, P.182 («*Alicia en el país de las maravillas*»); Patton, *War As I Knew It*, p. 282; *LO*, p. 350 (*falsos rumores*); Graham, *No Name on the Bullet*, p. 95 («*Cómo deseo*»).

147. *Había llegado la hora de estrechar: LO*, pp. 351-352; Friedrich, *The Fire*, p. 139 (*el aire primero se había vuelto amarillo*); Zumbro, *Battle for the Ruhr*, pp. 225-226 (*una heterogénea brigada*).

148. *El VII Cuerpo del general Collins: Ossad y Marsh, Major General Maurice Rose*, pp. 22-23, 33-34; Cooper, *Death Traps*, pp. 277-279 (una cuneta de la carretera).

149. *Las llamas, el humo y el incesante fuego de artillería*: OH, JLC, 25 de enero, 1945, CBM, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7, SLC archivos de historial, caja 184; OH, JLC, 1972, Charles C. Sperow, SOOHP, MHI, 202; Cooper, *Death Traps*, p. 191 (*casi cuatrocientos tanques*); Ossad y Marsh, *Major General Maurice Rose*, pp. 38, 46, 49; memo, Col. E. V. Freeman, división memorial, Oficina del Cuartel General, 16 de nov. 1949, archivo personal de muertos individuales M. Rose, obtenido bajo FOIA, U.S. Mando de Recursos Humanos del Ejército, julio 2008 (*declaró repetidamente*); Heinz, *When We Were One*, p. 154 («*Tengo un hijo*»).

150. «*Estamos en un verdadero aprieto ahora*»: corr. George G. Garton, CO, 391.er Bn Blindado, a JT, 13 de abril, 1963, JT, LOC MS Div, caja 2 («*Parece que nos tienen*»); Ossad y Marsh, *Major General Maurice Rose*, pp. 28-35, 312-324, 343.

151. «No puede ser él»: Heinz, *When We Were One*, p. 154.

151. *Rose sería enterrado*: memo de Brig. Gen, J. R. Ranck, QM, COMZ, Orleans, Francia, 4 de dic., 1959, archivo personal de muertos individuales M. Rose, obtenido bajo FOIA, U.S. Mando de Recursos Humanos del Ejército, julio 2008; Palmer y Zaid, eds. *The GI's Rabbi*, p. 162 (*Kadish*).

152. *Una investigación de crímenes de guerra: Ossad y Marsh, Major General Maurice Rose, p. 339; Zumbro, Battle for the Ruhr, p. 227 (Tropas americanas salvajes).*

153. *La fanática resistencia de Paderhorn*: Albert R. Cupello *et al.*, «Armored Encirclement of the Ruhr», mayo 1949, AS, Ft. K, NARA RG 337, pp. 78-79; Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, pp. 107-108, 117-118; Zumbro, *Battle for the Ruhr*, pp. 249-258 (*tatuajes de grupo sanguíneo*).

154. *El Domingo de Pascua amaneció*: corr. Paul M. McGuire a JT, 6 de sept., 1963, JT, LOC MS Div, *LHD*, caja 3 («Cada vez que una batería»); Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, p. 107; Zumbro, *Battle for the Ruhr*, pp. 251-254 (bicicletas).

155. *A las doce del mediodía, aviones de reconocimiento: LO*, p. 359; Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, p. 118 (Werner Osthelmer).

155. *Poco después de las cuatro de la tarde, las columnas se reunieron*: La historia oficial del ejército sitúa el encuentro a la una p. m., pero parece que se adelanta en algunas horas (Albert R. Cupello et al. «Armored Encirclement of the Ruhr», mayo 1949, AS, Ft. K, NARA RG 337, pp. 78-79); Zumbro, *Battle for the Ruhr*, p. 260; Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, p. 119 (*billetes de cien marcos*).

156. «doble envolvimiento más grande»: SC, p. 438; Zumbro, *Battle for the Ruhr*, p. 260; LO, p. 353 (*Hitler había prohibido la retirada*); Francis Daugherty et al., «7th Armored Division's Part in the Reduction of the Ruhr Pocket», mayo 1950, AS, Ft.K, NARA RG 337, pp. 63-66 (*imaginario Decimosegundo Ejército*); Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, pp. 114-115 («*Todo temor procede*»).

157. *Para acercar este día: LO*, pp. 363-366; AAR, «Operations in the Ruhr Valley», 75.^a DI, n. d., CARL, N-13095 (*granadas termita*); OH, «Crushing the Rose Pocket», 97.^a DI, 7-19 de abril, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, caja 19066, carpeta 208 (*cincuenta lanzallamas*); corr. Robert W. Hasbrouck a su esposa, 16 de abril, 1945 documentos de Maurice Delaval, MHI, caja 9 («*Hay tantas interrupciones*»); Francis Daugherty et al., «7th Armored Division's Part in the Reduction of the Ruhr Pocket», mayo 1950, AS, Ft. K, NARA RG 337, p. 85.

158. «¿Qué le queda?»: Carl Wagener, «Army Group B», n. d., FMS, #B-593, MHI, pp. 34-47.

159. *Este mes hace ochenta*: Ridgway, *Soldier*, pp. 139-140.

160. Moscú había acusado a Model: Barnett, ed., *Hitler's Generals*, p. 329; *LO*, pp. 369-372 («¿Lo hemos hecho todo?»).

161. «*Sinceramente creo*»: Una década después, el hijo de Model exhumó sus restos que llevaban el uniforme descompuesto de mariscal de campo; fue enterrado de nuevo en el cementerio alemán de Vossenack (Zumbro, *Battle for the Ruhr*, pp. 375-379; Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, pp. 3, 206-210); Barnett, ed., *Hitler's Generals*, p. 329 (*revolver Walther*).

162. «oscuro campo sembrado»: Hastings, *Armageddon*, p. 419.

163. *La inteligencia aliada estimó en un principio*: Frank A. Osmanski, «Critical Analysis of the Planning and Execution of the Logistic Support of the Normandy Invasion», dic. 1949, Escuela Militar de las Fuerzas Armadas, documentos de Osmanski, MHI, p. 45; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, pp. 203-212 (125.000); Chandler, p. 2587 («por lo menos capturaremos a unos 100.000»).

163. *Aquellos cálculos resultaron demasiado modestos*: «Consumption Rates U.S. Forces from the Rhine to the Elbe», 11 de mayo, 1945, NARA RG 498, ETO HD, historia admón. #27; LO, p. 359 (siete cuerpos y diecinueve divisiones), p. 372 (Stalingrado o Túnez); SC, p. 440 (almirante a pie enjuto); Spayd, Bayerlein, pp. 222-223 («He tenido momentos agradables»).

164. «Nosotros tenemos prisioneros como algunas personas»: Fauntleroy, *The General and His Daughter*, p. 181; *LO*, p. 370; Spayd, *Bayerlein*, p. 218 (desengancharon los carros).

165. *Jóvenes, viejos: LO*, pp. 370-371.

166. *Los centinelas GI acunaban sus carabinas*: OH, «Crushing the Rose Pocket», 97.^a DI, 7-19 de abril, 1945, NARA RG 407, E 427-A, CI, caja 19066, carpeta 208.

CAPÍTULO 12. VICTORIA

La marca de la bestia El País del Dragón

1. *Para la destrucción final: Stars and Stripes*, 27 de marzo, 1945, cartas CBH, MHI («Omar el Guerrero»); Bradley, *A Soldier's Story*, p. 539 (*Eisenhower se reunió con él*); diario, jefe de estado mayor del Tercer Ejército, 9 de febrero, 1945, documentos de Hobart Gay, MHI, caja 2, pp. 866-869; Hirshson, *General Patton: A Soldier's Life*, pp. 627-628 (*insignia de cinco estrellas*); Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 228-229 (*los GI habían hecho un descubrimiento*). La fecha oficial del rango de cuatro estrellas de Patton fue el 14 de abril.

2. *Una fotografía del Führer*: Stafford, *Endgame 1945*, p. 74; White, *Conqueror's Road*, p. 68 («¡Tu Fuerza!»); Codman, *Drive*, p. 281 («Si este cable de tender la ropa»); Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 229-231 («¡Jesús!»); Bradsher, «Nazi Gold: The Merkers Mine Treasure», *Prologue* 31, n.º 1 (primavera 1999): pp. 7 ss. («liquidando nóminas»).

3. *ya se habían descubierto otros tesoros: «Civil Affairs and Military Government Activities in Connection with Monuments, Fine Artes and Archives», NARA RG407, E 427, estudio del Consejo General de USFET n.º 36, 97-USF5-0.3.0, pp. 27-29; Edsel, *The Monuments Men*, pp. 281-283.*

4. Allí, en la «Sala N.º 8»: Bradsher, «Nazi Gold: The Merkers Mine Treasure», *Prologue* 31, n.º 1 (primavera 1999): pp. 7 ss (*las víctimas de los campos de concentración y «el hombre más rico del mundo»*); Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 654 (*autobuses de dos pisos*); Nicholas, *The Rape of Europa*, p. 312, 333-336; Holland y Rothbart, «The Merkers and Buchenwald Treasure Troves», *AB*, n.º 93, (1996): 1 ss; Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, p. 231 (*por valor de 25.000 \$ el saco*); Slany, *U.S. and Allied Efforts to Recover and Restore Gold and Other Assets Stolen or Hidden by Germany During World War II*, pp. 159-161; memo, Col. B. Bernstein a Brig. Gen. F. J. McSherry, «Contents of Mines in Merkers Area», 18 de abril, 1945, documentos de Frank J. McSherry, MHI, caja 53 (*galerías y pozos cercanos*).

5. *Patton propuso en broma*: memo, Brig. Gen. Frank J. McSherry a DDE, «Gold and Art Treasure Found at Meikers [sic]», 10 de abril, documentos de McSherry, MHI, caja 53 (250 toneladas); Crosswell, *Beetle*, p. 899 («para cada hijo de puta»).

5. *Finalmente valorado por el SHAEF*: Bradsher, «Nazi Gold: The Merkers Mine Treasure», *Prologue* 37, n.º 1 (primavera 1999): pp. 7 ss; Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 229-231 (camiones de diez toneladas).

6. *Traslados similares se estaban realizando*: William F. Heimlich, «The Eagle and the Bear: Berlin, 1945-1950», n. d., HIA, pp. 46-52 (*AIRMAIL*); oh, Andrew J. Boyle, 1971, Frank Walton, SOOHP, MHI, pp. 13-17; corr. DDE a Harry S. Truman, 8 de agosto y 24 de sept., 1945, NARA RG 498, ETO, secretario de estado mayor, 333.5, caja 35. En respuesta a una protesta soviética, Eisenhower le dijo a Truman en una nota altamente secreta «Creo que puede garantizarse que el informe ruso es correcto. En realidad, el equipo, los documentos y el personal que excedían a las reclamaciones fueron evacuados».

6. *Otro botín incluía diseños de misiles tierra-aire*: William F. Heimlich, «The Eagle and the Bear: Berlin, 1945-1950», n. d., HIA, pp. 46-52; Rudolf Luser, «The German Weapons and Secret Weapons of World War II and Their Subsequent Development», 1956, CMH (*patentes*); Longmate, *Hitler's Rockets*, pp. 275-376 (*setenta y cinco cohetes*). Para detalles acerca de los traslados soviéticos véase Dobbs, *Six Months in 1945*, pp. 242-247.

7. *Patton tenía aún otro descubrimiento*: diario, jefe de estado mayor del III Ejército, 9 de febrero, 1945, documentos de Hobart Gay, MHI, caja 2, pp. 866-869; *LO*, p. 375-378; Allen, *Lucky Forward*, p. 279 (*lavabos con cisterna*).

8. *los americanos liberaron por primera vez un campo de concentración*: Robert H. Abzug, «The Liberation of the Concentration Camps», en *Liberation 1945*, p. 33; archivo del caso, Buchenwald KZ, n. d., documentos de Donald McClure, HIA, caja 1 (*ochenta campos satélite*).

9. *Atravesamos una empalizada*: Bradley, *A Soldier's Story*, p. 539.

10. *Un recluso señaló un patíbulo*: Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, p. 231; *PP*, p. 684 («gigantesca parrilla»); James J. Weingartner, «Early War Crimes Trials», en *Liberation 1945*, pp. 82-83 (*reclusos vengativos*); Thompson, *Men Under Fire*, p. 138 («la marca de la bestia»); White, *Conquerors' Road*, pp. 91-92 («cenizas y restos humanos»); Schudel, «General Witnessed History at Nazi camp, Panama Canal», *VW*, 7 de agosto, 2012, B6.

11. «¿*Todavía te cuesta?*»: Codman, *Drive*, pp. 282-283.

12. *Eisenhower y Bradley aceptaron pasar la noche*: Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 232-233 (*doscientos kilómetros*); MacDonald, *The Mighty Endeavor*, p. 476-477; *LO*, p. 380.

13. *A pesar de los grandes saltos*: Ryan, *The Last Battle*, p. 314 (364 kilómetros);
LO, p. 384.

14. «Ike, no sé: diario, jefe de estado mayor del III Ejército, 9 de febrero, 1945, documentos de Hobart Gay, MHI, caja 2, pp. 866-869; Weintraub, *15 Stars*, p. 331 (*hordas de refugiados*).

15. *Había otra cuestión que preocupaba: LO*, p. 407.

15. *¿Cómo parecía un estado policial?:* Timothy Naftali, «Creating the Myth of the *Alpenfestung*», en Bishop y Pelinka, eds., *Austrian Memory & National Identity*, pp. 203-246.

16. *Ya en otoño de 1943*: Jenkins, «The Battle of the National Redoubt», *Military Review* (dic. 1946): pp. 3 ss; Crosswell, *Beetle*, 883 («larga guerra de guerrillas»); memo, DDE a ONB, «Security of Troops», 20 de feb., 1945, NARA RG 331, E 1, SHAEF SGS, archivo 371.2, caja 65 («nidos de guerrillas»); Hinsley, p. 613; Timothy Naftali, «Creating the Myth of the *Alpenfestung*», en Bishop y Pelinka, eds., *Austrian Memory & National Identity*, pp. 213, 236n (*cuarto de millón de mensajes interceptados por Ultra*); Pogue, *George C. Marshall*, p. 557 («no había señales»).

17. Mucho más crédulo: Strong, *Intelligence at the Top*, p. 225 («no iba a correr más riesgos»); OH, Kenneth Strong, 15 de mayo, 1963, CJR, caja 95, carpeta 5, pp. 1-2 («el morir juntos»); VW, vol. 2, pp. 302-304 («los ministerios y personalidades más importantes»); Minott, *The Fortress That Never Was*, p. 29, pp. 88-94 (más obstinado que Cassino).

18. *Un retrato psicológico de Hitler de la OSS*: Walter C. Langer, «A Psychological Analysis of Adolf Hitler —His Life and Legend», n. d., OSS, NARA RG 226, 190/3/6/01, caja 1, pp. 244-249; OSS, «Report from Switzerland», 1 de marzo, 1945, NARA RG 226, M 1642, R-83, marco 333 (*150 camiones*); memo, R&A London a Chandler Morse, Harold Barger, «Subject: Pickaninny-Economic Capabilities of the Alpine Area», 29 de marzo, 1945, OSS, NARA RG 226, E 73, caja 3 («*ausencia casi completa de azúcar*»); OSS Berna al director de OSS, «Official Dispatch», 16 de marzo, 1945, NARA RG 226, M 142, R-30, marcos 99-100 (*cañones antitanques*); memo, William J. Donovan a FDR, 26 de marzo, 1945, NARA RG 226, M 1642, R-25, marcos 441-442 («*bajo tierra*»).

19. *El corresponsal William L. Shirer*: Miller, *Ike the Soldier*, p. 761 («mystery writers»); memo, «Study of the German National Redoubt», 25 de marzo, 1945, CG Séptimo Ejército, G-2, NARA RG 226, M 1642, R-52, marcos 253-259 («ingentes reservas» y «Messerschmitt» y «imbuidos del espíritu nazi»); Ryan, *The Last Battle*, p. 213 (*trenes de carga*); AAR, *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 3, pp. 808-810; Minott, *The Fortress That Never Was*, p. 54 (*plantas secretas de ensamblaje hidráulico*).

20. *La verdad era menos llamativa*: Hinsley, p. 613; Hans [sic] Hofer, gauleiter de los Alpes Bajos, n. d., FMS #B-458, ETHINT, vol. 24, MHI, pp. 9-11, 23 (*mapa mural*); Georg Ritter von Hengl, 25 de abril, 1946, FMS #B-459, PP. 3-11, y #B-461, n. d., pp. 1-3, ETHINT, vol. 24, MHI (*hasta primavera no*); Kesselring, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, p. 227 («*mera farsa*»).

21. movimiento Werwolf: Timothy Naftali, «Creating the Myth of the *Alpenfestung*», en Bishop y Pelinka, eds., *Austrian Memory & National Identity*, pp. 203-246; Beevor, *Berlin: The Downfall, 1945*, p. 175 («el Werwolf te vigila»); Whiting, *The Home Front: Germany*, pp. 179-180 (*alcalde de Aquisgrán*); Brown, *The Last Hero*, pp. 738-740 (asesinos vascos).

22. No obstante, en el SHAEF el mito: conferencia de prensa, W. B. Smith, 21 de abril, 1945, en «Operations of the Approach to the Rhine and Across the Rhine», n.d., documentos de Sidney H. Negrotto, MHI; D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, pp. 696-698; Bradley, *A Soldier's Story*, p. 536 («Puede que luchemos»); Crosswell, *Beetle*, p. 90 («posiblemente de 100 a 125»); memo, «Location of Caves in Germany», SHAEF G-2, 16 de abril, 1945, y memo, «Photographic Cover of National Redoubt», SHAEF G-2, 14 de abril, 1945, NARA RG 331, E 240B, 6.º Grupo de Ejército, archivos 452.2 y «National Redoubt», cajas 3 y 5 (doscientas cuevas); Jenkins, «The Battle of the National Redoubt», *Military Review* (dic.1946): pp. 3 ss (había ordenado al grupo de ejército de Devers); Hinsley, p. 613 (*Primer Ejército Aerotransportando aliado*); LO, p. 422.

23. «*nada menos que 70 ejemplos*»: resumen semanal de inteligencia del SHAEF n.º 57, 22 de abril, 1945, documentos Robert D. Burhans, HIA, caja 14; «Strategy of the Campaign in Western Europe, 1944-1945», estudio del Consejo general de USFET n.º 1, n.d., p. 102 (*cien divisiones*); VW, vol.2, pp. 429-431 («*resistencia fanática*»); Georg Ritter von Hengl, 25 de abril, 1946, FMS #B-459, ETHINT, vol. 24, MHI, p. 11 («*siguiera su curso*»).

24. *Poco después de la medianoche del viernes: Ayer, Before the Colors Fade*, p. 210 («*mucha palabrería*»); *PP*, p. 694 («*producto de la imaginación*»); diario, 11 de abril, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 11 (*carabina junto a su catre*); corr. GSP a Beatrice, 17 de abril, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 13 («*al final de esta vida*»); corr.16 de marzo, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 74, carpeta 5 («*candente horno*»).

25. *Para mí la guerra*: corr. GSP a Robert Howe Fletcher, 25 de abril, 1945, GSP, LOC MS Div, caja 13.

26. *miró su reloj de pulsera*: diario, jefe de estado mayor del III Ejército, 9 de febrero, 1945, documentos de Hobart Gay, MHI, caja 2, pp. 866-869. El Servicio de Noticias Internacionales emitió el comunicado a las 5:47 p. m. hora de Washington en un escueto: «HA FALLECIDO FDR».

27. *Franklin D. Roosevelt, un hombre que*: Goodman, ed., *While You Were Gone*, p. 116; Larrabee, *Commander in Chief*, p. 627 (*causa transcendental*); Taylor y Taylor, eds., *The War Diaries*, p. 159 (*lloró como un niño*); Wilmot, *The Struggle for Europe*, pp. 716-717 («*modificó decisiva y permanentemente*»); Leahy, *I Was There*, p. 346 («*¿Cómo podría un hombre?*»).

28. Su fallecimiento se produjo: Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 808; Tully, *F. D. R. My Boss*, p. 359 (colección de sellos); Hassett, *Off the Record with F. D. R.*, pp. 332-335 (firmó también un proyecto de ley); Bruenn, «Clinical Notes on the Illness and Death of President Franklin D. Roosevelt», *Annals of International Medicine* 72, n.º 4 (1 de abril, 1970): pp. 579 ss; Altman, «For F.D.R. Sleuths, New Focus on an Old Spot», *NYT*, 5 de enero, 2010, D1 (presión arterial); Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, pp. 527-533; Goodwin, *No Ordinary Time*, pp. 603, 611-612 («Y eso fue todo»); Reilly, *Reilly of the White House*, p. 234 (veneno). La pintora del retrato Elisabeth Shoumatoff negó haber medido la nariz de Roosevelt, y después escribió que el presidente no dijo nada antes de desplomarse (Shoumatoff, *FDR's Unfinished Portrait*, pp. 115-118; Franklin D. Roosevelt American Heritage Center, <http://www.fdrheritage.org/shoumatoff.htm>).

29. *J. Austin Dillon*: memo, J. Austin Dillon, n. d., Small Collections: FDRL
Documentos Misceláneos: Roosevelt, Franklin D. —Health, Bib. FDR.

30. *El viernes, la lista diaria de bajas*: MacDonald, *The Mighty Endeavor*, p. 484; diario de guerra del Séptimo Ejército, 13 de abril, 1945, MHI, p. 653 («*insignias de duelo*»); Toole, *Battle Diary*, p. 132 («*Esto es una conmoción*»).

El País del Dragón

31. *Para un piloto americano: Ryan, The Last Battle, p. 127 («la misma corteza»); The Seventh United States Army in France and Germany, vol.3, p. 820 («irresistible masa líquida»); corr. Waldo Heinrichs , Jr., 8 de mayo, 1945, documentos de Heinrichs, MHI, caja 1 («corriendo en la retaguardia»).*

32. *Aquel era el País del Dragón*: Thompson, *Men Under Fire*, pp. 132-133; *LO*, p. 410 («*Sesenta y un controles de carreteras*»), 386 (*defensas de Hanover*), 404-405 («*una aglomeración*»); *The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 3, p. 822 (*palos de madera*); Marshall, *A Ramble Through My War*, p. 220; Holt, *The Deceivers*, p. 662 (*geranios*); Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 244-247.

33. «La vergüenza de la derrota alemana»: Carpenter, *No Woman's World*, 261.

33. «¿Qué derecho tenían ellos?»: Schrijvers, *The Crash of Ruin*, p. 146.

33. *Alfried Krupp, un industrial*: Bourke-White, *Portrait of Myself*, pp. 265-270 (se dijo que había llorado); Manchester, *The Arms of Krupp, 1587-1966*, pp. 521, 674-681. Arrestado en abril, Krupp fue formalmente acusado en agosto; Manchester escribe que cuando fue detenido no derramó ninguna lágrima.

34. «Brillante sol de primavera»: Thompson, *Men Under Fire*, pp. 132-133.

34. «ancianos apoyados en bastones»: White, *Conquerors's Road*, p. 17.

35. Y sin embargo los dragones merodeaban: Murray y Millett, *A War to Be Won*, p. 480 (10.677 soldados estadounidenses); Lubrich, ed., *Travels in the Reich, 1933-1945*, p. 328 («bacterias de la peste»); Howarth, ed., *Men of War*, pp. 205-206; Read y Fisher, *The Fall of Berlin*, p. 334; *Germany IX*, p. 459 («Si perdemos la guerra»); Friedrich, *The Fire*, p. 306 («burdeles de negros»).

36. *Algunos pilotos de la Luftwaffe*: Rudolf Luser, «The German Weapons and Secret Weapons of World War II and Their Subsequent Development», 1956, CMH, p. 78; Novena AF, resumen de inteligencia n.º 130, 30 de abril, 1945, NARA RG334, E 315, ANSCOL, caja 116 (*adoctrinamiento político*); «History of U.S. Strategic Air Force Europe vs. German Air Force», sept. 1945, NARA RG 457, E9002, NSA, SRH-013, p. 342 («*Sacrificando conscientemente vuestras vidas*»); Muller, «Losing Air Superiority: A Case Study from the Second World War», *Air & Space Power Journal* (invierno de 2003): pp. 55 ss («*misiones con compromiso total*»); Séptimo Ejército, G-2 boletín n.º 63, 22 de mayo, 1945, NARA RG 498, ETO G-3, Col. C. Hildebrand, VI Cuerpo, OR, caja 1458 (*varios muchachos*); Lubrich, ed., *Travels in the Reich, 1933-1945*, p. 320 («*Es una visión desgarradora*»).

37. «mujeres y niños se encaramaban a los tejados»: Bradley, *A Soldier's Story*, p. 530; *LO*, p. 410.

37. *En Heilbronn, junto al río Neckar*: *LO*, pp. 417-418; «Attack on Heilbronn», 100.º DI, julio 1945, narraciones del Séptimo Ejército, MHI, pp. 4, 33; Turner y Jackson, *Destination Berchtesgaden*, pp. 160-161; Yeide y Stout, *First to the Rhine*, pp. 357-359; Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, p. 247 («un acusado hedor»).

38. «¿Por qué no se rinden de una vez estos estúpidos bastardos?»: Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, p. 414; Horst Boog, «Invasion to Surrender: The Defense of Germany», en Brower ed., *World war II in Europe: The Final Year*, p. 131.

39. «*Madre, me preguntaste*»: «Jack's Letters», 22 de marzo, 24 de marzo y 3 de abril, 1945, p. a., cortesía de Rick Perry.

40. «*La mitad de las nacionalidades de Europa*»: Moorehead, *Eclipse*, p. 254-255; Gilbert, *The Day the War Ended*, p. 64 («*cenefa móvil*»); «Civil Affairs and Military Government Organizations and Operations», n. d., NARA RG 407, E 427, estudio del Consejo General de USFET n.º 32, 97-USF5-0.3.0 (4, 2 millones); Abraham J. Peck, «A Continent in Chaos», en *Liberation 1945*, p. 101 (11 millones de almas desarraigadas).

41. *Para algunos era una marcha forzada*: diario, Darrell William Coates, abril 1945, HIA; <http://www.b24.net/pow/stalag17.htm>.

42. «*Todo el mundo grita*»: Vining, ed., *American Diaries of World War II*, pp. 417-418.

42. «*Las heridas menos importantes se cubrían*»: Wandrey, *Bedpan Commando*, pp. 181-182; Moorehead, *Eclipse*, p. 256 («*aspecto que tiene un jeep*»); «After WWII, Economist Devoted Life», obit, *WP*, 8 de julio, 2009, B4 (*aullaban salvajemente*).

43. *De los millones de seres que deambulaban: «Activities and Organization of COMZ»*, 11 de junio, 1945, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #89, p. 11; *Programas para Trabajadores Extranjeros*, 25 de abril, 1945, recopilación de Radio Luxemburgo, HIA, caja 1 (*Emisiones del SHAEF*).

44. «serían dóciles, agradecidos e indefensos»: «Displaced Persons, Refugees, and Recovered Allied Military Personnel», n. d., NARA RG 407, E 427, estudio del Consejo General de USFET n.º 35, 97-USF5-0.3.0.
44. *Los obreros liberados saquearon las casas*: Zumbro, *Battle for the Ruhr*, pp. 329-330; «Concentration Camp Train», G-2 Informe Periódico n.º 304, 30.ª DI, 17 de abril, 1945 NARA RG 407, ETO G-3 OR (*lamían la harina*); Urquhart, *A Life in Peace and War*, pp. 79, 86 («enloquecidos» y *bodega de Hanover*); Botting, *From the Ruins of the Reich*, p. 26.

45. *Miles de refugiados tenían*: «History of Medical Service in the European Theater», transcripción de cinta, oct. 1962, MHI, II-69; OH, Philip Carlquist, 1 de sept., 1978, Emory University; «Disease Potential in Germany», en OH, Albert W. Kenner, oficial medico jefe del SHAEF, 27 de mayo, 1948, FCP, MHI; «Displaced Persons, Refugees, and Recovered Allied Military Personnel», n. d., NARA RG 407, E 427, estudio del Consejo General de USFET n.º 35, 97-USF5-0.3.0. (*barricadas en las carreteras*); Botting, *From the Ruins of the Reich*, p. 29 («¡Aleluya!»).

46. «*Algunos iban descalzos*»: White, *Conquerors' Road*, pp. 100-103.

47. *Otro murió mientras bebía*: Leonard C. Barney, 315.º Bn Médico, 90.ª DI, «Inmates of Concentration Camps», 1985, Recopilación de la Mesa Redonda sobre la segunda guerra mundial en Columbus, MHI, pp. 3-4.

48. «*Es demasiado grande*»: Leh, «World War II from One Enlisted Man's Point of View», *Proceedings of the Lehigh County Historical Society* 39 (1990): pp. 89 ss.
48. «*una especie de satisfacción mitigada*»: Severeid, *Not So Wild A Dream*, pp. 504-506.

49. «Aunque todo el cielo fuera papel»: Collier, *Fighting Words*, p. 188.

50. *Nordhausen fue invadido*: OH, Col. D. B. Hardin, VII Cuerpo, «Concentration Campat Nordhausen», 14 de abril, 1944, NARA RG 407, ETO ML #1028, caja 19152, pp. 1-4; *LO*, pp. 391-391 («Los hombres yacían»); Kessler, *The Battle of the Ruhr Pocket*, pp. 156-157 (*dieron una paliza a un científico alemán capturado*); Collins, *Lightning Joe*, p. 324; Carpenter, *No Woman's World*, p 293-295 («No hay peor vergüenza»).

51. «No había grasa»: Ingersoll, *Top Secret*, p. 333.

51. *En el campo de Wöbbelin*: Nordyke, *All American All the Way*, p. 756; «Wöbbelin», Enciclopedia del Holocausto, USHMM, <http://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10006160>; McNally, *As Ever*, John, pp. 65-67 («Todos los cuerpos fueron extraídos»); Booth y Spencer, *Paratrooper*, p. 294 (años después lloramos); Stafford, *Endgame 1945*, p. 311 («Fue un momento definitivo»).

52. «Nos penetró un olor»: Stafford, *Endgame 1945*, p. 83; Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, pp. 300-302 («turba simiesca»), 341 (*sopa aguada*); «Early Measures at Belsen», conferencia, 4 de junio, 1945, Royal Society of Medicine, UK NA, WO219/3944A (*diseñado para ocho mil*); Thompson, *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*, pp. 252-255 (*corazones, hígados y riñones*), 264 («una mujer agachada»); «What the Army Did at Belsen Concentration Camp», n. d., UKNA, WO 219/3944A, p. 3 («alfombra casi continua»), 16-17; «Bergen-Belsen», Enciclopedia del Holocausto, USHMM, <http://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10005224>; Collier, *Fighting Words*, p. 18 («haber mirado a través de los dedos»).

53. Los vivos parecían «esqueletos pulidos»: Stafford, *Endgame 1945*, p. 83; «What the Army Did at Belsen Concentration Camp», n. d., UK NA, WO 219/3944A, pp. 20-23 (*los médicos calcularon*); Davis, *Soldier of Democracy*, pp. 535-536 («*cayó muerto*»); Robert H. Abzug, «The Liberation of the Concentration Camps», en *Liberation 1945*, pp. 33-34, 43; Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, pp. 419-421 (*golpeados con la culata de los fusiles*).

54. *Aproximadamente un cuarto de millón*: Blatman, *The Death Marches*, pp. 11-12, 278, 310-321, 332-347; Margry, «The Gardelegen Massacre», *AB*, n.º 111 (2001): pp. 2 ss; «Gardelegen Massacre 13 April 1945», www.scrapbookpages.com/GerhardThiele.

55. *Para el ejército estadounidense, el campo de Buchenwald*: documentos de investigación, «Buchenwald KZ», documentos de Donald McClure, HIA, caja 1; Hackett, ed., *The Bucheneald Report*, pp. 330-333.
55. *Una hora después, la vanguardia*: Brig. Gen. Eric F. Wood et al., «Inspection of German Concentration Camp for Political Prisoners Located at Buckenwal [sic]», 16 de abril, 1945, documentos de Frank J. McSherry, MHI, caja 53; Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 236-238; «Civil Affairs and Military Government Organizations and Operations», n. d., NARARG 407, E 427, estudio del Consejo General de USFET n.º 32, 97-USF5-0.3.0 (*seiscientas calorías*).
55. «*Estaban tan delgados*»: Robert H. Abzug, «The Liberation of the Concentration Camps», en *Liberation 1945*, p. 40.

56. *un intricado mundo de horror*: Brig. Gen. Eric F. Wood *et al.*, «Inspection of German Concentration Camp for Political Prisoners Located at Buckenwal [sic]», 16 de abril, 1945, documentos de Frank J. McSherry, MHI, caja 53; documentos de investigación, «Buchenwald KZ», documentos de Donald McClure, HIA, caja 1.

57. *Las SS habían asesinado: «Buchenwald»*, Enciclopedia del Holocausto, USHMM, <http://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10005198>; Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 236-238 (hornos de ladrillo).

57. *Unos versos en letras negras y de oro*: White, *Conquerors' Road*, p. 82.

58. *Patton paseó a los habitantes: PP*, pp. 687, 692; Edward R. Murrow, emisión radiofónica CBS, 15 de abril, 1945, en *Reporting World War II*, vol. 2, pp. 681-685 («*El hedor superaba*»).

59. *Impactantes evidencias de torturas y asesinatos alemanes*: Kimball, *Forged in War*, p. 278 (Breedonck); Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, p. 220 («legado de escepticismo»); Robert H. Abzug, «The Liberation of the Concentration Camps», en *Liberation 1945*, p. p. 56 (*apenas un tercio*), 66; Gilbert, *The Day the War Ended*, p. 17.

60. «¿Qué clase de personas?»: Tapert, ed., *Lines of Battle*, p. 269.

60. «Ningún muchacho de la infantería»: Fussell, *The Boys' Crusade*, p. 157.

60. «Llevo en el ejército»: «History, 157th Inf Regt, Apr 1945», NARA RG 405, E 427, WWII Ops Reports, 345-INF (157)-0.3.

61. Los berlineses recibieron una asignación extra: Ryan, *The Last Battle*, pp. 409-410, 417-418 (*Karstadt*); Klemperer, *To the Bitter End*, p. 209 («Estamos defendiendo a Europa»); Read y Fisher, *The Fall of Berlin*, p. 335 (*saludo de cumpleaños*).
61. «Todo tipo de transporte está paralizado»: Moorehouse, *Berlin at War*, pp. 359-360, 371-372 («El pastor se pegó un tiro»).

62. «Levantemos nuestras banderas»: *ibid.*, pp. 359-360.

63. *El propio Hitler se tomó con calma el paso: Kershaw, Hitler, 1936-45: Nemesis*, p. 798; «Hitler's Höllenfahrt», *Der Spiegel* (10 de abril, 1995): pp. 172 ss (treinta y siete escalones).

64. *otra vez detrás de las tres puertas de acero*: Fest, *Hitler*, pp. 764-765; Read y Fisher, *The Fall of Berlin*, p. 340 («lucharé»); Moorehead, *Berlin at War*, pp. 358-359 («ambiente de aniversario»); Kershaw, *Hitler, 1936-45: Nemesis*, p. 801 (Blutrote Rosen).

65. *El Séptimo Ejército estadounidense celebró el día*: Stafford, *Endgame 1945*, p. 27; AAR, XV Cuerpo, 1 de junio, 1945, documentos de Wade H. Haislip, HIA, caja 1; *LO*, p. 425; Yeide y Stout, *First to the Rhine*, p. 359 (*dos mil soldados desesperados*).

66. «un abanico aluvial de escombros»: Wyant, *Sandy Patch*, p. 191; Taggart, ed., *History of the Third Infantry Division*, pp. 354-362 («*The Dogface Soldier*»); White, *From Fedala to Berchtesgaden*, pp. 265-266 («*Casablanca. Palermo*»).

67. una conmemoración más tranquila: White, *From Fedala to Berchtesgaden*, pp. 265-266; Even, *The Tenth Engineers*, p. 49 (corona); Palmer y Zaid, eds., *The GI's Rabbi*, pp. 173-174; Stafford, *Endgame 1945*, p. 28 («*The Stars and Stripes Forever*»).

«Dios, ¿dónde estás?»

68. *Los corresponsales de guerra habían empezado a calcular probabilidades:* Heinz, *When We Were One*, pp. 188-189 («GI vans»); LO, pp. 446-448 (*mensajes de bienvenida y señales de reconocimiento*); Forrest C. Pogue, «The Meeting with the Russians», n. d., NARA RG 407, E 427, ML #2249, caja 19185, p. 1 (*forajidos vestidos de cosacos*); OH 69.^a DI, NARA RG 407, E 427-A, CI 136-A, caja 19050, carpeta #137 (*montículo de hierba*).

69. *Al este de Leipzig*: LO, 446-448; Ryan, *The Last Battle*, p. 472; OH 69.^a DI, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #137 (*confundió Strehla con Groba*).

70. *Treinta y dos kilómetros al norte y dos horas después*: OH 69.^a DI, NARA RG 407, E 427-A, CI, carpeta #137, LO, pp. 455-456; Margry, «The U.S.-Soviet Link-Up», AB, n.º 88 (1995): pp. 1 ss.

71. *Tras una breve y desconcertante respuesta:* OH, William D. Robertson, 69.^a DI, NARA RG 407, E 427-A, CI 136-A, caja 19050, carpeta #137; *LO*, pp. 455-456 (*llevando a cuatro soldados*). Después de la guerra, Robertson se convirtió en neurocirujano en California.

72. *El jueves por la mañana fue testigo de la completa y ansiada fusión*: Forrest C. Pogue, «The Meeting with the Russians», n. d., NARA RG 407, E 427, ML #2249, caja 19185, pp. 2-3; narración, Thor Smith, n. d., documentos de Thor Smith, HIA, caja 1 («picnic de Iowa»); Heinz, *When We Were One*, pp. 189-192 («armazones barnizados»); Pogue, *Pogue's War*, pp. 368-370 (*pan negro y manzanas*).

73. «Los rusos parecía»: Martha Gellhorn, «The Russians», *Collier's*, 30 de junio, 1945, en *Reporting World War II*, vol. 2, pp. 701-706; Heinz, *When We Were One*, pp. 189-192 (*Los GI intercambiaban*).

74. «Sacad a esta mujer»: Heinz, *When We Were One*, pp. 189-192; Pogue, *Pogue's War*, pp. 372-373 (*general soviético*).

75. *La ininterrumpida línea aliada*: Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, p. 260 (último bombardeo); Bessel, *Germany 1945*, p. 112 (se habían unido en Ketzin).

76. *Ahora ya nada podía detener*: Bessel, *Germany 1945*, pp. 104-105, 405 (*dos millones y medio de efectivos*); Erickson, *The Road to Berlin*, pp. 539-541, 622 (*trescientas mil bajas*); «Hitler's Höllenfahrt», *Der Spiegel* (4 de abril, 1995): pp. 170 ss; Beevor, *Berlin: The Downfall, 1945*, pp. 123, 410-413 (*tifus*); Steinhoff et al., *Voices from the Third Reich*, pp. 454-457; entrevista, Rosemarie Meitzner, abril 1995, autor, Berlín; Ryan, *The Last Battle*, p. 494 (*bombillas*), 371 (*Bleib übrig*); Sebald, *On the Natural History of Destruction*, p. 43 («*un paisaje montañoso*»).

77. *Al sur, el Reich: LO*, pp. 454, 425-426 (*el puente que cruzaba el Danubio*); Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, p. 249 (*veintiocho ciudades*).

78. «*Sufrimos constantes*»: memo, F. E. Morgan a G-1, 10 de febrero, 1945, NARARG 331, E 1, SHAEF SGS, archivo 211, caja 20; *LO*, pp. 427-430; De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, pp. 458-459; OH, JLD, agosto 1971, Thomas E. Griess, YCHT, caja 110, pp. 26-27.

79. *El general De Gaulle tenía otras ideas: De Gaulle, The Complete Memoirs of Charles de Gaulle, p. 860; Clayton, Three Marshals of France, pp. 114-115 (tener en sus manos una ancha franja).*

80. *Con Deux Mètres presionándolo*: LO, pp. 427-430; De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, pp. 458-464, 491 (tiovivo); SC, pp. 460-461 («interés nacional de Francia»); Wyant, *Sandy Patch*, p. 193 («Política mezquina»).

81. «*El bueno y honesto Devers*»: Salisbury-Jones, *So Full a Glory*, p. 197; Yeide y Atout, *First to the Rhine*, pp. 365-368 (*diecisiete mil hombres*); Reuben E. Jenkins, «The Battle of the National Redoubt», n. d., documentos de Jenkins, MHI, caja 1, p. 15; Willis, *The French in Germany*, pp. 20-21; memo, JLD, 27 de abril, 1945, documentos de JLD, MHI («*un sin sentido*»); *LO*, pp. 430-431; OH, JLD, agosto, 1971, Thomas E. Griess, YCHT, caja 110, pp. 26-27 («*intentaba ser Napoleón*»).

82. *Aquella ópera bufa: LO*, pp. 430-431; diario de guerra del Séptimo Ejército, 26 de abril, 1945, MHI, p. 678 (*las depredadoras tropas coloniales francesas*); Botting, *From the Ruins of the Reich*, pp. 22-23 («*gallinas y mujeres*»); Wyant, *Sandy Patch*, p. 193 («*Situación en Stuttgart*»); memo, JLD, 27 de abril, 1945, documentos de JLD, MHI («*¿Qué se puede hacer?*»).

83. «Stuttgart es caótica»: De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 491.

83. *Devers entró en la ciudad*: diario, JLD, 6.º GE, 27 de abril, 1945, MHI; *LO*, pp. 432-433. Las clínicas de los alrededores de Tübingen informaron haber tratado a centenares de víctimas de violaciones y a un número considerable de mujeres en Constanza que buscaban la forma de abortar de embarazos resultantes del ataque de los franceses (Bessel, *Germany 1945*, p. 117).

83. «El procedimiento francés de ocupación»: Wyant, *Sandy Patch*, p. 193.

84. *Eisenhower intervino: LO*, pp. 432-433; Chandler, pp. 2657-2659; Yeide y Stout, *First to the Rhine*, p. 366.

85. *No obstante, con una guerra aún por terminar*: OH, Philippe de Camas, Primer Ejército francés, oct-dic. 1948, Marcel Vigneras, NARA RG 319, EP-100, RR archivos de historial, FRC 5; Yeide y Stout, *First to the Rhine*, p. 365 (*la ejecución de unos cuantos violadores*); diario, JLD, 6.º GE, 27 de abril, 1945, MHI («mucho mejores»).

85. *Entretanto, las legiones de Patch presionaban hacia el sur*: LO, pp. 427-430; Walker, *German National Socialism and the Quest for Nuclear Power, 1939-1949*, p. 158; Rhodes, *The Making of the Atomic Bomb*, pp. 609-610.

86. *Las disputas sobre la zona de ocupación francesa*: Willis, *The French in Germany*, pp. 20-21; Porch, *The Path of Victory*, p. 601 («a menudo en el mismo bando»). Después de estos desacuerdos, De Gaulle escribiría, «Las rosas de la gloria no están desprovistas de espinas»; Truman dijo del líder francés: «No me gusta el hijo de puta» (Fenby, *The General*, p. 746).

87. *A dieciséis kilómetros al noroeste de Múnich*: Mollo, «Dachau», *AB*, n.º 27, 1980, pp. 1 ss; KZ-Gedenkstätte Dachau, Stiftung Bayerische Gedenkstätten, <http://www.kz-gedenkstaette-dachau.de/index-e.html> (200.000 prisioneros), Gellately, *Backing Hitler*, p. 217 (170 subcampos); corr. JLD a SHAEF, 4 y 6 de mayo, 1945NARA RG 498, ETO SGS corr. gral. clasificada, archivo 383.6/9, caja 88 (trece mil habían muerto).

88. *La gélida y encapotada mañana del domingo*: «History, 157th Inf Regt, Apr 1945», NARA RG 405, E 427, Informes Ops WWII, 345-INF (157)-0.3; Robert H. Abzug, «The Liberation of the Concentration Camps», en *Liberation 1945*, p. 38 («lechos de flores y árboles»); Joseph M. Whitaker, asist. IG, Séptimo Ejército, «Investigation of Alleged Mistreatment of German Guards at Dachau», 8 de junio, 1945, NARA RG 338, caja 7; «The Train Ride into Hell», 1998, documentos de Pierre C. T. Verheye, HIA; Whitlock, *The Rock of Anzio*, pp. 357-364 («Hijos de puta»).

89. «Es lo único que posee»: Flint Whitlock, «Liberating Dachau», en *The World War II Reader*, pp. 368-369.
89. *Emitiendo terribles aullidos unos prisioneros persiguieron: The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, p. 832.
89. «Descuartizaron a los alemanes»: Garland, *Unknown Soldiers*, p. 393.
89. «Nos apartamos y contemplamos»: Palmer y Zaid, eds. *The GI's Rabbi* p. 178; Carroll, ed., *War Letters*, pp. 275-277 (*palos y piedras*); Joseph M. Whitaker, asist. IG, Séptimo Ejército, «Investigation of Alleged Mistreatment of German Guards at Dachau», 8 de junio, 1945, NARA RG 338, caja 7 (*aplastando cráneos y Un cirujano del batallón se negó*); OH, John A. Heintges, 1974, Jack A. Pellici, SOOHP, MHI, p. 370 («desparramado por todo el lugar»).

90. *A la misma hora, la vanguardia*: Brig. Gen. John H. Linden, 42.^a DI, «Report on Surrender of Dachau Concentration Camp», 2 de mayo, 1945, y 1.er Tte. William J. Cowling, III, 42.^a DI, «Report on Surrender of Dachau Concentration Camp», 2 de mayo, 1945, documentos de John H. Linden, HIA, caja 1; Flint Whitlock «Liberating Dachau», en *The World War II Reader*, pp. 368-369; Howard Cowan, Associated Press, «32, 000 Liberated from Dachau Prison Camp», abril 1945, documentos de John H. Linden, HIA, caja 1 («*en medio de un rugido*»).

91. «No tengo palabras»: Eliach y Gurewitsch, eds., *The Liberators*, vol. P. 45; Palmer y Zaid, eds., *The GI's Rabbi* pp. 178-183 (*rociados con polvos DDT*); OH, Paul D. Adams, 1975, Irving Monclova y Marlin Lang, SOOHP, MHI: («Yo no me preocuparía»).

92. *El inspector del Séptimo Ejército*: memo, DDE, «Mistreatment of Prisoners of War», 18 de julio, 1945, NARA RG 498, ETO SGS corr. gal. clasificada, 383..6, caja 51.

93. *Veintiocho hombres de las SS por lo menos*: Joseph M. Whitaker, asist. IG, VII Ejército, «Investigation of Alleged Mistreatment of German Guards at Dachau», 8 de junio, 1945, NARA RG 338, caja 7; Whitlock, *The Rock of Anzio*, pp. 388-389 (*cuatro soldados estadounidenses*); Garland, *Unknown Soldiers*, pp. 395-397 (*Otros creían*); memo, Charles D. Decker, «Report on Results of Investigation into Mistreatment of Prisoners of War by U.S. Forces», 31 de dic., 1945, NARA RG 3498, ETO SGS corr. gral. clasificada, 383.6, caja 51 («*violación de la carta*»). La 45.^a División sería transferida al Tercer Ejército; ya en Sicilia, Patton no había dado muestras de celo en la persecución de los crímenes de guerra de los soldados estadounidenses.

94. «Tengo el turno de noche»: Wandrey, *Bedpan Commando*, pp. 204-205.

95. *nombrada especialmente «Ciudad del Führer»*: Stafford, *Endgame 1945*, p. 242; SC, p. 456 («*la bestia nazi*»); AAR, XV Cuerpo, 1 de junio, 1945, documentos de Wade H. Haislip, HIA, caja 1. Al mando de la 20.^a División Blindada en el asalto a Múnich estaba el Gen. Div. Orlando Ward, rehabilitado tras ser relevado por Patton del mando de la división en Túnez dos años antes.
95. «*Ventana a ventana*», *los disparos: The Seventh United States Army in France and Germany*, vol. 2, pp. 834-837; LO, p. 437; Kershaw, *Hitler, 1936-1945: Nemesis*, p. 840 («*Me avergüenzo*»).

96. *cuatrocientos ochenta kilómetros al norte*: OH, Vasily Ustyugov, abril 1995, Fred Hiatt, Moscú, p. a. (*Cruces de Hierro*); Read y Fisher, *The Fall of Berlin*, p. 465 (*asando un buey*); OH, Hans-Jürgen Habenicht, abril 1995, autor, Berlín (*los excrementos y la orina*); Beevor, *Berlin: The Downfall, 1945*, pp. 388-392 («*post-mortem*»).

97. *Debajo de la Cancillería del Reich*: Read y Fisher, *The Fall of Berlin*, p. 290; Kershaw, *Hitler, 1936-1945: Nemesis*, pp. 827-828; Fest, *Hitler*, pp. 778-779.

98. *Doce años y cuatro meses*: Kershaw, *Hitler, 1936-1945: Nemesis*, p. 841; Erickson, *The Road to Berlin*, p. 609 («este es el fin»).

99. *Sus secuaces envolvieron con mantas los dos cuerpos*: Toland, *Adolf Hitler*, p. 890; Beevor, *Berlin: The Downfall, 1945*, pp. 358-360 («El jefe está ardiendo»); Ryan, *The Last Battle*, p. 498 («beicon quemado»).

100. «vinculante para todos los soldados»: Bessel, *Germany 1945*, p. 121.

101. *Ochenta kilómetros en dirección oeste siguiendo el curso del Elba*: Stenbuck, ed., *Typewriter Battalion*, pp. 34-47; OH, Alvan C. Gillem, Jr, XIII Cuerpo, n. d., CJR, caja 44, carpeta 18, pp. 5-7.

102. *Simpson estaba de acuerdo en aceptar*: Stenbuck, ed., *Typewriter Battalion*, pp. 34-47; *LO*, p. 465; OH, Alvan C. Gillem, Jr, 1972, Eugene Miller, SOOHP, MHI, caja 1, pp. 69-70; Beevor, *Berlin: The Downfall, 1945*, p. 397 («los pocos que no pudieron atravesar»).

103. *En Italia, una ofensiva*: Willmott, *The Great Crusade*, pp. 429-430; Weinberg, *A World at Arms*, p. 818 (río Po); Philip Hamburger, «Letter from Rome», 8 de mayo, 1945, en *The New Yorker Book of War Pieces*, p. 479; Fisher, *Cassino to the Alps*, p. 524; GS VI, p. 121 (*Grupo de Ejércitos C*).

104. *Por de la cornisa norte del continente*: En los dos últimos meses de la guerra, las tropas canadienses utilizaron lanzallamas en tres mil operaciones (Brig. Gen. Alden H. Waitt, servicio químico de guerra, «Summary Report of Situation in ETO», 5 de julio, 1945, NARA RG 337, E 16, PO, 210.684, GHQ AGF G-3, caja 2).

104. *los hambrientos holandeses*: Hastings, *Armageddon*, pp. 411-414; Gander, *After These Many Quests*, p. 315 («ataúdes con el fondo provisto de bisagras»).

105. *Los ingenieros aliados temían también*: informe histórico, misión en los Países Bajos SHAEF G-5, 14 de julio, 1945, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #219, pp. 4-14; «Brief Historical Outline of the Occupation of N.W. Holland by 1 Canadian Corps», n. d., NARA RG 319, 2-3.7 CB 8, SC archives de historial; corr. Brig. Sir Geoffrey Hardy-Roberts, 6 de mayo, 1945, LHC («*cinco años de represión*»).

106. «Se marcharon como maleantes»: Gander, *After These Many Quests*, pp. 314, 324-325.

107. *Más al este, donde había cuatro divisiones británicas: VW, vol. 2, pp. 337-338 (un cuarto de millón de prisioneros), 353; Stafford, Endgame 1945, p. 280 («saqueando, bebiendo»); Chandler, p. 2652; LO, p. 464 (dos horas antes de que llegara el Ejército Rojo).*

108. «*Bienvenidos americanos*»: Stanhope Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II», 1988, MRC FDM, 1994.126, 259; vol. 2, p. 332 («*la situación de postguerra de Checoslovaquia*»); *LO*, p. 456-458 (*entre Pilzen y Karlsbad*); *SC*, p. 454.

109. *Los partisanos austríacos tomaron Innsbruck*: Marshall, *A Ramble Through My War*, p. 259 (*una orquesta vienesa*); *LO*, pp. 469-471; Royce L. Thompson, «Military Surrenders in the European Theater», 30 de junio, 1955, CMH, 2-3.7, AE-P-28, p. 58 (*la posición de banderas*); Martin, *Blow, Bugle, Blow*, p. 167 («*la seguridad interna*»).

110. *Casi a la misma hora, Devers*: memo, R. E. Jenkins, 7 de mayo, 1945, documentos de Reuben E. Jenkins, MHI, caja 1; *LO*, pp. 471-472.

111. *Pocos lugareños hicieron gala de mayor*: David Ian Hall, reseña de *Hitler's Mountain*, *JMH* (enero 2009): pp. 310 ss; «Obsersalzburg», *AB*, n.º 9 (1975): 1 ss (*colmenas*).

112. Como regalo para el quincuagésimo cumpleaños del Führer: Beierl, *History of the Eagle's Nest*, p. 103; «Das Kehlsteinhaus», <http://www.kehlsteinhaus.com/> (ascensor Otis).

113. *El 25 de abril los bombarderos de la RAF: «Obsersalzburg»*, AB, n.º 9 (1975): 1 ss; Osborne, «Return to the Berghof», AB, n.º 60 (1988): pp. 50 ss; Walden, [http:// www.thirdreichruins.com/obersalzberg.htm](http://www.thirdreichruins.com/obersalzberg.htm); Nicholas, *The Rape of Europa*, p. 320 (colección de Bormann); Mitchell, *Hitler's Mountain*, pp. 120-121 (*prendieron fuego a la casa*).

114. *Todavía brotaban llamas*: OH, John A. Heintges, 7.^a Inf. 1974, Jack A. Pellici, SO-OHP, MHI, pp. 379-385; White, *From Fedala to Berchtesgaden*, pp. 278-280; Mitchell, *Hitler's Mountain*, p. 127 («*Has tenido París*»). Las tropas francesas y los paracaidistas estadounidenses no tardaron en encontrar el modo de entrar en la ciudad.

115. *A pesar de los bombardeos, los incendios y el saqueo*: Osborne, «Return to the Berghof», *AB*, n.º 60 (1988): pp. 50 ss; Philip Hamburger, «Letter from Berchtesgaden», 9 de junio, 1945, en *The New Yorker Book of War Pieces*, pp. 497-499 (*arcones congeladores de helados*); Mitchell, *Hitler's Mountain*, p. 132 (*taza de inodoro*); Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, p. 747 (*lámparas*); AAR, T-Force, n.d., 6.º GE, G-2, documentos de Boris T. Pash, HIA, caja 4, archivo 6 (*mapas de situación*); Strong, *Intelligence at the Top*, pp. 291-295 («*perchas*»).

116. *Las bombas de la RAF habían respetado*: Philip Hamburger, «Letter from Berchtesgaden», 9 de junio, 1945, en *The New Yorker Book of War Pieces*, pp. 500-501; Beierl, *History of the Eagle's Nest*, pp. 116, 144-148; White, *Conquerors' Road*, pp. 61-62 («en un espetón»); Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, p. 747 (guías).

117. *El botín de Göring resultó*: OH, John A. Heintges, 7.º Inf., 1974, Jack A. Pellici, SOOHP, MHI, pp. 394-395, 406-407; White, *From Fedala to Berchtesgaden*, pp. 278-280 (*dieciocho mil botellas*); «The Goering Collection», OSS, Unidad de Investigación de Saqueo de Arte, Informe de Interrogatorio n.º 2, 15 de sept., 1945, documentos de Hermann Goering, HIA, caja 1, pp. 171—173; Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, p. 749; Nicholas, *Rape of Europa*, pp. 314, 344 (*500 millones de dólares*); White, *Conquerors' Road*, p. 74 («¡Ah, la guerra!»).

118. El propio Reichsmarschall: AAR, Robert C. Stack, 36.^a DI, n.d., Texas MFM (*séquito*); diario, John E. Dahlquist, 9 de mayo, 1945, y álbum de recortes; A. I. Goldberg, informe de Associated Press, 9 de mayo, 1945; *Life*, 28 de mayo, 1945, pp. 30ss, todo en los documentos de Dahlquist, MHI; corr. Alexander M. Patch, Jr., 16 de oct., 1945, documentos de Patch, USMA Arch, caja 1 (*bastón de mariscal*).

119. «Bueno, a tomar por el culo»: Collier, *Fighting Words*, pp. 194-195.

120. *Un general de división americano invitó después: Kesselring, The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, p. 291; Taylor, *Swords and Plowshares*, p. 107 («personaje histórico»).

Un gran silencio

121. «*Los hermosos colores de la campiña*»: Moorehead, *Eclipse*, pp. 259-262, 285.

121. *Los Tommies pescaban de forma poco convencional*: Thompson, *Men Under Fire*, pp. 148-151, Stafford, *Endgame 1945*, p. 11 (*hospitales*); Col. T. G. Lindsay, «*Operation Overlord Plus*», n. d., LHC, pp. 66-69 (*buenos mapas*).

122. *A las 11: 30 h del jueves: «Surrender Negotiations»*, n. d., UK NA, CAB 101/330, pp. 4-5.

123. «Nunca he oído hablar de ti»: Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, pp. 501-502; John Keegan, «The German Surrender», en Hollinshead y Rabb, eds., *I Wish I'd Been There*, vol. 2, p. 307 («ensayando esto»).

124. *Impávido, Friedeburg: Moorehead, Eclipse, pp. 282-284; «Surrender Negotiations», n.d., UK NA, CAB 101/330, p. 6 («a la manera habitual»); VW, vol.2, p. 339.*

125. *Pidiendo un mapa*: Moorehead, *Eclipse*, p. 284; Hamilton, *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*, pp. 501-504 (*un rapapolvo*); Francis de Guingand, «Notes for the Chief of Staff», 3 de mayo, 1945, LHC, 2/4/2 («*estaría encantado de seguir*»); De Guingand, *Operation Victory*, pp. 453-455.

126. *A las cinco de la tarde de un lluvioso viernes*: Thompson, *Men Under Fire*, pp. 148-151; John Keegan, «The German Surrender», en Hollinshead y Rabb, eds., *I Wish I'd Been There*, vol. 2, p. 311 («con las instrucciones»); Moorehead, *Eclipse*, pp. 285-286 («Vamos a ver»).

127. *La respuesta era sí*: entrada de diario, 7 de mayo, 1945, Harold S. Frum, «The Soldier Must Write», 1984, Bib. GCM (*Donuts*); Moorehead, *Montgomery*, p. 223 («un buen retrato»).

128. «*Era una tarde gris*»: Moorehead, *Eclipse*, pp. 286-287.

129. *Friedeburg y sus camaradas se levantaron: Hamilton, Monty: Final Years of a Field-Marshal, 1944-1976*, pp. 512-513.

130. Después de que los alemanes hubiesen estampado sus firmas: Moorehead, *Eclipse*, pp. 288-289; «Surrender Negotiations», n. d., UK NA, CAB 101/330, pp. 6-7; Thompson, *Men Under Fire*, pp. 152-153 («concluye»).

131. «lonas laterales de la tienda»: «German Surrenders», *AB*, n.º 48 (1985): pp. 1 ss; *VW*, vol. 2, p. 340 («*Parece que*»).

132. *El mal tiempo del sábado*: SC, pp. 486-487; Strong, *Intelligence at the Top*, p. 273 (*un cuello limpio*); *Three Years*, pp. 825-826 (*veinte minutos*).

133. *Smith y el general de división Strong*: Croswell, *Beetle*, p. 918.

134. *Smith bajó al vestíbulo: Three Years*, pp. 825-828, 834; Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, p. 237 («La decepción»).

135. «*Realmente esperaba*»: Eisenhower, *Letters to Mamie*, p. 250.

136. *Un nuevo negociador llegó*: Doenitz, *Memoirs*, pp. 462-463; OH, Kenneth Strong, 15 de mayo, 1963, CJR, caja 95, carpeta 5, p. 2 («luchar contra los rusos»).

137. «Diles»: *Three Years*, pp. 830-831. La pausa en punto muerto de Döntiz se atribuyó al hecho de que se le permitiera la rendición de 1,8 millones soldados alemanes a los aliados occidentales en vez de hacerlo a los soviéticos. Una importante mayoría del total de los 10 millones de prisioneros de guerra alemanes terminaron en manos de Occidente (Bessel, *Germany 1945*, pp. 124-125).
137. «Eisenhower insiste en que firmemos: Doenitz, *Memoirs*, pp. 462-463; SC, p. 487 («Plenos poderes»).

138. *Los mecanógrafos del SHAEF*: Crosswell, *Beetle*, pp. 921-922.

139. *A falta de instrucciones firmes*: *ibid.* pp. 916-917; Mosley, «Dismemberment of Germany», *Foreign Affairs*, (abril 1950): pp. 487 ss; OH, Philip E. Mosely, n. d., CJR, caja 43, carpeta 10, pp. 3-4. El diplomático Robert Murphy declaró que Smith simplemente había olvidado la existencia de la versión EAC (*Diplomat Among Warriors*, pp. 240-241).
139. *Optó por un tercer documento abreviado*: Counsell, *Counsell's Opinion*, pp. 149-150, 151-153 (*picando las teclas de la máquina de escribir*); memoria, John Counsell, n.d., CJR, caja 43, carpeta 3, pp. 110-116; Ziemke, *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*, pp. 257-258; Mosely, «Dismemberment of Germany», *Foreign Affairs*, (abril 1950): pp. 487 ss («*cláusula general habilitante*»).

140. «*Prepárense, caballeros*»: White, *Conquerors' Road*, p. 115.

141. «*El efecto de representación*»: Crosswell, *Beetle*, p. 922. Algunas de las placas con el nombre pueden encontrarse en los documentos de Sidney H. Negrotto, MHI.

142. *Strong puso una copia: SC, p. 488.*

143. círculos color púrpura enmarcaban sus ojos: White, *Conquerors' Road*, p. 115; Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, p. 240 («Ja. Ja»); Strong, *Intelligence at the Top*, p. 282 («usted será considerado oficial y personalmente»).

144. «Supongo que esto merece»: Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, p. 407.

145. «*La misión de esta fuerza aliada*»: Chandler, p. 2696.

146. *Los fuertes olores a jabón*: narración, fin de la guerra, CBH, n. d., y diario, 7 de mayo, 1945, CBH, MHI.

147. *Bradley se levantó de la cama*: Bradley, *A Soldier's Story*, p. 554 («D+335»); narración, fin de la guerra, CBH, n. d., , y diario, 7 de mayo, 1945, CBH, MHI («nuestros problemas»).

148. «*Por primera vez*»: «Reports by U.S. Army Ultra Representatives with Army Field Commands in the European Theater of Operations», NARA RG 457, E 9002, NSA, SRH-023, caja 14; Wheeler, *The Big Red One*, pp. 381-382 (*21.000 Corazones Púrpura*); Clay, *Blood and Sacrifice*, p. 238 («*Ya era hora, maldita sea*»); *PP*, p. 696 (*La paz tenía aún*); Allen, *Lucky Forward*, p. 394 (*los ríos en Japón*»); Codman, *Drive*, p. 299 (*salió a grandes zancadas del puesto de mando*).

149. Al difundirse la noticia: Linderman, *The World Within War*, p. 231 («loco y peligroso»); Mitchell, *Hitler's Mountain*, p. 135 («como granizo»); «Personal Diary», 6 de mayo, 1945, JMG, MHI, caja 10 («Ya está»); Heinz, *When We Were One*, p. 152 («brindó»).

150. «*curiosamente apáticos*»: Moorehead, *Eclipse*, p. 305.

150. «*Debería sentirme completamente alegre*»: Christen T. Jonassen, «Letter Written on V-E Day 1945», n. d., Mesa Redonda sobre la segunda guerra mundial en Columbus, MHI, caja 1.

150. «*Me siento como abatido*»: diario, JLD, 5 de mayo, 1945, MHI.

150. «*No sabíamos*»: Heinz, *When We Were One*, pp. 150, 157.

151. «*Las luces centelleaban*»: Robert E. Walker, «With the Stonewallers», n. d., MMD, p. 118.

151. *La oscuridad envolvió*: Forrest Pogue escribió: «Sabíamos que había terminado la guerra en Europa... porque las luces se encendieron en Pilzen y en todos los pueblos de nuestro alrededor». *Pogue's War*, p. 381).

EPÍLOGO

1. *El Daily Mail de Londres*: Gilbert, *The Day the War Ended*, p. 88.

2. *No importaba que se hubiese filtrado información sobre la ceremonia de Reims: «Infractions of Press Censorship»*, transcripción telefónica, SHAEF y WD, 7 de mayo, 1945, 4 p. m., NARA RG 331, E 1, SGS, archivo 000.73, caja 4 (*teletipo*); SC, pp. 527-528; Voss, *Reporting the War*, pp. 193-196.

3. *Pero Stalin se mantuvo firme*: Gilbert, *The Day the War Ended*, pp. 92-98; SC, pp. 491-492 (*Eisenhower envió*); Oh, Arthur Tedder, 13 de febrero, 1947, FCP, MHI (*ruidosas negociaciones*); Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, pp. 250-252; De Lattre de Tassigny, *The History of the French First Army*, p. 518; Clayton, *Three Marshals of France*, p. 119; visitas del autor, Karlshorst, nov. 1995 y sept. 2009; *Three Years*, p. 836 («mucho más fácil iniciar»).

4. *A pesar de un anuncio de la BBC*: Botting, *From the Ruins of the Reich*, p. 94; Gilbert, *The Day the War Ended*, p. 98 («Despejen»).

5. *En París la celebración*: Beevor y Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-1949*, pp. 195-197, (*Garde Républicaine*); Helen Van Zonneveld, «A Time to Every Purpose», n. d., HIA, pp. 401-402 («Salut!»); Cooper, *Old Men Forget*, p. 352 (*había que despejar*); Gilbert, *The Day the War Ended*, pp. 220-222 («*de cualquier sitio a cualquier otro*»); corr., P. B. Rogers a su familia, 10 de mayo, 1945, documentos de Pleas B. Rogers, MHI («*The Battle Hymn*»); OH, Richard Collins, 1976, Donald Bowman, SOOHP, MHI, III-26 (*Avenue de Paris*).

6. *El resto del mundo*: Sulzberger, *A Long Row of Candles*, p. 259 (la embajada de los Estados Unidos); Dobbs, *Six Months in 1945*, p. 203 (los manteaban); Brinkley, *Washington Goes to War*, p. 275 (las luces bañaban la cúpula del Capitolio); Gilbert, *The Day the War Ended*, pp. 293-294 («traidores japoneses»).

7. *El Día de la Victoria amaneció en Londres*: Ziegler, *London at War, 1939-1945*, p. 324 («lluvia wagneriana»), pp. 325 (címbalos), 328 («En venta solo»); Mollie Panter-Downes, «Letter from London», 19 de mayo, 1945, en *The New Yorker Book of War Pieces*, pp. 472-476; Gilbert, *The Day the War Ended*, p. 211 («¡Queremos al rey!»); Lewis, *The Mammoth Book of Eyewitness World War II*, p. 461 (efigie de Hitler).

8. *A primera hora de la tarde Churchill salió: D'Este, Warlord*, pp. 692-693; Pawle, *The War and Colonel Warden*, p. 381; Mollie Panter-Downes, «Letter from London», 19 de mayo, 1945, en *The New Yorker Book of War Pieces*, pp. 472-476; Gilbert, *The Day the War Ended*, p. 199 («Todos gritamos hasta quedarnos afónicos»); Thompson, *I Was Churchill's Shadow*, pp. 157-158 («Lo están esperando»).

9. *Al caer la tarde los reflectores*: Ziegler, *London at War, 1939-1945*, p. 327; Gilbert, *The Day the War Ended*, p. 211 («vuestra hora»); Taylor y Taylor, eds., *The War Diaries*, p. 195 («*Hope and Glory*»). Churchill sería depuesto del cargo menos de dos meses después cuando los Conservadores recibieron una severa derrota en las urnas: en 1951, volvió a ser primer ministro durante casi cuatro años.

10. *Con la rendición de Japón*: Weinberg, *A World at Arms*, p. 894 (*murieron sesenta millones*); Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, p. 131 (*una tercera parte de ellos soldados*); Snyder, «Walter Bedell Smith: Eisenhower's Chief of Staff», *Military Affairs* (enero 1984): pp. 6 ss («*grande y terrible*»); Rosenbaum, «Explaining Hitler», *New Yorker* (1 de mayo, 1995): pp. 50 ss («*genocidio*»); Fussell, *Wartime*, pp. 132, 139 («*una desgracia injustificable*»), 268 («*trágica e irónica*»).

11. «*un Dios todopoderoso*»: Danchev, p. 689.

11. *En Europa, en 338 días los aliados occidentales: Estudio del Itinerario de la Batalla*, USFET G-3, agosto 1946, NARA RG 498, UD 583, caja 4017, p. 5; Gerhard L. Weinberg, «D-Day: Analysis of Costs and Benefits», en Wilson, ed., *D-Day 1944*, p. 337.

12. *Una máxima militar británica*: Weigley, *Eisenhower's Lieutenants*, p. 730; Overy, *Why the Allies Won*, p. 281 («centralizados, unificados»).

13. *el liderazgo aliado incluía un equilibrio*: Overy, *Why the Allies Won*, pp. 278-281; Roberts, *Masters and Commanders*, pp. 580-581; Biddle, «Leveraging Strength: The Pillars of American Grand Strategy in World War II», *Orbis* (invierno2011): pp. 4 ss.

14. «Nuestra resolución de preservar»: Overy, *Why the Allies Won*, p. 324; *LO*, pp. 477-478; Mansoor, *The GI Offensive in Europe*, pp. 4-6, 252; «Report of Activities: Army Ground Forces, World War II», enero 1946, NARA RG 334, E 315, ANS-COL, AGF RTC, caja 150; <http://www.minneapolisfed.org/> (aproximadamente 4 billones de dólares); Stephen Daggett, «Cost of Major U.S. Wars», 29 de junio, 2010, Servicio de Investigación del Congreso, p. 2; Montgomery, «The Cost of War Unnoticed», *WP*, 8 de mayo, 2007, D1 (42 millones); Millett y Murray, *Military Effectiveness*, vol.3, *The Second World War*, pp. 47, 62; Bynell, «Logistical Planning and Operations —Europe», conferencia, 16 de marzo, 1945, NARA RG334, E 315, ANSCOL, caja 207, p. 14 («excavando el canal de Panamá»).

15. «*prodigio de organización*»: Weigley, *History of the United States Army*, p. 475; «Supply and Maintenance on the European Continent», n. d., NARA RG 407, E 427, Consejo General de USFET, informes de operaciones AG WWII, 97-USF5-0.30, n.º130, p. 42 (*18 millones de toneladas*); «Ordnance Diary», 1 de dic., 1945 NARA RG 498, ETOUSA HD, UD 586, caja 1 (*vehículos*); «Clothing and Footwear», capítulo 56, PIR, documentos de Robert M. Littlejohn, HIA, p. 2 (*calzado*); «U.S. Army in WWII», 1952, CMH, citado en «Statistical Review», Ref Bib, MHI (*fábricas de munición*); «Statistical Review», Ref Bib, MHI, citando *Cavalry Journal*, marzo-abril 1946, pp. 21 ss (*500 millones de balas de ametralladora*); Goodman, ed., *While You Were Gone*, p. 23 (*los contribuyentes americanos*); Ambrose, *Eisenhower and Berlin, 1945*, p. 63 (*dos tercios de todos los barcos*).
15. *El enemigo fue aplastado por el dominio logístico*: En su punto álgido, la guerra supuso el 35,8 % del PIB (Stephen Daggett, «Cost of Major U.S. Wars», 29 de junio, 2010, Servicio de Investigación del Congreso, p. 2); Gropman, *Mobilizing U.S. Industry in World War II*, pp. 107 (*una proporción más pequeña*), 133; Ellis, *Brute Force*, pp. 348-349.
15. «*Una guerra como la vuestra es fácil*»: inspección de POW alemanes, 7 de dic., 1944, SHAEF, División de Guerra Psicológica, RG 331, E 87, 23 782.

16. *nada había sido fácil*: Stoler, *Allies in War*, p. 227; Willmott, *The Great Crusade*, p. 352 (*supremacía europea*); Larrabee, *Commander in Chief*, p. 631 («el siglo americano»); Brower, ed., *World War II in Europe: The Final Year*, p. 63 («un alma grande»).

17. *La guerra fue un potente catalizador*: Weinberg, *A World at Arms*, p. 915; Weinberg, «The Place of World War II in History», conferencia, 1995, Academia de las Fuerzas del Aire Estadounidenses, Colorado Spring, Colº, 11 (*GI Bill*); Kennedy, *Freedom from Fear*, p. 779 (*los roles tradicionales anteriores al conflicto*); MacGregor, *Integration of the Armed Forces*, pp. 51-53, 56; «The Utilization of the Negro Infantry Platoons in White Companies», NARA RG 330, E 94, valoraciones de soldados, informe n.º ETO 82, pp. 4-12.

18. «Encantado de volver a casa»: Reynolds, *Rich Relations*, p. 444.

19. *En la desolada Europa quedaban ingentes tareas*: Pyle, *Brave Men*, p. 320 («*mundo roto*»); SC, pp. 508-510 (*Noruega*), p. 499; Margry, «The Flensburg Government», AB, n.º 128 (2005): pp. 2 ss; J. B. Churcher, «A Soldier's Story», n. d., LHC, pp. 80-81 («*Cualquier palabra*»); SC, pp. 512-515; «Activities and Organization of COMZ», sesión del Senado de los EE.UU., 28 de mayo, 1945, NARA RG 498, ETO HD, archivo admón. #89, p. 29 (*tres millones de efectivos*); Brig. Gen. Alden H. Waitt, «Summary Report of Situation in ETO», 5 de Julio, 1945, NARA RG337, E 16, GHQ AGF G-3, OR, 210.684, caja 2 (*municiones alemanas de gas venenoso*).

20. «En el continente europeo»: Churchill, *Triumph and Tragedy*, pp. 549-550.

20. *Parte de aquella limpieza*: Gill, *The Journey Back from Hell*, p. 24; panfletos, «The Courthouse in Nuremberg», y «The International Military Tribunal», Oberlandgericht, Núremberg, visita del autor, 13 de febrero, 1996; Lewis, ed., *The Mammoth Book of Eyewitness World War II*, pp. 561-566.

21. *Los gobiernos aliados individuales*: Weingartner, «Otto Skorzeny and the Laws of War», *JMH* (abril 1991): pp. 207 ss; Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 674 (200.000 sospechosos); «Bergen Belsen», Enciclopedia del Holocausto, USHMM, <http://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10005224>. Otros defensores de Bergen-Belsen fueron juzgados posteriormente (Margry, «Bergen-Belsen», *AB*, n.º 89 [1995]: pp. 1 ss.).
21. *Desde 1945 hasta 1948*: James J. Weingartner, «Early War Crimes Trials», en *Liberation 1945*, p. 84.

22. *El camino hacia la justicia: «Malmedy Massacre Investigation», Comité de Servicios Armados del Senado», oct. 1949, pp. 4-16, 22-32; memo fiscal militar, Man-do Europeo, 28 de marzo, 1949, CMH, LAW 2-7, 1, pp. 26-30. Durante las sesiones del Senado acerca de las acusaciones de Malmédy, el senador Joseph McCarthy incriminó al ejército por utilizar «tácticas de la Gestapo» (TT, p. 623).*
22. *Liberado de la prisión de Landsberg: Weingartner, Crossroads of Death, pp. 238-250, 262-263; «The Death of Joachim Peiper», AB, n.º 40 (1983): pp. 47 ss., Bauserman, The Malmédy Massacre, p. 32 (rajado las mangueras).*

23. Eisenhower había confesado que su «plan número 1»: *Three Years*, p. 820; Wilmot, *The Struggle for Europe*, p. 573n («Le debo mucho»).

24. «Has cumplido tu misión»: Pogue, *George C. Marshall*, p. 583; Ferrell, ed., *The Eisenhower Diaries*, p. 221.

25. *Le quedaban por delante quince años más*: Lyon, *Eisenhower: Portrait of the Hero*, p. 23 («¡Ike!»); Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, pp. 254-259 («casi puedo hablar»).

26. *El martes 12 de junio*: Miller, *Ike the Soldier*, p. 780; Striner, «Eisenhower's Triumph: The Guildhall Address of 1945», Centro de Veteranos Americanos», <http://www.americanveteran-scenter.org/magazine/avq/issue-vi-springsummer-2009/eisenhower%e2%80%99s-triumph-the-guildhall-address-of-1945/>; Fraser, Alanbrooke, p. 468 («Nunca me había percatado»); http://www.eisenhower.archives.gov/education/bsa/citizenship_merit_badge/speeches_national_historical_importance/guildhall_address.pdf.

27. *Sangre sin duda la había habido*: VW, vol. 2, p. 407; LO, p. 478, «The Normandy Invasion», apéndice estadístico, 10 de junio, 1945, SHAEF, documentos de Harold R. Bull, Bib. DDE, caja 1 (*12.000 aviones aliados*). Las cifras oficiales de bajas de los distintos gobiernos pocas veces coinciden.

28. *británicas, canadienses, polacas*: «The Operations of 21 Army Group», 1946, CARL, N-133331. 28. *Las bajas francesas en combate*: SC, p. 544. Durante la ocupación y liberación murieron más de seiscientos mil franceses (Aron, *France Reborn*, p. 464).
28. *De todos los muchachos alemanes*: Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 672. El número de muertes militares alemanas sigue todavía en disputa. John Ellis sitúa el número de muertos y desaparecidos en 3,25 millones, una cifra ampliamente citada (Ellis, *World War II: A Statistical Survey*, p. 253). Otro análisis reciente sitúa el número en 5,3 millones (Rüdiger Overmans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*, citado en http://en.wikipedia.org/wiki/World_War_II_casualties#cite_note-R.C5.B1diger_Overmans_2000-4).
28. *Un 14 % de la población soviética*: Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom*, p. 131; Stoler, «The Second World War in U.S. History and Memory», Congreso Histórico Internacional, Oslo, 12 de agosto, 2000; Hastings, *Inferno*, p. 427 (*mataron también aproximadamente nueve veces más alemanes*). Mil setecientas ciudades soviéticas fueron destruidas, además de setenta mil pueblos (Dobbs, *Six Months in 1945*, p. 225).

29. *Los soldados americanos se llevaron la peor parte*: LO, p. 478; SC, p. 543; Hynes, *The Soldier's Tale*, p. 281 (*dedo índice izquierdo*); Reister, ed., *Medical Statistics in World War II*, p. 23 (*1.700 combatientes de todos los teatros quedaron ciegos*); Fisher, *Legacy of Heroes*, pp. 8-10 (*18.000 amputaciones*), 20 (*«su muñón»*); Cowdrey, *Fighting for Life*, p. 321 (*hospital de Michigan*).

30. *Había una lista de setenta y cinco mil americanos: VW*, vol.2, p. 543; Steere y Boardman, *Final Disposition of World War II Dead, 1945-51*, pp. 120-121 (*tumbas aisladas*); Litoff y Smith, eds., *Since You Went Away*, pp. 236-237 («*Cariño, acércate a mí*»); documentos de Myra Strachner Gershkoff, Biblioteca del Estado de Nueva York, manuscritos y colecciones especiales, SC 20575, <http://www.nysl.nysed.gov/msscfa/sc20575.htm>.

31. *Tan pronto como se secó la tinta*: Steere y Boardman, *Final Disposition of World War II Dead, 1945-51*, pp. 178-179; L. R. Talbot, «Graves Registration in the European Theater of Operations», 1955, capítulo 26, PIR, MHI. Un total de setenta y ocho mil americanos muertos nunca pudieron ser recuperados; de los restos recuperados, menos del 4 % no pudo ser identificado (Risch y Kieffer, *The Quartermaster Corps*, vol. 2, p. 404).

32. Al cabo de algunas semanas se desenterraron 700 cuerpos: Steere y Boardman, *Final Disposition of World War II Dead, 1945-51*, pp. 175, 186-204, 247.

33. *Cuando esta búsqueda empezó*: L. R. Talbot, «Graves Registration in the European Theater of Operations», 1955, capítulo 26, PIR, MHI; Joseph T. Layne y Glenn D. Barquest, «Margraten: U.S. Ninth Army Military Cemetery», 1994, 172.º Bn de Ingenieros de Combate, NWWIIM, p. 9 (*ciudadanos holandeses*).

34. *Lloré por la alegría*: Babcock, *War Stories*, p. 212; «4ID Update», vol 5, n.º 47, 6 de junio, 2011, <http://parentsofdeployed.homestead.com/2011Jun06.html>.

35. *En 1947, los familiares*: Joseph T. Layne y Glenn D. Barquest, «Margraten: U.S. Ninth Army Military Cemetery», 1994, 172.º Bn de Ingenieros de Combate, NWWIIM, pp. 11-12. El Congreso asignó 191 millones de dólares para la tarea, que redundó en 279.869 entierros en casa y en el extranjero; poco menos de 110.000 de ellos permanecieron en cementerios en el extranjero (Risch y Kieffer, *The Quartermaster Corps*, vol. 2, p. 404).
35. *En Europa las exhumaciones*: Joseph T. Layne y Glenn D. Barquest, «Margraten: U.S. Ninth Army Military Cemetery», 1994, 172.º Bn de Ingenieros de Combate, NWWIIM, p. 13.

36. *Las huelgas de obreros en los Estados Unidos*: Risch y Kieffer, *The Quartermaster Corps*, vol. 2, p. 402; Steere y Boardman, *Final Disposition of World War II Dead, 1945-51*, pp. 351-354 («*tumbas*»). Antes de que atravesase el Atlántico, se cargaron a bordo del *Connolly* otros mil cuerpos más en posteriores puertos europeos (L. R. Talbot, «Graves Registration in the European Theater of Operations», 1955, capítulo 26 PIR, MHI, pp. 42-43).

37. Entre los que esperaban estaba Henry A. Wright: Steere y Boardman, *Final Disposition of World War II Dead, 1945-51*, p. 682.

38. *Así regresaron de Europa los caídos*: L. R. Talbot, «Graves Registration in the European Theater of Operations», 1955, capítulo 26 PIR, MHI, pp. 42-43; Schuyler Dean Hoslett, «The Army Effects Bureau of the Kansas City Quartermaster Depot», 1946, CMH, 4-10.8 AA.

39. *Hora tras hora, día tras día*: Eddy; «Treasure of Our Heroes», *American Magazine* (abril 1944): pp. 44 ss, en Schuyler Dean Hoslett, «The Army Effects Bureau of the Kansas City Quartermaster Depot», 1946, CMH, 4-10.8 AA, apéndice, pp. 268-270; «Honoring Those Fallen Who Served», *Aurora (Ill.) Beacon News*, 12 de abril, 2005, B2. Horton, de la 32.^a División de Infantería, murió en diciembre de 1942. Tras leer sus últimas palabras, su madre, Odessa J. Horton, escribió, «Para mí la guerra nunca podrá terminar y tenéis que saber que para nosotros esta carta es Getsemaní» (*Congressional Record*, 24 de nov., 1943, A 5114).

40. «Eran tiempos llenos de certeza»: Liebling, *Mollie & Other War Pieces*, prefacio

40. «Nunca me sentí»: Fussell, *Doing Battle*, p. 174.

40. «Lo que tuvimos juntos»: Linderman, *The World Within War*, p. 264.

41. «Indudablemente, no somos menos»: Fauntleroy, *The General and His Daughter*, pp. 151-152.

42. «El artillero antiaéreo en un ataque»: Moorehead, *Eclipse*, p. 305.

43. «*confiado su causa a los vivos*»: White, *Conquerors' Road*, ix.

44. «Ninguna guerra termina de verdad»: Kotlowitz, *Before Their Time*, p. 192; Atkinson, «What Is Lost?» *World War II* (nov. 2009): pp. 32 ss. (*Para el año 2036.*)

* Se trata de dos películas bastante populares de la época. La primera (1940), dirigida por George Cukor y protagonizada por Charles Boyer, Ingrid Bergman y Joseph Cotten, fue estrenada en España con el título de *Luz que agoniza*; la segunda (1943), dirigida por Victor Fleming y protagonizada por Spencer Tracy e Irene Dunne, se tituló en español *Dos en el cielo*.(N. de la t.)

* Se trata de una canción popular acerca de un viaje a México escrita por Jimmy Kennedy y Michael Carr, y publicada en 1939 para la película del mismo título protagonizada por el cantante country Gene Autry.(*N. de la t.*)

* El término *dogface* hace referencia al soldado americano en argot militar.(N. de la t.)

* Baile energético y acrobático que se popularizó a principios del siglo XX en los Estados Unidos.(*N. de la t.*)

* Carne de cerdo enlatada.(*N. de la t.*)

* United Service Organization.(*N. de la t.*)

* Marca comercial de un preparado en polvo a base de extracto de malta, que se mezcla con la leche.(*N.de la t.*)

* En inglés la pronunciación de Harscamp se asemeja a «Whore's Camp», «Campamento de Putas». (*N. de la t.*)

* Juego de naipes consistente en realizar combinaciones de cartas.(*N. de la t.*)

* Traducción de Jorge A.Sánchez, 1996.(*N. de la t.*)

* Juego de palabras entre Luftwaffe y Lootwaffe. En inglés *loot* significa saquear.(N.de la t.)

* Metedura de pata.(*N. de la t.*)

* Juego de naipes.(*N. de la t.*)

* USFET: U.S.Forces in the European Theater.(*N. de la t.*)

Bibliografía selecta

LIBROS

- Abram, David, *et alii*, *The Rough Guide to France*. Nueva York: Rough Guides, 2007.
- Abrams, Leonard N. *Our Secret Little War*. Bethesda, Md.: International Geographic Information Foundation, 1991.
- Ackroyd, Peter. *London Under: The Secret History Beneath the Streets*. Londres: Chatto & Windus, 2011 (libro electrónico).
- Addison, Paul. *Churchill, the Unexpected Hero*. Nueva York: Oxford University Press, 2005.
- Airborne Forces*. Londres: Air Ministry, 1951.
- Allen, Peter. *One More River*. Nueva York: Charles Scribner's, 1980.
- Allen, Robert S. *Lucky Forward*. Nueva York: Vanguard Press, 1947.
- Alosi, John, Jr. *War Birds: A History of the 282nd Signal Pigeon Company*. Shippensburg, Pa.: publ. aut., 2010.
- Alter, Jonathan P., y Daniel Crouch (eds.), «*My Dear Moon*», Publ. aut., 2005.
- Ambrose, Stephen E. *Band of Brothers*. Nueva York: Touchstone, 2001.
- , *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*. Vol. 1. Nueva York: Simon & Schuster, 1983.
- , *Eisenhower and Berlin, 1945*. Nueva York: W. W. Norton, 1967.
- , *Pegasus Bridge*. Nueva York: Simon & Schuster, 1985.
- , *The Supreme Commander: The War Years of General Dwight D. Eisenhower*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1971.
- Andrus, E. C., *et alii* (eds.), *Advances in Military Medicine*. Vols. 1 y 2. Boston: Atlantic Monthly Press, 1948.
- Anónimo. *A Woman in Berlin*. Trad. ing. de Philip Boehm. Nueva York: Metropolitan Books, 2005.
- Applebaum, Anne. *Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe, 1944-1956*. Nueva York: Doubleday, 2012.
- Appleman, Roy E., *et alii*, *Okinawa: The Last Battle. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: Department of the Army, 1948.

- Arnold, H. H. *Global Missions*. Blue Ridge Summit, Pa.: Tab Books, 1989.
- Aron, Robert. *France Reborn*. Trad. ing. de Humphrey Hare. Nueva York: Scribner's, 1964.
- Arthur, Max. *Forgotten Voices of World War II*. Guilford, Conn.: Lyons Press, 2004.
- Astor, Gerald. *June 6, 1944: The Voices of D-Day*. Nueva York: St. Martin's Press, 1994.
- Atkinson, Rick. *An Army at Dawn: The War in North Africa, 1942-1943*. Nueva York: Henry Holt, 2002.
- , *The Day of Battle: The War in Sicily and Italy, 1943-1944*. Nueva York: Henry Holt, 2007.
- Ayer, Fred, Jr. *Before the Colors Fade*. Boston: Houghton Mifflin, 1964.
- Babcock, John B. *Taught to Kill*. Washington, D.C.: Potomac Books, 2005.
- Babcock, Robert O. *War Stories: Utah Beach to Pleiku*. Baton Rouge, La.: Saint John's Press, 2001.
- Badsey, Stephen. *Arnhem 1944: Operation «Market Garden»*, Londres: Osprey, 1993.
- Baedeker, Karl. *Belgium and Holland*. Leipzig: Karl Baedeker, 1901.
- , *Northern France*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1919.
- , *Paris and Its Environs*. Nueva York: C. Scribner, 1937.
- Baedeker's Netherlands*, s. f.
- Bagnulo, Aldo H. (ed.). *Nothing But Praise: A History of the 1321st Engineer General Service Regiment*. Alexandria, Va.: U.S. Army Corps of Engineers, 2009.
- Baily, Charles M. *Faint Praise*. Hamden, Conn.: Archon, 1983.
- Bair, Deirdre. *Samuel Beckett: A Biography*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1978.
- Baker, Carlos. *Ernest Hemingway: A Life Story*. Nueva York: Bantam, 1970.
- Baldwin, Hanson W. *Battles Lost and Won*. Nueva York: Harper & Row, 1966.
- Baldwin, Ralph B. *The Deadly Fuze*. Londres: Jane's Publishing, 1980.
- Balkoski, Joseph. *Beyond the Beachhead*. Harrisburg, Pa.: Stackpole Books, 1989.
- , *From Beachhead to Brittany*. Mechanicsburg, Pa.: Stackpole Books, 2008.
- , *From Brittany to the Reich*. Baltimore: Old Orchard Press, 2010.
- , *Omaha Beach: D-Day, June 6, 1944*. Mechanicsburg, Pa.: Stackpole Books, 2004.
- , *Utah Beach: The Amphibious Landing and Airborne Operations on D-Day*. Mechanicsburg, Pa.: Stackpole Books, 2005.
- Barnett, Corelli (ed.). *Hitler's Generals*. Nueva York: Grove Weidenfeld, 1989.
- Baron, Richard, Abe Baum, y Richard Goldhurst. *Raid! The Untold Story of Patton's Secret Mission*. Nueva York: Dell, 2000.

- Bates, Charles C., y John F. Fuller. *America's Weather Warriors, 1814-1985*. College Station, Tex.: Texas A&M University Press, 1986.
- Baumgarten, Harold. *Eyewitness on Omaha Beach*. Jacksonville, Fla.: Halrit Publishing, 1994.
- Baumgartner, John W., *et alii*. *The 16th Infantry, 1798-1946*. 1946.
- Bauserman, John M. *The Malmédy Massacre*. Shippensburg, Pa.: White Mane Publishing, 1995.
- Baxter, James Phinney, 3rd. *Scientists Against Time*. Boston: Atlantic Monthly Press, 1947.
- Baynes, John. *The Forgotten Victor*. Londres: Brassey's, 1989.
- , *Urquhart of Arnhem*. Nueva York: Brassey's, 1993.
- Beavan, Colin. *Operation Jedburgh*. Nueva York: Penguin, 2007.
- Beck, Alfred M., *et alii*. *The Corps of Engineers: The War Against Germany. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1985.
- Beevor, Antony. *Berlin: The Downfall, 1945*. Nueva York: Viking, 2002. [Trad. cast.: *Berlín. La caída, 1945*. Barcelona: Crítica, 2006]
- , *D-Day*. Londres: Viking, 2009. [Trad. cast.: *El día D*. Barcelona: Crítica, 2009]
- , *The Second World War*. Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2012. [Trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Ediciones Pasado y Presente, 2012]
- Beevor, Antony, y Artemis Cooper. *Paris After the Liberation, 1944-1949*. Nueva York: Penguin Books, 2004.
- Beierl, Florian M. *History of the Eagle's Nest*. World War 2 Books and Video: 1998.
- Belchem, David. *All in the Day's March*. Londres: Collins, 1978.
- Belfield, Eversley, y H. Essame. *The Battle for Normandy*. Londres: Pan Books, 1983.
- Bennett, Ralph. *Ultra in the West*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1979.
- Berlin, Robert H. *U.S. Army World War II Corps Commanders*. Fort Leavenworth, Kans.: Combat Studies Institute, 1989.
- Bessel, Richard. *Germany 1945*. Nueva York: Harper Perennial, 2010.
- Biddle, Tami Davis. *Rhetoric and Reality in Air Warfare*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 2002.
- Bischof, Günter, y Anton Pelinka (eds.). *Austrian Memory & National Identity*. New Brunswick, N. J.: Transaction Publishers, 1997.
- Bishop, Jim. *FDR's Last Year*. Nueva York: William Morrow, 1974.
- Black, Conrad. *Franklin Delano Roosevelt: Champion of Freedom*. Nueva York: Public. Affairs, 2003.
- Black, Robert W. *Rangers in World War II*. Nueva York: Ballantine, 1992.

- Blair, Clay. *Hitler's U-Boat War*. Vol. 2, *The Hunted, 1942-1945*. Nueva York: Random House, 1998.
- , *Ridgway's Paratroopers*. Garden City, N.Y.: Dial Press, 1985.
- Bland, Larry L. (ed.). *George C. Marshall Interviews and Reminiscences for Forrest C. Pogue*. Lexington, Va.: George C. Marshall Research Foundation, 1991.
- Blank, Ralf, *et alii*. *Germany and the Second World War*. Vol. 9, 1. a parte, *German Wartime Society, 1939-1945*. Oxford, R. U.: Oxford University Press, 2008.
- Blatman, Daniel. *The Death Marches: The Final Phase of Nazi Genocide*. Trad. ing. de Chaya Galai. Cambridge, Mass.: Belknap Press, 2011.
- Blue Spaders: The 26th Infantry Regiment, 1917-1967*. Wheaton, Ill.: Cantigny First Division Foundation, 1996.
- Blumenson, Martin. *The Battle of the Generals*. Nueva York: William Morrow, 1993.
- , *Breakout and Pursuit. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1993.
- , *Liberation*. Alexandria, Va.: Time-Life, 1978.
- , *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*. Nueva York: William Morrow, 1985.
- , *The Patton Papers, 1940-1945*. Nueva York: Da Capo Press, 1996.
- Blumentritt, Guenther. *Von Rundstedt: The Soldier and the Man*. Trad. ing. de Cuthbert Reavely. Londres: Odhams Press, 1952.
- Blunt, Roscoe C., Jr. *Foot Soldier*. Cambridge, Mass.: Da Capo Press, 2002.
- Boatner, Mark M., III. *The Biographical Dictionary of World War II*. Novato, Calif.: Presidio Press, 1990.
- Boesch, Paul. *Road to Huertgen*. Houston: Gulf Publishing, 1962.
- Bohlen, Charles E. *Witness to History, 1929-1969*. Nueva York: W. W. Norton, 1973.
- Bollinger, Martin J. *Warriors and Wizards*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 2010.
- Bonn, Keith E. *When the Odds Were Even*. Novato, Calif.: Presidio Press, 1994.
- Boog, Horst, *et alii*. *Germany and the Second World War*. Vol. 7. Oxford, R. U.: Clarendon Press, 2006.
- Booth, T. Michael, y Duncan Spencer. *Paratrooper: The Life of Gen. James M. Gavin*. Nueva York: Simon & Schuster, 1994.
- Botting, Douglas. *From the Ruins of the Reich*. Nueva York: Crown, 1985.
- , *The Second Front*. Alexandria, Va.: Time-Life, 1978.
- Bourke-White, Margaret. *Portrait of Myself*. Boston: G. K. Hall, 1985.
- Bowen, Robert M. *Fighting with the Screaming Eagles*. Mechanicsburg, Pa.: Stackpole Books, 2001.

- Bradbeer, Grace. *The Land Changed Its Face: The Evacuation of Devon's South Hams, 1943-1944*. Newton Abbot, R. U.: David & Charles, 1973.
- Bradley, Omar N. *A Soldier's Story*. Nueva York: Henry Holt, 1951.
- Bradley, Omar N., y Clay Blair. *A General's Life*. Nueva York: Simon & Schuster, 1983.
- Braim, Paul F. *The Will to Win: The Life of General James A. Van Fleet*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 2001.
- Bredin, A. E. C. *Three Assault Landings*. Aldershot, R. U.: Gale & Polden, 1946.
- Brereton, Lewis H. *The Brereton Diaries*. Nueva York: William Morrow, 1946.
- Breuer, William B. *Hitler's Fortress Cherbourg: The Conquest of a Bastion*. Nueva York: Stein and Day, 1984.
- Brinkley, David. *Washington Goes to War*. Nueva York: Ballantine, 1989.
- Brower, Charles F. (ed.). *World War II in Europe: The Final Year*. Nueva York: St. Martin's Press, 1998.
- Brown, Anthony Cave. *Bodyguard of Lies*. Nueva York: Harper & Row, 1975.
- , *The Last Hero: Wild Bill Donovan*. Nueva York: Times Books, 1982.
- Brown, John Mason. *Many a Watchful Night*. Nueva York: Whittlesey House, 1945.
- Bryant, Arthur. *Triumph in the West*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1959.
- Buell, Thomas B. *Master of Seapower: A Biography of Fleet Admiral Ernest J. King*. Boston: Little, Brown, 1980.
- Buffetaut, Yves. *D-Day Ships*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 1994.
- Buhite, Russell D. *Decisions at Yalta: An Appraisal of Summit Diplomacy*. Wilmington, Del.: Scholarly Resources, 1986.
- Bullock, Alan. *Hitler: A Study in Tyranny*. Nueva York: Harper Torchbooks, 1964.
- Burgett, Donald R. *Currahee!* Nueva York: Dell, 2000.
- Burriss, T. Moffatt. *Strike and Hold*. Washington, D.C.: Brassey's, 2000.
- Butcher, Harry C. *My Three Years with Eisenhower*. Nueva York: Simon & Schuster, 1946.
- By Air to Battle*. Londres: His Majesty's Stationery Office, 1945.
- Bykofsky, Joseph, y Harold Larson. *The Transportation Corps: Operations Overseas. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 2003.
- Byrnes, James F. *Speaking Frankly*. Nueva York: Harper & Brothers, 1947.
- Calder, Angus. *The People's War: Britain, 1939-1945*. Nueva York: Pantheon, 1969.
- Callahan, Raymond. *Churchill & His Generals*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2007.
- Capa, Robert. *Slightly Out of Focus*. Nueva York: Modern Library, 1999.

- Carafano, James Jay. *After D-Day: Operation Cobra and the Normandy Breakout*. Boulder, Colo.: Lynne Rienner, 2000.
- Carell, Paul. *Invasion-They're Coming!* Trad. ing. de E. Osers. Nueva York: E. P. Dutton, 1963.
- Carpenter, Iris. *No Woman's World*. Boston: Houghton Mifflin, 1946.
- Carroll, Andrew. *Behind the Lines*. Nueva York: Scribner, 2005.
- , (ed.). *War Letters*. Nueva York: Washington Square Press, 2002.
- Carver, Michael (ed.). *The War Lords: Military Commanders of the Twentieth Century*. Boston: Little, Brown, 1976.
- Catton, Bruce. *A Stillness at Appomattox*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1953.
- Cawthon, Charles R. *Other Clay*. Niwano, Colo.: University Press of Colorado, 1990.
- Chalmers, W. S. *Full Cycle*. Londres: Hodder and Stoughton, 1959.
- Chandler, Alfred D. (ed.). *The Papers of Dwight David Eisenhower*. Vols. 3, 4, 5. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1970.
- Chandler, David G., y James Lawton Collins, Jr. (eds.). *The D-Day Encyclopedia*. Nueva York: Simon & Schuster, 1994.
- Chatterton, George. *The Wings of Pegasus*. Nashville: Battery Press, 1982.
- Cherpak, Evelyn M. (ed.). *The Memoirs of Admiral H. Kent Hewitt*. Newport, R. I.: Naval War College Press, 2004.
- Chmielewska-Szymańska, Aneta. *Życie i działalność Stanisława Sosabowskiego*. Leżno, Polonia: Wydawnictwo Instytutu, 2004.
- Choltitz, Dietrich v. *Soldat Unter Soldaten*. Constanza, Alemania: Europa Verlag, 1951.
- Churchill, Winston S. *Closing the Ring*. Boston: Houghton Mifflin, 1951.
- , *Triumph and Tragedy*. Boston: Houghton Mifflin, 1953.
- Clark, Lloyd. *Crossing the Rhine*. Nueva York: Atlantic Monthly Press, 2008.
- Clarke, Jeffrey J., y Robert Ross Smith. *Riviera to the Rhine. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1993.
- Clay, Steven E. *Blood and Sacrifice*. Chicago: Cantigny First Division Foundation, 2001.
- Clayton, Anthony. *Three Marshals of France*. Londres: Brassey's, 1992.
- Clemens, Diane Shaver. *Yalta*. Londres: Oxford University Press, 1972.
- Clervaux en Ardennes*. Clervaux, Francia: Syndicat d'Initiative, 1994.
- Coakley, Robert W., y Richard M. Leighton. *Global Logistics and Strategy, 1943-1945. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1989.
- Codman, Charles R. *Drive*. Boston: Atlantic Monthly Press, 1957.
- Coffey, Thomas M. *Hap*. Nueva York: Viking Press, 1982.

- Colby, John. *War from the Ground Up: The 90th Division in WWII*. Austin, Tex.: Nortex, 1991.
- Cole, Hugh M. *The Ardennes: Battle of the Bulge. USAWWII*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1993.
- , *The Lorraine Campaign. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1984.
- Coles, Harry L., y Albert K. Weinberg. *Civil Affairs: Soldiers Become Governors. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1964.
- Colley, David P. *Blood for Dignity*. Nueva York: St. Martin's Press, 2003.
- , *Decision at Strasbourg*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 2008.
- Collier, Basil. *The Defence of the United Kingdom*. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1957.
- Collier, Richard. *Fighting Words: The War Correspondents of World War Two*. Nueva York: St. Martin's Press, 1989.
- , *The Freedom Road, 1944-45*. Nueva York: Atheneum, 1984.
- Collins, J. Lawton. *Lightning Joe*. Baton Rouge, La.: Louisiana State University Press, 1980.
- Collins, Larry, y Dominique Lapierre. *Is Paris Burning?* Nueva York: Pocket Books, 1966.
- Colville, John. *Footprints in Time*. Londres: Collins, 1976.
- , *The Fringes of Power*. Nueva York: W. W. Norton, 1985.
- Cooper, Belton Y. *Death Traps*. Nueva York: Ballantine, 2003.
- Cooper, Duff . *Old Men Forget*. Londres: Rupert Hart-Davis, 1953.
- Cooper, Matthew. *The German Army, 1933-1945*. Lanham, Md.: Scarborough House, 1990.
- Copp, Terry. *Cinderella Army: The Canadians in Northwest Europe, 1944-1945*. Toronto: University of Toronto Press, 2006.
- , (ed.). *Montgomery's Scientists*. Waterloo, Ontario: Wilfrid Laurier University, 2000.
- Copp, Terry, y Bill McAndrew. *Battle Exhaustion: Soldiers and Psychiatrists in the Canadian Army, 1939-1945*. Montreal: McGill-Queen's University Press, 1990.
- Copp, Terry, y Robert Vogel. *Maple Leaf Route: Falaise*. Alma, Ontario: Maple Leaf Route, 1983.
- Cosmas, Graham A., y Albert E. Cowdrey. *Medical Service in the European Theater of Operations. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1992.
- Counsell, John. *Counsell's Opinion*. Londres: Barrie and Rockliff, 1963.

- Cowdrey, Albert E. *Fighting for Life: American Military Medicine in World War II*. Nueva York: Free Press, 1994.
- Crane, Conrad C. *Bombs, Cities & Civilians: American Airpower Strategy in World War II*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 1993.
- Craven, Wesley Frank, y James Lea Cate (eds.). *The Army Air Forces in World War II*. Vol. 3, *Europe: ARGUMENT to V-E Day*. Chicago: University of Chicago Press, 1951.
- Cray (ed.). *General of the Army*. Nueva York: Touchstone, 1991.
- Crosswell, D. K. R. *Beetle: The Life of General Walter Bedell Smith*. Lexington, Ky.: University Press of Kentucky, 2010.
- Cundiff, Paul A. *45th Infantry CP*. Tampa, Fla.: Publ. aut., 1987.
- Cunningham, Viscount of Hyndhope. *A Sailor's Odyssey*. Nueva York: E. P. Dutton, 1951.
- Currey, Cecil B. *Follow Me and Die*. Nueva York: Stein and Day, 1984.
- D'Este, Carlo. *Decision in Normandy*. Nueva York: Harper Perennial, 1983.
- , *Eisenhower: A Soldier's Life*. Nueva York: Henry Holt, 2002.
- , *Patton: A Genius for War*. Nueva York: HarperPerennial, 1996.
- , *Warlord: A Life of Winston Churchill at War, 1874-1945*. Nueva York: Harper, 2008.
- Daglish, Ian. *Operation Goodwood*. Barnsley, R. U.: Pen & Sword, 2004.
- Dailey, Franklyn E., Jr. *Joining the War at Sea, 1939-1945*. Wilbraham, Mass.: Dailey International Publishers, 2006.
- Dallek, Robert. *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*. Nueva York: Oxford University Press, 1979.
- Danchev, Alex, y Daniel Todman (eds.). *War Diaries, 1939-1945, Field Marshal Lord Alanbrooke*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 2001.
- Daniell, David Scott. *The Royal Hampshire Regiment*. Vol. 3. Aldershot, R. U.: Gale & Polden, 1955.
- Davies, Norman. *No Simple Victory*. Nueva York: Penguin, 2008.
- Davis, Franklin M. *Across the Rhine*. Alexandria, Va.: Time-Life, 1980.
- Davis, Kenneth S. *Soldier of Democracy*. Garden City, N.Y.: Doubleday, Doran & Co., 1945.
- Davis, Richard G. *Bombing the European Axis Powers*. Maxwell Air Force Base, Ala.: Air University Press, 2006.
- , *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*. Washington, D.C.: Center for Air Force History, 1993.

- D-Day: The Normandy Invasion in Retrospect*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 1991.
- De Belot, Raymond. *The Struggle for the Mediterranean, 1939-1945*. Trad. ing. de James A. Field, Jr. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1951.
- De Gaulle, Charles. *The Complete War Memoirs of Charles de Gaulle*. Nueva York: Simon & Schuster, 1964.
- De Guingand, Francis. *Operation Victory*. Nueva York: Scribner's Sons, 1947.
- De Lattre de Tassigny, Marshal. *The History of the French First Army*. Trad. ing. de Malcolm Barnes. Londres: George Allen and Unwin, 1952.
- De Slag om Arnhem*. Oosterbeek, Holanda: Stichting Airborne Herdenkingen, 1994.
- Dear, I. C. B. (ed.). *The Oxford Companion to World War II*. Nueva York: Oxford University Press, 1995.
- Devlin, Gerard M. *Paratrooper!* Nueva York: St. Martin's Press, 1979.
- Dickson, Paul. *War Slang*. Nueva York: Pocket Books, 1994.
- Dilks, David (ed.). *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*. Nueva York: G. P. Putnam's, 1972.
- Dobbs, Michael. *Six Months in 1945*. Nueva York: Knopf, 2012.
- Dönitz, Karl. *Memoirs: Ten Years and Twenty Days*. Trad. ing. de R. H. Stevens. Nueva York: Da Capo Press, 1997. [Trad. cast.: *Diez años y veinte días*. Madrid: La Esfera de los libros, 2006]
- Donnison, F. S. V. *Civil Affairs and Military Government in North-West Europe*. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1961.
- Doolittle, James H., con Carroll V. Glines. *I Could Never Be So Lucky Again*. Nueva York: Bantam, 1991.
- Doubler, Michael D. *Busting the Bocage*. Ft. Leavenworth, Kans.: Combat Studies Institute, 1988.
- , *Closing with the Enemy*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 1994.
- Douglas-Home, Charles. *Rommel*. Nueva York: Saturday Review Press, 1973.
- Drez, Ronald J. (ed.). *Voices of D-Day*. Baton Rouge, La.: Louisiana State University Press, 1996.
- Dupuy, R. Ernest. *St. Vith: Lion in the Way*. Nashville: Battery Press, 1986.
- Durnford-Slater, John. *Commando*. Londres: Greenhill Books, 2002.
- Eden, Anthony. *The Reckoning: The Memoirs of Anthony Eden, Earl of Avon*. Boston: Houghton Mifflin, 1965.
- Edsel, Robert M., con Bret Witter. *The Monuments Men*. Nueva York: Center Street, 2009.

- Ehlers, Robert S., Jr. *Targeting the Reich: Air Intelligence and the Allied Bombing Campaigns*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2009.
- Ehrman, John. *Grand Strategy*. Vol. 5, *August 1943-September 1944*. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1956.
- , *Grand Strategy*. Vol. 6, *October 1944-August 1945*. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1956.
- Eiler, Keith E. *Mobilizing America: Robert P. Patterson and the War Effort, 1940-1945*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1997.
- Eisenhower, David. *Eisenhower at War, 1943-1945*. Nueva York: Random House, 1986.
- Eisenhower, Dwight D. *Crusade in Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1997. [Trad. cast.: *Cruzada en Europa*. Madrid: Inédita, 2007]
- , *Letters to Mamie*. Ed. por John S. D. Eisenhower. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1978.
- Eisenhower, John S. D. *The Bitter Woods*. Nueva York: Da Capo Press, 1995.
- , *General Ike*. Nueva York: Free Press, 2003.
- , *Strictly Personal*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1974.
- Eisenhower, Susan. *Mrs. Ike: Portrait of a Marriage*. Sterling, Va.: Capital Books, 2002.
- Eliach, Yaffa, y Brana Gurewitsch (eds.). *The Liberators*. Vol. 1. Brooklyn, N.Y.: Center for Holocaust Studies Documentation & Research, 1981.
- Ellis, John. *Brute Force: Allied Strategy and Tactics in the Second World War*. Nueva York: Viking Press, 1990.
- , *On the Front Lines*. Nueva York: John Wiley & Sons, 1991.
- , *World War II: A Statistical Survey*. Nueva York: Facts on File, 1995.
- Ellis, L. F. *Victory in the West*. Vol. 1, *The Battle of Normandy. History of the Second World War*. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1962.
- , *Victory in the West*. Vol. 2, *The Defeat of Germany. History of the Second World War*. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1968.
- , *Welsh Guards at War*. Aldershot, R. U.: Gale & Polden, 1946.
- Elstob, Peter. *Hitler's Last Offensive*. Nueva York: Ballantine, 1973.
- English, John A. *The Canadian Army and the Normandy Campaign*. Nueva York: Praeger, 1991.
- , *Patton's Peers*. Mechanicsburg, Pa.: Stackpole Books, 2009.
- Ent, Uzal W. (ed.). *The First Century: A History of the 28th Infantry Division*. Harrisburg, Pa.: Stackpole Books, 1979.
- Erickson, John. *The Road to Berlin*. Londres: Cassell, 2003.

- Essame, H. *The Battle for Germany*. Nueva York: Bonanza Books, 1969.
- , *Patton: A Study in Command*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1974.
- Eustis, Morton C. *War Letters of Morton Eustis to His Mother*. Washington, D.C.: Spiral Press, 1945.
- Evans, Richard J. *The Third Reich at War*. Nueva York: Penguin, 2009.
- Even, Francis A. *The Tenth Engineers*. Publ. aut., 2003.
- Ewing, Joseph H. *29 Let's Go!* Washington, D.C.: Infantry Journal Press, 1948.
- Fairbanks, Douglas, Jr. *A Hell of a War*. Nueva York: St. Martin's Press, 1993.
- Fane, Francis Douglas, y Don Moore. *The Naked Warriors*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 1995.
- Farago, Ladislas. *Patton: Ordeal and Triumph*. Nueva York: Ivan Obolensky, 1964.
- Farrington, William (ed.). *Cowboy Pete: The Autobiography of Major General Charles H. Corlett*. Santa Fe, N. M.: Sleeping Fox, 1974.
- Faubus, Orval Eugene. *In This Faraway Land*. Conway, Ark.: River Road Press, 1971.
- Fauntleroy, Barbara Gavin. *The General and His Daughter*. Nueva York: Fordham University Press, 2007.
- Featherston, Alwyn. *Saving the Breakout*. Novato, Calif.: Presidio Press, 1993.
- Feis, Herbert. *Churchill, Roosevelt, Stalin: The War They Waged and the Peace They Sought*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1957.
- Fenby, Jonathan. *The General: Charles de Gaulle and the France He Saved*. Nueva York: Simon & Schuster, 2010 (libro electrónico).
- Fenno, Richard F. (ed.). *The Yalta Conference*. Boston: Heath and Co., 1955.
- Ferguson, Allen R. *All's Fair: A Personal History of War and Love*. Publ. aut., 2005.
- Fergusson, Bernard. *The Watery Maze*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1961.
- Ferrell, Robert H. (ed.). *The Eisenhower Diaries*. Nueva York: W. W. Norton, 1981.
- Fest, Joachim C. *Hitler*. Trad. ing. de Richard y Clara Winston. Nueva York: Harcourt Brace, 1974. [Trad. cast.: *Hitler*. Barcelona: Planeta, 2005]
- Fisher, Craig. *Legacy of Heroes*. Rosemont, Ill.: American Academy of Orthopaedic Surgeons, 2002.
- Fisher, Ernest F., Jr. *Cassino to the Alps. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1977.
- Fitzgerald, D. J. L. *History of the Irish Guards in the Second World War*. Aldershot, R. U.: Gale & Polden, 1949.
- Foot, M. R. D. *SOE in France*. Frederick, Md.: University Publications, 1984.

- Forbes, Patrick. *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*. Vol. 1. Londres: Aldershot, 1949.
- Foreign Relations of the United States: The Conferences at Malta and Yalta*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1955.
- Fowle, Barry W. (ed.). *Builders and Fighters: U.S. Army Engineers in World War II*. Ft. Belvoir, Va.: Army Corps of Engineers, 1992.
- Fox, Don M. *Patton's Vanguard: The United States Army Fourth Armored Division*. Jefferson, N.C.: McFarland, 2003.
- Fraser, David. *Alanbrooke*. Nueva York: Atheneum, 1982.
- , *And We Shall Shock Them*. Londres: Hodder and Stoughton, 1983.
- , *Knight's Cross*. Nueva York: HarperCollins, 1993.
- Friedrich, Jörg. *The Fire: The Bombing of Germany, 1940-1945*. Trad. ing. de Allison Brown. Nueva York: Columbia University Press, 2006. [Trad. cast.: *El incendio*. Madrid: Taurus, 2003]
- Frost, John. *A Drop Too Many*. Londres: Buchan & Enright, 1982.
- , *Nearly There*. Londres: Leo Cooper, 1991.
- Fussell, Paul. *The Boys' Crusade*. Nueva York: Modern Library, 2003.
- , *Doing Battle: The Making of a Skeptic*. Boston: Back Bay Books, 1998.
- , *Wartime*. Nueva York: Oxford University Press, 1989.
- Gallagher, Hugh Gregory. *FDR's Splendid Deception*. Nueva York: Dodd, Mead, 1985.
- Gander, Marsland. *After These Many Quests*. Londres: MacDonald, 1949.
- Garland, Joseph E. *Unknown Soldiers*. Rockport, Mass.: Protean Press, 2009.
- Gavin, James M. *On to Berlin*. Nueva York: Viking Press, 1978.
- Gellately, Robert. *Backing Hitler*. Nueva York: Oxford University Press, 2001.
- Gellhorn, Martha. *The Face of War*. Nueva York: Simon & Schuster, 1959.
- Gilbert, Martin. *D-Day*. Hoboken, N. J.: John Wiley, 2004.
- , *The Day the War Ended*. Nueva York: Owl Books, 2004.
- , *The Second World War*. Nueva York: Henry Holt, 1991.
- Gill, Anton. *The Journey Back from Hell: Conversations with Concentration Camp Survivors*. Londres: HarperCollins, 1994.
- Gilmore, Donald L. (ed.). *U.S. Army Atlas of the European Theater in World War II*. Nueva York: Barnes & Noble Books, 2004.
- Giziowski, Richard. *The Enigma of General Blaskowitz*. Londres: Leo Cooper, 1997.
- Goerlitz, Walter. *History of the German General Staff, 1657-1945*. Nueva York: Praeger, 1953.
- Goodman, Jack (ed.). *While You Were Gone*. Nueva York: Simon & Schuster, 1946.

- Goodwin, Doris Kearns. *No Ordinary Time*. Nueva York: Touchstone, 1995.
- Goolrick, William K., and Ogden Tanner. *The Battle of the Bulge*. Alexandria, Va.: Time-Life, 1979.
- Graham, Dominick, y Shelford Bidwell. *Coalitions, Politicians & Generals*. Londres: Brassey's, 1993.
- Graham, Don. *No Name on the Bullet*. Nueva York: Viking Press, 1986.
- Granatstein, J. L. *The Generals*. Toronto: Stoddart, 1993.
- Gray, J. Glenn. *The Warriors*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1959.
- Grayling, A. C. *Among the Dead Cities*. Nueva York: Walker, 2006.
- Green, Constance McLaughlin, et alii *The Ordnance Department: Planning Munitions for War. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: Department of the Army, 1955. *The Green Guide to Normandy*. Greenville, S. C.: Michelin, s. f.
- Greenfield, Kent Roberts (ed.). *Command Decisions*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1959.
- Gropman, Alan (ed.). *The Big «L»: American Logistics in World War II*. Washington, D.C.: National Defense University Press, 1997.
- , *Mobilizing U.S. Industry in World War II*. Washington, D.C.: National Defense University, 1996.
- Groves, Leslie R. *Now It Can Be Told*. Nueva York: Harper & Brothers, 1962.
- Guérard, Albert. *France: A Short History*. Nueva York: W. W. Norton, 1946.
- Gugeler, Russell A. *Major General Orlando Ward: Life of a Leader*. Oakland, Ore.: Red Anvil Press, 2009.
- Hackett, David A. (ed.). *The Buchenwald Report*. Boulder, Colo.: Westview Press, 1995.
- Hadley, Arthur T. *Heads or Tails*. Nueva York: Glitterati, 2007.
- Hamilton, Nigel. *Master of the Battlefield: Monty's War Years, 1942-1944*. Nueva York: McGraw-Hill, 1983.
- , *Monty: Final Years of the Field-Marshal, 1944-1976*. Nueva York: McGraw-Hill, 1986.
- Harmon, E. N. *Combat Commander*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1970.
- Harriman, W. Averell, y Elie Abel. *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*. Nueva York: Random House, 1975.
- Harrison, Gordon A. *Cross-Channel Attack. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1951.
- Hart, Russell A. *Clash of Arms*. Boulder, Colo.: Lynne Rienner, 2001.
- Hart-Davis, Duff (ed.). *King's Counsellor*. Londres: Phoenix, 2007.

- Hassett, William D. *Off the Record with F. D. R.* New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press, 1958.
- Hastings, Max. *Armageddon: The Battle for Germany.* Nueva York: Vintage, 2005. [Trad. cast.: *Armagedón: la derrota de Alemania, 1944-1945.* Barcelona: Crítica, 2005]
- , *Bomber Command.* Nueva York: Dial Press, 1979.
- , *Inferno: The World at War, 1939-1945.* Nueva York: Knopf, 2011.
- , *OVERLORD: D-Day and the Battle for Normandy.* Nueva York: Simon & Schuster, 1984.
- , *Das Reich.* Nueva York: Jove Book, 1984.
- , *Winston's War.* Nueva York: Knopf, 2010.
- Hechler, Ken. *The Bridge at Remagen.* Missoula, Mont.: Pictorial Histories, 1993.
- , *Hero of the Rhine: The Karl Timmermann Story.* Missoula, Mont.: Pictorial Histories Publishing, 2004.
- Heefner, Wilson A. *Dogface Soldier: The Life of General Lucian K. Truscott, Jr.* Columbia, Mo.: University of Missouri Press, 2010.
- Heinz, W. C. *When We Were One.* Cambridge, Mass.: Da Capo Press, 2003.
- Hesketh, Roger. *Fortitude.* Woodstock, N.Y.: Overlook Press, 2000.
- Hewitt, Robert L. *Workhorse of the Western Front: The Story of the 30th Infantry Division.* Washington, D.C.: Infantry Journal Press, 1946.
- Higgins, Trumbull. *Soft Underbelly.* Nueva York: Macmillan, 1968.
- Hills, R. J. T. *Phantom Was There.* Londres: Edward Arnold, 1951.
- Hinsley, F. H. *British Intelligence in the Second World War.* Edn. abrev. Nueva York: Cambridge University Press, 1993.
- Hinsley, F. H., *et alii* *British Intelligence in the Second World War.* Vol. 3, parte 1. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1984.
- , *British Intelligence in the Second World War.* Vol. 3, parte 2. Nueva York: Cambridge University Press, 2005.
- Hinsley, F. H., y C. A. G. Simkins. *British Intelligence in the Second World War.* Vol. 4, *Security and Counter-Intelligence.* Nueva York: Cambridge University Press, 1990.
- Hirshson, Stanley P. *General Patton: A Soldier's Life.* Nueva York: HarperCollins, 2002.
- History of the 120th Infantry Regiment.* Washington, D.C.: Infantry Journal Press, 1947.
- Hitchcock, William I. *The Bitter Road to Freedom.* Nueva York: Free Press, 2008.

- Hogan, David W., Jr. *A Command Post at War: First Army Headquarters in Europe, 1943-1945*. Washington, D.C.: U.S. Army, 2000.
- Hogg, Ian V. *The Biography of General George S. Patton*. Nueva York: Gallery Books, 1982.
- Holley, Irving Brinton, Jr. *Buying Aircraft : Matériel Procurement for the Army Air Forces. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1964.
- Hollinshead, Byron, y Theodore K. Rabb (eds.). *I Wish I'd Been There*. Vol. 2. Nueva York: Doubleday, 2008.
- Holt, Thaddeus. *The Deceivers*. Nueva York: Scribner, 2004.
- Holt, Tonie, y Valmai Holt. *Major & Mrs. Holt's Battlefi eld Guide to the Normandy Landing Beaches*. Londres: Leo Cooper, 2002.
- Horrocks, Brian. *Corps Commander*. Nueva York: Scribner's, 1977.
- , *A Full Life*. Londres: Leo Cooper, 1974.
- Howard, Michael. *British Intelligence in the Second World War*. Vol. 5, *Strategic Deception*. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1990.
- , *The Mediterranean Strategy in World War II*. Londres: Greenhill Books, 1993.
- , *Strategic Deception in the Second World War*. Nueva York: W. W. Norton, 1995.
- Howard, Michael, y John Sparrow. *The Coldstream Guards, 1920-1946*. Londres: Oxford University Press, 1951.
- Howarth, David. *Dawn of D-Day*. Londres: Greenhill Books, 2001.
- Howarth, Stephen (ed.). *Men of War*. Nueva York: St. Martin's Press, 1992.
- Howarth, T. E. B. (ed.). *Monty at Close Quarters: Recollections of the Man*. Nueva York: Hippocrene Books, 1985.
- Hoyt, Edwin P. *The Invasion Before Normandy*. Nueva York: Stein and Day, 1985.
- Huie, William Bradford. *The Execution of Private Slovik*. Nueva York: Dell, 1970.
- Hynes, Samuel. *The Soldier's Tale: Bearing Witness to Modern War*. Nueva York: Penguin, 1998.
- Ingersoll, Ralph. *Top Secret*. Nueva York: Somerset Books, 1946.
- Irving, David. *The Mare's Nest*. Nueva York: Little, Brown, 1965.
- , *The Trail of the Fox*. Nueva York: Thomas Congdon, 1977.
- , *The War Between the Generals*. Nueva York: Congdon & Lattès, 1981.
- Isby, David C. (ed.). *Fighting the Breakout*. Londres: Greenhill Books, 2004.
- , (ed.). *Fighting the Invasion*. Londres: Greenhill Books, 2000.
- Ismay, Lord. *The Memoirs of General Lord Ismay*. Nueva York: Viking Press, 1960.
- Jackson, W. G. F. *Overlord*. Newark, Del.: University of Delaware Press, 1979.
- Jackson, William. *The Mediterranean and the Middle East*. Vol. 6, *Victory in the Mediterranean*, parte 2. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1986.

- Jacobsen, Hans-Adolf, y Jürgen Rohwer (eds.). *Decisive Battles of World War II: The German View*. Trad. ing. de Edward Fitzgerald. Londres: André Deutsch, 1965.
- James, D. Clayton. *A Time for Giants*. Nueva York: Franklin Watts, 1987.
- James, M. E. Clifton. *The Counterfeit General Montgomery*. Nueva York: Avon, 1954.
- Jeffers, H. Paul. *Command of Honor*. Nueva York: NAL Caliber, 2008.
- , *In the Rough Rider's Shadow*. Nueva York: Ballantine, 2002.
- Jenkins, Roy. *Churchill: A Biography*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2001.
- Johns, Glover S., Jr. *The Clay Pigeons of St. Lo*. Harrisburg, Pa.: MSP, 1958.
- Johnson, Gerden F. *History of the Twelfth Infantry Regiment in World War II*. Boston: Publ. aut., 1947.
- Jordan, Jonathan W. *Brothers, Rivals, Victors*. Nueva York: NAL Caliber, 2011.
- Jutras, Philippe. *Sainte-Mère-Église: Les Paras du 6 Juin*. Bayeux, France: Editions Heimdal, 1991.
- Karig, Walter. *Battle Report: The Atlantic War*. Nueva York: Farrar & Rinehart, 1946.
- Kedward, Rod. *France and the French: A Modern History*. Woodstock, N.Y.: Overlook Press, 2006.
- Keegan, John (ed.). *Churchill's Generals*. Nueva York: Grove Weidenfeld, 1991.
- , *The First World War*. Nueva York: Knopf, 1999.
- , *Six Armies in Normandy*. Nueva York: Penguin, 1994.
- Kennedy, David M. *Freedom from Fear*. Nueva York: Oxford University Press, 1999.
- Kennedy, John. *The Business of War*. Nueva York: Morrow, 1958.
- Kennett, Lee. *G. I.: The American Soldier in World War II*. Nueva York: Scribner's, 1987.
- Kersaudy, François. *Churchill and De Gaulle*. Nueva York: Atheneum, 1982.
- Kershaw, Alex. *The Bedford Boys*. Cambridge, Mass.: Da Capo Press, 2003.
- Kershaw, Ian. *Hitler, 1936-45: Nemesis*. Nueva York: W. W. Norton, 2000. [Trad. cast.: *Hitler, 1936-1945*. Barcelona: Península, 2000]
- Kershaw, Robert J. «*It Never Snows in September*», Hersham, Surrey, R. U.: Ian Allan, 2007.
- Kesselring, Albrecht. *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*. Londres: Greenhill Books, 1997.
- Kessler, Leo. *The Battle of the Ruhr Pocket*. Chelsea, Mich.: Scarborough House, 1990.
- Kimball, Warren F. (ed.). *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*. Vol. 3. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1987.

- , *Forged in War: Roosevelt, Churchill, and the Second World War*. Chicago: Ivan R. Dee, 2003.
- King, Benjamin, y Timothy J. Kutta. *Impact*. Rockville Centre, N.Y.: Sarpedon, 1998.
- King, Ernest J., y Walter Muir Whitehill. *Fleet Admiral King*. Nueva York: W. W. Norton, 1952.
- Kingseed, Cole C. *From Omaha Beach to Dawson's Ridge*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 2005.
- , *Old Glory Stories: American Combat Leadership in World War II*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 2006.
- Kingston McCloughry, E. J. *Direction of War*. Nueva York: Praeger, 1958.
- Kirkpatrick, Charles E. *An Unknown Future and a Doubtful Present: Writing the Victory Plan of 1941*. Washington, D.C.: Center of Military History, 1990.
- Kleber, Brooks E., y Dale Birdsell. *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1990.
- Klemperer, Victor. *To the Bitter End: The Diaries of Victor Klemperer, 1942-45*. Trad. ing. de Martin Chalmers. Londres: BCA, 1999. [Trad. cast.: *Diarios 1933-1945*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2003]
- Kluger, Steve. *Yank: The Army Weekly*. Nueva York: St. Martin's Press, 1991.
- Knickerbocker, H. R., et alii *Danger Forward*. Washington, D.C.: Society of the First Division, 1947.
- Knight, Ray. *Would You Remember This?* Publ. aut., 1992.
- Koch, Oscar W., y Robert G. Hays. *G-2: Intelligence for Patton*. Filadelfia: Army Times Publishing, 1971.
- Kotlowitz, Robert. *Before Their Time*. Nueva York: Knopf, 1997.
- Kuter, Laurence S. *Airman at Yalta*. Nueva York: Duell, Sloan and Pearce, 1955.
- Laffin, John. *Combat Surgeons*. Trowbridge, R. U.: Sutton, 1999.
- Lamb, Richard. *Montgomery in Europe, 1943-1945*. Londres: Buchen & Enright, 1987.
- Lankford, Nelson Douglas (ed.). *OSS Against the Reich: The World War II Diaries of Colonel David K. E. Bruce*. Kent, Ohio: Kent State University Press, 1991.
- Laqueur, Walter (ed.). *The Second World War*. Londres: Sage, 1982.
- Larrabee, Eric. *Commander in Chief*. Nueva York: Harper & Row, 1987.
- Lauer, Walter E. *Battle Babies: The Story of the 99th Infantry Division in World War II*. Nashville: Battery Press, 1950.
- Leahy, William D. *I Was There*. Nueva York: Whittlesey House, 1950.
- Leasor, James. *The Clock with Four Hands*. Nueva York: Reynal & Co., 1959.
- Lebda, John F. *Million Miles to Go*. Victoria, British Columbia: Trafford, 2001.

- Lee, Ulysses. *The Employment of Negro Troops. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: Center of Military History, 2000.
- Lefèvre, Eric. *Panzers in Normandy Then and Now*. Trad. ing. de Roy Cooke. Londres: Battle of Britain International, 2002.
- Lerner, Daniel. *Psychological Warfare Against Nazi Germany*. Cambridge, Mass.: M. I. T. Press, 1971.
- Lewin, Ronald. *Montgomery as Military Commander*. Nueva York: Stein and Day, 1971.
- , *Rommel as Military Commander*. Nueva York: Barnes & Noble, 1998.
- , *Ultra Goes to War*. Nueva York: Pocket Books, 1980.
- Lewis, Jon E. (ed.). *The Mammoth Book of Eyewitness World War II*. Nueva York: Carroll & Graf, 2005.
- Lewis, Nigel. *Exercise Tiger*. Nueva York: Prentice Hall, 1990.
- Lewis, Norman. *Naples '44*. Nueva York: Pantheon, 1978. [Trad. cast.: *Nápoles 1944*. Barcelona: Muchnik Editores, 2000]
- Liberation 1945*. Washington, D.C.: United States Holocaust Memorial Museum, 1995.
- Liddell Hart, B. H. *The German Generals Talk*. Nueva York: William Morrow, 1948.
- , *History of the Second World War*. Old Saybrook, Conn.: Konecky & Konecky, 1970. [Trad. cast.: *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Luis de Caralt, 1998]
- , *The Other Side of the Hill*. Londres: Cassell, 1951.
- , (ed.). *The Rommel Papers*. Trad. ing. de Paul Findlay. Pennington, N. J.: Collectors Reprints, 1995.
- , *The Tanks*. Vol. 2. Nueva York: Frederick A. Praeger, 1959.
- Liddle, Peter. *D-Day by Those Who Were There*. South Yorkshire, R. U.: Pen & Sword Military, 2004.
- Liebling, A. J. *Mollie & Other War Pieces*. Lincoln, Neb.: University of Nebraska Press, 2004.
- Lightning: The History of the 78th Infantry Division*. Washington, D.C.: Infantry Journal Press, 1947.
- Linderman, Gerald F. *The World Within War: America's Combat Experience in World War II*. Nueva York: Free Press, 1997.
- Litoff, Judy Barrett, y David C. Smith (eds.). *Since You Went Away*. Nueva York: Oxford University Press, 1991.
- Longmate, Norman. *The G. I. 's: The Americans in Britain, 1942-1945*. Nueva York: Scribner's, 1975.

- , *Hitler's Rockets*. Barnsley, R. U.: Frontline Books, 2009.
- Love, Robert W., Jr., y John Major (eds.). *The Year of D-Day: The 1944 Diary of Admiral Sir Bertram Ramsay*. Hull, R. U.: University of Hull Press, 1994.
- Lubrich, Oliver (ed.). *Travels in the Reich, 1933-1945*. Trad. ing. de Kenneth Northcott *et alii* Chicago: University of Chicago Press, 2010.
- Lucas, James, y James Barker. *The Killing Ground*. Londres: B. T. Batsford, 1978.
- Luck, Hans von. *Panzer Commander*. Nueva York: Praeger, 1989.
- Ludewig, Joachim. *Rückzug: The German Retreat from France, 1944*. Ed. por David T. Zabecki. Lexington, Ky.: University Press of Kentucky, 2012.
- Luther, Craig W. H. *Blood and Honor: The History of the 12th SS Panzer Division*. San Jose, Calif.: R. James Bender Publishing, 1987.
- Lyall, Gavin (ed.). *The War in the Air*. Nueva York: Ballantine, 1970.
- Lyon, Peter. *Eisenhower: Portrait of the Hero*. Boston: Little, Brown, 1974.
- MacDonald, Charles B. *The Battle of the Huertgen Forest*. Nueva York: Jove, 1983.
- , *The Mighty Endeavor*. Nueva York: Oxford University Press, 1969.
- , *The Siegfried Line Campaign. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1993.
- , *A Time for Trumpets*. Nueva York: Bantam, 1985.
- MacDonald, Charles B., y Sidney T. Mathews. *Three Battles: Arnaville, Altuzzo, and Schmidt*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1952.
- MacGregor, Morris J., Jr. *Integration of the Armed Forces*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1981.
- Macintyre, Ben. *Double Cross*. Nueva York: Crown, 2012.
- MacKensie, De Witt. *Men Without Guns*. Filadelfia: Blakiston, 1945.
- Macksey, Kenneth. *Kesselring: The Making of the Luftwaffe*. Nueva York: David McKay, 1978.
- Macmillan, Harold. *War Diaries*. Nueva York: St. Martin's Press, 1984.
- Macmillan, Margaret. *Paris 1919*. Nueva York: Random House, 2003.
- Maczek, Stanislaw. *Od Podwody do Czolga, Wspomnienia Wojenne 1918-1945*. Edinburgh: Tomar, 1961.
- Manchester, William. *The Arms of Krupp, 1587-1966*. Nueva York: Bantam, 1970.
- Mansoor, Peter R. *The GI Offensive in Europe*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 1999.
- Margolian, Howard. *Conduct Unbecoming*. Toronto: University of Toronto Press, 1998.
- Margry, Karel (ed.). *Operation Market-Garden Then and Now*. Vols. 1 y 2. Londres: Battle of Britain International, 2002.

- Mark, Eduard. *Aerial Interdiction in Three Wars*. Washington, D.C.: Center for Air Force History, 1994.
- Markey, Michael A. *Jake: The General from West York Avenue*. York, Pa.: Historical Society of York County, 1998.
- Marshall, Charles F. *A Ramble Through My War: Anzio and Other Joys*. Baton Rouge, La.: Louisiana State University Press, 1998.
- Marshall, Malcolm (ed.). *Proud Americans*. Publ. aut., 1994.
- Marshall, S. L. A. *Bastogne: The Story of the First Eight Days*. Washington, D.C.: U.S. Army, 2004.
- , *Battle at Best*. Nueva York: Jove, 1989.
- , *Night Drop*. Nueva York: Bantam, 1963.
- Martin, George E. *Blow, Bugle, Blow*. Bradenton, Fla.: Publ. aut., 1986.
- Mason, John T., Jr. (ed.). *The Atlantic War Remembered*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 1990.
- Massie, Robert K. *Nicholas and Alexandra*. Nueva York: Atheneum, 1967.
- Masterman, J. C. *The Double-Cross System*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1972.
- Matloff, Maurice. *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1943-1944. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1994.
- Mauldin, Bill. *The Brass Ring*. Nueva York: W. W. Norton, 1971.
- , *Up Front*. Nueva York: Henry Holt, 1944.
- Maule, Henry. *Out of the Sand: The Epic Story of General Leclerc*. Londres: Odhams Books, 1966.
- Mayo, Lida. *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1991.
- McCullough, David. *The Greater Journey: Americans in Paris*. Nueva York: Simon & Schuster, 2011.
- McKee, Alexander. *Caen: Anvil of Victory*. Nueva York: St. Martin's Press, 1964.
- McKernon, Francis M. *Corry*. West Haven, Conn.: Easy Rudder Press, 2003.
- McLean, French L. *Quiet Flows the Rhine*. Winnipeg, Manitoba: J. J. Fedorowicz, 1996.
- McManus, John C. *Alamo in the Ardennes*. Hoboken, N. J.: John Wiley & Sons, 2007.
- , *The Americans at D-Day*. Nueva York: Tom Doherty Associates, 2004.
- , *The Americans at Normandy*. Nueva York: Forge, 2004.
- , *The Deadly Brotherhood*. Novato, Calif.: Presidio Press, 1998.
- McNally, John V. *As Ever, John*. Fairfield, Conn.: Roberts Press, 1985.
- Meachem, Jon. *Franklin and Winston*. Nueva York: Random House, 2003.

Medicine Under Canvas. Kansas City, Mo.: Sosland Press, 1949.

Meet the Americans. Londres: Martin Secker and Warburg, 1943.

Megargee, Geoffrey P. *Inside Hitler's High Command*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2000.

Merriam, Robert E. *Dark December*. Chicago: Ziff-Davis, 1947.

Middlebrook, Martin. *Arnhem 1944*. Londres: Penguin, 1995.

Middleton, Drew. *Our Share of Night*. Nueva York: Viking Press, 1946.

Mieczkowski, Zbigniew (ed.). *The Soldiers of General Maczek in World War II*. Varsovia y Londres: Foundation of the Commemoration of General Maczek, 2004.

Miller, Donald L. *Masters of the Air*. Nueva York: Simon & Schuster, 2006.

Miller, Edward G. *A Dark and Bloody Ground*. College Station, Tex.: Texas A& M University Press, 1995.

Miller, Lee G. *The Story of Ernie Pyle*. Nueva York: Viking Press, 1950.

Miller, Merle. *Ike the Soldier*. Nueva York: Perigree, 1987.

Miller, Nathan. *F. D. R.: An Intimate History*. Lanham, Md.: Madison Books, 1991.

Miller, Robert A. *Division Commander*. Spartenburg, S. C.: Reprint Co., 1989.

Millett, Allan R., y Williamson Murray. *Military Effectiveness*. Vol. 3, *The Second World War*. Boston: Allen & Unwin, 1988.

Minott, Rodney G. *The Fortress That Never Was*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1964.

Mitcham, Samuel W., Jr. *Retreat to the Reich*. Westport, Conn.: Praeger, 2000.

Mitchell, Arthur H. *Hitler's Mountain*. Jefferson, N.C.: McFarland, 2006.

Mittelman, Joseph B. *Eight Stars to Victory*. Washington, D.C.: Ninth Infantry Division Association, 1948.

—, (ed.), *Hold Fast!* Munich: F. Bruckmann, 1945.

Mollo, Andrew. *The Armed Forces of World War II*. Nueva York: Crown, 1981.

Montefiore, Simon Sebag. *Stalin: The Court of the Red Tsar*. Nueva York: Knopf, 2004.

Montgomery, Brian. *A Field-Marshal in the Family*. Nueva York: Taplinger Publishing, 1973.

Moorehead, Alan. *Eclipse*. Nueva York: Harper & Row, 1968.

—, *Montgomery*. Nueva York: Coward-McCann, 1946.

Moorehead, Caroline. *Gellhorn*. Nueva York: Henry Holt, 2003.

Moorhouse, Roger. *Berlin at War*. Nueva York: Basic Books, 2010.

Moran, Lord. *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*. Boston: Houghton Mifflin, 1966.

- Morelock, J. D. *Generals of the Ardennes*. Washington, D.C.: National Defense University Press, 1994.
- Morgan, Kay Summersby. *Past Forgetting*. Nueva York: Simon & Schuster, 1976.
- Morison, Samuel Eliot. *History of United States Naval Operations in World War II*. Vol. 9, *The Invasion of France and Germany, 1944-1945*. Edison, N. J.: Castle Books, 2001.
- Morris, Edmund. *Colonel Roosevelt*. Nueva York: Random House, 2010.
- Morris, Sylvia Jukes. *Edith Kermit Roosevelt*. Nueva York: Coward, McCann & Geoghegan, 1980.
- Moulton, J. L. *Battle for Antwerp*. Londres: Ian Allan, 1978.
- Moynihan, Michael (ed.). *People at War, 1939-45*. Trowbridge, R. U.: David & Charles Publishers, 1989.
- Muir, Malcolm, Jr. (ed.). *The Human Tradition in the World War II Era*. Wilmington, Del.: SR Books, 2001.
- Murphy, Audie. *To Hell and Back*. Nueva York: MJF Books, 1977.
- Murphy, Robert. *Diplomat Among Warriors*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1964.
- Murray, Williamson, y Allan R. Millett. *A War to Be Won*. Cambridge, Mass.: Belknap Press, 2001.
- Nalty, Bernard C. *Strength for the Fight*. Nueva York: Free Press, 1986.
- Neiberg, Michael. *The Blood of Free Men: The Liberation of Paris, 1944*. Nueva York: Basic Books, 2012.
- Neillands, Robin. *The Battle for the Rhine*. Woodstock, N.Y.: Overlook Press, 2005.
- , *New Yorker Book of War Pieces, The*. Nueva York: Schocken Books, 1998.
- Nicholas, Lynn H. *The Rape of Europa*. Nueva York: Vintage, 1995.
- Nichols, David (ed.). *Ernie's War*. Nueva York: Touchstone, 1986.
- Nickell, Lawrence R. *Red Devil: Able Company Double Dynamite*. Nashville: Eggman Publishing, 1996.
- Nordyke, Phil. *All American All the Way*. Minneapolis: Zenith Press, 2005.
- , *More Than Courage*. Osceola, Wis.: Zenith Press, 2005.
- Norwich, John Julius. *The Middle Sea: A History of the Mediterranean*. Nueva York: Doubleday, 2006.
- Omaha Beachhead*. Washington, D.C.: U.S. Army, 2001.
- Orange, Vincent. *Coningham*. Washington, D.C.: Center for Air Force History, 1992.
- , *Tedder: Quietly in Command*. Londres: Frank Cass, 2004.
- Osmont, Marie-Louise. *The Normandy Diary of Marie-Louise Osmont*. Nueva York: Random House, 1994.

- Ossad, Steven L., y Don R. Marsh. *Major General Maurice Rose*. Lanham, Md.: Taylor Trade, 2003.
- Overy, Richard. *Why the Allies Won*. Nueva York: W. W. Norton, 1997. [Trad. cast.: *Por qué ganaron los aliados*. Barcelona: Tusquets, 2011]
- Palmer, Greg, y Mark S. Zaid (eds.). *The GI's Rabbi: World War II Letters of David Max Eichhorn*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2004.
- Palmer, Robert R., et alii. *The Procurement and Training of Ground Combat Troops. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1991.
- Parker, Danny S. (ed.). *Hitler's Ardennes Offensive: The German View*. Londres: Greenhill Books, 1997.
- Parkinson, Robert. *A Day's March Nearer Home*. Nueva York: David McKay, 1974.
- Pash, Boris T. *The Alsos Mission*. Nueva York: Award House, 1969.
- Patton, George S. *War as I Knew It*. Boston: Houghton Mifflin, 1975.
- Patton, Robert H. *The Pattons*. Washington, D.C.: Brassey's, 1994.
- Pawle, Gerald. *The War and Colonel Warden*. Nueva York: Knopf, 1963.
- Peckham, Howard H., y Shirley A. Snyder (eds.). *Letters from Fighting Hoosiers*. Vol. 2. Bloomington, Ind.: Indiana War Commission, 1948.
- Penrose, Jane (ed.). *The D-Day Companion*. New Orleans: National D-Day Museum, 2003.
- Perret, Geoffrey. *There's a War to Be Won*. Nueva York: Ivy, 1997.
- Persons, Benjamin S. *Relieved of Command*. Manhattan, Kans.: Sunflower University Press, 1997.
- Phillips, Henry Gerard. *The Making of a Professional: Manton S. Eddy, USA*. Westport, Conn.: Greenwood Press, 2000.
- Phillips, Robert H. *To Save Bastogne*. Nueva York: Stein and Day, 1983.
- Plokhy, S. M. *Yalta: The Price of Peace*. Nueva York: Viking Press, 2010.
- Pogue, Forrest C. *George C. Marshall: Organizer of Victory*. Nueva York: Viking Press, 1973.
- , *Pogue's War*. Lexington, Ky.: University Press of Kentucky, 2006.
- , *The Supreme Command. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1989.
- Ponomarenko, K. *Yalta: A Short Guide*. Simferópol, URSS: Krym Publishers, 1971.
- Porch, Douglas. *The Path to Victory*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2004.
- Posner, Gerald L., y John Ware. *Mengele: The Complete Story*. Londres: Futura, 1987.
- Powell, Geoffrey. *The Devil's Birthday*. Londres: Leo Cooper, 2001.
- Prados, John. *Normandy Crucible*. Nueva York: New American Library, 2011.

- Price, Frank James. *Troy H. Middleton: A Biography*. Baton Rouge, La.: Louisiana State University Press, 1974.
- Probert, Henry. *Bomber Harris*. Londres: Greenhill Books, 2001.
- Pyle, Ernie. *Brave Men*. Nueva York: Henry Holt, 1944.
- Raines, Edgar F., Jr. *Eyes of Artillery*. Washington, D.C.: U.S. Army, 2000.
- Randal, P. B. *A Short History of 30 Corps in the European Campaign*. 1945.
- Rapport, Leonard, y Arthur Northwood, Jr. *Rendezvous with Destiny*. Old Saybrook, Conn.: Konecky & Konecky, 2001.
- Rawling, Gerald. *Cinderella Operation*. Londres: Cassell, 1980.
- Read, Anthony, y David Fisher. *The Fall of Berlin*. Nueva York: W. W. Norton, 1993.
- Reardon, Mark. J. (ed.). *Defending Fortress Europe: The German Seventh Army War Diary in Normandy, 6 June to 26 July 1944*. Bedford, Pa.: Aberjona Press, 2012.
- , *Victory at Mortain*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2002.
- Regan, Geoffrey. *Blue on Blue*. Nueva York: Avon, 1995.
- Reichelt, Walter E. *Phantom Nine*. Austin, Tex.: Presidial Press, 1987.
- Reilly, Michael F. *Reilly of the White House*. Nueva York: Simon & Schuster, 1947.
- Reister, Frank A. (ed.). *Medical Statistics in World War II*. Washington, D.C.: Office of the Surgeon General, 1975.
- Reitan, Earl A. *Riflemen*. Bennington, Ver.: Merriam Press, 2001.
- Renehan, Edward J., Jr. *The Lion's Pride*. Nueva York: Oxford University Press, 1998.
- Reporting World War II*. Vols. 1 y 2. Nueva York: Library of America, 1995.
- Reynolds, David. *In Command of History*. Nueva York: Random House, 2005.
- , *Rich Relations*. Londres: Phoenix Press, 2000.
- Reynolds, Harley. *How I Survived the Three First Wave Invasions*. Minneapolis: Mill City Press, 2008.
- Reynolds, Michael. *The Devil's Adjutant*. Nueva York: Sarpedon, 1998.
- , *Men of Steel: I SS Panzer Corps, the Ardennes and Eastern Front*. Nueva York: Sarpedon, 1999.
- , *Steel Inferno: 1st SS Panzer Corps in Normandy*. Nueva York: Sarpedon, 1997.
- Reynolds, Michael. *Hemingway: The Final Years*. Nueva York: W. W. Norton, 2000.
- Rhodes, Richard. *The Making of the Atomic Bomb*. Nueva York: Touchstone, 1988.
- Richardson, Charles. *From Churchill's Secret Circle to the BBC*. Londres: Brassey's, 1991.
- , *Send for Freddie*. Londres: William Kimber, 1987.
- Richler, Mordechai (ed.). *Writers on World War II*. Nueva York: Knopf, 1991.

- Rickard, John Nelson. *Advance and Destroy: Patton as Commander in the Bulge*. Lexington, Ky.: University Press of Kentucky, 2011.
- , *Patton at Bay: The Lorraine Campaign, 1944*. Washington, D.C.: Brassey's, 2004.
- Ridgway, Matthew B. *Soldier*. Nueva York: Harper, 1956.
- Riding, Alan. *And the Show Went On: Cultural Life in Nazi-Occupied Paris*. Nueva York: Knopf, 2010.
- Risch, Erna, y Chester L. Kieffer. *The Quartermaster Corps: Organization, Supply, and Services*. Vol. 2. *United States Army in World War II*. Washington, D.C.: Department of the Army, 1955.
- Ritgen, Helmut. *Die Geschichte der Panzer-Lehr Division im Westen*. Trad. ing. Stuttgart: Motorbuch Verlag, 1979.
- Roach, Peter. *The 8: 15 to War*. Londres: Leo Cooper, 1982.
- Robb, Graham. *The Discovery of France*. Nueva York: W. W. Norton, 2007.
- Roberts, Andrew. *Masters and Commanders*. Londres: Allen Lane, 2008.
- , *The Storm of War*. Nueva York: HarperCollins, 2011.
- Robichon, Jacques. *The Second D-Day*. Trad. ing. de Barbara Shuey. Nueva York: Walker & Co., 1962.
- Rollyson, Carl. *Nothing Ever Happens to the Brave*. Nueva York: St. Martin's Press, 1990.
- Room, Adrian. *Placenames of the World*. Jefferson, N.C.: McFarland, 1997.
- Roosevelt, Eleanor Butler. *Day Before Yesterday*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1959.
- Roosevelt, Elliott. *As He Saw It*. Nueva York: Duell, Sloan & Pearce, 1946.
- Roskill, S. W. . *The War at Sea, 1939-1945*. Vol. 3, parte 2. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1961.
- , *White Ensign: The British Navy at War, 1939-1945*. Annapolis, Md.: U.S. Naval Institute, 1960.
- Roskill, Stephen. *Churchill and the Admirals*. Nueva York: William Morrow, 1978.
- Ross, William F., y Charles F. Romanus. *The Quartermaster Corps: Operations in the War Against Germany*. *United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1965.
- Rosse, Laurence M. H. P., y E. R. Hill. *The Story of the Guards Armoured Division*. Londres: Geoffrey Bles, 1956.
- Rostow, W. W. *Concept and Controversy: Sixty Years of Taking Ideas to Market*. Austin: University of Texas Press, 2003.
- Rottman, Gordon L. *FUBAR: American Soldier Slang of World War II*. Nueva York: Osprey, 2007.

- Ruge, Friedrich. *Rommel in Normandy*. Trad. ing. de Ursula R. Moessner. San Rafael, Calif.: Presidio Press, 1979.
- Ruggero (ed.). *The First Men In*. Nueva York: Harper, 2007.
- Ruppenthal, Roland G. *Logistical Support of the Armies*. Vol. 1. *United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1989.
- , *Logistical Support of the Armies*. Vol. 2. *United States Army in World War II*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1995.
- , *Utah Beach to Cherbourg*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1994.
- Rush, Robert Sterling. *Hell in Hürtgen Forest*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2001.
- Ryan, Cornelius. *A Bridge Too Far*. Londres: Coronet, 1975.
- , *The Last Battle*. Nueva York: Pocket Books, 1985.
- , *The Longest Day*. Greenwich, Conn.: Crest Book, 1963.
- Salisbury-Jones, Guy. *So Full a Glory*. Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1954.
- Saunders, Hilary St. George. *Royal Air Force, 1939-1945*. Vol. 3, *The Fight Is Won*. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1954.
- , *The Red Beret*. Nashville: Battery Press, 1985.
- Scannell, Vernon. *Argument of Kings*. Londres: Futura, 1989.
- Schlaifer, Robert (ed.). *Development of Aircraft Engines and Fuels*. Elmsford, N.Y.: Maxwell Reprint, 1970.
- Schorer, Avis D. *A Half Acre of Hell: A Combat Nurse in WWII*. Lakeville, Minn.: Galde Press, 2002.
- Schrijvers, Peter. *The Crash of Ruin*. Nueva York: New York University Press, 1998.
- , *The Unknown Dead: Civilians in the Battle of the Bulge*. Lexington, Ky.: University Press of Kentucky, 2005.
- Schulzinger, Robert D. (ed.). *A Companion to American Foreign Relations*. Malden, Mass.: Blackwell, 2003.
- Sebald, W. G. *On the Natural History of Destruction*. Trad. ing. de Anthea Bell. Nueva York: Random House, 2003. [Trad. cast.: *Sobre la historia natural de la destrucción*. Barcelona: Anagrama, 2003]
- Semmes, Harry H. *Portrait of Patton*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1955.
- Settle, Mary Lee. *All the Brave Promises*. Nueva York: Ballantine, 1980.
- Sevareid, Eric. *Not So Wild a Dream*. Nueva York: Atheneum, 1976.
- Sforza, Eula Awbrey. *A Nurse Remembers*. Publ. aut., 1991.
- Shannon, Kevin, y Stephen Wright. *One Night in June*. Londres: Airlife, 2002.
- Shephard, Ben. *A War of Nerves*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2001.

- Sherry, Michael S. *In the Shadow of War*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1995.
- Sherwood, Robert. *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History*. Nueva York: Harper & Brothers, 1948.
- Shirer, William L. *The Rise and Fall of the Third Reich*. Nueva York: Ballantine, 1950.
- Shomon, Joseph James. *Crosses in the Wind*. Nueva York: Stratford House, 1947.
- Short Guide to Great Britain, A*. Washington, D.C.: War Department, 1944.
- Shoumatoff, Elizabeth. *FDR's Unfinished Portrait*. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburgh Press, 1990.
- Simpson, Harold B. *Audie Murphy, American Soldier*. Hillsboro, Tex.: Hill Junior College Press, 1975.
- Simpson, Louis. *Selected Prose*. Nueva York: Paragon House, 1989.
- Sims, James. *Arnhem Spearhead*. Londres: Imperial War Museum, 1978.
- Sixsmith, E. K. G. *Eisenhower as Military Commander*. Nueva York: Da Capo, 1972.
- Skibinski, Franciszek. *Pierwsza Pancerna*. Varsovia: Czytelnik, 1970.
- Skorzeny, Otto. *Skorzeny's Special Missions*. Londres: Greenhill Books, 2006.
- Slany, William Z. *U.S. and Allied Efforts to Recover and Restore Gold and Other Assets Stolen or Hidden by Germany During World War II*. Google eBook: 1997.
- Smith, Albert H., Jr. *The Big Red One at D-Day*. Blue Bell, Pa.: Society of the First Infantry Division, 2003.
- Smith, Gaddis. *American Diplomacy During the Second World War, 1941-1945*. Nueva York: Knopf, 1985.
- Smith, Hillas. *The English Channel: A Celebration of the Channel's Role in England's History*. Upton-upon-Severn, R. U.: Images Pub, 1994.
- Smith, Jean Edward. *Eisenhower in War and Peace*. Nueva York: Random House, 2012.
- Snell, John L. (ed.). *The Meaning of Yalta*. Baton Rouge, La.: Louisiana State University Press, 1956.
- Soffer, Jonathan M. *General Matthew B. Ridgway*. Westport, Conn.: Praeger, 1998.
- Sorley, Lewis. *Thunderbolt: General Creighton Abrams and the Army of His Times*. Nueva York: Simon & Schuster, 1992.
- Sosabowski, Stanislaw. *Freely I Served*. Nashville: Battery Press, 1982.
- , *Najkrótszą Droga*. Londres: Komitet Wydawczy Polskich Spadochroniarzy, 1957.
- Spayd, P. A. *Bayerlein*. Atglen, Pa.: Schiffer, 2003.
- Spector, Ronald H. *At War at Sea*. Nueva York: Viking Press, 2002.

- Speidel, Hans. *We Defended Normandy*. Trad. ing. de Ian Colvin. Londres: Herbert Jenkins, 1951.
- Spoto, Donald. *Blue Angel*. Nueva York: Doubleday, 1992.
- St. -Lô. Washington, D.C.: U.S. Army, 1994.
- Stacey, C. P. *The Canadian Army, 1939-1945: An Official Historical Summary*. Ottawa: King's Printer, 1948.
- , *The Victory Campaign*. Vol. 3, *Official History of the Canadian Army in the Second World War*. Ottawa: Queen's Printer and Controller of Stationery, 1960.
- Stafford, David. *Endgame 1945*. Londres: Abacus, 2008.
- , *Ten Days to D-Day: Citizens and Soldiers on the Eve of the Invasion*. Nueva York: Little, Brown, 2004.
- Stagg, J. M. *Forecast for Overlord*. Nueva York: W. W. Norton, 1971.
- Stallworthy, Jon (ed.). *The Oxford Book of War Poetry*. Nueva York: Oxford University Press, 1984.
- Steere, Edward, y Thayer M. Boardman. *Final Disposition of World War II Dead, 1945-51*. Washington, D.C.: Office of the Quartermaster General, 1957.
- Steidl, Franz. *Lost Battalions*. Novato, Calif.: Presidio Press, 1997.
- Steinhoff, Johannes, et alii. *Voices from the Third Reich*. Washington, D.C.: Regnery Gateway, 1989.
- Stenbuck, Jack (ed.). *Typewriter Battalion*. Nueva York: William Morrow, 1995.
- Stettinius, Edward R., Jr. *Roosevelt and the Russians: The Yalta Conference*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1949.
- Stiles, Bert. *Serenade to the Big Bird*. Nueva York: W. W. Norton, 1947.
- Stimson, Henry L., y McGeorge Bundy. *On Active Service in Peace and War*. Nueva York: Harper, 1947.
- Stolberg: Penetrating the Westwall*. 26th Infantry Regimental Association, 1999.
- Stoler, Mark A. *Allies and Adversaries*. Chapel Hill, N.C.: University of North Carolina Press, 2000.
- , *Allies in War: Britain and America Against the Axis Powers, 1940-1945*. Londres: Hodder Arnold, 2005.
- , *George C. Marshall: Soldier-Statesman of the American Century*. Nueva York: Twayne, 1989.
- Strong, Kenneth. *Intelligence at the Top*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1969.
- Sulzberger, C. L. *A Long Row of Candles*. Nueva York: Macmillan, 1969.
- Summersby, Kay. *Eisenhower Was My Boss*. Nueva York: Dell, 1948.
- Swiecicki, Marek. *With the Red Devils at Arnhem*. Trad. ing. de H. C. Stevens. Londres: MaxLove, 1945.

- Sylvan, William C., y Francis G. Smith, Jr. *Normandy to Victory: The War Diary of General Courtney H. Hodges and the First U.S. Army*. Ed. por John T. Greenwood. Lexington, Ky.: University Press of Kentucky, 2008.
- Taggart, Donald G. (ed.). *History of the Third Infantry Division in World War II*. Washington, D.C.: Infantry Journal Press, 1947.
- Talty, Stephan. *Agent Garbo*. Boston: Houghton Mifflin, 2012.
- Tapert, Annette (ed.). *Lines of Battle*. Nueva York: Times Books, 1987.
- Taurus Pursuant: A History of 11th Armoured Division*. Printing and Stationery Service, British Army of the Rhine, 1945.
- Taylor, Irene, y Alan Taylor (eds.). *The War Diaries*. Edimburgo: Canongate, 2004.
- Taylor, John M. *General Maxwell Taylor: The Sword and the Pen*. Nueva York: Doubleday, 1989.
- Taylor, Maxwell D. *Swords and Plowshares*. Nueva York: W. W. Norton, 1972.
- Tedder, Lord. *With Prejudice*. Boston: Little, Brown, 1966.
- The 35th Infantry Division in World War II*. Nashville: Battery Press, 1988.
- Thompson, Julian. *The Imperial War Museum Book of Victory in Europe*. Londres: Sidgwick & Jackson, 1994.
- Thompson, R. W. *Men Under Fire*. Londres: MacDonald, 1946.
- , *The Price of Victory*. Londres: Constable, 1960.
- Thompson, W. H. *I Was Churchill's Shadow*. Londres: Christopher Johnson, 1952.
- Thornton, Willis. *The Liberation of Paris*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1962.
- Tillier, Alan, *et alii*. *Paris*. Londres: Dorling Kindersley, 2000.
- Tobin, James. *Ernie Pyle's War*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 1997.
- Toland, John. *Adolf Hitler*. Nueva York: Ballantine, 1976.
- , *Battle: The Story of the Bulge*. Nueva York: Meridian, 1985.
- , *The Last Hundred Days*. Nueva York: Random House, 1966.
- Toole, John H. *Battle Diary*. Missoula, Mont.: Vigilante Press, 1978.
- Tooze, Adam. *The Wages of Destruction*. Londres: Allen Lane, 2006.
- Towne, Allen N. *Doctor Danger Forward*. Jefferson, N.C.: McFarland, 2000.
- Toye, Richard. *Churchill's Empire*. Nueva York: Henry Holt, 2010.
- Triplet, William S. *A Colonel in the Armored Regiments*. Columbia, Mo.: University of Missouri Press, 2001.
- Tripp, Miles. *The Eighth Passenger*. Ware, R. U.: Wordsworth, 2002.
- Truscott, L. K., Jr. *Command Missions*. Nueva York: E. P. Dutton, 1954.
- Tucholski, Jędrzej. *Spadochronowa opowieść, czyli o żołnierzach gen. Sosabowskiego i cichociemnych*. Varsovia: Wydawnictwa Komunikacji I Łączności, 1991.

- Tully, Grace. *F. D. R. My Boss*. Nueva York: Scribner's, 1949.
- Turner, John Frayn, y Robert Jackson. *Destination Berchtesgaden*. Nueva York: Scribner's, 1975.
- Twain, Mark. *The Innocents Abroad*. Nueva York: New American Library, 1980.
- Urquhart, Brian. *A Life in Peace and War*. Nueva York: Harper & Row, 1987.
- Urquhart, R. E. *Arnhem*. Nueva York: W. W. Norton, 1958.
- U.S. Army Corps of Engineers: A History, The*. Alexandria, Va.: Office of History, Corps of Engineers, 2008.
- Van Creveld, Martin. *Supplying War*. Cambridge, R. U.: Cambridge University Press, 1977.
- Verney, G. L. *The Guards Armoured Division*. Londres: Hutchinson, 1955.
- Vian, Philip. *Action This Day*. Londres: Frederick Miller, 1960.
- Vigneras, Marcel. *Rearming the French. United States Army in World War II*. Washington, D.C.: Department of the Army, 1957.
- Vining, Donald (ed.). *American Diaries of World War II*. Nueva York: Pepys Press, 1982.
- Voss, Frederick S. *Reporting the War*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1994.
- Waddell, Steve R. *United States Army Logistics: The Normandy Campaign, 1944*. Westport, Conn.: Greenwood Press, 1994.
- Waddy, John. *A Tour of the Arnhem Battlefields*. Barnsley, R. U.: Leo Cooper, 1999.
- Walker, Mark. *German National Socialism and the Quest for Nuclear Power, 1939-49*. Nueva York: Cambridge University Press, 1993.
- Waller, Douglas. *Wild Bill Donovan*. Nueva York: Free Press, 2011.
- Walter Laqueur (ed.). *The Second World War*. Londres: Sage, 1982.
- Wandrey, June. *Bedpan Commando*. Elmore, Ohio: Elmore Publishing, 1989.
- Warlimont, Walter. *Inside Hitler's Headquarters*. Trad. ing. de R. H. Barry. Novato, Calif.: Presidio Press, 1964.
- Warner, Philip. *Horrocks*. Londres: Hamish Hamilton, 1984.
- Watney, John. *The Enemy Within*. Londres: Hodder and Stoughton, 1946.
- Waugh, Evelyn. *Men at Arms*. Nueva York: Penguin, 1964.
- We Bought the Eiffel Tower: The Story of the General Purchasing Agent, European Theater*. Paris, 1949.
- Webster, Charles, y Noble Frankland. *The Strategic Air Offensive Against Germany, 1939-1945*. Vols. 3 y 4. Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1961.
- Weigley, Russell F. *The American Way of War*. Bloomington, Ind.: Indiana University Press, 1977.

- , *Eisenhower's Lieutenants*. Bloomington, Ind.: Indiana University Press, 1990.
- , *History of the United States Army*. Bloomington, Ind.: Indiana University Press, 1984.
- Weinberg, Gerhard L. *A World at Arms*. Cambridge, R. U.: Cambridge University Press, 1995.
- Weingartner, James J. *Crossroads of Death*. Berkeley: University of California Press, 1979.
- Weintraub, Stanley. *11 Days in December*. Nueva York: Free Press, 2006.
- , *15 Stars*. Nueva York: Free Press, 2007.
- Weiss, Robert. *Fire Mission*. Shippensburg, Pa.: Burd Street Press, 2002.
- Wellard, James. *The Man in a Helmet*. Londres: Eyre & Spottiswoode, 1947.
- Wertenbaker, Charles Christian. *Invasion!* Nueva York: D. Appleton Century Co., 1944.
- Westermann, Edward B. *Flak: German Anti-Aircraft Defenses, 1914-1945*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2001.
- Westphal, Siegfried. *The German Army in the West*. Londres: Cassell, 1951.
- Wheeler, James Scott. *The Big Red One*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2007.
- Whitaker, Denis, y Shelagh Whitaker, con Terry Copp. *Victory at Falaise*. Nueva York: HarperCollins, 2000.
- White, Nathan William. *From Fedala to Berchtesgaden*. 1974.
- White, Osmar. *Conquerors' Road*. Nueva York: Cambridge University Press, 2003.
- Whitehead, Don. «*Beachhead Don*», Ed. por John B. Romeiser. Nueva York: Fordham University Press, 2004.
- Whitehead, Ernest D. *World War II: An Ex-Sergeant Remembers*. Kearney, Neb.: Morris Publishing, 1996.
- Whiting, Charles. *The Home Front: Germany*. Alexandria, Va.: Time-Life Books, 1982.
- Whitlock, Flint. *The Rock of Anzio*. Boulder, Colo.: Westview Press, 1998.
- Wieviorka, Olivier. *Normandy*. Trad. ing. de M. B. DeBevoise. Cambridge, Mass.: Belknap Press, 2008.
- Willis, F. Roy. *The French in Germany*. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1962.
- Willmott, H. P. *The Great Crusade*. Nueva York: Free Press, 1989.
- Wills, Deryk. *Put on Your Boots and Parachutes!* Publ. aut., 1992.
- Wilmot, Chester. *The Struggle for Europe*. Old Saybrook, Conn.: Konecky & Konecky, 1952.

- Wilson, Theodore A. (ed.). *D-Day 1944*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 1994.
- Wilt, Alan F. *The French Riviera Campaign of August 1944*. Carbondale, Ill.: Southern Illinois University Press, 1981.
- Wiltse, Charles M. (ed.). *Physical Standards in World War II*. Washington, D.C.: Office of the Surgeon General, 1967.
- Winton, Harold R. *Corps Commanders of the Bulge*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2007.
- Wishnevsky, Stephen T. *Courtney Hicks Hodges*. Jefferson, N.C.: McFarland, 2006.
- Wood, James A. (ed.). *Army of the West*. Mechanicsburg, Pa.: Stackpole Books, 2007.
- Woodward, David. *Ramsay at War*. Londres: William Kimber, 1957.
- World War II Diary of Jean Gordon Peltier*. Publ. aut., 1998.
- World War II Reader, The*. Nueva York: ibooks, 2004.
- Wright, Robert K., Jr., y John T. Greenwood. *Airborne Forces at War*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 2007.
- Wyant, William K. *Sandy Patch: A Biography of Lt. Gen. Alexander M. Patch*. Nueva York: Praeger, 1991.
- Yeide, Harry. *The Longest Battle*. St. Paul, Minn.: Zenith Press, 2005.
- Yeide, Harry, y Mark Stout. *First to the Rhine*. St. Paul, Minn.: Zenith Press, 2007.
- Yhagapov, Mikhail, y Gennady Shekurov. *Greater Yalta*. Trad. ing. de Angelia Graf. Moscú: Novisti Press Agency, 1970.
- Young, Desmond. *Rommel, the Desert Fox*. Nueva York: Harper & Row, 1950.
- Young, Norwood. *Napoleon in Exile: Elba*. Filadelfia: John C. Winston, 1914.
- Yung, Christopher D. *Gators of Neptune*. Annapolis, Md.: Naval Institute Press, 2006.
- Zaloga, Steven J. *Armored Thunderbolt*. Mechanicsburg, Pa.: Stackpole Books, 2008.
- , *Liberation of Paris 1944*. Nueva York: Osprey, 2008.
- , *Remagen 1945*. Nueva York: Osprey, 2006.
- Zetterling, Niklas. *Normandy 1944*. Winnipeg: J. J. Fedorowicz, 2000.
- Ziegler, Philip. *London at War, 1939-1945*. Nueva York: Knopf, 1995.
- Ziemke, Earl F. *The U.S. Army in the Occupation of Germany, 1944-1946*. Washington, D.C.: U.S. Army, 1975.
- Zuckerman, Solly. *From Apes to Warlords*. Nueva York: Harper & Row, 1978.
- Zumbro, Derek S. *Battle for the Ruhr*. Lawrence, Kans.: University Press of Kansas, 2006.

- Adams, Henry M. «Operations of an American Military Government Detachment in the Saar, 1944-45», *Military Affairs* (otoño de 1955): 121+.
- Allen, Thomas B. «Untold Stories of D-Day», *National Geographic* (junio de 2002): 2+.
- «Arnhem», *AB*, n.º 2 (1973): 1+.
- Atkinson, Rick. «What Is Lost?», *World War II* (noviembre de 2009): 32+.
- Baily, Charles M., y Jay Karamales. «The 823rd at Mortain», *Armor* (enero-febrero de 1992): 12+.
- Barker, Thomas M. «The Ljubljana Gap Strategy», *JMH* (enero de 1992): 57+.
- Biddle, Tami Davis. «Dresden 1945: Reality, History, and Memory», *JMH* (abril de 2008): 413+.
- , «Leveraging Strength: The Pillars of American Grand Strategy in World War II», *Orbis* (invierno de 2011): 4+.
- Blumenson, Martin. «Bradley-Patton: World War II's 'Odd Couple. '» *Army* (diciembre de 1985): 56+.
- , «The Hammelburg Affair», *Army* (octubre de 1965): 16+.
- , «Politics and the Military in the Liberation of Paris», *Parameters* (verano de 1998): 4+.
- Bolger, Daniel P. «Zero Defects: Command Climate in First U.S. Army, 1944-1945», *Military Review* (mayo de 1991): 61+.
- Bradbeer, Thomas G. «General Cota and the Battle of the Hürtgen Forest», *Army History* (primavera de 2010): 18+.
- Bradsher, Greg. «Nazi Gold: The Merkers Mine Treasure», *Prologue: Quarterly of the National Archives and Records Administration* 31, n.º 7 (primavera de 1999): 7+.
- Bruenn, Howard G. «Clinical Notes on the Illness and Death of President Franklin D. Roosevelt», *Annals of Internal Medicine* 72 (1970): 579+.
- Burns, James MacGregor. «FDR: The Untold Story of His Last Year», *Saturday Evening Post* (11 de abril de 1970): 12+.
- Butler, Frederic B. «Task Force Butler», *Armored Cavalry Journal*, parte 1 (enero-febrero de 1948): 12+, y parte 2 (marzo-abril de 1948): 30+.
- Carr, Caleb. «The American Rommel», *MHQ* (verano de 1992): 77+.
- Carroll, Andrew. «A Deserter Begs Eisenhower to Spare His Life», *World War II* (enero-febrero de 2012): 21+.
- Cawthon, Charles R. «July, 1944: St. Lô», *American Heritage* (junio de 1974): 4+.
- , «Pursuit: Normandy, 1944», *American Heritage* (febrero de 1978): 80+.

- Clarke, Bruce C. «The Battle for St. Vith», *Armor* (noviembre-diciembre de 1974): 1+.
- Cochran, Alexander S., Jr. «Protecting the Ultimate Advantage», *Military History* (junio de 1985): 45+.
- D'Este, Carlo. «Raw Courage», *World War II* (julio-agosto de 2011): 30+.
- Davies, Arthur. «Geographical Factors in the Invasion and Battle of Normandy», *Geographical Review* (octubre de 1946): 613+.
- «Destroy the Enemy», *Time* (4 de diciembre de 1944).
- «Doughboy's General», *Time* (1 de mayo de 1944): 23+.
- Dziuban, Stanley W. «Rhine River Flood Prediction Service», *Military Engineer* (septiembre de 1945): 348+.
- Eckelmeyer, Edward H., Jr. «The Story of the Self-Sealing Tank», *U.S. Naval Institute Proceedings* (febrero de 1946): 205+.
- Eddy, Don. «Treasure of Our Heroes», *American Magazine* (abril de 1944): 44+.
- Fest, William R. «The German Ardennes Offensive: A Study in Retrograde Logistics», *Ordnance* (febrero de 1983): 51+.
- Foedrowitz, Michael. «Air Raid Shelters in Hannover», *AB*, n.º 124 (2004): 2+.
- Fox, William T. R. «The Super-Powers Then and Now», *International Journal* (verano de 1980): 417+.
- Frank, Stanley. «The Glorious Collapse of the 106th», *Saturday Evening Post* (9 de noviembre de 1946).
- Ganz, H. Harding. «The 11th Panzers in the Defense, 1944», *Armor* (marzo-abril de 1944): 26+.
- , «Patton's Relief of General Wood», *JMH* (julio de 1989): 257+.
- , «Questionable Objective: The Brittany Ports, 1944», *JMH* (enero de 1995): 77+.
- Gardner, W. J. R. «The Death of Admiral Ramsay», *AB*, n.º 87 (1995): 44+.
- Gaskill, Gordon. «Bloody Beach», *American Magazine* (septiembre de 1944): 26+.
- «German Surrenders», *AB*, n.º 48 (1985): 1+.
- Geyr, Leo Freiherr von Schweppenburg. «Reflections on the Invasion», *Military Review* (enero de 1961): 2+.
- Gurley, Franklin Louis. «Policy Versus Strategy», *JMH* (julio de 1994): 481+.
- Hamilton, Maxwell. «Junior in Name Only», *Retired Officer* (junio de 1981): 28+.
- Hammon, Stratton. «When the Second Lieutenant Bearded General Eisenhower», *Military Affairs* (octubre de 1983): 129+.
- Hansen, C. B. «General Bradley as Seen Close Up», *New York Times Magazine* (30 de noviembre de 1947): 14+.

- Harris, Arthur R. «The Bigger They Are the Harder They Fall», *Field Artillery Journal* (mayo-junio de 1938): 229+.
- Hauser, Ernest O. «Shock Nurse», *Saturday Evening Post* (10 de marzo de 1945): 12+.
- Heinz, W. C. «I Took My Son to Omaha Beach», *Collier's* (11 de junio de 1954): 21+.
- , «The Morning They Shot the Spies», *True* (diciembre de 1949): 28+.
- Hewitt, H. Kent. «Planning Operation Anvil-Dragoon», *U.S. Naval Institute Proceedings* (julio-agosto de 1954): 731+.
- Hillson, Franklin J. «Barrage Balloons for Low-Level Air Defense», *Airpower Journal* (verano de 1989), 37+.
- «Hitler's Höllenfahrt», *Der Spiegel* (10 de abril de 1995): 172+.
- Hogben, Lawrence. «The Most Important Weather Forecast in the World», *London Review of Books* 16, n.º 10 (26 de mayo de 1994): 21+.
- Holland, Carolsue, y Thomas Rothbart. «The Merkers and Buchenwald Treasure Troves», *AB*, n.º 93 (1996): 1+.
- Houghton, Norris, «That Was Yalta», *New Yorker* (23 de mayo de 1953): 86+.
- Hubler, Richard G. «He Doesn't Want to Be a Star», *Saturday Evening Post* (18 de abril de 1953): 34+.
- Hughes, Walter E. «A Bridge Enough», *World War II* (noviembre-diciembre de 2012): 64+.
- Huntington, Tom. «Lights. Camera. War!», *America in World War II* (junio de 2008): 34+.
- «Inside Paris», *Newsweek* (28 de agosto de 1944): 25+.
- Jenkins, Reuben E. «The Battle of the National Redoubt», *Military Review* (diciembre de 1946): 3+.
- Kennedy, Paul. «History from the Middle: The Case of the Second World War», *JMH* (enero de 2010): 35+.
- Lasky, Melvin. «Military History Stood on Its Head», *Berlin Journal* 14 (primavera de 2007), American Academy of Berlin: 20+.
- Leh, John, II. «World War II from One Enlisted Man's Point of View», *Proceedings of the Lehigh County Historical Society* 39 (1990): 89+.
- Liebling, A. J. «Five-Star Schoolmaster», *New Yorker* (10 de marzo de 1951): 40+.
- Lilly, J. Robert. «U.S. Military Executions», *AB*, n.º 90 (1995): 50+.
- MacDonald, Charles B. «The Neglected Ardennes», *Military Review* (abril de 1963): 74+.
- , «Slapton Sands: The 'Cover-Up' That Never Was», *Army* 38, n.º 6 (junio de 1998): 64+.

Mackay, E. M. «The Battle of Arnhem Bridge», *Royal Engineer Journal* (diciembre de 1954): 305+.

Mallon, Thomas. «Rocket Man», *New Yorker* (22 de octubre de 2007): 170+.

«Man of the Year», *Time* (1 de enero de 1945): portada.

Margry, Karel. «The Battle for Cologne», *AB*, n.º 104 (1999): 2+.

—, «Battle of the Hürtgen Forest», *AB*, n.º 171 (1991): 1+.

—, «Bergen-Belsen», *AB*, n.º 89 (1995): 1+.

—, «The Death of Rommel», *AB*, n.º 80 (1993): 38+.

—, «The Flensburg Government», *AB*, n.º 128 (2005): 2+.

—, «The Gardelegen Massacre», *AB*, n.º 111 (2001): 2+.

—, «The Hammelburg Raid», *AB*, n.º 91 (1996): 1+.

—, «The U.S. -Soviet Link-Up», *AB*, n.º 88 (1995): 1+.

Marshall, S. L. A. «The Mobility of One Man», *IJ* (octubre de 1949): 6+.

McCreeedy, Kenneth O. «Planning the Peace: Operation Eclipse and the Occupation of Germany», *JMH* (julio de 2001): 713+.

Middleton, Drew. «Boss of the Heavyweights», *Saturday Evening Post* (20 de mayo de 1944): 18+.

Milner, Marc. «Stopping the Panzers», *JMH* (abril de 2010): 491+.

«Miracle of Supply», *Time* (25 de septiembre de 1944): 8+.

Mollo, Andrew. «Dachau», *AB*, n.º 27 (1980): 1+.

«Monty's Wartime Caravans», *AB*, n.º 20 (1978): 32+.

Moore, Rufus J. «Operation Pluto», *U.S. Naval Institute Proceedings* (junio de 1954): 647+.

Morton, Harold S. «The VT Fuze», *Army Ordnance* (enero-febrero de 1946): 43+.

Mosely, Philip E. «Dismemberment of Germany», *Foreign Affairs* (abril de 1950): 487+.

—, «The Occupation of Germany», *Foreign Affairs* (julio de 1950): 580+.

Muller, Richard R. «Losing Air Superiority: A Case Study from the Second World War», *Air & Space Power Journal* (invierno de 2003): 55+.

«Murder, Inc», *Time* (11 de septiembre de 1944): 36.

Murray, Williamson. «Needless D-Day Slaughter», *MHQ* (primavera de 2003): 26+.

«Normandy, 1944-1973», *AB*, n.º 1 (1973): 2.

«Normandy Executions», *AB*, n.º 85 (1994): 28+.

«Obersalzberg», *AB*, n.º 9 (1975): 1+.

«The Old Army Game», *Time* (1 de enero de 1945): 45.

Olsen, C. E. «Full House at Yalta», *American Heritage* (enero de 1972): 1+.

Osborne, Jim R. «Return to the Berghof», *AB*, n.º 60 (1988): 50+.

- Ose, Dieter. «Rommel and Rundstedt: The 1944 Panzer Controversy», *Military Affairs* (enero de 1986): 7+.
- Pallud, Jean Paul. «The Battle of the Mons Pocket», *AB*, n.º 115 (2002): 2+.
- , «The Riviera Landings», *AB*, n.º 110 (2000): 2+.
- «Paris», *AB*, n.º 14 (1976): 11+.
- «Paris Is Free!» *Time* (4 de septiembre de 1944): 34+.
- «Patch of Provence», *Time* (28 de agosto de 1944): 22+.
- «Pegasus and the Wyvern», *Royal Engineers Journal* (marzo de 1946): 22+.
- Perloff, Marjorie. «In Love with Hiding», *Iowa Review* (2005): 82.
- Persons, Howard P., Jr. «St. Lô Breakthrough», *Military Review* (diciembre de 1948): 13+.
- Peszke, Michael Aldred. «The Polish Parachute Brigade in World War II», *Military Affairs* (octubre de 1984): 188+.
- «Pluto: Pipeline Under the Ocean», *AB*, n.º 116 (2002): 2+.
- Powers, Stephen T. «The Battle of Normandy: The Lingering Controversy», *JMH* (julio de 1992): 455+.
- «Precise Puncher», *Time* (16 de octubre de 1944): portada.
- Raiber, R. «The Führerhauptquartiere», *AB*, n.º 19 (1977): 1+.
- «Ready for V-Day?» *Time* (4 de septiembre de 1944): 17.
- Reed, John. «Assault on Walcheren», *AB*, n.º 36 (1982): 1+.
- Rely, Achiel. «Antwerp ‘City of Sudden Death’». *AB*, n.º 57 (1987): 43+.
- Rivette, Donald E. «The Hot Corner at Dom Bütgenbach», *IJ* (octubre de 1945): 19+.
- «Rommel’s Accident», *AB*, n.º 8 (1975): 42+.
- Rosenbaum, Ron. «Explaining Hitler», *New Yorker* (1 de mayo de 1995): 50+.
- Rosengarten, Adolph G., Jr. «With Ultra from Omaha Beach to Weimar, Germany», *Military Affairs* (octubre de 1978): 127+.
- Schaffer, Richard. «American Military Ethics in World War II: The Bombing of German Civilians», *Journal of American History* (septiembre de 1980): 318+.
- Seaman, Jonathan O. «Reduction of the Colmar Pocket», *Military Review* (octubre de 1951): 37+.
- Snyder, William P. «Walter Bedell Smith: Eisenhower’s Chief of Staff», *Military Affairs* (enero de 1984): 6+.
- Sommers, Martin. «The Longest Hour in History», *Saturday Evening Post* (8 de julio de 1944): 22+.
- Steckel, Francis C. «Morale Problems in Combat», *Army History* (verano de 1994): 1+.

- Stone, Thomas R. «General William Hood Simpson: Unsung Commander of U.S. Ninth Army», *Parameters* 9, n.º 2 (junio de 1981): 44+.
- Strobridge, Truman R., y Bernard C. Nalty. «From the South Pacific to the Brenner Pass: General Alexander M. Patch», *Military Review* (junio de 1981): 41+.
- Sullivan, John J. «The Botched Air Support of Operation COBRA», *Parameters* (marzo de 1988): 97+.
- Teulings, Ad. «Structure and Logic of Industrial Development: Philips and Electronics Industry», *Social Scientist* 9, n.º 4 (noviembre de 1979): 3+.
- «The Battle of the Bulge», *AB*, n.º 4 (1974): 1+.
- «The Battle of the Falaise Pocket», *AB*, n.º 8 (1975): +1.
- «The Crimea and Potsdam Conferences of the Leaders of the Three Great Powers», *International Affairs*. All-Union Society, Moscú (junio de 1965).
- «The Death of Joachim Peiper», *AB*, n.º 40 (1983): 47+.
- «The Execution of Eddie Slovik», *AB*, n.º 32 (1981): 28+.
- «The Ludendorff Railway Bridge», *AB*, n.º 16 (1977): 2+.
- «The Man Who Paved the Way», *Time* (12 de junio de 1944): 23+.
- «The Presidency», *Time* (8 de mayo de 1944): 8.
- «The V-Weapons», *AB*, n.º 6 (1974): 2+.
- Wacker, Bob. «The Voices of D-Day», *Retired Officer* (junio de 1994): 26+.
- Weigley, Russell F. «From the Normandy Beaches to the Falaise-Argentan Pocket», *Military Review* (septiembre de 1990): 45+.
- Weingartner, James J. «Otto Skorzeny and the Laws of War», *JMH* (abril de 1991): 207+.
- Weiss, Robert. «Normandy: Recollections of the 'Lost Battalion' at the Battle of Mortain», *Prologue: Quarterly of the National Archives and Records Administration* (primavera de 1996): 44+.
- Wendt, W. W. «Logistics in Retrograde Movements», *Military Review* (julio de 1948): 34+.
- Whipple, William. «Logistical Bottleneck», *IJ* (marzo de 1948): 6+.
- Whitaker, Richard. «Task Force Baum and the Hammelburg Raid», *Aarmor* (septiembre-octubre de 1996): 20+.
- Williams, Clifford. «Supreme Headquarters for D-Day», *AB*, n.º 84 (1994): 1+.
- Willoughby, John. «The Sexual Behavior of American GIs During the Early Years of the Occupation of Germany», *JMH* (enero de 1998): 155+.
- «Winston Churchill Visits the Rhine», *AB*, n.º 16 (1977): 28+.
- «World Battlefronts, Western Front», *Time* (4 de diciembre de 1944): 1+.

- Yeide, Harry. «The German View of Patton», *World War II* (marzo-abril de 2012): 27+.
- Yung, Christopher D. «Action This Day», *Naval History* (junio de 2009): 20+.
- , «The Planners' Daunting Task», *Naval History* (junio de 2009): 12+.

PERIÓDICOS

- «After WWII, Economist Devoted Life», Obit, *Washington Post*, 8 de julio de 2009, B4.
- Altman, Lawrence K. «For F. D. R. Sleuths, New Focus on an Old Spot», *New York Times*, 5 de enero de 2010, D1.
- Antrobus, Edmund. «V-2 in Antwerp», *Yank*, 4 de mayo de 1945, 6+.
- Atkinson, Rick. «Ghost of a Chanteuse», *Washington Post*, 7 de mayo de 1996.
- Burns, John F. «Bill Millin, Scottish D-Day Piper, Dies at 88», *New York Times*, 19 de agosto de 2010, B9.
- «Caen: The Big Break-Through», *Daily Mail* (R. U.), 19 de julio de 1944, 1.
- «Crashing Bomber Wipes Out Nearly All a Village's 4 to 6 Children», *Daily Express* (R. U.), 24 de agosto de 1944, 3.
- Crouch, Gregory. «Frederik Philips Dies at 100; Businessman Saved Dutch Jews», *New York Times*, 7 de diciembre de 2005.
- Daley, Robert. «The Case of the SS Hero», *New York Times*, 7 de noviembre de 1976.
- Ecker, Allan B. «G. I. Racketeers in the Paris Black Market», *Yank*, 4 de mayo de 1945, 2.
- Foreman, Jonathan. «Winston Churchill, Distilled», *Wall Street Journal*, 10 de diciembre de 2009, D6.
- «Honoring Those Fallen Who Served», Aurora (Ill.) *Beacon News*, 12 de abril de 2005, B2.
- Kaufman, Leslie. «Chester Hansen, 95, a Rare Diarist of World War II», *New York Times*, 20 de octubre de 2012, D8.
- «Kingsway Wins at Ascot», *Times* (Londres), 15 de mayo de 1944.
- Kissinger, Henry A. «The Age of Kennan, » artículo de John Lewis Gaddis, *George F. Kennan: An American Life*, *New York Times Book Review*, 13 de noviembre de 2011.
- Millership, Peter. «Scots Piper Dodged Bullets», Reuters, 1 de junio de 1994.
- Montgomery, Lori. «The Cost of War, Unnoticed», *Washington Post*, 8 de mayo de 2007, D1.
- Moriss, Mack. «The Defense of Stavelot», *Yank*, 9 de febrero de 1945, 8+.

Nappi, Rebecca. «War Hero Enriches Soul History», Spokane, Wash., *Spokesman-Review*, 14 de agosto de 2004.

Pearson, Drew. «Washington Merry-Go-Round», 29 de abril de 1944.

«Plane Kills 35 Infants in School», *Daily Telegraph* (R. U.), 24 de agosto de 1944, 3.

Raitberger, François. «French Remember D-Day Landings», Reuters, 18 de mayo de 1994.

Reavis Ed. «Crossing of Rhine Remembered», *Stars and Stripes*, 8 de marzo de 1995, 1.

Roche, John P. «Eisenhower Redux», *New York Times Book Review*, 28 de junio de 1981.

«Rommel's Death Reported», *Argus* (Melbourne, Australia), 23 de agosto de 1944, 16.

Schudel, Matt. «General Witnessed History at Nazi Camp, Panama Canal», *Washington Post*, 7 de agosto de 2012, B6.

Vat, Dan van der. «Field Marshal Lord Carver», Obit, *Guardian* (R. U.), 12 de diciembre de 2001.

«W. C. Heinz, 93, Writing Craftsman, Dies», *New York Times*, 28 de febrero de 2008.

Weil, Martin. «Gen. Jacob Devers Dies; Leader in World War II», *Washington Post*, octubre de 1979.

Yardley, Jonathan. «The Fight of Their Lives, and Not Just on the Battlefield», *Washington Post*, 6 de marzo de 2009, C1.

DOCUMENTOS, CARTAS, COLECCIONES, RELATOS PERSONALES Y DIARIOS

Diversos: Jack Golden, cartas; Robert P. Patterson, memorias, p. a.

Dwight D. Eisenhower Presidential Library, Abilene, Kans.: Henry S. Aurand Papers; Harold R. Bull Papers; Harry C. Butcher Papers; A. Dayton Clark Papers; J. Lawton Collins Papers; Norman D. Cota Papers; Robert C. Davie Papers; Dwight D. Eisenhower Papers; Alvan C. Gillem, Jr., Papers; Courtney H. Hodges Papers; C. D. Jackson Papers; Thomas B. Larkin Papers; Thomas W. Mattingly Papers; Arthur Nevins Papers; Floyd S. Parks Papers; Henry B. Sayler Papers; Walter Bedell Smith Papers; Barbara Wyden Papers.

Franklin D. Roosevelt Presidential Library, Hyde Park, N. Y.: Edward J. Flynn Papers; Anna Roosevelt Halsted Papers; Map Room conferences; Ross T. McIntire Papers; Franklin D. Roosevelt Papers; U.S. Secret Service records.

George C. Marshall Foundation Research Library, Lexington, Va.: Harold S. Frum, «The Soldier Must Write»; George C. Marshall Papers; Frank McCarthy Collection; Royce L. Thompson Collection; Lucian K. Truscott, Jr., Papers.

Hoover Institution Archives, Stanford University, Palo Alto, Calif.: Henry J. Amy Papers; Frederick L. Anderson Papers; Kingsley Andersson Papers; William Henry Baumer Papers; Heber Blankenhorn Papers; Robert D. Burhans Papers; Howard V. Canan Papers; Don E. Carleton Papers; Darrell William Coates Papers; Thomas L. Crystal, Jr., Papers; Robert T. Frederick Papers; Harold S. Frum Papers; Hermann Goering Papers; Norman D. King Papers; John H. Linden Papers; Robert M. Littlejohn Papers; Craig W. H. Luther Papers; James B. Mason Papers; Donald McClure Papers; Walter J. Muller Papers; Boris T. Pash Papers; George Smith Patton Papers; James H. Phillips Papers; Ewart G. Plank Papers; J. Milnor Roberts, Jr., Papers; Frank S. Ross Papers; Thor M. Smith Papers; Langan W. Swent Papers; Pierre C. T. Verheye Papers; Helen Van Zonneveld Papers.

Imperial War Museum, Londres: William Steel Brownlie, «And Came Safe Home»; Christopher «Kit» Dawnay Papers; S. C. Donnison, diario; Edward M. Elliott, «Combat Diary of Edward McCosh Elliott, 1944»; E. Jones Papers; K. G. Oakley, «Normandy 'D' Day 1944»; J. H. Patterson Papers; L. F. Skinner, «The Man Who Worked on Sundays»; N. T. Tangye, diario; John M. Thorpe, «A Soldier's Tale, to Normandy and Beyond».

Library of Congress, Manuscript Division, Washington, D.C.: Charles E. Bohlen Papers; Wallace Carroll Papers; Ira Eaker Papers; Truman K. Gibson Papers; W. Averell Harriman Papers; H. Kent Hewitt Papers; Everett S. Hughes Papers; Ernest J. King Papers; William D. Leahy Papers; George S. Patton, Jr., Papers; Theodore Roosevelt, Jr., Papers; Carl A. Spaatz Papers; John Toland Papers; Hoyt S. Vandenberg Papers.

Liddell Hart Centre for Military Archives, King's College, Londres: Lord Alanbrooke Papers; J. B. Churcher, «A Soldier's Story»; Francis de Guingand Papers; Geoffrey Hardy-Roberts Papers; H. L. Ismay Papers; B. H. Liddell Hart Papers; T. G. Lindsay, «Operation Overlord Plus»; J. S. W. Stone Papers; R. W. W. «Chester» Wilmot Papers.

McCormick Research Center, First Division Museum, Cantigny, Ill.: Joseph T. Dawson Collection; Theodore L. Dobil Collection; Stanhope Brasfield Mason Papers.

National World War II Museum, New Orleans, La.: Alan Anderson Papers; Cyrus C. Aydlett diary; W. Garwood Bacon Papers; Leland A. Baker Papers; John Barnes Papers; Eugene D. Brierre Papers; Dwayne Burns Papers; John Cappell Papers;

Carl Cartledge Papers; Charles M. Cooke, Jr., Papers; Willard F. Coonen Papers; Ralph Eastridge Papers; Mary Ferrell Papers; P. L. Fitts Papers; Robert Fullam, memorias; Robert M. Gant Papers; Robert D. Georgen Papers; Wayne M. Harris Papers; Harold L. Hoffer Papers; John Lambourne Papers; Joseph T. Layne y Glenn D. Barquest, «Margraten: U.S. Ninth Army Military Cemetery»; Archie Ross Papers; Sid Rowling Papers; William P. Shaw, memorias.

Naval History and Heritage Command, Washington, D. C.: H. Kent Hewitt Papers; Samuel Eliot Morison Papers.

New York State Library, Albany, N. Y.: Myra Strachner Gershkoff Papers.

Ohio University Library, Athens, Ohio: Cornelius J. Ryan Papers.

29th Infantry Division Archives, Maryland Military Department, Fifth Regiment Armory, Baltimore, Md.: Neal Beaver, memorias; Charles Hunter Gerhardt Papers; William Puntenney, memorias; John C. Raaen, Jr., «Sir, the 5th Rangers Have Landed Intact»; Seth Shepard, «The Story of the LCI(L) 92»; Robert E. Walker, «With the Stonewallers».

U.S. Army Corps of Engineers, Office of History, Ft. Belvoir, Va.: William A. Carter memorias; William M. Hoge memorias; William E. Potter memorias.

U.S. Army Military Academy Special Collections, West Point, N. Y.: John W. Castles, Jr., Papers; Earle C. Cheek Papers; George Bryan Conrad Papers; Garrison H. Davidson Papers; Benjamin A. Dickson Papers; Charles L. Easter Papers; Audie Leon Murphy Papers; Alexander M. Patch, Jr., Papers.

U.S. Army Military History Institute, Carlisle, Pa.: Robert W. Black Papers; Omar N. Bradley Papers; Richard H. Byers Papers; Hugh Cole Papers; Richard Collins Papers; Columbus World War II Roundtable Papers; John Connell Papers; Theodore J. Conway Papers; Charles H. Corlett Papers; Raymond H. Croll Papers; Donald E. Currier Papers; John E. Dahlquist Papers; Maurice Delaval Papers; Harold C. Deutsch Papers; Jacob L. Devers Papers; Benjamin A. Dickson Papers; Charles H. Donnelly Papers; Sheffield Edwards Papers; Samuel W. Forge Papers; James M. Gavin Papers; Hobart Gay Papers; Charles Hunter Gerhardt, memorias; Alvan Cullem Gillem, Jr., Papers; Wade H. Haislip Papers; Chester B. Hansen Papers; Robert W. Hasbrouck Papers; Paul R. Hawley Papers; Waldo Heinrichs, Jr., Papers; Courtney H. Hodges Papers; Thaddeus Holt Papers; William T. Hornaday Papers; Herndon Inge, Jr., Papers; Reuben E. Jenkins Papers; Alan W. Jones Papers; Albert W. Kenner Papers; Brooks Kleber Papers; Oscar W. Koch Papers; John C. H. Lee Papers; Charles B. MacDonald Papers; S. L. A. Marshall Papers; Frank J. McSherry Papers; James E. Moore Papers; Raymond G. Moses Papers; Samuel L. Myers Papers; Sidney H. Negrotto Papers; Arthur S. Nevins Papers;

Frank A. Osmani Papers; Floyd Lavinius Parks Papers; Forrest C. Pogue Papers; Harold E. Potter Papers; D. K. Reimers, «My War»; Matthew B. Ridgway Papers; Pleas B. Rogers Papers; Charles E. Rousek Papers; Howard J. Silbar Papers; William H. Simpson Papers; Thor M. Smith Papers; William S. Triplet Papers; James A. Van Fleet Papers; Numa A. Watson Papers.

Yale University Library, Manuscript and Archives: Hanson Baldwin Papers.

York County Heritage Trust, York, Pa.: Jacob L. Devers Papers.

ENTREVISTAS, CUESTIONARIOS Y TRANSCRIPCIONES DE RELATOS ORALES

Autor, entrevistas del: Garfield Brown; Steve Bull Bear; Paul Fussell; Walter Grabowski; Hans-Jürgen Habenicht; Ralph Hauenstein; Harry W. O. Kinnard; Leonard G. Lommell; Hans von Luck; Rosemarie Meitzner; Rich Porter; Delmar Richards; Estil Robertson; James M. Wilson, Jr.

Campaña de la Línea Sigfrido, entrevistas, RG 319: R. F. Akers; Omar N. Bradley; Harold R. Bull; J. Lawton Collins; Truman C. Thorson; Walter B. Smith.

Columbia University, Oral History Research Office, New York, N. Y.: H. Kent Hewitt; Alan Goodrich Kirk.

Combined Arms Research Library, Ft. Leavenworth, Kans.: J. Lawton Collins.

Cornelius J. Ryan Collection, Ohio University, Athens, Ohio: William A. B. Addison; Virgil F. Carmichael; Julian A. Cook; Dwight D. Eisenhower; Theodore Finkbeiner, Jr.; James M. Gavin; Alvan C. Gillem, Jr.; Averell Harriman; John E. Hull; Harry W. O. Kinnard; Ivan S. Koniev; Albert L. Kotzebue; Anthony C. McAuliffe; Philip E. Mosely; Eddie Newbury; Paul L. Ransom; Francis L. Sampson; William H. Simpson; Robert Sink; Kenneth Strong; Robert M. Tallon; Maxwell Taylor; Reuben H. Tucker; Brian Urquhart; Giles A. M. Vandeleur; John Whiteley; Robert H. Wienecke.

Dwight D. Eisenhower Presidential Library, Abilene, Kans.: Jacob L. Devers; Dwight D. Eisenhower; LeRoy Lutes; Lauris Norstad.

Emory University, Fred Roberts Crawford Witness to the Holocaust Project, Atlanta, Ga.: William R. Barton; Kenneth Bowers; Philip Carlquist; Daniel Cogar.

«*Entrevistas en hospitales*», *RG 407*: William A. Anderson; Samuel E. Belk, III; Kenneth K. Bladorn; William A. Boykin; R. H. Brown; Charles M. Bulap; W. A. Burkholder; Jack P. Carroll; Arthur B. Clark; Bernard Coggins; Lynn Compton; Gilbert R. Cook; Charles R. Crispin; Robert M. Dasbro; Joseph Dorchak; John P. Dube; Stanley G. Emert; Charles B. Freeman; R. Harwick; John Hayduchok; Francis Healy; Warren G. Holmes; David M. Hull; Anthony N. Hutchison; William

L. Johnston; Stanley G. Kowlacwiski; J. N. Kreil; Kenneth E. Lay; Bernard Lipford; A. W. Loring; H. V. Lyon; P. W. J. Malloy; Donald E. Martini; Rudolph Mongrandi; Harold J. Morse; James H. Nelson; Nelson W. Noyes; Edward V. Ott; Eugene H. Pruett; Oliver E. Reed; George M. Rhodes; Robert J. Ritter; Elmer Rohmiller; Ernest Rothenberger; George R. Sedberry; Anthony R. Seymour; Ernest D. Shacklett; Warren A. Smart; R. G. Smith; Stanfield Stach; Louis L. Toth; C. A. Wollmer.

Forrest C. Pogue, entrevistas: Mariscal de campo vizconde de Alanbrooke; Ray W. Barker; David Belchem; C. H. Bonesteel; Omar N. Bradley; A. M. Cameron; Arthur Coningham; Robert W. Crawford; George E. Creasy; vizconde de Cunningham; J. Curtis; Charles de Gaulle; Charles Miles Dempsey; B. A. Dickson; Manton Eddy; Humphrey Gale; James Gault; T. P. Gleave; A. E. Grasset; J. Hughes Hallett; Hastings L. Ismay; Alphonse Pierre Juin; Albert Kenner; J. C. H. Lee; Robert Bruce Lockhart; Kenneth R. McClan; R. A. McClure; Alan Moorehead; Frederick E. Morgan; Bernard Paget; Viscount Portal; James M. Robb; Adolph Rosengarten, Jr.; Leslie Scarman; J. A. Sinclair; Walter Bedell Smith; Lord Tedder; Ford Trimble; C. H. H. Vulliamy; Charles A. West; J. F. M. Whiteley; Philip Wigglesworth; E. T. Williams.

Hoover Institution Archives, Stanford University, Palo Alto, Calif.: Frederic B. Bates; Dixon M. Raymond.

Library of Congress, Veterans History Project, American Folklife Center, Washington, D. C.: William Fordham; Patrick Fordney; Gale E. Garman; Ray Goad; Robert Hagopian; Roy Haserodt; Albert Hassenzahl; Joseph Hecht; Edwin Kelmel; Orus Kinney, «Nazi Smart Bombs»; George W. Knapp; Irvin Seelye.

Liddell Hart Centre for Military Archives, King's College, Londres: Miles Dempsey, E. J. Foord Papers.

National Archive, Kew, United Kingdom: Miles Dempsey.

National Archives and Records Administration, College Park, Md.

National World War II Museum, New Orleans, La.: Leonard G. Lommel.

Rutgers Oral History Archive of World War II, New Brunswick, N. J.: Lee Eli Barr; Edward J. Barry; Edward Bautz; Andre Beaumont; Werner Carl Berger; Robert Billian; James B. Carlaw; Andrew J. Ciampa; Russell W. Cloer; Albert Handaly; Andrew White.

Senior Officer Oral History Program: Paul D. Adams; Henry S. Aurand; Charles H. Bonesteel, III; Andrew J. Boyle; J. Lawton Collins; Richard Collins; Theodore J. Conway; William E. Depuy; William R. Desobry; George I. Forsythe; James M. Gavin; Hobart Gay; Leonard D. Heaton; John A. Heintges; Mildred Lee Hodges;

John E. Hull; Brooks Kleber; Harry Lemley; S. L. A. Marshall; James E. Moore; Charles G. Patterson; Matthew B. Ridgway; J. Milnor Roberts, Jr.; William H. Simpson; Maxwell D. Taylor; James A. Van Fleet; Russell L. Vittrup; John K. Waters; James K. Woolnough.

También: *Army Service Experiences Questionnaires*.

University of Florida, WWII Oral History Collection, Samuel F. Proctor Archive, Department of History: Glynn Markham; Bernard Mellman; William F. Roberts; Robert W. Schwaegerl.

U.S. Army Corps of Engineers, Office of History, Ft. Belvoir, Va.: Garrison H. Davidson; Franklin F. Snyder.

U.S. Army Military History Institute, Carlisle, Pa.

Varios: Charles L. Bolte; Omar N. Bradley; H. R. Bull; Dwight D. Eisenhower; Francis de Guingand; Hasso von Manteuffel; Bernard L. Montgomery; Walter B. Smith.

York County Heritage Trust, York, Pa.: Jacob L. Devers; Ira C. Eaker; Reuben Jenkins; Henry Cabot Lodge; Anthony McAuliffe.

VARIOS

Allen, J. L. «Electronics Warfare». Conferencia, 21 de septiembre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, L-7-44.

Amy, H. J. Conferencia, 8 de abril de 1944. NY Port of Embarkation, HIA, Henry J. Amy Papers, caja 2.

«Between Collaboration and Resistance: French Literary Life Under Nazi Occupation», New York Public Library. Exposición, junio de 2009.

Bollinger, Martin J. «Warriors and Wizards: The Development and Defeat of RadioControlled Bombs of the Third Reich», 2010, p. a.

Bynell, H. D. «Logistical Planning and Operations-Europe». Conferencia, 16 de marzo de 1945. NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 207.

Cirillo, Roger. «The Allied High Command». Conferencia, s. f. British Army Doctrine and Development Directorate.

—, «Ardennes-Alsace». Opúsculo, s. f., U.S. Army Campaigns of World War II. CMH, pub. 72-26.

Conway, T. J. «Operation Anvil». Conferencia, s. f., Norfolk, Va., Theodore J. Conway Papers, MHI, caja 2.

Daniel, Derrill M. «The Capture of Aachen». Conferencia, s. f., Quantico, Va. «Defense of Antwerp Against the V-1, » filmación, 1947.

<<http://www.archive.org/details/gov.dod.dimoc.20375>> .

Domes, Peter. Hammelburg Raid Reconstruction,
<<http://taskforcebaum.de/schedule/schedule%20us.html>> .

Dowling, George B. Conferencia, 28 de febrero de 1945. NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 207.

Earle, Edward Mead. «Selection of Strategic Bombing Targets». Conferencia, 23 de abril de 1946, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 235.

«Early Measures at Belsen». Conferencia, 4 de junio de 1945, Royal Society of Medicine, UK NA, WO 219/3944A.

Foreign Workers Programs. Radio Luxembourg Collection, HIA, caja 1.

«4ID Update». Vol. 5, n.º 47, 6 de junio de 2011.
<<http://parentsofdeployed.homestead.com/2011Jun06.html>>

«Freckleton Air Disaster of 1944». BBC News, 7 de agosto de 2009,
<<http://news.bbc.co.uk/local/lancashire/hi/peopleandplaces/history/newsid8189000/8189386.stm>> .

«Gardelegen Massacre, 13 April 1945». www.scrapbookpages.com/GerhardThiele.

Gilland, Morris W. «Logistical Support for the Combat Zone». Conferencia, 1948, Engineer Officers Advance Course, NARA RG 319, LSA, expediente preliminar, 2-3. 7 CB 6.

Greear, W. H. «Operation Neptune and Landing on Coast of Southern France». Conferencia, noviembre de 1944, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 199.

Gurley, Franklin Louis. «Policy Versus Strategy: The Defense of Strasbourg in Dec. 1944».

Trad. ing. de *Guerres Mondiales et Conflits Contemporains*, 1992, NARA RG 319, RR, expedientes preliminares FRC 5.

Hewitt, H. K. «The Navy in the European Theater of Operations in World War II», Conferencia, Naval War College, 4-7 de enero de 1947.

Hickling, H., & I. L. H. Mackillop. «The OVERLORD Artificial Harbors». Conferencia, 6 de noviembre de 1944, CARL, N-12217.

«History of Medical Service in the European Theater», transcripción de grabación, octubre de 1962, MHI.

Howard, C. F. Conferencia, 8 de agosto de 1944. NARA RG 334, E 315, ANSCOL, L-6-44, H-83, caja 191.

Kappes, Irwin J. «Hitler's Ultra-Secret Adlerhorst», 2003, <http://www.militaryhistoryonline.com/wwii/articles/adlerhorst.aspx>.

Leppert, J. L. «Communication Plans and Lessons, Europe and Africa». Conferencia, 30 de octubre de 1944. NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 199, L-7-44.

- Lewis, M. L. «Landing Craft». Conferencia, 18 de septiembre de 1944. NARA RG 334, E 315, ANSCOL, caja 199.
- Littlejohn, Robert M. (ed.). «Passing in Review», M. d., MHI.
«Malmédy Massacre Investigation», U.S. Senate Armed Services Committee, octubre de 1949.
- «Notes on Task Force Baum, Narrative of Capt. Baum», s. f., National World War II Museum Archives, Nueva Orleans.
- Ogden, R. J. «Meteorological Services Leading to D-Day», Royal Meteorological Society, Occasional Papers on Meteorological History, julio de 2001.
- Oral, relato. Video, «I& R Platoon, 394th Inf, 99th ID». Compilado por el National World War II Museum, Nueva Orleans, 2008.
- «The Operations of 21 Army Group», 1946, CARL, N-133331.
- Pogue, Forrest C. «The Ardennes Campaign: The Impact of Intelligence». Conferencia, 16 de diciembre de 1980, NSA Communications Analysis Association, p. a.
- Quesada, E. R. «Operations of the Ninth Tactical Air Command». Conferencia, 29 de mayo de 1945, NARA RG 334, E 315, ANSCOL, L-10-45.
- Sibert, Edwin L. «Military Intelligence Aspects of the Period Prior to the Ardennes Counter Offensive», 2 de enero de 1947, CBM, MHI, caja 6.
- Signal Corps, http://www.criticalpast.com/video/65675070150_General-Eisenhower_Omar-Bradley_Bernard-Montgomery_World-War-II.
- Stoler, Mark A. «The Second World War in U.S. History and Memory», International Historical Congress, Oslo, 12 de agosto de 2000.
- Striner, Richard A. «Eisenhower's Triumph: The Guildhall Address of 1945», American Veterans Center, <http://www.americanveteranscenter.org/magazine/avq/issue-vi-springsummer-2009/eisenhower%e2%80%99s-triumph-the-guildhalladdress-of-1945/>.
- Walden, Geoffrey R. <<http://www.thirdreichruins.com/obersalzberg.htm>> .
- Weinberg, Gerhard L. «The Place of World War II in History». Conferencia, 1995, U.S. Air Force Academy, Colorado Springs, Colo.

Agradecimientos

Ya está. Catorce años después de que empezara la *Trilogía de la Liberación*, he acabado el último volumen. Me ha llevado mucho más tiempo narrar el relato de la guerra en el Mediterráneo y la Europa Occidental del que necesitaron los ejércitos aliados para ganar aquellas campañas. Eran muchos más, es cierto, pero indudablemente yo he tenido ayuda desde muchos frentes. Mi deuda con aquellos que me han asistido a lo largo del camino solo queda superada por mi gratitud.

La publicación de los dos primeros volúmenes, *Un ejército al amanecer* y *El día de la batalla*, animó a muchos veteranos y a sus descendientes, y también a expertos e interesados en la segunda guerra mundial, a proporcionarme recuerdos, historias orales y toda clase de material sobre la campaña en la Europa Occidental para este tercer volumen. Quisiera dar las gracias a:

Creighton Abrams, James Acklin, Bruce Adkinson, John Alosi, Jr., Karen Anderson, Robert C. Baldrige, Steven Barry, Charles C. Bates, Robert W. Baumer, Günter Bischof, W. H. Black, Lloyd J. Bliss, Roger N. Bollier, Marty Bollinger, Jan Bos, David R. Boyd, Spencer Bruskin, Garfield Brown, Charles F. Bryan, Jr., Steve Bull Bear, James MacGregor Burns, Harold Burson, Andrew Carroll, Ben Celano, Robert E. Coffin, Edward M. Coffman, Michael J. Corley, Jim K. Cullen, Richard G. Davis, Joe DeMarco, Leonard Nicolas DeNucci, Carlo D'Este, Henry B. Dewey, Joseph C. Doherty, Michael D. Doubler, R. K. Doughty, Gerald H. Dorman, Roger S. Durham, Walter D. Ehlers, David Eisenhower, John S. D. Eisenhower, Coy Eklund, Jan Elvin, Isaac Epps, Francis A. Even, Daniel G. Felger, Allen R. Ferguson, Andrew E. Finkel, Giovanni Finzi-Contini, Don M. Fox, Richard B. Frank, Bill Frederick, Leonard J. Fullenkamp, Johnny Gibson, John A. Gill, Linda Gilmore, Mark Good, Walter Grabowski, Walter H. Greenfield, Jr., Fred Groff III, Hans-Jürgen Habenicht, Arthur T. Hadley, Fred W. Hall, Jr., Herb H. Ham, Ralph Hauenstein, Dixon D. Hedges, Carl F. Heintze, Walter C. Heisler, Matthew Hermes, Peter C. Hesse, Shane Hinckley, Fred Hoff man, Weldon Hogie, Rick Holderbaum, Edgar Holton, Douglas Hope, Sir Michael Howard, Charles H. Hubbell, Tim Hughes, Dennis J. Hutchinson, Dean F. Jewett, Lewis Johnston, Douglas B. Jordan, Phil Jutras, David Kahn, Dave

Kanzler, William Kearney, Robert J. Kenney, Jr., Roger Keppel, Dave Kerr, Michael Ketchum, Janet Keysser, Harry W. O. Kinnard II, Sherry Klein, Todd Kleinhuisen, William A. Knowlton, Frederick J. Kroesen, Edward Latham, John Leh II, Brian M. Linn, Roy Livengood, Leonard G. Lomell, Eugene M. Long, Jr., John F. Manning, Sanford H. Margalith, Jack A. Marshall, Joseph Edgar Martin, Peter A. McGrath, Sally McGrath, Donald L. Miller, Allan R. Millett, William W. Moir, Philip Monteleoni, Virginia P. Montgomery, Dan Morgan, Henry G. Morgan, Mary Ann Moxon, Paul Gregory Nagle, Michael Carey Nason, Lovern «Jerry» Naus, Jeff Nichols, Randy Norton, Bruce Parker, Donald G. Patton, Rick Perry, Paul A. Philcox, Henry G. Phillips, Richard Piotrowski, Mike Popowski, Rich Porter, William P. T.Preston, Jr., Sally Quinn, William W.Quinn, Russell Rains, Daniel B. Rathburn, Edward Rathje, Mark J. Reardon, Lacy Reaves, Robert A. Reisman, Delmar Richards, John K. Rieth, Joseph P. «Phil» Rivers, Estil Robertson, Eric Ross, Stan Scislowski, Robert H. Seabrook, Allan Serviss, William P. Shaw, Kevin P. Shea, Robert Sheridan II, Nathan M. Shippee, Lewis «Bob» Sorley, Arthur O. Spaulding, Douglas M. Spencer, Roger Spiller, Gregory Stejskal, Wayne Stiles, Timothy R. Stoy, Ray Stuchell, Jim Sudmeier, C. C. Taylor, Will Thornton, Louis J. Timchak, Jr., Jack W. Tipton, Laurie Campbell Toth, Charles E. Umhey, Jr., Hoyt Sanford Vandenberg, Jr., Donald C. Van Roosen, Hans von Luck, Douglas C. Waller, George Patton «Pat» Waters, Joanne Villafane, Stephen J. Weiss, Carroll Wetzell, Jr., Clark Whelton, Tanya Bruskin White, Luther George Williams, Jr., James M. Wilson, Jr., Harold R. Winton, Scott Wolf, Tom Wolfson, John Ward Yates, y David T. Zabecki.

He tenido la gran suerte de que siete historiadores consagrados leyeran todo o partes del manuscrito. Agradezco sus inestimables sugerencias al mismo tiempo que asumo la entera responsabilidad por cualquier error de facto o de juicio a: Tami Davis Biddle, Roger Cirillo, Timothy K. Nenner, Mark A. Stoler, James Scott Wheeler, David T. Zabecki, y en especial a Joseph Balkoski, el excepcional cronista de las batallas de Normandía y otras, que tuvo la generosidad de leérselo todo dos veces.

Por tercera vez reconozco estar totalmente en deuda con cientos de historiadores, con escritores de memorias y con todos aquellos cuyos escritos a lo largo de los últimos setenta años han proporcionado la base de todas las posteriores obras de erudición. La *U.S. Army in World War II*, la historia oficial en 114 volúmenes conocida como la *Green Series*, ha sido de incalculable valor para mí, igual que las historias oficiales británicas *History of the Second World War*, *The Army Air Forces in World War II* y otras obras, desde breves monografías y artículos de periódicos hasta estudios de varios volúmenes.

No obstante, la esencia de esta narración, como la de sus dos predecesoras, deriva de fuentes primarias contemporáneas, entre las que figuran diarios, cartas y manuscritos inéditos, así como archivos oficiales, informes posteriores a la acción y entrevistas de combate. Estimo sobremanera la profesionalidad y paciencia de los numerosos archivistas, historiadores y bibliotecarios a la hora de localizar estos miles de documentos. Todo esto empezó en los National Archives y Records Administration de College Park, Maryland, donde me he pasado muchos meses desde enero de 1999. Doy las gracias a Richard Boylan, Timothy Mulligan, Larry McDonald, Sharon Culley, Theresa Roy y sobre todo a mi buen amigo Tim Nenninger, jefe responsable de los archivos militares modernos, sin el cual no habría ninguna trilogía.

El U.S. Army's Military History Institute, parte del Army Heritage and Education Center de Carlisle, Pensilvania, es uno de los mejores archivos militares del mundo y constituye un inestimable recurso para cualquiera que estudie la segunda guerra mundial. En la investigación para el presente volumen, realicé veintitrés peregrinaciones al MHI, normalmente por períodos de dos o tres días; en total, hice sesenta y nueve visitas mientras trabajaba en la trilogía. Estoy en deuda con todo el personal, especialmente con el Col. Matthew Dawson, director del AHEC; Conrad Crane, director del MHI; Richard L. Baker, especialista en informática; Molly A. Bompane, conservadora de fotografía; Stephen Bye; Terry Foster; Rodney Foytik; Tom Hendrix; Clifton Hyatt; Gary Johnson; David A. Keough; Michael E. Lynch; Jessica Sheets; Melissa K. Wiford; y en especial Richard J. Sommers.

En el contiguo U.S. Army War College en Carlisle Barracks, mi agradecimiento para el actual comandante, Gen. Div. Anthony A. Cucolo III, y sus predecesores, Tte. Gen. David H. Huntoon, Jr., y Gen. Div. Gregg F. Martin. También para Bohdan I. Kohutiak, director de la biblioteca, y para mi buen amigo y antiguo coinstructor, Col. (ret.) Charles D. Allen.

El U.S. Army Center of Military History de Fort McNair en Washington, D. C., me proporcionó una vez más su competencia y un fructífero filón de documentos. Mi agradecimiento a Robert J. Dalessandro, director ejecutivo y jefe de historia militar; Richard W. Steward, historiador jefe; Frank R. Shirer, jefe del departamento de recursos históricos; David W. Hogan, Jr.; y Beth McKenzie.

Tuve también la buena suerte de obtener dos becas periodísticas de investigación en 2008 y 2010 de la Hoover Institution on War, Revolution and Peace de la Universidad de Stanford. Doy las gracias a David Brady y a Mandy MacCalla, así como a la archivista Carol A. Leadenham y al archivista ayudante Brad Bauer. Gracias también a George P. Schultz por su cordial apoyo.

En otoño de 2009 fui miembro de Axel Springer Berlin Prize en la Academia Americana de Berlín, una institución profundamente enriquecedora para estudiosos y artistas. Mi agradecimiento para Gary Smith, director ejecutivo, y todo su personal.

A través del Jeff Metcalf Fellows Program de la Universidad de Chicago, en el verano de 2010, tuve la suerte de contar en mi investigación con la ayuda del dotado y diligente Tomek Blusiewicz, que entonces cursaba su grado en Chicago y ahora es estudiante de postgrado de historia en Harvard. También estoy agradecido por la ayuda en la investigación del tercer volumen de Ella Hoffman, Hal Libby y Eric Goldstein, y de mis hijos, Sarah J. Atkinson, ahora cirujana residente en Cincinnati, y Rush Atkinson, ahora abogado del Departamento de Justicia en Washington. El experto Steve Goodell colaboró en la investigación fotográfica.

El estímulo y generoso apoyo de la Association of the United States Army ha sido fundamental desde el inicio de esta empresa. Agradezco en particular al Gen. (ret.) Gordon R. Sullivan, presidente de la asociación y antiguo jefe de Estado Mayor del ejército, al Tte. Gen. (ret.) Theodore G. Stroup, Jr., y al Tte. Gen. (ret.) Thomas G. Rhame.

De la Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt de Hyde Park, Nueva York, debo mi reconocimiento a la anterior directora, Cynthia M. Koch, y al archivista supervisor Robert Clark. Asimismo, en la Biblioteca Presidencial de Dwight D. Eisenhower de Abilene, Kansas, debo gratitud al archivista Christopher Abrahamson por su ayuda.

Una vez más mi agradecimiento para la Biblioteca George C. Marshall para la Investigación de la Academia Militar de Virginia en Lexington, Virginia: para Joanne D. Hartog, directora de investigación y programas académicos; Paul B. Barron, director de la biblioteca y archivos; Peggy L. Dillard, bibliotecaria y archivista ayudante; Brian D. Shaw, presidente de George Marshall Foundation; y en VMI, para el Gen. (ret.) J. H. Binford Peay III, superintendente; el Profesor Malcolm «Kip» Muir, Jr.; y el Gen. Brg. (ret.) Charles F. Brower IV.

Por tercera vez doy las gracias al Centro de Investigación Coronel Robert R. McCormick del Museo de la Primera División en Wheaton, Illinois, un archivo de la división sin parangón. Mi especial reconocimiento por su ayuda al Col. (ret.) Paul H. Herbert, director ejecutivo de la Cantigny First Division Foundation, a Eric Gillespie, director del centro de investigación, y a Andrew E. Woods, historiador de investigación. Hice buen uso de la D-Day Archival Collection y de otro material de la 29.ª División de Infantería conservado en Maryland Military Historical Society en la Armería del Quinto Regimiento de Baltimore, Maryland. Muchas gracias a Wayde Minami y en especial a Joe Balkoski.

El floreciente Museo de la Segunda Guerra Mundial de Nueva Orleans ha sido una fuente de aliento y ayuda. Mi gratitud a Gordon H.«Nick» Mueller, presidente y CEO, Stephen Watson, Jeremy Collins, Lindsey Barnes, Cindy McCurdy, Tom Czekanski, Stacy Peckham y Sam Wegner.

La Combined Arms Research Library de Ft. Leavenworth, Kansas, me proporcionó una selección de materiales excepcionalmente variada. Gracias a Edwin B. Burgess, Rusty P. Rafferty, Kathleen M. Buker, y a Elizabeth J. Merrifield.

En el Departamento de Historia del Cuerpo de Ingenieros del Ejército estadounidense en Ft. Belvoir, Virginia, doy las gracias a Michael J. Brodhead, John Lonquest y Matthew T. Percy. En las Special Collections and Archives de la Biblioteca de la Academia Militar estadounidense, West Point, Nueva York, estoy agradecido a Suzanne M. Chirstoff, Susan M. Lintelman, Alicia M. Mauldin-Ware y Valerie Durdut. Gracias también a Janis Jorgensen, gerente de la Heritage Collection del Instituto Naval de los Estados Unidos en Annapolis, Maryland, y a John W. Greco de Naval History and Heritage Command de Washington, D. C.

En el Reino Unido, agradezco la ayuda del personal del Archivo Nacional de Kew. En el Liddell Hart Centre for Military Archives de King's College en Londres, doy las gracias a Kate O'Brien, Frances Pattman, Lianne Smith y Patricia J. Methven, directora del servicio de archivos. Nuevamente agradecido a Roderick Suddaby y a su personal del Departamento de Documentos del Imperial War Museum. En Alemania, mis agradecimientos para Michael Epkenhans y Markus Pöhlmann del Militärgeschichtliches Forschungsamt de Potsdam.

Gracias a Doug McCabe del departamento de archivos y colecciones especiales de la Biblioteca de la Universidad de Ohio en Athens, Ohio, que alberga la destacada Colección Cornelius Ryan. Agradezco también la ayuda de Julian M. Pleasants y Diane Fischler en la utilización del Samuel Proctor Oral History Program, del Departamento de Historia de la Universidad de Florida. Asimismo, aprecio la ayuda de Cynthia L. Tinker, coordinadora de proyectos en el Center for the Study of War and Society, de la Universidad de Tennessee en Knoxville.

En el York County Heritage Trust de York, Pensilvania, Lila Fourhman-Shaull, directora de la biblioteca y archivos, fue especialmente generosa ayudándome en la búsqueda de los documentos de Jacob L. Devers. Gracias al Gen. Brg. (ret.) John W. Nicholson y Martha Sell de la American Battle Monuments Commission, y a Rena Church, directora-conservadora de Aurora Public Art Commission/Grand Army of the Republic Museum en Aurora, Illinois.

Pisar el terreno es vital para cualquier historiador militar, y he visitado la mayoría de campos de batalla europeos descritos en este volumen, empezando a mediados de la década de 1990, cuando trabajaba de director de la agencia del *Washington Post* en Berlín. En varias ocasiones tuve la suerte de estudiar el terreno en lugares como las Ardenas, el bosque de Hürtgen y Colmar, con soldados profesionales. Por ello doy las gracias especialmente al Gen. (ret.) Montgomery C. Meigs y al Gen. F. Ham, que fueron ambos comandantes del ejército estadounidense en Europa, a dos antiguos jefes de historia del ejército, el Gen. Div. (ret.) William A. Stofft y el Gen. Brg. (ret.) Harold Nelson, y a un equipo de destacados historiadores: Scott Wheeler, Andrew N. Morris y Layne Van Arsdale.

Este es el sexto libro que he escrito con el extraordinario John Sterling como editor y buen amigo. En su conjunto estos libros suman más de 3.700 páginas, y John las ha mejorado todas. En Henry Holt, y en la empresa matriz del editor, Macmillan, tengo que dar las gracias a John Sargent, Steve Rubin, Maggie Richards, Pat Eisemann, Katie Kurtzman, Kenn Russell, Meryl Levavi, Emi Ikkanda, Chuck Thompson, Jason Liebman y a Muriel Jorgensen. Jolanta Benal ha corregido los tres volúmenes de la *Trilogía de la Liberación*, mejorándolos en mayor o menor medida.

Todos y cada uno de los sesenta y ocho mapas de la *Trilogía de la Liberación* son obra del maestro cartógrafo Gene Thorp, que ha sido un socio agradable e innovador a lo largo de todo este proyecto. Mi amigo y agente desde hace veintisiete años, Rafe Sagalyn, me ha guiado hasta el final.

También mi agradecimiento para Antony Beevor, Ben Bradlee, Tom Brokaw, Steve Coll, Leonard Downie, Jr., Glenn Frankel, Donald E. Graham, Ken Heckler, Fred Hiatt, Robert G. Kaiser, Lewis Libby, David H. Petraeus, Catherine B. Reynolds, Wayne R. Reynolds, Thomas E. Ricks, William B. Schultz, David Von Drehle, Geoffrey Wawro, Gerhard L. Weinberg, Bob Woodward, y para el colega escritor David Maraniss. Un especial agradecimiento para sir Max Hastings y su esposa, Penny, por su generosa amistad y hospitalidad.

Debo un agradecido reconocimiento por el permiso para citar diversos materiales: al vizconde Montgomery de Alamein por los extractos de los escritos de su padre, el mariscal de campo Bernard L. Montgomery; a Roger Kirk por una historia oral con el Almt. Alan Goodrich Kirk; a Virginia P. Montgomery, por extractos de unas memorias inéditas de su padre, Robert P. Patterson; a Linda Gilmore, por extractos de unas memorias de su hermano, Richard Henry Byers; a George Patton «Pat» Waters, por extractos de los diarios de prisionero de guerra de su padre, John K. Waters, y por una fotografía del Tte. Col. Waters; a Margot Taylor por extractos de «Y regresé a casa sano y salvo», un diario de su padre, William Steel

Brownlie; a Annette Conway por un extracto de «El hombre que trabajaba el domingo», de su padre, L. F. Skinner; a Mavis Jones por extractos de los documentos de su esposo, el Tte. Col. E. Jones; y a Dani Smith por extractos del diario de su padre, J. H. Patterson.

Asimismo, mi agradecimiento para: los miembros del consejo de administración de Liddell Hart Centre for Military Archives, del King's College de Londres, por el material de las colecciones del Cpt. B. H. Liddell Hart, el mariscal de campo lord Alanbrooke, el Gen. Div. J. B. Churcher, el Gen. Div. Francis de Guingand, el Gen. Brg. sir Geoffrey Hardy-Roberts, el Gen. H. L. Ismay, el Col. T. G. Lindsay, el Gen. Brg. J. S. W. Stone y R. W. W. «Chester» Wilmot. Doy también las gracias a los miembros del consejo de administración del Imperial War Museum de Londres, por material de la colección del Gen. Div. E. M. Elliott.

En el caso de los propietarios de los derechos de autor que no pudieron ser localizados o cuyos permisos llegaron demasiado tarde para ser incluidos en esta edición, los incluiré gustosamente en futuras ediciones.

Por encima de todo, y mucho más de lo que este autor puede expresar, quiero dar las gracias a mi maravillosa esposa de treinta y cuatro años, Jane.



El comandante supremo de las fuerzas aliadas en el oeste de Europa, el general Dwight D. Eisenhower, cruza el canal de la Mancha rumbo a Normandía. Zarpó del sur de Inglaterra el 7 de junio de 1944. El presidente Roosevelt puso a Eisenhower al frente de la Operación Overlord porque lo consideraba «el mejor político entre los militares. Es un líder natural, capaz de convencer a otros de que lo sigan».



Brixham, costa del suroeste de Inglaterra, 1 de junio de 1944. Una unidad de artillería destinada a Normandía carga equipos en las naves de desembarco. Siete mil tipos distintos de material tenían que alcanzar las playas normandas en las cuatro primeras horas de la invasión, desde tijeras quirúrgicas hasta proyectiles para los lanzacohetes.



El alto mando militar aliado para la Operación Overlord, durante una reunión en Londres. Sentados, de izquierda a derecha: el mariscal del aire sir Arthur W. Tedder; Eisenhower; el general Bernard L. Montgomery. De pie, de izquierda a derecha: el teniente general Omar N. Bradley; el almirante sir Bertram H. Ramsay; el mariscal del aire Trafford Leigh-Mallory; el teniente general Walter Bedell «Beetle» Smith, jefe del Estado Mayor de Eisenhower.



Aeródromo de Greenham Common, en los Berkshire Downs, 5 de junio de 1944. Eisenhower visita a los paracaidistas. «Lo ideal, lo perfecto, es seguir para adelante», dijo a los muchachos. El oficial más alto que aparece en un segundo plano es el comandante Harry C. Butcher, asistente naval de Eisenhower.



Mañana del 6 de junio de 1944. Soldados americanos recién desembarcados se dirigen hacia la playa Omaha. Al fondo puede apreciarse el imponente acantilado.



Cadáveres de soldados americanos y alemanes a la espera de ser enterrados yacen en una morgue improvisada detrás de la playa Omaha. Las 4.700 bajas, incluidos desaparecidos y heridos, sufridas en la playa Omaha por los estadounidenses equivalieron a un tercio del número total de bajas aliadas en el Día D.



Tropas de refuerzo con piezas de artillería avanzan hacia el interior desde la playa Omaha dos días después del asalto inicial. Una semana después del Día D habían llegado a Francia más de trescientos mil efectivos aliados y dos mil tanques, pero la cabeza de playa seguía siendo un espacio comprimido y

atestado de soldados y material.



15 de junio. Montgomery, comandante de las fuerzas terrestres aliadas en Normandía, en una sesión informativa con los corresponsales de guerra. Eisenhower lo consideraba «un buen hombre para estar a su servicio, un hombre difícil con el que servir y un hombre imposible cuando está sometido al servicio de alguien».



Los restos del Mulberry A frente a la playa de Omaha después de una de las peores tormentas de junio en los últimos ochenta años. Un almirante estadounidense consideraría que los puertos artificiales construidos en las costas normandas fueron «el mayor derroche de mano de obra, de acero y de equipamientos... de toda la segunda guerra mundial».



En esta fotografía sin fecha, capturada por el I Ejército de los Estados Unidos en el Frente Occidental, puede verse a Adolf Hitler inspeccionando los daños provocados por un bombardeo. A mediados de junio de 1944, a raíz de la invasión de los aliados, el Führer regresaría a Francia para entrevistarse con sus comandantes en Margival. Su última visita a este país había sido en 1940 para celebrar la conquista de París.



El mariscal de campo Erwin Rommel, comandante del Grupo de Ejércitos B en Francia, en una fotografía tomada en 1940 que parece presagiar el incidente ocurrido cuatro años después durante un ataque de cazas aliados del que salió gravemente herido.



Un V-1 alemán sobrevuela una casa londinense antes del impacto. Fueron disparados contra Gran Bretaña más de diez mil de estos crueles artilugios voladores que mataron o hirieron gravemente a unas 24.000 personas; en la ciudad de Amberes también cayeron varios miles.



Soldados de la 79.^a División de Infantería de los Estados Unidos durante un combate en el *bocage* del sur de la península de Cotentin a mediados de julio. De estos setos defendidos con uñas y dientes, un soldado diría: «Cada uno de ellos era una cortina de fuego, y el campo abierto situado entre ellos una llanura de fuego».



Eisenhower y Bradley escuchan las explicaciones que les da el general de división J. Lawton Collins (a la derecha), comandante en jefe del VII Cuerpo de los Estados Unidos, poco después de la conquista de Cherburgo. Collins, uno de los pocos oficiales que combatieron en Francia después de llevar a cabo varias misiones en el Pacífico, fue descrito por un admirador como un tipo «escuchimizado, engreído, presuntuoso, hasta el punto de hacerse pesado».



El general Karl-Wilhelm von Schlieben, comandante de la guarnición alemana de Cherburgo, poco después de su rendición el 26 de junio. En uno de sus bolsillos se encontró el menú de una cena celebrada en su honor unas semanas antes en la que se sirvió desde langosta hasta champaña.



El general de brigada Theodore Roosevelt, Jr., en Sainte-Mère-Église el 12 de julio, horas antes de que falleciera de una trombosis coronaria. El comandante de la 4.^a División de Infantería lo describió como «el soldado más valiente y el caballero más exquisito que haya podido conocer jamás».



Funeral de Roosevelt. Entre los encargados de portar el féretro con los restos mortales del general de brigada figuraban el teniente general George S. Patton, que aparece a la izquierda encabezando la comitiva, y el teniente general Courtney H. Hodges y el general Collins, que desfilan a la derecha. (*U. S. Army Military History Institute*)



A mediados de agosto de 1944, el mariscal de campo Walter Model asumió el mando de las tropas alemanas en Francia que se batían en retirada. «¿Has visto esos ojos?», dijo Hitler en una ocasión hablando de Model. «No me gustaría servir a sus órdenes». (*U. S. Army Military History Institute*)



«Un tremendo cometa belicoso», diría un periodista a propósito de George Patton, comandante del III Ejército de los Estados Unidos, que aparece en esta fotografía tomada en 1945, tras ser ascendido a general de cuatro estrellas. (*U. S. Army Military History Institute*)



El fotógrafo Robert Capa (izquierda) y Ernest Hemingway (derecha), acreditado como corresponsal de la revista *Collier's*, con su chófer del ejército en Francia poco antes de la liberación de París.



25 de agosto de 1944. El general de división Jacques Philippe Leclerc, comandante de la 2.^a División Acorazada francesa, en el Boulevard du Montparnasse el día de la liberación de París.



El general Dietrich von Choltitz, comandante de las fuerzas alemanas en París. La fotografía fue tomada poco después de rendir formalmente la ciudad a última hora de la tarde del 25 de agosto.



26 de agosto de 1944. El fuego de los francotiradores siembra el pánico en la place de la Concorde. La población civil huye o se echa al suelo. «Fue como si una fuerte ráfaga de viento sacudiera de repente un trigal», escribiría un testigo.



26 de agosto de 1944. El general Charles de Gaulle sigue entonando un cántico en la catedral de Nôtre Dame a pesar del estruendo de los cañonazos, que resuenan con fuerza en el templo durante una misa de acción de gracias. «El ejemplo más extraordinario de valentía que haya visto jamás», declaró un periodista de la BBC.



29 de agosto de 1944. En esta fotografía podemos ver cómo rapan la cabeza de una francesa acusada de colaboracionismo con el invasor alemán. A otras como ella les pintaron cruces gamadas en los pechos o les colgaron del cuello carteles que decían, «He sido una puta de los teutones».



Una multitud de parisinos acude a los Campos Eliseos el 29 de agosto para vitorear a la 28.^a División de Infantería de los Estados Unidos que desfila por las calles de la capital francesa antes de dirigirse al este para reemprender la persecución de las tropas alemanas.



15 de agosto de 1944. Fuerzas de asalto del VI Cuerpo de los Estados Unidos se dirigen a tierra cerca de Saint-Tropez, en el sur de Francia, en el curso de la Operación Dragón.



El general de división Lucian K. Truscott, Jr., que aparece en esta imagen tras ser ascendido a general de tres estrellas en octubre, estuvo al frente del VI Cuerpo de los Estados Unidos durante la invasión del sur de Francia y el posterior avance por el río Ródano. Fue el tercer asalto anfibio de Truscott en la guerra.



El teniente general Alexander M. Patch, Jr., comandante del VII Ejército de los Estados Unidos en el sur de Francia, y su hijo, el capitán Alexander M. «Mac» Patch III, poco antes de la muerte de este joven oficial. (*U. S. Military Academy*)



El general Jean Joseph Marie Gabriel de Lattre de Tassigny, considerado por un admirador suyo «un animal de acción», estuvo al frente del I Ejército francés que formaba parte del VI Grupo de Ejércitos en el sur de Francia. (© KEYSTONE-FRANCE)



El teniente general estadounidense John C. H. Lee, comandante en jefe de la COMZ. «Pesado en lo ceremonioso, bastante imponente en sus modales y su apariencia, y en ocasiones carente totalmente de tacto», como lo describiría la historia oficial del Ejército, «el general Lee a menudo suscitaba sospechas y creaba oposición».



Operación Market Garden. Paracaidistas británicos camino de Holanda a bordo de un avión de transporte de tropas C-47.



El 17 de septiembre de 1944, más de veinte mil paracaidistas y soldados aerotransportados descendieron tras las líneas alemanas en la que sería la operación aerotransportada más temeraria y de mayor envergadura de toda la guerra.



A finales de septiembre de 1944, la otrora hermosa ciudad holandesa de Nimega había quedado reducida a un montón de escombros, aunque sobre el río Waal seguía en pie el puente que conducía a Arnhem, localidad situada más al norte, a apenas veinte kilómetros de distancia.



Soldados de la 1.^a División de Infantería estadounidense en pleno combate en el centro de Aquisgrán el 17 de octubre de 1944, esto es, unos cuantos días antes de la capitulación definitiva de los defensores alemanes.



El capitán Joseph T. Dawson soportó con valentía los contraataques alemanes en Aquisgrán. «Estos tristes, trágicos meses de terrible guerra lo dejan a uno moral y físicamente agotado», escribió a su familia. En esta fotografía aparece Dawson recibiendo de Eisenhower la Cruz por Servicio Distinguido por sus gestas en la playa Omaha. (*McCormick Research Center, First Division Museum*)



Fusileros del 110.^o Regimiento de Infantería de la 28.^a División avanzan sigilosamente por el bosque de Hürtgen, cerca de Vossenack, a comienzos de noviembre. «Los días eran tan terribles que rezaba para que llegara la noche», recordaría un soldado, «y las noches eran tan malas que rezaba para que

amaneciera otra vez».



Eisenhower habla con el general de división Norman D. Cota sobre la batalla del bosque de Hürtgen en el puesto de mando de la 28.^a División en Rott. «Bueno, Dutch, parece que te han dado una buena paliza», dijo el comandante supremo.



Operación Queen. Los tanques Sherman se abren paso hacia el este el 16 de noviembre. Después de más de tres semanas, el avance se detuvo, tras alcanzarse la margen izquierda del río Roer, pero sin llegar al Rin, frustrando las expectativas de los comandantes americanos.



El alto mando contempla una campaña de invierno en el norte de Europa. A la conferencia celebrada a mediados de noviembre en Reims, en el cuartel general avanzado del comandante supremo, asistieron, de izquierda a derecha, el mariscal de campo sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor imperial, Eisenhower y el primer ministro británico, Winston S. Churchill.



El cuerpo de un muchacho ardiendo tras la explosión de un cohete V-2 en el centro de Amberes a finales de noviembre de 1944. Los equipos de lanzamiento alemanes arrojaron sobre Amberes más de 1.700 V-2 durante un período de seis meses, además de unas 4.200 bombas volantes V-1.



Una mujer francesa da la bienvenida a un soldado americano el 25 de noviembre, dos días después de que las tropas francesas y estadounidenses liberasen Estrasburgo, capital de Alsacia.



Dos GI de la 9.^a División de Infantería se cobijan debajo de un tanque Sherman el 11 de diciembre en la derruida ciudad alemana de Geich, cerca de Düren.



En un cruce belga a primeras horas de la batalla del Saliente. Soldados alemanes despojan de sus botas y pertrechos a tres GI muertos. Después de que las tropas estadounidenses tomaran esta fotografía, un censor del ejército eliminó la señal de carretera que indicaba la dirección hacia Büllingen y otras señalizaciones.



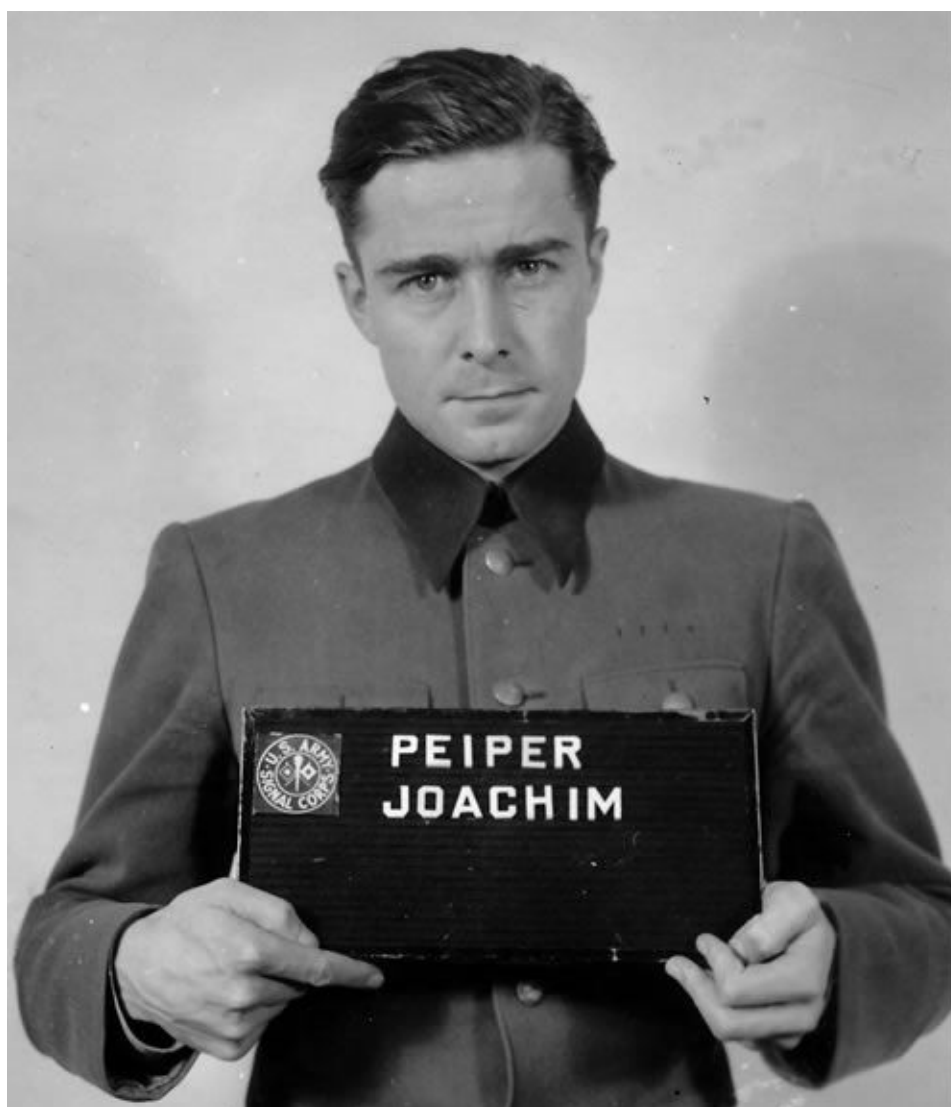
Soldados alemanes capturados fuman cigarrillos americanos frente a un carro blindado estadounidense, el segundo día de la Operación Herbitsnebel, el ataque a través de Bélgica y Luxemburgo.



El general Hasso von Manteuffel estaba al mando del V Ejército Panzer en la batalla del Saliente. Un elfo veterano de campañas en Rusia y África, que fue descrito por un superior como «un líder temerario, osado y gallardo».



El general Sepp Dietrich, el antaño aprendiz de carnicero y matón de cervecería, estaba al mando del VI Ejército Panzer. Aquí aparece en una celda de la prisión de Núremberg mientras aguarda ser juzgado por crímenes de guerra a finales de 1945.



El teniente coronel Joachim Peiper dirigió una vanguardia de seis mil tropas SS a través de Bélgica en un vano esfuerzo por tomar los cruces del río Mosa. Tras ser acusado de asesinato en masa, fue condenado a muerte, aunque más tarde la sentencia fue conmutada.



El general de división Matthew B. Ridgway, a la izquierda, comandante del XVIII Cuerpo Aerotransportado, delibera durante la batalla del Saliente con el general de división James M. Gavin, comandante de la 82.^a División Aerotransportada. (*Instituto de Historia Militar del Ejército de los EE. UU.*)



El mando de la 101.^a División Aerotransportada en Bastoña recayó en el general de brigada Anthony C. McAuliffe, un artillero bajito, pero genial.



Montgomery, en el centro, recibió el mando a comienzos del Saliente de todas las fuerzas aliadas en el norte de las Ardenas. Entre sus camaradas de ejército, a partir de finales de diciembre de 1944, estaban, de izquierda a derecha: el teniente general sir Miles Dempsey, II Ejército británico; el teniente general Courtney H. Hodges, I Ejército estadounidense; el teniente general William H. Simpson, IX Ejército estadounidense; el general Harry D. G. Crerar, I Ejército canadiense. (© *Illustrated London News Ltd./Mary Evans Picture Library*)



GI de 347.º Regimiento de Infantería haciendo cola para el rancho en el norte de Bastoña el 13 de enero de 1945, poco antes de que el I y III Ejércitos estadounidenses convergieran en las Ardenas.



Un joven soldado de las SS capturado por la 3.^a División Blindada estadounidense en Bélgica el 15 de enero.



Un saboteador alemán, capturado vistiendo un uniforme del ejército estadounidense durante la batalla de las Ardenas, es atado a una estaca momentos antes de su ejecución ante un pelotón de fusilamiento en Bélgica. (*Instituto de Historia Militar del Ejército de los EE. UU.*)



El presidente Franklin D. Roosevelt y el primer ministro Churchill a bordo del buque estadounidense *Quincy* en el Gran Puerto de Malta el 2 de febrero. Anna Roosevelt Boettiger, a la izquierda, y Sarah Churchill Oliver acompañaron a sus padres en el largo viaje a Crimea.



Los Tres Grandes en Yalta: Churchill, Roosevelt y Josef Stalin. En la terraza de Villa Livadia. Al presidente solo le quedaban dos meses de vida.



Un Long Tom autopropulsado de 155 mm pulveriza objetivos enemigos al este. Tras superar la escasez de municiones en el verano-otoño de 1944, los artilleros americanos, a comienzos de 1945, a menudo disparaban diez proyectiles o más por cada uno disparado por el enemigo.



El fuego de mortero alemán hace que los GI se refugien entre los dientes de dragón de hormigón a lo largo de la Línea Sigfrido. Conocida por los alemanes como *Westwall* e iniciada en 1936, sus fortificaciones, que incluían tres mil búnkeres y fortines, se extendían desde la frontera holandesa hasta Suiza.



El teniente Audie Murphy, a la derecha, es felicitado por el general de división JohnW. «Iron Mike» O'Daniel, comandante de la 3.ª División de Infantería. Murphy, que abandonó la escuela en quinto grado, en Texas, obtuvo un ascenso en el campo de batalla y la Medalla de Honor por su valor en Francia. (*Instituto de Historia Militar del Ejército de los EE. UU.*)



El teniente Audie Murphy, a la derecha, es felicitado por el general de división John W. «Iron Mike» O'Daniel, comandante de la 3.ª División de Infantería. Murphy, que abandonó la escuela en quinto grado, en Texas, obtuvo un ascenso en el campo de batalla y la Medalla de Honor por su valor en Francia. (*Instituto de Historia Militar del Ejército de los EE. UU.*)



Howitzers de 155 mm del VII Ejército estadounidense castigan un puesto de observación alemán al otro lado del Rin en Brisach a mediados de febrero, poco después de que las últimas tropas enemigas fueran expulsadas de la bolsa de Colmar en Alsacia.



El puente férreo Ludendorff visto desde el este la mañana del 17 de marzo, con la ciudad alemana de Remagen visible al otro lado del Rin. Cuatro horas después de que se tomase esta fotografía, el «Ludy» se desmoronó al río bruscamente, matando a veintiocho soldados estadounidenses que estaban reparando el tramo capturado.



Soldados de la 89.^a División, parte del III Ejército de Patton, cruzando el Rin en St. Goar el 26 de marzo. Un batallón se convirtió en blanco de fuego antes incluso de lanzar las lanchas de asalto. Las defensas alemanas incluían gabarras empapadas de gasolina que eran incendiadas en mitad del río. La división sufrió casi trescientas bajas tratando de alcanzar la margen este.



«En Colonia la vida ya no es posible», escribió un diarista alemán, y el poeta Stephen Spender comparó la derruida ciudad con «la boca abierta de un cadáver calcinado». A pesar de que los puentes del Rin y miles de edificios quedaron destruidos, la gran catedral sobrevivió.



Restos de un Libertador B-24 en un campo alemán. De los 240 Libertadores en vuelo rasante que lanzaban provisiones a las tropas aliadas en la operación de travesía del Rin llamada Varsity Plunder, quince fueron derribados y 104 resultaron dañados.



Churchill de pie sobre un puente ferroviario del Rin demolido el 25 de marzo durante Varsity Plunder. Cuando oficiales estadounidenses le pidieron que regresase a una posición más segura, el primer ministro «puso los brazos alrededor de una de las retorcidas vigas del puente y miró por encima del hombro... con un mohín de enojo en los labios y los ojos enfurecidos». (*Colección de William Simpson, Instituto de Historia Militar del Ejército de los EE. UU.*)



El general de división Maurice Rose, comandante de la 3.^a División Blindada, recibe la Croix de Guerre y un abrazo de un general francés a mediados de marzo. Menos de tres semanas después, Rose, considerado uno de los mejores comandantes de blindados del ejército estadounidense, moriría tiroteado.
(Instituto de Historia Militar del Ejército de los EE. UU.)



El teniente coronel John K. Waters, capturado en Túnez en 1943, sobrevivió a dos años de cautiverio y a un ataque fallido en el campo de prisioneros de Hammelburg, un plan urdido por su suegro, el general Patton. Lo vemos aquí en una cama de hospital tras su final liberación. Waters acabaría alcanzando el rango de cuatro estrellas. (Cortesía de George Patton «Pat» Waters)



El botín descubierto por las tropas del III Ejército en una vieja mina de potasio debajo de la ciudad alemana de Merkers incluía lingotes de oro, monedas de oro, obras de arte y objetos valiosos robados a las víctimas de los campos de concentración. «Si estos fueran los viejos tiempos de libre saqueo en que un soldado se quedaba con su botín», dijo Omar Bradley a Patton, «serías el hombre más rico del mundo».



Soldados de la infantería canadiense atraviesan una ciudad holandesa el 9 de abril. Los hambrientos holandeses se habían visto reducidos a comer sopa de ortigas, almidón para la colada, perros o gatos esporádicamente y 140 millones de bulbos de tulipán.



El río Pegnitz en Núremberg el 20 de abril, día del quincuagésimo sexto cumpleaños de Hitler y el día en que esta devastada ciudad, reducida a «un abanico aluvial de escombros», cayó frente al XV Cuerpo estadounidense.



Reclusos muertos descubiertos en el campo de concentración de Buchenwald tras ser liberado el 11 de abril por la 6.^a División Blindada estadounidense. Un número aproximado de 56.000 víctimas habían sido asesinadas en Buchenwald y sus subcampos.



Soldados de la 45.^a y 42.^a Divisiones Blindadas estadounidenses llegaron al campo de Dachau, cerca de Múnich, el 29 de abril. Los investigadores concluyeron más tarde que GI vengativos habían ametrallado por lo menos a veintiocho guardias de las SS después de haberse rendido.



Prisioneros por hectárea fotografía aérea hecha el 25 de abril, que muestra a parte de los 160.000 alemanes conducidos a un campamento provisional cerca de Remagen. Solamente los recintos empalizadas americanos contenían ya más de 1,3 millones de soldados enemigos a mediados de abril, antes de que se completase la captura del Ruhr.



Encaramado en la cima de la montaña, sobre la casa de vacaciones de Hitler en el remoto pueblo bávaro de Berchtesgaden, el régimen nazi había construido un lujoso chalet conocido con el nombre de Nido de Águila como regalo para el quincuagésimo cumpleaños del Führer. Las tropas americanas tomaron la zona a comienzos de mayo, poco después del suicidio de Hitler en Berlín.



El mariscal de campo Gerd von Rundstedt tras su captura por las tropas americanas al sur de Múnich el 2 de mayo. El que fue comandante del *OB West* está acompañado por un médico, que lleva un brazalete, y por su hijo, un teniente alemán.



Los comandantes americanos victoriosos, 11 de mayo de 1945. Sentados de izquierda a derecha: Simpson; Patton; el general Carl A. Spaatz, comandante de las Fuerzas Aéreas Estratégicas de los EE.UU. en Europa; Eisenhower; Bradley; Hodges; el teniente general Leonard T. Gerow, XV Ejército. De pie, de izquierda a derecha: el general de brigada Ralph F. Stearley, IX Mando Táctico Aéreo; el teniente general Hoyt S. Vandenburg, 9.a Fuerza Aérea; Beetle Smith; el general de división Otto P. Weyland, XIX Mando Táctico Aéreo; el general de brigada Richard E. Nugent, XXIX Mando Táctico Aéreo.



La noche del 7 de mayo, horas antes del fin oficial de la guerra en Europa, americanos exultantes lo celebran con los británicos en Piccadilly, en el centro de Londres.



Un corneta toca «Silencio» al término de las ceremonias del Día de los Caídos en mayo de 1945 en el cementerio militar estadounidense de Margraten, Holanda.

Los cañones del atardecer
Rick Atkinson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Guns at Last Light*

© 2013, de la traducción, Juan Rabasseda-Gascón y Teófilo de Lozoya (partes 1 y 2); Silvia Furió Castellví (partes 3 y 4).

© del diseño de la portada, Compañía, 2014

© de la imagen de la portada, por cortesía de The National Archives

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2014

ISBN: 978-84-9892-771-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com